

Traducción de
ANTONIO ALATORRE

ANTONELLO GERBI

LA DISPUTA DEL NUEVO MUNDO

Historia de una polémica
1750 - 1900

USP - FFCL
Departamento de Historia
BIBLIOTECA



3652

TOMBO...:51184



SBD-FFLCH-USP



FONDO DE CULTURA ECONOMICA
MÉXICO-BUENOS AIRES

Primera edición en italiano, 1955
Primera edición en español, 1960

DEDALUS - Acervo - FFLCH-HI

La disputa del Nuevo Mundo,



21200005120

970
G363d E
e.1

OK

970 A M. CATINA / e do Norte
G363 dE

Título original de esta obra:
La disputa del Nuovo Mondo

Derechos reservados conforme a la ley
© 1960 Fondo de Cultura Económica
Av. Universidad 975 México 12, D. F.

Impreso y hecho en México
Printed and made in Mexico

ADVERTENCIA

EL GERMEN del presente estudio es una nota de mi primer libro, escrito hace treinta años (La política del Settecento, Bari, 1928, p. 85, nota 3), en la cual, a propósito del mito del buen salvaje, recordaba el juicio feroz de De Pauw sobre los indígenas americanos y algunas de las réplicas que le hicieron Pernety, Buffon, Galiani, Jefferson y Carli. Fugaces alusiones a De Pauw aparecen asimismo en mi Política del romanticismo (Bari, 1932). Y en Il peccato di Adamo ed Eva (Milán, 1933), son varias las veces que se toca el tema de la inocencia o innata maldad del "salvaje".

Pero el estímulo para ahondar mi investigación me vino mucho más tarde. Al establecerme en América a finales de 1938, diariamente sentía resonar en mis oídos hipérbolos y calumnias, panegíricos y vituperios sobre el Nuevo Mundo y, de rechazo, sobre el Viejo. Repetidos con desarmante candor y monótona convicción, esos confusos acentos de pasión venían a acrecentar la dificultad, ya de suyo considerable, de penetrar en la sustancia de los problemas suscitados por el ambiente y por la historia de América: problemas que ya afloran en el diario y en las cartas de Colón y que —como trataré de hacer ver en otro libro mío— alcanzan rápidamente un alto grado de seriedad científica, en las historias de Oviedo.

Las huellas de esta reconsideración más viva y aguda de un tema dejado a un lado hasta que los azares de la vida me lo imponían de nuevo y con perentoria crudeza, han quedado en las páginas iniciales de un libro sobre el Perú, publicado en Lima en 1941, donde se menciona el juicio negativo de Hegel acerca del continente americano. Desde De Pauw hasta Hegel, la trayectoria era bastante clara. Y también en Lima, como suplemento al primer número de la revista Historia, dirigida por Jorge Basadre, salía a fines de 1943 una primera versión del presente estudio: Viejas polémicas sobre el Nuevo Mundo. La curiosidad despertada por aquel rápido bosquejo me indujo a reimprimirlo y a enriquecerlo, hasta convertirlo, en la tercera edición (1946), en un volumen de trescientas páginas. El desplazamiento del centro de gravedad del libro estaba señalado por el cambio del subtítulo: ya no "comentario a un texto de Hegel", sino debate "en el umbral de una conciencia americana".

La edición que ahora aparece puede calificarse de obra nueva; y, a pesar de que en ella se omite un par de apéndices sobre autores de interés regional sudamericano, su tamaño es más del doble del que tenía en la última edición limeña.

Naturalmente, se podría continuar. Es éste un típico libro de orgullo, y al coro discordante no sería difícil añadir las voces de otros autores que emprendieron el ataque o la defensa. La bibliografía negativa, al final del volumen, da alguna idea de estas azarosas posibilidades. Pero para marcar las grandes líneas de la polémica, espero que el paciente lector estará de acuerdo conmigo en juzgar que en estas páginas hay lo suficiente, —y quizá demasiado.

A. G.

PRÓLOGO

EN MÁS de un pasaje de sus obras, Hegel considera a las Américas como un continente inmaduro, o impotente, o bien "inferior" al Viejo Mundo. Los exégetas, hasta un Croce, hasta un Ortega y Gasset, al comentar esos pasajes, han visto en ellos una típica aberración de la mente de Hegel, una muestra curiosa de su esfuerzo por reducir al esquema de las triadas la infinita variedad del mundo. Pero en realidad, lo que Hegel hizo no fue inventar la tesis, sino adoptarla. Y en su breve historia, esta tesis ha reflejado tendencias tan variadas, que tal vez no sea del todo ocioso indagar sus vicisitudes. Las páginas que siguen quisieran dar acerca de ello una primera idea de conjunto.

Si toman a Buffon como punto de arranque, no es tanto para introducir in medias res al lector, cuanto porque en sus escritos alcanzan por vez primera forma coherente y científica gran número de observaciones y juicios y prejuicios que hasta entonces se habían expresado como sorprendentes noticias de tierras lejanas en las primeras relaciones de los viajeros y naturalistas que visitaron el Nuevo Mundo, o como paradojas y fábulas polémicas en los relatos de los misioneros, en las utopías y en los mitos del bueno y del mal salvaje; y, sobre todo, porque sólo desde Buffon en adelante tiene la tesis de la inferioridad de las Américas una historia ininterrumpida, una trayectoria precisa que, a través de De Pauw, llega a su vértice con Hegel¹ y se alarga luego en su caída hasta llegar a las recíprocas recriminaciones y a las pueriles jactancias, a las condenas sumarias y a las nebulosas exaltaciones tan frecuentes aún en nuestros días.

Los antiguos descriptores de la naturaleza americana, y en particular el más grande de ellos, Gonzalo Fernández de Oviedo (1526, 1535), ya habían observado con asidua perspicacia las muchas peculiaridades físicas del Nuevo Mundo, las muchas diferencias existentes entre los animales de América y los de los países europeos. Pero, aun cuando señalaban ciertos aspectos relativamente débiles, ciertas deficiencias específicas de las Américas, como hicieron, entre otros, el padre Acosta (1590), Herrera (1601-1615) y el padre Cobo (1653), no llegaron nunca a coordinar sus observaciones en una teoría general de la inferioridad de la naturaleza americana —tan admirada y tan amorosamente ilustrada por ellos—, ni mucho menos a teorizar acerca de una pretendida "inmadurez" o "degeneración" de las nuevas tierras, usando conceptos que sugieren un desarrollo truncado en los comienzos o un agotamiento por vejez.

Fue esto lo que hizo Buffon. Y, al impulso de una cuádruple y fortísima sugestión —la autoridad del naturalista; la cualidad tan dinámica e historicizante de este concepto de la naturaleza; el hecho de que en la nueva valoración del hombre, de los animales, de las plantas y del clima mismo de América vinieran a confluír otras seculares teorías y corrientes semicientíficas; y, finalmente, el que Europa hubiera llegado a una con-

¹ Edmundo O'Gorman, "Trayectoria de América", en *Fundamentos de la historia de América*, México, 1942, pp. 85-134, ha indicado a Buffon y a De Pauw como fuentes de la tesis hegeliana, pero sin entrar en particulares, y cediendo en cambio a preocupaciones apologéticas.

ciencia más elevada y más clara de sí misma al propio tiempo que nacían en América el orgullo nativo y el patriotismo—, la polémica sobre América estalló en distintos planos, durante varios decenios, a uno y otro lado del Atlántico.

Los hilos se mezclaron y se torcieron, multicolores, de distinto espesor y de longitud diversa. Algunos de ellos se remontan nada menos que a Aristóteles, cuando no más lejos todavía. Pero es preciso devanarlos si no queremos quedar atrapados de nuevo en sus lazos.

Desde un punto de vista más general, la historia de este error presenta otro interés. Los elementos de hecho que sirvieron de base a las teorías de la inferioridad del Nuevo Mundo eran reales en muchos casos. Es verdad, según la geología, que las cadenas montañosas de América parecen relativamente recientes y no estabilizadas todavía por completo. Es verdad que en muchas de sus regiones prevalece una malsana humedad. Es verdad que alberga gran profusión de insectos nocivos, y que en cambio faltan en ella, además de los grandes carnívoros, muchos otros de los mamíferos principales. Es verdad que muchos de sus habitantes indígenas son imberbes, que otros son relativamente débiles, y que otros más parecen incapaces de progreso hacia la civilización. Y es verdad que ciertas especies de animales no se han aclimatado en ella, o han resultado estériles a la segunda generación. Es, pues, una verdad indiscutible que todas aquellas discusiones, mal planteadas y todo, sirvieron para hacer avanzar la ciencia de la naturaleza, afinando sus métodos, desprendiéndola fatigosamente de errores seculares y enriqueciendo su materia misma.

Si así es, ¿por qué ahora, cuando nos detenemos a reconsiderarla, decimos que es un "error" la tesis de la inferioridad de las Américas? Por una razón sustancial y (si queremos ser un poco pedantes) por tres razones formales. Substantialiter, porque aquellos elementos de hecho pierden su verdad al ser utilizados en respaldo de una tesis. Formaliter, porque a menudo, demasiado a menudo, el ejemplo aislado se generalizó en regla universal, y la flaqueza de un indígena, la paludosisidad de un valle, el aspecto desapacible de un grupo montañoso se extendieron, como por un contagio paralizante, a todas las razas y a todos los valles y montañas del continente.

Por añadidura, en otros casos —y a menudo hasta en los mismos casos— aquellos datos de hecho objetivamente ciertos se hipostataron en juicios de valor, y a la indebida generalización se añadió una indebida calificación peyorativa: se daba por supuesto, ora implícita, ora explícitamente, que el hombre imberbe es inferior al barbado, que el pantano es peor que el desierto, que la ausencia de fieras o de profundas estratificaciones geológicas es un estigma de impotencia telúrica, que la jirafa está "bien" y la cucaracha está "mal".

Por último, en la gran mayoría de los casos se polarizaron indebidamente datos, noticias y particulares de geografía, zoología y botánica que eran y son verdaderos en sí mismos, pero que no son ni verdaderos ni falsos en oposición a otros datos, elementos y particulares. La misma antítesis básica de Mundo Antiguo y Mundo Nuevo, raíz de todas aquellas otras antítesis determinadas, no subsiste sino en una mentalidad esquematizante y apasionada, abstracta y polémica, contra el Viejo Mundo unas veces, y otras contra el Nuevo. El tigre, el salvaje, el pantano y

la barba, realidades empíricas y no conceptos, se pensaron en oposición a algún otro fenómeno individual, del cual eran ciertamente distintas: error que nace de un abuso de la lógica formal y anticipa aquella corrupción de la dialéctica que llegará, en Hegel, al fatuo esplendor de una arquitectura inmaterial, a la gloria sinfónica de la chimaera bombinans in vacuo.

Corruptio optimi pessima. Temo que esto se confirmará hasta el fastidio leyendo las páginas que siguen. Como viático y memento crítico no podré ofrecer nada mejor que la ambigua sonrisa del padre Acosta, gran panegirista de las Indias, historiógrafo de una América fuerte, madura y fecunda, en aquel pasaje en que, tras observar que las plantas llevadas de las nuevas tierras a España "son pocas y danse mal", mientras que las "que han pasado de España [a las Indias] son muchas y danse bien", añade con amable sarcasmo: "No sé si digamos que lo hace la bondad de las plantas, para dar la gloria a lo de acá [de España], o si digamos que lo hace la tierra, para que sea la gloria de allá..."²

¿Gloria de un hemisferio o del otro, gloria de la simiente o de la gleba? A la escéptica alternativa del padre Acosta ya había contestado el buen sentido de Oviedo. La verdadera razón de que no se den bien las vides en Santo Domingo "ni está en la planta, ni en la tierra... sino en la industria humana e floxedad de los hombres".³ Son los perezosos quienes se excusan al acusar a la naturaleza. Esta no es mejor de un lado o del otro del Atlántico, no tiene predilecciones ni repugnancias absolutas, no respeta los tan ponderados privilegios del surco o del grano, y no se abaja a lisonjear esas pobres vanidades de una primacía cualquiera, ídola tribus e ídola fori, hinchados por la jactancia eterna de las naciones y de los mundos.

² *Historia natural y moral de las Indias*, 1590, IV, 31 (ed. de Madrid, 1608, pp. 270-271); cf. *ibid.*, IV, 18 (ed. cit., pp. 242-243).

³ *Historia general y natural de las Indias*, VIII, 24 (ed. Amador de los Ríos, Madrid, 1851-1855, vol. I, p. 310a).

PREFACIO A LA EDICIÓN MEXICANA

PRESENTAR al público hispanoamericano un libro concebido y nacido en América podrá parecer a muchos —a mí inclusive— completamente fuera de lugar. El lector europeo tiene el privilegio de ignorar, o de haber olvidado, el alcance y la intensidad de los conflictos de ideas narrados en el presente volumen. Para el lector americano, en cambio, esos conflictos son experiencia viva, y sustrato de juicios, de inclinaciones y de ideologías todavía operantes. El problema de las relaciones ideales entre los dos "mundos" está ciertamente mucho más abierto y se discute más en el Nuevo que en el Viejo Mundo. Y este estudio mismo no habría llegado a concebirse si el autor no se hubiera visto trasladado súbitamente de la atmósfera un tanto satisfecha, segura de sí, críticamente apaciguada del Occidente europeo a la atmósfera mucho más agitada, anhelante, sacudida de impulsos ancestrales y proféticos, de uno de los más ilustres países de la América hispánica.

Por otra parte, el trabajo esbozado con las espaldas vueltas a Europa, frente al vacío e ilimitado Pacífico, no podía quedar relativamente completo —relativamente, porque un trabajo de esta índole no está nunca completo— sino invirtiendo, por así decir, su perspectiva, regresando a la Europa "aux anciens parapets" y, firme el pie sobre las costas articuladas y activas del Mediterráneo, volviendo a sopesar con atenta e informada imparcialidad los alegatos contrapuestos y las recíprocas acusaciones.

Desde el principio, el tema podía definirse y circunscribirse recortando, o mejor poniendo al fuego, en el complejo de las relaciones entre ambos hemisferios, la historia de una imputación específica: la de una supuesta inferioridad física del hemisferio occidental, y de una consiguiente "debilidad" natural y constitucional de sus especies animales y de sus pobladores, condenados todos ellos por la naturaleza a una irresistible decadencia y corrupción. Pero, inevitablemente, el estudio de este curioso episodio de la historia de las ideas se transformaba en un esbozo o fragmento de autobiografía espiritual, en la indagación y revaloración de algunos olvidados presupuestos ideales de un europeo cualquiera del siglo xx, en el análisis de una de sus más profundas razones de ser tal.

La reseña áridamente anticuada se convertía así, por la lógica misma de la investigación, en una confesión y profesión de fe. Y este cambio de acento dejaba naturalmente su huella estilística en el libro; pero remediar sus desigualdades de tono habría significado quitarle precisamente ese carácter "autobiográfico" que es quizá su mejor justificación, o incluso la única.

He preferido, en cambio, ponerlo al día aquí y allá, corregir algún error y añadir cuatro o cinco capitulillos nuevos —sobre el abate Roubaud, Miss Wright, un par de precursores de Kant y un par de misioneros jesuitas—, como también este breve prefacio.

Breve, entre otras cosas, porque a mí no me gusta que al comienzo de un libro se alarguen las listas de acknowledgements, como no me gustan las dedicatorias, último vestigio de una costumbre dieciochesca. Un

libro es un discurso que se dirige al lector: a él, y a nadie más; y al lector "ignoto" (que es justamente aquel para quien se publica el libro) no le importa un bledo saber con quién está ligado el autor por tiernos afectos o por deudas de agradecimiento. Pero en el presente caso, ese lector quedaría defraudado de un hecho esencial si le callase mi satisfacción por la colaboración que me ha prestado el traductor, Antonio Alatorre, el cual no sólo ha controlado citas y datos bibliográficos, sino que ha añadido la Bibliografía "positiva" e incluso me ha sugerido alguna útil referencia, pero sobre todo por la elegancia y nitidez de la prosa castellana en que, con amorosa y pacientísima fatiga, ha sabido expresar en todos sus matices mi largo discurso.

A. G.

Milán, noviembre de 1959.

LA DISPUTA DEL NUEVO MUNDO

I. BUFFON: LA INFERIORIDAD DE LAS ESPECIES ANIMALES EN AMÉRICA

1. INEXISTENCIA DE GRANDES ANIMALES SELVÁTICOS

LA TESIS de la "debilidad" o "inmadurez" de las Américas —si se prescinde de alguna imagen poética isabelina, como la de Donne, que habla de "esa porción inmadura de la tierra",¹ o la de Samuel Daniel, que alude al "Occidente aún no formado"²— nace con Buffon a mediados del siglo XVIII.

Uno de los descubrimientos más importantes de Buffon, y uno de los que más lo enorgullecían,³ es éste: que son *diversas* las especies animales del Mundo Antiguo y las de la América meridional. Diversas y, en muchos casos, inferiores o más débiles las del Mundo Nuevo. Al describir al león de América, o puma, como en un relámpago descubre que el llamado león no es tal león, sino una bestia distinta, peculiar de América y de ninguna manera asimilable al rey de los animales del Viejo Mundo. En efecto, carece de melena y además "es mucho más pequeño, más débil y más cobarde que el verdadero león".⁴ Pero la intuición que le relampagueó al confrontar al puma con el león se extiende fulminantemente a toda la serie de los grandes mamíferos. Ante sus ojos desfilan los animales como si bajasen uno tras otro del arca de Noé; el naturalista los escudriña uno tras otro, y a todos les va negando la ciudadanía americana, *jure sanguinis et jure soli*.

"Los elefantes pertenecen al antiguo continente y no se encuentran en el nuevo...; aquí no se encuentra siquiera ningún animal que pueda compararse con él ni por el tamaño ni por el aspecto".⁵ La única bestia que lejanamente se le puede parangonar es el tapir brasileño, pero este animal, el más grande de América, "este elefante del Nuevo Mundo"—escribe Buffon con fuerte acento irónico, como si dijera "este ridículo elefantúsculo americano"— "es del tamaño de un becerro de seis meses o de una mula muy pequeña".⁶ Es un mísero paquidermo de bolsillo.

¹ "That unripe side of earth" produce hombres desnudos como Adán antes de comer la manzana (*To the Countesse of Huntingdon*, 1597, en *Complete poetry and selected prose*, London-New York, 1939, p. 149).

² "...yet unformed Occident" (*Musophilos; containing a Generall Defence of Learning*, 1599), frase frecuentemente citada, por ejemplo en Ch. Sumner, *Prophetic voices concerning America*, Boston, 1874, p. 7, y en *The Oxford companion to English literature*, ed. P. Harvey, Oxford, 1936, *sub voce*.

³ Véase el excurso "La originalidad de Buffon", *infra*, pp. 523-529.

⁴ *Oeuvres de Buffon*, ed. in-4^o de la Imprimerie Royale, vol. IX, p. 13, citado por P. Flourens, *Histoire des travaux et des idées de Buffon*, 2^a ed., Paris, 1850, pp. 133 y 275. En el discurso sobre *Les animaux de l'ancien continent*, antepuesto a la descripción de las distintas especies, dice también Buffon: "nous verrons dans l'article du lion que cet animal n'existoit point en Amérique, et que le puma du Pérou est un animal d'une espèce différente" (*Oeuvres complètes*, ed. Richard, Paris, Delangle, 1827-1828, vol. XV, p. 404).

⁵ "Les éléphants appartiennent à l'ancien continent, et ne se trouvent pas dans le nouveau...; il ne s'y trouve même aucun animal qu'on puisse lui comparer, ni pour la grandeur ni pour la figure" (*Oeuvres complètes*, vol. XV, p. 402).

⁶ *Ibid.*, pp. 429-430: "cet éléphant du nouveau monde est de la grosseur d'un veau de six mois ou d'une très petite mule". Y en otro lugar, con desdén todavía

Rinocerontes no hay. Hipopótamos, tampoco. Camellos, dromedarios, jirafas, son totalmente desconocidos. "No hay verdaderos monos en América".⁷ Esa especie de camello conocida con el nombre de llama es aún más mezquina que el tapir. Parece grande "por el alargamiento del cuello y la altura de las piernas"; pero por mucho que se levante en zancos y alargue el pescuezo, sigue siendo un animal chico. "La alpaca es todavía mucho más pequeña".⁸ Las confrontaciones podrían continuar en el mismo tono. Pero todas confirman que las bestias más grandes de América son "cuatro, seis, ocho y diez veces" menores que las del continente antiguo.

Al mismo tiempo, las especies de cuadrúpedos son muchísimo menos numerosas en el Nuevo Mundo que en el Viejo: ciento treinta cuenta Buffon en éste, y en aquél menos de setenta. Así, pues, el continente americano posee un surtido más escaso de especies, y las que tiene son en general más mezquinas. Una primera conclusión se impone: "La naturaleza viva es aquí mucho menos activa, mucho menos variada, y hasta podemos decir que mucho menos fuerte".⁹

2. DECADENCIA DE LOS ANIMALES DOMÉSTICOS

Esta debilidad de la naturaleza resulta confirmada por la suerte de los animales domésticos llevados a América por los europeos. Ha sido un desastre en toda la línea. Todos se han encogido y achicado, todos han quedado reducidos a enanos o a minúsculas caricaturas de sus prototipos:

Los caballos, los asnos, los bueyes, las ovejas, las cabras, los cerdos, los perros, todos estos animales se han hecho allí más pequeños; y... aquellos que no se transportaron, sino que fueron allá por sí mismos, en una palabra, los que son comunes a ambos mundos, como los lobos, las

más evidente: "ce tapir, cet éléphant du Nouveau-Monde, n'a ni trompe ni défenses, et n'est guère plus grand qu'un âne!" (*Des époques de la nature, ibid.*, vol. V, p. 224).

⁷ Cf., en cambio, el padre Acosta: "Micos hay innumerables" (*Historia natural y moral*, IV, 39; ed. cit., p. 333), pasaje mencionado por el Inca Garcilaso, *Comentarios reales*, VIII, 18.

⁸ *Oeuvres complètes*, vol. XV, pp. 402-404 ("Il n'y a point de vrais singes en Amérique..."), 429-430 (la llama, grande en apariencia "par l'allongement du cou et la hauteur des jambes") y 435 ("Le pacos est encore plus petit"). Sobre las relaciones morfológicas entre jirafa, camello y llama, véase también vol. XIX, p. 46; y cf. *infra*, p. 183, nota 193: la llama, "un beau diminutif" del camello.

⁹ *Oeuvres complètes*, vol. XV, p. 429: "la nature vivante y est donc beaucoup moins agissante, beaucoup moins variée, et nous pouvons même dire beaucoup moins forte". Este juicio global es citado en nota por Marmontel, *Les Incas*, ed. Paris, 1810, vol. I, p. xxiii, y parafraseado por Flourens, *op. cit.*, p. 145. Buffon, según se ve por los ejemplos —y según advierte él mismo en algún lugar—, sólo tenía en la mente, casi siempre, a la América del Sur. En la del Norte se encuentran varias especies del Viejo Mundo (lobo, reno, gamo, ciertos animales de pelo), —cosa que lo pone en serios aprietos (véase H. Daudin, *De Linné à Jussieu*, Paris, 1926, p. 142; véase *infra*, p. 24, nota 83, y p. 235, nota 435). Por lo demás, los problemas de la fauna sudamericana siguen en gran parte sin resolver todavía en nuestros tiempos. Véanse las sugestivas observaciones de H. Krieg, "Tiergeographische und ökologische Beobachtungen und Probleme in Südamerika" en *Tier und Umwelt in Südamerika*, Hamburg, 1940, pp. 1-34.

zorras, los ciervos, los corzos, los alces, son asimismo notablemente más pequeños en América que en Europa, y esto sin ninguna excepción.¹⁰

Las ovejas y las cabras han podido aclimatarse en América, pero "son aquí, por lo común, más flacas". Los carneros "tienen en general la carne mucho menos succulenta y tierna que en Europa". Y en definitiva —pero siempre "en general"— se puede decir que "de todos los animales domésticos que se han transportado de Europa a América, el cerdo es el que ha prosperado mejor y más universalmente".¹¹

3. HOSTILIDAD DE LA NATURALEZA

Se puede entonces dar un paso adelante en el razonamiento. Los animales indígenas son pocos y pequeños. Los animales importados se han hecho más pequeños o menos apetitosos (con excepción del cerdo). Así, pues, el ambiente, la naturaleza americana es hostil al desarrollo de los animales. Al paralelo puramente geográfico sucede un criterio genético. Y en esta dirección Buffon avanza impertérrito, extendiendo a toda la *nature vivante* las observaciones hechas sobre los cuadrúpedos:

Hay, pues, en la combinación de los elementos y de las demás causas físicas, alguna cosa contraria al engrandecimiento de la naturaleza viva en este Nuevo Mundo; hay obstáculos que impiden el desarrollo y quizá la formación de los grandes gérmenes; aun aquellos que, por las influencias benignas de otro clima, han recibido su forma plena y su extensión íntegra, se encogen, se empuqueñecen bajo aquel cielo avaro y en aquella tierra vacía, donde el hombre, en número escaso, vivía esparcido, errante; donde, en lugar de usar de ese territorio como dueño tomándolo como dominio propio, no tenía sobre él ningún imperio; donde, no habiendo sometido nunca a sí mismo ni los animales ni los elementos, sin haber domado los mares ni dirigido los ríos, ni trabajado la tierra, no era él mismo sino un animal de primera categoría, y no existía para la naturaleza sino como un ser sin consecuencias, una especie de autómatas impotente, incapaz de reformarla o de secundarla. La naturaleza lo había tratado más como madrastra que como madre, negándole el sentimiento de amor y el deseo vivo de multiplicarse; pues aun que el salvaje del Nuevo Mundo sea poco más o menos de la misma estatura que el hombre de nuestro mundo, esto no basta para que pueda constituir una excepción

¹⁰ *Oeuvres complètes*, vol. XV, p. 444: "Les chevaux, les ânes, les bœufs, les brebis, les chèvres, les cochons, les chiens, tous ces animaux, dis-je, y sont devenus plus petits; et... ceux qui n'y ont pas été transportés et qui y sont allés d'eux-même, ceux en un mot qui sont communs aux deux mondes, tels que les loups, les renards, les cerfs, les chevreuils, les élans, sont aussi considérablement plus petits en Amérique qu'en Europe, et cela sans aucune exception". Puede haber un elemento de verdad en esta tesis. El arte de la cría de animales permaneció en América, durante mucho tiempo, inferior a las técnicas europeas más avanzadas. Y los pastos americanos eran inferiores, desde el punto de vista del valor nutritivo, a los del Viejo Mundo (John Franklin Jameson, *The American Revolution considered as a social movement*, Princeton, 1940, pp. 50-51).

¹¹ *Oeuvres complètes*, vol. XV, pp. 412, 414: "[les brebis et les chèvres] y sont communément plus maigres"; "[les moutons] ont en général la chair moins succulente et moins tendre qu'en Europe"; "de tous les animaux domestiques qui ont été transportés d'Europe en Amérique, le cochon est celui qui a le mieux et le plus universellement réussi".

del hecho general del empequeñecimiento de la naturaleza viva en todo ese continente. El salvaje es débil y pequeño por los órganos de la generación; no tiene pelo ni barba, y ningún ardor para con su hembra. Aunque más ligero que el europeo, porque tiene más costumbre de correr, es sin embargo mucho menos fuerte de cuerpo; es asimismo mucho menos sensible, y sin embargo más tímido y más cobarde; no tiene ninguna vivacidad, ninguna actividad en el alma; la del cuerpo no es tanto un ejercicio, un movimiento voluntario, cuanto una urgencia de acción causada por la necesidad. Quitadle el hambre y la sed, y habréis destruido al mismo tiempo el principio activo de todos sus movimientos; se quedará estúpidamente descansando en sus piernas o echado durante días enteros.¹²

4. IMPOTENCIA DEL SALVAJE

El pasaje es importante sobre todo por la función que asigna al hombre. Pocos y débiles, los hombres del Nuevo Mundo no han podido dominar la naturaleza hostil, no han sabido vencer y sojuzgar las fuerzas vírgenes y enderezarlas a su propia utilidad. En lugar de colaborar al desarrollo de las especies animales, y al mejoramiento de las razas domésticas, el hombre mismo ha permanecido sujeto al "control" de la naturaleza, ha seguido siendo un elemento pasivo de ésta, un animal como los otros, —apenas *primus inter pares*. Insensiblemente, arrastrado por el hilo del raciocinio, Buffon extiende al salvaje americano el juicio negativo pronunciado acerca de los cuadrúpedos. El hombre no es una excepción. Por el contrario, su suerte es peor que la de los otros animales a causa

¹² *Oeuvres complètes*, vol. XV, pp. 443-446: "Il y a donc, dans la combinaison des éléments et des autres causes physiques, quelque chose de contraire à l'agrandissement de la nature vivante dans ce nouveau monde: il y a des obstacles au développement et peut-être à la formation des grands germes; ceux même qui, par les douces influences d'un autre climat, ont reçu leur forme plénière et leur extension tout entière, se resserrent, se rapetissent sous ce ciel avare et dans cette terre vide, où l'homme, en petit nombre, étoit épars, errant; où, loin d'user en maître de ce territoire comme de son domaine, il n'avoit nul empire; où, ne s'étant jamais soumis ni les animaux ni les éléments, n'ayant ni dompté les mers, ni dirigé les fleuves, ni travaillé la terre, il n'étoit en lui-même qu'un animal du premier rang, et n'existoit pour la nature que comme un être sans conséquence, une espèce d'automate impuissant, incapable de la réformer ou de la seconder: elle l'avoit traité moins en mère qu'en marâtre, en lui refusant le sentiment d'amour et le désir vif de se multiplier; car quoique le sauvage du nouveau monde soit à-peu-près de même stature que l'homme de notre monde, cela ne suffit pas pour qu'il puisse faire une exception au fait général du rapetissement de la nature vivante dans tout ce continent. Le sauvage est foible et petit par les organes de la génération; il n'a ni poil ni barbe, et nulle ardeur pour sa femelle: quoique plus léger que l'Européen, parce qu'il a plus d'habitude à courir, il est cependant beaucoup moins fort de corps; il est aussi bien moins sensible, et cependant plus craintif et plus lâche; il n'a nulle vivacité, nulle activité dans l'âme; celle du corps est moins un exercice, un mouvement volontaire, qu'une nécessité d'action causée par le besoin; ôtez-lui la faim et la soif, vous détruirez en même temps le principe actif de tous ses mouvements; il demeurera stupidement en repos sur ses jambes ou couché pendant des jours entiers". La pérdida de estatura como señal de degeneración, y también su explicación mediante los obstáculos a los "grandes germes", se remontan a Plinio, quien observaba el género humano "minorem in dies fieri... consumente ubertatem seminum exustione" (*Nat. hist.*, VII, 15, citado por Lovejoy y Boas, *Primitivism and related ideas in Antiquity*, Baltimore, 1935, pp. 101-102).

de esa frigidez sexual: "la naturaleza, al negarle las potencias del amor, lo ha maltratado y achicado más que a ninguno de los animales".¹³

El nexa singular entre la impotencia del salvaje y la ausencia de grandes bestias feroces —nexo de un erotismo sutilmente escabroso, muy siglo XVIII— parece sugerirle a Buffon otro gran paso adelante. Frío es el salvaje. Fría es la serpiente. Fríos son los animales de sangre fría. Y en América pululan reptiles e insectos, y a menudo en formas gigantescas. En ninguna parte del globo son tan grandes los insectos como en América. "Los sapos, las ranas y los demás bichos de este género son también muy grandes en América".¹⁴ La mitad del reino zoológico se hincha, mientras la otra mitad se encoge. Hay que encontrar, pues, una explicación que aclare los dos fenómenos:

Veamos por qué se encuentran reptiles tan grandes, insectos tan enormes, cuadrúpedos tan pequeños y hombres tan fríos en ese Nuevo Mundo. Esto consiste en la calidad de la tierra, en la condición del cielo, en el grado de calor, en el de humedad, en la situación, la elevación de las montañas, en la cantidad de las aguas corrientes o estancadas, en la extensión de los bosques, y sobre todo en el estado bruto en que se halla la naturaleza.¹⁵

Et voilà pourquoi votre fille est muette.

5. FRÍGIDA HUMEDAD DEL AMBIENTE

Pero la enumeración sumaria y desordenada presenta dos rasgos que se ponen muy de relieve: el estado bruto de la naturaleza y el aspecto pantanoso del paisaje.

Ya Ovidio había repetido hasta la saciedad que "humidísima tierra son estas Indias", que "esta tierra es muy humidísima", etc.,¹⁶ y el padre Acosta justamente había observado (1590) que "la mayor parte de la América, por esta demasía de aguas, no se puede habitar".¹⁷ ¿Y a causa de qué? A causa de la gran fuerza del sol, que atrae los vapores del Océano y, al refrescar por la tarde, hace que se resuelvan en lluvia,¹⁸ —explicación meteorológica incompleta, pero más racional que la de un diluvio o la de un desagüe imperfecto.

¹³ *Oeuvres complètes*, vol. XV, pp. 446-447: "la nature, en lui refusant les puissances de l'amour, l'a plus maltraité et plus rapetissé qu'aucun des animaux". En cambio, Rousseau (*Discours sur l'inégalité*, ed. F. C. Green, Cambridge, 1944, pp. 48-50) alababa naturalmente la moderación erótica del salvaje como prueba de su plácida obediencia al instinto natural, no atizado por turbias imaginaciones, ni por las artes femeninas, ni por celos absurdos.

¹⁴ *Oeuvres complètes*, vol. XV, pp. 447-448: "Les crapauds, les grenouilles, et les autres bêtes de ce genre, sont aussi très grosses en Amérique".

¹⁵ *Ibid.*, p. 448: "Voyons donc pourquoi il se trouve de si grands reptils, de si gros insectes, de si petits quadrupèdes, et des hommes si froids dans ce nouveau monde. Cela tient à la qualité de la terre, à la condition du ciel, au degré de chaleur, à celui d'humidité, à la situation, à l'élevation des montagnes, à la quantité des eaux courantes ou stagnantes, à l'étendue des forêts, et surtout à l'état brut dans lequel on y voit la nature".

¹⁶ *Historia general y natural de las Indias*, ed. cit., vol. I, pp. 268b, 289b, 383a, 457b, etc.

¹⁷ *Historia natural y moral de las Indias*, II, 6; ed. cit., p. 103.

¹⁸ *Ibid.*, II, 7; ed. cit., p. 107.

Buffon, a su vez, representa el continente empantanado con toda la magia de su estilo descriptivo, y nos da una prolija anticipación de aquella poética tierra victorhuguesa, "mouillée encore et molle du déluge", en la cual el hombre descubre, inquieto, las pisadas de los gigantes (*Booz endormi*). El naturalista pinta con colores vivísimos ese clima cálido y muelle, con sus exhalaciones húmedas y malsanas que estimulan el esparcimiento de una vegetación sofocante, y concluye:

En semejante estado de abandono todo languidece, todo se corrompe, todo se sofoca: el aire y la tierra, cargados de vapores húmedos y dañinos, no pueden depurarse ni aprovechar las influencias del astro de la vida; el sol lanza inútilmente sus más vivos rayos sobre esta masa fría, incapaz de responder a su ardor, y que no producirá sino seres húmedos, plantas, reptiles, insectos, ni podrá nutrir sino hombres fríos y animales endebles.¹⁹

Volvemos así al punto de partida, según el cual la naturaleza americana es débil porque el hombre no la ha dominado, y el hombre no la ha dominado porque a su vez es frío en el amor y más semejante a los animales de sangre fría, más cercano a la naturaleza del continente, acuática y en putrefacción. En este círculo vicioso gira la explicación erótico-hidráulica de la singular naturaleza americana:

Así, pues, el hecho de que hubiera pocos hombres en América, y de que la mayor parte de estos hombres vivieran la vida de los animales, dejando bruta a la naturaleza y descuidando la tierra, es la explicación principal de que ésta haya permanecido fría, impotente para producir los principios activos, para desarrollar los gérmenes de los cuadrúpedos mayores, a los cuales hace falta, para crecer y multiplicarse, todo el calor, toda la actividad que el sol puede dar a la tierra amorosa; y por la razón contraria se explica que los insectos, los reptiles y todas las especies de animales que se arrastran por el fango, cuya sangre es agua, y que pululan entre la podredumbre, sean más numerosas y más grandes en todas las tierras bajas, húmedas y pantanosas de ese nuevo continente.²⁰

Esa "tierra amorosa" y, en contraste, esos animales que en vez de sangre tienen agua en las venas, resumen en dos vívidas imágenes la idea nuclear de Buffon.

¹⁹ *Oeuvres complètes*, vol. XV, p. 452: "Dans cet état d'abandon, tout languit, tout se corrompt, tout s'étouffe: l'air et la terre, surchargés de vapeurs humides et nuisibles, ne peuvent s'épurer ni profiter des influences de l'astre de la vie; le soleil darde inutilement ses rayons les plus vifs sur cette masse froide, elle est hors d'état de répondre à son ardeur; elle ne produira que des êtres humides, des plantes, des reptiles, des insectes, et ne pourra nourrir que des hommes froids et des animaux foibles". Véase también la célebre descripción de las "savanes de l'Amérique méridionale", "peuplées d'animaux immondes..., cloaques de la nature..., terres d'ailleurs impraticables, encore informes", pululantes de un "peuple impur" de reptiles e insectos "enflés par la chaleur humide" (*Morceaux choisis*, Paris, 1829, p. 83).

²⁰ *Oeuvres complètes*, vol. XV, pp. 452-454: "C'est donc principalement parcequ'il y avoit peu d'hommes en Amérique, et parceque la plupart de ces hommes, menant la vie des animaux, laissoient la nature brute et négligeoient la terre, qu'elle est demeurée froide, impuissante à produire les principes actifs, à développer les germes des plus grands quadrupèdes, auxquels il faut, pour croître et se multiplier, toute la chaleur, toute l'activité que le soleil peut donner à la terre amoureuse; et c'est par la raison contraire que les insectes, les reptiles, et toutes les espèces d'animaux qui se traînent dans la fange, dont le sang est de l'eau, et qui pullulent par la pourriture, sont plus nombreuses et plus grandes dans toutes les terres basses, humides et marécageuses de ce nouveau continent".

6. LA PODREDUMBRE Y LA GENERACIÓN, EL AGUA Y LA VIDA

Pero ¿de dónde viene la teoría de la conexión entre la humedad del ambiente y el pulular de insectos y reptiles? Todo nos induce a pensar que se trata de un residuo de las largas polémicas del siglo XVII en torno a la generación espontánea de gusanos y de víboras a partir de cuerpos en putrefacción y de tierras anegadas. El padre Kircher era satirizado por Redi a causa de su pretendido experimento de serpientes asadas, desnuzadas, sembradas en terreno regado con agua de lluvia y que, después de ocho días, fructifican en "pequeños gusanillos", los cuales, alimentados con leche y agua, acaban por convertirse en "serpenti perfettamente figurati".²¹ Los fríos animales de Buffon, "que pululan entre la podredumbre", son descendientes de esas "generazioni serpentine... per putredine" contra las cuales polemiza Redi.

Sin embargo, la tesis de la generación espontánea a partir de la materia en putrefacción —afirmada para las moscas y los mosquitos por Aristóteles (en armonía con su teoría general de los cuatro elementos, la corrupción de uno de los cuales es la generación del próximo), reafirmada específicamente para las serpientes por Plinio, y repetida en los tiempos modernos, en función anti-ascética, por Le Roy (1579) y por Vaini (1616)²² —sólo vendría a ser atacada y refutada por los famosos experimentos de Pasteur sobre la fermentación. Y ni siquiera entonces en forma definitiva: en el último de sus tratados, Claude Bernard discute (sin rechazarla) la tesis, de sabor verbal tan pre-existencialista, de que "la vida es una putrefacción...", de que "la vida no es sino una podredumbre".²³

Buffon, para evitar los dogmas del creacionismo y las teorías de la preformación, había acogido un sistema amplificado de "generación espontánea", basado en las falaces observaciones de su amigo el microscopista Needham, que había visto (1745-1748) pulular miríadas de infusorios en el caldo caliente de sus redomas mal selladas.²⁴ Permanecía de

²¹ *Esperienze intorno alla generazione degli insetti* (1668), ed. Firenze, 1688, pp. 63-64. El padre Kircher sostiene también que Noé pudo prescindir de llevar reptiles e insectos en el arca, ya que estos animales nacen espontáneamente de la podredumbre (véase D. C. Allen, *The legend of Noah*, Urbana, 1949, pp. 185-186).

²² Sobre el primero, véase D. C. Allen, "The degeneration of man and Renaissance pessimism", en *Studies in Philology*, XXXV (1938), pp. 225-226. Sobre el segundo, que parece haber reelaborado la antigua hipótesis atomista de Epicuro, véase G. Spini, *Ricerca dei libertini*, Roma, 1950, p. 130.

²³ *Leçons sur les phénomènes de la vie communs aux animaux et aux végétaux*, vol. I, Paris, 1878, pp. 156, 176-177: "la vie est une putréfaction..., la vie n'est qu'une pourriture". Sobre la historia de esta tesis, véase E. Guyénot, *Les sciences de la vie aux xvii^e et xviii^e siècles*, Paris, 1941, pp. 209 ss. La conexión de podredumbre y vida fue teorizada también al revés (es decir, haciendo de la primera un efecto de la segunda) por ciertos teólogos del siglo XVII que, avanzando más allá de la tremenda doctrina augustiniana de la *massa damnata*, quisieron ver en toda generación un elemento o principio de corrupción, un paso que alejaba irrevocablemente de la originaria perfección de Adán *ante peccatum*: véase V. Harris, *All coherence gone*, Chicago, 1949, pp. 187-188.

²⁴ Sobre Needham, véase por ejemplo Delisle de Sales, *De la philosophie de la nature*, Amsterdam, 1770-1774, vol. IV, pp. 114-120 y 241-242 nota y, entre los modernos, E. Nordenskiöld, *The history of biology*, New York, 1936, pp. 225-226 y 430; E. Guyénot, *op. cit.*, pp. 194-195 y 220-226; Th. Monod, "En relisant Monsieur de Buffon", en *L'hippopotame et le philosophe*, Paris, 1946, p. 424; Paul Hazard, *La pensée eu-*

ese modo bajo la sugestión de formas inferiores de vida nacidas de la humedad y de la podredumbre. Lo podrido, lo anegado y lo recién nacido debían ser, para él, aspectos conexos de una misma realidad, —lo cual ayuda a comprender por qué su pensamiento acerca de la naturaleza americana oscilaba entre la "inmadurez" y la "decadencia", entre un mundo embrionario y un mundo en putrefacción.

Tal vez se hallaban asimismo presentes en la mente de Buffon las difusas creencias populares de que los sapos nacen del agua o de la tierra anegada. Ya San Agustín mencionaba, a manera de ejemplo, que "ranae nascuntur ex terra".²⁵ Vico recuerda como hecho bien conocido que "de la tierra nacen las ranas cuando los veranos son lluviosos".²⁶ Y precisamente de la región americana de Portobello habían escrito Juan y Ulloa que "la gran cantidad que hay de ellos [sapos], y el aparecer todos luego que cae un Aguacero, ha hecho concebir a algunos que cada gota de Agua se convierte en un Sapo".²⁷

En el pensamiento de Buffon, estas copiosas y lluviosas embriologías debían de aparecer como casos particulares, o felices confirmaciones, de aquella intuición suya tan grandiosamente pesimista —y aun diríamos trágica— según la cual las especies más viles, más abyectas, más minúsculas son al mismo tiempo las que se multiplican con más pavorosa fertilidad. La enfermiza fecundidad de las formas inferiores asegura su supervivencia, mientras que las especies superiores, los animales grandes, hermosos y robustos, saben defenderse con su noble valor, con su fuerza serena.²⁸ El elefante y el león imperan como señores sobre la plebe con-

ropéenne au xviii^e siècle, Paris, 1946, vol. I, pp. 183-184 y 192. En cuanto a la polémica de Spallanzani contra Needham y la generación espontánea, cf. R. Mousnier y E. Labrousse, *Le xviii^e siècle*, Paris, 1953, p. 53.

²⁵ *De civitate Dei*, XVI, 7.

²⁶ *Scienza nuova*, ed. Nicolini, Bari, 1911-16, p. 279: "dalla terra nascono, piövendo l'està, le ranocchie". Cf. Fausto Nicolini, *Commento storico alla seconda "Scienza nuova"*, Roma, 1949-50, vol. I, pp. 39, 115-116, 223-224; vol. II, p. 234.

²⁷ *Relación histórica*, II, 5; ed. de Madrid, 1748, vol. I, p. 137; cf. ya los *Ragionamenti* (1594) de Fr. Carletti, Milano, 1926, pp. 26-27.

²⁸ Véanse los pasajes citados y comentados por W. Lynskey, "Goldsmith and the Chain of Being", *Journal of the History of Ideas*, VI (1945), pp. 366-367. Goldsmith aceptaba plenamente la tesis ("the smallest animals multiply the fastest", *A history of the earth and animated nature*, Part II, book II, chap. 15, ed. Fullarton, vol. I, p. 265; cf. J. H. Pitman, *Goldsmith's Animated nature*, New Haven, 1924, p. 130), que trastornaba las ideas de los teólogos, prontos a demostrar la utilidad de los insectos, su dignidad jurídica, su valor como instrumentos de la justicia divina, y hasta la escasa fecundidad de sus especies más nocivas (!)... (F. C. Lesser, *Théologie des insectes*, trad. francesa, La Haye, 1742, vol. I, pp. 122-123; vol. II, pp. 256-259; cf. P. Hazard, *La pensée européenne...*, op. cit., vol. I, p. 125). La tesis de la prolificidad como defensa pasiva de las especies inferiores, sostenida asimismo por Ch. Bonnet (1764) —"la fécondité des Espèces est toujours proportionnelle aux dangers qui menacent les Individus" (citado por Daudin, op. cit., p. 175 nota)—, adoptada por De Pauw —"la Nature... a augmenté, comme on sait, le degré de la fécondité à proportion de las petites des animaux" (*Défense des Recherches philosophiques sur les Américains*, ed. Berlin, 1771, p. 97)—, trastrocada por Brissot (1782) en la tesis del providencial exterminio continuo de las especies demasiado fecundas, sean útiles o nocivas (W. Stark, *America: Ideal and reality*, London, 1947, pp. 84-85), neogida por Juan Ignacio Molina (*Memorie di storia naturale*, Bologna, 1821, vol. II, p. 49: "le specie dei più grossi [animali]... meno abbondano d'individui"), redescubierta por Leopardi —"io credo che la moltitudine assoluta di ciascuna specie d'animali sia in ragion diretta della loro piccolezza...; vedi i naturalisti, e se questa osservazione sia stata fatta da nessuno di loro" (*Zibaldone*, ed. Flora, Milano, 1938,

fusa de los innumerables insectos. Berridos y rugidos dominan sobre el pusilánime croar de miríadas de batracios. América, húmeda madre prolífica de diminutos y malvados animalejos, estéril de magnánimas fieras, debía de presentar a los ojos de Buffon todos los estigmas de una repugnante debilidad orgánica.

Siglo y medio antes, Goodman, en su afán de demostrar la universal decadencia y corrupción del cosmos, ya había atribuido (1616) la misma flaca e infeliz maternidad a la Tierra entera, que, "incapaz de producir valientes leones, bravos unicornios, feroces tigres, corpulentos elefantes, toma por tarea y oficio el ser madre y partera de gusanos, mosquitos y mariposas".²⁹ Y en el siglo XIX, un poeta que había leído a Buffon³⁰ tomaría por su cuenta, entre juguetón y desesperado, la teoría de la multiplicación de los insectos como señal del inminente fin del mundo:

Los naturalistas dicen que nuestro planeta está envejeciendo; y así es posible que la multiplicación de sabandijas, más y más notable a medida que pasan los años, sea un pululante síntoma de la inminente muerte de la tierra. ¡Oh trágico fin del mundo: ser devorado por piojos; *phthiriasis universalis*, gigantesca piojera! ¡Puf! ³¹

Finalmente, la tesis de la extremada fertilidad de los ínfimos no podía menos que seducir a los sociólogos filosofantes y demógrafos racistas: así tuvieron boga, y cuentan todavía con algunos secuaces, las especulaciones acerca de una "fecundidad diferencial" del género humano, según la cual los elementos social y antropológicamente "inferiores" —los pobres del Mediodía, los proletarios de los *shums* metropolitanos, las plebes rústicas de China y de la India— se multiplican mucho más rápidamente que los elementos "superiores". De una hipotética consecuencia del Pecado Original, descuidados estadígrafos expriman un corolario para remachar la necesidad científica de la miseria.

Pero Buffon, distinguiendo y comparando, ya había transferido ese argumento de una cansada y manida teología hacia un plano por lo me-

vol. I, p. 102)—, y convertida luego casi en expresión proverbial —por ejemplo: "like all the lower organisms, poor books multiply prodigiously, though the total number is kept down by a corresponding mortality" (Samuel M. Crothers, "The hundred best books", en *Among friends*, Boston-New York, 1910, p. 69)—, ha vuelto a ser tomada del otro extremo, digamos así, por biólogos y ecólogos recientes, con la idea de la "pirámide de los números": "every animal feeding on another species that is lower in the food chain must select a species that is much more numerous, and usually one that is smaller" (W. Vogt, *The road to survival*, New York, 1948, p. 91), teoría que se acerca tanto a la trivialidad del pez gordo que se traga al chico, cuanto se aleja de las vivas y conmovidas visiones de Buffon y de Bonnet.

²⁹ Godfrey Goodman, *The fall of man, or the corruption of nature*, London, 1616, pp. 16 y 19: "not able to produce courageous Lions, brave Unicorns, fierce Tigers, stout Elephants, shee makes it her taske and imployment to be the mother, and midwife of wormes, of gnats, and of butterflies" (citado por V. Harris, op. cit., p. 44).

³⁰ Véase *infra*, p. 344.

³¹ N. Lenau, carta del 17 de mayo de 1844, en *Sämtliche Werke*, ed. Castle, Leipzig, 1910-23, vol. V, p. 184: "Die Naturforscher sagen, es altere unser Planet, und so mögen denn die von Jahr zu Jahr fühlbareren Multiplikationen des Geschmeisses ein wimmelndes Symptom des herannahenden Erdentodes sein. O tragisches Ende der Welt; von Läusen gefressen zu werden; *phthiriasis universalis*, gigantische Läuseucht! puf!"

nos embrionariamente científico. Él no aspiraba a la contrición de los fieles, sino a comprender mejor de qué manera está hecho este mundo nuestro.

Más tarde, Hegel, polemizando contra el concepto de que la naturaleza vive y se desarrolla en el tiempo, en los siglos o en los milenios (y abandonando así los principios de historicismo ya operantes en Buffon), arremeterá³² contra las "nebulosas" imaginaciones de animales y plantas nacidos del agua. Pero si proyectamos tales creencias en el profundo pasado a que pertenecen, deberemos reconocer que el derivar la vida del Agua es quizá la más antigua de las explicaciones científicas y uno de los mitos más arcaicos de la humanidad. En los tiempos históricos, se lo puede remontar por lo menos al primer filósofo griego, a Tales de Mileto, el cual, según escribía satíricamente Vico, "comenzó con un principio demasiado soso, el agua; tal vez porque había observado que con el agua crecían las calabazas".³³ En la prehistoria, Frazer evoca los temporales de la primavera, a cuyo estruendo vuelve a despertar la vida vegetal y animal, y los Reyes Brujos que abren mágicamente las cataratas del cielo. La Biblia nos enseña desde las primeras líneas que Dios creó el agua antes que la tierra y los animales y las plantas.³⁴ Y la exuberante fantasía de la Edad Media relacionó la vida con el agua en las leyendas de la *Fontaine de Jouvence* y de la inmortalidad de las "hijas del Rin".

A la más torpe imaginación, el agua le sugiere el fluir incesante de la vida, fresca, ágil, inasible. El agua, "c'est de la vie commencée".³⁵ Y aquellos literatos florentinos que se reunieron en academia en 1540, se hicieron llamar "los Húmedos" para "augurarse vigor y mantenimiento, de la misma manera como las cosas creadas merced a la humedad crecen mucho más y se conservan".³⁶ Pero a un experto y curioso naturalista como Buffon le eran ciertamente conocidas las audaces conjeturas de Maillet (1735, 1748), quien hacía nacer la vida del océano, y descender a todos los animales y al hombre de especies marinas correspondientes, a medida que el mar se había retirado de las cimas de los montes dejando enjutos los valles y las llanuras;³⁷ y sobre todo debía ser familiar para él el hecho "bien conocido" de que sin agua los grandes organismos mueren de veras y para siempre, mientras que "para los pequeños organismos inferiores la sustracción de agua no hace sino suspender la vida" y de que, por consiguiente, basta con bañar de nuevas linfas los tejidos desecados de los rotíferos, de los tardígrados, de los gusanillos del grano

³² *Enzyklopädie*, § 249. Cf. *infra*, pp. 387-388.

³³ *Scienza nuova*, ed. cit., p. 93: "...cominciò da un principio troppo sciapito, dall'acqua; forse perché aveva osservato con l'acqua crescer le zucche".

³⁴ Génesis, I, 2; véase F. E. Jacobi, *Sulla dottrina dello Spinoza*, Bari, 1914, pp. 163-164, quien sigue a G. Bruno, *De la causa, principio ed uno*, en *Dialoghi metafisici*, Bari, 1925, p. 242.

³⁵ J. Michelet, *La Montagne*, Paris, 1868, p. 44.

³⁶ Rilli, *Notizie... dell'Accademia Fiorentina*, Venezia, 1700 ("...augurarsi vigore e mantenimento, in quella guisa che le create cose mercè l'umidità vieppiù si accrescono e si conservano"); citado por B. Croce en una nota (*La Critica*, XL, p. 232) en la que caracteriza recíprocamente lo "árido" como "morte di ogni vita fisica e spirituale".

³⁷ B. de Maillet, *Telliamed, ou Entretiens d'un philosophe indien... sur la diminution de la mer*, obra impresa privadamente en 1735; 1ª ed., 1748; 2ª ed., 1755; véase especialmente el sexto *Entretien*, que concluye ritualmente con el parágrafo: "Conformité de ce système avec la Genèse".

atacado por la nequilla para ver revivir y agitarse aquellos bichejos minúsculos y generalmente nocivos.³⁸ La vida en ellos latente se despierta con las gotas de una rociada cualquiera. La humedad del Nuevo Mundo tenía que predisponerlo, y aun predestinarlo, a un infinito pulular de insectos, ofidios y batracios. En realidad, le resultaba más fácil a Redi, en el siglo XVII, reírse de aquellas "benditas serpezuelas hechas a mano" por el padre Kircher, que a Buffon, en el XVIII, librarse de la antiquísima y nueva asociación mental de lo líquido con lo viviente.

7. NOVEDAD HISTÓRICA DE LAS AMÉRICAS

En el último pasaje suyo que hemos citado asoma, por otra parte, una explicación genética, al principio en un plano físico, e inmediatamente después en el plano humano que hemos admirado poco antes. Desde el punto de vista físico, América es un mundo nuevo, o por lo menos bastante más nuevo que el antiguo, un mundo que permaneció durante más tiempo bajo las aguas del mar, que está recién salido de ellas y aún no se ha secado bien. Desde el punto de vista humano, América es un continente todavía intacto, del cual no ha tomado aún posesión el hombre, y por lo tanto insalubre para las gentes civilizadas y para los animales superiores. Después de recordar lo recientes que son las memorias históricas de las dinastías mexicanas y peruanas, lo poco que las crónicas de América penetran en el pasado, Buffon salta de la historia a la prehistoria:

Así, pues, todo parece indicar que los americanos eran hombres nuevos, o, por mejor decir, hombres trasladados a aquellas regiones desde tiempos tan antiguos, que habían perdido toda noción, toda idea de este mundo de donde habían salido.³⁹ Todo parece coincidir asimismo para demostrar que la mayor parte de los continentes de América eran una tierra nueva, todavía fuera de la mano del hombre, y en la cual no había tenido tiempo la naturaleza para establecer todos sus planes, ni para desarrollarse en toda su amplitud; que los hombres son allí fríos y los animales pequeños, porque el ardor de los unos y el tamaño de los otros dependen de la salubridad y del calor del aire; y que dentro de algunos siglos, cuando se hayan desbrozado las tierras, talado los bosques, dirigido los ríos y contenido las aguas, esta misma tierra llegará a ser la más fecunda, la más sana, la más rica de todas, como parece serlo ya en todas las partes trabajadas por el hombre.⁴⁰

³⁸ Cl. Bernard, *Introduction à l'étude de la médecine expérimentale*, Paris, 1865, p. 207. El conocimiento de estos fenómenos en tiempos de Buffon resulta claramente de los solos ejemplos que trae el Littré. En 1701, Leeuwenhoek hizo los experimentos sobre los tardígrados, observando cómo hormigucaban en cuanto se los humedecía, y "ces faits ont eu un très-grand retentissement" (Cl. Bernard, *Leçons sur les phénomènes de la vie*, op. cit., vol. I, p. 85).

³⁹ Reafirmación incidental de la tesis buffoniana de la unidad de la raza humana.

⁴⁰ *Oeuvres complètes*, ed. cit., vol. XV, pp. 455-456 (y cf. *infra*, p. 83): "Tout semble donc indiquer que les Américains étoient des hommes nouveaux, ou, pour mieux dire, des hommes si anciennement dépayés, qu'ils avoient perdu toute notion, toute idée de ce monde dont ils étoient issus. Tout semble s'accorder aussi pour prouver que la plus grande partie des continents de l'Amérique étoit une terre nouvelle, encore hors de la main de l'homme, et dans laquelle la nature n'avoit pas eu le temps d'établir tous ses plans, ni celui de se développer dans toute son étendue;

En su entusiasmo por la obra antifísica del hombre,⁴¹ Buffon no llega hasta el extremo de profetizar que un día logrará hacer pulular en América las bestias feroces. Ni tampoco hará crecer las pequeñas especies locales: el tapir jamás llegará a ser corpulento como un elefante o un hipopótamo. Sin embargo, "por lo menos los animales que se transporten allá no disminuirán de tamaño"... Lo cual ya es algo.

8. LAS ESPECIES GRANDES, MÁS PERFECTAS Y ESTABLES QUE LAS PEQUEÑAS

Bajo todas estas confrontaciones y conjeturas hay un presupuesto tácito, pero sorprendente. Buffon parte siempre del principio de que lo grande es "mejor" que lo pequeño, de que las bestias más corpulentas son superiores a las menos corpulentas, de que la fuerza física es atributo de las especies más perfectas. Demasiado fácil nos sería responderle con el ratoncito vanidoso de La Fontaine:

*"Comme si d'occuper ou plus ou moins de place nous rendait, disait-il, plus ou moins importants!... Nous ne nous prisons pas, tout petits que nous sommes, d'un grain moins que les Éléphants".*⁴²

Demasiado fácil o ponerle ciertas recientísimas teorías según las cuales los animales inferiores son esenciales en la economía de la naturaleza, mientras que de las superiores podría prescindir perfectamente la tierra. "Una especie de paradoja... [es que] muchas de las formas inferiores de vida animal [protozoarios, insectos, invertebrados y vertebrados hasta los mamíferos pequeños] desempeñan un papel esencial en la economía de la naturaleza. En cambio, no es nada fácil demostrar que tales o cuales órdenes o familias superiores de mamíferos [los mamíferos mayores, como los ungulados y los carnívoros, además de los primates] sean necesarios al plan de vida de la tierra".⁴³ Y demasiado fácil nos sería recordarle a este propósito las especies primitivas, gigantescas y

que les hommes y sont froids et les animaux petits, parceque l'ardeur des uns et la grandeur des autres dépendent de la salubrité et de la chaleur de l'air; et que dans quelques siècles, lorsqu'on aura défriché les terres, abattu les forêts, dirigé les fleuves et contenu les eaux, cette même terre deviendra la plus féconde, la plus saine, la plus riche de toutes, comme elle paroît déjà l'être dans toutes les parties que l'homme a travaillées".

⁴¹ Sobre el elevado concepto que Buffon tiene del hombre, entendido al modo renacentista, como fuerza opuesta a la Naturaleza, véase por ejemplo G. Lanson, *Histoire de la littérature française*, 3ª ed., Paris, 1895, p. 742; E. Faguet, *Dix-huitième siècle*, Paris, 1894, pp. 444-448. Para Buffon, como se ha dicho, la raza humana es una, y por lo tanto, a diferencia de los animales, no está vinculada a climas o zonas geográficas: "l'homme, blanc en Europe, noir en Afrique, jaune en Asie et rouge en Amérique, n'est que le même homme teint de la couleur du climat" (*Oeuvres*, vol. IX, p. 2, citado por Flourens, *op. cit.*, p. 154).

⁴² *Fables*, livre VIII, fable 15. ["Como si el ocupar más o menos espacio — decía — nos hiciera más o menos importantes!... Por pequeños que seamos, no nos estimamos un solo grano inferiores a los elefantes"].

⁴³ Fairfield Osborn, *Our plundered planet*, London, 1948, pp. 64-65: "a kind of paradox... many of the lower forms of animal life play an essential part in the economy of nature. On the other hand, it is far from easy to prove that some of the higher orders or families of mammals are necessary to the life scheme of the earth".

potentísimas, que desaparecieron totalmente de la faz de la tierra: dinosaurios y megaterios, en comparación de los cuales los paquidermos y los hipopótamos tan queridos de Buffon harían una figura más mezquina que el tapir frente al elefante, o que la llama que alarga el pescuezo en competencia con la jirafa.

Cuando, en una fase más tardía de su pensamiento, tuvo que admitir la extinción del mamut, se advierte en su elogio fúnebre de aquel enorme animalazo una extraña admiración y acentos bossuetianos de acongojada melancolía:

El prodigioso mamut no existe ya en ninguna parte. Esta especie era ciertamente la primera, la más grande, la más fuerte de todos los cuadrúpedos. Puesto que ha desaparecido, ¡cuántas otras, más pequeñas, más débiles y menos notables han debido perecer sin dejarnos ni testimonios ni informes sobre su existencia pasada!⁴⁴

El mamut se transfigura a los ojos de Buffon, como a los ojos de Bossuet se transforman los grandes del mundo, cuyas muertes son lecciones ejemplares para el resto de los mortales, "menos notables", y debidamente atónitos. La *oraison funèbre* cambia de objeto, no de estilo.

Buffon tiene nociones bastante vagas acerca de la fauna antediluviana, pero no elude ningún problema que se le presente. Y éste de las relaciones entre el tamaño y el grado evolutivo de un animal lo encara y lo discute valientemente (1766) en un ensayo que lleva este título significativo: *De la dégénération des animaux*. "El tamaño del cuerpo, que no parece ser sino una cantidad relativa, tiene sin embargo atributos positivos y derechos reales en el orden de la naturaleza: lo grande es en ella tan fijo como lo pequeño es variable".⁴⁵ Lo grande tiene sobre lo chico la prerrogativa de ser fijo y no variable. O sea, descomponiendo esta ley en sus elementos: Lo grande es superior a lo pequeño. Lo fijo es superior a lo mudable. Lo grande es más fijo que lo pequeño.

Todas estas relaciones parecen a primera vista un tanto arbitrarias. Veámoslas una tras otra.

9. AVERSIÓN A LAS MINUCIAS Y A LOS ANIMALES MINÚSCULOS

La predilección de Buffon por los animales grandes tiene tal vez como origen, e indudablemente como componente psicológica, su propia presancia física personal. Buffon era grande y fuerte, y estaba orgulloso de

⁴⁴ "Le prodigieux *mammoth* n'existe plus nulle part. Cette espèce était certainement la première, la plus grande, la plus forte de tous les quadrupèdes; puisqu'elle a disparu, combien d'autres, plus petites, plus faibles et moins remarquables, ont dû périr sans nous avoir laissé ni témoignages ni renseignements sur leur existence passée" (pasaje citado por E. Perrier, *La philosophie zoologique avant Darwin*, Paris, 1884, p. 64). Precisamente los enormes animales fósiles indujeron a Darwin a una revisión crítica de la teoría de Buffon: véase *infra*, pp. 420-421.

⁴⁵ *Oeuvres complètes*, ed. cit., vol. XIX, p. 21: "La grandeur du corps, qui ne paraît être qu'une quantité relative, a néanmoins des attributs positifs et des droits réels dans l'ordonnance de la nature: le grand y est aussi fixe que le petit y est variable". Fórmula repetida por Goldsmith, *History of the earth and animated nature*, London-Edinburgh (Fullarton), s. f., vol. I, p. 260.

serlo. A Hume le parecía que tenía el aire y la estatura de un Mariscal de Francia más bien que de un hombre de ciencia.⁴⁶ Buffon "era muy dado... a tomar las cosas y los seres por orden de tamaño", y comenzaba la historia de los pájaros con el avestruz, "que es como el elefante del género".⁴⁷ En efecto, "parecía que, tallado en grande por la naturaleza, le resultaba difícil abajarse para estudiar las cosas pequeñas: de buena gana contemplaba el cedro del Líbano, pero el hisopo le parecía demasiado pequeño".⁴⁸ La mosca, decía curiosamente, no debe ocupar en la cabeza de un naturalista más sitio del que ocupa en la naturaleza.⁴⁹

Tal desprecio era completamente anacrónico, cuando hacía ya un siglo y medio que el padre Acosta había advertido a sus lectores que "de los más viles y pequeños animalejos se puede tirar muy alta consideración y muy provechosa filosofía" (*Al lector*), y cuando desde hacía casi un siglo los microscopistas de Holanda habían revolucionado la biología. Uno de los primeros microscopistas ingleses, Henry Power (1623-1668), discípulo de Thomas Browne, había escrito en 1663 que los antiguos, por no haber conocido ese admirable instrumento, describieron superficialmente (*perfunctorily*) los animalitos más minúsculos, "como las negligentes fabricaciones y la trastrería descuidada de la Creación. En estos graciosos mecanismos se alojan todas las perfecciones de los animales más corpulentos... Las cabezas más rudas se detienen atónitas ante las hechuras prodigiosas y colosales de la Naturaleza, pero en estos reducidos mecanismos hay una matemática más curiosa".⁵⁰ El estilo es florido, pero la acusación a los antiguos no está del todo justificada. Casi las mismas palabras se leen en el más grande de los naturalistas de la Antigüedad. ¿Acaso Plinio, al comenzar su descripción de los insectos (la mosca inclusive), no había advertido que en ninguna otra parte ha desplegado la Naturaleza mayor artificio, y que se equivoca el vulgo (y Buffon) cuando admira los elefantes, los toros, los leones y los tigres, "siendo así que la Naturaleza no se ostenta por entero sino en las más minúsculas creaturas"?⁵¹

⁴⁶ C. A. Sainte-Beuve, *Causeries du lundi*, vol. II, p. 79; vol. XIV, p. 330.

⁴⁷ *Ibid.*, vol. X, p. 61: "Il aimait assez... à prendre les choses et les êtres par rang de taille"; "...[l'autruchel qui est comme l'éléphant du genre]".

⁴⁸ *Ibid.*, vol. IV, p. 357: "il semblait que, taillé en grand par la nature, il lui coûtait de se baisser pour étudier les petites choses: le cèdre du Liban, il le contemplait volontiers, mais l'hysope lui paraissait trop petite".

⁴⁹ *Ibid.*, vol. X, p. 61. Análogo desprecio por la ostra, etc.: véase Daudin, *op. cit.*, pp. 155-156.

⁵⁰ "In these pretty Engines are lodged all the perfections of the largest animals... Ruder heads stand amazed at prodigious and Colossean pieces of Nature, but in these narrow Engines there is a more curious Mathematicks" (citado en "The new world of Robert Hooke", *The Times Literary Supplement*, Jan. 5 1946). También el americano y circunspecto Cotton Mather, después de ver unos pequeñísimos gusarapos en el microscopio, peroraba en uno de sus sermones (1689): "How exquisite, how Stupendous must the Structure of them be". Las inmensas ballenas, y las nadantes de cien pies o más de longitud, son menos dignas de admiración que esos pececillos diminutos (citado por W. M. Smallwood, *Natural history and the American mind*, New York, 1941, pp. 197-198). Y el americano sermoneador Emerson repetirá: "The microscope cannot find the animalcule which is less perfect for being little" ("Compensation", en *Selected essays*, ed. Nelson, p. 44).

⁵¹ Plinio, *Nat. hist.*, XI, 1. La frase de Plinio encuentra un eco en Oviedo, a quien parecen las hormigas más admirables que los elefantes, y es repetida textualmente (1766-1767) por Linneo: "Jamais la Nature n'est tout entière plus que dans les êtres les plus petits" (citado por Daudin, *op. cit.*, p. 157 nota).

Vengamos, sin embargo, a los contemporáneos de Buffon. Un par de años antes de iniciarse la publicación de la *Histoire naturelle*, salía (1747) el *Homme machine* de La Mettrie, con su elogio de la materia proteiforme y de la omnipotente Naturaleza: "No... la Naturaleza no es una obrera limitada... Su poder resplandece por igual en la producción del más vil insecto y en la del hombre más soberbio".⁵²

Todo en vano. Ni la universal y reverente atención del antiguo Plinio, ni los entusiasmos físicos del médico contemporáneo, ni las lentes acopladas de los novísimos inventos ópticos asistían a Buffon en sus investigaciones. Su desprecio por los bichejos pequeñísimos estaba reforzado por otra de sus cualidades fisiológicas: precisamente la miopía, una miopía que ni siquiera le permitía usar el microscopio, y por una cualidad psíquica, asimismo negativa, que era su escasisima paciencia para entrar en detalles y minucias. Esta falta de paciencia, que era el reflejo de su fe en su propio genio (a pesar de haber sido justamente él quien acuñó la frase: "le génie n'est qu'une plus grande aptitude à la patience"), aparece en el tono con que habla del "valor" que hace falta "para ocuparse continuamente de objetos pequeños cuyo examen exige la más fría paciencia y no le permite nada al genio";⁵³ en la célebre réplica al químico que quería verificar experimentalmente cierta intuición suya: "El mejor crisol es el espíritu";⁵⁴ en el lamento de que, para clasificar una planta según el sistema de Linneo, "es preciso ir, microscopio en mano", a observar, no el tronco, el aspecto, el follaje, sino exclusivamente "los estambres, y si no se pueden ver los estambres, no se sabe nada, no se ha visto nada";⁵⁵ y en la frase altanera que escribe después de con-

⁵² J. Offray de La Mettrie, *L'homme machine*, ed. M. Solovine, Paris, 1921, p. 139. Expresiones análogas del ya mencionado F. C. Lesser, *Théologie des insectes, ou Démonstration des perfections de Dieu dans tout ce qui concerne les insectes* (1738; trad. francesa, La Haye, 1742, vol. I, pp. 2-10, 113-114; vol. II, pp. 100-102, 122-126 et passim) y de Henry Baker, *The microscope made easy* (2ª ed., London, 1743) son citadas por A. Vartamian, "Trembley's polyp, La Mettrie, and eighteenth-century French materialism", *Journal of the History of Ideas*, XI (1950), p. 268. En su *Amusement philosophique sur le langage des bêtes* (1739), el jesuita G. H. Bougeant había sentenciado que "l'ignorance seule, et des faux préjugés, peuvent nous faire mettre entre les Bêtes quelque distinction de préférence fondée sur leur grandeur ou sur leur petitesse" (*op. cit.*, Pékin [en realidad Paris], 1783, p. 78). Véanse también las observaciones de Bonnet sobre la naturaleza que "trabaja en miniatura" (citadas por E. L. Tuveson, *Millennium and Utopia*, Los Angeles, 1949, p. 182); la admiración de Delisle de Sales por "la prodigieuse magnificence de la Nature dans les infiniment petits" (*De la philosophie de la Nature*, Amsterdam, 1770, vol. II, p. 286; cf. *ibid.*, vol. IV, 1773, pp. 10-15); la del padre Clavigero por los "animali più piccoli, nei quali risplende più il potere e la sapienza del Creatore" (*Storia antica del Messico*, Cesena, 1780, vol. I, p. 105); y palabras análogas del papa Pío XII, según el cual "anche le creature più umili, come i microbi, riflettono la perfezione del Creatore" (*Il Mondo*, 29 settembre 1953).

⁵³ "[Il faut du courage] pour s'occuper continuellement de petits objets dont l'examen exige la plus froide patience et ne permet rien au génie" (*Histoire des animaux*, citado en *Correspondance inédite de Buffon*, ed. H. Nadault de Buffon, Paris, 1860, vol. II, pp. 335-336, y en Sainte-Beuve, *op. cit.*, vol. X, p. 350).

⁵⁴ "Le meilleur creuset, c'est l'esprit" (Sainte-Beuve, *op. cit.*, vol. IV, p. 350; D. Mornet, *Les sciences de la nature en France au XVIII^e siècle*, Paris, 1911, p. 114). La química era para él una especie de arte culinaria, algo que había que practicar en la cocina y no en un laboratorio.

⁵⁵ "Il faut aller, le microscope à la main, ... [observer] les étamines, et si l'on ne peut voir les étamines, on ne sait rien, on n'a rien vu" (frase de 1749; citada

signar cierto dato acerca de los intestinos de las aves rapaces: "A las personas que se ocupan de anatomía dejo el cuidado de verificar más exactamente este hecho".⁵⁶

Buffon dice siempre "hice abrir un conejo" o "una perra", y nunca "yo abrí", lo cual se ha explicado, quizá con demasiada superficialidad, diciendo que a un caballero le repugna naturalmente ensuciarse las manos en estas operaciones de matarife.⁵⁷ En realidad, ¿era muy distinto el plebeyo y sistemático Linneo cuando pedía a sus corresponsales que intentaran alguna disección (de branquíferos), pero luego prescindía muy tranquilamente de los datos precisos de los anatomistas y de los copiosos particulares (sobre los infusorios) contenidos en los "libros de los micrógrafos"?⁵⁸ ¿Acaso Vico, otro gran hombre demasiado confiado en su indiscutible genio, no había escrito ya al comienzo de su *Scienza nuova*: "la diligencia... debe dejarse de lado al trabajar en torno a asuntos que tienen grandeza, ya que se trata de una virtud minuciosa y, por minuciosa, también lenta"?⁵⁹ ¿Y acaso Diderot, en un escrito de inspiración buffoniana, no advertía a los hombres de ciencia que "es una falta de respeto al género humano el observarlo todo indistintamente"? La posteridad exige que los grandes hombres sepan emplear mejor su tiempo. "¿Qué pensaría de nosotros si lo único que tuviéramos para transmitirle fuera una Insectología completa, una historia inmensa de animales microscópicos? A los grandes genios, los objetos grandes; los pequeños objetos, para los genios pequeños". Al fin y al cabo, si no se ocuparan de estas minucias, los genios de tercero y cuarto rango no servirían para nada.⁶⁰ *De minimis non curat praetor*.

Por último, también el más grande de los discípulos y continuadores de Buffon, el semiciego Lamarck, se resistía a bajar del altísimo observatorio en donde se embriagaba con la visión de las metamorfosis de los seres vivos, y en sus lecciones —refiere un oyente inespereado— "se mos-

por H. Daudin, *op. cit.*, p. 126 nota; cf. también *ibid.*, p. 154 nota, sobre el peligro de "tomber dans de trop petits détails"). Mornet, *op. cit.*, p. 114, recuerda otra frase suya: "On voit de l'œil de l'esprit et sans microscope l'existence réelle de tous ces petits êtres".

⁵⁶ "Je laisse aux gens qui s'occupent d'anatomie à vérifier plus exactement ce fait" (Sainte-Beuve, *op. cit.*, vol. X, p. 62). "Buffon a raison; il y a mille choses qu'il faut laisser à des manœuvres, autrement on serait écrasé, et on n'arriverait jamais à son but" (Hérauld de Séchelles, *Voyage à Montbard*, ed. Paris, 1890, p. 46). Véase también Hazard, *La pensée européenne*, *op. cit.*, vol. I, p. 192.

⁵⁷ Pitman, *op. cit.*, p. 39. Algunos han lamentado asimismo que Buffon se haya demorado demasiado en limar sus frases, y que por ello no le haya quedado tiempo para los experimentos minuciosos y pacientes (Mornet, *op. cit.*, pp. 207-208).

⁵⁸ Daudin, *op. cit.*, pp. 75-76.

⁵⁹ *Scienza nuova*, ed. cit., pp. 11-12: "la diligenza... dee perdersi nel lavorare d'intorno ad argomenta ch'hanno della grandezza, perocché ella è una minuta e, perché minuta, anco tarda virtù"; la máxima está tomada de Longino, y Vico la emplea también en algún otro lugar (B. Croce, *Il carattere della filosofia moderna*, Bari, 1941, p. 56; y *Quaderni della Critica*, núms. 17-18, p. 99). Cf. F. Nicolini, *La giovinezza di G. B. Vico*, Bari, 1932, pp. 62 ss.

⁶⁰ Diderot, *Pensées sur l'interprétation de la nature*, s. l., 1754, pp. 79-80: "C'est manquer au genre humain que de tout observer indistinctement... Que penserait-elle [la postérité] de nous si nous n'avions à lui transmettre qu'une Insectologie complète, qu'une histoire immense d'animaux microscopiques? Aux grands génies, les grands objets; les petits objets, aux petits génies".

traba mortalmente opuesto a los químicos, a los experimentadores y analistas en pequeño, según solía designarlos".⁶¹

10. CRITERIOS CUANTITATIVOS Y ESCRÚPULOS LITERARIOS

No hubiéramos entrado en estos particulares anecdóticos si no fueran reveladores, en Buffon, de una actitud psicológica afín a la de Hegel, impaciente y sarcástico contra el señor Krug,⁶² y si no anunciaran en cierto modo sus soberbios y dogmáticos juicios sobre los hechos y datos del mundo, incluidas las Américas. Buffon no quiere que el hombre de ciencia pierda demasiado tiempo con la mosca. Hegel escribe que la ciencia tiene otros quehaceres que deducir una rosa, un perro, un gato, o incluso la pluma del señor Krug. En un célebre pasaje de su *Filosofía de la historia* cortará en seco la discusión acerca del futuro de América, el cual —dirá— "no nos interesa", puesto que no pertenece ni a la Historia ni a la Filosofía, "con las cuales tenemos ya bastante que hacer".⁶³ En forma más universal y clamorosa, esta misma impaciencia se expresará en aquella teoría suya según la cual la historia debería ocuparse únicamente de los "grandes" acontecimientos y pasar por alto, o dejar a los novelistas, la "micrología" de los hechos diminutos, las pequeñeces individuales.⁶⁴ La introducción de los conceptos de *grande* y de *pequeño* es bastante peligrosa para la comprensión de la realidad. *Qui incipit metiri, incipit errare*. Muy bien lo sabía Diderot, cuando proyectaba ingeniosamente un "grand ouvrage" destinado a confutar a los "matemáticos": el *Traité de l'aberration des mesures*.⁶⁵

En Buffon, sin embargo, la insistencia en los caracteres cuantitativos no tiene sólo aquella raíz psicológica; también tiene una raíz literaria. En cada página de sus escritos se advierte el entusiasmo y la fácil vena oratoria del naturalista, que de cada especie amorosamente descrita trata de poner en luminoso relieve alguna singular excelencia, acariciando y ennobleciendo su imagen y humanizando sus reacciones instintivas. Resultado casi inevitable de esta inclinación son las comparaciones de más y de menos, de superior y de inferior, y en consecuencia el anhelo de descubrir la razón profunda de todo ello. Los animales no son ya considerados en sí mismos, sino los unos respecto de los otros, el puma en cuanto más débil que el león, el elefante en cuanto más corpulento que el tapir. Ya en 1770, el buen sentido de Madame d'Épinay descubriría esta debilidad del naturalista: "¿Por qué empeñarse en hacer el elogio o la oración fúnebre de cada especie de que habla? *Cada cual es*

⁶¹ Amaury, en *Volupté* de C. A. Sainte-Beuve, vol. XI (ed. de Paris, 1881, p. 136): "il se montrait mortellement opposé aux chimistes, aux expérimentateurs et analystes en petit, ainsi qu'il les désignait".

⁶² Véase el ensayo de la época de Jena, *Wie der gemeine Menschenverstand die Philosophie nehme*, en sus *Werke*, Berlin, 1834, vol. XVI, pp. 56-58; *Phänomenologie des Geistes*, ed. Lasson, p. 69; *Enz.*, § 250; y B. Croce, *Saggio sullo Hegel*, Bari, 1913, p. 116. Sin embargo, el blanco de la impaciencia de Buffon son las minucias, mientras que el de la impaciencia de Hegel es la pretensión de deducir lógicamente las realidades empíricas, sean grandes o pequeñas.

⁶³ Ed. Brunstäd, p. 134.

⁶⁴ V. Croce, *Saggio*, *op. cit.*, pp. 100-101.

⁶⁵ *Pensées sur l'interprétation de la nature*, ed. cit., p. 3.

comores. Habría que hacer ver la cadena de los seres, creo yo, y no hacerlos estorbarse los unos a los otros".⁶⁶

Justamente en aquellos años, la teoría de la cadena de los seres estaba siendo renovada y extendida en el tiempo por Robinet (1761-1768) y sobre todo por Bonnet (1770). Pero Buffon, crítico consecuente de toda rigidez sistemática, permaneció siempre sordo a la atracción de tan grandiosa estructura metafísica. Tampoco las sugerencias evolucionistas, que se iban abriendo paso a través de aquella cadena, o escala, o columna de especies y de prototipos, hicieron mella alguna en el naturalista, el cual, después de haber dudado (1749) de la validez misma del concepto de especie, aceptaba las especies como entidades independientes del tiempo, unidades invariables, verdaderas "constantes" de la creación.⁶⁷ Para Buffon, repetimos, es privilegio de lo "grande" el ser fijo, el no estar sujeto a variaciones.

11. LO ESTABLE, SUPERIOR A LO MUDABLE: ARISTÓTELES

En esta sub-tesis fundamental, lo que llama la atención no es el nexo lógico entre grande y estable, sino el presupuesto tácito de que lo estable, lo fijo, lo invariable tiene determinada prerrogativa sobre lo variable; de que las especies que no mudan son, por naturaleza, superiores a las especies que cambian. Alterarse equivale a bajar de rango. Las variedades de una especie se explican como degeneraciones de un prototipo. Salvo algunas especies mayores, como el hombre, el elefante, el rinoceronte, el hipopótamo, el tigre y el león, que se mantienen orgullosamente apartadas —"el privilegio de la especie aislada no depende tanto de la forma cuanto del tamaño"—, las demás se mezclan con especies próximas y forman "grupos de semejanzas degradadas", géneros degenerados *ab immemorabili*.⁶⁸

⁶⁶ Carta del 6 de noviembre de 1770, en *La signora d'Épinay e l'abate Galiani, Lettere inedite (1769-1772)*, a cura di F. Nicolini, Bari, 1929, p. 114: "Pourquoi se piquer de faire l'éloge ou l'oraison funèbre de chaque espèce dont il parle? On est comme on est. On devrait montrer la chaîne des êtres, ce me semble, et non les faire empiéter les uns sur les autres" (el subrayado es mío). En la versión publicada por Pérey y Maugras (*Correspondance de l'abbé Galiani*, Paris, 1881, vol. I, pp. 288-289) aparece desarrollado el concepto de "cadena de los seres", y se observan otras variantes.

⁶⁷ Véase A. O. Lovejoy, *The Great Chain of Being*, Cambridge, Mass., 1942, p. 230. Robinet (*De la Nature*, 1761-1768) reformaba la antigua idea de la continuidad de todas las formas naturales, de la cadena infinita que incluye todo posible fenómeno y variedad, afirmando que las diferencias son sólo de más o de menos. Por esta manera de reducir a lo cuantitativo las diferencias específicas cualitativas, Robinet se acerca a la teoría buffoniana de los animales de América. "All the differences in nature —resume A. G. F. Gode-Von Aesch, *Natural science in German romanticism*, New York, 1941, p. 143— must be differences in degree. Her most extreme productions must be reorganized as mere exaggerations of something normal" (cf. Lovejoy, *op. cit.*, pp. 275-276). Winifred Lynskey (art. cit., especialmente pp. 367-368) ha señalado curiosas huellas de la idea de la cadena en Buffon. Pero en realidad el acento de Buffon (como el de Robinet) recae siempre, incluso en los pasajes citados por esta investigadora, sobre la continuidad de lo real, sobre las imperceptibles graduaciones del mundo físico, o sea sobre el principio crítico *Natura non facit saltus* mucho más que sobre la metafísica arquitectura platónica. La Naturaleza no es para él una monumental escalinata que lleva al cielo, sino un plano inclinado de suavísima pendiente.

⁶⁸ Daudin, *op. cit.*, pp. 138, 140; Guyénot, *op. cit.*, pp. 397-399.

Este supuesto de que lo invariable es superior a lo mudable basta para refrenar y esterilizar los motivos historicistas de Buffon. Su origen es escolástico, y aun aristotélico. Buffon mismo cuenta que un día, después de trabajar prolijamente, había creído descubrir "un sistema muy ingenioso acerca de la generación", cuando —añade— "abro mi Aristóteles, ¿y cuál no sería mi sorpresa al encontrar todas mis ideas en ese condenado Aristóteles? Y palabra de honor que es esto lo que mejor hizo Aristóteles".⁶⁹

De hecho, se sabe que para el Estagirita —quien traduce así en términos de lógica rigurosa y enmarca en un sistema aquella superioridad de las Ideas eternas e incorruptibles intuida por Platón, y aun por algunos presocráticos— la invariabilidad es atributo de la perfección, y la inmovilidad atributo del Primer Móvil. La materia, mera Potencia, es aquello que es movido y alterado sin mover ni alterar a su vez. Entre Dios, Acto Puro, y la Naturaleza, mera Potencia, se extiende toda la serie de los fenómenos naturales, descendiendo desde las estrellas fijas, etéreas, inmutables y próximas a Dios, cada vez más bajo hasta llegar a las mutaciones desordenadas del mundo terrestre.⁷⁰ Cuanto más estable es una cosa, tanto es más divina, y tanto más alegre de seguir siendo semejante a sí misma (*ἀίδιον*); cuanto más variable, tanto más alejada de Dios y tanto más sujeta a corrupción. En el mundo de la naturaleza, toda sustancia es corruptible (*φθαρτόν*), pero las especies son eternas (*ἀίδιον*). La especie, según Aristóteles, no se muda; y según Buffon, hace mal en mudarse.⁷¹ A partir de esta profunda reliquia de escolasticismo —de la cual encontramos otras huellas típicas en la alquimística veneración por la fijeza o inalterabilidad del oro como atributo de incorruptible excelencia, o en el desconcierto sufrido por la revolución copernicana y por ciertos descubrimientos astronómicos, como los de nuevos cuerpos celestes, de efímeros cometas y de las manchas solares, que ni siquiera a

⁶⁹ Hérault de Séchelles, *op. cit.*, p. 28: "... j'ouvre Aristote, et ne voilà-t-il pas que je trouve toutes mes idées dans ce malheureux Aristote? Aussi, pardieu! c'est ce qu'Aristote a fait de mieux".

⁷⁰ Cf. Dante, *Paradiso*, VII, 124 ss.

⁷¹ En tiempos mucho más próximos a nosotros, Lovejoy caracteriza el punto de vista "clásico" como anhelo de conformidad a ciertos cánones de excelencia que se suponen invariables y ajustados a una pretendida constancia estática de la Naturaleza (A. O. Lovejoy, "Optimism and romanticism", *Publications of the Modern Language Association of America*, XLII, 1927, pp. 942-943, citado en H. M. Jones, *Ideas in America*, Cambridge, Mass., 1944, pp. 257-258); y John Dewey ve el error fundamental de la ética de los filósofos y las sociedades modernos en el afán de trasladar al mundo moral aquella supuesta superioridad de lo eterno, de lo idéntico y de lo invariable, que fue idea de la ciencia antigua, pero que ha sido ya completamente abandonada por la ciencia moderna: "Changes of kind or species in plants and animals were observable only when monstruosities appeared [toda alteración parecía, pues, una degeneración; cf. también R. G. Collingwood, *The idea of nature*, Oxford, 1945, pp. 133-134]. Belief in the eternal uniformity of human nature is thus the surviving remnant of a belief once universally held about the heavens and about the living creatures" (J. Dewey, "Challenge to liberal thought", *Fortune*, August 1944, p. 180). A lo cual cabría observar que los valores éticos son por definición categorías universales, mientras que los conceptos de especie o las leyes de naturaleza son típicas abstracciones. La justa crítica de la pretendida validez absoluta de estas abstracciones no puede extenderse, como si se tratara de un caso particular, a los principios mismos del conocimiento y a los criterios básicos de todo juicio posible. La constancia de la naturaleza humana, en sentido lato, es presupuesto, no objeto de la ciencia.

las estrellas fijas dejaban exentas del cambio y de la corrupción⁷²—, y mediante la tesis de que lo “grande” es estable, mientras que lo “pequeño” es variable, Buffon llega a determinar una superioridad objetiva de lo grande sobre lo pequeño y, en definitiva, a ordenar los seres vivos según su volumen.

Bajo la influencia de los mismos cánones y principios, la ciencia natural de la Edad Media había insistido en las determinaciones cuantitativas; había seguido a Plinio, quien a menudo describe los animales por orden de corpulencia, y se había expresado poéticamente en el lapidario verso de Dante: “Maggior salute maggior corpo cape”⁷³ y en la mitificación de animales enormes como la Ballena y el Elefante.⁷⁴ Pero el mismo Dante había hablado con horror acerca de los gigantes, regocijándose de que la Naturaleza hubiese olvidado “l’arte di sì fatti animali”, y había agregado que si la misma Naturaleza “d’elefanti e di balene / non si pente”, es porque estas dos enormes bestias son estúpidas, y por lo tanto menos peligrosas que los gigantes, los cuales “al mal volere ed alla possa”, sumaban “l’argomento della mente”.⁷⁵

En este sutil malestar frente a los monstruos enormes resplandece el gusto clásico de Dante por las justas proporciones, la medida y la subordinación de la naturaleza al hombre. Incluso aquel “mayor cuerpo” capaz de mayor virtud salutífera se refiere a los cielos, y por lo demás queda inmediatamente condicionado: “s’egli ha le parti ugualmente compiute...”

⁷² Copiosas informaciones, si bien limitadas a la historia literaria inglesa, podrán encontrarse en G. Williamson, “Mutability, decay and seventeenth-century melancholy”, *ELH, A Journal of English Literary History*, II, núm. 2 (September, 1935), pp. 121-150; en D. C. Allen, “The degeneration of man and Renaissance pessimism” [el “pessimism, developing from the mutation of things”, p. 219], *Studies in Philology*, XXXV (1938), pp. 202-227, y últimamente en V. Harris, *All coherence gone*, op. cit., p. 2 et passim. Cf. en particular las teorías del “pesimista” Goodman acerca de la “privación” como agente, casi diré antidialéctico, de las alteraciones y por lo tanto de la “corrupción” de la naturaleza (pp. 29-30 y 187); y, en cambio, la réplica del “progresista” Hakewill, quien advierte que no hay que confundir “mutabilidad” con “decadencia” (pp. 55-56, 62, 79-80) y se aferra todavía, desesperadamente, a la incorruptibilidad de los cielos, garantía de la constancia de la naturaleza (pp. 63-64). La tesis “decadentista” fue adoptada de nuevo por Pierre du Moulin (p. 117) y por William Drummond de Hawthornden (pp. 139-140), pero la otra por John Donne en su elogio juvenil de la inconstancia (p. 124), por los hombres de ciencia en general a partir de ca. 1635, ya que éstos enseñaron a ver en la mutabilidad “a fluctuation rather than a degeneration” (p. 161), y naturalmente por los “modernes” en su batalla contra los “anciens” (p. 171). La polémica sobre la decadencia de la naturaleza acababa así por confluír en las disputas en que se estaba elaborando el nuevo concepto de Progreso. Y el acento se desplazaba perceptiblemente del mundo físico al humano e histórico. Pero Buffon se queda siempre en el plano de la naturaleza.

⁷³ Dante, *Paradiso*, XXVIII, 68.

⁷⁴ Sobre la mitificación del Elefante, véanse por ejemplo el *Physiologus*, la *Circe* de Gelli (donde es el único animal que consiste en volver a ser hombre), y los datos de G. Boas, *The happy beast in French thought of the seventeenth century*, Baltimore, 1933, pp. 28-35 (Gelli), 39 (Rorario) y 44 (P. Gilles). En Buffon, el retrato del elefante, “l’être le plus considérable de ce monde” (con excepción del hombre) por sus virtudes físicas, morales e intelectuales, amado y respetado como un patriarca por todos los animales, es particularmente *touchant*. Todavía Chateaubriand dirá que los elefantes, “naturellement généreux”, permanecieron después de la Caída cerca de la cuna del mundo, de donde no salieron sino para venir a sustituir a sus compañeros muertos sin prole al servicio del hombre... (*Le génie du christianisme*, Première partie, V, 9; ed. de Paris, 1877, vol. I, pp. 117-118).

⁷⁵ *Inferno*, XXXI, 49-57.

12. VOLUMEN Y PERFECCIÓN EN LA ZOOLOGÍA MODERNA

Con todo, hubo que esperar algunos siglos para ver descartado decididamente el criterio dimensional. Todavía Bonnet sostenía (1764) que los animales grandes son más inteligentes y están dotados de mayor “perfección corpórea” que los insectos.⁷⁶ Pero en los albores de la zoología moderna, la consideración métrica de los animales era recordada por Cuvier como el primero de los errores a que venía a oponerse su nueva y fundamental clasificación zoológica.⁷⁷ Sin embargo, antes de rechazar del todo y para siempre aquel antiguo e ingenuo criterio, nos convendría examinar y aceptar lo que contenía de verdadero. Claude Bernard observa que “el tamaño de los animales produce... modificaciones importantes en la intensidad de los fenómenos vitales. En general, los fenómenos vitales son más intensos en los animales pequeños que en los corpulentos”.⁷⁸ Y un naturalista contemporáneo, J. B. S. Haldane, deplora que los zoólogos en general hayan prestado tan poca atención a las diferencias de dimensiones entre los animales. Adoptando de nuevo, sin recordarlas, las indagaciones de Buffon, Haldane llega a establecer una superioridad de estructura de los animales grandes sobre los pequeños: “Los animales superiores no son más corpulentos que los inferiores porque sean más complicados: son más complicados porque son más corpulentos”.⁷⁹ La ventaja más evidente del volumen es la capacidad de mantener el calor del cuerpo. Y, de hecho, los animales “pequeños” no logran vivir en los climas más fríos, ni en las estaciones más frías de los climas templados.⁸⁰ Es claro, pues, que había y hay algún buen fundamento para el presupuesto de Buffon: que existe cuando menos un sutil vínculo entre el volumen que los animales ocupan en el espacio y la inalterabilidad de sus especies en el tiempo.

13. INESTABILIDAD Y DECADENCIA DE LAS ESPECIES DOMÉSTICAS

Así, pues, la Naturaleza, para Buffon, no está sujeta a la ley del Progreso. En el mejor de los casos es inmovilidad, y degeneración en el peor. El hombre mismo, al intervenir en la Naturaleza, al buscar su Progreso a despecho de la Naturaleza, es causa de la degeneración de ésta.

⁷⁶ Citado en Daudin, op. cit., pp. 103-104, 109-110. Linneo atribuía al instinto natural el orden expositivo que comienza con el hombre y termina con los animales más chicos.

⁷⁷ Cuvier, *Recherches sur les ossements fossiles des quadrupèdes* (1812): “Si l’on considère le règne animal d’après les principes que nous venons de poser, en se débarrassant des préjugés établis sur les divisions anciennement admises, et n’ayant égard qu’à l’organisation et à la nature des animaux, et non pas à leur grandeur, à leur utilité, au plus ou moins de connaissance que nous en avons, ni à toutes les autres circonstances accessoires, on trouvera...”, etc. (citado en la *Encyclopædia Britannica*, 11th ed., sub voce “Zoology”, vol. XXVIII, col. 1028).

⁷⁸ Cl. Bernard, *Introduction*, op. cit., p. 213: “La taille des animaux amène... dans l’intensité des phénomènes vitaux des modifications importantes. En général, les phénomènes vitaux sont plus intenses chez les petits animaux que chez les gros”.

⁷⁹ “The higher animals are not larger than the lower because they are more complicated. They are more complicated because they are larger”.

⁸⁰ J. B. S. Haldane, “On being the right size”, en *Possible worlds and other essays* (1927), ed. London, 1932, pp. 18-26.

La prueba es que las bestias feroces, no sujetas a la acción del hombre, más cercanas a la naturaleza, se hallan asimismo menos sujetas a variaciones degenerativas: "su naturaleza parece variar según los diferentes climas, pero en ninguna parte está degradada". Una tesis de esta índole tenía que agradar no poco a los apologistas de la naturaleza pura y no corrompida por los cuidados del hombre. Desarrollaba el motivo, tan caro a Montaigne, de la superioridad de las frutas silvestres sobre las cultivadas: "los [frutos] que deberíamos llamar salvajes son más bien aquellos que nosotros hemos alterado por nuestro artificio, desviándolos del orden común. En aquellos otros están vivas y vigorosas las verdaderas virtudes y propiedades, las más útiles y naturales, bastardeadas por nosotros en éstos", etc.⁸¹ Y repetía, dándoles una demostración científica, las apasionadas intuiciones de Rousseau: "La naturaleza trata con predilección a todos los animales abandonados a su cuidado". El caballo, el gato, el toro y hasta el asno salvajes son más fuertes, vigorosos y valientes en las selvas que en las casas: "pierden la mitad de estas ventajas al convertirse en domésticos, y se diría que lo único que consiguen nuestros cuidados es bastardearlos".⁸²

En suma, las especies animales son tanto más perfectas cuanto menos han variado, cuanto más semejantes se conservan a sus prototipos ideales. Al cambiar se debilitan. Y al debilitarse se exponen a otros cambios, pierden su estabilidad racial. Lo pequeño, lo mudable y lo degenerado son atributos alternativos y anillos de una misma cadena maléfica.

14. REFLEJOS SOBRE EL NUEVO MUNDO

Volvamos ahora a las Américas. Con las únicas excepciones del gamo y del corzo, que son más grandes y fuertes en la Virginia y en la América templada que en Europa,⁸³ todos los demás animales del Nuevo Mundo son más pequeños y débiles que los del Viejo. "Esta notable disminución en el tamaño, sea cual fuere su causa, es una primera manera de degeneración, que no ha podido realizarse sin influir mucho en la forma".⁸⁴

Pero en cuanto a las causas y fases de semejante "degeneración", Buffon sigue siendo vago. La existencia de animales propios del Nuevo

Mundo prueba incluso que su origen "no puede atribuirse a la simple degeneración". Otros factores se introducen a título de hipótesis. Es preciso pensar en una remota conexión de los dos continentes y en una sucesiva separación ambiental de las especies que habían encontrado más cómodo albergue en América que las establecidas en el continente antiguo, cuando el Océano rompió las tierras que unían los dos hemisferios, hipótesis que se remonta sustancialmente a los primeros naturalistas del Nuevo Mundo, a Oviedo y al padre Acosta, y es todavía hoy una de las más universalmente usadas por los científicos contemporáneos.

Es verdad que el hombre parece exento de la condena general que pesa sobre los animales americanos: indudablemente, la Naturaleza se ha servido en el Nuevo Mundo de una escala distinta de magnitud, pero "el hombre es el único a quien midió con el mismo módulo".⁸⁵ Y es verdad que Buffon subraya la radical diferencia que lo separa de los animales: "el hombre es en todo una hechura del cielo; los animales, desde muchos puntos de vista, no son sino productos de la tierra: los de un continente no se encuentran en el otro; los que se encuentran, aparecen alterados, empequeñecidos, cambiados a menudo hasta el punto de ser irreconocibles".⁸⁶ Sin embargo, ya se ha visto cómo en otros lugares de su obra el salvaje, por lo menos, aparece sujeto a penosas limitaciones, como los demás animales, y aún peor que ellos.

En definitiva, se puede decir que en esta fase de su pensamiento Buffon considera inmaduro al continente americano, e imperfectas, por degeneradas, a muchas especies de animales de su porción meridional, y ve afligido al hombre por deficiencias que, sin impedirle la adaptabilidad al ambiente, le dificultan infinitamente la tarea de adaptar a sí mismo el ambiente, de dominarlo y modificarlo. Lo hace así, hasta cierto punto, participe de la triste suerte de los demás animales superiores.

15. "LOS NOMBRES HABÍAN CONFUNDIDO LAS COSAS"

Preguntémosnos ahora: ¿cuáles son el significado histórico y el verdadero alcance de la teoría buffoniana?

En primer lugar, cuando niega el augusto título de "león" al puma, etc., el naturalista critica la antigua confusión nacida de la costumbre de aplicar los familiares nombres europeos a especies nuevas, nunca antes vistas, de llamar "tigre" sin más al jaguar, y "oveja" a la alpaca. "Los nombres habían confundido las cosas", según dice el mismo Buffon,⁸⁷ el cual, a otro propósito, después de enumerar varios ejemplos flagrantes de etiquetas zoológicas equivocadas, concluye:

⁸⁵ *Oeuvres complètes*, vol. XV, p. 415: "l'homme est le seul qu'elle ait mesuré avec le même module" (pasaje citado también por Marmontel, *Les Incas*, ed. cit., vol. I, p. xxiii nota).

⁸⁶ *Oeuvres complètes*, vol. XV, p. 466: "l'homme est en tout l'ouvrage du ciel; les animaux ne sont à beaucoup d'égards que des productions de la terre: ceux d'un continent ne se trouvent pas dans l'autre; ceux qui s'y trouvent sont altérés, rapetis-sés, changés souvent au point d'être méconnaissables". Cf. Daudin, *op. cit.*, p. 132, y véase *infra*, pp. 140-141.

⁸⁷ *Oeuvres complètes*, vol. XV, pp. 23, 421-422. Cf. Flourens, *op. cit.*, p. 134. Así como en un tiempo se aconsejaba a los Filósofos no multiplicar los Entes, así "aujourd'hui on doit dire et répéter sans cesse aux Naturalistes, ne multipliez pas les noms sans nécessité" (citado en Pitman, *op. cit.*, p. 85).

⁸¹ *Essais*, I, 31 ("Des cannibales"), ed. Pléiade, p. 213: "ce sont ceux que nous avons alterez par nostre artifice et détournez de l'ordre commun, que nous devrions appeler plutôt sauvages. En ceux-là sont vives et vigoureuses les vraies, et plus utiles et naturelles vertus et propriétés, lesquelles nous avons abastardies en ceux-ci".

⁸² J.-J. Rousseau, *Discours sur l'inégalité* (1754), ed. cit., p. 32: "La nature traite tous les animaux abandonnés à ses soins avec... prédilection"; "...ils perdent la moitié de ces avantages en devenant domestiques, et l'on dirait que tous nos soins... n'aboutissent qu'à les abâtardir". Rousseau, a su vez, cita en varias ocasiones a Buffon. Idéntica tesis se encuentra en la buffoniana *Animated nature* de Goldsmith (Pitman, *op. cit.*, pp. 119-120).

⁸³ *Oeuvres complètes*, vol. XIX, pp. 22-23. Las "mouffettes ou puants d'Amérique" constituyen otra excepción, porque aquí existen en cuatro o cinco especies, a cambio de la única europea, y ésta es, por otra parte, de naturaleza "inférieure ou moins exaltée" que las americanas (*ibid.*, pp. 63-64). Véase *supra*, p. 4, nota 9.

⁸⁴ *Ibid.*, p. 56: "cette grande diminution dans la grandeur, quelle qu'en soit la cause, est une première sorte de dégénération, qui n'a pu se faire sans beaucoup influer sur la forme".

No me he propuesto indicar aquí todos los errores de la nomenclatura de los cuadrúpedos; solamente quiero demostrar que sería menor su número si se hubiera concedido alguna atención a la diferencia de los climas, si se hubiera estudiado la historia de los animales lo bastante para reconocer —como hemos hecho nosotros por vez primera— que los de las partes meridionales de cada continente no se encuentran en los dos a la vez.⁸⁸

Así, pues, desde un punto de vista formal, la tesis buffoniana nace de la necesidad de eliminar la insatisfacción provocada por la imperfecta aplicabilidad de conceptos y tipos zoológicos del Viejo Mundo a la realidad natural del Nuevo. Dos largos siglos antes de Buffon, Oviedo, quizá por vez primera, había denunciado los yerros onomásticos cometidos en virtud de la analogía por los anteriores cronistas y relatores (yerros cuya raíz psicológica está en la mayor prontitud con que se advierten las semejanzas que las diferencias); y una vez más, a fines del siglo XVI, el padre Acosta había lamentado que “a muchas destas cosas de Indias, los primeros españoles les pusieron nombres de España, tomados de otras cosas a que tienen alguna semejanza, como piñas, y pepinos, y ciruelas, siendo en la verdad frutas diversísimas, y que es mucho más sin comparación en lo que difieren de las que en Castilla se llaman por esos nombres”.⁸⁹

El gran filólogo Justo Lipsio, contemporáneo de Acosta, llamaba asimismo la atención sobre el tenaz error lexicográfico. Lipsio tiene por verdad inconcusa que cada tierra posee sus propios animales, característicos e invariables.⁹⁰ Por lo tanto, no es lícito aplicar a los animales de una región los nombres de los animales de otra. En África no hay osos: “scilicet —repite Lipsio— cuique animanti, pro ingenio et indole, suae sedes”. Pero los romanos llamaron “osos” a los leones africanos, que no conocían, así como llamaron “bovem Lucanum” al elefante, “passe-rem” al avestruz, etc.⁹¹

Después de Buffon, repetirán con vigor esta crítica el padre Molina y Jefferson.⁹² Pero la misma asimilación, causa de confusiones, ocurre y se perpetúa en la Geografía física, que habla de “nudos” montañosos que no existen en los Andes, de “vertientes” que no son tales, y de “pa-

⁸⁸ *Oeuvres complètes*, vol. XV, p. 462: “je n'ai pas entrepris d'indiquer ici toutes les erreurs de la nomenclature des quadrupèdes: je veux seulement prouver qu'il y en aurait moins, si l'on eût fait quelque attention à la différence des climats, si l'on eût assez étudié l'histoire des animaux pour reconnoître, comme nous l'avons fait les premiers, que ceux des parties méridionales de chaque continent ne se trouvent pas dans tous les deux à la fois”.

⁸⁹ *Historia natural y moral de las Indias* (1590), VI, 19: ed. cit., p. 243. Cf. también *ibid.*, IV, 21 (ed. cit., p. 248) lo que dice sobre la banana, que los españoles llamaron “plátano” por “alguna similitud que hallaron”.

⁹⁰ *Physiologia Stoicorum libri III*, Antuerpiae, 1604, lib. II, diss. XIX, pp. 125-126: “Semel creavit Deus et produxit terram, animalia et quidquid in ea vides. Mixtione possunt aliquae dispaes species surgere, plane novae non possunt. Unde ergo illic (in America) ea diversitas? Dic, unde in Africa? Unde in ultima Asia? Neque leones, tigres, elephantes Europa ista gignit, aut vulgo alit. Cuique regioni, pro coelo atque etiam solo et peculiari indole, sua quaedam Deus iam ab initio dedit et assignavit”. Cf. también D. C. Allen, *The legend of Noah*, op. cit., p. 130.

⁹¹ *Electorum liber II*, cap. IV, en *Opera omnia quae ad Criticam propriam spectant*, Antuerpiae, 1600, pp. 461-462.

⁹² Sobre los cuales véase *infra*, pp. 192 ss. y 231 ss.

sos” que son vastas mesetas ondulantes hasta perderse de vista. En fin, extendiendo la misma crítica del campo de la naturaleza al de la sociedad, Alfonso Reyes ha lamentado justamente la confusión creada por la aplicación de conceptos políticos europeos a la realidad política americana.⁹³

16. CONCLUSIONES:

a) Buffon y Montesquieu

Si después de desmontarla en sus partes y de definir su aspecto formal, queremos ahora considerar la teoría de Buffon en su núcleo ideológico, la encontraremos compuesta de un juego de fuerzas en equilibrio inestable.

Se nos revela en ella, ante todo, la tendencia del siglo a interpretar como una relación rígida, necesaria, causal, el nexo orgánico de lo viviente con lo natural, de la creatura con el ambiente, —según la manera misma como Montesquieu fijaba relaciones constantes, deterministas, entre climas e instituciones y costumbres, entre “naturaleza del terreno” y “leyes políticas”. Montesquieu, como es sabido, subrayaba la dificultad de establecer o mantener instituciones libres en climas cálidos y muelles, que hacen perezosos y viles a los pueblos. Buffon, más humano en esto que el Presidente, exceptuaba al hombre, hasta cierto punto, de la sujeción causal a la naturaleza, y establecía de ese modo la más importante de sus prerrogativas. Pero en cuanto a las otras variedades animales, no vacilaba en “deducirlas” de los factores adversos del suelo, de la humedad o de la temperatura. “J'ai posé les principes, et j'ai vu les cas particuliers s'y plier comme d'eux-mêmes”, la famosa frase del prefacio del *Esprit des lois*, hubiera podido ser tomada como epígrafe por Buffon.

Más aún. El naturalista se complacía en poner casi sobre el mismo plano el análisis de las leyes políticas y civiles dado por Montesquieu y su propia ordenada reseña de las especies animales (por lo demás, ¿acaso el mismo Montesquieu no se había esforzado a su vez en dar a las leyes positivas una dignidad científica idéntica a la de las leyes naturales?), y solía recordar que sus primeros volúmenes y el *Esprit des lois* habían aparecido simultáneamente, y que Montesquieu y él fueron atormentados juntos por la Sorbona y acometidos juntos por los críticos, pero que a todos estos ataques él supo hacer frente con mucha mayor sangre fría que el Presidente.⁹⁴ Por otra parte, ¿no era Montesquieu uno de los cinco máximos autores reconocidos y respetados por Buffon? “Il n'y en a guère que cinq... —decía—, Newton, Bacon, Leibnitz, Montesquieu et moi”.⁹⁵

Ahora bien, es un hecho que la aplicación de los métodos de Montes-

⁹³ E. Romero, *Nuestra tierra*, Lima, 1941, p. 35; Alfonso Reyes, “Ciencia social y deber social” (1941), en *Última Tule*, México, 1942, p. 196.

⁹⁴ Hérault de Séchelles, *Voyage à Montbard* (1785), ed. cit., pp. 26-27.

⁹⁵ *Ibid.*, p. 37. Véase *ibid.*, pp. 44-48, el plan esbozado por Buffon de un tratado sobre la legislación universal (“prendre l'esprit de toutes les lois qui existent dans l'univers”, etc.). “Une comparaison de Buffon avec Montesquieu serait féconde”, escribía Sainte-Beuve, bosquejándola luego rápidamente (*Causeries du lundi*, vol. IV, pp. 366-367).

quieu a los reinos de la naturaleza suponía una verdadera revolución científica. Exigía ante todo, como presupuesto, una amplia libertad de crítica a la obra del Señor, que ya no aparecía perfecta en todas sus partes, sino que presentaba creaturas más o menos logradas, más o menos bien modeladas y algunas hasta degeneradas o descompuestas. La exquisita cautela verbal de Buffon no quita que su actitud sea radicalmente distinta de la de los antiguos naturalistas que se creían obligados a cantar los loores de las magnificencias de lo creado y que, como el padre Acosta, llegaban incluso a amenazar con el castigo del cielo a quien pretendiese "enmendar las obras que el Hacedor con sumo acuerdo y providencia ordenó en la fábrica de este universo".⁹⁶ Ya Maupertuis había pedido (1745-1752) de las ciencias naturales, no una mera descripción o clasificación, sino la explicación de los procesos mediante los cuales se han alterado las especies y cambian y se diversifican los animales. La Naturaleza, tal como aparece a nuestros ojos, no es sino una ruina, un edificio de nobles proporciones herido por el rayo.⁹⁷ Y Diderot repetía (1754): "lo que tomamos por historia de la Naturaleza no es sino la historia incompletísima de un instante", a lo cual, bajo la pantalla de altisonantes profesiones de fe en la Biblia, agregaba: "así como en los reinos animal y vegetal un individuo comienza, por decir así, crece, persiste, decae y pasa, —¿no ocurrirá otro tanto con las Especies enteras?"⁹⁸ Es claro que la creación quedaba así inmersa en el tiempo y, si no propiamente historicizada, privada de los atributos de una inmóvil perfección.

b) La geografía zoológica: Europa y América

Ahora bien, los ejemplos de estos diversos grados de desarrollo estaban a la vista en las distintas partes del mundo. La reflexión y la deducción los hacían al uno sucesivo del otro, fases todos ellos de un mismo proceso. Pero la observación registraba su existencia simultánea en esta o aquella región del globo. La "geografía zoológica" nacía así como una formulación provisional de la teoría evolutiva, como una primera cristalización del pensamiento historicizante aplicado a la naturaleza.

Si en sus comienzos se vio afectada por una prevención antiamericana, esto se debió, aparte de los motivos intrínsecos arriba apuntados, a la atmósfera espiritual de la época. En Buffon mismo se advierte esa instintiva predilección por el Viejo Mundo y por su núcleo y sostén, Europa: hay en él, a pesar de que admira lleno de pasmo a los grandes carnívoros, un instintivo orgullo de europeo, acostumbrado a observar con curiosidad, pero también con un leve aire de protección, las extra-

⁹⁶ Aunque es verdad que decía esto a propósito del proyectado corte del istmo de Panamá; sin embargo, son evidentes los presupuestos de reverente respeto por toda hechura de Dios.

⁹⁷ A. O. Lovejoy, "Some eighteenth-century evolutionists", *Popular Science Monthly*, LXV (1904), pp. 244-245, citado por Fr. J. Teggart, *Theory and processes of history*, Berkeley, 1941, pp. 132-133; y *The Great Chain of Being*, op. cit., pp. 255, 268.

⁹⁸ *Pensées*, op. cit., pp. 91-92: "ce que nous prenons pour l'histoire de la Nature, n'est que l'histoire très incomplète d'un instant"; "de même que dans les règnes animal et végétal un individu commence, pour ainsi dire, s'accroît, dure, dépérit et passe, —n'en serait-il pas de même des Espèces entières?"

ñas creaturas de otros climas. Juzgar inmadura o degenerada la fauna americana equivalía a proclamar madura y perfecta la del Viejo Mundo, apta para servir de canon y punto de referencia a cualquier otra fauna, de cualquier ángulo del globo. Con Buffon se afirma el eurocentrismo en la nueva ciencia de la naturaleza viva. Y no es ciertamente mera casualidad que esto haya ocurrido en los momentos mismos en que la idea de Europa se estaba haciendo más plena, más concreta y orgullosa,⁹⁹ ni carece de significado el hecho de que, así como la Europa civil y política se definía entonces en oposición al Asia y al Africa, la Europa física se hiciese solidaria con los otros continentes del Viejo Mundo y se enfrentase, con gesto impávido, al mundo americano. Así como los filósofos y los escritores reivindicaban para Europa la primacía de las artes civilizadas y el origen de los inventos técnicos y de los organismos sociales superiores, y justamente del descubrimiento de América hacían datar el principio de su nueva y nunca antes vista potencia y riqueza,¹⁰⁰ así Buffon sentenció que todos los animales, sin género de duda, fueron creados en el Viejo Mundo, del cual emigraron hacia el Nuevo, en donde habrían de degenerar casi siempre.¹⁰¹

Con esta distribución geográfica, y la jerarquía que de ella dimanaba, Buffon hurtaba el cuerpo a las rigurosas exigencias de los "sistemáticos" al estilo de Linneo (hacia los cuales manifestó siempre una hostil desconfianza), pero cumplía con la exigencia, suya y de su época, de ordenar, comparar, clasificar y "sistematizar".¹⁰² Ciertamente es que para alcanzar la unidad formal se valía de antítesis abstractas, coordinaba por medios conceptuales cosas y cualidades meramente distintas, y contraponía y polarizaba los animales "grandes" y los "pequeños", el Mundo Antiguo

⁹⁹ Cf. P. Hazard, *La pensée européenne au XVIII^e siècle*, op. cit., vol. II, pp. 221-235; F. Chabod, "L'idea di Europa", *Rassegna d'Italia*, II, núm. 4 (aprile 1947), pp. 3-17, y núm. 5 (maggio 1947), pp. 25-37, especialmente 30-31; C. Morandi, *L'idea dell'unità politica d'Europa nel XIX e XX secolo*, Milano, 1948, especialmente pp. 41-44.

¹⁰⁰ "L'effet de la découverte de l'Amérique fut de lier à l'Europe l'Asie et l'Afrique" (Montesquieu, *Esprit des lois*, XXI, 21), la primera con la plata americana, la segunda con el comercio de los esclavos destinados a las Américas.

¹⁰¹ Pasajes de 1766, citados por Daudin, op. cit., p. 42.

¹⁰² Ya en 1749, Malesherbes le echaba en cara el no haber comprendido a Linneo y el haber desdenado a los "sistemáticos" (Flourens, op. cit., pp. 8-9). Uno y otros eran objeto (1754) de los briosos ataques de Diderot, gran admirador de Buffon (*Pensées*, op. cit., pp. 67-68), mientras que Jefferson, encarnizado adversario de Buffon, lo llamará "the great advocate of individualism, in opposition to classification" (carta del 22 de febrero de 1814, en *The catalogue of the library of Thomas Jefferson*, ed. E. M. Sowerby, Washington, 1952-55, vol. I, p. 467). Se reconoce hoy que Buffon aborrecía las clasificaciones sistemáticas, al estilo de Linneo, pero no las clases y categorías que son elementos de un sistema orgánico; que sus "descripciones" equivalen a las "definiciones" de los geómetras (E. Perrier, op. cit., pp. 56-62; con reservas, Mornet, *Sciences de la nature*, op. cit., pp. 113-116, 130-131, 151; H. Daudin, op. cit., pp. 39 nota, 166; E. Cassirer, *Goethe und die geschichtliche Welt*, Berlin, 1932, pp. 95-96; E. Nordenskiöld, op. cit., p. 222; E. Guyénot, op. cit., pp. 76-77); y que lo que le molestaba de Linneo era sobre todo "l'aspect ingrat et rébarbatif" que imprimía a la historia natural (H. Daudin, op. cit., p. 126; cf. *ibid.*, pp. 128, 153). Enemigos de Linneo y de los sistemas serán en general los observadores y los amantes de la naturaleza (Adanson, 1757, citado por Daudin, op. cit., p. 121; Rousseau, *Rêveries*, VII, ed. Garnier, p. 72; véase también, en Goethe, el sarcástico consejo de Mefistófeles al Escolar, "alles reduzieren / und gehörig klassifizieren", y, para otros ejemplos, Mornet, *Sciences de la nature*, op. cit., pp. 98-104, 123-126).

y el Mundo Nuevo.¹⁰³ Pero se salvaba de la mortal rigidez de tales esquemas gracias a los gérmenes de desarrollo temporal que estaban implícitos en la jerarquización y en la correspondiente distribución geográfica de premios.

c) El nuevo concepto de especie

Las especies varían de un continente al otro. Varían del Mundo Antiguo al Nuevo Mundo. Y son más pequeñas o más débiles en el Nuevo Mundo. Buffon, con esta tesis de la debilidad de los animales de América, anticipa las teorías de la variabilidad de las especies, —no las teorías del progreso de lo imperfecto hacia lo perfecto, de lo inferior hacia lo superior, sino las que hablan de una degeneración de las especies, de un posible debilitamiento de éstas en circunstancias ambientales adversas. Darwin mismo se dio cuenta del mérito y del punto flaco del naturalista francés: "El primer autor que en los tiempos modernos ha tratado [la especie] con un espíritu científico es Buffon. Pero... sus opiniones fluctuaron en gran medida en distintas épocas,¹⁰⁴ y... no se ocupa de las causas ni de los procedimientos de la transformación de las especies".¹⁰⁵ Así, pues, no puede haber duda de que justamente aquellas embrionarias intuiciones de una verdadera y viva historia de la naturaleza, relacionadas de tan clara manera en Buffon con su conciencia de los límites de toda clasificación esquemática, constituyen el resultado científico más importante de sus atormentadas disquisiciones acerca de los animales de América.

Pero si miramos aún más a fondo, descubriremos también en la teoría buffoniana el reflejo de un problema lógico que todavía sigue sin resolver. Buffon no se lo formula con toda claridad, pero lucha con él a ciegas, con valor desatentado y desafortunado. ¿Cuál era la cuestión básica latente en su sorpresa y en su "descubrimiento"? Evidentemente, la existencia y la pensabilidad de especies naturales *semejantes*, pero diferentes, el enigma de conceptos naturalistas vinculados entre sí por indiscutibles analogías y, sin embargo, separados por indiscutibles e irreducibles rasgos individuales. "Ninguno de los animales de la América meridional *se parece* lo bastante a los animales de las tierras del Mediodía de nuestro continente para que los podamos considerar de la misma especie".¹⁰⁶ El puma no es el león; pero entre león y puma hay afinida-

¹⁰³ Curiosos paralelismos y artificiosos contrastes entre los dos hemisferios en *Oeuvres complètes*, vol. I, p. 284. Se puede recordar asimismo cómo, a diferencia de casi todos sus amigos, admiradores y discípulos, Buffon juzgó con mucha frialdad la rebelión de los norteamericanos contra Inglaterra y estimó imprudente la intervención de Francia en auxilio de los Estados Unidos (*Correspondance inédite*, *op. cit.*, vol. II, p. 369).

¹⁰⁴ Cf. *infra*, pp. 139-141.

¹⁰⁵ Ch. Darwin, *The origin of species*, ed. Modern Library, New York, s. f., p. 3: "the first author who in modern times has treated it in a scientific spirit was Buffon. But... his opinions fluctuated greatly at different times and... he does not enter on the causes or means of the transformation of species". Cf. Perrier, *op. cit.*, p. 66; Daudin, *op. cit.*, pp. 130-131, 219 nota, 231, 234; Lovejoy, *op. cit.*, pp. 229-230.

¹⁰⁶ "Aucun des animaux de l'Amérique méridionale ne ressemble assez aux animaux des terres du midi de notre continent pour qu'on puisse les regarder comme de la même espèce". Sólo tras largo examen se puede sospechar que son "les re-

des que no existen entre la mosca y el elefante. ¿Cuál es el límite del concepto de especie? ¿Cuál el grado o el número de las afinidades que tienen que existir para agrupar dos bestias en una familia, dos familias en una especie, dos especies en un género? ¿Dónde fijar el límite divisorio entre los atributos que hacen coincidir a dos individuos en un concepto y los atributos que los asignan a dos conceptos diferentes? Toda la lógica de las ciencias naturales se halla en discusión en el instante en que se trata de responder —aunque sea implícitamente, "caminando", o sea clasificando y definiendo— a semejante pregunta.

Sobre esta ardua cuestión se insertaba la otra, no menos compleja, de la existencia de "especies" más perfectas o menos perfectas, con las sugerencias implícitas de fuerzas teleológicas y de factores evolutivos o degenerativos. Una filosofía causalista de la Naturaleza, como lo era la filosofía a la que siempre permaneció fiel Buffon, aplicada entusiastamente a fenómenos sin relación con el mecanismo de las causas —a los conceptos de especies animales, a su inestabilidad geográfica, al lento variar de las generaciones, a la historia *pleno sensu* del mundo y de los organismos—, revelaba a un mismo tiempo su fuerza y su debilidad, obligando a la realidad, a toda la realidad, a entrar en sus esquemas, y tachando de debilidad a la mitad del mundo conocido, —tachándola de una debilidad cuantitativa y mensurable, para explicar la cual se echaba mano alternativamente de los conceptos, historicizantes y cualitativos, de decadencia y de inmadurez.¹⁰⁷

présentants [sic] de quelques uns de ceux de notre continent" (*Oeuvres complètes*, vol. V, p. 224). Ya Locke había ahondado en algunas dificultades típicas del ambiguo concepto de especie (cf. *Essai philosophique concernant l'entendement humain*, III, chap. 6, §§ 33-39), inclinándose a un absoluto nominalismo.

¹⁰⁷ Sobre la intercambiabilidad de los conceptos de "primitivo" y "decadente" (y su consiguiente insignificancia), véanse las agudas observaciones de A. G. Collingwood, *The idea of history*, Oxford, 1946, p. 327.

II. ALGUNOS HOMBRES DE LA ILUSTRACIÓN

1. HUME: INFERIORIDAD DE LOS HABITANTES DE LOS TRÓPICOS

POR DESGRACIA, de toda la teoría buffoniana, tan rica en motivos, en ecos remotos y en atrevidas sugerencias, justamente la parte más objetable, con sus fáciles notaciones moralistas, con sus juicios de "mejor" y de "peor", era la que se imponía a la curiosidad y se ofrecía a la reconsideración de los contemporáneos. Si en Buffon era algo implícito y secundario, los filósofos se apoderaban inmediatamente de la idea y probaban su fecundidad polémica, sus recursos pintorescos y su efecto escandaloso.

Con cierta prudencia verbal, Hume, en su célebre ensayo *Of national characters* (1748), había insinuado que "hay alguna razón para pensar que todas las naciones que viven más allá de los círculos polares o entre los trópicos son inferiores al resto de la especie". Pero al punto, excluyendo factores geográfico-naturalistas, había agregado que eso se explica por la "pobreza y miseria" de los habitantes septentrionales y por la "indolencia" de los meridionales, fruto de sus pocas necesidades, "sin que tengamos que recurrir a causas físicas".¹ Hume se refiere a los habitantes de las regiones árticas y tropicales, no a los americanos en particular; a los hombres, no a las especies zoológicas; y a factores económicos (aunque relacionados con el clima), no a determinaciones geográficas fijas y fatales.

En una palabra, Hume, anticipando en este caso concreto su radical crítica del principio de causa, recoge y corrige la milenaria tradición de la etno-psicología, con sus intentos de pasar de una mera descripción y tipificación de los caracteres de los distintos pueblos a una explicación causal de éstos, —explicación que resulta, por definición, acentuadamente naturalista.

Sus inicios coinciden con los primeros y más ambiciosos conatos de nuestra ciencia. El mítico bisnieto de Hércules y de Esculapio, Hipócrates, padre de la medicina, ponía en relación las alternativas del clima y los bruscos cambios de las estaciones con los diversos temperamentos y con las cualidades fisiológicas de los hombres.² Sócrates, en la *República* de Platón (435 e-436 a), divide las facultades del alma entre los pueblos, y asigna a los tracios, a los escitas, y en general a las naciones del Septentrión, una fuerte pasionalidad; a los griegos el deseo de aprender, la filosofía; a los fenicios y a los egipcios, el ansia de lucro.

De manera no muy distinta, Aristóteles (*Política*, VII, 1327 b) dice que los pueblos de los países fríos y de Europa están llenos de brío pero son de poca inteligencia y de escasa capacidad organizativa; son independientes, pero incapaces de verdadero gobierno. Los pueblos del Asia

¹ D. Hume, *Essays*, ed. World's Classics, p. 213: "there is some reason to think that all the nations which live beyond the polar circles or between the tropics, are inferior to the rest of the species..."; "...without our having recourse to physical causes" (él mismo es quien subraya). Sobre la tesis de Hume, cf. A. J. Toynbee, *A study of history*, Oxford University Press, London, 1935, vol. I, pp. 470 ss.; Teggart, *op. cit.*, pp. 180-183.

² *Tratado de los aires, aguas y lugares*, § 24, citado por Teggart, *op. cit.*, p. 174.

son inteligentes e ingeniosos, pero faltos de brío, razón por la cual viven habitualmente en sujeción y en servidumbre. Los griegos, en cambio, en una región intermedia por su posición geográfica, son al mismo tiempo briosos e inteligentes, y viven en libertad y con buenos gobiernos. Polibio y Estrabón coinciden en atribuir al clima el temperamento de los pueblos, guerreros donde las intemperies son rígidas y severas, pacíficos donde la naturaleza sonríe benigna.³

Entre los latinos, Tito Livio repite, a propósito de los samnitas, que la raza es semejante al ambiente. Cicerón, en el *De lege agraria*, desarrolla el concepto de que las costumbres sufren más el influjo de la naturaleza circundante y de los medios de subsistencia que el influjo de la herencia. Y en Lucano se lee que los pueblos del Norte son indómitos y guerreros, mientras que los del muelle Levante son débiles e ineptos para la guerra.⁴ Para la Antigüedad, el nexo entre clima y genio era casi un lugar común.

2. LA TEORÍA DE LOS CLIMAS EN BODIN

Pero estas especulaciones se habían continuado tan débilmente durante los siglos de la Edad Media, época en que prevaleció la concepción cristiana de la universal igualdad de los hombres (con la única discriminación, no geográfica, de fieles e infieles), que la prosecución de las indagaciones, en el Renacimiento, pareció casi un hallazgo nuevo. Y todavía después de Maquiavelo y de Guicciardini, con sus agudísimas caracterizaciones de los diversos pueblos europeos, Jean Bodin se creía muy original por haber tratado de las distintas formas de Estado convenientes o no a cada uno de los pueblos, "a la naturaleza de los lugares y... a las leyes naturales". Asunto importantísimo, sentenciaba, y que sin embargo pasan por alto cuantos han escrito acerca de la República.⁵

Los autores clásicos formularon alguna conjetura al respecto. Pero eran tan ignorantes de la geografía del globo, que no podían establecer

³ Véanse las citas en Teggart, *op. cit.*, pp. 174-175. En cuanto a Polibio, véase también un poco adelante lo que dice Bodin. Pero de Estrabón escribe Hume (*Essays, op. cit.*, p. 207 nota) que en su segundo libro "rejects, in a great measure, the influence of climates upon man. All is custom and education, says he".

⁴ *Farsalia*, VIII, 363-368 (palabras de Léntulo, en respuesta a Pompeyo, quien había dicho de los orientales, *ibid.*, VIII, 295 ss., que eran valientes y arrojados en la guerra). En una nota (de Hugo Grocio o de T. Farnabio, ed. Amsterdam, 1651) se citan las siguientes autoridades en apoyo de la tesis climática: Vegecio, I, 2; Aristóteles; Heródoto; Vitruvio, lib. V; y el italiano Rob. Valturio (1405-1475), lib. VI *De re militari* (1460). Otras citas sobre el nexo entre climas y talentos se pueden recoger fácilmente en Platón (*Critias*, 109), Salustio, Plutarco, Tertuliano, etc.

⁵ *La République*, p. 661: "...et toutes fois ceux qui ont écrit de la République n'ont point traité cette question" (citado por P. Mesnard, *L'essor de la philosophie politique au XVI^e siècle*, Paris, 1936, p. 531). Según E. Barker, *National character*, London, 1939, pp. 50-51, fueron justamente los teóricos franceses, comenzando con Bodin, quienes pusieron de moda la idea del determinismo geográfico. Sobre la teoría climática en Bodin, Botero y Milton, véase Zera S. Fink, *The classical republicans*, Evanston, 1945, pp. 91-94 y 191-192; sobre Vasari, Bodin y Proctor, véase H. Weisinger, "Ideas of history during the Renaissance", *Journal of the History of Ideas*, VI (1945), p. 426; sobre el juicio acerca de las Américas, en particular, véase R. Romeo, *Le scoperte americane nella coscienza italiana del Cinquecento*, Milano-Napoli, 1954, pp. 120-124.

una relación científica, una ley constante entre la naturaleza y las instituciones civiles y religiosas de cada pueblo. No, "evidentemente los autores antiguos no pudieron dejarnos nada parecido". Son cuestiones difíciles y delicadas, y "nadie ha paseado todavía una antorcha en estas tinieblas".⁶

Por lo demás, Bodin conoce y rechaza las tesis fatalistas de Galeno y de Polibio, que hacen del clima un factor inflexible e invencible. Apelando a la doctrina cristiana, refuta y pone en ridículo las teorías astrológicas de Ptolomeo y de sus secuaces hasta Cardano, según el cual el destino de todos los grandes estados está regulado por la cola de la Osa Mayor; y, fundándose en cambio en la naturaleza y en la experiencia nos describe, zona por zona, temperamento y costumbres de los septentrionales, de los "medianos" (*mitoyens*) y de los meridionales, fuertes y guerreros los primeros, políticos y literatos los segundos, filósofos y contemplativos los últimos; o, con otras correspondencias y con amenos paralelismos, nos dice que representan respectivamente la juventud, la madurez y la ancianidad; el *ars*, la *prudentia* y la *scientia*; el modo frigio, el dórico y el lidio; el sentido común, la razón y el entendimiento; la democracia, la magistratura y el pontificado; Marte, Júpiter y Saturno; la Luna, Mercurio y Venus.⁷

Pero dejemos estos vestigios de arqueología, estas concordancias universales que desentonan en un político realista como Bodin de la misma manera que sus teorías demonológicas y sus cábalas numéricas. Nueva y fecunda es su visión del globo, de todo el globo, tajado, desde el polo hasta el ecuador, en franjas paralelas que forman cada cual una región climática relativamente uniforme. Bodin toma en cuenta asimismo la altura, la exposición al Levante o al Poniente, los vientos, la fertilidad del suelo, las comunicaciones y los caracteres nacionales que resultan de todos esos factores y de la historia. Pero el factor predominante sigue siendo la latitud, y con él se hacen confluir diligentemente todos los demás. El Levante tiene una gran afinidad con el Mediodía, y el Poniente con el Septentrión: los occidentales vienen a ser así nórdicos atenuados, y los orientales son cuasi-meridionales. Las llanuras están respecto de las montañas en la misma situación que el tibio Sur respecto del frígido Norte, y así sucesivamente.⁸

Lógica consecuencia de este esfuerzo por reducir todo elemento físico (incluso el meridiano) al paralelo, es que del continente americano no surge ningún problema específico. Cada una de sus zonas tiene el clima propio de la latitud a que pertenece, y a la cual pertenecen igualmente determinadas zonas del Mundo Antiguo. No existe oposición entre los dos hemisferios, sino paralelismo en el sentido geográfico más estricto. Tampoco cabe decir —insiste el agudo Bodin— que las Américas sean el mundo occidental. Es ésta una ilusión nacida tal vez de la antítesis de

⁶ Jean Bodin, *La méthode de l'histoire (Methodus ad facilem historiarum cognitionem)*, 1566, trad. J. Mesnard, Paris, 1941, pp. 68-69: "évidemment les anciens auteurs n'ont rien pu nous laisser de semblable"; "personne n'a encore promené de torche dans ces ténèbres". Sobre la ignorancia incluso astronómica de los antiguos, cf. *ibid.*, pp. 132, 226, 326.

⁷ *Méthode, op. cit.*, pp. 69-71, 94, 105, 108, 113, 131 ss., 224; Mesnard, *op. cit.*, pp. 532-533; Romeo, *op. cit.*, pp. 123-124.

⁸ *Méthode, op. cit.*, pp. 116-117 y 122; Mesnard, *op. cit.*, pp. 533-535; Teggart, *op. cit.*, p. 175.

Indias Orientales e Indias Occidentales. En el hemisferio antiguo se puede distinguir un Levante, en las Molucas, de un Poniente, en las Canarias; pero América no está ni al Este ni al Oeste: separada de las Indias y de África por inmensas distancias, es en realidad "le milieu entre Orient et Occident", y no resiente los influjos de uno ni de otro.⁹

La América de Bodin se sustrae así, anticipadamente, a las teorías que asignan un destino particular al Occidente;¹⁰ permanece intacta, libre de todo estigma, y sin verse rodeada de ninguna aureola. Tampoco la historia le ha impreso un carácter bien definido: son los *geógrafos* quienes nos narran las historias de los escitas, de los indios, de los etíopes y de los americanos, mientras que los historiadores de otros países se ven obligados a conocer y describir previamente su geografía.¹¹ Es ésta quizá la primera formulación de la frase que tanta fortuna tendrá, sobre la América que es "geografía" y no "historia", porvenir y no pasado, etc.; pero en Bodin no tiene ninguna acritud polémica, ningún énfasis profético. Bodin no es un admirador de los primitivos, y del mítico siglo de oro escribe sarcásticamente que, en comparación con el siglo en que él escribe, "bien podría parecer de hierro"; y se ríe de esos *laudatores temporis acti* que lamentan "que el género humano no cesa de degenerar".¹² Así, pues, lo que celebra en América no son las costumbres sencillas e incorruptas de los indígenas —monárquicos e incapaces de democracia, aunque no hayan leído nunca a Aristóteles, castigadores del incesto sin conocer a Platón ni los decretos del papa Inocencio, sino porque así lo quieren, también aquí, la naturaleza y la experiencia¹³—: lo que celebra en ella, con alta novedad de concepto, es el simple hecho de su existencia revelada y de la consiguiente unificación del mundo. Desde el descubrimiento de América, el comercio se ha multiplicado y "todos los hombres están vinculados entre sí y participan maravillosamente en la República universal, como si no formaran más que una sola y misma ciudad".¹⁴ El único momento en que parece anticiparse a las tesis bufonianas es aquel en que afirma que hombres y plantas (y animales) degeneran lentamente en cuanto mudan de ambiente;¹⁵ pero no se trata sino de un corolario incidental de su tesis básica de una armonía ne-

⁹ *Méthode*, pp. 70, 115.

¹⁰ Véase *infra*, pp. 118 ss.

¹¹ *Méthode*, p. 11.

¹² *Ibid.*, pp. 293-299.

¹³ *Ibid.*, pp. 203, 206, 268.

¹⁴ *Ibid.*, p. 298: "tous les hommes sont reliés entre eux et participent merveilleusement à la République universelle, comme s'ils ne formaient qu'une seule et même cité". La Popelinière repetía con análoga admiración: "tous les peuples de l'Univers, paravant barbares, sauvages et ennemis, ou du tout inconnus les uns aux autres, s'entreconnaissent, se fréquentent, s'aiment, s'entresecourent, voire semblent converser ordinairement en ce monde comme en une ville" (1599: citado por H. Hauser, *La modernité du xvi^e siècle*, Paris, 1930, p. 55). En el siglo XVIII, esta función de América llega a convertirse en lugar común; y en su segunda mitad adquiere relieve el concepto de América como mercado, como receptora de los productos europeos, por encima del concepto tradicional del Nuevo Mundo como fuente de abastecimiento de metales preciosos, de especias y de tabaco (véanse algunos ejemplos de 1776 y de 1792 en S. Zavala, *América en el espíritu francés del siglo XVIII*, México, 1949, pp. 80, 82, 87, 254).

¹⁵ *Méthode*, pp. 71, 129. Pero a Buffon no le hubiera gustado su argumento de que un "estado" grande no es más "estado" que uno pequeño, "pas plus qu'un éléphant ne peut être dit plus animal qu'une fourmi" (*ibid.*, p. 143).

cesaria y saludable entre el ambiente y la creatura. Y su influencia sobre las polémicas más tardías en torno a la naturaleza americana es indirecta, a través de la difusión y aun popularidad de su teoría del clima, expuesta en su *Methodus* (1566) y elaborada en su obra más famosa, *La République* (1576).

3. LA TEORÍA DE LOS CLIMAS, DE TASSO A HUME

Poquísimos años después aparecía la *Gerusalemme liberata* (1581) de Torquato Tasso. Y al comienzo del poema toda Europa leía y repetía que en aquel dulce país de Turrena

*la terra molle e lieta e diletta
simili a sé gli abitator produce.*¹⁶

Al mismo tiempo Montaigne, y en forma más expresa su discípulo Charron, reafirmaban y divulgaban la relatividad de los caracteres humanos, su variabilidad según los climas y las latitudes; Botero y Campanella reanudaban las especulaciones de Bodin acerca de los ambientes físicos de los pueblos; y la continua y voluminosa aportación de conocimientos antropológico-geográficos suministrada por exploradores, etnógrafos y misioneros en todas partes del mundo replanteaba asiduamente y hacía familiar a todos el problema de la relación del clima con el temperamento y las costumbres. Tan inmediata y espontánea era esta asociación mental que, si nos preguntamos por el primer crítico severo del clima de América y del temperamento de sus habitantes, tenemos que remontarnos a la mismísima reina Isabel, protectora de Colón. Al oír cómo el Almirante le decía que en las Indias los árboles no echan raíces hondas porque llueve mucho y la tierra está podrida, la Reina Católica se mostraba afligida y preocupada, y decía: "En esa tierra donde los árboles no se arraigan, poca verdad y menos constancia habrá en los hombres".¹⁷

Oviedo, que refiere la anécdota, expresa su admiración por la sagacidad de Isabel; confirma, por su cuenta, que "esta generación de los yndios es muy mentirosa e de poca constancia, como son los muchachos de seys o siete años, e aun no tan constantes", pero añade que hasta "a algunos christianos se les ha pegado harto desto", dándonos así un verdadero incunabulo de "inferioridad telúrica" americana y de "tropicalización del blanco", que no podía menos de ser parcialmente utilizado por De Pauw,¹⁸ ni de llamar la atención de Humboldt.¹⁹

¹⁶ *Gerusalemme liberata*, I, 62 ["...la tierra muelle, alegre y deleitosa / produce habitantes semejantes a sí misma"]. Sobre otras teorías climáticas de Tasso (1571), quizá de derivación bodiniana, véase L. Olschki, "La lettre du Tasse sur la France et les Français", *The Romanic Review*, XXXIV (1943), pp. 345, 348-349. Cf. Unánue, *infra*, pp. 276-277.

¹⁷ Oviedo, *op. cit.*, IV, 1 (ed. cit., vol. I, pp. 100-101). La imagen tiene un curioso paralelo en Diderot, quien parangona las nociones intelectuales sin base en la naturaleza "à ces forêts du Nord dont les arbres n'ont point de racines. Il ne faut qu'un coup de vent, qu'un fait léger, pour renverser toute une forêt d'arbres et d'idées" (*Pensées*, *op. cit.*, VIII; ed. cit., p. 10).

¹⁸ *Op. cit.*, vol. I, p. 9.

¹⁹ *Examen critique de l'Histoire de la géographie du Nouveau Continent*, etc., Paris, 1835-39, vol. III, p. 146 nota.

Entre los muchos autores que, a la zaga de Bodin, investigaron los efectos del clima, Voltaire menciona al viajero Chardin, al ingenioso Fontenelle y al abate Du Bos. Teggart añade a la lista el nombre del padre Bouhours, el de Madame Dacier y sobre todo el del doctor John Arbuthnot,²⁰ quien parece haber inspirado a Montesquieu. El propio Hume recuerda a Bacon y a Berkeley, al cardenal Bentivoglio y a Sir William Temple. En realidad, se trataba ya de una cuestión trillada, de un tema corriente que, por otra parte, adquiriría una nueva energía especulativa y polémica bajo el efecto de un doble estímulo: el ansia de definir, no genéricamente, sino en relación con Europa, al Nuevo Mundo con sus habitantes y con sus especies naturales, y el esfuerzo de justificar con rigor científico la variedad infinita y aparentemente inútil de las creaturas, de aclarar, mejor que con una simple relación de causa a efecto, los vínculos existentes entre el ambiente físico y los seres vivos, sus formas evolutivas y, tratándose de hombres, sus capacidades de progreso y sus instituciones sociales. En particular, el "clima" servía para salvar el abismo lógico que mediaba entre la tesis de la debilidad física del continente americano y la de su inferioridad civil y política. Era sólo un factor, pero un factor crucial, que permitía esbozar una explicación unitaria de infinidad de fenómenos geográficos e históricos.

Desde este punto de vista, el pensamiento del siglo XVIII en torno a las Américas (y, de manera más general, en torno a las regiones exóticas) presenta una notable originalidad de problemas, no sólo con respecto a los atisbos de psicología colectiva de los escritores clásicos, sino también con respecto a las crudas afirmaciones o negaciones, exaltaciones o denigraciones de casi todos los primeros cronistas y exploradores. Y Hume, para volver al punto de partida de esta digresión, hace frente al problema con una flexibilidad y una elasticidad que impiden el disparo mecánico de las "causas" y añaden una incógnita decisiva a todas las ecuaciones intentadas. A primera vista, es verdad, parecería que el aire, la alimentación, el clima influyen decisivamente sobre los seres vivos: los feroces bulldogs y los gallos de pelea ingleses, los fuertes caballos flamencos y las ágiles jacas españolas, "trasplantados de un país a otro, perderán pronto las cualidades que les venían del clima nativo. ¿Por qué —podrá preguntarse— no sucede otro tanto con los hombres?"²¹

Pero, después de un análisis exacto, Hume concluye que "las causas físicas no ejercen ninguna acción perceptible sobre el entendimiento humano",²² y que, por lo que respecta a los europeos trasplantados a otros climas, "las colonias españolas, inglesas, francesas y holandesas se distinguen invariablemente unas de otras, incluso entre los trópicos".²³ Si

²⁰ *Essay concerning the effects of air on human bodies*, 1735. Cf. Fr. Meinecke, *Die Entstehung des Historismus*, München-Berlin, 1936, vol. I, pp. 150 nota, 185. De Pauw (*Défense*, ed. 1771, p. 183) recuerda a Charron, Chardin, Montesquieu, etc. Sobre el tránsito del abate Du Bos a Montesquieu, con noticia de Arbuthnot y de algunos autores de menor importancia, véase R. Mercier, "La théorie des climats des *Réflexions critiques à L'esprit des lois*", *Revue d'Histoire Littéraire de la France*, LIII (1953), pp. 17-37 y 159-174; sobre el tránsito de Du Bos a Herder, M. Rouché, *La philosophie de l'histoire de Herder*, Paris, 1940, pp. 23-24 nota 2, 268.

²¹ *Essay*, p. 207; tesis bodiniana: véase *supra*, p. 36.

²² *Ibid.*, p. 209: "physical causes have no discernible operation on the human mind".

²³ *Ibid.*, p. 210: "the Spanish, English, French and Dutch colonies are all distinguishable even between the tropics".

las naciones del Norte han conquistado a menudo a las del Mediodía, no es porque los pueblos septentrionales sean más valientes o más arrojados, sino porque la mayor parte de las conquistas han sido obra "de la pobreza y de la necesidad sobre la abundancia y la riqueza".²⁴

Con todo, y no obstante la radical revisión a que la sometía Hume, la secular doctrina de la conexión entre clima y caracteres —readaptada a las nuevas circunstancias, robustecida con el ansia racionalista de relaciones claras, precisas, no variables en el curso de los tiempos, sino fijas como las leyes de la naturaleza,²⁵ esquemática, evidente, sencilla e irrefutable como lo caliente y lo frío, la sequía y los aguaceros— acababa por confluir en el juicio sumario que Europa estaba a punto de pronunciar sobre América. El continente que en el siglo XVI había suscitado tantos problemas filosóficos y teológicos, cosmográficos y políticos, ahora, después del eclipse de la era barroca, se representaba como Naturaleza y como Clima a los espíritus prácticos y apasionados del XVIII.

4. VOLTAIRE: EL INDIO IMBERBE Y EL LEÓN COBARDE

Se podría pensar que Voltaire continúa la política geográfica de Hume, y que la localiza justamente en América, cuando observa: "cabe hacer sobre las naciones del Nuevo Mundo una reflexión que no ha hecho el padre Lafitau, y es que los pueblos alejados de los trópicos han sido siempre invencibles, y que los pueblos más cercanos a los trópicos han estado sometidos a monarcas, casi sin excepción".²⁶ Pero esa reflexión que no hizo Lafitau, y que Voltaire parece presentar como descubrimiento propio, deriva muy visiblemente del Barón de Montesquieu.²⁷

Por lo demás, la vivacidad del interés cosmopolita, que confiere a la historiografía volteriana su mejor acento polémico (la reacción contra el europeocentrismo bossuetiano), basta para inmunizarla contra la

²⁴ *Ibid.*, p. 216. Otra tesis bodiniana: "les plus grands empires se sont toujours propagés vers le Sud, presque jamais du Sud au Nord" (*Méthode*, op. cit., p. 76). Sobre la reaparición de la antítesis entre "clima del Norte" y "clima del Sur" en el pensamiento romántico (Madame de Staël, Bonstetten, Leopardi, Melchiorre Gioia), véase M. Petrocchi, *Miti e suggestioni nella storia europea*, Firenze, 1950, pp. 51-58.

²⁵ Croce ha observado la boga de que gozó en el siglo XVIII el concepto de clima, "asilo d'ignoranza che serviva a spiegare i varî caratteri dei popoli e delle loro storie e sostituiva naturalisticamente quello di svolgimento intellettuale e morale e d'intima dialettica" ("A proposito della filosofia italiana del Settecento", en *La letteratura del Settecento*, Bari, 1949, p. 219). Una vigorosa crítica de las teorías climáticas que hipostatan factores constantes para explicar la mudable historia de los pueblos, se encontrará en R. G. Collingwood, *The idea of history*, op. cit., p. 200; una denuncia de sus tendencias racistas, en Th. Simard, *Etude critique sur la formation de la doctrine des races au xviii^e siècle et son expansion au xix^e siècle*, Bruxelles, 1922, pp. 36-57 et passim.

²⁶ "Discours préliminaire" al *Essai sur les mœurs* (1765), ed. Londres, 1770-79, vol. I, p. 37: "on peut faire sur les nations du nouveau monde une réflexion que le père Lafitau n'a point faite, c'est que les peuples éloignés des tropiques, ont toujours été invincibles, et que les peuples plus rapprochés des tropiques, ont presque tous été soumis à des monarques".

²⁷ *Essai des lois*, livre XVII. En los climas cálidos los pueblos son viles y esclavos, mientras que en los fríos son libres: "ceci s'est encore trouvé vrai dans l'Amérique: les empires despotiques du Mexique et du Pérou étaient vers la ligne, et presque tous les petits peuples libres étaient et sont encore vers les pôles" (chap. II; véase también *ibid.*, chap. VII y n. 1).

tentación de sumarias condenas de otros pueblos o mundos. Voltaire no cree ciertamente en la influencia decisiva del clima: "el clima tiene algún poder, el gobierno cien veces más, la religión unida al gobierno más todavía". Y refuta a Montesquieu, culpable de haber exagerado el sistema de Bodin y las observaciones de Chardin, del abate Du Bos y de Fontenelle, llamándole simplemente la atención sobre lo mucho que han mudado a través de los siglos los caracteres de los pueblos, mientras el clima seguía siendo el mismo: "Todo cambia en los cuerpos y en los espíritus con el tiempo. Quizá un día los americanos vendrán a enseñar las artes a los pueblos de Europa".²⁸

Tampoco cree Voltaire, como Buffon, en la unidad de origen de las especies humanas. Cada continente puede producir sus propios animales: "si nadie se asombra de que haya moscas en América, es una estupidez asombrarse de que haya hombres".²⁹ No hay problema, afirma Voltaire, en la semejanza de ciertas especies ni en la diversidad o singularidad de otras. Y, por lo mismo, no hay razón para hablar de superioridad o de inferioridad: "América, tal como África y Asia, produce vegetales y animales que se parecen a los de Europa; y por otra parte, de la misma manera que África y Asia, produce muchos otros que no tienen ninguna analogía con los del Viejo Mundo".³⁰

Hasta aquí la posición de Voltaire, en sus estrechos límites defensivos, es inatacable. Pero el sentido agudísimo de la infinita variedad del mundo lo lleva, en este como en tantos otros puntos, a sobreestimar el particular curioso y sorprendente; y domina a Voltaire su inclinación a deleitarse en lo singular, en lo inesperado, en lo paradójico. Madame du Châtelet quiere pasar un rato entretenido. Y Monsieur de Voltaire no ha leído todos esos librazos de Buffon sin pescar en ellos alguna graciosa historieta. Encontramos así en la ágil prosa del historiógrafo las grandes novedades descubiertas y sistematizadas por el naturalista, pero reducidas a anécdotas, a trazos de color, a frases ingeniosas.

²⁸ *Dictionnaire philosophique* (1764) y *Questions sur l'Encyclopédie* (1770-1772), sub voce "Climat" (en *Oeuvres*, Londres, 1770-79, vol. XLII, pp. 162-165): "le climat a quelque puissance, le gouvernement cent fois plus, la religion jointe au gouvernement encore davantage"; "tout change dans les corps et dans les esprits avec le temps. Peut-être un jour les Américains viendront enseigner les arts aux peuples de l'Europe". Los preceptos religiosos —prosigue Voltaire— suelen adaptarse al clima y a sus exigencias higiénicas, pero los dogmas dependen "uniquement de l'opinion, cette reine inconstante du monde" (*ibid.*, pp. 166-167).

²⁹ *Essai* (1753-1758), chap. 146, al comienzo: "si on ne s'étonne pas qu'il y ait des mouches en Amérique, c'est une stupidité de s'étonner qu'il y ait des hommes".

³⁰ *Essai*, chap. 146: "L'Amérique, ainsi que l'Afrique et l'Asie, produit des végétaux, des animaux qui ressemblent à ceux de l'Europe: et tout de même encore que l'Afrique et l'Asie, elle en produit beaucoup qui n'ont aucune analogie à ceux de l'ancien monde". Cf. el citado "Discours préliminaire" del *Essai*, vol. I, pp. 38-39: "la même Providence qui a produit l'éléphant, le rhinocéros et les nègres, a fait naître dans un autre monde des ornans [o mejor *ornac* u *ornal*, o sea *étans*, *alces*], des contours [que serán *kuntur*, o cóndores], des porcs qui ont le nombril sur le dos, et des hommes d'un caractère qui n'est pas le nôtre". La frase sobre los cerdos se atienda en la edición de L. Moland, París, 1877-85, vol. XI, p. 26 ("des animaux à qui on a cru longtemps le nombril dans le dos"), pero proviene directamente de Oviedo: "Estos puercos... tienen el ombligo en medio del espinazo" (*Sumario de la natural historia de las Indias*, 1526; ed. de J. Miranda, México, 1950, p. 152; cf. *Historia general y natural de las Indias*, 1535, libro XII, cap. 20; ed. cit., vol. I, p. 409). Cf. *infra*, p. 42, nota 37.

¿Por qué está semi-vacío el nuevo continente? Hay pocos habitantes, resume Voltaire, porque América "está cubierta de pantanos que hacen muy malsano el aire", porque la tierra produce "una cantidad prodigiosa de venenos" (tanto, que las flechas envenenadas con zumos de hierbas "hacen heridas siempre mortales"),³¹ e igualmente porque sus naturales eran poco industriosos y, en parte, son además estúpidos.

Resultado acumulativo de estas deficiencias: una extraordinaria escasez de alimentos, a causa de lo cual los animales por lo común están desnutridos, los carnívoros se han extinguido casi por completo y los hombres no pueden multiplicarse: "será cosa de asombrarse —concluye Voltaire— si en América se han encontrado más hombres que monos".³² Cuando Cándido y su fiel Cacambo, capturados por los Orejones, están a punto de ser echados en la olla, el siervo dice a los salvajes que tienen pleno derecho de comérselos: matar al prójimo es costumbre lícita y común en todo el mundo; "si nosotros no hacemos uso del derecho de comérselo, es porque tenemos maneras distintas de preparar buenos banquetes; pero vosotros no tenéis los mismos recursos que nosotros..."³³

La pobreza de alimentación en América tenía su sitio en el cuadro del continente inhóspito, avaro con sus propios hijos hasta el extremo de empujarlos al canibalismo, pobre de productos útiles cuanto rico de funestos metales. Y servía igualmente —respaldada como estaba en elementos de incontestable verdad³⁴— para agrandar el inquietante exotismo y la desagradable extrañeza del continente.

Pero entre todas las observaciones físicas sobre América, "la más singular, tal vez", le parece a Voltaire ésta: "que no se encuentra allí sino un solo pueblo dotado de barba..."³⁵ Esas naciones lampiñas fueron siempre fácilmente vencidas por los europeos, y nunca han intentado una rebelión: ³⁶ rasgos morales que están quizás en armonía con la falta del honroso apéndice capilar en la barbilla, pero que ciertamente no son es-

³¹ *Essai*, chap. 146: "[l'Amérique] est couverte de marécages qui rendent l'air très malsain...; [la terre produit] un nombre prodigieux de poisons". En Oviedo, "hierva" es por antonomasia la hierba venenosa con que los indios hacen más mortales sus flechas.

³² *Essai*, chap. 146, al final: "il faut s'étonner si on a trouvé dans l'Amérique plus d'hommes que de singes".

³³ *Candide*, XVI; ed. Pléiade, p. 181: "si nous n'usons pas du droit de le manger [le prochain], c'est que nous avons d'ailleurs de quoi faire bonne chère; mais vous n'avez pas les mêmes ressources que nous..." (cf. *infra*, p. 191). Otro escritor dirá (1787) que en América no había con qué alimentar a la mitad de los habitantes que se dice fueron muertos por los europeos (!) (cit. por Zavala, *América*, op. cit., p. 56).

³⁴ Todavía hoy, en muchas zonas no cerealícolas de la América meridional, el hombre es endémica. Véase, entre las obras más recientes, el libro de Josué de Castro, de título tan elocuente: *Geografía da fome. A fome no Brasil*, Rio de Janeiro, 1946 (sobre el cual, cf. *Annales, Économies, Sociétés, Civilisations*, III, 1948, pp. 495-500). Naturalmente, volveremos a encontrar el tema de la "escasez de alimentos" en De Pauw; la negarán, indignados, los apologistas de América, por ejemplo Clavigero (cf. *infra*, p. 192).

³⁵ Y son los esquimales: "Discours prélim.", *loc. cit.*, pp. 37-38; *Essai*, chap. 145-146. Pero tal vez ni siquiera los esquimales constituyan una excepción: véase el *Dictionnaire philosophique*, sub voce "Barbe", ed. Moland, vol. XVII, p. 550; *Des singularités de la nature*, chap. xxxvi, ed. cit., vol. XXVII, p. 185.

³⁶ *Essai*, chap. 145. Véase también Jean David, "Voltaire et les Indiens d'Amérique", *Modern Language Quarterly*, IX (1948), pp. 90-101.

tigmas de incurable inferioridad para un Voltaire, tan poco propenso a admirar a los héroes sanguinarios y a las plebes en tumulto.

En cuanto a la fauna, Voltaire se complace en subrayar los aspectos de "mundo al revés". En América no había perros ni gatos, ni muchos otros animales domésticos, de los más ordinarios. Bueyes sí los había, pero de un carácter monstruoso y feroz; tenían algo del búfalo y algo del camello. Y los puercos de México —por un capricho de la naturaleza que nos hace pensar en ciertas alcancías de barro— tenían el ombligo en el espinazo... Las cualidades morales y físicas están invertidas y trastornadas entre esas bestias de América. Los corderos son grandes y robustos, los leones "enclenques y miedosos".³⁷

A costa de esos pobres leones, mezquinos y cobardes, Voltaire se divierte con el mismo gusto con que disminuye a otros reyes (no de la selva) y a otros campeones (humanos) de la rapacidad y de la prepotencia. "México y el Perú tenían leones, pero pequeños y privados de melena; y, lo que es más singular, el león de esos climas era un animal miedoso".³⁸ Los hombres carecen de barba, el león carece de melena. "Sta senza chioma il fier leon".³⁹ La imagen volteriana de ese pobre felino calvo y pusilánime lo convierte casi en un extraño antepasado del Dragón Chiflado y del sentimental Ferdinand the Bull.

5. RAYNAL: LA AMÉRICA IMPÚBER Y LOS AMERICANOS DECRÉPITOS

Entre los secuaces, discípulos y continuadores de Voltaire, las tesis buffonianas adquieren mayor relieve. Pero se trata siempre de un relieve verbal —o díganos oratorio— y no de nuevos desarrollos especulativos. Ni Raynal ni Marmontel, por ejemplo, eran individuos que se plantearan tan densos y elevados problemas. La debilidad de América les sirve como expediente literario: para variaciones sensualistas al primero, para reivindicaciones humanitarias al segundo.

En ese prolijo fárrago que es la *Histoire philosophique et politique des établissements et du commerce des Européens dans les deux Indes* —título ampuloso, muy siglo XVII, para una obra que quiere ser la última palabra de la Razón explicada en su totalidad, pero que incluso por su método y por su estilo pertenece, de hecho, a la historiografía pre-volteriana—, no faltan las observaciones deformadas e incoherentes acerca de la decadencia de América. Las ovejas aclimatadas en México tienen mala la carne, y mala la leche y la lana.⁴⁰ El clima de Cartagena predis-

³⁷ "Discours préliminaire", *loc. cit.*, p. 38. Clavigero (*Storia antica del Messico*, ed. cit., vol. I, pp. 71-72) explica cómo nació el error de los "primeros historiadores de América" acerca de los puercos con ombligo en el espinazo: "e finora —añade— vi è chi crede così... Tanto difficile e lo svellere le opinioni popolari!"

³⁸ *Essai*, chap. 146: "Le Mexique, le Pérou avaient des lions, mais petits et privés de crinière; et ce qui est plus singulier, le lion de ces climats était un animal poltron". Eco casi literal de las palabras de Buffon (véase *supra*, p. 3). Sobre el crédito que Voltaire dio a De Pauw, véase *infra*, p. 137. De Pauw, en su *Défense* (ed. 1771, p. 17), transcribe íntegramente el pasaje de Voltaire citado *supra*, p. 41.

³⁹ Lorenzo Mascheroni, *Invito a Lesbia Cidonia* (1793), v. 413 (sobre el esqueleto de un león).

⁴⁰ Todos los animales domésticos llevados a México "dégénèrent très rapidement" por la incapacidad de los criadores de ganado (tesis no buffoniana: véase

pone a la degeneración.⁴¹ Pero el clima de Chile es bendito de la Naturaleza y, lejos de hacer degenerar a las especies, las perfecciona.⁴² Y si el europeo no degenera en América como los animales, es porque el hombre tiene más "moral".⁴³

Sólo hacia el final, en el noveno volumen de la edición que tenemos entre las manos, Raynal encara —o, mejor, recoge de Buffon— el problema fundamental de la naturaleza del Nuevo Continente. Después de exponernos no pocas brillantes simetrías y rebuscadas armonías y "balancements" y "correspondances" entre el Viejo y el Nuevo Mundo, el *philosophe* se encuentra de golpe en un aprieto. Al ver al Pacífico tan grande y al Atlántico tan chico, y el elusivo adelgazamiento de las tierras australes, y esa rareza de las cordilleras que van de Norte a Sur, en vez de seguir la dirección fundamental de Este a Oeste, como hacen todas las demás montañas de Tartaria y de Europa,⁴⁴ al ver tanta indisciplina y tanto desorden, Raynal se para en seco, con un mohín de despecho:

supra, pp. 4-5); pero todos, menos la oveja, recuperaron poco a poco lo perdido (tesis anti-buffoniana). Sólo la leche, la carne y la lana de esa desdichada oveja siguieron siendo "d'une qualité inférieure" (*op. cit.*, vol. III, p. 340).

⁴¹ *Op. cit.*, vol. IV, pp. 79-80.

⁴² En Chile, "aucun des fruits de l'Europe n'a dégéné. Plusieurs de ses animaux se sont perfectionnés... chevaux... La Nature a poussé plus loin ses faveurs": ha dado al país cobre y oro (*op. cit.*, vol. IV, p. 277). Ya lo había observado el padre Acosta (1590): "assí en los frutos de la tierra como en ingenios, es aquella tierra [de Chile] más allegada a la condición de Europa que otra de aquestas Indias" (*Historia natural y moral*, *op. cit.*, II, 4; ed. cit., p. 90). "...Es tierra de suyo fértil y fresca; lleva todo género de frutas de España. Dase vino y pan en abundancia; es copiosa de pastos y ganados; el temple sano y templado entre calor y frío; hay verano y invierno perfectamente" (*ibid.*, III, 24; ed. cit., p. 181); "...en el reino de Chile se haze vino como en España, porque es el mismo temple" (*ibid.*, IV, 32; ed. cit., p. 273). Véase la defensa del padre Molina, *infra*, pp. 193 ss.

⁴³ "Les Européens transplantés dans les îles d'Amérique auraient dû y dégénérer comme les animaux qu'on y faisait passer"; pero en cambio han resistido "parce qu'ils sont de tous les êtres ceux qui ont le plus de moral" (*op. cit.*, vol. VI, p. 167), —frase que nos hace dudar de que Raynal conociera el libro de De Pauw (publicado un par de años antes del suyo), el cual insiste, por el contrario, en la degeneración tanto de los indígenas como de los criollos (*Recherches philosophiques sur les Américains*, Berlin, 1768, vol. II, pp. 68-69 y 165). También H. W. Church ("Corneille de Pauw and the controversy over his *Recherches philosophiques sur les Américains*", *Publications of the Modern Language Association of America*, LI, 1936, pp. 192-193) se muestra dudoso en cuanto a la relación entre De Pauw y Raynal. En un violento ataque contra Raynal, el sobrino de De Pauw, Anacharsis Cloots, lo acusaba redondamente de plagio: "mon oncle de Pauw se frottait les mains en voyant des pages entières de son ouvrage sur les Américains incorporés sans guillemets par l'entrepreneur Raynal" (*Chronique de Paris*, 1790-1791, en G. Avenel, A. Cloots, Paris, 1865, vol. I, p. 274).

⁴⁴ La observación se remonta a Buffon, de quien vuelve a tomarla Kant (E. Adickes, *Kants Ansichten über Geschichte und Bau der Erde*, Tübingen, 1911, pp. 30-35) y quizá también Herder, el cual, después de admirar la justa dirección de las montañas de Asia, dice con atónito candor: "Comment donc se figurer que, dans l'autre hémisphère, elles s'étendent dans une direction opposée, dans le sens de la plus grande longueur? Et il en est cependant ainsi!" (*Idées sur la philosophie de l'histoire de l'humanité*, I, 7; trad. Tandel, Paris, 1874, vol. I, p. 61). Se trata evidentemente de residuos de un ideal de la Naturaleza como regularidad, como justa y templada proporción. Pero tampoco estas lucubraciones sobre tan llamativa singularidad del hemisferio occidental se han abandonado definitivamente: véase P. Deffontaine, "Meditaciones geográficas sobre América", *Estudios Americanos*, Sevilla, III (1951), pp. 315-327 (resumido en *Revista de Historia de América*, México, 1952, núm. 33, p. 264).

"El espíritu se detiene y ve, *entrüstecido*, cómo desaparece el plan de orden y de simetría con que había hermoñado su sistema de la tierra. El contemplador queda aún más *descontento* de sus sueños cuando se pone a considerar la excesiva altura de las montañas del Perú..." Esas cumbres desmesuradas, y los fríos enormes, y los pantanos, y la ausencia de arenas, y todo lo demás "son otras tantas señales de un mundo naciente".⁴⁵

Mundo naciente o recién nacido, mundo desierto y miserable. Como al pronunciar una fórmula mágica, desfilan, apenas escritas esas palabras, todas las tesis de Buffon, no citado por Raynal,⁴⁶ pero reconocible hasta en la sensual deploración del escaso vigor erótico de los americanos. "Este hemisferio en barbecho y despoblado —arremete Raynal— no puede anunciar sino un mundo reciente... Por eso en el Antiguo Continente vemos el doble de especies animales que en el Nuevo; animales considerablemente más corpulentos, en igualdad de especies; monstruos más feroces y sanguinarios, ¿quizá en razón de una mayor multiplicación de los hombres?" (éste parece ser uno de los flojos sarcasmos oratorios habituales en Raynal). "En cambio, ¡cuánto parece haber descuidado la naturaleza al Nuevo Mundo!" (¡Ah, esa naturaleza descuidada e indolente, como una criada desidiosa!):⁴⁷

Los hombres son menos fuertes, menos valerosos, sin barba y sin vello, degradados en todos los signos de la virilidad, débilmente dotados de ese sentimiento vivo y potente, de ese amor delicioso que es la fuente de todos los amores, que es el principio de todos los cariños, que es el primer instinto, el primer nudo de la sociedad, sin el cual los demás lazos facticios carecen de fuerza y de duración.⁴⁸

⁴⁵ *Histoire philosophique, op. cit.*, vol. IX, pp. 20-21: "l'esprit s'arrête et voit avec chagrin disparaître le plan d'ordonnance et de symétrie dont il avait embelli son système de la terre. Le contemplateur est encore plus mécontent de ses rêves quand il vient à considérer l'excessive hauteur des montagnes du Pérou..."; "...ce sont autant d'empreintes d'un monde naissant".

⁴⁶ La *Histoire philosophique* no tiene sino poquísimas citas, y ninguna nota. Pero Raynal estaba ciertamente familiarizado con Buffon. A propósito de la posibilidad de aclimatar la llama en los Alpes, escribe: "cette conjecture de Buffon, à qui nous devons tant de considérations utiles et profondes sur les animaux, est digne de l'attention des hommes d'État, que la philosophie doit éclairer dans toutes leurs démarches" (*op. cit.*, vol. IV, p. 161).

⁴⁷ "Cet hémisphère en friche et dépeuplé ne peut annoncer qu'un monde récent... Aussi voit-on dans l'Ancien Continent deux fois plus d'espèces d'animaux que dans le nouveau; des animaux considérablement plus gros, à égalité d'espèces; des monstres plus féroces et plus sanguinaires, à raison d'une plus grande multiplication des hommes? Combien, au contraire, la nature parait avoir négligé le Nouveau Monde!" Análogo reproche, pero en tono juguetón, echará en cara a la Naturaleza el moralista Emerson. ¿Por qué el americano es un ser tan apresurado e inmaduro? La respuesta es fácil: "Nature herself was in a hurry with these hastens and never finished one" (*Journals*, 27 de junio de 1847, ed. Boston-New York, 1909-14, vol. VII, p. 294). Pero ya a finales del siglo XVI, La Popelinière, abrazando con la mirada el ensanchamiento del mundo y la multiplicación de las técnicas, había escrito: "la Nature n'est pas si lasse de travailler" (H. Hauser, *op. cit.*, p. 54).

⁴⁸ "Les hommes y sont moins forts, moins courageux; sans barbe et sans poil; dégradés dans tous les signes de la virilité, faiblement doués de ce sentiment vif et puissant, de cet amour délicieux qui est la source de tous les amours, qui est le principe de tous les attachemens, qui est le premier instinct, le premier nœud de la société, sans lequel tous les autres liens factices n'ont point de ressort ni de durée".

La tirada no viene muy al caso, pero sirve para hacer detenerse al lector en las desdichadas condiciones amoratorias de esos pobrecillos americanos. Naturalmente, la situación de las mujeres es todavía peor: en vez de servir al placer de los machos, sirven a su pereza.⁴⁹ Trabajan para ellos. Pero, vuelve a la carga Raynal,

la indiferencia para con este sexo, al cual ha confiado la naturaleza el depósito de la reproducción, supone una imperfección en los órganos, una especie de infancia en los pueblos de América como la que vemos en los individuos de nuestro continente que no han llegado a la pubertad. Se trata, en el otro hemisferio, de un vicio radical, cuya novedad se revela en esa especie de impotencia.⁵⁰

América es impúber. No es joven, sino niña. La naturaleza se ha olvidado de hacerla crecer.

En otro lugar de la *Histoire*, enderezando la punta de su polémica antiamericana contra la colonización española y no contra el ambiente físico, Raynal ejecuta variaciones todavía más escabrosas sobre la voluntaria abstinencia de los indios y no ya sobre su impotencia congénita. Las crueldades de los españoles los pusieron en fuga, los hicieron feroces, e incluso "en algunas regiones... los hombres resolvieron unánimemente no tener ningún comercio con las mujeres".⁵¹ Resultado intencional, el que con tanta amargura preverá el Sansón de Alfred de Vigny: que,

...se jetant, de loin, un regard irrité,
les deux sexes mourront chacun de son côté.⁵²

Ahora bien, insiste Raynal sin sombra de ironía,

esta triste conjuración contra la naturaleza y contra el más dulce de sus placeres, el único acontecimiento de tal índole que nos ha transmitido la historia,⁵³ parece haber quedado reservado a la época del descubrimiento

⁴⁹ Esta tesis ha sido refrescada y desarrollada por Hahn y otros etnólogos, que atribuyen a la mujer una función progresista, por lo menos en las primeras fases de la agricultura ("hoe-culture", opuesta a la "plough-culture", propia del hombre). "Women invented work, for early man was an idler", resume Lowie (*The history of ethnological theory*, New York, 1937, p. 114). En los científicos del siglo XIX falta el juicio de reprobación: *idler* es simplemente el "ocioso"; no el "perezo" de que habla Raynal. Y falta asimismo la antítesis erótica del "placer de los machos" como destino propio de las hembras. Para el ilustrado Raynal, la pereza era un vicio, pero la lujuria no.

⁵⁰ *Histoire, op. cit.*, vol. IX, p. 23: "l'indifférence pour ce sexe, auquel la nature a confié le dépôt de la reproduction, suppose une imperfection dans les organes, une sorte d'enfance dans les peuples de l'Amérique comme dans les individus de notre continent qui n'ont pas atteint l'âge de la puberté. C'est un vice radical dans l'autre hémisphère dont la nouveauté se décèle par cette sorte d'impotence". Un acruaz tardío de Raynal, Dillon, en sus *Beautés de l'histoire du Mexique* (Paris, 1822), llegará a explicar con la frialdad amoratoria de los aztecas, y la consiguiente preferencia de doña Marina y de otras mexicanas por los gallardos españoles, la caída del imperio de Moctezuma... (recordado por S. Zavala, *América en el espíritu francés, op. cit.*, p. 271).

⁵¹ "dans quelques cantons... les hommes résolurent unanimement de n'avoir aucun commerce avec les femmes".

⁵² ["...echándose, desde lejos, una mirada irritada, / morirán los dos sexos, cada uno de su lado"].

⁵³ No precisamente único, podríamos observar. Para ilustrar los sufrimientos de

del Nuevo Mundo para caracterizar por siempre la tiranía española... Así la tierra se vio doblemente mancillada, con la sangre de los padres y con el germen de los hijos.⁵⁴

(Antítesis forzada: se trataba sin duda del "germen de los padres").

Pero esa tierra tan ensuciada estaba ya sucia por sí. El acento de Raynal vuelve a recaer continuamente sobre la desdichadísima naturaleza física de América. Ninguna catástrofe le fue ahorrada. Es claro que el continente fue devastado y no se ha repuesto aún:

Todo da indicios de una enfermedad de la cual se resiente todavía la raza humana. La ruina de este mundo está grabada todavía en la frente de sus habitantes. Es una especie de hombres degradada y degenerada en su constitución física, en su estatura, en su género de vida, en su ingenio poco avanzado para todas las artes de la civilización.⁵⁵

A distancia de dos páginas, los impúberes resultan decrepitos. Los chiquillos son degenerados. Y la culpa de todo, como de costumbre, la tiene la humedad.

Pero la humedad era prueba de un mundo joven, no de un mundo decrepito. Raynal se salva de la contradicción diciendo que América no es joven, sino "renacida", esto es, extraordinariamente joven y extraordinariamente vieja, y aun muerta, a un mismo tiempo. "La imperfección de la naturaleza en América no prueba, pues, la novedad de este hemisferio, sino su renacimiento. Debíó haber sido poblada, sin duda, al mismo tiempo que el antiguo; pero pudo haber quedado inundada más tarde".⁵⁶ Los pueblos americanos son antiguos —desde luego, bastante más que los tres o cuatro siglos de las dinastías incaicas o aztecas—, pero no tan antiguos como los pueblos del viejo continente.⁵⁷

Tras lo cual emprende Raynal el vuelo para una de sus digresiones, disertando copiosamente sobre quién sea más feliz, el salvaje o el hom-

los hebreos oprimidos en Egipto, las tradicionales *Haggadot* tienen una ingenua xilografía que muestra muy bien a "Los israelitas que se abstienen de la cohabitación, para que sus hijos no sean arrojados luego al Nilo".

⁵⁴ *Histoire*, op. cit., vol. IV, p. 341: "cette triste conjuration contre la nature et contre le plus doux de ses plaisirs, l'unique événement de cette espèce que l'histoire nous ait transmis, semble avoir été réservé à l'époque de la découverte du Nouveau Monde pour caractériser à jamais la tyrannie espagnole... Ainsi la terre fut doublement souillée, du sang des pères, et du germe des enfants".

⁵⁵ *Histoire*, vol. IX, p. 25: "Tout retrace une maladie dont la race humaine se ressent encore. La ruine de ce monde est encore empreinte sur le front de ses habitants. C'est une espèce d'hommes dégradée et dégénérée dans sa constitution physique, dans sa taille, dans son genre de vie, dans son esprit peu avancé pour tous les arts de la civilisation".

⁵⁶ *Ibid.*: "L'imperfection de la nature en Amérique ne prouve donc pas la nouveauté de cet hémisphère, mais sa renaissance. Il a dû sans doute être peuplé dans le même temps que l'ancien; mais il a pu être submergé plus tard". La idea de un diluvio pequeño, particular para América, se encontraba ya en Bacon (véase *infra*, pp. 56-58). La teoría de la "humedad", de la reciente emersión del continente y de la debilidad del hombre vuelve a aparecer en el vol. X, p. 298. La superposición de la tesis de la "degeneración" a la de la "impubertad" parecería inspirada en De Pauw (véase *infra*, pp. 50 ss.); otro eco de De Pauw podría advertirse en las páginas en que, al son del estribillo "il faut reléguer au nombre des fables...", se reducen las decantadas magnificencias incaicas a unas cuantas ruinas del Cuzco, Quito, Pachacámac y Las Capillas (*ibid.*, vol. IV, pp. 44-48; cf. *infra*, pp. 53-54).

⁵⁷ *Op. cit.*, vol. IX, pp. 26-27.

bre civilizado, y concluyendo, cosa extraña, en favor del salvaje.⁵⁸ de ese mismo salvaje a quien ha negado el supremo placer del amor, fuente de todos los demás afectos y deleites.

6. MARMONTEL: DEFENSA DE LOS MISERABLES Y DÉBILES AMERICANOS

Más decidido en sus afirmaciones, y más coherente en su apología, el volteriano Marmontel emprendía mientras tanto la defensa, no de los felices y libres salvajes, sino de los infelicitísimos americanos oprimidos, de los desventurados indios. Se ve obligado a confesar, es cierto, que "en general eran débiles de espíritu y de cuerpo",⁵⁹ pero añade que no carecían de cierto instintivo valor. En nota cita a Buffon, pero, si reflexionamos que éste se había ocupado sobre todo de la inferioridad de los animales, no de los hombres de América —y entre estos últimos, si acaso de los salvajes, y no de los súbditos de los Incas, con quienes tan encariñado se muestra el bueno de Marmontel—, nos viene la sospecha de que, más que contra Buffon, la frase va enderezada contra De Pauw.

Les Incas —obra en que se funden o, mejor dicho, se mezclan el ideal de la tolerancia, la patética reivindicación de lo primitivo, el gusto de lo exótico, una lacrimosa apoteosis de los vencidos y sojuzgados y una teatral transfiguración del Héroe, de aquel noble y generoso guerrero, Pizarro, que queda consternado y espantado y "sajsi de terreur et de compassion" cuando asiste por casualidad a un auto de fe— salieron a la luz en 1777, pero, comenzados diez años antes,⁶⁰ habían quedado concluidos presumiblemente ya en 1770.⁶¹ El mismo De Pauw sabía, mientras escribía sus *Recherches*, que Marmontel estaba preparando "una obra sobre las crueldades de los españoles",⁶² lo cual le permitía ser breve sobre ese particular.

Nosotros, por nuestra parte, seremos brevísimos, una vez mencionada la novela de Marmontel, sobre la copiosa literatura del mismo género. Si bien esta literatura saca a veces algún partido de la polémica en torno a América, sus lamentaciones por la triste suerte política de los indígenas y sus acusaciones contra las crueldades de los europeos pertenecen propiamente a las grandes corrientes polémicas del siglo: a la de Rousseau cuando insisten en la perdida felicidad de los aborígenes (*locus classicus*: *Nouvelle Héloïse*, IV, 3), a la de los enciclopedistas cuando denuncian, en cambio, el fanatismo de sus conquistadores (*locus classicus*: la misma dedicatoria de los *Incas*, o Condorcet, *Esquisse*, VIII). No se pueden vincular necesariamente con las escandalosas *Recherches* de De Pauw, en las cuales todos los americanos, y sólo los americanos, son juzgados —como decía Marmontel— extremadamente "débiles de espíritu y de cuerpo".

⁵⁸ *Ibid.*, p. 34. Los juicios de Raynal sobre los americanos se resumen y comentan también en L. Villard, *La France et les États-Unis, Échanges et rencontres (1524-1800)*, Lyon, 1952, pp. 320-323.

⁵⁹ Marmontel, *Les Incas*, ed. cit., vol. I, p. xxiii.

⁶⁰ Marmontel, *Mémoires*, ed. Tourneux, Paris, 1891, vol. II, pp. 289, 295.

⁶¹ *Ibid.*, vol. II, p. 340.

⁶² *Recherches*, op. cit., vol. II, pp. 271-272.

III. DE PAUW: LA INFERIORIDAD DEL HOMBRE AMERICANO

1. FE EN EL PROGRESO Y EN LA SOCIEDAD

DE HECHO, después de Buffon, la denigración de toda la naturaleza americana había llegado rápidamente a un insuperable extremo con las *Recherches philosophiques sur les Américains, ou Mémoires intéressants pour servir à l'histoire de l'espèce humaine*, de Mr. de P. (el abate Corneille de Pauw).¹ La obra está fechada en Berlín, en 1768: lugar y año del más glorioso y triunfante enciclopedismo. El contenido no desdice de la portada. De Pauw es un típico enciclopedista, no tanto por sus frecuentes ataques contra la religión y contra los jesuitas,² ni tampoco por la completa falta de pudor y el detallismo, que hoy se calificaría de "freudiano", de sus copiosas noticias acerca de peculiaridades y aberraciones sexuales, sino porque reúne en forma ejemplar y típica la más firme y cándida fe en el Progreso con una completa falta de fe en la bondad natural del hombre.

Si creyera en la bondad de la Naturaleza, sería un rousseauiano y, *more marmonteliano*, podría adaptar fácilmente la tesis de Buffon a los americanos, hombres imperfectos y relativamente débiles, a semejanza de los animales de su continente, pero amables e "interesantes" a causa de esa misma debilidad. No es así, sin embargo. En contra de Rousseau (a quien recuerda apenas una vez, incidentalmente, y para criticarlo),³ De Pauw piensa que el hombre sólo se perfecciona en sociedad, y que el hombre por sí, en el estado de naturaleza, es un bruto incapaz de progreso. A propósito del prototipo dieciochesco del hombre solo, de Alexander Selkirk, inspirador del *Robinson Crusoe*, nuestro abate Corneille de Pauw sentencia:

Así, pues, el hombre no es nada por sí solo: cuanto es, se lo debe a la sociedad. El más grande metafísico, el más grande filósofo, abando-

¹ Su ascendencia es estudiada y su grisácea biografía resumida por Gisbert Beyerhaus, "Abbé de Pauw und Friedrich der Grosse, eine Abrechnung mit Voltaire", *Historische Zeitschrift*, CXXXIV (1926), pp. 465-493, y por Henry Ward Church, "Corneille de Pauw and the controversy over his *Recherches philosophiques sur les Américains*", *Publications of the Modern Language Association of America*, vol. LI (1936), pp. 178-206. Delisle de Sales lo declara "alsaciano", y aun "de Estrasburgo" (*Histoire philosophique du monde primitif*, Paris, 1793-95, vol. VI, pp. 20-22); el 26 de agosto de 1792 se le concedía la ciudadanía honoraria francesa, como a Bentham, Klopstock, Schiller y a los padres fundadores de los Estados Unidos (A. Mathiez, *La Révolution et les étrangers*, Paris, 1918, pp. 75-76); y en 1811 Napoleón mandaba erigir en Xanten un obelisco en memoria suya (Beyerhaus, art. cit., p. 469).

² "Les Jésuites, jamais véridiques" (*op. cit.*, vol. I, p. 61); "leur entière expulsion... regardée, dans le Pérou, comme un coup de la Providence" (*op. cit.*, vol. II, p. 356), etc.; cf. también la *Défense*, ed. de 1771, p. 36.

³ *Recherches*, *op. cit.*, vol. II, pp. 63-64, a propósito del orangután. L. Baudin, *L'empire socialiste des Inka*, Paris, 1928, p. 19, ve en De Pauw la antítesis completa de Rousseau, pero lo considera sólo un cultivador de la paradoja: De Pauw, "prêtre philosophique, admiré par Voltaire, s'amuse... à prendre le contre-pied de Rousseau en dénigrant systématiquement les Américains".

nado durante diez años en la isla Fernández, regresaría de ella embrutecido, mudo, imbecil, sin reconocer nada en toda la naturaleza.⁴

2. LOS AMERICANOS SON DEGENERADOS

Ya se entrevé cuál será la actitud de De Pauw frente a los salvajes de América: bestias, o poco más que bestias, que "odian las leyes de la sociedad y los frenos de la educación", viven cada uno por su cuenta, sin ayudarse los unos a los otros, en un estado de indolencia, de inercia, de completo envilecimiento. El salvaje no sabe que tiene que sacrificar una parte de su libertad para cultivar su genio, "y sin esta cultura no es nada".⁵

De Pauw es, evidentemente, mucho más radical que Buffon. Buffon se había esforzado por dejar al hombre fuera de su tesis, y había hecho de él, en el peor de los casos, un animalazo frío e inerte, reciente e inexperto. Para De Pauw, en cambio, el americano no es siquiera un animal inmaduro, no es un niño crecido: es un degenerado. La naturaleza del hemisferio occidental no es imperfecta: es una naturaleza caída y decadente. Buffon, escribe De Pauw, es el único naturalista "que ha llegado a sostener que la materia no se organizó hasta fecha muy reciente en el Nuevo Mundo, y que la organización no ha terminado aún en nuestros días".⁶

Si Buffon hubiera aplicado aquella "extraña hipótesis" suya no sólo a las plantas y a los animales, sino también al hombre (el cual, según él, no es autóctono, ni por lo tanto inmaduro), el minúsculo doctor Mateo Maty —observa irónicamente De Pauw— habría tenido alguna razón para atacarlo, como hizo fundándose en la pretendida existencia de gigantes patagones ("se han visto y manejado varios centenares de ellos") y concluyendo alusivamente: "el suelo de América puede, pues, producir colosos, y su poder generador no está en la infancia".⁷

⁴ *Op. cit.*, vol. I, p. 302: "l'homme n'est donc rien par lui-même: il doit ce qu'il est à la société: le plus grand Métaphysicien, le plus grand philosophe, abandonné pendant dix ans dans l'isle de Fernandez, en reviendrait abruti, muet, imbecille, et ne connaîtrait rien dans la nature entière". En consecuencia, Defoe ha echado a perder su tema: hubiera podido sacar de él "une production plus achevée" (*ibid.*, p. 303). Sobre los presupuestos historiográficos de De Pauw, en relación con las ideas de Montesquieu, Voltaire, Rousseau, etc., véase Beyerhaus, art. cit., pp. 470-473.

⁵ *Ibid.*, vol. II, p. 207: "...et sans cette culture il n'est rien"; y también: "il est seul au monde, et ignore qu'on peut être bienfaisant, charitable, et généreux".

⁶ De Pauw, *op. cit.*, vol. I, p. 307: "[Buffon est le seul] qui ait jamais soutenu que la matière ne s'est organisée que depuis peu au nouveau monde, et que l'organisation ne s'y est point encore achevée de nos jours". También va apuntado directamente contra Buffon el reproche "aux Naturalistes modernes d'avoir montré trop de prédilection pour le style pompeux et maniéré".

⁷ *Ibid.*: "le terroir de l'Amérique peut donc produire des colosses, et la puissance génératrice n'y est point dans l'enfance". Maty, de familia hugonota provenzal, nació en Holanda en 1718 y, después de publicar durante varios años (1750-1757) el *Journal Britannique*, recordado por De Pauw (*op. cit.*, vol. I, p. 306), murió en 1776 siendo bibliotecario del British Museum. Su pequeña estatura era proverbial. El doctor Johnson, que le profesaba bastante antipatía, lo llamaba un "litle black dog" y quería echarlo al Támesis. Su paradójica fe en los gigantes se fundaba en la relación (publicada en Londres en 1766) del viaje que el comodoro Byron había hecho a la Tierra del Fuego. También Diderot, en su *Supplément au voyage de Bougainville* (1771), en el cual se encuentran otros ecos depauwianos (ed. Pléiade,

Pero en realidad uno y otro están equivocados. Nadie ha dicho nunca que los hombres de América sean más pequeños que los de la culta Europa. Pero tampoco son gigantes. Lo que les pasa, como a tantas otras especies animales indígenas, es que han degenerado en un clima tan hostil para la sociedad y para el género humano: "indudablemente, la totalidad de la especie humana está debilitada y degenerada en el nuevo continente".⁸ Buffon es un naturalista muy ingenioso, "y a veces más ingenioso que la misma Naturaleza".⁹ ¿Cómo seguirlo cuando nos quiere persuadir de que en Europa somos viejos, y de que en cambio la humanidad en América está fresca, reciente, en agraz?

Verdad es que la diferencia de los dos hemisferios es "total, todo lo grande que podía serlo o que cabría imaginarlo". Y es un hecho, asimismo, que resulta difícil explicarse "tan asombrosa disparidad entre las dos partes constituyentes de un mismo globo". "Nada hay más sorprendente". Pero pretender que en el Nuevo Mundo también la raza humana sea "moderna", es una "suposición insostenible". ¿Por qué había de quedar desierta América desde el instante de la creación hasta hace apenas unos pocos siglos? ¿Acaso la naturaleza fue tan impotente que no llegó a terminar su obra?¹⁰

La "impotencia de la Naturaleza" se esgrime aquí como argumento de *demonstratio ad absurdum* contra la tesis de la *inmadurez* del continente. Hegel acabará por acogerla como explicación válida.¹¹

En todo su libro, implícita y explícitamente polémico contra los relatos de los misioneros y de los admiradores del buen salvaje, repite De Pauw hasta el fastidio que la naturaleza es en América débil y corrompida, que es débil por estar corrompida, que es inferior por estar degenerada. Sólo los insectos, las serpientes, los bichos nocivos han prosperado y son más grandes y gordos y temibles y numerosos que en el viejo continente. Pero todos los cuadrúpedos —los pocos que allí se encuentran— son más pequeños, exactamente "una sexta parte más pequeños que sus análogos del antiguo continente", y tienen una "talla poco elegante", y tan "mal torneada", que quienes los dibujaron por primera vez se vieron en aprietos para representarlos (como un pintor retratista, si el modelo es infeliz...). Hasta los grandes reptiles se han hecho flojos y bastardos: "los caimanes y los cocodrilos americanos no tienen la impetuosidad ni el furor de los de África".¹²

pp. 756-757), satiriza a Maty y a sus famosos patagones, negando que su estatura fuese de más de cinco pies y cinco o seis pulgadas. Grandes alabanzas a Maty en los *Mémoires* de Brissot (Bruxelles, 1830, vol. III, pp. 58-61).

⁸ *Ibid.*: "la totalité de l'espèce humaine est indubitablement affaiblie et dégénérée au nouveau continent".

⁹ *Ibid.*: "...[très ingénieux], et quelques fois plus ingénieux que la Nature elle-même". Cf. vol. I, p. 197.

¹⁰ *Recherches*, vol. I, pp. 95-96; *Défense*, ed. 1771, p. 64: "...[une différence] totale, aussi grande qu'elle pouvait l'être, ou qu'on puisse l'imaginer...; une si étonnante disparité entre les deux parties constituantes d'un même globe... Rien n'est plus surprenant". "La nature aurait-elle été assez impuissante pour n'achever son ouvrage?"

¹¹ Véase el excursus sobre "La impotencia de la Naturaleza", *infra*, pp. 539-544.

¹² De Pauw, *op. cit.*, vol. I, pp. 4-12 et *passim*: "...plus petits d'un sixième que leurs analogues de l'ancien continent...; taille peu élégante...; mal tournée"; "les Caimans et les Crocodiles Américains n'ont ni l'impétuosité ni la fureur de ceux de l'Afrique".

Si hubiera una melancolía más solemne y menos afán polémico y escandaloso en esta visión de decadencia senil, se podría recordar con pleno derecho a Lucrecio:

*Iamque adeo fracta est aetas, effetaque tellus
uix animalia parua creat quae cuncta creatit
saecula deditque ferarum ingentia corpora partu.*¹³

Pero De Pauw no se duele. Contempla los míseros animales de América con la altivez de un gran domador, con la perfecta gravedad de un abate-filósofo prusiano. La atónita sorpresa de Buffon no es ya estímulo para la indagación científica: se convierte en asunto de diatriba que embiste y arroja a toda la humanidad americana.

En realidad, la suerte de esos hombres es peor que la de los animales. Son tan enclenques, que "el menos vigoroso de los europeos los derribaba sin trabajo en la lucha";¹⁴ tienen menos sensibilidad, menos humanidad, menos gusto y menos instinto, menos corazón y menos inteligencia, menos todo, en una palabra. Son como chiquillos encanijados, incurablemente perezosos e incapaces del menor progreso mental.¹⁵

Sin embargo, no por ello tenían derecho los europeos a maltratarlos como lo han hecho y como lo siguen haciendo. Su superioridad está fuera de discusión. Pero han abusado de ella: "los pueblos lejanos tienen ya bastantes motivos de queja contra Europa". Por lo tanto, déjense los europeos de meditar nuevas conquistas, de organizar expediciones científicas a tierras que, para fortuna suya, son todavía desconocidas: "no asesinemos a los papúes para saber en el termómetro de Réaumur el clima de la Nueva Guinea".¹⁶

En la polémica del enciclopedista entusiasta por el progreso y hostil a los primitivos confluye así la polémica del humanitarista que tiene horror por las guerras y desenmascara sus hipócritas pretextos. No iban de acuerdo las dos tesis —ni tampoco podían conciliarse en los límites de la filosofía de las luces—, pero concurrían en De Pauw para deprimir las condiciones de los americanos, impotentes y apaleados bajo las maldiciones conjuntas de la naturaleza y de la historia.

¹³ *De rerum natura*, II, 1150-1152. ["Ya está quebrantada ahora nuestra época, y la tierra, cansada de engendrar, apenas tiene fuerzas para crear animales pequeños, ella que creó todas las especies y parió los cuerpos enormes de las fieras"]. Un eco de la tesis lucreciana se escucha en Plinio, el cual, según San Agustín (*De civitate Dei*, XV, 9), "quanto magis magisque praeterit saeculi excursus, minora corpora naturam ferre testatur". Naturalmente, De Pauw estaba familiarizado con Plinio y con San Agustín; y el epígrafe de las *Recherches* ("studio disposta fidei") proviene de Lucrecio.

¹⁴ De Pauw, *op. cit.*, vol. I, p. 35: "le moins vigoureux des Européens les terrassait sans peine à la lutte".

¹⁵ *Ibid.*, vol. I, pp. 35, 221; vol. II, pp. 102, 153-154 *et passim*.

¹⁶ "Discours préliminaire": "les peuples lointains n'ont déjà que trop à se plaindre de l'Europe..."; "ne massacrons pas les Papous, pour connaître au Thermomètre de Réaumur, le climat de la Nouvelle-Guinée". Son fáciles de reconocer los ecos volterianos. Las supersticiones religiosas de los americanos demuestran "que malgré la diversité des climats l'imbécillité de l'esprit humain a été constante et immuable". Asimismo, la advertencia que se hace al europeo "de laisser les Terres Australes en repos, et de mieux cultiver les siennes", es un eco de la moraleja final del *Candide*: dejar las aventuras y las metafísicas para "cultiver notre jardin".

3. EXAGERACIONES ANTIAMERICANAS

En su furor antiamericano, De Pauw no sólo se confunde algunas veces, y (como se ha visto poco antes) tan pronto califica a los americanos de "niños" como de "viejos" (niños incorregibles, eso sí, y viejos precoces), sino que además exagera y delira, como ya habían delirado, en sentido contrario, los cronistas y relatores de prodigios y maravillas, y como deliraban los enternecidos admiradores del buen salvaje. De Pauw generaliza impertérritamente y afirma, muy serio, que en el clima americano muchos animales pierden la cola, que los perros no saben ya ladrar, que la carne de vaca se hace estoposa y que los genitales del camello dejan de funcionar.¹⁷ Explica que los peruanos son como estos camellos, puesto que son impúberes ("es la muestra de su degeneración, como ocurre con los eunuocos").¹⁸ Nos habla de salvajes que tienen el cráneo piramidal o cónico, y de americanos del Marañón cuya cabeza es "cúbica o cuadrada",¹⁹ —lo cual será, ciertamente, "el colmo de la extravagancia humana", pero se ha visto sin embargo en cierta pintura del siglo XX, de lo más parisino, y es por lo demás una costumbre bastante difundida y bien conocida de los antropólogos.²⁰ Y, en polémica con el Inca Garcilaso,

¹⁷ *Recherches*, vol. I, pp. 12-13: se llevaron camellos al Perú, pero "le froid déranger leurs organes destinés à la reproduction". La fuente de De Pauw puede ser el padre Acosta, quien refiere haber visto en el Perú algunos camellos llevados de las Canarias "y multiplicados allá, pero cortamente" (*Historia natural y moral*, IV, 33; ed. cit., p. 277), o bien el Inca Garcilaso, *Comentarios reales*, IX, 18 (ed. Rosenblat, vol. II, p. 257). Pero el padre Cobo, desconocido por De Pauw (puesto que su obra no se editó hasta fines del siglo XIX), explica mejor cómo sucedieron las cosas: "los primeros Camellos que aquí llegaron hicieron casta y se multiplicaron mucho", pero luego fueron descuidados, y cuando se trató de evitar su extinción, procurando recoger todos los supervivientes, sólo se encontraron dos, y estos dos eran hembras... La última de las desdichadas camellas se extinguió en Lima en 1615, "con que se acabaron los Camellos en este reino, habiendo durado en él más de sesenta años" (Padre Bernabé Cobo, *Historia del Nuevo Mundo* [escrita en 1653], Sevilla, 1890-93, vol. II, pp. 442-443). Sobre los camellos transportados al Perú, véase también F. J. de Caldas, *Semanario de la Nueva Granada*, París, 1849, p. 539 nota, y C. A. Romero, "El camello en el Perú", *Revista Histórica*, Lima, X (1936), pp. 364-372. Un camello en un paisaje brasileño figura en un tapiz de los Gobelinos, hecho en 1740-41. En realidad, los camellos llevados a América fueron criados en la tibia costa desértica del Pacífico, es decir, en condiciones ambientales no muy diversas de las de su país de origen. En cambio, es un hecho conocido la esterilidad de ciertas variedades animales que se quiso aclimatar en la "puna", la de ciertos cruces de auquénidos y de ovinos, etc.

¹⁸ *Recherches*, vol. I, pp. 144-145: "c'est le caractère de leur dégénération comme dans les Eunuques". Pero en este caso la desgracia parece debida a la "bárbara" opresión de los españoles: "la tyrannie y a influé jusque sur le tempérament physique des Esclaves" (cf. Raynal, *supra*, pp. 45-46).

¹⁹ *Ibid.*, vol. I, pp. 146-147. También Delisle de Sales condena a las tribus americanas que deforman el cráneo de los recién nacidos para darles "la forme bizarre d'un cylindre" (*De la philosophie de la Nature*, ed. cit., vol. IV, pp. xxx-xxxi; vol. VI, pp. 60-64); y Forster, que había leído a De Pauw, recuerda que "on the continent of America there are many instances of nations who disfigure their heads to make them resemble the sun, the moon or some other object" (*A voyage round the world*, London, 1777, vol. II, p. 229).

²⁰ Un piel roja del valle del río Columbia replicaba a quienes le preguntaban la razón de tales "aberraciones": "Y vuestras mujeres, ¿por qué se hacen el talle de avispa?" (H. Wish, *Society and thought in early America*, New York, 1950, pp. 362-363). Sobre ciertas deformaciones craneanas en el París del siglo XVII véase, además, Reginald Reynolds, *Beds*, London, 1952, p. 46.

niega *todo* lo que éste refiere de los Incas, y nos describe en cambio aquella famosa ciudad del Cuzco como "un amontonamiento de casuchas, sin tragaluces ni ventanas", todas ellas demolidas, naturalmente, por los españoles, de manera que "lo único que ha quedado es una pared".²¹ En una de esas casuchas del Cuzco había una especie de universidad (los "amautas"), "donde ciertos ignorantes titulados, que no sabían leer ni escribir, enseñaban Filosofía a otros ignorantes que no sabían hablar".²² Hasta el hierro, el poco de hierro que se encuentra en América, se echa a perder; es "infinitamente inferior al de nuestro continente, de suerte que ni clavos se pueden fabricar".²³

Así, pues, tenemos que concluir con él en forma algo risueña —aunque incompatible con la consternación que quisiera inspirarnos— que "es sin duda un espectáculo grande y terrible el ver a una mitad de este globo tan castigada por la naturaleza, que en ella todo era o degenerado o monstruoso".²⁴

4. CAUSAS DE LA CATÁSTROFE

Pero ¿cómo han sucedido todas estas calamidades? De Pauw es siempre ambiguo. Habla a veces de clima, o sea de factores naturales constantes, pero con prudentes reservas,²⁵ y con mucha mayor frecuencia prefiere recurrir a catástrofes, a inundaciones y a otros azotes desusados. Le parece que la hipótesis de un diluvio explica "la mayor parte de las causas que viciaron y depravaron el temperamento de los habitantes" de América en forma más satisfactoria que "la hipótesis de Monsieur du Buffon, quien supone que la naturaleza, hallándose en América todavía en la adolescencia, no había organizado y vivificado los seres sino desde poco tiempo antes".²⁶ Y en otros lugares alude oscuramente a "catástrofes físicas", a "espantosos terremotos", a "inundaciones considerables",²⁷ a "una combustión general y espantosas vicisitudes"²⁸ que cons-

²¹ *Recherches*, vol. II, pp. 178-179: "...un amas de petites cabanes, sans lucarnes et sans fenêtrés"; "...il y subsiste seulement un pan de muraille".

²² *Ibid.*, vol. II, p. 185: "...où des ignorants titrés, qui ne savaient ni lire ni écrire, enseignoient la Philosophie à d'autres ignorants, qui ne savaient pas parler". Contra esta apasionada parcialidad, a la cual, como hemos visto, se adhirió Raynal (cf. *supra*, p. 46, nota 55), reaccionó, entre otros, Buffon: "je ne prendrai la peine de citer ici que les monuments des Mexicains et des Péruviens, dont il [De Pauw] nie l'existence, et dont néanmoins les vestiges existent encore et démontrent la grandeur et le génie de ces peuples, qu'il traite comme des êtres stupides, dégénérés de l'espèce humaine, tant pour le corps que pour l'entendement" (*Oeuvres complètes*, ed. cit., vol. XII, p. 436; véase también *infra*, pp. 139-140).

²³ *Recherches*, vol. II, p. 182: "[Le fer] est infiniment inférieur à celui de notre continent, de sorte qu'on n'en saurait fabriquer des clous" (cf. *infra*, p. 294). El padre Acosta había contado que, por efecto de ciertos vientos corrosivos (o, más verosímelmente, de la herrumbre), el hierro "se desmenuzaba como si fuera heno o paja seca" (*Historia natural y moral*, III, 9; ed. cit., p. 141).

²⁴ "Discours préliminaire", sin paginación (primera página): "c'est sans doute, un spectacle grand et terrible de voir une moitié de ce globe, tellement disgracié par la nature, que tout y était ou dégénéré, ou monstrueux".

²⁵ Cf., por ejemplo, *Recherches*, vol. II, pp. 84-85.

²⁶ *Recherches*, vol. I, p. 23: "[l'hypothèse d'un déluge explique] la plupart des causes qui y [dans l'Amérique] avaient vicié et dépravé le tempérament des habitants"; "...l'hypothèse de Mr. de Buffon, qui suppose que la nature, encore dans l'adolescence en Amérique, n'y avait organisé et vivifié les êtres que depuis peu".

²⁷ *Ibid.*, vol. I, pp. 101-102, 105-106.

²⁸ *Ibid.*, vol. II, p. 177.

tituyen "las mayores dificultades y, al mismo tiempo, los puntos más interesantes de la física del globo y de la historia de los seres".²⁹

Parece recoger aquí un eco de las conjeturas filosóficas de su contemporáneo Bonnet³⁰ y al mismo tiempo cierta sugestión anticipada de hipótesis más tardías —como las "catástrofes" de Cuvier, o incluso las "variaciones bruscas" de De Vries—, lo cual protege del ridículo al apasionado De Pauw y lo cubre con la grave autoridad de esos sabios. Su teoría misma de un diluvio americano que "historiciza", por así decir, la visión buffoniana del continente en descomposición, puede verse respaldada por algún ilustre predecesor.

Dejemos también a un lado a Boulanger. Es cierto que De Pauw había leído con detención sus *Recherches sur le despotisme oriental* (1761) y aun su obra principal, *L'Antiquité dévoilée* (1766), que considera el recuerdo y el terror del diluvio como el origen de las creencias religiosas de la humanidad.³¹ Boulanger califica grandiosamente esa catástrofe de "revolución de la naturaleza", de trastorno completo del cielo, el mar y la tierra, de espantosa enfermedad de todo lo creado. En los salvajes en general reconoce a los descendientes de las hordas que se salvaron del diluvio, sacudidos hasta el punto de caer en una melancólica atonía, incapaces de ningún progreso; y a los americanos en particular los pinta oprimidos por la miseria y por la superstición, encerrados en una insípida "edad de oro".³²

Pero su diluvio es bíblico y universal: bajo él ha quedado sumergido el mundo, no sólo el hemisferio americano. La posibilidad de alguna sugestión (quizá a través del mismo Buffon, acusado de haber plagiado a Boulanger)³³ subsiste ciertamente, pero en todo caso permanece en un plano secundario. Vale más la pena observar que esta tentativa de explicar la degradación física de las Américas mediante un (¿segundo?) diluvio que les tocó sólo a ellas, si por un lado se vincula con las disquisiciones de los Padres de la Iglesia y de comentaristas más tardíos, preocupados con las dificultades que presenta la historia bíblica del diluvio

²⁹ *Ibid.*, vol. I, pp. 312, 317: "...les plus grandes difficultés, et en même temps, les points les plus intéressants de la physique du globe et de l'histoire des êtres". También en otra de sus obras, las *Recherches philosophiques sur les Egyptiens et les Chinois* (Amsterdam-Leiden, 1773), De Pauw escribe misteriosamente: "Je crois, et j'entrevois même qu'il s'est passé sur notre Globe des événements très singuliers, dont nous n'avons et dont nous n'aurons jamais aucune connaissance certaine, parce que le fil de la tradition est coupé" (vol. I, p. xiv).

³⁰ Bonnet, en su *Palingénésie philosophique, ou Idées sur l'état passé et sur l'état futur des êtres vivants* (1769-70), sostiene que la tierra ha pasado "through a long series of epochs, each terminated by a «revolution», i. e. a cataclysm, in which all the then existing organic structures were destroyed" (Lovejoy, *op. cit.*, p. 284; cf. Nordenskiöld, *op. cit.*, p. 246). Pero ya Beroso de Babilonia (siglo III antes de nuestra era) había hablado de una alternancia cíclica de inundaciones y de conflagraciones cósmicas (J. Baillie, *The belief in progress*, Oxford, 1950, p. 45).

³¹ *Recherches*, *op. cit.*, vol. II, pp. 230-234, donde De Pauw refuta la hipótesis de Boulanger relativa a la *couvade*, pero siempre con gran respeto por "la mémoire de l'avant", por este "illustre auteur", a quien combate únicamente porque "les fautes des grands hommes méritent qu'on les réfute"; cf. también *Défense*, ed. 1771, p. 183.

³² Fr. Venturi, *L'Antichità svelata e l'idea del progresso in N. A. Boulanger*, Bari, 1947. Sobre el diluvio, pp. 13, 65, 119; sobre los salvajes, pp. 39-40, 51. También las ideas de Boulanger sobre los egipcios y los chinos (*ibid.*, pp. 49-50) tienen puntos de contacto con las que expresará De Pauw en 1773 (véase *infra*, pp. 134 ss.).

³³ Sainte-Beuve, *Causeries du lundi*, vol. XIV, p. 326.

"universal",³⁴ no es en sustancia sino un conspicuo ejemplo de la general tendencia de los "denigradores" del Nuevo Mundo a hacer converger sobre esas regiones las maldiciones y los mitos catastróficos imaginados en un principio para el universo mundo. La inferioridad telúrica de América se explica con los mismos argumentos y se colorea con las mismas pinceladas que habían servido para ilustrar la triste condición de toda la tierra después de la Caída y después del nuevo azote del Diluvio: con la degeneración de la fauna,³⁵ con la inestabilidad que favorece la decadencia incluso del género humano, con varios signos premonitorios del fin del mundo y, por último, justamente con el Diluvio, entre cuyos efectos ya enumeraba Lutero la extirpación de todos los árboles buenos, la formación de desiertos de estériles arenas y la multiplicación de bestias y plantas nocivas,³⁶ —estigmas característicos de la América buffon-depauwiana. Todavía en 1625-29 había quien acusaba al Diluvio universal de haber arruinado por siempre a la tierra, de haber abreviado la vida humana, corroído las montañas, destruido los bosques y desmenuzado en islas el mundo, anteriormente entero y perfecto.³⁷

Pero, en aquel tiempo, la hipótesis de un diluvio, o mejor dicho de un medio diluvio, sólo americano, ya había sido propuesta por Sir Francis Bacon —justamente por ese "ilustre chancelier Bacon" a quien De Pauw cita y critica a propósito del origen de la sífilis, y cuya fama llegaba por entonces al punto más alto³⁸—, y no en una, sino en dos de sus obras más conocidas, en la *Nueva Atlántida* y en el último de los *Ensayos civiles y morales*.

5. BACON: AMÉRICA, CONTINENTE INUNDADO

El Reverendo Gobernador de la Residencia de Extranjeros cuenta cómo la gran Atlántida, o sea América ("the great Atlantis, that you call America"),³⁹ "quedó totalmente perdida y destruida, y no por un gran terremoto... , pues toda esta zona no es propensa a terremotos, sino por un diluvio o inundación particular: y así vemos que estas regiones tie-

³⁴ Véase D. C. Allen, *The legend of Noah*, op. cit., pp. 74-75, 84-89; sobre el "segundo" diluvio, véase De Pauw, *Défense*, ed. 1771, pp. 18-19, y *Recherches philosophiques sur les Egyptiens et les Chinois*, ed. cit., vol. I, p. 213.

³⁵ Véase *supra*, pp. 11 y 21-22.

³⁶ Harris, op. cit., p. 90; y cf. *ibid.*, p. 110 nota. De manera recíproca, con el advenimiento del Mesías la tierra se hará más fértil, los pastos más pingües y la luna resplandecerá como el sol (Isaías, XXX, 23-26). Este motivo milenarista fue adoptado por los predicadores calvinistas. Uno de ellos, John Edwards, insiste particularmente (1699) en la mayor abundancia y delicadeza de la carne de los animales comestibles en el milenio (E. L. Tuveson, *Millennium and Utopia*, op. cit., p. 133; cf. *ibid.*, p. 144), —rasgo antitético de la pretendida calidad estoposa de la carne de vaca en América (véase *supra*, p. 53). La fauna "rabougrie" y coriácea de De Pauw parece casi un eco invertido de esa apetitosa escatología de los solomillos.

³⁷ Harris, op. cit., pp. 141-142. Otros ejemplos, coetáneos y más tardíos, *ibid.*, pp. 156-158 y 182-183. Véase también Allen, op. cit., pp. 95 (Kircher), 153-154 (Milton), 191 (Kircher); y Tuveson, op. cit., p. 51 (menor estatura, menor fuerza y menor longevidad del hombre, según John Dove, 1594).

³⁸ *Recherches*, vol. I, pp. 228 ss.; cf. Mornet, *Les sciences de la nature*, op. cit., p. 86.

³⁹ F. Bacon, *Works*, London, 1902, p. 188.

nen, en el día de hoy, ríos mucho más grandes y montañas mucho más altas, de las cuales se precipitan las aguas, que ninguna parte del viejo mundo" (superioridad de la naturaleza inanimada en el continente americano, y tendencia a la humedad). El diluvio "no fue profundo"; en muchos lugares "no pasó de cuarenta pies... desde el suelo"; pero "esta inundación, aunque haya sido superficial, tuvo una larga duración" (otras pinceladas que aluden a la índole pantanosa del continente).⁴⁰

Por lo tanto, hombres y bestias murieron, ahogados o por falta de comida. Pero los pájaros y "unos cuantos salvajes, habitantes de los montes", huyeron a las altas y frigidísimas montañas (explicación embrionaria de las civilizaciones andinas). Es ésta la razón de que haya tan poca gente en América, y de que esa poca sea bárbara e inculta. "Así que no hay que maravillarse de la escasa población de América" (aquí el mismo Gobernador se olvida de la "gran Atlántida" y habla de "América", como nosotros), "ni de la rudeza e ignorancia de sus pobladores, puesto que debemos considerar a los habitantes de América como un pueblo joven".⁴¹ El Mundo Nuevo es el Mundo Joven, mil años más joven que el resto del mundo, pues mil años pasaron entre el diluvio universal y su pequeño diluvio particular ("between the universal flood and their particular inundation").

Luego, al tardo paso del tiempo, aquel "pobre resto de simiente humana... volvió a poblar el país lentamente, poco a poco". Pero "como eran gentes simples y salvajes (no como Noé y sus hijos, que pertenecían a la familia más principal de la tierra), no pudieron dejar a la posteridad escrituras, obras de arte, ni ningún indicio de civilización".⁴² Y cuando bajaron de las montañas heladas a los valles calientísimos, adquirieron por fuerza esa fea costumbre de andar desnudos. Si se adornan con plumas de pájaros, es para hacer como "sus antecesores montañeses, los cuales se sintieron atraídos por el vuelo infinito de los pájaros que acudían a las tierras altas, mientras abajo se asentaban las aguas".⁴³ Con esta pintoresca y graciosa fantasía, Bacon explica a un mismo tiempo la juventud del continente y el escaso número y el atraso de sus habitantes, la catástrofe de un mundo y la pluma en la cabeza del salvaje.

⁴⁰ *Ibid.*: "...was utterly destroyed: not by a great earthquake... for that whole tract is little subject to earthquake, but by a particular deluge or inundation: these countries having, at this day, far greater rivers, and far higher mountains, to pour down waters, than any part of the old world... [That deluge] was not deep...: not past forty foot... from the ground...; that inundation, though it were shallow, had a long continuance". [He aprovechado parcialmente la traducción de Margarita V. de Robles, en *Utopías del Renacimiento*, México, 1941, pp. 271-272.—N. del T.]

⁴¹ *Works*, ed. cit., p. 190: "...so as marvel you not at the thin population of America, nor at the rudeness and ignorance of the people; for you must account your inhabitants of America as a young people".

⁴² *Ibid.*: "[that] poor remnant of human seed... peopled the country again slowly, by little and little, and being simple and savage people, not like Noah and his sons, which was the chief family of the earth, they were not able to leave letters, arts and civility to their posterity". Sobre el menor vigor y menor longevidad de los hombres después del diluvio —otra creencia multiseccular que contribuía a hacer juzgar "degenerado" al continente húmedo—, véase ya San Agustín, *De civitate Dei*, XV, 9; y cf. *supra*, pp. 55-56.

⁴³ Bacon, *loc. cit.*: "...[like] those their ancestors of the mountains, who were invited unto it by the infinite flights of birds, that came up to the high grounds, while the waters stood below".

En el Ensayo LVIII, *Of vicissitudes of things*, se narra la misma historia en forma más sucinta:

Si consideramos de manera debida a los habitantes de las Indias Occidentales, vemos que es muy probable que sean un pueblo más nuevo o más joven que los habitantes del Viejo Mundo; y es mucho más probable que la destrucción que en tiempos antiguos sobrevino allá no haya sido causada por terremotos..., sino más bien que la tierra fue asolada por un diluvio particular. En efecto, los terremotos son raros en esas regiones, y en cambio hay ríos tan caudalosos, que los ríos de Asia, África y Europa no son sino arroyuelos comparados con ellos. Asimismo, sus Andes o montañas tienen una altura mucho mayor que las nuestras, por lo cual parece que los restos de las generaciones de hombres se salvaron en ese diluvio particular.⁴⁴

También aquí Bacon —que parece recordar las *Leyes* de Platón (libro III, 677-679), y desarrollar sobre todo una antigua leyenda americana, referida por López de Gómara (1584) y parafraseada por Montaigne⁴⁵— pone de relieve la humedad y la juventud del continente (dos características cuya eficacia acumulativa se expresará en su calificación de tierra todavía no bien desecada y desaguada), la inmensidad de sus ríos y la elevación de sus montañas, rasgos sintéticos de una naturaleza primitiva y amenazante. En cuanto a los pobladores mismos, apenas hay una alusión; y en el primer pasaje citado, los ve sin duda mucho más semejantes al simple y buen salvaje que a los degenerados y reblanecidos americanos de De Pauw. En cambio, De Pauw está mucho más cerca de Bacon cuando indica la causa física de la actual condición de América: también él se inclina por el diluvio, pero sin excluir casi ningún otro azote.

En definitiva, al "filósofo prusiano" se le puede reconocer el mérito de haber emprendido una brusca y saludable reacción contra las pinturas demasiado rosadas de salvajes y gentes primitivas; de haber lanzado alguna observación aguda, o adivinación semicientífica; y, sobre todo, de haber planteado el problema de las Américas en los términos más crudos, pero también más explícitos y provocadores. Buffon se había limitado a la fauna, estudiándola como una sección de la fauna de todo el

⁴⁴ Bacon, *Works*, ed. cit., pp. 143-144: "if you consider well of the people of the West Indies, it is very probable that they are a newer or a younger people than the people of the old world; and it is much more likely, that the destruction that hath heretofore been there, was not by earthquakes... but rather, that it was desolated by a particular deluge; for earthquakes are seldom in those parts; but, on the other side, they have such pouring rivers, as the rivers of Asia, and Africa, and Europe, are but brooks to them. Their Andes, likewise, or mountains, are far higher than those with us; whereby it seems, that the remnants of generations of men were in such a particular deluge saved". En los dos pasajes aparece la palabra "remnant", que da a los americanos el carácter de "pocos supervivientes".

⁴⁵ *Essais*, II, 12; ed. Pléiade, p. 556: "...qu'autresfois ils ont esté submergéz par l'inondation des eaux celestes; qu'il ne s'en sçauva que peu de familles, qui se jetterent dans les hauts creux des montagnes...; que, quand ils sentirent la pluie cesser... ils sortirent repeupler le monde, qu'ils trouverent plain seulement de serpens". La leyenda peruana del diluvio era bien conocida de Grocio y de otros autores menos ilustres de los siglos XVII y XVIII (cf. Allen, *op. cit.*, p. 86 y 92). Pero, como tantas otras verdades semifantásticas o hipótesis ingeniosas, el mito baconiano

mundo. De Pauw pone a los americanos en el centro de su investigación, atrayendo de ese modo sobre su tema y sobre sí mismo la atención pública, las réplicas y las iracundas reacciones. Evidentemente inferior al naturalista en cuanto a genio científico, a seriedad moral y a talento literario, obtiene sin embargo, con los dos volúmenes de sus *Recherches*, un resultado a que no aspiraba la *Histoire naturelle* y que, desde luego, no hubiera alcanzado nunca: el de desencadenar una vehemente polémica, de hacer estallar sobre la cuestión de la naturaleza y del destino de América filas enteras de seculares argumentos, toda una serie de diatribas, de apologías tradicionales y de rancios prejuicios, todo un arsenal de viejas fórmulas y de nacientes pruritos políticos.

Hace falta a veces un escritor de tercera o cuarta categoría para reavivar un tema de gran alcance, quitándole su carácter de sagrado. ¿Quién era Beverland? Un libertino holandés (como De Pauw) que, sin tener ni sombra del genio de los teólogos que se habían atormentado a lo largo de gruesos infolios sobre el dogma del pecado original, escribía un opúsculo chocarrero en el cual daba de él la interpretación más herética y más popular. Escandalizaba, turbaba, provocaba réplicas y refutaciones; y a menudo se evitaba citarlo (como debía suceder también con De Pauw); pero su brío maligno y burlón difundía la sacrílega "hipótesis" y la hacía obrar sobre entendimientos y en ambientes cerrados a las disquisiciones de los Padres u olvidados de aquellas tremendas dudas hermenéuticas. Así, a De Pauw le tocaba replantear en tono periodístico unos problemas que desde Colón y Oviedo hasta Buffon se habían escrutado en un plano científico y con casi mística reverencia. En definitiva, los mismos americanos, tan ofendidos y humillados por él, hubieran podido corresponderle con una reluctante y candente gratitud. También el criollo le hubiera podido perdonar la injusticia feroz de muchas de sus condenas en gracia de la clara profecía de que los colonos enriquecidos se sacudirían un día el yugo español: "querrán salir de tutela, y el día que lo quieran tendrán seguramente los medios de hacerlo, y de afirmar su libertad".⁴⁶

ha sido resucitado en tiempos bastante recientes, a) en las disquisiciones pseudofilosóficas de Keyserling, según el cual los indios se refugiaron en la altiplanicie boliviana "als im Westen und Osten Festländer oder Rieseninseln ins Weltmeer absanken" (*Südamerikanische Meditationen*, Stuttgart-Berlin, 1933, p. 16); y b) en las teorías cosmológicas del vienés Hoerbiger, según las cuales un satélite pre-lunar provocó una inmensa marea alrededor de los trópicos, "so that the waters left only certain «island-refuges», Andinia being one", —teorías que a su vez sirvieron a Bellamy para proponer una explicación de los enigmas arqueológicos de Tiahuanaco (H. S. Bellamy, *Built before the Flood: The problem of the Tiahuanaco ruins*, London, 1943; 2ª ed., 1947).

⁴⁶ *Recherches*, vol. I, p. 91: "ils voudront sortir de tutelle, et quand ils le voudront ils auront assurément les moyens de le faire, et d'affermir leur liberté". Véanse los conceptos análogos de Raynal: "Lorsque ces colonies seront arrivées au degré de culture, de lumière et de population qui leur convient, ne se détacheront-elles pas d'une patrie qui avait fondé sa splendeur sur leur prospérité? Quelle sera l'époque de cette révolution? On l'ignore, mais il faut qu'elle se fasse" (*op. cit.*, vol. X, p. 450; cf. *ibid.*, vol. IV, p. 394, a propósito del ejemplo dado y de la presión ejercida por los Estados Unidos). En realidad, después de la Revolución norteamericana las profecías de la próxima independencia de las colonias españolas se hicieron más frecuentes. Véanse ejemplos en Sumner, *op. cit.*; para Raynal, *ibid.*, pp. 71-76.

6. EL INDIO BESTIAL Y EL INDIO DÉBIL

Por otra parte, hasta el apologista de los indígenas podrá ser indulgente con el *philosophe* prusiano, recordando qué larga historia tenía ya entonces la denigración de lo americano. Si es cierto que en general los misioneros tendían a idealizar al indígena, a veces lo describieron con cruel severidad.

Los jesuitas, tan ridiculizados por De Pauw, contribuyeron ciertamente más que ninguna otra orden —con sus *Relaciones* anuales (1632-1674) y con obras de conjunto (Lafitau, Charlevoix, etc.), destinadas asimismo al gran público— a dar del indígena norteamericano un retrato elocuente, simpático y humano, ya porque tal haya sido su sincera actitud para con los catecúmenos, ya porque quisieran estimular la generosidad de sus protectores europeos y persuadirlos de que sus dineros eran muy bien empleados, de que los conversos lo eran de veras y merecían serlo. Hasta los aspectos negativos del salvaje puestos de relieve por los jesuitas eran los que mejor hacían resaltar la firmeza, la paciencia, el espíritu de sacrificio de los buenos padres: eran aquellas deplorables tendencias al canibalismo, a las feroces mutilaciones, a la voracidad y a la borrachera.

Pero, físicamente, ¡qué tipos estupendos! Un misionero no encontraba en ellos “nada de afeminado”, y sobre sus hombros admiraba unas cabezas de emperadores romanos, Julio César, Pompeyo, Augusto, Otón, cabezas de tal majestad, que no había creído que pudiesen ser verdaderas cuando las había visto esculpidas en las medallas antiguas o grabadas en planchas de cobre... Reunidos en asamblea —refería otro—, los pieles rojas mostraban una cordura y una elocuencia que hubieran honrado al Areópago de Atenas y al Senado de Roma en sus mejores tiempos. Sus discursos parecían arrancados de las páginas de Tito Livio...⁴⁷

Descontemos lo que hay aquí de fraseología clasicizante, tan propia del repertorio escolástico de los jesuitas, y lo que han puesto de su técnica propagandista, hecha de insinuante y adulatora dulzura. Queda un resto de bastante peso para comprender la reacción de un hombre como De Pauw.

Este, por otra parte, podía encontrar algún remoto precursor de su tesis de la inferioridad de los indígenas de América en ciertos dominicos, como el licenciado Gregorio (1512), fray Tomás Ortiz (1525) y fray Domingo de Betanzos (1528-1538), seguidos por el jurista Gregorio López de Tovar, los cuales negaron a los indios todos los atributos tomistas de la humanidad: “nunca crió Dios más cozida gente en vicios y bestialidades, sin mistura de bondad... o policia”.⁴⁸ En la famosa polémica

⁴⁷ Ejemplos tomados de las pp. 106, 138 y 167 de J. H. Kennedy, *Jesuit and savage in New France*, New Haven, 1950, donde se presentan, ordenados por tema, buen número de pasajes de los escritos de los misioneros, al mismo tiempo que se da un somero relato de su actividad en América y de sus relaciones con Francia. Pero véase también R. Romeo, *op. cit.*, pp. 75-83.

⁴⁸ Pedro Mártir de Angleria, *Décadas*, VII, 4; ed. de Buenos Aires, p. 519 (cita textual de Ortiz). Una cita análoga, de Herrera, es comentada por Silvio Zavala, *Las instituciones jurídicas en la conquista de América*, Madrid, 1935, p. 47; cf. también J. H. Parry, *The Spanish theory of empire in the sixteenth century*, Cambridge, 1940, pp. 58-59. La declaración de Betanzos, en la cual se retracta de haber dicho “que

que precedió a las *Nuevas leyes*, Sepúlveda había dado como segunda razón de la licitud de la guerra contra los indígenas “la rudeza de sus ingenios, que son de su natura gente servil y bárbara y por ende obligada a los de ingenios más elegantes, como son los españoles”; y Vitoria decía que los indios son “naturalmente miedosos, y además imbéciles y amentes”.⁴⁹

De Pauw cita a Sepúlveda, pero (según me parece) no a Vitoria. Tampoco recuerda a Bayle, quien en su famoso *Dictionnaire*, en el artículo “Cieza de León”, ya había resumido las informaciones del cronista acerca de la espontánea “depravación” y “corrupción” de los naturales del Perú, en abierta polémica contra quienes “pretenden que los cristianos han enseñado a los pueblos de América a ser malos”.⁵⁰

Así, pues, la maldad y corrupción natural de los americanos era argumento corriente de los defensores, verdaderos y fingidos, de la religión (para la cual cada hombre es Adán caído), mientras que su bondad y moralidad instintiva era argumento de los racionalistas (para los cuales el hombre aparece dotado de bondad propia, y por lo tanto *Deus sibi ipsi*), de los anticlericales y de sus aliados involuntarios, como ciertos misioneros y secuaces de Las Casas. De Pauw, racionalista que se revuelve contra el racionalismo y su mitificación del salvaje, arremete en su polémica contra los misioneros humanitarios, y prepara así el terreno a los reaccionarios católicos del romanticismo. Joseph de Maistre, que en cierto sentido (como veremos) continúa y sistematiza teológicamente a De Pauw, suspira y escribe: “no había sino exceso de verdad en ese primer movimiento de los europeos que, en el siglo de Colón, se negaron a reconocer como semejantes a los hombres degradados que poblaban el Nuevo Mundo”.⁵¹

Y eran contemporáneos de Joseph de Maistre aquellos norteamericanos que, persuadidos de la necesidad de que el piel roja desapareciese frente a la Civilización y al Progreso, y desnudos al mismo tiempo de la unción religiosa y de los escrúpulos jurídicos del conde legitimista, hablaban sin recato de los indígenas como de bestias: “los animales vulgarmente llamados indios...”⁵²

No menos interesante que la historia de la ideología del “noble salvaje”, que cuenta ya con toda una bibliografía, sería la historia de la

eran bestias” (los indios), se reproduce y se estudia en L. Hanke, “Pope Paul III and the American Indians”, *The Harvard Theological Review*, XXX (1937), pp. 96-98 y 101-102 (y en su libro *Bartolomé de las Casas, pensador político, historiador, antropólogo*, La Habana, 1949, pp. 14-15). Véanse también los testimonios laicos reunidos por R. Romeo, *op. cit.*, p. 34; y sobre Ortiz, *ibid.*, p. 39.

⁴⁹ Zavala, *op. cit.*, pp. 107 y 109, limitado por J. Höffner, *Christentum und Menschenwürde. Das Anliegen der spanischen Kolonialethik im goldenen Zeitalter*, Trier, 1947, pp. 226-228.

⁵⁰ P. Bayle, *Dictionnaire historique et critique*, ed. Bâle, 1741, vol. III, pp. 88-89: “...[ceux qui] prétendent que les Chrétiens ont appris aux peuples de l'Amérique à être méchants”.

⁵¹ *Soirées de Saint-Petersbourg*, II; ed. Garnier, s. f., vol. I, p. 79: “il n'y avait que trop de vérité dans ce premier mouvement des Européens qui refusèrent, au siècle de Colomb, de reconnaître leurs semblables dans les hommes dégradés qui peuplaient le nouveau monde”.

⁵² H. H. Brackenridge (1782): “the animals, vulgarly called Indians”; citado por R. H. Pearce, *The savages of America*, Baltimore, 1953, pp. 54 y 181.

ideología (o caricatura) del "innoble salvaje", del salvaje feo y malo.⁵³ Esta ideología está, a su vez, estrechamente relacionada con la tesis —adoptada asimismo por De Pauw, según se ha visto— de la flaqueza de los indígenas americanos. Pero mientras la inferioridad espiritual o moral del indio, su "salvajismo", es una tesis típica de los enemigos del americano desnudo, su inferioridad física, su debilidad corporal es uno de los argumentos clásicos de sus amigos y protectores, una de las pruebas adoptadas con mayor frecuencia en favor de su plena humanidad y de su derecho a la libertad. El impetuoso De Pauw enmaraña las sutiles distinciones de doctores y juristas, y condena a los indígenas como inmorales y como enclenques, como ociosos y por lo tanto débiles y enervados.⁵⁴ Pero la poquedad de fuerzas del indio había sido uno de los clavos más martillados y remachados por su gran protector, el Apóstol de las Indias, Bartolomé de las Casas: "Son... las gentes más delicadas, flacas y tiernas en complexión, y que menos pueden sufrir trabajos, y que más fácilmente mueren de cualquier enfermedad". Y Las Casas hermooseaba esa debilidad asegurando "que ni hijos de príncipes y señores entre nosotros, criados en regalos y delicada vida, no son más delicados que ellos, aunque sean de los que entre ellos son de linaje de labradores".⁵⁵

Los rústicos y misérrimos labradores indios tienen la misma delicada complexión que los más afeminados nobles de España. La "debilidad" sirve a Las Casas para ensalzar vertiginosamente, no para humillar a los pobres indios. Es un título de privilegio, que —casi se diría— debiera dispensarlos de los "oficios manuales", como si fuesen hidalgos verdaderos. Es inicuo, en efecto, insiste el obispo en la octava de sus veinte razones contra las encomiendas, es inicuo todo el cúmulo de servicios y obligaciones impuesto "a los hombres, y a tan flacos y delicados y desnudos hombres"; es "violento, innatural, tiránico y contra toda razón y natura"; más aún: es "contra toda justicia y caridad y razón de hombres".⁵⁶ Todavía en el último de sus escritos conocidos, la petición a Pío V, Las Casas vuelve a evocar a los débiles naturales de las Indias, "los cuales, oprimidos con sumos trabajos y tiranías (más que se puede

⁵³ Garasse (1624) vituperaba a los idealizados escitas (siguiendo las huellas de Tertuliano) y a los salvajes de la Virginia y del Canadá (G. Boas, *The happy beast*, op. cit., pp. 69-70). Véase Silvio Zavala, *Servidumbre natural y libertad cristiana*, Buenos Aires, 1944; y, con cautela, E. O'Gorman, "Sobre la naturaleza bestial del indio americano", *Filosofía y Letras*, México, núms. 1 y 2 (1941), pp. 141-158 y 305-315; y también Pearce, op. cit., pp. 5-6 y 11-35. Según R. T. Clark, Jr., "Herder, Cesarotti and Vico", *Studies in Philology*, XLIV (1947), p. 662 (quien parece apoyarse en J. Thyssen, *Geschichte der Geschichts-philosophie*, Berlin, 1936), "typical [?] philosophies of history of the eighteenth century regarded savages as degenerates from an earlier Natural Religion, or some other condition characteristic of the Golden Age". Para el siglo XVIII, cf. igualmente H. N. Fairchild, *The noble savage*, New York, 1928 (chap. IX, "Enemies of the noble savage").

⁵⁴ *Défense*, ed. 1771, p. 12: "Les Sauvages... moins forts que les peuples civilisés, parce que ces Sauvages ne travaillent jamais, et on sait combien le travail fortifie les nerfs".

⁵⁵ Introducción a la *Brevisima relación de la destrucción de las Indias occidentales*, en Las Casas, *Doctrina*, México, 1941, p. 4.

⁵⁶ *Doctrina*, ed. cit., p. 62 (texto del tratado conocido con el título de "El octavo remedio").

creer), llevan *sobre sus flacos hombros*, contra todo derecho divino y natural, un pesadísimo yugo y carga incomfortable".⁵⁷

7. EL INDIO, SIERVO POR NATURALEZA: ARISTÓTELES, LAS CASAS Y SEPÚLVEDA

Tanta insistencia bastaría para hacernos sospechar que la debilidad de los indios no es para Las Casas un "hecho" empíricamente comprobado, una noción etnográfica, sino un artículo de fe, un axioma de teólogo apasionado. En realidad, la pobreza de músculos de los americanos le sirve al obispo de Chiapa no sólo para hacer resaltar, por contraste, la vileza y la prepotencia de los robustos conquistadores, sino sobre todo como argumento principal para la polémica de toda su vida, contra la tesis de la servidumbre natural, o de la justa esclavitud de los indígenas.

También esta vez, como hicimos antes para Buffon, debemos remontrarnos al "maestro de los que saben". En el comienzo mismo de su *Política*, Aristóteles se esfuerza en demostrar la existencia de esclavos por naturaleza. El pasaje y sus argumentos eran y son conocidísimos. El alma señorea naturalmente el cuerpo, y el hombre a la bestia. Así, pues, "todos aquellos que difieren de los demás tanto como el cuerpo del alma o el animal del hombre (y tienen esta disposición todos aquellos cuyo *rendimiento es el uso del cuerpo, y esto es lo mejor que pueden aportar*) son esclavos por naturaleza".⁵⁸ De esta primera tesis deducida lógicamente, y casi definitoria —esclavos por naturaleza son los hombres cuyo *único* rendimiento es el ser robustos—, el Filósofo pasa a una segunda tesis, aún menos aceptable, pero en la cual busca algo así como una confirmación experimental del primer aserto: "La naturaleza quiere sin duda establecer una diferencia entre los cuerpos de los libres y los de los esclavos, haciendo los de éstos fuertes para los trabajos serviles y los de aquéllos erguidos e inútiles para tales menesteres, pero útiles en cambio para la vida política".⁵⁹ La robustez se convierte así en un estigma de predisposición para la esclavitud, y la constitución endeble resulta ser un indicio de nativa libertad.

Con estos estupendos silogismos, Las Casas prueba, o cree probar, la libertad de los indios contra todo posible argumento teológico y jurídico, mostrándolos débiles, flacos, incapaces de ningún esfuerzo, privados, en suma, de los requisitos físicos para ser esclavos.

⁵⁷ *Ibid.*, p. 162.

⁵⁸ *Política*, libro I, 1254 b (trad. de J. Marías y M. Araujo, Madrid, 1951, p. 8).

⁵⁹ *Política*, loc. cit., (trad. cit., pp. 8-9). Aristóteles advierte el peligro de la ley natural así formulada, y se apresura a añadir: "Ocurre, sin embargo, con frecuencia lo contrario: algunos esclavos tienen cuerpos de libres, y otros almas", con lo cual le quita a la ley todo rigor determinista, reduciéndola, en resumidas cuentas, a lo que era al principio: mera *metáfora*. El Señor domina al Esclavo como el Alma al Cuerpo. Sobre la incertidumbre de la teoría aristotélica, L. Hanke (*Las Casas pensador político*, op. cit., p. 92 nota) remite a R. O. Schlaifer, "Greek theories of slavery from Homer to Aristotle", *Harvard Studies in Classical Philology*, Cambridge, Mass., XLVII (1936), pp. 165-204. Véase también William L. Westermann, *The slave systems of Greek and Roman antiquity*, Philadelphia, 1955, especialmente pp. 26-27, 156. No falta quien haya tratado de defender ingeniosamente a Aristóteles de la acusación de haber negado en absoluto la común humanidad del libre y del esclavo: véase Lester H. Rifkin, "Aristotle on equality: a criticism of A. J. Carlyle's theory", *Journal of the History of Ideas*, XIV (1953), pp. 276-283.

Tanta mayor firmeza y rigidez debía adoptar el buen fraile en esta posición, cuanto que su viejo enemigo, Oviedo, resumiendo en una sola e irónica imagen las cualidades positivas (físicas) y negativas (mentales) que definen al esclavo, había dicho de los indígenas que tenían la cabeza tan dura, que los españoles debían andarse con mucho cuidado, al batallar con ellos, para no asestarles golpes en el cráneo, pues si lo hacían sus espadas se les quebraban; y tanto más esmero tenía que poner en la defensa, cuanto que su gran adversario, el jurista Sepúlveda, empeñado como estaba en justificar la servidumbre de los indios, había adoptado de lleno la teoría aristotélica de la servidumbre natural, transfiriendo, estirando, distendiendo y ampliando la relación bárbaros-griegos a la relación españoles-indios, y tratando el arduo problema político y teológico, según dice Menéndez Pelayo, "con toda la crudeza del aristotelismo puro". Sus palabras suenan a veces casi como una transcripción de las del Filósofo: "Los que sobresalen por su prudencia y por su ingenio, pero no por sus fuerzas corporales, éstos son señores por naturaleza; al contrario, los tardos y torpes de entendimiento, pero corporalmente robustos para llevar a cabo las tareas necesarias, éstos son siervos por naturaleza... lo cual vemos sancionado asimismo por la ley divina".⁶⁰ Sepúlveda no se pone a discutir si los indios son fuertes o débiles, pero al declararlos siervos por naturaleza, implícitamente los hace *corpore validos*. Insiste, en cambio, en su barbarie mental, en su condición de subhombres (*homunculi*), en su cobardía, en sus vicios inmundos y tenebrosas supersticiones, a lo cual opone el valor, la prudencia, la cordura y la piedad de los españoles.

Las Casas, que en un comienzo —cuando el padre Gregorio, quizá por vez primera, invocó las teorías de Aristóteles y de Santo Tomás para justificar la férrea servidumbre de aquellas "bestias parlantes" que eran los nativos de las Antillas⁶¹— había desconocido y menospreciado sim-

⁶⁰ Juan Ginés de Sepúlveda, *Democrates alter, o Tratado sobre las justas causas de la guerra contra los indios* (1547; 1ª ed., con versión española de M. Menéndez Pelayo, Madrid, 1892), 2ª ed., México, 1941, p. 84: "Qui prudentia valent et ingenio, non autem corporis viribus, hos esse natura dominos; contra, tardos et hebetes, sed corpore validos ad obeunda necessaria munera, servos esse natura... lege quoque divina sancitum esse videmus". Véase en la edición mexicana la Advertencia preliminar de M. Menéndez Pelayo, p. viii, y la Introducción de Manuel García Pelayo, quien confronta a dos columnas (pp. 21-22) los textos de Aristóteles con los de Sepúlveda. Hay en el mismo escrito otras huellas de la tesis aristotélica, pp. 152 y 176: Aristóteles como supremo maestro, cuyos preceptos tienen validez universal, p. 68. Quizá pueda verse una alusión a esta parte de la *Política*, y a su implícita sugerencia de un duro gobierno para los naturales (esclavos), en el siguiente pasaje de una carta del tristemente célebre obispo Vicente de Valverde al Emperador (20 de marzo de 1539), escrita desde el Cuzco: "De la cualidad desta tierra y de la manera de gentes y pueblos... yo escribiré muy poco a poco...; agora solamente digo que aunque se hubiera mirado mejor la *Política* de Aristóteles en la fundación de los pueblos de cristianos, no se perdiera nada" (citado en M. Jiménez de la Espada, *Relaciones geográficas de Indias*, vol. I, Madrid, 1881, Antecedentes, p. xlii). Al igual que Aristóteles (cf. *supra*, nota 59), también Sepúlveda ha encontrado hace poco un defensor, quien dice de él que sostuvo la "servidumbre" feudal, pero no la "esclavitud" de los naturales: véase R. E. Quirk, "Some notes on a controversial controversy: Juan Ginés de Sepúlveda and natural servitude", *The Hispanic American Historical Review*, vol. XXXIV (1954), pp. 357-364.

⁶¹ Höffner, *op. cit.*, p. 176. Sobre Bernardo de Mesa (1512), Juan de Quevedo (1519) y otros sostenedores de la esclavitud "aristotélica" de los indios, véase *ibid.*, pp. 177-182 y 226.

plemente (1519) la autoridad de Aristóteles, diciendo que no era sino un pagano que se estaba asando en el infierno, se coloca más tarde en su terreno, y admite la existencia posible, pero rarísima, de esclavos por naturaleza.

Sin embargo, esto mismo le hace negar de la manera más enérgica que puedan ser tales esclavos los indígenas americanos, entre los cuales se habían descubierto, mientras tanto, naciones civilizadas y organizadas como los mexicanos y los peruanos. Ahora bien, puesto que de todos modos no le hubiera sido fácil exaltar las dotes intelectuales o las virtudes políticas de estos indios sobre las de sus compatriotas cristianos (si bien llega a intentar esto mismo con muy buena voluntad en la *Apologética historia*, 1527-1550), renuncia al ataque de frente y acomete el razonamiento de Sepúlveda por los dos extremos, si así puede decirse. En efecto, niega por una parte que los indios sean fuertes como esclavos, y por otra que los españoles sean piadosos y justos como señores, y de ese modo desbarata todo el sistema de argumentos del Filósofo, renovado por el apologista de la justa guerra contra los indios. Su blanco polémico es evidente en toda la *Apologética historia*,⁶² y mejor aún en un pasaje de la *Historia de las Indias*. Las Casas recuerda la distinción del Estagirita y, casi traduciendo él también, indica "las señales que tienen los siervos de natura", o sea "que la naturaleza les dio cuerpos robustos y gruesos y feos", y asimismo "las señales para conocer los que son señores", o sea el tener por naturaleza "los cuerpos delicados y los gestos hermosos".⁶³ A nosotros, hombres de un siglo más "deportivo", nos puede hacer sonreír esta teoría de la gracilidad como atributo señorial y de los músculos robustos como estigma de servidumbre, pero todavía el Noble de Parini la sostenía con altivo candor. "Acude a los villanos —intimaba al poeta—, y ahí encontrarás esa trivial robustez de que me hablas. A mí y a mis semejantes nos conviene una complexión mucho más grácil y delicada de lo que tú piensas".⁶⁴

Ahora bien, al igual que los "villanos" del Noble pariniano, también los "esclavos" de Aristóteles eran hombres. Y para el cristiano, todos los

⁶² En la cual se esfuerza por demostrar circunstanciadamente que los indios poseen todas las características necesarias para ser reconocidos libres *secundum Stagiritam*. Véase L. Hanke, *Las Casas pensador político*, *op. cit.*, pp. 79-84, 93-97; "Bartolomé de las Casas, An essay in hagiography and historiography", *The Hispanic American Historical Review*, XXXIII (1953), p. 144-147, y A. Pincherle, "La dignità dell'uomo e l'indigeno americano", *Atti del Congresso Internazionale di Studi Umanistici*, Roma, 1952, pp. 121-131, donde agudamente se ponen de relieve los motivos humanistas (y no sólo cristianos) y la copiosa experiencia de Las Casas.

⁶³ *Historia de las Indias*, libro III, cap. 150, citado por S. Zavala, "Las Casas ante la doctrina de la servidumbre natural", *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, 3ª época, año II (1944), núm. 1, p. 49, el cual indica con gran acierto otras alteraciones que la doctrina aristotélica sufre en manos de los dos encarnizados polemistas, Las Casas y Sepúlveda. Se muestra sustancialmente de acuerdo, aunque con menor precisión, E. O'Gorman en su reseña del libro de L. Hanke, *The Spanish struggle for justice in the conquest of America*, aparecida en *The Hispanic American Historical Review*, XXIX (1949), especialmente pp. 567-568. Sobre la relación de estas doctrinas con las teorías de los filósofos y tratadistas políticos de la época, véanse los libros del dominico V. D. Carro (*La teología y los teólogos-juristas españoles ante la conquista de América*, Madrid, 1944) y del mencionado teólogo Höffner.

⁶⁴ G. Parini, *Della nobiltà* (1761), en *Versi e prose*, ed. Firenze, 1860, p. 316: "Vanne a' villani, e quivi troverai cotesta triviale robustezza delle membra que tu di'. A' miei pari si conviene troppo più gracile e delicata complessione che tu non pensi".

hombres son libres e iguales, todos son hijos de Dios. Por lo tanto, a fin de justificar la servidumbre del indio, el cristiano tenía que negarle, por principio de cuentas, la calidad de hombre. De aquí los esfuerzos por considerarlo menos que hombre, o casi bestia (Acosta dirá todavía de ciertos mexicanos que "vivían bestialmente", y que "es necesario enseñarlos primero a ser hombres, y después a ser cristianos").⁶⁵ Pero, al razonar en tal forma, se abandonaba el terreno de Aristóteles, para el cual los esclavos ayudan como bestias, pero son indudablemente hombres. Si los indios hubieran sido bestias en verdad, el Estagirita no los habría considerado como hombres ni, por consiguiente, como *siervos*. Si son hombres, ninguna argucia de teólogo puede hacerlos esclavos por naturaleza.

En suma, la antítesis aristotélica "libre-esclavo" no coincidía con la antítesis cristiana "hombre-bestia". El esfuerzo por hacerlas armonizar, por aplicar las teorías de Aristóteles a un problema radicalmente nuevo, a una situación y a unos términos totalmente transformados por el cristianismo, produce también en este terreno singulares y confusas complicaciones.

Aquella rápida pincelada antropológica de Aristóteles, limitada por un "parece" y por la inmediata reserva de posibles excepciones (pero reforzada indirectamente por el desprecio con que el Filósofo trata siempre a los pueblos primitivos y salvajes),⁶⁶ se convierte para Las Casas en un criterio perentorio de discriminación. Al verla empuñada como arma por sus adversarios, él la hace suya, la esgrime sin observarla de cerca, y se esfuerza obstinadamente en revolverla contra ellos. Con la impetuosa imprudencia tan característica de él, empeñado como está en salvar la libertad legal de los indígenas, rebaja y vilipendia sus capacidades físicas.

El buenísimo Las Casas no imaginaba que sus candidas apologías del miserable, débil, lánguido e inocente indio, se transformarían, al cabo de dos siglos, en "pruebas" de la corrompida y degenerada naturaleza de los americanos. No sospechaba que Voltaire, por ejemplo, al reanudar su campaña humanitaria, malinterpretaría sus bases lógicas hasta el grado de escribir que el filantrópico fraile representa a los americanos "como hombres suaves y tímidos, de un temperamento débil que los hace naturalmente esclavos";⁶⁷ y que, por el contrario, el nuevo defensor de los americanos, el padre Clavigero, insistiría con orgullosa satisfacción en su robustez de ganapanes.⁶⁸ Lo cual nos muestra cómo,

⁶⁵ *Historia natural y moral*, VII, 2; ed. cit., p. 453.

⁶⁶ Véanse los pasajes citados por Lovejoy y Boas, *Primitivism and related ideas in the Antiquity*, op. cit., pp. 177-180.

⁶⁷ *Essai*, chap. 148: "...comme des hommes doux et timides, d'un tempérament faible qui les rend naturellement esclaves". Un eco de estas palabras de Voltaire parece resonar en la observación del *émigré* Baudry des Lozières (circa 1800), acérrimo crítico de los salvajes y frío apologista de la esclavitud: "le mot d'esclave, dans les colonies, ne signifie que la classe indigente, que la nature semble avoir créée plus particulièrement pour le travail" (citado por F. Baldensperger, *Le mouvement des idées dans l'emigration française*, Paris, 1924, vol. I, p. 107; el subrayado es mío). No es quizá sino un eco verbal, pero tiene un sentido profundo y amargo: a dos siglos y medio de distancia, el aristocrático "reaccionario" hace suyo el razonamiento del defensor de la servidumbre de los indios, Sepúlveda.

⁶⁸ Véase *infra*, p. 185.

en manos de sus apologistas, el indio (como cualquier otro objeto de apasionada defensa o exaltación)⁶⁹ varía de cualidades físicas y muda naturaleza, y pierde o renueva sus fuerzas, de acuerdo con las exigencias de la polémica.

Por lo demás, conviene no olvidar que la misma sencilla palabra "salvaje" no era, a comienzos del siglo XVI, una etiqueta neutra. Estaba ya cargada de atributos espirituales negativos y de dotes físicas positivas. Los "hombres salvajes", o *Naturmenschen*, que con tanta frecuencia comparecen en las leyendas, en el teatro y en la literatura de la Edad Media, especialmente de la Europa septentrional, y cuya imagen suele aparecer en miniaturas al margen de los manuscritos, esculpida en los capiteles, tallada en los cofrecillos y recamada de mil colores en la gloria de los tapices, eran seres feroces, robustos y vellosos, faunescamente lúbricos, que habitaban en lo más tupido de los bosques y en antros cavernosos; eran ciertamente criaturas subhumanas, pero bien distintas de los monos y de las demás bestias.

Muchas de sus características vuelven a encontrarse en el retrato convencional de los "salvajes" descubiertos en el Nuevo Mundo. Hacia mediados del siglo XVI, varias veces figuraron auténticos aborígenes de las selvas americanas en fiestas, cortejos, mascaradas y solemnes representaciones, tal como en el siglo anterior había sido de rigor que figuraran personajes disfrazados de "hombres salvajes".⁷⁰ Y la más alta representación poética de uno de esos brutos lujuriosos, Calibán, aún los rasgos del "salvaje" medieval con los del indígena americano. "Do you put tricks upon us —le dice el borracho Estéfano— with savages and men of Inde?"⁷¹

Nos podemos preguntar incluso si la típica tortura-castigo norteamericana de *tarring and feathering* la víctima, o sea de desnudarla, embadurnarla de pez y recubrirla de plumas, en boga hacia los años de 1770,⁷² no habrá tenido un significado ritual de ludibrio, si no habrá representado una simbólica "vestición" de hombre selvático.⁷³ Ciertamente es que en el *Hop-Frog* de Poe —inspirado en el trágico *Bal des Ardents* (1392), que fue una mascarada de hombres selváticos—, después de que el rey y los ministros fueron embreados ("saturated with tar"), no faltó quien sugiriera plumas.⁷⁴ Y las "plumas" siguieron siendo un atributo proverbial del semidesnudo salvaje americano. A fines del siglo XVIII, va todo cubierto de plumas multicolores el más dulcemente canoro de los primitivos, el asustadizo, inocente, glotón y gallardo Papageno (*Die Zauberflöte*, 1791). Y aún en nuestros días, en los tapices neo-góticos de Jean

⁶⁹ También los pieles rojas sirvieron indiferentemente para la propaganda de los jesuitas y para la polémica anti-religiosa de los racionalistas (cf. J. H. Kennedy, op. cit., pp. 180, 182, 186).

⁷⁰ Véase G. Chinard, *L'exotisme américain dans la littérature française au XVI^e siècle*, Paris, 1911, pp. 105-107; R. Bernheimer, *Wild men in the Middle Ages*, Cambridge, Mass., 1952, pp. 69-71; Montaigne, *Essais*, I, xxxi (ed. cit., pp. 221-222).

⁷¹ Shakespeare, *The Tempest*, II, II. Véase todo el interesante estudio de Bernheimer, op. cit., y especialmente las pp. 3, 5, 11, 20, 83, 107 y 115.

⁷² Véase el *Oxford English Dictionary*, sub voce, y H. L. Mencken, *The American language, Supplement one*, New York, 1945, pp. 204-205.

⁷³ Cf. Bernheimer, op. cit., p. 83.

⁷⁴ *Works*, Philadelphia, 1895, vol. III, p. 170.

Lurcat, el *homme sauvage* va vestido de plumas relucientes y no de pelos hirsutos.⁷⁵

Frente a tantos indicios de convergencia y de contaminación de las dos figuras simbólicas, asoman a la mente otras sutiles dudas.

Tal vez los autores que llamaron "degenerados" a los habitantes de las Américas recordaban que también aquellas míticas fieras de la Edad Media habían "caído" en su miserable estado, y no se habían elevado hasta él desde una condición aún más animalesca. Y tal vez el siempre renovado estupor ante el aspecto real de esos salvajes transatlánticos y la imagen corpulenta, velludísima y osuna de las creaturas fantásticas a quienes tantas representaciones figurativas y literarias habían vuelto familiares.

Así, pues, de la falta absoluta o relativa de pelos, se seguía no sólo fácil, sino obligatoriamente el corolario de que los lampiños americanos tenían que ser también débiles e impotentes. Del bíblico Sansón en adelante, ha quedado asociada con los cabellos y los pelos la idea de vigor físico y de aquella específica potencia que falta a los glabros eunucos y que no debiera manifestarse en los tonsurados.⁷⁶ Un "salvaje" sin pelo era, pues, una paradoja andante: tanto más cuanto que las salvajes, en cambio, exhibían en el Nuevo Mundo aquella misma agresiva lascivia que había caracterizado a las hembras selváticas de la Edad Media europea.⁷⁷

La dificultad de definir y calibrar al ambiguo indígena americano se hace manifiesta en las fatigosas y contorcidas construcciones conceptuales que hemos evocado.

8. EL CLIMA Y LA SERVIDUMBRE NATURAL

Por otra parte, con aquellos alegatos semi-teológicos en torno a la servidumbre o libertad natural de los indios se entretejían las teorías pseudocientíficas acerca de la influencia del clima, factor que por sí solo, según ciertos autores, hubiera sido suficiente para predisponer a la esclavitud a los indígenas americanos. La idea de usar el termómetro y el higrómetro como cánones interpretativos de la historia fue cultivada, según se ha visto, hasta comienzos del siglo XIX, con ingeniosas modulaciones sobre el tema de Montesquieu, el cual admitía una predisposición a la esclavitud natural en los países cálidos y admiraba la libertad que florecía entre el frío y el hielo;⁷⁸ pero ya desde el siglo XVI se había tratado de reforzar con ese concepto empírico los argumentos de quienes negaban *a priori* a los americanos el privilegio de ser libres. El clima

⁷⁵ Véase J. Roosval en *Erasmus*, VII, núms. 7-8 (abril de 1954), p. 222, el cual recuerda también cómo en la *Majestas Domini* de Gerard David, en el Louvre, se ven dos angelitos "on both sides of God the Father, one covered with soft hair, the other with small feathers".

⁷⁶ Véase Bernheimer, *op. cit.*, p. 10; G. R. Taylor, *Sex in history*, London, 1953, pp. 234, 255.

⁷⁷ Bernheimer, *op. cit.*, p. 34.

⁷⁸ *Esprit des lois*, XV, 7-8; XVII, 2.

del Nuevo Mundo era, en general, más caliente que el europeo. Los indios, en consecuencia, debían ser doblemente esclavos por naturaleza: porque eran fuertes, como los siervos natos de Aristóteles, y porque habitaban regiones de clima enervante: en resumen, porque eran robustos y feroces, y porque eran endebles y flacos.

La justificación físico-climática de la esclavitud, que se remonta al propio Aristóteles y a Ptolomeo, volvió a ser adoptada en la Edad Media por Santo Tomás⁷⁹ y de manera más decidida en el *De regimine principum* atribuido al mismo Angélico Doctor.⁸⁰ No causa sorpresa, pues, verla exhumada y aplicada a los indígenas americanos por frailes dominicos, como los que ya hemos recordado,⁸¹ o como aquel Bernardo de Mesa que legitimaba la semi-servidumbre natural de los antillanos aduciendo su condición de habitantes de un archipiélago, sujetos a las volubles influencias de la luna, señora de las aguas; y por los aristotélicos, como Sepúlveda, traductor de la *Política*, según el cual nacer en ciertas regiones del globo significaba sufrir de esclavitud congénita e incurable.⁸²

Nació en esta forma la primera y radical acusación al clima de las Américas, a su ambiente físico y geográfico. Las tierras recién descubiertas aparecían menoscabadas por una inferioridad esencial, por una incapacidad intrínseca de engendrar hombres libres. Para justificar con textos venerables la servidumbre de los indios, los escolásticos europeos no vacilaban en condenar la tierra que los había visto nacer, el clima en que habían crecido y hasta las inclementes estrellas que brillaban en sus noches. Un siglo justo después de Bernardo de Mesa, otro fraile dominico, Juan de la Puente, sostenía (1612) que los naturales recaían fácilmente en la idolatría, porque el cielo de América "influye inconstancia, lascivia y mentira" tanto en los indios como en los españoles nacidos bajo tan funestas constelaciones. ¡Singular ejemplo de calumnia astrológica, que encendió (1755) la justa indignación de un docto criollo mexicano, y que granjeó al fraile el merecido reproche de haber infamado de una sola plumada los hombres y el cielo de América!⁸³

Así, pues, la debilidad o inferioridad del continente tiene una de sus primeras raíces en las especulaciones legalistas y en los sofismas de los defensores de un derecho natural de señorío que sobre los indí-

⁷⁹ Véase *Summa contra gentiles*, III, 81 (ed. de Roma, 1894, p. 406: "Inter ipsos homines ordo invenitur... illi... qui sunt intellectu deficientes, corpore vero robusti, a natura videtur instituti ad serviendum" (Santo Tomás cita aquí a Aristóteles y a Salomón). Cf. J. Höffner, *op. cit.*, pp. 63-64.

⁸⁰ También el *De regimine principum* (1285) de Egidio Romano (Gil de Roma) sigue la doctrina aristotélica: "cil qui sont nez et demorent es chaudes terres... ont defaute de hardement... [et sont] couarz par nature", etc. (*Li livres du gouvernement des rois*, ed. S. P. Molenaer, New York, 1890, p. 374). Egidio no menciona el clima entre las cuatro razones de la esclavitud natural, pero admite la servidumbre legal del vencido y del débil al vencedor, al fuerte y al valeroso (*ibid.*, pp. 251-255). Santo Tomás y Egidio Romano eran bien conocidos por los juristas españoles del siglo XVI (véase S. Zavala, *Servidumbre natural*, *op. cit.*, pp. 31, 37, 43, etc.).

⁸¹ Véase *supra*, pp. 60-61.

⁸² S. Zavala, *La filosofía política en la conquista de América*, México, 1947, pp. 49, 55, 59, 95. Sobre Bernardo de Mesa, véase también *Servidumbre natural*, *op. cit.*, pp. 35-37; y F. Ortiz, prólogo a L. Hanke, *Bartolomé de las Casas*, La Habana, 1949, pp. xxxiii-xxiv.

⁸³ Juan José de Eguiara y Eguren, *Prólogos a la Biblioteca mexicana* (1755), ed. de México, 1944, pp. 219-221.

genas tenían los europeos llegados a las Indias Nuevas. Es una tentativa de subyugar la libertad de los naturales con pretendidas leyes geográficas, la cándida realidad con citas y silogismos. Es un simulacro de mala ciencia natural, para doblegar la virgen libertad de aquel mundo inespereado en el yunque histórico de la Política y de la Autoridad. Fácil es comprender la indignación y la airada amargura de Las Casas. Y de ese modo se entiende mejor el alcance plurivalente de su reivindicación de la debilidad del indígena: en el plano aristotélico defendía su nativa libertad; en el plano cristiano le aseguraba la benevolencia divina; y en el plano mundano y práctico convertía su estigma de inferioridad biológica en título para la protección regia.

9. LA INUTILIDAD DE LAS LEYES PROTECTORAS DE LOS INDIOS

Sin embargo, de poco servían tantas argumentaciones ingeniosas, tantas fulgurantes invectivas.

Con triste ironía ante este derroche de buenas intenciones, se ha notado muchas veces que las leyes protectoras no ayudaron a los indios ni siquiera como remedio para sus sufrimientos inmediatos. De Las Casas pasó a las *Leyes nuevas* el concepto básico del indio débil, a quien hay que proteger, defender y poner bajo tutela. Y de otro gran apolo-gista de los naturales, el ilustre obispo Palafox, se ha podido decir que, "como la mayor parte de los pensadores españoles que defendieron a los indios, creó en una forma inconsciente la idea de su inferioridad y apocamiento, de su minoría de edad, de su sencillez y de su poca aptitud para defenderse por sí solos, dando motivo a que las Leyes de Indias fueran dictadas en razón de la debilidad de la raza".⁸⁴

En suma, según escribe melancólicamente un reciente indiófilo, "se pintaba a los indios con tales caracteres de debilidad física y de limitación mental y moral, que más los perjudicó el concepto que los benefició la medida protectora".⁸⁵ Las mejores intenciones para con los indígenas acababan por remachar su inferioridad y sujeción.

También este aspecto de la cuestión, tan lleno de amargo desengaño, tiene una curiosa historia. Se remonta, en sustancia, a aquellos denigradores de los indios que, como Domingo de Betanzos, previeron con riguroso pesimismo que todo cuanto se ordenase o se hiciese en favor de los desventurados naturales de las Indias se resolvería finalmente en su daño. Por consiguiente, no valía la pena afanarse tanto en ayudarlos o en civilizarlos. Mejor, repetían los dominicos de la Isla Española, "mucho mejor es que ellos solos se vayan al infierno, como antes".⁸⁶ En el

⁸⁴ P. González Casanova, "Aspectos políticos de Palafox y Mendoza", *Revista de Historia de América*, 1944, núm. 17, p. 47.

⁸⁵ Genaro V. Vázquez, Procurador General de la República [Mexicana], *Doctrinas y realidades en la legislación para los indios*, México, 1940, p. 14.

⁸⁶ R. Ricard, *La "conquête" spirituelle du Mexique*, Paris, 1939, pp. 338-339. Véase también la carta inédita de Betanzos citada por Lewis Hanke en su estudio (dactilografiado) de 1956, *Aristotle and Spain's American Indians: A study in early race prejudice in the modern world*, pp. 57-58, nota 55: "no ay cosa que para ellos [los indios] se ordene que no salgan della mil inconvenientes, de tal manera que, aunque lo que se ordena sea en sí bueno y con sancta intención provehido, quando se viene a aplicar a la subietta materia sale dañoso y desordenado y redundo en daño y disminución de aquellos a quien bien queremos hazer".

Perú, el severo virrey García Hurtado de Mendoza, marqués de Cañete (1589-1596), observaba sardónicamente que "los naturales tienen tan poca dicha, que cuanto se hace y ordena en su favor parece que se vuelve contra ellos".⁸⁷ Y no hay que pensar que este pesimismo fuera propio sólo de los católicos. Los protestantes debían alimentar menos esperanzas aún de salvar esas almas tan mal dispuestas a la Gracia. Y, de hecho, las mismas desconsoladas observaciones hicieron los puritanos acerca de los pieles rojas de la América septentrional.⁸⁸ Cotton Mather llegará a decir que el Diablo había atraído verosimilmente aquellos "miserables salvajes" a América, con esperanza de que a tan remotas regiones no llegara nunca la Buena Nueva...⁸⁹

Más tarde, frailes y arzobispos, funcionarios y santones repitieron que el caso era desesperado, y que lo mejor que cabía hacer por los indios era "dexallos".⁹⁰ El mismo Solórzano, al defender a los españoles de la acusación de haber maltratado a los naturales, sostiene que éstos, en muchos casos, "dieron ocasiones bastantes... para ser guerreados y maltratados", que su destrucción hay que achacarla no tanto a los malos tratos cuanto a sus vicios y a las calamidades con que el cielo los ha castigado, y que su triste destino parece fatal, puesto que "ninguna cosa se ordena, estatuye o procura para su salud, utilidad y conservación, que no redunde en mayor daño, detrimento y desolación suya".⁹¹

Hasta aquí, la inutilidad de la legislación protectora se explicaba como un castigo celestial, sin averiguar por qué aquella fuerza que quería el bien acababa siempre por hacer el mal, justamente al revés del Mefistófeles goetheano, "una porción de aquella fuerza que quiere siempre el mal y crea siempre el bien".⁹²

La explicación comenzó a aflorar cuando se afirmó un espíritu más humanitario y un concepto más elevado de la dignidad propia de todo hombre y de toda raza. Si, como hemos visto, hasta el benévolo Palafox consideraba a los indios débiles y por lo mismo necesitados de protección, Humboldt observaba que, por el hecho de estar protegidos, los indígenas se humillaban y se hacían más débiles. Se creía hacerles un bien "tratándolos como a menores, poniéndolos a perpetuidad bajo la tutela de los blancos", pero así "se convierten en carga para sí mismos y para el estado en que viven".⁹³ A este propósito citaba un memorial (ca. 1796) del obispo de Michoacán, fray Antonio de San Miguel, el cual

⁸⁷ Carta al Rey (de 17 de mayo de 1590), en *Gobernantes del Perú*, vol. XII, citada por J. Varallanos, *El derecho indiano*, Lima, 1946, p. 113, nota 58.

⁸⁸ Juzgaron "that all Indians were victims beyond rescue of their low condition and that not much was to be gained by studying them" (Pearce, *op. cit.*, p. 25). Aquí también, como en la América española, "the frightening paradox was that the savage heathen was lowered, not raised, by this contact with the civilized Christian" (*Ibid.*, p. 30).

⁸⁹ Citado por M. Cunliffe, *The literature of the United States*, London, 1954, p. 25.
⁹⁰ J. de Solórzano y Pereyra, *Política indiana*, 1648, II, 28, §§ 3-5 (ed. Madrid, 1776, vol. I, p. 207).

⁹¹ *Ibid.*, I, 12, §§ 31-32 (ed. cit., vol. I, p. 56).

⁹² Goethe, *Faust*, I, *Studierzimmer*: "...ein Teil von jener Kraft, die stets das Böse will und stets das Gute schafft".

⁹³ Humboldt, *Essai politique sur le royaume de la Nouvelle Espagne*, Paris, 1811, vol. I, p. 433: "En les traitant comme des mineurs, en les mettant à perpétuité sous la tutelle des blancs, ils deviennent à charge à eux-mêmes et à l'état dans lequel ils vivent".

recordaba precisamente que Solórzano y otros juristas españoles se habían preguntado por qué "los privilegios concedidos a los indios producen efectos constantemente desfavorables a esta raza",⁹⁴ y concluía: "Los filántropos aseguran que es bueno para los indios que nadie se ocupe de ellos en Europa, porque una triste experiencia ha demostrado que la mayor parte de las medidas que se han tomado para mejorar su existencia han producido un efecto contrario".⁹⁵

Vemos, pues, que en la tesis de la inferioridad del americano, renovada y exacerbada por De Pauw, confluían —en gran parte sin que él mismo tuviese clara consciencia de ello— teorías políticas, prejuicios raciales, axiomas humanitarios, hipótesis geogónicas, leyes zoológicas y fragmentos de historia: el residuo de tres siglos de polémicas, mezclado con más remojos detritus especulativos, revueltos y arrastrados por la impura corriente hasta el umbral de los tiempos nuevos.

⁹⁴ *Ibid.*, p. 439. Sobre fray Antonio de San Miguel véase también V. A. Belaúnde, *Bolívar and the political thought of the Spanish American revolution*, Baltimore, 1938, pp. 49-51, y S. de Madariaga, *Cuadro histórico de las Indias*, Buenos Aires, 1950, pp. 671-672.

⁹⁵ Humboldt, *op. cit.*, vol. I, p. 447: "Les philanthropes assurent qu'il est heureux pour les Indiens qu'on ne s'occupe pas d'eux en Europe parce qu'une triste expérience a prouvé que la plupart des mesures qui ont été prises pour améliorer leur existence, ont produit un effet opposé".

IV. LAS PRIMERAS POLEMICAS EUROPEAS EN TORNO A DE PAUW

1. REACCIONES INMEDIATAS Y EFECTOS RETARDADOS

LAS PARADÓJICAS y escandalosas tesis de De Pauw suscitaron al punto un pequeño avispero de réplicas y de contrarréplicas, generales y parciales, directas y oblicuas. En Europa lanzaron contra el abate prusiano a los apologistas del buen salvaje y de la virgen naturaleza, flanqueados por los reivindicadores de las antiguas civilizaciones precolombinas, de una parte, y de otra por los paladines de las glorias y del humanitarismo de España; y como refuerzo vinieron de aquí y de allá geógrafos y naturalistas con observaciones de primera mano, y críticos y creyentes resueltos a rechazar una visión tan desalentadora de la historia. La Providencia, la Naturaleza, el Progreso, la misión civilizadora del cristianismo y la fe en los milagros de la técnica, del comercio y del "buen gobierno" europeos, todas estas cosas fueron movilizadas confusamente contra el ácido libelo que les corroía su pátina de prestigio.

Extinguida esta primera reacción polémica (ca. 1768-1774), las *Recherches* seguían ejerciendo su acción en lo profundo. Y un decenio después de su publicación —un decenio durante el cual habían llegado a Europa los jesuitas expulsados (1767) de la América española, y las colonias inglesas de América del Norte se habían proclamado independientes (1776)—, la discusión volvía a encenderse en un nivel más alto y fructuoso (Robertson, Clavigero, Carli, Herder). Llegaban del nuevo hemisferio los primeros contraataques literarios. Europa estaba madurando aquel grado más elevado de consciencia de sí misma para el cual incluso la no-Europa, el resto del mundo, era sin embargo Europa, parte y prole de Europa. Y, al robustecerse las corrientes románticas, el planteamiento mismo de la polémica se iba desplazando del plano etnográfico-naturalista al histórico y teológico.

Los contradictores inmediatos de De Pauw son gente de horizontes bastante limitados, de humores más belicosos que reflexivos: son un abate benedictino, Pernety, un oscuro soldado e ingeniero, Zaccaria de Pazzi de Bonneville y, casi por accidente, el docto matemático Paolo Frisi y el científico Delisle de Sales.¹ Réplicas indirectas o implícitas son, por otra parte, todas las apologías de los indígenas americanos, comenzando con la de Marmontel, el idealizador de peruanos y mexicanos y antillanos.

Sin embargo, los pobres pieles rojas y los indios de Hispanoamérica no se recobraron tan rápidamente del golpe asestado contra ellos por De Pauw. En nutridas falanges se presentaban sus nuevos y aguerridos defensores, pero ellos siguieron durante mucho tiempo incriminados y dismuidos. Basta observar con cuánta mayor frecuencia, a partir de 1768,

¹ Alguna otra breve alusión a De Pauw recogen Church, art. cit., pp. 194-195, nota 33, y Durand Echeverría, *Mirage in the West—A history of the French image of American society to 1815*, Princeton, 1957, pp. 64-65, 66.

son vilipendiados, denigrados o ridiculizados los salvajes aun por autores sustancialmente extraños a la polémica.²

En suma, la influencia subterránea que las *Recherches* de De Pauw tuvieron en el desmoronamiento de la ideología del buen salvaje, aunque sólo haya sido por los argumentos que ponían en manos de quien ya era devoto de la civilización y enemigo de la desnuda naturaleza, fue ciertamente mayor de lo que podemos documentar en el presente estudio. El doctor Johnson, por ejemplo, no era en verdad hombre que tuviera necesidad de recurrir a un De Pauw para reafirmarse en sus convicciones. Pero ¿cómo no sospechar que había llegado hasta él cuando menos alguna noticia indirecta de las *Recherches* (1768) cuando le oímos replicar a su fiel Boswell (30 de septiembre de 1769), quien lo había provocado ponderándole la felicidad de los salvajes: "No puede haber nada más falso. Los salvajes no tienen ventajas corporales que los hagan superiores a los hombres civilizados; no tienen una salud mejor; y en cuanto a la preocupación o intranquilidad mental, no están por encima de ella, sino por debajo, como osos",³ o cuando, cuatro años más tarde, lo vemos demostrando que un tendero de Londres lleva una vida mejor que un salvaje, y que éste no tiene más valor que aquél, sino menos inteligencia?⁴ Pero vengamos a ejemplos más seguros.

2. PERNETY Y LOS GIGANTES AMERICANOS

Pernety es un ejemplo característico de aquella corriente extrema de la Ilustración que, a impulsos del ingenuo entusiasmo por la ciencia, desembocó en plena mística, y hasta en pleno ocultismo en algún caso. El ansia de las luces, no vigilada por un espíritu crítico, se resolvía en una busca de las luces en medio de las tinieblas más espesas. La acumulación de conocimientos, privada de una robusta estructura religiosa o filosófica, se volcaba íntegramente en el misterio. El benedictino Antoine Joseph Pernety (1716-1801), que en su juventud había tratado de interpretar los poemas homéricos como alegorías alquímicas,⁵ acompañaba

² Véanse en S. Zavala, *América en el espíritu francés*, op. cit., los juicios de Horot (1776; pp. 253, 260), Genty (1787; p. 63, pero cf. p. 65), "Un Citoyen" (1787; p. 51), Carle (1790; p. 75), Saint-Sauveur (1799; p. 142), Leblond (1813; p. 149), etcétera.

³ J. Boswell, *The life of Dr. Johnson*, ed. Everyman's Library, 1906, vol. I, p. 358: "Sir, there can be nothing more false. The savages have not bodily advantages beyond those of civilized men. They have not better health; and as to care or mental uneasiness, they are not above it, but below it, like bears". La réplica prosigue atacando a Lord Monboddo y a Rousseau (cf. *ibid.*, p. 464). Sobre la aversión de Johnson por el buen salvaje, véase Fairchild, *The noble savage*, op. cit., pp. 323-338, e *infra*, p. 157). También Delisle de Sales negaba (1770) que los salvajes de Missouri fueran más felices que los europeos por tener menos necesidades: *De la philosophie de la Nature*, op. cit., vol. II, pp. 362-363.

⁴ J. Boswell, *A journal of a tour to the Hebrides*, ed. New York, 1936, pp. 56, 58 (pero añadiendo que sería igual de fácil tomar el partido del salvaje!; cf. también *ibid.*, p. 210). Una vez más, Johnson estaba aquí en polémica con el "primitivista" Lord Monboddo. Sobre "Monboddo and Rousseau", véase Lovejoy, *Essays in the history of ideas*, Baltimore, 1948, pp. 38-61.

⁵ *Les fables égyptiennes et grecques dévoilées et réduites au même principe, avec une explication des hiéroglyphes*, Paris, 1758 (hay una reciente traducción italiana, Bari, 1936). Se ocupa de Pernety, aunque sólo en cuanto hombre de la Ilustración, A. Viatte, *Les sources occultes du romantisme*, Paris, 1928, vol. I, pp. 92-103; vol. II, pp. 279-283.

(1763) como capellán (*aumônier*) a Bougainville en su expedición a las Malvinas.⁶ De regreso en Europa, proponía con algunos de sus hermanos en religión una reforma de la orden, verosíblemente para "modernizarla", para adaptarla a los tiempos nuevos. Fallido el intento, ahorcaba los hábitos, pero no tardaba en alcanzar la protección de Federico II, el cual lo nombraba bibliotecario suyo y le otorgaba la abadía de Bürgel en Turingia. Al alejarse de la religión, había adquirido el favor del despota ilustrado y volteriano. Pero con el correr de los años volvían a prevalecer sus tendencias místicas y cabalísticas: Pernety se hacía secuaz de Swedenborg y perdía el favor de Federico. De vuelta en Francia (1783), su fama de heterodoxo lo obligaba a salir de París y a retirarse al Mediodía, donde fundaba la secta de los iluminados de Aviñón, para morir en los albores del nuevo siglo.

El libro de De Pauw, con su tono tan acre y sarcástico, tenía que herir a Pernety, ya en su entusiasmo por el buen salvaje y la virgen Naturaleza, ya en sus tendencias religiosas y humanitarias. Como testigo ocular ("j'avais vu de mes propres yeux la plupart des choses qui y sont rapportées"), se creía bien documentado para demolerlo. Ya el 7 de septiembre de 1769 leía una primera refutación de las *Recherches* en la Academia de Berlín; y el año siguiente publicaba, asimismo en Berlín, toda una *Dissertation sur l'Amérique et les Américains, contre les Recherches philosophiques de Mr. de P...* Al finalizar el opúsculo (pp. 132-133), habla el benedictino —o ex benedictino, si hemos de ser precisos— defendiendo a su orden de los ataques indiscriminados de De Pauw. Pero en todo el resto del libro habla el rousseauiano,⁷ exaltando sin límite la bondad, la cordura, la moderación, la laboriosidad y la robustez de los indígenas americanos. De manera particular, Pernety, que había llegado en su viaje hasta la Tierra del Fuego, esgrime contra De Pauw el ejemplo clásico y extremo de los gigantes patagones, modelos de perfecto y exuberante desarrollo físico, argumento viviente contra todo sofisma de degeneración americana (pp. 50 ss.).

Era éste uno de los altercados más antiguos en torno a las propiedades del Nuevo Mundo: ¿existían o no gigantes en América? Es evidente que unos seres de mole tan poderosa, de músculos tan persuasivos, hubieran sido la prueba mejor de la potencia de la naturaleza en el nuevo hemisferio, una réplica casi apabullante a los caviladores europeos. Y desde los primeros tiempos se afirmó obstinadamente la existencia de estos gigantes, que resultaba creíble, *a priori*, por las tradiciones bíblicas, clásicas y medievales.⁸ Américo Vesputio habla con gran amenidad

⁶ El viaje fue narrado en un libro, *Histoire d'un voyage aux Iles Malouines, fait en 1763 & 1764; avec des observations sur le détroit de Magellan et sur les Patagons*, Paris, 1770, que se tradujo inmediatamente al inglés, *The history of a voyage to the Malouine (or Falkland) Islands, made in 1764, under the command of M. de Bougainville, in order to form a settlement there; and of two voyages to the Straights of Magellan, with an account of the Patagonians*, London, 1771. Todavía Darwin lo cita honrosamente en su *Diario de viaje de un naturalista* (ed. New York, 1871, vol. I, pp. 252-255; vol. II, pp. 174-175).

⁷ No es que Pernety mencione explícitamente a Rousseau, el cual no era popular en Berlín; pero en la p. 113 escribe: "la première intention de cette union, ou Contrat Social, a été d'obliger tous les contractants à se prêter des secours mutuels", etc.

⁸ "En el Nuevo Mundo debía hallarse todo lo extraordinario que habían referido los viajeros antiguos", escribe Enrique de Gandía, según el cual concurren en

de los gigantes y gigantitas del nuevo continente. El diario de Pigafetta (19 de mayo de 1520, etc.) hace a Europa la presentación de los patagones, que tanta fortuna literaria y filosófica tendrían, hasta Torquato Tasso,⁹ Vico y aún más allá. De los peruanos cuenta una de las primerísimas relaciones impresas que "los indios son gente poderosa y atrevida en cosas de guerra...; los habitantes del país son maravillosamente corpulentos, como gigantes, y son muy valientes en la guerra".¹⁰ Y la existencia de gigantes americanos es orgullosamente aseverada por el padre Acosta: "nadie se maravilla ni tenga por fábula lo destos gigantes".¹¹

Justamente estas noticias del padre Acosta eran ridiculizadas en el siglo XVIII por el minúsculo abate Galiani, el cual insinuaba, en una disertación inédita, *Degli uomini di statura straordinaria e de' giganti* (1757-58), que el jesuita las había referido para complacer a sus queridos americanos, que habrían quedado muy afligidos ("piangenti") si no hubieran tenido también sus gigantes, como el Mundo Antiguo.¹² Pero todavía en el siglo XVIII creían en los gigantes americanos Rousseau, con alguna duda ("hubo, y hay quizá aún, naciones de hombres de estatura gigantesca"),¹³ y con mayor firmeza el propio Buffon¹⁴ y Voltaire, quien opinaba que, aun prescindiendo de las exageraciones, los patagones eran "la nación de estatura más alta que existe en la tierra".¹⁵ Por otra parte,

semejante leyenda la tradición de hombres de gran estatura llegados de Australia, y el descubrimiento (mencionado y discutido igualmente por De Pauw) de restos fósiles y huesos de animales prehistóricos (*Historia crítica de los mitos de la conquista americana*, Madrid, 1929, p. 38). Sobre la renovada creencia en los gigantes durante el Renacimiento, no obstante la opinión adversa de San Agustín, véase Don Cameron Allen, "Donne among the giants", *Modern Language Notes*, LXI (1946), pp. 257-260. La existencia y aun la abundancia de los gigantes en la Antigüedad y su rareza o inexistencia en los tiempos nuestros era uno de los argumentos que solían aducir, en los siglos XVI y XVII, los que sostenían que toda la naturaleza estaba en decadencia y próxima a su última ruina. Véase D. C. Allen, "The degeneration of man and Renaissance pessimism", art. cit., pp. 219 y 224, y Harris, *op. cit.*, pp. 70-71, 96, 134, 161.

⁹ *Gerusalemme liberata*, XV, 45: "Orribili muggianti / scopron su l'ito i Patagon giganti" (octava repudiada; véase la ed. de *Scrittori d'Italia*, p. 519).

¹⁰ *Nouvelles certaines des Isles du Peru*, Lyon, 1534, opúsculo reproducido fotográficamente por R. Porras Barrenechea, *Las relaciones primitivas de la conquista del Perú*, París, 1937, láms. 10 y 15: "les Indiens sont gens puissants et hardiz en fait de guerre...; les gens du pays sont fort grands à merveilles comme géans, et sont fort vaillants en guerre".

¹¹ *Historia natural y moral*, VII, 3; ed. cit., p. 457 (se funda en la existencia de enormes osamentas).

¹² F. Nicolini, G. B. Vico e F. Galiani, Appendice I, *Giornale Storico della Letteratura Italiana*, LXXI (1918), p. 200, y últimamente en el *Bollettino dell'Archivio Storico del Banco di Napoli*, núm. 4 (31 dic. 1951), pp. 114-121; *Correspondance*, *op. cit.*, vol. I, p. 317.

¹³ *Discours sur l'origine et les fondements de l'inégalité parmi les hommes*, 1754, Nota 10; "il y a eu, et il y a peut-être encore, des nations d'hommes d'une taille gigantesque".

¹⁴ *Oeuvres complètes*, ed. cit., vol. XII, pp. 418-434. Basado en el testimonio de misioneros jesuitas, también L. A. Muratori creía (1743) que los patagones eran "popoli di statura gigantesca" (*Il Cristianesimo felice nelle missioni de' Padri della Compagnia di Gesù nel Paraguai*, Venezia, 1752, vol. I, p. 28; vol. II, p. 112). Véase también Guillermo Furlong, *Tomás Falkner y su "Acerca de los patagones"* (1788), Buenos Aires, 1954.

¹⁵ *Essai sur les mœurs*, 1753-58, chap. 146; ed. Londres, 1770-79, vol. IV, p. 376: "...la nation de la plus haute taille qui soit sur la terre". También G. Leopardi, *Saggio sopra gli errori popolari degli antichi*, 1815 (ed. Firenze, 1859, pp. 250-251), cita a varios autores de fines del siglo XVIII y se inclina a suspender su propio juicio.

en América, el ingenioso mexicano Eguiara y Eguren utilizaba (1755) el testimonio de Acosta —y de otros autores— para sostener su curiosa tesis de que había habido en América gigantes corpóreos cuando la señoraban los indios, y que hay gigantes de inteligencia y de cultura desde que la rigen los españoles.¹⁶ ¡La exuberancia de América se desfogó primero en lo físico y luego en lo moral!

Entre los muchos que, por el contrario, rechazaban fuera de la realidad a los gigantes americanos, baste recordar, aparte De Pauw y Diderot,¹⁷ al abate Raynal, quien observaba fríamente a propósito de los famosos descomunales patagones que "existen gigantes y enanos en todos los países".¹⁸

La eliminación de los gigantes, de esos hombres superiores a lo normal, abría el camino para calificar a los americanos de inferiores a lo normal. Puesta en fuga aquella poderosa vanguardia, las otras razas del continente eran fácil y mísero blanco de los denigradores de América. Pero, a su vez, los defensores del Nuevo Mundo, perdida ya la esperanza de contar entre sus filas a tan selectos campeones, desplazaban la apología de los hombres al clima, de las razas al ambiente físico del continente americano, reforzando así, sin quererlo, la primacía absoluta de la Naturaleza inanimada sobre la afligida humanidad de América.

3. PERNETY CONTRA BUFFON: SU CONTRAOFENSIVA ANTIEUROPEA

A través de De Pauw, Pernetty ataca a Buffon, al cual parece aludir cuando acusa al primero de defender ciegamente "l'opinion d'un Auteur, qu'il avait adoptée",¹⁹ denigrando al Nuevo Mundo y a sus pobladores. Pero su réplica, aun cuando se funde en las válidas razones del buen sentido, no llega al nivel especulativo del naturalista ansioso de descubrir una ley que explique y justifique la diversidad de los animales en los dos mundos. Pernetty afirma plausiblemente que la abundancia de insectos y reptiles en América, y su enorme tamaño, son prueba de que "el principio de vida" es en el Nuevo Mundo tan fecundo y activo, por lo que es en el Viejo (p. 42), y que justamente de esas tierras infernales y malditas es de donde les llegan a los "privilegiados" europeos el azúcar, el cacao, el café, la cochinilla y las maderas preciosas, las drogas del Perú y de las Antillas, el oro, la plata y las piedras preciosas, y las pieles y el algodón con que se visten (p. 43). La verdadera miserable es Europa, puesto que el Nuevo Mundo es imán apetitoso de los europeos ("le grand, le puissant, le riche aimant des Européens"), los cuales tratan de compensar la exigüidad y las deficiencias de su continente con las

¹⁶ *Prólogos a la Biblioteca mexicana* (1755), ed. cit., pp. 172-173 y 186. Todavía hoy los gigantes encuentran entusiastas "sostenedores": véase al secuz de Bellamy (sobre el cual cf. *supra*, p. 58, nota 45), Denis Saurat, *L'Atlantide et le règne des géants*, París, 1954, (*Times Literary Supplement*, August 20, 1954).

¹⁷ De Pauw, *op. cit.*, 1768, vol. I, "Discours préliminaire", y pp. 281-326; Diderot, *Supplément au Voyage de Bougainville* (1771), ed. Pléiade, p. 757.

¹⁸ *Histoire philosophique et politique des établissements et du commerce des Européens dans les deux Indes*, París, 1820, vol. IV, p. 207: "il y a des géants et des nains dans toutes les contrées". Cf. *infra*, p. 224: última derivación de las polémicas sobre los gigantes, la discusión sobre la estatura de los norteamericanos.

¹⁹ *Dissertation sur l'Amérique et les Américains*, p. 6.

riquezas americanas.²⁰ Pernety es original también cuando reivindica las obras de arte de los americanos, los tejidos de plumas de los mexicanos, las orfebrerías incaicas, los bordados preciosos de los chilenos, los trabajos en madera de los caribes.²¹ Pero demasiado a menudo se pasa de la raya e invierte sencillamente la tesis de De Pauw, idealizando al salvaje y denigrando al europeo.

Todos los americanos, dice este curioso tipo de benedictino, son hermosos, fuertes, bien formados (p. 112), "y mejor proporcionados para las americanas que los europeos".²² De Pauw ha extendido indebidamente a los hombres la "hipótesis" inaceptable de Buffon relativa a los animales y a las plantas (p. 66). A aquellos pobres americanos, despojados de todo por los europeos, no les quedaba sino su cualidad de hombres: ¡y ahora tenía que venir De Pauw con la cruel pretensión de quitarles hasta eso!²³ Pero los americanos son hombres, ¡y qué hombres! De primerísima calidad. Los peruanos en el Sur, y los apalaches en el Norte (pp. 22 ss.), han dado pruebas de una civilización superior. Si hoy los peruanos son tímidos y pocos, esto se debe a las violencias y a la opresión de los españoles (p. 77). Si los americanos no desean ver otros países, es por patriotismo y filosofía (p. 87). Son, de hecho, verdaderos "Philosophes rustiques",²⁴ que cuerdamente se abstienen de las preocupaciones que a los europeos les causan los conocimientos y la ambición (p. 94). Alguna vez son malos y feroces, de acuerdo; pero "¿hay nada más cruel que el soldado europeo?"²⁵

En su contraofensiva antieuropea, Pernety encuentra tan criticable el afeitarse el bigote como el no afeitarse la barba (p. 121); descubre, el indiscreto abate, que entre las ataviadas europeas, "si se las examina de cerca, se encontrará que la mitad, por lo menos, son contrahechas";²⁶ y

²⁰ En su posterior *Examen des Recherches...*, etc., Pernety se limita cuerdamente a decir que no se pueden compilar dos listas de "dones" ofrecidos y recibidos, y critica así válidamente las teorías "contables" de las aportaciones de un continente al otro. Pero su argumento es moralizante: "il y a de l'ingratitude à faire étalage de ses bienfaits, et à taire ou déprimer ceux que l'on a reçus" (*Examen*, Berlín, 1771, vol. II, pp. 457-458).

²¹ *Dissertation*, pp. 107-111; cf. *Examen*, vol. II, pp. 120-140, 305 ss.

²² *Dissertation*, p. 46: "... et mieux proportionnés pour les Américaines, que les Européens". Pernety repite evidentemente a Lahontan (los salvajes de Norteamérica son "mieux proportionnés pour les Américaines, que pour les Européennes", *Dialogues curieux entre l'auteur et un sauvage de bon sens*, ed. G. Chinard, París, 1931, p. 93).

²³ *Ibid.*, p. 131: "fallait-il que M. de P. eût encore la cruauté de vouloir les en dépouiller?"

²⁴ *Ibid.*, p. 80. Eco del famoso *Socrate rustique* (1762 y muchas reimpressiones), título dado por el traductor francés, J. Frey des Landres, a *Die Wirtschaft eines philosophischen Bauers* de Hans Kaspar Hirzel, sobre el cual véase Paul H. Johnstone, "The Rural Socrates", *Journal of the History of Ideas*, V (1944), pp. 151-175. Ya el Barón de Lahontan (1703) había llamado "Philosophes Rustiques" a los pieles rojas (*Dialogues curieux*, ed. cit., p. 99). Véase también el *Examen* de Pernety, vol. II, pp. 510-511.

²⁵ *Dissertation*, p. 117: "y a-t-il rien de plus cruel que le Soldat Européen?"

²⁶ *Ibid.*, p. 123: "si on les examine de près, on en trouvera au moins la moitié de contrefaites". Ya en el siglo XVI Jodelle había escrito de los salvajes: "ces barbares marchent tous nus / et nous nous marchons incognus, / fardez, masquez" (citado por A. Arinos de Melo Franco, *O índio brasileiro e a Revolução francesa*, Rio de Janeiro, 1937, p. 158). Los párrafos contra el colorete y las cremas forman parte casi obligada de las apologías del salvaje: véase un ejemplo muy notable en Delisle

denuncia que el verdadero y vergonzoso salvajismo se encuentra "en los fumadores ingleses, holandeses, flamencos, o en los salones musicales alemanes, daneses o suecos".²⁷

Pocas páginas dedica Pernety a la defensa de los animales americanos. Sin entablar polémica con Buffon, recuerda sin embargo los enormes osos norteamericanos, las bravísimas fieras de la selva brasileña, los tigres del Paraguay, más grandes y temibles que los africanos, y los verdaderos leones americanos, que no deben confundirse con "un animal du Pérou et des frontières du Chili", indebidamente llamado león por los peruanos. En cuanto a los animales domésticos, podrán haber degenerado algunos, pero esto no absuelve a De Pauw del error que consiste en sacar conclusiones "de lo particular a lo general".²⁸ "En el Brasil y a orillas del Río de la Plata —prosigue Pernety—, yo he visto toros tan robustos y tan fuertes como los más corpulentos de Francia",²⁹ y otro tanto puede decirse de las cabras, de las ovejas, de los perros y de los caballos.

4. LA RÉPLICA DE DE PAUW A PERNETY: DEGENERACIÓN Y PROGRESO

Inmediata fue la réplica de De Pauw. Su *Défense des Recherches philosophiques sur les Américains* está fechada a 26 de marzo de 1770, y se publicó este mismo año en Berlín. Llena casi el doble de espacio que el escrito de Pernety, pero su lectura se facilita por la subdivisión en cuarenta y cuatro capitulillos, y señala un notable paso adelante respecto de la posición de las *Recherches*. Aunque no faltan los ataques *ad*

de Sales, *De la philosophie de la Nature*, ed. cit., vol. VI, pp. 4-36; en términos más semejantes aún a los de Pernety, el Barón de Lahontan presenta al salvaje Adario, que se burla de las vestimentas doradas bajo las cuales no pueden distinguirse "les hanches et les fesses artificielles d'avec les naturelles" (*Dialogues curieux*, ed. cit., p. 225). De Pauw, naturalmente, quita toda importancia a las artificiosas modas europeas, incluso la "d'avoit de gros ventres postiches et de gros culs postiches", como en la Francia de tiempos de Francisco II (*Défense*, ed. Berlín, 1771, p. 221). Pero en sus últimas *Recherches*, las dedicadas a los griegos, también él la emprende contra las modas frívolas y cortesananas que las damas europeas han adoptado "depuis environ vingt ans" (*Recherches philosophiques sur les Grecs*, Berlín, 1788, vol. II, p. 346).

²⁷ *Dissertation*, pp. 126-127: "... dans les Tabagies Anglaises, Hollandaises, Flamandes, ou dans les Musicaux Allemands, Danois ou Suédois".

²⁸ Parece eco de Pernety una reseña, seca y severa, de la edición alemana (1769) de las *Recherches*, aparecida en las *Göttingische Anzeigen von Gelehrten Sachen*, 19 de febrero de 1770 (año 1770, pp. 177-182). El reseñador declara que no conoce a De Pauw; pero le desagradan su tono altanero y las injurias con que suele cubrir a los adversarios, y en particular a los defensores de los gigantes (p. 177: el autor de la reseña está convencido de que los patagones son cuando menos una pulgada más altos que los ingleses). Para reivindicar las dotes intelectuales de los americanos, recuerda la gran obra del Inca (¿Garcilaso?), la memoria y la elocuencia de los pieles rojas, las carreteras peruanas, el calendario mexicano, etc. En suma, fácil le sería demostrar que todas las afirmaciones de De Pauw son "durch und durch allgemeine Schlüsse aus besonderen Fällen": crítica que casi repite las palabras de Pernety y que a lo largo de los años sucesivos será esgrimida prácticamente por todos los adversarios de De Pauw.

²⁹ *Dissertation*, p. 129: "... mais Mr. de P. n'a pas moins de tort d'en conclure du particulier au général. J'ai vu au Brésil et sur le rivage du Rio de la Plata, des Taureaux aussi gros et aussi forts que les plus gros de France".

personam,³⁰ la polémica se mantiene por lo general en un plano más elevado. Hay menos gusto por lo escandaloso, y casi ningún particular de picante obscenidad. Incluso se amortigua el acento de descubrimiento admirable y pasmoso. Hay un escrúpulo continuo por distinguir una región de otra, y se nota algún esfuerzo por poner de acuerdo los hechos con la teoría.

Hasta frente a los españoles se muestra más razonable De Pauw. Es verdad que, rivalizando en filantropía con Pernetty, se ufana de haber vuelto más odiosa que nunca la memoria de los bandidos españoles,³¹ y que, por otra parte, concede que se hubiera podido civilizar a América "sin asesinar a uno solo de sus estúpidos habitantes",³² pero niega que se pueda achacar a las carnicerías españolas la despoblación del nuevo continente, y llega a afirmar, con su habitual ligereza, que "han pasado a las Indias occidentales más europeos que el número de indígenas destruidos".³³

Por lo demás, estos indígenas siguen siendo calificados de estúpidos, como se ha visto, y de excepcionalmente viles: "cuando fue preciso combatir, los peruanos no mostraron la menor sombra de valentía, y jamás se han visto hombres tan cobardes en el mundo entero".³⁴ Las americanas, por su parte, son todas tan feas, que a no ser por "ciertas señales", no se distinguirían de los varones, o sea que no hay "bello sexo" en América.³⁵ Así, pues, no tiene nada de raro que las mujeres hayan sido maltratadas por sus maridos ni que, por reacción, se hayan dado generosamente a los españoles como a libertadores (*ibid.*, p. 43).

Es ridículo llamar "philosophes" a unos salvajes que no obedecen más que a los instintos elementales (pp. 131, 218, 242). Es ridículo seguir sosteniendo la existencia de los gigantes patagones (¡treinta páginas de refutación!). Y Pernetty ostenta una doble ignorancia cuando ataca a De Pauw como si hubiese sostenido que el hombre existe desde hace poco en América³⁶ y cuando se hace la ilusión de que sería fácil demoler la

³⁰ A las pretendidas experiencias personales de Pernetty, De Pauw replica que en su viaje a las Malvinas no ha podido Pernetty ver americanos, puesto que estas islas están deshabitadas (p. 34; pero Pernetty hizo escala también en el Brasil, y en Montevideo y el Río de la Plata); y que es un mero improvisador, mientras que él, De Pauw, estuvo trabajando nueve años en sus *Recherches* (pp. 6 y 152; en la p. 98, De Pauw recuerda que todavía en 1762 creía que el tapir era una especie de hipopotamo). Acusa a Pernetty de parcialidad como francés y como benedictino (p. 226), y quizá tiene la intención de ofenderlo cuando habla con desprecio de Guedeville, "ce Moine détroqué" (p. 170). Otras curiosas expresiones polémicas son las apologías depauwianas de la prosperidad y la civilización alemanas, aunque Alemania no haya tomado parte alguna en la conquista de América (pp. 151, 224), mientras que Pernetty parece insinuar que el país es tan bárbaro como los indígenas americanos (p. 226).

³¹ *Défense*, op. cit., p. 9. En otro lugar niega De Pauw que se puedan imputar a los europeos en general "les infâmes excès de quelques voleurs espagnols" (p. 224).

³² *Ibid.*, p. 224: "... sans massacrer un seul de ses stupides habitants".

³³ *Ibid.*, p. 25: "il a passé dans les Indes occidentales plus d'Européens qu'on n'y a détruit d'indigènes".

³⁴ *Ibid.*, pp. 45-46: "quand il fallut combattre, les Péruviens ne montrèrent aucune ombre de courage, et on n'a jamais vu dans le Monde entier des hommes plus poltrons".

³⁵ *Défense*, ed. 1771, p. 16: "il n'y a donc pas là de beau sexe".

³⁶ Tesis de Buffon, contra la cual combatió De Pauw (*ibid.*, pp. 21-22, 201-202) sosteniendo, no la "organisation récente", sino "une ancienne destruction". Sobre la reciente "organisation de la matière" en América, véase una larga digresión de Pernetty, *Examen*, op. cit., vol. II, pp. 408 ss.

teoría de Buffon. ¿Qué cosa pretende oponerle? ¿Hechos?, insiste audazmente De Pauw, sin darse cuenta de que está cavando el terreno bajo sus pies —pero anticipándose inconscientemente a las teorías estadísticas de las leyes naturales—, ¿hechos?... Pero lo que se puede oponer a una hipótesis es sólo una fortísima probabilidad, "y no hechos, pues cuando obra la Naturaleza, obra en silencio y, por decir así, sin testigos".³⁷ Al principio de su famoso *Discours sur l'inégalité* (1754), Rousseau había escrito: "Comencemos, pues, por hacer a un lado todos los hechos, ya que no atañen a la cuestión".³⁸ En el desprecio de los humildes hechos coinciden el idealizador y el denigrador del salvaje.

Por otra parte, cuando se trata de examinar los hechos de la degeneración de los animales en América, De Pauw remite sencillamente a Buffon,³⁹ y aun se escuda tras la autoridad de ese gran hombre,⁴⁰ el cual parece confirmar, en este punto, su tesis de que la vida en América no es incipiente e imperfecta, sino decaída y corrompida. Recuerda la esterilidad de las primeras especies trasplantadas y la persistente necesidad de enviar de Europa a América grandes cantidades de carnes ahumadas o saladas (pp. 79, 81). Y, pasando del reino animal al vegetal, le replica a Pernetty que en América el azúcar no es tan dulce, ni el café tan aromático, ni la madera de encina tan robusta como en el Viejo Mundo (pp. 111, 114, 120). En cuanto a los tesoros minerales, fácil le es demostrar que el oro y la plata han sido tan funestos para el Perú como para España (pp. 115-116).

Pero, cuando no se deja dominar de nuevo por el frenesí denigratorio de toda la naturaleza y de todo el pasado americano,⁴¹ De Pauw advierte

³⁷ *Défense*, p. 204: "...et non des faits; car quand la Nature opère, elle opère en silence, et, pour ainsi dire, sans témoins".

³⁸ "Commençons donc par écarter tous les faits, car ils ne touchent point à la question". Cf. ya Diderot (1746): "une seule démonstration me frappe plus que cinquante faits...; je suis plus sûr de mon jugement que de mes yeux" (*Pensées philosophiques*, L, en *Oeuvres philosophiques*, ed. Paris, 1888, p. 71), y Montesquieu: "Il n'est pas impossible d'attaquer une religion révélée, parce qu'elle existe par des faits particuliers, et que les faits, par leur nature, peuvent être matière de dispute" (carta a W. Warburton, 16 de mayo de 1754, en *Oeuvres diverses*, Paris, 1820, vol. III, p. 324). Estas expresiones forman parte de la polémica de la *Raison* contra la tradición, pero tienen un alcance específico contra los testimonios de la Revelación: sobre este aspecto, véase R. R. Palmer, *Catholics and unbelievers in eighteenth-century France*, Princeton, 1939, p. 78.

³⁹ Véanse, por ejemplo, pp. 76, 90, 93-94, etcétera.

⁴⁰ Ed. 1771, pp. 90, 193.

⁴¹ Y no sólo americano. Anticipando las "denigraciones" de los pueblos orientales, que luego desarrollará en sus segundas *Recherches*, dice que los chinos no tienen ni astrónomos, ni naturalistas, ni escultores, ni pintores, y anuncia que publicará una demostración de las razones que han impedido a los orientales aprender a pintar, aun en los lugares adonde no ha llegado el mahometismo, "comme à la Chine et au Japon, où on ne sait pas encore aujourd'hui dessiner correctement" (pp. 218-219 nota). Aunque la acusación era impugnada inmediatamente (1771) con gran vigor por Pernetty, quien invitaba a su adversario a visitar los "cabinets de Paris et de Hollande" (*Examen*, op. cit., vol. II, pp. 449-450), De Pauw volvía a lanzarla en sus *Recherches philosophiques sur les Egyptiens et les Chinois*, 1773 (ed. Paris, an III, 1794-95, vol. IV de las *Oeuvres philosophiques de Pauw*), donde en efecto se ilustran prolijamente "le dessin ridicule et l'affreux barbouillage des Chinois" (vol. I, p. 305), y se concluye que "les arts sont restés... chez la plupart des... peuples de l'Orient, dans une espèce d'enfance éternelle" (vol. I, p. 312; sobre la pintura, véase también *ibid.*, pp. 381-385). Algún japonés ha llegado a pintar discretamente flores y animales, pero aun los japoneses son "très-incapables" "de toucher le paysage, ou de peindre

la gravedad del problema mucho mejor que Pernetty: se da cuenta de que las nociones geofísicas que se tenían en Europa en el momento del Descubrimiento eran "absolutamente insuficientes para nombrar y para clasificar las nuevas especies encontradas en América",⁴² y de que, incluso en sus tiempos, "nada es más inconcebible que la manera como la Naturaleza ha repartido y distribuido las especies animales en el globo".⁴³

Sin embargo, el progreso más importante consiste en la conciliación que intenta entre el dogma europeo del Progreso y la tesis de la degeneración en América. Desarrollando lo que en las *Recherches* era apenas una alusión pasajera,⁴⁴ De Pauw sostiene ahora que los americanos eran degenerados en el momento del descubrimiento, pero que, bajo la influencia de las artes y de los afanes europeos, han *progresado* en los tres siglos transcurridos desde entonces, y progresarán aún más en el futuro. "Al cabo de trescientos años, América se parecerá tan poco a lo que hoy es, como hoy se parece poco a lo que era en la época del descubrimiento".⁴⁵ Pernetty no se quiere persuadir de que las *Recherches* hablan "casi siempre de ese estado en que se encontró el nuevo continente" a fines del siglo xv y comienzos del xvi, y *no* de la América actual.⁴⁶

La degeneración de América pierde así aquel carácter de fatal maldición que tenía en las *Recherches*, y se resuelve en una fase transitoria del desarrollo histórico. El punto más bajo de la decadencia americana se sitúa tres siglos atrás, y el Continente Nuevo, desde el momento de su entrada en la órbita de Europa, queda hecho partícipe, aunque a paso lento y trastrabillante, de sus progresos.

Por lo tanto, el descubrimiento de América ha sido verdaderamente "el acontecimiento mayor y más memorable de la historia"⁴⁷ (¿eco del célebre exordio de Gómara?). Las causas bruscas de la remota degeneración, las catástrofes de diluvios y erupciones volcánicas, oscuramente bosquejadas en las *Recherches* (y admitidas todavía en la *Défense*), no se han repetido. Y las causas lentas y constantes, englobadas bajo el nombre de "clima", han sufrido una alteración en sentido favorable.

en histoire". Juzgados en la famosa balanza de Piles, casi todos los orientales tendrían cero en diseño, cero en composición, cero en expresión y cero en color (vol. I, pp. 333-334). Cf. ya Francesco Algarotti: "la mediocrità de' Cinesi... manifestamente si scorge nella pittura" (*Pensieri diversi*, en sus *Opere*, Livorno, 1764, vol. VII, p. 194), y el anti-depauwiano abate Roubaud: los japoneses "réussissent dans le coloris, mais ils n'ont aucune connaissance du dessein, de la perspective, et des autres parties savantes" (*Histoire générale de l'Asie, de l'Afrique et de l'Amérique*, Paris, 1770-75, vol. I, p. 213). Véase también el juicio análogo de Drouin de Bercy, citado *infra*, p. 569.

⁴² *Défense*, p. 97: "...ont été absolument insuffisantes pour nommer et ranger en classes les nouvelles espèces qu'on a trouvées en Amérique".

⁴³ *Ibid.*, p. 94: "rien n'est plus inconcevable que la manière dont la Nature a repartí et distribué les espèces animales sur le Globe".

⁴⁴ *Recherches philosophiques*, ed. cit., vol. I, pp. 25-26.

⁴⁵ *Défense*, p. 108: "Au bout de trois cents ans, l'Amérique ressemblera aussi peu à ce qu'elle est aujourd'hui, qu'elle ressemble aujourd'hui peu à ce qu'elle était au temps de la découverte". Cf. también Church, art. cit., p. 196. Estos dos períodos triseculares hacen recordar que trescientos años eran justamente, según Goodman, el lapso necesario para poder comprobar una decadencia o corrupción de la naturaleza (véase V. Harris, *op. cit.*, p. 29).

⁴⁶ *Défense*, ed. 1771, pp. 63, 65, 101, 103, 109, 189, 211-212, 227.

⁴⁷ *Ibid.*, p. 141: "le plus mémorable, le plus grand événement de l'histoire".

De Pauw desarrolla en esa forma otra idea predilecta de Buffon,⁴⁸ ya esbozada por Oviedo, aplicada por Hume a las dos Américas,⁴⁹ y poseedora de un indiscutible meollo de verdad, a saber: que la obra del hombre, con el cultivo de las tierras, la regulación de los ríos, la cría de los animales, la desecación de las aguas estancadas, modifica lentamente las condiciones de salubridad y hasta el clima de una zona determinada. ¡Tal vez, en dos o tres siglos, hasta se llegará a producir en América un vino como el de Borgoña!⁵⁰ Todavía sostiene De Pauw que el clima actual de América hace degenerar a los europeos,⁵¹ pero admite que un día florecerán también en el Nuevo Mundo las artes y las ciencias; y florecerán primero en el Norte que en el Sur, porque los colonos ingleses se dedican tenazmente y "con fervor increíble a desbrozar el terreno, a purificar el aire, a hacer correr las aguas pantanosas", mientras que los españoles y los portugueses, que poseen las mejores provincias de América, han adquirido, por contagio, toda la pereza de los indígenas.⁵²

Las nuevas tesis de De Pauw, con sus sugestivas alternancias de decadencia y civilización de los americanos, recuerdan un curioso diálogo, escrito por Vauvenargues (1715-1747) unos treinta años antes, pero que permaneció inédito hasta 1857. El moralista presenta allí a un americano que, como de costumbre, cubre de reproches a un europeo, en este caso concreto un portugués, por haber enseñado a los inocentes indígenas las artes corrompidas de la civilización. Pero el portugués niega vigorosamente que la civilización sea una forma de corrupción o degeneración, y en el curso de su réplica le pregunta al americano si se figura al genio de la humanidad como un gran árbol que con el tiempo ha dado frutos maduros, "pero que luego ha degenerado, perdiendo su fecundidad al mismo tiempo que su fuerza". Contesta afirmativamente el americano, que ve reforzada por esa metáfora su tesis de que los indígenas americanos habían alcanzado aquel grado de perfecto desarrollo, mientras que los europeos lo habían sobrepasado ya, en su decadencia. Pero el portugués insinúa victoriosamente: "¿Y quién os ha dicho que vosotros habíais llegado en América a ese punto de madurez? ¿Quién os ha dicho que, después de adquirirlo, no lo habíais perdido?"⁵³ Y, siempre poético, como conviene a un portugués, compara las artes de Europa

⁴⁸ Véase *supra*, p. 13.

⁴⁹ *Of the populousness of ancient nations*, en los *Essays* de Hume, II, 11; ed. 1771, pp. 441-442.

⁵⁰ *Défense*, ed. 1771, p. 105.

⁵¹ *Défense*, pp. 10-11; ed. 1771, p. 60.

⁵² *Ibid.*, p. 13; sobre las modificaciones del clima, véanse también las pp. 55 y 70. refractario a toda mejora es el clima maligno de Panamá, Cartagena y Portobello (*ibid.*, p. 59). En las segundas *Recherches* se habla (vol. I, p. 80) de los egipcios que "avoient beaucoup corrigé le climat de leur pays", y se limita mucho la influencia del clima en general (vol. I, pp. 167, 180, 255). Entre los numerosos autores que han adoptado y desarrollado esta tesis, recordemos a los anti-depauwianos Jefferson, con algunos de sus secuaces (Edwin T. Martin, *Thomas Jefferson: scientist*, New York, 1952, pp. 139, 143, 204-209, 232), y Volney, en su *Tableau du climat et du sol des États-Unis* (1803), *Oeuvres complètes*, Paris, 1846, pp. 630-699, sobre todo 637 y 644-686. En particular, la tala de los bosques se señaló como un factor de alteración del clima norteamericano: véanse los ejemplos aducidos y comentados por G. Chinard, "La forêt américaine", en *L'homme contre la nature*, Paris, 1949, pp. 85-178, y por H. N. Smith, *Virgin Land, The American West as symbol and myth*, Cambridge, Mass., 1950, pp. 179-183.

⁵³ *Oeuvres morales* de Vauvenargues, Paris, 1874, vol. II, p. 325.

con el sol de primavera que torna a hacer florecer los campos tras el invierno de la barbarie.

Es clara, aun cuando puramente accidental, desde luego, la afinidad con el punto de vista de De Pauw en su réplica a Pernety. El portugués de Vauvenargues trata de conciliar la vieja antítesis de naturaleza y civilización insertándola en las vicisitudes de la historia. De Pauw, sin liberar a América del calificativo de degenerada, la ve susceptible de cierto progreso.

Por último, mientras que Pernety veía a América en un estado de inmóvil y bienaventurada perfección, en un áureo, "filosófico" estado de naturaleza, De Pauw —y es éste, quizá, su rasgo más genialmente moderno— la describe con el realismo del economista, pobre, explotada y dominada, porque tiene que recibir de Europa todas las manufacturas, y porque no tiene bastantes pobladores. Esto hace de América, "hablando en sentido político, el país más desdichado del mundo, pues es lo que la abandona enteramente al capricho de los extranjeros".⁵⁴ Es infinitamente mayor la necesidad que tiene de Europa, que la que ésta tiene de América. El Nuevo Mundo está de tal manera sometido al Viejo, por naturaleza y por política, "que su independencia total es una cosa moralmente imposible; pero, con el tiempo, dejará de serlo".⁵⁵ Ya las colonias del Norte envían virtualmente al Sur: "he ahí el primer paso hacia su independencia de las metrópolis".⁵⁶ La industrialización y la autosuficiencia alimenticia como bases de la futura independencia política de América: es ésta una idea que nadie esperaba ver formulada por el más clásico de los denigradores y calumniadores del Nuevo Mundo.

5. LA CONTRARRÉPLICA DE PERNETY: "REPETITA MINIME JUVANT"

La respuesta de De Pauw, altanera y casi despectiva en su tono, fortalecida, en cuanto a su contenido, por nuevos puntos de vista, impenitente en la herejía fundamental, debió de consternar al pobre Pernety, que se hacía ilusiones de haber liquidado en un dos por tres, con su autoridad de testigo ocular, las fantasías y exageraciones de las *Recherches*.

Su causa de apelación ante la Academia Real de Berlín estaba perdida, y la fama de De Pauw había salido acrecentada. ¿Ante qué otra corte más elevada podría volver a proponer sus instancias...? Al ver desmoronarse el murito de sus argumentos bajo la lluvia de sarcasmos de De Pauw, el paciente benedictino no perdía los ánimos, sino que se ponía a construir un terraplén más alto y más sólido. Recogía gran cantidad de testimonios autorizadísimos, incluso el de Benjamín Franklin,⁵⁷ amasaba apresuradamente con ellos una *summa apologetica* americana y sacaba del horno, en 1771, su *Examen des Recherches philosophiques sur l'Amérique et les Américains et de la Défense de cet ouvrage*: dos volú-

⁵⁴ "...politiquement parlant, le Pays le plus malheureux du Monde; car par là il est entièrement à la discrétion des étrangers".

⁵⁵ *Défense*, p. 124; ed. 1771, pp. 117-118: "...son entière indépendance est une chose moralement impossible; mais elle ne le sera plus avec le temps".

⁵⁶ Ed. 1771, p. 115 nota: "c'est là le premier pas vers l'indépendance des métropoles".

⁵⁷ *Examen*, vol. II, p. 584, citado por D. Echeverría, *op. cit.*, p. 30.

menes, de pequeño formato, es verdad, pero que comprenden no menos de novecientas sesenta y dos páginas.

Es una fortuna, para nosotros al menos, que De Pauw ya no haya contestado. Pero, en verdad, no había motivo para hacerlo. Pernety no aduce argumentos nuevos ni ensancha los horizontes del problema. Y, aunque está evidentemente enfadado, aunque afirma a grandes voces que nunca ha llegado a confundir la América de 1492 con la del siglo XVIII,⁵⁸ lo único que hace es exhumar una hinchada erudición americana. Por lo general, Pernety trata ahora a su adversario con nuevo respeto: De Pauw ha "imaginado una hipótesis, y para eso hace falta genio"; la hipótesis será falsísima, pero lo ha llevado a investigaciones y explicaciones originales, y puede servir "para encontrar verdades nuevas".⁵⁹ El error lógico de De Pauw consiste en generalizar;⁶⁰ pero en la raíz de este error se encuentra la acritud polémica, el gusto de vilipendiar, el orgullo del libertino,⁶¹ la *suffisance* del literato cortesano. Lástima que el hombre de ingenio se deje guiar por una imaginación tan fogosa y estrambótica que, apenas nacida, se alimenta de aguas pútridas y mefiticas, crece sobre un charco corrompido, hormigueante de reptiles, de serpientes y de insectos venenosos de monstruosas dimensiones, y se nutre, siempre insaciable, de innumerables escarabajos, arañas y sapos gigantes. Su ambiente es un lóbrego erial de paredes cortadas a pico o de pantanos y selvas, o de inmensos desiertos en los que vagan algunas pocas familias de animales con rostro humano, idiotas, cretinos, presa elegida de sus instintos.⁶² Trasladando su sarcasmo vengativo de la defensa de los indígenas a la de las antiguas civilizaciones americanas, Pernety lamenta que el valeroso Cortés no haya tenido entre sus soldados a un Monsieur de Pauw, el cual, de una sola plumada, habría hecho desaparecer ciudades fortificadas y multitudes bien armadas, —aun a costa de hacer parecer al conquistador un Don Quijote batallando con ejércitos imaginarios...⁶³

Salvo alguna feliz ocurrencia de este género, la táctica contraofensiva de Pernety es, por lo demás, bastante fastidiosa: contra cada afirmación de De Pauw cita pasajes —tan largos a veces que ocupan varias páginas— de cronistas y viajeros que declaran lo contrario; pero no ejerce sobre ellos ninguna crítica, sino que toma a la letra y admite sin discriminar todo cuanto han dicho de bueno sobre las Américas. A las arrobadas visiones de Colón, a las calculadas hiperboles de Cortés, a las desenfadadas patrañas del pseudo-Vespucio, a las apasionadas idea-

⁵⁸ *Op. cit.*, Berlín, 1771 (parece existir otra edición de 1773), vol. I, pp. 28-30, 179, 217; vol. II, p. 69, etc.

⁵⁹ *Op. cit.*, vol. II, p. 116; véase también *ibid.*, vol. I, p. xviii; vol. II, pp. v, 268, etc.

⁶⁰ De Pauw ha procedido como alguien que diera un cuadro de Europa fundado en las estepas laponas o en las marismas italianas (*op. cit.*, vol. I, p. 103); cf. vol. I, pp. 276-277, 294; vol. II, pp. 157-158, 182, 195 nota, 203, 209, 286-287, 539, 543, 548-549, 598 y 599.

⁶¹ ¿Cómo se atreve De Pauw, "Ministre de la Religion Chrétienne", a llamar "nos Faquirs" a los sacerdotes de las religiones europeas? (vol. II, p. 573). Cf. *supra*, p. 79, nota 28.

⁶² *Ibid.*, vol. I, pp. 304-305. El cuadro, continúa Pernety (pp. 311-312), sólo sería aceptable, en parte, para ciertas zonas del Brasil.

⁶³ *Ibid.*, vol. I, pp. 143-145, 305-306; de Pauw conocía las relaciones de Cortés, pero las pasó por alto adrede: *ibid.*, vol. I, p. 181.

lizaciones de Las Casas concede el mismo peso que a las informaciones recogidas con algún escrúpulo por Pedro Mártir y por Oviedo y a las relaciones científicas, mucho más tardías, de un Condamine o de un Ulloa. Ciertamente, las tesis extremas de De Pauw vienen a quedar invalidadas; pero el nuevo cuadro total, tan color de rosa, no es mucho más creíble que el cuadro negrísimo al cual pretende sustituir.⁶⁴ Y, en definitiva, no sabe uno qué cosa escoger, a menos que ya se haya decidido por la superioridad de la Naturaleza sobre la Sociedad civilizada, o viceversa.

Este es, de hecho, el único fundamento ideológico del *Examen* de Pernetý, un "primitivismo" casi místico debidamente forrado de preveniciones moralistas contra la corrompida sociedad europea. De ese modo logra conciliar las dos tesis opuestas, la de la América populosísima y la de la América desierta de habitantes. De Pauw había "historicizado" el dilema, sosteniendo que América se encontraba despoblada en el momento del descubrimiento, pero que después se había enriquecido de hombres con las migraciones europeas;⁶⁵ Pernetý invierte esta tesis y afirma, siguiendo a Las Casas y satisfaciendo al propio tiempo su primitivismo, que América tenía una población densísima en 1492 ("la población de ciertos países de América podía sobrepasar la de Europa e igualar la de Asia",⁶⁶ —¡nada menos!), pero que llegaron los nefastos europeos y entonces quedó reducida a un desierto por sus estragos y rapiñas; de tal manera, De Pauw resultaría hasta hispanófilo, por haber exonerado a los conquistadores de aquella culpa atroz...⁶⁷

⁶⁴ Por ejemplo, escribe Pernetý que en el Perú las montañas están cubiertas de rebaños de vicuñas, "et le coca, cette herbe si précieuse, y croit abondamment" (vol. I, pp. 282-283). Las vicuñas fueron siempre rarísimas, tanto que los Incas las protegieron de la extinción. La coca es una hoja, no una hierba. Sin haber leído el *Examen*, Carlí juzgaba correctamente su extremado americanismo: "mi scrivono che anche Pernetý rispose a Pauw con due Tomi ben ragionati. Lo spirito d'America invase gli Europei" (carta de Milán, 12 de mayo de 1778, en B. Ziliotto, *Trecentosessantasei lettere di Gian Rinaldo Carli capodistriano*, Trieste, 1909, p. 209).

⁶⁵ Véase *supra*, p. 80.

⁶⁶ *Examen*, *op. cit.*, vol. I, pp. 207-208: "...la population de certains pays de l'Amérique pouvait surpasser celle de l'Europe et éгалer celle de l'Asie". Véase también vol. I, pp. 24-25 y 190 ss.

⁶⁷ *Ibid.*, vol. I, p. 201. El padre Nuix (sobre el cual véase *infra*, pp. 171 ss.) adoptará en 1780 este argumento en su defensa de la "humanidad" de los españoles en las Indias. Sin embargo, ya en el mismo año de 1771, un oscuro polígrafo, escuaz entusiasta de De Pauw, había observado la contradicción entre esa declarada falta de habitantes en el Nuevo Mundo y las pretendidas matanzas españolas (Jacques-Vincent Delacroix, *Mémoires d'un Américain, avec une description de la Prusse et de l'Isle de Saint Domingue*, Lausanne-Paris, 1771, 2 vols.). Justamente después de su descripción de Santo Domingo (*op. cit.*, vol. II, pp. 73-124) y las notas (*ibid.*, pp. 125-148), Delacroix tenía descos de insertar un "Discours" para describir las crueldades españolas, pero "un Ecrivain philosophe m'a prévenu" (p. 149); y resume entonces las tesis depauwianas sobre el nocivo clima americano (p. 159), sobre la inexistencia de los gigantes patagones (pp. 175-186), sobre la lascivia de las indígenas (p. 163) y la impubertad de los indígenas ("un signe de la faiblesse de leur constitution", p. 167), sobre los esquimales (pp. 167, 173), etc. Ciertamente se puede dudar de que los criollos degeneren en sólo tres generaciones (en la Martinica y en Santo Domingo los criollos suelen "montrer beaucoup d'intelligence dans leurs affaires", pp. 168-169), pero de todos modos las *Recherches* siguen siendo "le meilleur [ouvrage] et le plus philosophique de ceux qui ont paru sur l'Amérique" (p. 169); entre los demás autores, critica a Prévost como más elegante que verídico, y a Pernetý por estar sobrecargado de pequeños particulares y escaso de filosofía, y dice que La Condamine es

La naturaleza es prolífica y la civilización es letal. La inocencia está destinada al exterminio sangriento. Si los indígenas hubieran estado dotados de menos "humanidad" y hubieran dado muerte a los invasores, De Pauw no los habría encontrado estúpidos y embrutecidos, sino que, por el contrario, les habría concedido su estima. "¡Desdichados mexicanos, desdichados peruanos!" —perora el abate—, ¿por qué habéis seguido sólo los dictados de la naturaleza? "¿Por qué no os habéis puesto a la escuela de nuestros Maquiavelos?"⁶⁸

Con la "naturaleza", Pernetý redime asimismo a los americanos de la insidiosa acusación de escasa inclinación erótica. Si son unos brutos, como quiere De Pauw, deberían, por instinto animal, andar corriendo furiosamente tras las hembras. "Si el imperio de la belleza —susurra, zalamero, el místico sentimental—, y esa invencible inclinación que reúne los sexos, es una institución de la naturaleza", ¿quiénes estarán más "entregados" a ella que los "que sólo tienen a la naturaleza por guía"?⁶⁹

Tanto más cuanto que los indios son robustos, tienen barba, tienen vello, y las mujeres de aquellos países (¡aprended, parisinas!) "son bellas, ingeniosas y de buena conducta", y cubren sus desnudeces; hay, entre ellas, rubias pálidas, rubias cenicientas y morenas, y algunas tienen la piel más blanca que las europeas.⁷⁰ Si no excitan tanto los deseos de los hombres de su raza es porque van desnudas —explica Pernetý, olvidado de que poco antes había ponderado sus púdicos ropajes— y los hombres se acostumbran a verlas, y *ab assuetis non fit passio*. Un europeo se sentiría excitado ante semejante espectáculo, pero en América la desnudez es menos provocativa que las *toilettes*, las *coiffures* y los colores en Europa.⁷¹ ¡Pobres europeos —dan ganas de concluir—, tan turbados por los vestidos como por su ausencia! Los americanos, en cambio, no conocen quizá el amor-pasión, pero tienen ternura y virtud: "sí, los indios del nuevo continente son hombres".⁷² Y además, no todos son sífilíticos.⁷³

Tienen, sí, una inclinación (*un penchant*) a la indolencia. Evidentemente por falta de ejercicio, no sabían levantar pesos como los europeos. ¿Y qué? "No todo el mundo es mozo de cuerda".⁷⁴ Por lo demás, si

uno de los pocos que han observado verdaderamente a los indígenas (p. 170). Quérard, *La France littéraire, sub voce*, enumera más de treinta obras de Delacroix, entre ellas unas notas a la traducción de la *Defence* de Adams (véase *infra*, p. 229) y una colección de constituciones europeas y norteamericanas que poseía Jefferson (*Catalogue of the library...*, *op. cit.*, vol. III, pp. 40-41).

⁶⁸ *Examen*, *op. cit.*, vol. I, pp. 237-239: "Malheureux Mexiquains, malheureux Peruvians!... Pourquoi n'aviez-vous pas été à l'école de nos Machiavels!"

⁶⁹ *Ibid.*, vol. I, pp. 262-263.

⁷⁰ *Ibid.*, vol. II, pp. 15-16.

⁷¹ *Ibid.*, vol. II, pp. 90-92.

⁷² *Ibid.*, vol. II, pp. 54, 93: "oui, les Indiens du nouveau Continent sont des hommes". ¡Y hay viajeros y misioneros que han dicho que aquellos virtuosos americanos eran muy dados a los vicios carnales...! (*ibid.*, vol. II, pp. 99-102).

⁷³ *Ibid.*, vol. II, pp. 27-28.

⁷⁴ *Ibid.*, vol. II, p. 81: "Tout le monde n'est pas Portefaix". Sin embargo, no falta la acostumbrada —y prolífica (vol. II, pp. 332-407)— defensa de los patagones y gigantes de las tierras magallánicas (sobre los cuales véase también vol. I, pp. 47-48, y *passim*). Lahontan había escrito que los salvajes no pueden cargar pesos, como hacen los europeos, hasta la edad de 35 o 40 años, pero que después —¿a causa del ejercicio?— se mantienen más robustos que los europeos hasta los 55 o 60 (*Dialogues curieux, op. cit.*, p. 218).

eran y son débiles, tanto más tenían que ser inteligentes y *sprituels*,⁷⁵ y si De Pauw los llama brutos porque no sobresalen en las ciencias y en las artes, ¿qué habrá que decir de las mujeres europeas? ¿que también ellas son "una especie embrutecida y estúpida"?⁷⁶

Por otra parte, entre los criollos han aparecido ya hombres cultísimos, de tal manera que los gobiernos europeos, muy preocupados, han tratado de reprimir los talentos mediante prohibiciones, e Inglaterra se arrepiente ya de haber dejado que se desarrollasen; asimismo, de entre los mestizos han salido excelentes pintores, como ese Miguel de Santiago cuyos cuadros han sido admirados hasta en España, hasta en Roma.⁷⁷ Y unos y otros gozan de larga vida.⁷⁸ Si ciertos criollos o ciertos colonos de la América del Norte se han arruinado la salud, no echemos la culpa al clima: eso se debe a sus excesos (a su *débauche outrée*).⁷⁹

Una sola cosa falta: demoler las últimas pretensiones que queden de una superioridad cualquiera por parte de Europa. De Pauw se muestra "embriagado de ternura" por el Viejo Mundo y por sus habitantes.⁸⁰ Pero Europa no tiene ningún privilegio, tal como América no tiene la exclusiva de las maldiciones. Tampoco es verdad que Europa sea madre de las ciencias y de las artes: "las artes y las ciencias tuvieron su nacimiento en Asia y en Africa, de donde fueron traídas a Europa".⁸¹ Es cierto que Europa las ha criado y las ha hecho crecer, pero entonces es su nodriza, no su madre... Por lo que se refiere a las costumbres, en las tabernas y en los fumadores (las ya recordadas *tabagies*) del Norte, los europeos se portan peor que los salvajes; y la mitad —sí, señor, por lo menos la mitad— de las mujeres europeas tienen el busto contrahecho a causa de las barbas de ballena; y el bocio, diga De Pauw lo que quiera, afea ciertamente a los tiroleseos...⁸²

Desbaratado De Pauw, quedaba sin embargo, en el fondo, la figura imponente de Buffon. Pernety tiene para él gran profusión de reverencias, insiste en los aspectos que lo separan de De Pauw y en los que lo emparentan con Rousseau (virtud del salvaje, vicios del hombre en sociedad), y cita largos extractos de su historia del hombre; del hombre, porque sobre los animales, como ya sabemos, Buffon es tan pesimista como De Pauw. No obstante, sin perder el valor ni —¡ay de mí!— la paciencia, Pernety repite, fundado en el testimonio de Pedro Mártir, que hay en América leones y tigres, aunque el señor De Pauw pueda llamarlos con otro nombre, si eso le da placer.⁸³ No importa que no tenga melena, no importa que tenga feo color, no importa que sea pusilánime: el puma

⁷⁵ Tema lascasiano: véase *supra*, p. 62.

⁷⁶ *Examen*, vol. II, p. 79: "...une espèce abrutie stupide" (*sic*).

⁷⁷ *Ibid.*, vol. II, pp. 141-184; sobre Miguel de Santiago, véase vol. II, pp. 170 y 306-307, donde se cita a Ulloa, *Journal*, p. 229. De este pintor, mestizo o indio, hablan luego otros apologistas de América, hasta Drouin de Bercy, *L'Europe et l'Amérique comparées*, Paris, 1818, vol. II, p. 200.

⁷⁸ *Examen*, vol. II, pp. 235 ss.

⁷⁹ *Ibid.*, vol. II, pp. 163, 245.

⁸⁰ *Ibid.*, vol. I, pp. vii, 73, etc.

⁸¹ *Ibid.*, vol. II, pp. 440-448: "les arts et les sciences ont pris naissance en Asie et en Afrique, d'où on les a apportées en Europe..."

⁸² *Ibid.*, vol. II, pp. 461-469, 479-490, 495-502. Sobre el bocio, véase De Pauw, *Défense*, ed. 1771, p. 225.

⁸³ *Examen*, vol. I, p. 68 nota.

es un verdadero león; y también el jaguar es un verdadero tigre, aunque no sea un tigre real.⁸⁴ *Te baptizo carpum*...

Otra cosa: De Pauw concede gran importancia a las dimensiones. Muy bien. Entonces, deberá admitir que al menos los reptiles y los insectos americanos son más perfectos que los europeos, relativamente minúsculos y en consecuencia degenerados.⁸⁵ Y si sostiene que las fieras son tanto más perfectas cuanto más feroces, porque así lo quiere la Naturaleza, deberá concluir que un animal salvaje, en el estado natural, es más perfecto que uno doméstico de la misma especie, —tesis acogida por Buffon, pero que no cuadra con la pretendida degeneración de las especies animales americanas. La naturaleza, alterada y corrompida en los animales domesticados, resplandece pura y fuerte en los selváticos.⁸⁶

Tampoco es verdad que todos los animales ya domesticados hayan degenerado en América: en los cerdos se ha visto una mejoría (pero esto ya lo había concedido Buffon); los cuadrúpedos en general son prolíficos, y los caballos —Pernety los ha visto en Montevideo— tienen excelentes cualidades. ¿Se han hecho más pesados...? Pero esto se debe a que de un terreno seco se los ha trasladado a uno húmedo: otro tanto ocurre con los que se han llevado del Lemosín o de España a los valles bajos del Poitou, o a las pingües praderas de Normandía, o a las marismas de Holanda.⁸⁷ Las calamidades de Europa —parece insinuar habitualmente Pernety— no les van en zaga a las de América.

6. DE PAUW NO CAMBIA DE OPINIÓN

De tal manera atenuada, descolorida y diluida a través de casi mil páginas, la contratesis de Pernety no podía preocupar ya a De Pauw. Y menos aún tenía de qué preocuparse nuestro americanófobo cuando Pernety volvió a tratar del asunto, en una obra más tardía, atenuando todavía el extremismo de sus réplicas, abandonando casi por completo a los fieros gigantes patagones (pocos, si acaso, y si hemos de dar crédito a Frezier y a muchos otros viajeros), y dando del indígena un retrato bastante poco lisonjero.⁸⁸ Ciertamente es que De Pauw no replicó ya a Pernety, como tampoco respondió a ninguno de sus muchos otros confutadores, y tam-

⁸⁴ *Ibid.*, vol. II, pp. 214-226, rectificando la posición anterior (cf. *supra*, p. 79). De manera análoga, sostiene Pernety que en el Perú hay hierro, aunque desgraciadamente inservible: "ce fer est si aigre, que tout ce qu'on a voulu en faire, a toujours été extrêmement cassant" (*ibid.*, vol. II, p. 302); cf. *supra*, p. 54.

⁸⁵ *Ibid.*, vol. II, p. 526. Este argumento aparecía ya en la *Dissertation*: véase *supra*, p. 77.

⁸⁶ *Ibid.*, vol. II, pp. 528-532; cf. *supra*, pp. 23-24.

⁸⁷ *Ibid.*, vol. II, pp. 191-192; y, para Yucatán, vol. I, p. 102. Cf. Mazzei, *infra*, p. 248. En uno de los célebres tapices del *Parément des Indiens* (Gobelins, 1687-1688), dos soberbios y nobles caballos, engualdrapados y enjaezados, ven de arriba abajo a una pobre y pequeña llama, extrañamente palmipeda: ¿superioridad de la fauna europea sobre la americana? ¿o prueba de su feliz aclimatación?

⁸⁸ En el capítulo "Des différences dans l'espèce humaine", contenido (vol. II, pp. 316-324) en el tratado de fisiognómica intitulado *La connaissance de l'homme moral par celle de l'homme physique*, Berlin, 1776-1777, donde se repite (véase *supra*, p. 79, nota 28), sin mencionar a De Pauw, que no son rasgos constantes de la población americana determinados "faits particuliers, sur lesquels on ne peut juger de toute la nation, ou de tout un peuple", pero se admite que los indios tienen un ori-

poco escribió aquel "autre ouvrage" anunciado en la *Défense*,⁸⁰ que habría debido demostrar que el salvaje es un menor de edad en relación con el hombre civilizado; ni llegó a aparecer esa nueva edición de las *Recherches* en la que Pernety se lisonjeaba de que habría acogido muchas de sus críticas.⁹⁰

Hay sólo otro escrito de De Pauw dedicado a América, y no hace más que repetir, de manera mucho menos vivaz y agresiva, las tesis de las *Recherches*: es el largo artículo que escribió para el *Supplément à l'Encyclopédie* y que se publicó en 1776.⁹¹ Los americanos se describen aquí como hombres estúpidos, inertes, indolentes, físicamente débiles, o cuando menos no tan robustos como se podría creer (a lo cual contribuyen su pereza y su inclinación a la bebida), incapaces en todo caso de progreso civil, pocos, dispersos e ignorantes los unos de los otros. En cuanto a los criollos, se reafirman las sentencias de inferioridad, atribuida genéricamente al clima, y calificada por consiguiente de "desgracia", y no de "culpa". Pero esta desgracia es universal: si en las *Recherches* De Pauw se había mofado cruelmente de la Universidad de Lima, ahora, debido quizá a la creciente popularidad de los colonos norteamericanos en Europa, prodiga sus sarcasmos también contra la de Harvard: "no se ve que los profesores de la Universidad de Cambridge, en la Nueva Inglaterra, hayan formado... a algunos jóvenes americanos, hasta el punto de poder presentarlos en el mundo literario".⁹²

Así, pues, la sustancia del juicio permanece sin variaciones. Pero el tono es mucho menos áspero, faltan por completo las alusiones a materias escabrosas y, en particular, desaparece casi toda pretensión sistemática, toda tentativa de explicación científicamente fatalista, y por lo tanto —de rechazo— una buena parte de la seguridad europeísta. Algunas de estas alteraciones se deben ciertamente a De Pauw que, como buen literato, conocía la diferencia entre un *pamphlet* provocador de escándalo y un artículo de enciclopedia; otras le pueden haber sido aconsejadas por la consideración a su propia fama de historiador, reverdecida gracias al buen éxito de sus segundas *Recherches* (sobre los egipcios y

gen común, que son perezosos y ociosos, aunque no malvados ni estúpidos, que tienen costumbres extrañas y caprichosas, etc. Permanece intacta la defensa de las indígenas: "les femmes sauvages sont grasses et assez bien faites..."

⁸⁰ Ed. 1771, p. 20.

⁹⁰ *Examen, op. cit.*, vol. II, pp. iv-v.

⁹¹ *Supplément à l'Encyclopédie, ou Dictionnaire raisonné des sciences, des arts et des métiers*, etc., Amsterdam, 1776, vol. I, pp. 343-354. El prefacio menciona entre los colaboradores a De Pauw, de quien se dice que ha contribuido con unos "articles d'Antiquités, d'Histoire et de Critique dignes de la réputation qu'il s'est acquise" (p. iii). Pero en los cuatro volúmenes en folio del *Supplément* no he encontrado ningún otro artículo firmado con su nombre o con sus iniciales. El *Supplément*, como es sabido, no tiene en común con la famosa *Encyclopédie* más que los nombres de dos colaboradores, D'Alembert y Marmontel; fue una empresa comercial, a la cual Diderot se mantuvo completamente ajeno (L. S. Gaudin, *Les lettres anglaises dans l'Encyclopédie*, New York, 1942, p. i). Quedan, pues, sin fundamento las deducciones de algunos estudiosos (por ejemplo Church, art. cit., p. 194) acerca del favor de que gozaba De Pauw entre los "enciclopedistas".

⁹² De Pauw, art. cit., p. 351: "on ne voit point que les professeurs de l'université de Cambridge, dans la nouvelle Angleterre, aient formé... quelques jeunes Américains, au point de pouvoir les produire dans le monde littéraire". Cf. G. Chinard, "Eighteenth-century theories on America as a human habitat", en los *Proceedings of the American Philosophical Society*, vol. XCI (1947), núm. 1, p. 36.

los chinos), o incluso por el clamor de los críticos que se habían levantado contra él; otras, finalmente, pueden imputarse quizá a los editores del *Supplément*.⁹⁹

El resultado global es desconcertante: el último escrito del ferocísimo antiamericano resulta pobre, inconexo, desteñido. La inferioridad de América se mantiene y se reafirma enfáticamente, pero no se habla ya de degeneración ni de inmadurez. Varias veces reaparece la indicación de 1492 como el momento en que más sorprendente fue esa inferioridad,⁹⁴ y una vez más se expresa la esperanza de que, con el cultivo de las tierras, mejorará el clima,⁹⁵ pero se abandona por completo la fecunda visión histórica de parábola invertida, que hemos señalado en la *Défense*,⁹⁶ y aquellas centelleantes alusiones proféticas a la independencia económica y política de América,⁹⁷ en vez de reavivarse a causa de la rebelión de las colonias británicas, se apagan bajo la sentencia final: "hoy mismo no hay en todo el Nuevo Mundo un solo pueblo americano que sea libre y que busque instrucción en las letras".⁹⁸

Igualmente atrasadas con respecto a la *Défense* resultan las explicaciones de la universal inferioridad americana. Deben de haber ocurrido erupciones volcánicas, terremotos, inundaciones y otros cataclismos, pero la verdadera causa "es un secreto de la naturaleza". En el "clima" se resumen, una vez más, todos los factores adversos, pero se dice que es malsano sólo "en ciertos lugares", y la acusación aparece matizada con varias dudas y reservas: "pueden existir en el clima de América algunas causas particulares que hacen que ciertas especies animales sean allí más pequeñas que las especies análogas que viven en nuestro continente", y que se haga bastardo, en el extremo Norte, el ganado llevado de Europa.⁹⁹ Pero ¿de qué parte del universo mundo no podría decirse algo semejante? De Pauw, aferrado a su tesis, no puede extender a los americanos (o a toda la humanidad) su originario y firmísimo optimismo europeísta, de tal manera que, casi sin darse cuenta, acaba por volcar sobre sus amados europeos algunos de los juicios más pesimistas formulados a costa de los americanos. En polémica con los teólogos españoles, el abate prusiano recuerda que en todos los climas, sin excluir el

⁹³ Church, art. cit., p. 184, sospecha "censuras" de este origen.

⁹⁴ Cristóbal Colón encontró un continente "où tout était dans une désolation si grande, qu'on ne peut y réfléchir sans étonnement" (p. 344a); "on conçoit... quelle était, au quinzième siècle, l'étonnante différence entre les deux hémisphères de notre globe" (p. 346b); todas las ciencias eran desconocidas en el continente americano, "de sorte que l'esprit humain y était retardé de plus de trois mille ans" (p. 354a).

⁹⁵ *Ibid.*, p. 351b, citando la nueva edición de las *Recherches philosophiques sur les Américains*.

⁹⁶ Cf. *supra*, p. 82.

⁹⁷ Cf. *supra*, p. 84.

⁹⁸ Art. cit., p. 354a (final del artículo): "aujourd'hui même il n'y a point dans tout le nouveau monde une peuplade Américaine qui soit libre, et qui pense à se faire instruire dans les lettres".

⁹⁹ *Ibid.*, pp. 345b, 349-350: "il peut exister dans le climat de l'Amérique des causes particulières qui font que de certaines espèces animales y sont plus petites que leurs analogues qui vivent dans notre continent". Otras atenuaciones: hay hierro en América, pero los americanos no lo sabían forjar (p. 345b). Los americanos no son tan longevos como afirman algunos, pero no se puede conocer su edad exacta, y en el Norte, por lo menos, viven lo mismo que los demás hombres (p. 350b). Subsiste de lleno, en cambio, la polémica anti-hispánica (Rómulo D. Carbia, *Historia de la leyenda negra hispano-americana*, Buenos Aires, 1943, pp. 136-137).

continente europeo, ha habido antropófagos, "porque, cuando las ciencias no iluminan al hombre, cuando las leyes no detienen su mano ni su corazón, cae en todas partes en los mismos excesos".¹⁰⁰ Y, a propósito de las facultades intelectuales de los aborígenes, negadas sin remisión poco antes, observa que se podría tener una prueba segura de ellas con sólo tomarlos recién nacidos y educarlos con mucha blandura y filosofía; pero el experimento debería hacerse con gran número de niños, "puesto que en la misma Europa, de tantos niños dedicados a los estudios desde su más tierna juventud, se obtiene un número tan corto de hombres razonables, y un número aún menor de hombres ilustrados".¹⁰¹

De Pauw, en una palabra, persiste en juzgar mal a los americanos; pero ya había comenzado a ejercer su severidad sobre algunas naciones del Viejo Mundo, los chinos y los egipcios, y, después de hacer objeto de sus investigaciones a las más nobles naciones de Asia y de Africa, acabaría por criticar al más ilustre de los pueblos de Europa: los griegos.

En estas obras sucesivas, De Pauw recuerda varias veces las primeras *Recherches*, da por demostradas sus tesis y las enriquece con algunos detalles particulares. En el libro sobre los egipcios y los chinos se repiten de manera incidental los ataques a la crueldad de los europeos en América,¹⁰² y con mayor frecuencia las denigraciones de toda la naturaleza americana, de los salvajes perezosos e imbéciles, feroces y miserables, de los negros cimarrones que forman sociedades de ladrones —"Républiques de Voleurs" como la de los paulistas—, y de las mismas piedras preciosas, que en América son todas "sin excepción" de calidad inferior, blandas y no duras, hasta los mismos diamantes, "lo cual parece provenir de la inundación que sufrió el Nuevo Mundo en épocas posteriores" al cataclismo del Viejo.¹⁰³

En las últimas *Recherches*, las dedicadas a los griegos (1787), recuerda ya en las primeras líneas que ha publicado otras "recherches" sobre "pueblos salvajes y embrutecidos, como son los americanos", y sobre naciones condenadas a una eterna mediocridad, como los egipcios y los chinos.¹⁰⁴ Su causticidad no ha disminuido con los años, ni con el declinar de su fama; y la polémica sobre los americanos había arraigado ya, gracias a sus adversarios y más aún a Robertson, que en su famosa *Historia de América* (1777) había adoptado algunas de sus conclusiones: "el doctor Robertson —recuerda ambigualmente De Pauw—, que ha comentado en inglés [*sic*] mis *Recherches* sobre los americanos..."¹⁰⁵

¹⁰⁰ Art. cit., p. 354a: "...parce que, quand les sciences n'éclaircissent point l'homme, quand les lois n'arrêtent ni sa main, ni son cœur, il tombe partout dans les mêmes excès". Cf. J. de Maistre, *infra*, p. 537.

¹⁰¹ Art. cit., p. 351a: "...puisque en Europe même, de tant d'enfants appliqués aux études dès leur plus tendre jeunesse, on obtient un si petit nombre d'hommes raisonnables, et un nombre encore plus petit d'hommes éclairés".

¹⁰² *Recherches philosophiques sur les Égyptiens et les Chinois*, ed. cit., vol. I, pp. 143, 304; vol. II, p. 227.

¹⁰³ *Ibid.*, vol. I, p. 213: "...ce qui paraît provenir de l'inondation que le Nouveau Monde a essuyé dans des temps postérieurs à notre cataclysme". Véanse los otros pasajes en el vol. I, pp. 19, 153, 166, 173; vol. II, pp. 4, 13, 153, 171, 254. Las primeras *Recherches* se citan para el uso del tabaco y los esmaltes de los salvajes americanos: vol. I, pp. 170 y 282.

¹⁰⁴ *Recherches philosophiques sur les Grecs*, ed. cit., vol. I, al comienzo; véase también vol. I, p. 103.

¹⁰⁵ *Ibid.*, vol. II, pp. 331-332. Cf., en efecto, *infra*, p. 150.

7. EL FILÓSOFO LA DOUCEUR Y LOS INDIOS NORTEAMERICANOS

Mientras tanto, un oscuro escritor se había presentado voluntariamente en el campo de batalla, asumiendo la defensa del ex benedictino y vituperando desenfadadamente al filósofo prusiano. No se sabe con seguridad quién redactó el librito *De l'Amérique et des Américains, ou Observations curieuses du philosophe La Douceur, qui a parcouru cet Hémisphère pendant la dernière guerre, en faisant le noble métier de tuer des hommes sans les manger*,¹⁰⁶ pero ya por el título vemos que se trata (o por lo menos quiere darse aires) de un ex soldado sin ningún espíritu militarista, y con sus ribetes de sarcasmo para con los *philosophes*. Excluida por evidencia interna¹⁰⁷ la paternidad del propio Pernety, y descartada la vieja atribución al fisiócrata Pierre Poivre, autor del *Voyage d'un philosophe* (1768) —ya porque esta obra es citada con gran respeto por De Pauw en dos ocasiones,¹⁰⁸ ya porque las tiradas de La Douceur contra los reyes no resultan creíbles en Poivre, fidelísimo funcionario, a quien el rey de Francia concedió pensión y título de nobleza, y finalmente, y sobre todo, porque Poivre no estuvo nunca en América¹⁰⁹—, tampoco parece muy satisfactorio hacer autor de esa obra, según la opinión que hoy prevalece, a Zaccaria de Pazzi de Bonneville, el cual, ni como estafalario inventor de una máquina bélica, "la Lyonnaise" —especie de carro falciforme, movido por sólo dos hombres, "mil veces más mortífero que la pólvora", recomendado para la conservación del género humano, la protección de los estados soberanos y el advenimiento de la paz perpetua—, ni como editor de los escritos militares de Mauricio de Sajonia, resulta fácil de identificar con un autor tan poco respetuoso de la noble profesión de las armas.¹¹⁰

Sea como fuere, el opúsculo está escrito con brío y buen humor,

¹⁰⁶ Berlin (Pitra), 1771; no he visto la segunda edición (Berlin, 1772), que parece tener unas treinta páginas más que la primera (la menciona Church, art. cit., p. 196, nota 34). El título recuerda la frase de Vespucio acerca de los brasileños, quienes se maravillan de los europeos, que matan a sus enemigos sin comérselos luego (Humboldt, *Examen critique de l'histoire de la géographie du Nouveau Continent*, ed. cit., vol. V, pp. 26-27). Cf. *infra*, pp. 190-191.

¹⁰⁷ Cf. *De l'Amérique et des Américains*, ed. cit., pp. 6-7.

¹⁰⁸ De Pauw, *Défense*, ed. 1771, p. 183; *Recherches sur les Égyptiens et les Chinois*, ed. cit., vol. II, p. 6.

¹⁰⁹ Poivre, que fue un excelente administrador en las islas francesas del Océano Índico (véase Lewis A. Maverick, "Pierre Poivre: eighteenth-century explorer of South-east Asia", *The Pacific Historical Review*, vol. X, 1941, pp. 165-177), y a quien recuerda también honrosamente Adam Smith (*The wealth of nations*, Book I, chap. XI, part 1), se interesa sobre todo, en su *Voyage*, por la agricultura y por los sistemas de imposición fiscal. Es curioso, sin embargo, que también Brissot de Warville, que dice haber leído con entusiasmo el *Voyage d'un philosophe* y visitado a su autor, alabe "ses observations sur les mœurs et les arts des peuples de l'Amérique" (*Mémoires*, Bruxelles, 1830, vol. II, pp. 206-216).

¹¹⁰ Conviene observar, sin embargo, que Bonneville combatió efectivamente contra los ingleses en América y que escribió un *Esprit des lois de tactique* (1762), título evidentemente inspirado en Montesquieu, autor a quien La Douceur exalta como "le moins fallible des hommes" (*op. cit.*, p. 26). Otro posible indicio: las preocupaciones demográficas, sobre todo para reparar los estragos de las guerras, ya presentes en el espíritu del Mariscal de Sajonia y en el de su editor Bonneville (*Les rêveries, ou Mémoires sur l'art de la guerre*, La Haye, 1756, ed. in-4º pp. 221-228; ed. in-16º, vol. II, pp. 209-223, con notas de Bonneville, asimismo contra el ocio de los grandes: cf. *infra*, p. 97, etc.).

con un gusto de la *boutade* y una desenvoltura juguetona que ponen un acento nuevo en la docta polémica. La Douceur —llamémosle así— no sabe nada de teorías biológicas o cosmográficas, poco ha leído de naturalistas y viajeros, pero ha estado en América,¹¹¹ donde siguió ejercitándose en la guerra y el amor, y se siente por lo tanto plenamente calificado para entrar en la disputa y sentenciar, desde la primera página, que De Pauw se equivoca y Pernety tiene razón.

Sí, De Pauw es un hombre de ingenio, pero se puede tener el ingenio al revés, y desbaratar de lleno, especialmente si uno no ha visto aquello sobre lo cual escribe. Ahora bien, ese pobrecillo de De Pauw no ha demostrado nada: ha malgastado nueve años de fatigas para escribir un libro que, en los tres cuartos de sus siete octavos (extraña hipérbola matemática, que en realidad corresponde sólo al 67.78125 %), no hace otra cosa que remasticar temas ya discutidos veinte veces. Y su *Défense* “no vale más que las *Recherches*; no es sino una repetición de éstas”, —lo cual, según se ha visto, dista mucho de ser verdad. Pernety, por su parte, no ha tratado de ciertos asuntos, quizá porque tocaban materias demasiado picantes (*trop croustilleuses*) para un benedictino, pero él, La Douceur, no tiene pelos en la lengua, y dirá todo cuanto se merece a ese fanfarrón de De Pauw, a ese sinvergüenza que se da aires de perdonar a Dom Pernety, cuando en realidad lo ha provocado con “la tirada indecente” contra los beneméritos benedictinos. Se nos antoja ver a este animoso trotamundos, con la espada en el puño, impaciente por dar caza a De Pauw, de capítulo en capítulo de su libro.

En esta caza, Pernety queda casi olvidado,¹¹² no porque el monje, o ex monje, no alcanzara a seguir las pisadas del militar, o ex militar, sino más bien porque Pernety había invocado contra De Pauw su experiencia de la América del Sur (expedición a las Malvinas) y La Douceur, en cambio, hace valer su conocimiento de la América del Norte. Los dos adversarios de De Pauw lo acometen desde dos partes diferentes. Las *Recherches* vituperaban imparcialmente a todo el continente americano: y dos paladines surgen lado a lado para defender, el uno sus regiones meridionales y el otro las septentrionales. Más tarde, como veremos, cada país del Nuevo Mundo, cada república llegada a la independencia tendrá su propio apologista contra las calumnias buffon-depauwianas. Pero desde el momento en que estalló la polémica, el vituperio era rechazado por todas partes.

El punto fundamental en que martillea La Douceur es que América no es degenerada. El Nuevo Mundo es verdaderamente “nuevo”,¹¹³ y por consiguiente, en general, mejor que el antiguo. Nada hay en él de corrompido o putrefacto. Para demostrarlo, De Pauw hubiera tenido que probar que hombres, plantas y animales fueron en América, en un tiempo, más corpulentos, más fuertes y más hermosos, lo cual es imposible de probar. Por otra parte, ni los leones ni los tigres pueden haber dege-

¹¹¹ Ha visto la del Norte y parte de la del Sur, las Antillas, las costas de África, un poco de China (“mais quand on a vu une ville de la Chine et ses habitants, on les a vu tous”, p. 11) y un poco de la India y de Persia, desde donde pasó, por tierra, a Constantinopla.

¹¹² Es recordado en la p. 74, donde se dice que también él se equivocó al creer —fundado en Zárate y otros autores— que existen tigres y leones en América.

¹¹³ *De l'Amérique et des Américains*, op. cit., p. 78.

nerado en América, “puesto que no los hay en absoluto”; y los famosos pumas se parecen tan poco a los leones como a los burros,¹¹⁴ nueva exageración, extendida luego a los jaguares con respecto a los tigres, lo cual, sin embargo, acaba por reforzar la tesis negativa de Buffon.

Los bueyes salvajes de América (¿bisontes?) son corpulentos como los ingleses; y si los domésticos han decaído, será por los cruces continuos dentro de la misma raza, como sucede, por lo demás, con los caballos y las ovejas en España. ¿Y qué cosa quiere decir el que algunas plantas europeas hayan sufrido menoscabo en América...? ¿Si también en el mundo antiguo degeneran las vides cuando se las trasplanta! Y el día en que toda América esté cultivada, “se encontrarán en ella, al igual que en Europa, regiones favorables a toda clase de producciones, sin excluir la vid”.¹¹⁵ Pero esto lo había dicho también De Pauw;¹¹⁶ y La Douceur, dejándose arrastrar por un instinto de represalia, debilita aún más su tesis al arremeter, no se sabe por qué razones, contra los egipcios —viejo, viejísimo mundo—, que son, según él, absolutamente degenerados: en comparación con lo que fue, el Egipto de hoy es una “cloaca”, y sus habitantes “unos animales tan estúpidos, tan groseros y tan malvados, que me avergonzaría de ponerlos en paralelo con los salvajes más salvajes de América”.¹¹⁷

Estos salvajes no sólo no son degenerados: no son tampoco hombres caídos: como los calmuco y los negros, no descienden de Adán y Eva, no sufren las consecuencias del pecado original y por lo tanto no han sido redimidos por Cristo.¹¹⁸ Su condición es la “infancia de la Naturaleza” y no su decrepitud. Basta mirarlos: físicamente están bien contruidos, y hacen muy bien en pintarse el cuerpo. “¿Se pintarrajean?” Otro tanto deberían hacer los italianos si anduvieran desnudos, porque hay en Italia, esa tierra prometida de Europa, tantos insectos como en América...¹¹⁹ Los jóvenes son alegres y aficionados al baile, y tienen una simpatía muy especial por los franceses y por “su humor ligero y regocijado”, afín al de ellos. En cuanto a los viejos, “nada hay más admirable que un salvaje anciano”: ¡es igual a Epicteto y a Carnéades!

Las dotes y capacidades intelectuales de los salvajes son más que suficientes para sus necesidades; y tienen perfectamente la posibilidad de aprender las ciencias y las lenguas. Ese geómetra académico que ha hablado mal de su inteligencia, no ha visto sino las montañas del Perú y los salvajes del Marañón.¹²⁰ Es verdad que ningún indígena educado

¹¹⁴ *Ibid.*, p. 74: “ils ne sont pas plus des Lyons que des ânes”.

¹¹⁵ *Ibid.*, pp. 11-12, 24: “...on y trouvera, ainsi qu'en Europe, des Cantons favorables à toutes sortes de productions, même pour la vigne”.

¹¹⁶ *Cf. supra*, p. 83.

¹¹⁷ *De l'Amérique...*, p. 13: “...des animaux si stupides, si grossiers, et si méchants, que j'aurais honte de les mettre en parallèle avec les sauvages les plus sauvages de l'Amérique”.

¹¹⁸ *Ibid.*, pp. 13-17 y 77 (eco de los preadamitas).

¹¹⁹ *Ibid.*, p. 35. *Cf. infra*, p. 193.

¹²⁰ Es claro que nuestro autor alude (pp. 10, 76) al geógrafo La Condamine, que estuvo en América con la expedición científica enviada al Perú en 1735 para medir un arco de meridiano, y que en su relación (1745) describió severamente las costumbres de los salvajes, razón por la cual se cuenta entre las autoridades predilectas de De Pauw. En realidad, el grave y honrado La Condamine opone, al hombre civilizado y educado, el salvaje que ha permanecido en una fase casi igual al estado de la bestia, y contrapone la cultura y la naturaleza (como muy bien había visto

por los españoles se ha hecho todavía un nombre: pero, entre los españoles mismos, ¿quién ha llegado a hacerse un nombre, fuera de Cervantes? En el conjunto, no hay pueblo más embrutecido, más ignorante, más salvaje y más bárbaro que el español.¹²¹ ¿Peor aún que los egipcios? dan ganas de preguntar.

Con el mismo denuedo, La Douceur recoge el resto a que había dejado de contestar Pernety, y desciende sobre el terreno de De Pauw para discutir acerca de "materias un poco sucias", como las pretendidas anomalías y debilidades sexuales de los americanos. ¿La pederastia, "esa falta de ortografía de la naturaleza humana"?¹²² Pero si es común entre los pueblos más civilizados! ¿La leche en las tetillas de los varones...? Pero también en Europa muchos hombres la tienen, y entre ellos algunos de gran vigor erótico. ¿Se quiere un ejemplo? Nuestro La Douceur se lanza a decir que él mismo, que no es ni un capón ni un afeminado, la ha tenido durante mucho tiempo...¹²³ Un recuerdo llama a otro recuerdo, y este segundo basta para derribar la acusación de extrema lascivia arrojada por De Pauw contra las indígenas americanas:

Me acuerdo con placer (y perdóneme la Filosofía) de los momentos deliciosos que pasé con una muchacha de Illinois, la cual, lejos de ser insaciable, como Monsieur de Pauw pretende insinuar que lo son las americanas, me decía con dulzura: "¡Ay, soldadito mío, te vas a enfermar, y luego no servirás para nada en la guerra!"¹²⁴

Después de un rasgo tan límpido de verdad y de vanidad, las rituales contra-acusaciones a la corrupción de las mujeres hispanoamericanas pierden todo interés; y quedan asimismo en el plano de lo convencional las defensas del valor bélico de los indígenas, las hipérbolas sobre la población precolombina (estimada en 180 millones de habitantes),¹²⁵ el

Algarotti, cuando lo cita a propósito de los "miracoli che può operare la legislatura", *Saggio sopra l'imperio degl'Incas*, en sus *Opere*, ed. Livorno, 1763-65, vol. III, p. 188; seguido por Paolo Frisi, prefacio a la edición italiana de Madame du Boccage, Milano, 1771, p. xiii). Pero no dice nada contra el ambiente físico, no habla de degeneración, y no acusa a un continente más que a otro, sino que, por el contrario, se refiere con entusiasmo a la naturaleza americana, lo mismo a la vegetal que a la animal, que puede enorgullecerse de tigres iguales en belleza y tamaño a los africanos (véanse más particulares en A. Gerbi, *Viejas polémicas sobre el Nuevo Mundo*, 3ª ed., Lima, 1946, pp. 263-264, y en S. Zavala, *América en el espíritu francés*, op. cit., pp. 187-193). No obstante, aun después de La Douceur, se confundiría a menudo a La Condamine con los secuaces de Buffon y denigradores de América.

¹²¹ *De l'Amérique et des Américains*, pp. 55-61.

¹²² *Ibid.*, p. 40: "...cette faute d'orthographe de la Nature humaine".

¹²³ *Ibid.*, p. 41: "moi qui ne suis pas un chapon ou une femme, j'en ai eu [du lait] pendant fort longtemps".

¹²⁴ *Ibid.*, p. 44: "je me rappelle avec plaisir (Pardon à la Philosophie) les moments délicieux que j'ai passés avec une jeune Illinois, qui bien loin d'être insatiable, comme Mr. de Pauw voudrait insinuer que les Américaines le sont, me disait avec douceur: Ô mon petit guerrier, tu te feras malade, et tu ne vaudras plus rien pour la guerre".

¹²⁵ Era ésta una prueba indirecta de la feracidad de la tierra y de la capacidad generativa de los hombres; pero en otro lugar nuestro autor explica la escasa prolificidad de los salvajes americanos por la frecuencia de los cruces endotribales, e interpreta agudamente la más alta civilización de México y del Perú señalando la aspeceza y la infecundidad del suelo de esos países, —verdadero *challenge* a la Toynbee, victoriosamente afrontado.

elogio de los méritos de tantos productos americanos y la negación del origen americano de la sífilis (causada, dice La Douceur, por comer carne de animales matados con flechas envenenadas).¹²⁶

Más interesante —aunque no nueva, después de Las Casas y de Vico¹²⁷— resulta la explicación de la antropofagia: "es el *Te Deum* de los salvajes", y a quienes participan en la ceremonia no les toca, por lo común, ni siquiera media onza de carne por cabeza.¹²⁸ Pero tal vez lo más curioso que hay en La Douceur es la manera como toma por su cuenta el antiguo mito de la áurea igualdad primitiva para demoler el pretendido bienestar de los europeos. Este bienestar tan ponderado por los filósofos "está concentrado en un número pequeñísimo de hombres, que gozan de él a expensas del bienestar del mayor número". Vayan esos tales filósofos a echar una ojeada a América, vuelvan a ver cómo viven los campesinos del hemisferio antiguo, y desearán para ellos "la felicidad y la buena comida de los salvajes de América".¹²⁹ Los reyes, dicho sea sin ofender a De Pauw, hacen lo mejor que pueden: "Yo no tengo motivos para amar a los reyes, pues nunca me han causado otra cosa que perjuicios", pero no es nada fácil gobernar "a unos pretendidos filósofos, que en la mayoría de los casos no son sino razonadores" y gente inquieta, ilógica, caprichosa como los europeos. Por lo demás, insiste, todos los males vienen "de la distribución demasiado desigual de las riquezas".¹³⁰ Los salvajes —¡felicices ellos!— no son *philosophes* y no escriben libros ni libelos: he ahí por qué gozan de una vida dichosa. "¡Vaya una vida de cerdos!, se dirá". Pero ¿por qué? "Las tres cuartas partes de nuestros grandes señores viven así; la diferencia que hay entre ellos y los salvajes es que, en vez de comer prisioneros, suelen comerse a sus acreedores".¹³¹ Venenosa mofa final con que el filósofo La Douceur, que no se ha comido tampoco a sus enemigos muertos, concluye su diatriba humanitaria.

8. PAOLO FRISI CONTRA LAS TESIS FÍSICO-CLIMÁTICAS DE DE PAUW

A las agitadas protestas de Pernety, a su defensa apasionada de los americanos y a sus represalias antieuropeas, le había sido fácil replicar a De Pauw, reforzando en la réplica su tesis. Más fácil aún le hubiera resultado parar las insolencias y ridiculizar las extravagancias del soldado La Douceur. Pero no tan cómodo le hubiera sido, ciertamente, defenderse de las pocas páginas en que el naturalista y matemático milanés Paolo Frisi demolía las bases geofísicas de las *Recherches*, rechazando,

¹²⁶ *De l'Amérique...*, pp. 45-46.

¹²⁷ Véase *infra*, pp. 536-537.

¹²⁸ *De l'Amérique...*, p. 47: "c'est le *Te-Deum* des Sauvages, et chacun dans la cérémonie n'a souvent pas une demi-once de chair pour sa part".

¹²⁹ *Ibid.*, pp. 30-31: "...est concentré dans un très petit nombre d'hommes qui en jouissent aux dépens de celui du plus grand nombre"; "...le bonheur et la bonne chère des Sauvages de l'Amérique".

¹³⁰ *Ibid.*, pp. 68-69: "je n'ai pas sujet d'aimer les Rois, ils ne m'ont jamais fait que du mal"; "...des soi-disants philosophes, qui ne sont la plupart que des raisonnurs"; "...du partage trop inégal des richesses".

¹³¹ *Ibid.*, p. 80: "Voilà une vie de Cochon, dira-t-on..."; "Les trois quarts de nos grands Seigneurs vivent ainsi; la différence qu'il y a entre eux et les Sauvages c'est qu'au lieu de manger des prisonniers, ils mangent souvent leurs créanciers."

por lo tanto, sus consecuencias antropológicas, pero sin caer en el panegírico de los indígenas y sin disminuir en nada las glorias de los europeos.

La ocasión para este examen sucinto, pero serio, se le ofreció a Frisi en el prefacio que escribió para la traducción en versos sueltos italianos de la *Colombiade* de Madame Du Boccage (Milán, 1771). El poema de la literata francesa es singularmente insulso: con sus enamoramientos inducidos por demonios y neutralizados por ángeles, y sobre todo con su devoto héroe prendado de una joven salvaje y a su vez ferozmente apetecido por una reina antillana, traspone episodios de la *Eneida* a un ambiente más de moda, y contamina la epopeya de la Fe llegada a las Américas con la convencional pintura de un mundo encantado, de jóvenes indígenas desnudos e inocentes y de viejos caciques rebosantes de cordura y benevolencia. Las playas son opulentas, las selvas embalsamadas, los campos fecundos sin que haga falta cultivarlos:

*les animaux, les fruits, les arbres pleins d'encens
n'ont rien dans leur aspect qui ressemble à nos champs.*¹³²

¡Son tan infinitamente mejores, que ni siquiera pueden compararse!

Al presentar el poema a los lectores italianos,¹³³ Paolo Frisi no podía dejar de mencionar la más reciente —y tan discordante— descripción de América suministrada por De Pauw. Y así, después de asegurar que el poema traducido se ajusta a las relaciones más exactas, añade oblicuamente: “sin embargo, ni la constitución del país ni la indole de los habitantes se pintan en él tan infelices como últimamente ha creído el autor de las Investigaciones filosóficas sobre los americanos”.¹³⁴ Éste ha escrito, sí, con “copiosa erudizione” y con “somma eleganza”, pero a) ha generalizado con demasiada facilidad, y b) ha ignorado las leyes y los hechos comprobados por la física del globo.

América es un continente muy extenso, y presenta gran diversidad de una parte a otra: hay en él pantanos insalubres, pero también regiones vastísimas donde nunca llueve, como el Perú. El Perú mismo, Chi-

¹³² La *Colombiade*, I, en *Recueil des œuvres de Mme. Du Boccage*, Lyon, 1770, vol. II, p. 23 [“No hay, en el aspecto de los animales, frutos y árboles, llenos de incienso, nada que se parezca a nuestros campos”]. Cf. *ibid.*, pp. 20, 21, 108-109 *et passim*. Buffon es recordado en el canto IX (*ibid.*, p. 209). La fuente citada más a menudo es Charlevoix; otras autoridades: Garcilaso, Solís, Herrera, Frezier, Acosta, Ulloa, etcétera.

¹³³ “Notisi che il Poema di Madame de Boccage fu portato a Milano dall'ab. Frisi nel suo ritorno da Parigi, e da esso eccitato il Verri, e con seco gli altri amici alla traduzione” (carta de Anton Francesco Frisi, 6 de agosto de 1803, ms. Braidense AH.X.43, fol. 32; véanse también las pp. 49-50 del ms. *Elogio storico di P. Verri*, compuesto por el padre Isidoro Bianchi); Madame du Boccage estaba agradecidísima con Frisi por esa traducción italiana: véase su carta del 7 de febrero de 1768, en E. et J. Goncourt, *Portraits intimes du xviii^e siècle*, Paris, 1878, pp. 487-488; y las publicadas por F. K. Turgeon, “Unpublished letters of Mme. Du Boccage”, *Modern Philology*, vol. XXVII (1929-30), pp. 332-338, en las cuales alude la escritora a los “brutes sauvages du nouveau monde” y alaba “la bonne préface” de Frisi a su *Colombiade*. Véanse más detalles en G. Gill-Mark, *A.-M. du Boccage*, Paris, 1927, pp. 90, 160-166.

¹³⁴ Prefacio cit., p. vii: “. . . però né la costituzione del Paese, né l'indole degli abitanti vi è dipinta così infelice quanto ultimamente ha creduto l'Autore delle Ricerche Filosofiche sopra gli Americani”.

le y México son países hermosísimos, con hombres “bastante bien organizados”, excelente clima, suelo feraz y espléndidos pájaros y plantas. Entre las naciones de América las hay estúpidas y las hay civilizadas: basta leer al Inca Garcilaso (que transmite las historias primitivas del Perú como Ossian nos ha conservado las antiguas memorias de los celtas. . .) y a los viajeros, hasta los más modernos (Lahontan, Juan y Ulloa). Y los súbditos de los Incas y de Moctezuma no carecían de valor y arrojo: fueron conquistados fácilmente porque estaban divididos y porque sus príncipes eran irresolutos.¹³⁵ Los progresos técnicos de los americanos están atestiguados por todos los historiadores y etnógrafos. Además, en nuestros días, recuerda el docto Frisi, “en Pensilvania y en Filadelfia se ha llegado a emular todas las otras glorias europeas, hasta el punto de regular los fuegos del cielo [pararrayos de Franklin, 1753] y de calcular la cantidad de materia de los cometas”¹³⁶ [¿John Winthrop, de Harvard? ¿Andrew Oliver, Jr., de Massachusetts?].

Pero sobre todo De Pauw es débil en cosmografía y en meteorología. Desconoce los estudios sobre las variaciones de la eclíptica realizados por “un Matematico milanese”.¹³⁷ Sus hipótesis “sobre la antigua tendencia de las aguas a los polos, y sobre su actual regreso al Ecuador” no se mantienen de pie, y con ellas caen por tierra sus conjeturas sobre los volcanes y sus tesis acerca del calor de los países tropicales.¹³⁸ En cuanto al calor y al frío, América no ofrece nada que la distinga del viejo continente, si bien es un hecho que el Perú, “por la cercanía del mar y de las montañas, por la elevación del suelo y por otras causas especiales [se diría que Frisi llegó a adivinar la corriente descubierta por Humboldt], es más frío que otros países de la misma latitud”.¹³⁹ Por consiguiente, tanto menos lícito es deducir, como hace De Pauw, el color de la piel del grado de latitud: “en todo el circuito de la zona tórrida” no hay

¹³⁵ Como ha demostrado Algarotti “nel suo bellissimo saggio sull'Impero degli Incas” (p. x). Lo que en realidad dice Algarotti (*Saggio sopra l'impero degli Incas*, 1753, ed. cit., vol. II, pp. 169-196) es que los peruanos fueron conquistados por la sorpresa de las naves y de las armas de fuego y por la odiosidad de Atahualpa (p. 196). Todo el *Saggio* —que tiene por epígrafe el verso de Voltaire, “nous seuls à ces climats nous sommes les Barbares”— es una apología de los ordenamientos políticos y educativos de los Incas, “una qualità d'uomini tra i Missionari e i Conquistatori”, parangonados repetidas veces con los antiguos romanos, y propuestos como modelo a los ignorantes europeos, que los reputan “degni al più di fornir materia” a los novelistas (p. 177: probable alusión a las *Lettres d'une Péruvienne*, de Madame de Graffigny, publicadas con gran éxito en 1747); pero no es, ciertamente, una exaltación de las cualidades nativas de los indios: “quelli che hanno vissuto in America, e hanno potuto vedere a prova quanto i Peruviani sono naturalmente d'ingegno addormentato, e la più parte torpidi, sono sforzati di confessare i miracoli che può operare la legislatura” (p. 188: tesis típica del reformismo despótico-ilustrado). Otra evidente huella de la época de las luces es la digresión sobre si hicieron bien o mal los Incas en impedir la difusión de las letras.

¹³⁶ “In Pensilvania, e a Filadelfia si sono ancora emulate tutte le altre glorie europee, fino a regolare i fuochi del cielo e calcolare la quantità di materia delle comete”.

¹³⁷ Se trata casi seguramente del propio Frisi, que se ocupó de ese problema, en forma original, en su *De motu diurno terrae* (1758) y en el segundo libro *De gravitate* (1768): véase Verri, *Memorie* (citadas en la nota 141), pp. 35-36 y 94.

¹³⁸ Prefacio cit., pp. xiv-xvi.

¹³⁹ “Per la vicinanza del mare, e delle montagne, per l'elevazione del suolo, e per altre speciali cause, [il Perù] è più freddo di altri paesi della medesima latitudine.”

negros sino en África, y éstos conservan el color oscuro en cualquier otro clima a que se les transporte.

Envalentonado por su fácil victoria, Frisi gasta una última palabra en defensa de los gigantes: "varios viajeros han estado concordes en referirnos que la altura de los patagones es mayor que la ordinaria",¹⁴⁰ pero sobre este particular prefiere no comprometerse a fondo y, pasando por alto "tantas otras cosas" que se podrían decir sobre las *Recherches* de De Pauw, pone fin a la digresión y vuelve a ocuparse de la *Colombiade*.

Aunque incidental y sumaria, la intervención de Frisi es importante, porque atestigua la difusión de De Pauw, y también porque le hace frente en un plano y en un tono científicos. Justamente por esto, tal vez, y porque se mantenían alejadas así de los nuevos problemas de geografía zoológica como de las candentes polémicas sobre los indígenas y su ideal perfección o degeneración, las páginas de Frisi permanecieron sin ecos inmediatos, y acabaron por caer en el olvido, junto con la traducción a que estaban antepuestas.¹⁴¹

9. UN ADMIRADOR-ADVERSARIO DE DE PAUW: DELISLE DE SALES

Jean-Baptiste Claude Isoard, más conocido con el nombre de Delisle de Sales, polígrafo fecundísimo, es recordado de ordinario entre los críticos de las *Recherches*, y lo es en verdad, pero es también uno de los más constantes admiradores de De Pauw. Y no hay, en rigor, ninguna contradicción entre una actitud y la otra, porque para él el "genio" no es incompatible con las "paradojas", ni la erudición con la fantasía desenfrenada, y porque, en todo caso, las verdades afirmadas o tergiversadas por De Pauw quedan sumergidas por Delisle en un maremagnum de ideas convencionales, prolijas y remendadas.

Delisle de Sales es, por principio de cuentas, un volteriano. Pero en filosofía natural sigue a menudo a Robinet, y su endiosamiento de la Naturaleza lo lleva muchas veces al lado de Rousseau. Aprueba a Condillac, a Helvetius, a Diderot, con alguna vacilación también a d'Holbach. Pero, teísta convencido, truena contra el ateo La Mettrie y, firme creyente en la inmortalidad del alma, la "demuestra" con la historia de la Clarissa de Richardson y, de refuerzo, con una "histoire pathétique de Jenny Lille"¹⁴² lacrimoso parto de su propia musa.

Sus obras más importantes, en seis y en siete volúmenes —*De la philosophie de la Nature*, y la *Histoire philosophique du monde primi-*

¹⁴⁰ *Ibid.*, p. xix: "vari viaggiatori ci hanno concordemente riferito che l'altezza del Patagoni è maggiore dell'ordinaria".

¹⁴¹ Las desconoce por completo el mismo P. Verri, *Memorie appartenenti alla vita e agli studi del sr. d. Paolo Frisi*, Milano, 1787, y ni siquiera las menciona en la bibliografía de los escritos de Frisi. Las recuerdan, sin embargo, G. R. Carli, *Delle lettere americane*, 2 vols., Cosmopoli [Firenze], 1780, vol. I, pp. 19 y 105, y Drouin de Bercy, *op. cit.*, vol. II, p. 91.

¹⁴² *De la philosophie de la Nature* (Amsterdam, vols. I-III, 1770; vols. IV-VI, 1774), vol. II, pp. 315-357. El buen Delisle es también autor de aquel *Mémoire en faveur de Dieu* (Paris, 1802), con que pretendía combatir el ateísmo, pero que, a causa del título, fue tomado por obra impía y blasfema... Sobre sus tendencias de tipo místico, ridiculizadas por Grimm, véase R. R. Palmer, *Catholics and unbelievers*, *op. cit.*, p. 211.

///— son farragosas cosmogonías e historias universales de los tiempos prehistóricos y míticos, que se detienen, como es justo, cuando comienza esa colección de errores y de crímenes de los hombres, que se llama la historia"¹⁴³ (el *se* impersonal designa, naturalmente, a Voltaire), tras lo cual la *Philosophie de la Nature* se desvía hacia la psicología, la embriología y la teratología, con disertaciones sobre el suicidio e himnos al pudor, mientras que la *Histoire philosophique* se extiende acerca de la geología y la geografía física, e incluye pródigas reseñas de las islas fantásticas, de los periplos famosos y de los antiguos héroes, semidioses y dioses, hasta el sumo Júpiter, alineados todos en orden alfabético "pour reposer l'esprit du lecteur".¹⁴⁴

Para un espíritu tan ingenuamente cósmico, América no podía tener sino un interés episódico. El problema relativo a ella era marginal y sin verdaderas dificultades. Para resolverlo bastaba una fórmula sencillísima. La edad de los continentes está en proporción inversa a la altura de sus montañas. Cuanto más elevadas son éstas, cuanto menos erosión y "degradación" han sufrido, tanto más frescas y jóvenes deben ser las partes del mundo en que se levantan. Ahora bien, ¿dónde están las cumbres más excelsas? Comencemos por el Viejo Mundo, que es el mejor conocido: "No sabemos de ninguna montaña, ni en Asia ni en África, que sea actualmente más elevada que el Monte Blanco, y este hecho [*sic*] se seguía naturalmente de nuestros principios".¹⁴⁵ Europa es, pues, la parte más joven del Mundo Antiguo. Pero "América es infinitamente más nueva que Europa y, si nuestra teoría tiene alguna exactitud, debemos ver a los Alpes mismos humillando sus cimas soberbias ante los picos de las Cordilleras",¹⁴⁶ pues está averiguado que hay en los Andes cimas más altas que el Monte Blanco.

Faltaría demostrar que Australia, más nueva aún que América, tiene cumbres más elevadas que el Chimborazo. Desgraciadamente, los navegantes que la han descubierto no han penetrado todavía en el interior de ese continente. Así, pues, no es posible sustituir las conjeturas por hechos comprobados, "pero mi silencio, prueba de mi franqueza —concluye valientemente Delisle de Sales—, no arroja ni la más leve nube sobre mi doctrina".¹⁴⁷

¹⁴³ *De la philosophie de la Nature*, vol. I, p. 320: "...ce recueil des erreurs et des crimes des hommes, qu'on appelle l'histoire".

¹⁴⁴ *Histoire philosophique du monde primitif* (1ª ed., 1780), ed. definitiva, Paris, 1791-95, vol. VII, p. 36. Montrol, editor de los *Mémoires* de Brissot (a quien Delisle dedicó su *Histoire philosophique de la Grèce*, "douze volumes, avec atlas", tratará en vano de salvar a estos tratados "du dédain qu'ils excitent aujourd'hui" (1830) (*Mémoires* de Brissot, ed. cit., vol. II, p. 142).

¹⁴⁵ *Histoire philosophique du monde primitif*, ed. cit., vol. IV, p. 129: "Nous ne connaissons aucune montagne, soit en Asie soit en Afrique, qui soit actuellement plus élevée que le Mont-Blanc, et ce fait découlait naturellement de nos principes". Véase también vol. V, p. 30. La tesis parece derivar del *Telliamed* de De Maillet. Pero, en cambio, dice que los pueblos más antiguos deben encontrarse en las montañas más altas (*Examen*, *op. cit.*, vol. II, pp. 408 ss.); y Carli (véase *infra*, p. 215), de manera análoga, que las tierras más antiguas son las más elevadas.

¹⁴⁶ *Ibid.*: "L'Amérique est infiniment plus neuve que l'Europe, et si notre théorie a quelque justesse, nous devons voir les Alpes elles-mêmes abaisser leurs cimes superbes devant les Pics des Cordillères".

¹⁴⁷ *Ibid.*, vol. IV, p. 132: "...mais mon silence, preuve de ma franchise, ne jette sur le plus léger nuage sur ma doctrine". Véase también vol. IV, pp. 139-140.

negros sino en Africa, y éstos conservan el color oscuro en cualquier otro clima a que se les transporte.

Envalentonado por su fácil victoria, Frisi gasta una última palabra en defensa de los gigantes: "varios viajeros han estado concordes en referirnos que la altura de los patagones es mayor que la ordinaria",¹⁴⁰ pero sobre este particular prefiere no comprometerse a fondo y, pasando por alto "tantas otras cosas" que se podrían decir sobre las *Recherches* de De Pauw, pone fin a la digresión y vuelve a ocuparse de la *Colombiade*.

Aunque incidental y sumaria, la intervención de Frisi es importante, porque atestigua la difusión de De Pauw, y también porque le hace frente en un plano y en un tono científicos. Justamente por esto, tal vez, y porque se mantenían alejadas así de los nuevos problemas de geografía zoológica como de las candentes polémicas sobre los indígenas y su ideal perfección o degeneración, las páginas de Frisi permanecieron sin ecos inmediatos, y acabaron por caer en el olvido, junto con la traducción a que estaban antepuestas.¹⁴¹

9. UN ADMIRADOR-ADVERSARIO DE DE PAUW: DELISLE DE SALES

Jean-Baptiste Claude Isoard, más conocido con el nombre de Delisle de Sales, polígrafo fecundísimo, es recordado de ordinario entre los críticos de las *Recherches*, y lo es en verdad, pero es también uno de los más constantes admiradores de De Pauw. Y no hay, en rigor, ninguna contradicción entre una actitud y la otra, porque para él el "genio" no es incompatible con las "paradojas", ni la erudición con la fantasía desenfrenada, y porque, en todo caso, las verdades afirmadas o tergiversadas por De Pauw quedan sumergidas por Delisle en un maremagnum de ideas convencionales, prolijas y remendadas.

Delisle de Sales es, por principio de cuentas, un volteriano. Pero en filosofía natural sigue a menudo a Robinet, y su endiosamiento de la Naturaleza lo lleva muchas veces al lado de Rousseau. Aprueba a Condillac, a Helvetius, a Diderot, con alguna vacilación también a d'Holbach. Pero, teísta convencido, truena contra el ateo La Mettrie y, firme creyente en la inmortalidad del alma, la "demuestra" con la historia de la Clarissa de Richardson y, de refuerzo, con una "histoire pathétique de Jenny Lille",¹⁴² lacrimoso parto de su propia musa.

Sus obras más importantes, en seis y en siete volúmenes —*De la philosophie de la Nature*, y la *Histoire philosophique du monde primi-*

¹⁴⁰ *Ibid.*, p. xix: "vari viaggiatori ci hanno concordemente riferito che l'altezza del Patagoni è maggiore dell'ordinaria".

¹⁴¹ Las desconoce por completo el mismo P. Verri, *Memorie appartenenti alla vita e agli studi del sr. d. Paolo Frisi*, Milano, 1787, y ni siquiera las menciona en la bibliografía de los escritos de Frisi. Las recuerdan, sin embargo, G. R. Carli, *Delle lettere americane*, 2 vols., Cosmopoli [Firenze], 1780, vol. I, pp. 19 y 105, y Drouin de Bercy, *op. cit.*, vol. II, p. 91.

¹⁴² *De la philosophie de la Nature* (Amsterdam, vols. I-III, 1770; vols. IV-VI, 1774), vol. II, pp. 315-357. El buen Delisle es también autor de aquel *Mémoire en faveur de Dieu* (Paris, 1802), con que pretendía combatir el ateísmo, pero que, a causa del título, fue tomado por obra impía y blasfema... Sobre sus tendencias de tipo místico, ridiculizadas por Grimm, véase R. R. Palmer, *Catholics and unbelievers*, *op. cit.*, p. 211.

ti— son farragosas cosmogonías e historias universales de los tiempos prehistóricos y míticos, que se detienen, como es justo, cuando comienza esa colección de errores y de crímenes de los hombres, que se llama la historia"¹⁴³ (el *se* impersonal designa, naturalmente, a Voltaire), tras lo cual la *Philosophie de la Nature* se desvía hacia la psicología, la embriología y la teratología, con disertaciones sobre el suicidio e himnos al pudor, mientras que la *Histoire philosophique* se extiende acerca de la geología y la geografía física, e incluye pródigas reseñas de las islas fantásticas, de los periplos famosos y de los antiguos héroes, semidioses y dioses, hasta el sumo Júpiter, alineados todos en orden alfabético "pour reposer l'esprit du lecteur".¹⁴⁴

Para un espíritu tan ingenuamente cósmico, América no podía tener sino un interés episódico. El problema relativo a ella era marginal y sin verdaderas dificultades. Para resolverlo bastaba una fórmula sencillísima. La edad de los continentes está en proporción inversa a la altura de sus montañas. Cuanto más elevadas son éstas, cuanto menos erosión y "degradación" han sufrido, tanto más frescas y jóvenes deben ser las partes del mundo en que se levantan. Ahora bien, ¿dónde están las cumbres más excelsas? Comencemos por el Viejo Mundo, que es el mejor conocido: "No sabemos de ninguna montaña, ni en Asia ni en Africa, que sea actualmente más elevada que el Monte Blanco, y este hecho [*sic*] se seguía naturalmente de nuestros principios".¹⁴⁵ Europa es, pues, la parte más joven del Mundo Antiguo. Pero "América es infinitamente más nueva que Europa y, si nuestra teoría tiene alguna exactitud, debemos ver a los Alpes mismos humillando sus cimas soberbias ante los picos de las Cordilleras",¹⁴⁶ pues está averiguado que hay en los Andes cimas más altas que el Monte Blanco.

Faltaría demostrar que Australia, más nueva aún que América, tiene cumbres más elevadas que el Chimborazo. Desgraciadamente, los navegantes que la han descubierto no han penetrado todavía en el interior de ese continente. Así, pues, no es posible sustituir las conjeturas por hechos comprobados, "pero mi silencio, prueba de mi franqueza —concluye valientemente Delisle de Sales—, no arroja ni la más leve nube sobre mi doctrina".¹⁴⁷

¹⁴³ *De la philosophie de la Nature*, vol. I, p. 320: "...ce recueil des erreurs et des crimes des hommes, qu'on appelle l'histoire".

¹⁴⁴ *Histoire philosophique du monde primitif* (1ª ed., 1780), ed. definitiva, Paris, 1793-95, vol. VII, p. 36. Montrol, editor de los *Mémoires* de Brissot (a quien Delisle adequejó su *Histoire philosophique de la Grèce*, "douze volumes, avec atlas"), tratará en vano de salvar a estos tratados "du dédain qu'ils excitent aujourd'hui" (1830!) (*Mémoires* de Brissot, ed. cit., vol. II, p. 142).

¹⁴⁵ *Histoire philosophique du monde primitif*, ed. cit., vol. IV, p. 129: "Nous ne connaissons aucune montagne, soit en Asie soit en Afrique, qui soit actuellement plus élevée que le Mont-Blanc, et ce fait découle naturellement de nos principes". Véase también vol. V, p. 30. La tesis parece derivar del *Telliamed* de De Maillet. Pero, en cambio, dice que los pueblos más antiguos deben encontrarse en las montañas más altas (*Examen*, *op. cit.*, vol. II, pp. 408 ss.); y Carli (véase *infra*, p. 215), de manera análoga, que las tierras más antiguas son las más elevadas.

¹⁴⁶ *Ibid.*: "L'Amérique est infiniment plus neuve que l'Europe, et si notre théorie a quelque justesse, nous devons voir les Alpes elles-mêmes abaisser leurs cimes superbes devant les Pics des Cordillères".

¹⁴⁷ *Ibid.*, vol. IV, p. 132: "...mais mon silence, preuve de ma franchise, ne jette pas le plus léger nuage sur ma doctrine". Véase también vol. IV, pp. 139-140.

La doctrina concuerda, por lo demás, con las tesis de Buffon acerca de las Américas. También para Delisle, el continente americano está recién surgido de las aguas: pocos siglos antes de su conquista era todavía un archipiélago formado por las crestas de las cordilleras y de los montes Apalaches. Ya se habían formado en el Viejo Mundo los imperios de que hablan las historias, cuando América comenzó a tener forma de continente, hasta constituir más tarde un nuevo hemisferio, "contrapeso para el equilibrio del globo".¹⁴⁸ Al llegar los europeos al Nuevo Mundo, estas regiones estaban cubiertas todavía de aguas estancadas y de "mares Caspios" (los grandes lagos, la bahía de Baffin, el mismo golfo de México), y "las emanaciones fétidas de estos restos del Océano causaban epidemias año tras año". Otras pruebas de la recientísima y aún imperfecta desecación son la ausencia de grandes cuadrúpedos y la presencia de sólo dos pueblos civilizados.¹⁴⁹

Estas teorías y sus corolarios, que Buffon había limitado explícitamente a las plantas y a los animales, han germinado en la imaginación ardiente de De Pauw, y de ahí han nacido todas las ingeniosas paradojas de las *Recherches*.¹⁵⁰ Su autor es calificado siempre de erudito y de genial, y citado repetidas veces como autoridad en apoyo de tal o cual cuestión geográfica o etnográfica.¹⁵¹ De Pauw —declara Delisle— es "uno de los sabios a quienes más me gusta encontrar en mi camino, aunque nuestros principios tiendan a menudo a separarnos",¹⁵² porque su erudi-

¹⁴⁸ *Ibid.*, vol. V, p. 145: "...et ajouta par un autre hémisphère un contre-poids à la balance du globe" (frase que parece anticipar la famosa de Canning: "I called the New World into existence to redress the balance of the Old", 12 de diciembre de 1826). Cf. *ibid.*, vol. V, pp. 125, 280-281.

¹⁴⁹ *Ibid.*, vol. IV, pp. 302-306; vol. V, pp. 135, 147-148; vol. VI, pp. 26, 374; vol. VII, pp. 4, 31, lxix. Delisle se mofa de la tradición mosaica del diluvio (*ibid.*, vol. II, p. 206; vol. V, pp. 37, 235, 256-267) y, aunque admirándolo, critica al "lugubre Boulanger" (*ibid.*, vol. IV, pp. 203-204; vol. VI, p. 326). Nótese también aquí la extraordinaria comprensión de épocas geológicas a períodos de pocos siglos: "telescopiamiento" que, a fines del siglo XVIII, sorprende como rasgo más mítico que los seis "días" del relato de Moisés.

¹⁵⁰ *De la philosophie de la Nature*, vol. V, pp. 231-232; *Histoire phil. du monde primitif*, vol. VII, p. vi.

¹⁵¹ En la *Philosophie de la Nature* se citan la *Défense* (vol. IV, p. 248 nota) y las *Recherches* (vol. V, pp. 149-150 nota, 175-176, 280; vol. VI, pp. 60-61, 72-74, 82-83, 87, 88, 98, 238 nota, 276) de este "ingénieux Auteur". En la *Histoire philosophique du monde primitif*, De Pauw es citado también a propósito de la lenta desecación del Mar Báltico (vol. V, pp. 78-79 y xvi, con cita de las *Recherches sur les Américains*, vol. I, p. 103 nota); de los pueblos americanos "issus des flancs des montagnes" (vol. V, pp. xxi-xxiii, con cita de las mismas *Recherches*, vol. I, p. 198); de la antigua comunicación entre el Mar Caspio y el Golfo Pérsico (vol. V, pp. 211-213 y xlv, con cita de la misma obra de De Pauw, vol. II, pp. 328-329); de los tártaros, primeros maestros del género humano (vol. VI, pp. 20-22 y 28, y vol. VII, pp. ii y iii-vi, con citas de la misma obra, vol. II, pp. 295, 296-297, 303, 303-304, 319-320, 346, 347-348); de Groenlandia, de los chinos, etc. (vol. VII, pp. xi-xii, xlviii, etc., con citas de esas *Recherches*, vol. I, p. 257, y de las *Recherches sur les Égyptiens et les Chinois*, vol. I, pp. 15-16); asimismo, De Pauw aparece, con sus obras completas en siete volúmenes, en el catálogo final de los autores utilizados.

¹⁵² *Hist. phil. du monde primitif*, vol. V, pp. 78-79: "...un des sçavants que j'aime le mieux à rencontrer sur ma route, quoique nos principes tendent souvent à nous éloigner". En otro lugar, Delisle convalida la autoridad de De Pauw llamándolo "un sçavant qui a beaucoup voyagé [sic] en Amérique, et qui s'est souvent écarté de sa route" para ilustrarnos acerca de otras partes del globo terrestre (*ibid.*, vol. V, p. 211).

ción es "la más vasta, y muchas veces la mejor digerida".¹⁵³ Así llega a suceder que Delisle, que se inclina a ver en China una colonia egipcia (tesis vigorosamente combatida por De Pauw en sus segundas *Recherches*) y que, en todo caso, se muestra volterianamente entusiasta de los chinos y de Confucio, no vacile —y justamente cuando discute sus orígenes— en calificar a De Pauw, tan encarnizado crítico de ese pueblo, como "el sabio que mejor ha explicado las antigüedades de Asia".¹⁵⁴

Así, pues, cuando tiene que refutarlo en un punto particular, lo hace con un acento embarazado y obsequioso. ¿Estaría tal vez intimidado por la arrogancia, por la prosopopeya de su adversario? Así parecería ser, porque al disponerse a destruir su "paradoja sobre la infancia de los pueblos del Nuevo Mundo", comienza por reconocer en las *Recherches* una "obra singular, pero llena de conocimientos", que no consiente "una crítica extensa y, aun en caso de que la exigiera, como mi adversario está vivo, mi pacífica pluma temería detenerse en ella"... Se limitará, pues, a pocas observaciones, pocas y respetuosas observaciones "que someto por anticipado a las luces del ingenioso escritor a quien me veo obligado a refutar".¹⁵⁵

La primera observación, como era de esperar de un filósofo tan entusiasta por la Naturaleza, se refiere a los gigantes en general y a los patagones en particular, cuya realidad es reivindicada contra el "pirronismo" de las *Recherches*. Las pruebas de su existencia, frecuentes en el siglo XVI, raras en el XVII porque los patagones, asustados de los europeos, se retiraron hacia el interior, "renacen en gran cantidad durante el siglo XVIII"; y verdaderamente hace sonreír De Pauw cuando rechaza con un pretexto o con otro el testimonio de todos los exploradores, desde Pigafetta hasta el comodoro Byron, que los han visto y descrito. El hecho es que los gigantes habrían hecho derrumbarse todo su sistema sobre la flaqueza de los aborígenes americanos: "y un escritor no adopta de buena gana una verdad que le costaría el sacrificio de tres volúmenes de paradojas".¹⁵⁶

¹⁵³ *Ibid.*, vol. VI, pp. 20-22: "...[une érudition] la plus vaste, et souvent la mieux digérée".

¹⁵⁴ "...le Sçavant, qui a le mieux expliqué les antiquités de l'Asie": *ibid.*, vol. V, pp. 295-296, 300; vol. VI, p. xlvi, con cita de las *Recherches sur les Égyptiens et les Chinois*, vol. I, p. 17 (ed. 1773, vol. I, pp. 15-16). En cuanto a la sinofilia de Delisle de Sales, véase *De la philosophie de la Nature*, vol. IV, pp. xcix-ci; vol. VI, pp. 44-45.

¹⁵⁵ *De la philosophie de la Nature*, vol. V, p. 232: "...paradoxe sur l'enfance des peuples du Nouveau Monde"; "ouvrage singulier, mais plein de connaissances... [qui n'admet pas] une critique étendue, et quand même il l'exigerait, mon adversaire étant vivant, ma plume pacifique craindrait de s'y arrêter"; "...[des remarques] que je soumets d'avance aux lumières de l'Écrivain ingénieux que je suis contraint de réfuter". La pluma pacífica de Delisle no lo salvó de los frecuentes rigores de la censura: véase *ibid.*, vol. VI, p. 371; *Hist. phil. du monde primitif*, vol. I, p. v; vol. II, p. 206; vol. IV, p. 209; las noticias de la *Biographie universelle* (Michaud), *sub voce*, y los curiosos detalles recogidos por J.-P. Belin, *Le mouvement philosophique de 1748 à 1789*, Paris, 1913, pp. 301-306.

¹⁵⁶ *De la philosophie de la Nature*, vol. V, pp. 200-204: "...et un Écrivain n'adopte pas volontiers une vérité qui lui coûterait le sacrifice de trois volumes de paradoxes". En su ímpetu vindicativo, Delisle acusa a De Pauw de haber dicho de Corneille de Maye que "[il] prenait des géants... pour des roches". Naturalmente De Pauw insinúa que, por el contrario, Corneille de Maye tomó una roca por un hombre (*Recherches sur les Américains*, vol. I, pp. 298-299); la misma crítica reaparece en la *Hist. phil. du monde primitif*, vol. VI, pp. 20-22. Siempre a propósito de los gigan-

Las grandes osamentas encontradas en América no pueden ser de animales. Se sabe que no hay en esas regiones ni jirafas, ni hipopótamos, ni elefantes, ni rinocerontes: "la Naturaleza, que ha conservado su vigor en los reptiles, se encuentra allí totalmente degenerada en los cuadrúpedos". De Pauw quiere sostener que esos esqueletos pertenecen a animales extinguidos en la espantosa catástrofe que arruinó al continente. Pero ¿por qué recurrir a grandes bestias desconocidas, "cuando se tienen ante la vista [*sic*] esos enormes hombres que viven desde tiempo inmemorial en las tierras magallánicas?"¹⁵⁷ ¿Por qué, si no por una maligna obstinación? En realidad, De Pauw es un *calumniador*. Ha calumniado al Nuevo Mundo cuando ha definido como "niños" a sus ciento cincuenta millones de habitantes —¡"niños" que se reúnen en sociedad, que se reproducen vigorosamente y que viven hasta ciento cincuenta años!¹⁵⁸—, y ha calumniado a la Naturaleza cuando ha dicho que las especies degeneran en embrión.¹⁵⁹ Peor aún, ha repetido la infame calumnia de los conquistadores españoles que llegaron a dudar de la humanidad de los indígenas americanos. Pero ellos, por lo menos, difundían calumnias para justificar sus carnicerías, escribían la historia con una calculada perfidia, con una "noirceur réfléchie".¹⁶⁰ ¡Y que lo repita él, justamente él, "que ha escrito con pluma de fuego en favor de la tolerancia"!¹⁶¹

El fuerte acento de reprobación moral que hay en la palabra "calumnia" hacía llover sobre los "calumniados", de rechazo, un aura de inocencia ofendida, envolviéndolos en una virginal pureza de "enfants de la Nature". Al describir los pueblos primitivos, Vossio y el Inca Garcilaso "han calumniado al género humano; cuanto más salvajes eran esos pueblos, tanto más cerca estaban de la Naturaleza".¹⁶² Así, pues, en definitiva, era la Madre Naturaleza el blanco de todos aquellos vituperios. Pero esta Augusta engendradora tiene siempre razón, no comete errores. La Naturaleza, por ejemplo, hace sano al hombre; la sociedad lo vuelve enfermo,

tes patagones, Delisle de Sales polemizaba con De Pauw, autor que quiere hacerse "leer", pero no "ilustrar" al lector, ya en el "Discours préliminaire" antepuesto por él a la segunda edición (París, 1770, 2 vols.) del *Viaje a las Malvinas* escrito por el primer antagonista de De Pauw, Pernetty.

¹⁵⁷ *De la philosophie de la Nature*, vol. V, pp. 212-213: "la Nature qui a conservé sa vigueur dans les reptiles, y est totalement dégénérée dans les quadrupèdes"; "... quand on a sous les yeux de grands hommes, vivant de temps immémorial dans les Terres Magellaniques?" Cf. *ibid.*, vol. IV, p. 109.

¹⁵⁸ *Ibid.*, vol. V, pp. 232-237; vol. VI, p. 276.

¹⁵⁹ Delisle no siempre cree en la degeneración de los animales: "le tacaou est le sanglier de l'Amérique. Quelques Naturalistes l'ont pris pour notre cochon dégénéré" (*De la philosophie de la Nature*, vol. I, p. 36 nota); pero él mismo dice lo contrario: véase *supra*, nota 157.

¹⁶⁰ Argumento repetido varias veces: *De la philosophie de la Nature*, vol. I, p. 36 nota; vol. V, pp. 94, 195, 237, 246-247; vol. VI, pp. 243-244. Se comprende que, para Delisle, "l'auteur le plus exact et le plus judicieux qui ait peut-être écrit sur le Nouveau-Monde" sea Las Casas, y que repita (de Th. Gage) la historia de las mujeres americanas que se hacían abortar para salvar a su prole de la esclavitud hispano-católica (*De la philosophie de la Nature*, vol. II, pp. 49-50). Cf. *supra*, pp. 45-46.

¹⁶¹ *Ibid.*, vol. V, p. 237: "... lui qui a écrit avec une plume de feu en faveur de la tolérance".

¹⁶² *Ibid.*, vol. I, p. 40 nota: "[ils] ont calomnié le genre humain; plus ces peuples étaient sauvages, plus ils étaient voisins de la Nature". También "Buffon... a calomnié la nature" con su teoría de las épocas del sistema solar (*Hist. phil. du monde primitif*, vol. II, p. 205).

y al azote de las enfermedades añade el azote de los médicos.¹⁶³ En América, la Naturaleza ha hecho imberbes a los hombres, perfectamente, pero esos boquirrubios no son menos prolíficos que los chinos o que el más barbudo de los metafísicos.¹⁶⁴ Ciertamente es que los viriles americanos, antes de la conquista, solían amamantar a sus criaturas. Pero ¿para qué había de tener tetas el varón, si no para criar a los nenes? ¿O se pretenderá sostener que la Naturaleza ha obrado sin una finalidad, o incluso que se ha equivocado al dar a los hombres ese pseudo-órgano? Partiendo de análogos argumentos, al estilo de los de Don Ferrante —"¿Me negarán que hay astros? ¿Y me querrán decir que están allá arriba para no hacer nada...?"—,¹⁶⁵ Delisle de Sales llega casi hasta el extremo de deplorar que las matanzas, la Inquisición (!) y el mestizaje hayan hecho desaparecer poco a poco esa singular "distinction originelle" de los americanos, y se olvida de informarnos si sus senos eran tan perfectos como los de la divina Aspasia, la cual, según nos ha asegurado poco antes, los tenía "tallados en forma de pera, y no en forma de manzana partida, como los desean nuestras petimetras",¹⁶⁶ y como, en todo caso, se imagina que los prefería el sencillo Alcibíades.

Pero volvamos al indígena del Nuevo Mundo. Aun reducido a ama de cría, es, desde el punto de vista físico, "el más hábil de los animales" y, "en relación con el volumen de su cuerpo, el más fuerte" de ellos.¹⁶⁷ En cuanto a dotes morales e intelectuales, los habitantes de México y del Perú han dado pruebas insignes de ellas. Y no es cierto tampoco que los europeos degeneren en América: tenemos las pruebas en La Condamine, en las eruditas memorias de la Academia de Ciencias de Filadelfia y en el infaltable Benjamin Franklin, ese "Descartes de la electricidad".¹⁶⁸ Así, pues, la Naturaleza no se ha equivocado en un hemisferio entero. Los americanos son hombres". Si hoy es todavía esclavo el americano, es porque no se atreve a pensar: "pero si pensara hoy, mañana sería libre"¹⁶⁹ —profecía que resulta un eco y una ampliación de la que en términos parecidos habían hecho Raynal y el propio De Pauw.¹⁷⁰

¿Cuál es, pues, el error de este último? Es el de "generalizar", el de sacar conclusiones de un episodio hasta convertirlo en ley absoluta.

¹⁶³ *De la philosophie de la Nature*, vol. VI, pp. 190-226, citando naturalmente a Rousseau.

¹⁶⁴ *Ibid.*, vol. V, pp. 71, 238. El salvaje de Lahontan (1703) no quería hacerse francés por temor de verse "velu et barbu comme une bête" y de tener que afeitarse las barbas cada tres días (*Dialogues curieux*, ed. cit., p. 208); pero Lahontan siempre parece estar jugando...

¹⁶⁵ A. Manzoni, *I promessi sposi*, cap. xxxvii.

¹⁶⁶ *Ibid.*, vol. V, pp. 51-52 ("... taillés en forme de poire, et non en forme de pomme coupée, comme le désirent nos petites maîtresses") y 74-76, con ecos de la defensa rousseauiana del amamantamiento materno (¡pero no paterno!).

¹⁶⁷ *Ibid.*, vol. V, pp. 4-7: "... le plus adroit des animaux"; vol. VI, p. 260: "... relativement au volume de son corps, le plus fort des animaux". Véase también la charla (*De la philosophie de la Nature*, vol. III, pp. 27-39) entre un parisino y un caribe, que tiene gustos sencillos y sentidos agudos.

¹⁶⁸ *Ibid.*, vol. V, pp. 245-246; vol. IV, p. 52. Linneo es "ce Descartes de la Botanique" (*ibid.*, vol. V, p. 347 nota).

¹⁶⁹ *Ibid.*, vol. V, p. 245: "La Nature ne s'est donc pas méprise dans un hémisphère entier. Les Américains sont des hommes"; "... mais s'il pensait aujourd'hui, demain il serait libre".

¹⁷⁰ Cf. *supra*, p. 59.

Este vicio formal de las *Recherches* es detectado muy bien por Delisle de Sales, que tenía una especie de horror instintivo por las abstracciones, por los sistemas (ajenos) y por los conceptos generales; que admiraba a Buffon el empírico en la misma medida en que desconfiaba de Buffon el sistemático, y podía escribir acerca de las "especies": "la palabra «especie» es un término técnico que hemos inventado para auxiliar la debilidad de nuestra memoria y de nuestro entendimiento: la Naturaleza no hace en realidad especies, sino que sólo forma individuos";¹⁷¹ que, aun admitiendo la influencia decisiva del clima sobre el carácter de los pueblos, advertía que el clima mismo varía con el tiempo, con los cataclismos, con los trabajos y con las destrucciones del hombre;¹⁷² y que, finalmente, en vigorosa polémica con los antisemitas, reivindicaba para los hebreos el derecho de ser juzgados hombres como todos los demás.¹⁷³

Pero los problemas de fondo de la polémica americana —la relación física e ideal de los dos mundos, los conceptos de progreso y de humanidad, los valores del primitivismo y de la llamada civilización— faltan aquí por completo: no es que Delisle de Sales los esquivase; es que no los advierte. Y aunque está bien familiarizado con muchos autores de la célebre controversia —comenzando con Pernety, cuyo viaje a las Malvinas presentó al público en una nueva edición, y de quien cita la *Dissertation sur l'Amérique*,¹⁷⁴ y terminando con Raynal, con Molina y con Carli, muy respetado por él, si bien rechaza sus ideas sobre la Atlántida¹⁷⁵—, no aporta a esa polémica nada propiamente suyo, ni penetra con su crítica en el fondo de las cuestiones.

10. EL ABATE ROUBAUD: LA FISIOCRACIA Y AMÉRICA

No son ni más originales ni más elevadas las críticas lanzadas contra De Pauw por otro polígrafo, el abate Roubaud, quien, sin embargo, se distingue de Delisle de Sales por cierta circunspecta metodicidad que lo lleva a escribir, no ya observaciones incidentales, sino una refutación en toda regla de las *Recherches* a lo largo de trescientas cincuenta páginas. Sin embargo, en vano se la buscaría en los repertorios bajo un título que indicara su contenido; y por consiguiente, no obstante su amplitud, la refutación de Roubaud ha permanecido completamente desconocida de los muchos apologistas y vituperadores de América, como una rama seca de la "disputa".

Se trata, en efecto, no de una obra aparte, sino de una digresión,

¹⁷¹ *Ibid.*, vol. VI, p. xcv nota: "le mot espèce est un terme technique, que nous avons inventé pour suppléer à la faiblesse de notre mémoire et de notre entendement: la Nature ne fait réellement point d'espèces, elle ne forme que des individus". Cf. vol. IV, p. 40; vol. V, pp. 86, 138, 334.

¹⁷² *Ibid.*, vol. IV, pp. lxxv-lxxviii, y todo el "Discours préliminaire sur la morale de l'homme-physique".

¹⁷³ Véase la "Apologie des Juifs" en *De la philosophie de la Nature*, vol. II, pp. 63-122 (y cf. vol. III, p. xxiv).

¹⁷⁴ Véase *supra*, pp. 74 ss. y nota 6; p. 103, nota 156; *De la philosophie de la Nature*, vol. V, p. 201 nota; vol. VI, p. 267 nota.

¹⁷⁵ Sobre Molina, véase *Hist. phil. du monde primitif*, vol. V, p. 8; sobre Carli, *ibid.*, vol. I, p. 28; vol. V, pp. xxvii, lxi, 318-320.

privada incluso de un subtítulo propio, que hincha desmesuradamente el décimotercer tomo de los quince que comprende la *Histoire générale de l'Asie, de l'Afrique et de l'Amérique* del prolífico abate. Al verlo al lado de sus compañeros, con su grosor doble del de los demás, ese tomo XIII revela al punto algo anormal: le ha crecido dentro, como un tumor, este excursus polémico, único en toda la *Histoire*, provocado por el ácido prúsico de De Pauw, de cuyas virtudes irritativas tenemos así otra voluminosa confirmación.

Eran todavía una fresca novedad las *Recherches* cuando Roubaud se puso a compilar su historia: los primeros tomos aparecieron en 1770, y la digresión contra De Pauw, publicada en 1775, se redactó entre diciembre de 1772 y marzo de 1773.¹⁷⁶ Esta comienza, como era de esperarse, protestando contra la pretendida impubertad y los lactíferos pechos de los americanos, de lo cual ofrece una ingeniosa explicación: tal vez algún viajero europeo sorprendió a unos indios en el acto de practicar la *couvade* y, desconociendo que semejante costumbre está bastante difundida hasta en Europa, hasta en Francia (Béarn), se imaginó que estaban dando el pecho a sus criaturas.¹⁷⁷

Pero, tras haberle hincado así el diente, Roubaud no abandona ya a su adversario, se encarniza contra él y tritura cada una de sus tesis, cada uno de sus argumentos. ¿No había empleado la misma táctica, pocos años antes, contra otro genialísimo *dilettante*, el abate Galiani? Roubaud, que colaboraba con celo en las revistas económicas de inspiración fisiocrática, y que asimismo había publicado (1769) unas *Représentations aux Magistrats sur le commerce des grains*, no bien salieron a la luz los centelleantes "dialoguitos" de Galiani, se precipitó a refutarlos con minucioso e implacable análisis. En rigor, dice, esto no hubiera sido siquiera necesario, puesto que estaban ya "completamente refutados por anticipado" en sus *Représentations*,¹⁷⁸ pero ha querido darse el gusto de despiojarlos, y ha encontrado "tantos y tantos errores a cada página, a cada línea",¹⁷⁹ que al final parece echar un profundo suspiro de alivio: ha terminado "esa terrible tarea, la tarea de aclarar y de comentar el voluminoso libro página por página, y casi frase por frase".¹⁸⁰

¹⁷⁶ *Op. cit.*, vol. XIII, pp. 159, 347. De la *Histoire* apareció simultáneamente una edición en 5 vols. in-4°, que no he visto, como tampoco he podido encontrar el primer escrito de Roubaud, que lleva el sugestivo título solorzanesco de *Le Politique Indien*, Paris, 1768.

¹⁷⁷ *Ibid.*, pp. 10-11.

¹⁷⁸ *Recréations économiques, ou Lettres de l'auteur des Représentations aux Magistrats, à M. le chevalier Zanobi principal interlocuteur des Dialogues sur le commerce des bleds*, Amsterdam [Paris], 1770, p. 96, etc.

¹⁷⁹ *Loc. cit.*, p. 220: "tant et tant d'erreurs à chaque page, à chaque ligne!..."

¹⁸⁰ *Ibid.*, p. 236: "cette terrible tâche, la tâche d'éclaircir et de commenter votre gros Livre page par page, et presque phrase par phrase". Sobre Roubaud como fisiócrata, véase Lavergne, *op. cit.*, pp. 174, 182; hay breves alusiones a él en las historias del pensamiento económico. Sobre las relaciones entre los fisiócratas y América, a través de Franklin, véase D. Echeverría, "Roubaud and the theory of American degeneration", *French-American Review*, vol. III (1950), pp. 26, 31-32; sobre la polémica con Galiani, véase Galiani, *Correspondance*, ed. cit., vol. I, pp. 210-213; *La Signora d'Épinay e l'abate Galiani*, *op. cit.*, pp. 74, 89-90, 109-110, 136, y las notas respectivas; *Gli ultimi anni della Signora d'Épinay*, ed. F. Nicolini, Bari, 1933, p. 185, y la *Correspondance* de Grimm, Diderot, etc., *op. cit.*, vol. IX, pp. 83-84 ("Roubaud, docteur de l'école absurde..."; "combats des moulins à vent contre le chevalier Zanobi").

La misma técnica se aplica a las *Recherches* de De Pauw, de modo que será bueno limitarnos a los puntos fundamentales de la prolífica polémica. Los patagones sí existen, aunque su gigantismo se limite a un pie por encima de la estatura media.¹⁸¹ El Viejo Mundo es, sí, infinitamente superior al Nuevo: pero ¿por qué De Pauw no se ha contentado con asentar esta obvia verdad? ¿por qué ha querido demostrar la degeneración universal de todas las cosas y todas las creaturas americanas? Por otra parte, ¿qué "degeneración" es ésa? ¿con respecto a qué prístino estado o condición? De Pauw no ha intentado siquiera demostrar que América haya sido en el pasado, antes del descubrimiento, más floreciente que después; y tampoco sostiene que el estado de naturaleza sea "menos informe" que la condición en que se encontró a los indios americanos.

Del suelo mismo, no dice que fuera estéril, sino todo lo contrario: que su fecundidad natural, no dirigida y explotada por el hombre, se resolvía en pura pérdida y daño. El Continente, pues, carecía simplemente de cultivo, porque sus pobladores eran bárbaros, porque se dedicaban a la caza y a la pesca más que a la agricultura: "América era, por así decir, una tierra nueva",¹⁸² un archipiélago poco poblado, pero sus habitantes no eran estúpidos: aquí y allá cultivaban la tierra, conocían las propiedades alimenticias de cereales y de raíces, de tubérculos y de bayas, sacaban minerales y piedras preciosas, y todo esto sin conocer el hierro: "Quite usted el hierro a nuestro continente: ¿qué será de él?"¹⁸³

¿Y qué sería Europa sin los productos y las técnicas que le han transmitido los demás continentes? "En el siglo XVI, América no contaba sino con lo que tenía en sí misma". Incluso las bellas artes, que en Europa han sido cultivadas durante millares de años por infinidad de pueblos, en México y en el Perú "eran producto del genio particular de sus habitantes, ensayado apenas desde hacía unos pocos siglos".¹⁸⁴ Los progresos de los colonos norteamericanos, sobre los cuales pasa De Pauw con tanta ligereza, hacen presagiar "que la América septentrional será un día, si puedo expresarme así, la cabecera de la humanidad".¹⁸⁵

Y no se diga que el ambiente se opone a tan prodigioso florecimiento. Los vegetales, si se los cultiva con cuidado, crecen bien incluso en América: "tal vez muy pronto sostendrá América la competencia de Europa en cuanto a los vinos, como la sostiene ya en cuanto a los cereales". Hasta las plantas venenosas, una vez domesticadas, se hacen buenas para comer, y el calumniado maíz no es cierto que cause constipación.

¹⁸¹ *Histoire*, vol. XIII, pp. 50-74. Nótese que, antes de sentirse provocado por De Pauw, Roubaud había expresado dudas (*op. cit.*, vol. I, pp. xxiii-xxiv) sobre los gigantes patagones. Precisamente de aquí, después de las primeras escaramuzas, toma Roubaud su punto de arranque para una exposición sumaria de las doctrinas de "M. de Paff" (*sic*, p. 74), concluida la cual (pp. 75-101), emprende su demolición en forma sistemática.

¹⁸² *Op. cit.*, vol. XIII, pp. 109, 136: "L'Amérique était, pour ainsi dire, une terre nouvelle".

¹⁸³ *Ibid.*, p. 115: "Otez le fer à notre continent, que deviendra-t-il?"

¹⁸⁴ *Ibid.*, pp. 124-125: "L'Amérique au seizième siècle ne tenait rien que d'elle-même"; "[les beaux-arts] étaient le produit du génie particulier de leurs habitants à peine essayé depuis quelques siècles".

¹⁸⁵ *Ibid.*, p. 130: "... que l'Amérique septentrionale sera un jour, si je puis ainsi m'exprimer, le chef-lieu de l'humanité".

ción ni sarna.¹⁸⁶ Las especies animales serán menos, como quiere Buffon, pero cada una de ellas es más numerosa y, después de todo, la superficie del Nuevo Mundo no equivale sino a los dos quintos de la del Viejo. Además, no todos esos animales son minúsculos. Existen restos fósiles de animalazos gigantescos. ¿A qué se debe que se hayan extinguido? Roubaud renuncia a buscar una explicación.¹⁸⁷

El hombre, por su parte, es una maravilla: vigoroso, longevo, proflífico, lo mismo el indígena que el colono prudente. ¿Que las mujeres dan a luz con facilidad? Prueba de robusta constitución. ¿Que amaman tan a sus críos durante años y años? Son opulentas nodrizas. ¡Y tanto mejor para el bebé! "A larga infancia, vejez tardía y larga".¹⁸⁸ ¿Que es impúber el americano? Sí, pero esto no quiere decir que sea un inútil: los negros tienen liso el cuerpo, y sin embargo un hotentote derriba a un león. Tampoco es cobarde ni apocado el americano. Con cierto candor, Roubaud concluye su apología: "Terminaremos esta discusión aduciendo un testimonio decisivo: el que el famoso señor Franklin ha prestado a los americanos" en una carta de junio de 1772, que Roubaud ha visto con sus propios ojos,¹⁸⁹ y en apoyo del cual cita al señor Dickinson, "el Demóstenes de las colonias inglesas", a la Academia de Filadelfia, a J. J. Rambach, rector del colegio de Quedlinburg y autor de unas *Dissertations mêlées*, y a los padres Feijóo y Sarmiento, vanamente ridiculizados por De Pauw.¹⁹⁰

Ciertamente, ninguna de estas cosas le quita a Europa su primacía, pero se trata "de una superioridad accidental y adquirida, y no de una superioridad natural e *infusa*",¹⁹¹ lo cual es una buena caracterización aproximativa de la "historicidad" de la civilización europea, y un válido asidero para esquivar el contraste naturalista entre los dos hemisferios. Pero este nuevo punto de vista no tarda en ser estropeado por Roubaud, completamente poseído como está del pesimismo historiográfico de la época, y dominado por sus corolarios filantrópicos y anticolonialistas. Cuando se trata de dar palos a los españoles, Roubaud se encuentra fulminantemente de acuerdo con De Pauw: "la conquista de América es la más espantosa de las calamidades que la humanidad ha sufrido por parte del hombre".¹⁹² Y ha sido una calamidad no sólo para los habitan-

¹⁸⁶ *Ibid.*, pp. 131-139: "bientôt peut-être l'Amérique soutiendra pour les vins la concurrence de l'Europe, comme elle la soutient pour les grains". Roubaud cita aquí el pasaje de Buffon que hemos reproducido *supra*, p. 13.

¹⁸⁷ *Ibid.*, p. 142: "C'est ce que l'on tenterait en vain de découvrir".

¹⁸⁸ *Ibid.*, p. 149: "Longue enfance, vieillesse tardive et longue". Para los colonos europeos, Roubaud repite el argumento de Pernety, sobre el cual véase *supra*, p. 88.

¹⁸⁹ *Ibid.*, p. 162: "Nous terminerons cette discussion par un témoignage décisif; c'est celui que le célèbre M. Franklin a rendu aux Américains...; nous avons lu, nous-même, ce témoignage". Parece que esa carta de Franklin se ha perdido. Tampoco Echeverría, art. cit., p. 29, ha conseguido encontrar sus huellas.

¹⁹⁰ *Ibid.*, p. 166. Las *Lettres d'un fermier de Pensylvanie* de John Dickinson habían sido traducidas por el fisiócrata Du Bourg en 1769, por sugerencia de Franklin; y las *Transactions* de la Academia de Filadelfia (vol. I, 1771) habían sido dadas a conocer por el mismo Franklin a sus amigos fisiócratas (véase Echeverría, art. cit., p. 30).

¹⁹¹ *Ibid.*, p. 167: "[il s'agit] d'une supériorité accidentelle et acquise, et non d'une supériorité naturelle et *infuse*".

¹⁹² *Ibid.*, p. 355: "la conquête de l'Amérique est la plus affreuse des calamités que l'humanité ait souffertes de la part de l'homme". En las páginas anteriores, Roubaud refuta muchos puntos particulares de historia antigua americana, mexicana y

tes del Nuevo Mundo. El pesimismo de Roubaud se despliega en una visión apocalíptica, que hace pensar casi en William Blake: "el Mundo Antiguo ha arrastrado al Nuevo en su torbellino; pero, en el choque de estos dos grandes cuerpos, el más fuerte no ha podido aplastar al más débil sin entreabrirse y resquebrajarse a su vez".¹⁹³

Así, pues, nada más ilusorio que la clásica permuta de aportaciones útiles entre los dos hemisferios: "lo que ha habido es una pavorosa comunicación de males entre Europa y América, y no ha habido entre ellas ningún cambio recíproco de bienes".¹⁹⁴ Para sostener esta tesis desastrosa, Roubaud vilipendia uno tras otro todos los pretendidos dones de América con una protervia verdaderamente digna de De Pauw. Los efectos nefastos del oro americano eran ya un lugar común del moralismo político y de la naciente ciencia económica. Pero, por lo demás, no se salva ninguna cosa americana o genéricamente exótica: las especias —dice este buen europeo— nos queman, el té nos reseca, las drogas nos envenenan, la papa es un triste remedio para el hambre; las pieles del Artico son una afeminación en nuestro clima; el tabaco, inútil y peligroso en sí, se ha convertido en un instrumento de tortura en manos del fisco; el café es una "bebida perniciosa";¹⁹⁵ la cochinilla y las piedras preciosas son perifollos costosos y frívolos; y el azúcar, bah, el azúcar se podría producir perfectamente en el viejo hemisferio, sin necesidad de imponer tiranías y monopolios al otro.

Y aquí el fisiócrata, olvidado de su primer propósito polémico, descarga todos los rayos de la elocuencia contra el comercio en general, y en especial contra el comercio entre metrópoli y colonias: "Europa hizo consistir su gloria, su poderío, su salvación en unas posesiones lejanas, precarias, inútiles, compradas a mucha costa, explotadas a mucha costa, mantenidas a mucha costa. Los Imperios salieron de su base y se rebajaron para extenderse y apoyarse sobre unas cañas".¹⁹⁶ Según eso,

sobre todo peruana, sostenidos por De Pauw. Se puede percibir en estas enfáticas deploraciones del fisiócrata uno que otro eco del oratorio Raynal (citado con bastante frecuencia: *Histoire*, vol. XIII, pp. 40-47, 396-397, 449-450, 487, 535; vol. XIV, pp. 3, 146-148; vol. XV, pp. 56, 127, 389, 397, 415, 487, 503, 517). También es de notar su filocuaquerismo, no obstante "les erreurs théologiques de ces Sectaires" (vol. XV, pp. 5-10, 537-538), y su hostilidad para con el mayor de los historiadores españoles de las Indias, "l'infâme Oviedo" (vol. XIII, p. 387).

¹⁹³ *Histoire*, vol. XIII, p. 337: "l'ancien monde a emporté le nouveau dans son tourbillon; mais dans le choc de ces deux grands corps, le plus fort n'a pu écraser le plus faible, sans s'entrouvrir et s'entrebriser".

¹⁹⁴ *Ibid.*, p. 336: "il y a eu une effroyable communication de maux entre l'Europe et l'Amérique, et il n'y a point eu entr'elles d'échange réciproque de biens". En consecuencia, una vez por lo menos, Roubaud le da la razón a De Pauw, quien adquiere en esta ocasión el título de "Philosophe Hollandais", puesto que en el trueque de la América americana por la peste europea vio el más funesto canje de calamidades de toda la historia (*ibid.*, pp. 465-466). En el resto del volumen, De Pauw es atacado ocasionalmente, a propósito de la esclavitud de los negros (p. 442), de los compañeros de Hernán Cortés (pp. 554-555), de la explotación de las colonias (pp. 588-590) y de las mujeres de Atahualpa, de quienes afirma Roubaud que no se prostituyeron al vencedor, sino que fueron violentadas (p. 603).

¹⁹⁵ Con acento humorístico muy diferente había escrito Francesco Redi: "beverei prima il veleno / che un bicchier che fosse pieno / dell'amaro e rio caffè!".

¹⁹⁶ *Op. cit.*, vol. XIII, pp. 341-344: "L'Europe plaça sa gloire, sa puissance, son salut dans des possessions lointaines, précieuses, inutiles, achetées à grands frais, exploitées à grands frais, maintenues à grands frais. Les Empires sortirent de leur base et s'abaissèrent pour s'étendre et s'appuyer sur des roseaux". Cf. también *ibid.*,

¿ha sido un mal el descubrimiento de Colón? Hasta ahora, sí. Pero dentro de poco se convertirá en una bendición. Una vez que las colonias norteamericanas se hayan hecho independientes, "todo el resto de América no tardará en ser libre...; entonces todos esos pueblos se dedicarán a los cultivos, al comercio, a las artes más fructíferas, todo prosperará... Europa entera, liberada de todo gasto, comerciará ventajosamente con América entera, y con la prosperidad" (*sic*).¹⁹⁷

El afán de limpiar a un continente del estigma de degeneración física se resuelve y concluye en un teorema de economía política. Y el autor, perdido en tan radiantes visiones, se olvida incluso de trazar ese cuadro de los usos y costumbres de los indios sin historia que formalmente nos había prometido.¹⁹⁸ Pero esta y otras fallas las ha expiado bien el pobrecillo siendo a su vez un olvidado: olvidado como impugnador de Galiani,¹⁹⁹ olvidado como crítico —y no de los peores— de De Pauw,²⁰⁰ olvidado como lexicógrafo, no obstante sus importantes trabajos sobre los sinónimos,²⁰¹ olvidadísimo en su vejez, hasta el punto de que la Convención le otorgó un subsidio (1795) cuando el abate Pierre Roubaud había pasado a mejor vida hacía ya cuatro años.

11. GALIANI: DEL CONTINENTE "ESBOZADO" AL MUNDO DEL PORVENIR

Agotadas así las reacciones inmediatas a la obra de De Pauw, no es de creer que quedara luego sumida en el olvido. Todo lo contrario: las frecuentes reediciones y traducciones²⁰² y las alusiones (incluso ocasionales) que se encuentran en la literatura de la década 1770-1780 demuestran que el libro tan ruidosamente confutado seguía siendo objeto de lecturas y aun de meditaciones. En los epistolarios y en discusiones

pp. 589-590. Poco más adelante, Roubaud se apropia la famosa frase de Voltaire: "la possession de quelques arpens de neige dans le fonds de l'Amérique suffira pour causer un incendie général. La perte du Canada a soulagé la France" (pp. 346-347).

¹⁹⁷ *Ibid.*, p. 350: "tout le reste de l'Amérique sera bientôt libre...; alors tous ces peuples se livreront aux cultures, au commerce, aux arts les plus fructueux, tout prospérera... Toute l'Europe, déchargée de toute dépense, commercera avantageusement avec toute l'Amérique, et avec la prospérité": ¿así que el comercio puede ser útil?... Las últimas palabras de la larga obra se hacen eco de este augurio: "Aujourd'hui ou demain la guerre commencera... A la fin l'Amérique anglaise sera libre, et sa liberté sera bientôt celle de l'Amérique entière" (*op. cit.*, vol. XV, p. 545).

¹⁹⁸ *Op. cit.*, vol. XIII, p. 167.

¹⁹⁹ A las protestas de Galiani, respondía Madame d'Épinay diciéndole que no había para qué enfurecerse contra "cette guenille de l'abbé Roubaud... elle est dans l'oubli... personne ne sait à Paris qu'elle existe", etc. (*La Signora d'Épinay*, *op. cit.*, p. 89). Y Grimm: "Ces Récréations forment une brochure... qui est restée aussi obscure que les autres faits d'armes des économistes" (*Correspondance*, vol. IX, pp. 83-84).

²⁰⁰ Lo ha "redescubierto" Durand Echeverría: véase su art. cit. y *Mirage in the West*, *op. cit.*, pp. 30, 32.

²⁰¹ Los cuatro volúmenes de sus *Nouveaux synonymes français* (1785), premiados por la Academia francesa, varias veces reimprimos y finalmente refundidos en un *Dictionnaire des synonymes* (1810) de varios autores, eran alabados todavía por Larousse (*sub voce*) y por Guizot (*Dictionnaire universel des synonymes de la langue française*, 7ª ed., 1864, pp. iv-vii, xxxiv-xxxix, con reservas sobre sus etimologías, pp. ix, xxxii-xxxiv).

²⁰² Se conocen ediciones de Berlín de 1770, 1771, 1772, 1774 y 1777; de Cleves, 1772; de Londres, 1771 y 1774, y traducciones al alemán (1769) y al holandés (1771-72). De otras ediciones y traducciones más tardías se hablará adelante.

incidentales hallamos asimismo observaciones y comentarios del mayor interés. Nuevos motivos de remoto origen vienen a confluír en la corriente crítica. La polémica estallará de nuevo, abiertamente, hacia fines de la década, con Robertson, Carli, Clavigero y luego Jefferson. Pero esta segunda llamarada se entendería mal si se pasara por alto la atención constante que recibieron en los años intermedios las tesis depauianas. Ya la publicación de las segundas *Recherches* (1773) había renovado el recuerdo de las primeras. Pietro Verri encontraba que eran "un libro lleno de ideas y bien escrito", no obstante que a menudo lo hacían reír: "parecen [*sic*] del mismo autor de la obra sobre los americanos".²⁰³

Estas investigaciones sobre los americanos, a su vez, no movían precisamente a risa, pero por lo menos le hacían cosquillas ("haben mich... gekitzelt") también al mago del Norte, a Hamann, que alude a ellas, como también a las segundas *Recherches*, en un par de sentencias (1773, 1775) de sibilina oscuridad;²⁰⁴ y poco después, escribiendo a un amigo de Berlín, pide, con sardónico interés, informes sobre su autor: "¿Sabe usted algo del canónigo Pauw? ¿Dónde vive ahora? ¿Podemos esperar para pronto sus *Recherches philosophiques sur les Allemands*?"²⁰⁵

Una reacción más explícita encontramos, en cambio, en otro italiano, continuador, con mejor título que Verri o que Frisi, de la tradición de Giambattista Vico: el abate Ferdinando Galiani. Siempre lleno de curiosidad por las novedades literarias, apenas el Barón d'Holbach le escribía (3 de junio de 1770) sobre el rumor suscitado por el libro de De Pauw, el abate le rogaba que se lo hiciera llegar a Nápoles: "Veré de muy buena gana las *Recherches philosophiques sur les Américains*. Usted podrá mandármelas con toda seguridad. Aquí no se examinan los libros que entran: hay absoluta seguridad de que nadie va a leerlos".²⁰⁶

Recibido en efecto el libro, a través del doctor Angelo Gatti, Galiani, con su habitual sonrisa maliciosa, lo juzgaba de este modo, en una carta a su querida Madame d'Épinay:

Me he regocijado al ver que existen todavía Salmasios, Casaubonos y Escaligeros en nuestro globo, y que es posible, en filosofía lo mismo que en el campo de las antigüedades, investigar siempre sin encontrar nada,

²⁰³ Carta de Milán, 13 de octubre de 1773, en *Carteggio di Pietro e di Alessandro Verri, dal 1766 al 1797*, a cura di E. Greppi e di A. Giulini, vol. VI (Milano, 1928), lettera cl (493), pp. 126-127: "...un libro pieno d'idee e scritto bene"; "...paiono del medesimo autore dell'opera sugli americani".

²⁰⁴ *Schriften*, ed. F. Roth, Berlin, 1823-24, vol. IV, pp. 271-272 (*Hierophantische Briefe*, V, con cita de unas y otras *Recherches*); vol. V, p. 36 (carta a Nicolai, 7 de junio de 1773). Hamann poseía las *Recherches sur les Américains*, la primera réplica de Pernety y la *Défense* de De Pauw (*Sämtliche Werke*, ed. J. Nadler, Wien, 1949-57, vol. V, p. 80), y alguna vez lanzó una alusión desdeñosa a los viajes y a los tratados de alquimia y fisiognómica de Pernety (*ibid.*, vol. III, p. 329). En las mismas *Hierophantische Briefe*, III, se citan (ed. cit., vol. IV, p. 246; cf. *ibid.*, p. 245, nota 2, y VIIIa, p. 262) las *Lettres chinoises* de Voltaire, sobre las cuales véase *infra*, pp. 137-138.

²⁰⁵ Carta del 16 de diciembre de 1776 al Kapellmeister Reichardt, en *Briefwechsel*, hgg. von Ziesemer und Henkel, vol. III, Leipzig, 1957, p. 274: "Können Sie mir nicht ein Wort vom Canonicus Pauw melden? Wo lebt er jetzt? Hat man bald seine Rech. Phil. sur les Allemands zu erwarten?"

²⁰⁶ L. Perey et G. Maugras, *L'abbé Galiani, Correspondance*, ed. cit., vol. I, p. 203: "Je verrai très volontiers les *Recherches philosophiques sur les Américains*. Vous pourrez en toute sûreté me les envoyer. On n'examine point ici les livres qui entrent, on est bien sûr que personne ne les lira".

ensartar erudiciones sin ligarlas, entrever sin ver, no partir de ningún principio sin ir a ningún fin; eso se llama juntar piedras para construir.

La crítica del napolitano es original. El libro de De Pauw es condenado, no por su tesis central, sino por su mal método: es un hacinaamiento de erudición cruda, inconcluyente y estéril. Siempre en tono entre serio y juguetón, el abate promete que un buen día dará él la verdadera solución del problema: "Haré ver entonces que América es una Asia *esbozada*, porque es muchísimo más moderna". Es una tierra nueva, y en las tierras nuevas existen siempre gigantes, pero su raza decae y deja el sitio a una raza imberbe, la cual a su vez "cede a la barbada, que es la más perfecta de todas".²⁰⁷

Dos elementos son de notar en esta réplica. El primero es la crítica de la teoría climática, implícita en la acentuación de la importancia de la raza, lampiña o peluda. En otra carta de ese mismo año, el abate insiste en que todo depende de la raza y no de la educación, como de la Rousseau.²⁰⁸ Y pocos años después escribirá, justamente a propósito de los americanos, que "todo cuanto se dice de los climas es una estupidez, un *non causa pro causa*, que es el error más común de la lógica", y que "todo depende de las razas". Y entre las razas, repetirá, sólo la blanca y barbada es susceptible de progreso. El indígena de California, como en general todo ser no civilizado por los blancos barbudos, es todavía un verdadero bruto, y ni siquiera propiamente un hombre, sino "el más despierto, el más astuto y el más hábil de los monos".²⁰⁹

Al decir "raza, y no clima", Galiani quiere decir en realidad "histo-

²⁰⁷ Carta del 7 de diciembre de 1771, *ibid.*, vol. I, pp. 487-489: "Je me suis réjoui d'avoir vu qu'il existe encore des Saumaises, des Casaubons, des Scaligers dans notre siècle: et qu'on peut, en philosophie tout comme sur les antiquités, rechercher toujours sans rien trouver, enfiler des éruditions sans les lier, entrevoir sans voir, ne partir d'aucun principe sans aller à aucun but; cela s'appelle amasser des pierres pour bâtir..."; "Je ferai voir alors que l'Amérique est une Asie ébauchée, parce qu'elle est de beaucoup plus moderne"; "...[la race imberbe] cède à la barbe qui est la plus parfaite de toutes". En este pasaje Galiani parece creer en los gigantes americanos (cf. *supra*, p. 76). Es, además, evidente la ironía sobre los lampiños salvajes de De Pauw. Se diría que el abate, por reacción contra las *Recherches*, se inclina a una rehabilitación de los americanos, de su estatura y de su sistema pilífero. Su carta se cruzaba con otra en que d'Holbach, quien tres meses antes le había escrito diciéndole que no era tan fácil encontrarle el libro (las *Recherches* "sont très rares en ce pays"), lo juzgaba, como él, una voluminosa compilación "un peu sans choix" e indicaba que su error radical consistía en "traiter de dégénération ce qui n'est dans la vie que défaut de développement", —juicio conforme a la rígida ideología del progreso, que venía a coincidir, en lo sustancial, con la definición de América dada por Galiani: "continente esbozado". En cambio, no tenía razón d'Holbach al decir de la réplica de De Pauw a Pernety, con evidente embarazo verbal, que le "pa-recía", "dans le vrai, un peu trop systématique" (F. Nicolini, *Amici e corrispondenti francesi dell'abate Galiani*, Napoli, 1954, pp. 204, 212; cartas del 25 de agosto y del 1º de diciembre de 1771).

²⁰⁸ Carta del 19 de enero de 1771 en *Correspondance*, ed. cit., vol. I, p. 342.

²⁰⁹ Carta del 12 de octubre de 1776, *ibid.*, vol. II, pp. 473-474: "tout ce qu'on dit des climats est une bêtise, un *non causa pro causa*, erreur la plus commune de la logique...; tout tient aux races"; "...le plus espiègle, le plus malin et le plus adroit des singes". No sólo los salvajes, sino también los gatos pueden ser educados y civilizados, pero hace falta tiempo. Los gatos deben haber necesitado de cuarenta a cincuenta mil años para aprender lo que hoy saben. En Asia comenzó la civilización hace doce mil años. Es justo, pues, que los californianos y los australianos, "qui sont anciens de trois o quatre mille ans", sean todavía unas bestias.

ria, y no geografia", o bien "sociedad, y no naturaleza". Sus lecturas de Vico lo sostenían al formular un criterio interpretativo tan humano e historicizante. En una obra juvenil, es decir, de la época en que estaba más fresca en su espíritu la influencia de la *Scienza nuova*, Galiani había querido explicar las antiguas leyendas de la mitología con las semejanzas que le brindaba la "historia de los viajes modernos... a las tierras nuevas". Buscaba una confirmación para las fantasías de los griegos en la realidad natural de la India y de América: "Las sirenas son esas aves acuáticas llamadas pingüinos, que abundan ahora en la costa magallánica y que de lejos parecen [*sic!*] mujeres desnudas fuera del agua". Y, más plausiblemente, insinuaba que las harpías debieron ser los *guanays*, "pájaros acuáticos y voraces que nidifican en los escollos desiertos, en tal cantidad, que los hacen casi inaccesibles al hombre".²¹⁰

Más tarde aplicaba el mismo método de interpretación comparativa a la historia de la conquista de América, observando que, si los indígenas no hubieran aprendido de los europeos el arte de la escritura, habrían transformado seguramente a Colón y a Cortés, a la reina Isabel y a Carlos V en dioses y en héroes, tal como los antiguos griegos selváticos transfiguraron a sus guerreros y monarcos primitivos: Hércules, Mercurio, Saturno fueron para ellos lo que en veinte siglos hubieran podido llegar a ser los soberanos católicos para los americanos.²¹¹

La fluidez de esta visión nos ayuda a interpretar el segundo elemento que se advierte en la réplica a De Pauw, y que consiste en la aceptación que manifiesta Galiani del concepto —o por lo menos de la *imagen*— del continente "esbozado", con su fuerte sugerencia de una evolución progresiva. América no parece haber llegado todavía a la madurez que tienen los otros continentes. ¿Podrá alcanzarla algún día? Galiani pasa de una consideración física a otra política y, en dos tiempos, responde con una resuelta afirmativa.

Algunos meses después de recibir el juicio despectivo de Galiani sobre De Pauw, Madame d'Épinay le enviaba otra obra de asunto americano, la famosa *Histoire philosophique du commerce dans les Indes* del abate Raynal, recomendándosela como libro excelente y "dans le goût... au dessus des Américains".²¹²

Pero no era fácil contentar al agudísimo napolitano. Sin dejarse

²¹⁰ "Le sirene sono quegli uccelli acquatici detti *pinguim*, che abbondano ora sulla costa magellanica, che di lontano rassomigliano a donne nude fuor d'acqua"; "...li *guanays*], uccelli acquatici e voraci, che nidificano sugli scogli deserti in tanta copia, che gli rendono quasi inaccessibili all'uomo".

²¹¹ *Dell'antichissima storia della navigazione nel Mediterraneo*, obra de hacia 1746 (resumida en nota a la 2ª edición, 1780, del *Della moneta*: véase la ed. de Bari, 1915, pp. 315-316); y carta a Madame d'Épinay, 24 de abril de 1773 (*Correspondance*, ed. cit., vol. II, pp. 201-203). Cf. F. Nicolini, *G. B. Vico e F. Galiani*, Torino, 1918, *passim*, y especialmente pp. 14-16; ensayo refundido y ampliado en el *Bolettino dell'Archivio Storico del Banco di Napoli*, núm. 4 (31 dic. 1951), pp. 49-123, en particular 61-63.

²¹² Carta del 26 de julio de 1772, en *La Signora d'Épinay e l'abate Galiani*, ed. cit., p. 273. Ya el 22 de marzo de 1772, Madame d'Épinay hacía a Galiani un altísimo elogio del libro de Raynal (*ibid.*, p. 256), y simultáneamente lo magnificaba el marqués Caracciolo (carta a Galiani, 24 de marzo de 1772), el cual, sin embargo, añadía esta glosa al dar el nombre del presunto autor, abate Raynal: "voi lo conoscete: un grandissimo seccatore, noioso, disputante, *tranchant* e insolente" (F. Nicolini, *Amici e corrispondenti francesi...*, op. cit., p. 42).

influir por los copiosos elogios de su amiga, Galiani respondía que se alegraba mucho del gran éxito del libro, lleno de buenas intenciones y escrito en estilo florido, pero que le repugnaba el humanitarismo sentimental y dulzón del autor. Con su acostumbrada afectación de cinismo, replicaba que en política admitía únicamente "el maquiavelismo puro, sin mezcla, crudo, verde, en toda su aspereza", y concluía: "mi opinión es que prosigamos nuestros estragos en las Indias mientras esto nos resulte bien, a reserva de retirarnos cuando nos peguen". El único comercio verdaderamente deseable y provechoso consiste en el trueque de palizas que se dan contra rupias que se reciben.²¹³ La crueldad es eterna: en el Perú los españoles *tuvieron* que ser crueles porque eran pocos y ambiciosos y estaban rodeados de enemigos.²¹⁴

Al cabo de no muchos años, los americanos del Norte demostraban a los ingleses que no se hallaban ya dispuestos a recibir palos y a pagar tributos. Los ingleses se retiraron, como había opinado Galiani. Y éste, consecuente con su filosofía política, se entusiasmaba por el triunfo de América. Por los ingleses, a quienes afirmaba conocer bastante bien, Galiani tenía cierto respeto, pero ninguna simpatía.²¹⁵ Hume escribía en 1769 que lo hubiera matado por todas las cosas malas que había dicho de Inglaterra.²¹⁶ Cuando España cedió la Florida a Inglaterra, Galiani había mostrado preocupación porque, con esa adquisición y con el Canadá al Norte, "el imperio inglés en América... se hace tan sólido, rotundo, fuerte y compacto, que no alcanzo a ver por qué lado será ya posible agarrarlo y morderlo. Así, pues, este imperio solo se basta para

²¹³ Carta del 5 de septiembre de 1772, en *Correspondance*, ed. cit., vol. II, pp. 114-115: "...Je machiavélisme pur, sans mélange, cru, vert, dans toute son âpreté"; "mon avis est de continuer nos ravages aux Indes tant que cela nous réussira, sauf à nous retirer quand nous serons battus". Madame d'Épinay y Grimm se entusiasmaban por la crítica y por la receta económica de Galiani (*La Signora d'Épinay*, op. cit., pp. 288, 359), —que recaía asimismo sobre los consejos moralizantes de De Pauw (véase *supra*, p. 52). Un eco tardío de esa crítica parece escucharse, por una parte, en las francas palabras del escéptico ex ministro Aranda, embajador de España en París, al ministro encargado de Florida: "Mientras la tengamos [a la América española], hagamos uso de lo que nos pueda ayudar para que tomemos sustancia, pues en llegándola a perder, nos faltaría ese pedazo de tocino para el caldo gordo" (carta del 21 de julio de 1785, citada por J. R. Spell, *Rousseau in the Spanish world before 1833*, Austin, 1938, p. 217), y por otra parte en la dedicatoria de *Der geschlossene Handelstaat* (1800) de Fichte, el cual, después de exponer el lucro enorme e injusto que hace Europa traficando con el resto del mundo, y la improbabilidad de que semejante disfrute pueda durar indefinidamente, imagina que alguien le objeta: "Bis jetzt wenigstens dauert dieses Verhältniss, — dauert die Unterwürfigkeit der Colonien gegen die Mutterländer, dauert der Sklavenhandel — noch fort, und wir werden es nicht erleben, dass alles dieses aufhöre. *Lasst uns Vortheil davon ziehen, so lange es noch hält!*", — a lo cual confiesa él que no sabe qué contestar.

²¹⁴ Carta a d'Alembert, 25 de septiembre de 1773, en *Correspondance*, ed. cit., vol. II, p. 267. Cortés y Pizarro fueron "deux pirates, vrais forbans de mer" (carta a Madame d'Épinay, 29 de febrero de 1772, *loc. cit.*, vol. II, p. 32). Pero Carlos V fue "un despote doux, comme son fils fut un despote aigre" (carta a la misma, 29 de junio de 1771, *ibid.*, vol. I, p. 412).

²¹⁵ Véase la carta de Londres, 8 de diciembre de 1767 (*Lettere di Ferdinando Galiani al marchese Bernardo Tanucci*, ed. A. Bazzoni, Firenze, 1880, p. 169); *Dialogues sur le commerce des bleds*, 1770, III (ed. Venezia, 1791, p. 96).

²¹⁶ Carta al abate Morellet, 10 de julio de 1769, en *The letters of D. Hume*, ed. J. Y. T. Greig, Oxford, 1932, vol. II, p. 433.

dictar la ley al resto de la impotente América".²¹⁷ Y en los años sucesivos seguía aún en la creencia de que el centro de gravedad del dominio inglés se desplazaba poco a poco hacia el Nuevo Mundo. Inglaterra se va despoblando en favor de sus colonias de América, a las cuales ha afluído una "enorme cantidad de hombres y de manufacturas inglesas", que desde allí "miran ya con ojos amenazadores a su imprudente metrópoli".²¹⁸ Dentro de un siglo, escribía en 1771, "Inglaterra se segregará de Europa...: irá a reunirse con su América, pues poseerá ya su parte mayor, y dominará el comercio del resto".²¹⁹ Cuando se agravaban las disensiones entre la metrópoli y las colonias, y crecían para Inglaterra las dificultades previstas por él desde 1764,²²⁰ Galiani, lleno de nueva

²¹⁷ Carta a Tanucci, 8 de noviembre de 1762, ed. cit., pp. 56-57: "l'Imperio Inglese in America... diviene così solido, rotondo, forte e compatto, ch'io non so veder da qual via più si potrà addentarlo e morderlo. Quest'imperio solo adunque basta a dar la legge al resto della imbellè America".

²¹⁸ *Dialogues sur le commerce des bleds*, VI: ed. cit., p. 218: "...une si grande quantité d'hommes et de Manufactures Angloises, d'où ils regardent déjà d'un œil menaçant leur imprudente métropole". Véase igualmente *infra*, nota 220. Sobre las ventajas y desventajas de la adquisición de colonias remotas, lo cual "à proprement parler, n'est pas s'agrandir, c'est se démembrer", véase *ibid.*, pp. 221-223. Hume había referido en su *History of England* ("Appendix to Reign of James I") los temores que sentían los contemporáneos de los primeros establecimientos de colonos en América, de que "after draining their mother country of inhabitants, they [the colonies] would soon shake off their yoke and erect an independent government in America", pero lo hacía para refutar esos temores con la experiencia (citado por Ch. Sumner, *op. cit.*, pp. 129-130). En el progreso demográfico de las colonias se fundaba en 1755 John Adams, el futuro segundo presidente de los Estados Unidos, para augurar que en un siglo tendría este país más habitantes "than England itself", y que "the great seat of empire" pasaría de Inglaterra a América (Ch. Sumner, *op. cit.*, p. 52); el mismo argumento adujeron después de él otros muchos observadores (Benjamin Franklin, 1760; el deán Josiah Tucker, 1766 y 1776; el ministro Choiseul, 1767; John Cartwright, 1774; Adam Smith, 1776; Richard Price, 1776) para juzgar madura o próxima la independencia de Norteamérica (Sumner, *op. cit.*, pp. 69-70, 84, 91, 108-109, 111-112; M. Curti, *The roots of American loyalty*, New York, 1946, p. 6; Adam Smith, *Wealth of nations*, IV, 7, p. iii; ed. Modern Library, p. 590); también Adam Smith adopta la expresión "seat of empire" que, empleada a menudo por Gibbon, era entonces corriente y siguió siendo popular en los Estados Unidos; véase un ejemplo de 1808 en H. Bernstein, *Origins of inter-American interest, 1700-1812*, Philadelphia, 1945, p. 86, y otro de 1841 en M. Curti, *The roots...*, *op. cit.*, p. 42.

²¹⁹ Carta a Madame d'Épinay, 27 de abril de 1771, en *Correspondance*, ed. cit., vol. I, p. 338: "l'Angleterre se divisera de l'Europe... elle se réunira à son Amérique dont elle possèdera la plus grande partie, et maîtrisera le commerce du reste". También la idea de que el "seat of empire" tendría que pasar a América, y de que la Gran Bretaña sería gobernada por virreyes enviados desde la corte de Filadelfia o Nueva York, era discutida en 1766 por J. Tucker: véase Ch. Sumner, *op. cit.*, p. 86. Hasta el anglófilo y *loyalist* David Leonard (sobre el cual véase V. L. Parrington, *Main currents in American thought*, New York, 1930, vol. I, pp. 207-213) prevé en 1774-75 que el Rey pasará el Océano, y que la América del Norte, con su parlamento, gobernará el Imperio Británico (véase H. Kohn, *The idea of nationalism*, New York, 1945, p. 282).

²²⁰ Carta a Tanucci, 13 de agosto de 1764, ed. cit., p. 129: "gli Inglesi hanno fatto un grossissimo sbaglio d'accordar l'uscita alle loro colonie americane. Tra trent'anni se ne avvedranno". Alude probablemente al permiso de comerciar con las Antillas, concedido con finalidades fiscales en 1764. Cf. las análogas profecías del Marqués de Argenson (1694-1757), que veía a las colonias inglesas erigirse en repúblicas independientes, prosperar, crecer en población y civilización y hacerse dueñas en breve tiempo de toda América, y en especial de las minas de oro (o sea los dominios españoles) (Ch. Sumner, *op. cit.*, p. 37); y de Turgot, que compara las colonias en general, y las americanas en particular, con frutos que, una vez maduros,

esperanza, dirigía la mirada hacia las colonias rebeldes. Sin ninguna espontánea inclinación hacia los "Quackeri Americani", a quienes califica de escoria,²²¹ pero inquieto por los enormes y espléndidos vicios que roen las raíces de Francia y de Europa entera,²²² Galiani se llena de júbilo al ver que las colonias americanas se levantan y vencen a los ingleses; y, en vísperas casi de su Declaración de Independencia, pronuncia una solemne sentencia: "Ha llegado la época de la caída total de Europa y de la transmigración a América. Aquí todo cae podrido: religión, leyes, artes, ciencias; y todo va a reconstruirse de nuevo en América".²²³ La mayor revolución de la historia será aquella que decida si América dominará a Europa o viceversa: "yo apostaría en favor de América, por una razón completamente material: que el genio gira al revés del movimiento diurno, y va de Oriente a Occidente desde hace cinco mil años, sin aberración".²²⁴ El porvenir pertenece al Nuevo Mundo.

Montaigne, a finales del siglo XVI, había dicho ya algo parecido. Pero, apenas hace falta advertirlo, la dirección de su augurio es muy diferente. Montaigne ve en América la frescura de la Naturaleza, la "infancia" del salvaje, en contraste con la pretendida cordura del europeo. Galiani, hombre de ciudad y de sociedad como el que más, no tiene ni la menor pizca de nostalgia por el buen salvaje, ni por el noble indio, ni por la primitiva pureza de la Naturaleza. Galiani es la antítesis de Rousseau en política, en pedagogía, en economía, en todo.²²⁵ De las célebres descripciones de Bougainville que, a su regreso de las islas del Mar del Sur, pintaba un idílico estado de naturaleza en que hasta la *teterrima belli causa* era instrumento de paz, Galiani escribía burlescamente: "ese Bou-

se desprenden del árbol (*Discours sur les progrès successifs de l'esprit humain*, 1750, en apéndice a E. Lermancier, *De l'influence de la philosophie du XVIII^e siècle...* etc., Paris, 1833, p. 454; cf. *ibid.*, p. 218, y, para otras expresiones de 1770 y 1778, Ch. Sumner, *op. cit.*, pp. 42-43; B. Fay, *L'esprit révolutionnaire en France et aux États-Unis à la fin du XVIII^e siècle*, Paris, 1925, pp. 32, 49-51). El temor de que las colonias de la América del Norte, una vez independientes, se engullesen todo el continente, estaba bastante difundido en Europa hacia 1780 (véase Sumner, *op. cit.*, pp. 59-60), y resuena asimismo en el abate Grégoire (*De la littérature des Nègres*, 1808, p. 283, citado en Sumner, *op. cit.*, p. 154).

²²¹ Carta a Tanucci, de marzo o abril de 1769, ed. cit., p. 219. Los cuáqueros nunca contaron con muchas simpatías entre los italianos: para Mazzei, véase *infra*, p. 248; para Genovesi, Castiglioni, etc., véase D. Visconti, *Le origini degli Stati Uniti d'America e l'Italia*, Padova, 1940, pp. 46-48, y la tesis inédita de A. Violo, *Relazioni tra l'Italia e gli Stati Uniti durante il Settecento*, Roma, 1950-51, pp. 67-70.

²²² Carta a Madame d'Épinay, 4 de junio de 1774, en *Correspondance*, ed. cit., vol. II, pp. 317-318.

²²³ Carta a Madame d'Épinay, 18 de mayo de 1776, en *Correspondance*, ed. cit., vol. II, p. 443: "L'époque est venue de la chute totale de l'Europe et de la transmigración en Amérique. Tout tombe en pourriture ici: religion, lois, arts, sciences; et tout va se rebâtir à neuf en Amérique". Pocos años después, Gibbon se complacía en el pensamiento de que, si Europa quedara sumergida bajo una invasión de tártaros, "[she] would revive and flourish in the American world, which is already filled with her colonies and institutions" (*The decline and fall of the Roman empire*, XXXVIII, *in fine*, ed. J. B. Bury, London, 1896-1900, vol. IV, p. 166).

²²⁴ Carta a Madame d'Épinay, 25 de julio de 1778, *ibid.*, vol. II, p. 553: "je gagerais en faveur de l'Amérique, par la raison toute matérielle que le génie tourne à rebours du mouvement diurne, et va du levant au couchant depuis cinq mille ans, sans aberration".

²²⁵ Cf. *Correspondance*, ed. cit., vol. I, pp. 342, 400-401; F. Nicolini, *Intorno a F. Galiani*, Torino, 1908, p. 30; G. B. Vico e F. Galiani, *op. cit.*, pp. 24-25.

gainville judío de islas, que vende ropa vieja por nueva, dice haber encontrado en el Sur la República de Platón", y sospechaba que era un espía del ministro Choiseul...²²⁶

Su entusiasmo por América es enteramente civil y político; es el mismo entusiasmo de Maquiavelo o de Vico por un Estado joven, fuerte, en pleno ímpetu ascensional.

12. EL FELIZ DESTINO DE OCCIDENTE

América es la heredera de Europa. Esta afirmación o profecía está alejadísima de Buffon, de De Pauw y aun de los contradictores inmediatos de uno y otro. Sin embargo, en la historia de la polémica, el anuncio o augurio de una nueva civilización que florecerá al otro lado del Atlántico no puede pasarse en silencio, porque a menudo da calor a los acentos de los apologistas, o se injerta casi inconscientemente en la defensa de la naturaleza americana, o endereza, como en Galiani, una línea de pensamiento depauwiana (el continente "esbozado" se alza en contraste con el continente "podrido") o, finalmente, corrige con arbitrio victorioso los excesos de la polémica. El mismo abate Raynal, que tan triste opinión tenía de los americanos, se deja seducir una vez por la hermosa profecía:

Si llega a ocurrir una dichosa revolución en el globo, será por América. Después de haber sido devastado, este mundo nuevo debe florecer a su vez, y quizá dominar al antiguo; será el asilo de nuestros pueblos pisoteados por la política o expulsados por la guerra: los habitantes salvajes se civilizarán, y los extranjeros oprimidos llegarán a ser libres.²²⁷

Así, pues, también Raynal entrevió una América que señorea a Asia y Europa y que empuña el cetro del mundo. Pero la idea, aunque haya recibido nueva fuerza en virtud de la triunfante Revolución norteamericana, tiene orígenes bastante remotos: es coetánea de la conquista misma del continente.

Desde los primeros decenios que siguieron al desembarco de Colón, se vio en la cristianización del Nuevo Mundo una "compensación" por las conquistas del Islam, y se interpretó el impulso de Europa hacia el extremo Occidente como el contragolpe y la continuación del ímpetu de

²²⁶ Carta a Tanucci, de marzo o abril de 1769, ed. cit., pp. 218-219: "quel Bougainville ebreo d'isole, che vende roba vecchia per nuova, dice aver trovato nel sud la repubblica di Platone". La expresión horaciana, *teterrima belli causa*, era usada también por Hume, *Essays*, XIV (ed. cit., p. 129) y por Kant, *Anthropologie*, Akad.-Ausgabe, vol. XV, p. 667. Nótese el habitual exceso espontáneo de cinismo político. Más tarde pedía Galiani el *Voyage* de Bougainville, "et d'autres voyages véridiques", y lo leía con interés (carta de 1771, en *Correspondance*, ed. cit., vol. I, pp. 406, 412, 473-474). Véase también su feroz crítica de la *Alzire* de Voltaire (*ibid.*, vol. II, pp. 31-32, 170-171).

²²⁷ *Histoire*, op. cit., vol. VI, p. 174: "S'il arrive quelque heureuse révolution sur le globe, ce sera par l'Amérique. Après avoir été dévasté, ce monde nouveau doit fleurir à son tour, et peut-être commander à l'ancien; il sera l'asile de nos peuples foulés par la politique, ou chassés par la guerre: les habitants sauvages s'y policeront, et les étrangers opprimés y deviendront libres". Véase también *supra*, p. 59, nota 46.

los musulmanes del Oriente hacia el Occidente de Africa y de Europa. Colón mismo, que se hace a la vela hacia el Poniente con la esperanza de encontrar en las Indias los medios para la última Cruzada, para la liberación del Santo Sepulcro, echa a andar ese concepto casi simbólico, que saluda en las Indias de Occidente el resarcimiento de la cristiandad por las injurias de los nómadas salidos de los desiertos de Arabia. Y, en términos de una dialéctica un tanto sociológica, lo formula todavía en nuestros días Toynbee, cuando ve en la expansión ibérica hacia el Occidente el resultado de la presión oriental ("Syriac pressure") ejercida por los moros en la Península.²²⁸

Claramente relacionada con esta idea estaba otra, ya implícita en la bula *Inter coetera divinae* de Alejandro VI y prontamente acogida por el pueblo español, por escritores y poetas, según la cual las Indias eran la *compensación* que correspondía a España por sus ocho siglos de lucha contra la morisma. No ya indemnización por la derrota, sino trofeo de la victoria. La diferencia y al mismo tiempo la conexión entre las dos ideas se ve muy bien a través de la interpretación que da Levene de la bula pontificia, no tanto *premio* cuanto *investidura*, e invitación a proseguir al otro lado del océano esa lucha contra los infieles para la cual estaba preparada España justamente por los siglos de la Reconquista, y para la cual daba asimismo las mejores garantías de pureza católica y de valor militar.²²⁹

Obvia, sencillísima doctrina, sí, pero tan maleable, que otras naciones de Europa podían enderezarla delicadamente a sus propios fines. Jacques Cartier observaba en 1545 que la santa Fe había nacido en Palestina, en el Oriente, que de allí había pasado a Francia, y que, por lo tanto, era lógico que de Francia se propagase ulteriormente hacia el Occidente ultramarino. España —agregaba— había llevado ya el Evangelio a la América central y meridional: ¿qué esperaba Francisco I para implantar la verdadera religión entre los salvajes del Norte? Y el rey, que ya había pedido agríamente en 1541 que se revisara el testamento de Adán, para saber si en efecto había repartido la herencia de las Indias únicamente entre españoles y portugueses, el rey cristianísimo, seducido por esta mezcla de espíritus apostólicos y políticos, le suministraba hombres y dineros.²³⁰

Ahora bien, todas estas alusiones a un movimiento de la civilización cristiana de Oriente a Occidente, acompañadas por la formidable expansión política y comercial de España en el hemisferio occidental, preparaban el terreno para la traducción integral en un plano geográfico, de Este a Oeste, de aquellas antiguas teorías historiográficas, sacadas de los libros de Daniel y de Polibio y de la poesía de Hesíodo y de Ovidio, que ordenaban la historia universal sobre los esquemas de las cuatro monarquías o de las seis edades del mundo, y daban razón plena y fatal de la grandeza y decadencia y de la cíclica sucesión de los imperios.

Ya se delineaba para las nuevas tierras ganadas a la Fe un destino de apocalíptica grandeza. Se revelaba en la plenitud de los tiempos el

²²⁸ A. J. Toynbee, *A study of history*, op. cit., vol. II, p. 204-206, 363.

²²⁹ R. Levene, *Introducción a la historia del derecho indiano*, Buenos Aires, 1924, p. 56; Max Mittler, *Mission und Politik*, Zürich, 1951, pp. 17-18.

²³⁰ Kennedy, op. cit., pp. 15-16.

sentido profundo de las palabras de profetas, de vates y de meditados narradores de los sucesos humanos. El ritmo señalado por ellos a la historia se escandía, más fuerte de reino en reino y de edad en edad, hasta imprimir en el extremo Occidente un sello de gloria ineluctable.

Renovadas y ahondadas por San Jerónimo²³¹ y por San Agustín,²³² esas antiquísimas geogonías y burdas cronografías eran acogidas y divulgadas para todos los siglos de la Edad Media por las historias universales de dos españoles, Paulo Orosio e Isidoro de Sevilla. La *Moesta mundi* del primero ilustraba la sucesión de las cuatro monarquías, y el *Chronicon* del segundo la alegoría de las seis épocas correspondientes a los seis días de la Creación. Y todavía Dante veneraba en la guirlanda paradisíaca de los doce máximos teólogos el "ardente spiro d'Isidoro" y a Paulo Orosio, "quell'avvocato dei tempi cristiani", sonrientes ambos y flameantes en la "gloriosa rota" de la suprema sabiduría.²³³

A medida que maduraba el Renacimiento, palidecía la autoridad de los textos sagrados y de los clásicos de la primera Edad Media, y la teoría de las cuatro monarquías y de los siglos de oro y de plata caía hecha pedazos bajo los argumentos de Bodin.²³⁴ La orgullosa consciencia del progreso rechazaba aquellos apólogos de decadencia. La Naturaleza se erguía frente a las Escrituras, y hasta la historia de la humanidad se moldeaba simbólicamente sobre el máximo fenómeno del mundo físico, el nacimiento y el ocaso del día. El destino de los imperios seguía la misma curva que el curso del sol. El apogeo del poderío coincidía con el móvil cenit del astro.

Esta fecunda tendencia estaba reforzada y enriquecida a su vez por una poderosísima acumulación de hechos, de mitos y de asociaciones

²³¹ Del cual se dice que relacionó el sueño de Nabucodonosor (en el libro de Daniel) con la concepción helenístico-ptolemaica de las cuatro monarquías universales, promoviendo así al Imperio romano, identificado con el reino "férrico", una existencia que duraría hasta el día del Juicio, —tesis que reducía ciertamente la importancia del advenimiento de Cristo, pero que sirvió luego a los escritores que sostenían la continuidad del Imperio romano en la nación alemana, y que encontró defensores aun en el siglo XVIII (H. Spangenberg, "Die Perioden der Weltgeschichte", *Historische Zeitschrift*, vol. CXXVII, 1923, pp. 7-8; M. Bloch, *Apologie pour l'histoire, ou Métier d'historien*, Paris, 1949, p. 90). Sobre el probable origen persa del mito, véase la conferencia de Harald Fuchs, "Antike Lehren von der Abfolge der Weltreiche und Weltaltern", resumida en *Basler Nachrichten*, 23. November 1948; pero cf. también J. Gwyn Griffiths, "Archaeology an Hesiod's five ages", *Journal of the History of Ideas*, vol. XVII (1956), pp. 109-119.

²³² San Agustín las relacionó incluso con el movimiento de la historia hacia Occidente: "Después que florecieron durante largo tiempo los ilustres reinos de Oriente, quiso Dios que surgiese uno [el romano] en Occidente, más tardío en el tiempo, pero más ilustre por la extensión y la grandeza de su dominio" (*De civitate Dei*, V, 13); "dos imperios se levantaron a altura mucho mayor que todos los demás, primero el de los asirios, luego el de los romanos, coordinados y distintos el uno del otro, por el tiempo y por el lugar. Pues así como aquél surgió primero, así éste más tarde; como aquél en Oriente, así éste en Occidente; y el fin de aquél coincidió con el inmediato comienzo de éste" (*ibid.*, XVIII, 2).

²³³ *Paradiso*, X, 119, 130-131, 145. Cf. G. Falco, *La polemica sul Medio Evo*, Torino, 1933, pp. 4, 35 et passim; Piero Treves, *Il mito di Alessandro e la Roma di Augusto*, Milano-Napoli, 1953, p. 126, con importantes referencias bibliográficas.

²³⁴ *Méthode*, op. cit., VII; lo sigue Hakewill, quien se burla de "that idle tale and vaine fancie forged by Poets, and taken up by some Historians, and believed by the vulgar of the foure ages of the world", pero cree en el "passage of learning from East to West" (véase G. Williamson, art. cit., pp. 132, 147).

mentales. El Oriente había quedado siempre ligado, y casi identificado, con la más remota antigüedad. Un carácter sagrado tiene el Levante en las visiones de Isaías y de Ezequiel. El Redentor mismo anuncia a los discípulos: "sicut enim fulgur exit ab Oriente, et paret usque in Occidentem, ita erit et adventus Filii hominis".²³⁵ *Ex Oriente lux*. Y toda la civilización antigua, en su curso general, siguió de hecho una trayectoria de Oriente a Occidente; trayectoria que, en la consciencia de los griegos, estaba subrayada por el orgullo con que se habían contrapuesto a los "bárbaros" del Oriente.²³⁶

Al confluír la tradición judeo-cristiana con la herencia espiritual de la Hélade, la autoridad de la Biblia reafirmaba que de Oriente habían llegado la Revelación y las leyes del vivir civilizado, y el hombre mismo y el Hijo del Hombre. Para el europeo, fueron Oriente el Edén y el monte Sinaí, Jerusalén y la tierra de Canaán. Y Rinaldo se dirigirá a las Cruzadas seducido por "el clarín que se oía en el Oriente".²³⁷ En el pensamiento cristiano, la antítesis de Este y Oeste vino a asumir así un nuevo sentido profético y una virtud hermenéutica. Hacia el año mil, un monje cronista, Radulfo Glabro, pone en el momento de la Crucifixión el presagio del solemne destino de Occidente: de ese Occidente que se extendía ante los ojos del Señor martirizado, mientras volvía las espaldas a las feroces naciones del Oriente.²³⁸ Grandiosa alegoría, a cuya sugestión no podía sustraerse quien recordaba la dicotomía del Imperio romano bajo Diocleciano y las especulaciones sobre la *translatio imperii* "in persona magnifici Karoli a Graecis... in Germanos",²³⁹ y que vuelve a resonar, siglos más tarde, en vísperas del descubrimiento de América, en el júbilo por la resurrección italiana y europea de la civilización extinguida en Bizancio.

Todo, pues, tendía a imponer la visión del camino de la historia de Oriente hacia Occidente, y a facilitar, por lo tanto, la inclusión de las recién descubiertas Américas en aquella construcción historiográfica. Esa visión convenía perfectamente a los defensores del buen derecho de España, los cuales podían sostener que las monarquías indígenas de México y del Perú habían alcanzado el máximo de su desarrollo, o que incluso habían iniciado su decadencia, en el momento en que llegaron los españoles para recoger su sucesión;²⁴⁰ daba énfasis y significado a la

²³⁵ Isaías, XXVII, 8, XLI, 2; Ezequiel, XLIII, 1-4; San Mateo, XXIV, 27.

²³⁶ Véase M. Rostovzeff, *A history of the ancient world, I: The Orient and Greece*, Oxford, 1936, pp. 8, 333.

²³⁷ *Jerusalemme liberata*, I, 59; "la tromba che s'udia dall'Oriente".

²³⁸ "Tunc etiam in ejus [Christi] oculorum conspectu lumine fidei repleturus constitit Occidens" (Radulphus Glaber, *Historiarum sui temporis libri V*, cap. 5, en la *Patrologia latina* de Migne, vol. CXLII, p. 626, col. 2). Glabro, celoso indagador de nexos y significados ocultos, explica igualmente cómo la fe se propagó al Norte más que al Sur, porque hacia el Norte se hallaba extendida la diestra del Señor: y, en efecto, después de unos cuantos siglos se hicieron cristianos los normandos. Pero añade que la fe es católica y acoge a todos; sólo la sabiduría divina sabe por qué algunos están más y otros menos prontos a salvarse.

²³⁹ Decretal *Venerabilem fratrem* (1202) de Inocencio III, en Mirbt, *Quellen zur Geschichte des Papsttums und des römischen Katholizismus*, Tübingen, 1924, p. 175.

²⁴⁰ Véase por ejemplo Acosta, *Historia natural y moral*, op. cit., VII, 28 (último capítulo de la obra), con alusión explícita a la profecía de la caída del reino áureo de Nabucodonosor (Daniel, II, 31-35) y a la ley de Cristo que sobrevino "quando la Monarchía de Roma avía llegado a su cumbre".

jactancia de Carlos V (o a la hipérbole de sus cortesanos), sobre cuyos reinos jamás se ponía el sol; era adoptada por las adulaciones de los literatos italianos, que cantaban en España, situada al Occidente de Roma, su auténtica heredera y continuadora;²⁴¹ y, en el vaticinio de la vidente Andrónica, miraban a los españoles, nuevos Argonautas, hacerse a la vela rumbo al Poniente,

*e del Sole imitando il cammin tondo,
ritrovar nuove terre e nuovo mondo.*²⁴²

Ya a fines del siglo XVI era, pues, un hecho común el representarse la parábola de la historia universal como arqueada sobre el Atlántico, desde las playas ibéricas hasta las americanas. Justo Lipsio, estudiosísimo de Polibio, considera bárbaros a los indígenas americanos, apartándose en esto de su contemporáneo Montaigne; pero cree, como Montaigne —o mejor, como Galiani—, que América sucederá a Europa en cuanto emperatriz del globo: "Veo salir de Occidente no sé qué sol de un nuevo imperio". "Por no sé qué decreto de la Providencia, las cosas y las fuerzas transmigran del Oriente al Ocaso".²⁴³

Por otra parte, América como heredera espiritual y religiosa de la cristiandad era una imagen favorita y casi un lugar común de los apolo-gistas católicos que, después de la Reforma, desarrollando el motivo de las Indias como compensación a las conquistas invasoras del Islam, exaltaron la retribución que la Fe Romana encontraba, en las tierras del otro lado del océano, a las pérdidas sufridas en el Norte de Europa. Ya en 1546, hablando en forma oficial en el Concilio de Trento, el dominico Marco Lauri exhortaba a los Padres del Concilio a curar las heridas de la Iglesia: "la veis elevarse y engrandecerse en los indios, nuestros antípodas; no consintáis que en Europa sea arruinada".²⁴⁴ Y todavía a fines del siglo XVII, Gabriel Fernández de Villalobos, marqués de Varinas, encontraba bastante significativo el hecho de que Cortés hubiese nacido el mismo año que Lutero: clara prueba de que el Señor había querido resarcirse en el Nuevo Mundo de lo que estaba a punto de perder en el

²⁴¹ Basten las primeras palabras de la *Monarchia di Spagna* de Campanella (escrita en 1600-01; 1ª ed., 1620): "Camminando da Levante a Ponente, la Monarchia universale... venne finalmente in mano dei Spagnuoli...", etc. (ed. D'Ancona, Torino, 1854, vol. II, p. 85). Carlos V, rey de España, obtuvo de hecho (1519) la corona del Sacro Imperio Romano. Bodin acusa de vanagloria nacional a los alemanes que se proclaman herederos del Imperio romano: el rey de España posee dominios mucho más vastos y populosos, entre ellos las Américas, tres veces mayores que Europa. Y no hablemos del Sultán de los turcos, del Príncipe de Etiopía o del Emperador de los tártaros, señor de innumerables e indómitas naciones. La orgullosa Germania, en comparación de ellos, parece una mosca junto a un elefante... (*Méthode*, op. cit., pp. 288-289).

²⁴² Ariosto, *Orlando furioso*, XV, 22.

²⁴³ Lipsio, *De constantia*, I, 16 (ed. Amberes, 1605, pp. 27-28): "Solem nescio quem novi imperii surgentem video ab Occidente..."; *Admiranda sive de magnitudine Romana*, I, 3 (Amberes, 1605, p. 22): "Nescio quo Providentiae decreto, res et vigor ab Oriente... in Occasum eunt". Véase también Williamson, art. cit., pp. 133-134, y mi estudio sobre "Diego de León Pinelo contra Justo Lipsio", en *Fénix*, Lima, núms. 2-3 (1945-46), y en separata, 1ª parte, pp. 18-20.

²⁴⁴ F. Mateos, S. I., "Ecos de América en Trento", *Revista de Indias*, Madrid, núm. 22 (1945), p. 571.

Viejo.²⁴⁵ Poco más tarde repetía el padre Feijóo: "El Evangelio ganaba en aquel hemisferio mucha más tierra que la que perdía en Europa...; ganaba el cielo más tierra en aquel continente, que perdía en estotro".²⁴⁶ Y el padre Lafitau le hacía eco (1733), admirando las migraciones de la verdadera Fe que, abatida en Europa y corroída por las herejías, encontraba un providencial asilo en remotísimas comarcas, bárbaras y civilizadas, que se prosternaban a sus pies en actitud de adoración.²⁴⁷

Verdad es que con la decadencia de la monarquía española se debilitan esas complacencias demasiado fáciles, tal como se habían apagado las profecías de fuerte sabor adulatorio para con los soberanos de las Indias de Occidente. Pero, de manera muy significativa, las consolaciones y profecías vuelven a prender, en favor de nuevos beneficiarios, cuando otras potencias se establecen en América y trasplantan a ella sus religiones, rivales de la católica, y sus leyes y sus comercios. Los puritanos de la Nueva Inglaterra se consuelan y exaltan en la fe de que Dios, en este extremo declinar de los tiempos, ha decidido llevar su Evangelio hacia el Occidente, —el Evangelio, —esa gran luz del mundo" que, como el sol, nació en Oriente y lo alumbró con sus rayos, y hoy, en cambio, al acercarse el mundo a la conclusión de su jornada, viene a resplandecer gloriosamente, antes de su ocaso, en las últimas comarcas occidentales.²⁴⁸ En el Viejo Mundo, el "metafísico" George Herbert ve (ca. 1630) a la religión tambaleándose en esas tierras, y pronta a emigrar a América:

*Religion stands on tip-toe in our land,
readie to passe to the American strand...*

En Inglaterra, en Francia, en Italia triunfa el vicio y se propaga universalmente el pecado:

²⁴⁵ *Mano de reloj* (1687), IX, en la *Colección de documentos inéditos relativos al descubrimiento, conquista y organización de las antiguas posesiones de Ultramar*, 2ª serie, vol. XII, Madrid, 1899, p. 359; citado por S. de Madariaga, *Cuadro histórico de las Indias*, ed. cit., p. 656.

²⁴⁶ *Glorias de España* (1730), § xxiv, en *Obras escogidas*, ed. V. de la Fuente, Madrid, 1863, p. 209a; cf. E. O'Gorman, "Estudio preliminar" a su edición del padre Acosta, México, 1940, p. xlvii, nota 51. Por otra parte, con la rápida cristianización de las Américas, "l'Europa cessava di essere il solo continente cristiano, e quindi perdeva una sua caratterizzazione tipica ed esclusiva", de manera que "il termine di 'Cristiani' non definì più i soli popoli europei" (C. Morandi, *L'idea dell'unità politica d'Europa nel XIX e XX secolo*, op. cit., pp. 16, 40). Con la caída de ese privilegio europeo (no obstante la más tardía identificación novalisiana), se facilitaba empero el camino a la tesis del tránsito hacia Occidente de los más altos valores de la historia.

²⁴⁷ *Histoire des découvertes et conquêtes des Portugais dans le Nouveau-Monde*, Paris, 1733, citado por S. Zavala, *América en el espíritu francés*, op. cit., pp. 235-250, un especial p. 248. Todavía en el siglo XIX, el motivo era adoptado y desarrollado por el padre Gioacchino Ventura que, en su panegírico del beato peruano Martín de Porres (leído en Roma el 5 de noviembre de 1836), señalaba en la evangelización de las Américas la compensación otorgada por la Providencia para neutralizar el daño de la herejía protestante (*La raison philosophique et la raison catholique, Conférences*, Paris, 1864, vol. IV, pp. 445-534, especialmente pp. 451-452: el padre Ventura cita a Las Casas y a Joseph de Maistre, y polemiza con el "protestante" Robertson).

²⁴⁸ *New England's first fruits*, citado en D. J. Boorstin, *The genius of American politics*, Chicago, 1953, p. 51, el cual comenta: "even the points of the compass took on a theological import".

*then shall Religion to America flee:
they have their times of Gospel, ev'n as we...²⁴⁹*

Hacia fines del siglo, Abraham Cowley, después de abandonar la idea de emigrar a las colonias del Nuevo Mundo, proclamaba desde su retiro de Kent que América, saqueada por los españoles, tenía aún su "libertad" y sus productos naturales, con los cuales era más opulenta que el español con lo hurtado; y veía aproximarse los tiempos en que Europa, la mejor porción del mundo ("the world's most noble part"), corrompida por el oro americano, caería en la anarquía y en la ruina, mientras que las nuevas naciones de América, fuertes y virtuosas como la Roma republicana, habrían llegado a su apogeo:

*Meanwhile your rising glory you shall view,
wit, learning, virtue, discipline of war,
shall for protection to your world repair,
and fix a long illustrious empire there.²⁵⁰*

Hacia la misma época, Burnet, sin mencionar a América, veía (1692) cómo las naciones preveleían por turno en el curso de la historia, cómo imprimían por un instante su sello a todo el universo, y cómo volvían a decaer; y agregaba: "La ilustración, como el sol, inició su carrera en el Oriente, y en seguida se enderezó hacia el Occidente, donde por largo tiempo hemos gozado de su luz. ¿Quién sabe si, abandonando estas regiones, no hará un nuevo avance...?" ¿Quién sabe si no se difundirá de manera igual por todo el globo?²⁵¹

²⁴⁹ George Herbert, *The Church Militant*, vs. 235-248, en sus *Works*, ed. F. E. Hutchinson, Oxford, 1941, pp. 196-197: ["La Religión se sostiene en puntillas en nuestra tierra, pronta a emigrar al continente americano...; entonces huirá la Religión a América; ha sonado para ellos la hora del Evangelio, como antes para nosotros"]. Véase también *ibid.*, pp. 546-547. George Herbert (1593-1633) fue "entrañable amigo" de Nicholas Ferrar (1592-1637), quien, después de una "corta y brillante carrera al servicio de la Compañía de Virginia", fundó (1625) la célebre comunidad pre-cuáquera de Little-Gidding. También Herbert se retiró del mundo (1626) para consagrarse a la religión; al morir, confió a Ferrar el manuscrito de sus poesías (*The Temple*); Ferrar resolvió publicarlo, pero el Canciller de la Universidad de Cambridge, molesto por los versos de *The Church Militant* citados en el texto, opuso su veto; al fin concedió el *imprimatur*, sabiendo "que George Herbert era un poeta divino", y esperando "que el mundo no le tomara por un profeta inspirado"; *The Temple* se publicó pocos meses después de la muerte del poeta, en el mismo año de 1633. Véase, sobre todo esto, Domingo Ricart, *Juan de Valdés y el pensamiento religioso europeo en los siglos xvi y xvii*, México, 1958, cap. VIII, y en especial las pp. 101-102.

²⁵⁰ *History of plants*, v (versión latina, 1662-1678; versión inglesa, 1705), citado por Sumner, *op. cit.*, p. 13: ["Mientras tanto, contemplaréis vuestra naciente gloria: el ingenio, el saber, la virtud y la disciplina de la guerra acudirán a vuestro mundo en busca de protección, y establecerán allá un imperio próspero e ilustre"]. En cambio, Thomas Browne, en su opúsculo *A prophecy concerning the future state of several nations* (editado en 1684), tiene del oro americano una opinión menos moralista y más práctico-económica; imagina que los habitantes del Nuevo Mundo, cuando hayan alcanzado un grado más alto de civilización y de organización política, "will no longer suffer their treasure of gold and silver to be sent out to maintain the luxury of Europe and other parts", sino que usarán esos tesoros para sí mismos, y aun atacarán tal vez a los europeos, guerreando o pirateando contra ellos (Sumner, *op. cit.*, pp. 14-16).

²⁵¹ "Learning, like the Sun, began to take its Course from the East, then turned Westward, where we have long rejoiced in its Light. Who knows whether, leaving

La duda es ya ignorada pocos años después por un repetidor de Burnet, el predicador John Edwards (1699),²⁵² y la consiguiente certidumbre adquiere relieve y esplendor augural en George Berkeley. A principios del siglo XVIII, el futuro obispo de Cloyne sugería que los reformados podían rehacerse en el Nuevo Mundo de los descalabros sufridos en el Viejo: "En Europa, la religión protestante ha perdido bastante terreno en los últimos años, y América parece el lugar más a propósito para restaurar lo perdido".²⁵³ Y, a su regreso de las colonias de ultramar, aunque desengañado en sus proyectos apostólicos, expresaba en aladas cuartetas su fe "on the prospect of planting Arts and Learning in America"

*not such as Europe breeds in her decay:
such as she bred when fresh and young.*

La religión restaurada, las artes y las ciencias floreciendo juvenilmente: ¿qué otra cosa se podía esperar o prometer?... El dominio político corona la profecía sobre el destino de América:

*Westward the Course of Empire takes its way;
the four first Acts already past,
a fifth shall close the Drama with the Day;
Time's noblest offspring is the last.²⁵⁴*

these Seats, it may not yet take a further Progress...?" (no he podido localizar en los *Archaeologiae philosophicae libri duo*, Amsterdam, 1699, el pasaje citado por Tuveson, *op. cit.*, p. 166, de la traducción inglesa). Hacia fines del siglo XVIII, Lord Monboddo opinaba "that not only all arts and sciences have come from the East, but even the race of man", y con agudeza profética indicaba que las mismas lenguas habladas en Europa vienen del Oriente, del sánscrito (carta del 20 de junio de 1789 a William Jones, el revelador del sánscrito a los europeos, publicada en W. Knight, *Lord Monboddo and some of his contemporaries*, London, 1900, pp. 268-269).

²⁵² Cf. Tuveson, *op. cit.*, p. 139.

²⁵³ A proposal for the better Supplying of Churches in our Foreign Plantations, etc. (1725), en *A Miscellany... by the Bishop of Cloyne*, London, 1752, p. 203: "In Europe, the Protestant Religion hath of late Years considerably lost ground, and America seems the likeliest Place, wherein to make up for what hath been lost in Europe". Nótese cómo, de Radulfo Glabro en adelante, es casi siempre la Fe la que guía los destinos del mundo hacia Occidente.

²⁵⁴ *The Querist* (1735), en *A Miscellany...*, *op. cit.*, pp. 186-187. ["Sobre la posibilidad de plantar las artes y las ciencias en Europa", "pero no tales como ahora las cria Europa en su decadencia, sino tales como las crió cuando era fresca y joven..."; "Hacia Occidente emprende su camino el curso del Imperio; los cuatro primeros actos se han representado ya; un quinto acto dará fin al drama y a la jornada; la progenie más noble del Tiempo es la última"]. Los ecos de la profecía de Berkeley son frecuentes en la literatura americana del siglo XVIII (véanse ejemplos de ca. 1745, de 1755, de 1760, 1763, 1771, 1773, 1774, 1775, 1782 y 1784 en M. Kraus, *The Atlantic civilization: eighteenth-century origins*, Ithaca, N. Y., 1949, pp. 73 y 268; en Ch. Sumner, *op. cit.*, pp. 25-27; en Fr. Brie, "Die Anfänge des Amerikanismus", *Historisches Jahrbuch*, vol. LIX, 1939, p. 358, y en H. N. Smith, *op. cit.*, pp. 3-12) y en la inglesa de comienzos del XIX. Frases como: "Empire has hitherto rolled westwards" (J. C. Eustace, *A classical tour through Italy*, 1812, 4ª ed., London, 1817, vol. I, p. 23) eran un verdadero lugar común. Según se ha visto (*supra*, p. 116, nota 218), ya Adam Smith anunciaba en 1776 el paso del "seat of empire" de Inglaterra a las colonias norteamericanas. En ese mismo año, en Alemania, Taube presentaba el hecho como ya consumado: "England is nothing without America: the colonies are the heart and life of English power" (*Geschichte der englischen Handelschaft, Manufacturen, Kolonien und Schiffahrt*, Leipzig, 1776, pp. 110-111, citado por Eugene Edgar Doll, "American history as interpreted by German historians from 1770 to

Poco menos categórico es Berkeley en prosa. La prosperidad y la civilización de las colonias inglesas demuestran que un estado puede florecer aun sin poseer ni oro ni plata; al mismo tiempo, se comprueba la notable madurez política de los indígenas con el ejemplo de aquellos antiguos imperios de México y del Perú, "donde se manifestó una capacidad política y un grado de arte y de urbanidad a los cuales no se sabe que haya llegado ningún pueblo europeo sin el uso de las letras ni del hierro, y que quizá no han llegado a tener algunos, aun disponiendo de esas dos ventajas".²⁵⁵ El hemisferio occidental está mejor dotado para la política que el mundo antiguo, parece decir el obispo Berkeley, anticipándose al abate Galiani.

En esos mismos años, Vico describía, en los orígenes de las sociedades civilizadas, los fieros conciliábulos de los Polifemos y de los "Patacones", "di vasti corpi", "di cortissimo intendimento, di vastissima fantasia, di violentissime passioni", torpes, sí, pero de mentalidad "eroica".²⁵⁶

1815", *Transactions of the American Philosophical Society*, Philadelphia, New Series, vol. XXXVIII, 1948, part 5, p. 458). Once años antes, Ebeling, todavía estudiante en Göttingen, publicaba en el *Hannoversches Magazin* un artículo en que juzgaba posible que América superara a Europa en poderío, y admitía como posibílísima una migración transatlántica aun de la primacía en las ciencias y en las artes (mencionado por Doll, art. cit., pp. 437-438; cf. *ibid.*, p. 449). Johannes von Müller expresaba varias veces (1774-1796), sobrecogido, el mismo augurio (véanse los pasajes citados por H. S. King, *Echoes of the American revolution in German literature*, Berkeley, Calif., 1929, pp. 162-170). Más tarde, también el gran Humboldt alude en varios lugares al curso de la civilización de Este a Oeste (*Essai politique sur le royaume de la Nouvelle Espagne*, ed. cit., vol. I, p. 184; vol. IV, p. 115). En cuanto a Byron y Shelley, véase *infra*, pp. 317-318 y 321. En H. Gollwitzer, *Europabild und Europagedanke*, München, 1951, se encontrarán indicaciones sobre otras profecías de la supremacía americana, formuladas por alemanes (E. L. Posselt, 1796, p. 81; Aug. W. Schlegel, 1813, p. 191; Gervinus, 1853, p. 383), tirolese (Jos. Ennemoser, ca. 1850, pp. 356 y 448, nota 19) y daneses (C. F. von Schmidt-Phiseldeck, 1820, pp. 242-244, el cual era exaltado a causa de ello por una revista norteamericana, y escarnecido por Mrs. Frances Trollope, *Domestic manners of the Americans*, ed. New York, 1949, pp. 324-325) y sobre las réplicas europeístas de W. Butte (1814, p. 439, nota 52 a). A. H. Clough (1819-1861) termina su poesía "Say not the struggle naught availeth" con el verso: "But Westward, look, the land is bright!", célebre por haberlo citado Winston Churchill en su discurso por radio del 27 de abril de 1941. El saintsimoniano Michel Chevalier asegura que es "ley general" de la civilización marchar hacia el Occidente y poner el cetro sucesivamente en manos más dignas de empuñarlo (*Lettres sur l'Amérique du Nord*, Paris, 1836, vol. I, p. iii; vol. II, pp. 401-405; y todavía, treinta años después, en *Rapports du Jury International: Exposition universelle de 1867 à Paris*, vol. I, p. lxiv, citado por Ch. Sumner, *op. cit.*, epígrafe). Y todavía en nuestros días, el filósofo mexicano Antonio Caso deduce de esa teoría (1922) el auspicio infalible de una nueva y sublime civilización latinoamericana (Juan Hernández Luna, "Antonio Caso y el porvenir de América latina", *Cuadernos Americanos*, México, año VI, 1947, núm. 3, pp. 123-130). Véase *infra*, pp. 128 y 480-481.

²⁵⁵ *The Querist*, nn. 251-253 (ed. cit., pp. 146-147) y n. 449 (*ibid.*, p. 168): "...in which there appeared a Reach of Politics, and a Degree of Art and Politeness, which no European People were ever known to have arrived at without the use of Letters or of Iron, and which some perhaps have fallen short of with both these Advantages". Sin embargo, los salvajes se encuentran en una sórdida miseria: *ibid.*, n. 358 (p. 158); *A proposal*, *op. cit.*, pp. 206-207. Cowley, en cambio, había augurado a América imperios libres y claricizantes, y no "like Montezuma's or Guanapaci's [Huayna Cápac?] court" (*loc. cit.*).

²⁵⁶ Vico, *Scienza nuova*, ed. cit., pp. 129, 181, 298, 643. En la redacción definitiva de su obra, suprimió Vico la alusión al necesario empequeñecimiento de los patagones una vez que se hubieran civilizado: "verranno a queste nostre giuste stature ed umani costumi" (*ibid.*, p. 1031). Sobre la reducción de estatura del hombre,

nuestros bien conocidos patagones, los gigantes paladines de la grandeza del Nuevo Mundo. El entusiasmo dieciochesco por la Naturaleza enriquecida y valoraba estas vislumbres de una historia ideal de las naciones hasta transfigurarlas en el gran tema romántico de los pueblos primitivos, ingenuamente poetizantes y divinamente libres. Antes de que el siglo llegara a su término, el mito radioso de los pueblos jóvenes pasaba el Océano y confería un crisma de santidad histórica a los primeros movimientos de independencia de los colonos y de los criollos. Sobre las profecías de un Berkeley y de un Galiani llovía la luz tempestuosa de la Revolución y del Romanticismo.

Por ingenua que fuera en su simplismo, es claro, pues, que la concepción heliodrómica, enriquecida con tantas experiencias históricas, elástica y pronta a englobar tanto nuevo mundo, representaba un progreso decisivo de la parábola testamentaria de las cuatro monarquías a una visión mundial de la historia universal. De la misma manera, es evidente la superioridad de esta visión, dinámica e historicizante (si bien en forma mítica), sobre las teorías estáticas y naturalistas de los climas y de los caracteres de los pueblos: en efecto, desata su rigidez, las resuelve en el flujo de los siglos, y al propio tiempo reanuda en un curso unitario las variadas y dispersas características de las naciones; en una palabra, permite reconstruir —sobre la línea de luz trazada día a día en el cielo— el arco de triunfo de la historia universal.²⁵⁷ Y hasta se podría ver, en la sucesión de los imperios de Este a Oeste, una burda y primitiva formulación de la exigencia de unir geografía e historia en un estudio completo de la vida de los estados, exigencia que en nuestros días ha asumido el título enfático de Geopolítica.

Sorprende, pues, que esta radical mutación de los antiguos esquemas historiográficos, esta actualización de todo el pasado, esta explicación de los siglos a lo largo de los meridianos, y de los imperios a lo largo de un derrotero terrestre, haya recibido tan poca atención de los estudiosos. Fuere sólo recuerda, a este propósito, a un oscuro profesor de Leiden, Georg Horn (1620-1670), que "unió bastante confusamente la partición según los cuatro imperios con una distribución geográfica de la materia", pero que fue asimismo el primero que incluyó a los americanos en su

desde los primitivos gigantes hasta los pigmeos que ahora somos ("nos, collati illis, nani sumus", Sebastian Verro, 1581), véase *supra*, pp. 75-76, nota 8, y, en general, los escritos de todos los sostenedores de una decadencia de la especie humana a partir del estado edénico o de la primitiva naturaleza: así, por ejemplo, Lord Momboddo, en un trabajo inconcluso sobre *The degeneracy of Man in a state of Society*, tiene una larga digresión sobre su "favourite topic of the decreasing stature of Man" (Knight, *op. cit.*, p. 276).

²⁵⁷ Por esta eficacia destructora de los esquemas inmóviles, la teoría heliodrómica puede parangonarse con el transformismo buffoniano, que rompía los módulos invariables de las especies animales. Hacia el final de su vida, el mismo Huntington, el más autorizado de los sostenedores modernos de la teoría climática, parecía a punto de intentar una conciliación de sus tesis deterministas con las heliodrómicas: "il en était arrivé à croire à une migration des climats qui avait porté vers l'Ouest les conditions optima pour le développement de la civilisation et de la puissance depuis l'Égypte... jusqu'à l'Est des États-Unis". Y de ello deducía, impertérrito, que le había sido fácil a Alemania conquistar en 1938-41 a Checoslovaquia y Yugoslavia, "parce que ces pays étaient situés plus au Sud-Est, soit dans une direction de climat plus faible" (Jean Gottmann, "Mer et terre: Esquisse de géographie politique", en *Annales, Economies, Sociétés, Civilisations*, vol. IV, 1949, pp. 20-21).

esquema de historiografía universal, y uno de los primeros que definieron la Edad Media como un período aparte dentro de la historia del mundo.²⁵⁸ Un ingenio de tercero o cuarto rango, como a menudo sucede, esbozaba las primeras y toscas fórmulas de esquemas y de conceptos históricos lentamente madurados y de alcance revolucionario.

Horn repite la teoría de las cuatro sucesivas monarquías universales, y con ella entreteje fatigosamente la de los tres hijos de Noé, a cada uno de los cuales le toca un continente: África, con Arabia, a Cam, Asia a Sem y el resto a Jafet.²⁵⁹ Pero luego, al llegar al final del mundo antiguo, sobrepone a esta híbrida construcción histórico-geográfica una división por partes del mundo, juntando al viejo hemisferio oriental el nuevo occidental y las novísimas tierras australes.²⁶⁰ Sin embargo, en este punto, como se han perdido las noticias sobre las vicisitudes pasadas por los aborígenes del Nuevo Mundo, el historiador decide rellenar semejante "vacío de los tiempos y de las cosas" con una descripción de las costumbres de los americanos. La historia universal se interrumpe. O mejor, a la insípida crónica de los reinos, de las dinastías y de las conquistas, sucede un largo capítulo de viva y amena etnografía.²⁶¹

Las cuatro monarquías figuran aún en las alegorías de la portada grabada. Pero en toda la última parte del *Arca Noae*, Horn se olvida de la Biblia y de sus intérpretes, y minuciosa, amorosamente, va ilustrando las naciones y las tribus de las Américas, desde las más salvajes hasta las más civilizadas.²⁶²

Sin embargo, es un hecho que, hasta mediados del siglo XIX, la historia universal se resumió y se explicó muchas otras veces mediante una gran flecha trazada al desgaire sobre el planisferio, de derecha a izquierda. Hegel dice, sin más, que va de Oriente a Occidente.²⁶³ En Inglaterra, los historiadores de la escuela "liberal anglicana" ven el progreso como un movimiento hacia el Oeste.²⁶⁴ En Italia, Alcardo Alcardi entona un canto al hombre, "peregrino inmortal", que corre anhelante con su carga de gloria y de dolores,

... e par che il suo governi
sul viaggio del Sol. In oriente

²⁵⁸ Véase E. Fueter, *Geschichte der neueren Historiographie*, München-Berlin, 1936, p. 188, y G. Falco, *La polemica sul Medio Evo*, op. cit., pp. 86-89, limitado este último por W. K. Ferguson, *The Renaissance in historical thought*, Boston, 1948, p. 74.

²⁵⁹ G. Horn, *Arca Noae*, Leiden-Rotterdam, 1666, p. 35.

²⁶⁰ *Ibid.*, p. 183.

²⁶¹ *Ibid.*, pp. 455-539, con citas de Gómara, Acosta, Garcilaso, etc. Para sus ideas sobre el origen de los americanos, véase Allen, op. cit., pp. 128-129, y varios pasajes del *Arca Noae*.

²⁶² También Jean Bodin había criticado y ridiculizado el esquema de las cuatro monarquías (*Méthode*, op. cit., pp. 287-293) y, aunque tiene alusiones a un movimiento progresivo de la historia, de los pueblos de Oriente a los del Mediterráneo y Septentrión, su acento recae sobre la diferencia de los climas, del calor al frío, o sea del Sur al Norte, y no del Este al Oeste. Por otra parte, aunque según él el Sur es, en conjunto, superior al Norte (*Méthode*, p. 108), es el Norte el que por regla general conquista al Sur (*ibid.*, p. 76; cf. *supra*, p. 35). En nuestros días (1943) Huizinga (*Lo scempio del mondo*, Milano-Roma, 1948, p. 17) vuelve a maravillarse de que la antítesis de Norte y Sur (frío y calor; base de las teorías climáticas) nos impresione mucho menos que la antítesis Este-Oeste (dualismo de civilizaciones).

²⁶³ *Philosophie der Geschichte*, ed. Lasson, vol. I, pp. 232-233; y cf. *infra*, p. 401.

²⁶⁴ D. Forbes, *The liberal Anglican idea of history*, Cambridge, 1952, pp. 83-84.

nato, adulto risté sulle latine
e le celtiche terre; e forse accenna
vecchio, sull'ala di fumanti prue
di valicare un giorno il mansueto
Atlantico, e posar su le novelle
care al tramonto piagge americane.²⁶⁵

En esos mismos años, Lasaulx repite que el flujo de la civilización va, como las grandes corrientes tropicales y como la parábola aparente del sol, de Oriente a Occidente, hacia el Nuevo Mundo, hacia América, de tal manera que a Europa le tocará un día el destino de Asia.²⁶⁶ Y todavía en nuestros tiempos un hispanoamericano redescubre el secular motivo, viendo en él la única posibilidad de unificar la historia universal.²⁶⁷

Así, pues, era fecundo el punto de arranque. Pero, al formularse por primera vez en el siglo XVII, la esterilidad inmediata de la teoría heliodrómica, expuesta desde un punto de vista publicístico y utilitario, la hacía caer en olvido, en favor de otras concepciones, más grandilocuentes y tradicionales, de los azares de la humanidad. Naturalmente, ninguna huella del curso occidental de los imperios se encuentra en el teológico Bossuet. Hasta el momento de su transformación en la teoría romántica de los "espíritus de los pueblos", que se van encendiendo el uno tras el otro para guiar los destinos de la humanidad, la tesis del curso solar de la Historia permaneció en el estado de embrión o de expediente oratorio.

13. MADEMOISELLE PHILIPON Y SU AMIGA DE COLEGIO

Otra discusión con De Pauw, no destinada al público, como las réplicas de Pernety y del filósofo La Douceur, sino privada y casi confidencial, mucho más que las cartas del abate Galiani a Madame d'Épinay, nos muestra cómo el autor de las *Recherches* podía agitar a lectores no particularmente interesados en los problemas de las Américas, e inoportunos de toda preparación zoológica y geofísica.

²⁶⁵ *Le prime storie* (1857), ed. Verona, 1858, p. 41: "..." y parece gobernar su itinerario sobre el del sol. Nacido en Oriente, se detuvo, adulto, en las tierras latinas y celtas; y quizá, anciano, da muestras de trasponer un día, sobre el ala de humeanos proas, el manso Atlántico, para descansar en las nuevas playas americanas, amadas del Ocaso". Las "fumanti prue" ¿serán los buques de vapor? Pero ni por ésas se puede llamar "mansueto" al Atlántico...

²⁶⁶ E. von Lasaulx, *Neuer Versuch einer alten auf die Wahrheit der Tatsachen begründeten Philosophie der Geschichte* (1856), reedición de München, 1952, pp. 109-110, 169. El misticizante Lasaulx, como es sabido, mezcla a Hegel y a Schelling con Corres (pero cf. *infra*, p. 401, nota 435). Sobre él, además de los autores citados en la reedición de 1952, véase la carta de Humboldt a Varnhagen von Ense (7 de febrero de 1857) y la respuesta decididamente crítica de Varnhagen (9 de febrero); H. Flint, *La philosophie de l'histoire en Allemagne*, Paris, 1878, pp. 375-388, y H. Gollwitzer, op. cit., pp. 361-368. Conocida es la fuerte influencia que ejerció sobre Burckhardt, no obstante que éste lo rechaza como un vano filosofante (*Weltanschauliche Betrachtungen*, 1868-71, publicadas en 1905, ed. R. Marx, Leipzig, 1935, pp. 67, 330-332).

²⁶⁷ V. Domingo Bouilly, "El camino de Occidente. Proposición de un criterio sobre historia universal", *Cuadernos Americanos*, México, año VI (1947), núm. 6, pp. 116-141. Véase también el editorial del *Times Literary Supplement*, 28 November 1952.

Una parisina de veintidós años, graciosa y agresiva, llena de brío y de sentimiento, Mademoiselle Manon Phlipon —a quien un borrascoso destino político y la firmeza heroica en el suplicio llevarán a transponer el umbral de la Historia con el nombre nupcial de Madame Roland—, leía en el verano de 1776 las *Recherches philosophiques sur les Américains* y, como era su costumbre, le participaba largamente a su amiga de colegio, Mademoiselle Henriette Cannet, todas sus impresiones. Impresiones vivísimas y, en un comienzo, sustancialmente favorables. De Pauw es un hombre “judicieux”, culto, laborioso, erudito: “sus razonamientos parecen justos, y verosímiles sus conjeturas”.²⁶⁸ El espíritu sistemático puede haberlo arrastrado a conclusiones excesivas. A los ojos de Manon, por ejemplo, no resulta del todo evidente “que los americanos sean tan degenerados y embrutecidos como él pretende”. Pero en la existencia de los gigantes de Patagonia tampoco ella quiere creer. Y un hecho es innegable: que el descubrimiento de América nos ha revelado un continente “más salvaje y menos habitado” que todos los demás; “una tierra malsana, cubierta de selvas y de pantanos, reptiles enormes, y cuadrúpedos pequeños”, y pocos hombres, dispersos e incultos, con la obligada excepción de los peruanos y de los mexicanos: “he ahí lo que se vio, he ahí lo que se ha demostrado, y lo que constituye un fenómeno que hay que explicar”. ¿Pero explicar cómo...? También aquí Mademoiselle Manon acepta la respuesta de De Pauw (o mejor, de Buffon): “este país experimentó más tarde que el nuestro una revolución causada por las aguas”.²⁶⁹

¿Dónde comienza a disentir la inocente niña? Al llegar a la pretendida causa fisiológica de la degeneración de los americanos, a aquella impotencia e insensibilidad atribuida por De Pauw a los indígenas del Nuevo Mundo. No es que la señorita Phlipon se escandalice. Ha hecho muchas otras lecturas, y de lo que se sonrojaría, si acaso, es de que alguien pudiese sospechar en ella una falta de impávida curiosidad, o dudase de su lógica indiscreta e impertérrita. Pues bien, ¿no escribe De Pauw que las americanas empleaban en sus consortes “ciertas drogas, con objeto de remediar la indolencia de la naturaleza”?²⁷⁰ Entonces —arremete Manon—, ¡esto quiere decir que cuando menos las mujeres no tenían un temperamento tan frígido! Pero ¿cómo puede haber semejante

²⁶⁸ “...ses raisonnements paraissent justes, ses conjectures vraisemblables”. Otros elogios en la carta del 16 de julio de 1776, ed. Perroud, Paris, 1913-15, vol. I, p. 440 (el pasaje falta en la ed. de Dauban).

²⁶⁹ “...que les Américains soient aussi dégénérés et abrutis qu'il prétend”; “une terre malsaine, couverte de bois et de marécages; des reptiles énormes, et petits quadrupèdes...; voilà ce qu'on aperçut, voilà ce qui est démontré et ce qui fait un phénomène à expliquer”; “ce pays avait éprouvé plus tard que le nôtre une révolution causée par les eaux”.

²⁷⁰ “...certaines drogues, à l'effet de rémédier à l'indolence de la nature”. El impudor de estas *remarques* impresiona a René Doumic (*Études sur la littérature française*, vol. II, Paris, 1913, p. 81), quien no parece darse cuenta de que su fuente es De Pauw. Cf. *infra*, p. 219, nota 378. Ya el Barón de Lahontan había observado (1703), sin mucho asombro, que entre los salvajes de la América septentrional “les hommes sont aussi indifférens que les filles sont passionnées” (*Dialogues curieux*, ed. cit., pp. 115, 219, 223). Pero ese contraste había servido de argumento, antes que a Mademoiselle Phlipon, al abate Roubaud: “Pourquoi l'Américaine serait-elle si ardente que M. de P. la dépeint, si l'Américain était aussi froid qu'il l'imagine?” (*Histoire*, op. cit., vol. XIII, p. 153).

diferencia entre los dos sexos, si varones y hembras viven en el mismo clima? Mademoiselle Phlipon frunce doctoralmente la naricilla: “Encuentro en esto una contradicción que me molesta y me inclina a la duda”.²⁷¹ De Pauw se fundaba en la molicie de los salvajes; su lectora, en el erotismo de las salvajes. *Arcades ambo*, y teñidos de la misma pez.

Sin embargo, el filósofo prusiano cita una hilera imponente de autoridades. ¿Dónde encontrará Manon las suyas? ¿A quién oponer frente a los textos del adversario? Por fortuna suya —“tu juges quelle joie!”— se encontraba en París, y hasta era su amigo y mentor, un Monsieur de Sainte-Lette, antiguo administrador colonial, que regresaba entonces de Pondichéry, pero había estado catorce años en la Luisiana. Ateo y humanitario, amante de las buenas letras y de las reformas, Sainte-Lette había adquirido un gran ascendiente sobre la joven Mademoiselle Phlipon.²⁷² Y él sí que había conocido a los salvajes de cerca, había traficado con ellos y se había hecho acompañar de ellos en sus viajes. Era el hombre que hacía falta para taponar la boca al sedentario filósofo prusiano. Sainte-Lette, en efecto, refería que los salvajes en general son hermosos, grandes, bien formados; que tienen un poco de pelo (menos que los europeos, es verdad, pero es que se lo arrancan por urbanidad);²⁷³ que quieren bien a sus mujeres, y ni siquiera les pasa por las mientes la idea de ofrecerlas a los viajeros. Verdad es que las muchachas hacen lo que quieren: las salvajitas “gozan de la mayor libertad en toda la amplitud del término; se entregan a quien les place, lo cual se llama pasarse” (bajo el aire escandalizado, ¿no hay un matiz de envidia, y sobre todo una gran diversión al contarle a la amiga tamañas “enormidades”?). ¿Pero cómo hacen? “Los jóvenes las llevan a los bosques, y allí se arreglan juntos”.²⁷⁴ Luego, “tras haberse paseado lo bastante”, las muchachas se casan y entonces se hacen castas y reservadas. Hay incluso una tribu (refiere Manon con un escalofrío de equívoco horror) en que el adulterio se castiga con el talión, es decir que la culpable es entregada a todos los hombres, hasta que muere.²⁷⁵ Por otra parte, hay en el Norte

²⁷¹ “Je trouve en cela une contradiction qui me choque et me porte à douter”.

²⁷² Ella lo prefería entonces decididamente a Monsieur Roland. Sobre Sainte-Lette, véanse las *Lettres... de Madame Roland (Mademoiselle Phlipon) aux demoiselles Cannet*, ed. C. A. Dauban, Paris, 1867, *passim*, y en especial vol. I, pp. 326-328, 346-348, 426-428, 431-433, 438, 442-443, o, mejor, la edición de Perroud, vol. I, pp. 378-381, 383-385, etc. (véase el índice de nombres); *Mémoires de Mme. Roland*, ed. Cl. Perroud, Paris, 1905, vol. II, pp. 4, 226-228, 237-238; M. Clemenceau-Jacquemarie, *Vie de Madame Roland*, Paris, 1929, vol. I, pp. 42, 44, 52-54; Edith Bernardin, *Les idées religieuses de Madame Roland*, Paris, 1933, pp. 41-42, 45-47, 61.

²⁷³ Aquí Mademoiselle Phlipon se pregunta si esta costumbre puede haberlos hecho lampiños a la larga, y concluye negativamente, porque los judíos y los árabes se circuncidan “avec la plus grande persévérance”, y sin embargo, siguen naciendo con prepucio. (El argumento y la réplica estaban ya en De Pauw, *Recherches*, op. cit., vol. I, p. 40; vol. II, pp. 131-132). Los errores de De Pauw, concluye, han nacido “d'avoir conclu du particulier au général” (ed. Dauban, vol. I, p. 426; ed. Perroud, vol. I, p. 462).

²⁷⁴ “[Les jeunes filles] jouissent de la plus grande liberté dans toute l'étendue du terme; elles s'abandonnent à qui leur plaît, on appelle cela se promener... Les jeunes gens les mènent dans les bois, et là ils s'arrangent ensemble”.

²⁷⁵ Ed. Dauban, vol. I, p. 427; ed. Perroud, vol. I, p. 462: “...c'est à dire que la femme est condamnée à être épousée par tous les hommes de la nation jusqu'à ce que mort s'ensuive”. Sobre el libertinaje pre-matrimonial y la castidad conjugal de las pieles rojas da curiosos pormenores J. F. D. Smith, *Voyage dans les États Unis de l'Amérique fait en 1784*, Paris, 1791, vol. I, pp. 94-95.

ciertos salvajes tan sensibles al honor, que castigan aun la maledicencia y las cuchufletas, y tan inteligentes que saben dibujar, con carbón, mapas a escala perfecta...²⁷⁶

En los días siguientes (agosto de 1776) se reanudaban las conversaciones, y duraban a veces horas y horas. Manon no se cansaba de interrogar al viejo incrédulo y sonriente que conocía tan bien a los americanos, —y que, como en otro tiempo Otelo con Desdémona, se sentía ciertamente halagado de tener una oyente tan fervorosa y tan conmovida. Y sus respuestas iban destruyendo, pedazo a pedazo, todo el cuadro pintado por De Pauw. ¿Degenerados los salvajes americanos...? Por el contrario: Monsieur de Sainte-Lette los ha visto, y es preciso concluir que son “los más lindos retoños que ha producido la naturaleza”. También las salvajes son frescas y bien formadas, “sino que tienen demasiado anchas las caderas”. Su color se asemeja al de un durazno pálido, y su piel es tan suave y delicada, que traiciona el más leve sonrojo. En una palabra, enamorarían a un ciego, y —insinúa Manon con malicia— “yo creo que Monsieur de Sainte-Lette, que tiene muy buen ojo, las ha encontrado muy de su gusto”.²⁷⁷

Quedan las bestias. Es cierto que los cuadrúpedos son más chicos, y que los reptiles y los insectos son enormes. Pero es falso que los animales europeos degeneren en aquel clima: algunos —el cerdo, los bueyes— mejoran en realidad. Y no es verdad que los perros dejen de ladrar; alguna vez el viento los hace enronquecer, pero por poco tiempo: Monsieur de Sainte-Lette tiene aún en los oídos los robustos ladridos de los perros de Santo Domingo. En cuanto a plantas, mejor ni hablemos: la Luisiana es una tierra bendita de Dios.²⁷⁸

De Pauw parecía liquidado en esa forma. Pero hay autores a quienes es más fácil refutar que olvidar. En un escrito redactado por Mademoiselle Phlipon ese mismo año de 1776, aunque permaneció inédito hasta 1933, afloran reminiscencias de las *Recherches sur les Américains*.²⁷⁹ Y cuando, pocos meses más tarde, en octubre, la jovencita leía las *Recherches sur les Égyptiens et les Chinois*, su cerebro se ponía a “hervir como cera al fuego”, y el resumen que de esta obra hacía para su amiga resultaba tan largo, tan prolijo —ella misma sabía muy bien que tenía la “plume babillarde”—, que ni siquiera las pacientes destinatarias lo leían, y los editores de sus cartas han tomado la cuerda resolución de suprimirlo enteramente.²⁸⁰ Sin embargo, una consecuencia inesperada de tanto entusiasmo era que la cándida Henriette no tardaba en leer a su vez las

²⁷⁶ Ed. Dauban, vol. I, pp. 423-428; ed. Perroud, vol. I, pp. 460-463. Sobre la vida muelle e indolente de las Antillas (esclavos, ocio, ignorancia, bailes), véase ya una carta de 1773, ed. Dauban, vol. I, pp. 129-130; ed. Perroud, vol. I, p. 141.

²⁷⁷ “[Les sauvages sont] les plus beaux jets que la nature ait produits”; “seulement elles [les femmes] ont les reins trop larges...; je crois que M. de Sainte-Lette, en voyant clair, les a trouvées fort à son goût”.

²⁷⁸ Ed. Dauban, vol. I, pp. 431-433; ed. Perroud, vol. I, pp. 381, 440, 456, 460-463. Según Edith Bernardin, *op. cit.*, pp. 73-83, la lectura de De Pauw y de otros relatos de costumbres exóticas (Raynal, etc.) influyó decisivamente en sentido antioctiano sobre las ideas morales y religiosas de Mademoiselle Phlipon.

²⁷⁹ Bernardin, *op. cit.*, pp. 169, 171-172.

²⁸⁰ Ed. Dauban, vol. I, pp. 456, 463, 466; ed. Perroud, vol. I, pp. xiv, nota 3, 515 nota, 522-523, 525 (y cf. Perroud, nota a su edición de los *Mémoires*, vol. II, p. 195). Sobre la “plume babillarde”, véase ed. Dauban, vol. I, p. 87; ed. Perroud, vol. I, p. 107.

Recherches sur les Américains, y muy pronto hacía saber a su amiga que la lectura de esa obra la había dejado toda entristecida, mortificada, abatida.

Manon se siente un poco responsable por esta turbación. Le recuerda a la buena Henriette sus reservas y objeciones. Niega que el salvaje sea necesariamente infeliz. Pero admite (y éste es un rasgo bastante atinado) que, si hubiese tenido aún los principios religiosos a que Henriette sigue apegada, mientras que ella, Manon, es “parfaitement incrédule”, De Pauw habría sacudido su fe en la bondad de la creación y en el alto destino del hombre. Es preciso hacerse “cuerdos” y, como tales, someterse serena, silenciosamente, “a las leyes irrevocables de la naturaleza y de la necesidad”.

No obstante, muy pronto la buena muchacha se da cuenta de lo poco que estas palabras altisonantes pueden calmar a Henriette, y declara que no quiere turbar la fe de nadie; y, casi excusándose, agrega: “si yo hubiera dirigido tus lecturas, no te habría dado a Monsieur de Pauw, ni nada que se le parezca”. Pero ahora que el mal ya está hecho, sólo ahí pronta a suministrar el remedio. ¿Bossuet, Fénelon? ¡No! Hace falta otra cosa: “puesto que estás en esa situación, te invito a leer y a meditar el discurso de Jean-Jacques Rousseau sobre el origen de la desigualdad entre los hombres”, el famoso discurso que exalta las virtudes de los salvajes. Es un contraveneno seguro: “está lleno de jugo y de nervio”.²⁸¹

Más significativo aún que este episodio, en el cual se nos revela cómo persiste en Manon el virus de De Pauw, a quien vuelve a leer todavía en 1781,²⁸² y más aún que el tenaz recuerdo de aquella lectura hasta en los *Mémoires* escritos en la cárcel,²⁸³ es el hecho de que al redactar, pocos meses después —enero de 1777—, un discurso enviado a la Academia de Besançon sobre la influencia de la educación femenina en el mejoramiento de los hombres (“Comment l'éducation des femmes pouvait contribuer à rendre les hommes meilleurs”), Mademoiselle Phlipon incluía en él una frase que es un simple y fiel resumen de De Pauw. Uno de los espectáculos más sorprendentes del Nuevo Mundo —dice— es el “del infortunio y de los vicios que produce la indiferencia bruta y estúpida del género humano por aquellas que deberían suavizarlo”. Feroces, peligrosos y crueles eran aquellos salvajes que, “más degenerados que los otros, eran incapaces de virtudes porque eran inaccesibles al sentimiento que las hace brotar”.²⁸⁴ La frigididad del salvaje, negada en las cartas, es

²⁸¹ Ed. Dauban, vol. II, pp. 163-164; ed. Perroud, vol. I, pp. 473-474: “si j'avais dirigé tes lectures, je ne t'aurais pas donné M. de Pauw, ni rien qui y ressemble...; puisque tu en es là, je t'invite à lire, à méditer le Discours de Jean-Jacques Rousseau sur l'origine de l'inégalité parmi les hommes...: c'est plein de suc et de nerf” (“de jugo et de nerf” en la ed. Dauban). Cf. H. Buffenoir, *Le prestige de J.-J. Rousseau*, Paris, 1909, pp. 128-129.

²⁸² Carta del 15 de noviembre de 1781 a Roland, citada por Perroud en su ed. de los *Mémoires*, vol. II, p. 195 nota.

²⁸³ Cuenta allí que hacia 1776-77 leía a los predicadores, a Bossuet, Fléchier, Bourdaloue, Massillon: “Il n'y avait rien de si plaisant que de les voir rangés sur ces petites tablettes avec de Pauw, Raynal et le *Système de la Nature*” (*Mémoires*, ed. cit., vol. II, p. 195).

²⁸⁴ “...[Le spectacle] de l'infortune et des vices que produit l'indifférence brute et stupide du genre humain pour celles qui devraient l'adoucir”; “[certains sauvages], plus dégénérés que les autres, étaient incapables de vertus parce qu'ils

utilizada en el discurso para poner bajo una luz mejor la misión educativa de la mujer.

Demasiado dócil a las primeras impresiones, a la paradoja escandalosa, a la objeción penetrante, al lugar común de efecto seguro, Madame Roland nunca se preocupó mucho ni poco de la coherencia interna de sus propias ideas. Así, pues, tampoco se preocupó de poner de acuerdo sus residuos depauwianos con el entusiasmo invariable por los insurrectos norteamericanos. En la América "nueva y activa" maduran los gérmenes de las revoluciones más pasmosas: el hombre, el clima, el ambiente, los productos ofrecen mil cuadros "diversos e interesantes".²⁸⁵ En 1777 hacía votos por la libertad de América "como justa venganza del derecho natural violado de tantas maneras en ese continente desdichado y tan poco hecho para serlo",²⁸⁶ y todavía en 1788, cuando los Estados Unidos eran ya victoriosos y libres, escribía con envidia: "bendigamos a América".²⁸⁷ Por último, en 1790, suspiraba al pensar que, si su marido no fuera tan viejo, ya se habrían embarcado desde mucho tiempo antes rumbo a América, "tierra prometida", que añoran menos ahora que pueden esperar una patria en Francia.²⁸⁸

El ácido de De Pauw ya no muerde. La "terre malsaine" se ha transformado en una "terre promise". La augusta sombra de Washington cubre al salvaje cobarde y desvirilizado. Sobre los pestilenciales pantanos se yergue una radiante y estrellada república.

14. VOLTAIRE, FEDERICO DE PRUSIA Y LAS SEGUNDAS "RECHERCHES" DE DE PAUW

Mucho menos significativa, más superficial y personal que las del árido y sagaz Maquiavelino y de la tierna e inflamable Mademoiselle Phlipon, fue la reacción de Voltaire.

En un primer momento se entusiasmaba por De Pauw, "verdadero sabio", que piensa con su cabeza y no está demasiado prevenido en favor

étaient inaccessibles au sentiment qui les fait éclore". He hecho pequeñas correcciones al texto, evidentemente corrompido, dado por Faugère en apéndice a su edición de los *Mémoires* (Paris, 1864, vol. II, p. 345) y por Dauban en apéndice a las *Lettres* (ed. cit., vol. II, p. 463). Poco más adelante, Mademoiselle Phlipon se burla de la edad de oro de los poetas y del "estado de naturaleza" de los filósofos, que tal vez nunca han existido (ed. Faugère, vol. II, p. 348; ed. Dauban, vol. II, p. 465), —pero con los cuales, justamente por entonces, trataba de consolar a su amiga Henriette. Sobre el discurso, cf. también *Lettres*, ed. Dauban, vol. II, pp. 194, 301-302; ed. Perroud, vol. II, pp. 13, 84, 97, 151, 183, 269.

²⁸⁵ Carta del 1º de julio de 1777 (ed. Dauban, vol. II, p. 126; ed. Perroud, vol. II, p. 92). Cf. también ed. Dauban, vol. II, pp. 173-175, 232-233; ed. Perroud, vol. II, pp. 132-133, 184.

²⁸⁶ Carta del 4 de octubre de 1777 (ed. Dauban, vol. II, p. 187; ed. Perroud, vol. II, p. 144): "...comme une juste vengeance du droit naturel violé de tant de manières dans ce continent malheureux et si peu fait pour l'être": zecos depauwianos una vez más?

²⁸⁷ Carta a Bosc, 1º de octubre de 1788 (ed. Dauban, vol. II, p. 571): "bénéissons l'Amérique".

²⁸⁸ Carta a Brissot (primeros meses de 1790), en C. A. de Sainte-Beuve, *Portraits de femmes*, Paris, 1882, p. 170. Es conocida la influencia de Thomas Paine sobre las ideas de Madame Roland. Tres días antes de su suplicio, todavía soñaba con trasladarse a América (cf. *Mémoires*, ed. Faugère, vol. II, p. 44).

de los modernos (léase: Jean-Jacques), y que sabe hacer frente a los misioneros y a sus secuaces como Pernetý.²⁸⁹ Pero cuando se puso a criticar a los chinos, De Pauw perdió rápidamente las simpatías del patriarca sinófilo à outrance.

En efecto, cinco años después de publicadas sus *Recherches sur les Américains*, nuestro autor daba a la luz unas *Recherches philosophiques sur les Égyptiens et les Chinois*. Esta nueva obra, en dos volúmenes, tiene como punto de partida la refutación de la tesis sostenida por Guignes²⁹⁰ (a saber, que los chinos son una "colonia" de los antiguos egipcios), pero de ahí se extiende para demostrar que no se puede encontrar huella alguna de influencia egipcia sobre las artes, las costumbres, la religión o las instituciones de China, y que ni siquiera se descubre entre las dos civilizaciones punto alguno de contacto; pero, por otra parte, en el curso de esta plausible discusión, no pierde ocasión de lanzar sarcasmos sobre uno y otro pueblo, y más particularmente sobre los chinos, de tal manera que resulta a la postre una verdadera demolición de la imagen convencional del "virtuoso mandarín", tan favorecida como la imagen del "noble salvaje" por las convenciones literarias y políticas del siglo.²⁹¹

Más que por la semejanza de ciertos giros estilísticos, más que por la común polémica contra los misioneros jesuitas y sus optimistas relaciones, y por las referencias que se hacen en la segunda a la primera, las dos obras están idealmente emparentadas por su común actitud de superioridad altanera con respecto a civilizaciones y pueblos exóticos o primitivos y por el gusto de poner en relieve, a propósito de ellos, las cosas que pueden *choquer* al cándido e inexperto lector. Era inevitable, por consiguiente, que también egipcios y chinos fuesen arrollados en la polémica sobre los americanos, y que sus defensores, todos ellos europeos naturalmente (mientras que los americanos no tardaban en encontrar paladines entre los conciudadanos de Washington y entre los hombres de ciencia de la América española), se valiesen de argumentos que respondían a exigencias profundas de la nueva historiografía.

La tesis de Joseph de Guignes, contra la cual se ensaña De Pauw, es ciertamente insostenible desde el punto de vista crítico.²⁹² Pero si se

²⁸⁹ *Fragment sur l'Histoire générale* (1773), art. II, "De la Chine" (en *Oeuvres*, ed. Moland, vol. XXIX, pp. 228-230). De Pauw vuelve a ser citado con aprobación poco más adelante (*ibid.*, p. 234).

²⁹⁰ Joseph de Guignes, *Mémoire dans lequel on prouve que les Chinois sont une colonie égyptienne*, Paris, 1759-1760. La tesis había sido propuesta primeramente por Atanasio Kircher (1654), discutida y acogida en parte por Horn (*Arca Noae*, op. cit., 1666, pp. 53-54), y resucitada en los alrededores de 1700, no obstante las recurrentes confutaciones, por Thomas Burnet (cf. Tuveson, op. cit., p. 163; pasaje que no he encontrado en la edición latina de los *Archaeologiae philosophicae libri duo*) y luego por el doctísimo Daniel Huet (1716) y por el académico Mairan (1759). Se discutió largamente hacia 1760-1770 (véanse las objeciones de Delisle de Sales, *De la philosophie de la Nature*, op. cit., vol. I, pp. 115-123, nota), fue sustancialmente aceptada por el abate Roubaud (*Histoire*, op. cit., vol. I, pp. 329-347), y se ha vuelto a exhumar de cuando en cuando, por lo menos hasta 1905 (véase H. Cordier, *Histoire générale de la Chine*, Paris, 1920, vol. I, pp. 11-25).

²⁹¹ "Il n'y a point d'écrivain qui en [des Chinois] ait dit encore autant de mal que l'auteur des *Rech. phil. sur les Eg. et les Chinois*. C'est M. Pauw, à qui nous devons déjà un excellent ouvrage sur les Américains", etc. (Grimm, Diderot, etc., *Correspondance*, ed. Tournoux, vol. X, p. 298).

²⁹² Lo cual, sin duda, granjeó para la segunda obra de De Pauw, tanto más erudita cuanto menos amena y escandalosa que la primera, una acogida mejor entre

recuerda que ya los griegos más antiguos, comenzando con Homero, habían sido exaltados como discípulos de los egipcios,²⁹³ no sorprenderá que también a los chinos, a esos recientes modelos idealizados de perfecta sabiduría, se atribuyese una derivación, por lo menos espiritual, de la civilización nilótica. En el fondo, la inspiración profunda de la tesis, el querer asegurar la continuidad de la historia universal sin hacerle perder el centro de gravedad mediterráneo, no era, pues, tan ridícula. Ya los chinos habían quedado incluidos, de hecho, en el mundo histórico contemporáneo de los europeos. Se evitaban serias dificultades cronológicas, satisfaciendo al mismo tiempo el postulado de la unidad del género humano, si se lograba establecer, para la cultura china, la descendencia de una civilización engranada en el sistema bíblico-clásico.²⁹⁴

La función de las "colonias" como injertos de civilización era familiar a los eruditos, quienes utilizaban ampliamente ese concepto en sus esfuerzos de síntesis. Baste pensar en las "colonias heroicas" marítimas y ultramarinas, principio, según Vico, de la "transmigración de los pueblos". Ahora bien, ¿no había observado ya Fénelon que los pueblos de Asia y el de Egipto son los más antiguos y civilizados de todos? Esos pueblos, decía, son "como la fuente de las colonias", y, aunque acababa por suponer a China una colonia de babilonios, había admitido cándidamente: "los chinos... me parecen bastante semejantes a los egipcios".²⁹⁵

los estudiosos. Jacobi le dedicó uno de sus primeros escritos, una larga recensión en forma de tres cartas de estilo hamanniano al *Deutsche Merkur*, 1773 (recogida en sus *Werke*, ed. Fr. Roth, Leipzig, 1825, vol. VI, pp. 265-344). Rezuma de esas páginas la complacencia de Jacobi al ver destrozado por De Pauw a uno de los ídolos de la *Aufklärung*. Alaba Jacobi los talentos (pp. 270-271) y el estilo (pp. 281-282) de De Pauw, señala su acuerdo con Winckelmann (pp. 313-314) y declara que se abstiene de críticas porque ocuparían demasiado espacio, porque algunas merecerían la reprobación del pacífico Mercurio (pp. 343-344), y porque ya las ha hecho y las seguirá haciendo Guignes. Él, aunque comparta la herética opinión de que la discordia es la sal de la tierra, se atiene al juicio favorable expresado en la primera carta, la cual, sin embargo, se ha convertido aquí y allá en una "weissagende Satyre" (p. 344; esta última carta cuando menos le parecía a Jacobi digna de conservarse: *Werke*, ed. cit., vol. VI, p. v). Kant mismo leía y recomendaba las segundas *Recherches* a uno de sus corresponsales (12 de agosto de 1777; *Briefwechsel*, Akad.-Ausgabe, vol. X, p. 210). Más tarde, Herder (sobre el cual véase *infra*, p. 260, nota 536) y C. F. Dupuis, en su poderosa *Origine de tous les cultes* (1796), las citan frecuentemente; Goethe las admira (cf. *infra*, p. 338); y el agudo y erudito A. H. L. Heeren, *Ideen über die Politik, den Verkehr und den Handel der vornehmsten Völker der alten Welt*, vol. V (Göttingen, 1826), pp. 139, 396, discute respetuosamente dos conjeturas de este "reciente escritor" acerca de los egipcios. Incluso un autor como Scherer, que se puso a defender a Guignes y a refutar a De Pauw, califica a éste de escritor elegante, aunque no sólido (Jean-Benoît Scherer, *Recherches historiques et géographiques sur le Nouveau-Monde*, Paris, 1777, pp. xii y 218-265). Sobre el éxito relativamente escaso de público, de lo cual son indicio las pocas reediciones, véase Beyerhaus, art. cit., pp. 478-487.

²⁹³ Cf. Tuveson, *op. cit.*, pp. 211-212. "The Athenians were also an Egyptian colony", escribirá (20 de junio de 1789) Lord Monboddo, quien en su obra más importante, *The origin and progress of language* (1773-92), sostiene que toda la cultura europea proviene de Egipto (Knight, *op. cit.*, pp. 34, 270).

²⁹⁴ Véase, en efecto, cómo ofrece Guignes, *op. cit.*, pp. 78-79, su teoría en defensa del Pentateuco.

²⁹⁵ *Dialogues des morts*, "Confucius et Socrate", ed. Lutetia, pp. 170, 176-178: "C'est là comme la source des colonies..."; "les Chinois... me paraissent assez semblables aux Égyptiens". Sobre los problemas de las colonias, véase también *supra*, p. 116, nota 218.

¿Lo recordaba De Pauw? Las primeras y las últimas palabras de su libro dicen precisamente lo contrario: "Nunca han tenido menos conformidad dos pueblos entre sí que los egipcios y los chinos".²⁹⁶

En esos mismos años (1773, 1774) Herder, en polémica contra la *Aufklärung*, volvía a formular la exigencia unitaria de Fénelon, hasta repetir, con aire de misterio, su fórmula de resumen: "China es todavía la imagen de Egipto: júzguese y adivínese".²⁹⁷ Pero luego, impelido por su religiosidad y por el sentimiento más íntimo y orgánico de la historia, en vez de buscar remotos vínculos de colonias y de influencias, exaltaba decididamente al cercano Oriente de los patriarcas a expensas de la remotísima China.²⁹⁸ Los egipcios permanecían al margen de la historia sagrada y, por consiguiente, no valían mucho más que los confucianos. Las negaciones de De Pauw encontraban así en él un lector predispuesto al asentimiento. Herder cita varias veces con interés y adhesión las *Recherches sur les Égyptiens et les Chinois*,²⁹⁹ y todavía en las *Ideen* (1784) se detiene en más de un pasaje a comparar la civilización china con la egipcia, generalmente con menoscabo de la primera,³⁰⁰ —lo cual no obsta, sin embargo, para que, al llegar a la tercera parte (1787), critique y denigre también a los egipcios.³⁰¹

Voltaire no llega tan lejos. En un primer momento (1773), también él se adhería a las tesis de De Pauw, respondiendo negativamente a la pregunta por él mismo propuesta: "Si los egipcios poblaron la China".³⁰² Pero el 5 de septiembre de 1774 escribía, muy molesto, al Conde de Argental diciéndole que era ridículo atribuir las *Lettres d'un Théologien* "a un alemán llamado Pauw, que ha escrito, en estilo oscuro y retorcido, unas conjeturas aventuradas sobre los americanos y los chinos".³⁰³ Y el año siguiente se disponía a refutar las tesis de De Pauw sobre los chinos, los indos y los egipcios, aunque aceptando, como se puede imaginar, su categórica negación de toda dependencia de los primeros con respecto a los últimos. En una carta a Federico II, le anunciaba: "dentro de algún tiempo tendré la osadía de poner a vuestros pies unas cartas bas-

²⁹⁶ *Recherches philosophiques sur les Égyptiens et les Chinois*, ed. cit., vol. II, p. 320: "Jamais deux peuples n'ont eu moins de conformité entre eux que les Égyptiens et les Chinois." Cf. al comienzo: "jamais supposition ne fut moins fondée que la del contacto entre ellos (*ibid.*, vol. I, p. xiii).

²⁹⁷ *Werke*, ed. Suphan, vol. V, p. 489 (citado en A. Gerbi, *La politica del Romanticismo*, Bari, 1932, p. 127 nota): "Sina ist noch sein [Agyptens] Nachbild: man urtheile und errathe." Cf. *infra*, pp. 258-259. Hegel (*Philosophie der Geschichte*, ed. cit., vol. I, pp. 186, 203-204) pondrá de relieve la "asiaticidad" de Egipto, gran valle fluvial como los de China y de la India, y diverso de todas las demás partes de Africa, pero sin hacer la menor referencia a una transmisión de civilización; al contrario: "mit dem Reiche China hat die Geschichte zu beginnen" (*ibid.*, p. 275).

²⁹⁸ Rouché, *La philosophie de l'histoire de Herder*, *op. cit.*, p. 43.

²⁹⁹ *Werke*, ed. Suphan, vol. VI, pp. xx, 368, 395, 525; vol. XIV, p. 33; *Ideen*, XI, 5; trad. Tandel, *op. cit.*, vol. II, p. 225.

³⁰⁰ Véase por ejemplo *Ideen*, XI, 1; XII, 5; ed. cit., vol. II, pp. 200-201, 283; cf. también Rouché, *op. cit.*, pp. 276, 344-345, 432, 436-438.

³⁰¹ Rouché, *op. cit.*, pp. 408-411, 549.

³⁰² *Fragment sur l'histoire générale*, art. IV, "Si les Égyptiens ont peuplé la Chine" (*Oeuvres complètes*, ed. Moland, vol. XXIX, p. 234).

³⁰³ *Oeuvres*, ed. cit., vol. XLIX, p. 74: "... à un allemand nommé Pauw, qui a écrit, dans un style obscur et entortillé, des conjectures hasardées sur les Américains et les Chinois". Las *Lettres* eran de Condorcet, pero Voltaire había dejado creer que era él el autor (Beyerhaus, art. cit., p. 487).

tante científicas, bastante ridículas, que me he tomado la libertad de escribir al señor Pauw sobre sus chinos, sus egipcios y sus indos". No hay en él, por lo demás, ninguna animosidad contra el abate protegido por el Rey de Prusia, y cautamente añade: "No conozco al señor Pauw. Mis cartas son de un modesto benedictino,³⁰⁴ completamente distinto del señor Perneti. Este señor Pauw me parece un hombre habilísimo, lleno de ingenio y de imaginación; un poco sistemático, en verdad, pero con el cual puede uno divertirse e instruirse."³⁰⁵

La "obrilla de San Benito", que Voltaire esperaba terminar en un mes o dos, salía en realidad a comienzos de 1776,³⁰⁶ pero contiene apenas una rápida alusión a los escritos americanistas de De Pauw.³⁰⁷ Federico, el 7 de abril de 1776, informaba a Voltaire que había leído sus "cartas curiosas", y añadía: "El abate Pauw está orgulloso de que esas cartas le estén dirigidas a él..."³⁰⁸ Y no sólo eso, sino que el abate se cree, en el fondo, de acuerdo con Voltaire: también él admira a los chinos, en quienes sólo le desagradan la bárbara costumbre de exponer a los recién nacidos, "la bribonería inveterada" y los atroces suplicios.

Por otra parte, siempre orgulloso de la superioridad europea, De Pauw afirma que hay en China peores abusos que en Europa, y cuando llega a Holanda un mandarín que resulta ignorante y soso, el "abate Pauw triunfa al saber la noticia". Pero Federico le responde agudamente que Voltaire trata a los chinos como Tácito a los germanos, o sea que hace de ellos modelos para represión y ejemplo de la corrompida Europa: "convertid a vuestros enciclopedistas en mandarines, y estaréis bien gobernados".³⁰⁹

Estas minucias anecdóticas nos confirman que Voltaire no sentía ningún interés real por el problema de América, y que De Pauw, como en otro tiempo Buffon, lo atraía solamente por su utilidad en las polémicas de Europa.

³⁰⁴ Las *Lettres chinoises, indiennes et tartares à M. de Pauw* son atribuidas por Voltaire a un benedictino.

³⁰⁵ Carta del 21 de diciembre de 1775, en *Oeuvres*, ed. cit., vol. XLIX, p. 458: "je serai assez hardi, dans quelque temps, pour mettre à vos pieds des lettres assez scientifiques, assez ridicules, que j'ai pris la liberté d'écrire à M. Pauw sur ses Chinois, ses Egyptiens et ses Indiens. Je ne connais point M. Pauw. Mes lettres sont d'un petit benedictin tout différent de M. Perneti. Je trouve ce M. Pauw un très habile homme, plein d'esprit et d'imagination; un peu systématique, à la vérité, mais avec lequel on peut s'amuser et s'instruire".

³⁰⁶ *Oeuvres*, vol. XXIX, pp. 451-498; cf. vol. XLIX, pp. 545, 559.

³⁰⁷ *Oeuvres*, vol. XXIX, p. 460.

³⁰⁸ *Ibid.*, vol. XLIX, p. 577: "L'abbé Pauw est tout vain de ce que ces lettres lui sont adressées."

³⁰⁹ *Ibid.*, pp. 577-578: "...faites de vos encyclopédistes des mandarins, et vous serez bien gouvernés". "Ces prétendus Lettrés [los mandarines] —había escrito De Pauw (*Recherches philosophiques sur les Egyptiens et les Chinois*, ed. cit., vol. II, p. 166)— sont des personnages dont l'ignorance est très-profonde". Véase también el artículo "Amérique" en el *Supplément à l'Encyclopédie*, op. cit., p. 344a. Cf. G. Chénard, *L'Amérique et le rêve exotique dans la littérature française au xviii^e et au xviii^e siècle*, Paris, 1913, p. 371. Otros particulares sobre la controversia se hallarán en los citados artículos de Beyerhaus, pp. 478-490, y de Church, pp. 181-182.

15. NUEVA POSICIÓN DE BUFFON: LA AMÉRICA INMADURA, PERO EL AMERICANO FUERTE Y HERMOSO

Muy diverso es el caso de Buffon. Los ataques y sobre todo las exageradas deducciones de De Pauw lo indujeron a rectificar su posición, que en la primera fase, como se recordará, vacilaba entre una naturaleza inmadura y una naturaleza degenerada. Frente a De Pauw, que con extremo provocador de escándalo ve degradada a toda América, Buffon abandona sus propias tímidas explicaciones degenerativas, y, en sus *Époques de la nature* (1778), afirma con insistencia que América es un mundo joven, e inmaduro en muchos de sus aspectos: "La naturaleza, lejos de estar degenerada por vetustez, ha nacido tarde allí, y nunca ha existido con las mismas fuerzas, con la misma potencia activa que en las regiones septentrionales."³¹⁰ Las especies vivas, y sobre todo los animales terrestres, se han establecido allí mucho más tarde que en el Norte, "y tal vez la diferencia de tiempo sea de más de cuatro o cinco mil años".³¹¹

El continente es tan joven aún, que las aguas prevalecen todavía hoy en vastas regiones, en la Amazonia, en la Guayana, en el Canadá: "al echar una ojeada sobre el mapa de esos países, se ve que las aguas se extienden en ellos por todas partes, que hay gran número de lagos y ríos grandísimos, lo cual indica que esas tierras son nuevas".³¹² Las partes más antiguas son las montañosas, como el Perú y México; y en efecto, añade Buffon con una extraordinaria comprensión de épocas geológicas en períodos históricos, vemos que son las únicas en que los hombres llegaron a reunirse en sociedad.³¹³ Pero estas mismas sociedades son prueba de que el continente no estaba habitado desde mucho tiempo antes: porque eran sociedades poco numerosas (América, a la llegada de los españoles, "estaba muy poco poblada y, por consiguiente, recién habitada");³¹⁴ porque nos quedan muy pocos monumentos de "la pretendida grandeza de estos pueblos" —¿eco involuntario del desprecio de De Pauw?—, y porque las mismas tradiciones de dichos pueblos lo confirman: "los peruanos no contaban sino doce reyes, el primero de los cuales

³¹⁰ Buffon, *Oeuvres complètes*, ed. cit., vol. V, p. 225: "La nature, bien loin d'être dégénérée par vétusté, y est au contraire née tard, et n'y a jamais existé avec les mêmes forces, la même puissance active que dans les contrées septentrionales." De Pauw había atacado a Buffon sobre este punto (véase *supra*, pp. 50-51), y en el artículo "Amérique" había repetido (1776): "il n'est pas possible... d'admettre une organisation récente de la matière dans l'hémisphère opposé au nôtre" (*loc. cit.*, p. 347b).

³¹¹ *Oeuvres complètes*, *loc. cit.*, p. 224: "...et peut-être la différence de temps est-elle de plus de quatre ou cinq mille ans". La exigüidad de esta cifra prueba, mejor que ninguna refutación, lo frágiles que eran las bases de la teoría de Buffon.

³¹² *Oeuvres complètes*, vol. I, p. 285: "en jetant les yeux sur la carte de ces pays, on voit que les eaux y sont répandues de tous côtés, qu'il y a un grand nombre de lacs et de très grands fleuves; ce qui indique que ces terres sont nouvelles".

³¹³ *Ibid.*; cf. también: "le Mexique et le Pérou peuvent être regardés comme les terres les plus anciennes de ce continent, et les plus anciennement peuplées, puisqu'elles sont les plus élevées, et les seules où l'on ait trouvé des hommes réunis en société" (*Oeuvres complètes*, vol. XII, p. 337). Véase *supra*, p. 102, nota 149.

³¹⁴ *Histoire de l'homme, variété de l'espèce humaine*, en *Oeuvres complètes*, vol. XII, p. 333: "l'Amérique] était très peu peuplée, et par conséquent nouvellement habitée".

había comenzado a civilizarlos, de manera que no hacía ni trescientos años que habían dejado de ser, como los demás, enteramente salvajes".³¹⁵

Observemos de pasada que esta idea de un Perú preincaico absolutamente salvaje es la exageración polémica opuesta a la exageración polémica de De Pauw, con su Perú incaico absolutamente inculto y primitivo. Los dos adversarios infatuados rivalizaban en denigrar una u otra fase del pasado del Perú. No es éste el único caso en que la fama de un país ha sufrido por el celo rival de dos eruditos apasionados. El Perú ha sufrido quizá más que otros por el encarnizado y secular "infamar" de españoles contra indios, de "libertadores" contra "godos", de indigenistas contra criollos, de todos contra todos.

Antes de los Incas, los peruanos eran, pues, "salvajes" como los demás americanos... Salvajes, sí, dice Buffon, pero no débiles, ni degenerados. ¿Ignora De Pauw, cuando viene a decirnos que los americanos eran flacos y caían por tierra bajo el peso más insignificante, que los caribes, los iroqueses, los hurones, los indios de la Florida, los mexicanos, los tlaxcaltecas, los peruanos, etc., eran hombres de nervio y de músculos, y valerosísimos no obstante la inferioridad de sus armas? ¿Ignora que en la América del Sur, donde todos los animales son pigmeos, se encuentran verdaderos gigantes entre los hombres? "Pues no cabe duda de que se han encontrado en la América meridional hombres en gran número [en el continente "très peu peuplé", ¿los únicos numerosos eran los gigantes?!], todos ellos más grandes, más fornidos, más gruesos y más fuertes que los demás hombres de la tierra."³¹⁶

Una vez lanzado al panegírico del hombre americano, nada detiene ya a Buffon: ni la contradicción con sus tesis precedentes, ni la arrogancia de De Pauw,³¹⁷ ni tampoco ciertos hechos indiscutibles, pero relegados ahora al rango de accidentes locales:

Es verdad que hay regiones de la América meridional, sobre todo en las partes bajas del continente, como la Guayana, la Amazonia, las tierras bajas del istmo, etc., donde los naturales del país parecen ser menos robustos que los europeos, pero esto se debe a causas locales y particulares.³¹⁸

³¹⁵ *Ibid.*: "les Péruviens ne comptaient que douze rois, dont le premier avait commencé à les civiliser: ainsi il n'y avait pas trois cent ans qu'ils avaient cessé d'être, comme les autres, entièrement sauvages". Cf. *supra*, p. 13.

³¹⁶ *Oeuvres complètes*, vol. V, p. 264; vol. XII, p. 434: "Car on ne peut douter qu'on n'ait rencontré dans l'Amérique méridionale des hommes en grand nombre, tous plus grands, plus carrés, plus épais et plus forts, que ne le sont tous les autres hommes de la terre." Anteriormente, Buffon había escrito con cautela acerca de los patagones: "si ces Géants existent, ils sont en petit nombre" (citado por Pernety, *Examen*, *op. cit.*, vol. II, p. xvi). Si se multiplican "en grand nombre", ¿será por reacción contra De Pauw?

³¹⁷ "Il [M. Pauw] prétend que les Américains en général sont des hommes dégénérés; qu'il n'est pas aisé de concevoir que des êtres au sortir de leur création puissent être dans un état de décrépitude ou de caducité, et que c'est là l'état des Américains" (*ibid.*, vol. XII, pp. 436-437).

³¹⁸ *Oeuvres complètes*, vol. XII, p. 438: "Il est vrai qu'il y a quelques contrées de l'Amérique méridionale, surtout dans les parties basses du continent, telles que la Guiane, l'Amazonie, les terres basses de l'isthme, etc., où les naturels du pays paroissent être moins robustes que les Européens: mais c'est par des causes locales et particulières." Cf. B. Fay, *L'esprit révolutionnaire...*, *op. cit.*, p. 14. El año anterior, un alemán, que había leído y utilizaba a Buffon, había afirmado que las colonias meridionales estaban habitadas por una raza degenerada, sin energía ni robustez

En todo el resto de América, a diferencia de los animales³¹⁹ — aunque le pese a De Pauw—, los hombres nada tienen que envidiar a los soberbios europeos:

En general, todos los habitantes de la América septentrional y los de las tierras altas en la parte meridional, como Nuevo México, el Perú, Chile, etc., eran hombres quizá menos emprendedores que los europeos, pero tan robustos como ellos.³²⁰

El indígena americano era impotente y débil para Buffon antes de que lo atacara De Pauw. Recupera las fuerzas y la juventud —la juventud histórica, por lo menos, si no la fisiológica— después de que De Pauw lo ha vilipendiado. Sólo le queda, de la condición antigua, cierta pereza contemplativa: es "menos emprendedor".

(Christian Leiste, *Beschreibung des brittischen Amerika*, Wolfenbüttel, 1778, citado por Doll, art. cit., p. 459). Y todavía a fines del siglo era sostenida esta tesis por C. Meiners en el *Göttingisches historisches Magazin*, bajo el título "Ueber die Ausartung der Europäer in fremden Erdtheilen", con argumentos climáticos (citado *ibid.*, pp. 469-470).

³¹⁹ Se mantiene todavía en esta fase del pensamiento de Buffon la tesis, tan suya, de que la América del Sur, "réduite à ses propres forces, n'a enfanté que des animaux plus faibles et plus petits que ceux qui sont venus du Nord pour peupler nos contrées du midi" (*Oeuvres complètes*, vol. V, pp. 222-223).

³²⁰ *Oeuvres complètes*, vol. XII, p. 439: "En général, tous les habitants de l'Amérique septentrionale et ceux des terres élevées dans la partie méridionale, telles que le Nouveau-Mexique, le Pérou, le Chili, etc., étoient des hommes peut-être moins agissants, mais aussi robustes que les Européens". Cf. L. Villard, *op. cit.*, pp. 334, 391-392.

V. LA SEGUNDA FASE DE LA DISPUTA

1. AMPLIACIÓN Y ENALTECIMIENTO DE LA POLÉMICA

CON LAS precisiones y rectificaciones de Buffon se cierra la primera fase de la controversia. América y los americanos habían sido arrastrados al centro de un vórtice de discusiones sobre problemas de geografía zoológica, de etnografía, de climatología, de teología moral y de filosofía de la historia; y, con De Pauw, habían bajado hasta el fondo de ese *maelstrom* de doctrinas y de diatribas.

La Europa de las luces, en su decisivo adquirir consciencia de sí misma como civilización nueva y característica, con una misión universal y no ya exclusiva y simplemente cristiana, se daba cuenta de la necesidad de enmarcar en sus esquemas aquel mundo transoceánico al que ella misma había sacado de las tinieblas y en el cual había dejado ya una primera y sumaria impronta, aquel mundo nuevo que no tenía casi relaciones sino con Europa, y que, después de haber frustrado las esperanzas de sus primeros panegiristas del siglo xvi, parecía ofrecer de nuevo ejemplares paradigmas de vida y promesas de espléndido porvenir.

La natural desconfianza ante este alegre espejismo, alimentada por el afinado espíritu crítico y por el aguzado orgullo europeísta, sugería reservas, denigraciones, injurias. Toda la naturaleza física del nuevo continente quedaba afligida y agobiada por ellas. Sin embargo, para refrenar el ímpetu calumnioso enderezado contra los hombres y los animales, contra la tierra, la flora y el cielo mismo, surgía de la profundidad de los siglos la visión de la historia en marcha hacia el Occidente, garantizando el porvenir del Nuevo Mundo y atajando el camino a los presagios de degeneración.

A su vez, esta visión enriquecía con una dialéctica interna las relaciones entre Europa y América. América era hija de Europa (como no lo eran, evidentemente, ni Asia ni África; como lo será Oceanía, pero en mucho menor escala); era Europa, y al mismo tiempo la no-Europa; era la antítesis geográfica, física, y muy pronto también política, de Europa. Así, pues, se le podía confiar a ella una misión ideal, se le podía encomendar una herencia europea que ni Asia ni África habían estado nunca calificadas para recibir.

En el fondo de la polémica que estamos devanando se advierte, en consecuencia, una exigencia de síntesis, una necesidad de dar razón de todas las partes del mundo, a un lado y a otro de Europa, para poder hacer pensable e inteligible el mundo entero y para encontrar en él una Europa más rica y más plena. Reaparecía en forma crítica, como problema por resolver, aquella aspiración que Bodin había expresado con inmediata y embelesada exultación: descubiertas las Américas, el mundo ha quedado completo: "todos los hombres están vinculados entre sí y participan maravillosamente en la República universal, como si no formaran más que una sola y misma ciudad".¹

¹ *Méthode*, op. cit., p. 298; cf. S. Zavala, *América en el espíritu francés*, op. cit., p. 16.

Pero reaparecía en un clima histórico más encendido y tempestuoso: frente a la renacida y creciente fe de los europeos en su misión civilizadora, se iba afirmando poco a poco el prestigio de América con los movimientos de independencia de las colonias, y el conflicto político despedía resplandores de llama sobre la polémica científica suscitada por Buffon, imprimiéndole al propio tiempo un ardor pasional y un interés de actualidad.² En la disputa intervenían ahora asimismo hombres de superior inteligencia y cultura y de intereses prácticos más aún que meramente cognoscitivos: sin alejarse demasiado de su punto inicial de arranque, la polémica echaba mano de argumentos heterogéneos, se ampliaba al pasar de país en país y de continente en continente, rozaba antiguas y nuevas pasiones, provocaba réplicas oblicuas, suscitaba dudas inesperadas y convalidaba rancios prejuicios.

2. ROBERTSON: GRANDEZA Y MISERIA DE LA NATURALEZA AMERICANA

El escrito que difundió por toda Europa y casi vulgarizó las tesis de Buffon y de De Pauw fue la popularísima *Historia de América* (1777) de William Robertson. Fácil y elegante en su exposición, y publicado en el momento de mayor interés americanista,³ el libro se traducía inmediatamente a muchas lenguas, y se reeditaba de manera continua hasta mediados del siglo XIX. El mismo Humboldt lo consideraba una obra clásica, y en 1827 daba su apoyo al proyecto de una nueva edición en francés.⁴ En ese mismo año, los americanos del Norte todavía discutían sus severos juicios acerca de los pieles rojas.⁵ Muchos secuaces y sobre todo muchos confutadores de la tesis de la inferioridad telúrica de las Américas parecen conocerla sólo a través del historiador escocés.

Netamente volteriano en su inspiración, y del todo refractario a las ideas de Rousseau,⁶ Robertson era tanto más permeable al pesimismo naturalista de De Pauw. Con este ánimo, después de haber ilustrado en la famosa introducción a su *Historia del reinado de Carlos V* el naci-

² Véase F. Chabod, "L'idea di Europa", en *La Rassegna d'Italia*, II, núm. 5 (mag. 1947), pp. 31-32.

³ De 1776 es la declaración de independencia de los Estados Unidos; la guerra que se siguió fue precisamente lo que indujo a Robertson a publicar incompleta su obra, que trata sólo del descubrimiento y de las conquistas de los españoles (véase el prefacio).

⁴ Véase la dedicatoria y el "avertissement" de la edición francesa (trad. Suard y Morellet) cuidada por La Roquette y varias veces reimpressa (5ª ed., París, 1848). Está enriquecida con notas tomadas de Jefferson, Clavigero, Humboldt, etc., cuyo objeto es corregir los "errores" (por lo general antiamericanos) de Robertson. Sobre otras ediciones —una de ellas en armenio (Trieste, 1784)—, véase S. Zavala, *América en el espíritu francés*, op. cit., p. 233. En los Estados Unidos, la historia de Robertson se publicaba incluso por entregas, como una novela folletinesca, en ciento cincuenta números de un semanario de Boston (Bernstein, *Origins*, op. cit., p. 63, nota 43).

⁵ Véase Pearce, op. cit., pp. 89-91, que ilustra la influencia de la escuela escocesa sobre Robertson, pero sin ahondar en su juicio acerca de los salvajes norteamericanos.

⁶ Véase Fueter, op. cit., p. 368, y Fr. Meinecke, *Die Entstehung des Historismus*, op. cit., pp. 255-261, y en particular p. 260, donde se analiza la actitud de Robertson de ninguna manera romántica hacia los pueblos primitivos y hacia la infancia o juventud de las naciones, pero atenta a los indígenas americanos como ejemplos de indiscutible humanidad.

miento de una sociedad europea de estados, enderezaba la mirada hacia las tierras ultramarinas que habían venido al poder de aquel mismo soberano. El descubrimiento y la conquista de las Américas, el carácter, las costumbres y las instituciones de sus habitantes eran temas de tal naturaleza, que no podían ser comprendidos como "un episodio" en la historia del Emperador.⁷ La *Historia de América* nacía así como una digresión de la *Historia de Carlos V*, pero el reconocimiento de la incontenible importancia y de la dignidad histórica de aquellas regiones se hallaba ya implícito en la decisión que tomó Robertson de consagrarles toda una obra por separado.

El carácter primero del continente americano es la grandeza, la extensión inmensa, mayor que la de Europa, la de África y la de la misma Asia.⁸ En América, la naturaleza ha impreso una vasta huella sobre todas las cosas: "La naturaleza parece haber desempeñado aquí sus tareas con mano más segura; parece haber señalado los rasgos de este continente por una peculiar magnificencia."⁹ Las montañas son una tercera parte más altas que el Pico de Tenerife, la cima más elevada (así se creía) del mundo antiguo. Los ríos son brazos de mar; los lagos, océanos interiores —lo cual facilita extraordinariamente las comunicaciones.

Pero —y aquí se insinúa la primera reserva—, "pero lo que más distingue a América de otras partes de la tierra es la peculiar temperatura de su clima...; predomina el frío".¹⁰ América es el continente frío. Las latitudes donde en otras regiones crecen la vid y la higuera están cubiertas de nieve seis meses al año. Un hielo perpetuo muere los paralelos correspondientes a las más fértiles comarcas de Europa. Hasta el ardor de los trópicos está entibiado por nieblas y por brisas.¹¹

Los habitantes, "rude and indolent", no han hecho nada para mejorar la tierra, la cual, en consecuencia, ha resultado no sólo inhóspita, sino malsana en casi todas partes para los europeos, y extrañamente débil en todos sus productos:

El principio de la vida parece haber sido ahí menos activo y vigoroso que en el antiguo continente...; las diferentes especies de animales que le son peculiares son, proporcionalmente, mucho menos numerosas que las del otro hemisferio... La naturaleza fue no sólo menos prolífica en el Nuevo Mundo, sino que también parece haber sido menos vigorosa en sus productos. Los animales pertenecientes originariamente a esta zona del globo

⁷ Véase el prefacio a la *History of the reign of Emperor Charles V*.

⁸ Sic, en *The history of America*, London, 1777-78, vol. I, p. 248; cf. *infra*, p. 216, nota 357.

⁹ *Ibid.*, vol. I, p. 252: "Nature seems here to have carried on her operations with a bolder hand, and to have distinguished the features of this country by a peculiar magnificence."

¹⁰ *Ibid.*, vol. I, p. 263: "... but what most distinguishes America from other parts of the earth, is the peculiar temperature of her climate... cold predominates".

¹¹ *Ibid.*, loc. cit. (y la referencia a Buffon, vol. I, pp. 449 ss.). Es evidente la ignorancia de los efectos climáticos de las grandes corrientes marinas, del Golfo y de Humboldt. Robertson explica el frío americano por la ausencia de mares entre el continente y el Polo Norte, y por los vientos provenientes del Este que se refrescan sobre el Atlántico y así se mantienen sobre las selvas, los pantanos y las cordilleras andinas (*ibid.*, vol. I, pp. 253-255). Sobre el excepcional clima y suelo de Chile, véase *ibid.*, vol. II, pp. 333-334.

dan muestras de ser de una raza inferior: no son tan robustos ni tan feroces como los del otro continente...¹²

No hay en América animales feroces —el puma y el jaguar, nos asegura Robertson, son "inactive and timid"—, y las bestias venidas de Europa, osos, lobos, ciervos, se han empequeñecido o han degenerado.¹³

Las mismas causas climáticas, hostiles a los animales más "nobles", han favorecido la multiplicación y el monstruoso desarrollo de reptiles y de insectos. Los pájaros se encuentran en una categoría aparte. Los hay en gran cantidad, es cierto, y algunos de ellos son muy grandes, como el cóndor, y otros son hermosísimos por sus plumas de vivos y estupendos colores, "pero la naturaleza, satisfecha con haberlos revestido de este alegre ropaje, les ha negado a casi todos esa melodía del sonido y esa variedad de notas que cautivan y deleitan el oído"¹⁴ —a la manera del *metteur en scène* de una revista que, contento con los hermosos trajes y otros vistosos atractivos de sus *chorus-girls*, no se preocupa de si saben cantar o no. El silencio de las selvas ecuatoriales le oprime el corazón al viajero.

3. GOLDSMITH Y LOS PÁJAROS NO CANOROS

También esta vez, el exagerado mutismo era un poco la antítesis de la exageración opuesta. ¿Acaso Colón no se había imaginado ya oír cantar el ruiseñor en la isla de Haití?¹⁵ ¿Y acaso Vespuccio no había escuchado

¹² *Ibid.*, vol. I, pp. 259-261: "the principle of life seems to have been less active and vigorous there, than in the ancient continent...; the different species of animals peculiar to it are much fewer in proportion, than those of the other hemisphere. Nature was not only less prolific in the New World, but she appears likewise to have been less vigorous in her productions. The animals originally belonging to this quarter of the globe appear to be of an inferior race, neither so robust, nor so fierce, as those of the other continent".

¹³ *Ibid.* Las citas remiten a Buffon y, como refuerzo, a alguno que otro viajero. Una nota admite que existen en Ohio ciertos esqueletos que parecen de elefantes. Y otros más se han encontrado en Siberia. Ahora bien, el elefante sólo vive entre los trópicos. ¿Y entonces? Robertson sale del aprieto a la manera de De Pauw: "the more we contemplate the face of nature, and consider the variety of her productions, the more we must be satisfied that astonishing changes have been made in the terraqueous globe by convulsions and revolutions, of which no account is preserved in history" (Nota xxxiv, *ibid.*, vol. I, pp. 456-457). En cuanto a la degeneración de los animales domésticos, en el Sur será efecto del clima, pero en las colonias del Norte parece deberse más bien a pocos cuidados y a escasos forrajes (Nota xxxv, *ibid.*, vol. I, pp. 457-458).

¹⁴ *Ibid.*, vol. I, p. 262: "...but nature, satisfied with clothing them in this gay dress, has denied most of them that melody of sound, and variety of notes, which catch and delight the ear" (sobre los reptiles, véase también vol. I, p. 325). Acerca de este contraste entre "ramage" y "plumage" —del cual debiera haberse acordado el cuervo de La Fontaine.—, véase John Robert Moore, "Goldsmith's degenerate song-birds: an eighteenth-century fallacy in ornithology", *Ists*, XXXIV, Part 4, N° 96 (Spring, 1943), p. 325.

¹⁵ Véase L. Olschki, *Storia letteraria delle scoperte geografiche*, Firenze, 1937, pp. 11-21. Todavía Jefferson tratará de aclimatar en América el "delicioso" ruiseñor europeo (Martin, *op. cit.*, p. 60). La leyenda fue continuada por los misioneros jesuitas. Todavía a mediados del siglo XVIII, Muratori repite que hay en el Paraguay un "piccolissimo uccelletto" de "canto melodioso, somigliante a quello dell'usignolo" (*Il cristianesimo felice*, 1743, ed. Venezia, 1752, vol. I, p. 21). Y un reciente historiador del arte nos repite, como testigo auricular: "quien escribe, oye cantar el ruiseñor

resonar la selva brasileña con los coros de inúmeras y pintadas avecillas? ¿Y acaso un cronista peruano no había oído a los pájaros entonar sus dulces melodías incluso por la "vía prepóstera"?¹⁶ Es natural que alguien se tapase las orejas a cada emisión sonora de éstas.

Semejante deficiencia de los pájaros americanos ya había sido señalada por Buffon, quien daba de ella una doble explicación: el clima húmedo y frío, y por lo tanto deletéreo para los órganos sexuales de las aves, y las desapacibles voces de los salvajes, imitadas por la turba volátil, desconocedora del *bel canto* y privada de más armoniosos modelos.¹⁷ Hay en esto, ciertamente, un elemento de verdad que debía de sorprender al europeo familiarizado con los gorjeos nocturnos de cualquier bosquecillo de su patria o con el mágico murmullo de la floresta nibeológica.¹⁸ Pero la falta de voz de esos infelices pájaros se elevó entonces a carácter típico de la tristeza y atonía de toda la naturaleza americana, a símbolo poético de su impotencia expresiva. Donde el león perdía la melena, lo menos que le podía tocar al ruiseñor era hacerse ronco y chillón.

El médico y botánico Pierre Barrère lamentaba (1743) que la paz solemne de las noches tropicales estuviese rota sólo por los aullidos de las fieras o por los "desagradables rumores" de los pájaros;¹⁹ y Madame du Bocage, aunque desbordante de entusiasmo por las Américas, admitía (1756) que las espléndidas aves de aquellas comarcas tenían mala voz:

*leur ramage farouche a des sons moins flatteurs
que le doux rossignol et la tendre fauvette.*²⁰

Sin embargo, donde más copiosamente quedó ilustrada la afonía de la avifauna americana, y donde, por consiguiente, fue mejor conocida

delante de su ventana, en noviembre, al igual que Colón" (E. W. Palm, *Los monumentos arquitectónicos de la Española*, Ciudad Trujillo, 1955, vol. I, p. 11).

¹⁶ José Ignacio de Lecuanda, *Descripción geográfica de la ciudad y partido de Trujillo* (citada por R. Vargas Ugarte, *Historia del Perú - Fuentes*, Lima, 1945, p. 190, como *Descripción de los partidos de la intendencia de Trujillo*), apud Ventura García Calderón, *Vale un Perú*, Bruxelles, 1939, p. 54.

¹⁷ En cuanto a Buffon, véanse los pasajes citados por Moore, art. cit., p. 326. Réaumur había hecho la misma observación. Linneo adoptó las emisiones vocales como un criterio de clasificación de los animales (H. Daudin, *op. cit.*, p. 72, nota).

¹⁸ Ya escucharemos las deploraciones de Chateaubriand, de Lenau y de Leopardi (véase *infra*, pp. 323, 346-347 y 349-350). Para Sheridan (1775) y Robert Graves (1941), véase Moore, art. cit., p. 325. Todavía ayer, un sobrio naturalista suizo lamentaba el hecho de que en el Perú rara vez cantan los indígenas, "und auch unter den Vögeln vermisst man schöne Stimmen" (A. Heim, *Wunderland Peru, Naturerlebnisse*, Bern, 1948, p. 172). Y todavía hoy, G. A. Borgese deplora que nunca haya podido aclimatarse el ruiseñor en América, y que sus "fratelli terrigeni", los poetas, no se encuentren a sus anchas en este continente ("L'usignolo di Pereyra", *Corriere della Sera*, 26 febbraio 1952).

¹⁹ *Nouvelle relation de la France équinoxiale* (Paris, 1743), citado por Zavala, *América en el espíritu francés, op. cit.*, p. 187.

²⁰ *La Colombiade*, chant I, ed. cit., vol. II, p. 24 (la autora se funda aquí en el testimonio de Charlevoix): ["Su canto silvestre tiene sonidos menos halagadores que el dulce ruiseñor y la tierna curruca"]. El padre Clavigero recuerda, entre los denigradores del canto de los pájaros americanos, a "due Moderni Italiani, l'Autore di certa Dissertazione metafisico-politica sulla proporzione de' talenti, e del loro uso, che scrisse molti spropoziti sull'America, e l'Autore di certe belle favolette indiane, in una delle quali mette un uccello americano discorrendo con un Rossignolo": uno y otro se muestran "tanto dotti in certe materie speculative, quanto ignoranti delle cose dell'America" (*Storia antica del Messico*, ed. cit., vol. IV, p. 135).

—cuando menos por los lectores de habla inglesa— fue en la poesía y la prosa del famoso autor del *Vicario de Wakefield*, Oliver Goldsmith. En un célebre poema o sermón rimado acerca de la despoblación de los campos y el azote del lujo, *The deserted village* (publicado en 1769), Goldsmith pinta la región de Georgia con funestos colores depauwianos: tórrida y lóbrega e infestada por letales escorpiones y por mudos murciélagos, por cascabeleantes culebras, por ferocísimos tigres en acecho y por indios todavía más feroces. Y no hay ningún alivio para quien se aventure en esas tupidas selvas, donde hasta los pájaros olvidan el suave arte del canto —“those matted woods where birds forget to sing”.

La singular deploración es repetida aquí y allá por Goldsmith en su voluminosa *History of the earth and animated nature* (ocho vols., 1774), que disfrutó de tan larga e inverosímil fortuna.²¹ En verdad, el ameno Goldsmith no sabía nada de América: en otro de sus libros de historia estaba a punto de incluir una imaginaria batalla entre Moctezuma y Alejandro Magno, y para divertir a sus lectores repetía las leyendas de los gigantes patagónicos, de monos que predicán y de ruiseñores que conversan volublemente. En cambio, en su popular tratado de geografía física y zoología descriptiva, el bueno de Oliver, ciego secuaz de Buffon,²² advertía de pasada que “los pájaros de la zona tórrida ostentan colores vívidos y brillantísimos, pero tienen voces chillonas, o son completamente silenciosos”.²³ No concedía particular importancia al asunto, y mucho menos se preocupaba por establecer en líneas generales una superioridad del Viejo o del Nuevo Mundo. Su interés es puramente narrativo: señala una curiosa peculiaridad, y pasa a otra cosa. ¿No había referido cándidamente, en esa misma página, que las golondrinas emigran en el invierno, según algunos, pero según otros se refugian como murciélagos en lo hueco de los árboles, “o incluso se sumergen en los más profundos lagos

²¹ Jefferson, que admiraba hasta la *History of Greece* de Goldsmith (carta a P. Carr, 19 de agosto de 1785, en *The papers of Thomas Jefferson*, ed. J. P. Boyd, Princeton, 1950 ss., vol. VIII, p. 407), poseía un ejemplar de la *Animated nature* en la ed. de 1795 (*Catalogue of the library, op. cit.*, vol. I, p. 467). Cf. *infra*, pp. 458-459, nota 189, p. 476, etc.

²² Es conocida la duradera influencia de Buffon sobre Goldsmith: véase, por ejemplo, J. H. Pitman, *Goldsmith's "Animated nature", A study of Goldsmith*, New Haven, 1924, *passim* y especialmente pp. 37, 44, 46; A. L. Sells, *Les sources françaises de Goldsmith*, Paris, 1924, pp. 177-184; W. Lynskey, “The scientific sources of Goldsmith's *Animated nature*”, *Studies in Philology*, Chapel Hill, vol. XL (1943), pp. 33-57, en especial pp. 35-36, 44, 51-52 (sin embargo, esta última autora, que muestra la hábil utilización hecha por Goldsmith, no sólo de otros compiladores y vulgarizadores, sino también de fuentes científicas de primer orden, excluye de su examen la fuente principal, Buffon: véase p. 35, nota 10). El inglés empleó la *Histoire naturelle* como fuente principalísima, y de ella tomó, entre otras cosas, la tesis de que las menores dimensiones de un animal implican una inferioridad, por lo menos relativa. Desconocedora de los precedentes, W. Lynskey define semejante tesis (véase *supra*, pp. 14-20) como una “arbitrary... bold assumption”, y observa con cierta sorpresa que “both Buffon and Goldsmith make it”. Otro ejemplo de influencia de Buffon es la posición singularísima y privilegiada que también Goldsmith concede al hombre: véase el artículo de la misma W. Lynskey, “Goldsmith and the Chain of Being”, *Journal of the History of Ideas*, VI (1945), pp. 363-374, rectificado por A. O. Lovejoy, “Goldsmith and the Chain of Being”, *ibid.*, VII (1946), pp. 91-98.

²³ *Op. cit.*, Part III, book I, chap. 2 (ed. Fullarton, London-Edinburgh, s. f., vol. II, p. 12): “the birds of the torrid zone are very bright and vivid in their colours; but they have screaming voices, or are totally silent”.

y, permaneciendo arracimadas en el fondo, se protegen de los rigores de la estación invernal”²⁴. En realidad, no andaba errado el doctor Johnson cuando, después de poner paradójicamente a Goldsmith por encima de Robertson, concluía con una de sus feroces pullas: “Ahora escribe una *Historia natural*, y la hará tan entretenida como un cuento persa.”²⁵

Más adelante, Goldsmith nos cuenta maravillas del *mocking-bird* americano, que sabe imitar la voz de cualquier otro animal de la selva, desde el lobo hasta el cuervo (animales, en verdad, no muy celebrados por la melodía de sus gorjeos), y que, cuando se posa en la chimenea de las casas de los plantadores americanos, continúa durante toda la noche derramando “las notas más dulces y más variadas de cualquiera de las aves”. Si esto es verdadero, concluye el equitativo Goldsmith, es preciso decir que “la deficiencia de las demás aves canoras de aquel país queda compensada por este solo pájaro”.²⁶ Pero en lo espeso de los bosques, o reina el más profundo silencio o sólo resuenan los silbidos de las serpientes;²⁷ hasta el cuclillo, cuya nota uniforme nos hace pensar en las dulzuras del verano —y que tiene además, continúa este chistoso naturalista, “una asociación más cómica...”, la cual, sin embargo, no tiene por qué preocuparnos a los solteros—, el cuclillo del Brasil consigue hacer “un ruido sumamente horrible en las selvas”.²⁸

Sin ninguna predisposición desfavorable hacia las Américas —salvo un leve reflejo negativo de su complacencia por esa deliciosísima parte del globo que es Europa—,²⁹ sin problemas científicos, sin ambiciones de paradojista —su único afán es divertir, y buscar la sorpresa, para cautivar la atención del lector, no para perturbar sus ideas—, Goldsmith esparcía ligeramente sobre las Américas un poco de las injurias corrientes. Repetía de Buffon los juicios deprimentes sobre los cuadrúpedos americanos.³⁰ Conocía a Juan y Ulloa, pero poseía asimismo la obra de Raynal,³¹ y, aunque admiraba la sencillez de los rústicos, criticaba, no me-

²⁴ *Loc. cit.*: “...or even sink into the deepest lakes, and find security for the winter season by remaining there in clusters at the bottom”.

²⁵ Palabras del 30 de abril de 1773, en Boswell, *Life of Dr. Johnson*, ed. cit., vol. I, pp. 469-470: “He is now writing a *Natural History*, and will make it as entertaining as a *Persian Tale*”. Véase también vol. I, pp. 467-469; vol. II, p. 119 y las demás referencias, y J. Boswell, *London journal, 1762-63*, New York, 1951, p. 285. El mismo Goldsmith admitía honradamente que “professed naturalists will, no doubt, find it *Animated nature* superficial” (Pitman, *op. cit.*, p. 15). Y en efecto, todavía hacia mediados del siglo XIX, sus ilustraciones de ballenas y narvales eran ridiculizadas por los expertos, que reconocían en ellas más bien una marrana mutilada y un hipogrifo (H. Melville, *Moby Dick*, chap. LV, ed. Modern Library, p. 265).

²⁶ *Op. cit.*, Part III, book VI, chap. 2 (ed. cit., vol. II, p. 127): “...the sweetest and the most various notes of any bird whatever...; the deficiency of most other song-birds in that country is made up by this bird alone”. Sobre el artificioso contraste entre el melodioso *mocking-bird* y todas las demás aves áfonas o chillonas, véase Moore, art. cit., p. 325.

²⁷ *Ibid.*, Part III, book VI, chap. 1; Part III, book III, chap. 3 (ed. cit., vol. II, pp. 34, 121).

²⁸ *Ibid.*, Part III, book V, chap. 6 (ed. cit., vol. II, pp. 103-104): “...a more ludicrous association... which, however, we that are bachelors need be in no pain about”; “...a most horrible noise in the forests”.

²⁹ Expresiones singularmente ingenuas en Pitman, *op. cit.*, p. 122.

³⁰ *Op. cit.*, Part II, book I, chap. 15 (ed. cit., vol. I, p. 265).

³¹ Sobre los primeros, véase Pitman, *op. cit.*, p. 50; sobre el segundo, Sells, *op. cit.*, p. 216. Poseía también unas *Recherches philosophiques*, 2 vols., 1773, que Sells (*op. cit.*, p. 212) identifica con la obra de Bonnet, *Recherches philosophiques sur les preuves*

nos que su amigo y protector el doctor Johnson, la rudeza de los salvajes, sus ridículas infatuaciones, sus viles terrores: "¡Qué pobre y despreciable ser es el salvaje desnudo!"³²

4. ROBERTSON Y LOS INDÍGENAS AMERICANOS

Robertson maneja mucho mejor los matices. Cuando llega a los indígenas de América es evidente que se resiste a tratarlos con la desenvuelta arrogancia de De Pauw. Los estudia con toda atención, examina a lo largo de decenas y decenas de paginotas in-cuarto sus orígenes, sus cualidades físicas y morales, sus hábitos domésticos, sus artes guerreras y pacíficas, sus religiones y sus costumbres y, cuando ha concluido, lanza un suspiro por haber terminado esta "laborious delineation" de su carácter.³³ Ha sido prosaico y prolijo, bien lo sabe, pero es ésta "una de las investigaciones más importantes, y asimismo más instructivas, que pueden ocupar al filósofo o al historiador".³⁴

Los filósofos y los historiadores griegos y romanos, nuestros maestros en este como en cualquier otro estudio, no tuvieron nunca la posibilidad de conocer verdaderos salvajes: "en América, el hombre se nos muestra bajo la forma más ruda en que sea posible concebir su existencia".³⁵ La ignorancia y las pasiones de los primeros descubridores no permitieron ningún estudio serio de los indígenas. Debían pasar casi dos siglos antes de que sobre ellos se concentrara "la atención de los filósofos". Pero estos filósofos, impacientes por llegar a conclusiones, han confundido o des-cuidado los hechos.

Impresionados por las muestras de degeneración que se ven en la especie humana a lo largo del Nuevo Mundo... algunos autores de ilustre nombre lo sea: Buffon] han sostenido que esta parte del globo no había surgido del mar sino en época muy reciente... y que sus habitantes, apenas venidos a la existencia, y todavía en los comienzos de su evolución, eran indignos de compararse con los pobladores de un continente más antiguo y avanzado. Otros [De Pauw] han imaginado que, bajo la influencia de un clima despiadado, que refrena y enerva el principio de la vida, el hombre nunca alcanzó en América la perfección que corresponde a su naturaleza, sino que siguió siendo un animal de categoría inferior, deficiente en el vigor de su estructura física, y privado de sensibilidad lo mismo que de fuerza en las operaciones de su entendimiento.³⁶

du christianisme, pero que muy bien podrían ser las de De Pauw. Edward Gibbon, amigo suyo y de Robertson, poseía todas las obras de De Pauw, y las *Recherches* sobre los egipcios y los chinos en dos ediciones (*The library of E. Gibbon*, ed. G. Keynes, London, 1940, p. 215).

³² Pitman, *op. cit.*, p. 133: "what a poor contemptible being is the naked savage!" Sobre la incoherencia de su "filosofía", véase Fairchild, *The noble savage*, *op. cit.*, pp. 64-69, 329-330. Sobre el salvaje, cf. ya las *Letters from a citizen of the world*, 1762, núm. cxiv; y sobre el americano, *Animated nature*, Part II, book I, chap. 11 (ed. cit., vol. I, pp. 235-236).

³³ *History*, *op. cit.*, vol. I, p. 414.

³⁴ *Ibid.*, vol. I, p. 281: "...one of the most important as well as instructive researches, which can occupy the philosopher or historian".

³⁵ *Ibid.*, vol. I, p. 282: "in America, man appears under the rudest form in which we can conceive him to subsist".

³⁶ *Ibid.*, vol. I, pp. 286-287: "Struck with the appearance of degeneracy in the

Otros, finalmente [Rousseau], han visto en los salvajes los modelos más perfectos del género humano. Y todas estas teorías contradictorias han sido expuestas con idéntica convicción, y defendidas con dotes no comunes de genio y de elocuencia. El problema es, pues, difícilísimo. Procedamos "with caution".³⁷

Con gran cautela, en efecto, procede Robertson en esta materia. Distingue entre los salvajes de los trópicos y los salvajes de las zonas templadas, entre las tribus primitivas y las monarquías organizadas, como distingue también entre la influencia general del clima y los demás factores no reducibles a clima. Recoge y critica un número notable de testimonios, y rechaza prodigios, monstruos y otras singularidades no suficientemente respaldadas por pruebas seguras y concordantes.³⁸

Prepara cuestionarios acerca del indígena americano —¿es robusto y vigoroso?, ¿es lampiño por naturaleza?, ¿es deficiente en la pasión amorosa?, etc.— y acerca de dudas análogas relativas a los animales —¿han mejorado en América los llevados de Europa, o han degenerado?, ¿en cuál de los dos continentes son más corpulentos los que son comunes a ambos?— y los envía a viajeros, a misioneros, a habitantes y funcionarios de las colonias, y recoge y conserva sus contestaciones.³⁹

Pero, desgraciadamente, no bastan todas estas excelentes intenciones y sólidos principios y diligentes interrogatorios. Le falta al doctor Robertson la simpatía por el objeto de sus investigaciones; y aunque es verdad, como se ha visto, que se da cuenta de la fundamental importancia del problema del indígena, no llega nunca a acercarse a él con el corazón, no siente sus anhelos ni sus terrores; lo contempla con atención fría, mesurada, escolástica. Así, pues, resulta más vivo el salvaje de un Oviedo —juez severo, pero comprensivo, capaz de dar unas bondadosas palmadas sobre el hombro del despreciado indígena—, o incluso el de un De Pauw —observador cruel, pero divertido, y a ratos, aunque sólo sea por plegarse a la moda, hasta compasivo—, que el americano de Robertson, visto y descrito sin pasión y sin *humour*, sin escarnio y sin esperanza.

¿Eran éstas las limitaciones de la historiografía del Setecientos, in-

human species throughout the New World... some authors of great name have maintained, that this part of the globe had but lately emerged from the sea... and that its inhabitants, lately called into existence, and still at the beginning of their career, were unworthy to be compared with the people of a more ancient and improved continent. Others have imagined, that, under the influence of an unkindly climate, which checks and enervates the principle of life, man never attained in America the perfection which belongs to his nature, but remained an animal of an inferior order, defective in the vigour of his bodily frame, and destitute of sensibility, as well of force, in the operations of his mind".

³⁷ *Ibid.*, *loc. cit.* Nótese que Robertson pone a De Pauw en el mismo plano que a Rousseau y a Buffon. En cambio, se aleja decididamente de De Pauw cuando sostiene que América se encontraba densísimamente poblada y que las matanzas y las crueldades de los españoles la han despoblado (vol. II, pp. 345-351), pero rechaza a Las Casas como "exagerado" (II, p. 461; cf. *infra*, p. 158, nota 75).

³⁸ Así, niega Robertson la existencia de los gigantes patagones, citando la cuidadosa reseña de testigos examinados y rechazados por De Pauw (*ibid.*, vol. I, pp. 304, 465). Robertson acoge asimismo la tesis del origen americano de la sífilis, de la cual dice que, por sí sola, sirvió de contrapeso a todos los "beneficios" de América (vol. I, p. 307). De Pauw es citado también en el vol. I, pp. 302, 328, 355, 458, 465.

³⁹ Todavía inéditas, pero examinadas por R. A. Humphreys, *William Robertson and his "History of America"*, London, 1954, pp. 6-7, nota 20.

capaz de reconocer los valores de lo primitivo y perdidamente confiada en el mito orgulloso del Progreso? No me atreveré a afirmarlo: por una parte, otros historiadores de la época, y el primero entre todos Voltaire, maestro ideal de Robertson, vislumbraron y delinearon vívidamente algunos rasgos esenciales del desnudo e ingenuo salvaje, del salvaje que alienta en todos nosotros; por otra parte, la idea misma de Progreso está casi ausente de la *Historia de América*. En ella vemos, frente a frente, en cruda oposición, la civilización y la barbarie, petrificadas la una y la otra en módulos abstractos, sin puntos de contacto, sin fases de gradual tránsito. La naturaleza hace iguales a los hombres, y sus capacidades de perfeccionarse "parecen" ser en todas partes las mismas; pero si contemplamos al salvaje, fuerza es convenir en "que las facultades intelectuales del hombre deben estar extraordinariamente reducidas en su ejercicio".⁴⁰

La crudeza ingenua de esta persuasión de enorme superioridad lleva a Robertson a un curioso desdén por las minucias —por las cosas que le parecen minucias— que nos recuerda la análoga actitud de Buffon. Para Robertson, el describir en todos sus particulares las habitaciones de los indígenas sería quedarse por debajo de la dignidad de la historia ("beneath the dignity of history"), además de que resultaría inútil para su investigación...⁴¹ En cuanto a ideas religiosas, bastará con limitarse a examinar si creen en la existencia de Dios y en la inmortalidad del alma; en efecto, muchos sudores se han desperdiciado en indagaciones de esta índole: "el artículo sobre religión, en los *Mœurs de sauvages* del padre Lafitau, se extiende a lo largo de 347 fastidiosas páginas in-cuarto".⁴² Después de todo, la religión "no ocupa un sitio considerable en los pensamientos del salvaje".⁴³

Por lo demás, el fastidio tan abiertamente expresado no se limita al estudio de particulares de los cuales cabría decir que tienen cierta importancia, como son los relativos a la casa y a las creencias del indígena, sino que se advierte asimismo en muchas otras partes de este "objetivo" retrato del americano. Ciertamente se reivindican para el indio de América todos los atributos de la humanidad, pero dos veces cae sobre él el juicio global de "animal melancólico".⁴⁴ Posee muchas y grandes dotes morales, pero está privado de aquella que para un hombre de la Ilustración y para un escocés tenía que ser la más alta de las virtudes: la alegría

⁴⁰ *History of America*, vol. I, pp. 401-402: "...that the intellectual powers of man must be extremely limited in their operations". Mexicanos y peruanos constituyen la excepción, y a los primeros se les concede incluso el calificativo de "enterprising" (vol. II, p. 18), pero, si los confrontamos con las naciones del mundo antiguo, "neither... will be entitled to rank with those nations which merit the name of civilized"; también ellos han permanecido en la "infancy of civil life" (vol. II, pp. 268-269). Las decantadas obras de arte mexicanas son inferiores a las más toscas esculturas egipcias: "the scrawls of children delineate objects almost as accurately" (vol. II, pp. 286-287); y las de los peruanos, no obstante que son superiores, demuestran que también ellos "were not advanced beyond the infancy of arts" (vol. II, p. 322; cf. II, pp. 385-386).

⁴¹ *Ibid.*, vol. I, p. 373.

⁴² *Ibid.*, vol. I, pp. 380, 487: "the article of religion in P. Lafitau's *Mœurs de sauvages*, extends to 347 tedious pages in quarto".

⁴³ *Ibid.*, vol. II, pp. 302, 307: "[religion] occupies no considerable place in the thoughts of a savage".

⁴⁴ *Ibid.*, vol. I, pp. 398 y 408: "a pensive melancholy animal"; "a serious melancholy animal".

prontitud en el trabajo, el ansia de llevar a cabo algo útil y de mejorar la propia suerte. El carácter más sobresaliente del americano resulta ser una apatía constitucional, debida en parte al clima, en parte a la facilidad de subsistir sin grandes esfuerzos, pero que es ya ingénita e indeleble. Los americanos son ágiles más bien que robustos, e incapaces, en todo caso, de un esfuerzo sostenido. Lo dice Las Casas⁴⁵ y lo confirman muchos otros antiguos cronistas. Así, pues, también en cuanto animales, "semejaban bestias de presa más bien que animales formados para el trabajo".⁴⁶ Estaban privados de la ayuda de animales domésticos, es verdad, pero la culpa era de ellos: nunca supieron domesticar los que hubieran podido serlo, por ejemplo el bisonte. El salvaje en su estado puro "es el enemigo de los demás animales, no su superior. Derrocha y destruye, pero no sabe cómo multiplicarlos o gobernarlos".⁴⁷

Los verdaderos animales domésticos de los aborígenes americanos eran sus mujeres, a quienes trataban precisamente como bestias de carga, y a quienes todavía envilecen y desprecian, ya que son hombres sin ninguna sensibilidad para el amor. Apáticos hasta en esto, e indolentes "en un grado pasmoso", ciegos a la fascinación de la belleza, sordos a todo afecto doméstico, han dejado estupefactos con su frigididad aun a los más austeros misioneros...⁴⁸ Privados de vello, son perfectamente lisos en todas las partes de su cuerpo. Y en verdad, como dirá una *femme du monde* de un siglo más tarde, "en verdad, un hombre sin bigote no es ya hombre".⁴⁹ La característica de escaso ardor viril (si bien el reverendo Robertson se guarda de insistir en tan escabroso tema) remacha sobre los americanos la sentencia basada en sus escasas ganas de trabajar: son "como niños", y con infantil frivolidad abandonan el trabajo empezado, con caprichosa puerilidad se demoran y se distraen, y fácilmente recaen en el ocio completo o se abandonan a las diversiones, a las

⁴⁵ Y sabemos por qué: cf. *supra*, p. 65.

⁴⁶ *History*, vol. I, p. 290: "they resembled beasts of prey, rather than animals formed for labour". En apoyo de este juicio, tan distinto del ofrecido "by very respectable authors", Robertson cita a Bouguer, a Juan y Ulloa y a La Condamine (vol. I, p. 467).

⁴⁷ *Ibid.*, vol. I, pp. 332-333: "[the savage] is the enemy of other animals, not their superior. He wastes and destroys, but knows not how to multiply or to govern them": se confirma así su carácter de animal de presa. Robertson cita aquí a Buffon y a Raynal (recordado también este último, con grandes elogios, en el vol. II, pp. 300 y 490-491). Sobre la falta en América de animales típicos del Sur, como camellos, vacas, caballos, etc., véase *ibid.*, vol. I, p. 272. Sobre la llama ("its service... was not very extensive") y sobre los pocos animales domesticados por los mexicanos, véase *ibid.*, vol. II, pp. 268-269 y 318.

⁴⁸ *Ibid.*, vol. I, pp. 292-293, 405-406, 482. Quizá las duras necesidades de la subsistencia no le consentían al salvaje —como no se lo consentían al mísero labrador de las naciones civilizadas— cultivar los sentimientos y las pasiones del amor. Pero esta explicación sociológica (vol. I, p. 295; vol. II, p. 293) se contradice con la observación (vol. I, p. 326) de que, cuanto más fácil es la subsistencia, tanto más inertes y tanto menos ingeniosos son los indígenas. En otra parte (vol. I, p. 317), con insistencia desesperantemente contradictoria, se dice sin embargo que el salvaje es tanto más desdichado para proveer a sus necesidades, tanto más estúpido e indolente cuanto más precarios y difíciles son los medios que tiene para satisfacerlas.

⁴⁹ Guy de Maupassant, "La Moustache" (1883), en *Toine*, ed. Paris, 1908, p. 60: "vraiment, un homme sans moustache n'est plus un homme". Cf. Robertson, *op. cit.*, vol. I, p. 290.

danzas, a los juegos, a la embriaguez.⁵⁰ Hasta los más civilizados entre los americanos, los indígenas del Perú, han sido siempre y son ahora flacos, cobardes, desvirilizados: "sus débiles espíritus, relajados por la inacción y la falta de vitalidad, no parecen capaces de ningún empeño audaz o viril".⁵¹

Los americanos son unos chiquillos. Para un racionalista, era ésta una sentencia condenatoria. "Infantil" era todavía un término denigrador para quien adoraba a la Razón hecha adulta, para quien admiraba el plácido resplandor de las luces, ya todas encendidas, sin sombras y sin humo. Pero ya Diderot había tocado otra cuerda de múltiples resonancias —"el tahitiano está cerca del origen del mundo, y el europeo está cerca de su vejez"—,⁵² y ya los primeros románticos (Hamann, Herder) habían llamado la atención sobre las fuerzas primitivas, originarias, incultas de todo pueblo, imponiendo así, no ya una revisión, sino una inversión completa de aquella ideología dieciochesca que en lo primitivo veía únicamente lo imperfecto, lo inmaduro, casi lo abortivo (Buffon), o incluso, con paradójica contradicción, lo degenerado (De Pauw).

5. LOS NAVEGANTES DE POLINESIA: JAMES COOK Y GEORGE FORSTER. HORACE WALPOLE Y LORD KAMES

Inglaterra no era el terreno más propicio para esta revisión. El levantamiento de las colonias contribuía a mantener aquí cierto resentimiento hacia los americanos, y la revolución industrial atizaba el orgullo de la civilización técnica "perfeccionada". Por añadidura, justamente en esos años, las relaciones de los grandes viajes de descubrimiento en los mares del Sur traían la revelación de salvajes todavía más salvajes que los americanos, y desplazaban el interés del culto público y de los hombres de ciencia hacia las tribus de Oceanía.⁵³

En los relatos de las navegaciones del capitán Cook⁵⁴ hay mucha curiosidad y hasta cierta simpatía por los indígenas —maories, tahitianos, fidjianos, indios de Vancouver—, pero ninguna idealización, sino, por el contrario, un acentuado gusto realista, corrosivo del mito del Noble Salvaje. El primer relator de esos viajes, Hawkesworth, fue acusado por

⁵⁰ *History, passim*, especialmente vol. I, pp. 290, 315, 377-378. Hasta la llegada de los europeos, las mujeres estaban excluidas aun de la satisfacción de embriagarse (vol. I, pp. 399-400).

⁵¹ *Ibid.*, vol. II, pp. 324-325: "their feeble spirits, relaxed in lifeless inaction, seem hardly capable of any bold or manly exertion".

⁵² *Supplément au Voyage de Bougainville* (1772), ed. cit., p. 758: "le Taïtien touche à l'origine du monde, et l'Européen touche à sa vieillesse".

⁵³ Análogamente, en Francia el *Voyage autour du monde* (1771-72) de Bougainville (sobre el cual véase *supra*, pp. 117-118) atraía la atención sobre los papúes y sugería a Diderot su famoso *Supplément au Voyage de Bougainville* (1772), extrema defensa de la santidad de todos los instintos (sin mención explícita, pero con ecos frecuentes de De Pauw: compárese, por ejemplo, lo que allí se dice de la "infibulation", ed. cit., p. 756, con *Recherches sur l'Amérique*, ed. cit., vol. II, pp. 139 ss.). Pero Bougainville, que combatió toda su vida contra los ingleses y que tuvo como capellán de a bordo a nuestro americanófilo Pernety (véase *supra*, p. 75), está mucho más simpáticamente dispuesto para con los indígenas que los exploradores a las órdenes de Su Majestad Británica.

⁵⁴ Primer viaje, 1768-71 (redactado por Hawkesworth y publicado en 1773); segundo viaje, 1772-75 (publicado en 1777); tercer viaje, 1776-80 (publicado en 1784).

unos de haber malentendido y plagiado a Buffon y a De Pauw, y censurado por otros a causa de las "inmorales" crudezas que había en sus descripciones de los usos y costumbres de los aborígenes —y hasta parece que estas últimas críticas le abreviaron la existencia.⁵⁵ ¡Pobre doctor Hawkesworth, incauto secuaz y víctima indirecta de las tesis buffon-de-pauwianas!

Una actitud mucho más compleja encontramos en George Forster, alemán de origen escocés y de educación báltica, que acompañó a Cook en su segundo viaje, publicó de él, en 1777, una relación rica en vivacísimos e ingenuos colores,⁵⁶ y fue más tarde el primero y principal de los maestros del gran Humboldt.⁵⁷

Así como más tarde, en los últimos y trágicos años de su breve existencia, Forster se contó entre los más convencidos fautores de la Revolución francesa, pero, después de haberle sacrificado todo, acabó por negarle una justificación moral, así también frente a los salvajes de Polinesia su primera reacción instintiva es favorable,⁵⁸ pero el juicio global se inclina, aunque de mala gana, hacia la condena. Si encuentra al menos hermosos y felices a los habitantes de los archipiélagos de la Sociedad y de Tahití, declara embrutecidos a los salvajes americanos de la Tierra del Fuego.⁵⁹ De Pernety habla con abierto desprecio, como de un relator poco verídico y sumamente descuidado,⁶⁰ mientras que para De Pauw, para este "sapientísimo canónigo", tiene una explícita admiración.⁶¹ Así, pues, Forster rechaza con elocuencia la tesis de Jean-Jacques y reafirma la superioridad de la vida en una sociedad civilizada sobre la vida enteramente "natural" de los salvajes.⁶² Pero esto no le impide hacer ostent-

⁵⁵ Véase *Encyclopædia Britannica*, 13ª ed., sub voce "Hawkesworth, John", y *The voyages of captain James Cook round the world*, Selected from his Journals and edited by Christopher Lloyd, London, 1949. Cf. *infra*, p. 156, nota 64.

⁵⁶ George Forster, *A voyage round the world, in His Britannic Majesty's sloop "Resolution", commanded by Capt. James Cook, during the years 1772, 3, 4 and 5, London, 1777*, 2 vols. Traducción alemana, Berlin, 1778-80.

⁵⁷ Forster sufrió la atracción e influencia de Jacobi (ca. 1780), fue amigo de Wilhelm von Humboldt, pero sobre todo amigo y compañero en un viaje a los Países Bajos (1790) de Alexander von Humboldt, quien lo llamó siempre su maestro y dijo de él que había abierto una nueva era en los viajes científicos, dándole por objeto el estudio de la etnografía y la geografía comparadas. "In Georg Forster sehen wir in gewissem Sinne das Vorbild Alexander von Humboldt's", dice J. Löwenberg, en E. Bruhns (ed.), *Alexander von Humboldt, eine wissenschaftliche Biographie*, Leipzig, 1972, vol. I, p. 95 (cf. *ibid.*, pp. 94-108, 111-112, 382). Sobre su simpatía por la Revolución norteamericana, véase King, *op. cit.*, pp. 54-56. Sobre su actividad durante la Revolución francesa, A. Chuquet, "Le révolutionnaire George Forster", en *Etudes d'histoire*, Paris, s. f., vol. I, pp. 149-288; A. Stern, *Der Einfluss der französischen Revolution auf das deutsche Geistesleben*, Stuttgart-Berlin, 1928, pp. 36-42; J. Droz, *L'Allemagne et la Révolution française*, Paris, 1949, pp. 187-216. En general, véase H. J. T. Hettner, *Geschichte der deutschen Literatur im 18. Jahrhundert*, Leipzig, 1928, vol. IV, pp. 199-211; Doll, art. cit., pp. 471-472, y ahora Kurt Kersten, *Der Weltumsegler, Johann Georg Adam Forster, 1754-1794*, Bern, 1957, especialmente pp. 38-42.

⁵⁸ Sobre los tahitianos y los neozelandeses, véase *A voyage round the world, op. cit.*, vol. I, pp. 321, 365-368; vol. II, pp. 109-112, 156-157, 480, etc.

⁵⁹ *A voyage*, vol. II, p. 606.

⁶⁰ *Ibid.*, vol. II, p. 495 y en especial p. 515.

⁶¹ *Ibid.*, vol. I, pp. 55, 435, 514; vol. II, pp. 412, 562. Esta admiración del "gran naturalista" Forster por un De Pauw sorprende y casi escandaliza al arzobispo Moxó (véase *infra*, pp. 273-274).

⁶² *Ibid.*, vol. II, p. 503.

tación de humanitarismo, citar a Las Casas y denunciar, no sólo las crueldades de los primeros conquistadores,⁶³ sino también muchas brutalidades de los civilizadísimos europeos como peores que las que cometen los salvajes.

Los neozelandeses son caníbales, muy bien; y no es verosímil que puedan ser empujados a semejante exceso por la *malesuada fames*, como opina De Pauw.⁶⁴ Pueden darse casos excepcionales,⁶⁵ pero la explicación más plausible de la antropofagia parece más bien un "excess of passion" que, aunque ciertamente enemigo de toda civilización, no es innatural en sí mismo. ¿No se degüellan los europeos unos a otros, a millares, "sin un solo motivo, como no sea la ambición de un príncipe o un capricho de su amante"?⁶⁶ ¿No es un "prejuicio" tener horror del canibalismo, cuando ni siquiera se experimenta remordimiento por el homicidio? Después de todo, esos neozelandeses se comen sólo a los enemigos muertos en la batalla; no devoran jamás a sus parientes, ni a quienes mueren de muerte natural, ni tampoco capturan prisioneros para engordarlos, "aunque estas circunstancias se han relatado, con mayor o menor veracidad, a propósito de los indios americanos".⁶⁷

En suma, la naturaleza humana es lo que es, en el viejo, en el nuevo y en el novísimo mundo. Ningún continente tiene por qué dar lecciones al otro, o imputarle el origen de sus males: tampoco la sífilis fue llevada de América a Europa: nació por sí sola en todas partes.⁶⁸ La imparcialidad de esta visión constituye ciertamente un preludio de las sosegadas y comprensivas descripciones de Humboldt, pero exponía a Forster, como antes a Hawkesworth, y como a todos los relatores de las usanzas de remotos salvajes, a los fríos, letales sarcasmos del doctor Johnson. ¿Que han encontrado muchos nuevos insectos esos señores navegantes? ¡Vaya un soberbio resultado! Bastaba haberse quedado en casa: ¿existen 20 000 especies de insectos en la sola Inglaterra!⁶⁹ ¿Que cuentan cosas extraordinarias? "No había sabido nunca hasta qué grado me respetan esos señores: ¡a mí jamás me han contado nada semejante!"⁷⁰ ¿Que Forster cautiva y arrastra? "A mí no me arrastra en absoluto: me deja atrás; o, mejor dicho, me empuja adelante, porque me hace dar vuelta

⁶³ *Ibid.*, vol. I, p. 518; vol. II, p. 12.

⁶⁴ Forster cita aquí las *Recherches sur l'Amérique*, vol. I, p. 207, y recuerda que De Pauw fue copiado burdamente también sobre este punto por el doctor Hawkesworth. Este último autor es mencionado a menudo y severamente juzgado por Forster, entre otras cosas por haber malentendido y plagiado a De Pauw y a Buffon sin citarlos siquiera (*ibid.*, vol. I, pp. 516-517; vol. II, pp. 562 nota, 602 nota); cf. *supra*, p. 155, nota 55.

⁶⁵ *Ibid.*, vol. II, pp. 505-506.

⁶⁶ *Ibid.*, vol. I, pp. 516-518: "...without a single motive, besides the ambition of a prince, or the caprice of his mistress".

⁶⁷ *Ibid.*, *loc. cit.*: "...though these circumstances have been related, with more or less truth, of the American Indians". Análoga reflexión sobre las venganzas de los salvajes y las de los hombres civilizados, *ibid.*, vol. II, p. 466; cf. vol. II, p. 556, y véase Kersten, *op. cit.*, pp. 232-233. En otro lugar prueba Forster la depravación de las naciones civilizadas con un aviso de unas parteras de Londres, que se ofrecían (1777) a procurar el aborto: *ibid.*, vol. II, p. 135 nota.

⁶⁸ *Ibid.*, vol. II, p. 160. Por esta amplia comprensión, se ha considerado a Forster "tra i fondatori della scienza etnologica moderna" (*Enciclopedia Italiana*, vol. XIV, col. 498c).

⁶⁹ Contra Hawkesworth: véase Boswell, *Life, op. cit.*, vol. I, p. 478.

⁷⁰ Contra Hawkesworth: véase *ibid.*, vol. II, p. 9.

a muchas páginas de una vez".⁷¹ Y finalmente la clásica réplica a Boswell, que ponderaba las habilidades de los tahitianos e insinuaba que, en rigor, no pueden ser considerados como salvajes: "Don't cant in defence of Savages".⁷²

En el polo opuesto del doctor Johnson, Horace Walpole, tan liberal cuanto aquél era conservador, es igualmente escéptico acerca del destino de América.⁷³ Es verdad que, en los albores de la Revolución, dirige una mirada llena de augural simpatía al otro lado del Atlántico y escribe, en el gusto de Berkeley y de Galiani, una de las consabidas profecías sobre la transmigración de artes y letras al Nuevo Mundo:

La próxima era de Augusto asomará al otro lado del Atlántico. Habrá, quizá, un Tucídides en Boston, un Jenofonte en Nueva York, y, a su tiempo, un Virgilio en México y un Newton en el Perú. Finalmente, algún curioso viajero saldrá de Lima para visitar a Inglaterra, y ofrecerá una descripción de las ruinas de la catedral de San Pablo.⁷⁴

Pero inmediatamente se echa a reír de estos "horóscopos de imperios" que está fabricando, y no le hace falta mucho para volver marcha atrás. Aunque a su amigo Horace Mann le repite (1780) que estamos viviendo en la "era de los abortos", y que Inglaterra está exhausta, acabada, extinguida, le viene la sospecha de que todo el globo ha llegado ya a la senilidad. El mundo fue joven en Asia, maduro en Europa, y la misma África, en Egipto y por un momento en Cartago, tuvo algún resplandor de luz como los demás continentes. Pero ahora ya no hay nada que esperar. ¿América...? Sí, "América ha comenzado a anunciarse como sucesora de la vieja Europa, pero ya dudo de que ocupe el lugar de sus predecesores; no parece que el genio produzca allí muy grandes retoños". La razón que da es muy significativa: "Buffon dice que los animales europeos degeneran al otro lado del Atlántico; es probable que los emigrantes que la habitan se encuentren en idénticas condiciones" —que es precisamente lo que había sostenido De Pauw. Y Walpole concluye, con característica melancolía: "Si mis sueños son verdícos, ¡qué lástima que el mundo no se refugie en sí mismo para disfrutar de una edad tranquila!"⁷⁵

⁷¹ Contra Forster: *ibid.*, vol. II, p. 132.

⁷² *Ibid.*, vol. II, p. 532; cf. también *supra*, p. 74, nota 3.

⁷³ En cuanto a la mala opinión de Johnson sobre Walpole, véase Boswell, *op. cit.*, vol. II, p. 536; la opinión de Walpole sobre Johnson se puede ver en su correspondencia, especialmente a partir de 1774; sólo tenemos *l'embarras du choix*, pero véase este botón de muestra: "prejudice, and bigotry, and pride, and presumption, and arrogance, and pedantry are the hags that brew his ink" (carta del 7 de febrero de 1782, en *The letters of Horace Walpole*, ed. P. Cunningham, Edinburgh, 1906, vol. VIII, p. 150; cf. *ibid.*, vol. VI, pp. 109, 178-179, 302, 311; vol. VII, pp. 171, 484, 508; vol. VIII, pp. 26-27, 74, 361, 538, 557, 571).

⁷⁴ Carta a Sir Horace Mann, 24 de noviembre de 1774 (ed. cit., vol. VI, p. 153): "The next Augustan age will dawn on the other side of the Atlantic. There will, perhaps, be a Thucydides at Boston, a Xenophon at New York, and, in time, a Virgil in Mexico, and a Newton at Peru. At last, some curious traveller from Lima will visit England and give a description of the ruins of St. Paul's". Pasaje citado igualmente por Brie, "Die Anfänge des Amerikanismus", art. cit., p. 362, nota 15a, y parafraseado por Macaulay en un famoso pasaje de su ensayo sobre Ranke (1840): *Essays*, etc., London, 1902, p. 548. Para otras "profecías" más específicamente políticas, véase Sumner, *op. cit.*, pp. 46-51.

⁷⁵ Carta a Sir Horace Mann, 13 de mayo de 1780 (ed. cit., vol. VII, pp. 364-365): "America has begun to announce itself for a successor to old Europe, but I already

Los mismos conceptos, sin un acento siquiera de depreciación, encontramos en Henry Home, Lord Kames, uno de los más interesantes escritores de estética del siglo XVIII inglés.⁷⁶ Verdad es que sobre sus famosos *Elements of criticism*, publicados cuando andaba ya por los sesenta y seis (1762), el doctor Johnson, trece años menor que él, pronunciaba inmediatamente un juicio de superior y condescendiente desprecio: "un ensayo bonito y que merece ser tenido en algún aprecio, aunque es químicamente".⁷⁷ Pero la desestima era cordialmente devuelta por el escocés, el cual, en la digna compañía de Adam Smith y de otros sabios caledonios, no le reconocía nada al doctor Johnson, "nada excepto pesadez, futilidad y afectada pedantería".⁷⁸ Y no hay que olvidar, por otra parte, la antipatía del colérico lexicógrafo por los escoceses en general, antipatía que coloca en una luz casi paradójica la excepción de su benigna adhesión al escocés James Boswell, y que lo emparenta con Walpole, su adversario en todos los terrenos, pero pronto, como él, a enfurecerse contra la pretensión de los escoceses de colocar en el mismo plano de un Milton y de un Addison, de un Prior y de un Gray, las contrahechuras de un Ossian, y "entes" como, entre otros, nuestro Lord Kames, Lord Monboddo y Adam Smith.⁷⁹

Alta y digna compañía, en verdad, para Lord Kames, que no era de ninguna manera un "ente" insignificante, y que también en otras disciplinas, aparte de la estética, dejó alguna huella de un espíritu genial y extraño. Descontemos lo que haya de exceso en la gran admiración que le tuvo siempre aquel petulante de Boswell, quien recibió de él ayuda y protección, lo acompañó en una gira por la Escocia meridional, aspiraba a componer libros "like Lord Kames", le dirigía una carta que es una inverosímil mezcla de vanidad y de reverencia, y quería incluso escribir su biografía, pero que al mismo tiempo no vacilaba en encarecerle

doubt whether it will replace its predecessors; genius does not seem to make great shoots there... Buffon says, that European animals degenerate across the Atlantic; perhaps its migrating inhabitants may be in the same predicament. If my reveries are true, what pity that the world will not retire into itself and enjoy a calm age!" A comienzos de 1789, Walpole leía las *Recherches sur les Grecs* de De Pauw, adhiriéndose *in toto* a sus denigraciones de los griegos y a su "demolición" de Licurgo: "Mr. Pauw has proved it very doubtful whether any such personage existed; if there did, he only refined savages into greater barbarism" (carta a la Condesa de Ossory, *ibid.*, vol. IX, pp. 167, 171). Walpole era admirador de Robertson, pero juzgaba su *History of America* una hábil compilación, sin la perspicacia ni el fuego de la *History of Scotland*, y le molestaban en ella las ironías sobre el humanitario Las Casas (carta a W. Mason, 10 de junio de 1778, *ibid.*, vol. VII, p. 81; cf. también carta del 23 de noviembre de 1791, vol. IX, p. 361).

⁷⁶ Véanse las frecuentes citas de Croce, especialmente *Estetica*, Bari, 1922, pp. 288-290, 383, 487, 501, 518, 525-526; *Problemi di estetica*, Bari, 1923, p. 283; *Ultimi saggi*, Bari, 1935, pp. 139-140, 206; *Varietà di storia letteraria e civile*, vol. I, Bari, 1935, p. 146. Cf. también G. E. Lessing, *Hamburgische Dramaturgie*, Allg. Bemerk., en *Werke*, hg. von G. Witkowski, Bibl. Inst., vol. V, pp. 396-397; O. Elton, *A survey of English literature, 1730-1780*, London, 1928, vol. II, pp. 120-122; A. Ralli, *A history of Shakespearean criticism*, London, 1932, vol. I, pp. 33-34.

⁷⁷ J. Boswell, *London journal*, *op. cit.*, p. 261: "a pretty essay and deserves to be held in some estimation, though it is chimerical" (citado también, con leves variantes, por J. W. Krutch, *Samuel Johnson*, New York, 1945, p. 212).

⁷⁸ Frase recogida por Boswell (*ca.* 1762) y citada en Krutch, *op. cit.*, p. 220: "...nothing but Heaviness, weakness and affected Pedantry".

⁷⁹ Carta al Rev. Will. Mason, 5 de febrero de 1781, en *The letters of H. Walpole*, ed. cit., vol. VII, p. 111.

el genio, el fuego moral, la doctrina y las virtudes viriles del doctor Johnson, ni oponía la más leve resistencia a las insinuaciones de su única hija Jean, la cual, recién casada, invitaba a James, muchacho de veintidós años, a los solaces del amor. No oponía resistencia, no, pero se permitía el lujo de tener remordimientos, mientras que resistía perfectamente a la tentación de revelárselo todo al marido, dejándonos así en la duda de si en aquella necesidad de confesión no habría una buena dosis de su habitual exhibicionismo.⁸⁰

Quedan, y hablan en favor de Lord Kames, no sólo sus autorizadas obras jurídicas; no sólo la idea de aplicar la química a la agricultura, por lo cual caían sobre él las burlas de chistosos imbéciles, que creían ponerlo en ridículo diciendo que había ensayado todos los abonos con un paladar verdaderamente filosófico, para obtener de ellos un extracto esencial que ahorrara la fatiga de llevarlos a carretadas a los campos,⁸¹ y así le reconocían involuntariamente el mérito de haber adivinado los fertilizantes químicos; también hablan mucho en favor de él la intrepidez de los juicios, la afición a los grandes temas históricos y filosóficos y los vivos contactos, ora amistosos, ora (como se ha visto) desabridos con las figuras más importantes de su tiempo. Asiduo corresponsal y constante admirador de Mrs. Montague, la famosa "Queen of the Blues",⁸² protector de Adam Smith cuando éste contaba veinticinco años (1748), Lord Kames hospedaba en 1771 durante cinco días a Benjamin Franklin.⁸³ Ciertos ataques lanzados en sus *Elements of criticism* le atraían una réplica y la tenaz hostilidad de Voltaire.⁸⁴ Se hallaba en cordiales relaciones con Thomas Reid, quien, a petición suya, escribió una larga crítica de la lógica aristotélica para ser incluida en una obra de Lord Kames.⁸⁵ Pero, sobre todo, era uno de los primerísimos corresponsales de David Hume, quien desde el año 1745 lo consideraba "el mejor amigo, desde todos los puntos de vista", que había tenido:⁸⁶ la amistad, aunque sufrió un sensible enfriamiento, duraría hasta la muerte del gran escéptico.⁸⁷ En su juventud, Hume le escribió algunas de sus más hermosas cartas, y más tarde lo alabó siempre, lo aconsejó, lo defendió y recomendó varias veces sus escritos a los editores. Justamente por una carta suya al editor de

⁸⁰ Véase su *Journal of a tour to the Hebrides*, ed. cit., pp. 65 nota, 237, 362-363, y sus diarios, en especial *London journal*, ed. cit., pp. 10, 200, 323 nota 4; *Boswell in Holland*, New York, 1952, pp. 44, 87; *Boswell on the Grand Tour*, New York, 1953, pp. 107-109, 164, 229.

⁸¹ Véase, sobre este particular, *Boswell in Holland*, *op. cit.*, p. 87. La idea interesada de Jefferson (Martin, *op. cit.*, p. 10). Pero las tesis fundamentales de Liebig sobre la fertilización química son de 1840, y los primerísimos "superfosfatos", de 1841. Para las críticas lanzadas por Joseph Townsend (*A dissertation on the Poor Laws*, 1786) contra el optimismo de Lord Kames acerca de la inagotable fertilidad de la tierra, véase E. Halévy, *La formation du radicalisme philosophique*, vol. II, *L'évolution de la doctrine utilitaire de 1789 à 1815*, Paris, 1901, p. 145.

⁸² Mrs. Montague, *Her letters*, etc., ed. R. Blunt, London, s. f., vol. I, pp. 154-155; vol. II, pp. 129-130 *et passim* (véase el índice).

⁸³ D. Hume, *The letters*, ed. Greig, Oxford, 1932, vol. II, p. 251 nota.

⁸⁴ Hume, *loc. cit.*, vol. I, p. 436; *Boswell on the Grand Tour*, *op. cit.*, pp. 108, 264, 273, 294; E. C. Mossner, *The life of David Hume*, Austin (Texas), 1954, pp. 412, 487-488.

⁸⁵ *Sketches of the history of man*, ed. Dublin, 1779, vol. II, pp. 184-262.

⁸⁶ Carta del 15 de junio de 1745, en *New letters*, ed. R. Klibansky and E. C. Mossner, Oxford, 1954, p. 17.

⁸⁷ Mossner, *op. cit.*, pp. 57-62, 118 (Hume somete su *Treatise* a Lord Kames), 410-412 *et passim*.

los *Sketches of the history of man* sabemos que el autor se lisonjaba de que esta obra alcanzaría un éxito estrepitoso. Hume, siempre dubitativo, no compartía "las esperanzas prodigiosamente sanguíneas del autor", pero admitía que podía equivocarse, como se había equivocado en cuanto a la fortuna de otro libro de su amigo.⁸⁸ Y los *Sketches*, en efecto, tuvieron por lo menos cinco ediciones,⁸⁹ y todavía no están del todo olvidados.

¿Qué tiene que decir Lord Kames sobre América y sobre los americanos? El libro es largo, mil y cien páginas, y el Nuevo Mundo y sus habitantes son recordados a menudo. Todo un ensayo se dedica al origen y a los progresos de las naciones americanas, con particular atención a los mexicanos y a los peruanos.⁹⁰

Por lo general, Lord Kames se sirve de estos datos y ejemplos americanos en apoyo de sus ideas poligenéticas. En efecto, el sagaz magistrado, para combatir las antihistóricas teorías climáticas que se hacían la ilusión de explicar las variedades de la especie humana, nacida de la única pareja de Adán y Eva, recurriendo a factores naturales, y petrificaban así a todos los pueblos en una invariable inmovilidad, no vacilaba en pasar la raya de la herejía insistiendo, en cambio, en la diversidad originaria de las estirpes, e incluso en la creación sucesiva de las diversas razas coexistentes sobre la tierra.⁹¹ Los americanos, en particular, debieron haber sido creados en esas "fértil y deliciosas llanuras [*sic*] del Perú y de México" que se encuentran en el centro del continente, y que en efecto estaban pobladísimas cuando llegaron a ellas los españoles.⁹²

Esto lo sostiene mediante una prolija acumulación de minúsculos detalles, de indicios y de verosimilitudes, que traiciona los hábitos del viejo juez y nos hace recordar la tajante respuesta que le dio Lord Monboddo cuando Lord Kames le preguntó si había leído sus recientes *Elements of criticism* (1762): "¡No, señor mío! —le contestó el sostenedor de la humanidad del orangután—, usted escribe más aprisa de lo que yo puedo leer".⁹³

Sin embargo, cada vez que exhibe un argumento de historia natural, Lord Kames adopta sin reservas las tesis del excelso y único Buffon: y

⁸⁸ *The letters*, ed. cit., vol. II, pp. 289-290; para muchos otros pasajes, véase el índice de nombres; por lo que toca especialmente a los primeros años de la larga amistad, véase ahora D. Hume, *New letters*, ed. cit., pp. xiii-xiv, 1-10 *et passim*.

⁸⁹ Primera edición, Edinburgo, 1774; cito por la tercera, "considerably improved", Dublin, 1779; pero existe una cuarta edición, "considerably enlarged" (Edinburgo, 1788), y una más de 1807. Traducción alemana, Leipzig, 1778-1783.

⁹⁰ *Sketches*, ed. cit., vol. II, pp. 80-108.

⁹¹ Sobre una inmediata réplica americana (Filadelfia, 1787), véase John C. Greene, "The American debate on the Negro's place in nature, 1780-1815", *Journal of the History of Ideas*, vol. XV (1954), pp. 384-385, nota 2, y William H. Hudnut III, "Samuel Stanhope Smith: enlightened conservative", *Journal of the History of Ideas*, vol. XVII (1956), especialmente pp. 544-545. En los terrenos de la herejía se había aventurado ya Lord Kames con sus *Essays on morality and natural religion* (1751), sobre los cuales véase J. M. Robertson, *A short history of free-thought*, London, 1915, vol. II, p. 186, las cartas de Hume y las de Mrs. Montague citadas *supra*, y Mossner, *op. cit.*, pp. 336-353. Su "herejía", de ninguna manera frívola, era que el libre albedrío no existe, sino que la Divinidad ha arraigado sabiamente en el hombre la convicción de que es libre.

⁹² *Sketches*, vol. II, p. 86.

⁹³ Knight, *op. cit.*, p. 28: "No, my Lord!, you write much quicker than I can read". Sobre ciertas ideas científicas de Kames, cf. *ibid.*, pp. 97-98.

justamente acerca de los animales y los hombres de América, si bien conoce a Charlevoix y a La Condamine, a Gumilla y a Bougainville, a Garcilaso y a Acosta y a Ulloa, acepta de Buffon toda la serie de sus catastrofistas proposiciones: que América es la última parte del mundo que surgió de las aguas; que en ese continente no se encuentran leones, ni tigres, ni panteras, ni otros cuadrúpedos de los climas cálidos de Asia; que los indígenas, fortísimos en los suplicios (valor pasivo), carecen de valor activo; que "no hay un solo pelo en el cuerpo de ningún americano", y que esos salvajes son infecundos a causa de la frigididad de todos, hombres y mujeres, y en especial porque "los varones son débiles en sus órganos de la generación", así como los animales, autóctonos y trasplantados, "son de corpulencia mucho menor, comparados con los del Viejo Mundo", mientras que los criollos ceden a los embates del clima, decaen irremediadamente, pierden al punto, para nunca volver a recobrarlo, su vigor antiguo, su buen aspecto, la prontitud de los movimientos, y hasta se ven reducidos muy pronto a hablar en voz baja, con pausas largas y frecuentes. La única excepción, en todo el continente, es la Carolina meridional: en efecto, "aquí los europeos mueren tan aprisa, que no tienen tiempo de degenerar".⁹⁴

Para un hombre caprichoso y que se picaba de originalidad como Lord Kames —su amigo Hume lo llamaba (1751) "seguramente el hombre más raro del mundo",⁹⁵ y William Graham (1764) "el hombre de temperamento más desigual entre los que viven"—,⁹⁶ esta aquiescencia tan plena a las ideas de Buffon puede parecer hasta desconcertante, pero tal vez se explica con el simple hecho de que justamente lo paradójico de esas tesis las hacía ser acogidas sin discusión por un hombre que se había puesto a sostener la paradoja —tanto más grave— de que los americanos, al igual que cualquier otra especie humana, son una raza *sui generis*.

6. DOS ENTUSIASTAS DE DE PAUW: DANIEL WEBB Y ANTONIO FONTICELLI

En Inglaterra, pues, De Pauw tenía que encontrar un terreno propicio. El mito del Noble Salvaje había sufrido aquí una rápida erosión, y, con el estallido de la Revolución en Francia, también la radicalizante Diosa Naturaleza perdía prestigio frente a la majestad de los institutos seculares, la autoridad del pasado, las lentas edificaciones de la historia. El denigrador de los salvajes, De Pauw, cosquilleaba además la tradicional

⁹⁴ "...the males are feeble in their organs of generation"; "[the animals] are of a diminutive size, compared with those of the old world"; "Europeans there [in South Carolina] die so fast that they have no time to degenerate", lo cual, según él, ocurre especialmente en los alrededores de "Charlestown", porque no hay aquí "sea-breeze to cool the air" (*op. cit.*, vol. I, p. 12). Pero Charleston, la única ciudad de Carolina a que pueda referirse Lord Kames (hay un Charlestown en la Virginia occidental), es notoriamente un puerto de mar. Para las demás expresiones, véase *op. cit.*, vol. I, pp. 26, 28; vol. II, pp. 80-81, 84-85, 88-89.

⁹⁵ *Letters*, ed. cit., vol. I, p. 162: "surely the strangest man in the world"; y también "the most arrogant Man in the World" y "an iron mind in an iron body" (Mossner, *op. cit.*, pp. 410, 412).

⁹⁶ *Boswell on the Grand Tour*, *op. cit.*, p. 264: "...the most unequal-tempered man alive".

hostilidad de los ingleses para con los españoles, su recurrente anticatolicismo y hasta su recientísimo antagonismo con los americanos. En vista de todo esto, se comprende que ningún escritor británico se haya puesto a polemizar con De Pauw, que muchos de ellos hayan asimilado sus tesis, que bastante a menudo se encuentren ecos de él en poetas románticos como Keats y Moore, y que sea justamente inglés el más abierto admirador de De Pauw, Daniel Webb.

Webb, como Lord Kames, es conocido sobre todo por sus ideas estéticas, y asimismo por su extraña teoría según la cual la lengua griega se deriva del chino.⁹⁷ Pero escribió también una especie de antología comentada de las *Recherches* de De Pauw, que publicó primeramente (1789) en una tirada de sólo cincuenta ejemplares, para sus amigos, y más tarde (1795) en edición comercial.⁹⁸ Sus comentarios son casi siempre diti-rámicos. Hasta cuando formula reservas o dudas,⁹⁹ lo hace "con el mayor respeto para el genio y la erudición de Monsieur Pauw".¹⁰⁰ Y al publicar por segunda vez el libro, no deja de recargar la dosis. Había escrito, por ejemplo: "este tratamiento del asunto es ingenioso y feliz";¹⁰¹ ahora le parece poco, y añade: "vívido y profundo; el genio de Pauw podía conciliar la antítesis, y mezclar la vivacidad de Montesquieu con la profundidad de Aristóteles. Cuando parece jugar en la superficie, está en el fondo mismo del asunto".¹⁰² Al llegar al final, no acierta a desprenderse de tan gran autor sin estampar una renovada profesión de altísima estima por su genio, por su doctrina, por su perspicacia crítica en las cosas que se pueden demostrar y por el ingenio de las conjeturas en las que no son susceptibles de prueba.¹⁰³

De un entusiasta como Webb no cabe esperar ninguna observación útil. A pesar de que repite el manoseado paralelo de los salvajes y los soldados europeos —Turenne en el Palatinado: "¿podían haber hecho más un hurón o un iroqués?"—, considera siempre a los primitivos como

⁹⁷ Véase B. Croce, *Estetica, op. cit.*, p. 299; *Problemi di estetica, op. cit.*, p. 390; O. Elton, *A survey of English literature, 1730-1780, op. cit.*, vol. II, pp. 135-136; H. Cordier, *op. cit.*, vol. I, p. 26.

⁹⁸ La primera se intitula *Selections from les Recherches philosophiques sur les Américains of M. Pauw*, by Mr. W..., Bath, 1789; la segunda, *Selections from M. Pauw, with additions*, by Daniel Webb, Esq., Bath, 1795. La primera tiene 211 páginas; la segunda, con pequeños agregados (introducción, pp. 31-32, 56) tiene 235. Se conoce también una *Sequel to the Selections from Pauw, in notes*, by Daniel Webb, agregada a veces a las *Selections* (ed. de 1795), y también *A general history of the Americans, of their customs, manners, and colours. An history of the Patagonians, of the Blafards, and White Negroes. History of Peru. An history of the manners, customs, &c. of the Chinese and Egyptians, selected from M. Pauw*, by Daniel Webb, Esq., Röchdale, 1806.

⁹⁹ Por ejemplo, pp. 6, 65-66, 87, 89, 122, 131, 141, etc. de la primera edición. Algunas, por ejemplo la de la p. 6, se suprimen en la segunda.

¹⁰⁰ 1ª edición, p. 61: "with the greatest respect for the genius and learning of M. Pauw".

¹⁰¹ 1ª edición, p. 108: "this statement of the subject is ingenious: it is happy". Cf. *ibid.*, p. 12.

¹⁰² 2ª edición, p. 112: "lively and profound; the genius of Pauw could reconcile the antithesis, and blend the vivacity of Montesquieu with the depth of Aristotle. When he seems to play on the surface, he is at the bottom of the subject": una nota reconoce que la frase está plagada de Voltaire!

¹⁰³ 1ª edición, p. 211, con referencia a todos los escritos de De Pauw, inclusive las recientísimas *Recherches* sobre los griegos (1787): véanse otras alusiones, *ibid.*, pp. 101, 153, 208.

el desecho y las víctimas de la Naturaleza. Sólo consigue hacernos sonreír cuando, a propósito de las deformaciones craneanas, sentencia que el salvaje se venga de ese modo de la injusticia cruel con que lo afligió la Naturaleza —"desfigurando el mejor de los ejemplos de su arte".¹⁰⁴ ¡Como si la cabeza del salvaje no fuese parte integrante de ese cuerpo ya tan maltratado!

Antonio Fonticelli, que merecería cuando mucho una nota, puede ser mencionado aquí, junto a Daniel Webb, no sólo porque su librito¹⁰⁵ salió a la luz entre la primera (1789) y la segunda edición de las *Selections* webbianas, sino también porque es la exacta *contre-partie* italiana de la crítica compilación del inglés.

Americologia es un título original, pero promete más de lo que da. Comenzando con el epígrafe ("*studio disposta fidei*, Lucret.", que está tomado tal cual de las *Recherches philosophiques*) y terminando con el penúltimo artículo (el último trata de los descubrimientos de los rusos en el Pacífico), no hay en la *Americologia* casi nada que no esté traducido o frangollado de la obra de De Pauw. Fonticelli no lo oculta: "no hay en mi libro ningún aire de novedad", pero se guarda de estampar con todas sus letras el nombre del autor a quien ha saqueado: "muchas cosas tienen relación con lo que se lee en tres volúmenes impresos en otra lengua",¹⁰⁶ con lo cual reivindica en cierto modo el mérito del traductor; pero no se comprende entonces por qué invoca para su opúsculo la protección de la Società Patria (a la cual está dedicado), pidiéndole que lo guarde "de la maledicencia y de la sátira que suelen lanzarse contra las producciones nacionales".¹⁰⁷

Estrictamente hablando, no puede decirse que la *Americologia* sea "producción nacional". Lo único suyo que ha puesto Fonticelli es (al comienzo de la obra) un catálogo de los principales descubridores y conquistadores de las Américas, bastante plagado de errores, una noticia de los estados y colonias del nuevo continente, un compendio de productos americanos importados así como de los vegetales "que deberían traerse a Europa", y, finalmente, dos breves biografías de Colón y de Vesputo.¹⁰⁸ Sigue un enmarañado centón de pasajes extractados aquí y allá de las *Recherches philosophiques*, sin exclusión de los más sucios, con pocas y no apreciables interpolaciones: un pasaje sobre los tatuajes de

¹⁰⁴ 1ª edición, p. 49: "...by defacing the fairest example of her art". Es también curiosa la razón por la cual suprime algunas páginas sobre los antropófagos: "the subject in general [sic!] is uninteresting [!], the details are often disgusting" (1ª ed., p. 67).

¹⁰⁵ *Americologia, ossia Osservazioni storiche e fisiologiche sopra gli Americani, con un breve ragguaglio delle ultime scoperte fatte dai Russi nel Mar Pacifico. Compendio di curiose notizie interessanti e scientifiche dato in luce da A. F. Dedicato a la Società Patria*, Genova, 1790. No he encontrado ninguna noticia biográfica del autor, el cual parece temer la censura (pp. 5-6), cultivó quizá la medicina (pp. 6-7) y se honró de que su libro pudiese tener una segunda edición (p. 19). Sobre este misterioso personaje no nos suministra tampoco ningún dato G. Rosso, "L'interesse americanista nell'Italia del Settecento e l'*Americologia* di Antonio Fonticelli", *Bollettino del Civico Istituto Colombino*, Genova, vol. I, núm. 1 (aprile-giugno 1953), pp. 69-73.

¹⁰⁶ *Ibid.*, p. 5: "nel mio libro non vi è alcuna aria di novità...; molte cose hanno rapporto a quanto si legge in tre volumi stampati in un'altra lingua". Cf. p. 10.

¹⁰⁷ *Ibid.*, dedicatoria: "...dalla maldicenza e dalla satira che sogliono avventarsi contro le produzioni nazionali".

¹⁰⁸ *Ibid.*, pp. 18-24.

los marineros, dos articulitos sobre el café y el cacao, alguna variación sociopolítica sobre el ocio y el trabajo, una breve lista de los más vistosos y pesados diamantes que se conocen,¹⁰⁰ y en las conclusiones —que sin embargo insisten en presentar a los americanos como “stupidi, ignorantí e brutali”,¹¹⁰ tanto que han permanecido cerrados aun a las amorosas enseñanzas de los jesuitas— un típico discursito de salvaje de buen sentido con que aquel “pobre caribe” echa en cara dulcemente al europeo su sed de oro, le hace presentes los peligros de los largos viajes y, horacianamente, lo invita a quedarse tranquilo en su patria...¹¹¹ Bastaría esta incongruente añadidura para demostrar cuán sordo está Fonticelli a los problemas y a los argumentos de la disputa americana, y para hacer ver, de rechazo, el carácter de mera ejercitación académica, o mejor periodística, de su pequeño escrito.

7. EL SECULAR ANTAGONISMO DE ESPAÑOLES Y CRIOLLOS

Si en Inglaterra no tiene enemigos, De Pauw no tiene un solo amigo en España, lo cual se explica en parte por las mismas razones, pero invertidas (era un denigrador de los conquistadores, de los misioneros y del continente mismo, que en tan gran medida se llamaba español), en parte por otros motivos seculares que confluyen ahora en la disputa, llevan a ella un nuevo y acre acento de pasión, e indirectamente, paradójicamente, procuran a De Pauw, no partidarios, sino algún aliado involuntario y reuente.

Desde los primeros decenios de la administración española en las Indias había nacido, por escisión espontánea en la casta de los vencedores, un conflicto interno y gravísimo: el que oponía a los criollos contra los españoles (o “chapetones”, o “gachupines”, o “godos”), o sea la pugna entre blancos nacidos en las Indias de padres de raza blanca, y blancos llegados a las Indias desde la madre patria. Este largo conflicto, del cual saltaron continuamente chispas y que al final acabó por enciendar la décrepita armazón del imperio hispanoamericano, se repetía perpetuamente a medida que se iba haciendo criolla cada generación de españoles, y a medida que, en forma simultánea, iban llegando nuevos españoles. Su virulencia se exacerbaba en virtud de la afirmación y consolidación de la casta de los criollos, al comienzo en tenaz defensa y al final en actitud de contraataque, frente al continuo flujo de compatriotas ambiciosos de hacer fortuna en América, ávidos de tener su parte en los pingües beneficios de los viejos colonos, y también, con mucha frecuencia, desdeñosos de las cualidades y capacidades de los criollos.

El conflicto no tenía, pues, la rígida fatalidad de los choques de razas: españoles y criollos eran igualmente blancos, de sangre pura, de incontaminada ascendencia peninsular. Más aún: desde el punto de vista de la nobleza, a menudo los criollos podían sacar a relucir antepasados más ilustres que los españoles recién llegados de Europa. Desde el punto

¹⁰⁰ *Ibid.*, pp. 35 (tatuajes), 38-42 (café y cacao), 67-71 (ocio y trabajo), 106-107 (diamantes).

¹¹⁰ *Ibid.*, p. 119.

¹¹¹ También es de Horacio (*Epístolas*, I, I, 45) el lema que se repite en el frontispicio y en la última página: *Impiger extremos currit mercator ad Indos*.

de vista económico, era normal que los señores de las Indias tuviesen muchísimo más dinero que los hidalgos y los funcionarios regios, y que éstos, en cambio, llegasen con un apetito más robusto, con una ansia deliberada de juntar doblones, y muchos, y aprisa; en suma, una energía más áspere que la de los criollos, ahitos, flojos, emparentados a menudo con indígenas y absortos en las siete bienaventuranzas del ocio.

En una palabra, la distinción no era ni étnica, ni económica, ni social: era geográfica. Se basaba en un *jus soli* negativo, que prevalecía sobre el *jus sanguinis*. Quien había nacido en las Indias, por esta sola circunstancia se veía opuesto y subordinado a sus compatriotas, con quienes tenía todo lo demás en común: el color de la piel, la religión, la historia, la lengua. Si era funcionario, tenía apenas un dos por ciento de las probabilidades que tenían los españoles de llegar a los grados más altos de la administración. Si era eclesiástico, podía llegar a ser cura o prebendado, pero la mayor parte de los obispos y arzobispos desembarcaban ya mitrados de España. Solórzano es explícito: “por muchos méritos que tuviesen [los criollos], no les tocaba un hueso roído”.¹¹²

8. EL ORGULLO DE LOS CRIOLLOS

Es claro que en esta ruptura se hallaban en germen las antítesis que se pondrán en luz y se exasperarán durante la segunda mitad del siglo XVIII. Los nacidos en América eran considerados inferiores a los europeos. Y no porque fuesen de raza inferior. Había una sola posibilidad de justificar su inferioridad: atribuirle de plano al ambiente, al clima, a la leche de las nodrizas indias y a otros análogos factores locales.¹¹³ Muchas “calumnias” del continente nuevo tienen su primer origen en el celoso exclusivismo de los peninsulares y en su consiguiente “denigración” de los criollos. La tierra que los había engendrado pesaba sobre estos últimos como una condena, cancelaba todo privilegio conquistado o heredado. El “clima” era más fuerte que la “raza”, o, como se dirá en el siglo XIX, la “geografía” se sobreponía a la “historia”.

El europeo despreciaba al criollo. Pero el criollo, resentido, se exaltaba en el entusiasmo por su tierra. Su patriotismo nacía de ese modo, por legítima reacción, sobre presupuestos naturalistas, como apego al “país”, al terruño antes que a las tradiciones, como orgullo telúrico americano. “Mancebos de la tierra” se llamaron antiguamente los criollos.¹¹⁴ Y las primeras alusiones a su independencia se pronunciaron en el seno

¹¹² Se han contado 18 criollos en un total de 754 virreyes, gobernadores, etc. de la América española, y 105 obispos criollos (aunque alguien dice 278 o 287) en un total de 706.

¹¹³ El honrado Solórzano (*De Indiarum jure*, 1629-39; traducido al español con el título de *Política indiana*, 1648) ya negaba que se pudiera generalizar en esa forma, y explicar los vicios de algunos criollos mediante una inferioridad específica de las Américas (véase S. de Madariaga, *Cuadro histórico*, op. cit., p. 477). Véase asimismo la reedición de su defensa *De los criollos y su calidad y condiciones, y si deben ser tenidos por españoles*, en la *Revista de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales*, Buenos Aires, vol. V, núms. 21-22 (1950), pp. 1309-1414 (resumido en la *Revista de Historia de América*, 1951, núm. 32, p. 357).

¹¹⁴ A. Rosenblat, *La población indígena de América desde 1492 hasta la actualidad*, Buenos Aires, 1945, p. 265.

de las sociedades de "Amigos del País", consagradas a un amoroso reconocimiento de los recursos minerales, de las peculiaridades climáticas, de la fauna y de la flora indígena. En vísperas de la independencia, los criollos se llamaban ya, sin más, "americanos".¹¹⁵

Tan espontánea era esta entonación específica del sentimiento patrio, que se afirmaba de manera idéntica en la América española y en la anglosajona. El orgullo americano nacía como ponderación de los méritos físicos del terruño, y no como vanagloria de una herencia histórica o de una mítica antigüedad. No podían los americanos gloriarse de su pasado, colonial en los últimos siglos, y oscuro, teocrático, todo lo contrario de progresista e ilustrado en las épocas más remotas de vida tribal y de dinastías indígenas —un pasado vago, inerte, y en cada una de sus fases inconciliable con las nuevas ideologías de humanidad, tolerancia y libertad civil; pero sí del vigor fecundo de la naturaleza que los rodeaba, fresca, lozana, opima en todos sus reinos, que parecía prometer generosamente, y aun garantizar, un desarrollo ilimitado. Los elementos antihistóricos de la filosofía política del Setecientos favorecían su acogida en regiones relativamente pobres de historia o desconocedoras de su historia, intactas y prontas por ello mismo a modelarse sobre los nuevos esquemas de la razón y de las luces, sí, pero firmemente confiadas en su riqueza, perfección natural y faustísima virginidad.

Incluso la reivindicación de las dotes intelectuales de los criollos, de sus virtudes religiosas y de sus capacidades científicas, de su derecho a gobernarse por sí mismos y a competir con los europeos, tuvo a menudo su punto de arranque en la exaltación de la indiscutida opulencia del Nuevo Mundo en metales preciosos: esa profusión de oro y de plata que parecía argumento irrefutable de la benignidad de la tierra y seguro auspicio de su copiosa fecundidad en toda índole y calidad de ingenios, de talentos y de firmezas heroicas, promesa de abundancia hasta en los campos gloriosos del espíritu. Garcilaso encontraba lógico, de una lógica augural y barroca, que "tierra tan fértil de ricos minerales y metales preciosos... criasse venas de sangre generosa y minas de entendimiento" (1617).¹¹⁶ El padre Oliva (1631) y el padre Calancha (1638) presentaban sus biografías de virtuosos jesuitas y agustinos del Perú como un tesoro espiritual no inferior a los de oro y de plata.¹¹⁷ Fray Juan de Meléndez recopilaba sus historias de santos y beatos dominicos del Perú bajo el título alusivo de *Tesoros verdaderos de Indias* (1681-82). Y Francisco Antonio de Montalvo se prometía incluso (1683) que el Perú daría "más

¹¹⁵ S. de Madariaga, *Cuadro histórico de las Indias*, op. cit., pp. 669-670. También "españoles" se llamaron los criollos, pero en antítesis a "europeos" (los españoles de España). Entre las innumerables descripciones del fenómeno, me limito a recordar a Juan y Ulloa, *Noticias secretas de América* (ca. 1750), Londres, 1826, vol. I, p. 329; vol. II, pp. 93-95, y a Robertson, *History of America* (1777), op. cit., vol. II, pp. 366-367. Sobre las sociedades de Amigos del País en Hispanoamérica, cf. Robert J. Shaler, "Ideas and work of the colonial economic societies, 1781-1820", *Revista de Historia de América*, 1957, núm. 44, pp. 331-368; sobre el espíritu de estas mismas sociedades en España, véase Jean Sarrailh, *L'Espagne éclairée de la seconde moitié du XVIII^e siècle*, París, 1954, pp. 223-285 [= traducción española de A. Alatorre, México, 1957, pp. 230-289].

¹¹⁶ *Historia general del Perú* (Segunda parte de los *Comentarios reales*), 1617, Prólogo, ed. de Buenos Aires, 1945, vol. I, p. 10.

¹¹⁷ Anello Oliva, *Historia del Perú y varones insignes en santidad de la Compañía de Jesús*, 1631, ed. de Lima, 1894, pp. xi, xvi, 137-146.

tantos al cielo, que ha dado plata a la tierra".¹¹⁸ Con el tiempo, el augurio se convertía en jactancia, y fueron frecuentes los elogios de América, "no menos fértil en ingenios que en minas" ("non minus ingeniorum ferax quam metallorum").¹¹⁹

Así, pues, toda crítica de la tierra, del clima, de la naturaleza americana hería en lo más vivo la sensibilidad de los criollos, que precisamente en la fuerza de esa Naturaleza habían depositado su nueva fe y sus más altas esperanzas. Toda alusión a una debilidad o una privación cualquiera del Nuevo Mundo les parecía enderezada a quebrantar la orgullosa consciencia de sí mismos y a remachar sus cadenas. En toda tesis de "degeneración", el criollo debía ver una injuriosa pulla, un pedantesco y provocador sofisma para convencerlo de inferioridad con respecto al europeo.

9. EL CRIOLLO REIVINDICADO: GARCILASO Y FEIJÓO

Ahora bien, de esta supuesta inferioridad el criollo no quería ni oír hablar siquiera, cuando hasta algunos cultos y geniales europeos la habían rechazado y desmentido. Garcilaso, hijo peruano de un oficial español y de una princesa incaica, había iniciado sus *Comentarios reales* diciendo que si se habla de Viejo y de Nuevo Mundo es sólo porque el segundo fue descubierto por el primero, "y no porque sean dos, sino *todo uno*", y dedicaba la segunda parte de la misma obra a los "indios, mestizos y criollos", queriendo así "que entienda el Mundo viejo y político que el Nuevo (a su parecer bárbaro) no lo es ni ha sido sino por falta de cultura".¹²⁰

En esos mismos años, Lope de Vega manifestaba una alta opinión de los "raros y sutiles ingenios" de los americanos;¹²¹ y poco más de un siglo después, la garcilasiana "falta de cultura" se había convertido ya en una cultura floridísima, más florida incluso en América que en España.

El padre Feijóo —que fue apellidado el Voltaire español, o el Bayle español, pero que más justamente podría llamarse el Fontenelle español (y no sólo por su longevidad)— combatía la opinión corriente según la

¹¹⁸ F. A. de Montalvo, *El sol del Nuevo Mundo*, Roma, 1683, p. 16b; cf. *ibid.*, p. 95a.

¹¹⁹ Ejemplos de 1674, 1705, 1730 y 1737 en el solo J. J. de Eguiara y Eguren, *Prólogos a la Biblioteca mexicana*, ed. cit., pp. 133-134, 140, 187 (y cf. *ibid.*, p. 113). Véase también mi citado estudio sobre "Diego de León Pinelo contra Justo Lipsio", notas 13, 32 y 61.

¹²⁰ Prólogo de la *Historia general del Perú* (1617). Nótese el empleo deprecativo de "político" en oposición al mundo joven y bárbaro. Justo Lipsio había calificado (1605) de bárbara a América, porque estaba privada de universidades: sus expresiones eran malentendidas y refutadas (1648) por el rector de la Universidad de San Marcos, Diego de León Pinelo. Después de él (hacia 1760), reivindicaba el ingenio de los criollos peruanos José Eusebio de Llano Zapata (sobre el cual véanse mis *Viejas polémicas*, op. cit., pp. 239-252). El de los criollos mexicanos había encontrado ya defensores en el siglo XVI (Juan de Cárdenas), en el XVII (Carlos de Sigüenza y Góngora) y en el XVIII (Velázquez de León). A fines del siglo, Concolorcorvo, después de estudiar durante cuarenta años "las particularidades de los ingenios de los criollos", aseguraba: "no encuentro diferencia, comparados en general, con los de la Península" (*El lazarrillo de ciegos caminantes*, 1773, ed. de París, 1938, p. 324).

¹²¹ Véanse las citas en M. A. Morínigo, *América en el teatro de Lope de Vega*, Buenos Aires, 1946, p. 211.

qual en los criollos "se anticipa la decrepitez a la edad decrepita", y de aquí pasaba a defender animosamente la "excelencia de los ingenios americanos", entre los cuales encontraba en particular "excelentísimos los ingenios de Lima",¹²² y justamente por esta apología se atraía los sarcasmos y la irónica compasión de De Pauw.¹²³ En las cartas sobre la *Población de España*, Feijóo repetía, con ceremoniosa humildad, "que la cultura en todo género de letras humanas, entre los que no son profesores por destino, florece más en la América que en España".¹²⁴ Y todavía en el *Mapa intelectual y cotejo de las naciones* insistía en tan lisonjera comparación: "muchos han observado que los criollos o hijos de españoles que nacen en aquella tierra son de más viveza o agilidad intelectual que los que produce España".¹²⁵ Más aún: de los mismos indígenas sostenía el buen benedictino "que su capacidad en nada es inferior a la nuestra".¹²⁶

Es preciso, por supuesto, descontar algún tanto los excesos que hay en estos solemnes reconocimientos, a causa de la polémica en que está siempre empeñado Feijóo contra la ignorancia, la vanidad y el atraso de sus compatriotas.¹²⁷ De todos modos, queda bastante para comprender la fama inmensa, la duradera popularidad del benedictino en toda la América española, desde México y las Antillas hasta el Río de la Plata. Ya en 1730, en México, y en 1732, en Lima, se formulaban elogios y agradecimientos a Feijóo. Y, no obstante que sus libros fueron objeto de frecuente atención por parte de la Inquisición mexicana desde 1759 en adelante,¹²⁸ sus ideas influían sobre la reforma de la Universidad de la Habana (1761),¹²⁹ eran alabadas por algunos eclesiásticos de Guatemala,¹³⁰ y estudiadas con asidua predilección por uno de los principales apolo-gistas de América, el jesuita Clavigero.¹³¹

10. LA EXPULSIÓN DE LOS JESUITAS

En particular fue recordada durante largo tiempo la precoz madurez y precoz decadencia de los ingenios americanos, tesis que ya había sido objeto de sutiles discusiones y continuó siéndolo aun después de que

¹²² *Obras escogidas*, ed. cit., pp. 155a y 159b.

¹²³ *Recherches*, op. cit., vol. II, pp. 165-166; artículo "Amérique", en el *Supplément à l'Encyclopédie*, vol. I, p. 351a.

¹²⁴ *Obras escogidas*, ed. cit., pp. 594-595.

¹²⁵ *Ibid.*, p. 90b.

¹²⁶ *Ibid.*, p. 90a.

¹²⁷ "No exageremos la decadencia de España para realzar el mérito de Feijóo", protesta Marcelino Menéndez Pelayo en su *Historia de los heterodoxos españoles*, ed. de Buenos Aires, 1945, vol. VI, p. 90.

¹²⁸ M. L. Pérez-Marchand, *Dos etapas ideológicas del siglo xviii en México*, México, 1945, pp. 59-60, 171. Contra la calumnia de quienes lo juzgan "sospechoso en la fe", véase Menéndez Pelayo, op. cit., vol. VI, pp. 104-105.

¹²⁹ Agustín Millares Carlo, "Feijóo en América", en *Cuadernos Americanos*, México, año III (1944), núm. 3, pp. 157-159, donde cita a J. M. Chacón y Calvo, *Literatura cubana, Ensayo crítico*, Madrid, 1922, p. 47.

¹³⁰ Véase H. Corbató, "Feijóo y los españoles americanos", en la *Revista Ibero-Americana*, Austin (Texas), vol. V, 1942, núm. 9, pp. 59-70, y en especial 68-69.

¹³¹ Véase su biografía, escrita por su correligionario y compatriota Juan Luis Maneiro, *De vitiis aliquot Mexicanorum*, Bolonia, 1791-92, vol. III, pp. 33, 39, y los pasajes citados en la antología de Gabriel Méndez Plancarte, *Humanistas del siglo xviii*, México, 1941, pp. 183 y 184. Algunas noticias sobre su influencia en el Alto Perú

Feijóo combatió contra ella.¹³² Entre otros, nuestro fogoso azteca Eguia-ta y Eguren aducía gran copia de ejemplos mexicanos para demostrar que los ingenios americanos no sólo no decaen prematuramente, sino que son todavía más brillantemente precoces de lo que dice Feijóo.¹³³ Por su parte, nuestro ingenioso peruano Concolorcorvo ensañaba, contra Feijóo, la tesis de la precoz madurez y al mismo tiempo refutaba, con Feijóo, la de la precoz senescencia, pues, según decía, los vapores espesos y húmedos de Lima "fortalecen los cerebros".¹³⁴ Cuando mucho, el médico concedía que cierta lentitud y pereza en el aprender "es posible que ocurra en alguna parte de la América peruana".¹³⁵ El peruano, en cambio, imputaba la no imposible decadencia de los cerebros mexicanos al clima seco y sutil de su capital. Y no sólo al clima, por desgracia: "los mexicanos no pueden dejar de debilitarse mucho con los frecuentes baños de agua caliente"... (!)¹³⁶

En la Argentina y en la misma España se adoptaban los argumentos de Feijóo contra el decaimiento de los criollos,¹³⁷ mientras que, el año mismo de la independencia de los Estados Unidos, un médico se ponía a sostener (1776) la precocidad de ingenio de los muchachos nacidos en la Carolina del Sur.¹³⁸ Hasta en los años en que América había encontrado sus defensores autóctonos —primeros entre ellos los jesuitas deserrados a Europa— y en polémica directa contra De Pauw, el padre Feijóo seguía influyendo con su prestigio de europeo, de hombre doctísimo y de religioso.

Por obra sobre todo de Feijóo se iniciaba, pues, un repaso atento de los juicios sobre la degeneración de los criollos, que quizá hubiera llevado a un planteamiento más seguro del problema. Pero sobre esta incipiente revisión caían con fuerza explosiva las teorías buffon-depauwianas, que machacaban con aparente rigor científico la tesis de la ineluctable decadencia de hombres y animales en el Nuevo Mundo.

Por otra parte, el año mismo de la publicación de las *Recherches* ocurría un hecho que tendría mucha importancia en el desenvolvimiento de la polémica: después de una etapa en Córcega comenzaban a llegar a Italia, a los Estados de la Iglesia (que había hecho hasta lo imposible por no acogerlos) los jesuitas expulsados, o mejor deportados, el año anterior de España y de sus dominios ultramarinos, estos últimos casi

podían hallarse en G. Francovich, *La filosofía en Bolivia*, Buenos Aires, 1945, pp. 49-51. Sobre Clavigero véase más adelante, pp. 176 ss.

¹³² A. Millares Carlo, "Feijóo en América", art. cit., pp. 151 ss.; y su Prólogo a la edición del *Teatro crítico universal*, Madrid, 1923-25 (*Clásicos castellanos*), vol. I, pp. 5-86, y vol. III, pp. 9-16; también el prólogo a la ed. popularísima de *Dos discursos de Feijóo sobre América*, México, 1945, pp. xiii-xiv.

¹³³ *Prólogos*, ed. cit., pp. 128-129, 134-149.

¹³⁴ *Lazarillo*, ed. cit., p. 334.

¹³⁵ *Prólogos*, ed. cit., p. 136: "...forsan alicubi Americae peruanae in usu erit".

¹³⁶ *Lazarillo*, ed. cit., pp. 353-354.

¹³⁷ Véase Ricardo R. Caillet-Bois, *Las corrientes ideológicas europeas en el siglo xviii y el virreynato del Río de la Plata*, en la *Historia de la nación argentina*, vol. V, Buenos Aires, 1939, p. 11; y cf. Juan y Ulloa, *Relación histórica*, I, 4 (ed. de Madrid, 1748, vol. I, pp. 47-48).

¹³⁸ Véase M. Kraus, *The Atlantic civilization*, op. cit., p. 267. La precocidad de desarrollo de los norteamericanos era afirmada todavía en 1835 por un inmigrado alemán, que la atribuía en parte al clima, en parte a la mayor libertad (*A mirror for Americans*, ed. W. S. Tryon, Chicago, 1952, p. 165).

todos criollos y representantes insignes de la cultura intelectual de sus países natales. Había en ellos, exasperados por la amargura del destierro y por el rencor de la vejación sufrida, un vivo y punzante apego a las tierras que tan brusca, tan brutalmente habían tenido que abandonar: un apego que quizá no podrá llamarse todavía patriotismo, pero que era ciertamente un componente esencial del patriotismo, e incluso, en cierto sentido, una forma embrionaria de ese sentimiento (en la cual se comprendían asimismo, por desgracia, los gérmenes del más mezquino nacionalismo).

Al llegar a Europa, los jesuitas quedaban dolorosamente sorprendidos frente a la inundación de las "calumnias" antiamericanas. Estas herían a un mismo tiempo su militante y exacerbado antirracionalismo y su afecto por las tierras en que habían crecido y en que muchos de ellos habían enseñado durante largos años. La ideología que, armada de poder político, los había reducido a la miseria y al destierro, se les representaba bajo una hojarasca científica y despiadadamente, burlonamente, denigraba el suelo donde su joven orden había conquistado sus primeros títulos de gloria, y humillaba a los pueblos que les habían sido caros y a los cuales, sin duda, se volvía la nostalgia de los perseguidos.¹³⁹ Y, después de todo, ¿no habían sido precisamente los misioneros jesuitas quienes habían formado y difundido la leyenda del buen salvaje? ¿No habían suministrado, justamente por esto, un blanco prominente a los sarcasmos de De Pauw? Por obra de ellos, y sobre todo por obra de sus relaciones escritas, la inocencia pastoril de los idilios clásicos y la sencillez de las costumbres patriarcales habían vuelto a florecer entre las selvas de la Nueva Francia. Por obra de ellos se había continuado en el siglo xvii la tradición de Ronsard y de Montaigne y se había ido formando lentamente el "eslabón de unión" entre el feroz caníbal del siglo xvi y el filantrópico hombre de naturaleza de Rousseau. Los jesuitas, en particular, se habían puesto a explicar la desconcertante inocencia de los salvajes, no ya por su exención del pecado original, sino por la ausencia de toda propiedad individual, puesto que vivían en comunidades tribales, como monjes en un convento.¹⁴⁰ Y en el Paraguay habían llegado hasta el extremo de intentar, no sin alguna fortuna, la síntesis del convento y de la tribu, del comunismo y de la Sociedad. Por otra parte, en sus descripciones naturales, los jesuitas habían reforzado las creencias de que en América existían animales ferocísimos y gigantescos, y habían hablado especial-

¹³⁹ Sobre los esfuerzos y tentativas de varios jesuitas por regresar a América, véase por ejemplo R. Vargas Ugarte, *Jesuitas peruanos desterrados a Italia*, Lima, 1934, *passim*, y en especial pp. 160-162, y el patético llamado de los cuatro sacerdotes chilenos desterrados en Imola que, con la salud muy quebrantada, invocan la necesidad de "respirar los aires nativos" (citado en Miguel Batllori, *El abate Viscardo: Historia y mito de la intervención de los jesuitas en la independencia de Hispanoamérica*, Roma, 1953, p. 123). Pero la prohibición de volver a América era absoluta, y hasta la correspondencia con sus respectivos países les estaba vedada (A. de Saint-Priest, *Histoire de la chute des Jésuites au xviii^e siècle*, Paris, 1844, p. 62). Sobre el quisquilloso patriotismo de los jesuitas españoles expulsados, véase por ejemplo P. Hazard, *La pensée européenne*, op. cit., vol. II, pp. 246-247.

¹⁴⁰ Véase G. Chinard, *Les réfugiés huguenots en Amérique, "Le mirage américain"*, Paris, 1925, pp. xiv-xv: *L'Amérique et le rêve exotique*, op. cit., *passim*; Introduction a Lahontan, *Dialogues curieux*, op. cit., p. 46 (los jesuitas como fuente de Lahontan); Zavala, *América en el espíritu francés*, op. cit., pp. 23, 172; y sobre todo la citada obra de J. H. Kennedy, *Jesuit and savage in New France*.

mente de tigres, de pajarillos melodiosos y de tierras cultivables en extrema abundancia, añadiendo que los animales europeos se multiplicaban de manera increíble.¹⁴¹

Sólo con este complejo de razones próximas y remotas se explica la espontaneidad y la vivacidad de su reacción contra De Pauw, Raynal, Robertson. En sus ataques contra estos satélites del enciclopedismo laico, los jesuitas ponían toda la pasión y la técnica erudita de su orden, toda la experiencia de una vida pasada en América, y por añadidura la firme convicción de estar defendiendo en un punto crucial los intereses inseparables de la Verdad, de la Religión y de la Patria.

Incidentalmente, con sus defensas y contraataques, los jesuitas refugiados en Italia aprestaban y ponían a disposición de sus remotos contemporáneos todo un arsenal de glorias y de tradiciones "nacionales": paradójico contragolpe, ciertamente no previsto por Carlos III cuando, al firmar la orden de expulsión, quiso reforzar en uno y otro hemisferio su autoridad despótica e ilustrada; pero acorde, o mejor paralelo sobre el plano doctrinal, a los esfuerzos prácticos que no pocos de los jesuitas expulsos desplegaron, incluso en alianza con los ingleses protestantes, para derribar el dominio de España en las colonias americanas y asegurar su independencia. Cuando estalla en el Perú la rebelión de Túpac Amaru (1781-83), los jesuitas tiemblan de impaciencia y de odio y le ofrecen a Inglaterra levantar también a México contra España.¹⁴² En Venecia, en Roma, el héroe venezolano Francisco de Miranda, siempre con la idea fija de la emancipación, recogía (1786) las listas y las direcciones de los ex jesuitas desterrados casi veinte años antes y que vivían aún en Bolonia y en otras ciudades, para luego mostrárselas a Pitt.¹⁴³

11. LOS JESUITAS ESPAÑOLES: EL PADRE NUIX UTILIZA A DE PAUW

Así, pues, es claro que, con respecto al problema de América, tenía que ser diversa la actitud de los jesuitas desterrados de España y la de los

¹⁴¹ Véase L. A. Muratori, *Il cristianesimo felice*, op. cit., *passim*.

¹⁴² G. G. Gervinus, *Geschichte des 19. Jahrhunderts*, vol. III, Leipzig, 1858, p. 38. Sobre los contactos establecidos entre el gobierno inglés y los jesuitas ya en 1767, véase el documento publicado por Saint-Priest, op. cit., pp. 293-297, y Batllori, op. cit., pp. 75, 77 nota 6, 93, 107-108, 137. Es conocida, por lo demás, la protección que les ofrecieron otros soberanos no católicos, como Catalina II de Rusia y Federico II, quien pudo contribuir con esto a ganarse en Italia la fama de criptocatólico (Goethe, *Italienische Reise*, 25 de octubre de 1786: ed. Leipzig, 1913, vol. I, p. 115).

¹⁴³ W. S. Robertson, *La vida de Miranda*, Buenos Aires, 1938, pp. 73-74, 105, 110-111, 192; S. de Madariaga, *Cuadro histórico*, op. cit., pp. 774, 845, 869, 1004; Batllori, op. cit., p. 103. Menéndez Pelayo afirma igualmente que "la expulsión de los jesuitas contribuyó a acelerar la pérdida de las colonias americanas", pero sólo a causa de la decadencia cultural y religiosa que se produjo en las colonias a raíz de su alejamiento (*Historia de los heterodoxos*, ed. cit., vol. VI, pp. 192-194). Sobre los jesuitas en general como precursores de la emancipación hispanoamericana, véase por ejemplo Rubén Vargas Ugarte, *Jesuitas peruanos*, op. cit., pp. 124-125, 129-130, y su polémica con el jesuita Miguel Batllori, centrada en torno a la figura del jesuita peruano Juan Pablo Viscardo. Mientras el peruano Vargas Ugarte tiende a exaltar el papel de los antiguos miembros de la Compañía en la lucha por la independencia —véase *La Carta a los españoles americanos de D. J. P. Viscardo y Guzmán*, Lima, 1955, especialmente pp. xiii, 42-53, 79-82, en la cual ve una coherente aplicación de las teorías políticas "democráticas" y tendencialmente "monarcómacas" de la Compañía—, su

expulsados de los virreinos ultramarinos: firmes los primeros en la exaltación de la metrópoli, y por ello mismo prontos a aceptar para su utilidad polémica algún argumento depauwiano, aunque por lo demás atacaran al autor como enemigo de España; decididos los segundos a rechazar globalmente las calumnias del prusiano y a sospechar, incluso, que estas calumnias le fueron sugeridas por españoles. Tal es la suerte común de los escritores que mayores pretensiones tienen de originalidad y de novedad paradójica: ser utilizados indiferentemente por este o aquel movimiento político. En castigo ejemplar de su impertinencia, se ven conscriptos por la fuerza en los batallones de la propaganda.

De la primera actitud, la de los jesuitas españoles, es ejemplo insigne el padre Juan Nuix. Más de diez años habían pasado desde la publicación de las *Recherches* cuando él, después de interrogar en Italia a más de cien jesuitas americanos,¹⁴⁴ escribía sus lúcidas, pero no demasiado imparciales, *Riflessioni imparziali sopra l'umanità degli Spagnuoli nell'Indie, contro i pretesi filosofi e politici, per servire di lume alle storie dei signori Raynal e Robertson* (Venecia, 1780). Durante el tiempo transcurrido, el veneno de De Pauw se había ido transmitiendo a los escritos mucho más difusos y autorizados del abate Raynal y del reverendo Robertson, pero el padre jesuita, aunque ataca en primera línea a estos dos —con algún respeto para el escocés, sin ninguno para el francés—, no pasa en silencio a Marmontel, secuaz demasiado ingenuo de Las Casas, ni a De Pauw, el cual es mencionado de manera explícita, entre los autores que recientemente han tratado de oscurecer el nombre español, por el hermano de Nuix, José, en su prefacio a la traducción castellana de las *Reflexiones* (Cervera, 1783).¹⁴⁵

De hecho, la tesis del padre Nuix es de carácter meramente histórico, y no físico-geográfico. Todo su libro, comenzando por el título —de tan fuerte sabor urbanamente jesuítico y dieciochescamente filantrópico—, apunta, no sólo a limpiar a los españoles de la acusación de crueldad para con los indígenas, sino también a demostrar que fueron mucho más humanos que los humanitarios del siglo XVIII. Encontraron que los indios eran débiles, sí, pero supieron “dar de esa debilidad una razón

hermano de hábito, el catalán Batllori, considera esto como un mito convencional, emprende la demolición de la figura del desterrado Viscardo, y niega, no ya que siguiese, sino que conociese siquiera las doctrinas “populistas” de Suárez y Mariana (op. cit., pp. 82, 147), —otra fresquísimas prueba de la indómita vitalidad de las polémicas cuya crónica estamos haciendo en el presente libro. Sobre los jesuitas de la Nueva España, en quienes el patriotismo mexicano, nacido con Cortés y Las Casas, parece haber llegado a tener forma madura y consciente, véase H. Corbató, “La emergencia de la idea de nacionalidad en el México colonial”, *Revista Iberoamericana*, Austin (Texas), vol. VI (1943), pp. 377-392. Sobre la convergencia del internacionalismo cultural de la Compañía de Jesús con el orgullo “nativo” de los padres desterrados, véase Mariano Picón Salas, *De la conquista a la independencia*, México, 1944, pp. 166-180, y Batllori, op. cit., p. 83.

¹⁴⁴ *Riflessioni*, op. cit., pp. 6-7.

¹⁴⁵ Cito algún pasaje de esta edición, que apareció después de otra edición de Madrid, 1782, debida a un traductor distinto y añadida con notas de don Pedro Valera y Ulloa. La versión de José Nuix contiene adiciones que faltan en la edición italiana, en la cual, por ejemplo, no se menciona nunca a De Pauw. Hay otra edición en francés, Bruxelles, 1788.

más justa que la que han dado algunos de los recientes filósofos”:¹⁴⁶ la atribuyeron a la escasa y mala alimentación, no a irremediables inferioridades orgánicas. Y fueron más humanos también en el juicio: “no se ha oído jamás en España eso que tranquilamente se escucha en otras partes, a saber, la infame comparación de los salvajes con las bestias”.¹⁴⁷ Por consiguiente, los indios deben considerarse dichosos de haber sido descubiertos y colonizados precisamente por los españoles, y no por los filósofos que tan desatentadamente los critican: “¡Oh infelices americanos, si en la opinión de los españoles fuisteis tales como pretenden Robertson y otros filósofos!”¹⁴⁸ Estos han negado a los americanos todos los bienes del entendimiento, todo criterio moral, convirtiéndolos en niños imbéciles, o en bestias, para las cuales está justificada la esclavitud.

Nuix defiende, pues, a los indígenas, pero no porque tenga para ellos simpatía alguna. No hay en él otro interés que por sus muy amados castellanos.¹⁴⁹ Los indígenas, “hombres los más poltrones que han llegado a verse en el mundo”,¹⁵⁰ no son sino un espejo en que refulgen más espléndidas las virtudes y las glorias de los reyes y de los capitanes de Castilla.¹⁵¹

Se comprende, así, que frente a De Pauw el padre Nuix tenga una doble actitud. Por un lado, lo vitupera de la misma manera que a los

¹⁴⁶ *Riflessioni*, op. cit., p. 131: “[seppero] rendere di quella debolezza una ragione più giusta, che non alcuni de' recenti filosofi” (ed. española, p. 219). A causa de este hispanismo à outrance (que incluye una buena dosis de antisemitismo: *Riflessioni*, pp. 190-191), Nuix, tachado de odioso sofista por Humboldt (*Essai politique sur l'île de Cuba*, Paris, 1826, vol. I, p. 153 nota 1), era admirado por Menéndez Pelayo, el cual deploraba que su obra hubiese caído en completo olvido (*Obras completas*, tomo IX, vol. IV de los *Estudios y discursos de crítica histórica y literaria*, Santander, 1942, pp. 29 y 90-91; *Historia de los heterodoxos españoles*, ed. cit., vol. VI, p. 190), y reivindicado y exaltado por J. Juderías, *La leyenda negra*, Barcelona, 1917, pp. 312-313. Verdad es que hasta un denodado paladín de España, como Rómulo D. Carbia (*Historia de la leyenda negra*, op. cit., pp. 212-215) encuentra que la “imparcialidad” del padre Nuix deja mucho que desear (sobre lo cual véase, *ad abundantiam*, L. Hanke, “The requerimiento and its interpreters”, *Revista de Historia de América*, 1938, núm. 1, p. 31; Rosenblat, *La población indígena*, op. cit., p. 15, nota 1; Miguel Batllori, “L'interesse americanista nell'Italia del Settecento. Il contributo spagnolo e portoghese”, *Quaderni Iberoamericani*, Torino, 1952, núm. 12, p. 167). Pero todavía en 1944, en el clima político de la España franquista, pareció oportuno reeditar el libro, con el título abreviado de *La humanidad de los españoles en las Indias* (Madrid, 1944, 2 vols.) y un prólogo apologético de C. Pérez Bustamente (reseñado en *Revista de Indias*, 1944, núm. 17, pp. 539-544). ¡Qué mal extinguidas están las polémicas cuyos incunables vamos rastreando!

¹⁴⁷ *Riflessioni*, op. cit., p. 298: “non si è sentito mai in Ispagna quello, che tranquillamente si sente nelle altre parti, cioè quell'infame paragone de' Selvaggi con le Bestie” (ed. española, p. 471).

¹⁴⁸ *Ibid.*, p. 303: “O infelici Americani, se nell'opinione degli Spagnuoli foste tali, quali pretende il Robertson, ed altri Filosofi!” En nota a la edición española (p. 479) se cita “el autor de las *Recherches*, etc.”, o sea, discretamente, De Pauw.

¹⁴⁹ Pero no hay que acusarlo de exagerado patriotismo. Él es catalán, y “forse, tra que' famosi Venturieri delle Conquiste, non vi fu neppure un Catalano” (*Riflessioni*, p. 4). Sin embargo, Sommervogel (*Bibliothèque de la Compagnie de Jésus*, Bruxelles-Paris, 1894, vol. V, p. 1836) afirma que nació en Tocá, en Castilla la Vieja.

¹⁵⁰ *Riflessioni*, p. 82: “...uomini i più poltroni che mai si siano veduti nel mondo”: eco de Robertson.

¹⁵¹ Otro jesuita deportado en Italia, Mariano Llorente, adopta esta tesis (con citas expresas de las *Riflessioni*, pp. 42-44, 47, 68, 75-76) en su *Saggio apologetico degli storici e conquistatori spagnuoli dell'America*, Parma, 1804, en polémica con las inves-

demás denigradores del buen nombre de España, y se esfuerza en refutar la "temeraria" acusación de que España pagaba un salario a los perros que daban caza a los indígenas, o la imputación hecha a Sepúlveda de haber permitido la esclavitud y el exterminio de los indios.¹⁵² Era esta la actitud misma de la Inquisición de España, la cual, después de que el libro de De Pauw era puesto en el Índice (31 de enero de 1777), lo juzgaba (28 de agosto del mismo año) "lleno de injurias a la Nación Española, principalmente a los conquistadores, tratándolos a éstos y a todos de bárbaros, ladrones, crueles, inhumanos",¹⁵³ es decir, condenaba también ella sus tesis histórico-políticas, de ninguna manera originales, y no las físico-geográficas, escandalosamente nuevas y extremas. Todavía en nuestros días, Carbia¹⁵⁴ trata a De Pauw sólo como exponente tardío de las acusaciones lanzadas a los conquistadores y pobladores españoles, y apenas alude a su tesis de la degeneración de América.¹⁵⁵

Pero otras veces el padre Nuix encuentra más conveniente valerse de De Pauw, ora (como se ha visto) para colocar bajo una mejor luz, en contraste con su cinismo, la benigna humanidad ibérica, ora llamándolo como testimonio *ex campo adverso* de las buenas cualidades de los españoles o de las malas cualidades de otros colonizadores.¹⁵⁶ El incauto Nuix daba así el primer ejemplo de aquella utilización de De Pauw *ad majorem Hispaniae gloriam* que acabará por hacerlo doblemente sospechoso y malquisto a los criollos en lucha con la madre patria.

Investigaciones vespucianas de Francesco Bartolozzi (1789) y con sus despectivos juicios sobre los historiadores españoles, pero incidentalmente también con Raynal (pp. 47-48, 61-63), Robertson, Marmontel y sobre todo Las Casas. Buffon es citado en las pp. 81-82 por su elogio de los misioneros. Sobre otros jesuitas que emprendieron la defensa de España incluso contra sus correligionarios americanos (como Clavigero), véase Batllori, "L'interesse americanista...", art. cit., p. 167.

¹⁵² *Riflessioni*, op. cit., ed. española, pp. 394 y 474. La primera acusación, abundantemente probada por un testigo ocular como Oviedo (*Historia general y natural*, XVII, 23, XXIX, 3; ed. cit., vol. I, p. 547; vol. III, pp. 9-10), repetida por Las Casas y por Montaigne (*Essais*, II, 12; ed. cit., p. 445), fue resucitada en el siglo XVIII por Marmontel y por Raynal, y admitida y deplorada hasta por un apologista de España como el padre Moxó (sobre el cual véase *infra*, pp. 271-272) en sus *Cartas mexicanas... escritas en 1805*, Genova, s. f. [1837-38], pp. 140-141. A fines del XVIII, un admirador de los *frontiersmen* norteamericanos refiere fríamente que "ces Américains ont dressé des chiens de race anglaise pour la chasse des sauvages", etc. (Brissot de Warville, *Nouveau voyage dans les États-Unis*, Paris, 1791, vol. II, p. 428 nota). Parece que esta cacería se recomendaba ya en 1703: cf. Pearce, op. cit., p. 23.

¹⁵³ Archivo Histórico Nacional, Madrid, *Papeles de Inquisición*, legajo 4465, n. 4, citado por Lewis Hanke, "The requerimiento and its interpreters", art. cit., p. 30, nota 7. A su vez, la Inquisición de México censuraba el libro de De Pauw (Pérez-Marchand, op. cit., p. 170, nota 2), y la de Lima lo mandaba secuestrar (J. Torre Revello, "Libros procedentes de expurgos en poder de la Inquisición de Lima en 1813", *Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas*, Buenos Aires, vol. XV, 1932, p. 342). En México, la Inquisición le había recogido (1794) al cocinero francés del ex virrey Revillagigedo, Juan Laussel, varios libros, entre ellos una "Memoria interesante para la historia de la especie humana, con una disertación sobre la América y los americanos", que es seguramente un ejemplar de las *Recherches* (J. R. Spell, *Rousseau in the Spanish world before 1833*, op. cit., p. 219).

¹⁵⁴ *Historia de la leyenda negra*, op. cit., pp. 134-139.

¹⁵⁵ *Ibid.*, p. 134, nota 194.

¹⁵⁶ Véanse por ejemplo, las *Reflexiones* en español, pp. 345 nota, 420 y 486-487.

12. EL PRIMER OPUGNADOR AMERICANO DE DE PAUW

Mucho más importantes, naturalmente, son las reacciones de los jesuitas americanos. Eran casi la vanguardia de la cultura criolla, y sus apoloías, aunque limitadas de ordinario a la región de donde habían salido—de México venía el padre Clavigero, de Chile el padre Molina, del reino de Quito (hoy Ecuador) el padre Velasco—, fueron adoptadas y repetidas por sus conterráneos cuando también a América llegaron los ecos de De Pauw.

Pero el primerísimo americano que reaccionó contra las *Recherches* no fue ninguno de ellos. A los jesuitas precedió, por un decenio, otro polemista, completamente desconocido como tal, si bien famosísimo por otros títulos. Refiere Pernety, en 1771, con acento de satisfacción (y con su habitual estilo fatigoso):

El señor Conde de Orcassidas, criollo, hijo de un virrey de México, mayordomo del Rey de España, actualmente en Berlín, adonde lo ha llevado un viaje que realiza por toda Europa con objeto de mejorar su instrucción, hombre que durante bastante tiempo ha vivido en el Nuevo Mundo y que lo ha recorrido casi totalmente con esa misma intención, es una prueba viviente contra el señor De Pauw. Ha leído sus *Recherches philosophiques* y su *Défense*; ha declarado, y sigue diciendo a todo el mundo, que su autor se ha equivocado en casi todos los artículos, particularmente en aquellos que constituyen la base de su hipótesis.¹⁵⁷

El Conde ha visto por lo menos cien mil indígenas, del Norte y del Sur, y en todas partes ha encontrado a los hombres muy bien dotados de ardor sexual ("extrêmement enclins pour le sexe"), y no ha visto a uno solo con leche en las tetillas; poca barba, sí, porque se la arrancan; y fuertes, en suma, de cuerpo y de espíritu. Las frutas europeas son en América mejores que en Europa. Y los animales de especies afines llegan en el Nuevo Mundo a tal perfección, que el padre del Conde envió algunos ejemplares al Rey de España, "para tratar de multiplicar en Europa tan hermosa raza".¹⁵⁸

¿Y quién era este "Conde de Orcassidas"? Era Juan Vicente, hijo primogénito de don Francisco de Güemes y Horcasitas, conde de Revillagigedo, virrey de México de 1746 a 1755. Siguió la carrera militar en España y fue luego a su vez, desde 1789, virrey de México: "un gran virrey, uno de los más grandes que tuvo la Nueva España", el que renovó la ciudad de México, hizo explorar las costas del Pacífico hasta el estrecho de Behring, y con infatigable energía mejoró la administración, la educación, la hacienda, las comunicaciones, la defensa y la economía de su

¹⁵⁷ Pernety, *Dissertation*, op. cit., vol. II, pp. 524-526: "Mr. le Comte d'Orcassidas Créole, fils d'un Viceroi du Mexique, Majordome du Roi d'Espagne, actuellement à Berlin, par continuation d'un voyage par toute l'Europe, entrepris pour son instruction, ayant vécu assez longtemps au nouveau Monde, qu'il a presque tout parcouru, dans la même intention, est une preuve vivante contre M. de P. Il en a lu les *Recherches philosophiques* et la *Défense*: il a déclaré, et dit encore à qui veut l'entendre, que leur Auteur s'est trompé presque sur tous les articles, particulièrement sur ceux dont il fait la base de son hypothèse".

¹⁵⁸ *Ibid.*: "Il en a envoyé plusieurs au roi d'Espagne, pour essayer de multiplier en Europe une si belle race".

país.¹⁵⁹ ¿No es casi simbólico que precisamente el gran Revillagigedo, cuando aún viajaba con fines de estudio por Europa, haya sido el primer "americano" que protestó contra las acusaciones de Buffon y De Pauw? ¿Y no hay una especie de irónica némesis en la suerte del cocinero francés que llevó consigo de Europa, y que tantos años después caía en las garras de la Inquisición, la cual le secuestraba, entre otros libros, el del funestísimo De Pauw?¹⁶⁰

13. LOS JESUITAS AMERICANOS: EL PADRE CLAVIGERO

Pero el "Conde de Orcassidas" no nos dejó ningún escrito acerca del asunto. Les correspondió a los jesuitas prófugos redactar los primeros alegatos en defensa de América.¹⁶¹ El más extenso y particularizado es la voluminosa *Historia antigua de México* del padre Francisco Javier Clavigero, que, publicada primeramente en italiano, en cuatro gruesos volúmenes (Cesena, 1780-81), no tardó en ser reimpresa, traducida a varias lenguas y difundida por ambos mundos, hasta el punto de que Prescott pudo escribir que, no obstante su prolijidad y la abundancia de hispídidos términos mexicanos, esa *Historia* creó casi un "interés popular" por la arqueología azteca.¹⁶²

La historia del sabio jesuita, que salió de México con sus hermanos de religión en 1767, y vivió en Italia, y en traducción italiana hizo publi-

¹⁵⁹ S. de Madariaga, *Cuadro histórico*, op. cit., p. 748; cf. los elogios de C. H. Haring, *The Spanish empire in America*, New York, 1947, p. 129. El padre tuvo otro hijo, Antonio María, que fue hecho conde en 1781 por Carlos III y siguió la carrera diplomática.

¹⁶⁰ Véase *supra*, p. 174, nota 153.

¹⁶¹ Poco tiempo después, un hombre de gobierno no inferior al Conde de Revillagigedo, Thomas Jefferson, se ponía al lado de los jesuitas y publicaba en París la primera defensa de la América del Norte (véase *infra*, pp. 231 ss.).

¹⁶² W. H. Prescott, *History of the conquest of Mexico*, book I, chap. 2, al final (ed. Modern Library, p. 35). Francisco de Miranda (que criticó ásperamente a Raynal) compraba en Roma la *Storia* de Clavigero para hacerla traducir en Inglaterra y, en 1787, obsequiaba el ejemplar al príncipe Potemkine (W. S. Robertson, *La vida de Miranda*, op. cit., p. 463). Una edición inglesa, en traducción de Charles Cullen (que contó, para su tarea, con la ayuda del propio Clavigero), salió a la luz en Londres en 1787, en dos volúmenes in-4º, y se reimprimió varias veces en América (la primera en Filadelfia, 1804, y luego en 1806, 1807, 1817): véase A. La Piana, *La cultura americana e l'Italia*, Torino, 1938, p. 162; H. Bernstein, *Origins*, op. cit., pp. 58 y 62, nota 40. Traducción alemana (del inglés), Leipzig, 1789-90. Traducción española, Londres, 1826, y varias reimpressiones en México (1844, 1853, 1861-62, 1868, 1883, 1917, 1944; sobre otras traducciones españolas inéditas y sobre la versión original española, editada en 1945, véase *Revista de Historia de América*, 1948, núm. 26, p. 534). En Madrid no pudo publicarse, evidentemente por su tendencia "criolla" y por la firme denuncia de las crueldades españolas, rasgos que tiene en común con la literatura de los jesuitas desterrados, llena toda de "mordacidad injuriosa" para con los españoles (Vargas Ugarte, *La "Carta a los españoles americanos"*, op. cit., p. 54); pero, a diferencia del estado de servidumbre de los habitantes de la Nueva España: véase en particular la conclusión de la obra, que señala en la miseria de los mexicanos oprimidos el castigo de Dios por las culpas de sus antepasados precolombinos: "orrendo esempio della giustizia divina e dell'instabilità dei Regni della terra" (*Storia antica del Messico*, Cesena, 1780-81, vol. III, pp. 233-234), de tono apocalíptico, y más augustiniano y jansenista que jesuítico. Traducción francesa: ? (Maneiro, op. cit., vol. III, p. 68).

car su obra —"estimulado... por algunos literatos italianos que se mostraban excesivamente deseosos de leerla en su propia lengua"¹⁶³—, permaneció como el texto clásico de historia antigua mexicana durante más de medio siglo. Pero incluso después siguió siendo una de las historias más conocidas y acreditadas por lo que se refería a la antigua monarquía de los aztecas y a la conquista de Hernán Cortés.¹⁶⁴ El sabio Icazbalceta, escribiendo hacia 1852, llamaba al padre Clavigero "el más popular de nuestros escritores y el más digno de serlo".¹⁶⁵

a) Motivo fundamental, la refutación de De Pauw

Tanto más interesante resulta, pues, el hecho de que su *Storia* haya nacido en directa polémica contra De Pauw. A decir verdad, el autor indica en su prefacio tres motivos que lo impulsaron a escribirla. Pero el primero —el deseo de evitar el tedio y la "reprensible ociosidad" del descanso a que se veía reducido— es un tanto genérico, y valdría lo mismo para cualquier otra ocupación. El segundo —el anhelo de servir a su patria— es ciertamente más definido y sincero, pero en sustancia coincide con el tercero, que es ni más ni menos la finalidad de "devolver su esplendor a la verdad ofuscada por una turba increíble de modernos escritores que

Hasta un danés quería (1787) publicarla en su lengua! (Maneiro, *ibid.*). El prologuista anónimo de la póstuma *Storia della California* (Venezia, 1789, 2 vols.) dice que la *Storia antica del Messico* se tradujo al francés, al alemán y al inglés (vol. I, p. 3). Para las citas de Clavigero que aparecen en el texto, he seguido en la medida de lo posible la versión española original de la *Historia*, editada por el padre Mariano Cuevas, México, 1945; en esta versión faltan las *Disertaciones*, para las cuales adopto (como el padre Cuevas) la traducción de Francisco Pablo Vázquez, México, 1853; en las notas mantengo siempre el texto italiano. N. del T.J

¹⁶³ *Storia antica del Messico*, ed. cit., vol. I, p. 2: "indotto... da alcuni Letterati Italiani, che mostravansi oltremodo bramosi di leggerla nella loro propria lingua". Clavigero ya sabía italiano, del cual había traducido en 1762 una vida de San Juan Nepomuceno (véase Maneiro, op. cit., vol. III, p. 49, y Sommervogel, op. cit.), pero hizo revisar su traducción por un docto italiano (Maneiro, vol. III, p. 67). Sobre las largas fatigas soportadas por él (entre ellas cierta excursión, un día de verano, en un carricoche abierto, de Bolonia a Módena, para consultar aquí un libro, regresando la tarde misma a Bolonia con la cabeza descalabrada por haber rodado del birlocho, pero contentísimo, *laetus admodum*, de su expedición literaria), véase *ibid.*, vol. III, pp. 63-67. Algún otro dato biográfico se encontrará en C. V. Callegari, "L'abate Francesco Saverio Clavigero", *Le Vie d'Italia e dell'America Latina*, luglio 1931, en José Miranda, "Clavigero en la Ilustración mexicana", *Cuadernos Americanos*, México, año V (1946), núm. 4, pp. 180-196, en Batllori, op. cit., pp. 105-106, etc. Sobre sus modernizantes ideas científicas y su eclecticismo filosófico, con anterioridad a 1767, véase B. Navarro, *La introducción de la filosofía moderna en México*, México, 1948, en especial pp. 174-194.

¹⁶⁴ Cf. Prescott, op. cit., I, 1 (ed. cit., pp. 18-19), el cual difundió la denominación introducida justamente por Clavigero de imperio azteca para designar el antiguo estado mexicano (L. H. Barlow, "Some remarks on the term «Aztec Empire»", *The Americas*, Washington, vol. I, 1944-45, pp. 345-346). En 1843, el poeta Postl aprovechaba a Clavigero para escribir una novela (E. Castle, *Der grosse Unbekannte*, Wien, 1952, p. 470). También en Italia la fama de la obra duró mucho tiempo, hasta la segunda mitad del siglo XIX: véase G. Rosa, *Storia generale delle storie* (1864), 2ª ed., Milano, 1873, p. 379. Hacia 1880, Carducci tomaba de ella la terminología mexicana y alguna pincelada de color para la oda *Miramar* (Manara Valgimigli, *Carducci allegro*, Bologna, 1955, p. 50).

¹⁶⁵ J. García Icazbalceta, "Historiadores de México", en *Opúsculos y biografías*, México, 1942, p. 9.

tratan de América".¹⁶⁶ El amor patrio es la forma positiva del mismo *animus* cuyo aspecto negativo es la polémica contra los denigradores de la tierra natal. O, mejor dicho, el amor patrio es el presupuesto sentimental que se traduce en actos y en escritos, se hace concreto y combativo en la discusión con los petulantés escritorzuélos que desde París y desde Berlín y desde Edimburgo se han atrevido a rebajar la potencia de la naturaleza mexicana, o la civilización aborígen, o incluso la raza americana. Nos cuenta el primer biógrafo de Clavigero que éste había recogido ya muchos materiales, pero que no había puesto todavía manos a la obra,

cuando he aquí que por Italia empezó a difundirse con gran bombo una desaliñada obra que tenía por título: *Investigaciones filosóficas sobre los americanos*, de cierto autor alemán, de Prusia; y aunque el estilo del autor es ciertamente flúido y no le falta elegancia, sin embargo todo lo entiende al contrario de como es y yerra a cada paso, aun en aquellas cosas que se ven más claras que la luz tan pronto como se pone el pie en el Nuevo Mundo. Este fue el último impulso para que, hechas a un lado las dificultades, se dispusiera Clavigero a tomar la defensa de la verdad y a componer la historia de los mexicanos.¹⁶⁷

Una ojeada a la *Storia antica del Messico* basta para confirmarlo. De los cuatro volúmenes que la componen, los diez libros de la historia propiamente dicha ocupan los tres primeros. El cuarto volumen (1781), que es el más grueso (casi un treinta por ciento del total), está dedicado al conde Gian Rinaldo Carli, otro célebre impugnador de De Pauw,¹⁶⁸ y contiene nueve disertaciones sobre la tierra, las plantas, los animales y los habitantes de México, que constituyen una apretada polémica contra De Pauw y —por lo que se refiere a las bestias— Buffon, con flechazos ocasionales contra Raynal¹⁶⁹ y contra Robertson.¹⁷⁰ Esta última parte repite

¹⁶⁶ *Storia*, op. cit., vol. I, pp. iv y 1: "rimettere nel suo splendore la verità offuscata da una turba incredibile di moderni Scrittori dell'America".

¹⁶⁷ Maneiro, op. cit., vol. III, pp. 62-63: "cum ecce per Italiam, magno quidem rumore, dimanare coepit inconditum opus, cui titulus erat, *Philosophicae super Americanis investigationes*, Germano quodam in Borussia auctore; cuius quidem auctoris tametsi calamus est alacer, nec inelegans, omnia tamen, contra quam sunt, intelligit, ac passim errat, in iis etiam, quae luce clariore videas, ut in Novum Orbem pedem intuleris. Et postremus hic fuit impulsus, ut, praecisus difficultatibus, ad veritatis patrocinium suscipiendum, et Mexicanorum historiam concinnandam, sese Clavigerus accingeret". [La traducción que se da en el texto es la de B. Navarro en su ed. de J. L. Maneiro, *Vidas de mexicanos ilustres del siglo xviii*, México, 1956, p. 158]. En una carta a Mariano Fernández de Echeverría y Veytia, fechada en Bolonia a 25 de marzo de 1778, Clavigero le hacía saber que estaba escribiendo sus *Disertaciones* para "rebatir los errores de Mr. Buffon, de Mr. Pauw, de Mr. Raynal y de otros célebres autores" (citado por O'Gorman, op. cit., pp. 118-119), y "por servir en lo que pudiese a mi patria" (citado por J. Le Riverend Brusone, prefacio a la ed. de la *Historia de México*, 1944, vol. I, p. 8). De las *Recherches*, Clavigero conocía la ed. de Londres, 1771, con la *Dissertation* de Pernety y la réplica de De Pauw (cf. *Storia*, vol. IV, p. 8).

¹⁶⁸ Véase *infra*, p. 214.

¹⁶⁹ Véase, por ejemplo, vol. II, pp. 189-190 nota; vol. III, p. 128 nota.

¹⁷⁰ "Tra i moderni scrittori delle cose d'America i più famosi e stimati sono il Signor di Rainal, e il Dott. Robertson". Pero el primero ha incurrido en "grossi abbagli" en cuanto al presente, y pone en duda todo el pasado de México. El segundo cae también en errores y contradicciones, "esagera la idiotaggine de' Conquistatori"

en forma polémica y oratoria lo que en la primera se ha expuesto en forma histórica y expositiva. Una vez fijada su verdad en la "historia", Clavigero baja a batallar contra el error en las "disertaciones".¹⁷¹

El error está representado en primerísima línea por De Pauw. Ya hacia el final del prefacio, De Pauw es citado, junto con Marmontel, como el ejemplo típico de esos extranjeros que han desfigurado los hechos "por herir con más crueldad a los españoles".¹⁷² Y en una larga nota acerca de la pretendida circuncisión de los mexicanos, Clavigero ataca al "sucio y mordaz autor" de las *Recherches*, no sólo por sus palmarios errores y por su irreverencia hacia la Biblia, sino también por "su particular empeño en desmenuzar todas las materias que tienen relación con los placeres obscenos".¹⁷³

Por lo demás, desde el primer libro de la historia, Clavigero se topa con la tesis de Buffon, que niega la existencia de leones, tigres y conejos en América. Pero su plan está hecho y decidido: es ésta, dice, una tesis "suficientemente refutada por nosotros en nuestras disertaciones", por lo cual "no es preciso interrumpir el curso de nuestra historia para rebatirla".¹⁷⁴ El prólogo de las *Disertaciones* explica, en efecto, que éstas tienden a disipar los errores difundidos por los "autores modernos", y prosigue: "¿Cuántos, al leer, por ejemplo, la obra del *Investigador*, no se llenarán las cabezas de mil ideas indecentes y contrarias a la verdad de mi Historia?"¹⁷⁵ Sigue un retrato feroz de De Pauw:

y se engaña cuando cree perdidas todas las fuentes (vol. I, pp. 19-21). Contra Robertson (que sin embargo es citado como autoridad en otros pasajes), véase por ejemplo vol. I, p. 29 nota; vol. III, pp. 3 nota, 9 nota, 17 nota, 19 nota, 25 nota, 38 nota, 42 nota, 85 nota, 128 nota, 200 nota; vol. IV, pp. 185 ss., 223-226, 236-238, 269-276, 286-287. En la quinta edición (1788) de su *History*, Robertson replicó a algunas de las críticas del abate, a quien inmediatamente (1782) juzgó, en una carta privada, "a weak and credulous bigot" (Humphreys, op. cit., p. 28). Clavigero había leído "potissimo studio" a Feijóo (cf. *supra*, p. 167) y conocía a Bacon, a Descartes y al "Americanum Franklinum" (Maneiro, op. cit., vol. III, p. 51, y *Humanistas del siglo xviii*, ed. G. Méndez Plancarte, p. 191); pero trata con desenvoltura la tesis de Feijóo acerca de cómo se poblaron las Américas (vol. IV, p. 25). Contra el cronista Herrera: vol. IV, pp. 66-67, 103, 201.

¹⁷¹ Hasta parecería, por algún indicio (mayor frecuencia con que se remite de la segunda a las primeras), que las *Dissertazioni* se escribieron, al menos en parte, antes que la *Storia*.

¹⁷² *Op. cit.*, vol. I, p. 18: "per incrudelire vieppiù contro gli Spagnuoli". De los demás impugnadores de De Pauw, Clavigero conoce y cita a Pernety (vol. IV, pp. 8, 171); recuerda con desprecio las "rancias" tesis preadamitas del "Autore d'una miscelabile operetta intitolata Le Philosophe Douceur, stampata in Berlino l'anno 1775" (vol. IV, p. 15); cita con honor a Molina (vol. IV, pp. 73 nota, 96 nota, 97 nota); y admira a Gian Rinaldo Carli, a quien dedica las *Dissertazioni*, pero en cuyas *Lettere americane* (vol. II, p. 267) censura la prevención anti-hispánica. Es claro que, aunque aliados en el combate contra De Pauw, no podían coincidir los puntos de vista del jesuita desterrado y del enciclopedista ilustrado.

¹⁷³ *Storia*, vol. II, p. 73 nota: "il sozzo e mordace Autore..."; "la sua diligenza nel minuzzare qualunque soggetto, che abbia qualche affinità co' piaceri osceni". Cf. vol. IV, p. 315: "quel gran Ricercatore dell'immondizie americane". Otras pullas incidentales al ignorante e insolente "Ricercatore": vol. II, pp. 132 nota, 151, 172. La obscenidad de De Pauw está fuera de duda, pero nadie se había dado por enterado antes del jesuita mexicano. La Europa de 1770-80 no se escandalizaba tan fácilmente.

¹⁷⁴ *Ibid.*, vol. I, pp. 69-70: "È una tesi! da noi nelle nostre dissertazioni abbastanza impugnata"; "non è d'uopo interrompere il corso della nostra storia per ribatterla".

¹⁷⁵ *Ibid.*, vol. IV, pp. 5-8: "Quanti, in leggendo, per esempio, l'opera del Ricercatore, non s'empieranno le teste di mille idee sconvenevoli e contrarie alla verità della mia Storia?"

Él es filósofo a la moda y erudito principalmente en ciertas materias en las cuales sería mejor que fuese ignorante, o a lo menos que no hablase.¹⁷⁶ Él sazona sus discursos con bufonadas y maledicencia, poniendo en ridículo a cuanto hay respetable en la Iglesia de Dios, y mordiendo a cuantos se le paran por delante en sus *Investigaciones*, sin ningún respeto a la verdad ni a la inocencia. Él decide francamente, y en un tono magistral cita a cada tres palabras a los escritores de la América, y protesta que su obra es fruto del trabajo de diez años.¹⁷⁷

Su fin es persuadir al mundo "que en América la naturaleza ha degenerado enteramente en los elementos, las plantas, animales y los hombres", componiendo así un retrato monstruoso del continente. Clavigero ha elegido como blanco y víctima la obra de De Pauw "porque en ella, como en una sentina o albañal, se han recogido todas las inmundicias, esto es, los errores de todos los demás". Y no será moderado en sus expresiones, porque no es conveniente usar de dulzura con "un hombre que injuria a todo el Nuevo Mundo y a las personas más respetables del Antiguo".¹⁷⁸ Entre los demás autores, tendrá que combatir al respetable Buffon, que posee grandísimas cualidades, pero que a veces se ha equivocado, o ha olvidado lo que había dicho antes, o ha descuidado algún particular.

En la primera disertación—"Sobre la población de la América, y particularmente sobre la de México"—, Clavigero discute precisamente con Buffon, sosteniendo la tesis del vínculo terrestre que existió un tiempo entre el Nuevo Mundo y el Antiguo; y sólo de manera incidental recuerda al "extravagante *Investigador*".¹⁷⁹ En la segunda—"Sobre las principales épocas de la historia del reino de México"— trata de establecer la cronología de sus diversos estratos étnicos y antiguos soberanos. Pero ya en la tercera—"Sobre la tierra del reino de México"— se desencadena la polémica contra la tesis del continente inundado, o mal desecado, contra esa tesis que hace de América "un país enteramente nuevo, apenas salido de debajo de las aguas", como quiere Buffon y, siguiendo sus huellas, el señor De Pauw ("el cual copia en gran parte las opiniones del

¹⁷⁶ Alusión a sus frecuentes digresiones sobre temas escabrosos.

¹⁷⁷ *Ibid.*: "Egli è Filosofo alla moda, ed erudito, massimamente in certe materie, nelle quali sarebbe meglio che fosse ignorante, o almeno che non ne parlasse. Egli condiscie i suoi discorsi colla buffoneria e colla maldicenza, mettendo in ridicolo quanto v'è rispettabile nella chiesa di Dio, e mordendo quanti gli si parano avanti nelle sue ricerche, senza verun riguardo alla verità né all'innocenza. Egli decide francamente ed in un tuono magistrale, cita ad ogni tre parole gli Scrittori dell'America, e protesta che la sua opera è frutto della fatica di dieci anni".

¹⁷⁸ *Ibid.*: "...che in America la Natura ha degenerato affatto negli elementi, nelle piante, negli animali e negli uomini"; "in essa l'opera del De Pauw], come in una sentina o fogna, si son raccolte tutte le immondizie, cioè gli errori di tutti gli altri"; "...un uomo che injuria tutto il nuovo Mondo e le persone più rispettabili del Mondo Antico". Nótese cómo De Pauw, introducido literariamente sólo "por ejemplo", se convierte a las dos páginas en símbolo que resume toda la literatura antiamericana. Otras pesadas pullas contra De Pauw, "il cui cervello aver sembra una particolare organizzazione per intender le cose al contrario di tutti gli altri uomini" (vol. IV, p. 248) lanza Clavigero con cierta escolástica insistencia. Cf.: "se nulla di quanto abbiám detto basta a convincere il Sig. de P., io caritatevolmente gli consiglierai di farsi condurre ad uno Spedale" (vol. IV, p. 286); y otra rápida alusión polémica aparece en el lugar donde Clavigero observa perspicazmente que "mai fecero manco onore alla propria lor ragione gli Europei, che allorché dubitarono della razionalità degli Americani" (vol. I, p. 120).

¹⁷⁹ *Ibid.*, vol. IV, p. 21.

señor de Buffon, y en donde no las copia multiplica y aumenta los errores").¹⁸⁰ Contra la inundación del continente, más antigua según Buffon, más reciente y particular según De Pauw, y contra sus funestos corolarios fisiológicos y psicológicos—hasta "la estupidez de los americanos... mil fenómenos extraordinarios, que él desde su gabinete en Berlín ha observado mejor que nosotros, que hemos estado tantos años en América"¹⁸¹—, Clavigero pone en juego argumentos naturalistas, geológicos e históricos.

b) *Represalias polémicas antieuropeas*

Un recurso polémico que le es familiar es el de retorcer contra Europa misma, o contra el Mundo Antiguo en general, los argumentos esgrimidos por los europeos.

Si América ha tenido su pequeño diluvio particular, el Viejo Mundo tuvo nada menos que el diluvio universal. Entonces, ¿cómo es que sus animales no están degenerados? ¿Cómo es que su suelo no ha quedado estéril, y estériles sus mujeres? "¿A la Europa se concedieron todos los bienes y a la América se mandaron todos los males?"¹⁸² El eurocentrismo de las tesis buffon-depauwianas se coloca aquí bajo una luz muy cruda. Pero la polémica de Clavigero se queda en la periferia; juega con los corolarios; cae en el error mismo del adversario cuando quiere demostrar la inferioridad del Mundo Antiguo respecto del Nuevo;¹⁸³ y hasta se demora en argumentos ligeramente humorísticos, como el que dirige en contra de la "quimera filosófica" de la inundación, a saber, que si existe un país que pudo salvarse del diluvio de Noé, este país es México, porque se encuentra a muy gran altura sobre el nivel del mar, y de hecho escasean aquí los fósiles marinos.¹⁸⁴

A los pretendidos efectos nocivos del clima, que De Pauw comprobaba con la mezquindad de los cuadrúpedos, la abundancia y el enorme tamaño de los insectos, las enfermedades de los americanos y tantas otras desdichas, Clavigero contrapone citas de Buffon, desacreditando los testimonios adoptados por el "filósofo prusiano", o aduciendo, según su costumbre, análogos y peores fenómenos europeos. Por buenas que sean sus razones, por apretada que sea su argumentación, no llega a contrarrestar esa sensación de fastidio que dejan todas las apologías deliberadas y tenazmente perseguidas; y siempre nos queda una impresión de elocuencia legalista y forense, en donde la escaramuza de los argumentos se sobrepone al honrado anhelo de determinar la verdad efectiva de las

¹⁸⁰ *Ibid.*, vol. IV, p. 65: "...il quale in gran parte copia i sentimenti del Sig. de Buffon, e dove non gli copia, multiplica ed ingrossa gli errori".

¹⁸¹ *Ibid.*, vol. IV, p. 68: "la stupidizza degli Americani e... mille altri fenomeni straordinari, che egli dal suo gabinetto in Berlino ha osservato meglio di noi, che tanti anni siamo stati nell'America". La ironía contra el filósofo que juzga a distancia se repite varias veces.

¹⁸² *Ibid.*, vol. IV, p. 73: "All'Europa si concedettero tutti i beni, ed all'America si mandarono tutti i mali?"

¹⁸³ Esto a pesar de que escribe que no pretende hacer aparecer a América superior al Mundo Antiguo: tales paralelos son "troppo odiosi", y el ponderar los méritos del propio país sobre todos los demás "pare più proprio di fanciulli che pugnano che d'uomini letterati che disputano" (vol. IV, p. 8).

¹⁸⁴ *Ibid.*, vol. IV, p. 77.

cosas. América, convocada ante el Tribunal de la Razón, y acusada por el fiscal De Pauw, tiene en Clavigero un abogado rico de pasión y de doctrina, pero no demasiado escrupuloso en la selección de sus armas oratorias. Difícilmente pueden justificarse, aunque sólo sea a título de represalia, ciertas frases suyas que están a medio camino entre el acre empeño de sobrepujar con la injuria y el pueril puntillo de vanidad:

Si la América no tenía trigo, tampoco la Europa tenía maíz, el cual no es menos útil ni menos sano; si la América no tenía granadas, limones, etc., a lo menos en el día los tiene; pero la Europa no ha tenido, ni tiene, ni puede tener chirimoyas, aguacates, plátanos, chicozapotes, etc.¹⁸⁵

La rapaza América aprieta en el puño la naranja arrebatada a la rapaza Europa, y le agita despectivamente en las narices una fruta que es sólo suya, totalmente suya, ¡el chicozapote!¹⁸⁶ Por esta facilidad con que cae en lo grotesco y lo ridículo, como también por su monotonía dialéctica, por cierta quisquillosa susceptibilidad que sabe a provinciana y por la obtusa negativa a considerar el punto de vista historicizante de la *Défense*,¹⁸⁷ podemos abreviar la reseña de las demás partes de la réplica clavigeriana.

La cuarta disertación —“Sobre los animales del reino de México”— combate sobre todo las tesis buffonianas, según las cuales en América “ha escaseado prodigiosamente la materia” de las especies animales. El jesuita se esfuerza en demostrar que éstas no son ni tan pocas, ni tan mezquinas, ni tan feas como lo afirman Buffon y De Pauw,¹⁸⁸ y objeta contra ellos que “tales discursos, para decir la verdad, son más bien una censura de la conducta del Criador que del clima de la América”.¹⁸⁹

Entre las aves hay ruiseñores y por lo menos otras veintidós especies de pájaros canoros, sobre todo el “celebérrimo” centzontle, admirable por la suavidad y dulzura de su canto, por la armonía y variedad de sus

¹⁸⁵ *Ibid.*, vol. IV, p. 103: “se l'America non aveva frumento, né meno l'Europa avea frumentone, il quale non è men utile, né men sano; se l'America non avea melagrane, limoni, etc., almeno oggidì li ha; ma l'Europa né ha avuto, né ha, né può avere Chirimoye, Ahuacati, Muse, Chicozapoti, etc.”; y continúa la argumentación: si América tiene partes estériles, el Viejo Mundo tiene otras más estériles y horrendas (véase *infra*, p. 192).

¹⁸⁶ Cf. también, sobre el chicozapote, *ibid.*, vol. I, pp. 51-52. Con mayor buen sentido y buen humor, otro jesuita, el viejo padre Acosta, había escrito acerca del chicozapote que “dezian algunos criollos... que excedía a todas las frutas de España”; “a mí —había agregado— no me lo parece: de gustos dizen que no ay que disputar, y aunque lo huviera, no es digna disputa para escrivir” (*Historia natural y moral de las Indias*, IV, 25; ed. cit., p. 257). Sobre la pasión polémica de Clavigero, véase J. Le Riverend Brusone, prefacio a la citada ed. de la *Historia antigua*, vol. I, pp. 10-12.

¹⁸⁷ Véase, por ejemplo, vol. IV, p. 171.

¹⁸⁸ En el vol. IV, pp. 118-119, se rebate la tesis de que las bestias son “una sesta parte più piccolet”, y difíciles de dibujar (véase *supra*, p. 51). Clavigero ha visto “una tigre... poche ore innanzi ammazzata con nove archibusate”, bastante más grande de lo que nos quiere hacer creer el Conde de Buffon (vol. IV, pp. 116-117). Y ese eruditísimo Buffon, que les cuenta los dientes y les mide la cola a todos los cuadrúpedos, se ha olvidado simplemente del comunísimo coyote mexicano (vol. I, pp. 76-77; vol. IV, p. 110).

¹⁸⁹ *Storia*, vol. IV, p. 119: “siffatti discorsi, a dire il vero, sono piuttosto una censura della condotta del Creatore, che del clima dell'America”. Muy bien, pero el racionalista conoce el clima y no conoce al Creador.

tonos, y por la gran propiedad con que remeda “no solamente el canto de las otras aves, sino también las diferentes voces de los cuadrúpedos”. En América cantan bastante bien hasta los pájaros que en España son mudos!¹⁹⁰ En una palabra, en el Nuevo Mundo los pájaros cantan mejor, cantan más, cantan todos, hasta los que no deberían cantar...

Y sigue por el mismo estilo. ¿Los avestruces americanos tienen dos dedos de más...? ¿El *unau* (bradipo o perezoso americano) tiene la belleza, la superflua belleza de cuarenta y seis costillas...? ¿Y esto se debe al clima americano? Llévase esos animales a Europa, con sus hembras, y veamos si en veinte generaciones se reduce el número de sus dedos o de sus costillas. Pero si no ocurre tal cosa, entonces habrá que decir “que la lógica de estos señores es más miserable que aquel cuadrúpedo” (el *unau*), y deberemos maravillarnos de “que en un país en donde tanto ha escaseado la materia, haya la naturaleza pecado por exceso de ella en las costillas de los perezosos y en los dedos de los avestruces”.¹⁹¹ En cuanto a ferocidad, los animales americanos no ceden en nada a las fieras de Asia, cuya agresividad y fuerza probablemente se han exagerado: “yo he visto con mis ojos el estrago causado en mi casa por un venado hecho casi doméstico, en una pobre india”.¹⁹²

A los cuadrúpedos de América, a todos, con sólo seis excepciones, y dos de ellas inciertas, se les reivindica el honor de la cola. Y si los hay bastante feos —sí, porque es un hecho que no todos corresponden a vuestras ideas sobre la belleza de las bestias—, ¡cuánto más feos son algunos del Viejo Mundo, por ejemplo el elefante!¹⁹³ Al camello, finalmente, se le restituye —con una ligera restricción apenas— la normalidad de las funciones genitales: “es falso que los camellos trasladados al Perú

¹⁹⁰ *Ibid.*, vol. I, p. 89; vol. IV, pp. 134-136: “...la facilità con cui imparà ad esprimere quanto sente”; “sa imitare... non solamente il canto degli altri uccelli, ma ostendio le differenti voci dei Quadrupedi”. De hecho, la última afirmación mencionada se retira en la nota, pero se mantiene en el texto.

¹⁹¹ *Ibid.*, vol. IV, pp. 120-121, 123: “la logica di questi Signori è più miserabile di quel quadrupede”; “[ci si dovrà meravigliare] che in un paese dove tanto ha scarseggiato la materia, abbia la Natura peccato per eccesso d'essa nelle coste de' Pigri e nelle dita degli struzzi”. Cf. Molina, *infra*, p. 195.

¹⁹² *Ibid.*, vol. IV, p. 131: “io ho veduto co' miei occhi la strage fatta in casa mia da un Cervo, divenuto quasi domestico, in una povera Americana”.

¹⁹³ *Ibid.*, vol. IV, pp. 128-129, con una sabrosa descripción del elefante, “mostro di materia”. También en el vituperio del elefante se advierte un tono de represalia. Este paquidermo era, según Buffon, el animal más cercano al hombre por la inteligencia, “autant au moins que la matière peut approcher de l'esprit” (*Morceaux choisis*, Paris, 1829, p. 139). Cf. *supra*, p. 22. El secuaz de Buffon, Oliver Goldsmith sobre el cual véase *supra*, p. 148), había llegado más lejos aún: bestia de ánimo noble y de sensible olfato, “the elephant gathers flowers with great pleasure and attention; it picks them up one by one, unites them into a nosegay, and seems charmed with the perfume”; y este dato más: entre todas, prefiere la flor de azahar (*History of the earth and animated Nature*, Part II, book IX; ed. cit., vol. I, p. 499; cf. Pitman, *op. cit.*, p. 114). ¿No parece exactamente una anticipación de Dumbo? Otros animales feos, según Clavigero, son el camello, la jirafa, el macaco (*ibid.*). El camello le parecía feísimo también al padre Molina (*Storia naturale*, *op. cit.*, p. 112): “Il cammello è un mostro, a dire il vero, paragonato con questi quadrupedi [los auquénidos] (cf. también *ibid.*, p. 294, y la 2ª ed., p. 257). Análogamente, Edmond Temple, *Travels in various parts of Peru, including a year's residence in Potosí*, Philadelphia, 1833, vol. I, p. 174, observará que la llama, la cual “in the words of Buffon assemble être un beau diminutif” del camello, es en realidad muchísimo más graciosa y “without any of the deformity of the camel”. Véase asimismo Iturri, *infra*, p. 270.

no dejaron posteridad alguna, pues el padre Acosta, que fue a él pocos años después, testifica haberlos visto multiplicados, *aunque poco*".¹⁹⁴

c) Apología del indio mexicano

La quinta disertación —“Sobre la constitución física y moral de los mexicanos”— entra de lleno a discutir la tesis de la degeneración de los hombres. Todos son degenerados, según De Pauw: los indios, los europeos establecidos en América, los europeos nacidos en América (criollos) y los mestizos de varios cruces (“castas”). Pero Clavigero —después de una estocada *ad personam* con la observación de que, si De Pauw hubiese escrito sus *Recherches* en América, podría ser él mismo un buen ejemplo en confirmación de su teoría— limita su defensa a los nativos americanos, que son “los más injuriados y los más indefensos”. Mucho menos difícil le hubiera sido defender a los criollos, ya que, como escribe con típico orgullo, “nosotros nacimos de padres españoles y no tenemos ninguna afinidad o consanguinidad con los indios”.¹⁹⁵ Pero la defensa de los indios es más urgente, y se desarrolla sobre las líneas ya conocidas. Los americanos no son débiles, ni impúberes, ni lactíferos; y las americanas no tienen esas particularidades que indiscretamente señala De Pauw. En cuanto a hermosura, contemple De Pauw a un africano, “un hombre pestilente, cuya piel es negra como la tinta, la cabeza y la cara cubierta de lana negra en lugar de pelo, los ojos amarillos o de color de sangre, los labios gruesos y negruzcos y la nariz aplastada”; contemple a un lapón, a un tártaro, a un calmuco; contemple —añade impertérrito el jesuita— a las hotentotas, que tienen “la monstruosa irregularidad de un apéndice calloso que se extiende desde el hueso pubes hacia abajo”; contemple la cola de los habitantes de Formosa y de Mindoro, ¡y que luego venga a decirnos, si tiene valor, que los americanos son feos!¹⁹⁶ Los mexicanos, en particular, son hermosos, sanos, robustos, y exentos de muchos males y enfermedades. A ningún mexicano le huele nunca mal el aliento.¹⁹⁷

¹⁹⁴ *Storia antica*, vol. IV, p. 140: “è falso, che i cammelli trasportati nel Perù non lasciarono alcuna posterità; poiché il P. Acosta, il quale vi andò alcuni anni dopo, testifica d'averli veduti multiplicati, benché poco” (el subrayado es mío; cf. *supra*, p. 53, nota 17). Poco más adelante se ridiculiza la difundida afirmación (véase *supra*, pp. 53 y 132) de que los perros dejan de ladrar (vol. IV, pp. 138-139, 147-149; cf. también vol. I, p. 73).

¹⁹⁵ *Ibid.*, vol. IV, pp. 160-161: “noi siamo nati da genitori Spagnuoli, e non abbiamo veruna affinità o consanguineità cogl'Indiani”. Cf. vol. IV, p. 247: “la lingua messicana non è stata quella dei miei Genitori, né io la imparai da fanciullo”.

¹⁹⁶ *Ibid.*, vol. IV, pp. 164-166: “... un uomo puzzolente, la cui pelle è negra come l'inchiostro, il capo e la faccia coperti di lana negra invece di pelo, gli occhi giallicci o sanguigni, le labbra grosse e nericcie, e il naso schiacciato”; “le Ottenote hanno quella mostruosa irregolarità di un'appendice callosa che si stende dall'osso pubes in giù”.

¹⁹⁷ *Ibid.*, vol. I, pp. 118-123. Este singular privilegio había sido atribuido (1703) a los salvajes de Norteamérica (“l'air qui sort de leur bouche est aussi pur que celui qu'ils respirent”, Lahontan, *Dialogues curieux*, ed. cit., p. 93). Pero es curioso que justamente otro mexicano, el padre Mier (a quien, por lo demás, le era familiar la obra de Clavigero), en polémica con De Pauw, acuse a los europeos de haber introducido en América plantas como ajos y cebollas, que apestan el aliento: quien ha comido estas cosas “no puede entrar en una casa decente” (José Guerra, seudónimo de S. T. de Mier, *Historia de la revolución de Nueva España*, Londres, 1813, vol. II, pp. 734-736; cf. *Viejas polémicas*, op. cit., pp. 266 y 269, nota 4).

Una nota de verdad vivida entra repentinamente en la discusión, cuando el viejo sacerdote prorrumpo: “Si Pauw hubiese visto, como yo, los enormes pesos que llevan sobre sus espaldas los americanos, no hubiera tenido valor para echarles en cara su debilidad.”¹⁹⁸ Los indios labran la tierra, cortan los bosques, construyen las casas, abren y componen los caminos, excavan las minas, son “los que limpian las ciudades” y hacen todos los menesteres y oficios más pesados: “esto hacen los débiles, poltrones e inútiles americanos, mientras que el vigoroso Pauw y otros infatigables europeos se ocupan en escribir invectivas contra ellos”.¹⁹⁹ Y otra nota del mismo acento se escucha en las páginas en que defiende las dotes intelectuales del indígena:

Yo... traté íntimamente a los americanos; viví algunos años en un seminario destinado a su instrucción...; tuve después algunos indios entre mis discípulos... [por lo cual] protesto a Pauw y a toda la Europa que las almas de los mexicanos en nada son inferiores a las de los europeos; que son capaces de todas las ciencias, aun las más abstractas.²⁰⁰

Si estuvieran bien instruidos, “se verían entre los americanos filósofos, matemáticos y teólogos que pudieran competir con los más famosos de Europa”. El obstáculo no es natural, sino social. No es la imbecilidad, sino la miseria: “es muy difícil, por no decir imposible, hacer progresos en las ciencias en medio de una vida miserable y servil y de continuas incomodidades”. Vayan los altaneros europeos a una de esas reuniones en que los indios tratan sus asuntos, y oirán “cómo arengan y discurren aquellos sátiros del Nuevo Mundo”.²⁰¹ Al evocar el país natal, al recordar

¹⁹⁸ *Storia antica*, vol. IV, p. 173: “Se il Sig. de Pauw avesse veduto, siccome ho veduto io, gli enormi pesi, che portano su le loro spalle gli Americani, non avrebbe avuto coraggio di rinfacciar loro la debolezza”. En la página precedente, con su acostumbrada *reductio ad absurdum*: “Gli Svizzeri son più forti degl'Italiani, e non però crederemo gl'Italiani degenerati, e nemmeno taccieremo il clima dell'Italia” (vol. IV, p. 172). Poco más adelante se citan las grandes construcciones y los durísimos trabajos agrícolas como nueva prueba de la robustez del indio (en polémica implícita también contra Las Casas; véase *supra*, p. 62). Defensa de los gigantes: vol. I, p. 125; vol. IV, pp. 10 nota y 42 nota.

¹⁹⁹ *Ibid.*, vol. IV, p. 175: “questo fanno i deboli, i poltroni e gl'inutili Americani, frattantoché il vigoroso Pauw ed altri infaticabili Europei s'occupano nello scrivere delle invettive contro loro”. Con análogo procedimiento polémico, ponderando los músculos de un mozo de cuerda del muelle de Nápoles sobre los de cualquier idealizado “germano”, Benedetto Croce contestaba a las acusaciones de debilidad lanzadas por Montefredini contra la “razza itálica” (*Aneddoti di varia letteratura*, Napoli, 1942, vol. III, p. 374).

²⁰⁰ *Storia antica*, vol. IV, pp. 190-191: “io... trattai intimamente gli Americani: vissi alcuni anni in un seminario destinato alla loro istruzione...; ebbi poi alcuni Indiani tra i miei discepoli... per lo quale... protesto al Sig. de Pauw e a tutta l'Europa, che le anime degli Americani non sono punto inferiori a quelle degli Europei: che eglino son capaci di tutte le scienze, anche delle più astratte”.

²⁰¹ *Ibid.*, loc. cit.: “... si vedrebbero tra gli Americani de' Filosofi, de' Matematici e de' Teologi, che potrebbono gareggiar co' più famosi d'Europa...; è assai difficile, per non dire impossibile, far de' gran progressi nelle scienze in mezzo ad una vita miserabile e servile, ed a continui disagi”; “... come aringano e discorrono que' Satiri del Nuovo Mondo”. También L. Hanke, “Pope Paul III and the American Indians”, *The Harvard Theological Review*, vol. XXX (1937), p. 73, nota 18, recuerda la réplica de Clavigero a De Pauw (ed. cit., vol. I, pp. 35-36) acerca de la pretendida declaración papal de que los indios son verdaderamente hombres. De los indios del Perú y de su modo de calcular con piedrecillas había escrito conclusivamente el padre Acosta:

a sus abandonados peones, a los pequeños alumnos del colegio de los jesuitas, el sacerdote desterrado se conmueve, y la polémica pedantesca se transforma en un himno de fe en la común humanidad.

La cuestión de la aptitud de los indios para aprender las ciencias y las letras tenía ya una copiosa bibliografía: y especialmente se defendieron y exaltaron las capacidades de los mexicanos.²⁰² Se volvía a proponer así, en forma laica y humanista, la antigua cuestión de la conversión de los infieles, de su capacidad para recibir el bautismo, de su asimilación a los hombres o a los brutos.²⁰³ Siempre animaba estas discusiones una fe completa en la superioridad de la civilización (religiosa o científica) sobre la naturaleza, una fe en el progreso. En el extremo opuesto están, en efecto, las tesis rousseauianas sobre lo conveniente que es para el salvaje el no ser civilizado ni constreñido a vivir en sociedad, y sobre las dañosas consecuencias de las artes y las ciencias.

Los jesuitas, en particular, habían exaltado siempre la capacidad de los indígenas para educarse y perfeccionarse en todas las artes y ciencias: era éste el fundamento doctrinal de su vastísima y tenaz acción de catequesis. Sobre la base de sus relaciones, Muratori escribía (1743) que los americanos son ciertamente estúpidos y torpes, pero no más que los miserables campesinos europeos, y que, como tienen una memoria magnífica, podrían asimilar las ciencias más altas, si —y aquí el límite no es la miseria, como dirá Clavigero, sino la razón política— “si ciertas cuerdas consideraciones no impidieran enseñarles más cosas”.²⁰⁴ Aduciendo el mismo desconfiado temor de los europeos, Muratori lava a América de la mancha de carecer de hierro. Verdad es que “hasta ahora no se ha descubierto mina alguna de hierro en ninguna de las dos Américas”, pero ¿acaso está bien averiguado que no las haya? “Casi me darían ganas de sospechar que la política europea no ha querido, hasta la fecha, ocuparse del descubrimiento de esas minas en América, por varias razones que no es del caso referir”.²⁰⁵

En suma, ya entonces recae sobre el colonialismo europeo la sospecha de haber mantenido deliberadamente a los indios en la ignorancia y de haber descuidado los recursos naturales de los países administrados... Pero volvamos a Clavigero. El mismo alcance redentor tiene su particularizada comparación²⁰⁶ entre el paganismo de los indios y el no

“Si esto no es ingenio y si estos hombres son bestias, júzguelo quien quisiere, que lo que yo juzgo de cierto es que en aquello a que se aplican nos hazen grandes ventajas” (*Historia natural y moral*, VI, 8; ed. cit., p. 142). Y a sus noticias sobre los mexicanos había antepuesto la observación de que ellas “quitan mucho del común y necio desprecio en que los de Europa los tienen, no juzgando destas gentes tengan cosas de hombres de razón y prudencia” (*ibid.*, VII, 1; ed. cit., p. 452).

²⁰² Véase *supra*, p. 167, nota 120.

²⁰³ Sobre las dificultades que el descubrimiento de las naciones americanas acrecentó a los teólogos, ya atormentados por el antiguo problema de la “salvación de los infieles”, véase Louis Capéran, *Le problème du salut des infidèles*, Toulouse, 1934, vol. I, pp. 219-225, 252-258, 288-289, 297-298.

²⁰⁴ *Il cristianesimo felice*, ed. cit., vol. II, p. 94: “. . . se saggi riguardi non militassero per non insegnar loro di più”. Cf. *ibid.*, vol. I, pp. 142-145.

²⁰⁵ *Ibid.*, vol. II, p. 247: “fin qui Miniera di Ferro alcuna non s'è scoperta in alcuna delle due Americhe”; “Mi verrebbe quasi voglia si sospettare, che la Politica Europea non abbia voluto fin qui acudirire allo scoprimento di sì fatte Miniere nell'America per varj riguardi, che non importa riferire.”

²⁰⁶ Cf. *infra*, p. 188.

menos deplorable paganismo de los antiguos griegos y romanos: viejo y explotado expediente de apologética que ya Oviedo utilizaba con frecuencia. Desde el punto de vista religioso, los americanos no eran peores que las augustas figuras de la época clásica.

El parangón con los griegos y los romanos, derivado del planteamiento del problema de la salvación de los infieles, había sido asimismo muy común —y casi diré escolástico— en la literatura de los misioneros y de los jesuitas. Antes de iniciar su relato de las civilizaciones indígenas de los aztecas y los incas, el padre Acosta había hecho esta advertencia:

Si alguno se maravillare de algunos ritos y costumbres de indios y los despreciare por insipientes y necios, o los detestare por inhumanos y diabólicos, mire que en los griegos y romanos que mandaron al mundo se hallan o los mismos u otros semejantes, y a veces de peores.²⁰⁷

Así, pues, Clavigero adopta y reaviva enseñanzas y esperanzas que se remontaban al siglo XVI.

(d) Vicios morales, religión y antropofagia

La defensa moral le resulta más fácil al heredero espiritual de los misioneros. Cuatro vicios imputa De Pauw a los indígenas: glotonería, embriaguez, ingratitud y pederastía. Clavigero niega el primero y el tercero; reconoce el segundo, pero dice que se difundió con la venida de los españoles; y se escandaliza de la cuarta acusación como de una infame calumnia, mientras que ese vicio es tan frecuente en Asia y en Europa.²⁰⁸ Admite, sin embargo, que en las relaciones familiares “el amor del marido a la mujer es mucho menor que el de la mujer al marido”. Pero, añade este singular jesuita, “es común (no general) en los hombres el inclinarse más a la mujer ajena que a la propia”.²⁰⁹

En la sexta disertación —“Sobre la cultura de los mexicanos”— Clavigero se libera fácilmente de la acusación de De Pauw, que llama “bárbaros y salvajes a todos los americanos”.²¹⁰ Los mexicanos conocían la moneda (de cacao), el hierro y el cobre, los puentes, las naves, la cal, la escritura (de jeroglíficos), el calendario, la arquitectura civil y militar, la orfebrería y otras cosas más. Poseían una rica lengua y sabias leyes. Y aquello que no conocían, nada prueba contra sus cualidades naturales, ni contra el clima, dado que la mayor parte de las invenciones son más bien debidas a la suerte, a la necesidad y a la avaricia, que al ingenio”.²¹¹ Además, si su educación era en cierto modo inferior a la grie-

²⁰⁷ *Historia natural y moral* (1590), prólogo a los libros V-VII (ed. cit., p. 302); véase también VI, 1 (ed. cit., p. 396). Sobre el constante paralelo de los mexicanos con los griegos y romanos, véanse las observaciones de Le Riverend Brusone, pref. cit., pp. 20-21.

²⁰⁸ *Storia antica*, vol. IV, pp. 195-200.

²⁰⁹ *Ibid.*, vol. I, p. 122: “l'amore che i mariti portano alle loro mogli è minore di quello che le mogli portano ai loro mariti. . . ; è comune, non già generale, negli uomini l'esser meno portati per le loro mogli che per quelle altrui”. Sobre el matrimonio de los mexicanos véase sin embargo, vol. IV, pp. 255-256.

²¹⁰ *Ibid.*, vol. IV, p. 203. A la cultura y gobierno de los mexicanos está dedicado todo el libro VII de la *Storia* (ed. cit., vol. II, pp. 100-228).

²¹¹ *Ibid.*, vol. IV, p. 239: “sono piuttosto dovute alla sorte, alla necessità e all'avanzata, che all'ingegno”.

ga bajo el aspecto intelectual, era superior, con mucho, desde el punto de vista de la moral y de la virtud.²¹²

También la séptima disertación —“Sobre los confines y la población de los reinos de Anáhuac”— se demora en el combate contra “los despropósitos de Pauw”,²¹³ y reivindica el gran número de habitantes del México antiguo. Pero Clavigero inicia la octava —“Sobre la religión de los mexicanos”— diciendo que esta vez no atacará a De Pauw, puesto que el “prusiano” ha reconocido cándidamente la semejanza entre los delirios de los americanos y los de otras naciones del Viejo Mundo, en materia de religión. No obstante, la polémica es más fuerte que el polemista, y le toma la mano, y empuja al patriota contra el jesuita. El padre Clavigero llega a defender el paganismo de los mexicanos como una religión “menos supersticiosa, menos indecente, menos pueril y menos irracional que las de las más cultas naciones de la antigua Europa”,²¹⁴ o sea preferible al clásico paganismo de los griegos y romanos. Hasta los sacrificios se arriesga a defender con cierto embarazo²¹⁵ el buen Clavigero, que sólo se detiene, espantado de su propia audacia apologética, frente a la antropofagia: “Confieso que en esto fueron más inhumanos que las otras naciones”, dice. Y sin embargo... también en el Viejo Mundo, y entre pueblos cultos, se conoció y se conoce la antropofagia. Siguen varias crueles citas, y la pregunta retórica de si fueron más culpables los mexicanos que comían a sus semejantes por máxima de religión, o los griegos que los comían (según dice Plinio) por medicina. “Pero no —reacciona finalmente el hombre sensato—, no pretendo hacer la apología de los mexicanos en este punto.”²¹⁶ Y pasa en la novena y última disertación —“Sobre el origen del mal francés”²¹⁷— a excusar a los americanos de haber transmitido a los españoles la sífilis, contra la opinión de De Pauw y de “casi todos los europeos”.²¹⁸

²¹² *Ibid.*, vol. IV, p. 261.

²¹³ *Ibid.*, vol. IV, p. 265.

²¹⁴ *Ibid.*, vol. IV, p. 288: “...men superstiziosa, meno indecente, men puerile e meno irragionevole, che quella delle più colte Nazioni dell'antica Europa”. Cf. también vol. II, p. 3. A los ritos de los mexicanos está dedicado todo el libro VI (ed. cit., vol. II, pp. 3-99). Por este esfuerzo de colocar la religión mexicana sobre todas las otras paganas, si bien, naturalmente, bajo el cristianismo, Clavigero es alabado de mexicanismo y de indigenismo por el padre Gabriel Méndez Plancarte (pp. xiii-xiv de su prefacio a la antología de *Humanistas del siglo xviii*, op. cit.).

²¹⁵ Véase *infra*, pp. 535-538, el excursus sobre “Los sacrificios humanos de los mexicanos”.

²¹⁶ *Storia antica*, vol. IV, p. 302: “Ma no, non pretendo di far l'apologia dei Messicani in questo punto.”

²¹⁷ [Falta esta disertación en la citada ed. de la *Historia antigua*, por M. Cuevas].

²¹⁸ Una especie de apéndice de la *Storia antica del Messico* es la *Storia della California*, que debía aparecer pocos meses después de la primera (*Storia antica*, vol. I, p. 110 nota), pero que no se publicó sino después de la muerte de Clavigero (Venezia, 1789; 2 vols.). Si en la primera hablaba el mexicano, en ésta habla el jesuita, que narra las glorias, no de los aztecas, sino de los padres misioneros de su orden (y al final, hablando de la expulsión, tiene alguna punta polémica contra las otras órdenes, franciscanos y dominicos, que tomaron la sucesión de la Compañía: vol. II, p. 205). Sin embargo, en el prefacio, incapaz de contenerse, Clavigero se ríe de aquellos que escriben sobre América sin estudio y sin conocimiento, como De Pauw, Robertson y otros europeos. Las *Recherches* “in un sol foglio, impiegato nel trattare di quella penisola [la Baja California], contengono quarantotto falsità da me pazientemente enunciate, tra errori semplici, bugie formali e calunnie temerarie”. De estas calumnias, falsedades y mentiras, él menciona sólo “alcune per mostra” y las refuta (vol. I,

El interés principal de Clavigero para la historia de la “debilidad” de América está en la vivacidad de su reacción, o sea en la riqueza de argumentos que suscitan en él las necias acusaciones de De Pauw. Una semi-paradoja, sazónada de anécdotas escandalosas, le sirve de arranque polémico para la rehabilitación de una de las principales civilizaciones antiguas del continente.

b) Precedentes de su técnica polémica

El procedimiento polémico preferido por Clavigero es el del contraataque. Su táctica oratoria es la que se ha definido como técnica del *tu quoque*. América se defiende enumerando minuciosamente las debilidades de Europa.

Tan instintiva es esta táctica de estocada y respuesta, tan fácil, y tan desonjeramente crea la impresión de que el argumentador se pone imparcialmente por encima de los contendientes y, sin absolver al uno, le quita al otro toda autoridad de acusador, que sigue siendo muy común todavía en las polémicas de nuestros días.²¹⁹ Pero los orígenes primeros de esta actitud se encuentran ya en Pedro Mártir, con sus indígenas desnudos que dan lecciones de moral y de teología a los cristianos. Montaigne emplea con desenfadado vigor esa arma crítica y sarcástica. Los caníbales se comen a sus enemigos por venganza, es cierto; pero los europeos devoráis vivo a un hombre en los tormentos, lo asáis, lo dais en pasto a los perros y a los cerdos, “y, lo que es peor, so pretexto de piedad y de religión”.²²⁰ Y no faltan entre nosotros, soberbiamente civilizados europeos, ejemplos de antropofagia criminal y ritual.²²¹

Una forma literaria más refinada de esta misma actitud de contrita reflexión y de sátira se tendrá primeramente, en el siglo xvii, con ciertos lucianescos *Diálogos de los muertos*, en donde Fontenelle coloca frente a frente a Cortés y Moctezuma, y opone la pretendida barbarie de los mexicanos a la decantada cordura de los atenienses y de los romanos. “No podéis reprocharme —dice el azteca— una tontería de nuestros pueblos de América, sin que yo os proporcione una mayor de vuestros países; y hasta me comprometo a no tomaros en cuenta más que tonte-

pp. 16-21). Dice luego dos palabritas también a Robertson (vol. I, pp. 21-22) y a Baynal (p. 23). Cita a Buffon en el vol. I, p. 104. Afirma la existencia de pájaros canoros, de “Rossignuoli, benché pochi, di famosi Cenzontli”, etc., “i quali col dolcissimo loro canto ed armonioso arrecano qualche sollevamento [sic] a coloro che viaggiano per quegli aridi e malinconici deserti” (vol. I, p. 99).

²¹⁹ Un apologista recentísimo de América es censurado por el reseñador del *Times Literary Supplement* (March 11, 1955, p. 143) porque “against the sharper cuts at the United States that are habitually made by Europeans he has always the same childlike defence, a *tu quoque*, which is too often neither accurate nor an answer”.

²²⁰ *Essais*, I, 31: “... et qui pis est, sous prétexte de piété et de religion”. Al final del *essai* inmediatamente anterior (I, 30), Montaigne había lamentado, con ejemplos europeos y americanos, la idea “de penser gratifier au Ciel et à la nature par nostre massacre et homicide, qui fut universellement embrassée en toutes religions”.

²²¹ *Ibid.*, I, 30 y 36. La tesis religiosa de la antropofagia —que, por cierto, no está muy alejada de las más recientes teorías sobre las creencias mágico-religiosas de los pueblos primitivos— se remonta a Las Casas. Véase nuestro excursus sobre los sacrificios de los mexicanos. Para sus relaciones con la liturgia del sacrificio divino, véase J. Frazer, *The Golden Bough* (ejemplo mexicano en las pp. 488-491 de la Abridged edition, New York, 1940).

rias griegas o romanas.”²²² Poco más tarde, en los comienzos del XVIII, al desplazarse el campo visual de la historia antigua a la geografía moderna, la misma actitud crítica y burlona asumirá una nueva forma, con las *Lettres persanes*, que ponen al desnudo los prejuicios y las debilidades de Europa ante los ojos fijos e irónicos de un extra-europeo. Como es sabido, las imitaciones de las *Lettres persanes* fueron innumerables; y no pocas de ellas se valieron de los americanos como de observadores cándidos, escandalizados y sin prejuicios de las convenciones europeas. Típicas, al menos por el título, son las *Lettres d'un Sauvage dépaycé (à son correspondant en Amérique)*, contenant une critique des mœurs du siècle, et des réflexions sur des matières de religion et de politique, que aparecieron anónimas en 1738.²²³ Análogas expresiones encontrará en las utopías, muchas de ellas de ambiente americano, la crítica de la sociedad europea.

Voltaire manejará la antítesis polémica con excepcional virtuosismo, tanto en forma de novela (*Zadig*, por ejemplo) como en forma de argumentación directa. Un solo botón de muestra: “Nos burlamos de la credulidad de los indios, y no nos ponemos a pensar que en Europa se venden cada año más de trescientos mil ejemplares de almanaques, llenos de observaciones no menos falsas, y de ideas no menos absurdas.”²²⁴

Dos casos particulares de esta antítesis merecen ser mencionados: el de los europeos que matan y no devoran a sus enemigos, y el de la pobreza de la naturaleza europea opuesta a la benigna generosidad de la americana. Los señalamos aquí, entre otras cosas, porque Clavigero, que los encuentra en su arsenal de represalias, evita la utilización del primero, que repugna a su religiosa humanidad, mientras que usa y abusa del segundo.

Montaigne, como se ha visto, había sabido defender a los caníbales americanos. Y el filósofo La Douceur había ironizado sobre el noble oficio europeo de matar hombres sin comerlos. Voltaire emplea más de una vez la satírica contraposición. En el *Candide*, Cacambo aprueba a los antropófagos Oreillons: “ciertamente, más vale comer a nuestros enemigos que abandonar a los cuervos y a las cornejas el fruto de nuestra victoria”, como hacen los europeos porque tienen cosas mejores que comer.²²⁵ La *Lettre de M. Clocpicre à Mr. Eratou*, después de expresar “quelque horreur” por el relato de un húsar que se había comido a un

²²² Fontenelle, *Dialogues des morts*, en *Oeuvres*, Paris, 1766, vol. I, p. 202: “vous ne sauriez me reprocher une sottise de nos Peuples d'Amérique, que je ne vous en fournisse une plus grande de vos Contrées: et même je m'engage à ne vous mettre en ligne de compte que des sottises Grecques ou Romaines”.

²²³ Atribuidas durante mucho tiempo al Marqués d'Argens, autor de unas *Lettres juives* y de unas *Lettres chinoises*, se creen hoy obra de J. Joubert de la Rue. Son una imitación de las *Lettres persanes* y de los relatos y diálogos de Lahontan, el cual, a su vez, parece haberse inspirado en Luciano (véase G. Chinard, introducción a su ed. de los *Dialogues curieux*, op. cit., pp. 45-46 y 64).

²²⁴ *Essai sur les mœurs*, chap. 157 (ed. cit., vol. V, p. 57): “Nous insultons à la crédulité des Indiens, et nous ne songeons pas qu'il se vend en Europe tous les ans plus de trois cent mille exemplaires d'almanachs, remplis d'observations non moins fausses, et d'idées non moins absurdes”.

²²⁵ *Candide*, chap. xvi (ed. Pléiade, p. 181): “certainement il vaut mieux manger ses ennemis que d'abandonner aux corbeaux et aux corneilles le fruit de sa victoire”. Se ve aquí el nexo con otro motivo, el de la escasez de alimentos en América. Cf. *supra*, p. 41, y p. 93, nota 106.

cosaco y lo había encontrado muy correoso, observa que no hay que concluir de lo particular a lo general, que hay cosacos y cosacos, y que tal vez se podrían hallar cosacos tiernísimos, pero termina con las palabras del húsar: “¡Vamos, señores...! ¡Qué delicados sois! Se mata a doscientos o trescientos mil hombres, y todo el mundo lo encuentra muy bien; se come uno a un cosaco, y todo el mundo se pone a chillar.”²²⁶ En el artículo “Antropofages”, de las *Questions sur l'Encyclopédie*, Voltaire comenta su entrevista con una antropófaga del Mississippi con quien había hablado en 1725 en Fontainebleau: “Matamos en orden de batalla, o sin orden, a nuestros vecinos... ¿Qué importa, cuando lo matan a uno, ser comido por un soldado, o por un cuervo y un perro?”²²⁷ Y el mismo coloquio con la cenicienta canibalesa es referido en el *Essai sur les mœurs*, donde Voltaire lo concluye con esta “moraleja”: “La verdadera barbarie consiste en dar la muerte, y no en disputarles un muerto a los cuervos y a los gusanos”,²²⁸ y recuerda copiosos ejemplos parisinos y holandeses, bíblicos y tártaros de antropofagia feroz y religiosa.

Kant acentúa con más fría ironía la condena del guerrero europeo:

La diferencia entre los salvajes de Europa y los de América está principalmente en que muchas tribus americanas han sido devoradas por sus enemigos, mientras que los Estados europeos, en lugar de comerse a los vencidos, hacen algo mejor: los incorporan al número de sus súbditos para tener más soldados con qué hacer nuevas guerras.²²⁹

El no se comen a sus enemigos, es porque los europeos son más utilizados que los americanos.

En nuestros días, Shaw se halla absolutamente en la línea volteriana cuando, en el prefacio a su *Saint Joan*, se adhiere en tono sarcástico al pasmo de los salvajes de las islas Marquesas al oír que Juana de Arco fue quemada y luego no fue comida: “¿Por qué —preguntan— iba nadie a tomarse el trabajo de asar a un ser humano como no fuera con ese fin? No conciben que ello sea un placer. Como no podemos contestarles nada que no sea una vergüenza para nosotros, sonrojémonos de nuestro salvajismo, más complicado y más pretencioso.”²³⁰

²²⁶ *Op. cit.*, en *Oeuvres*, ed. Londres, 1770-79, vol. XXVIII, p. 111: “Vraiment, messieurs... Vous êtes bien délicats; on tue deux ou trois cent mille hommes; tout le monde le trouve bon; on mange un cosaque, et tout le monde crie.”

²²⁷ *Op. cit.*, en *Oeuvres*, ed. Londres, 1770-79, vol. XLVII, pp. 27-29: “Nous tuons en bataille rangée, ou non rangée, nos voisins... qu'importe quand on est tué d'être mangé par un soldat, ou par un corbeau et un chien?”

²²⁸ *Essai*, chap. 146 (ed. cit., vol. IV, p. 379): “La véritable barbarie est de donner la mort, et non de disputer un mort aux corbeaux et aux vers.”

²²⁹ *Zum ewigen Frieden* (1795), Zweiter Definitivartikel: “der Unterschied der europäischen Wilden von den amerikanischen besteht hauptsächlich darin, dass, da manche Stämme der letzteren von ihren Feinden gänzlich sind gegessen worden, die erstere ihre Überwundenen besser zu benutzen wissen, als sie zu verspeisen, und lieber die Zahl ihrer Untertanen, mithin auch die Menge der Werkzeuge zu noch ausgebreiteteren Kriegen durch sie zu vermehren wissen”. [Se utiliza en el texto la traducción de F. Rivera Pastor, Madrid, 1919.]

²³⁰ *Op. cit.*, ed. Tauchnitz, pp. 53-54: “Why, they ask, should anyone take the trouble to roast a human being except with that object? They cannot conceive its being a pleasure. As we have no answer for them that is not shameful to us, let us blush for our more complicated and pretentious savagery.” [Se utiliza en el texto la traducción de J. Broutá, Madrid, 1925.]

Menos frecuentes, ciertamente, son en la literatura del Viejo Mundo las denigraciones de la naturaleza europea frente a la americana. La tendencia se pierde, por lo común, en el simple panegírico de la exuberancia tropical de América, sin injuriosas y estériles comparaciones. Pero, poquitos años después de Clavigero, el Inca de André Chénier, relatando la conquista de México por obra de los españoles, llamará "avara" a la naturaleza de los europeos. Estos no tienen peces en sus ríos, ni pájaros en sus selvas. No tienen los "glands onctueux" del cacao, no tienen nueces de coco, no tienen bananas...

*Leurs champs du beau maïs ignorent la moisson,
le mangue leur refuse une douce boisson.*²³¹

Por lo demás, al historiador no le está concedida la misma indulgencia que al poeta. En Clavigero, ese altercado de mundos carece completamente de dignidad. Sobre un plano político, y no ya doctrinal, en sus ingenuos acentos de desdén y de pique, en ese echar en cara a los griegos la pederastia, a los romanos la crueldad, y así muchos otros vicios, se pueden reconocer, además, los primeros vagidos de la exaltación moralista del Nuevo Mundo, en polémica con el Antiguo y corrompido, que en aquellos mismos años inspiraba a los publicistas de los recién nacidos Estados Unidos y que se adoptaría y desarrollaría y se convertiría hasta el fastidio en propaganda durante todo el siglo XIX y este buen pedazo del XX.

14. LA "HISTORIA NATURAL DE CHILE" DEL PADRE MOLINA

El padre Juan Ignacio Molina, que cuando salió de Chile y se dirigió a Italia era un joven de veintisiete años apenas, y no había recibido aún las órdenes, no puede compararse con el sabio y autorizado Clavigero. La historia natural, y no la arqueología, es su interés más decidido. Ni siquiera los altivos araucanos lo hacen arder de verdadera pasión. Ese patriótico orgullo que inflama ciertas páginas del mexicano, se reduce en el chileno a una ponderación de las bellezas paisajísticas y de las dulzuras climáticas de Chile, tierra que él define como "la Italia, es decir el jardín de la América meridional".²³² Más aún: para convencer al lector

²³¹ Fragmento de la *Amérique*, en *Oeuvres complètes*, ed. Pléiade, Paris, 1940, p. 418: ["Sus campos desconocen la cosecha del hermoso maíz; el mango les niega una dulce bebida..."]. En la literatura patriótica norteamericana son frecuentes las exaltaciones de la abundancia de cosechas y frutos en el Nuevo Mundo (M. Curti, *The roots*, op. cit., passim, especialmente pp. 30, 40-41, 69). Famosa es la tirada de Burke (1775): "for some time past the old world has been fed by the new", el cual ha presentado a su viejo padre el túrgido seno "with a true filial piety, with a Roman charity" (en *Works*, ed. World's Classics, vol. II, p. 182). Sobre la pretendida escasez de alimentación en América, véase *supra*, pp. 41 (Voltaire), 81 (De Pauw), etc.

²³² Giov. Ignazio Molina, *Saggio sulla storia naturale del Chile*, Bologna, 1782, pp. 3, 29 et passim. Volney, *Oeuvres complètes*, ed. cit., p. 684 nota, podrá creerlo sencillamente italiano. Por lo demás, el propio Molina, nacido en Concepción, después de una larga permanencia en Italia se sentía "più Bolognese che Americano" (*Memorie di storia naturale*, Bologna, 1821, pp. 1, 7, 56, 196; también Clavigero fue tenido por italiano: Jefferson, *Catalogue of the library*, ed. cit., vol. IV, p. 269; Rosa, op. cit., p. 379). La bibliografía de Molina presenta algunas dificultades. Se le atribuye ante

de la benignidad de la tierra chilena, llega a decirnos que los leones, los pocos leones que se encuentran sólo en los montes más densos, "son tímidos y diferentes de los leones melencidos de África", y nunca se han atrevido a hacer frente al hombre, "antes huyen de todos los lugares que este frecuenta".²³³ Admite asimismo el jesuita que en Chile hay solamente treinta y seis especies indígenas de cuadrúpedos.²³⁴ Y, si bien los insectos son ahí bastante numerosos, "con todo, yo soy de opinión, a juzgar por lo que voy observando (¡nos parece ver cómo se rasca el buen Molina!), que los insectos terrestres son más numerosos en Italia".²³⁵

a) Rehabilitación de la naturaleza chilena

No obstante esta ingenua exhumación del "león cobarde" y de la escasez de especies animales, también Molina se inflama de orgullo america-

do un anónimo *Compendio della storia geografica, naturale e civile del regno del Chile* (Bologna, 1776); pero ya el traductor alemán de este *Compendio*, E. J. Jagemann (Hamburgo, 1782), lo atribuía a cierto Felipe Gómez de Vidaurre (cf. también el *Catalogue of the library of Th. Jefferson*, ed. cit., vol. IV, p. 293); el padre Batllori se inclina a creerlo de Vidaurre en su libro sobre *El abate Viscardo*, op. cit., pp. 104, nota 83, 138, 155, 303-304, pero en "L'interesse americanista...", art. cit., dice que la paternidad está dudosa entre Molina y Vidaurre. La primera obra indiscutida de Molina es este *Saggio sulla storia naturale* (que contiene una ligera alusión al *Compendio*, p. 7), traducido al alemán en 1786 (y citado inmediatamente por Kant, *Akademie-Ausgabe*, vol. XIV, p. 634), al español por Domingo Joseph de Arquellada y Mendoza (Madrid, 1788) y al francés por Gruvel (París, 1789; así, el autor podía escribir orgullosamente al frente de la segunda edición: "tutte le Nazioni colte d'Europa lo vollero tradotto nelle loro lingue"). En 1787 publicaba, asimismo en Bolonia, el *Saggio sulla storia civile del Chile*, traducido al alemán en 1791 y al español, por Nicolás de la Cruz y Bahamonde, en 1795 (Madrid). Las notas añadidas a esta última traducción, junto con las notas de la versión francesa, fueron utilizadas en la edición inglesa (Middletown, Conn., 1808; London, 1809, 2 vols.) de la traducción de los dos *Saggi* que hizo Richard Aslop directamente del italiano, intitulada *The geographical, natural and civil history of Chile*, aunque, según Batllori (*El abate Viscardo*, p. 104), no es sino traducción del anónimo y discutido *Compendio* de 1776. Finalmente, en 1810, cuando frisaba ya en los setenta años, publicaba Molina en Bolonia una segunda edición de su *Saggio sulla storia naturale*. Impresa en gran formato, en estilo bodegano, copiosamente "accreciuta", hasta con datos fresquísimo referidos por Humboldt y por los botánicos Ruiz y Pavón, la obra ofrece todas las señales de una versión definitiva, y resulta mucho menos empeñada que la primera edición en la polémica contra De Pauw y sus secuaces: "le loro diatribe — escribe Molina — al giorno d'oggi sono cadute nell'oblio che meritavano", y la revolución llevada a cabo en la América del Norte "ne ha fatto tacere tutti i detrattori", etc. (op. cit., p. 272). El jesuita chileno contradice todavía incidentalmente a De Pauw (por ejemplo, pp. 11, 24, 29), pero se trata de residuos ya semiextinguidos. Suprime otras escaramuzas polémicas, como la que había emprendido contra el padre Gillij (véase *infra*, p. 196); pero, en compensación, abandona igualmente ciertas jactancias de la edición de veintiocho años antes sobre el succulento sabor de la carne de las vacas andinas, las dimensiones de los cuernos de los bueyes (véase *infra*, pp. 197-198), etc. Por otra parte, atenua su reverencia por el sistema clasificatorio de Linneo (por ejemplo, p. 254).

²³³ *Storia naturale*, pp. 51-52 ("sono timidi e differenti da' leoni ciniti dell'Africa"), 295-299 ("... anzi fuggono da tutti i luoghi, che esso frequenta"). Cf. *Memoria*, op. cit., vol. II, p. 185.

²³⁴ Le parece, sin embargo, un número miserable, y no puede tragarlo: "io sono per altro ben persuaso, che ve ne siano di più", dice en la *Storia naturale*, p. 273; pero en la segunda edición (1810) llega a contar "appena" treinta y ocho especies de mamíferos (ed. cit., pp. 172, 226).

²³⁵ *Storia naturale*, p. 196: "... nulla dimeno io sono di parere, per quanto vado osservando, che gl'insetti terrestri sieno più numerosi in Italia". Cf. *supra*, p. 95.

no en reacción contra la calumnia de De Pauw, y se afana estudiosamente en demostrar que en ninguno de los tres reinos cede el Nuevo Mundo al Antiguo. Buffon podrá negarlo cuanto le dé la gana, pero hasta un animalazo como el hipopótamo parece encontrarse en los ríos y en los lagos del Arauco —un hipopótamo con pies palmeados “como las focas”, y con una piel cubierta de un pelo suave, “de color semejante al de los lobos marinos” (es decir, focas). El prudente Molina no afirma de manera perentoria su existencia, pero ésta es “universalmente creída en todo el país”.²³⁰

El prefacio habla al comienzo en tono genérico del gran interés que Europa demuestra “presentemente” por América; se alarga hablando del escaso conocimiento que allí se tiene de Chile, y expone el plan de la obra. Tras lo cual, de manera repentina, estalla la polémica contra De Pauw:

Los lectores que conozcan las *Investigaciones filosóficas sobre los americanos* del señor Pauw, se maravillarán bastante de encontrar descrito un país de América de manera distinta de como él quisiera hacer creer que son todas las partes de aquel vasto continente. Pero ¿qué puedo hacer yo? ¿Habré de traicionar la verdad para no exponerme a los sarcasmos poco decentes con que el autor de las susodichas *Investigaciones* arremete contra todos aquellos a quienes encuentra opuestos a sus extrañas ideas?²³⁷

De Pauw no ha visto nada de las Américas, y por motivos suyos, “que no son difíciles de adivinar”,²³⁸ no ha querido ver en los autores fidedignos nada que se opusiese a sus tesis, las cuales de “incongruentes premisas” deducen “conclusiones antiamericanas”. Sus descripciones podrían aplicarse a la luna y a los selenitas. Pero, para desgracia suya, América no es la luna; la han visitado hombres sabios, y otros la han estudiado movidos sólo por el amor de la verdad, como el conde Gian Rinaldo Carli.²³⁹

²³⁰ *Ibid.*, p. 274.

²³⁷ *Ibid.*, p. 12: “I miei Leggitori, a cui sieno note le *Ricerche Filosofiche sopra gli Americani* del Sig. Pauw, si meravigliarono assai di trovar descritto un Paese dell'America differentemente da quello, che esso vorrebbe far credere, che fossero tutte le parti di quel vasto Continente. Ma che posso far io? Dovrò tradir la verità per non espormi ai sarcasmi poco decenti, con cui l'Autore delle suddette *Ricerche* inveisce contro tutti quelli, che trova opposti alle sue strane idee?” Nótese que De Pauw no es mencionado siquiera en el *Compendio* atribuido a Molina, en el cual, sin embargo, se afirmaba que los animales europeos se habían aclimatado en Chile “senza degenerare in nulla” (p. 91; para las plantas, véase p. 43). Del ruiseñor chileno admite el autor que “è più piccolo di questo di qua, e il suo canto non è sì continuato, né sì armonioso” (p. 64). En la *Storia naturale*, el ruiseñor desaparece, pero de la *thénca*, variedad del *centzontlatole* (véase *supra*, pp. 182-183), asegura Molina, entre otras maravillas, que “la sua voce è più alta, più variata e più melodiosa di quella dell'usignolo” (p. 252).

²³⁸ Esta transparente acusación de venalidad volverá a ser esgrimida en el siglo XIX por el peruano Dávila Condemarín (véase *infra*, p. 279), y todavía en nuestros días por el norteamericano Echeverría, quien supone que De Pauw se convirtió en instrumento de la política anti-migratoria de Federico II (*Mirage in the West*, op. cit., pp. 11-12).

²³⁹ *Storia naturale*, pp. 12-14. Carli es alabado también en las últimas líneas de la *Storia civile* (p. 308) y en las *Memorie*, op. cit., vol. II, p. 190. De los demás autores que intervinieron en la polémica, Molina cita varias veces a Pernety (*Storia naturale*, pp. 148-149 nota, 161-162 nota, 165, 283), a Robertson (*ibid.*, pp. 29-30, 322; *Storia civile*, pp. 73, 308), a Raynal (*Storia naturale*, pp. 39-41, 48, 50, 62-63; *Storia*

Al desarrollar su tema, de manera un tanto árida y escolástica, el padre Molina ridiculiza genéricamente a aquellos (De Pauw pertenece al número) que opinan que los perros del Nuevo Mundo no sabían ladrar,²⁴⁰ pero, sobre todo, no pierde ocasión de exponer al público ludibrio al “filósofo” francés que niega a las Américas la capacidad de producir duraznos, albaricoques, cerezas, y en general frutas con hueso,²⁴¹ o hierro de buena calidad,²⁴² u hombres de larga vida;²⁴³ que confunde las residencias de las distintas tribus de indios,²⁴⁴ y cree que Atacama está en Chile,²⁴⁵ y nada sabe de la lengua chilena²⁴⁶ ni del clima chileno, que no es en absoluto tal como lo describe De Pauw, porque “la Naturaleza se complace en transgredir las leyes que se hacen sin consultar la situación de los países a que se quieren imponer”;²⁴⁷ que, finalmente, considera degenerado el avestruz chileno en comparación con el africano “porque en lugar de dos, tiene tres dedos adelante”,²⁴⁸ mientras que, en todo caso —replica Molina—, el “bastardo” será él, el avestruz africano, que tiene un dedo menos...

b) Respetuosa discusión con Buffon

Este último golpe polémico nos lleva, por el tono, a la técnica despectiva de Clavigero; pero el contenido nos pone en plena atmósfera buffoniana, frente a las vidas paralelas de bestias perfectas o decaídas, corpulentas y enteras o pequeñas y mancas. Molina conoce a Buffon; pero de pasada rechaza respetuosamente su autoridad: “ese gran hombre estuvo mal informado acerca de este punto [la relación entre vicuña y alpaca] como en muchos otros relativos a la historia natural de Amé-

civile, pp. 77-78, 101-102, 273, 275-276; Raynal había elogiado el clima y la naturaleza de Chile: cf. *supra*, p. 43) y a Clavigero (*Storia naturale*, p. 270; *Memorie*, vol. II, p. 185). Conoce también y utiliza ampliamente las obras del padre Acosta, de Frezier, de Feuillée y de Ulloa.

²⁴⁰ *Storia naturale*, p. 270; cf. *supra*, pp. 53, 132, 184 (nota 194), etc.

²⁴¹ *Storia naturale*, p. 194 nota.

²⁴² *Ibid.*, pp. 91-92; y véase *supra*, p. 54. Más aún: en su entusiasmo por los minerales de Chile, Molina acierta con una profecía sobre la gran riqueza que le vendrá un día por los nitratos (*ibid.*, pp. 70, 82, 85-86). Pero aún sostiene como “un fatto costante in America” que “le miniere esauste si rigenerano di nuovo coll'andar del tempo, e tornano a riempirsi come prima” (*Memorie*, op. cit., vol. I, pp. 181-182), —como si fuesen otras tantas bolsas diabólicas inagotables.

²⁴³ *Storia naturale*, p. 333; *Storia civile*, p. 53. Sobre este punto insiste el padre Molina, que, de hecho, vivió 89 años (1740-1829). Según él, los famosos patagones no son sino los grandes y fuertes indios de la Sierra chilena, los puelches, los “titani Antartici” (*Storia naturale*, pp. 9, 337; *Memorie*, vol. I, pp. 199-200; pero cf. *Compendio*, p. 226); y dice que en la región habitada por ellos crece el pino de Chile, “l'albero più gigantesco del globo terrestre” (*Memorie*, loc. cit.).

²⁴⁴ *Storia naturale*, p. 27.

²⁴⁵ De Pauw dice que el ejército de Almagro sufrió hambre en Chile. No, responde Molina: “la carestia afflisse quelle truppe nel deserto di Atacama che non ha rilevato mai dal Chili” (*Storia naturale*, p. 128 nota). ¿Existe hoy un solo chileno dispuesto a renunciar a Atacama y a sus nitratos?

²⁴⁶ *Storia naturale*, p. 334; *Storia civile*, pp. 305-307.

²⁴⁷ *Storia naturale*, p. 41: “la Natura si compiace di trasgredire le leggi, che fannosi senza consultare il locale dei paesi, a cui si vogliono imporre”. Sobre la extrema humedad de las Américas, cf. sin embargo las *Memorie*, vol. II, p. 180.

²⁴⁸ *Storia naturale*, p. 261; cf. Clavigero, *supra*, p. 183.

rica".²⁴⁹ ¿No pretende el naturalista francés que los Mares Australes son "inhábiles para la producción de las ballenas"? Sólo peces de modestas dimensiones admite en aquel Océano: "este gran hombre [otro pescozón], que algunas veces se deja transportar demasiado de sus sistemas favoritos, podía haberse acordado por lo menos de la monstruosa corpulencia de los falsos leones marinos de las islas de Juan Fernández, que él mismo describe".²⁵⁰

En otro pasaje, Molina toma de manos de Buffon el arma crítica que éste había formulado con las palabras "les noms avaient confondu les choses", y la endereza contra uno de sus secuaces:

[Todos los males han venido] del abuso que hicieron aquellos primeros conquistadores de los nombres de los seres del Viejo Continente, aplicados por ellos caprichosamente y sin ningún discernimiento a los nuevos objetos que se les ponían por delante con alguna ligera semejanza a aquellos que habían dejado en Europa... El abuso de la nomenclatura, que continúa todavía, ha sido perniciosísimo para la historia natural de América: a él se deben los caprichosos sistemas sobre la degradación de los cuadrúpedos en aquel inmenso continente; de ahí proceden los pequeños ciervos, los pequeños jabalíes, los pequeños osos, etc. que se aducen en apoyo de tales sistemas... Un moderno y respetable autor, que afirma que es evidente la degeneración de los animales en América,²⁵¹ [ha caído en el mismo error. Fácilmente se podrían defender] todos los cuadrúpedos americanos, contra los cuales se ha fulminado provisionalmente la sentencia de degradación.²⁵²

²⁴⁹ *Storia naturale*, p. 313; *Storia civile*, pp. 9-10: "questo grand'uomo è stato male informato su questo punto come in molti altri concernenti la storia naturale d'America".

²⁵⁰ *Storia naturale*, pp. 230-231: "... questo grand'uomo, che talvolta si lascia trasportar troppo da' suoi favoriti sistema, poteva almeno ricordarsi della mostruosa corporatura de' falsi leoni marini dell'Isola di Gio: Fernandes, che egli stesso describe". Sobre las ballenas del Antártico, cuya existencia niega Buffon "per uno dei più insostenibili dei suoi strani paradossi", véase también el dudoso *Compendio*, *op. cit.*, pp. 74-75, y la memoria "Le Balene" en las *Memorie*, *op. cit.*, vol. II, pp. 54, 61-63, con citas de Pernety, Bougainville, etc. Los falsos leones marinos de Buffon, dice Molina, son en realidad "lami" (*Phoca elephantina*); y el naturalista chileno nos describe amenamente sus furibundas peloteras por las hembras, que esperan a un lado, "pronte poi ad applaudire e seguire il vincitore. Così i più valorosi [como si fueran panzudos bajáes] si formano dei numerosi serragli, e accompagnati dalle sultane tolte al più deboli passeggiano trionfanti pel vasto Oceano" (*Storia naturale*, p. 282).

²⁵¹ Se trata del padre Filippo Salvatore Gilij (sobre el cual véase *infra*, p. 204). Contra los geólogos que, "per un'alogia malintesa", han querido extender a los volcanes americanos los sistemas modelados sobre los europeos, cf. *Memorie*, vol. I, p. 26; contra los botánicos, *Storia naturale*, 2ª ed., p. 225.

²⁵² *Storia naturale*, pp. 270-271: "[Tutti i guai son venuti] dall'abuso, che fecero quei primi Conquistatori dei nomi degli esseri del Vecchio Continente applicandoli capricciosamente e senza verun discernimento ai nuovi oggetti, che si paravan loro davanti con qualche leggiera somiglianza a quelli che avevano lasciati in Europa... L'abuso della nomenclatura, che continua tuttora, è stato perniciosissimo alla storia naturale d'America: da questo derivano i capricciosi sistemi sulla degradazione dei quadrupedi in quell'immenso continente: quindi procedono i piccoli cervi, i piccoli cinghiali, i piccoli orsi, ecc. che allegansi ad appoggio di tali sistemi... Un moderno, rispettabile Autore, che pretende essere evidente la degenerazione degli animali in America, [è caduto nello stesso errore. Facilmente si potrebbero difendere] tutti i quadrupedi Americani, contro i quali è stata fulminata provisionalmente la sentenza di degradazione". Cf. *Storia civile*, p. 99: "io non ho mai preteso di dire, che tutto siasi migliorato in America. Io sono per carattere nemico di comparazioni odiose".

La defensa de Molina es eficaz: la naturaleza americana no es inferior, sino sencillamente diferente. Y Molina está pronto a percibir las diferencias. Hasta entre los americanos de distintas naciones encuentra singularidades que no permiten decir que sean "todos iguales". No contiene una risa de menosprecio a costa de quienes no saben percibirlo: "Me río para mi capote cuando leo en ciertos escritores modernos, que pasan por observadores diligentes, que todos los americanos tienen un mismo aspecto, y que cuando se ha visto uno, se puede decir que se han visto todos".²⁵³ Es clara la alusión a la célebre frase de Antonio de Ulloa:

Visto un Indio de cualquier región, se puede decir que se han visto todos, en cuanto al color y contextura; pero en cuanto a corpulencia no es así, variando según los parages... Poco menos que con el color sucede por lo tocante a usos y costumbres, al carácter, genio, inclinaciones y propiedades, reparándose en algunas cosas tanta igualdad como si los territorios más distantes fuesen uno mismo.²⁵⁴

De los criollos, en cambio, escribe Molina que son todos iguales, cualquiera que sea la nación europea de donde provengan: "las mismas ideas y las mismas cualidades morales se advierten en todos. Esta uniformidad, tan digna de reflexión, no sé que haya sido considerada por ningún filósofo en toda su extensión".²⁵⁵ Es claro lo que implica: la superioridad del clima sobre la raza, de la geografía sobre la historia. América produce indígenas sumamente diversos entre sí, pero nivela la prole de los europeos.

Menos eficaz es su contraofensiva: la naturaleza americana es tan buena, que las especies del mundo antiguo transportadas a América han conservado por lo menos su "estatura", y los individuos, en muchos casos, la han aumentado y han prosperado "en su perenne propagación y larga permanencia bajo aquel benigno clima".²⁵⁶ Y los bueyes chilenos, domésticos o selváticos, "no han tenido nunca la desgracia de perder los cuernos, como propalan los denigradores de América". Si degeneran, "es más bien por exceso que por defecto. Sus cuernos se hacen tan grandes", que con ellos se fabrican vasos y botellas²⁵⁷ hasta de ocho pulgadas de

Así, por ejemplo, "le belle arti si trovano nel Chili in uno stato miserabile. Le meccaniche pure vi son tuttora ben lontane dalla loro perfezione" (*Storia civile*, p. 274; cf. ya el *Compendio*, p. 244). Y, para dar otro ejemplo, vaya éste de "animales comparados": "le Alpi abbiano il loro Laemmer-Geyer, e le Ande il loro Condoro, campioni ambedue degni di entrare in lizza, e di contrastar per l'impero dell'aria" (*Storia naturale*, 2ª ed., p. 225).

²⁵³ *Storia naturale*, p. 336: "Rido fra me stesso, quando leggo in certi scrittori moderni riputati diligenti osservatori, che tutti gli Americani hanno un medesimo aspetto, e che quando se ne abbia veduto uno, si possa dire di averli veduti tutti".

²⁵⁴ *Noticias americanas* (1772), entretenimiento XVII, ed. de Madrid, 1792, p. 253. Análogamente dice Smith acerca de los pieles rojas: "l'étude d'une de ces nations suffit pour porter un jugement exact sur les autres" (*Voyage*, *op. cit.*, vol. I, p. 173).

²⁵⁵ *Storia civile*, p. 272 nota: "le medesime idee e le medesime qualità morali si scorgono in tutti. Questa uniformità, degna assai di riflessione, non so che sia stata considerata da alcun Filosofo in tutta la sua estensione".

²⁵⁶ *Storia naturale*, p. 271: "... nella loro perenne propagazione e lunga dimora sotto di quel benigno clima".

²⁵⁷ *Storia naturale*, pp. 330-331: "[I buoi cilesi non] hanno mai avuta la disgrazia di perdere le corna, come spacciano i degradatori dell'America. [Se degenerano],

diámetro... Todas las plantas europeas transportadas a Chile "prosperan como si estuviesen en su país nativo".²⁵⁸

Resuena en esta apología el ingenuo entusiasmo antiguo de los primeros relatores y de los viejos cronistas de las Américas. Pero, ya sea por el nuevo acento polémico, ya por limitarse la apología a la tierra y al cielo de Chile, también aquí se advierte un nuevo sentimiento de apego al propio país, algo como un embrionario y minucioso patriotismo físico que encuentra en el desterrado una expresión más pronta y espontánea.²⁵⁹

15. LOS PADRES VELASCO, JOLIS Y PERAMAS: QUITO, EL CHACO Y EL RÍO DE LA PLATA

Dos jesuitas habían defendido contra De Pauw a México y a Chile. Y pocos años después, un jesuita argentino empuñará la pluma, en Roma, contra los calumniadores europeos.²⁶⁰ Otro sacerdote desterrado, don Juan de Velasco, originario del actual Ecuador, terminaba de escribir en Faenza, en 1789, una *Historia del reino de Quito* en la cual desenmascaraba los escritos brillantes y engañosos de De Pauw, Robertson, Raynal, Marmontel y Buffon, bajo cuya influencia —dice— ha llegado a formarse "una moderna secta de filósofos anti-americanos". Hablando sobre De Pauw, jefe reconocido de la secta, dice suavemente que es un loco o un degenerado él mismo, que se ha informado mal, que generaliza temerariamente, y que a cada paso resulta desmentido por los hechos. No por ello se adherirá Velasco a la defensa de Pernetty: "yo conozco mejor que él lo que son aquellas naciones [los indios americanos]: confieso que tienen muchos y grandes defectos" —con lo cual se aparta rigurosamente de los primitivistas y rousseauianos—, pero, añade, hasta el impío Raynal ha sabido distinguir de los verdaderos salvajes a los civilizados mexicanos y peruanos; y también Robertson ha evitado esa confusión.²⁶¹

è piuttosto per eccesso che per difetto. Le loro corna diventano così grosse..." etc. Dice que el cuerno más grueso fue uno que se dio como obsequio (en verdad muy apropiado) al virrey Manuel Amat, literariamente célebre como amante de la voluble Ferricholi. Para la réplica del padre Gilij, véase *infra*, pp. 209-210.

²⁵⁸ *Storia naturale*, p. 188: "Le piante europee... allignano come se fossero nel loro nativo Paese".

²⁵⁹ Molina había perdido ya las esperanzas de volver a ver su tierra natal (véase *Storia naturale*, p. 7), pero, aun sintiéndose más bolofés que americano (véase *supra*, p. 192, nota 232), abrazó con ardor la causa de la independencia. Fr. A. Encina, en efecto, observa que, más que como factores del patriotismo criollo, las obras de Clavigero y de Molina deben considerarse como manifestaciones "del afloramiento, en los dos ex jesuitas, del intenso amor a sus patrias", amor que, a su vez, obró sobre el espíritu del criollo y reforzó la "conciencia de su valer" y su voluntad de emancipación ("Gestación de la Independencia", en la *Revista Chilena de Historia y Geografía*, vol. LXXXIX, 1940, pp. 15-16).

²⁶⁰ El padre Iturri: véase *infra*, pp. 267 ss.

²⁶¹ La obra de Velasco (editada íntegramente apenas en 1841-44; la segunda parte se había traducido en la colección Ternaux-Compans, vols. XVIII y XIX, París, 1840; el tomo I se ha reimpresso bajo el cuidado de R. Reyes, Quito, 1940) me ha sido inaccesible; pero he encontrado extractos y noticias en José Dávila Condemarin, *Bosquejo histórico de la fundación de la insigne Universidad Mayor de San Marcos de Lima*, Lima, 1854, pp. 67-69; M. L. Amunátegui, *Los precursores de la independencia de Chile*, vol. III, Santiago, 1872, p. 113; M. de Mendiburu, *Diccionario histórico-biográfico del Perú*, Lima, 1931-34, vol. VIII, p. 357; R. D. Carbia, *Historia de la leyenda negra*, op. cit., p. 134. Sobre las fuentes y la fortuna de Velasco hay amplias

Y en esa misma Faenza, en ese mismo año de 1789, se publicaba el primer tomo, in-8º (el único, por desgracia, de los cuatro anunciados) del *Saggio sulla storia naturale della Provincia del Gran Chaco, e sulle pratiche, e su' costumi dei Popoli che l'abitano, insieme con tre giornali di altrettanti viaggi fatti alle interne contrade di que' Barbari*, compuesto por otro jesuita en exilio, el abate José Jolis. Más de veinte años habían pasado ya de la expulsión de los padres y de la publicación de las negadas *Recherches sur les Américains*. Pero en las primerísimas líneas de su prefacio, el padre Jolis declara que le ha servido de notable impulso, para componer su ensayo, "la imagen deplorable y poco ventajosa que algunos autores ofrecen de todo ese Continente, pues dicen que su clima es de tal manera nocivo, que hace degenerar no sólo a los hombres, sino también a los animales, plantas y árboles transportados desde Europa, cosa que afirman asimismo de las fieras que en él tienen su origen, de los pueblos infieles que lo habitan, y finalmente de los criollos o hijos de europeos nacidos en América".²⁶²

El resumen es exacto, y no cabe duda de que Jolis tiene un amplio conocimiento, no sólo de los escritos de Buffon y de De Pauw, sino también de los de sus principales adversarios, como Pernetty, Carli, Clavigero y Molina.²⁶³ Pero su motivo dominante es el anti-enciclopedismo, en el cual hace caer como un episodio particular la defensa de las regiones americanas por él visitadas. "La América española —prorrumpe con impaciencia— ha sido tan mal servida por los señores enciclopedistas, que no quisiera ni oírse mencionar por ellos".²⁶⁴ Se comprende así que una vez el vilipendio prodigado a los denigradores de América, no sólo al más grande de los antiguos naturalistas del Nuevo Mundo, Oviedo, malquisto tal vez por haber suministrado materiales a los recientes escritores,²⁶⁵ sino también al "secuaz" de Buffon, al sosegado historiador Robertson, "al señor doctor Robertson, por lo demás escritor de mérito, y cuidadoso",

noticias en N. Zúñiga, *Atahualpa o la tragedia de Amerindia*, Buenos Aires, 1945, pp. 42-76.

²⁶² *Op. cit.*, pp. 3-4: "...l'immagine compassionevole, e poco vantaggiosa, che fanno alcuni Autori di tutto quel Continente, descrivendone il suo clima così maligno, che non che gli uomini vi degradino, ma eziandio gli animali, le piante, e gli alberi trasportati dall'Europa: ciò che vogliono ancor delle fiere che ivi hanno la loro origine, e de' popoli infedeli che l'abitano, e infin de' Criollos, cioè de' figli degli Europei nati ivi pure in America". Cf. también *ibid.*, pp. 13-15, 19, etc. El autor hubiera querido dedicar su obra a un Pignatelli —tal vez el batallador jesuita Giuseppe Pignatelli (1737-1811), beatificado en 1933—, quien lo había alentado y quizá ayudado a publicarla. A propósito de las rayas (peces), Jolis invoca el testimonio de otros ex jesuitas desterrados: "Vive, e trovasti di presente in questa Città di Faenza chi ne ha vedute in quei fiumi della circonferenza d'una rota di carrozza" (*ibid.*, p. 385).

²⁶³ Pernetty (o "Pernetty", como él dice) es recordado en las pp. 5-6, 149, 152, 156; Carli en la p. 6; Clavigero en las pp. 98, 141, 143, 157, 180, 224, 231, 275, 285, 289, 313, 327; Molina en las pp. 113, 140, 217-218, 231, 267, 285, 288, 290, 297, 306, 313. Jolis recuerda también a Muratori —la "piccola sua Storia delle Missioni del Paraguay" (p. 156), o sea *Il cristianesimo felice*— y al padre Gilij (pp. 100, 285), de quien en seguida hablaremos.

²⁶⁴ *Op. cit.*, p. 59: "L'America Spagnola è stata così mal servita da' Sigg. Enciclopedisti, che non vorrebbe nemmeno sentirsi nominare". Cf. también p. 64.

²⁶⁵ "Di tante, e tali esagerazioni, e di favole tessute ella è la sua Storia, che scritta sembra da chi messo non abbia il piede nel nuovo Mondo, e per divertire chi legge con de' Romanzi" (*op. cit.*, p. 198; cf. también pp. 194, 212, 285). En las pp. 155 y 540 nota, se insinúa que Oviedo contribuyó a aumentar las dudas corrientes sobre la existencia de tigres y de frutas con hueso. Jolis vuelve a recordarlo, pp. 268 y 275.

a quien sin embargo echa en cara varios disparates.²⁶⁶ Y se comprende que, aunque ataca tozudamente a los adversarios sobre el frente, por así decir, zoológico o naturalista, en realidad su interés se dirige totalmente a las "naciones", a las gentes entre las cuales ha desempeñado sus tareas de misionero. Cuando concluye su noticia de las plantas, de los cuadrúpedos, de los volátiles "e degli altri viventi irragionevoli", toda ella tejida y bordada de escaramuzas polémicas, entremezcladas de pintorescas descripciones por el estilo de las de Buffon, parece echar un profundo suspiro: "libre ya de rémora tan fastidiosa, pasaré a hablar de los seres racionales, o sea de las naciones" que habitaban el Chaco en el año de 1767, "en que por superior disposición me vi constreñido a abandonarlas".²⁶⁷ Y aquí se suspende la polémica; la descripción se hace circunstancialmente amorosa, Buffon desaparece del horizonte, y De Pauw hace apenas alguna rápida y furtiva visita, a propósito de la circuncisión,²⁶⁸ de las frutas con hueso²⁶⁹ o de las sedes episcopales existentes en América.²⁷⁰

Español, no americano; misionero, no catedrático, Jolis es hombre inclinado a la acción más que al estudio. Pedro Juan Andreu, cuando quiso abrir a la Buena Nueva las inmensas e inhóspitas tierras del Chaco, "eligió... a dos misioneros de intrépido pecho y grandes sufridores de trabajos, Roque Gorostiza y José Jolis, para que penetraran en el corazón del Chaco. Difícil de creer y de decir es la cantidad de peligros y de calamidades a que uno y otro hicieron frente en la expedición que emprendieron... Jolis llevó consigo un gran número de tobas y algunos mataguayos, para los cuales se construyó un pueblo junto al río Dorado".²⁷¹ En el momento de la expulsión, nuestro padre Jolis, que llevaba ya doce años en América, se encontraba junto con el padre Miguel Navaz en una de las más recientes y remotas "misiones" del Chaco, y la más pequeña: la de Nuestra Señora del Pilar, vulgarmente Macapillo, en el Tucumán, donde estaban recogidos unos doscientos indios pasafinos, cuarenta y ocho de los cuales eran ya cristianos.²⁷² Sin embargo, ese vínculo, tan tenue en apariencia, seguía ligando al jesuita en exilio con las ilimitadas extensiones del Chaco, lo aguijoneaba a la polémica y a la composición de un amplio tratado, lo obsesionaba por un número de años casi doble de los que pasó en América, hasta su último día, porque Jolis murió en Faenza "por el Chaco y sus indios de papel —según escribió el padre Diego González—, pues la historia del Chaco semi-impresa le quitó la vida, y el grueso y flaco primer tomo paró en envolver sar-

²⁶⁶ *Op. cit.*, pp. 477-481: "il Sig. Dottor Robertson, scrittore per altro di merito, ed accurato..."; cf. *ibid.*, pp. 7, 152, 162, 217, 297.

²⁶⁷ *Ibid.*, p. 387: "libero già di remora così noiosa, passerò a parlare degli esseri ragionevoli, cioè delle Nazioni..."; "l'anno in cui per Superiore disposizione fui costretto a lasciarle". Nótese este "lasciarle": Jolis piensa, no en la tierra, sino en las gentes a quienes ha tenido que abandonar.

²⁶⁸ *Ibid.*, pp. 434-439.

²⁶⁹ *Ibid.*, pp. 540-541 nota.

²⁷⁰ *Ibid.*, pp. 564 nota, 567 nota.

²⁷¹ Jos. Emmanuel Peramas, *De vita et moribus sex sacerdotum Paraguaycorum*, Faenza, 1791, p. 142: "elegit... binos intrepidi pectoris, et laborum tolerantissimos, Rochum Gorostiza et Josephum Jolis, qui in medium Chacum penetrarent. Quantis autem periculis, atque incommodis susceptae expeditionis utriusque constiterint, difficile creditur, dictuque est... Jolis secum deduxit magnum Tobarum numerum, et aliquot Mataguayos, quibus positum est oppidum ad fluvium Auratum".

²⁷² Véase la tabla, con otras indicaciones, entre las pp. 528 y 529 de su libro.

dinas por no haber (y fue mucho) quien apechugase con el segundo, aunque el difunto había dejado mucho ripio". Más aún, parece que el segundo tomo estaba ya listo para la imprenta, y que Jolis hizo o estaba a punto de hacer un viaje a Bolonia para encargarse allí su publicación, cuando fue sorprendido por la muerte.²⁷³

El carácter del hombre, entregado por completo a sus "indios de papel", explica las curiosas limitaciones (y quizá hasta la escasa resonancia) de la obra. El misionero aborrece el enciclopedismo, pero no experimenta ningún escándalo intelectual frente a las extremas teorías anti-americanistas de Buffon y de De Pauw. No se lanza al contraataque exaltando a América o, cuando menos, la región en que ha vivido. No se enfrenta cara a cara a los adversarios. Pero sobre los pequeños datos de hecho no transige. Continuo es su resentimiento por los errores flagrantes, por las patentes estupideces de esos presuntuosos científicos de gabinete, apresurados, y de erudición puramente libresca.

El señor Buffon, "poco certo portato per l'America", pretende reducir a media docena los pájaros cantores de las selvas americanas. Se ha quedado cortísimo —replica Jolis—, pues hay cuando menos veinticinco, "y esto puede servir al lector para que conozca el crédito que sobre las cosas americanas merece tan célebre y afamado naturalista".²⁷⁴ La conclusión es respetuosa, pero tajante: "Yo venero al celebrado naturalista, pero no puedo menos de dar a conocer al público lo poco seguro que es como guía en las cosas relativas a los salvajes que habitan el Nuevo Mundo, pues de ordinario las pasa por alto, o bien las desfigura de tal manera, que las hace aparecer muy distintas de como son en realidad".²⁷⁵

Contra De Pauw, como de costumbre, sus maneras son más expeditas. El "Corifeo degli anti Americani"²⁷⁶ es un "moderno escritor alemán", y más exactamente "prusiano", inclinado a lo maravilloso y a lo excesivo y, por lo tanto, amante en muchas cosas de las exageraciones y las hipérboles.²⁷⁷ Muchos de sus argumentos se tachan simplemente de falsedades.²⁷⁸ Pero a propósito de los tigres, de los auténticos tigres ameri-

²⁷³ Guillermo Furlong, "José Jolis, misionero e historiador (1728-1790)", en *Estudios*, vol. XLVI (1932), pp. 82-91 y 178-188, especialmente pp. 180, 185. El segundo tomo debía ser "più curioso d'assai [que el primero], e più dilettevole per ogni sorta di persone" (*Saggio*, *op. cit.*, pp. 9-10). En la misma revista *Estudios*, vol. XVIII (1920), pp. 294-302, Furlong publicó el tercero de los diarios de viaje que debían integrar el *Saggio* de Jolis, y a los cuales se remite a menudo para ciertos particulares, como por ejemplo sobre los tapires, monos y murciélagos (*Saggio*, p. 221), sobre las cucarachas y cochinillas (*ibid.*, p. 376) y sobre algunas tribus indígenas (*ibid.*, p. 471).

²⁷⁴ (*Saggio*, pp. 222-227: "...e questo può servir a chi legge per conoscere qual fede meriti sulle cose Americane così celebre, e rinomato Naturalista". Buffon es criticado con una frecuencia rayana en el fastidio: véanse, por ejemplo, las pp. 45, 138, 147-148, 151-161, 164-169, 173, 179-180, 183-184, 187, 196, 198-199, 207-208, 211, 213-215, 217, 219-221, 229-232, 236, 247, 249-250, 258, 262-270, 273-281, 287, 297, 299-301, 309, 314, 317, 321 nota, 335.

²⁷⁵ *Ibid.*, pp. 305-306: "Io venero il lodato Naturalista, ma non posso non dare a conoscere al pubblico, quanto sia egli mal sicura guida nelle cose spettanti ai Selvaggi abitatori del nuovo Mondo, che d'ordinario o ignora, o le traveste in maniera da farle comparire tutt'altro da quel che sono". Cf. también p. 13.

²⁷⁶ *Ibid.*, p. 126.

²⁷⁷ *Ibid.*, pp. 320-321, donde se lanzan las mismas acusaciones contra otro "alemán", el padre Martin Dobritzhofer.

²⁷⁸ Cf., por ejemplo, las pp. 36 nota, 100-101, 107-108, 124-125, 148, 150, 161, 167-169, 184, 215, 217, 235, 265, 297 nota, 322 nota, 330, 335, 375.

canos, cuya existencia negó De Pauw, Jolis le da una verdadera bañada, una bañada de padre perfecto a estudiantillo petulante:

Así, pues, se lo digo yo, señor canónigo Pavv, hubiera sido necesarísimo que también usted se dignara estudiar antes la zoografía americana, con objeto de aprender a conocer esos animales y poder distinguir sus géneros y especies, y luego ocuparse como filósofo en investigaciones no inútiles, como ciertamente lo son muchas de las que usted ha realizado.²⁷⁹

El ex jesuita admite que no es un hombre de ciencia: "Yo confieso de buena gana, y con toda ingenuidad, que no soy un naturalista". Pero, concluye deliciosamente, "no creo pecar de arrogante si afirmo que existen verdaderos tigres en América, donde he estado durante muchos años, y donde he tenido la oportunidad de ver y de comer no pocos de ellos en las misiones del Chaco".²⁸⁰ El tenedor se yergue contra la pluma de ganso. El resultado del duelo no puede ser dudoso. ¿Cómo podría atreverse De Pauw a contradecir a este devorador de fieras?... Vamos, ese tigre que Buffon ha medido y observado no podía ser el verdadero y temido tigre de América: ése no era más que "un gato americano atigrado".²⁸¹

Junto con el padre Jolis, partía en 1755 a la América meridional el padre José Manuel Peramas, y junto con él regresaba de las dilatadas tierras del Plata a la soñolienta vida de provincia de Faenza, en la Romagna papalina. Peramas es más letrado que Jolis: buen latinista, maneja con soltura la ejercitación académica, como aquella que, traducida al castellano, le ha granjeado una recientísima restauración de fama rioplatense, y que es una comparación entre los guaraníes y, nada menos, la República de Platón.²⁸² Pero lo que nos interesa es que en ese breve tratadito el autor ataca no menos de siete u ocho veces a De Pauw, y por lo común a propósito de temas completamente ajenos al paralelo que se ha propuesto, y con argumentos del más candoroso empirismo.

¿Cómo puede afirmar De Pauw que los perros en América no tienen ya ni siquiera fuerzas para ladrar? "Pues mira que yo llegué casi a quedarme sordo por los ladridos de los perros americanos".²⁸³ ¿Cómo puede hablar de recién nacidos a quienes se da muerte cuando son deformes,

²⁷⁹ *Ibid.*, pp. 153-154: "Era dunque ben necessario, io dico, Sig. Canonico Pavv, anche per voi il degnarvi di studiar prima la Zoografia Americana, affin d'imparare a conoscere quegli animali, a poter distinguerne i loro [sic] generi, e le specie; e quindi occuparvi da Filosofo in ricerche non inutili, come certo molte delle vostre lo sono".

²⁸⁰ *Ibid.*, loc. cit.: "Io di buon grado, e ingenuamente il confesso, che Naturalista non sono, ma non sembra di arrogarmi assai nell'asserire, esservi le vere Tigri in America, ove sono stato per molti anni, e avuto il comodo di vederne, e mangiarne non poche nelle Missioni del Chaco". "Non poche" dice aquí, pero quizá se trató solo de un par de tigres, pues en otro lugar dice Jolis: "io in mancanza di miglior vivanda per ben due volte mi cibai, e con piacere, delle carni della Tigre" (*ibid.*, p. 166).

²⁸¹ *Ibid.*, pp. 158-159.

²⁸² Publicada como introducción a su *De vita et moribus tredecim virorum Paraguariorum*, Faenza, 1793, y traducida con el título de *La República de Platón y los guaraníes*, con prólogo de G. Furlong, Buenos Aires, 1946.

²⁸³ *Op. cit.*, § 149 (ed. cit., p. 74): "Et tamen ego Americanorum canum latratu haec absurdum olim" (traducción castellana, p. 116). Cf. *supra*, p. 132.

more Lacaedemonio, siendo así que en América no nacen niños imperfectos? "De esto soy testigo yo, que vi una parte nada pequeña de la América meridional".²⁸⁴ Pero también a él le interesa, más que el problema científico, la defensa del clero contra las acusaciones del Canónigo de Santen. Exalta ciertamente los tigres americanos como más corpulentos y feroces que los del Viejo Mundo, pero admite: "El león, por el contrario, es tan tímido que cualquier perro lo hace huir; es pequeño y no representa la majestad que el africano".²⁸⁵ Peramas, en suma, abandona al león a los sarcasmos de De Pauw. Pero cuando éste la emprende contra algunos indios fueron quemados vivos por los inquisidores dominicos,²⁸⁶ Peramas no puede contenerse y estalla:

[Oh Pauw, piadoso Pauw! Aquí me detengo, sin saber de quién tener más lástima, si de ti o de esos indios a quienes con tan benévola clemencia compadeces. Pero eres más bien tú quien me llenas de lástima y de tristeza, tú que de manera tan desvergonzada has mentido, o has errado crasamente por ignorancia, o movido por el afán de calumnia, según es tu costumbre.²⁸⁷

Los dominicos no han sido nunca inquisidores. Y la Inquisición nunca ha tenido jurisdicción sobre los indios. El remate es un anatema:

Quise decir esto sobre Pauw para que sepas hasta qué punto debes confiarte de esos impíos filósofos que acometen furiosamente a los religiosos, a los sagrados doctores, al jefe supremo de la Iglesia (pues ni siquiera a él perdona Pauw) con fábulas amañadas de propósito, y, ya sea por odio, ya por malicia, ya por ignorancia de las cosas que tratan, engañan al vulgo inexperto.

¡Cuánto mejor les sería someterse con sincera humildad a la fe verdadera! ²⁸⁸ América desaparece de nuevo, y la polémica acaba en homilfa.

²⁸⁴ *Op. cit.*, § 96 (ed. cit., pp. 53-54): "De hac re testis ego, qui non exiguam Americae Meridionalis partem vidi" (traducción, pp. 88-89).

²⁸⁵ Véase G. Furlong, *José Manuel Peramas y su Diario del destierro (1768)*, Buenos Aires, 1952, p. 119. El *Diario* se editó en español en Turín, fue traducido al latín por el autor, y asimismo al italiano, al francés y al alemán (Ricardo Orta Nadal, *Un aspecto de la historiografía y etnología jesuíticas del Litoral: La idea de cultura en José Manuel Peramas*, Santa Fe, 1953, p. 18).

²⁸⁶ *Recherches*, ed. cit., vol. I, p. 73: "des Indiens... brûlés par les Dominicains de l'Inquisition".

²⁸⁷ *Op. cit.*, § 39 (ed. cit., pp. 21-22): "O Pavvi, o pie Pavvi! haereo hic, et nescio, an tui me misereat, an Indiorum, quos dignata clementia misereris. Miseret me tui potius, et taedet, qui adeo impudenter mentitus es, vel nescius errasti turpissime calumniandi studio, ut tuus est mos" (traducción, pp. 45-46).

²⁸⁸ *Loc. cit.*: "Haec volui de Pavvio dicere, ut vel hinc discas, quatenus tibi videndum sit impiis philosophis, cum in religiosos viros, cum in censores sacros, cum in supremum Ecclesiae caput (neque enim huic parcat Pavvius), quaesitis consulto fabulis debacchantur, ac vel odio, vel malitia, vel rerum, quas tractant, inscitia, imperito imponunt vulgo". Otros ataques contra De Pauw en los §§ 121 (a propósito del mate), 170 (para refutar su cálculo de la población guaraní), 187 y 245 (para negar la ferocidad de los guaraníes). Los §§ 253-274 polemizan contra "quid de Guaránica disciplina senserit Philosophus Raynal". Pero lo más curioso es ver al padre Peramas invocar en contra de Buffon, como testigo de los beneficios llevados por los misioneros a los indígenas, al apócrifo La Douceur, "martialem Philosophum La-douceur, qui converso in stilum et calamum gladio, stat acriter pro cultoribus Guaranicis" (*ibid.*, § 251; ed. cit., p. 119; traducción castellana, pp. 169-170).

16. EL PADRE GILIJ: ORINOCO Y TIERRA FIRME

El caso más interesante es, sin embargo, el del jesuita exilado que emprendió la descripción del Orinoco y la Tierra Firme, el territorio de las actuales repúblicas de Venezuela y Colombia. El padre Gilij (¿burda latinización de Giglio o Gilli?) completa así la geografía apologética regional de la América española —con excepción del Perú, al cual nos referiremos poco más adelante—, pero se separa nítidamente de todos sus correligionarios. Nunca mencionado, ni siquiera en forma incidental, por quienes se han ocupado de nuestra disputa,²⁸⁹ merece por más de un título un tardío reconocimiento de sus méritos de observador y de la singular actitud que adopta en la polémica.

Ante todo, el padre Filippo Salvatore Gilij es un italiano, no un criollo: nacido cerca de Spoleto en 1721, vivió unos veinticinco años en América (de 1742 a 1767), primero durante seis años en Santa Fe de Bogotá, adonde llegó en junio de 1763 —desembarcando en Cartagena y remontando el río Magdalena— y donde completó sus estudios teológicos y enseñó después bellas letras; y en seguida en las misiones del Orinoco hasta la expulsión de los jesuitas. De regreso en los Estados del Papa, fue rector en Montesanto y en Orvieto y murió en Roma en 1789.²⁹⁰ Así, pues, el destierro no era tal, en rigor, para el padre Gilij: lo devolvía a su patria, a morir en donde había nacido; cerraba un largo paréntesis ultramarino —“yo... no estuve allí poco tiempo, ni como pasajero, sino como quien creía que allí había de morir”—; ²⁹¹ quizá venía a cumplir un secreto deseo, y ciertamente no significaba, como para un jesuita americano, una ruptura completa con su tierra, con sus amigos, con sus discípulos. Independientemente del decreto de expulsión, es probable que Gilij hubiera regresado a Italia. En sus páginas, por consiguiente, no hay el calor de afecto ni el sentido de tragedia personal y espiritual que advertimos en Clavigero y en Molina. Su punto de vista es siempre el de un europeo: si se limita a describir las provincias de Tierra Firme, es porque son las pri-

²⁸⁹ El biógrafo de Humboldt, Julius Löwenberg, recuerda de pasada “Pater Gilij's fabulösen *Orenoco Illustrado*” (en Bruhns, *A. von Humboldt, op. cit.*, vol. I, p. 309), es decir, lo confunde con el padre Gumilla, autor de *El Orinoco ilustrado y defendido* (Madrid, 1741), libro éste verdaderamente rico en fábulas (véase *infra*, p. 212, nota 338). Claude Bernard, *Leçons sur les effets des substances toxiques et médicamenteuses*, Paris, 1883, p. 241, da el título de la obra de Gilij como *Voyage à la Guyane*. No he visto el ensayo (“Notas biográficas sobre el padre F. S. Gilij y su *Saggio di storia americana*”) que le dedica G. Giraldo Jaramillo en su libro *Presencia de América en el pensamiento europeo*, Bogotá, 1954.

²⁹⁰ Completo y rectifico los datos de Sommervogel con las noticias autobiográficas suministradas por el propio Gilij en su *Saggio di storia americana, o sia storia naturale, civile e sacra de' regni e delle provincie Spagnuole di Terra-ferma nell'America meridionale*, Roma, 1780-84 (4 vols.). Sobre el viaje y la permanencia en Bogotá véanse especialmente estos pasajes: vol. II, pp. xi, 6; vol. IV, pp. iv, 24, 26, 29, 205, 327, 333, 351, 339; sobre el viaje al Orinoco y la permanencia en esta región, *passim*, especialmente vol. I, pp. xxii, xxvi, xxx-xxxiv, 122; vol. II, p. xi; vol. IV, p. 334; sobre el destierro y el regreso a Italia, vol. I, pp. vii, xxiii, 118. Alguna otra noticia se encontrará en G. Kratz, S. I., “Gesuiti italiani nelle missioni spagnuole al tempo dell'espulsione (1767-1768)”, *Archivum Historicum Societatis Iesu*, Roma, vol. XI (1942), p. 42. No hay que confundirlo con el botánico y sismólogo Filippo Luigi Gigli (1756-1821).

²⁹¹ *Saggio di storia americana, op. cit.*, vol. IV, p. 131: “io... non istettivi poco, o qual passeggiere, ma come un che credea pur di morirvi”.

meras que se encuentran yendo de Italia.²⁹² Aun a su calidad de jesuita, el padre Gilij alude con bastante parquedad, y sin pasión alguna. A veces tiene incluso ciertas puntas de ironía para sus hermanos en religión: con objeto de hacernos ver lo escaso y lo caro que es el vino en Bogotá, nos refiere que “los jesuitas mismos, cuya vida no era en todo la más severa del mundo”,²⁹³ no bebían sino una tacita de vino tres o cuatro veces al año.

En consecuencia, mientras que no pocos de los jesuitas expulsados de las Américas se hallaban exasperados contra España y prontos a ayudar a Inglaterra o a cualquier otra nación que pudiese abrirles de nuevo las puertas de la patria,²⁹⁴ Gilij es siempre resueltamente hispanófilo. No sólo reivindica la veracidad de los antiguos cronistas e historiadores españoles, que eran hombres doctos, cuya nomenclatura no hay que tomar a la ligera,²⁹⁵ y declara que, si se limita a hablar de la historia natural, es porque la historia civil se puede leer en los autores españoles; ²⁹⁶ no sólo tacha de fanatismo nacional las críticas que los escritores extranjeros suelen lanzar contra la conducta de los españoles, así antiguos como modernos, en las tierras por ellos conquistadas y gobernadas,²⁹⁷ y pondera, basado en Solórzano, la protección y los privilegios concedidos por el gobierno de Madrid a los indígenas —en contraste con el tratamiento que les infligían otras potencias europeas—,²⁹⁸ sino que de aquel mismo rey Carlos III que había expulsado a los jesuitas acepta una pensión como premio por su historia, la cual había librado a la nación y al gobierno españoles “de las calumnias con que los Escritores Extranjeros procuran denigrarla”.²⁹⁹

La originalidad de su posición está asegurada por vastísimas lecturas de autores que han descrito a América, desde Pedro Mártir y Las Casas hasta los contemporáneos (Buffon, Robertson, Raynal, Ulloa, La Condamine, Clavigero y Molina), pero especialmente por un empírico buen sentido que lo mantiene alejado de todos los sistemas unilaterales, lo mismo del fanatismo anticristiano de Rousseau que del fanatismo americanista de los jesuitas criollos, lo mismo de las rígidas clasificaciones de los modernos naturalistas que de los arbitrios de quienes quieren tapar toda posibilidad de comparaciones y de generalizaciones.³⁰⁰ Su autor

²⁹² *Ibid.*, vol. I, pp. xix-xx; cf. *infra*, p. 214, nota 350.

²⁹³ *Ibid.*, vol. IV, p. 29: “i Gesuiti medesimi, quelli la cui vita non era in tutto la più severa del mondo...”

²⁹⁴ Véase *supra*, p. 171.

²⁹⁵ *Saggio, op. cit.*, vol. IV, p. 89, con referencia a Oviedo y al jesuita Acosta.

²⁹⁶ *Ibid.*, vol. I, pp. xix-xx.

²⁹⁷ *Ibid.*, vol. I, p. xvii.

²⁹⁸ *Ibid.*, vol. IV, pp. 287, 292-294.

²⁹⁹ *Ibid.*, vol. IV, p. xi; la concesión tiene fecha 27 de marzo de 1784. Gilij se encuentra, de este modo, idealmente cercano al padre Nuix (sobre el cual véase *supra*, pp. 171-174), que, sin embargo, no se cuenta entre los muchísimos autores a quienes cita y conoce. Sommervogel, *op. cit.*, *sub voce*, habla también de una iniciada traducción española del *Saggio di storia americana*; pero lo que se conoce son sólo algunos fragmentos traducidos al alemán (1785 y 1798: véase Kratz, *loc. cit.*). Gilij conversó amistosamente en Roma y discutió por carta —en latín— sobre las lenguas americanas con el historiador August Ludwig Schlözer, de Göttingen (*op. cit.*, vol. III, pp. 350-354), cuyos intereses americanistas y cuya aversión a la Revolución norteamericana son conocidos (véase E. E. Doll, art. cit., pp. 441-443).

³⁰⁰ Véase *infra*, pp. 209-210.

preferido es Oviedo, a quien cita con mucha frecuencia, y a menudo con grandes elogios: Oviedo, agudísimo observador y tenaz experimentador, ajeno como ningún otro a las doctas construcciones y a los propósitos denigratorios o apologeticos; Oviedo, cuya formación mental es esencialmente italiana y humanística. Y así como Oviedo había escrito, anticipando una célebre fórmula de Ranke, que su único propósito era escribir "lo que en efecto ha pasado", así Gilij anuncia que representará a América "nel suo vero semblante".³⁰¹

Para hacerlo así, se encuentra con que tiene que combatir en dos frentes: contra los enemigos europeos y contra los defensores criollos del continente americano; a estos últimos los asimila incidentalmente con los idealizadores del salvaje que, con "errores enormísimos" y a fin de "establecer con imaginados sueños las máximas más execrandas del ateísmo", nos proponen por maestros a los caníbales, a los esquimales "y a otras tales estúpidas naciones".³⁰²

A los primeros opone un candor robustecido por la convicción de que escriben para divertir al gran público, o "por espíritu de novedad, o por otro motivo que no quisiera decir":³⁰³ son frívolos o ambiguos. Esa historia que tantas veces han propalado en sus libros, "que América es una región recién desenterrada de las ondas, y por consiguiente húmeda en sumo grado, pantanosa y casi toda lagos y pantanos", es una arbitrariedad y una estupidez. Hay en América partes húmedas y partes enjutas; y, en el caso de las húmedas, no se puede argumentar que se trate de tierras "nuevas". Son húmedas a causa de las lluvias, de los grandes ríos, de las tupidas selvas que las cubren. Y el suelo es, por lo común, feracísimo. Si no rinde más, es por la pereza de los indígenas. "¡Ojalá fuese igual la industria de los cultivadores a la fecundidad de las tierras! Para ser riquísima, América no tendría necesidad de otras minas que sus campos."³⁰⁴ El mejor rendimiento de la mano de obra (para decirlo en la jerga de los economistas) condiciona el paso de una economía extractiva a una economía agrícola. Y de hecho —insiste poco más adelante el padre Gilij—, inclusive el comercio producía ya más ganancias que la industria minera.³⁰⁵

Pero su acento fundamental es moralista: hasta esa misma sentencia "económica" se resuelve en una condena de la ociosidad, madre de todos los vicios. La pereza, así del indígena como del criollo, es su bestia negra. La "industria", la actividad productiva es en cambio, para él como para Robertson, la suma de todas las virtudes. De aquí también su utilitarismo científico: los conocimientos sin un alcance práctico inmediato son quimeras o menudencias. Con grandísima desenvoltura se sustrae

³⁰¹ *Saggio*, vol. I, p. xix. Cf. Oviedo, *Historia*, XLVII, 8 (ed. cit., vol. IV, p. 292b); y también *ibid.*, XXII, 1 (ed. cit., vol. II, p. 156a) y XXXIII, 54 (ed. cit., vol. III, p. 552b).

³⁰² *Saggio*, vol. I, p. xvi; cf. vol. II, p. 127.

³⁰³ *Ibid.*, vol. I, pp. xiii-xiv; vol. IV, p. 19: "... per ispirito di novità, ovvero per altro tale che dir non vorrei".

³⁰⁴ *Ibid.*, vol. IV, pp. 19-22: "... esser l'America una regione di fresco dispepplita dall'onde; e per conseguenza umida in sommo, pantanosa, e pressoche tutta laghi e paludi". "Così pari all'ubertà delle terre l'industria fosse de' coltivatori! L'America per essere ricchissima non abbisognerebbe di altre miniere che de' suoi campi." Cf. vol. IV, p. 381.

³⁰⁵ *Ibid.*, vol. IV, pp. 389-390.

así a la discusión de los problemas suscitados por Linneo y por Buffon: "yo no establezco ningún canon de historia natural, ni clases, ni órdenes, ni géneros, ni especies, ni variaciones, ni otras tales eruditas sutilezas del Norte" (*sic!*).³⁰⁶ La confrontación de los animales americanos con los del Viejo Mundo ha dado lugar a difíciles discusiones. "Dejadas a un lado estas chácharas, que no sé para qué sirvan",³⁰⁷ Gilij se propone describir su sistema, "sistema non Buffoniano, non Linneano, ma vero", verdadero porque se funda en veinticinco años de experiencia directa, atenta, infatigable.

La sustancia de su sistema es sencilla: la *causa causarum* es el clima. Todo depende del clima: "en un clima diferente del nuestro, es forzoso que nuestras plantas y nuestros animales padezcan, se debiliten, se hagan bastardos". Sufre, naturalmente, todo aquello que pertenezca a los reinos animal y vegetal, porque "el reino mineral no está sujeto a semejantes variaciones". En cambio, no constituye excepción a la regla el amo y señor de los animales, el hombre: varía también según la temperatura ambiental, y así difieren los "Caldopolitanos" de los "Lanígeros".³⁰⁸

Ni siquiera el padre Acosta se salva de las serenas críticas del jesuita de dos siglos después: a su exaltación del clima y de las frutas americanas, Gilij objeta que en América faltan no sólo las frutas más delicadas de Europa, las peras y las manzanas, los duraznos y los albaricoques, sino también las más rústicas, como las castañas, las nueces y las avellanas. Y a la conocida frase de Acosta acerca de las plantas importadas de España y mejoradas en las Indias, opone esta prudente reserva: "Dejo a un lado esta afirmación; si es o no totalmente cierta, lo veremos en su lugar."³⁰⁹

Aunque rechaza, como se ha visto, la construcción conceptual de Buffon, Gilij se encuentra así preparado para acoger sus corolarios y sus confirmaciones experimentales. Las reflexiones finales acerca de la fauna del Orinoco constituyen un eco fidelísimo de las condenas buffonianas. En los animales semejantes a los del Viejo Mundo es notable la pequeñez. Los ciervos son como los corzos europeos, los jabalíes aparecen en edición minúscula, los osos en formato reducido: "y parece evidente aquello que los naturalistas dicen de esto, a saber, que en América no es tan robusta la naturaleza como en nuestros países".³¹⁰ Será tal vez por

³⁰⁶ *Ibid.*, vol. IV, p. 88: "io non istabilisco verun canone di storia naturale, non classi, non ordini, non generi, non specie, non variazioni, non altre tali erudite sottigliezze del Nord".

³⁰⁷ *Ibid.*, vol. IV, p. 90: "Lasciate da parte queste ciancie, che non so a che giovino..."

³⁰⁸ *Ibid.*, vol. IV, pp. 92-94, 194: "in un clima differente dal nostro, le nostre piante, i nostri animali è forza che vi patiscano, vi s'indeboliscano, vi s'imbastardiscano"; "il regno minerale non è soggetto a simili variazioni". Gilij parece creer que en los minerales, en la geología, América no difiere del Mundo Antiguo. Pocos años después, Goethe se fijará en la peculiaridad del Nuevo Mundo justamente desde el punto de vista de la estructura geológica (véase *infra*, pp. 330-331).

³⁰⁹ *Saggio*, vol. IV, pp. 14-15: "Lascio da parte quest'asserzione, la quale, se in tutto sia vera, il vedremo a suo luogo" (cf. *supra*, p. xi). Más adelante discute, en efecto, si se debe imputar a la tierra o a los cultivadores la escasa variedad de las frutas y de las legumbres (vol. IV, pp. 165 ss.).

³¹⁰ *Ibid.*, vol. I, pp. 316-317: "e pare evidente ciò che i naturalisti ne dicono: e vale a dire, che in America non è la natura egualmente robusta, che ne' nostri paesi".

el alimento de que se nutren, será por el gran calor que sufren, o será por otras razones "que no sabemos". El hecho es que los animales del Orinoco son de aspecto mezquino. Tan mezquino, que parecen "de especie casi diversa de los nuestros". Salvo la zorra, que ha aumentado "notablemente" de tamaño —como el cerdo de Buffon, la zorra es una excepción que confirma la regla—, los animales de Tierra Firme parecen "imbastarditi" respecto de sus análogos europeos.

Y ¡atención!, no se trata de una crisis transitoria o de un hecho reciente: "este decaimiento de su naturaleza debió iniciarse en ellos desde que por primera vez pasaron a América, y quizá tuvieron la desgracia de achicarse, como los vegetales llevados desde Europa".³¹¹ En cambio, los animales transportados de Europa en época histórica parecen resistir a aquel maleficio: caballos y bueyes se conservan "vigorosos y corpulentos como antes". Pero no hay que fiarse mucho: ya las bestias de carga "parecen haber decaído de su prístina corpulencia". Sobre el pobre borriquito se clava la mirada pensativa del padre Gilij: "¿Quién sabe si, con el correr de los años, no llegarán a decaer también estos animales, como los primeros que pasaron del antiguo continente?"³¹² Única compensación (pero de dudoso valor, y tal que invalida las explicaciones adoptadas): en las serpientes y en los reptiles, en los peces y hasta en los pájaros "la naturaleza es quizá más vigorosa y exuberante en América".³¹³

Sin embargo, en cuanto a los pájaros canoros Gilij se mantiene bastante cerca de aquellos escritores que han afirmado "que los pájaros americanos tienen un canto desagradable". Su teoría es curiosa: en los climas cálidos (Orinoco) los pájaros son mudos o chillones, mientras que en los fríos (altiplano), inesperadamente —"fuor d'ogni aspettazione"—, se encuentran muchos que cantan bien, y con los cuales, por lo tanto, deberá constituirse una clase separada, "a gloria d'America" y de la verdad. Por otra parte, las aves de la zona tórrida cantan, desde luego, menos bien que las europeas, pero *hablan* mejor.³¹⁴ El papagayo tiene su desquite contra el ruiseñor. Más que la belleza de las plumas, lo que pondera el misionero, en compensación de la deficiencia melódica, es la mecánica facundia verbal. Pero ¿a qué se debe el hecho de que canten menos bien? Se debe a que son pájaros más grandes y gruesos: "la naturaleza, que en muchas cosas parece decaer en los seres vivos de América, en los volátiles no mengua nada, sino que crece",³¹⁵ lo cual pre-

cisamente hace su voz menos grata, según lo ha explicado "molto eruditamente M. Buffon". Pero ¿no está bien averiguado que también los pájaros pequeños son desentonados y chillones? Sí, cierto, admite el padre Gilij; y para las razones remite una vez más a Buffon.³¹⁶

Es claro, pues, por qué Molina, al leer el primer volumen (1780) del padre Gilij, se irritó tanto contra aquel hermano suyo en religión que parecía prestar apoyo a los enemigos declarados de la naturaleza americana, y se explica que lo haya acusado de llamar "atolondradamente" a los cervos y jabalíes a unos animales que forman, en realidad, clases aparte.³¹⁷ También se explica por qué, aunque lo ataca como a "un moderno, rispettabile autore", nunca llega a nombrarlo (con lo cual, incidentalmente, nos indujo a error a nosotros mismos, que en una versión anterior del presente estudio creímos que el ataque se enderezaba contra Buffon).

Por otra parte, el ex jesuita italiano, al replicar al ex jesuita chileno, se enreda en sofisticas sutilezas. No ha dicho, no, según lo acusa Molina, que la ley de los naturalistas sobre la pequeñez de los animales americanos "es" evidente: ha dicho que "parece" evidente. No ha dicho que el oso hormiguero americano sea una "especie degenerada" (*tralagnante*) del oso: ha dicho que es "una rama degenerada de la especie del oso". Y cómo es que Molina, abandonándole los ciervos y los jabalíes, se obstina en defender únicamente al oso americano, "ese bendito oso, que yo puse casi por broma"?³¹⁸ ¿Cree tal vez espantarlo al ponerle intrépidamente por delante ese "formidable fantoche"...? Pero Gilij advierte que el oso americano es una bestia peligrosa, y comprende que su defensa es débil; recurre entonces a la escapatoria ritual: hablará de la cuestión con más calma en otra oportunidad, cuando publique en volumen aparte su colección de anécdotas americanas.³¹⁹ Por el momento, baste decir que ese animal *se llama* oso, "y en alguna manera lo semeja". Una vez más,³²⁰ nos las habemos con definiciones de autoridad, con el *te baptizo carpam*, con la fatiga lexicográfica de Adán que, por delegación de Dios, asignó un nombre a todas las bestias de la tierra, del mar y del aire.³²¹

Esquivado como Dios le ha dado a entender el ataque frontal de Molina, Gilij encuentra la manera de sacar la vuelta, rechazando su tesis del "abuso de la nomenclatura".³²² Los prolijos ataques del chileno le han hecho sospechar que lo que candorosamente cree Molina es que él, Gilij, considera los nombres impuestos por los españoles a las cosas americanas con el mismo respeto en que se tienen las definiciones inape-

³¹⁶ *Ibid.*, loc. cit. Esos pajarotes afónicos ¿no hacen pensar en el "canoro elefante" que "manda per gran focce / di bocca un fil di voce"? (Giuseppe Parini, *La Musica*, ca. 1769).

³¹⁷ *Saggio*, vol. IV, p. 90.

³¹⁸ *Ibid.*, vol. IV, pp. 87-88: "...questo benedetto orso, il quale io misi quasi per cella".

³¹⁹ *Ibid.*, loc. cit.: "di questa questione a tempo più libero; cioè allorché in tomo separato darò fuori i miei *Aneddoti Americani*". Cf. vol. I, p. 250. Apenas hace falta decir que Gilij no publicó nunca la obra anunciada (véase también vol. III, p. 416); ésta no figura tampoco entre sus escritos inéditos en la bibliografía de Sommervogel.

³²⁰ Véase *supra*, pp. 88-89.

³²¹ Génesis, II, 19-20.

³²² Véase *supra*, p. 196.

³¹¹ *Ibid.*, loc. cit.: "questo deterioramento di natura dovette in essi incominciare fin dal loro primo passaggio in America, e forse ebbero la disgrazia d'impiccolirsi, come i vegetali recativi dall'Europa".

³¹² *Ibid.*, loc. cit.: "chi sa, se col decorso degli anni andranno a calare anche questi animali, come i primi passativi dall'antico continente". Gilij observa en este punto que "molto giova alla loro conservazione l'industria dell'uomo", pero más adelante, trabando polémica con Molina, cambia de tesis: los animales de carga son efectivamente más pequeños en América que en Europa, "ma di essi può dirsi, che non per alterazione patitavi collo scorrer degli anni, ma per natura e per razza sian tali" (*ibid.*, vol. IV, p. 138). Sobre los animales europeos llevados a América, cf. también *ibid.*, vol. III, pp. 52-55.

³¹³ *Ibid.*, vol. IV, p. 317: "[nei rettili]... la natura è forse più vigorosa e più insurreggiante in America".

³¹⁴ *Ibid.*, vol. I, pp. 292, 311-312 (mención del centzontle); vol. IV, pp. 99-101, 184, 191-194, 196.

³¹⁵ *Ibid.*, vol. I, pp. 292-293: "la natura, che sembra in molte cose calare nei viventi d'America, ne' volatili non iscema punto, ma cresce".

lables.³²³ Nada de eso. Con toda la insolencia de su empirismo, Gilij propone casi un desafío: a ese animal que los españoles llamaron *león*, "yo, casi sin darme cuenta,³²⁴ porque no me las doy todavía de filósofo, lo coloqué en la clase de los tigres; y cuando sea preciso, lo sostendré con la pluma".³²⁵

Toda esa polémica contra los nombres impuestos por los primeros naturalistas y observadores tiene una sola mira de notoria finalidad apologética: la de evitar que se hable de "pequeños" ciervos, de "pequeños" jabalíes y de "pequeños" osos en América, y de evitar así los sobresaltos de la susceptibilidad americana. Pero Gilij no quiere en verdad tratarla con miramientos, e insiste: "añadamos los pequeños puercoespines, las calabazas españolas empequeñecidas, nuestros vegetales bastardeados, y otras cien variaciones americanas que constan en mi historia".³²⁶ Molina está servido.

Pero no despachado todavía. El padre Gilij la emprende otra vez con él y lo pone en ridículo por la apología que ha hecho de los cuernos americanos: "en lo cual (y a él le gustará que yo le diga la verdad) cometió no pequeño error el docto escritor de la historia de Chile".³²⁷ Él, que todo lo encuentra mejorado en América, cuando viene a hablar de bueyes y de vacas "añade (no sé con qué propósito) esta enfática expresión: «Pero ni éstos, ni los otros [bueyes] domésticos han tenido nunca la desgracia de perder los cuernos, como propalan los denigradores de América»".³²⁸ Y sin embargo... hablando absolutamente en serio, en la vasta América hay bovinos privados no sólo de cuernos. "Yo le diré algo más —arremete irónicamente el italiano—: en algún sitio se encuentra incluso un ganado vacuno que no tiene pelo. Pero no tema que por esto quede humillada América." ³²⁹

³²³ *Saggio*, vol. IV, p. 89: "...ch'ei abbia buonamente creduto, che io de' nomi agli esseri Americani imposti dagli Spagnuoli, facciano tanto conto, quanto d'inappellabili definizioni".

³²⁴ Gilij trata "per celia" del oso, y se pasea absorto entre leones y tigres...

³²⁵ *Saggio*, vol. IV, p. 89: "io, senza quasi avvedermene, perché non fo peranche il filosofo, il collocai nella classe delle tigri; e quando fia d'uopo, il sosterrò colla penna". Gilij había escrito que en el Orinoco había muchísimos feroces tigres (*op. cit.*, vol. I, pp. 242-243), polemizando también con el "insigne" Robertson, el cual los tacha de inertes y tímidos (*ibid.*, vol. I, p. 314); Robertson es citado en otros pasajes: vol. I, p. 7; vol. II, pp. 240-241, 379.

³²⁶ *Saggio*, vol. IV, pp. 89-90: "aggiungiamo, le piccole istrici, le zucche Spagnuole impicciolette, i vegetabili nostri imbastarditi, e cento altre Americane variazioni, che costano dalla mia storia". En otro lugar, sin embargo, en el curso de una larga discusión (vol. IV, pp. 113-143) sobre los animales importados de Europa, Gilij examina sossegadamente las opuestas teorías de aquellos "che tutto il nostro credon deteriorato in America" y de aquellos que, en cambio, suponen que el valor de las cosas europeas resulta "accresciuto immensamente" en el Nuevo Mundo (vol. IV, p. 127).

³²⁷ *Ibid.*, vol. IV, p. 139: "nel che (e gradirà che io dicagli il vero) pigliò non piccolo errore il dotto scrittore della storia del Chile". Molina es mencionado explícitamente en nota.

³²⁸ *Loc. cit.*: "...aggiugne (non so a qual proposito) quest'enfatica espressione: «Ma né questi, né gli altri domestici hanno mai avuto la disgrazia di perdere le corna, come spacciano i degradatori dell'America»".

³²⁹ *Ibid.*, *loc. cit.*: "Io gli dirò di più, in qualche sito trovasi anche di quello [bestiame vacuno] che non ha pelo. Né tema egli per questo, che resti degradata l'America". A continuación cita sus autoridades, y transcribe íntegramente algunas cartas (vol. IV, pp. 139-143); cf. *supra*, pp. 197-198. En otro pasaje observa asimismo

Con ceño menos doctoral, el padre Gilij polemiza asimismo contra el otro gran apologeta jesuita, el padre Clavigero, cuya superior autoridad reconoce así de manera implícita. Pero, para no salir de entre los bovinos cornudos, cuando Clavigero afirma que los toros se han multiplicado en México, en el Paraguay y en otras partes de América más que en la "armentosa Italia", él replica con elaborados argumentos acerca de la menor disponibilidad de pastos y la mayor población de Italia, y mencionando un hecho corroborado por las estadísticas aduanales de la ciudad de Roma, a saber, que proporcionalmente se come más carne en Italia que en América.³³⁰ Y cuando el sacerdote mexicano hace alarde de la mole física de la danta, "gran bestia" de aquellos climas, Gilij advierte oblicuamente que es preciso desconfiar de lo que dicen los escritores americanos acerca de la corpulencia de sus animales. Esta danta, por ejemplo, "¡en cuántas formas no aparece en las historias del Nuevo Mundo! Alguien la llama el cuadrúpedo más corpulento del reino de México".³³¹ Otro la llama *ourignac*, y asegura que tiene el tamaño de un caballo. "Yo —concluye el padre Gilij— la asemejo a un asno, y me parecería demasiado si dijera que a un asno grande." ³³²

Si al ocuparse de plantas y de animales Gilij consigue únicamente —con su buen sentido— mantenerse distante de las exageraciones opuestas, pero no superarlas ni entender sus razones profundas, en cambio, cuando habla de los hombres sabe decirnos muchas cosas sensatas y darnos una imagen viva y precisa así del indígena como del criollo. Un punto fundamental del ex jesuita italiano, ciertamente no descubierto por él, pero sí olvidado muchas veces por los apologistas y detractores de América, es que no hay *una* América, sino *dos*, sumamente diversas entre sí: una, la salvaje, en donde viven sólo indígenas, y la otra, la civilizada, en donde los indígenas conviven con los españoles. Dos mundos separados, y por lo tanto dos asuntos, "confundidos a menudo en los libros y no desarrollados sino ligeramente hasta ahora", son los que él deberá tratar: el salvaje Orinoco y la civilizada Tierra Firme.³³³

De los indígenas nos ofrece un retrato minucioso, ponderado, humanísimo. Se siente que cada una de sus páginas está nutrida por una larga y directa experiencia, y refrenada por una saludable desconfianza hacia todo extremismo unilateral. Los fantásticos cálculos numéricos de las naciones aborígenes, aunque estén avalados por un Oviedo o por un Gómara, lo dejan incrédulo, y con sólidas razones sostiene que,

Gilij que es preciso que los sabios no humillen ya a América a causa de determinados productos defectuosos, pues se deben distinguir siempre rigurosamente los lugares y los climas (vol. IV, p. 194).

³³⁰ *Ibid.*, vol. IV, pp. 130-135; conclusiones sobre los bueyes, cerdos, etc., *ibid.*, vol. IV, pp. 137-138 nota.

³³¹ *Ibid.*, vol. IV, p. 195: "...in quante varie foggie compareisce ella mai nelle storie del Nuovo-mondo! Da altri dicesi il più corpulento quadrupede del regno del Messico", y aquí se cita en nota: Clavigero, I, § 10, p. 75. Clavigero es citado en varios otros lugares: vol. II, pp. v, 272, 331; vol. III, pp. 31, 281; vol. IV, pp. 130 ss., 195.

³³² *Ibid.*, vol. IV, p. 195: "Io la somiglio a un asino; e parrebemi assai, se dicesi a un asino grande." De "Dantas, o Gran Bestias" hablan Juan y Ulloa, *Relación histórica del viaje a la América meridional*, IV, 4 (ed. Madrid, 1748, vol. II, p. 491), obra conocida del padre Gilij. Pero de ninguna manera hay que confundir la danta (tapir) con el *ourignac* (alce). [El alce también suele llamarse *anta*.—N. del T.]

³³³ *Saggio*, vol. I, pp. xxi-xxii; vol. IV, p. vii: "[due argoment].... confusi spesso ne' libri e non isvolti che leggermente finora".

en conjunto, la población india ha disminuido quizá un poco, o ha permanecido igual a la que existía en el momento de la conquista, y que no era muy copiosa.³³⁴ Por su aspecto y por sus costumbres, esta población es muy homogénea: tiene razón Ulloa al decir que, visto un indio, se los conoce a todos, y, una vez más, yerra Molina al rechazar y ridiculizar esa sentencia.³³⁵ Los indios son más semejantes entre sí que los pobladores de una sola nación: son parecidos como los miembros de una misma familia; y sin embargo —enigma inexplicable—, hablan idiomas extraordinariamente distintos e irreducibles a un tipo único.³³⁶ Tomás Ortiz los ha tratado demasiado mal,³³⁷ el padre Las Casas los ha idealizado en exceso. También el padre Gumilla, su predecesor en la descripción del Orinoco, ha exagerado en la severidad del juicio.³³⁸ Más en lo justo está La Condamine, quien les da por carácter fundamental la insensibilidad. Pero —se apresura a corregir el sagaz misionero— “yo no supe discernir nunca si eso que en los indios se llama *insensibilidad* no es más bien sufrimiento, o soberbia”.³³⁹ En verdad es difícil entenderlos, porque no tienen portavoces propios: Garcilaso habla sólo de los Incas y, por materno orgullo (“per materna alterigia”), hace caso omiso de las demás razas. Sus defensores oficiosos, movidos por un celo mal entendido, han acabado a menudo por vilipendiarlos. Marmontel los denigra³⁴⁰ y Robertson los deshumaniza, puesto que llega a declarar que son “castísimos... y casi diría sin concupiscencia”, mientras que “la constitución débil de sus cuerpos, la imaginada frialdad y la indiferencia por el bello sexo son cosas que ciertamente no conceden los españoles ni los misioneros del

³³⁴ *Ibid.*, vol. I, p. xiv; vol. IV, pp. 259-263, 322-323, 408-409.

³³⁵ *Ibid.*, vol. IV, pp. 253-255; cf. *supra*, p. 197.

³³⁶ *Ibid.*, vol. IV, pp. 257-258. Ya Cieza de León había observado acerca de los indios que “aunque todos ellos son morenos lampiños y se parecen en tantas cosas unos a otros, ay tanta multitud de lenguas entre ellos que casi a cada legua y en cada parte ay nuevas lenguas” (*Crónica del Perú*, I, ca. 1550, citado por Leopardi, *Zibaldone*, ed. cit., vol. II, p. 660; cf. vol. II, p. 968; cf. también Muratori, *Il cristianesimo felice*, op. cit., vol. I, pp. 37, 216). Gilij recogió abundantes y precisas noticias sobre las lenguas de los americanos, valiéndose incluso de autores poco serios, como Lahontan (*Saggio*, vol. III, p. 265; Lahontan es citado en varias otras ocasiones: vol. I, pp. 281, 310-311, 402-405; vol. III, pp. 280, 310-311, 403-405), pero acudiendo sobre todo a los conocimientos de otros jesuitas expulsos, entre ellos el propio Molina (cf. vol. III, pp. 234 ss.); y “lasciò manoscritti, grammatiche e lessici delle lingue Maipur e Tamana” (Kratz, *loc. cit.*). Una contradicción paralela a la que señala Gilij en el texto se encuentra en su afirmación de que los vegetales, las fieras, las costumbres, los errores y las modas “si somiglian tanto fra loro [de un cabo al otro del continente americano] quanto in verun'altra parte del mondo” (*Saggio*, vol. III, p. vi) y la hermosa página en que describe la prodigiosa variedad del paisaje, de la fauna y de la flora americana (*ibid.*, vol. IV, p. 91), o aquella en que advierte que en América, como en cualquier otra parte del globo, hay cosas buenas y cosas malas, “paesi sani e infermi”, etc. (*ibid.*, vol. I, pp. xviii-xix).

³³⁷ Sobre Ortiz véase *supra*, p. 60.

³³⁸ El revisor eclesiástico dice (vol. I, p. xi) que Gilij corrige y completa a Gumilla, a quien, por lo demás, conoció personalmente, y a quien sigue admirando a pesar de criticarlo (*Saggio*, vol. I, pp. xxv-xxvi; vol. II, pp. ix, 302).

³³⁹ *Saggio*, vol. II, pp. viii-x: “io non seppi mai concepire appieno se quella, che negli Indiani chiamasi *insensibilità*, sia piuttosto o sofferenza, o superbia”. Cf. vol. IV, p. 8. También La Condamine se cuenta entre los autores más citados por Gilij.

³⁴⁰ *Ibid.*, vol. II, pp. 240-241, con referencia a los Incas; sin embargo, véase también la crítica que hace a su elogio del estado de naturaleza, *ibid.*, vol. II, pp. 371-376.

Orinoco, quienes tienen a los indios por muy calientes”.³⁴¹ Verdad es que no conocen la ternura, ni la galantería, ni la ceremoniosidad. Pero ya con ese andar siempre desnudos y con el bañarse juntos tienen cien ocasiones de “prevaricar”.³⁴²

Al restituir así a los indígenas americanos su vigor erótico, el padre Gilij se aparta decididamente de las tesis de Buffon. Pero no por ello los considera gallardos y robustos en las demás actividades de la vida. Al contrario, se adhiere de lleno a la teoría bíblico-sansoniana que sitúa la fuerza en los pelos. Los indígenas son lampiños o se depilan. Ahora bien, “de unas naciones desbarbadas, como lo son los orinoqueses, ¿qué robustez puede esperarse? Ninguna, o muy poca. En efecto, no existe tal vez en el mundo raza alguna que sea más delicada, o más débil, o menos robusta que los indios”. Esos mismos salvajes venezolanos a quienes un Américo Vespucio, al encontrarlos en una isla cerca de la costa, había descrito con terror como gigantescos caníbales, ahora al buen jesuita le “parecen flores que, apenas cortadas, se marchitan”.³⁴³

En definitiva, el padre Gilij juzga a los indígenas un pueblo inculto, no feo, singular en sus ritos, cruel, inconstante, pero susceptible de ser adoctrinado (“facile ad essere ammaestrato”) en la religión y en las costumbres de la vida civilizada: una nación que no ha hecho grandes progresos, “pero que es capaz de hacerlos, si vence su pereza”.³⁴⁴ Lo que le falta al misionero, naturalmente, es la simpatía intelectual por los usos y ritos de los primitivos. Su desconfianza es invencible: “yo nunca he mirado sin sospechas los bailes de los indios”.³⁴⁵ Desde más de un punto de vista, éstos le recuerdan las plebes rústicas de Europa: “muchas veces he asimilado a los americanos con nuestros campesinos”, especialmente por lo que se refiere a las habitaciones.³⁴⁶ Sus “ciudades” y las “misiones” pueden juzgarse hermosas relativamente, pero no en sí mismas: no son sino conglomerados de cabañas. Pero “sus iglesias son bastante bonitas, son ricas, y están hechas ni más ni menos que como las de los españoles”.³⁴⁷

³⁴¹ *Ibid.*, vol. II, pp. 240-241: “...castissimi... e starei per dir, senza fomite”; “la costituzione debole de' loro corpi, l'immaginata freddezza e l'indifferenza pel sesso bello son cose, che ne accordan certo gli Spagnuoli e i missionari dell'Orinoco, che tengon gl'Indiani per calidissimi”.

³⁴² *Ibid.*, vol. II, pp. 379-380, donde refuta asimismo la teoría robertsoniana (véase *supra*, p. 153, nota 48) de que la vida cómoda y civilizada y la libertad de conversaciones provocan y facilitan las relaciones amorosas. Las indias son aún más “calide”. El padre Gilij cuenta varios episodios bastante divertidos de sus esfuerzos para inducirlos a vestirse (*ibid.*, vol. II, pp. 47-49).

³⁴³ *Saggio*, vol. II, pp. 37-39: “da nazioni sbarbate, come gli Orinochesi sono, qual robustezza può mai aspettarsi? Niuna, o ben poca. Infatti, non v'ha forse nel mondo verun'altra gente, la quale sia, o più gentile, o più debole, o meno robusta degl'Indiani”; “...sembrano fiori, che appena colti languiscono”. El autor remite en este punto a una nota (vol. II, pp. 365-366) en la cual atenúa, con mucho, la condena lanzada en el texto, y explica que la debilidad se debe sobre todo a falta de ejercicio.

³⁴⁴ *Saggio*, vol. II, p. xi: “...ma che è capace di farne, vincendo la sua pigrizia”.

³⁴⁵ *Ibid.*, vol. II, p. 289: “io non ho mai senza sospetto mirato i balli indiani”. Desconfía también de los médicos-brujos, que muy de madrugada llevan personalmente a sus pacientes ciertas pocimas para hacerlas fecundas: “non può esservi sotto, come ognun vede, che molto di male” (vol. II, p. 99).

³⁴⁶ *Ibid.*, vol. IV, p. 278: “Io assai volte a' nostri contadini ho somigliato gli Americani”.

³⁴⁷ *Ibid.*, vol. IV, p. 280: “le loro chiese son belle assai, son ricche, e fatte né più né meno, che quelle degli Spagnuoli”.

Las de los españoles, en efecto —y con esto llegamos a los criollos—³⁴⁸ son verdaderas obras de arte: las iglesias de Bogotá no las “desdeñaría nuestra Italia”.³⁴⁹ Así, pues, ninguna decadencia, ninguna precoz senilidad es imputable a los españoles del Nuevo Mundo. Y nada hace falta para la dulzura de la vida: todo se encuentra allí con facilidad, “y en este respecto, con tal que se tenga dinero en el bolsillo, América no es quizá inferior a Italia”.³⁵⁰ Finalmente, a los ateneos de América, tan despreciados por De Pauw, les rinde Gilij altísimos homenajes: “sus universidades están llenas de hombres de consumada sabiduría”.³⁵¹ De sus antiguos discípulos habla con plena alabanza y complacencia. Y si en ninguna de las dos universidades bogotanas se enseña la medicina, esta arte y ciencia salutífera florece en Lima y en México.³⁵²

Este jesuita que regresa de las selvas del Orinoco sabe extender también su elogio a las ilustres ciudades capitales de los más importantes virreinos, con lo cual suple, en parte, la falta de defensores del Perú.

17. LAS “CARTAS AMERICANAS” DE CARLI

No puede dejar de sorprender, en efecto, la ausencia de los jesuitas peruanos en las polémicas emprendidas con tanto ardor y pertinacia por sus hermanos en religión de casi todas las partes de la América española.³⁵³ Esto puede ser una manifestación más de la decadencia cultural de la provincia peruana de la orden, decadencia francamente admitida por los padres Vargas Ugarte y Batllori, y a la cual debe atribuirse la casi completa esterilidad que, en todos los campos, manifiestan los des-

³⁴⁸ Pero seremos breves, porque de este asunto hablan con mayor conocimiento y pasión los jesuitas americanos.

³⁴⁹ *Saggio*, vol. IV, p. 327; sobre la arquitectura, la escultura y la pintura de los criollos, cf. *ibid.*, vol. IV, pp. 362-365.

³⁵⁰ *Ibid.*, vol. IV, p. 391: “...e per questo capo l'America, purché abbiasi denaro in tasca, non è forse inferiore all'Italia”. Nótese la continua referencia al paradigma Italia.

³⁵¹ *Ibid.*, vol. IV, p. 312: “le loro università son piene d'uomini di consumata sapienza”.

³⁵² *Ibid.*, vol. IV, pp. 353-356, con anécdotas sobre la gran fama de los médicos franceses en aquellas regiones.

³⁵³ El padre José Sánchez Labrador escribió veinte volúmenes de historia natural, civil y religiosa del Paraguay, pero se hallan aún inéditos, en Holanda. Algunos extractos, relativos a los productos medicinales, ha publicado (1948) un profesor de la Universidad de Tucumán, Aníbal Ruiz Moreno (véase *Revista de Historia de América*, 1950, núm. 30, pp. 533-535). Tampoco he encontrado notas antibuffonianas en los escritos de los jesuitas expulsados del Brasil (el principal de ellos, José Rodrigues de Melo, *De rusticis Brasiliae rebus carminum libri IV*, Roma, 1781), quizá porque salieron de estas regiones varios años antes (1760) de la explosión de la polémica (cf. M. Batllori, S. I., “L'opera dei gesuiti nel Brasile e il contributo italiano nella Historia del P. Serafim Leite”, *La Civiltà Cattolica*, 102, III, luglio 1951, pp. 193-202). Para otros escritos, publicados e inéditos, de jesuitas brasileños, neogranadinos, guatemaltecos, rioplatenses y paraguayos, todos ellos “implícitamente, e anche alle volte esplicitamente” en polémica con Buffon, De Pauw y Raynal, véanse las alusiones de Batllori, “L'interesse americanista”, art. cit., p. 169; *El abate Viscardo*, op. cit., pp. 168-169. Por su parte, los jesuitas europeos no se quedaron cruzados de brazos: el padre François Para du Phanjas atacó duramente a De Pauw en el tomo I de sus *Principes de la saine philosophie*, Paris, 1774.

terrados peruanos.³⁵⁴ La apología del Perú, en polémica con De Pauw, fue escrita por un italiano: por el ilustre Gian Rinaldo Carli, el cual, sin embargo, se valió de informaciones arqueológicas y lingüísticas que le suministró justamente un ex jesuita peruano no identificado. En las *Lettere americane* del economista y administrador capodistriano, la disputa se convierte en un verdadero panegírico del gobierno incaico y de sus instituciones, incluso religiosas, y es tal, que difícilmente hubiera podido ser escrito por jesuitas, aunque fueran más “patriotas” que Clavigero.³⁵⁵ Por otra parte, Carli no podía tener el cariño cordial que los jesuitas desterrados tenían por la naturaleza americana, y sus intereses mentales son más bien históricos y políticos que zoológicos y geofísicos. De aquí la sensible desviación que imprime a la polémica, y de aquí también, probablemente, una parte del inmenso éxito de que gozaron sus *Lettere americane*, tanto más “humanas” cuanto menos antropológicas y fisiológicas.

Carli no se pone siquiera a examinar el problema de la inferioridad o degeneración de las Américas. Sencillamente no cree en tal cosa, y le basta la existencia de los asendereados gigantes patagones para demostrar que en América, lejos de estar degradada la naturaleza, lejos de “no producir sino animales y hombres débiles, enfermizos, encanijados y de ninguna manera comparables con nosotros, es hasta más generosa que entre nosotros”.³⁵⁶ Por lo demás, si queremos distinguir, a la zaga de Buffon, entre tierras nuevas y tierras viejas, “cierto es que América es país tan antiguo como nuestro hemisferio, si no más”. Hasta parecería, dada la altura de las montañas del Perú, “que América es el país más antiguo del mundo”.³⁵⁷

³⁵⁴ R. Vargas Ugarte, *Jesuitas peruanos desterrados a Italia*, op. cit., passim, y especialmente pp. 96-97; *La “Carta a los españoles americanos”*, op. cit., pp. 55-56; Batllori, *El abate Viscardo*, op. cit., pp. 26-27. La única excepción vendría a ser la del trujillano padre Marcos Vega, autor de una obra sobre el origen de los americanos y de unos diálogos entre un español y un americano (escritos hoy perdidos); sin embargo, el padre Vega pertenecía a la provincia de Quito (Vargas Ugarte, *Jesuitas peruanos*, pp. 121-122; *La “Carta...”*, pp. 60-61). Tampoco puede llamarse peruano —puesto que nació y vivió en Guayaquil— al padre Juan (Gianceldonio) Arteta (1741-1796) que, desterrado en Italia, escribió aquí antes de 1780 (fecha de la aprobación eclesiástica) una *Difesa della Spagna e della sua America meridionale... contro i falsi pregiudizi, e filosofico-politici ragionamenti d'un moderno storico* [Raynal], que hasta hoy ha permanecido inédita (cf. R. Altamira, “Los cedulares como fuente histórica de la legislación indiana”, *Revista de Historia de América*, 1945, núm. 19, pp. 91, 93).

³⁵⁵ El padre Arteta (mencionado en la nota anterior) alaba ciertamente la blandura y la humanidad de los Incas, pero desprecia la civilización prehispánica del Perú y defiende al padre Valverde (cf. F. Mateos, S. J., “Una versión inédita de la conquista del Perú”, *Revista de Indias*, Madrid, 1944, núm. 17, pp. 389-442): ¡a aquel mismo Valverde a quien Carli (véase *infra*, p. 218) ve reencarnado en De Pauw! No puede haber sido él el informador de Carli, puesto que este ex jesuita había nacido en Lima, descendía de Orellana por línea materna y había vivido muchos años en el Cuzco: *Lettere americane*, ed. cit., vol. I, pp. 60-61, 198. El padre Vargas Ugarte cree poder identificarlo con el padre Miguel de Soto, de Huaraz (*La “Carta a los españoles americanos”*, op. cit., pp. 60-62).

³⁵⁶ *Lettere americane*, ed. cit., vol. I, pp. 262-264: “...[lungi dal] non produrre se non che animali e uomini deboli, malaticci, cagionevoli e in nessuna maniera paragonabili con noi altri, è anzi più generosa che fra noi”. También las amazonas de América gozaban de una ventaja sobre las amazonas clásicas: tenían “ammendue le poppe” (*ibid.*, vol. I, p. 271).

³⁵⁷ *Ibid.*, vol. I, p. 16: “certo è che l'America è Paese antico, quanto il nostro

De los animales nunca llega a hacer mención Carli, y en cuanto a las plantas, recuerda que América ha dado a Europa muchas especies utilísimas por sus virtudes terapéuticas o por su valor alimenticio. ¿No se hace una "deliziosa bevanda" con el "salubre" cacao? "Con ella, cada mañana tenemos ocasión de acordarnos de la pobre América".³⁵⁸ Lo que verdaderamente le preocupa es el hombre, y desde el comienzo mismo proclama su interés: "poco a poco veremos que, en sustancia, los americanos eran hombres como los demás", y que "la especie humana y la naturaleza organizada de América ha tenido el mismo germen y el mismo desarrollo en progresión paralela a nosotros".³⁵⁹ Semejantes son sus armas, sus costumbres, sus creencias, y así todo lo demás. Si los americanos eran menos industrioses y cultos que las más ilustres naciones del Mundo Antiguo, el resto de los habitantes de África, de Asia "y de la misma Europa nos ha dado en los antiguos tiempos, y aun en los modernos, bastante pocas razones para que nos sintamos orgullosos".³⁶⁰

Asentada así la sustancial identidad de la tierra, de los hombres y de su prehistoria en los dos hemisferios, y tras recordar a algunos de los primeros críticos de De Pauw, como Pernety y su amigo Paolo Frisi,³⁶¹ Carli —que cree confiadamente, a la zaga de Vico, en el curso paralelo de las naciones— olvida de hecho al salvaje y reivindica con exuberante doctrina las antiguas sociedades humanas.

No podía entusiasmarse por el indígena un hombre que toda su vida había combatido las tesis de Jean-Jacques y había escrito en su juventud la *Andropologia*, poemita sobre la felicidad que sólo puede alcanzarse dentro de la sociedad; que, casi al mismo tiempo que las *Lettere americane*, escribía (1776) el *Uomo libero* contra el *Contrato social*, "el más fatal de todos los libros"; y que en plena revolución publicaría (1792) el tratadito *Della disegualianza fisica, morale e civile tra gli uomini*. No: a los salvajes, a "los pueblos verdadera y positivamente salvajes", Carli está pronto a dejarlos bajo las punzantes condenas de De Pauw.³⁶²

Emisfero, se non più"; vol. II, pp. 78-79: "...che l'America sia il Paese più antico del mondo" (véase, en cambio, *supra*, pp. 101-102). La debilidad de los conocimientos geográficos de Carli se revela en el pasaje en que afirma que América es "un vastissimo continente, cioè almeno come l'Asia e l'Africa prese insieme" (vol. I, p. 33). Cf. *supra*, p. 145, nota 8.

³⁵⁸ *Lettere americane*, vol. I, p. 209: "Ogni mattina con questa abbiamo occasione di ricordarci della povera America." Cf. G. Parini, *Il Mattino*, vs. 134-136, 144-157.

³⁵⁹ *Lettere americane*, vol. I, pp. 12, 20: "passo passo vedremo che in sostanza gli Americani erano Uomini come gli altri"; "la specie umana e la natura organizzata d'America ha avuto il medesimo germe e il medesimo sviluppo a progressione parallela a noi". Su primer objetivo era establecer las relaciones prehistóricas de los americanos con los habitantes del hemisferio antiguo (carta del 27 de noviembre de 1776, en B. Ziliotto, *Trecentosessantasei lettere di Gian Rinaldo Carli capodistriano*, op. cit., p. 191), lo cual intenta en los volúmenes II y III a través de la hipótesis de la Atlántida. La objeción a tal hipótesis, fundada en la ausencia de animales europeos en América, es discutida rápidamente por Carli (op. cit., vol. II, pp. 210-211), pero mucho más a fondo por el traductor francés (*Lettres américaines*, Boston [et Paris], 1788, vol. II, pp. 261-262), quien cita en nota a Pernety.

³⁶⁰ *Lettere americane*, vol. I, p. 12: "[il resto del mondo antico] ci ha dato negli antichi tempi, ed anche ne' moderni, assai poche ragioni, onde fare insuperabile".

³⁶¹ Sobre Pernety, véase vol. I, p. 19, y vol. II, p. 299 (alusión al *Examen* del ex benedictino, que el traductor francés confunde con la *Dissertation*: vol. I, p. 423 nota; cf. vol. II, p. 262 nota); sobre Frisi, véase *ibid.*, vol. I, pp. 19, 105.

³⁶² *Lettere americane*, vol. I, pp. 42, 233; sobre la *Andropologia*, cf. L. Bossi, *Elogio storico del Conte Comm. Gian Rinaldo Carli*, Venezia, 1797, pp. 86-88.

Cuando le llega a las manos la *Historia* de Robertson, encuentra, sí, que el ilustre autor, "para hacer la corte a Monsieur Pauw", ha tratado con demasiado detenimiento "de la índole y debilidad de los pueblos salvajes", pero se limita a objetar que salvajes parecidos abundan en toda el África, en gran parte de Asia y hasta en Europa.³⁶³

Así, pues, Carli no se pondrá a defender la inocencia del primitivo, pero sí reivindicará para los mexicanos y peruanos el más alto grado de civilización y de sabiduría administrativa. Los convertirá en gigantes del arte del gobierno, en "patagones" de la Política. Es sólo un aspecto incidental de las calumnias de De Pauw el que atrae sus réplicas. La negación de la grandeza de las antiguas civilizaciones precolombinas lo provoca a componer su apología. En el terreno de la arqueología, se siente lo bastante robusto para hacer frente al arrogante adversario y para derrotarlo. Al comienzo, De Pauw lo deslumbra y aun lo "espan-ta". Carli tiene por él una admiración casi reverente:

Las inmensas fatigas que este literato alemán ha acometido para examinar las historias de los viajes, la franqueza de sus decisiones, el arte de sostener un sistema sin dar la apariencia de ser sistemático, la elocuencia con que embellece y robustece cada una de sus proposiciones, forman las singulares dotes de una obra que seduce y deleita...³⁶⁴

Hay otro límite más para su polémica. Aunque reivindica tanto la civilización mexicana como la peruana, en realidad Carli se ocupa sobre todo de esta última. A la monarquía electiva y feudal de México dedica, en efecto, sólo una carta (la undécima), pero advierte ya, al terminarla, que hablará en seguida de las repúblicas circunvecinas, como Tlaxcala (a la cual dedica la carta duodécima), "y luego del más regular y paternal de todos los imperios del mundo que ha habido o habrá, a saber, del imperio del Perú".³⁶⁵ Y en este punto de la redacción, en las cartas con que acompañaba cada una de las *Lettere americane* al mandárselas a su primo Gravisi, advertía: "ahora se inicia un asunto mucho más importante... , ahora se empieza a entrar en materia".³⁶⁶ En efecto, todo el resto del libro, que el autor mismo declara compuesto mal y apresuradamente (dictaba con gran ímpetu a su secretario una carta por semana y, sin mandarla sacar en limpio, algunas veces sin volver a leerla siquiera, se la despachaba al primo),³⁶⁷ está consagrado al estudio y al panegírico del imperio incaico.

³⁶³ *Lettere americane*, vol. II, pp. 279, 286-287. Sin embargo, advierten "gli Stampatori al leggitore", parafraseando a Carli, que la obra de De Pauw ha puesto en sujeción aun a "Scrittori del primo ordine, come l'Abate Raynal e M. Robertson" (vol. I, p. 3).

³⁶⁴ *Ibid.*, vol. I, p. 2: "le immense fatiche che questo Letterato Tedesco ha fatto nello spogliar le Storie de' viaggi, la franchezza delle sue decisioni, l'arte di sostenere un sistema senza apparire di essere sistematico, l'eloquenza con cui abbellisce e rende robusta ogni sua proposizione, formano le singolari doti d'un'opera che seduce e diletta". Carli conoce también las segundas *Recherches* y suscribe las alabanzas de Voltaire a De Pauw (op. cit., vol. II, pp. 50-51).

³⁶⁵ *Ibid.*, vol. I, p. 113: "...e poi del più regolare e più paterno di tutti gli Imperi del mondo, che siano stati o siano per essere, cioè di quello del Perù".

³⁶⁶ B. Ziliotto, op. cit., pp. 196 nota, 198: "ora si comincia un argomento assai più importante... , ora si comincia entrar in materia".

³⁶⁷ Cf. Ziliotto, op. cit., pp. 194-195, 201-202 ("a corso di penna", *ibid.*, p. 225): Carli se encontraba en Milán, y su primo en Capodistria. Sin embargo, las *Lettere* se revisaron y corrigieron antes de su publicación: *ibid.*, pp. 206-207.

Carli conoce a los recientes autores que han descrito este imperio: Ulloa,³⁶⁸ Algarotti, De Pauw, Raynal y el "incomparabile Pittore delle umane passioni", Marmontel. Pero los dos primeros "se limitan demasiado a lo general"; De Pauw "escribe con pluma envenenada por la bilis de un antropófago" (expresión barroca que tuvo fortuna);³⁶⁹ Raynal es demasiado sucinto y se muestra apocado frente a De Pauw,³⁷⁰ y Marmontel es demasiado novelesco. Lo mejor será remontarse a las fuentes, y más exactamente a la fuente suprema y purísima: "yo no puedo negar la estima y la fe que me merece Garcilaso de la Vega".³⁷¹

Llevando a Garcilaso como guía, Carli describe circunstanciadamente el sistema de gobierno de los Incas, cuya máxima fundamental era "obligar a todos sus súbditos a ser felices. Ningún imperio ha llegado jamás a un fin tan digno y tan útil para la humanidad".³⁷² De Pauw, que niega crédito a todo cuanto se nos refiere acerca de los Incas, debe de haber heredado, "per una stravagante metempsicosi", el alma de Valverde. Pero Carli repite que el de los antiguos peruanos era "ciertamente el mejor de todos los sistemas políticos que se han imaginado o seguido en todo nuestro hemisferio", puesto que en él "los hombres no solamente debían ser felices, sino que, siendo tal, necesariamente no podían dejar de serlo, aunque lo quisieran".³⁷³ Y continúa así, de carta en carta, ensalzándolo todo, hasta que, al comienzo de la *Lettera XIX*, prorrumpe en estas palabras, confesión y anhelo al mismo tiempo:

Yo estoy de tal manera empapado de la idea del gobierno antiguo del Perú, que me parece ser un peruano, o por lo menos se me antoja desear que en algún otro lugar de nuestro globo se levantase un sistema igual, para poder ir allí y gozar de una felicidad plena en el resto de vida que me queda...³⁷⁴

A partir de este momento, se disparan contra De Pauw sólo dardos ocasionales y genéricos, que apuntan, no tanto a rebatir sus tesis específicas, cuanto a castigar su arrogancia de hombre que escribe "desde

³⁶⁸ Hubo, por cierto, quien creyera que las *Lettere americane* eran continuación de las *Cartas americanas* de Ulloa. Véase J. R. Spell, *op. cit.*, p. 110, quien menciona una reseña española de 1789.

³⁶⁹ "Cette expression est violente" —anota el traductor francés, J. B. Le Febvre de Villebrune (que tradujo también a Ulloa)—, "mais c'est une pure vérité" (*op. cit.*, vol. I, p. 195 nota).

³⁷⁰ Sin embargo, Carli tenía grandísima admiración por la *Histoire* de Raynal: cf. *Lettere americane*, vol. I, p. 60, y Ziliotto, *op. cit.*, p. 225.

³⁷¹ *Lettere americane*, vol. I, p. 121: "[Ulloa e l'Algarotti] sono troppo ristretti sul generale...; [Pauw] scrive con una penna avvelenata dall'atrabili d'un Antropofago...; [Raynal], troppo succinto e messo in soggezione dal Paw...; io non posso negare la mia stima e la mia fede a Garcilaso della Vega". Cf. también *ibid.*, vol. I, pp. 78, 81, 95.

³⁷² *Ibid.*, vol. I, p. 125: "...obbligare tutti i loro sudditi ad essere felici. Nessun Impero arrivò mai ad un fine così degno e così utile all'umanità".

³⁷³ *Ibid.*, vol. I, p. 146: "...certamente il migliore di tutti i sistemi politici che sono stati immaginati o seguiti in tutto il nostro emisfero"; "...gli Uomini non solamente dovevano esser felici, ma era tale che necessariamente non potevano, anche volendo, non esserlo".

³⁷⁴ *Ibid.*, vol. I, p. 182: "Io sono talmente ripieno dell'idea del Governo antico del Perú, che mi pare d'essere un Peruviano, o almeno parmi di desiderare che in qualche altro luogo del nostro globo si architettasse un sistema uguale per potervi andare a godere una piena felicità in questo resto di vita che m'avanza".

el fondo de una provincia de Alemania" y "cree bárbaro y salvaje todo aquello que no es Breslau ni Berlín",³⁷⁵ y bebe cerveza, y tal vez —¡oh escándalo!— la bebe aun "in questo medesimo momento ch'io scrivo".³⁷⁶ En cierto momento, el propio Carli parece fastidiado de este pugilato con un maniquí, y justamente a propósito de la barba (de los americanos) estalla: "¿Y creéis que mi objeto es sólo el de combatir con Pauw? En verdad, no siento la vanidad de tener ilustres enemistades en literatura, para hacerme célebre";³⁷⁷ pero, con todo, se deja seducir por el tema y se pone a discutirlo: menciona pueblos lampiños del Viejo Mundo, y caciques peludos del Nuevo —peluda era incluso la mujer del barbado cacique de Catarapa—, y cuenta los pelos de la barba de Moctezuma.³⁷⁸

Los motivos de esta larga exaltación del imperio incaico son bastante claros. Carli mismo reconocía que su obra no merecía "otro título que aquel que, por todas sus características, le he dado, a saber, el de sueño", el calificativo mismo que él encaja varias veces a las *Recherches* de De Pauw.³⁷⁹ En el gobierno de los antiguos peruanos, descrito sobre la base

³⁷⁵ *Ibid.*, vol. I, pp. 197, 207: "dal fondo d'una provincia di Germania...," "crede tutto barbaro e tutto selvaggio quello che non è Breslavia né Berlino".

³⁷⁶ *Ibid.*, vol. II, p. 16.

³⁷⁷ *Ibid.*, vol. I, p. 251: "e credete voi che mio scopo sia quello di combattere unicamente con Paw? Io certamente non sento la vanità di avere in letteratura delle illustri inimicizie, per farmi celebre".

³⁷⁸ ¿Eran seis exactamente, o lo que Gómara quiere decir es sólo que eran malos? (*ibid.*, vol. I, p. 253). Entre los errores de De Pauw que Carli sometió a crítica particular está el siguiente: el prusiano refiere, siguiendo a Vespucio, que las americanas, "per rimediare al difetto organico" de la debilidad de sus maridos, "loro ungevano la parte virile con droghe ed insetti caustici, finché gonfiavasi enormemente, ed essi diventavano così più atti a soddisfarle", y afirma que la segunda receta falta en la versión italiana recogida por Ramusio (*Recherches*, ed. cit., vol. I, pp. 63-64). Carli replica, con los textos en la mano, que también Ramusio recuerda los animales venenosos (*Lettere americane*, vol. I, pp. 14-16); pero no se preocupa de discutir la verdad del hecho, ni las fáciles y extremas deducciones que de él saca De Pauw. Esas peculiares "droghe note degli Americani" también son recordadas con escándalo por Tommaso Porcacchi (*L'isole più famose del mondo*, Venezia, 1572), y con diversión por Giovanni de Gamerra (*La Corneide*, Livorno, 1781, vol. II, pp. 154 y 188), quien cita "Les Americ. observ." (*op. cit.*, también en el vol. V, p. 363); pero poco más adelante cita también a De Pauw (vol. II, p. 225, notas 5 y 8; vol. III, pp. 346-347, notas 5 y 6). Otro autor que trata el asunto, recordando a Vespucio y a De Pauw, es De Lignac (*De l'homme et de la femme considérés physiquement dans l'état du mariage*, Lille, 1773-74, vol. I, pp. 401-402; vol. II, p. 160), el cual, a propósito de otros temas no menos escabrosos, vuelve a citar varias veces a De Pauw como a una autoridad respetable (*op. cit.*, vol. I, pp. 395, 398, 456-457; vol. II, pp. 106, 162, 248, 282, 347, 349, 352). Cf. *supra*, pp. 130-131.

³⁷⁹ Carta del 25 de marzo de 1778, en Ziliotto, *op. cit.*, p. 206: "...[non] altro titolo, che quello che per tutti i riguardi le ho dato, cioè di sogno". Cf. *ibid.*, pp. 194 ("ammasso di sogni"), 200 ("leggenda"), 296 ("bagatelle"). Cf. también *Lettere americane*, vol. I, pp. 38-39, e Isidoro Bianchi, en la edición cremonesa, vol. I, p. v. En efecto, las *Lettere americane* no gozan de ninguna autoridad como obra histórica. Es significativo que Prescott las cite varias veces en su *Conquest of Mexico* (1843), y casi siempre como obra de un escritor "entusiasta" o de "vívida imaginación", mientras que no las recuerda ni una vez siquiera en la más tardía *Conquest of Peru* (1847), a pesar de que su una continua apología de los Incas. E. Rota (*Enciclopedia Italiana*, vol. IX, col. 30b) las califica de "opera alquanto fantastica". L. Baudin, que sin embargo interpreta el imperio incaico de modo no muy diverso, escribe que Carli "trace du Pérou une riante esquisse, déformation grossière de la réalité" (*L'empire socialiste des Inka*, *op. cit.*, p. 252).

del más romántico de los cronistas, Carli veía, en efecto, una consumada realización de sus ideas y aspiraciones políticas.

El despotismo filantrópico y paternalista de los antiguos Incas coincidía demasiado bien con la ideología del erudito enciclopedizante y celoso funcionario de María Teresa, protegido y ascendido por José II, panegirista de las reformas de Pedro Leopoldo de Toscana, autor él mismo de importantes reformas económicas en el ducado de Milán, estudioso de censos y de estadísticas y fautor de una economía regulada, de un estado preocupado por el bienestar económico y el aumento de la población. No diremos propiamente que el Perú de Carli sea una mera proyección utópica de sus mal satisfechos arrestos reformadores. Pero el ministro ilustrado, tan confiado en la beatífica eficacia de instituciones bien ensambladas, toma a menudo de la mano al arqueólogo, y lo empuja a exaltar aquella "ménagerie d'hommes heureux" que fue el Perú de los Incas y a vilipendiar, de rechazo, tanto el fanatismo de los antiguos conquistadores como el del *philosophe* contemporáneo. Al sospechar que De Pauw ha heredado el alma de Valverde, Carli establece una continuidad hostil entre el enemigo antiguo de Atahualpa y el enemigo moderno de las viejas civilizaciones americanas, entre el fraile fanático y el fanático secuaz de la filosofía ilustrada. Y reafirma así indirectamente el nexo ideal del hispanófobo De Pauw con los más extremos hispanófilos. (No es una casualidad que los americanos hayan acusado a De Pauw de prestar su pluma a los fines políticos de estos hispanófilos).³⁸⁰

Carli, en cambio, es decididamente hispanófobo;³⁸¹ y, aunque educado por un sacerdote y católico observante, poco amigo, también, de las jurisdicciones eclesiásticas, puesto que promovió activamente la supresión del Tribunal de la Inquisición; pero no por ello es anticlerical, ni tampoco anti-religioso, a la manera de los *philosophes* de París y de Berlín. Al contrario, por su formación mental, por su estudio asiduo de las antigüedades, por los elementos historicistas de tradición italiana presentes en su pensamiento, Carli da siempre una grandísima importancia a la religión, como medida de la civilización de un pueblo. Los americanos eran inferiores a los europeos en muchas técnicas y en muchas artes, pero tenían sistemas religiosos y ritos y cultos elaboradísimos. Y esto es lo que en verdad cuenta: la moral y el temor de Dios, no los instrumentos mecánicos o la perfección del lujo. De Pauw pretende darnos a entender que eran salvajes porque no conocían la moneda, ni el hierro, ni la escritura. Pero en ese caso habría que llamar asimismo bárbaros y salvajes a los espartanos y a los romanos hasta después de la derrota de Pirro, y a los moscovitas hasta el año de 1440, y llamar civilizados, en cambio, a los afeminados persas de Jerjes.³⁸²

Las *Lettere americane*, escritas entre 1777 y 1778, se publicaron en 1780, y alcanzaron un éxito estrepitoso. Este mismo año salía a la luz la *Storia antica del Messico* del padre Clavigero, y los dos autores se intercambiaban copiosos cumplimientos. Carli, ya en la segunda edición

³⁸⁰ Véase *infra*, p. 288.

³⁸¹ Entre sus autores preferidos se cuenta Correal, "il più diligente e paziente di tutti i viaggiatori" (*Lettere americane*, vol. I, pp. 174, 180, 190), uno de los clásicos de la leyenda negra.

³⁸² *Lettere americane*, vol. I, pp. 70-71, 107.

de las *Lettere* (Cremona, 1781-83), cita muchísimas veces al erudito mexicano, y éste, al recibir las *Lettere americane* en los momentos en que se imprimían los últimos folios de su segundo volumen, alababa esa "obra novísima y llena de erudición", que da "una idea verdadera, aunque no completa, de la cultura de los mexicanos",³⁸³ y acababa por dedicar sus *Disertaciones anti-depauwianas*³⁸⁴ precisamente a Carli, y no sin gravedad y solemnidad: hace esto "en nombre de los americanos", que le están obligados por haber encontrado en él un paladín noble de estirpe, ilustre por los cargos que ha desempeñado "y sobre todo ilustrísimo por sus luminosos escritos", que "ha tenido el valor de defender a aquellas despreciadas naciones contra tantos renombrados europeos, sus enemigos y perseguidores declarados".³⁸⁵

18. FRANKLIN Y LA ESTATURA DE LOS NORTEAMERICANOS

Las *Lettere* del polígrafo istriano se difundieron por toda Europa gracias a las reediciones y a las traducciones.³⁸⁶ Fueron utilizadas, como se ha visto, por Molina, quien dedicó también a Carli su *Storia naturale*, y asimismo por otros jesuitas desterrados. A su autoridad apelarán, en adelante, hombres como De Maistre, Humboldt, Tommaseo y Leopardi.³⁸⁷ Pero, sobre todo, constituyen el primer escrito de la polémica que atrajo la atención de un norteamericano; y no de uno cualquiera, sino de Benjamin Franklin.

La segunda edición (primera completa) de las *Lettere americane* va

³⁸³ *Storia antica del Messico*, op. cit., vol. II, p. 267: "opera novissima e piena d'erudizione"; "una vera, benché non completa, idea della cultura de' Messicani". Clavigero señala en Carli algunos errores: "talvolta si coglie una Città in iscambio d'un Re", y "quasi tutti i nomi messicani si leggono alterati, ed alcuni così sfigurati, che neppur io, che son tanto pratico nella lingua e nella storia del Messico, posso ravvisarli" (*ibid.*); el mismo reproche se extiende a todos los autores europeos (*ibid.*, vol. IV, p. 146); pero después de discutir algún particular (vol. II, pp. 267-270), Clavigero remite a sus *Dissertazioni*.

³⁸⁴ Véase *supra*, p. 178.

³⁸⁵ *Storia antica del Messico*, vol. IV, p. 4: "...e soprattutto chiarissimo per li suoi luminosi scritti"; "ha avuto il coraggio per difender quelle dispregiate Nazioni contro tanti rinomati Europei dichiarati lor nemici e persecutori". Cf. *ibid.*, pp. 31 (la Atlántida, defendida "con gran copia d'erudizione" por Carli), 39 nota, 240.

³⁸⁶ Después de la tercera edición italiana (Milano, 1785), se incluyeron en las compilaciones de obras completas de Carli. Traducción alemana, Gera, 1785; traducción francesa, Boston [en realidad París], 1788, y París, 1792; traducción inglesa (? véase Bossi, op. cit., p. 171, y Bartolomeo Gamba, *Serie dei testi... importanti nella italiana letteratura*, etc., *sub voce*); traducción al español, México, 1821-22 (sobre la cual, véase C. Radicati di Primeglio, *J. R. Carli, economista y americanista del siglo xviii*, Lima, 1944, pp. 27-29). Todavía en nuestros tiempos son objeto de estudios monográficos, como los de Y. Abeniacar, *Sulle "Lettere americane" di Gian Rinaldo Carli*, Milano, 1911, y de Radicati di Primeglio, op. cit., y "J. R. Carli, el iniciador del estudio científico del problema de la Atlántida", *Documentos*, Lima, vol. I (1948), pp. 44-72. Así, pues, no es del todo exacto decir que el Carli americanista sea "un olvidado", como quiere E. Sestan, quien le dedica algunas buenas páginas (*Europa settecentesca ed altri saggi*, Milano-Napoli, 1951, pp. 138-143).

³⁸⁷ Joseph de Maistre, *Soirées de St. Pétersbourg*, ed. cit., vol. II, pp. 69, 118, 287 (criticando la traducción francesa y sus notas); A. Humboldt, *Vues des Cordillères*, París, 1810; Leopardi, *Dialogo della Terra e della Luna*. En cuanto a Tommaseo, véase Fr. De Stefano, *Gian Rinaldo Carli*, Modena, 1942, pp. 212-213, 230. También Jefferson las poseía (*Catalogue*, ed. cit., vol. IV, p. 165).

ofrecida por el editor, el cremonés padre Isidoro Bianchi, a Franklin, como obra de "otro ilustre autor" —después de De Pauw, La Condamine, Raynal, Robertson, Bailly y Buffon— que "en Italia... ha sido el primero en darnos la más grandiosa y adecuada idea de ese gran Continente en el cual, con toda razón, debéis gloriaros de haber nacido". Los romanos no existen ya, y no se oye más la orgullosa y solemne exclamación *Civis Romanus sum*. "Pero todo americano podrá decir siempre, y con mayor razón, a los habitantes de las otras tres partes del Universo: *Soy un ciudadano de América*".³⁸⁸ Carli es un admirador del sabio americano, y no ha ahorrado fatigas para ilustrar la historia de la patria de Franklin (*sic!*). Sólo Franklin, pues, "la gloria de la República de los Filósofos", puede ser "el juez competente del mérito de este libro".

Benjamin Franklin, en efecto, daba su juicio en una carta al impresor cremonés, en la cual le rogaba que diera las gracias a Carli "por su ingeniosa defensa contra los ataques de aquel mal informado y maligno escritor, que por cierto no habla bien de ninguna persona sin arrepentirse de ello al momento y sin retractarse en seguida".³⁸⁹ Franklin había representado a los Estados Unidos en París desde 1776. Pero en 1782 el cargo pasaba a Jefferson, el cual, el año mismo en que Franklin se dirigía a Carli, daba a la luz en París sus *Notes on Virginia*.

La primera réplica a las calumnias lanzadas contra América venía también esta vez de americanos presentes en Europa, en contacto directo con los "denigradores", venía de hombres insignes por más de un título, y particularmente sensibles a la acusación de inferioridad. Ya se ha visto cómo, mientras los hispanoamericanos se sentían ofendidos sobre todo por la tacha de ignorancia e inercia mental que les había infligido De Pauw, los colonos anglosajones reaccionaban en primer lugar contra la insinuación de una inferioridad orgánica del ambiente natural del Nuevo Mundo. Así, pues, estos últimos no vacilan en atacar, por encima de De Pauw, al gran Buffon. Y se valen a menudo de argumentos empíricos, de "ejemplos prácticos", como convienen, por lo demás, a una disputa centrada sobre medidas y dimensiones y cantidades, sobre lo más y sobre lo menos, —y no sobre la excelencia de una antigua civilización, la maravilla de un ideal régimen político o el refinamiento de una floreciente cultura. Es un hecho que, hasta el momento de la Inde-

³⁸⁸ *Lettere americane*, Cremona, 1781-83, dedicatoria: "un altro illustre Autore... [che] in Italia... è stato il primo a darci la più grandiosa ed adeguata idea di quel gran Continente, in cui a ragione Voi dovete gloriarvi d'essere nato". "Ma ogni Americano potrà sempre e con più ragione dire agli Abitatori delle altre tre parti dell'Universo: *sono un cittadino d'America*". En 1940, una ley del Congreso instituyó la solemnidad cívica del "*I am an American citizen*"-Day, el tercer domingo de mayo.

³⁸⁹ Carta firmada en Passy, a 19 de noviembre de 1784: "...per la sua arguta difesa contro gli attacchi di quel mal informato e maligno Scrittore, che per certo non parla bene di nessuna persona senza pentirsene sul momento e senza ritrattarsene in appresso". La carta se imprime al comienzo del segundo de los cuatro volúmenes de las *Lettere americane* en la edición de Milán (1786); la transcribe Bood, *op. cit.*, pp. 193-194, y la vuelve a publicar Ch. R. D. Miller en *Modern Philology*, XLVII (1929-30), pp. 359-360. Sobre la fraternidad masónica existente entre Franklin, el padre Bianchi y el tipógrafo Manini (editor de las *Lettere americane*), véase D. Visconti, *op. cit.*, p. 116. Por su parte, Carli creía haber esbozado una teoría de los rayos antes de conocer los famosos experimentos de Franklin (véase De Stefano, *op. cit.*, p. 14).

pendencia, la cultura de las ciudades hispanoamericanas se había mantenido en un nivel superior al de los centros angloamericanos.³⁹⁰ En éstos, las bibliotecas no contenían casi sino obras de teología y de patristica, sobre todo en forma de comentarios a la Biblia. En las colonias españolas se hallaban difundidos los clásicos castellanos, y de ninguna manera eran raros los libros franceses y europeos en general, incluso de temas prohibidos.³⁹¹ Pero en la Nueva Inglaterra vivía una nación más impaciente y enérgica y también, gracias en parte al reciente éxito de su rebelión, más orgullosa de su fuerza. Cada uno de los dos principales grupos de americanos de ascendencia europea reaccionaba con vivacidad particular contra la denigración de sus cualidades más caras, visibles y tangibles. Cuando el hispanoamericano protestaba que su país era "grande", quería decir grande en las glorias del pasado, en las letras y en las ciencias, en la fe y aun en la opulencia. Cuando lo decía el norteamericano, quería afirmar que su país era ilimitado y que los angloamericanos eran de alta estatura. Nuestro irónico Franklin tenía un día como invitado a cenar al abate Raynal, y con él a algunos otros franceses y a algunos americanos. El abate se dejó ir a una de sus habituales tiradas oratorias sobre la degeneración de los animales y del hombre en América. El anfitrión, con su acostumbrada sonrisa de bondad, propuso resolver empíricamente la cuestión: "let us try this question by the fact before us". Hizo que se pusieran en pie sus invitados, y resultó que todos los americanos eran altos y robustos, y los franceses singularmente minúsculos: el abate, desde luego, era un simple camarón ("a mere shrimp"). Raynal se defendió hablando cortésmente de "excepciones", y, según otra versión nada inverosímil, objetando que los hechos y los ejemplos cuentan poco en filosofía, donde sólo valen los conceptos y las ideas: como si la tesis buffon-depauwiana se hubiera transformado ya en una exigencia lógica, que debía servir para dar coherencia al mundo, y por lo tanto en un artículo de fe, al cual no vale oponer hechos meramente reales...³⁹²

³⁹⁰ A. de Humboldt, *Essai politique sur le royaume de la Nouvelle Espagne*, *op. cit.*, vol. II, pp. 10-11 (y su reseñador norteamericano, 1811, citado por Bernstein, *op. cit.*, pp. 64-65); M. de Oliveira Lima, *La evolución histórica de la América Latina*, Madrid, s. f. [ca. 1913], p. 67; P. Henríquez Ureña, *Literary currents in Hispanic America*, Cambridge, Mass., 1941, p. 232, nota 41 [= *Las corrientes literarias en la América hispánica*, trad. J. Díez-Canedo, México, 1949, p. 230, nota 36], con cita de Humboldt.

³⁹¹ Véase en B. Fay, *L'esprit révolutionnaire*, *op. cit.*, pp. 25-28, cómo sólo después de 1750 se comenzó a conocer en las trece colonias, con reservas y desconfianzas, la cultura francesa. Compárese (en Bernstein, *op. cit.*, pp. 52-60) la lista bastante miserable y monótona de libros sobre la América hispánica que poseían las bibliotecas norteamericanas, con los inventarios de librerías hispanoamericanas de la época, por ejemplo la de José Manuel Dávalos (sobre el cual véase *infra*, p. 264), y de los libros confiscados por la Inquisición. Para el primer período de la colonización española, véanse asimismo las importantes investigaciones de I. A. Leonard, *Books of the brave*, Cambridge, Mass., 1949 [= *Los libros del conquistador*, trad. de M. Monteforte y J. Calvo, México, 1953]. Sobre la ignorancia literaria de la Nueva Inglaterra, véase M. F. Heiser, "Cervantes in the United States", *Hispanic Review*, vol. XV (1947), p. 409, con cita de E. C. Cook, *Literary influences in colonial newspapers, 1704-1750*, New York, 1912, p. 2; y Th. G. Wright, *Literary culture in early New England, 1620-1730*, New Haven, 1920.

³⁹² La tesis de Raynal está muy cercana de la que ya hemos encontrado en De Pauw (véase *supra*, pp. 80-81), etc. Parece que la anécdota fue narrada por el pro-

Franklin era alto y, por encima de la cabeza del enanillo Raynal, asestaba un buen golpe al alto Buffon, a Buffon que tan orgulloso estaba de su estatura y de su porte majestuoso. La disputa de los mundos parece achicarse por un momento en la competencia de dos venerables naturalistas que se ponen frente a frente, enarcan el tórax, alzan los hombros y se miran con ceñudo rencor. En el fondo se alargan las sombras sardónicas de los patagones...

¡Pero no solamente las sombras! Los patagones del Norte eran los pieles rojas. ¡Cuántas veces no recuerdan los americanos de los Estados Unidos, llenos de complacencia, su alta estatura y sus fieros semblantes! ¡Y con qué facilidad se atribuyen a sí mismos sus prerrogativas físicas! Hombres y mujeres de ascendencia europea quedaban hechos partícipes, con gran generosidad, de las virtudes gimnásticas y genésicas de los indígenas, de las virtudes verdaderas y de las atribuidas al "noble salvaje".³⁹³ El criollo anglosajón no sólo rechaza, como el español, las sospechas de degeneración, sino que va más allá y reivindica para sí mismo los méritos físicos y morales de los indígenas, que están inmunes de tantas enfermedades europeas, que son hermosos, de una hermosura "griega", y que tienen, los hombres, tan fuerte apego a la libertad, y las mujeres, una facilidad tan envidiable de parir.³⁹⁴

pio Franklin a Jefferson: cf. "Anecdotes of B. Franklin", en *The life and selected writings of Th. Jefferson*, ed. New York, 1944, p. 179, y en *Works*, ed. Paul Leicester Ford, New York-London, 1904, vol. III, p. 458 nota. La utilizaba, ribeteándola de sarcasmos antieuropeos, John Bristed (*Resources of the United States of America*, 1818), quien contrastaba a los americanos, todos ellos "stout, well-proportioned, tall, handsome", con los ridículos franceses, "all little, lank, yellow, shrivelled personages, resembling Java monkeys" (citado en Martin, *op. cit.*, pp. 210-211; cf. 190-191). Véase también C. Van Doren, *Benjamin Franklin*, Garden City, 1941, p. 721; B. Fay, *Civilisation américaine*, Paris, 1939, pp. 54-55; G. Chinard, "Eighteenth-century theories on America", art. cit., pp. 40-41, el cual observa que nada prueba que Franklin, antes de su permanencia en París, estuviese "particularly disturbed by the aspersions thrown by Buffon on the climate of America": otra señal de que la polémica, intercontinental por definición, sólo estaba en el tenso clima de Europa.

³⁹³ Kraus, *op. cit.*, pp. 217-218, 254, 267; Martin, *op. cit.*, p. 196; cf. B. Franklin, *Remarks concerning the savages of North America*, 1783-84 (pero Franklin, según Pearce, *op. cit.*, pp. 138-139, no ha de tomarse en serio sobre este particular). Todo vilipendio del salvaje socavaba en su base semejante orgullo patriótico. Todos los reformadores y pedagogos, en consecuencia, reivindicaban a los pieles rojas, "whatever may have been advanced by European writers to the contrary", como más sanos, morales y felices que los europeos (R. Coram, *Political inquiries*, 1791, citado en Ch. and M. Beard, *The American spirit*, New York, 1942, pp. 126-137). "No such animal was ever seen in America, as the Indian M. de Buffon described in Paris" (Samuel Williams, 1794, citado en Martin, *op. cit.*, pp. 196-197; cf. Pearce, *op. cit.*, p. 161). Pero cuando se iniciaba la gran marcha hacia el Oeste no faltaban argumentos para justificar el exterminio de los "salvajes" y "degenerados" indígenas (ejemplos de 1810-11 y de 1859 en W. S. Tryon, *A mirror for Americans*, *op. cit.*, pp. 492, 721-724). La historia de la actitud de los norteamericanos hacia los pieles rojas de 1609 a 1851 ha sido narrada con gran riqueza de matices y sutiles consideraciones —demasiado sutiles a veces— por el citado Pearce, *The savages of America*, Baltimore, 1953.

³⁹⁴ Cf., por ejemplo, entre los antiguos, Lahontan, *op. cit.*, pp. 120, 131; y entre los contemporáneos, Perrin du Lac, *Voyage dans les deux Louisianes*, Paris, 1805, p. 113. Por otra parte, los colonos heredaban también las "denigraciones" de los salvajes. Para zaherir las disposiciones éticas de los habitantes de Maine, Talleyrand escribe que "indolentes y ávidos, pobres pero sin necesidades, se asemejan demasiado todavía a los indígenas a quienes han suplantado" (*Talleyrand in America as a financial promoter, 1794-96*, ed. H. Huth and W. J. Pugh, Washington, 1942, p. 82). Véase también lo que dicen Castiglioni (*infra*, pp. 252-253), Hilliard d'Auberteuil (*infra*, p. 230) y

Los colonos de la Nueva Inglaterra aprovechaban así, de reflejo, los beneficios de la exaltación europea de los primitivos y de los salvajes. Ya Volney observaba (1803) que la mayor parte de los escritores norteamericanos parecían obsesionados en refutar a los europeos, "como si, por una ficción extraña, se hubiesen constituido en representantes y vengadores de los indígenas, sus predecesores".³⁹⁵ Y, en efecto, el inglés Francis Hall, asombrado por la extraordinaria estatura de los miembros del Congreso provenientes de los Estados occidentales, sólo encontraba comparables con "estos Goliats del Occidente" a seis musculosos y gigantesco jefes indios, que le hacían pensar en los héroes griegos, capaces de rechazar por sí solos las filas de los troyanos.³⁹⁶ Los americanos del West eran ya, en cuanto a vigor físico, los émulos de los aguerridos indígenas. En las novelas de Fenimore Cooper, observaba con maravilla un crítico contemporáneo, "el piel roja y el squatter se codean o, mejor dicho, se confunden",³⁹⁷ como si el clima norteamericano hubiera influido sobre los descendientes de los puritanos hasta hacerlos parecidos a los aborígenes. El fácil paso ulterior se dio pocos decenios más tarde, cuando, hacia mediados del siglo XIX, la sociedad de la costa atlántica se hizo decididamente urbana, industrial y mercantil, y ya no le fue posible, de ninguna manera, embellecerse con las plumas del piel roja. Los atributos del Noble Salvaje, desempolvados para la ocasión, se transfirieron entonces íntegramente al *Westerner*. La "frontera" heredó el mítico prestigio de la floresta. ¡Qué remotos se nos muestran los antepasados de los "inocentes" de Mark Twain,³⁹⁸ y qué coherente resulta la línea de desarrollo desde el Buen Hurón y Calzones-de-Cuero hasta Buffalo Bill y Hopalong Cassidy!

19. PAINE: LA AUGURAL GRANDEZA DE LA NATURALEZA AMERICANA

En el siglo XVIII, la explicación de esa doble y confusa excelencia de los nativos y de los inmigrados, de los pieles rojas y de los criollos, resultaba

Kürnberger, el cual supone que la estridente grito de los norteamericanos proviene del aullido de guerra de los pieles ojas (*Der Amerikaniide*, 1855, ed. Die Brücke, s. f., p. 384). Finalmente, Mrs. Trollope explicará la vanidad de adornarse y la propensión de los yankees a las bebidas alcohólicas recordando los idénticos *penchants* del piel roja y del negro (*Domestic manners of the Americans*, 1832, ed. cit., p. 423).

³⁹⁵ *Tableau du climat et du sol des Etats-Unis*, en *Oeuvres complètes*, ed. cit., p. 632, c. 2: "...comme si, par une fiction bizarre, ils s'établissaient les représentants et les vengeurs des indigènes, leurs prédecesseurs". Cf. G. Chinard, *L'exotisme américain dans l'œuvre de Chateaubriand*, Paris, 1918, p. 20; Pearce, *op. cit.*, pp. 49, 54; Visconti, *op. cit.*, pp. 43-45.

³⁹⁶ *Viaje al Canadá y a los Estados Unidos*, 1816-17, pasaje traducido y reproducido por el *Raccogliitore* de Milán, 1818, y transcrito por Leopardi, *Opere*, ed. Gregoriana, p. 1153. La alta estatura de los habitantes de la Nueva Inglaterra era elogiada (1812) por el rector de la Universidad de Yale, Timothy Dwight (Tryon, *A mirror for Americans*, *op. cit.*, p. 39). Sobre los precedentes jesuíticos de esta idealización, cf. *supra*, p. 60.

³⁹⁷ Philarette Chasles, *Études sur la littérature et les mœurs des Anglo-Américains*, Paris, 1851, p. 271: "le sauvage rouge et le squatter se touchent ou plutôt se confondent".

³⁹⁸ H. N. Smith, "Origins of a native American literary tradition", en *The American writer and the European tradition*, ed. M. Denny and W. H. Gilman, Minneapolis, 1950, pp. 67-70.

facilísima: era el *clima*, el aire salubérrimo de las selvas, una tercera excelencia que convalidaba y absorbía a las otras.³⁹⁹

Estrechamente vinculado con la complacencia por la benignidad (cualitativa) de la naturaleza se hallaba el júbilo por su abundancia y vastedad (cuantitativa). El área inmensa del continente se confrontaba con el área de la minúscula y encogida Europa:⁴⁰⁰ y una simple, seudológica regla de tres llevaba a concluir que también las especies animales tenían que ser allí más grandes y poderosas que en el Viejo Mundo. Una transposición más fácil aún, de la agrimensura y de la zootecnia a la filosofía de la historia, daba por corolario la garantía de un magnífico porvenir a una tierra tan espaciosa, fecunda e imponente. El ambiente era un seguro auspicio de gloria.⁴⁰¹

En el *Common sense* (1776) de Thomas Paine, el tema se explota hasta el fastidio. Es antinatural que un Continente esté gobernado por una isla. El satélite no puede mandar a un planeta más voluminoso que él. América es una octava parte de la tierra habitable, mientras que Inglaterra está encerrada en los "narrow limits" de 360 millas. Si América es joven (se advierte aquí el comienzo de la inversión *in rebus politicis* de la tesis del continente "nuevo" y mal desecado todavía), si es pueril,

³⁹⁹ Véase la tesis de Samuel S. Smith acerca de la influencia del clima y del modo de vivir americano sobre los descendientes de los europeos, que "had changed in complexion and hair texture", de tal modo que "whites who lived like Indians began to look like them" (Kraus, *op. cit.*, p. 181).

⁴⁰⁰ Ejemplos en M. Curti, *The roots, op. cit.*, pp. 4, 32 ss., 40 ss., etc. Este motivo falta casi por completo en los primeros "nacionalistas" hispanoamericanos. Más tarde se invertía la posición, e invertida suele seguir en nuestros días. Los Estados Unidos completaban la ocupación del territorio, y las repúblicas hispanoamericanas "descubrían" las vastas soledades de la Amazonia, de la Pampa, de los Llanos, etc. En el patriotismo norteamericano, el orgullo de la vastedad espacial entra ahora sólo como componente secundario; en el hispanoamericano es el elemento primario y activo.

⁴⁰¹ Esta forma romanticizante de nacionalismo paisajístico es notada, en cuanto se refiere a la literatura, por H. M. Jones (*Ideas in America, op. cit.*, p. 112; *Theory of American literature*, Ithaca, New York, 1948, pp. 72-73, 153, 191-192); en cuanto se refiere a las bellas artes, por S. Isham (*The history of American painting*, New York, 1927, citado por Jones, *Ideas, op. cit.*, p. 196; cf. también, para ejemplos más tardíos, F. O. Matthiessen, *American Renaissance*, New York, 1941, p. 598); y en general por Ch. and M. Beard, *The American spirit, op. cit.*, pp. 165-166, y por Ch. L. Griffin, "Native Indian culture", en *Concerning Latin American culture*, New York, 1949, pp. 117-118 y, con mayor riqueza de antecedentes y de desarrollos, en Boorstin, *op. cit.*, pp. 23-27. Semejante actitud sobrevino como reacción al lamento de los primeros escritores y versificadores de la Nueva Inglaterra, lamento que perdura todavía en el joven Hawthorne, sobre lo "prosaico" del paisaje americano, sin recuerdos históricos, sin sombras del pasado, sin "románticas" apariciones (Van Wyck Brooks, *The flowering of New England*, New York, 1941, p. 47). Aquel segundo, pero no menos "romántico" entusiasmo por la virgen y poderosa naturaleza de América, aflora ya en los escritos de propaganda de los primeros colonos puritanos (Boorstin, *loc. cit.*), y se afirma vigorosamente hacia los años de 1780. En 1783, Webster pedía que América se hiciese "as independent in literature as in politics", y en 1786 había ya críticos que reprendían a los escritores americanos porque seguían modelos europeos en lugar de inspirarse en la naturaleza exuberante, sublime, tremenda de su vasto país (P. Henríquez Ureña, *op. cit.*, p. 237, nota 8 [= trad. española cit., p. 234, nota 8]); Kraus, *op. cit.*, p. 283; Jones, *Theory, op. cit.*, *passim*, especialmente pp. 48-71). En esos mismos años, André Chénier cantaba la virtud educativa de la desenfrenada naturaleza de América: "et l'âme qui s'embrace à cet ardent modèle / devient indépendante et sublime comme elle" (*Fragments de l'Amérique*, ed. Pléiade, p. 416).

tanto mejor: "el estado *infantil* de las colonias, según es llamado... , constituye un argumento en favor de la independencia".⁴⁰²

Más explícito aún, más ligado aún al ambiente telúrico, reaparece el augurio en los *Rights of man* (1792). América estaba predestinada a ser la cuna de la nueva libertad:

Una reunión de circunstancias conspiraba no sólo a darle nacimiento, sino también a conferir gigantesca madurez a sus principios. La escena que este país ofrece a la mirada del espectador tiene algo que engendra y ensancha grandes ideas. La naturaleza se le muestra magnificada.⁴⁰³

El teatro inspira a los actores, y los levanta a alturas sublimes. La misma "wilderness" estimula el desarrollo de una sociedad íntegramente humana y fraternal, sin disputas históricas y sin intrigas políticas.

Si los gobiernos de Asia, de África y de Europa se hubiesen desarrollado sobre los mismos principios, el consabido espectador de otro mundo, que nada supiera de la historia del nuestro, "tomaría a gran parte del Viejo Mundo como Mundo Nuevo, mundo que lucha todavía con las dificultades y molestias de una instalación muy reciente"...⁴⁰⁴ Encontraría allí una miseria difundida, incurable, gobiernos corrompidos y la mano encorvada e inflexible del fisco. El Mundo Antiguo es el "nuevo", o sea el imperfecto, el retrasado. Es "infantil", sí, y en el peor sentido, por haber llegado a una edad demasiado avanzada. Es decadente e incapaz de adecuarse a las exigencias de los tiempos nuevos. Sólo en América, Naturaleza y Razón fijan, concordes, los cánones y los módulos de una civilización más verdadera y más humana, sólo allí florece una Virtud inimitable y resuena la promesa de un Progreso ilimitado.

Ilimitado por mil años, quizá. Después América será degenerada como Europa. Pero, al paso que la caída de los imperios del mundo antiguo no nos ha dejado sino "ruinas de pomposos palacios desmoronándose, magníficos museos, altísimas pirámides y murallas y torres de la más costosa fábrica",⁴⁰⁵ cuando caiga "el imperio de América" se verá un espectáculo mucho más doloroso: la ruina de la más noble obra de la

⁴⁰² Th. Paine, *Representative selections*, ed. H. H. Clark, New York, 1944, pp. 39-40: "...the infant state of the colonies, as it is called, ... is an argument in favor of independence". El *Common sense*, "excellent ouvrage", hacía célebre al autor en América y en toda Europa (Marquis de Chastellux, *Voyages dans l'Amérique septentrionale*, Paris, 1788, vol. I, pp. 263-265).

⁴⁰³ Th. Paine, *The rights of man*, Part II, Introduction, ed. Conway, New York-London, 1906, vol. II, pp. 402-403 (*Representative selections*, pp. 173-174): "an assemblage of circumstances conspired not only to give birth but to add gigantic maturity to its principles. The scene which that country presents to the eye of the spectator has something in it which generates and enlarges great ideas. Nature appears to him in magnitude".

⁴⁰⁴ Paine, *loc. cit.*: "...would take a great part of the old world to be new, just struggling with the difficulties and hardships of an infant settlement". Esta Parte II de los *Rights of man* polemiza especialmente contra el *Appeal from the new to the old whigs*, publicado por Burke en 1791, y está por lo tanto bajo la sugestión inmediata de la antítesis entre *old* y *new* (cf., por ejemplo: "though it might be proved that the system of government now called the *new* is the most *ancient* in principle", etc., ed. cit., p. 414; *Representative selections*, p. 184).

⁴⁰⁵ *Representative selections*, pp. 390-391: "...mouldering ruins of pompous palaces, magnificent museums, lofty pyramids and walls and towers of the most costly workmanship".

sabiduría humana, de la escena más grandiosa de la gloria humana, de la causa sublime de la Libertad.⁴⁰⁶

Los *Rights of man* se redactaron como réplica a las célebres *Reflections* de Burke, la más fuerte y cálida defensa de los valores de la tradición y de la historia. La exaltación de la desnuda naturaleza formaba parte del ataque a los embanderados baluartes del Pasado. América en cuanto concepto político nacía así como anti-historia, como vigor de naturaleza —a despecho de los Tersites europeos—, toda ella tendida hacia el Futuro y ya orgullosa de su titánico primitivismo. Si la América española había hecho alarde de sus falanges de santos y había ostentado los trofeos resplandecientes y enjorjados de la Religión y los pletóricos dones celestiales de la Gracia, la América anglosajona se exaltaba en el espejismo de su virginal pureza y de sus ilimitadas posibilidades terrenas. En la complacencia de los norteamericanos al sentirse tan virtuosos, y por lo tanto predilectos de Dios, y por lo tanto prósperos y felices, entraban, como es claro, motivos puritanos de validez universal. También el atormentado reverendo Dimmersdale, héroe de *The scarlet letter*, se exalta, en su último sermón, ante la idea de que su misión, al revés de la de los profetas de Israel, consiste en “predecir un alto y glorioso destino al recién congregado pueblo del Señor”.⁴⁰⁷ Pero la forma específicamente americana de esta vanagloria se alimentaba de creencias y de argumentos crecidos en Europa y esgrimidos ahora altaneramente contra Europa. Aquel tema de tan ricas resonancias durante tres siglos —desde las Casas hasta los románticos—, de la América fecunda de oro y de culpas,⁴⁰⁸ o sea de la Europa culpable frente a los inocentes americanos, y castigada, en consecuencia, con arcanas e irremediables desgracias, de la Europa cargada de delitos y de calamidades, resonaba entre los ingenuos patriotas de los Estados Unidos. Uno de ellos llamaba la atención (1794) sobre

*this glad world remote from every foe,
from Europe's mischiefs, and from Europe's woe;*⁴⁰⁹

otro enumeraba (1813) las copiosas bendiciones de la Providencia (norteamericana), “mientras la discordia está desgarrando a Europa”;⁴¹⁰ y otros más sospechaban que las mercancías de lujo europeas eran portadoras de corrupción moral, además de ser molestas competidoras de las que producían los austeros republicanos del otro lado del Atlántico.⁴¹¹

⁴⁰⁶ *Ibid.* Sobre Paine, véase también Brie, art. cit., pp. 364-366; y, por lo que se refiere a sus polémicas contra Raynal, cf. Villard, *op. cit.*, pp. 333-334, 391.

⁴⁰⁷ N. Hawthorne, *The scarlet letter*, XXIII, ed. The World's Popular Classics, p. 206: “to foretell a high and glorious destiny for the newly gathered people of the Lord”.

⁴⁰⁸ V. Monti, *Il fanatismo* (1797), en *Poesie liriche*, Firenze, 1858, p. 363. El oro americano, las culpas europeas, naturalmente. El motivo se complica en el *Verhindewanzigste Februar* (1810) de Zacharias Werner, donde el oro, honradamente ganado en el Nuevo Mundo, debería servir para lavar y redimir los delitos cometidos en el Viejo, y en vez de eso desencadena otros nuevos y más horribles (ed. Reclam, pp. 12, 19, 42).

⁴⁰⁹ M. Curti, *op. cit.*, p. 30: [“este dichoso mundo, alejado de todo enemigo, de las calamidades de Europa y de los infortunios de Europa”].

⁴¹⁰ *Ibid.*, p. 49: “...while discord is tearing old Europe to pieces”.

⁴¹¹ Véase Curti, *op. cit.*, pp. 30, 49, 100 *et passim*, así como las candidas expresiones de dos jóvenes oficiales franceses, el Príncipe de Broglie y el Conde de Ségur,

Lo bueno y lo malo del pensamiento moderno de Occidente, su tormento de conciencia frente a las conquistas y a la explotación y su orgullo ansioso de exhibir primacías y de dictar sentencias, se vuelven a encontrar, revueltos por las vicisitudes de la polémica, en el turbio y místico nacionalismo del Destino Manifiesto.⁴¹²

En cambio, era no sólo inasimilable, sino ácidamente corrosiva de toda ilusión de primacía, la tesis de la degeneración e impotencia del Nuevo Mundo. Y casi todos los “padres de la patria” de los Estados Unidos arrojaron algún flechazo contra Buffon o De Pauw. Ya se han recordado los de Paine y de Franklin. Thomas Jefferson intentaba incluso una refutación en toda regla.⁴¹³ John Adams, cuando aún era embajador en Londres, expresaba de manera incidental, en una frase del prefacio a su *Defence of the Constitutions of the United States* (1786), su complacencia ante la seguridad de que Paine había demolido “los errores de Raynal, y Jefferson los de Buffon, tan antifilosóficamente sacados de los despreciables sueños de De Pauw”.⁴¹⁴ Y su mujer, la combativa Abigail, que reconocía la superioridad europea en las artes y en las ciencias, pero reivindicaba para América la más amplia difusión de la cultura y las mujeres más virtuosas y más bellas (en Londres encuentra a una sola niña de hermosura verdaderamente divina, y nos hace notar al punto que su padre es americano, y justamente un hombre guapísimo...), pasaba sin titubear al contraataque, al consabido y ritual contraataque denigratorio de la naturaleza y de la sociedad europeas: “¿Sabes —escribía en 1786 a su hermana— que los pájaros europeos no son ni la mitad de melodiosos comparados con los nuestros? Así también, sus frutas no son ni la mitad de dulces, sus flores la mitad de olorosas, sus costumbres la mitad de puras, ni sus habitantes la mitad de virtuosos”.⁴¹⁵ Y en ese mismo año, Freneau, el futuro jacobino, y Barlow,

que se trasladaron a América para servir en el ejército de Rochambeau (1782) (sobre el cual véase también Fay, *op. cit.*, p. 122): *Deux Français aux États-Unis*, etc., *Mélanges publiés par la Société des Bibliophiles Français*, Paris, 1903, *passim*, y especialmente pp. 169-171, 183, 185. Otras copiosas manifestaciones literarias de fe en los sublimes destinos de los Estados Unidos y en su misión redentora universal, pueden verse en el viejo Ch. Sumner, *Prophetic voices*, *op. cit.*, y en el reciente Fr. Brie, “Die Anfänge des Amerikanismus”, art. cit.

⁴¹² Sobre los orígenes darwiniano-chauvinistas y sobre las afinidades racistas de este mito, véase H. Wish, *Society and thought in modern America*, New York, 1952, pp. 268, 390, 598; sobre el “mesianismo” de los jóvenes Estados Unidos, R. Niebuhr, *The irony of American history*, London, 1952, pp. 21-26, 40, 59-62; sobre la misma actitud ya antes de la independencia de las colonias, A. Nevins and H. S. Commager, *America: The story of a free people*, Oxford, 1943, p. 50.

⁴¹³ En el mismo libro, las *Notes on Virginia* (sobre el cual véase *infra*, pp. 231 ss.), formulaba su filosofía política y diseñaba el destino propio de los Estados Unidos (véase G. Chinard, *Thomas Jefferson, the apostle of Americanism*, Boston, 1944, pp. 118-136).

⁴¹⁴ *A defence of the Constitutions of government of the United States of America, against the attack of M. Turgot, in his letter to Dr. Price, dated the twenty-second day of March, 1778*, ed. London, 1787, en *Works*, ed. Ch. Fr. Adams, Boston, 1851, vol. IV, p. 293: “[Paine demolished] the mistakes of Raynal, and Jefferson those of Buffon, so unphilosophically borrowed from the despicable dreams of De Pauw”. Adams invierte el orden de los sueños: De Pauw deriva de Buffon, y no viceversa. Cf. también una carta de Adams, de 1755, citada por Brie, art. cit., p. 358.

⁴¹⁵ “Do you know that European birds have not half the melody of ours? Nor is their fruit half so sweet, nor their flowers half so flagrant, nor their manners half so pure, nor their people half so virtuous”. “But keep to yourself —agregaba—

el autor de la *Vision of Columbus*, publicaban *The Anarchiad*, sátira política en que se representaba a De Pauw muy contento por haber inventado un telescopio que empuqueñecía tanto más los objetos cuanto más distantes estaban. Se veían con ese admirable instrumento —síntesis caricaturesca de la acusación al “filósofo que juzga a distancia” y de la irritación de quien se siente juzgado de estatura minúscula— todas las creaturas de América infinitamente más pequeñas que las europeas.⁴¹⁶

En el arrebató de una indiscriminada indignación, este mismo poema lanzaba pullas también contra otro escritor que no sólo distaba mucho de ser un secuaz de De Pauw —ya que, por el contrario, admiraba la inocencia y felicidad de los salvajes, la fertilidad del suelo americano y los copiosos rebaños que apacentaba⁴¹⁷—, sino que incluso había emprendido la defensa de los “angloamericanos” contra la calumnia de los ingleses, que acusaban de viles e indisciplinadas a sus tropas. Lo malo (para los americanos) era que este publicista europeo, Hilliard d'Auberteuil, a pesar de sus excelentes intenciones —y quizá también por estar a sueldo del gobierno francés—, debía de hallarse muy al corriente al menos de las denigraciones buffonianas. En efecto, en su apología les concedía demasiado a los enemigos de los americanos, y al mismo tiempo atribuía con mucha naturalidad a los colonos no sólo las cualidades positivas, sino también las negativas que se solían atribuir a los salvajes:

Si los angloamericanos son menos robustos que la mayor parte de los pueblos europeos, si la humedad del clima, por lo visto, los reblandece necesariamente, en cambio tienen más temeridad, son menos sensibles que los europeos a las heridas y se curan de ellas con mayor facilidad. Aunque menos ardientes, menos apasionados y menos ingeniosos que los criollos de las Antillas, tienen en su juventud un entendimiento penetrante... Hablan con facilidad, pero son poco capaces de reflexión, no pueden formar meditaciones largas, y son en esto lo contrario de los ingleses de Europa. Están ya formados a los veinte años, y son viejos a los cincuenta.⁴¹⁸

y así sigue, siempre con elogios ambiguos y condicionados.

or I shall be thought more than half deficient in understanding and taste” (carta a Mrs. Shaw, Londres, 21 de noviembre de 1786, en *Letters of Mrs. Adams*, etc., Boston, 1840, pp. 358-359; cf. también pp. 305, 315-317, 387-388). La observación podría venirle de Jefferson, quien el 21 de junio de 1785 le había escrito: “I heard... the Nightingale in all its perfection: and I do not hesitate to pronounce that in America it would be deemed a bird of the third rank only, our mocking-bird, and fox-coloured thrush being unquestionably superior to it” (*Papers*, op. cit., vol. VIII, p. 241). Cf. sin embargo *supra*, p. 146, nota 15.

⁴¹⁶ Fay, *L'esprit révolutionnaire*, op. cit., pp. 145-146 (y, sobre la pronta recepción de los libros de De Pauw y Raynal en las colonias americanas, *ibid.*, p. 27). La misma imagen del telescopio al revés es empleada por Mazzei, en el mismo año de 1786, para ridiculizar con ella al abate Mably (*Recherches sur les États-Unis*, Colle, 1788, vol. II, p. 23). Sobre el precoz americanismo de Freneau (1771) y de Barlow (1778), que había leído la reciente *History of America* de Robertson (1777), pero llevaba bastante más allá la idealización de las civilizaciones precolombinas, véase Brie, art. cit., pp. 359, 371-372, 375 nota, 378; y Pearce, op. cit., pp. 178-179.

⁴¹⁷ Hilliard d'Auberteuil, *Essais historiques et politiques sur les Anglo-Américains*, Bruxelles, 1781-82 (nueva edición, ampliada, Paris, 1783), vol. I, pp. 13, 31, 48; vol. II, pp. 394-396 (con polémica contra Raynal, que limitaba a siete u ocho millones la población de los Estados Unidos).

⁴¹⁸ *Essais*, op. cit., vol. I, pp. 279-280: “si les Anglo-Américains sont moins robustes que la plupart des peuples Européens, si l'humidité du climat semble devoir les amollir, ils ont plus de témérité, ils sont moins sensibles aux blessures que les Eu-

Pero ya el año posterior a la publicación de la *Anarchiad*, la polémica y la réplica se emprendían con más alta autoridad y en terreno abiertamente político: Alexander Hamilton ridiculizaba en el *Federalist* la vanidad de Europa:

Hombres admirados como filósofos profundos han atribuido a sus habitantes, en términos directos, una superioridad física; y han afirmado gravemente que todos los animales, y con ellos la especie humana, degeneran en América: que hasta los perros dejan de ladrar cuando respiran cierto tiempo nuestro ambiente.⁴¹⁹

Y en nota, para quitar toda duda: “Recherches Philosophiques sur les Américains”.

20. LAS “NOTES ON VIRGINIA” DE THOMAS JEFFERSON

De todas estas réplicas, la más importante es, con mucho, la de Jefferson, no sólo porque discute el problema a fondo, sino también por la amplia difusión que en América y en Europa tuvieron las *Notes on Virginia*.⁴²⁰

ropéens et en guérissent plus facilement. Quoique moins ardents, moins passionnés, moins spirituels que les Créoles des Antilles, ils ont l'esprit pénétrant dans leur jeunesse...; ils parlent avec facilité, mais ils sont peu capables de réflexion, ils ne peuvent former de longues méditations, et sont en cela tout le contraire des Anglais de l'Europe. Ils sont formés à vingt ans et vieillards à cinquante”. Cf. Fay, *L'esprit révolutionnaire*, op. cit., pp. 102-104 (sospecha que Hilliard está influido por De Pauw; pero es claro que depende en realidad de Kalm: cf. *infra*, p. 259, nota 533), 128 (influencia de Chastellux) y 146; *Bibliographie critique des ouvrages français relatifs aux États-Unis, 1770-1800*, Paris, 1925, p. 55; Villard, op. cit., pp. 327-328. La traducción alemana era despedazada (1783) por las *Göttingische Gelehrte Anzeigen*, donde se decía que la obra hormigueaba de errores (Doll, art. cit., pp. 446-447). Y también Jefferson, que poseía dos ejemplares de los *Essais*, uno de ellos obsequiado por el autor, los consideraba indignos de confianza en cuanto fuente histórica (*Catalogue of the library*, op. cit., vol. I, pp. 203-204, 220).

⁴¹⁹ *The Federalist*, núm. 11 (November 23, 1787), ed. Edw. M. Earle, New York, 1941, p. 69: “Men admired as profound philosophers have, in direct terms, attributed to her inhabitants a physical superiority and have gravely asserted that all animals, and with them the human species, degenerate in America—that even dogs cease to bark after having breathed awhile in our atmosphere”. [Se emplea en el texto la traducción de G. R. Velasco, México, 1943, p. 46]. Sobre el perro afónico, véase *supra*, pp. 53, 132, 184 (nota 194), 195, 202, etc., y Robin, *Nouveau voyage*, op. cit., p. 42.

⁴²⁰ Una tirada privada se imprimió en París en 1785 (con falsa fecha de 1782); una traducción francesa se publicó en 1786; una edición inglesa en Londres, en 1787; reimpresión en Filadelfia en 1788; una traducción alemana salió a la luz en Leipzig en 1789 (véase también Doll, art. cit., p. 464). Las reediciones americanas son innumerables. Y ya en 1791 las *Notes* eran citadas para reforzar un sermón sobre *The blessings of America...* (*Catalogue of the library of Thomas Jefferson*, op. cit., vol. II, p. 166). “The true history of that publication” es contada por Jefferson en su autobiografía (*Works*, ed. cit., vol. I, pp. 93-95; salvo indicación en contrario, a esta edición, que reproduce las *Notes on Virginia* en el vol. III, pp. 349-517, se refieren todas nuestras citas), y en una carta a John Page (4 de mayo de 1786, *ibid.*, vol. V, p. 98; cf. *ibid.*, vol. IV, pp. 412-413; vol. V, pp. 301, 304). Sobre la historia del libro y de sus ediciones, véase también Ford en la ed. cit., vol. III, pp. 313-345, y *Papers*, op. cit., vol. VII, pp. 546, 563 (Jefferson no pudo imprimirlo en Filadelfia). Otros pormenores en el *Catalogue of the library*, op. cit., vol. IV, pp. 301-330; y pasajes hasta ahora inéditos en la reciente ed. de las *Notes* por William Peden, Chapel Hill, 1955. Sobre su distribución, cf. especialmente *Papers*, vol. VIII, pp. 147-148, 161, 169-170, 174-175, 184-186, 258, 260-261, 263-264, 324, 358, 462, 502-503, 562, 566, 631-632. Sobre la traducción francesa de Morellet (Jefferson, *Works*, vol. III, pp. 322 ss.; *Papers*, vol. IX; *Catalogue*

El secretario de la Legación francesa en Filadelfia, François Marbois (más tarde marqués de Barbé-Marbois),⁴²¹ había presentado a Jefferson un minucioso cuestionario sobre la geografía, los productos, los ordenamientos sociales y políticos, la religión y las finanzas de Virginia. Aprovechando el tiempo libre que le quedó al dimitir del cargo de gobernador de ese estado, y el ocio a que se vio reducido por una caída de caballo, Jefferson echó mano de ciertos viejos apuntes y redactó (1781-82) respuestas particularizadas a las preguntas del diplomático. La Virginia no era sólo, para Jefferson, un estado como los demás: era, según decía con calor y afecto, "my native country",⁴²² y se extendía por el Oeste hasta el Ohio y el Mississippi, incluyendo toda la región de Kentucky. La Virginia era, para él, un compendio de todos los Estados Unidos, una sección representativa de toda la América septentrional.

Uno de los primerísimos lectores de las *Notes* le escribía en efecto: "Considero esta obra como una excelente historia natural no sólo de Virginia, sino de la América del Norte, y la juzgo igual, si no superior, a las que se hayan publicado sobre cualquier otro país".⁴²³

Al describir la Virginia le caía del cielo la ocasión de redactar el único libro, completo y formado, que nos queda de él, tan fecundo epistológrafo, orador y publicista. Entre los contadísimos ejemplos de literatura americana admitidos por el desdeñoso Sydney Smith (1818) encontramos justamente "a small account of Virginia by Jefferson".⁴²⁴ Destinado a un público francés e impreso por vez primera en París, el

of the library, vol. III, p. 357; F. Mazzei, *Lettere alla Corte di Polonia*, ed. R. Ciampini, Bologna, 1937, p. 9), véase también D. Barros Arana, *Notas para una bibliografía de obras anónimas y seudónimas sobre la historia, la geografía y la literatura de América* (1882), en sus *Obras completas*, vol. VI, Santiago de Chile, 1909, p. 469, nota 375. Cf., por último, *Alcuni libri piuttosto interessanti*, Firenze (Sansoni), 1950, núms. 18-19, y también nuestro excursus sobre "Los cuáqueros, el marqués y el girondino", *infra*, p. 554, nota 47.

⁴²¹ Barbé-Marbois, después de borrascosas experiencias durante la Revolución, llegó a ser uno de los ministros favoritos de Napoleón y murió siendo marqués y par de Francia. Por una singular coincidencia, justamente a él, como ministro del tesoro, le tocó negociar la famosa venta de la Luisiana a los Estados Unidos, cuyo presidente era a la sazón el propio Jefferson. Aquel que había suministrado a Jefferson la ocasión para la más fuerte defensa polémica del territorio norteamericano venía a ser instrumento esencial de su mayor incremento espacial y económico, realizado precisamente por Jefferson. Éste le escribía todavía treinta y siete años después de haber recibido su cuestionario (14 de junio de 1817, en *The life and selected writings of Thomas Jefferson*, op. cit., pp. 681-682), expresándole una vez más su confianza en el porvenir de los Estados Unidos. La *Encyclopædia Britannica* dice que Barbé-Marbois sirvió a seis gobiernos, "and all with servility"; el *Dictionnaire des Girouettes* (3ª ed., París, 1815) le asestaba ya cuatro buenas banderillas.

⁴²² Sobre la ambigüedad de esta expresión, véase Curti, *The roots*, op. cit., pp. 22-23; Boorstin, op. cit., pp. 73-74.

⁴²³ Carta de Charles Thomson (secretario del Congreso Continental), en *Papers*, op. cit., vol. VIII, p. 16: "I consider it a most excellent Natural history not merely of Virginia but of No. America and possibly equal if not superior to that of any Country yet published". Efectivamente, "Virginia was by far the largest state in the Confederation—claiming territory now comprising numerous states and embracing perhaps a third of the Continent... The continental vastness of Virginia led Jefferson to identify the social and political aspirations of Virginia,—as he envisioned them—with those of America" (Peden, en su citada ed., pp. xxi-xxii).

⁴²⁴ Artículo de la *Edinburgh Review*, December 1818, citado por Cunliffe, op. cit., p. 44. Sobre la actitud desdeñosa de Sydney Smith, cf. *infra*, p. 374, nota 328.

libro no podía menos de examinar las teorías famosas de Buffon, a quien hacía remitir Jefferson, personalmente, uno de los primeros ejemplares.⁴²⁵

a) El mamut y la humedad de América

También ahora, el punto de partida es la dimensión de los animales americanos. Tras de haber aludido sumariamente a los minerales y a las plantas de Virginia, Jefferson empieza la descripción de los cuadrúpedos,⁴²⁶ presentándonos orgullosamente el mamut, o gran búfalo, sin duda el más grande de todos,⁴²⁷ un animalazo cuyo "volumen cúbico" era cinco o seis veces el del elefante, según había admitido el propio Buffon.⁴²⁸ Tras de establecer su existencia, fundado en restos fósiles, y tras de asegurar así a las zonas templadas y frías del nuevo continente una aplastante primacía con respecto al Asia y al África tropicales, en donde se cría apenas el minúsculo elefante, Jefferson hace palanca, por así decir, sobre ese velludo y poderoso paquidermo para socavar y demoler la tesis buffoniana de la inferioridad zoológica de América;⁴²⁹

Es seguro que semejante animal ha existido en América, y que éste ha sido el más corpulento de todos los seres terrestres. El solo hubiera bastado para redimir la tierra que habitaba, y la atmósfera que respiraba, de la acusación de impotencia en la concepción y en la nutrición de vida animal en gran escala; para sofocar, en su nacimiento, la opinión de un autor, ciertamente el más erudito de todos en la ciencia de la historia

⁴²⁵ Carta a Chastellux, 7 de junio de 1785, en Jefferson, *Works*, vol. III, p. 319. También Mazzei, amigo de Jefferson, habla siempre de la Virginia como de la más rica y sobresaliente de las trece colonias. Pero yerra, o por lo menos exagera, cuando dice que el "vero motivo" por el cual escribió Jefferson las *Notes* fue cumplir la promesa de dar respuesta a las preguntas escritas—"purché... si restringessero al solo stato di Virginia"—que le hiciese su amigo el Duque de la Rochefoucauld (F. Mazzei, *Memorie della vita e delle peregrinazioni*, Lugano, 1845-46, vol. I, pp. 533-534). Sin embargo, Mazzei sabe que las *Notes* estaban ya redactadas antes de la llegada de Jefferson a Francia (véanse sus *Recherches sur les Etats-Unis*, op. cit., vol. II, p. 115). Otro italiano, Luigi Castiglioni, *Viaggio negli Stati Uniti dell'America Settentrionale*, Milano, 1790, vol. I, p. 355, recuerda que Jefferson no quería dar al público sus *Notes*.

⁴²⁶ Pájaros, peces e insectos son tratados de manera bastante somera (pp. 462-469), ya que no ofrecen un interés polémico como los cuadrúpedos.

⁴²⁷ *Notes on Virginia*, ed. cit., p. 408.

⁴²⁸ *Ibid.*, p. 412.

⁴²⁹ Buffon (véase *supra*, pp. 14-15) advirtió muy pronto el peligro del argumento de Jefferson. Y su primera reacción, al recibir las *Notes on Virginia*, fue volver a afirmar que mamut y elefante no eran sino una misma bestia (carta de Jefferson a Ezra Stiles, 10 de junio de 1784, en *Papers*, op. cit., vol. VII, pp. 304-305, y a Hogendorp, 13 de octubre de 1785, en *Works*, ed. cit., vol. III, p. 415 nota, y vol. IV, pp. 466-467, y en *Papers*, vol. VIII, pp. 631-632; pero sobre el mamut y contra Buffon, véase ya la correspondencia de 1784 con Ezra Stiles en *Papers*, vol. VII, pp. 304-305, 312-317, 364-365; Martin, op. cit., pp. 62, 111-115 et passim, e *infra*, pp. 372-373); trataba, en una palabra, de quitarle a Jefferson el punto de apoyo de su palanca. Sobre el mamut americano, admitido incluso por Buffon, véase ya Clavigero, *Storia antica del Messico*, op. cit., vol. IV, p. 42 nota y p. 115, y las enormes, monstruosas dimensiones que le atribuye. Pero de este gigantesco "animale incognito" dudaba ya L. Castiglioni, op. cit., vol. I, pp. 387-388; vol. II, p. 155. De Pauw, naturalmente, había tomado a risa el mamut, "individu plus digne de paraître dans la mythologie du Nord que dans les nomenclatures de l'Histoire naturelle" (artículo "Amérique", en el *Supplément à l'Encyclopédie*, op. cit., vol. I, p. 348a).

animal, a saber, que en el Nuevo Mundo "la naturaleza viva es mucho menos activa, mucho menos fuerte".⁴³⁰

Apenas ha citado a Buffon, cuando Jefferson, aun antes de exponer en detalle sus tesis, las ataca fogosamente calificándolas, sin más, de absurdas: "¡Como si los dos lados de la tierra no estuviesen calentados por el mismo sol generoso!"⁴³¹ ¡Como si la tierra de América tuviese una composición química diferente! ¡Como si de esta tierra y por la influencia de ese sol naciesen frutos y granos menos nutritivos, o capaces de determinar un detenimiento prematuro del proceso de crecimiento! No, las dimensiones de los animales no dependen de las cosas que comen. El Pigmeo y el Gigante, el Ratón y el Mamut absorben los mismos jugos nutritivos. Las diferencias de desarrollo físico dependen de circunstancias que, para seres de nuestras capacidades, siguen siendo inescrutables:

Cada raza de animales parece haber recibido de su Hacedor ciertas leyes de corpulencia en el momento de su formación. Sus órganos se constituyeron perfectamente para producir eso, y se opusieron los debidos obstáculos para un desarrollo más amplio. No pueden, pues, descender por debajo de esos límites, ni levantarse por encima de ellos.⁴³²

Las diferencias de clima, de tierra, de alimento y de crianza pueden influir sobre las dimensiones de los individuos, pero siempre dentro de los límites fijos de la especie. Cada especie tiene sus dimensiones, determinadas *ab aeterno*. Todo el maná del cielo sería insuficiente para hinchar a un ratón hasta convertirlo en mamut.

Veinticinco años más tarde, Goethe repetía el mismo concepto, sin preocuparse de conciliarlo con su transformismo, antes bien reforzándolo al poner la Naturaleza bajo el amparo de un Dios que parece réplica del "Hacedor" jeffersoniano; dice en su *Metamorphose der Thiere*:

Zweck sein selbst ist jegliches Tier, vollkommen entspringt es aus dem Schoss der Natur und zeugt vollkommene Kinder... Doch im Innern befindet die Kraft der edlern Geschöpfe sich im heiligen Kreise lebendiger Bildung beschlossen. Diese Grenze erweitert kein Gott, es ehrt die Natur sie: denn nur also beschränkt war je das Vollkommene möglich.⁴³³

⁴³⁰ *Notes on Virginia*, ed. cit., p. 415: "It is certain such a one [animal] has existed in America, and that it has been the largest of all terrestrial beings. It should have sufficed to have rescued the earth it inhabited, and the atmosphere it breathed, from the imputation of impotence in the conception and nourishment of animal life on a large scale; to have stifled, in its birth, the opinion of a writer, the most learned, too, of all others in the science of animal history, that in the new world, «la nature vivante est beaucoup moins agissante, beaucoup moins forte»".

⁴³¹ *Notes*, loc. cit.: "as if both sides [of the earth] were not warmed by the same genial sun...!"

⁴³² *Notes*, p. 416: "Every race of animals seems to have received from their Maker certain laws of extension at the time of their formation. Their elaborate organs were formed to produce this, while proper obstacles were opposed to its further progress. Below these limits they cannot fall, nor rise above them".

⁴³³ Cada animal es su propio fin, pues surge perfecto del seno de la naturaleza y encierra hijos perfectos... Pero, en lo interior, la fuerza de las creaturas más nobles está encerrada en el círculo sagrado de la conformación vital. No hay Dios que pueda ensanchar esa frontera, y la naturaleza la respeta, pues sólo con esa limi-

Después de negar así, *a priori*, toda validez a las confrontaciones de estatura, Jefferson descende todavía a analizar las frágiles bases de las "opiniones" de Buffon. Según éste, la inferioridad americana se debe (y aquí Jefferson simplifica un tanto) a una deficiencia de calor y a un exceso de humedad. Pero ¿es América más húmeda en efecto? No tenemos sobre este punto estadísticas suficientes.⁴³⁴ ¿Y acaso la humedad es hostil en efecto al crecimiento de las especies animales? No se ve ninguna razón para suponerlo; y la experiencia lo contradice. Cuanto más húmeda es una tierra, tanto más densa es su vegetación, y "los vegetales son, directa o indirectamente, el alimento de todos los animales; y en proporción con la cantidad de alimento vemos no sólo que los animales se multiplican numéricamente, sino también que se perfeccionan en su corpulencia, en la medida en que lo admiten las leyes de la naturaleza".⁴³⁵ Ahora bien, si se compara un continente entero con el otro, América con Europa, se encuentra que América tiene ciertamente más calor (factor

tación ha sido posible en todo tiempo la perfección".] La armonía que nace de la proporción de las partes con el todo, la perfección en el equilibrio, que Goethe asigna aquí a las especies animales, es notoriamente uno de los conceptos fundamentales de su visión del mundo. La naturaleza misma, escribe Goethe más adelante, no puede crear monstruos, como leones cornudos. Es probable que haya tenido presente un célebre pasaje en que Kant admira la unidad del esquema animal en la innumerable variedad de las formas "durch Verkürzung einer und Verlängerung anderer, durch Einwicklung dieser und Auswicklung jener Teile" (*Kritik der Urteilskraft*, 2. Teil, § 80, ed. Insel, Leipzig, 1921, vol. VI, pp. 316-317). Cf. también Eckermann, *Gespräche mit Goethe*, 6 de mayo de 1827; E. Caro, *La philosophie de Goethe*, Paris, 1880, pp. 127-131, 388-390; W. Jablonski, *Goethe e le scienze naturali*, Bari, 1938, pp. 152-153, 160-161; y Lovejoy, *The great Chain of Being*, op. cit., p. 369, nota 76. Haldane repite con Goethe y desenvuelve la tesis de que "for every type of animal there is an optimum size" (op. cit., p. 25).

⁴³⁴ En 1805 (8 de febrero), escribiendo a Volney, Jefferson confrontaba los climas de Europa y de América, y prefería el americano, entre otras cosas, porque "though we have double the rain, it falls in half the time" (ed. Modern Library, p. 577; cf. Martin, op. cit., pp. 131-147). El clima de la Virginia, en particular, había tenido malísima fama. Thomas Burnet, después de atribuir a la tradicional suavidad de la temperatura de las Bermudas (véase la célebre poesía de Andrew Marvell, *Bermudas*, ca. 1653) la longevidad de sus habitantes, agregaba: "Et e contra in Virginia, quam appellat, non multum remota, ob maximam inaequalitatem caeli vitam trahunt plerumque brevem et valetudinariam" (*Telluris theoria sacra*, 1681, II, 3, ed. Amsterdam, 1699, p. 90). Jefferson poseía esta obra (*Catalogue of the library*, op. cit., vol. I, p. 299), pero desdénaba sus teorías geológicas y en particular sus investigaciones sobre la antigüedad y las vicisitudes del globo.

⁴³⁵ *Notes*, ed. cit., p. 418: "...vegetables are mediately or immediately the food of every animal; and in proportion to the quantity of food, we see animals not only multiplied in their numbers, but improved in their bulk, as far as the laws of their nature will admit". La tesis de que la vida animal se hace más lozana en la lozanía de la vida vegetal fue afirmada ya por Pedro Mártir con referencia explícita a las Américas (*Decades de Orbe Novo*, I, 10; III, 6, 7), pero discutida y negada por Darwin, con los ejemplos de la fauna formidable de la árida África del Sur, y de los mediocres animales de la feracísima América tropical. Jefferson cita en apoyo de su tesis un ejemplo dado por Buffon, de una raza de animales, los bueyes, que prosperan tanto mejor cuanto más frío y húmedo es su ambiente; y la tesis, igualmente buffoniana, de que "tout ce qu'il y a de colossal et de grand dans la Nature, a été formé dans les terres du Nord" (*Notes*, p. 418, con cita de *Époques de la Nature*, pp. 255-263; cf. además *Notes*, p. 458 nota). En esta fase de la polémica es claro el desplazamiento del punto de vista. Buffon, al escribir sobre las especies americanas, tenía siempre en la mente las sudamericanas y tropicales (véase *supra*, p. 4, nota 9). Jefferson pensaba ante todo en los animales de Norteamérica, y encontraba apoyo en las tesis de Buffon relativas a la fauna ártica en general.

positivo) y más humedad (factor negativo) que Europa: las dos son, pues, igualmente capaces de producir animales ("equally adapted... to animal productions"). Y tal vez, incluso —añade Jefferson en una carta—, ni siquiera pueda decirse que América sea más húmeda: ¿no ha encontrado el doctor Franklin que Londres y París son más húmedos que Filadelfia?...⁴³⁶ Pero mucho más ingeniosamente observa en las *Notes on Virginia* que también la pretendida *humedad* de la América del Sur se debe quizá al hecho de que ha sido visitada y descrita casi sólo por españoles y portugueses, habitantes de países que se cuentan entre los más secos del mundo. Un irlandés, un sueco o un finlandés probablemente habrían encontrado que la América meridional era una tierra seca y árida.⁴³⁷

b) Comparación volumétrica de los animales

Vengamos ahora a la comparación volumétrica de los cuadrúpedos europeos y americanos. Jefferson presenta tablas estadísticas de los animales comunes a los dos continentes, de los que se encuentran solamente en uno, y de los que se han criado domésticamente en ambos: todos ellos ordenados por volumen, los más grandes primero, los minúsculos a la retaguardia de las columnas; y al lado de cada animal apunta cuántas libras y cuántas onzas pesa. No todos los pesos son igualmente seguros. Algunos se refieren a ejemplares de excepcionales dimensiones. Pero a Jefferson le basta demostrar que no se puede aceptar la ley que, según había afirmado Buffon, tenía validez absoluta, "sans aucune exception".

Sin embargo, arrastrado del entusiasmo al ver cómo tantos de sus campeones, renos y osos y zorros, derrotan o cuando menos igualan en peso a los campeones europeos, Jefferson quiere tener una victoria aplastante, y sobre esa metafísica balanza echa el enorme mamut americano, que la hace caer de golpe en favor del Nuevo Mundo. Y a quien le objeta que está extinguido, le responde que no, que la Naturaleza no ha dejado nunca que una especie se extinga,⁴³⁸ y que, muy probablemente, el mamut vaga todavía en alguna remota parte del Continente.

De muchos otros animales respetables sabemos demasiado poco. Es

⁴³⁶ Carta a Chastellux, 7 de junio de 1785 (*Works*, ed. cit., vol. III, p. 420 nota, y *Papers*, vol. VIII, pp. 184-186), que concluye lamentando que el problema no pueda resolverse todavía, a causa de la deficiencia de datos: "in the meantime, doubt is wisdom". En las *Notes on Virginia*, el clima (humedad, p. 472) se discute como respuesta a la pregunta: "A notice of all that can increase the progress of Human Knowledge?" (pp. 470-484). Sobre los experimentos de Franklin y su alcance antibuffoniano, véase Chinard, "Eighteenth-century theories..." art. cit., p. 41, y Martin, *op. cit.*, pp. 176-177. Sobre la defensa del clima de Pensilvania emprendida por el doctor Rush, véase ya Brissot, *Nouveau voyage*, *op. cit.*, vol. II, pp. 118-129.

⁴³⁷ *Notes*, pp. 461-462 nota; cf. *supra*, pp. 7-8. El argumento fue adoptado y desarrollado por el amigo de Jefferson, Volney, en su *Tableau du climat et du sol des Etats-Unis* (1803), ed. cit., pp. 697-698.

⁴³⁸ "Such is the economy of nature, that no instance can be produced, of her having permitted any one race of her animals to become extinct" (p. 427). Es el consabido argumento *ad absurdum* en defensa de la Naturaleza, que no puede ser tan débil o impotente para dejar que una de sus creaturas sea completamente destruida y cancelada de la faz de la tierra. Sobre el interés de Jefferson, hacia estos mismos años, por gigantescas osamentas fósiles y por el mastodonte, en polémica con las teorías geológicas de Buffon, véase la edición princetoniana de los *Papers*, vol. VI.

evidente que Buffon no los ha visto ni pesado. Se ha basado en los relatos de los viajeros, quienes los han descrito como más pequeños que los correspondientes animales europeos. Pero esos viajeros, ¿estaban calificados para juzgar? "¿No han sido, en cuanto a sus descripciones, hombres muy distintos de aquellos que nos pusieron de manifiesto las otras tres cuartas partes del mundo?"⁴³⁹ ¿Han medido o pesado esos animales de que nos hablan? Peor aún, ¿los habrán visto efectivamente? ¿Y conocían en serio a los animales de sus propios países? Muchas veces eran tan ignorantes, que hasta llegaron a confundir las especies.⁴⁴⁰ Su testimonio debe ser recusado.

En las tablas levantadas por Jefferson sobre la base casi exclusiva de Buffon,⁴⁴¹ pero completadas con cuidados ansiosos y particularísimos,⁴⁴² los cuadrúpedos peculiares a América son cuatro veces más numerosos, y de ninguna manera más pequeños que los europeos.⁴⁴³ Y otra teoría de Buffon vuela así en pedazos. Los animales domesticados en los dos hemisferios son más corpulentos donde se les cría y alimenta mejor, sin que se deba pensar en ninguna "impotencia o falta de uniformidad en las actividades de la naturaleza",⁴⁴⁴ de manera que también la tercera tesis buffoniana "es probablemente tan errónea como sin duda lo fueron la primera y la segunda".⁴⁴⁵

⁴³⁹ *Notes*, p. 428: "Have they not been men of a very different description from those who have laid open to us the other three quarters of the world?" Parece que lo que Jefferson quiere insinuar es que los relatos americanos de mercaderes y aventureros y misioneros no deben aceptarse como si tuvieran validez idéntica a la de las exactas descripciones geográficas del Mundo Antiguo (véase *infra*, p. 239, nota 455). En una carta escrita algunos años después al rector de la Universidad de Harvard, doctor Willard, escribía Jefferson: "The Botany of America is far from being exhausted, its Mineralogy is untouched, and its Natural History or Zoology, totally mistaken and misrepresented. As far as I have seen, there is not a single species of terrestrial birds common to Europe and America, and I question if there be a single species of quadrupeds (Domestic animals are to be excepted)" (carta de París, 24 de marzo de 1789, ed. Modern Library, pp. 467-468).

⁴⁴⁰ Una nota de la edición de 1853 comenta: "Even Amer. Vesp. says he saw lions and wild bears in America" (p. 428 nota). Como ya había hecho Molina (véase *supra*, p. 196), autor con quien Jefferson estaba familiarizado (*Catalogue of the library*, vol. IV, p. 293), el argumento buffoniano (o mejor, ovidiano) de los "nombres" que habían confundido las "cosas" (bien conocido de Jefferson: véanse sus *Notes*, p. 431 nota) es esgrimido así contra el propio Buffon. La crítica a los viajeros, gente inexperta o ingenua, parece eco de expresiones análogas de J. J. Rousseau, *Discours sur l'inégalité* (1754), nota 8, ed. cit., pp. 128-131.

⁴⁴¹ También Clavigero (alabado por Jefferson porque corrige los errores de Robertson: *Catalogue of the library*, *op. cit.*, vol. IV, p. 269; Martin, *op. cit.*, p. 56; cf. *supra*, p. 178, nota 170) había levantado tablas de los cuadrúpedos americanos "ricinosciuti e ammessi" por Buffon, de los confundidos por él con otras especies, y de los pasados por alto o "negati a torto", para concluir que el continente americano, una tercera parte del globo, tiene al menos 152 especies, contra 200 o 300 a lo máximo contadas por Buffon en todo el globo (*Storia antica*, *op. cit.*, vol. IV, pp. 151-159).

⁴⁴² Carta del 25 de septiembre de 1783 a Thomas Walker, en *Catalogue*, *op. cit.*, vol. IV, p. 304.

⁴⁴³ *Notes on Virginia*, pp. 432, 436.

⁴⁴⁴ *Ibid.*, p. 433: "...imbecility or want of uniformity in the operations of nature".

⁴⁴⁵ *Ibid.*, p. 435: "...is as probably wrong as the first and second were certainly so".

c) *El indio y el piel roja*

Pero lo peor —prosigue Jefferson— es que Buffon ha extendido su hipótesis al hombre americano. Afortunadamente, su descripción⁴⁴⁶ no corresponde al original. Del indio de Sudamérica, Jefferson sabe sólo lo poco que ha leído; y lo juzga tan poco creíble como una fábula de Esopo. Del indio del Norte sabe muchísimo más, aun por experiencia directa, y puede afirmar que es todo lo contrario de como lo representan los europeos. “No es ni más deficiente en ardor, ni más impotente con su hembra, que el blanco reducido a la misma alimentación y al mismo ejercicio”.⁴⁴⁷ El piel roja es valeroso, sagaz, cariñosísimo con sus hijos, leal con sus amigos, vivaracho e inteligente; y como el blanco, aficionado a la caza y a los juegos de azar. Sus inferioridades, y las de su mujer, a quien se tacha de menos fecunda,⁴⁴⁸ se deben exclusivamente a las circunstancias, y no a la naturaleza. Se deben a su régimen de vida, al hambre frecuente, a los peligros continuos, a las fatigas agobiadoras. Y en cuanto a su aspecto lampiño, es porque se arrancan los pelos... Los mercaderes que se han casado con mujeres indígenas, y las han persuadido a abandonar esa costumbre, “dicen (¿complacidos?) que la naturaleza es en ellas exactamente igual que en las blancas”.⁴⁴⁹ Nada tiene de raro, en verdad, que pocos años más tarde (1797) un adversario de Jefferson pusiera en ridículo el celo con que había “examinado minuciosamente cada detalle del cuerpo del piel roja”, hasta cerciorarse de que, si bien su mano es más pequeña que la de los europeos, sus órganos genitales no son ni más chicos ni menos eficientes.⁴⁵⁰

Tampoco son inferiores los pieles rojas por sus cualidades mentales. La oratoria es su fuerte. Ni Demóstenes ni Cicerón, ni otro cualquiera de los más famosos oradores de Europa, ha pronunciado un discurso mejor que el de Logan, jefe mingo (1774), en presencia del gobernador de Virginia, Lord Dunmore.⁴⁵¹ Jefferson no tiene dudas en cuanto a su autenti-

⁴⁴⁶ Resumida *supra*, pp. 6-7; *Oeuvres complètes*, vol. XV, pp. 446-447.

⁴⁴⁷ En la edición de 1853 se invoca (p. 438 nota), para demostrar el erotismo del salvaje, el testimonio (“fuori di misura lussurioso”) de ese mismo Vespucio a quien poco antes se había citado como el tipo del viajero indigno de crédito. Varias veces vuelve a citarse a Vespucio en las páginas siguientes, para demostrar la longevidad, prolificidad, etc. de los indígenas.

⁴⁴⁸ En un primer momento, Jefferson parecía aceptar la tesis de la escasa fecundidad de las pieles rojas, pero luego corregía el manuscrito y se limitaba a hablar de genéricos “obstáculos” a la proliferación (véase la ed. de W. Peden, pp. 96 y 281, nota 3).

⁴⁴⁹ *Notes*, p. 443: “[they] say that nature is the same with them as with the whites”. Pero ni aun en caso de que fueran lampiños por naturaleza, concluye parafrásticamente Jefferson, “is the consequence necessary which has been drawn from it” (*ibid.*). Ya Montaigne sabía que las mexicanas “se font le poil par tout le reste du corps” salvo en la frente (*Essais*, II, 12; ed. Pléiade, p. 461), basado evidentemente en el testimonio de López de Gómara (“pélanse y úntanse todas, para no tener pelo sino en la cabeza y cejas”: *La conquista de México*, cap. 223, ed. de México, 1943, vol. II, p. 245). Sobre la falta de monumentos indígenas, e incluso de obras públicas como acequias de riego, Jefferson se expresa francamente en la p. 500; sobre su reticencia a la civilización, en el *Second inaugural address* (1805), *Works*, vol. X, pp. 131-134; sobre la actitud de Jefferson, en general, véase Pearce, *op. cit.*, pp. 91-96, y bibliografía en Martin, *op. cit.*, pp. 279-280.

⁴⁵⁰ Citado en Martin, *op. cit.*, p. 224.

⁴⁵¹ *Notes*, pp. 444-446. Este famoso discurso, difundido en América en 1775, ya había sido dado a conocer a los europeos por Raynal, en la tercera edición (1780)

ciudad, y lo utiliza, deliberadamente, para combatir “la contumaz teoría de ciertos escritores europeos... según los cuales nuestra tierra, por los efectos combinados de suelo y clima, hizo degenerar la naturaleza animal, en general, y particularmente las facultades morales del hombre”,⁴⁵² mientras que alguien afirmaba que era él quien había inventado ese discurso, “para sostener un argumento contra Buffon”.⁴⁵³ No, el discurso es auténtico, y el salvaje Logan es un genio de la elocuencia.

Los bárbaros del Norte de Europa, que superan tanto en número a los dispersos indígenas, no han producido un solo hombre de genio; y han sido necesarios dieciséis siglos para formar a un Newton. Diversidades entre los hombres, las hay ciertamente: existen unas razas más fuertes y más inteligentes que otras. Pero ¿qué tiene que ver con esto la orilla del Atlántico en que uno ha nacido? ¿Se querrá decir tal vez que la Naturaleza se ha declarado por un partido cisatlántico o por un partido transatlántico (“has enlisted herself as a Cis or Trans Atlantic partisan”)? ¡Bah! Lo que pasa es que Buffon, el ilustre y genial zoólogo, ha dejado en esta parte que la razón quede sofocada por la facundia, por la vivacidad de la fantasía, por la magia de su estilo.⁴⁵⁴

Desarrollando de nuevo el argumento en una carta de 1785, Jefferson observa que el único autor respetable que ha afirmado la inferioridad del indio es “Don Ulloa”. Robertson es un mero copista, un traductor de Buffon. Y “Pauw, el iniciador de esta acusación, fue un compilador de obras ajenas”, y un compilador desafortunadísimo.⁴⁵⁵ Ulloa ha visto de cerca a los indios, sí, pero sólo a los de la América meridional, y después

de su *Histoire*, en seguida por el abate Robin, *Nouveau voyage dans l'Amérique septentrionale en l'année 1781*, Philadelphia, 1782, pp. 147-148, y luego por Ferdinand-M. Bayard, *Voyage dans l'intérieur des États-Unis... pendant l'été de 1791* (1797), 2ª ed., Paris, 1798, pp. 217-218; véase también E. D. Seeber, “Diderot and chief Logan's speech”, *Modern Language Notes*, vol. LX (1945), pp. 176-178, y “Chief Logan's speech in France”, *Modern Language Notes*, vol. LXI (1946), pp. 412-416; F. Mazzei, *Recherches*, *op. cit.*, vol. IV, pp. 153-155; y las largas notas que aparecen en Jefferson, *Works*, *ed. cit.*, vol. III, pp. 444-455, y en H. Melville, *Moby Dick*, ed. L. S. Mansfield and Howard P. Vincent, New York, 1952, pp. 680-681. La elocuencia de los pieles rojas era proverbial, según el fidedigno testimonio de esos grandes profesores de elocuencia, los jesuitas (véase J. H. Kennedy, *op. cit.*, pp. 138-139). Pero incluso este rasgo parece de derivación clásica: la orgullosa elocuencia de los escitas y de otros pueblos bárbaros era un lugar común de la Antigüedad: véase Lovejoy y Boas, *Primitivism and related ideas in Antiquity*, *op. cit.*, pp. 336-340; y, con sarcasmo, Voltaire, *Essai sur les mœurs*, Discours préliminaire, “Des Scythes, et des Gomérites” (ed. *cit.*, vol. I, p. 64). Sobre la humanitaria facundia de los brahmanes Calanus y Dindymus, véase Bernheimer, *op. cit.*, pp. 107-110. Por lo demás, desde Las Casas en adelante se había puesto a los indios en el plano de los griegos y de los romanos, y hasta un poco más arriba (cf. Romeo, *op. cit.*, p. 52). Y todavía Tocqueville llamará la atención sobre la elocuencia natural de los pieles rojas, calificada por él de “espartana” (*Voyage en Sicile et aux États-Unis*, Paris, 1957, p. 73). Cf. Clavigero, *supra*, p. 185 (“cómo arengan y discurren” los indios mexicanos).

⁴⁵² *Notes*, *loc. cit.*: “...the contumacious theory of certain European writers... that our country from the combined effects of soil and climate, degenerated animal nature, in the general, and particularly the moral faculties of man”.

⁴⁵³ Sobre la curiosa controversia hay amplias noticias en el *Catalogue of the Library*, *op. cit.*, vol. III, pp. 308-315, 357. Cf. también Pearce, *op. cit.*, pp. 78-80, 94.

⁴⁵⁴ *Notes*, p. 455.

⁴⁵⁵ Carta a Chastellux, 7 de junio de 1785, en *Works*, *ed. cit.*, vol. III, p. 418 nota (y en *Papers*, vol. VIII, pp. 184-186): “Pauw, the beginner of this charge was a compiler from the works of others, and of the most unlucky description”. En efecto, “he seems to have read the writings of travellers only to collect and republish their lies.

de diez generaciones de degradante esclavitud. Los indios precolombinos, y los pieles rojas, son otra cosa. De ellos cree Jefferson que son, física y mentalmente, iguales a los blancos.⁴⁵⁶

d) El blanco en América

Refutada así la tesis de la inferioridad del aborígen americano, Jefferson deja plantado a Buffon y se vuelve bruscamente contra Raynal, a quien atribuye la tesis de la degeneración de los blancos en América.⁴⁵⁷ Buffon no ha afirmado perentoriamente que el europeo degenera en América:

It is really remarkable that in three volumes in 12mo of small print it is scarcely possible to find one truth, and yet that the author should be able to produce authority for every fact he states, as he says he can". También Raynal, cuenta Jefferson, estaba pronto a exhibir una "unquestionable authority" para cada una de sus patrañas americanas (véase el *Catalogue of the library...*, vol. I, p. 215). Jefferson conocía perfectamente las *Recherches* de De Pauw. En 1783-84, en Annapolis, hablaba de ellas con el negociante holandés G. K. van Hogendorp, el cual, de regreso a su patria, las conseguía, pero no lograba leer más de un tercio, pues le parecían disparatadas y contradictorias con respecto a lo que había visto en América (y, de todos modos, observaba, "why is nature smaller, or rather less great, in the forming of one animal than of another?", carta a Jefferson del 8 de septiembre de 1785, en *Papers*, vol. VIII, p. 502). El 10 de mayo de 1784, Jefferson vendía su ejemplar de las *Recherches*, en tres volúmenes, a James Monroe, por 16 chelines (*ibid.*, vol. VII, p. 240), pero compraba otro ejemplar en 1788 (*Catalogue*, ed. cit., vol. IV, pp. 164-165). Más tarde tuvo conocimiento de la réplica del padre Clavigero. Sin embargo, parece que también a él le repugna citar a De Pauw en un escrito destinado al público.

⁴⁵⁶ *Notes*, ed. cit., p. 420 nota: "I believe the Indian then to be in body and mind equal to the white man." Cf. también pp. 439 nota y 443 (y ahora *Papers*, vol. VIII, pp. 174-175, y la edición de las *Notes* por W. Peden, p. 273). El negro es inferior, pero, una vez educado, después de algunas generaciones, sería quizá también igual al blanco. Y a pesar de que los negros tienen naturalmente menos pelo que los blancos, "yet they are more ardent" (*Notes*, p. 443; véase también John C. Greene, "The American debate on the Negro's place in nature, 1780-1815", *Journal of the History of Ideas*, vol. XV, 1954, pp. 386-387). A causa de sus expresiones contrarias a la esclavitud, Jefferson temía que las *Notes* tuvieran mala acogida en la Virginia, y limitaba la distribución de su libro a uno o dos amigos de confianza, a hombres como James Madison o James Monroe, de quienes solicitaba una opinión (cf. carta a Madison, 11 de mayo de 1785, *Papers*, vol. VIII, p. 147; a Chastellux, 7 de junio de 1785, *ibid.*, vol. VIII, p. 184; y a James Monroe, 17 de junio de 1785, *ibid.*, vol. VIII, p. 229; para otros indicios de su timidez en la cuestión de la esclavitud, véase Fay, *L'esprit*, op. cit., p. 159). Madison no tardó en tranquilizarlo, y Jefferson distribuyó entonces en los Estados Unidos todos los ejemplares que le quedaban (carta del 8 de febrero de 1786, en *Works*, vol. V, p. 79; carta del 13 de agosto de 1786, *ibid.*, vol. V, p. 151; más copiosos pormenores en Coolie Verner, *Mr. Jefferson distributes his Notes*, New York, 1952). Además, expresó el deseo (carta a William Carmichael, 15 de diciembre de 1787, *ibid.*, vol. V, p. 368) de que su libro fuese leído por Ulloa, en caso de que viviera aún: "a person so well acquainted with the Southern part of our world, and who has given such excellent information on it, would perhaps be willing to know something of the Northern part". (Nótese que Jefferson vuelve a negar implícitamente que las críticas de Ulloa puedan referirse al indio de Norteamérica.)

⁴⁵⁷ Cf. en efecto su *Histoire philosophique et politique*, livre XVIII, ed. Genève, 1775, vol. III, p. 410. Pero Raynal no siempre sostiene esa tesis (véase *supra*, pp. 42-43), e incluso el pasaje citado por Jefferson (y transcrito en Brie, art. cit., p. 375; en Chinard, "Eighteenth-century theories", art. cit., pp. 37-38, etc.) observa principalmente la ausencia de genios, y va seguido de esperanzas optimistas, reforzadas en las ediciones y traducciones sucesivas. De todos modos, una nota de Jefferson reconoce que Raynal ha retirado su censura de los "federados-americanos", manteniéndola para los sudamericanos (cf. *Catalogue of the library*, op. cit., vol. III, p. 203). Pero éstos giran bajo el peso de la esclavitud, la superstición y la ignorancia. Cuando puedan sacudirse, "they will probably show they are like the rest of the world".

"está, en verdad, a un paso de decirlo, pero ahí se detiene. El abate Raynal es el único que ha dado ese paso".⁴⁵⁸

La acusación es infundada. Aun siendo todavía tan joven, América ya ha dado al mundo un Washington, un Franklin, un Rittenhouse.⁴⁵⁹ Al número de genios de la época, América contribuye plenamente con su parte ("America contributes its full share"). Y América tiene sólo tres millones de habitantes. Francia, que tiene veinte millones, prosigue Jefferson su sueño contable, debería tener dieciocho genios. Un rápido cómputo mental —Voltaire, los Enciclopedistas, Buffon, el mismo Raynal—, y Francia queda aprobada: "tenemos razones para creer que puede producir su cuota plena de genios". Inglaterra —diez millones de habitantes, deudora por lo tanto de nueve genios—, Inglaterra no. Su "filosofía" ha emigrado a Francia, su libertad a América. "El sol de su gloria descende rápidamente al horizonte."⁴⁶⁰ Está cayendo en horrible ruina.

Después de ofrecernos tantas juiciosas observaciones acerca de los animales y de los pieles rojas, Jefferson incurre al final en esos contagiosos paralelos y confrontaciones que poco antes él mismo había condenado. Y nos movería a la irónica sonrisa del *tu quoque* si no supiéramos que adopta y continúa así aquella exaltada y casi mesiánica expectación de los colonos norteamericanos, de ser los herederos naturales del genio británico próximo a extinguirse, en virtud de la cual se auguraba en prosa y en verso el nacimiento de un Newton y de un Shakespeare "sobre las riberas del Ontario" y el desembarco de las nueve Musas en Connecticut;⁴⁶¹ si no fuera clara para nosotros su pasión política anti-británica,⁴⁶² y si no recordáramos, finalmente, que las *Notes on Virginia* estaban dirigidas a un diplomático francés.

⁴⁵⁸ Carta a Chastellux, 7 de junio de 1785, en *Works*, ed. cit., vol. III, p. 418 nota, y en *Papers*, vol. VIII, p. 185: "he goes indeed within one step of it, but he stops there. The abbé Raynal alone has taken that step". Jefferson poseía también algún escrito de Delisle de Sales (*Catalogue of the library*, vol. II, pp. 15, 49), de Boulanger (*ibid.*, vol. II, pp. 18-19, 88), de Horn (*ibid.*, vol. III, p. 35), etc.

⁴⁵⁹ Astrónomo autodidacto que le agradecía con entusiasmo a Jefferson (28 de septiembre de 1785) el obsequio de las *Notes*, "an inestimable Treasure" (*Papers*, vol. VIII, p. 566).

⁴⁶⁰ *Notes*, ed. cit., p. 461: "we... have reason to believe she [France] can produce her full quota of genius"; "The sun of her [England's] glory is fast descending to the horizon."

⁴⁶¹ Véanse ejemplos en H. M. Jones, *The theory of American literature*, op. cit., pp. 34-38. Chastellux, en carta a Jefferson del 2 de junio de 1785 (*Papers*, vol. VIII, p. 175), se declaraba convencido de que América había producido ya y seguiría produciendo "en tout genre, plus de grands hommes, proportion gardée, que les autres parties du monde". Directa derivación de esta defensa del genio americano incontaminado por el clima parece un artículo anónimo, "Observations sur une opinion de M. de Paw", publicado en el *Mercur de France* del 5 de agosto de 1786, acerca del cual nos asegura Echeverría, op. cit., p. 139, que contiene ni más ni menos "the most important refutation" de la teoría climática.

⁴⁶² Un inglés protestaba, en efecto, y Jefferson se excusaba con dignidad: "The passage relative to the English, which has excited disagreeable sensations in your mind, is accounted for by observing that it was written during the war, while they were committing depredations in my own country and on my own property never practised by a civilized nation", etc. (carta a Francis Kinloch, 26 de noviembre de 1790, en *Works*, vol. VI, p. 152). Confirmación reciente de la índole pasional de esos métodos: el mismo cómputo de "genios" en relación con el número de habitantes, como índice de civilización, es intentado con fines antialemanos por Rom Landau, *We have seen evil*, London, 1941, pp. 78-79.

e) Buffon, la pantera y el alce

Inmediatamente después de llegar a París, Jefferson enviaba, por intermedio de Chastellux, un ejemplar de las *Notes* a Buffon,⁴⁶³ y, no bien regresaba éste a la capital, el americano estrechaba una gran amistad ("a particular acquaintance") con el naturalista contra quien había polemizado.⁴⁶⁴ A la verdad, el primer encuentro parece haber sido poco cordial. El americano fue presentado a Buffon como "Mr. Jefferson, quien en ciertas notas sobre la Virginia había combatido algunas de sus opiniones." Buffon contestó simplemente presentando al crítico del otro lado del Atlántico el último de sus libros, y diciendo: "Cuando el señor Jefferson haya leído esto, quedará perfectamente convencido de que yo tengo razón."⁴⁶⁵ Jefferson, para hacerle ver que había confundido a la pantera con el puma, desplegó ante sus ojos una enorme piel de pantera ("an uncommonly large panther skin") que había comprado poco antes de su salida por 16 dólares; y asegura que con aquel magnífico ejemplar consiguió hacer que Buffon se desengañase. Pero cuando intentó explotar la ventaja inicial, ensanchar el argumento, y persuadir a Buffon de las respetables dimensiones de otro animal, el ciervo americano (el *elk* o *moose-deer*), bajo cuya panza habría podido pasear un reno europeo, y sobre cuya cabeza se yerguen cuernos de dos pies de longitud, el francés "replicó con calor que, si yo podía presentarle un solo ejemplar, con cuernos de un pie de longitud, él se retiraría de la disputa."⁴⁶⁶

Jefferson —que ya en América se había interesado (1783-84) en conocer las dimensiones, las costumbres, etc., del *moose*, y sus diferencias con respecto al *elk* y al *original*, y que se había dejado contar que su altura podía llegar a más de seis pies, y que sus cuernos eran tan grandes que se usaban como cuna para mecer dentro a los niños—⁴⁶⁷ creyó segura la jugada, e inmediatamente procuró que le mandaran los cuernos, el esqueleto y la piel del más hermoso alce que se pudiera encontrar en

⁴⁶³ Carta de Chastellux, 2 de junio de 1785 (*Papers*, vol. VIII, pp. 174-175; cf. *ibid.*, p. 184), el cual añade, con optimismo, que Buffon "ne pourra s'étonner que votre opinion soit différente de la sienne et il approuvera également et les raisons dont vous vous appuyez et la manière honnête et philosophique dont vous les avancez". También Hogendorp se declaraba convencido (8 de septiembre de 1785) de que Buffon se retractaría: "Did you, Sir, ever talk on that subject with Count Buffon, or any one of his Disciples? I should be very happy if You would inform me of the success of Your reasonings, and whether You expect a palinodia in a future edition of the great natural Historian's immortal works" (*ibid.*, vol. VIII, pp. 502-503). Jefferson le contestaba (13 de octubre de 1785) que no había visto aún a Buffon, pero que había oído decir que sobre un punto por lo menos, el de la identidad del mamut con el elefante, persistía en su antigua opinión (véase *supra*, pp. 233-234, y también *infra*, p. 244, nota 472).

⁴⁶⁴ Carta a Archibald Stuart, 25 de enero de 1786, en *Works*, vol. V, p. 75.

⁴⁶⁵ "Anecdotes from Mr. Jefferson's conversation", en *Private correspondence of Daniel Webster*, vol. I, p. 364; reproducidas en Jefferson, *Works*, ed. cit., vol. XII, p. 391, nota: "Mr. Jefferson, who, in some notes on Virginia, had combatted some of his opinions." "When Mr. Jefferson shall have read this, he will be perfectly satisfied that I am right."

⁴⁶⁶ "Anecdotes, . . .", *loc. cit.*: "he replied with warmth, that if I could produce a single specimen, with horns one foot long, he would give up the question". También Parmentier había hecho lenguas del *Mouse-deer*, gigantesco ciervo americano (*Description*, op. cit., vol. II, pp. 526-527).

⁴⁶⁷ Cf. *Papers*, op. cit., vol. VII, pp. 21-24, 28-30, 317-320.

América. "Tengo un gran deseo —escribía a su amigo Stuart— de darle a Buffon la mejor idea posible de nuestro alce."⁴⁶⁸

Pero cuando le llegó aquella pieza de museo zoológico, parece haber quedado dudoso en cuanto al efecto que podría producir. Especialmente los cuernos del alce enviado desde la Virginia, esos cuernos en los cuales había tropezado la discusión, deben haberlo desilusionado un poco. No le parecieron capaces de impresionar favorablemente por sus dimensiones, y, al enviar a Buffon el ejemplar en ceremonioso obsequio, le escribía casi excusándose: "Los cuernos del alce son notablemente pequeños. Desde luego, he visto algunos que pesarían como cinco o seis tantos. . . , y así, le suplico que no juzgue los que ahora le envío como una muestra de su tamaño ordinario."⁴⁶⁹

Jefferson siguió interesándose en el problema. En la sala de ingreso de su casa hizo colgar, junto con armas y reliquias de los indios, los cuernos y la cabeza de un alce y el cráneo de un mamut.⁴⁷⁰ Exhortó (1789) al rector de la Universidad de Harvard a fomentar el estudio de la historia natural "para hacer justicia a nuestro país, a sus productos y a su genio".⁴⁷¹ Fundado en cierta osamenta fósil encontrada en la Virginia —tal vez la de un oso hormiguero prehistórico—, inventó en 1796-97 un super-león o super-tigre americano, tres veces más corpulento que el león africano, y superior por lo tanto a estos felinos en la misma medida en que el mamut era superior al elefante, lo bautizaba y lo presentaba al mundo científico como el *Megalonyx*, el Uña Grande, que debió haber existido —más aún, que debía existir aún— en alguna parte de los Esta-

⁴⁶⁸ Carta a Archibald Stuart, 25 de enero de 1786, en *Works*, vol. V, p. 75: "I have a great desire to give him [Buffon] the best idea I can of our elk." Véase también la carta a Buffon, del 1º de octubre de 1787, con que acompaña el obsequio (*ibid.*, vol. V, pp. 352-354); y cf. Jameson, *op. cit.*, pp. 50-51. H. F. Osborn, *Cope: master naturalist*, Princeton, 1931, pp. 11-12 (citado por Smallwood, *op. cit.*, p. 125), cuenta que Jefferson "sent to Vermont for the skeleton of a moose. This was hunted down by Jefferson's friends, shipped to him at a cost of Lg. 50 (los argumentos del yankee tienen siempre un precio en dinero contante y sonante; el costo exacto fue de Lg. 46.7.10½, si bien, con los gastos de transporte, etc., Jefferson suspiraba al pensar que el 'experimento' le ha costado ya 60 guineas. . .), and Buffon became convinced!"

⁴⁶⁹ Carta a Buffon, 1º de octubre de 1787, *Works*, vol. V, p. 353 (y Martin, *op. cit.*, pp. 183-186): "The horns of the elk, are remarkably small. I have certainly seen of them which would have weighed five or six times as much. . . and therefore beg of you not to consider those now sent, as furnishing a specimen of their ordinary size." Según la versión de Webster, en cambio, Jefferson quedó plenamente satisfecho del ciervo, "a very good specimen", con cuernos de cuatro pies, de tal manera que Buffon, persuadido de su error, prometió rectificarlo, "but he died directly afterwards" (Jefferson, *Works*, vol. XII, pp. 393-394; Buffon murió en efecto el 15 de abril de 1788). De regreso en los Estados Unidos, Jefferson le repitió a Benjamin Rush (17 de marzo de 1790) que había convencido a Buffon "that most of the animals in Europe were of different species from the same [*sic*] animals in this country. . . particularly the Buck and doe. The American Buck has horns three feet long, and the French or European Buck only one foot" (*The autobiography of Benjamin Rush*, etc., ed. G. W. Corner, Princeton, 1948, p. 181).

⁴⁷⁰ *Life, letters and journals* of George Ticknor, Boston, 1909, vol. I, p. 28; Howard C. Rice, Jr., "Jefferson's gift of fossils to the Museum of Natural History in Paris", *Proceedings of the American Philosophical Society*, vol. XCV (1951), núm. 6, p. 60.

⁴⁷¹ C. A. Browne, "Thomas Jefferson and the scientific trends of his time", en *Chronica Botanica*, vol. VIII (November, 1943), p. 23, citado por Kraus, *Atlantic civilization*, op. cit., p. 278: ". . . to do justice to our country, its productions and its genius".

dos Unidos, aunque no fuese para otra cosa que para intimidar y reducir al silencio a quienes negaban la existencia de grandes carnívoros en el Nuevo Mundo.⁴⁷² Siempre infatigable, amontonaba materiales para reforzar sus puntos de vista; mandaba (1808) unos fósiles de mastodontes a los naturalistas de París, y todavía en 1809 proyectaba una nueva edición de las *Notes on Virginia*, aunque dudaba de que le pudiese bastar para ello el resto de su vida.⁴⁷³ Y en efecto, no obstante que vivió otros diecisiete años, no llegó a publicarla.

21. FILIPPO MAZZEI: LA EXPERIENCIA CONTRA LAS UTOPIAS Y LOS VITUPERIOS

Tampoco los cuatro volúmenes que Filippo Mazzei escribió en defensa de los Estados Unidos contra las calumnias europeas representan esa reanudación de la polémica contra Buffon que Jefferson anhelaba, si bien es verdad que constituyen una derivación, un apéndice casi, de las *Notes on Virginia*. Amigo devotísimo de Jefferson, ciudadano y agente diplomático del Estado de Virginia, Mazzei, el aventurero florentino que vivió en Constantinopla, en Esmirna, en Londres, en los campos de Virginia, en Francia, en Amsterdam, en Varsovia, y que todavía a los setenta y dos años emprendía un viaje desde Pisa hasta San Petersburgo,⁴⁷⁴ se encontraba en 1785 en París sin empleo y sin un céntimo. Por fortuna

⁴⁷² Martin, *op. cit.*, pp. 107-111, 113; y a este propósito reanudaba la polémica con Buffon, que había negado la existencia de grandes animales en América, y reducido el mamut al elefante: *ibid.*, pp. 188-189. Pero se quedaba en realidad sobre el mismo terreno de Buffon, el cual admiraba a los animales corpulentos más que a los pequeños; y, así como Buffon había pasado por alto (véase *supra*, pp. 16-17) la antigua y nueva afirmación de que la potencia divina resplandece en las más minúsculas creaturas, así Benjamin Rush ponderaba en una carta a Jefferson (1811) la "wondrous skill and power" del Creador al formar creaturas de la mole del mamut y del *megalyonx*: "This animal is an astonishing effect of God's power. He seems to have produced him merely to show what he could do..." (citado en Martin, *op. cit.*, p. 236). Es curioso, sin embargo, ver con qué tino castiga la némesis histórica: las teorías jeffersonianas sobre el *megalyonx* han sido juzgadas recientemente como "just as phantastic as any which Buffon had offered" (Schachner, *Jefferson*, vol. I, p. 277, citado por W. Peden en su ed. cit., p. 270, nota 56).

⁴⁷³ Carta a John W. Campbell, 3 de septiembre de 1809, *Works*, vol. XI, p. 115; cf. Martin, *op. cit.*, pp. 114-115 et *passim*; Peden, en la ed. cit., pp. xxi-xxii; *Catalogue of the library of Th. Jefferson*, *op. cit.*, vol. IV, pp. 324-329. Sobre el donativo de los fósiles hay abundantes pormenores en el citado artículo de H. C. Rice, Jr., pp. 597-627.

⁴⁷⁴ Fuente principal para su vida es la autobiografía: *Memorie della vita e delle peregrinazioni del florentino Filippo Mazzei, con documenti storici sulle sue missioni politiche come agente degli Stati Uniti d'America, e del re Stanislao di Polonia* (Lugano, 1845-46, 2 vols.); sobre la cual véase B. Croce, *Aneddoti di varia letteratura*, Napoli, 1942, vol. II, pp. 323-331), completada con las cartas y relaciones contenidas en R. C. Garlick, *Philip Mazzei, friend of Jefferson: his life and letters* (Baltimore, Md., 1933); en Howard R. Marraro (ed.), *Philip Mazzei, Virginia's agent in Europe: The story of his mission as related in his own dispatches and other documents*, New York, 1935 (Marraro ha traducido asimismo los *Memoirs*, New York, 1942, acompañados de un prefacio y de una copiosa bibliografía); en R. Ciampini (ed.), *Lettere di Filippo Mazzei alla Corte di Polonia (1788-1792)*, vol. I (único publicado: llega hasta marzo de 1790), Bologna, 1937; y en los citados vols. de los *Papers of Thomas Jefferson*. Véanse las noticias que aparecen en Visconti, *op. cit.*, pp. 68-75, 133-134, 142, en la citada tesis inédita de A. Violo, especialmente pp. 114-129, y en G. Chinard, *Trois amitiés françaises de Jefferson*, Paris, 1927, pp. 100-101.

para él, Jefferson había llegado allí desde hacía poco como ministro de los Estados Unidos. Jefferson tomaba así la sucesión de Franklin, con quien Mazzei había tenido en un primer momento relaciones cordiales, pero con el cual se había disgustado luego, quedando cierta enemistad entre ellos. Así, pues, a Jefferson se dirigió inmediatamente Mazzei, y por Jefferson fue instigado a replicar a las críticas que había lanzado Mably contra la Constitución americana. Hombre de probada y segura adhesión a la causa de los Estados Unidos, Mazzei, que ya había escrito y publicado diversos opúsculos de polémica y de propaganda, y que por añadidura tenía entonces una necesidad desesperada de sus amigos, puso manos a la obra con agresivo entusiasmo.

El continente nuevo lo había atraído desde jovencito, y, aun antes de dirigirse a Turquía, había acariciado durante bastante tiempo la idea de ir a buscar fortuna en la América meridional. De la América del Norte había conocido lo mejor que ésta podía ofrecer, tanto en hombres como en naturaleza. Había sido amigo de Franklin, de Thomas y de John Adams, de Madison y de Monroe, había conocido de cerca a Washington, y de Jefferson había recibido consejos y ayuda en el intento de trasplantar a la región de Virginia la vid, el olivo y el gusano de seda. El buen éxito de sus viñedos y de otras iniciativas agrarias lo había persuadido de la bondad del suelo y del clima de aquel Estado. "América produce todo —escribía proféticamente en 1782—, y puede manufacturar todo cómodamente", siempre que sus agricultores quieran dedicarse a las industrias.⁴⁷⁵ Era, pues, un paladín blindado de experiencia y de firmísimas convicciones el que entraba en liza contra el abate Mably, ese viejo pedante.

Los primeros borradores de su refutación, hechos en tono juguetón, eran del agrado de Marmontel, quien le exhortaba a ir al fondo del asunto. También lo alentaban otros amigos: Pitobie, un traductor de Homero, Short, secretario de Jefferson, y Morellet, que sin embargo no aprobaba los apéndices de noticias de carácter general con que Mazzei trataba de hacer "menos árido" su escrito.⁴⁷⁶ Pero hasta aquí todo estaba aún sobre el plano constitucional; la discusión versaba sobre el mecanismo previsto por un documento político, no tocaba a la realidad de América y de los americanos.

Una primera ampliación fue provocada por el abate Raynal. Mazzei, que ya en Virginia había tenido noticias del enorme ruido ("gran fracaso") que estaba haciendo en Europa su *Histoire philosophique*, "specialmente per il pomposo titolo", después de encontrarse casualmente con el autor en París, se suscribió personalmente a un ejemplar de la nueva edición. Al recibirlo, se limitaba a leer todo cuanto se refería a la América septentrional y, escandalizado de encontrar allí tantos errores y tantas mentiras, decidía "desenmascararlo" e imprimir a un mismo tiempo "la confutación de entrambos abates" así como algunos apéndices

⁴⁷⁵ *Memorie*, *op. cit.*, vol. II, p. 260: "L'America produce tutto, e può manifatturar tutto agevolmente..."; la profecía era repetida medio siglo después por Miss Martineau (véase *infra*, p. 449).

⁴⁷⁶ *Memorie*, vol. I, pp. 528-529; Garlick, *op. cit.*, pp. 97-100; cf. una alusión en G. Procacci, "L'abate Mably nell'illuminismo", *Rivista Storica Italiana*, vol. LXIII (1951), p. 220.

para la redacción de los cuales se había puesto de acuerdo con Thomas Jefferson.⁴⁷⁷

La polémica se ensancha, pero sigue ligada a los autores atacados, sigue siendo una rectificación, un escrito de ocasión y de réplica. El paso ulterior fue aconsejado por el ilustre Condorcet, el cual —según escribe Mazzei a Madison— “dijo que hacía demasiado honor a los dos abates al declararlos *héros de mi Poema*”, y le recomendó ampliar el libro hasta hacer de él una completa descripción de los Estados Unidos y una defensa de su revolución. “Así, la confutación, de principal que era, vino a ser cosa accesoria”,⁴⁷⁸ y el trabajo se duplicaba, pero los amigos, Condorcet, La Rochefoucauld, Lafayette, estaban entusiasmados con la idea; ⁴⁷⁹ Jefferson pone a su disposición apuntes y materiales recogidos para las *Notes on Virginia*, y repetidamente escribe a sus amigos americanos y europeos alabando y recomendando por anticipado el libro que Mazzei está escribiendo; Madison le manda desde Nueva York y Filadelfia observaciones y “reflexiones muy sabias y prudentes”; ⁴⁸⁰ y ya se habla de tres ediciones, en italiano, en francés y en inglés. La traducción francesa, mientras tanto, es revisada por Morellet, por Dupont de Nemours y por otros más; la hermosísima marquesa de Condorcet no está aún contenta, y querría que su marido la rehiciese, pero éste no tiene tiempo, y finalmente hace ella la traducción de un capítulo y el marido la de otro (“veréis en el primero el estilo de un alma verdaderamente sensible —escribe complacido Mazzei—, y en el otro la geometría parlante”)⁴⁸¹. En suma, toda la *coterie* americanófila colabora como en la construcción de una voluminosa máquina de guerra.

Salen finalmente a la luz, en enero de 1788, las *Recherches historiques et politiques sur les États-Unis de l'Amérique septentrionale*,⁴⁸² en cuatro

⁴⁷⁷ *Memorie*, vol. I, pp. 532-533; y la Introducción a las *Recherches*. Su amigo John Adams, ya en 1785 (11 de diciembre), le escribía para defender al abate Mably “as honest a Man and as Independent a Spirit as you will find among them [los literatos franceses]”: Jefferson, *Papers*, vol. VIII, p. 679 nota. Más tarde, la acritud de ciertas críticas suyas al “rimbambito” Raynal le valía una serena *mise à point* del abate Scipione Piattoli (véase en A. D’Ancona, *Scipione Piattoli e la Polonia*, Firenze, 1915, pp. 258-260). Pero, en opinión de Mazzei, Mably era de todos modos un ignorante chapucero, y Raynal “a willful lyer” (*Papers*, *ibid.*).

⁴⁷⁸ *Memorie*, vol. I, p. 535: “[Condorcet] disse che facevo troppo onore ai due abati a dichiarargli *Eroi del mio Poema*”; “La confutación dunque di principale e divenuta cosa accesoria.”

⁴⁷⁹ Carta del 14 de agosto de 1786, en Garlick, *op. cit.*, pp. 104-106.

⁴⁸⁰ Carta del 21 de diciembre de 1787, en Garlick, *op. cit.*, pp. 113-114; cf. Ciampini, *Lettere*, *op. cit.*, p. 252. Sobre las contribuciones de Jefferson, véase Garlick, pp. 100, 102, 104-105.

⁴⁸¹ *Memorie*, vol. I, p. 538: “voi vedrete nel primo lo stile d’un’anima veramente sensibile, e nell’altro la geometria parlante”; esos dos capítulos son el VIII y el IX de la cuarta parte (ed. cit., vol. IV, pp. 102-126). Al principio, Mazzei pensaba en Marmontel como traductor (cf. Jefferson, *Papers*, *op. cit.*, vol. VIII, p. 475 nota).

⁴⁸² Título calcado sobre el del libro de Hilliard d’Auberteuil, que antes hemos recordado, *Essais historiques et politiques sur les Anglo-Américains*, contra el cual, sin embargo, rompe Mazzei algunas lanzas (*Recherches*, vol. I, pp. vii-viii), y sobre el cual véase *supra*, p. 230. Como lugar de impresión las *Recherches* ponen “A Colla”, centro tipográfico desconocido de todos los bibliógrafos, los cuales no se han planteado siquiera la cuestión relativa: *Colle* era el nombre de la finca virginiana de Mazzei, cerca del famoso *Monticello* de Jefferson (cf. también Ciampini, *Lettere*, *op. cit.*, p. 256); veo citado asimismo un artículo “«Colle», the residence of Philip Mazzei [sic]”, *Virginia Magazine of History and Biography*, Richmond, vol. IX (1901-02), p. 163.

volumenes, consagrados, el primero a un estudio histórico-constitucional de los Estados Unidos, el segundo a refutar a Mably, el tercero a rebatir a Raynal, el cuarto a discutir algunos temas particulares, como los pieles rojas, la esclavitud, la emigración y sobre todo la situación económica norteamericana: más de 1,300 páginas en total, verdaderamente “un gros ouvrage”, un “énorme ouvrage”, como lo llama un reciente bibliógrafo, el cual, espantado tal vez por semejante mole, lo juzga sin embargo un repertorio fastidioso, serio, exactísimo e ilegible de noticias de todo género sobre los Estados Unidos.⁴⁸³

En verdad, no todo ha salido de la pluma de Mazzei: además de las notas ajenas utilizadas, y de la transcripción de muchos pasajes de los autores refutados y de documentos históricos *in extenso*, sus *Recherches* contienen las observaciones de Franklin sobre los pieles rojas y sus avisos a los emigrantes,⁴⁸⁴ un ensayo de Turgot ⁴⁸⁵ y dos de Condorcet ⁴⁸⁶ —insertados para hacer más poderosa la carga explosiva de aquel “cañonazo”—, que ocupan en total 243 páginas. Sin embargo, lo que queda es bastante para reconocer en el anónimo autor, “citoyen de Virginie”, un hombre lleno de buen sentido, cauto, positivo y tan ajeno a las idealizaciones como crítico de las calumnias lanzadas contra su América.

Su fuente no son, evidentemente, los misioneros jesuitas ni los naturalistas de gabinete: son los años pasados en cultivar la tierra de la Virginia, en realizar cambios de productos y en sostener la causa de los insurrectos, en buscar dinero a préstamo y buenos labradores para los Estados Unidos. Sea que prodigue sanas advertencias y les quite sus fáciles ilusiones a los emigrantes; ⁴⁸⁷ sea que reduzca a nivel más modesto las prodigiosas relaciones que hacen de Pensilvania o de Virginia una “tierra prometida”; ⁴⁸⁸ sea que pinte con simpatía, pero sin indulgencia, a los

⁴⁸³ B. Fay, *Bibliographie critique*, *op. cit.*, pp. 24-25, 64-65; cf., del mismo autor, *L’esprit révolutionnaire*, *op. cit.*, pp. 136 (“travail... presque illisible”, pero el vol. IV, p. “très intéressant”), 161-162. “Superficial e slegato”, escrito con demasiada prisa, “di non grande importanza e utilità” lo juzga Ciampini, *op. cit.*, p. xviii; “superficial, badly planned, and poorly constructed”, Marraro, prefacio a los *Memoirs*, *op. cit.*, p. xiii.

⁴⁸⁴ *Recherches*, *op. cit.*, vol. IV, pp. 76-92, 171-183. Jefferson quería que Mazzei tirara 300 ejemplares del capítulo sobre los emigrantes y se los hiciera llegar, para quitarse de encima a los latosos (Ciampini, *Lettere*, *op. cit.*, p. 279).

⁴⁸⁵ *Réflexions... sur la manière dont la France et l’Espagne doivent envisager les suites de la querelle entre la Grande-Bretagne et ses colonies* (*Recherches*, *op. cit.*, vol. III, pp. 109 nota, 217-282), importante memoria (1776) que Fay (*L’esprit révolutionnaire*, *op. cit.*, pp. 32, 44, 49-50, 70, 106, 108) conoce sólo de segunda mano.

⁴⁸⁶ El primero son las cuatro *Lettres d’un bourgeois de New-Heaven* [sic: Condorcet era ciudadano honorario de New Haven, Connecticut; véase Fay, *L’esprit révolutionnaire*, p. 139] *sur l’unité de la législation* (*Recherches*, *op. cit.*, vol. I, pp. 267-271; Fay, *L’esprit*, pp. 161-162), en favor del principio unicameral; el segundo, mucho más importante, es el ensayo *Influence de la révolution de l’Amérique sur l’Europe* (*Recherches*, vol. IV, pp. 237-283), mandado bajo el pseudónimo de P. B. Godard al famoso concurso de la Academia de Lyon y que, ya raro en los tiempos de Mazzei (“on ne le trouve point”, *Recherches*, vol. IV, p. 213), lo es hoy todavía más: “assez rare” lo califica Fay (*Bibliographie critique*, p. 66), y Zavala (*América en el espíritu francés*, *op. cit.*, p. 20) no ha conseguido leerlo. Sin embargo, lo conocen Morandi, *L’idea dell’unità politica d’Europa*, *op. cit.*, p. 41, nota 3, y Echeverría, *op. cit.*, pp. 153-154. Cf. también F. Acomb, *Anglophobia in France, 1763-1789*, Durham, N. C., 1950, pp. 102-104.

⁴⁸⁷ *Recherches*, vol. IV, pp. 76-102 (sobre todo 98); Echeverría, *op. cit.*, p. 146.

⁴⁸⁸ *Ibid.*, vol. III, pp. 40, 85-89.

salvajes que experimentan “una invencible aversión por el trabajo”, son astutos y coléricos y no está dicho que alguna rara vez no sean también antropófagos; ⁴⁸⁹ sea que discuta, a la zaga de Jefferson, el triste y oprobioso problema de la esclavitud; ⁴⁹⁰ sea que les quite la aureola de santidad a Penn y a sus cuáqueros; ⁴⁹¹ sea que reivindique casi, frente a los hiperbólicos elogios de Raynal, la mediocridad arquitectónica de los edificios de la Virginia; ⁴⁹² Mazzei se muestra tan enemigo de toda exageración y fanatismo americanista que, de rechazo, adquieren mayor fuerza sus argumentaciones contra los críticos de los novísimos Estados Unidos, y —lo que nos interesa más— de la naturaleza física del continente americano.

Para Buffon, Mazzei tiene todo el respeto y la admiración que se merece; ⁴⁹³ y cuando tropieza con sus tesis sobre la inferioridad de los animales en América, se remite a las *Notes* de Jefferson que han desmascarado ese error en que han caído “varios autores, *sin exceptuar al mismo Buffon*, el célebre naturalista”. ⁴⁹⁴ Pero en cuanto al fondo de la cuestión, es siempre firme y seguro. Las explicaciones de las singularidades americanas a base de “clima” y de “suelo” no lo convencen en absoluto: “la diferencia viene de lo moral, no de lo físico”. ⁴⁹⁵ El clima americano no es mucho mejor ni mucho peor que cualquier otro. La Naturaleza, en líneas generales, ha sido imparcial. Y para destruir las numerosas teorías novelescas (*romanesques*) de la degeneración de plantas y animales, bastará “decir las cosas tales como son”.

Los animales de Europa han degenerado donde la gente no se ha ocupado de su cría, pero “lo contrario ha sucedido donde se ha tenido cuidado de ellos”, y ahora son ya famosos los bovinos de Rhode Island, los caballos de la Virginia, los cerdos por la abundancia de bellotas, las ovejas a las que se ofrece una generosa variedad de pastos.

En cuanto a los vegetales comestibles, Mazzei los ha probado casi

⁴⁸⁹ *Ibid.*, vol. II, pp. 183-184; vol. III, pp. 19-21; vol. IV, especialmente pp. 150, 153, 170-171; pero no son lampiños, como han creído “quelques écrivains et voyageurs inattentifs”: simplemente se depilan (*ibid.*, pp. 162-163).

⁴⁹⁰ *Ibid.*, vol. IV, pp. 127-140.

⁴⁹¹ *Ibid.*, vol. I, pp. 72-84, 223-245; vol. III, pp. 49-71 (“le mérite principal des Quakers consiste dans l'économie et dans l'application aux affaires”, pero en cuanto a hipocresía “personne ne les égale, et quant au commerce, la délicatesse et l'équité ne sont pas leurs vertus favorites”: vol. III, p. 63). A causa de estos juicios, en que se expresa ciertamente también su fervor irreligioso, Mazzei fue atacado vivamente por Brissot de Warville (*Memorie, op. cit.*, vol. I, pp. 538-539; vol. II, pp. 277-278; Garlick, *op. cit.*, p. 115; y cf. *infra* nuestro excursus quinto, pp. 557 y 563). Por recíproca desconfianza, fueron malas las relaciones de Mazzei con Franklin, quien parecía a los europeos el prototipo de los cuáqueros (Fay, *L'esprit révolutionnaire*, p. 94; Visconti, *op. cit.*, pp. 133-134, 142).

⁴⁹² *Recherches*, vol. III, p. 34; en estas pudibundas negaciones tiene también una parte el escrúpulo de la “sencillez republicana”.

⁴⁹³ *Memorie, op. cit.*, vol. II, pp. 46-47; sobre una curiosa conversación de Mazzei con Buffon, cf. *The Papers of Th. Jefferson, op. cit.*, vol. VII, p. 123.

⁴⁹⁴ *Recherches*, vol. III, p. 92: “...divers écrivains, sans excepter M. de Buffon lui-même... ce célèbre naturaliste” (el subrayado es mío); vol. IV, p. 209 nota. Buffon —escribe a John Adams (23 de enero de 1786)— “has been unwillingly induced into error”, pero Jefferson lo ha refutado “most masterly and completely” (*Jefferson, Papers*, vol. VIII, p. 679 nota).

⁴⁹⁵ *Recherches*, vol. II, p. 32: “la différence vient du moral, non du physique”; cf. vol. I, p. 118; véase también Chinard, “Eighteenth-century theories”, art. cit., p. 44.

todos en América: algunos han resultado mejores que en Europa, y ninguno ha degenerado. ¿Se deberá concluir entonces que América es una tierra privilegiada? ¡Ni por pienso! “Esto no demuestra ninguna superioridad del suelo y del clima; otro tanto ha ocurrido con varios vegetales de los que he enviado de América a Europa.” Se sabe que el cambio de ambiente favorece generalmente a las plantas y a los animales. En todo país, en lugar de utilizar siempre las simientes de sus cosechas, los campesinos deberían cambiarlas por otras de regiones distantes. ⁴⁹⁶ La técnica de los cruces, y no una jactancia telúrica, es el corolario que el agricultor de Poggio a Cajano saca de la comparación de los dos mundos.

Pero en este punto, no obstante haber escrito poco antes que bastaría la simple exposición de la verdad para refutar a todos los autores mal informados, y aunque desde el comienzo se había propuesto pasar por alto las críticas de escritores menos conocidos que los dos abates, ⁴⁹⁷ Mazzei pasa rápidamente por encima de Buffon y Raynal y ataca explícitamente a Monsieur de Pauw: a De Pauw, que deja muy atrás al mismísimo Raynal con sus despropósitos, y que ha logrado parir tres volúmenes en los que no hay casi una sola afirmación verdadera, “aunque no haya casi una sola que no esté fundada en alguna autoridad”. ⁴⁹⁸ En verdad, debe de haberle costado su buen trabajo, y constituye en cierto sentido un mérito suyo, el haber fabricado semejante requisitoria contra toda cosa y creatura de las Américas —no obstante que la mayor parte de sus noticias provienen de gaceteros y viajeros ignorantísimos.

A esta aguda caracterización de la obra de De Pauw, ⁴⁹⁹ Mazzei hace seguir una noticia sorprendente: “He tenido informes de que el señor Pauw se había dado cuenta finalmente de su error, y como los tengo de una persona cuyo testimonio no puedo poner en duda, y la cual me ha asegurado que se lo había oído decir así a él mismo, se debe esperar que Pauw hará uso de la misma franqueza para con el público.” ⁵⁰⁰ Desgraciadamente, ese mismo año de 1788 publicaba De Pauw sus últimas *Recherches philosophiques sur les Grecs*, y en la primera página resucitaba las observaciones publicadas veinte años antes sobre esos salvajes embrutecidos que son los americanos. La esperanza de Mazzei resultaba fallida.

Igualmente fallidas resultaban las generales esperanzas de un gran éxito para su libro. En Francia había tenido apenas una reseña; en Amé-

⁴⁹⁶ *Recherches*, vol. III, pp. 84-95 (“cela ne prouve... aucune supériorité du sol et du climat; la même chose est arrivée à plusieurs [végétaux] de ceux que j'ai envoyés d'Amérique en Europe”). Las plantas, de cualquier país que sean, degeneran en cualquier otro país cuando se descuida el estudio del terreno y del clima que mejor les convienen: “si la paresse ou l'ignorance tiennent la place de l'intelligence et de l'attention, il en résultera certainement une détérioration fort grande” (vol. III, p. 95). Sobre la “práctica antigua” del “cambio de la simiente”, véase *Enciclopedia Italiana*, vol. XXXI, col. 344b.

⁴⁹⁷ *Recherches*, vol. I, p. xiv.

⁴⁹⁸ *Recherches, loc. cit.*: “...quoiqu'il n'y en ait presque pas qui ne soit fondée sur quelque autorité”.

⁴⁹⁹ Derivada, sin embargo, de Jefferson: cf. *supra*, pp. 239-240, nota 455.

⁵⁰⁰ *Recherches*, vol. III, pp. 93-94: “J'ai appris que M. Pauw s'était enfin aperçu de son erreur, et comme je le tiens de quelqu'un dont je ne puis révoquer le témoignage en doute, et qui m'a assuré l'avoir entendu dire à lui-même, on doit espérer qu'il usera de la même franchise envers le public.” Véase *supra*, p. 90, una ilusión análoga de Pernetty.

rica, donde Jefferson pensaba que se venderían cuando menos 175 ejemplares, parece que diez años después no se había vendido ni uno siquiera; ⁵⁰¹ y 1,500 ejemplares, que el autor dejó en París en 1791, se perdieron definitivamente. ⁵⁰² Mazzei quedaba en la miseria. La única —e indirecta— utilidad del libro fue haber contribuido a atraer sobre él la atención del rey Estanislao de Polonia, ⁵⁰³ quien pocos meses después (julio de 1788) lo nombraba corresponsal suyo en París, y luego lo llamaba a su lado en Varsovia.

22. EL BOTÁNICO CASTIGLIONI Y EL LIBERTINAJE DE LOS COLONOS NORTEAMERICANOS

Mazzei se había esforzado por introducir en las colonias norteamericanas el olivo, la vid y el gusano de seda. En cambio, Luigi Castiglioni recorría en 1785-87 toda la América septentrional para buscar plantas alimenticias, decorativas y oficinales capaces de aclimatarse en Lombardía. Opuestos en apariencia, los intentos del florentino y del milanés coincidían en realidad: como fundamento de sus esfuerzos complementarios existía la convicción de la sustancial identidad de la naturaleza y del clima en los dos hemisferios.

Igualmente contrarios tenían que ser, en consecuencia, a los escritores que daban por sentada una diferencia radical entre un mundo y el otro, y peor aún cuando de esta diferencia deducían una absoluta supe-

⁵⁰¹ Véanse las cartas publicadas en Garlick, *op. cit.*, pp. 116-117, 121, 125 (¿algún ejemplar vendido en Virginia?), nota 70 de las pp. 125-126, y p. 146. Jefferson, que poseía varios escritos de su amigo, compraba su ejemplar en París, por 12 libras (*Catalogue of the library, op. cit.*, vol. III, p. 221; cf. *ibid.*, pp. 54-55, 86, 137, 170, 326-327). Una válida razón y casi una excusa del menguado éxito puede encontrarse en la observación de Brissot de Warville, enconado adversario de Mazzei, acerca de las mercancías que podían transportarse a los Estados Unidos: "*Livres français: Le meilleur ne réussira pas ici. Il y a très peu de personnes sachant la langue française*" (*Nouveau voyage, op. cit.*, vol. II, p. 376; véanse también sus *Mémoires, op. cit.*, vol. III, p. 53, y H. M. Jones, *America and French culture, 1750-1848*, Chapel Hill, 1927, pp. 186-200, 302).

⁵⁰² Garlick, *op. cit.*, p. 141: esto puede explicar la rareza actual del libro, del cual, en todo caso, le quedaban todavía tantos ejemplares al autor después de cuatro años de la publicación. Sin embargo, la obra era analizada en la *Correspondance* de Grimm, Diderot, etc. (ed. Tourneux, París, 1877-82, vol. XV, pp. 251-253), y consultada por Carlo Botta para su *Storia della guerra della indipendenza degli Stati Uniti d'America* (1809): véase G. Mira, "Un italiano del Settecento collaboratore dell'indipendenza americana", *Nuova Antologia*, 6ª serie, vol. CXCII (1917), p. 235.

⁵⁰³ Pero Estanislao no lo había leído; cuando menos cuatro veces, después de haber sido nombrado corresponsal, Mazzei se lo ofrecía como homenaje (*Lettere*, ed. Ciampini, *op. cit.*, pp. 9, 42, 64, 121), y luego le sugería (*ibid.*, p. 252) "render pubblica" en Polonia una discusión de Madison sobre la libertad de cultos, incluida en la obra (*Recherches*, vol. II, pp. 239-252), y leer cuanto allí decía (vol. IV, pp. 141, 165-166) sobre la bondad de los salvajes, los cuales no creen sin embargo en una segunda vida (*Lettere*, ed. cit., pp. 252-253), o los avisos de Franklin a los emigrantes (*ibid.*, p. 279). Estanislao, en cambio, hizo traducir al polaco las pp. 372-373 del vol. I (sobre un comité permanente de seis personas que debería preparar el orden del día de las asambleas legislativas), y respondió a Mazzei que sus páginas sobre los salvajes podían dar tema para una "discusión teológica" entre ellos dos, cuando Mazzei se trasladara a Varsovia (*Memorie, op. cit.*, vol. II, pp. 50, 83, 323). Sobre sus relaciones con Estanislao, véanse ahora amplias noticias en J. Fabre, *Stanislas Auguste Poniatowski et l'Europe des Lumières*, Strasbourg, 1952, pp. 507-522 y notas respectivas.

rioridad del mundo antiguo sobre el nuevo. Castiglioni espera casi a las últimas páginas de su libro ⁵⁰⁴ para discutir rápidamente las ideas corrientes sobre las Américas. Admite que el clima es en los Estados Unidos más rígido que en las regiones europeas de la misma latitud, pero acoge las explicaciones que da Carli de semejante hecho; ⁵⁰⁵ y de la "hipótesis de la degeneración de los animales en América, adoptada por el Conde de Buffon y exagerada por el señor Pauw y otros escritores", se desentiende diciendo que "con la hermosa obra del señor Jefferson se la ha reconocido bastante por falsa". ⁵⁰⁶

De manera incidental, Castiglioni se detiene a dar razón de otras peculiaridades de la naturaleza americana que se habían señalado como indicios de degeneración, como, por ejemplo, la falta de profundidad en las raíces de los árboles —que por consiguiente se derriban fácilmente o incluso caen por sí solos— ⁵⁰⁷ y la famosa escasez de pájaros canoros: él ha visto revolotear gran número de pájaros pintos de negro y amarillo, cuyo canto en prisión es "assai melodioso", y describe el aspecto y las costumbres de los *mocking-birds* y los precios "excesivos" que alcanzan por la excelencia de su canto; ⁵⁰⁸ pero reconoce en general que los pájaros americanos, "si no suelen tener la suavidad del canto, están vestidos, en cambio, de plumas de bellísimos colores" ⁵⁰⁹ (el consabido *technicolor* mudo...).

Más original es su actitud hacia los habitantes de los Estados Unidos. Castiglioni exalta (como tantos otros) el valor y la inteligencia de

⁵⁰⁴ *Viaggio negli Stati Uniti dell'America settentrionale fatto negli anni 1785, 1786 e 1787*, Milano, 1790, 2 vols. (traducción alemana, Memmingen, 1793: Doll, art. cit., pp. 471, 500). El viaje propiamente dicho termina en la p. 168 del vol. II; las pp. 169-172 contienen un catálogo alfabético de "Osservazioni sui Vegetabili più utili degli Stati Uniti". El autor (1756-1832) se califica de Patricio Milanés, Caballero de la Orden de San Esteban Protomártir, Miembro de la Sociedad Filosófica de Filadelfia y de la Patriótica de Milán (de la cual fue también Presidente): más tarde fue director de la Stamperia Reale (1807), Presidente de la Academia de Bellas Artes, y honrado con la insignia de la orden de la Corona di Ferro. Introdujo en Lombardía la *robinia* americana o falsa acacia. Véase también Visconti, *op. cit.*, pp. 59-60, 75, 117, y la citada tesis inédita de Violo, en particular pp. 91-93.

⁵⁰⁵ *Viaggio, op. cit.*, vol. II, pp. 154-155. Carli y Clavigero son citados también a propósito de las pirámides mexicanas (*ibid.*, vol. I, p. 391 nota).

⁵⁰⁶ *Viaggio*, vol. II, p. 155: "colla bell'opera del sig. Jefferson è stata abbastanza riconosciuta per falsa l'ipotesi della degenerazione degli animali in America, addottata dal conte di Buffon ed esagerata dal sig. Pauw e da altri scrittori". Robertson y Carli "provarono con molta chiarezza lo stesso". Sobre los autores que no sólo quisieron encontrar degenerada la especie humana y los animales en América, "ma sono sforzati di screditare sino la fecondità delle sue terre" (que, como todas las tierras, necesitan, después de algunos años, abonos o turnos de descanso), véase *ibid.*, vol. II, p. 167 nota. Buffon es citado igualmente en el vol. I, pp. 150 nota, 154 nota, 171, 285 nota, 334 nota; en el vol. II, p. 156, etc. Castiglioni admite (vol. I, pp. vii-viii) que no ha estudiado zoología ni mineralogía.

⁵⁰⁷ *Op. cit.*, vol. I, pp. 116-117; cf. ya Oviedo, *supra*, p. 37, y el abate Robin, *Nouveau voyage, op. cit.*, p. 44.

⁵⁰⁸ *Op. cit.*, vol. I, pp. 44, 357.

⁵⁰⁹ *Ibid.*, vol. II, p. 156: "se non hanno comune la dolcezza del canto, sono invece vestiti di penne di bellissimi colori". El contraste entre hermosas plumas y fea voz había sido subrayado asimismo por el abate Robin, *Nouveau voyage, op. cit.*, pp. 51-52, y admitido, con reservas, por el abate Molina (*Saggio sulla storia naturale del Chile*, 2ª ed., p. 214); luego, en el siglo XIX, será utilizado pintorescamente por Heinrich Heine, con sus pájaros "farbenschiillernd" pero "schweigsam" (*Vitzliputzli, Präulium*, ed. O. Walzel, vol. III, pp. 58-59).

los pieles rojas, y los juzga muy superiores, desde el punto de vista moral, a los hombres que se llaman civilizados,⁵¹⁰ pero no se limita a este *cliché*: saca de él los corolarios debidos, y, así como el norteamericano había hecho suyas las inimitables virtudes y proezas de los pieles rojas,⁵¹¹ así él transfirió a los colonos, a los avanzados colonos de la Nueva Inglaterra, las insinuaciones y las acusaciones lanzadas contra los indígenas. Estos habían sido calificados, según se ha visto, de frígidos y de lujuriosos al mismo tiempo. Tales, precisamente, nos presenta Castiglioni a los norteamericanos en algunas páginas sobre su *sexual behaviour*, que parecen un anticipo del *Kinsey Report*.

Después de tantos compungidos sermones de cuáqueros y de puritanos sobre las corrompidas costumbres y el senil libertinaje de una Europa decadente, no causa desagrado oír cómo un testigo ocular y benévolo nos dice que

el amor en la América Unida... no es tan vivaz ni tan refinado como en la mayor parte de Europa. Abominables vicios disminuyen en las doncellas la fuerza de la pasión amorosa, y los jóvenes compran en otras partes, diariamente, la satisfacción de sus apetitos. De ello resulta, o una total indiferencia, o una brutal avidez en la búsqueda de las más delicadas pruebas de amor. Las mujeres, convertidas en seres casi insensibles, se presentan como estatuas ante el tribunal de Cupido, y hacen consistir la modestia y la virtud en recibir con indiferencia los más vivos testimonios amorosos.⁵¹²

Lo que Buffon, De Pauw, Raynal habían dicho del salvaje, de su estúpida inercia, de su fría insensibilidad, es repetido ahora con vindictiva precisión aplicado a los exterminadores de los pieles rojas, a los compatriotas de Washington y de Franklin. Castiglioni se detiene en particular sobre la difusión del *bundling*, o sea la costumbre, practicada por jóvenes de diverso sexo, "de pasar juntos la noche y aun dormir en la misma cama", desnudándose ella de sus ropas, "exceptuada la camisa" (¡la *cammesella* de la canción napolitana!), y él del jubón y de las medias: todo estaba permitido, excepto las cosas que pudieran tener consecuencias ⁵¹³ (*tout, mais pas ça*). De esta "extraña costumbre", que le parecía increíble, especialmente "en un pueblo por lo demás tan

⁵¹⁰ Sobre el valor de los salvajes y los abusos por ellos sufridos: *ibid.*, vol. I, pp. 87-88; vol. II, p. 48, etc.

⁵¹¹ Véase *supra*, pp. 224-225.

⁵¹² *Viaggio*, vol. II, pp. 92-93: "l'amore nell'America-Unita... non è sì vivace, né sì raffinato come nella maggior parte d'Europa. Abominevoli vizii diminuiscono nelle donzelle la forza della passione amorosa, ed i giovani comperano altrove giornalmente la soddisfazione dei loro appetiti. Da questi risulta, o una totale indifferenza, o una brutale avidità nel ricercare le più delicate prove d'amore. Le donne, rese quasi insensibili, presentansi come statue al tribunal di Cupido, e fanno consistere la modestia e la virtù nel ricevere con indifferenza le più vive testimonianze amorose". Sobre los remilgos, las zalamerías sentimentales y los senos desnudos de las señoras de la Virginia escriben (1791) con escándalo republicano Brissot de Warville, que visitó los Estados Unidos en 1788 (véase *infra*, curso sobre los cuáqueros, etc., pp. 559-560) y Moreau de Saint-Méry (*apud* E. S. Turner, *A history of courting*, London, 1954, p. 186; cf. *infra*, p. 254).

⁵¹³ *Viaggio*, *loc. cit.*: "essendo qualunque cosa permessa, da cui non possano derivare conseguenze".

frígido", hasta que tuvo "ocasión de ver pruebas incontestables de ella", Castiglioni no sabe cómo explicarse el origen, "a no ser que queramos atribuirlo a imitación de los salvajes" (con lo cual advierte al menos cierto nexo de ideas entre la realidad observada entre los burgueses de Connecticut y la tristísima fisiología asignada a los indígenas),⁵¹⁴ "o a la necesidad en que se encontraban los primeros colonos de invitar a los jóvenes a casarse rápidamente y aumentar la población de la Colonia".⁵¹⁵

Lo malo de esta segunda explicación está justamente en sus finalidades demográficas, las cuales llevan a Castiglioni a ulteriores aclaraciones que nos dejan en duda acerca de la rigurosa observancia de la regla del *tout, mais pas ça*. Sucede, en efecto, que "cuando por algún accidente se deshacen las promesas de matrimonio, a menudo las jóvenes se ven en la necesidad de retirarse al campo para deponer ahí el fruto anticipado de sus amores".⁵¹⁶

Es curioso que este solo detalle, justamente la vida sexual de los colonos, empuje a Castiglioni a unirse a la falange de los denigradores de los americanos, a esa turba de atentos y escépticos medidores de sus

⁵¹⁴ También Barbé-Marbois —sobre el cual véase *supra*, p. 232— describe el *bundling* en algunas de sus cartas (1779-1785) "as borrowed from the Indians", y dice que, difundido en Connecticut, subsiste todavía en Boston, Newport y Nueva York (Reynolds, *Beds*, *op. cit.*, pp. 201 nota, 205 nota).

⁵¹⁵ *Ibid.*: "... se non volessimo ripeterla dall'imitazione de' Selvaggi, o dalla necessità in cui erano i primi Coloni di invitare i giovani a maritarsi per tempo ed accrescere la popolazione della Colonia".

⁵¹⁶ *Ibid.*, vol. II, pp. 92-94: "... allorquando le promesse di matrimonio per qualche accidente si sciogliono, sovente le giovani sono in necessità di ritirarsi alla campagna per deporvi il frutto anticipato de' loro amori". Sobre la casta promiscuidad, común (hacia 1770) "among the temperate Highlanders of Scotland; and is not quite worn out in New England", véase Lord Kames, *Sketches*, *op. cit.*, vol. I, p. 328. Sobre el *bundling* propiamente dicho, véase el *Oxford English Dictionary*, *sub voce*; Washington Irving, *A history of New York* (1809), *apud* B. Rascoe (ed.), *An American reader*, New York, 1938, pp. 279-280, 283; y especialmente H. L. Mencken, *The American language*, *Supplement one*, *op. cit.*, pp. 211-214, con bibliografía y la cita de una ballada (1785) sobre una pareja de *bundlers*, que parece confirmar el escepticismo de Castiglioni ("and so provoked was the wretch / that she of him a bastard catch'd"); otras coplillas son reproducidas por L. L. Matthias, *Die Entdeckung Amerikas anno 1953 oder das geordnete Chaos*, traducción francesa (con el título *Autopsie des États-Unis*), Paris, 1955, pp. 237-238 nota; cf. por último H. Wish, *Society and thought in early America*, *op. cit.*, pp. 132, 234, y Turner, *op. cit.*, pp. 122-127; propiamente, Reynolds, *op. cit.*, pp. 185-210; y concisamente, E. J. Dingwall, *The American woman, A historical study*, London, 1956, p. 40. Sobre una especie de *bundling* (con *camisa*) de los pieles rojas, véase ya Lahontan, *Dialogues curieux*, ed. cit., pp. 35-36, 100. Berthier refiere con estupor que era cosa habitual que dos enamorados estuvieran acostados durante horas en una cama discutiendo sobre su futura felicidad, sin que jamás sucediera nada indecente ("Journal de la campagne américaine", *Bulletin de l'Institut Français de Washington*, nouvelle série, núm. 1, 1951, citado por Echeverría, *op. cit.*, p. 105). Y el candoroso abate Robin: "Les Américains sont grands hospitaliers; ils n'ont qu'un même lit; l'épouse chaste, fût-elle seule, le partage sans remords et sans crainte avec son hôte" (*Nouveau voyage*, *op. cit.*, p. 42; cf. Fay, *L'esprit révolutionnaire*, *op. cit.*, p. 121). Sobre una promiscuidad que, sin embargo, dio lugar a una aventura amorosa, cf. Smith, *Voyage dans les États-Unis*, *op. cit.* (1791), vol. I, pp. 125-126, 131, 135-137. Sobre otro semi-*bundling* de jóvenes canadienses (hacia 1820), cf. G. Head, *Forest scenes and incidents in the wilds of North America*, 1829, ed. London, 1838, pp. 240-241; de otro ejemplo, en Ohio (1821), habla con escándalo Sarah Hawley (*apud* W. S. Tryon, *A mirror for Americans*, *op. cit.*, p. 504). Sobre una forma religiosa de *bundling*, adoptada por la secta de los Perfeccionistas (hacia

capacidades viriles: es curioso tanto porque precisamente Castiglioni rechaza con energía en sus conclusiones la tesis de la precoz senilidad de los habitantes de la Nueva Inglaterra y de su esterilidad intelectual,⁵¹⁷ como porque, después de todo, su interés fundamental no es por la especie humana, sino por las plantas, los árboles, arbustos, hierbas y otros "utili vegetabili".

Totalmente conforme con el del milanés es el juicio expresado sobre las costumbres sexuales de los americanos, y más aún de las americanas, por Moreau de Saint-Méry, quien vivió en los Estados Unidos unos diez años más tarde (1794-98) y organizó en Filadelfia un negocio de librería y de tipografía que llegó a ser lugar de reunión para muchos emigrados y refugiados, el mayor de los cuales sería Talleyrand.⁵¹⁸

Al resumir sus experiencias del otro lado del océano, Moreau nos dice que las jóvenes americanas, en particular las de la cuáquera Pensilvania, son todo menos morigeradas y castas; no por ardiente amor —"pues las americanas no conocen la ternura"—, sino por tener algún sombrerito o algún perifollo de más, se permiten no sólo libertades, sino verdaderos "écarts", sobre los cuales suelen cerrar los ojos los padres. Frías y sin pasiones, soportan durante horas enteras, con perfecta impasibilidad, como si estuvieran haciendo cálculos de aritmética, intemperancias que sólo podrían perdonarse en un momento de delirio irrefrenable. Peor aún, se masturban bastante precozmente, y no les son desconocidos los torpes placeres de Lesbos. Una vez casadas, se convierten de golpe en esposas ejemplares, —aunque es verdad que siempre siguen siendo muy sucias y descuidadas. Por lo demás, desde los dieciocho años pierden sus gracias y se marchitan: "su seno apenas naciente, ya ha desaparecido".⁵¹⁹

1832) —"permitting unmarried couples to do their courting in the wall-bed with the lower part of their bodies secured in sacks"—, véase Taylor, *Sex in history*, op. cit., p. 278. Cf. también F. Marryat, *A diary in America*, París, 1839, vol. II, p. 39. Si hemos recordado en la p. 252 el *Kinsey Report*, no ha sido a humo de pajas. En su más reciente investigación sobre el *Sexual behavior in the human female* (1953), el zoólogo Kinsey en persona nos hace saber que el *petting*, a que tan aficionada se muestra toda la juventud norteamericana de hoy, no es sino una variante de la antigua práctica del *bundling* (*Time*, Atlantic edition, August 24, 1953, p. 36).

517 *Viaggio*, vol. II, pp. 160-164, especialmente contra Raynal, con los argumentos de Jefferson; pero de los "Massachussetesi", varones y mujeres, había dicho (*ibid.*, vol. I, p. 92) que envejecen más pronto que los europeos.

518 Moreau de Saint-Méry, originario de la Martinica y emparentado con Joséphine Beauharnais, se distinguió en Francia como jurista y abogado (más tarde Napoleón le confió la administración del ducado de Parma, 1802-06). Tomó parte activa en las primeras fases de la Revolución francesa; pero, para huir de la hostilidad de Robespierre, se vio obligado a embarcarse, a finales de 1793, hacia los Estados Unidos, donde permaneció hasta agosto de 1798: véase su *Voyage aux États-Unis de l'Amérique, 1793-1798*, ed. St. L. Mims, New Haven, 1913; Fay, *L'esprit révolutionnaire*, op. cit., pp. 269-270, y Turner, op. cit., pp. 186-187. Sobre su permanencia en Parma hay copiosas noticias (y referencias bibliográficas) en A. Levi, "Spigolature romagnosiane: Moreau de Saint-Méry e Romagnosi", en *Aurea Parma*, vol. XIX, fase. IV-V, 1935.

519 *Voyage*, op. cit., pp. 304-310, 334: "leur gorge à peine naissante a déjà disparu". Moreau escribe también alguna frase relativa al *bundling* (op. cit., pp. 335, 339), y más aún a propósito de la prostitución (sobre la cual, véase también lo que dice su amigo Talleyrand, en *Talleyrand in America*, op. cit., p. 82) y de las desvirtuadas costumbres de cuáqueros y cuáqueras.

La situación de los machos no es ciertamente mejor. El clima americano enerva a los animales domésticos: "el caballo tiene menos vigor, el toro menos de esa impetuosidad que ostenta comúnmente en sus amores y en sus combates"; el perro está privado de generosidad y de hidalguía, muerde y golpea (*sic*) a la perra, y puede contraer la sífilis; el gato es de una mansedumbre extraordinaria. Y finalmente, "el hombre también recibe de este clima una impresión que lo priva de parte de su energía y lo predispone a la indolencia".⁵²⁰ Hombres sin nervio y muchas cosas viciosas: el cuadro es completo. El legista francés de la América de Botavento no rechaza las tesis climático-degenerativas corrientes, y carga así con más negras tintas que el docto botánico milanés la moral vigente *de facto* en la *de jure* pudibunda Filadelfia.

23. LA JUVENTUD DE LAS AMÉRICAS REIVINDICADA

El nacimiento de los Estados Unidos, o sea de una América indiscutiblemente nueva —nueva en el plano político, pero con una ideología que indicaba en la virgen inmensidad del continente, al cual transfería así un espíritu de titánica adolescencia—, iba acompañado en Europa de una revolución en los juicios sobre el valor de la civilización primitiva y de los pueblos jóvenes. El *Sturm und Drang* se desencadenaba contra las reglas, las tradiciones, las jerarquías, las leyes heredadas y las convencionales idolatrías. Su espíritu antihistórico y abstractamente revolucionario no le consentía absorber las teorías heliodrómicas, que sin embargo convergían con la augural exaltación de tierras y pueblos "jóvenes". América, el hemisferio occidental, no tiene en el *Sturm und Drang* (ni en Goethe joven) ningún particular relieve como heredero aparente de Europa. Sin embargo, el *Sturm* tomaba de Rousseau la exaltación de la naturaleza y del salvaje, el desprecio por las luces, la fe en el sentimiento inmediato. Las condenas pronunciadas por naturalistas e historiadores parecían así significado, o suministraban incluso elementos de panegírico a la nueva y pugnaz generación. ¿Infantil, inmaduro, confuso, mal deseado...? Los vituperios, repetidos a la letra, se convertían en himnos. Buffon y De Pauw se encontraban jinetes sobre la burra del profeta Malaam.

El continente americano, con todas sus bestias y sus gentes, no era sino un "caso particular" de la reivindicación de la naturaleza sobre la historia, de lo "virgen" y lo "puro" sobre lo formado y lo tradicional, que caracterizó al primer romanticismo y preparó la síntesis de historia y naturaleza, de hombre y mundo, propia del romanticismo maduro.

Resurgía, enriquecido por dos siglos de polémicas, el entusiasmo espontáneo y arrobado de Montaigne:

Nuestro mundo acaba de descubrir otro... tan nuevo y tan niño, que se le está enseñando todavía su cartilla: no hace cincuenta años que no sabía nada de letras, de pesos, de medidas, de vestidos, de trigo ni de viñas.

520 *Voyage*, pp. 352-353: "le cheval a moins de vigueur, le taureau moins de cette impétuosité qu'il montre communément dans ses amours, dans ses combats...; l'homme aussi reçoit de ce climat une impression qui le prive d'une partie de son énergie, et qui le dispose à l'indolence".

Estaba todavía completamente desnudo en el regazo, y no vivía sino de lo que le daba su ama de leche. Si sacamos buenas conclusiones de nuestro fin, y este poeta [Lucrecio] de la juventud de su siglo, ese otro mundo entrará apenas en la luz cuando el nuestro esté saliendo de ella. El universo caerá preso de la parálisis: un miembro estará tullido, el otro en vigor.⁵²¹

Resurgía, más amarga, la queja por la corrupción, peor aún, el contagio llevado a América por los cultos europeos. "Era un mundo niño..."⁵²² Y resurgía, más vivo, más cálidamente religioso, el anhelo hacia las tierras jóvenes e intactas, hacia "esas nuevas tierras —como había escrito Montaigne— descubiertas en nuestra época, puras y aún vírgenes en comparación de las nuestras".⁵²³

Rousseau había lamentado (1754) la triste suerte del género humano que, levantándose desde la vida absolutamente primitiva hasta la civilización de los salvajes, no se había detenido en esta última etapa, que era la juventud, "la véritable jeunesse du monde", mientras que todos los progresos ulteriores habían acercado al individuo a una aparente perfección, pero precipitando a la especie en una verdadera decrepitud. Tal era para Jean-Jacques la condición áurea de nuestra especie, y no (como a menudo se cree) el estado meramente natural, en el que los siglos transcurrían inútiles y "la especie era ya vieja, y el hombre seguía siendo niño".⁵²⁴ El buen salvaje se separa de la bestia primitiva, y domina sereno tanto a aquel toso antepasado como a sus corrompidos descendientes.

En este nuevo clima sentimental, un simple secuaz de Rousseau como Bernardin de Saint-Pierre, naturalista extático, imprimía un acento fresco y alegre a la tesis pesimista de Buffon. En las cuatro partes del mundo, Bernardin veía "harmoniosamente" representadas las cuatro edades del hombre: en Asia la vejez, en Europa la virilidad, en África la hirviente juventud, y en América, naturalmente, la infancia: "la naturaleza parece

⁵²¹ *Essais*, III, 6 (ed. Pléiade, pp. 874-875): "Notre monde vient d'en trouver un autre... si nouveau et si enfant qu'on luy apprend encore son a, b, c: il n'y a pas cinquante ans qu'il ne savait ny lettres, ny pois, ny mesure, ny vestemens, ny bleds, ny vignes. Il estoit encore tout nud au giron, et ne vivoit que des moyens de sa mere nourrice. Si nous concluons bien de notre fin, et ce poëte de la jeunesse de son siècle, cet autre monde ne fera qu'entrer en lumiere quand le nostre en sortira. L'univers tombera en paralisie; l'un membre sera perclus, l'autre en vigueur".

⁵²² *Essais*, loc. cit.: "C'estoit un monde enfant..." Montaigne habla de la infancia de las civilizaciones americanas, no de las tierras, ni de las estirpes étnicas. Más adelante habla de "ames si neuves, si affamées d'apprentissage", y de su "ignorance et inexperience" (*ibid.*, p. 876). Pero parece renunciar de plano aun a esta limitada infantilidad, cuando, tras referir la cuerda y valerosa respuesta de los indígenas, añade: "voilà un exemple de la balbuécie de cette enfance" (*ibid.*, p. 877).

⁵²³ *Ibid.*, I, 30 (ed. cit., p. 209): "ces nouvelles terres decouvertes en notre aage, pures encore et vierges au pris des notres". Pero sobre esas "nuevas tierras" se había ya discurrecido tanto, que un contemporáneo de Montaigne podía observar festivamente que "el Mundo Nuevo ya no es nuevo, sino viejo, según ay mucho dicho y escrito del" (José de Acosta, *Historia natural y moral de las Indias*, op. cit., Proemio, p. 11). Sobre algunos precursores de la actitud de Montaigne (André Thévet, Jean de Léry, Jodelle, Ronsard), véase P. Henríquez Ureña, *Literary currents*, op. cit., pp. 22-23 (= trad. cit., pp. 27-28). Véase igualmente J. C. Lapp, "The New World in French poetry of the 16th century", *Studies in Philology*, vol. XLV (1948), pp. 151-164, quien estudia a Jodelle, Ronsard, Pouppo, Scève, Du Bartas, etc.

⁵²⁴ *Discours sur l'inégalité*, ed. cit., pp. 61, 75: "l'espèce était déjà vieille, et l'homme restaît toujours enfant". Cf. Lovejoy, *Essays on the history of ideas*, op. cit., pp. 14-37.

haber asignado el carácter de la infancia a América. Ha hecho en general su temperatura suave y húmeda, tal como la de los niños".⁵²⁵

El grandioso "monde enfant" de Montaigne se convierte aquí en un "monde des enfants" o en un "monde enfantin". La naturaleza ha suministrado a los habitantes de las Américas un alimento fácil de recoger, y bien protegido de las intemperies y de los pájaros: los tubérculos de mandioca y las papas; les ha dado vestidos, con el arbusto del algodón; y muebles y cacharros, con los frutos secos del *calebassier*, "de que se puede hacer toda clase de vajilla"; y habitaciones, "bajo los pórticos de la higuera de Indias". Rarísimas son las bestias peligrosas, y en cambio abundan los monos, "que se entregan a mil juegos inocentes", y los pintados pajarillos de dulcísimo canto...

En el extremado antropocentrismo de Bernardin de Saint-Pierre, la "imperfección" de que había escrito Buffon se deslía en una ternura maternal de la Naturaleza por su criatura. La "debilidad" del Continente, de objetiva, por así decir, se hace subjetiva, y se convierte en la "debilidad" de una madre por sus hijos: "esas vastas y apacibles comarcas parecen reservadas a la infancia del mundo".⁵²⁶ América es caracterizada todavía por su situación de desarrollo fisiológico aún no terminado; pero esta situación, alegorizada, pierde todo significado despectivo. De Pauw había creído ridiculizar la pretendida felicidad del salvaje diciendo que era semejante a la felicidad "de que disfrutaban entre nosotros los niños, que son unos salvajes en el seno de la sociedad, hasta el momento en que su razón se desarrolla, y la instrucción la ilumina".⁵²⁷ Ahora se idealiza justamente esa ignorante alegría del niño como muy preferible a la madurez de la razón instruida e ilustrada.

La inversión del juicio sobre el continente fue facilitada por una paralela revolución en el juicio sobre el salvaje. La cuestión de si participaba o no del pecado original —cuestión que reafioraba en varias transformaciones, por ejemplo, ¿era puro como la virgen Naturaleza o, como la Naturaleza carente de Gracia, decaído y degenerado? ¿era "inferior" por no haber sido redimido, o "superior" por no ser culpable? ¿era pagano como los infieles, o inocente como los recién nacidos?— quedaba eliminada con la progresiva disolución del dogma del Pecado.

Los primeros románticos habían opuesto el mito vulgar del pecado de Adán y Eva al dogma mismo del pecado original,⁵²⁸ y en la bíblica "caída" habían entrevisto el principio de la historia y del progreso. El

⁵²⁵ Bernardin de Saint-Pierre, *Harmonies de la Nature* (1796), livre VI, *Science des enfants*, en sus *Oeuvres posthumes*, pp. 294-295: "la nature paraît avoir assigné le caractère de l'enfance à l'Amérique. Elle a rendu sa température en général douce et humide, telle que celle des enfants".

⁵²⁶ *Ibid.*, loc. cit.: "ces vastes et paisibles contrées semblent réservées à l'enfance du monde". Sobre las variadísimas utilidades de las plantas americanas, cf. *ibid.*, pp. 69-70, y los *Fragments de l'Amazone*, *ibid.*, p. 517.

⁵²⁷ *Recherches philosophiques*, op. cit., vol. I, p. 128: "[Le bonheur] que goûtent parmi nous les enfants, qui sont sauvages au milieu de la société, jusqu'au terme où leur raison se développe, et que l'instruction l'éclaire". Para el cambio radical del juicio sobre la infancia, véase primero mi *Politica del Settecento*, Bari, 1928, p. 46, y E. Mâle, *L'art religieux après le Concile de Trente*, Paris, 1932, p. 327; y luego mi *Politica del Romanticismo*, Bari, 1932, pp. 160-161.

⁵²⁸ Véase A. Gerbi, *La politica del Romanticismo*, op. cit.; *Il peccato d'Adamo ed Eva*, Milano, 1933.

salvaje, en consecuencia, podía ser también un "caído",⁵²⁹ sin ser por ello un decaído, ni un degenerado, ni un corrompido. Alejado de nuestro nivel de civilización, podía estar representado de manera igualmente perfecta por Adán, cándido muchachote antes del Pecado, como por Adán, inmediatamente después del Pecado, desnudo y perdido en la tierra que se abre inmensa a su mirada, fuera del recinto del Edén. El Pecado ya no contaba. Antes o después del "pecado", seguía siendo igual la condición humana, e igual el valor espiritual del salvaje-Adán. El Pecado, en realidad, no existía ya, no pesaba sobre las conciencias europeas. Y la debilidad —o puerilidad— del americano, sin referencia a un estado precedente de gracia divina, y sin más comparaciones, injuriosas o lisonjeras, con la culta y sabia sociedad de los europeos, acababa por ser idealizada en sí misma, con un ímpetu de simpatía afectuosa.

24. HERDER Y EL PROBLEMA DE AMÉRICA

Las tesis prerrománticas tenían en Herder su más elocuente reivindicador. Herder es, desde muchos puntos de vista, la antítesis de De Pauw. Cree en la unidad del género humano; en el curso providencial de la historia; en la misión de los pueblos jóvenes; en el genio intacto de los primitivos. Aborrece la fatua complacencia de la época de las luces, su petulante frivolidad y su optimismo a toda prueba. En un pasaje en que parece casi advertirse un eco de las nefandas *Recherches*, Herder le niega a la Ilustración hasta la gloria de promover la libertad, observando que en realidad el comercio europeo —aquel comercio mundial que suscitaba los entusiasmos de Voltaire y de Raynal— vuelve esclavos a los otros tres continentes y los "civiliza" corrompiendo y envenenando a sus habitantes, para obtener en cambio "plata y piedras preciosas, especias, azúcar —y enfermedades secretas". En nuestros días, remacha el joven Herder, los "pastores de pueblos" se llaman "monopolistas",⁵³⁰

Variaciones sobre temas de Rousseau, ciertamente. E incluso el tono de Herder, siempre tan fogoso, tan abundante en fermentos, tan sermoneador, nos traslada al clima espiritual de Jean-Jacques. Sí, pero Herder, al contrario de Jean-Jacques, tiene fe en la Sociedad y particularmente en el Progreso: en el progreso de toda la Humanidad, sin exclusiones ni privilegios, y con pocos episodios accidentales y locales de decadencia. Lo que cuenta para él no es, como contaba todavía para el apasionado pinebrino, la felicidad terrena del individuo, sino la educación secular del género humano.⁵³¹ El individuo puede sufrir y perecer; pero la línea ascendente de la especie es inflexible, recta, infinita.

Si con estos principios Herder no atacó de frente a De Pauw, es tal vez porque no lo consideraba un adversario digno de sí; o, más probable-

⁵²⁹ Esta disolución del dogma del pecado quitaba anticipadamente sus puntales a la tesis del salvaje como degenerado, como naturaleza abandonada a sí misma después del pecado, que será desarrollada por Joseph de Maistre (véase *infra*, pp. 359-360).

⁵³⁰ *Auch eine Philosophie der Geschichte* (1774), en A. Gerbi, *La política del Romanticismo*, op. cit., p. 123.

⁵³¹ Sobre el nuevo sentido de "Glückseligkeit" en Herder, como "realización de los ideales y anhelos del hombre", véanse las agudas observaciones de F. Meinecke, *Die Entstehung des Historismus*, op. cit., pp. 438-439.

mente, porque a su vez Herder, fascinado por su visión unitaria de la historia universal, la diseña como una sola corriente, desde los patriarcas de Israel hasta los filósofos de París, dejando fuera de ella, por no decir otra cosa, las civilizaciones del Extremo Oriente y las islámicas, como también las de América. Para justificar la exclusión de China, Herder hace de ella un simple reflejo de Egipto, el cual, en cambio, es incluido por él en un plan providencial; y en cuanto a América, se sirve de ella como de un paradigma de primitivismo, curioso en sí mismo, pero que nada ha aportado a la incomparable civilización europea. El salvaje de la Patagonia y los canibales neozelandeses son ramas secas y estériles del árbol de la vida.⁵³² América es pura naturaleza, no sociedad organizada.

En su obra más importante, Herder constriñe en un sistema y templo con un baño de moralismo sus geniales esbozos juveniles. En las famosas *Ideas de una filosofía de la historia de la humanidad* (1784-91) hay ciertamente todo un capítulo, el sexto del libro VI, consagrado a los americanos.⁵³³ Pero en él se limita Herder a describir la condición presente de los indígenas. Se lee ahí que, según muchas relaciones, las gentes americanas más avanzadas son las de la porción septentrional del Continente. El antiguo imperio mexicano es mencionado sólo para hacernos saber que tenía diez veces más habitantes que el correspondiente virreinato español, y que bajo esta "inicua tiranía" hierve el odio del oprimido. Los peruanos, "esos dulces párvulos de la Naturaleza, tan felices un tiempo bajo sus Incas", se encuentran igualmente afligidos y saturados de rencor. Y el elogio cordial de Herder va a aquellos americanos y otros indígenas del interior que han sabido mantenerse bárbaros y libres.⁵³⁴

No obstante estas diferencias entre las varias naciones de América, y aunque sabe que el continente comprende zonas climáticas diversísimas, pueblos de gigantes y pueblos de pigmeos, tribus belicosas y tribus pacíficas, y así en lo demás, Herder insiste en la sustancial afinidad de

⁵³² *Ideen*, IV, 4; trad. cit., vol. I, p. 186.

⁵³³ Trad. cit., vol. I, pp. 291-301. Poco más adelante (VII, 5), Herder discurre acerca de la influencia del clima y acepta las observaciones de Kalm (Pehr Kalm, *En resa til Norra Amerika*, Stockholm, 1753-61, vol. II, pp. 233-235; vol. III, pp. 240-241) sobre la precoz madurez y la precoz senilidad de los europeos en América y de los criollos en comparación con los robustos y longevos indígenas: "c'est à tort qu'on attribue cela au climat malsain de l'Amérique, ce n'est que pour les étrangers qu'elle s'est montrée marâtre" (vol. I, p. 342). Surge de aquí una sugestiva interrogación: la debilidad de los actuales habitantes de México, del Perú, etc., ¿no vendrá en parte "de ce qu'on a changé leur pays et leur manière de vivre, sans pouvoir ou vouloir leur donner celle des Européens?" (vol. I, p. 343). Sobre la amplitud del concepto de clima en Herder, véase H. A. Korff, *Voltaire im literarischen Deutschland des 18. Jahrhunderts*, Heidelberg, 1917, pp. 368-369; Rouché, op. cit., pp. 23-24, 268.

⁵³⁴ Los españoles se vieron obligados a "honrarlos" con el título de *bravos*... (*Ideen*, I, 6; trad. cit., vol. I, p. 53). Otra calurosa apología del derecho de autodefensa de los pueblos "bárbaros" (con invocación a Las Casas y otras numerosas referencias a América) en *Briefe zur Beförderung der Humanität*, Zehnte Sammlung, n. 115, ed. Frankfurt-Leipzig, 1798, pp. 29-34 (sobre las cuales véase Rob. T. Clark, Jr., "The Noble Savage and the idea of tolerance in Herder's *Briefe zur Beförderung der Humanität*", *The Journal of English and German Philology*, XXXIII, No 1 [January, 1934], pp. 46-56). "Einem jugendlichen, um Freiheit kämpfenden Volke verzieh er [Herder]... auch die Mittel der Machtpolitik" (Meinecke, *Die Entstehung des Historismus*, op. cit., p. 456).

todos los americanos, afinidad mayor aún que la que se observa entre los negros; una afinidad que él demuestra con citas de Ulloa y de otros viajeros, y de la cual llega a deducir la pureza sin mezclas, el origen único —remotamente asiático— de los pueblos del hemisferio.

Bien, pero ¿cuál es, en definitiva, este "carácter general" del americano? Es una "bondad, una inocencia casi infantil". *Infantil*, el adjetivo mismo que había empleado Montaigne, y que volverá a utilizar Bernardin de Saint-Pierre, pero que en Herder contiene una promesa de desarrollo y de edad adulta y madura, mientras que Montaigne ponderaba la inocencia *qua talis*, en cuanto opuesta a la civilización decadente, y Bernardin pintará tiernamente a América como una alegre turba de rollizos bebés en el País de Jauja. Herder, en cambio, observa con agudeza unilateral que el mayor título de aquellos pueblos a la atención del europeo consiste en el espectáculo que le ofrecen de una civilización que ha dado sus primeros pasos por sí sola, sin ayuda alguna por parte del resto del mundo, y que presenta así, en sus débiles inicios, un aspecto rico e instructivo de la humanidad.

Por ingenua y mal informada que sea, esta simpatía es ciertamente superior al frío análisis de Robertson y al erudito desprecio de De Pauw. Herder, que en el ensayo de 1774 había menospreciado a Robertson al mismo tiempo que a otros historiadores del siglo de las luces, en sus obras más tardías reconoció en el escocés, como en Voltaire y hasta en Gibbon, sus compañeros de lucha en la defensa y reivindicación de la Humanidad, y fue pródigo en cálidos elogios a ellos.⁵³⁵ El acre y mediocre De Pauw, en cambio, no es mencionado nunca explícitamente por Herder. Pero a nuestro oído, no es experto, no puede escapar cuál sea el blanco de tantas pullas incidentales y sin dirección precisa:

¿...y éstos son los hombres a quienes se ha pretendido pintar como un pueblo enervado, como verdaderos abortos...? Creo que el lector decidirá rechazar de sí aquel prejuicio según el cual los indios son flacos y buenos para nada...; ni ellos [los tupinambas] ni sus valerosos vecinos pueden considerarse seres degenerados..., etc.⁵³⁶

Por otra parte, cuando Herder debe decidir a qué zona de la Tierra le corresponde el honor supremo de ser la cuna del Hombre, América queda descartada muy pronto, y justamente por una serie de deficien-

⁵³⁵ Meinecke, *op. cit.*, pp. 448, 476-477.

⁵³⁶ De Pauw es citado por nombre sólo a propósito de sus teorías y "audaces hipótesis" chino-egipcias (*Ideen*, XI, 5; ed. Suphan, vol. XIV, p. 33; trad. francesa citada, vol. II, p. 225), acerca de las cuales ya en 1774 Hamann le escribía que estaba fraternalmente de acuerdo con él [Herder] (carta del 2 de abril de 1774, en *Briefwechsel*, ed. cit., vol. III, p. 79). Sin embargo, no escasean las probables reminiscencias de las *Recherches sur les Américains*. Además del conceptillo corriente de la utilidad como compensación de la conquista (cf. el "Discours préliminaire" de De Pauw), véase la discusión herderiana de la *insensibilidad* de los americanos (*Ideen*, VIII, 1; trad. cit., vol. II, pp. 9-10), en polémica implícita con *Recherches*, vol. I, pp. 77-74 (citando, es verdad, sólo a Robertson y a Ulloa; pero también De Pauw cita a Ulloa en el pasaje mencionado). Y cf. De Pauw: "on n'a eu jusqu'à présent que des notions fausses sur les peuples les plus septentrionaux de l'Amérique" ("Discours préliminaire") con Herder: "nous ne connaissons ces peuples [du Nord]... que par des récits imaginaires". Véase también la condena de los autores que alimentan el orgullo europeo calumniando a los salvajes: *Briefe*, loc. cit., p. 34. Creo que una búsqueda metódica descubriría otras huellas textuales.

cias "buffon-depauwianas": porque sus montañas son escarpadas e inhóspitas, sus volcanes activos, sus llanuras húmedas, su fauna inferior a la del Viejo Mundo, y sus sociedades indígenas "informes esbozos" de gobiernos. La confrontación de un hemisferio con el otro "le plantea al filósofo un serio problema". Pero el filósofo Herder lo elude repitiendo ambiguamente que el género humano no puede haber nacido "en el pingüe valle de Quito" (hemisferio occidental), pero tampoco "en las montañas de la Luna, en África" (hemisferio oriental).⁵³⁷ Y, con tal de salvar la tesis bíblica de la única progenie de Adán, se las arregla para considerar todas las demás razas como variedades degeneradas de la blanca.

En definitiva, el interés que presentan estos "esfuerzos críticos" es sobre todo sintomático. Son el indicio de la rápida maduración de un problema que estaba implícito en la polémica del naciente historicismo contra el racionalismo del siglo, pero que se hacía siempre más vivo y actual en el espectáculo de las Américas: el problema de la relación entre historia y naturaleza, entre lo civilizado y lo innato, entre tradición y espontaneidad. Para superar decididamente la filosofía de la Ilustración hacía falta reavivar la simpatía por todo el pasado, aun el más remoto, hasta la edad primitiva, y eliminar al mismo tiempo la idea de la humanidad como invariable e idéntica en todo tiempo y en todo lugar. Herder impulsó con energía una y otra tendencia, sin preocuparse de conciliarlas, más aún, sin advertir casi una antítesis entre la exaltación de lo primitivo y el entusiasmo por el progreso.⁵³⁸

Por sus descubrimientos, y más aún por sus debilidades, Herder es el exponente más típico de esta ruptura radical. Por un lado es el defensor más cálido del primitivismo; por otro, el afirmador más eficaz de la idea de desarrollo en la historia. Subraya aún más que Montesquieu la importancia de los factores físicos y climáticos, la vinculación del hombre con la naturaleza, pero asigna a la evolución del género humano un valor religioso y una finalidad trascendente. América era el reactivo que revelaba estas estridentes aporías.

Aunque la mirada de Herder está siempre tendida hacia el Oriente, hacia la antigüedad bíblica y los pueblos asiáticos, desde el extremo Occidente lo solicitan dudas obstinadas y cuestiones insolubles. Aquel atributo de "infantil" que asignaba a los americanos, ya lo había utilizado, y

⁵³⁷ *Ideen*, X, 2; trad. cit., vol. II, p. 141. Cf. el elogio de sabor buffoniano del majestuoso elefante y del noble león, en contraste con el inerte y deforme *unau* (bradipo o perezoso americano) (III, 3; *ibid.*, vol. I, pp. 119-124); la deploración de la fauna americana, pobre en grandes animales y rica en murciélagos, ratones, insectos, sapos y demás sabandijas, con funestas consecuencias para la historia del hombre (II, 3; *ibid.*, vol. I, pp. 87-88); la ingeniosa explicación de la debilidad e inferioridad de América, en el momento del descubrimiento, por el hecho de que no poseía casi ningún animal doméstico (VIII, 3; *ibid.*, vol. II, pp. 37-39 y X, 3; *ibid.*, vol. II, p. 147, idea que parece provenir asimismo de Buffon y de Reimarus: Rouché, *op. cit.*, p. 209). Una serie de hasta dieciocho tesis buffonianas presentes en Herder (incluyendo las relativas a la fauna americana) se enumera en E. Sauter, *Herder und Buffon*, Rixheim, 1910, resumido por Rouché, *op. cit.*, pp. 207-208 nota, 219, nota 2, 669. Sobre la relación de Herder con las teorías geográficas y naturalistas del siglo, en general, véase Meinecke, *op. cit.*, p. 462, y Rouché, *op. cit.*, pp. 276-277, quienes citan a Grundmann, *Die geographische und völkerkundliche Quellen und Anschauungen in Herders Ideen*, Berlin, 1900.

⁵³⁸ R. G. Collingwood, *The idea of History*, *op. cit.*, pp. 86-87; A. O. Lovejoy, "Herder and the philosophy of history", en *Essays in the history of ideas*, *op. cit.*, pp. 167, 181.

volverá a emplearlo, para designar al antiquísimo Oriente, "puericia del género humano". Del Nuevo Mundo llueven pretensiones e interrogaciones que dejan a Herder incómodo y descontento. Así, por un lado repite la famosa profecía de Berkeley y ve reflorar en las colonias angloamericanas las ciencias moribundas en Europa, pero por otro la rechaza y le replica al "buen obispo" que Europa no está en el cuarto acto, sino apenas en el tercero, y puede aún rejuvenecerse, puede rehacerse y no abdicar.⁵³⁹ ¡Pobre Herder! Si impone silencio a los "bárbaros" americanos, reniega de su fecunda exaltación de los pueblos jóvenes e ingenuos. Si los admite *plenis titulis* en el curso histórico de la humanidad, ve caer su esperanza de haber dado un sentido unitario, un valor unívoco a la serie de los siglos.

Las condenas de De Pauw exasperan el problema dándole una solución paradójica y doblemente inaceptable para Herder. Un americano "degenerado" no encuentra sitio ni entre los pueblos-niños ni entre las naciones educadas. Su reacción instintiva es, pues, rehabilitar al indígena, poner bajo una luz mejor aquellas dotes hacia las cuales lo inclinaba ya su rousseauiana admiración del buen salvaje, su sensibilidad por las cualidades puras y simples y naturales —sensibilidad reforzada, en el caso de los americanos (y aquí de acuerdo con De Pauw) por el contraste con la hipócrita violencia ejercida sobre ellos por los europeos—, pero que se exponía a ser atraída y sumergida en el *maelstrom* europeocéntrico de su sistema, o arrebatada e igualmente ahogada en la corriente impetuosa y uniforme de su místico Progreso. Para no dejar con la última palabra al cínico De Pauw, Herder se detiene un momento a decir una frasecita en favor de los americanos. Acepta, aunque de mala gana y sin resultados, discutir su caso teórico. Y así, de pasada, con distraída benevolencia, les imparte también a ellos su bendición de nebuloso teólogo de la humanidad.

VI. LA REACCIÓN CONTRA DE PAUW EN LA AMÉRICA ESPAÑOLA

I. CARACTERES DE LA REACCIÓN HISPANOAMERICANA CONTRA LAS CALUMNIAS EUROPEAS

HABLAMOS de reacción contra De Pauw en la América hispánica, y no de "polemicas" sobre las tesis de De Pauw, por más de una buena razón. Polemica implica un diálogo: aunque sea con un muerto, pero siempre un diálogo, un contraste de dos tesis, un debate —que puede significar respectiva, pero que también quiere decir coloquio. Los jesuitas desterrados y los padres de la patria norteamericanos sostienen un debate. Los autores hispanoamericanos que escriben en vísperas de la independencia de sus naciones e inmediatamente después de ella reaccionan de ordinario hostil, despectiva, airadamente contra las tesis de Buffon y de De Pauw, pero no les oponen ningún *corpus* orgánico de doctrina o de informaciones. A las genéricas "calumnias" contestan con fragmentarios ditirambos. A los graves problemas suscitados por Buffon no hacen alusión alguna; y de De Pauw recuerdan sólo los aspectos más provocadores de escándalo, las puntas más hiperbólicas. El "prusiano" resultaba simplemente un enemigo de América y de los americanos, un enemigo a quien no se ahorra un flechazo ocasional. Si Voltaire acusa a los americanos de escasa laboriosidad, protesta el famoso Vidaurre que "éste es un insulto mayor que cuantos imaginó el imbécil Pauw".¹

Después de haber estado en el centro de tantas disputas, De Pauw era relegado al rango de blanco eventual y cómodo por sus mismas conspiradas exageraciones. El núcleo de sus teorías no era siquiera examinado, pero los méritos de América resplandecían más luminosos en contraste con sus negras insinuaciones. La cuestión fundamental, tan rica de suposiciones en su formulación original, al llegar al ambiente cultural de las colonias ultramarinas, tan pobre de ecos y de intereses científicos, se abateña, se empequeñecía y al mismo tiempo se exasperaba en diatriba política.

A veces sus confutadores se contentan con remitirse a las defensas de América ya publicadas en Europa, como más autorizadas e "imparciales". Y, de ordinario, se encabritan con mayor susceptibilidad ante las degradaciones de las capacidades intelectuales que ante las de las dotes físicas de los americanos. Sin embargo, su forma lógica es todavía la del más anquilosado racionalismo, y casi no aparecen huellas de los nuevos conceptos elaborados por el pensamiento histórico y por el romanticismo. Todo se advierte en ellos —y esto, lejos de ser una prueba en contra de su inmadurez crítica, la confirma más aún— un uso pródigo y desordenado de los alardes de juventud, novedad y gallardía de sus regiones y naciones. En otras palabras, se trata de réplicas tardías, muchas veces incidentales, y por lo común inactuales, incapaces de fecundos desarrollos, viciadas, entre otras cosas, por una característica estrechez de horizontes.

¹ Manuel de Vidaurre, *Suplemento a las Cartas americanas*, Lima, 1827, p. 13 (cf. *ibid.*, p. 117, una dudosa alusión a las segundas *Recherches*).

⁵³⁹ Textos (1780, 1792) en King, *op. cit.*, pp. 68-70.

A pesar de esto, no están totalmente desnudas de interés, ni en sí mismas, ni en la historia de la polémica. No en sí mismas, porque casi siempre las formularon escritores ingeniosos, doctos, elocuentes, hombres que se contaban entre los mejores de sus respectivos países; y tampoco en la historia de la disputa porque, a través de esas réplicas, se iba afirmando en toda la América hispánica la tesis anti-buffoniana y anti-depauwiana vigente y triunfante hasta hoy, la tesis —más aún, el artículo de fe— de la excelencia del continente americano y de su misión a la vanguardia de la humanidad. Desde cada virreinato y capitania general del imperio español, desde cada una de las futuras repúblicas se levanta por lo menos una voz para rebatir los vituperios del "prusiano" y para anunciar glorias presentes y futuras, y virtudes de ignoto fulgor, y destinos de inconmensurable grandeza. Mientras en el Viejo Mundo el estruendo y el aullido de la Revolución henchían el aire y sofocaban las querellas eruditas de abates y aventureros, y dos decenios de guerras hacían recaer de nuevo la atención universal sobre las luchas y los anhelos de la fabricante Europa —y Napoleón vendía la Luisiana, y a España se le escapaba de la mano todo el continente, desde California y la Florida hasta el estrecho de Magallanes—, en América se difunde, con el conocimiento de las acusaciones de inferioridad, una irritación patriótica que ampara la revuelta política y se funde con el resentimiento de los criollos contra los gachupines.

Hasta los últimos años del siglo, las protestas provienen de americanos que han estado o siguen estando en Europa, y continúan así la polémica de los jesuitas. Pero desde 1800 en adelante se levantan con mayor frecuencia las voces de los americanos de América.

2. DÁVALOS Y EL CLIMA DEL PERÚ

El médico limeño José Manuel Dávalos, mulato rico y de inquieto ingenio que, mal satisfecho con la doctrina aprendida en su patria, se dirigió a Francia, y en París y en la ilustre universidad de Montpellier estudió durante varios años (1784-88), sin cansarse, la botánica, la química y la anatomía, se doctoraba "in Augustissimo Ludoviceo Monspelienensi" el 5 de marzo de 1787 con una disertación (o "specimen academicum") *De morbis nonnullis Limae grassantibus ipsorumque therapeia* (Monspelii, 1787).²

² Sobre Dávalos, véase Mendiburu, *op. cit.*, vol. VIII, p. 357 (y cf. *ibid.*, vol. IV, p. 351); J. T. Medina, *Biblioteca hispano-americana*, Santiago de Chile, 1898-1907, vol. V, pp. 239-240 (véase también *La imprenta en Lima*, Santiago de Chile, 1904-07, vol. III, p. 184; vol. IV, p. 177); H. Valdizán, *Apuntes para la bibliografía médica peruana*, Lima, 1928, pp. vi-vii, 213-221, 223, 235-236; Juan B. Lastres, "El doctor José Manuel Dávalos (1758-1821)", *Documenta*, Lima, vol. III (1951-55), núm. 1, pp. 155-182; *La cultura peruana y la obra de los médicos en la emancipación*, Lima, 1954 (trata también de Unánue y de J. M. Valdés). Interesante es el catálogo de su bien abastecida biblioteca (no figura en ella De Pauw, ni ninguno de sus contradictores), publicada por el padre R. Vargas Ugarte en los *Cuadernos de Estudios* del Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Católica del Perú, vol. II, núm. 5 (Lima, 1943), pp. 325-342. Las dificultades creadas a los mulatos que querían estudiar medicina en Lima (sobre lo cual véase A. Rosenblat, *op. cit.*, pp. 274-276) "had the curious effect of driving some of the more independent mulattoes abroad, especially to Montpellier, to study medicine", y de hacer que, una vez de regreso en su patria, contribuyesen al progreso de la medicina peruana ("The case of José Ponceano de Ayarza,

El escrito está dedicado a la ciudad de Lima, in *Peruvia*, y desde las primeras líneas Dávalos clama contra los escritores a quienes se les ha motejado "manchar a Lima con negras infamias" ("atris... te dedecoribus maculari"). Una nota aclara inmediatamente que estos escritores malintencionados se reducen a De Pauw, el cual calumnió a la Universidad de San Marcos, y osó escribir que el matemático Godin no encontró en ella a un solo estudiante que acertase a comprenderlo.³ El primer motivo polémico de Dávalos es, pues, la reivindicación de las glorias científicas de Lima: Herrera, Peralta, Olavide, Bravo del Castillo, José Baquíjano y otros pocos más.

Pero una crítica de más vasto alcance anti-depauwiano va implícita en la tesis principal de su obrita ("apreciable obrita" la llamó Unánue con cierta condescendencia).⁴ Sostiene Dávalos, en efecto, que el clima de Lima, y en general del Perú, es salubérrimo, y que no se pueden imputar a él las enfermedades de los limeños. Estas, según dice, se deben a los alimentos grasos, viscosos y pesados, al comer mucho y mal, a la costumbre de llenarse de carne de puerco, de papas (que, a lo que sospecha Dávalos, contienen cierto elemento nocivo), de yuca (que, cruda, es un veneno) y de aromas y especias picantes.⁵ En cambio, Dávalos se muestra

A document on the Negro in higher education", *The Hispanic American Historical Review*, vol. XXIV, 1944, p. 433; cf. *ibid.*, p. 557). Ya lo recordaba un discurso impreso en Lima en 1812, y citado el año siguiente por fray Servando Teresa de Mier (falso nombre, José Guerra) en su *Historia de la revolución de Nueva España*, *op. cit.*, vol. II, pp. 599, 665, mencionando precisamente a un mulato de Lima que se doctoró en Montpellier, casi con seguridad nuestro Dávalos.

³ *De morbis*, *op. cit.*, pp. iv-v. Esta brutal insinuación de De Pauw —que, como veremos, herirá también a Unánue (*infra*, p. 277) y a José María de Salazar (*infra*, p. 281, nota 89)— irritaba a otro médico limeño, José Pastor Larriñaga, quien, en el Prólogo de su *Apología de los cirujanos del Perú* (Granada, 1793), replicaba a la afirmación de "Mr. Pauw en sus *Averiguaciones filosóficas sobre los americanos del Perú*" (sic, citado en Valdizán, *Apuntes*, *op. cit.*, p. 301).

⁴ No parece que las relaciones entre Unánue y Dávalos hayan sido siempre muy cordiales. Medina, *Biblioteca hispano-americana*, *op. cit.*, vol. V, pp. 239-240, reproduce una curiosa carta-súplica de Dávalos en la que modestamente escribe que en Lima, "aunque soy el primer médico, soy uno de los primeros", y se lamenta de que, habiéndose presentado a oposiciones para una cátedra de medicina, "el Virrey, por un golpe de autoridad contra las leyes y constituciones, se la dio al D. D. Hipólito Unánue". Unánue fue también "médico honorario" de la Real Cámara, que es precisamente el cargo que solicita Dávalos en su carta. Y, lo que parece más grave indicio de rivalidad académica o profesional, Unánue ni siquiera nombra en su obra más importante la disertación de su colega, no obstante la afinidad del tema. Más tarde, sin embargo, Unánue hizo nombrar a Dávalos profesor de materia médica, lo cual debería valer para limpiarlo de la acusación que se le ha hecho "de haber sido enemigo acérrimo del D. J. M. Dávalos" (L. Avendaño, *Discurso por el centenario de la Escuela de Medicina*; H. Valdizán, *La Escuela de Medicina*, en *Obras científicas y literarias de Unánue*, Barcelona, 1914, vol. II, p. 450, 482; y cf. Lastres, art. cit., pp. 160-161). Un indicio más del difícil carácter de Dávalos: cuando otro mulato limeño, José Manuel Valdés, optó por el grado de bachiller (1807), José Manuel Dávalos, que formaba parte del tribunal, le dijo que, sin la gracia del Soberano, "para el zambo José Manuel Valdés... siempre hubieran sido de bronce las puertas de este liceo", a lo que Valdés replicó con una alusión a la idéntica condición racial de Dávalos: J. A. de Lavalle, "El doctor don José Manuel Valdés", 1858-86, en *Estudios Históricos*, Lima, 1935, pp. 443-481 (el incidente, pp. 450-451).

⁵ *De morbis*, *op. cit.*, pp. 11-12. Otros factores de morbilidad, el guarapo y el aguardiente; y los cementerios y hospitales en medio de la ciudad. La calidad tóxica de la yuca es mencionada ya por los primeros cronistas de América, entre otros por Pedro Mártir; la de las papas, a cuyo género de las solanáceas pertenecen varias plantas venenosísimas, se sospechaba todavía en la segunda mitad del siglo xvii.

entusiasta del aire y del clima en general. Las auras balsámicas de Miraflores curan *ipso facto* las fiebres tercianas así como las enfermedades pulmonares. Y el tétano es allí totalmente desconocido.⁶ Una simple nota nos proporciona luego la extraordinaria información de que "hay en el Perú un lugar, llamado Piura, donde se cura la sífilis con el solo influjo saludable del clima".⁷

Pocos años después, el satírico Esteban de Terralla y Landa publicaba, bajo el seudónimo de Simón Ayanque, su feroz poema *Lima por dentro y por fuera* (1792), y también él escribía a propósito de Piura:

ciudad con visos de pueblo,
benéfica solamente
para el contagio venéreo.⁸

Pero sorprende que casi hasta nuestros días dure la fama antiluética de Piura: ¿no se tratará de una represalia ideológica contra la antigua acusación lanzada a América, de haber transmitido a Europa el contagio venéreo?

3. SALAS Y LA FELIZ TIERRA CHILENA

Siempre en el plano climático, defendió a su tierra el economista y patriota chileno Manuel de Salas.

Desde 1796, Salas había polemizado implícitamente, si no contra Buffon, a quien recuerda con grande e invariable respeto,¹⁰ sí contra la versión buffoniana de la naturaleza de América. Chile es una tierra privilegiada, el país americano "más adecuado para la humana felicidad... capaz de todas las producciones i animales de Europa, de que ninguno ha degenerado i algunos mejorado, donde no se conocen fieras, ni insectos ni reptiles venenosos". Y, pasando a los hombres, resuena en el chileno la defensa del padre Feijóo: "...la flojedad i molicie que se atribuyen a estos pueblos, es un error".¹¹

Pocos años después (1801), volvía a rechazar con vehemencia la tesis de que los americanos son inferiores o incapaces de elevarse hasta las

⁶ *De morbis*, p. 118; cf. p. 9.

⁷ *Ibid.*, p. 105, nota 1: "est in Peruvius locus cui nomen Piura, ubi syphilis solo climatis influxu salubre proffligatur".

⁸ Reedición de París, 1924, p. 12; y en una nota (p. 196) que parece añadida en la edición de 1834: "[Piura] es país tan excelente para los que adolecen de este mal, que son rarísimos los que fallecen de él, sin embargo de la multitud de gente que va a curarse de muchas partes de la república."

⁹ En el clima de Piura encuentran "curación radical" los reumáticos y los sifilíticos, aseguran C. B. Cisneros y R. E. García, *El Perú en Europa*, Lima, 1900, p. 19. El brito en que se nos dice, por otra parte, que el "avestruz" (p. 14) vive en la puna al lado de la llama y la vicuña (1).

¹⁰ Manuel de Salas, *Escritos... y documentos relativos a él y a su familia*, Santiago de Chile, 3 vols., 1910-14, vol. I, p. 249; vol. II, p. 162; vol. III, p. 41; y en M. L. Amunátegui, *Don Manuel de Salas*, Santiago de Chile, 1895, vol. I, p. 258; vol. II, p. 213; vol. III, p. 194. Esta última obra amplía las páginas dedicadas a Salas en *Los precursores de la independencia de Chile*, op. cit., vol. III, pp. 343-457.

¹¹ *Representación sobre el estado de la agricultura, industria y comercio del reino de Chile*, 1796, apud Salas, *Escritos*, op. cit., vol. I, pp. 152-153, y Amunátegui, op. cit., vol. I, pp. 118-121. Expresiones análogas: Salas, op. cit., vol. I, pp. 190-191; vol. II, pp. 320, 366-367; Amunátegui, op. cit., vol. I, pp. 126, 240; vol. II, p. 107 (1796) et passim.

ciencias exactas. Contra las calumnias de Sepúlveda y de De Pauw, reivindicaba a hombres como Peralta, Franklin y Molina, y sus afirmaciones en los campos de la astronomía, de la electricidad y de la historia. Desarrrollando luego el motivo caro a Garcilaso, contra la tesis de la decadencia enarbolaba la juventud del Nuevo Mundo, cuya civilización continental podía hacerse ya independiente de la de la vieja y cansada Europa.¹² Todavía en 1815, confinado por los españoles en la isla de Juan Fernández, Salas refería que el capitán de la fragata en que había hecho la travesía ponderaba la riqueza de esa isla, productora, entre otras cosas, de "bueyes de un tamaño que merecieron exceptuarse de los comprobantes con que sostiene impávidamente la degradación de todas las especies en América el lijero i dicaz Mr. Pauw en sus *Investigaciones*".¹³

4. ITURRI Y LA "HISTORIA" DE MUÑOZ

Una reacción más compleja nos presenta la *Carta* escrita en Roma (1797) por el ex jesuita de Santa Fe, Francisco Iturri, desterrado con sus hermanos de religión en Italia: una obrita que tuvo cierta resonancia política cuando las naciones americanas reivindicaron, con la independencia, sus glorias autóctonas, pero que es toda ella, en sustancia, un ataque contra Robertson y De Pauw, plagiados —afirma Iturri— en la *Historia del Nuevo Mundo* (1793) de Juan Bautista Muñoz, contra el cual está aparentemente dirigida la diatriba.

La *Historia de América* de Robertson había tenido en España una singular acogida. En un primer momento, la Academia de la Historia nombraba (8 de agosto de 1777) al escocés su socio correspondiente y, bajo el estímulo de su presidente, el ilustre Campomanes, encargaba a uno de los académicos, don Ramón de Guevara, una traducción castellana de la obra. Pero, no bien se advertía su tendencia anti-hispánica, se pasaba del favor a la persecución. La Inquisición ponía la *Historia* en el índice (aunque esto haya sido, como asegura Menéndez Pelayo, "por mera fórmula");¹⁴ sucesivos edictos del Rey la prohibían, en España y en las Indias, en la versión original (23 de diciembre de 1778) y en la traducción francesa (20 de diciembre de 1782),¹⁵ y el Rey mismo, pasando por encima de la oposición de la Academia de la Historia,¹⁶ encomendaba a Juan Bautista Muñoz (17 de junio de 1779) el encargo de escribir sobre

¹² H. Bernstein, "Some Inter-American aspects of the Enlightenment", en *Latin America and the Enlightenment*, ed. A. P. Whitaker, New York, 1942, pp. 55-56; y *Origins*, op. cit., pp. 56 nota y 65.

¹³ Salas, *Escritos*, op. cit., vol. II, p. 207; Amunátegui, op. cit., vol. II, pp. 206-207. Las teorías geológicas de De Pauw son citadas también en un escrito recogido en Salas, op. cit., vol. II, p. 162, y en Amunátegui, vol. II, p. 213. El docto chileno admiraba sobremanera la cordura y la sencillez de los *Dialogues sur le commerce des bleds* de Galiani (véase *ibid.*, vol. II, p. 196).

¹⁴ "De los historiadores de Colón" (1892), en *Estudios y discursos de crítica histórica y literaria*, vol. VII (XII de las *Obras completas*, Santander, 1940 ss.), pp. 100-102.

¹⁵ I. A. Leonard en *The Hispanic American Historical Review*, vol. XXIII (1943), p. 30, nota 18.

¹⁶ "No sin recia oposición de la Academia de la Historia, que quiso hacer valer su privilegio eminente de cronista de Indias": sobre las polémicas que se siguieron, véase R. D. Carbia, *La Crónica oficial de las Indias occidentales*, La Plata, 1934, pp. 240-265, e *Historia de la leyenda negra*, op. cit., p. 211.

los documentos originales una *Historia del Nuevo Mundo*, cuyo primero y único volumen debía aparecer catorce años más tarde. A su vez la Academia, reconociendo "la necesidad que se redactase por una persona autorizada de España una Historia general de Indias con documentos seguros e incontestables", provocaba la creación del importantísimo Archivo General de Indias,¹⁷ —otro afortunado y duradero resultado científico (como la reforma de la historia antigua mexicana por obra de Clavigero) de las discusiones, a menudo frívolas e incoherentes, que estamos narrando.

Muñoz, según las intenciones de quienes le hicieron el encargo, debía escribir para rectificar los errores anti-hispánicos de Robertson, y no los anti-americanos. Por lo tanto su *Historia*, obra de carácter oficial, no podía satisfacer a los americanos, como Iturri, a quienes poco importaba la defensa de España, mientras que sí les importaba, y muchísimo, la defensa de sus tierras nativas. Y Muñoz, en efecto, repetía impertérrito que "no se hallaron en el continente nuevo los grandes cuadrúpedos del antiguo; pero en recompensa [*sic!*] es infinita la cantidad de insectos y sabandijas".¹⁸

Así, pues, no hace falta suponer, como algunos han supuesto, que Iturri escribiese su *Carta crítica sobre la Historia de América* [*sic*] del Sr. Juan Bautista Muñoz —terminada en Roma el 20 de agosto de 1797, e impresa en Madrid en 1798— por instigación de Campomanes (celoso y enconado enemigo de Muñoz),¹⁹ o movido por el despecho y la irritación al ver que el ilustre cosmógrafo e historiador oficial había tratado un tema a que él mismo pensaba dedicarse.²⁰ Basta pensar en el embrionario patriotismo que era propio de los jesuitas desterrados. Y, en efecto, la

¹⁷ J. Torre Revello, *El libro, la imprenta y el periodismo en América durante la dominación española*, Buenos Aires, 1940, pp. 85, clxxxiii-clxxxvi; y el amplio estudio de A. Ballesteros Beretta, "Juan Bautista Muñoz: la creación del Archivo de Indias", *Revista de Indias*, Madrid, vol. II (1941), núm. 4, pp. 55-95, seguido de otros, en la misma revista, acerca de Muñoz y sus investigaciones. Cf. también A. Muro Orejón, "Juan Bautista Muñoz: Las fuentes bibliográficas de la *Historia del Nuevo Mundo*", *Anuario de Estudios Americanos*, Sevilla, vol. X (1953), pp. 265-337; *Catálogo de la colección de J. B. Muñoz*, prólogo de A. Ballesteros Beretta, Real Academia de la Historia, Madrid, 1954 [en curso de publicación]; Carbia, *La Crónica oficial*, op. cit., pp. 109 y nota, 113-115, y Humphreys, op. cit., pp. 26-27 y notas.

¹⁸ J. B. Muñoz, *Historia del Nuevo Mundo*, vol. I [único publicado], Madrid, 1793, p. 10, etc.

¹⁹ Véase Carbia, *La Crónica oficial*, op. cit., p. 251 nota. Así lo dan a entender dos notas manuscritas del doctor Soloaga, recogidas, una por Carbia (op. cit., p. 262), y la otra, casi idéntica, por Jorge M. Furt, "De arte histórica", en *Contribuciones para el estudio de la historia de América: Homenaje al doctor Ravignani*, Buenos Aires, 1941, p. 274 nota. Campomanes es citado con hiperbólicos elogios en la *Carta*, pp. 83 y 90-92. Suscita algunas dudas el notorio antijesuitismo del enciclopedista Campomanes; pero ¿acaso el mismo Iturri no recuerda la *Encyclopédie* como obra de valor indudable (p. 31)?

²⁰ Es dudosa la existencia de la *Historia natural, eclesiástica y civil del virreinato del Plata*, que, según se dice (véase la *Enciclopedia Espasa*, y también Sommersvogel, *sub voce*), escribió Iturri en 1798 en colaboración con Gaspar Juárez, tres tomos en folio guardados, a lo que se supone, en los Archivos de Pisa. Carbia, op. cit., pp. 26-27 nota, la cree perdida. Ciertamente es que Iturri estaba escribiendo una reivindicación de las glorias americanas en las ciencias y las artes. "En mi obra —escribe en la *Carta*, p. 116— se pasarán en revista todos los objetos de las Ciencias Humanas." A ella alude en la p. 56. Y en la p. 5 da el título de esta misma (?) obra: "Daños que debe temer la España de la libertad con que se calumnian sus Colonias." Pero nótese que la hispanofilia brilla por su ausencia en todo el resto de la carta.

Carta que Iturri escribió, tal vez sin intenciones de darla siquiera a la imprenta, y que ciertamente no causó la interrupción de la *Historia* de Muñoz,²¹ era reimpresa como manifiesto de americanismo, como un castigo póstumo del gachupín Muñoz, en 1818 en Buenos Aires, y en 1820 en México, en Puebla de los Angeles. Y el mexicano Mier, aunque amigo y admirador de Muñoz, recordaba con gusto que Iturri, también amigo suyo y "americano del Paraguay", "dio una violenta zurra a Muñoz, porque en el cuadro de su historia fundió algunos dislates de Pauw, Raynal y Robertson".²²

En realidad, la apología de las naciones americanas, y particularmente de los mexicanos y peruanos, ocupa hacia el final de la *Carta* de Iturri unas pocas páginas,²³ que siguen a una de las consabidas "represalias" en que se enumeran los vicios y las barbaridades de tantas naciones del Mundo Antiguo.²⁴ El grueso del opúsculo polemiza contra Muñoz acusándolo de haber denigrado a los antiguos cronistas de América, Fernando Colón, Las Casas y sobre todo Herrera, y finalmente de ser él mismo un plagiario poco diestro de Robertson y del "mentiroso" De Pauw, para todo cuanto se refiere al suelo de América y a sus habitantes. Afirma que hasta la crítica de Muñoz a los historiadores españoles que le han precedido es un plagio de De Pauw.²⁵ Muñoz ha hecho su historia —repite veinte veces Iturri— traduciendo servilmente la historia de un inglés y las investigaciones de un prusiano. La insistencia es significativa, si no por otra cosa porque prueba qué fácil era asimilar las tesis de Robertson a las ideas, tanto más radicales y escandalosas, de De Pauw. En todo caso, quizá por conveniencia polémica, Iturri, que conocía las obras de casi todos los principales denigradores y defensores de América, comenzando con el "gran" Buffon,²⁶ primer responsable de haber reducido a sistema la tesis calumniosa,²⁷ resume todas las opiniones relativas a la inferioridad de América bajo el binomio De Pauw-Robertson, más sañoso y mendaz

²¹ Esto afirma el mismo Iturri, y es repetido en las notas manuscritas citadas *supra*, nota 19; pero véase Carbia, op. cit., p. 264. Por lo menos algunos capítulos del segundo tomo de la *Historia del Nuevo Mundo* estaban terminados cuando Muñoz sufrió su ataque de apoplejía, en 1799. Una copia de ellos se encuentra en la New York Public Library (cf. J. de Onís, "Alcedo's Bibliotheca Americana", *The Hispanic American Historical Review*, vol. XXXI, 1951, p. 536, nota 24). Y en el *Boletín del Archivo General de la Nación*, Ciudad Trujillo (Santo Domingo), año III, núm. 11 (31 de mayo de 1940), pp. 169-220, se publicó la parte inédita relativa a Santo Domingo (J. Torre Revello, "La expedición de don Pedro de Mendoza y las fuentes informativas de... Herrera", en *Contribuciones... Homenaje a Ravignani*, op. cit., p. 606, nota 1). Por lo demás, Muñoz replicó a Iturri con una *Satisfacción a la Carta crítica sobre la Historia del Nuevo Mundo* (Valencia, 1798), a la que Iturri contrarreplicó con los *Vicios de la Satisfacción a la Carta crítica* (inédito, Academia de la Historia, Madrid); Carbia, op. cit., p. 262 y nota 1.

²² *Memorias* (1818), Madrid, s. f., Biblioteca Ayacucho, p. 318, con evidente alusión a la *Carta* de Iturri. El "plagio" de Muñoz "alborotó de mí vivísimo amigo el ex jesuita americano Iturri, quien descargó contra él una carta fogosa", pero Muñoz supo defenderse: S. T. de Mier, *Escritos inéditos*, ed. de J. M. Miquel i Vergés y Hugo Díaz-Thomé, México, 1944, p. 148.

²³ *Carta crítica*, Madrid, 1798, pp. 110-116.

²⁴ *Ibid.*, pp. 96-110.

²⁵ *Ibid.*, p. 33.

²⁶ *Ibid.*, p. 52.

²⁷ *Ibid.*, p. 45. He aquí las menciones de los demás autores: Pernety, p. 69; La Douceur, p. 35; La Condamine, p. 45; Jefferson, p. 44; Gian Rinaldo Carli, p. 39; Raynal, pp. 102 y 110. También Ulloa es citado varias veces.

el primero, más popular y difundido el segundo.²⁸ Casi no dice una palabra sobre el mérito, ni se digna discutir los puntos particulares: "Nos baste saber que su quadro [de Muñoz] de los americanos es copia servil de Pauw y Robertson. Tanto basta para desacreditarlo y ponerlo entre las fábulas."²⁹

La única refutación que intenta Iturri consiste en citar pasajes de historiadores y naturalistas entusiastas del Nuevo Mundo. Don Bernardo Ibáñez³⁰ nos dice que "toda la naturaleza animal y vegetal se explica allí con mayor robustez y corpulencia". ¿No bastan estos testimonios "para desacreditar a un millón de Pauws, Robertsones, de sus traductores y copistas"?³¹ La única argumentación que desarrolla el ex jesuita es la del contraataque, tan familiar ya para nosotros. ¿Nuevo el continente americano? Europa y partes de África y de Asia son mucho más nuevas. ¿Encharcado y pantanoso? Hay más lagos en la sola Prusia. ¿Desierto y arenoso? En el Viejo Mundo están la Arabia Desierta, y (ejemplos más sorprendentes) los vastos "arenales" de Burdeos y las arenas movedizas del Mont Saint-Michel.³² ¿No tiene América grandes cuadrúpedos? Pero afortunadamente tampoco en Europa, ni en otras muchas partes del Viejo Mundo, existen "estos feísimos colosos de carne", como elefantes, camellos y dromedarios.³³ Por último, en lo que se refiere a las plantas y a su degeneración, ¿no es notable que todos los frutos americanos, menos la *opuntia* (nopal o chumbera) degeneren en Europa, "mientras allá prosperan todos los europeos"?³⁴ ¿Cuál suelo es más decadente y corrompido...?

También Iturri se coloca, pues, sobre el terreno de su adversario; y la primacía de América, de su fertilidad, belleza, amplitud, altura física, antigüedad temporal, es para él un artículo de fe. Doblemente anacrónica resulta en consecuencia su postura: por la rigidez encomiástica de su apoteosis, fuera de tono con la formulación científica que ya se había intentado dar al problema de América, y por el carácter anticuado de muchos de sus argumentos. Iturri defendía y exaltaba aún la venerable edad de las Américas, cuando ya se ponderaba como un mérito supremo la juventud del Continente.

Como cosa curiosa queda la dirección de su ataque. Iturri es el ejemplo típico del criollo que ve en De Pauw un instrumento ideológico de la monarquía borbónica, y une, en su aversión, al escritor que había vituperado su país y al gobierno que lo mantenía en sujeción. Cuando De Pauw afirma la degeneración de los criollos, suministra argumentos a la metrópoli. Peor aún, añaden los americanos, De Pauw ni siquiera ha inven-

²⁸ Ya Carli había atacado juntos a De Pauw y a Robertson. Iturri insinúa que Muñoz no sabía ni siquiera inventar, "mas sabía que Pauw lo había hecho en francés, que, *siendo poco común en España*, podía parecer nueva su traducción", etc. (p. 118). En otro lugar reduce el plagio de Muñoz a su descripción física del Nuevo Mundo (libro I), declarando que el resto es compilación y plagio de los cronistas españoles, a menudo en abierta contradicción con las calumniosas afirmaciones del libro I.

²⁹ Carta, p. 80.

³⁰ *Reyno jesuítico del Paraguay*, citado en las pp. 55 y 69-70.

³¹ En la p. 64 se dice que Ibáñez es superior "a millones de Pauws", etc. Don Gregorio Mayans "vale más que cien millones de Pauws, de Robertsones y sus Traductores" (p. 116).

³² Carta, p. 60.

³³ *Ibid.*, pp. 65-66: eco de Clavigero (véase *supra*, p. 183).

³⁴ *Ibid.*, p. 72: eco del padre Acosta (véase *supra*, Prólogo, p. xi).

tado sus "injurias": se las han sugerido los españoles, y él se ha limitado a resumirlas. Y ese mismo De Pauw a quien pocos años antes el padre Nuix había exhibido como enemigo jurado del nombre español, y a quien sin embargo el mismo padre Nuix había tratado de utilizar, *malgré lui*, para defender a España contra los enciclopedistas, a cuya corriente De Pauw pertenecía sin duda, era "acusado" ahora de ayudar a España a conservar sus dominios ultramarinos, y de ser uno de los autores predilectos de los gachupines.

El denodado polemista mexicano fray Servando Teresa de Mier podía escribir en 1813:

Después que el prusiano Pauw trabajó nueve o diez años como un escarabajo para formar su pelotilla de cuanto malo habían dicho de la América i habitantes sus tiranos, los españoles han dado en regodearse con esta putrefacción para echarnosla en cara como si todavía fuésemos los antiguos indios.³⁵

O sea que, en un primer tiempo, De Pauw plagió a los calumniadores españoles de América, y en un segundo tiempo los españoles explotaron políticamente las teorías de De Pauw.

5. MOXÓ: MÉXICO DEFENDIDO POR UN ESPAÑOL

Un caso particular es el del padre Moxó, no americano de nacimiento, pero voluntario defensor de México y de los mexicanos contra De Pauw y sus secuaces.

El catalán³⁶ Benito María de Moxó, más tarde arzobispo de Chuqui-

³⁵ Fray S. T. de Mier, *Historia de la revolución*, *op. cit.*, vol. I, Prólogo, p. xv. Sobre sus ideas, que son una distorsión y un residuo de estas polémicas, véase el estudio que aparece en apéndice a *Viejas polémicas*, *op. cit.*, e *infra*, pp. 285-288.

³⁶ Con manifiesto orgullo, Moxó, nacido en Cervera, llama al padre Nuix "mi célebre paysano" (*Cartas mexicanas*, p. 38), y escribe: "mi patria Cataluña" (*ibid.*, p. 311). Sobre su vida, véase R. Vargas Ugarte, *D. Benito María de Moxó y de Francoll, arzobispo de Charcas*, Buenos Aires, 1931 (Facultad de Filosofía y Letras, Publicaciones del Instituto de Investigaciones Históricas, LVI). Las *Cartas mexicanas* están fechadas en México, donde Moxó, electo el 1º de enero de 1805 al arzobispado de Charcas, esperaba impacientemente la posibilidad de trasladarse a su sede. Las escribió durante esta espera, entre agosto y octubre de 1805 (pero una de ellas está fechada todavía en México, a 16 de febrero de 1806: *Cartas*, *op. cit.*, p. 348). Partió finalmente el 23 de diciembre del mismo año 1805, desembarcó en Tumbes y llegó a Lima el 8 de mayo de 1806, y pocos días después (20 de junio de 1806) envió desde esta ciudad a Madrid su manuscrito, para que ahí se imprimiese (Vargas Ugarte, *op. cit.*, pp. 53-54). Pero la obra permaneció inédita (y el original se ha perdido quizá), hasta que otra copia del manuscrito fue llevada a Europa en 1836 por el padre fray Andrés Herrero, impresa en Génova, a expensas del genovés don Juan Bautista Jordán, entre 1837 y 1838 (la licencia es del 16 de septiembre de 1837), pero "pressochè tutti gli esemplari" de esta edición fueron "inviati all'America" (prefacio del traductor a la edición italiana, Génova, s. f. [ca. 1839], p. ii). Una segunda edición española se imprimió igualmente en Génova a fines de 1839 (licencia del 4 de diciembre de este año), y por el mismo tiempo aparecía la traducción italiana "di S. B.", también en Génova. Una última aventura tuvo que sufrir aún el asendereado librito. Don Luis María de Moxó y de López, sobrino del arzobispo, publicó una contrahechura en Barcelona, 1838, bajo el pintoresco título de *Entretenimientos de un prisionero en las provincias del Río de la Plata: por el Barón de Juras Reales siendo Fiscal de S. M. en el reino de Chile* (Vargas Ugarte, *op. cit.*, pp. 69-70).

saca, en vísperas de salir para el Perú,³⁷ escribía en la ciudad de México sus *Cartas mexicanas*, en las cuales rehabilita, contra los denigradores de todo cuanto es americano, el clima, las aptitudes físicas y espirituales de los mexicanos, pero sobre todo los méritos civiles de los españoles. El padre Moxó es decididamente hispanófilo antes que americanófilo; y su apología, aunque deriva en línea recta del padre Nuix y del padre Clavigero,³⁸ se apoya sobre todo en los argumentos del primero, citados a menudo textualmente. Al padre Nuix, sólo le reprocha Moxó el no haber utilizado, para su defensa, los escritos de Garcilaso de la Vega;³⁹ en cambio, a Clavigero le echa en cara varios errores, que atribuye genéricamente a su exceso de patriotismo criollo.⁴⁰ De Nuix toma la crítica contra Robertson; pero a Clavigero acude, naturalmente, para el grueso de sus argumentos contra De Pauw.

Contra el filósofo prusiano escribe Moxó casi íntegramente dos de sus veinte cartas, la cuarta y la quinta. Al aprestarse a discurrir sobre los filósofos que han denigrado a su país, el español, a semejanza de otros predecesores suyos, los ve en multitud enorme y babélica: "un número casi infinito de escritores franceses, olandeses, alemanes e ingleses se ofrecen en este instante a mi memoria..." Pero De Pauw es, una vez más, su exponente más representativo: "Sírvese usted... abrir el célebre libro de las investigaciones filosóficas sobre los americanos escrito por Mr. Pauw":⁴¹ en cualquier página que lo abra, encontrará una injuria contra los americanos.

Moxó, por lo demás, no se detiene a rebatir una por una todas esas injurias. Ni tampoco —apenas hace falta decirlo— discute el problema máximo de la degeneración del Continente y de sus especies naturales. A las afirmaciones de De Pauw sobre la debilidad física de los indígenas, se limita a replicar, *more Clavigeriano*,⁴² que él ha visto a los indios "llevar pesos enormes a distancias muy grandes". Los ha visto, y los está viendo: "mientras estoy escribiendo estas líneas, pasa por debajo de mi balcón un indio que trae sobre sus hombros una gran carga de leña para vender"...⁴³

Desde ese mismo panorámico balcón, el padre Moxó observa otro hecho más que desmiente a De Pauw. Éste había escrito que el trigo sólo crece en algunos ángulos de la América septentrional;⁴⁴ pero "desde una de las ventanas del gabinete donde estoy ahora escribiendo esta carta, alcanzo a ver una porción considerable de campo cubierto enteramente" de trigo.⁴⁵ La fragilidad de esta argumentación, empírica hasta casi llegar a la puerilidad, revela cuán poco se esforzó Moxó por entender las razones profundas de la polémica depauwiana.

³⁷ *Cartas mexicanas*, p. 253.

³⁸ Los dos son citados conjuntamente en la p. 38.

³⁹ *Cartas*, p. 128; cf. también pp. 151, 162, etc.

⁴⁰ *Ibid.*, pp. 2, 33, etc.; sobre las críticas de Moxó a Clavigero, véase J. Le Rivere-Brunson, prefacio cit., pp. 23-24.

⁴¹ *Cartas*, p. 25.

⁴² Véase *supra*, p. 185.

⁴³ *Cartas*, p. 26.

⁴⁴ En efecto, De Pauw escribe: "notre seigle et notre froment n'ont pas pris, sinon dans quelques quartiers du Nord" (*op. cit.*, vol. I, p. 14). En la *Défense*, más moderada, reconoce que "le froment et le seigle... dans les Provinces septentrionales... ont donné d'assez bonnes récoltes" (*op. cit.*, p. 108).

⁴⁵ *Cartas*, p. 32; y cf. *supra*, p. 192, nota 231.

No menos débil es su réplica a otra afirmación, sustancialmente verdadera, del autor de las *Recherches*, a saber, que los pocos progresos que la agricultura en general ha hecho en América se deben a europeos y africanos,⁴⁶ no a los americanos mismos. "Quien ha observado como yo —responde Moxó con celo sincero, pero mal dirigido— la aplicación de estos pobres indios; quien los ha visto como yo afanarse casi todo el día para alagar el paladar delicado de los europeos y criollos", mientras que "para sí se contentan con el grosero jugo que se saca de la planta del maguei, o pita, y con algunas tortillas", no puede contener la indignación al leer las calumnias de un filósofo contra "una nación cuya industria, paciencia y esmero ha sido y es tan útil a Europa".⁴⁷ ¿Como si la sobriedad del indio mexicano —no siempre espontánea— y la utilidad de su fatiga fuesen argumentos contra la superioridad técnica de la agricultura europea!

Más rápidamente se libera Moxó de algunas características "calumnias" de De Pauw, que ya en estos tiempos habían llegado a ser casi proverbiales: que los indios se hacen fácilmente calvos; que los americanos tienen leche en las tetillas; que no hay conchas fósiles en América; que la carne de iguana produce sífilis, o que hay ranas que "braman como terneras".⁴⁸ Se justifica de haberse demorado tanto en estos "disparates", porque le ha sorprendido que "Forster, siendo tan gran naturalista, cite a menudo las investigaciones filosóficas como un libro muy puntual y

⁴⁶ En efecto, algo parecido dice De Pauw en la *Défense*, *op. cit.*, p. 53.

⁴⁷ *Cartas*, pp. 30-31.

⁴⁸ *Ibid.*, pp. 33-34. De Pauw dice (*Recherches*, *op. cit.*, vol. I, p. 17), siguiendo a Oviedo y a Gómara, que la carne de iguana hace mal a quien tiene ya la sífilis, en forma abierta o latente. Afirma la existencia de fósiles (vol. I, pp. 23-24). Llama improbables a los americanos, pero no calvos (vol. I, pp. 37-38). Sobre la leche en las tetillas, véase vol. I, pp. 43-44. Se diría verdaderamente que el padre Moxó no llegó a leer más de unas decenas de páginas del libro de De Pauw. El inventario de su biblioteca (en Vargas Ugarte, *op. cit.*, pp. xxix-li) comprende las obras del padre Nuix, del padre Clavigero, del padre Molina y otras relativas a América, no las *Recherches philosophiques*. Finalmente, en cuanto a las "grenouilles... dont le cri imite le beuglement des veaux", véase De Pauw, *op. cit.*, vol. I, p. 8, con cita de Dumont, *Mémoires sur la Louisiane*, 1753 (cuyo comentario, vol. I, p. 103, es reproducido por Church, art. cit., p. 185), o sea Geor.-Mar. Butel-Dumont, *Mémoires historiques sur la Louisiane*, composées sur les Mémoires de M. Dumont, par L. L. M. (l'abbé Le Masquier), Paris, 1753, 2 vols. De Pauw había sido desmentido ya por Clavigero, *Carta antica*, *op. cit.*, vol. IV, p. 83. Pero mucho tiempo antes, en 1697-98, un bostoniano escribía sobre una enorme rana local "which cries exactly like a Bull" (Kraus, *Atlantic civilization*, *op. cit.*, p. 175). Smith asegura que el *bull-frog* "pousse des mugissements effroyables, plus forts que le beuglement du taureau" (J. F. D. Smith, *Voyage dans les États-Unis d'Amérique fait en 1784*, *op. cit.*, vol. I, pp. 19, 32). Y un atento observador, como Castiglioni, repite que cerca del Lago Jorge (hoy Horicon Lake, New York) oyó croar, entre los millares de ranas, "quella particolare all'America detta *Rana bovina* [*Rana boans*, Lin.; ingl. *Bullfrog*], la quale... col suo grido imita moltissimo il muggito d'un bue" (*Viaggio negli Stati Uniti*, *op. cit.*, vol. I, p. 159). Véase también I. Kant, *Reflexionen zur physischen Geographie*, Akad.-Ausg., vol. XIV, pp. 634-635; y Chateaubriand, *Les Natchez*, en *Oeuvres complètes*, Paris, 1826, vol. XX, p. 149; *Voyage en Amérique*, y "A. Mackenzie", en *Mélanges littéraires*, ed. Paris, 1859, pp. 78, 412. En el proceso de Ettore Grande, un testigo refirió que en Bangkok "le rane muggiscono come buoi", lo cual hizo sonreír al fiscal (*Corriere d'Informazione*, 30-31 ottobre 1951). Sobre unas ranas mugientes (*bull-frogs*) que, importadas hacia 1930 del Brasil a la Bassa Mantovana, aterrorizaron a los campesinos del territorio, quienes las creyeron monstruos espantosos, véanse los periódicos italianos del 21-22 de mayo de 1957.

exacto",⁴⁹ y en conclusión se adhiere al juicio severo pero respetuoso que sobre De Pauw pronunció Buffon.

La carta siguiente (la V) reanuda la polémica que parecía cerrada. Moxó denuncia sumariamente el "especioso y ridículo sistema de la degeneración de los americanos", que él atribuye al fanatismo antirreligioso de De Pauw; refuta su interpretación de la bula de Paulo III,⁵⁰ y pasa en seguida a otros asuntos, aunque sin olvidar al irritante filósofo prusiano.⁵¹

El resto del libro deja ver claramente su tesis apologética, y el carácter incidental de la polémica contra De Pauw. Sostiene Moxó que los antiguos mexicanos, y los americanos en general, alcanzaron un alto grado de civilización y de organización social; que no son inferiores a los europeos, ni degenerados; que no se ven reducidos a vivir en un suelo árido e ingrato —y combate en consecuencia contra los denigradores de América. Pero, con todas estas ventajas naturales —o equivalencias, por lo menos—, eran dados a sangrientos sacrificios humanos, al canibalismo y a la antropofagia. (En su duodécima carta, Moxó nos expone un curioso análisis de "cuatro clases en que pueden cómodamente dividirse los antropófagos", en la tercera de las cuales, antropofagia religiosa, entran los mexicanos.) ¿Qué cosa les faltaba entonces? Es claro: la religiosidad cristiana, sostenida por las armas españolas.⁵²

La incertidumbre de la posición de Moxó, tan pronto defensor de España como apologista de los indios⁵³ —en un cándido esfuerzo de conciliar el afecto nacional a su país con el afecto pastoral a su grey americana—, se revela en un detalle biográfico. En 1806, al enviar sus *Cartas mexicanas* al todavía omnipotente ministro Godoy, Moxó escribía: "el amor hacia nuestra patria... me ha puesto la pluma en la mano...; pero me ha animado sobre todo el zelo de acreditar a nuestro Soberano, en el único modo que he podido hasta ahora, mi indeleble agradecimiento".⁵⁴ Las *Cartas* eran un homenaje a España y al Rey.

Nueve años después, en mayo de 1815, el general argentino Rondeau invadía victoriosamente el Alto Perú, y ordenaba la aprehensión y la deportación del arzobispo realista Moxó. Durante su viaje forzado hasta Salta, Moxó redactaba (18 de septiembre de 1815) una conmovida "carta a los americanos, escrita camino del destierro", reivindicando en ella

⁴⁹ *Cartas*, p. 34; cf. *supra*, p. 155.

⁵⁰ *Ibid.*, pp. 36-37.

⁵¹ En efecto, lo cita todavía con frecuencia, a propósito de Robertson, p. 52; de la escritura de los mexicanos, p. 57; y en las pp. 60-63, 69, 75, 173, 181, 216, etc., Moxó recuerda también que en 1803 llegó Humboldt a México; pero expresa desconfianza en cuanto a lo que podrá escribir ese otro prusiano (p. 6). El contraste entre el buen prusiano Humboldt y el mal prusiano De Pauw se advertirá en Caldas, en Valle y en otros americanos.

⁵² En otro lugar (p. 298), con poca coherencia, Moxó defiende los sacrificios humanos de los aztecas recordando los sacrificios practicados por ilustres naciones del Viejo Mundo, lo cual hace muy digno de excusa a "unos pobres salvajes colocados en los últimos ángulos del mundo", si hicieron lo mismo. Cf. *infra*, pp. 535-538.

⁵³ Pero, después de estar en el Perú, Moxó caracteriza a los indios como débiles de constitución (¡se han acabado ya aquellos robustos cargadores que pasaban bajo su balcón!), melancólicos, tímidos, perezosos, más aún, ociosos, apáticos, infantiles —con otra y más flagrante incoherencia (*Cartas*, 2ª ed., pp. 384, 398-400).

⁵⁴ Vargas Ugarte, *op. cit.*, pp. 53-54.

sus muchos méritos y su constante afecto hacia América, "mi segunda y dulce patria".⁵⁵

Entre estos méritos, el arzobispo pone en primera línea sus *Cartas mexicanas*. Apenas llegado a América, vio que estas tierras sufrían "grandes y acerbos males. Entonces tomé la pluma en su defensa, y pasé muchos días y noches escribiendo los dos gruesos volúmenes de las *Cartas Mexicanas*". Ni una sola palabra de su defensa de España y del Rey. Al contrario: con perdonable oportunismo, escribe el arzobispo prisionero de los patriotas:

El amor y zelo por los intereses de la América me sobrepusieron a todas las consideraciones de la carne y de la sangre, en una época en que a causa de las intrigas y colosal poder del privado Godoy, temblaba de continuo toda la monarquía con las desoladoras ondulaciones de la arbitrariedad.

En otras frases no menos ampulosas, afirma Moxó que con su escrito levantó el velo que durante muchos años había cubierto una larga y pesada cadena de desórdenes, de errores políticos y de gran número de vejaciones y yerros; que reivindicó los sagrados y verdaderos derechos del hombre; que describió el miserable estado de la agricultura, de la industria, del comercio; que invocó la libertad y la igualdad para los americanos; y que desde Lima, firmada la obra "de mi propia mano", le remitió "a la Corte de Madrid con una pingüe letra de cambio", y la orden precisa, a su procurador, de mandarla imprimir lo antes posible.

El escrito, inédito aún, que en 1805 era ofrecido a Godoy como réplica a los extranjeros que habían osado criticar la obra de España, "ya en orden a la conquista de estas vastísimas colonias, ya en orden a su nueva policía y gobierno",⁵⁶ se transforma en una denuncia de los males de la administración española y en una invitación a reconocer "que la América no era una colonia, sino una parte integrante de la monarquía".⁵⁷

El arzobispo moría apenas seis meses más tarde. La carta a los americanos debe leerse, pues, como una apología *in extremis*. Las incoherencias deben achacarse al escritor poco riguroso, y a veces hasta descuidado, más bien que al hombre, el cual, por muchos otros testimonios, se nos muestra piadoso, caritativo y honrado.

6. UNANUE: EL CLIMA DE LIMA Y LA DOCTRINA DE SUS COLEGIALES

El año mismo en que Moxó escribía sus *Cartas*, un ilustre médico y patriota de Lima, don Hipólito Unánue, colega y rival de José Manuel Bávalos, llevaba a término sus clásicas *Observaciones sobre el clima de*

⁵⁵ *Cartas*, p. xxii. Más aún, unas pocas páginas adelante la segunda patria se convierte de plano en la primera: "Mi patria Cataluña no puede seguramente ofenderse de que dé a este suelo y a vosotros una preferencia que la razón dicta, que la Religión manda y que exigen la gratitud y el honor" (*ibid.*, p. xxvi). Como "víctima de la lealtad española", Moxó es alabado por Menéndez Pelayo, *Historia de los heterodoxos*, ed. cit., vol. VI, p. 447 nota.

⁵⁶ *Cartas*, pp. 53-54.

⁵⁷ *Ibid.*, pp. xxii-xxiii (los subrayados son míos). Sobre la pusilánime ambigüedad de Moxó, véase G. René-Moreno, *Bolivia y Perú: Más notas históricas y bibliográficas*, Santiago de Chile, 1905, pp. 173-188.

Lima y su influencia en los seres organizados, en especial el hombre, las cuales salían de las prensas en la misma ciudad el año siguiente, 1806.⁵⁸

Unánue no cree, en general, que el clima tenga una influencia decisiva: aunque es cierto que en los climas cálidos existen factores físicos que inducen a la pereza y a la inercia, hay en el hombre factores morales que pueden no sólo hacerles contrapeso, sino también reducirlos a nada. Y nos dice, con ingeniosa transposición de la tesis de Montesquieu,⁵⁹ que no es el clima el que hace esclavos a los hombres, sino la esclavitud la que los hace viles y holgazanes.⁶⁰

Sea como fuere, en el caso particular, el clima de Lima no es tropical, sino templado y benigno. Las teorías de Buffon y De Pauw no tienen en el Perú ninguna aplicación. Unánue, que ha leído las *Lettere americane* del italiano Gian Rinaldo Carli y las *Notes on Virginia* del norteamericano Jefferson,⁶¹ se opone firmemente al naturalista francés y trata con soberbio desprecio al abate berlinés. El frío que, según De Pauw,⁶² destruye la vegetación americana, "es una de aquellas deducciones hijas de la preocupación e ignorancia".⁶³ Y contra "la exaltada imaginación de algunos filósofos ultramarinos" que, mojando su pincel "en amargos y negros tintes", pintaron estas regiones como una zona maldita, "funesto albergue de serpientes, cocodrilos y otros monstruos emponzoñados", el sabio médico no se digna siquiera polemizar: la ironía se limita a apostillar la tesis con una cita de Horacio:

*Quale portentum neque militaris
Daunias (in) latis alit aesculetis
nec Jubae tellus generat, leonum
arida nutrix.*⁶⁴

Las tesis de Buffon son resumidas y rechazadas en la misma página. Pero poco más adelante Unánue admite, apoyándose en la autoridad de Humboldt, que también los animales domésticos, los perros por ejemplo, son en América "de condición más tratable, o ya sea más poltronés que los de Europa".⁶⁵ Cosa que él comenta y explica mediante una de sus habituales y sonrientes reminiscencias poéticas, esta vez los dos famosos versos:

⁵⁸ Cito por la edición de Barcelona, 1914 (vol. I de las *Obras científicas y literarias de Unánue*). Otra edición, realizada sobre la segunda, de Madrid, 1815, se imprimió en Lima, 1940, bajo el cuidado de C. E. Paz Soldán. Moxó leyó las *Observaciones* en cuanto se publicaron, y las menciona con elogio en uno de los apéndices de las *Cartas* (2ª ed., pp. 387-388).

⁵⁹ Véase *supra*, p. 39, nota 27.

⁶⁰ *Observaciones*, ed. cit., p. 68; *Discurso sobre si el clima influye o no en las costumbres de los habitantes*, *ibid.*, vol. II, pp. 53-55.

⁶¹ *Observaciones*, pp. 19, 73, 78 (Carli), 54, 65, 77 (Jefferson).

⁶² Véase en efecto *Recherches*, *op. cit.*, vol. I, p. 9.

⁶³ *Observaciones*, p. 49.

⁶⁴ Horacio, *Odas*, I, 22, vs. 13-16: ["Un monstruo como ése, no lo cría la guerrera Daunia en sus vastos encinares, ni lo engendra la tierra de Juba, árida nodriza de leones"]. Pero es cita poco a propósito: Buffon niega justamente que América sea "árida", y más aún que sea "leonum nutrix". Buffon es citado también en varios otros escritos de Unánue: véanse sus *Obras*, ed. cit., vol. II, pp. 159, 173, 283, 285. El peruano recuerda incidentalmente a Raynal (vol. I, p. 78; vol. II, pp. 230-231) y conoce bien los *Entretenimientos* de A. de Ulloa (vol. I, pp. 18, 92, 115, 137; vol. II, pp. 8-9, 12, 16, 109-110, 156, 186, 282-283, 287, 291).

⁶⁵ *Observaciones*, p. 40.

*La terra molle e lieta e diletta
simili a sé gli abitator produce,*⁶⁶

aplicados ¡a los perros! De esa manera se resuelven melódicamente sus demostraciones científicas.

También los héroes de Metastasio solían poner término a sus recitativos, mezcla de heptasilabos y endecasílabos, con una *arietta* musical en octosílabos. Esas estrofitas gnómicas quitan todo énfasis al parlamento teatral, disuelven la declamación en proverbio. Los versos de Unánue confirman la tradicional familiaridad de Esculapio con las Musas, y nos muestran al buen literato bajo la bata del médico, al humanista cuya elegancia rezuma por los intersticios de la disertación físico-clínica.

En un escrito algunos años anterior a las *Observaciones*, Unánue, al describir las grandes calzadas incaicas, anota sarcásticamente: "Mister [*sic*] Pauw y algunos otros negaron la existencia de estos caminos",⁶⁷ y, para refutarlos, recurre a la consabida técnica rimada. "Pero ¿quién podrá convencer", dice,

las testas en que el tino
perdieron, de tal modo
que acaso restaurarle no podría
el heléboro todo
que en tres islas Antírciras se cría?⁶⁸

Unánue, por lo demás, le reconoce a De Pauw un singular mérito: el de haber provocado con sus ataques la susceptibilidad de los peruanos y haber dado impulso, por consiguiente, a un admirable progreso del estudio de las ciencias exactas en Lima: "a Pauw se le antojó poner, entre sus muchos desatinos, que Godin no encontró en Lima quien le entendiese una lección de Matemáticas".⁶⁹ Esto dice en efecto De Pauw; ⁷⁰ pero la acusación no debía ser del todo innecesaria. Ya en 1689 el virrey Duque de la Palata se lamentaba de que la cátedra de matemáticas de la Universidad de San Marcos no tuviese ni siquiera un estudiante, de tal manera que "el catedrático no puede cumplir con la obligación de leerla porque no tiene a quien leer".⁷¹ Apenas dos años antes de que se publicaran las *Recherches* de De Pauw, un ilustre limeño, José Eusebio de Ulano Zapata, se lamentaba de que las matemáticas,

⁶⁶ *Gerusalemme liberata*, I, 62. [Cf. *supra*, p. 37].

⁶⁷ De Pauw niega, en bloque, toda credibilidad al Inca Garcilaso (*op. cit.*, vol. II, pp. 176-177), pero no me parece que hable nunca de las innegables calzadas incaicas.

⁶⁸ *Discurso histórico sobre el nuevo camino del Callao, año de 1801*, en *Obras*, ed. cit., vol. II, p. 186, nota 2. Allí mismo se declara que los versos son de "Iriarte, Ariel Pfoética" (Tomás de Iriarte, en su famosa paráfrasis (1777) del *Ars poetica* de Horacio; cf. *Ad Pisonem*, v. 300). Otra defensa de las calzadas incaicas contra las denigraciones de enciclopedistas y mentirosos filósofos cosmopolitas se encuentra en la *Idea general de los monumentos del antiguo Perú*, en *Obras*, vol. II, p. 197, nota 2. Y sobre las falsas descripciones del Perú redactadas en París o Londres, véase *Una idea general del Perú*, *ibid.*, vol. II, pp. 291-292. Pero Unánue es admirador del "filósofo digno de este título" que fue Bernardin de Saint-Pierre, y cita un pasaje típico de sus *Études de la Nature*, relativo a los males llevados por los europeos a Asia y América (*ibid.*, vol. II, pp. 324-325).

⁶⁹ *Observaciones*, p. 123.

⁷⁰ *Recherches*, *op. cit.*, vol. II, p. 166.

⁷¹ F. Barreda Laos, "Vida intelectual del virreinato del Perú", en *Historia de la nación argentina*, ed. R. Levene, vol. III, Buenos Aires, 1937, pp. 142-143.

estas ciencias tan útiles a los militares, han sido allá [en el Perú] no sólo ignoradas, sino aun desconocidas. Los nuestros se han contentado con una ligera tintura de astrología, que les ha bastado para obtener la cátedra de matemáticas. Nunca se ha disputado ésta, llevándola bajo su palabra el primero que se ha presentado con cartas de favor...⁷² etc.

Y todavía en 1794 y 1795 el rector del Colegio de San Carlos, doctor don Toribio Rodríguez de Mendoza, se dirige repetidamente al Rey de España y al virrey Taboada y Lemos deplorando que el estudio de las matemáticas esté de nuevo totalmente descuidado; que a la cátedra respectiva "jamás se hayan presentado concurrentes para disputarla"; que los estudiantes las hayan considerado con "tedio y desprecio", hasta tal grado que la enseñanza de esa ciencia se ha abandonado "por falta de oyentes"; e invocando finalmente, como remedio de tan "vergonzosa experiencia" y como estímulo de útiles descubrimientos ("es muy feraz el suelo americano, y encierra un inmenso tesoro no conocido"), que se dote una nueva cátedra en el Colegio Carolino.⁷³

Pero Unánue afirma que, al conocer aquella acusación de ignorancia,

el pundonor peruano se picó, y para dar una prueba de lo contrario se ha abrazado este estudio con mucho empeño. Asombra ver a los niños del Colegio Carolino presentarse a los exámenes físico-matemáticos con un número increíble de proposiciones, aun las más arduas...⁷⁴

De las trágicas deducciones de Buffon, que arrollaban en la ruina a todo el reino animal; de las espantosas condenas degenerativas de De Pauw, que oprimían y arrastraban al fondo a la América entera, hasta esos *enfants prodiges*, esos niños tan aplicados, que pasan todos sus exámenes; desde los leones cobardes hasta los empollones premiados —surge de los alternos episodios de la polémica otra disonancia sutilmente humorística.

7. DÁVILA CONDEMARÍN: UNA TARDÍA DEFENSA DE LA UNIVERSIDAD DE SAN MARCOS

Debemos hacer aquí una digresión y un salto en el tiempo para hablar, como en apéndice a Unánue, de otro erudito peruano que, a mediados del siglo XIX, reanudó y continuó su defensa de la cultura limeña.

Un eco tardío, pero nítido, de aquellas reacciones académicas, de

⁷² Carta del 16 de diciembre de 1766 a don José Perfecto de Salas, publicada en la *Revista Chilena de Historia y Geografía*, vol. XCII (1942), pp. 214-215.

⁷³ Véanse los curiosos documentos publicados en los *Anales de la Universidad Mayor de San Marcos*, Lima, 1950, núm. 2, pp. 12-25.

⁷⁴ *Observaciones*, p. 123. También este párrafo acaba en verso, con los cisnes blancos que salvan del olvido "de ricchi nomi la memoria degna" (*Orlando furioso*, XXXV, 14). En una carta a Jeremy Robinson (1818?) Unánue volvía a reivindicar el prestigio científico de las tierras de América, "reputadas en otro tiempo por bárbaras" (*apud* R. Vargas Ugarte, *Manuscritos peruanos en las bibliotecas de América*, Buenos Aires, 1945, p. 321). Sobre la aplicación de los jóvenes carolinios, que dejaron maravillados a Malaspina y a varios profesores europeos, véase también el otro *Informe* del ya mencionado Rodríguez de Mendoza, *apud* R. Porrás Barrenechea, en la *Revista Histórica*, Lima, vol. XVII, p. 217 (citado en los *Anales*, *loc. cit.*, p. 13).

aquellas polémicas en que se hallaba en juego el prestigio de una institución mucho más que la verdad de un juicio, se encuentra efectivamente en un elogio histórico de la Universidad de San Marcos, escrito por su rector José Dávila Condemarín, a raíz de su elección para este cargo, y con el fin de interesar a la opinión pública en la reforma de la vieja institución, presa de la decadencia y la miseria.⁷⁵

No bien ha terminado de evocar las glorias científicas de la Universidad, Dávila Condemarín recuerda que, a pesar de todo, hubo "escritores extranjeros" que trataron de oscurecerlas. Y, como tantas otras veces, esos muchos o pocos "escritores extranjeros" se reducen inmediatamente a "uno de éstos, el prusiano Mr. Pauw", contra el cual arroja el peruano todos sus rayos y centellas. No ignora Dávila Condemarín que De Pauw funda sus teorías "en la constitución física del terreno de América" y en su clima, favorable sólo a serpientes y animales venenosos.⁷⁶ Pero concentra su ataque en dos de las acusaciones prusianas: que de San Marcos no salió nunca quien supiese escribir un libro, por malo que fuera, y que Godin no encontró allí estudiantes preparados para entenderlo. A ellas replica con hechos, con ejemplos y con la cita de otros numerosos adversarios de De Pauw, y también con la sorprendente insinuación —atribuida, es verdad, a "un erudito mejicano"— de que el odio de De Pauw hacia las Américas corría parejas con su amor a los pesos y doblones de América.⁷⁷

La documentación de Dávila Condemarín es singularmente rica. Conoce el rector la vida de De Pauw, y reconoce su talento. Pero de este talento ha abusado el prusiano con cálculos y conjeturas sobre las características físicas y morales de los americanos, desdeñando a historiadores y testigos oculares, e insistiendo "en que prevaleciera únicamente su mal juicio".⁷⁸ ¡Y eso que no le faltaron críticos y opositores! Dávila ha leído las refutaciones del abate Crocier [*sic*, por Croizier], de Unánue, de Carli, de Pernety y de José Manuel Dávalos.⁷⁹ Sin embargo, también sobre él perdura aún el efecto irritante de De Pauw. Cuando ha terminado su nota polémica, un amigo le llama la atención sobre "la curiosa *Historia del guano de Quito*" de Juan de Velasco, de la cual transcribe, complacido, varios pasajes energicamente anti-depauwianos.⁸⁰

Al final concluye que con eso termina la digresión, tanto más cuanto que "no es éste el objeto principal de este opúsculo", pero vuelve inmediatamente a la carga observando que, si De Pauw hubiese tenido una vida más larga, se habría retractado, ya que "en los últimos años" los europeos se han dado cuenta de "que la providencia divina prodigó toda clase de bienes al suelo americano".⁸¹ Y en cuanto a bienes espirituales, o sea los libros escritos por doctores de Lima, Dávila Condemarín descarga

⁷⁵ J. Dávila Condemarín, *Bosquejo histórico de la fundación (y progresos) de la insignie Universidad Mayor de San Marcos de Lima...*, etc., Lima, 1854.

⁷⁶ *Ibid.*, p. 16.

⁷⁷ *Ibid.*, p. 17.

⁷⁸ *Ibid.*, p. 66.

⁷⁹ Citados, respectivamente, en las pp. 18, 18-19, 20, 66 y otra vez 66.

⁸⁰ *Ibid.*, pp. 67-69.

⁸¹ *Ibid.*, p. 70: ¿alusión al guano del Perú, o al oro de California? ¡En 1854, De Pauw hubiera podido ser más feroz aún que en 1768! Dávila no recuerda que él mismo había lamentado que, con la independencia, habían caído el prestigio y la riqueza de la Universidad (*ibid.*, pp. 26-28).

sobre el miserable De Pauw nada menos que todas las obras de Peralta y Barnuevo, diecinueve impresas, y unas veinte —por lo general tratados de matemáticas y de derecho— aún inéditas. El prusiano queda sepultado bajo esa andanada de infolios: "¿qué contestará De Pauw —sonríe al final Dávila Condemarín— al ver el largo catálogo anterior, de las obras que escribió *solamente* el peruano Peralta?"⁸² Por si tuviera todavía algo que decir, el magnífico rector limeño tiene preparada una lista copiosa de otros autores, varios de los cuales fueron no menos fecundos que Peralta,⁸³ y el refuercito final de un par de citas anti-depauwianas, y el golpe de gracia del elogio de Juan y Ulloa a los ingenios criollos.

Esta vez, la nota está acabada de veras. Pero la insuprimible polémica resurge ya en la nota subsiguiente, que recuerda una especie de solemne y curiosa ceremonia de desagravio por las calumnias de De Pauw, celebrada en Lima el año de 1793;⁸⁴ y más adelante todavía, con la mención explícitamente anti-depauwiana de elogios prodigados a la cultura limeña por el francés Vanieri⁸⁵ y por un periodista inglés de 1826.

¿Basta? No, no basta. "Últimamente, para corroborar cuanto se ha dicho impugnando las falsedades de Pauw", el rector de San Marcos invoca otras autoridades: el *Epítome* bibliográfico de León Pinelo, el "Diccionario de América de Salcedo" [mejor dicho, Alcedo; exactamente, Antonio de Alcedo Herrera], una especie de antiguo *Reader's Digest*, "El espíritu de los mejores diarios",⁸⁶ y finalmente *L'homme américain* de Alcide d'Orbigny.⁸⁷

Ochenta y seis años después de haberse publicado, las acusaciones de De Pauw todavía quemaban, todavía provocaban la respuesta personal y directa, aunque ya no tan airada o escandalizada. Pero volvamos a los primeros años del siglo XIX.

8. CALDAS: EL FRÍO DE LA NUEVA GRANADA

Dos años después de que Unánue publicó sus geniales *Observaciones sobre el clima de Lima*, el ilustre naturalista Francisco José de Caldas, astrónomo y botánico, discípulo y continuador del gran Mutis y compañero en Quito de Humboldt (en vano hizo hasta lo imposible por seguirlo

⁸² *Ibid.*, p. 71.

⁸³ *Ibid.*, pp. 72-75. La lista parece derivada de Montalvo: comprende sólo autores de los siglos XVI y XVII, entre ellos Juan de Castellanos, Garcilaso, Calancha, Antonio de León Pinelo, etc., a los cuales se suma Olavide, pero ningún contemporáneo (*ibid.*, p. 75).

⁸⁴ "El Convictorio de San Carlos dedicó a la Universidad en el año de 1793 un acto público de *filosofía* y *matemáticas* bajo la presidencia del *immortal* señor Moreno [José Ignacio Moreno], cuyas tablas corren impresas. En la dedicatoria, después de aplaudir la vasta erudición en las ciencias, de que en todo tiempo pudo lisonjearse la academia, se contrae a refutar Pauw y señaladamente la proposición sobre Mr. Goudin [sic], dándose también idea del estado de adelantamiento en que se hallan las ciencias en el país. Véase el *Mercurio Peruano*, tomo 8º, pág. 280 y siguientes, en que da noticia de esa función literaria" (*ibid.*, p. 76).

⁸⁵ O sea el jesuita Jacques Vanière, autor del *Praedium rusticum* (1730), ya citado, a causa de este elogio de la cultura de Lima, por Eguiara y Eguren, *Prólogos*, ed. cit., pp. 140-141.

⁸⁶ Sobre esta revista, que duró hasta 1791, y sobre su difusión en América, véase S. de Madariaga, *Cuadro histórico*, op. cit., pp. 198, 804, 813.

⁸⁷ *Bosquejo histórico*, pp. 84-85.

en sus viajes al Perú y a México), iniciaba en Bogotá la publicación del *Semanario del Nuevo Reino de Granada* (1808), y en el primer número insertaba una apologética descripción de su geografía física y económica.

A diferencia de los demás naturalistas americanos, Caldas acepta de lleno las teorías zoológicas de Buffon. Estudioso sobre todo de la física y de la flora del Nuevo Mundo, no intenta siquiera defender su fauna. La memoria que escribió *Sobre la importancia de connaturalizar en el reino la vicuña del Perú y Chile* (1810) comienza con estas palabras: "Cuando comparamos los animales del Antiguo Continente con los del Nuevo, es preciso convenir con Buffon que los nuestros son enanos, mutilados, débiles. . . La llacma, la alpaca y la vicuña nos muestran en pequeño al dromedario y al camello." Pero no por ello, continúa el naturalista práctico, deben ser desdeñados esos auquénidos, que tan útiles son para los transportes, para la alimentación y, la vicuña, por su finísima lana, "la seda del Nuevo Continente". "Sí, la vicuña es un tesoro", insiste Caldas, y pasa a estudiar las maneras de aclimatarla en las sierras neogranadinas de Santa Marta y Santa Fe.⁸⁸

Por lo demás, cuando describe su país, al patriota Caldas —que murió fusilado por los españoles en 1816— no le faltan los motivos de complacencia. En más de un pasaje, la relación se convierte en panegírico. Sobre todo la posición geográfica de la Nueva Granada (la actual Colombia) entusiasma al naturalista. La Nueva Granada "ocupa el centro del Nuevo Continente", por lo cual parece destinada "al comercio del universo". Las riquezas minerales del Perú y de México son igualadas por la de los Andes neogranadinos. ¿Y cuál de estos países podría competir con la situación y con la red hidrográfica del felicísimo Virreinato de Santa Fe? Ciertamente no el Perú, "arrinconado allá sobre una zona estéril en las costas del Pacífico", y tampoco México, aunque se encuentra un poco mejor entre el trópico y la zona templada. "Convengamos: nada hay mejor situado en el Viejo ni en el Nuevo Mundo que la Nueva Granada."⁸⁹

En cuanto al clima, Caldas insiste sobre todo en la variedad de las zonas y de sus productos: desde la fecunda zona tórrida, donde el hombre "adquiere una estatura gigantesca", pero es lento y débil, hasta las regiones andinas con sus robustos habitantes y "mujeres hermosas de bellos colores", y los desiertos y helados altiplanos. Y también en esta variedad

⁸⁸ *Obras de Caldas*, ed. E. Posada, Bogotá, 1912, pp. 481-493. Véase también *infra*, pp. 283-284. Sobre las recientes tentativas de aclimatar los auquénidos en Colombia, véase W. Hellmich, "Die Bedeutung des Andenraumes im biogeographischen Bilde Südamerikas", en *Tier und Umwelt in Südamerika*, op. cit., especialmente p. 89.

⁸⁹ *Semanario de la Nueva Granada*, reedición de París, 1849, pp. 7-8. Y hacia el final del ensayo: "nosotros podemos reunir en un punto los intereses y las riquezas de cuantos habitan este vasto continente" (*ibid.*, p. 29). Otro colaborador del *Semanario*, José María de Salazar, al publicar aquí su *Memoria descriptiva del país de Santa Fe de Bogotá*, lamentaba, en cambio, que la posición de la Nueva Granada no fuera propicia para el progreso civilizado: "pues, alejados por un mar inmenso de la culta Europa, debemos existir en la oscuridad". Pero añadía inmediatamente, como rechazando lejos una injuriosa sospecha: "No es esto adoptar la paradoja del prusiano Pauw, que nos hace incapaces de razón no hallando entre nosotros quien pueda componer un libro" (cf. en efecto las *Recherches sur l'Amérique*, op. cit., vol. II, pp. 166-167). Al contrario: un día el genio americano ofrecerá al mundo "tan admirables. . . las obras del espíritu como las producciones de la naturaleza" (*Semanario*, ed. cit., p. 407). Cf. *supra*, pp. 166-167.

descubre un privilegio singular de su país: "hay pocos puntos sobre la superficie del globo más ventajosos para observar, y se puede decir para tocar, el influjo del clima y de los alimentos sobre la constitución física del hombre, sobre su carácter, sus virtudes y sus vicios".⁹⁰

Esta decisiva importancia atribuida al clima no era del agrado de un compatriota de Caldas, don Diego Martín Tanco, quien se apresuraba a escribirle una carta ingeniosa y vivaz (10 de febrero de 1808) para demostrar que el clima no influye sobre el carácter moral del hombre, ni tampoco sobre su carácter físico, y que todo depende de la opinión y de la educación. En vez de afanarse en demostrar que el clima de América no es nocivo para el hombre, como querían De Pauw y los denigradores del continente, o incluso que es favorable y propicio, como sostenían sus defensores, Tanco corta de raíz la cuestión y afirma, en oposición abierta a Montesquieu, pero apoyándose discretamente en Bernardin de Saint-Pierre, que el clima, de América o del Viejo Mundo, no tiene nada que ver con el carácter. El extremo calor y el extremo frío son igualmente estimulantes de las grandes pasiones. Pero el efecto del calor, que es real sobre la generación y el desarrollo de los animales y de las plantas, no existe para el hombre. En cualquier parte del mundo, cualquiera que sea el nivel del termómetro, se requieren nueve meses para que las mujeres den a luz.

In rebus politicis, no tiene fundamento la tesis según la cual la valentía vive en el Norte, o la libertad en las altas montañas. Existen "montañas monárquicas" (la Saboya, parte de los Alpes, etc.) y repúblicas en las llanuras bajas de Holanda, de Polonia, de la laguna véneta y de la [Nueva?] Inglaterra. Más aún: todos estos territorios, elevados o llanos, han visto sucesivamente gobiernos libres y despóticos. "Ni el frío ni el calor dan a los hombres la energía por la libertad, y todavía menos la injusta ambición de arrebatar la de los otros." Lo mismo puede decirse en cuanto a la pasión amorosa, que los "filósofos climistas" distribuyen entre los varios pueblos —pero reservando siempre para su propia nación el valor bélico y el vigor erótico.⁹¹ La verdad es que "en todos los países el amor es una zona tórrida para el corazón del hombre".

Hay algo más: en un mismo clima existen actores y ermitaños, que ciertamente son más diferentes entre sí que un suco y un chino. Por

⁹⁰ *Semanario*, ed. cit., p. 7.

⁹¹ También Robertson había sostenido que "cold and temperate countries appear to be the favourite seat of freedom and independence" (*History of America*, op. cit., vol. I, p. 343), y Joseph de Maistre había repetido que "c'est au milieu des forêts et des glaces du Nord que nos gouvernements ont pris naissance" (*Étude sur la souveraineté*, en *Oeuvres inédites*, Paris, 1870, p. 319). Y Melville volverá a decir (1849) que "freedom was born among the wild eyries in the mountains", mientras que las llanuras favorecen la esclavitud (*Mardi*, CLXI, en *Romances*, New York, 1931, p. 667). Pero Tanco no sólo adopta la crítica de Hume (véase *supra*, pp. 38-39), sino que en cierto sentido la desarrolla, señalando el oculto motivo político de tantas pseudo-teorías climáticas. Ya Aristóteles había deducido de la posición climática de Grecia, en zona templada, su capacidad para vivir en libertad y aun "para gobernar a todos los demás [pueblos], si alcanzara unidad política" (*Política*, 1327b). Los españoles se persuadieron fácilmente de que el clima de las Indias occidentales predisponía a sus habitantes a ser sometidos a los ibéricos (véase *supra*, pp. 68-70), y más tarde creyeron tenazmente que aun los descendientes de españoles, los criollos, echados a perder por el clima, eran menos aptos para el gobierno que los peninsulares (véase *supra*, pp. 164-165).

otra parte, insiste el ingenioso Tanco con una antítesis aún más sorprendente, "¡qué diferencia tan enorme no se toca entre los griegos del día, charlatanes, aduladores, engañosos, tan amantes de la vida, y los turcos de esos amos, tan silenciosos, altaneros, sinceros y siempre prontos a entregarse a la muerte!"⁹² Y sin embargo desde hace siglos viven en el mismísimo clima y comen idénticos alimentos.

A quien le oponga la diferencia de raza, Tanco responde negando tan fuertemente la influencia de la sangre como la del clima. Esos formidables turcos son, por lo común, genizaros de pura estirpe helénica. Las bayaderas y los ascetas de la India pertenecen a la misma raza. Y no hay delincuente o tirano que no sea hermano o hijo de un filántropo o de un filósofo. El hombre es libre, siempre, de inclinarse al vicio o a la virtud. Así lo quieren de consuno la razón y el sentido moral.⁹³

Para contestar a las extremadas objeciones de Tanco, Caldas compuso el que es tal vez su escrito más conocido, *Del influjo del clima sobre los seres organizados*, en el cual busca el camino intermedio entre aquellos que "nada conceden al clima" y los que le "dan un imperio ilimitado".⁹⁴ El clima *influye* sobre la constitución física, de manera evidente; y de aquí que *contribuya* al carácter moral. La voluntad humana sigue siendo libre de elegir el bien o el mal. También la raza existe, sin duda alguna: rasgos comunes, físicos y morales, caracterizan a muchas familias; pero sobre este punto, que no ha tocado en su discurso, Caldas no se cree obligado a contestar.⁹⁵ Se extiende, en cambio, a propósito del calor y del frío, que "son los que han repartido a todos los animales sobre la tierra" y han modificado sus cualidades. "¿Qué es la onza y el león americano a la frente de los animales que llevan el mismo nombre en el antiguo continente?" Las plantas están igualmente sujetas "a las leyes imperiosas del calor y del frío".⁹⁶ Sólo el hombre vive y domina en todos los ángulos de la tierra.

La segura proveniencia buffoniana de esta rigurosa excepción concedida al hombre resulta clara, ya por los frecuentes elogios al naturalista francés, ya por algunas coincidencias verbales,⁹⁷ o ya por un pasaje, que viene en seguida, en el cual justamente nuestro De Pauw —que había extendido al hombre la degeneración climática descrita por Buffon— es acometido con una vivacidad que no guarda proporción con el punto

⁹² Cf.: "Les Grecs, nous disent leurs ennemis, sont menteurs, perfides, avarés, lâches et rampants; et l'on oppose à ce tableau... celui de la bonne foi des Turcs et de leurs vertus singulières" (Chateaubriand, *Itinéraire de Paris à Jerusalem*, Avant-propos, ed. Paris, 1854, vol. I, p. 22).

⁹³ *Semanario de la Nueva Granada*, ed. cit., pp. 49-55. Cf. Dante, *Paradiso*, VIII, 130-133.

⁹⁴ *Semanario*, p. 111.

⁹⁵ *Ibid.*, p. 115 nota. Sorprende, por lo tanto, ver atribuida a Caldas la paternidad de "la théorie de la formation des races humaines sous l'influence du sol, du climat et de la pression atmosphérique, devenue l'un des lieux communs de l'ethnologie et de la philosophie contemporaines" (J. Mancini, *Bolívar et l'émancipation des colonies espagnoles des origines à 1815*, Paris, 1912, p. 21 nota, con cita de J. M. Vergara y Vergara, *Historia de la literatura en Nueva Granada*, 1867, parte I, p. 393).

⁹⁶ *Semanario*, ed. cit., pp. 121-122.

⁹⁷ Cf. el pasaje de Buffon citado *supra*, p. 14, nota 41 ("l'homme, blanc en Europe...", etc.), y Caldas: "Negro bajo de la línea, aceitunado en Mauritania y en Egipto, moreno en Italia... el color de su tez tiene relaciones constantes con la latitud" (*Semanario*, pp. 123-124). Y compárese lo que dice Buffon sobre la decadencia de los animales domésticos y sobre la consiguiente variabilidad de sus colores

discutido, incidental y secundario. Observa Caldas que la excursión termométrica anual en las regiones elevadas de la Nueva Granada es mucho menos amplia que en el Mundo Antiguo. Pero a las cifras de la escala de Réaumur hace seguir este inesperado desahogo:

No queremos inferir de aquí con Pauw, con este obstinado enemigo de cuanto bueno tiene la América, que el frío de este vasto continente es extraordinario, que él ha extinguido las grandes especies de los animales, que ha debilitado al hombre hasta perder la barba y todos los estímulos por su propagación, que la lactación dura diez años, y, en fin, que el indígena de esas regiones, siempre estúpido, en todas partes insensible, no derrama una lágrima, no exhala un suspiro en medio de los más crueles tormentos. Nosotros no suscribiremos jamás a esos delirios del filósofo de Prusia.

La Nueva Granada no será el África ecuatorial; pero es siempre muchísimo más cálida que Europa. Que calcule De Pauw la diferencia, "y que nos diga si la Nueva Granada es más fría que Prusia, Alemania y todos esos países en donde el hombre se ha perfeccionado; si aquí puede el frío producir las imaginaciones y los sueños que ha forjado, sin garante y sin conocimiento, del más bello y fecundo país del universo".⁹⁸

Ahora bien, el hecho es que De Pauw escribe, en efecto: "se puede observar fácilmente que el aire es menos caliente en el Nuevo Mundo que en el antiguo continente", pero de esta observación, que se encuentra en las primeras páginas de las *Recherches*,⁹⁹ no saca en verdad esa serie de consecuencias que dice Caldas, y que en cambio deriva él, según sabemos, de toda una teoría de humedad, podredumbre y fermentación que implica como factor esencial "el ardor del sol".¹⁰⁰ Sírvanos esto para

(*supra*, pp. 23-24) con lo que dice Caldas: "Los animales domésticos... han corrompido su índole natural... Los colores de su piel se han variado maravillosamente; y han depuesto el vestido sencillo y uniforme que les[el] había dado la naturaleza" (*Semanario*, pp. 153-154). Sólo que en Caldas no hay ninguna deploración por la variabilidad.

⁹⁸ *Semanario*, pp. 126-127.

⁹⁹ *Op. cit.*, vol. I, p. 11: "on peut aisément s'apercevoir que l'air est moins chaud au Nouveau-Monde, que dans l'ancien continent". En cuanto a su alusión a los grandes animales, véase *ibid.*, vol. I, pp. 4, 12; la barba, etc., *ibid.*, vol. I, p. 37; la lactación hasta los diez años, *ibid.*, vol. I, p. 54. El pasaje sobre la insensibilidad de los salvajes parece provenir de las *Recherches*, vol. I, pp. 71-72. A este último propósito, nótese que el mismo Caldas se exime de la descripción de los usos y costumbres, virtudes y vicios de los habitantes de la Nueva Granada: "este objeto... nos atraería el odio y la indignación de nuestros compatriotas" (*Semanario*, p. 128); y que en un escrito de 1803 se preguntaba a qué "causas funestas y contrarias a nuestra felicidad" se debía la decadencia demográfica de los indios (*Viaje de Quito a las costas del Océano Pacífico*, en D. Mendoza, *Expedición botánica de J. C. Mutis al Nuevo Reino de Granada y Memorias inéditas de F. J. de Caldas*, Madrid, 1909, vol. II, p. 62).

¹⁰⁰ *Recherches*, *op. cit.*, vol. I, p. 5; cf. *ibid.*, vol. I, pp. 184-185, 190, etc. Caldas recuerda también a Carli (la exploración arqueológica de América, "... qué trastorno ocasionaría... a los pensamientos de Carli?", *Semanario*, p. 547); al literato Saint-Pierre, a quien considera muy inferior al "Plinio de Francia", o sea Buffon (si bien, en cuanto americano, Caldas tenía que simpatizar, como Unánue, más bien con el primero que con el segundo); a Muñoz (*ibid.*, p. 547) y a Unánue (pp. 482, 501-502); y también a Raynal (*ibid.*, p. 115 nota; citado asimismo por Salazar, *ibid.*, p. 396 nota), por el pasaje que hemos transcrito *supra*, p. 46, nota 54. Desde 1782, un funcionario de Victoria (en la actual Venezuela) pedía a un oficial francés que le consiguiera la famosa obra del abate Raynal (*Journal de voyage du Prince de Broglie*, etc., en *Deux Français aux États Unis*, *op. cit.*, p. 140).

confirmar el hecho de que De Pauw era ciertamente muy conocido como típico denigrador de América, pero poco leído y estudiado en realidad. Al sólo mencionarlo, el criollo culto quedaba fuera de sí por la irritación, y se veía arrastrado, viniera o no a propósito, a descargar sobre aquella víctima consagrada el exceso de su ira patriótica. Sobre la "cabeza de turco" del prusiano caían los golpes ahorrados a la venerable peluca de Buffon.¹⁰¹ De una polémica científica se pasaba, sin más, a una simbólica ejecución en efígie.

9. FRAY SERVANDO TERESA DE MIER Y DE PAUW EN LAS CORTES DE CÁDIZ

Otra ejecución simbólica y clamorosa es la llevada a cabo por el padre Mier, el patriota mexicano archienemigo de los españoles y sostenedor de la tesis de que el cristianismo era ya conocido de los americanos antes de Colón y de que, en consecuencia, éstos no deben nada a España ni al Mundo Antiguo.¹⁰²

Con Mier nos hallamos, claro está, lejísimos de las discusiones acerca de las especies zoológicas y las razas del Continente. (Y más remotos aún de los entusiasmos por el mundo joven, el mundo que está por modelarse *ex novo*). Pero De Pauw era tan leído, y tan sutil la acidez de sus argumentos, que más de una vez Mier demuestra conocerlo, por lo menos indirectamente, y según nos parece más probable, a través de las réplicas de Carli y de otros muchos críticos a quienes Mier menciona y cita a menudo directamente.¹⁰³

¹⁰¹ Cf. Moxó, *supra*, p. 274, nota 51. Desde hacía decenios, Buffon era bien conocido en América. Y si en general era muy respetado, no faltaban algunas reservas, desde el punto de vista de la ortodoxia. En una curiosa carta (anónima: va firmada por "El doctor, que lo mismo es por delante que por detrás", y un garabato), dirigida a don Mariano Joseph de Alcozer, y fechada en Lima a 24 de marzo de 1772, se citan "las obras de Monsieur Buffon, que son bien comunes, y en ellas se hallan catorce proposiciones que justamente le condenó la facultad teológica de París, por haberse metido a extender el pie adonde no le alcanzaba la sábana, como de ordinario les[el] sucede a estos cachibaches de la moda" (p. 7 del autógrafo, en una miscelánea de manuscritos e impresos del siglo XVIII, en el archivo de la Universidad de San Marcos).

¹⁰² Esta tesis (sobre la cual véanse mis *Viejas polémicas*, *op. cit.*, pp. 275-278) ha caído eco, con un siglo de retraso, a la de los apologistas del siglo XVII que habían sostenido que la religiosidad de los chinos (confucianismo) coincidía con el cristianismo. Así, Matteo Ricci y el padre Louis Lecomte, "in his *Mémoires sur la Chine*, ... declared in 1686 that for five thousand years the Chinese had had a knowledge of the true God" (Arnold H. Rowbotham, "The Jesuit Figurists and eighteenth-century religious thought", *Journal of the History of Ideas*, vol. XVII, 1956, p. 473). Por lo demás, ya Lafitau había intentado "to do for America what the Figurists had done for China, that is to say, to bring the country, historically, within the circle of Judaeo-Christian tradition" (*ibid.*, pp. 482-483). El significado de la tentativa de Mier está en el esfuerzo de torcer y utilizar para fines racionalistas y patrióticos aquella tesis de obvio carácter misionero e historiográfico.

¹⁰³ Mier se declara amigo personal de Iturri (*Memorias*, *op. cit.*, p. 318; *Historia de la revolución de Nueva España*... , Londres, 1813, vol. II, p. 726), de Hervás y Panduro (*Memorias*, p. 318; *Historia*, vol. II, pp. 732, 773; Apéndice, p. xxix; *Escritos inéditos*, *op. cit.*, p. 252) y de Muñoz (*Memorias*, pp. 14, 148, 182, 196-198, 220, 222, 224-225; "mi protector", 376; *Historia*, vol. I, pp. 146, 150, 578 nota; Apéndice, p. xix). Además de los autores ya citados, conoce a Feijóo (*Escritos inéditos*, p. 265), a Buffon (*Historia*, vol. I, p. 149; *Escritos inéditos*, pp. 273, 346), cuyos "sueños" en cuanto a la pobreza de la fauna americana fueron refutados por Azara (*Historia*, vol. II, p. 733), a Montesquieu (*Historia*, vol. II, p. 746: América, más importante que España) y a Rous-

El Conde Carli, recordémoslo, había sospechado que De Pauw, tan desdeñoso de todas las antigüedades incaicas, era heredero del ánimo de Fray Vicente de Valverde. Nuestro fray Servando, citando a Carli, dice varias veces que De Pauw se fió de un corresponsal español, o escribió por sugestión de un español,¹⁰⁴ o sencillamente escribió bajo el dictado de los españoles. En su obra más importante, tras de recordar que los tiránicos españoles se deleitan con De Pauw, el cual recogió todos sus vituperios contra América,¹⁰⁵ Mier resume:

es imposible retratar el cuadro con que los pintan [a los americanos] con una pluma teñida en sangre de canibales, aglomerando contra América y sus aborígenes todos los dislates y dicterios que los mismos españoles dictaron a Pauw.¹⁰⁶

Es, pues, "necesario dar también algunas escobadas sobre tanto incómodo escarabajo, despachurrarlos sobre sus propias horduras, y proveer a mis paisanos de un manualito de exorcismos contra semejantes *antuerpias*" [sic].¹⁰⁷

Pero ¿qué dijo ese maldito De Pauw? Siempre pintoresco mucho más que preciso, Mier nos lo hace saber: "dijo que la América es un continente acabado de salir de las aguas; por consiguiente, todo lleno de pantanos y lagunas hediondas y mortíferas", y que "de sus corrompidos estanques ha saltado una casta de ranas llamadas indios". Y, perdiendo la paciencia, concluye: "Éstos son delirios dignos de una jaula."¹⁰⁸

En consecuencia, quien ataca a De Pauw, el enemigo número uno de los americanos, es saludado con entusiasmo por el padre Mier; y quien

seau (*Historia*, vol. II, p. 566: Contrato social; cf. *Escritos inéditos*, p. 214), y, entre los demás personajes de nuestra polémica, a Marmontel (*Historia*, vol. I, p. 342 nota), al padre Molina (*Historia*, vol. II, pp. 619, 726, 730, 734), a Jefferson (*Historia*, vol. II, pp. 726, 730), al abate Raynal (*Historia*, vol. II, pp. 742-744; *Escritos inéditos*, pp. 100, 199, 312), a Robertson (*Historia*, vol. I, pp. 151 ss.; vol. II, Apéndice, p. viii), a Thomas Paine (*Historia*, vol. II, p. 743 nota; *Escritos inéditos*, p. 359), a Unánue (*Historia*, vol. II, p. 622, por un artículo del *Mercurio Peruano*, y *Escritos inéditos*, pp. 330, 337, por las *Observaciones sobre el clima*), y a varios otros menores. Para la bibliografía sobre Mier, véanse mis *Viejas polémicas*, op. cit., p. 266 nota, a lo cual hay que añadir por lo menos: Alfonso Reyes, "Fray Servando Teresa de Mier", en sus *Obras completas*, vol. III, México, 1956, pp. 433-442; Bedford K. Hadley, *The enigmatic Padre Mier*, University of Texas, Department of History (tesis sobre la cual véase *Hispanic American Historical Review*, vol. XXXVI, 1956, pp. 361-362); Francisco de la Maza, *El guadaluparismo mexicano*, México, 1953.

¹⁰⁴ *Memorias*, p. 99.

¹⁰⁵ *Historia*, vol. I, p. xv; pasaje citado *infra*, p. 288. La *Historia* es el más ambicioso esfuerzo literario y teórico de Mier, quien estaba especialmente satisfecho de su libro XIV (véase *ibid.*, vol. II, p. 563; *Escritos inéditos*, pp. 63, 132, 234 nota, 249 y 272). Pero no podemos discurrir de Gervinus, que la juzgó "eine breite, ungeschickte Streitschrift" (*Geschichte des neunzehnten Jahrhunderts*, ed. cit., vol. III, p. 69), ni del mexicano Lorenzo de Zavala, que la definió "escrito indigesto" (citado por E. O'Gorman, Prólogo a su antología de Mier, México, 1945, p. xiv).

¹⁰⁶ *Historia*, vol. I, p. 285; *Escritos inéditos*, p. 341.

¹⁰⁷ *Historia*, vol. I, p. xvi. De Pauw es "el escarabajo prusiano" también en *Escritos inéditos*, p. 297. "La Antuerpia es un jabalí marino de que se vio uno el año de [15]37" (Antonio de Torquemada, *Jardín de flores curiosas*, Salamanca, 1570, citado por A. Reyes, "De un autor censurado en el Quijote [Torquemada]", *Cuadernos Americanos*, año VI, 1947, núm. 6, p. 219).

¹⁰⁸ *Memorias*, pp. 99-100. Omíto alguna expresión que reaparece idéntica en el pasaje citado más adelante.

lo defiende o adopta y desarrolla sus tesis, es su archienemigo personal. Fray Servando no se cansa de expresar su admiración por el eruditísimo filósofo Carli.¹⁰⁹ Aunque se profesa siempre devoto y amigo y admirador de Muñoz, recuerda con gusto la *Carta* polémica de Iturri. Y cuando Pedro de Estala compiló su *Viajero universal* y "copió contra la América y especialmente contra México todos los absurdos y desatinos de Pauw y sus secuaces Raynal, Robertson y Laharpe", Mier, incapaz de reprimirse, lo atacó con aquellos sarcasmos que renovaron la larga serie de sus calandades judiciales.¹¹⁰

Pero el episodio culminante de esta lucha a muerte se verificó cuando el Consulado de México propuso (1811) a las Cortes de Cádiz que se limitara la representación parlamentaria de la Nueva España, dado que de sus seis millones de habitantes, tres eran indios, dos mestizos, y la mitad del millón de blancos era incapaz de derechos políticos; por otra parte, se hacía notar que en México "dominaba el humor o el genio indolente y sensual" y los indígenas eran generalmente "ruines y estóltos". Furioso por este inesperado ataque de la retaguardia, Mier, haciéndose eco —o mejor, altoparlante— de la indignación de los delegados americanos, acusó con su acostumbrada vehemencia y pertinacia al portavoz del Consulado, Francisco Javier Lambarri, de haber recogido las peores calumnias de De Pauw para justificar con ellas la sujeción de los americanos.

Lo que ocurrió en Cádiz —"esta negra y parda escena", escribe Mier, que la observó desde lo alto de las tumultuosas galerías de la asamblea— "merece particular y radical exposición". Y la exposición comienza, tomando las cosas desde el origen, en forma casi fabulística: "Hubo un incrédulo llamado Pauw que nació en Prusia. . .", aunque la verdad es que debe de haber escrito su libro "más allá de los círculos polares", según es la ignorancia "supina y absoluta" que demuestra de América y de las cosas americanas. Ese prusiano imaginó

que la América era un continente efectivamente nuevo, recién salido de las aguas del océano; y estando, por consiguiente, a medio secar todavía e impregnado de sus sales, era incapaz de producir árbol, ni madurar fruto alguno. Sólo podían hallarse en él juncos, hongos, espinos y reptiles. De las lagunas y pantanos cenagosos de que está lleno aún, había saltado una especie de ranas llamadas indios, que llegaron a hablar alguna jerga ruda y, por tanto, se les debía colocar como una especie media entre los hombres y los monos orangutanes. . .

También esta vez la conclusión es que debían encerrar a De Pauw en un manicomio. Pero Voltaire —tanta era la impía frivolidad del siglo— alabó el espíritu escéptico de aquel "filósofo", y por añadidura "dos plumas tan elegantes" como la de Robertson y la de Raynal escribieron "bajo la férula de Pauw". Cierto es que bajaron al ruedo, para

¹⁰⁹ *Memorias*, pp. 100, 258; *Historia*, vol. II, pp. 726, 730 ("un filósofo tan grande como Carli"), 737; Apéndice, p. xxi, y una media docena de veces en los *Escritos inéditos*. Cita asimismo con aprobación a otros italianos de su siglo: Muratori (*Escritos inéditos*, p. 146), Filangeri (*Historia*, vol. II, p. 629; *Escritos inéditos*, p. 113), y el italiano que escribió sobre los quipus (*Historia*, vol. II, Apéndice, p. xviii), o sea el Conte di San Severo, autor anónimo de la *Lettera apologetica*, Napoli, 1750.

¹¹⁰ *Memorias*, pp. ix, 375-376.

combatirlo, hombres como Carli, Clavigero "en sus disertaciones unidas a su *Historia de Méjico antiguo*", Molina, "Madisson en la [*Historia*] de la Virginia",¹¹¹ Iturri, Valverde¹¹² "y otros muchos". Ciertamente es que un académico de Berlín, "M. Pelletier",¹¹³ lo impugnó dos veces, y la segunda de ellas lo obligó a defenderse con la declaración de "que lo había engañado su corresponsal español". ¿Español? Fray Servando se frota las manos como un juez que ha obtenido la confesión del reo. "Ya me creía yo que sólo a tal influjo pudiera un extranjero escribir contra los americanos con una pluma, como dice Carli, teñida en sangre de caníbales."¹¹⁴

10. OTRAS REACCIONES HISPANOAMERICANAS: LA JUVENTUD DEL NUEVO MUNDO

Menos ricos de tradiciones culturales, menos infatuados de tesis teológicas, menos sensibles a calumnias climáticas, los patriotas del Río de la Plata reaccionaban a los vituperios europeos sobre todo reivindicando la impetuosa juventud de las naciones americanas. Mariano Moreno, ferviente secuaz de Rousseau,¹¹⁵ reimprimó (1810) en la *Gaceta de Buenos Aires* la defensa jeffersoniana de los americanos —de todos ellos—, pueblo enérgico y gallardo.¹¹⁶ Los criollos no estaban por debajo de los españoles. Los criollos no están por debajo de los yanquis.

En la *Lira argentina*, colección de las composiciones poéticas y patrióticas que salieron a la luz de 1810 en adelante (obra publicada en Buenos Aires en 1824), la antítesis de Mundo Nuevo y Mundo Viejo se repite con insistencia fastidiosa, con la fácil, complacida monotonía de las frases hechas y consagradas. El Mundo Nuevo se representa allí como asilo, esperanza, suprema ciudadela de la humanidad. En Venezuela y en el Perú, el mismo concepto se coloreaba de equívocos sofismas rousseauianos. El maestro de Bolívar, por ejemplo, transformaba el axioma de Jean-Jacques acerca de la superioridad ética del estado de naturaleza sobre la corrompida sociedad, en un crisma conferido a la misión

¹¹¹ *Sic*, pero ningún escrito de James Madison corresponde a la cita. Parece probable que Mier, siempre descuidado, escribió "Madisson" en lugar de Jefferson, autor de las *Notes on Virginia*. (Recuérdese, sin embargo, que Madison colaboró en el *Federalist*, sobre el cual véase *supra*, p. 231).

¹¹² Sobre Antonio Sánchez Valverde (*Idea del valor de la Isla Española*, etc., 1785; *Disertación sobre el origen del morbo gálico*, en polémica con De Pauw: cf. *Escritos inéditos*, p. 316), véase también *Historia*, vol. II, pp. 734, 744.

¹¹³ También éste parece ser un dislate de Mier: Pelletier por Pernety.

¹¹⁴ La misma metáfora es empleada por Mier en la *Historia*, vol. I, p. 285 (pasaje citado *supra*, p. 286) y en las *Memorias*, p. 99. La figura de la pluma teñida en sangre era corriente, y referida de ordinario a Dracón. Ya en el prólogo de *The Jew of Malta*, Marlowe hacía decir a Maquiavelo: "Laws were then most sure, / when like the Draco's, they were writ in blood". Un periódico español de 1765, al dar noticia del proyecto de constitución para Córcega preparado por Rousseau, proclamaba la seguridad de que "el Sr. Rousseau no había teñido en sangre la pluma como hizo Dracón" (*Spell*, op. cit., pp. 43-44). Pero el apasionado Mier, siguiendo a Carli (véase *supra*, p. 218 y nota 369), prefiere una imagen más deformada.

¹¹⁵ *Spell*, op. cit., pp. 235-238. Sobre la influencia de Rousseau en la Argentina debe verse asimismo Enrique Ruiz Guíñazu, *Epifanía de la libertad*, Buenos Aires, 1952, pp. 81-114.

¹¹⁶ H. Bernstein, "Some Inter-American aspects of the Enlightenment", en *Latin America and the Enlightenment*, op. cit., p. 64. Cf. *supra*, p. 169.

continental de las Américas, tan ingenuas y puras y merecedoras de independencia, cuanto Europa era civilizada, y por lo tanto decadente.¹¹⁷

Obtenida la independencia, a los publicistas de las nuevas naciones les pareció aún más acentuado su estado de virginal pureza. Para ellos, vistos en los esquemas de Rousseau, la ruptura del vínculo político con España se traducía en una especie de rescisión del "contrato social", en una *restitutio in pristinum*, en un retorno a la inocencia primigenia. Exagerando, según su costumbre, el peruano Vidaurre decía en 1816: "Los habitantes de las Américas que fueron españolas... restituidos al estado de la naturaleza, libres e independientes... son más perfectos que en los días próximos a la creación."¹¹⁸ Son como Adán, pero con la esperanza por añadidura. Son como Emilio, pero un Emilio adulto, victorioso y legiferante.

Esta transfiguración retórica nada añadía, naturalmente, al justo derecho de los americanos, del Norte y del Sur, colonos protestantes y criollos católicos, de gobernarse por sí mismos, y de constituirse una civilización propia. Pero confería a sus pretensiones aquella misma abundante justificación, entre fisiológica y goliárdica, en virtud de la cual los "jóvenes" tienen mayores derechos que los "viejos", y el asalto de lo "nuevo" es más legítimo que la resistencia de lo "antiguo".

Ese fogoso frenesí era ya satirizado por Goethe, en términos generales, en la escena del Baccalaureus (1826-1830). Y los filósofos nos enseñan que "la historia... no conoce vejez ni juventud de pueblos ni de individuos en el sentido fisiológico".¹¹⁹ Pero el episodio es interesante y significativo precisamente por su falta de lógica. Tan vano y huero es el epíteto de una edad de la vida aplicado a una nación, o a un continente, que, en el caso de América, de los mismos datos de hecho se dedujo con idéntica facilidad lo mismo su "juventud" que su "decrepitud", y fue igualmente sencillo deducir, de su pretendida "infancia", corolarios

¹¹⁷ Véase Mariano Picón Salas, "Rousseau en Venezuela", comunicación leída en la Primera Conferencia Interamericana de Filosofía (1943), de la cual da cuenta M. Bunge en *Minerva*, Buenos Aires, núm. 2 (1944), pp. 163-164. Siguiendo la misma línea ideal, en Europa, el hegeliano Michelet veía "l'ultimo avvenire del genere umano, lo svolgimento estremo del selfgovernment democratico" precisamente en aquellas islas, entre América y Oceanía, que Hegel había marcado ya con la etiqueta de "inmaduras" (véase Croce, *Saggio sullo Hegel*, op. cit., p. 140).

¹¹⁸ M. Vidaurre, "Discurso a la Asamblea de Panamá" (22 de junio de 1826), en *Suplemento a las Cartas americanas*, op. cit., p. 144.

¹¹⁹ B. Croce, "False lezioni attribuite alla storia", en *Il carattere de la filosofia moderna*, op. cit., p. 231: "la storia... non conosce vecchiezza e gioventù di popoli né d'individui nel senso fisiologico"; y véase R. G. Collingwood, *The New Leviathan*, Oxford, 1942, pp. 158-159. Y lo mismo repiten sociólogos y economistas, desde Frédéric Le Play (*La réforme sociale* [1864], en *Économie sociale*, ed. F. Auburtin, París, 1891, pp. 24-27) hasta Luigi Einaudi ("Non esistono paesi giovani e paesi vecchi", etc. [1948], en *Lo scrittoio del presidente*, Torino, 1956, p. 39). En particular, "los dictados de *vieja Europa* y *joven América* son una sugestión permanente de errores" (J. B. Terán, *La salud de la América española*, París, 1926, p. 170). Y L. Romier (*Qui sera le maître, l'Europe ou l'Amérique?*, 1927) parte del principio de que "a people is neither young nor old" (citado por W. T. Spoerri, *The Old World and the New*, Zürich-Leipzig, 1937, p. 131); tesis adoptada, en polémica con los europeos, por el norteamericano Malcolm Cowley (cf. *New York Times Book Review*, February 24, 1946). Pero ya otro clarividente norteamericano había escrito: "those who say, Dominora [= Inglaterra] is old and worn out, may very possibly err. For if, as a nation, Dominora be old —her present generation is full as young as the youths in any land under the sun" (H. Melville, *Mardi*, 1849, clxx, ed. cit., p. 663).

opuestos: un gran porvenir por delante, o una insanable inmadurez e impotencia de todo progreso. La misma ambigüedad del término "infancia", que puede valer como sinónimo de divina inocencia o de senilidad precoz, o chochez, se prestó a las alternativas de la polémica y a las variaciones del mito, y durante largo tiempo fue obstáculo para el más exacto conocimiento de América y de los americanos.

11. EL HONDUREÑO JOSÉ CECILIO DEL VALLE Y LA MISIÓN DE AMÉRICA

Más tardías, según la cronología, pero no desde el punto de vista ideológico, son las polémicas contra De Pauw que florecieron en la América Central simultáneamente con los movimientos de independencia. Aun en los casos en que han leído a Humboldt, estos escritores se mantienen en la atmósfera intelectual del siglo XVIII; y es siempre su patriotismo, no el nuevo espíritu científico, lo que reacciona en ellos contra las calumnias prusianas. Sus argumentos, por consiguiente, son todavía los mismos de que se habían servido los primeros adversarios de De Pauw, enardecidos a veces por una más cálida elocuencia y por el mayor fervor de quien habla *pro domo sua*. Son ecos tropicales y políticamente apasionados de las diatribas de una generación anterior; y desconocen los desarrollos y las revisiones de la tesis primitiva.

Cuando en el territorio de lo que fue la Nueva España se establecía el imperio criollo de Agustín de Iturbide, el rector de la Universidad de México, Agustín Pomposo Fernández, traducía y publicaba las *Lettere americane* de Carli. La apología del italiano, vieja ya casi de medio siglo, servía aún para la "rehabilitación" de América.

El Secretario de Estado y de Relaciones Exteriores de ese mismo Imperio Mexicano (1823), el hondureño José Cecilio del Valle —célebre por haber redactado la Declaración de Independencia de la América Central (15 de septiembre de 1821), y, después de haberse opuesto a la incorporación de Centroamérica a México, elegido presidente de la nueva República Centroamericana: uno, pues, de los más ilustres "próceres" del Nuevo Mundo—, nos presenta relieves aún más característicos en su refutación de De Pauw y de otros escritores del Mundo Antiguo.

Hombre de muchas lecturas, político conservador hasta el momento de la Independencia, y luego casi utópico, publicista de vena briosa, siempre elocuente y persuasivo por aquel tono de moderación y de ponderación que había aprendido de sus modelos franceses, Valle es un perfecto discípulo de los escritores de la Ilustración. Tampoco en él hay una sola alusión a la romántica "juventud" de América.¹²⁰ Ningún entusiasmo, jamás, por las revoluciones. Todo había que esperarlas de graduales reformas y de la acción prudente de las autoridades.¹²¹ No menos típica de su ideología prerromántica es la exaltación de las ciencias matemáticas,

¹²⁰ *Juventud* es todavía para él (como para los *philosophes*) un atributo negativo. Véase por ejemplo el augural deseo (1831) de que "a esta época de juventud, volubilidad, exaltación y movimientos, suceda la de madurez, experiencia, firmeza y tranquilidad" (*Obras de José Cecilio del Valle*, Guatemala, 1929-30, vol. I, p. 200).

¹²¹ La prudencia, la circunspección, la cautela se recomiendan varias veces como necesarias a los gobiernos: véanse ejemplos en *Obras*, ed. cit., vol. I, pp. 37 (año 1824), 47 (1824-25), 102 (1825).

o causa de su utilidad práctica y —alégrense las *âmes sensibles*— de sus tendencias piadosas y filantrópicas. En América se ha derramado tanta sangre porque las masas "no han sido dirigidas por el genio de las matemáticas", las cuales —¿quién lo hubiera dicho?— "son eminentemente sensibles a todos los [males] que sufre nuestra especie. Donde puede haber lágrimas, allí están las matemáticas meditando y calculando para disminuir su número", dirigiendo la estrategia y la táctica, resolviendo científicamente las batallas, etc.¹²²

El estudio de la economía política, de Adam Smith, de Ricardo y de Jean-Baptiste Say, enriquecía los intereses mentales de Valle y le hacía considerar con cierto realismo la "pobreza" de las naciones americanas en medio de la "riqueza" de su naturaleza. Pero las doctrinas de su vengado maestro y amigo Jeremy Bentham, el filósofo del utilitarismo —con quien estaba en correspondencia—, reforzaban su confianza básica en la virtud soberana de la Razón que alumbraba al mundo, disipa el mal y promueve el progreso de todos los pueblos, en línea recta, hasta el infinito.¹²³ Muchas instituciones, leyes bien concebidas y la administración paternal del Gobierno aseguran la felicidad y la grandeza de los pueblos. En cuanto a la religión, Valle le rinde el frío homenaje del deísta; y aborrece el oscurantismo clerical.

La naturaleza de América es paradisíaca. Pero el sistema político de España era nefando. Y las leyes humanas actúan como las de la naturaleza. Los errores de las leyes humanas destruyen los beneficios de las leyes de la naturaleza.¹²⁴ He ahí por qué América está tan retrasada, no

¹²² *Obras*, ed. cit., vol. I, p. 220. Cf. A. Gerbi, *La política del Settecento*, op. cit., pp. 97-98. La idea de que la guerra científica es más humanitaria y menos cruenta era sostenida por John Donne (*Sermon XXXVI*, ed. cit., p. 710), satirizada por Thomas More (1598) y por La Bruyère (*Des jugements*, § 119, ed. Pléiade, p. 403), adoptada por Helvetius (*Épître sur les arts*, ed. de las *Poésies*, 1781, p. 93), y todavía en tiempos de Valle por Luis Napoleón, quien escribía (1835): "plus l'art de la guerre s'est perfectionné et moins les batailles sont devenues sanglantes" (P. E. Schazmann, "Napoleón III précurseur de la Société des Nations", *Revue Historique*, vol. CLXXIX, 1937, pp. 368-371).

¹²³ Sobre la singular fortuna de Bentham en la América hispánica, véase E. H. Valle, *La formation du radicalisme philosophique*, II, *L'évolution de la doctrine utilitaire de 1789 à 1815*, ed. cit., pp. 277-278, 364-365; R. H. Valle, "J. Bentham en el pensamiento americano", *La Prensa*, Buenos Aires, 25 de mayo de 1947; A. Rojas, "La batalla de Bentham en Colombia", *Revista de Historia de América*, México, 1950, núm. 29, pp. 7-66. Sobre su interés por los Estados Unidos, véase Chilton Williamson, "Bentham looks at America", *Political Science Quarterly*, vol. LXX (1955), pp. 543-551.

¹²⁴ "Las consecuencias eran, en sistema tan triste, necesarias como los efectos que producen las leyes de la naturaleza" (artículo de 1822, en *Obras*, ed. cit., vol. II, p. 166). No existe una recopilación completa de los numerosos artículos, estudios, discursos y cartas de Valle. El Gobierno de Honduras patrocinó en 1881 una edición que debía comprender tres volúmenes, pero de la cual sólo se publicó (Tegucigalpa, 1914) el primero, cuya impresión se había iniciado en 1906, que es la fecha que figura en la portada. Los descendientes de Valle emprendieron otra recopilación, que debía tener cuatro volúmenes, dos de los cuales se publicaron en Guatemala, 1929-1930. Cf. también R. H. Valle, *Bibliografía de don José Cecilio del Valle*, México, 1934; y del mismo autor, un artículo en la *Revista Mexicana de Sociología*, vol. VI (1944), pp. 7-18; la vieja biografía de don José Cecilio, por Ramón Rosa (1882), antepuesta a las dos ediciones modernas (y reimpresa en Tegucigalpa en 1943 y en 1948); el estudio de Virgilio Rodríguez Beteta, *El amigo de la América* (1917), reimpreso en *Obras*, vol. II, pp. v-xxxii; y Fr. D. Parker, "José Cecilio del Valle, scholar [?] and patriot" (en realidad se ocupa sólo de su actuación política), *The Hispanic American Historical Review*, vol. XXXII (1952), pp. 516-539.

obstante sus privilegios físicos. Es miserable e inculta, aunque hermosísima. La alternativa del célebre verso de Filicaia (1690) en el soneto a Italia, "Deh fossi tu men bella, o almen più forte", no habría sido del agrado del hondureño. Para su América, Valle quiere la fuerza y la belleza al mismo tiempo: "Lo que deseamos es que esta mitad del Globo sea en lo político tan hermosa como es en lo físico."¹²⁵

De aquí dimana una doble polémica: contra las reales deficiencias políticas, y contra las pretendidas deficiencias físicas de América. A las primeras, ya lo sabemos, se pondrá remedio con sabias leyes: el intelectualismo y el paternalismo de Valle le hacen volver a soñar el antiquísimo sueño platónico del rey-filósofo, aunque duda que este ideal pueda ser compatible con aquellos otros ideales, de libertad y de democracia, en los cuales se fundaba la reciente independencia de América.¹²⁶

Pero las segundas, las deficiencias físicas, simplemente no existen. La América Central es una tierra bendita de Dios. Desde cualquier punto de vista que se la considere, Guatemala (o sea la antigua Audiencia, que comprendía el territorio de las cinco repúblicas que actualmente se extienden entre México y Panamá) es la perla del Continente: "es su bello central, es su porción más distinguida."¹²⁷

Así, pues, al toparse con De Pauw, Valle reconoce de golpe al Enemigo. Desde el primer número de su periódico *El Amigo de la Patria*, alegoriza al hombre de ciencia, al "sabio", en la persona de Humboldt, que visitó las dos Américas, con larga fatiga y graves peligros, "para desmentir a los que hacían cuadros horrorosos de esta bella mitad de la tierra, para vindicarnos de las injurias de Pauw y de los que decían que los americanos somos condenados a la ignorancia por el influjo del clima".¹²⁸

Entre cuantos europeos han escrito sobre el Nuevo Mundo, De Pauw es elegido como exponente típico de la insana fobia: "Casas lloraba; y Pauw deliraba."¹²⁹ Al fin, José Cecilio del Valle lo encara directamente, circunscribiéndose a defender (como antes Caldas la de la Nueva Granada) la situación geográfica de Guatemala, de la cual asegura que es preferible a la de Francia y España, y de un valor "superior al de los reinos más poderosos de Europa". Quienes no conocen la zona tórrida, la han denigrado por vano orgullo y malévolos ignorancia. Muñoz ha declarado que su suelo es "ingrato, confuso y pobre". Buffon ha encontrado en él

¹²⁵ *Obras*, ed. cit., vol. II, p. 189 (artículo de 1820). Entre los medios propuestos, recordemos la apertura del Canal de Nicaragua, del cual esperaba Valle resultados portentosos ("la población del mundo se duplicaría o triplicaría"), pero que consideraba prematuro en 1826, a causa de la debilidad política de Nicaragua (*Obras*, vol. I, pp. 134, 138).

¹²⁶ "Yo oso pronosticarlo. Si la civilización de Europa sigue en el movimiento que tiene, los sabios o reyes que lo sean tendrán al fin los cetros, y las naciones serán menos infelices... La América está en posición diversa de la Europa. ¿Cuáles serán sus destinos a vista de la marcha que ha tomado?" (*Obras*, vol. II, p. 329 nota; estudio de 1830). Durante el delirio de la enfermedad que lo llevó a la muerte, repetía Valle sus proyectos para la Presidencia: "me rodearé de sabios de Europa, amigos míos, a quienes haré venir para asegurar el bien de la patria" (biografía antes citada del doctor Rosa, en *Obras*, vol. I, pp. xcvi-xcvi). Y véase la cita explícita del famoso pasaje de la *República* de Platón, en *Obras*, vol. I, p. 187 (escrito de 1829).

¹²⁷ *Obras*, vol. II, p. 88 (1821).

¹²⁸ *Ibid.*, vol. II, p. 9 (1820).

¹²⁹ *Ibid.*, vol. II, p. 58; y añade; "Hay en ellas [obras escritas sobre América] errores vergonzosos."

pocas zonas susceptibles de cultivo. De Pauw ha visto allí "una naturaleza degradada... fecunda solamente en animales dañinos, en insectos y mosquitos, en serpientes y sabandijas. Es el país de la putrefacción, escribe otro,¹³⁰ de las úlceras y sudor, de las diarreas y fiebres pútridas".

Valle responde que el europeo "vive alegre y gozoso en el país de horror y muerte... cría rebaños en las tierras de serpientes", y que Humboldt, el más ilustre y moderno de los grandes naturalistas, no se cansa de admirar la majestad y el soberbio vigor de la naturaleza americana.¹³¹ El suelo del continente es de una prodigiosa fecundidad. Todos (o casi todos) los vegetales del Viejo Mundo se han dado aquí maravillosamente. "Hubo escritores que escandalizaron al mundo diciendo que son improductivas las tierras más fértiles que ha creado el poder de Dios. Pauw, calumniador de la América, hombre de sistema y jamás de razón, osó afirmar que es estéril nuestro suelo...";¹³² pero la afrenta es rebatida con una pormenorizada enumeración de los ricos y variados productos del feracísimo y afortunadísimo continente. "Recordémoslo con gozo puro. La América es la que ha dilatado más los límites de la Botánica."

Todos los principales naturalistas de Europa han venido a recoger plantas y a disecar flores en este "inagotable" continente. Valle, "amigo constante de los vegetales",¹³³ los cita uno por uno, "con gozo puro", y los hace desfilar ante nuestros ojos con sus herbarios, sus sacos en bandolera y sus cajitas de semillas. Hoy posee América las plantas de todas las partes del mundo; y entre ellas, las que son más útiles para la humanidad doliente. "La especie humana sufre menos por las producciones de la América y los trabajos de sus hijos."¹³⁴

Mucho más sumaria es la apología de las riquezas minerales de América, ya sea porque la de metales preciosos era indiscutida y casi prover-

¹³⁰ En nota, Valle cita "Wilson, Observaciones relativas al influjo del clima", o sea, probablemente, la obra de Alejandro Wilson, citada con el título *Influencia del clima en los cuerpos animados* en una tesis defendida por el bachiller Micael Benegas, discípulo de Unánue, acerca de la influencia de la luna sobre las enfermedades (Lima, 1798). A su regreso de México, Valle llevaba consigo, entre sus demás libros, "Williamson Hugh, Observaciones sobre el clima en diferentes partes de América, comparado con el clima de las partes correspondientes del otro continente" (*Obras*, vol. I, p. 85), o sea la memoria *An attempt to account for the change of climate which has been observed in the Middle Colonies of North America*, presentada a la Philosophical Society en 1770, llena de esperanzas en el feliz influjo del clima norteamericano, cuyo mejoramiento atribuía el autor al cultivo más intenso de las tierras (Chinard, art. cit., 1947, p. 45; cf. Martin, *op. cit.*, p. 207). Herder (*Ideen*, VII, 5; trad. francesa cit., vol. I, p. 344) cita a "Williamson *Essai sur les causes du changement de climat*, Recueil de Berlin, t. VII", y también (*ibid.*, VIII, 1; trad. cit., vol. II, p. 14) a "Wilson, *Observations sur l'influence des climats*".

¹³¹ *Obras*, vol. II, p. 80 (artículo de 1821). Además de los autores citados en el texto, Valle conoce las obras de otros defensores o denigradores de América: entre los antiguos, al padre Acosta, al Inca Garcilaso, al padre Cobo; entre los modernos, a Raynal, Ulloa, Bernardin de Saint-Pierre, el padre Clavigero (vol. I, p. 112), el padre Molina y el padre Iturri (vol. II, p. 94).

¹³² *Obras*, vol. II, p. 112 (1821). También en otro lugar, Valle opone el "sistema", o "prejuicio", a la "razón"; a propósito de De Pauw escribe: "El espíritu sistemático de Europa se descubre aun en los libros de los filósofos" (vol. II, p. 58).

¹³³ *Obras*, vol. I, p. 167 (1826).

¹³⁴ *Ibid.*, vol. II, p. 105; cf. las páginas precedentes. El economista patriota no pierde ocasión de instar a sus conciudadanos a curarse con los simples nacionales, en vez de enriquecer a los boticarios europeos comprando sus específicos (o "especialidades"), que llegan a América envejecidos y ya sin fuerza curativa...

bial ("digámoslo con dulce satisfacción: oro, plata, América son palabras que significan una misma cosa"),¹³⁵ ya porque resultaban simplemente ridículas ciertas insinuaciones acerca de los metales útiles, como, por ejemplo, la de que el hierro de América era menos duro que el europeo: "el metal es uno en toda la naturaleza".¹³⁶ Sólo a los animales y fieras de América no parece que Valle se preocupara de defenderlos.

El motivo de la omisión puede ser la dificultad de considerar la riqueza de la fauna sobre el mismo plano de la abundancia de los minerales y de la opulencia generosa de la tierra, esto es, sobre el plano de una enorme riqueza potencial que se halla a disposición de los pueblos centroamericanos (a condición de darse buenas leyes), que es lo que Valle se complace en presentarnos a cada paso con derroche de proféticos colores.

A diferencia de tantos otros polemistas, impulsados por la irritación contra De Pauw a denigrar a Europa, Valle, fiel a su ascendencia intelectual, no tiene sino palabras de entusiasmo para la civilización, la inagotable fertilidad de ingenios y el progreso irresistible de la vieja Europa. ¿Cuánto tiempo —se pregunta— será necesario para que América sea tan "ilustrada" como Europa?¹³⁷ Pero la situación política de Europa, bajo el yugo de la Santa Alianza, llena de espanto al americano libre. Las intervenciones de las potencias absolutistas para reprimir insurrecciones y abolir constituciones le sugieren a Valle la amenazadora profecía: "Si unos Estados quieren mezclarse en la administración de otros, la América será, como la Europa, un caos de sangre, de muerte y de horror".¹³⁸ En cambio, si América obedece a su vocación, si se hace cada vez más unida e independiente —Valle invocó una federación americana al mismo tiempo que Bolívar, y el principio de que las potencias europeas quedaran excluidas de los asuntos americanos, con anterioridad a Monroe—,¹³⁹ su

¹³⁵ *Ibid.*, vol. II, p. 95 (1821); cf. *ibid.*, pp. 72-74 (1821).

¹³⁶ *Ibid.*, vol. II, p. 100 (1821); cf. *supra*, p. 54.

¹³⁷ *Ibid.*, vol. II, p. 120 (1821); cf. vol. II, p. 51 (1821). Y también: "la Europa es el ornamento más bello del mundo civilizado", vol. I, p. 171 (1829); cf. vol. I, pp. 174 y 212-213 (1831).

¹³⁸ *Ibid.*, vol. II, p. 360 (1823); sobre el principio de la no-intervención, cf. también vol. I, pp. 126-130 (1826). Valle, republicano e ilustrado, no tiene simpatía alguna por los grandes imperios ni por las empresas de la política. Cita a Maquiavelo con abierta desaprobación, y con la consabida reserva de que quizá "se propuso hacer odiosa la tiranía descubriendo sus horrores" (vol. I, pp. 245-246; vol. II, p. 293 nota, escrito de 1824). De Rusia dice que "será mal administrada mientras sea colosal" (vol. II, p. 85; 1821); del imperio británico, que Guatemala dominará un día los océanos y arrebatará "a los bretones el cetro con que los han oprimido" (vol. II, p. 81; 1821); y del imperio romano, que la Urbe fue "patria de los tiranos que en la oscuridad de la noche, en medio de las tempestades, se dividían tranquilamente la extensión de la tierra" (vol. II, p. 160; 1822). Pero Valle es también capaz de agudas observaciones sobre las relaciones entre la geografía de un país, su organización político-económica y su historia, por las cuales merecería un sitio entre los precursores de la "geopolítica" (véase por ejemplo vol. II, pp. 81, 291, etc.); y está convencido de que la economía es la base de la política, y de que enriquecerse será para las repúblicas americanas el mejor camino para hacerse de veras independientes, libres y soberanas (véase vol. I, p. 214; 1831). Cf. *supra*, p. 84.

¹³⁹ Sobre la federación panamericana, véase vol. II, pp. 206-209 (1822), y sobre Valle como "panamericano", véase por ejemplo Ph. Leonard Green, *Pan American progress*, New York, 1942, pp. 10-11, y Parker, art. cit., pp. 528-529. El Congreso Interamericano debía proponerse como primer problema "el plan más útil para que ninguna

civilización podrá elevarse hasta el nivel excelso de su naturaleza, su ejemplo será un reto a todos los tiranos y una ayuda a todos los oprimidos, "y la libertad de América hará por último que la tierra entera sea libre".¹⁴⁰

provincia de América sea presa de invasores externos, ni víctima de divisiones intestinas". Monroe formuló su famosa declaración el 2 de diciembre de 1823.

bial ("digámoslo con dulce satisfacción: oro, plata, América son palabras que significan una misma cosa"),¹³⁵ ya porque resultaban simplemente ridículas ciertas insinuaciones acerca de los metales útiles, como, por ejemplo, la de que el hierro de América era menos duro que el europeo: "el metal es uno en toda la naturaleza".¹³⁶ Sólo a los animales y fieras de América no parece que Valle se preocupara de defenderlos.

El motivo de la omisión puede ser la dificultad de considerar la riqueza de la fauna sobre el mismo plano de la abundancia de los minerales y de la opulencia generosa de la tierra, esto es, sobre el plano de una enorme riqueza potencial que se halla a disposición de los pueblos centroamericanos (a condición de darse buenas leyes), que es lo que Valle se complace en presentarnos a cada paso con derroche de proféticos colores.

A diferencia de tantos otros polemistas, impulsados por la irritación contra De Pauw a denigrar a Europa, Valle, fiel a su ascendencia intelectual, no tiene sino palabras de entusiasmo para la civilización, la inagotable fertilidad de ingenios y el progreso irresistible de la vieja Europa. ¿Cuánto tiempo —se pregunta— será necesario para que América sea tan "ilustrada" como Europa?¹³⁷ Pero la situación política de Europa, bajo el yugo de la Santa Alianza, llena de espanto al americano libre. Las intervenciones de las potencias absolutistas para reprimir insurrecciones y abolir constituciones le sugieren a Valle la amenazadora profecía: "Si unos Estados quieren mezclarse en la administración de otros, la América será, como la Europa, un caos de sangre, de muerte y de horror".¹³⁸ En cambio, si América obedece a su vocación, si se hace cada vez más unida e independiente —Valle invocó una federación americana al mismo tiempo que Bolívar, y el principio de que las potencias europeas quedarán excluidas de los asuntos americanos, con anterioridad a Monroe—,¹³⁹ su

¹³⁵ *Ibid.*, vol. II, p. 95 (1821); cf. *ibid.*, pp. 72-74 (1821).

¹³⁶ *Ibid.*, vol. II, p. 100 (1821); cf. *supra*, p. 54.

¹³⁷ *Ibid.*, vol. II, p. 120 (1821); cf. vol. II, p. 51 (1821). Y también: "la Europa es el ornamento más bello del mundo civilizado", vol. I, p. 171 (1829); cf. vol. I, pp. 174 y 212-213 (1831).

¹³⁸ *Ibid.*, vol. II, p. 360 (1823); sobre el principio de la no-intervención, cf. también vol. I, pp. 126-130 (1826). Valle, republicano e ilustrado, no tiene simpatía alguna por los grandes imperios ni por las empresas de la política. Cita a Maquiavelo con abierta desaprobación, y con la consabida reserva de que quizá "se propuso hacer odiosa la tiranía descubriendo sus horrores" (vol. I, pp. 245-246; vol. II, p. 293 nota, escrito de 1824). De Rusia dice que "será mal administrada mientras sea colosal" (vol. II, p. 85; 1821); del imperio británico, que Guatemala dominará un día los océanos y arrebatará "a los bretones el cetro con que los han oprimido" (vol. II, p. 81; 1821); y del imperio romano, que la Urbe fue "patria de los tiranos que en la oscuridad de la noche, en medio de las tempestades, se dividían tranquilamente la extensión de la tierra" (vol. II, p. 160; 1822). Pero Valle es también capaz de agudas observaciones sobre las relaciones entre la geografía de un país, su organización político-económica y su historia, por las cuales merecería un sitio entre los precursores de la "geopolítica" (véase por ejemplo vol. II, pp. 81, 291, etc.); y está convencido de que la economía es la base de la política, y de que enriquecerse será para las repúblicas americanas el mejor camino para hacerse de veras independientes, libres y soberanas (véase vol. I, p. 214; 1831). Cf. *supra*, p. 84.

¹³⁹ Sobre la federación panamericana, véase vol. II, pp. 206-209 (1822), y sobre Valle como "panamericano", véase por ejemplo Ph. Leonard Green, *Pan American progress*, New York, 1942, pp. 10-11, y Parker, art. cit., pp. 528-529. El Congreso Interamericano debía proponerse como primer problema "el plan más útil para que ninguna

civilización podrá elevarse hasta el nivel excelso de su naturaleza, su ejemplo será un reto a todos los tiranos y una ayuda a todos los oprimidos, "y la libertad de América hará por último que la tierra entera sea libre".¹⁴⁰

provincia de América sea presa de invasores externos, ni víctima de divisiones intestinas". Monroe formuló su famosa declaración el 2 de diciembre de 1823.

¹⁴⁰ *Obras*, vol. II, p. 199 (1821).

VII. HEGEL Y SUS CONTEMPORÁNEOS

1. ALEJAMIENTO POLÍTICO DE LAS AMÉRICAS Y DISOLUCIÓN DE SUS PROBLEMAS ZOOLOGICOS

Después de Herder, la disputa parece perder relieve e interés dramático. La Revolución norteamericana se aleja en el tiempo, la Revolución francesa domina y excita a toda Europa, las revoluciones hispanoamericanas están aún por venir y, cuando vengan, no suscitarán ni las apasionadas esperanzas ni las violentas reacciones de las dos primeras. América se retira hacia el extremo horizonte visible desde Europa. Se atenúa, hasta extinguirse casi, el interés por los dominios ultramarinos. "Périssent les colonies plutôt qu'un prince!", el grito repetido por Dupont de Nemours y por Robespierre (1791) quiere decir también esto: que, frente a las máximas consagradas en París por la Revolución, los intereses económicos de los esclavistas y la existencia misma de las plantaciones antillanas no cuentan y no tienen que contar nada. Pocos años después (1803), con acto casi simbólico, el primer cónsul Napoleón vendía a los Estados Unidos, por unos quince millones de dólares, la Luisiana, un territorio cuatro o cinco veces más extenso que Francia, del cual se podrá sacar luego una docena de estados de la Unión norteamericana. Y hasta sus adversarios irreductibles, los *idéologues*, aplaudían esa pacífica enajenación.

Unos pocos años más, y España veía disgregarse casi por completo su imperio americano y Portugal sufría la pérdida del Brasil. Una tras otra, las potencias de Europa eran expulsadas del continente, y se veían reducidas a apostarse en las islas cercanas a la costa, o en tierras —como las Guayanas y el Canadá— de carácter semi-insular, de clima extremoso, de recursos, por entonces, prácticamente nulos. La amenaza de Monroe (1823) sancionaba por último un estado de hecho irreversible. Los Estados Unidos habían declarado ya, por boca de su primer presidente, George Washington, su decisión de no inmiscuirse en los asuntos europeos; ahora sacaban el primer corolario de esa máxima y, por boca del quinto presidente, intimaban a los europeos que no se inmiscuyeran en los asuntos americanos. Los dos hemisferios debían ignorarse uno a otro, volverse las espaldas. Inglaterra, dueña de las aguas entre los dos continentes, prestaba inmediatamente su adhesión a la "doctrina" aislante y tutelar de Monroe. Y las Américas se quedaban solas en busca de su destino. Europa, exonerada de casi toda responsabilidad política, no sentía ya tan agudamente los problemas americanos, o los diluía en otros de índole más general: los relativos a los pueblos primitivos, a la colonización, al progreso civilizado.¹

Típico es el caso de Talleyrand, si bien se complica con resentimientos personales. No como peregrino, sino como prófugo, desembarca

¹ Sobre la decadencia de la *Amerikakunde* en la Alemania de fines del siglo XVIII (aunque no en la anglicizante Göttingen) y su restauración después de 1830, cf., con cautela, Doll, art. cit., pp. 436, 454, 464, 470, 507, 511. Sobre la disolución del "espejismo americano" en Francia después de 1793 y la disminución del interés por los Estados Unidos, véase D. Echeverría, *op. cit.*, pp. 175-224 (en especial 215-216) y 235.

en los Estados Unidos de mal humor y a contrapelo. Y, en el curso de dos años de permanencia en la Unión (1794-96), acumula el desprecio por no haber sido recibido por Washington, la desilusión por no haber conseguido amasar pronto una buena fortuna y, finalmente, la irritación por la lejanía del teatro natural de sus talentos de hombre de corte y de salones. Su brío natural y su inteligencia, aguzada por la necesidad, no logran ningún resultado. En la conversación, escribe un amigo y admirador suyo, despliega "un reducido ingenio de abate, que nadie entiende", y que, por lo demás, tampoco en París sería apreciado.² En cuanto a negocios, en un primer momento critica y casi ridiculiza las especulaciones sobre tierras vírgenes, entonces muy de moda, y pondera en cambio las grandes posibilidades de rápidos arbitrajes en títulos y de operaciones diferenciales sobre mercancías y géneros; pero, en un segundo momento, recomienda con toda clase de argucias dialécticas y retóricas las especulaciones a largo plazo sobre las tierras aún por colonizar, como el mejor sistema de hacer dinero en los Estados Unidos; y, por último, sugiere financiar con créditos a corto plazo la provechosa exportación de manufacturas inglesas a las ex colonias —lo cual parece indicio, más que de una particular habilidad de *salesman*, como se ha dicho, de reales y repetidas desilusiones y de la consiguiente intranquilidad.³

Constitucionalmente indiferente a la naturaleza (en sus *Mémoires* se olvida incluso de decir que ha ido a ver las cataratas del Niágara...), y fastidiado de aquella sociedad vanidosa y susceptible, saturada de espíritu mercantil, "dépassionnée", privada de pasiones —"el americano es tal vez el pueblo de la tierra que menos conoce las pasiones"— e incapaz, en suma, de formar una verdadera nación, compuesta como está de groseros *parvenus* que sobre las porcelanas de Sèvres arrojan aquellos sombrerazos que un campesino europeo no se pondría en la cabeza, de leñadores nómadas y de pescadores errabundos por los mares, cuya única patria son los bancos de merluzas; disgustado de un país que tiene "treinta y dos religiones y un solo platillo", maniáticamente ansioso de regresar a Francia —"si me quedo un año más aquí, me muero", escribía (1795) a su amiga Madame de Staël; y a M. Olive (1796), "aquí estoy fuera de mi camino"—, no bien vuelve a Francia expresa la certidumbre de que Europa perderá todas sus posesiones transatlánticas. Como remedio sugiere inmediatamente buscar otras en los países cálidos (de aquí los alientos que dio a la expedición de Egipto), y luego, con una constancia en él singularísima, recomienda, siempre, hasta el último momento

² Duc de Liancourt, *Journal de voyage en Amérique et d'un séjour à Philadelphie*, etc., ed. J. Marchand, Paris-Baltimore, 1940, p. 68: "[il fait] du petit esprit d'abbé, que personne n'entend". El mismo Liancourt observa varias veces que Talleyrand y sus amigos no hacían sino hablar mal de los americanos: "il est impossible d'en avoir une plus mauvaise opinion dans tous les rapports, d'en parler plus mal, et cependant ils les caressent partout où ils les rencontrent" (*ibid.*, p. 73; cf. *ibid.*, pp. 62, 66, 71, 76); contra lo cual objeta que, después de todo, tienen los defectos de los demás hombres, que no son ciertamente peores que los europeos (*ibid.*, pp. 97-98, 112), y que los del campo y del interior son hasta mejores (*ibid.*, p. 147).

³ *Talleyrand in America as a financial promoter, 1794-96*, transl. and ed. by H. Huth and W. J. Pugh, Washington, 1942, *passim*, pero especialmente pp. 21-23, 33-37 (contra las especulaciones inmobiliarias), 137-175 (en favor de las mismas); G. Pallain, *La mission de Talleyrand à Londres, en 1792*, Paris, 1889, pp. 421-444 (carta a Lord Lansdowne, 1º de febrero de 1795, sobre el comercio angloamericano).

de su vida, que Francia oriente su expansión hacia el Mediterráneo y hacia el África, y renuncie a los sueños americanos.

Ya el descubrimiento de América ha sido una gran calamidad. El suelo es mejor en el Viejo Mundo, y, cuando quede abolida la esclavitud, los productos de la tierra costarán en América más que en Europa o en África. Por añadidura, los productos originarios del Viejo Mundo —azúcar, café, algodón— son superiores a los que se dan en las Américas (poco remoto de ciertas "denigraciones" prusianas?).⁴ De cualquier manera, un peligro es seguro: que los Estados Unidos, en su incontenible dilatación, acaben por apoderarse de todas las colonias europeas. Por otra parte, si los europeos emigran hacia el Nuevo Mundo, el Viejo queda en peligro de verse, despoblado. En suma, desde cualquier punto de vista, *forget America*, repite el diplomático y el memorialista: el Viejo Mundo nos ofrece suficientes tierras y recursos y problemas; y también, pero esto va sobreentendido— muy diferentes dulzuras para la vida.⁵

Por otra parte, en aquellos mismos años, a caballo entre los dos siglos, también las ciencias de la naturaleza viva se iban alejando de las cuestiones planteadas o esbozadas por Buffon y por sus contemporáneos, y se preocupaban mucho más de la génesis y de las variaciones de las especies en el tiempo que de su distribución sobre la faz de la tierra: la biología y la embriología, en particular esta última, tomaban el sitio de la "filosofía natural" y de la ecología. Cuvier revolucionaba la anatomía comparada (1799-1805), renunciando a las sublimes especulaciones sobre la esencia de la vida y a los sistemas cerrados y rígidamente coordinados. Y el estudio de los fósiles lo llevaba a conclusiones sorprendentes que, entre otras cosas, imponían una revisión de los términos mismos del problema inicial de Buffon: el elefante de la India es una especie sumamente distinta del elefante africano, y los restos fósiles del elefante

⁴ No es completamente seguro que haya leído a De Pauw (por el contrario, admite que, antes de dirigirse a América, tenía sobre los Estados Unidos ideas bastante vagas: *Talleyrand in America*, *op. cit.*, p. 139), pero vale la pena recordar que en su biblioteca, subastada en Londres en 1793, se encontraba casi todo el *corpus* de nuestra polémica. Tenía, naturalmente, las obras de Buffon (dos ejemplares; y el 21 de mayo de 1795 Talleyrand se interesaba por la adquisición de otro ejemplar: G. Lacour-Gayet, *Talleyrand*, Paris, 1928-34, vol. IV, p. 41) y de De Pauw, como también de La Condamine y Raynal; además, poseía los viajes de Pernety y de Cook, las *Notes* de Jefferson, la *History* de Robertson (original y traducción), las *Lettres américaines* de Carli, las *Recherches* de Mazzei, el viaje de Chastellux con la crítica de Brissot y muchas otras obras de tema americano (*A catalogue of the entire, elegant, and valuable library, late the property of Mons. De Talleyrand Périgord*, etc., s. l. [Londres], 1793, núms. 25, 260, 352, 571, 742-743, 860, 931, 936, 1008, 1213, 1260, 1276, 1293, 1354, etc.).

⁵ Véanse los *Mémoires*, Paris, 1891-92, vol. I, pp. 70-79, 229-247; cartas a Lord Lansdowne, en Pallain, *op. cit.*, pp. 419-454, especialmente 425, 432 ("l'argent est le seul culte universel") y 443; y cf. Sainte-Beuve, *Nouveaux lundis*, Paris, 1863-70, vol. XII, pp. 12-133; A. Leroy, *Talleyrand économiste et financier*, Paris, 1907, pp. 125-141; B. de Lacombe, *La vie privée de Talleyrand*, Paris, 1910, pp. 63-107; A. Schalk, *de la Faverie, Napoléon et l'Amérique*, Paris, 1917, pp. 99-102; Fay, *L'esprit révolutionnaire*, *op. cit.*, pp. 270-272; *Bibliographie critique*, *op. cit.*, p. 85; F. Baldensperger, "Le séjour de Talleyrand aux États-Unis", *Revue de Paris*, vol. XXXI, núm. 6 (novembre-décembre 1924), pp. 364-387, artículo que hay que leer ahora teniendo en cuenta el *notebook*, publicado, desgraciadamente sólo en traducción, en el citado *Talleyrand in America*; G. Lacour-Gayet, *op. cit.*, vol. I, pp. 181-206, 302-312; vol. IV, pp. 40-48; D. Cooper, *Talleyrand*, Torino, 1938, pp. 59-67.

americano obligan a considerarlo como un género aparte, el de los mastodontes.⁶

Fourcroy, que en 1794 había negado la validez objetiva de las clases naturales, y reivindicado en cambio la continuidad compacta de la escala de las creaturas, diez años más tarde se adhería (1804) a la escuela de Cuvier, que negaba toda posibilidad de formar esa escala o cadena, y en su lugar veía en la naturaleza una infinita diversidad, "millares de cadenas independientes y continuas en cada una de sus series, pero discordantes o interrumpidas entre sí, e incapaces de coordinarse".⁷

Se iba disgregando así, lentamente, pero sin posibilidades de renacer, también la antítesis fundamental que hasta entonces se había visto entre la fauna del Viejo y la del Nuevo Mundo. Los españoles, admite Cuvier, cuando exploraron la América del Sur no encontraron un solo cuadrúpedo europeo, asiático o africano; pero ese continente, como todos los demás, como la Nueva Holanda poco ha descubierta, tenía sus especies animales propias, que llenaron de pasmo a los naturalistas que no las conocían. Si hubiera otros continentes por descubrir, se encontrarían en ellos otras especies quizá más semejantes a aquellas cuyos fósiles nos han quedado. Pero ahora la tierra está ya conocida en su totalidad, y el gran problema que nos queda es el de llegar a saber "en qué estratos se encuentra cada especie", el de asignar su edad geológica a cada animal, no su ubicación actual.⁸

2. KANT Y SUS FUENTES CIENTÍFICAS: CAMBIO DE OPINIÓN SOBRE EL AMERICANO

También el pensamiento filosófico, con la reforma kantiana, tomaba una dirección antitética a las antinomias entre conceptos empíricos, como los de Europa y América, y a las disquisiciones sobre las virtudes y los vicios del salvaje. Ya hacia fines del siglo, en las *Recherches* de De Pauw quizá nada debía de desentonar tanto como su epíteto de *philosophiques*. Sin embargo, Kant mismo, unos cuantos años antes, había admirado en los escritos de De Pauw justamente el espíritu "filosófico", el esfuerzo de repensar y sistematizar un amontonamiento de hechos.

No quiero, desde luego, convertir mi cabeza en pergamino —había escrito el filósofo con indignada energía— para garabatear sobre él las viejas y casi ilegibles noticias que encuentre en los archivos. Hay hombres cuyo quehacer es compulsar los archivos, pero al final es preciso que alguien venga a hacer de todo eso un empleo razonable. Aunque en De Pauw estuvieran erradas o incorrectas nueve décimas partes, es encomiable y

⁶ Nordenskiöld, *op. cit.*, pp. 334, 337; G. Cuvier, *Discours sur les révolutions du globe* (1825), Paris, 1867, pp. 210-211. En cambio, sigue cerca de muchas teorías del siglo XVIII su explicación de la desaparición de tantas especies por efecto de "cataclismos", de erupciones volcánicas y de sucesivas inundaciones (*ibid.*, pp. 338-339).

⁷ Textos citados por L. Febvre, "Un chapitre de l'histoire de l'esprit humain: les sciences naturelles de Linné à Lamarck et à Georges Cuvier", *Revue de Synthèse Historique*, vol. XLIII (1927), pp. 42-43; y en *Civilisation: le mot et l'idée* (Première Semaine Internationale de Synthèse), Paris, 1930, pp. 28-29.

⁸ G. Cuvier, *Discours sur les révolutions du globe, op. cit.*, pp. 42-43, 59-60. Para Cuvier, los únicos méritos de Buffon son los literarios... (véase A. Comte, *Cours de philosophie positive*, Paris, 1864, vol. VI, p. 381).

digno de emulación el solo empeño que puso su espíritu en leer para pensar y no para leer pensamientos. No queremos —insiste Kant en estos apuntes de lecciones— convertir nuestro cerebro en una mera pinacoteca o en un registro en que anotemos los nombres y figuras de las cosas de la naturaleza.⁹

Por lo demás, si repasamos lo que escribió Kant acerca de los americanos, la influencia de De Pauw parece innegable.

Todavía en 1764 Kant tenía de los salvajes, de los norteamericanos por lo menos, una altísima opinión; y, sin averiguar si ello se debía al clima o a la casualidad o al régimen político, los describía sensibilísimos al honor, sencillos y honrados, dignos y enamorados de la libertad, como los antiguos espartanos. No les falta más que un Licurgo para formar una república ejemplar. Y el cacique Attakakullakulla es inferior a la nación sólo porque no tiene un nombre griego. Las mujeres, por su parte, tienen en el Canadá un rango y una influencia de que no gozan ni siquiera en el civilizadísimo continente europeo. En el resto de América, en cambio, los indígenas no tienen un carácter bien definido, y se distinguen sólo por una "extraordinaria insensibilidad".¹⁰ En conjunto, parece claro que estos conceptos se derivan de los relatos y de los paralelos clasificados de los misioneros jesuitas —como son de neto timbre rousseauiano las consideraciones sobre la sencilla y digna humanidad de los salvajes en general.

Pero en 1775 Kant nos da de los americanos un retrato muy distinto, en el cual afloran las ideas de decadencia, de imperfección y de frialdad teorizadas y expuestas siete años antes por De Pauw. Los americanos, dice ahora, son una sub-raza no bien formada todavía, del tronco de los hunos o calmuco: "eine noch nicht völlig eingetretete (oder halb eingetretete) hunnische Race". Tanto su aspecto físico como "la frigidez e insensibilidad del temperamento" demuestran una larga permanencia de sus antepasados en las zonas glaciales del Septentrión: su fuerza

⁹ *Reflexionen zur Anthropologie*, § 890, Akad.-Ausgabe, vol. XV, pp. 388-389: "Ich würde ja meinen Kopf nicht zu einem Pergament machen um alte halb verloschene Nachrichten aus Archiven darauf nachzukritzeln. Einige haben das Geschäft der Registratur, aber endlich muss doch jemand einen vernünftigen Gebrauch machen. Pauw, wenn auch 9 Theile von 10 bey ihm gefehlt oder unrichtig wären, so ist der bloße Versuch seines Geistes lobens- und nachahmungswürdig zu lesen, um zu denken und nicht Gedanken lesen zu wollen. Wir werden doch wohl nicht unser Gehirn bloß in eine Bildergallerie oder in ein Register verwandeln, um Nahmen und Figuren der Naturdinge darin zu tragen." (Cf. *ibid.*, § 1482, vol. XV, p. 671). Las líneas siguientes extienden el elogio a Buffon, cuya fortísima influencia sobre los conocimientos naturalistas de Kant es bien conocida. El editor, E. Adickes, remite, para el conocimiento que Kant tuvo de De Pauw, a sus *Untersuchungen zu Kants physischer Geographie*, 1911, pp. 120, 189, 206, y supone otros casos de influencia de De Pauw en el § 987 (*ibid.*, p. 431) y en el § 1371 (*ibid.*, p. 597). Kant conocía también a Ulloa y había leído los viajes de Cook (Akad.-Ausgabe, vol. IX, p. 316; vol. XV, pp. 536-538, 785, 795). Recuérdese, finalmente, su notoria predilección por los autores de una originalidad rayana en la paradoja (Akad.-Ausg., vol. II, p. 516).

¹⁰ *Beobachtungen über das Gefühl des Schönen und Erhabenen* (1764), IV. Abschnitt, en Akad.-Ausg., vol. II, pp. 243 nota, 253-255. En los apuntes para el curso de geografía física de hacia 1758, fundado en recopilaciones de viajeros, de Bouguer y de La Condamine, había descrito a Chile y a los chilenos del modo más favorable: el carácter del pueblo es alegre y vivaz, los caballos españoles se hacen allí más raudos y hermosos. Los peruanos, en cambio, son increíblemente perezosos e indiferentes a todo (Akad.-Ausg., vol. XIV, pp. 632-633).

vital se encuentra casi extinguida ("eine halb erloschene Lebenskraft..."), y para todas las labores agrícolas resultan demasiado débiles.¹¹

Todavía en los apuntes para sus lecciones de *Menschenkunde, oder philosophische Anthropologie*, que en sus primeras versiones pertenecen al período pre-crítico (comenzaron en 1772-73), Kant describe a los torpes americanos de manera absolutamente depauwiana:

El pueblo de los americanos no es susceptible de forma alguna de civilización. No tiene ningún estímulo, pues carece de afectos y de pasiones. Los americanos no sienten amor, y por eso no son fecundos. Casi no hablan, no se hacen caricias, no se preocupan de nada y son perezosos.¹²

El juicio no cambia en el ensayo de 1788 *Ueber den Gebrauch teleologischer Prinzipien in der Philosophie*, donde se sentencia que la raza americana, por efecto del clima, es "demasiado débil para el trabajo pesado, demasiado indiferente para realizar una cultura e incapaz de ejercerla, muy por debajo de los mismos negros".¹³ En forma aún más sintética reaparece el mismo juicio cuando Kant se plantea la cuestión de si la stirpe humana es joven o vieja, y concluye que es joven, observando, entre otras pruebas de ello, que "todo un continente [está] mal poblado, y en forma semi-animal".¹⁴

En la versión definitiva (1798) se omite toda la parte que se refiere a las distintas razas, inclusive la americana.¹⁵ Esto, sin embargo, no es señal de arrepentimiento. En la *Metaphysik der Sitten* (1797) se dice de los indígenas americanos que son poco industriuosos, pero que, aun-

¹¹ *Von den verschiedenen Racen der Menschen* (1775), Akad.-Ausg., vol. II, pp. 433, 437; las palabras entre paréntesis fueron tachadas en la redacción de 1777: cf. Adickes, *Kant als Naturforscher*, Berlin, 1924-25, vol. II, pp. 412-414. Sobre su simpatía por la causa de los insurrectos americanos, véase King, *op. cit.*, pp. 86-89.

¹² *Menschenkunde oder philosophische Anthropologie, nach handschriftlichen Vorlesungen* hgg. von Fr. Ch. Starke, Leipzig, 1831, p. 353: "Das Volk der Amerikaner nimmt keine Bildung an. Es hat keine Triebfedern; denn es fehlen ihm Affect und Leidenschaft. Sie sind nicht verliebt, daher sind sie auch nicht fruchtbar. Sie sprechen fast gar nichts, lieblosen einander nicht, sorgen auch für nichts, und sind faul." En las páginas siguientes hay varios juicios análogos sobre el "salvaje". En los apuntes, la sustancia del juicio era idéntica: "Americaner unempfindlich. Ohne affect und Leidenschaft als blos vor Rache. Freyheitsliebe ist hier blosse faule Unabhängigkeit. Sprechen nicht, lieben nichts, sorgen vor nichts. Mexico und Peru nehmen gar keine Cultur an" (Akad.-Ausg., vol. XV, p. 877). Los americanos incapaces de gobernarse y destinados al exterminio: *ibid.*, p. 878.

¹³ Citado por Adickes, *Kant als Naturforscher, op. cit.*, vol. II, p. 415 nota: "... zu schwach für schwere Arbeit, zu gleichgültig für emsige und unfähig zu aller Kultur, noch tief unter dem Neger selbst". Adickes recuerda aquí los juicios conformes de Buffon y de De Pauw y el adverso de Clavigero, citados por J. Unold, *Die ethnologischen und anthropogeographischen Anschauungen bei Kant und Forster*, Leipziger I.-D., 1886, p. 32.

¹⁴ *Reflexionen zur Anthropologie*, § 1453, Akad.-Ausg., vol. XV, pp. 634-635: "ein ganzer Welttheil halb thierisch und schlecht bevölkert". Sobre el carácter animalesco de los salvajes, cf. *ibid.*, § 1260 (vol. XV, p. 555). El paso de la vida salvaje a la civilizada, de la minoría a la mayoría de edad del género humano, es el más arduo de toda la historia, de lo cual se deduce: "Die Welt ist noch jung. Eine Hälfte ist kaum entdeckt" (*ibid.*, §§ 1423, 1498, 1500-1501; vol. XV, pp. 621, 779, 789). Cf. "Amerikaner: Roh, wild, barbarisch", *ibid.*, § 1497; vol. XV, p. 771.

¹⁵ Akad.-Ausg., vol. VII, p. 320; *Werke*, ed. Cassirer, vol. VIII, p. 214; Kant remite simplemente a la obra de Chr. Girtanner, *Ueber das Kantische Prinzip für die*

que lo fuesen mucho, seguirían siendo escasos, perdidos "en los desiertos de América" por la falta de un Estado, y por lo tanto de un orden jurídico, y por lo tanto de una adecuada producción de alimentos —con lo cual la antigua tesis de la escasez de alimentos en América se deduce, no ya de la esterilidad del suelo, sino de la ausencia de sociedades organizadas.¹⁶ Finalmente, en la tardía *Geografia física*, Kant tiene algunas alusiones dispersas a América, juzgada como un continente muy poco conocido aún, especialmente en su parte meridional.¹⁷ Repite que los patagones no son verdaderos gigantes,¹⁸ recuerda las cabezas achatadas o esféricas de los pieles rojas,¹⁹ y vuelve a afirmar que algunas razas americanas representan el escalón más bajo de la humanidad.²⁰ Observa que todos los animales domésticos y los frutos europeos se han aclimatado bastante bien en América,²¹ pero que no hay leones, y que los pájaros, hermosos y de variados colores, no cantan bien.²² Por último, dice que el hombre de los trópicos se desarrolla precozmente, pero no llega nunca a la perfección del hombre de la zona templada²³ —*loci communes* todos ellos, referidos ya mecánicamente, sin un acento propio,²⁴ pero a cuya invasora sugestión no escapaba siquiera la mente soberana de un Kant.

Es preciso decir que en esto colaboraban eficazmente los más reputados naturalistas de su época y de su ambiente, aquellos a quienes era casi obligado acudir en busca de datos de hecho y valoraciones críticas.

Naturgeschichte, Göttingen, 1796 (véase también Adickes, *op. cit.*, pp. 104-108). Sobre las diversas redacciones de la parte relativa a las razas, véase también Akad.-Ausg., vol. XV, pp. 875-876 nota. Alusiones a la inercia del caribe: ed. Cassirer, vol. VIII, p. 122 (y Akad.-Ausg., vol. XV, pp. 339, 817), y al escaso erotismo de los americanos (?) en una nota marginal, ed. Cassirer, vol. VIII, p. 578. Cf. en Akad.-Ausg., vol. XV, p. 854: "die Wilden haben keine Ungemaclichkeit aus der Geschlechtsneigung".

¹⁶ *Metaphysik der Sitten*, §§ 55 y 62 (trad. italiana de G. Vidari, Milano, 1916, pp. 156, 164-165).

¹⁷ *Physische Geographie*, editada y reelaborada por F. Th. Kint, n. 802; Akad.-Ausg., vol. IX, pp. 229, 233-234. Varias veces (por ejemplo *ibid.*, p. 430) dice Kant que no es de esperar grandes novedades de los viajes de Humboldt.

¹⁸ *Ibid.*, p. 428. Ya en un apunte de 1758 había escrito que la Patagonia "soll mit diesen bewohnt seyn, man hat aber davon keine Versicherung" (Akad.-Ausg., vol. XIV, pp. 631-632).

¹⁹ *Ibid.*, pp. 433-434.

²⁰ *Ibid.*, p. 316.

²¹ *Ibid.*, p. 431. En África, en cambio, las especies animales han degenerado: *ibid.*, pp. 314, 317.

²² *Ibid.*, pp. 336 (leones), 354, 430 (pájaros).

²³ *Ibid.*, p. 316. Juicios negativos sobre los mulatos y sobre los criollos en la *Anthropologie*: Akad.-Ausg., vol. XV, pp. 598, 601, 760, 878.

²⁴ Por escasa información acerca de los precedentes, Adickes concluye que, de los juicios de Kant sobre los americanos en el período 1775-1788, se deduce claramente "wie vollkommen hypothetisch sowohl die Ausgangspunkte wie die Folgerungen sind", y que Kant se deleita en construir "Phantasieschlösser" (*Kant als Naturforscher, op. cit.*, vol. II, p. 416; pero cf. vol. II, pp. 459, 491-492: las teorías de Kant sobre las razas entre sus títulos de gloria), en corroboración de su tesis general "that Kant was no more than a brilliant amateur when it came to matters of scientific detail" (Ph. P. Wiener, "Jean's Physics and philosophy", en *Journal of the History of Ideas*, vol. IV, 1943, p. 487, y Adickes, *op. cit.*, vol. II, pp. 483-485, 492-493). Para Haldane, en cambio, Kant "understood the nature of scientific thought in a manner which is entirely impossible to the mere student of science and its history" ("Kant and scientific thought", en *Possible worlds, op. cit.*, p. 129). Cf. también B. M. Laing, "Kant and natural science", en *Philosophy*, vol. XIX (1944), pp. 216-232.

Lejos de rechazar con desprecio los libelos de De Pauw, esos naturalistas discutían y aceptaban sus juicios, sentencias y conclusiones.

El famoso Blumenbach, el *magister Germaniae* de académica memoria, que sin embargo todavía hoy es reconocido en los tratados como el fundador de la antropología física o comparada, ya en la disertación doctoral que le aseguró de golpe la fama, su *De generis humani varietate nativa* (Göttingen, 1775), recuerda a De Pauw unas diez veces,²⁵ y acepta sus críticas contra Linneo a propósito del orangután, aunque las califica de "acres censuras" lanzadas contra un hombre por tantos otros méritos dignísimo de profunda reverencia.²⁶ Y Kant leía y estudiaba a Blumenbach, le escribía que sus obras le habían enseñado muchas cosas²⁷ y lo citaba con grandes elogios en un célebre pasaje de la *Crítica del juicio*,²⁸ mientras que Blumenbach, por su parte, reconocía abiertamente que debía mucho a los escritos menores de Kant, y en particular al que trataba de las razas humanas.²⁹

Tal vez más significativas que estas relaciones ideales entre el antropólogo y el filósofo son las que hubo entre Kant y Zimmermann, uno de los primerísimos tratadistas de geografía zoológica, quien había acudido no pocas tesis y observaciones y bastantes argumentos de las picantes y desenfadadas *Recherches*. Justamente el juicio de Zimmermann sobre aquel ensayo suyo en torno a las distintas razas humanas, hacía sentir a Kant la necesidad de ulteriores reflexiones sobre el tema.³⁰ Y si Kant acababa por hacer suyas las sentencias de De Pauw sobre la humanidad americana, Zimmermann, en su obra principal, discutía respetuosamente o apoyaba abiertamente sus aseveraciones sobre los cuadrúpedos, sobre los habitantes de los distintos continentes y, en particular, sobre ese *medium* entre hombre y bestia que es el *homo sylvestris*, el orangután de las selvas del Congo y de Borneo.

Fundado en una interminable documentación de viajeros, naturalistas y hombres de ciencia de todos los tiempos y de todas las escuelas, el *Specimen Zoologiae geographicae, quadrupedum domicilia et migrationes sistens* (Leiden, 1777) es un verdadero monumento de doctrina y de "filosofía natural": un hermoso in-cuarto de más de setecientas páginas, coronado por el primer mapa de la distribución de los mamíferos por el globo.³¹ En este trabajo de benedictino y de pionero, no

²⁵ *Op. cit.*, p. 34 nota (para rechazar un error suyo acerca de la *membrana nititans*), y pp. 47 (sobre los patagones), 55 (sobre los portugueses que se han hecho en África semejantes a los negros), 56 (sobre los mestizos y los cuarterones), 57 (sobre los "ochavones" y los *puchuela*), 67 (sobre la manía que tienen los americanos de deformar, contrahacer o modificar de algún modo su cuerpo), 75 (sobre la impubertad de los americanos). Véase, acerca de Blumenbach, la *Enciclopedia Italiana* (y también *ibid.*, vol. III, p. 583), y Nordenskiöld, *op. cit.*, pp. 306-309.

²⁶ *Op. cit.*, pp. 81-82.

²⁷ Carta del 5 de agosto de 1790, en *Briefwechsel*, ed. H. E. Fischer, München 1912, vol. II, p. 155: "Ihre Schriften haben mich vielfach belehrt."

²⁸ *Kritik der Urteilskraft* (1790), § 81, ed. Insel, Leipzig, 1921, p. 324. El pasaje llamaba inmediatamente la atención de Salomon Maimon y le inspiraba un elevado y audaz *raptus* especulativo (cf. carta de Maimon a Kant, 15 de mayo de 1790, en *Briefwechsel*, ed. cit., vol. II, pp. 150-153).

²⁹ Carta de J. H. I. Lehmann a Kant, 1º de enero de 1799, en *Briefwechsel*, vol. III, p. 264.

³⁰ Carta del 4 de julio de 1779 a Joh. Jacob Engel, en *Briefwechsel*, vol. I, p. 215.

³¹ Cf. Oscar Peschel, *Geschichte der Erdkunde*, München, 1865, pp. 673-674 (véase

sorprende que se cite a Buffon, estoy por decir, a cada página; pero sí que el escandaloso libro de De Pauw sea recordado desde el prefacio, y luego por lo menos unas quince veces, las más de ellas con adhesión y siempre con grandísima reverencia. Zimmermann declara estar de acuerdo con De Pauw en cuanto a la mayor frialdad del ambiente americano, las características de los pueblos nórdicos, los factores de degeneración incluidos en el clima, en los alimentos o en las costumbres, los hermosísimos akansanos —los daneses de América—, las crines lanosas de los negros, los monstruosos albinos, los hombres versicolores y la difusión de los roedores, desde Lima, por toda América³² —justa compensación, dice el profesor, de tantas maldiciones como el Nuevo Mundo ha volcado sobre el Viejo. (¿No nos parece ver a Mickey Mouse corriendo animosamente para vengar el contagio venéreo y para castigar a América por la revolución de los precios?).

De Pauw es reconocido entre los autores más dignos de crédito ("fide dignissimi"),³³ y varias veces se dice que nadie mejor que él ha observado tal o cual fenómeno, o resuelto más agudamente tal o cual problema. Cuando Zimmermann se encuentra con que debe contradecirlo, o incluso dudar sólo de una de sus afirmaciones, comienza por hacer reverencias hasta el suelo, de esta clase: "Ciertamente, no me atrevo a contradecir a un hombre de tanta erudición y de tanto ingenio como demostró serlo De Pauw, al sopesar agudísimamente las cosas naturales conforme a las reglas de la más depurada filosofía."³⁴ Está pronto, en cambio, a tomar su partido, hasta cuando ataca a celebridades como Boerhaave, o a una pareja imponente y venerable, Buffon y Linneo —si bien, ¡vamos! hubiera podido tratar con un poco más de respeto al menos a este último. Sin duda, tiene razón De Pauw en la cuestión del orangután, pero ¿por qué se lanza contra el gran sueco como si quisiera vilipendiarlo y ridiculizarlo?³⁵ Y está bien no creer en los gigantes patagones, y aportar válidos argumentos contra su leyenda, pero ¿por qué atacarla con tan mere mordacidad (*mordace dente*), "cuando se hubiera podido defender la verdad sin necesidad de ultrajes ni invectivas"?³⁶ La notoria insolencia y la *verve* agresiva de De Pauw escandalizan al pacífico zoogeógrafo de Braunschweig (como habían escandalizado al antropólogo de Göttingen), pero no por ello hace causa común con sus detractores. Pernetz y su "prolijo" *examen* quedan liquidados en una nota.³⁷

En definitiva, la furia iconoclasta de De Pauw ha dado buenos resul-

también p. 650, nota 1). Parte del mapa se reproduce en la *Enciclopedia Italiana*, vol. XXXV, col. 1009. Jefferson poseía un ejemplar de la traducción francesa de la primera parte de la obra (*Catalogue of the library, op. cit.*, vol. I, pp. 469-470), y cita a Zimmermann en las *Notes on Virginia* (ed. Peden, Chapel Hill, 1955, p. 26) y en una carta del 14 de mayo de 1809.

³² *Specimen, op. cit.*, respectivamente en las pp. xiii, 63, 58, 66, 78, 231, 79 nota, 223.

³³ *Ibid.*, p. 74.

³⁴ *Ibid.*, p. 39: "Tantae eruditionis, tantique ingenii viro, qualem Pauvius se praestitit, qui res obvias ad sanioris philosophiae regulas acutissime perpendit, refragari quidem non audeo."

³⁵ *Ibid.*, pp. 39 (Boerhaave) y 400 (Buffon y Linneo); cf. en efecto *Recherches, op. cit.*, vol. II, pp. 57, 71-72.

³⁶ *Ibid.*, p. 68: "... quum veritas sine contumelia et insectatione defendi potuisset".

³⁷ *Ibid.*, p. 72 nota. El *Voyage aux Iles Maluines* (1770) es recordado en la p. 669, porque confirma, en cuanto a la foca, "quod in primo jam capite, priusquam Pernetz itinerarium inspexeram, suspicabar".

tados. Ha puesto fábulas, mitos y espejismos seculares bajo el ojo fríamente irónico de la Razón. Y el doctísimo Eberhard August Wilhelm Zimmermann ofrece el refuerzo de un argumento suyo —la cobardía de los peruanos frente a los españoles, en contraste con el valor de los cafres contra los portugueses— a las muchas razones con que De Pauw “demostró que los indígenas de América eran más débiles que todos los demás habitantes de la tierra”.³⁸ La ciencia más “oficial” adoptaba así, esforzándose celosamente en apuntalarlas con nuevos argumentos, las descaradas y feroces calumnias de un De Pauw.

Pero su pícaro gusto de armar jaleo y de provocar la risa de la galería a expensas de los sabios y laboriosos investigadores era repelente no sólo para los autores graves, sino para todas las personas serias. Linneo se ha equivocado, muy bien. Es un hecho sobre el cual están todos de acuerdo. Pero en la actitud hacia el error, ¡qué diferentes son el publicista y los profesores! Éstos saben perfectamente bien que no hay que hacer tanta alharaca por una equivocación, por gorda que sea. El error es misteriosamente coesencial a la investigación de la verdad. Quien busca, se equivoca. Quien piensa, vaga, y divaga.

Para un De Pauw, confiado en la infalible Razón, el error no se merece sino menosprecio y escarnio. En cambio, se diría que Blumenbach y Zimmermann, hasta cuando defienden a autores de leyes y de sistemas rígidos, como Linneo y compañeros, son más abiertos a las solicitudes libertarias del *Sturm und Drang*, con ese afán que tienen de pedir respeto y reverencia para los falibles y falaces genios de la investigación científica, grandes incluso en sus aberraciones, como si fuesen otros tantos tempestuosos héroes y enceguecidos superhombres.

Por lo demás, no es ésta, en verdad, la primera vez que el descarado, el insolente, el fanfarrón resulta más medroso y ligado a las convenciones de la época, y menos revolucionario, en los hechos, que el mesurado y modesto redactor de lentos tratados, y aun menos que el compilador de apuntes escolares. “Les esprits forts savent-ils qu'on les appelle ainsi par ironie?”

3. THOMAS MOORE: LOS AMERICANOS, TRISTES HABITANTES DE UN MAGNÍFICO PAÍS

En este nuevo clima político y doctrinal parecería forzoso, a primera vista, que la disputa se agotase, se extinguiese sin dejar residuos. Sin embargo, es justamente entonces cuando la “calumnia” de América obtiene el triunfo más pleno (y menos significativo) con su adopción por parte de Hegel; justamente entonces es impugnada con renovado vigor por Humboldt; y, si efectivamente los historiadores, los publicistas y los hombres de ciencia parecen olvidarse un tanto de ella, la calumnia —además de irritar una y otra vez a los americanos, según se ha visto—

³⁸ *Ibid.*, p. 592: “[Pauwius] Americae indigenas reliquis telluris incolis imbecilliores esse demonstravit.” También en otro lugar, meditando sobre el hecho de que los americanos no habían domesticado todavía al lobo en perro, se remonta Zimmermann a una tesis general buffon-depauwiana: “Nonne novo quasi argumento hoc demonstrari posset, neque Americam ipsam, neque ejus habitatores, qui tam utilem ipsis bestiam nondum mansuefecerant, tam antiquos esse, ut a plerisque perhibentur?” (*ibid.*, p. 91).

resuena, ora quejumbrosa, ora oblicuamente profética, en dos grupos específicos de autores: uno de poetas y otro de místicos. Ni los unos ni los otros, claro está, podían darle nuevos desarrollos; y además la proveniencia de sus ideas es a menudo incierta, de tal manera que no sentiremos muchos escrúpulos si damos algún estirón al orden cronológico. Pero la polémica se reviste así de tardíos y cambiantes resplandores. Y, de rechazo, las ásperas e insistentes condenas de Hegel, lejos de fulgurar en el desierto, van acompañadas e iluminadas de algún acento de lástima o de horror, de algún generoso vituperio, de algún ingenuo e inocuo apocalipsis.

Blake era un poeta y un místico a la vez. Pero en su rapsodia *America* (1793) no hay sino una inflamada y vaporosa exaltación de la rebelión de las colonias. Washington, Franklin, Paine, Hancock aparecen entre el humo y los resplandores de rojos meteoros, como gigantescas figuras plantadas sobre la orilla americana del Atlántico, erguidas en la cólera y en la furia profética, mientras algunas divinidades fabricadas de *toutes pièces* cruzan por la escena tempestuosa intercalando ambiguos vaticinios entre el llanto de los ángeles y los toques provocadores de apocalípticas trompetas. Sin embargo, hasta este canto de Blake es una señal de la nueva dignidad poética otorgada ya al tema americano —el año siguiente Blake escribía otra “prophecy”, *Europe*—, admitido entre los grandes asuntos líricos: América se ve no ya sólo como objeto de descubrimiento y conquista, sino como símbolo concreto y teatro de un nuevo destino.

En esos mismos años André Chénier esbozaba su *Amérique*, que debía tener 12,000 versos; y el Vizconde de Chateaubriand viajaba hacia el Niágara y el Mississippi, enturbiando su exotismo con acentos de morboso sentimentalismo, pero dando a las letras francesas y a las tribus de las pieles rojas una patética heroína corneliana y un benigno anciano empapado de cristiana cordura,³⁹ mientras que Goethe, al reelaborar su *Wilhelm Meister*, introducía a América como antitesis de Europa y tierra del Porvenir.⁴⁰

A través de estas diversísimas expresiones e interpretaciones, es claro, sin embargo, que el concepto de América se iba enriqueciendo y complicando, de tal modo que, casi sin necesidad de polémicas en forma, sorteaba las crudas alternativas de la disputa y resistía a las tentativas de sumaria definición. En particular, la vigorosa consolidación política de los Estados Unidos aportaba a la disputa un elemento nuevo y desconcertante. Era la primera vez que una “colonia” europea se emancipaba, más aún, alardeaba de ser igual en todo al continente del cual descendía, y capaz incluso de superarlo y derrotarlo con sus recursos intactos e ilimitados. Europa, como todo viejo padre frente a las juveniles proezas y a las precoces insolencias de su retoño, se hallaba dividida entre una complacencia rebosante de benignidad y buenos augurios, y

³⁹ “J’amenais avec moi [al regresar a Francia]... deux sauvages d’une espèce inconnue: Chactas et Atala” (*Mémoires d’Outre-Tombe*, I, livre VIII, chap. 12; ed. Levaillant, Paris, 1950, vol. I, p. 359). Sobre la irrealidad de Atala, véase ya Volney, “Eclaircissement sur les sauvages”, en sus *Oeuvres*, ed. cit., p. 727 nota. Sobre Chateaubriand, véase *infra*, pp. 322-327.

⁴⁰ Véase E. Beutler, “Von der Ilm zum Susquehanna. Goethe und Amerika in ihren Wechselbeziehungen”, en *Essays um Goethe*, Leipzig, 1941, pp. 401-402. Sobre Goethe, véase *infra*, pp. 328-341.

una impaciente, urgentísima gana de arrimarle cuatro pescozones bien dados —o al menos un sermoncito lleno de gravedad sobre cómo debería comportarse un hijo de buena familia.

Al otro lado del Atlántico, como se ha visto, las tesis de Buffon y De Pauw no eran ya discutidas, sino ridiculizadas y coléricamente devueltas contra los europeos: eran exhibidas como señal de cuán incapaces eran los habitantes del Viejo Mundo de comprender las cosas y las gentes de América, y en consecuencia —por una de esas cabriolas lógicas en que brilla y sonríe el genio acrobático de la política— como un argumento más para exaltar la grandeza y la gloria del nuevo estado.

Por el contrario, todos aquellos que en Europa, y especialmente en Inglaterra, conservaban rencor o nutrían desconfianza por la soberana independencia de los Estados Unidos, demasiado reciente y ya provocadora, estaban prontos a valerse de los argumentos geofísicos para refutar sus alardes y sus esperanzas. Característico, a este propósito, es el caso de Thomas Moore, el bardo irlandés, que atravesó toda América, desde las Bermudas hasta el Canadá, entre 1803 y 1804. Por una parte, Moore contempla lleno de entusiasmo la imponente majestad del paisaje americano, la pródiga magnificencia de una naturaleza plácida y poderosa —y está, en consecuencia, a mil leguas de los conceptos expresados por los denigradores del continente. Pero, por otra, juzga con severo desprecio esa nueva sociedad, mezquina, pendenciera, inculta, y la afea aún más al confrontarla con el ambiente exuberante en que crece y del cual no es digna —hasta que por último, como para darle el golpe de gracia, recuerda explícitamente el cuadro mismo que Buffon y De Pauw habían trazado del indígena americano, cuadro sumamente humillante (“very humiliating”), pero mucho más exacto que las halagüeñas “representations” del señor Jefferson en sus *Notes on Virginia*.⁴¹

Todo el sistema buffon-depauwiano resulta disgregado por esta transacción entre el exotismo romantizante y la irritación patriótica. Y a Moore no le queda más que repetir diez veces la fácil antítesis, de modo que ésta acaba por parecer un trivial y mecánico eco invertido de las teorías climáticas —la óptima tierra produce pésimos hombres—, o bien comienzan a resonar en la memoria otros lugares comunes análogos, por ejemplo el del Paraíso habitado por diablos, como se dijo durante siglos de Nápoles y su reino.⁴² También América es pintada por Moore como tierra tres veces dichosa, como asilo de paz para el pobre europeo (“far from the shocks of Europe”), lugar a salvo, incluso, de esos feroces y funestos cometas que tantas veces han

into chaos hurled
the systems of the ancient world...⁴³

⁴¹ *To Thomas Hume Esq. M. D.*, en los *Poems relating to America* (editados por vez primera en *Epistles, odes and other poems*, 1806; citamos por la edición de *Poetical works*, London, 1865, p. 101 y nota). Sin embargo, Moore había admirado, junto al Niágara, las formas escultóricas y los ejercicios gimnásticos de los indios tunicarora (*Preface to the Second volume, ibid.*, p. xxi).

⁴² Véase B. Croce, *Uomini e cose della vecchia Italia*, Bari, 1927, vol. I, pp. 68-86. El contraste “tra i vantaggi del clima e l'effetezza degli abitanti” fue señalado con sorpresa por los primeros relatores del Brasil (Romeo, *op. cit.*, p. 121).

⁴³ *To Miss Moore*, ed. cit., p. 88: [“...precipitado en el caos los sistemas del mundo antiguo”].

Por un nuevo Edén de ilimitada vastedad, un milagro

which man
cag'd in the bounds of Europe's pigmy span,
can scarcely dream of.⁴⁴

Y en embargo este mundo, en el que sólo semidioses deberían pasearse, estaba destinado a no producir sino flacos y repugnantes salvajes, medio abortados y medio idiotas, y, lo que es peor, a no recibir en su seno sino la hez multicolor de muchas otras remotas regiones, y cuantos individuos marfúricos y criminales rechaza Europa expulsándolos de su esfera...⁴⁵ Toda esta inmensa y adorable América, con sus montañas y sus jardines, con sus grandes y lúcidos lagos y sus ríos impetuosos como conquistadores, mirad cómo en cuanto llegan sus habitantes,

'tis one dull chaos, one unfertile strife
betwixt half-polished and half-barbarous life.⁴⁶

Ninguna esperanza, pues, se puede nutrir por la “future energy and greatness of America”. Su precoz degeneración —“this youthful decay”— anuncia su próxima ruina:

Even now, in dawn of life her sickly breath
burns with the taint of empires near their death;
and, like the nymphs of her own with'ring clime,
she's old in youth, she's blasted in her prime.⁴⁷

Todavía en la última composición de la serie, Moore recuerda las hermosas y largas veladas de conversaciones y de cantos, cuando él les hablaba a sus amigos americanos de los poetas, de los héroes, de la gloria de Europa, y ellos escuchaban en silencio y suspiraban, resignados:

⁴⁴ *To the Lady Charlotte Rawdon, ibid.*, p. 105: [“...en el que apenas puede existir quien está enjaulado en los límites de la minúscula extensión de Europa”]. Característico es el contraste con la minúscula y agitada Europa, que no tardó en convertirse en cliché.

⁴⁵ “Oh... say, was world so bright, but born to grace / its own half-organised, half-minded race [aquí la cita de Buffon y de De Pauw] / of weak barbarians swimming o'er its breast, / like vermin gendered on the lion's crest? / ...to nurse / the motley dregs / of every distant clime / each blast of anarchy and taint of crime / which Europe shakes from her perturbed sphere?” (*To Thomas Hume, ibid.*, p. 101). América, asilo paradisiaco de Europa *sub specie naturae*, se convierte en su galera y albañal *sub specie societatis*. De aquí el desprecio de Moore por los entusiasmos “revolucionarios” de Brissot (*ibid.*, pp. 86, 89, nota 1; cf. *infra*, excursu 5, sobre todo pp. 557-559). Un precedente inmediato de su actitud puede encontrarse en Dietrich von Bülow, *Freistaat von Nordamerika in seinem neuesten Zustand*, Berlin, 1797, quien describe a los ciudadanos norteamericanos como la hez de Europa y califica de extremadamente insalubre el clima de los Estados Unidos, pero rechaza las generalizaciones de “Raynel” sobre la esterilidad del suelo (Doll, art. cit., p. 497).

⁴⁶ *To the Hon. W. R. Spencer*, ed. cit., p. 103: [“...es un caos nebuloso, una oscura lucha entre la vida semi-civilizada y la vida semi-bárbara”].

⁴⁷ *Preface; to the Lord Viscount Forbes, ibid.*, pp. 86, 99: [“Ya ahora, en los albores de la vida, su aliento enfermizo se consume con la corrupción de los imperios cercanos a la muerte; y, a semejanza de las doncellas de su mustio clima, es vieja en su juventud, marchita en botón”]. Una tenue e improbable posibilidad de que América crezca todavía y se haga grande, se señala en la epístola *To the Hon. W. R. Spencer, ibid.*, p. 104.

*They have listen'd and sigh'd that the powerful stream
of America's empire should pass, like a dream,
without leaving a relic of genius...⁴⁸*

La ira que estos cantos suscitaron en los norteamericanos no es difícil de imaginar, —y el mismo Moore habla de ella varias veces con dulce compunción.⁴⁹

4. VOLNEY Y PERRIN DU LAC: CRÍTICAS A LOS NORTEAMERICANOS

Justamente en vísperas del viaje americano de Moore, las mismas ideas eran expresadas, con menos pasión y menos poesía, por Constantin François Volney en su *Tableau du climat et du sol des États-Unis* (1803). La fórmula "horrible gente en un hermoso país" era la transformación necesaria de la fórmula depauwiana "horrible gente en un horrible país", bajo una doble influencia ideal: por un lado, la corroía la rehabilitación romántica de la naturaleza salvaje e ilimitada, y por otro se le sobreponía la crítica de la petulancia y del moralismo político de los norteamericanos.

Volney, *philosophe* retrasado, había pasado algunos años turbulentos (1795-1798) en la América del Norte y había sido amigo de Jefferson. Conocía perfectamente, además, las *Notes on Virginia* de este ilustre personaje, había recibido consejos de él para el libro que estaba preparando, y, como él,⁵⁰ recuerda en determinado momento las observaciones meteorológicas de Franklin, en abierta contradicción con las afirmaciones del "doctor Pauw". Y aquí una nota nos remite al pie de la página, donde el autor añade curiosamente que es ése un libro "extraño" ("c'est un étrange livre que les *Recherches* de M. Pauw sur les Américains"). Él lo leyó sólo a su regreso de América, viendo en qué gran estima se lo solía tener⁵¹ (en realidad, a fines del siglo, la fama de De Pauw estaba bajando vertiginosamente), pero el libro se le cayó de las manos en cuanto pudo comprobar la ligereza, la arrogancia, el espíritu paradójico y la acritud polémica de su autor.⁵²

⁴⁸ *To the Boston Frigate, ibid.*, p. 108: ["Ellos escucharon, y lanzaron un suspiro al pensar que la poderosa corriente del imperio americano pasaría como un sueño, sin dejar reliquia alguna de genio"].

⁴⁹ Véase la citada edición de *Poetical works*, pp. xxii, 86, y *An attempt to vindicate the American character, being principally a reply to the animadversions of Thomas Moore*, Philadelphia, 1806 (citado por G. Vallat, *Étude sur la vie et les œuvres de Th. Moore*, Paris, 1886, p. 50 nota). Todavía el profesor Ephraim Douglas Adams: *The power of ideals in American history*, New Haven, 1913, p. x, acusa a Moore de sospechar "sórdidos motivos" bajo el entusiasmo americano por la libertad; y otro americano observa oblicuamente que Moore hizo sólo "a brief tour of the Eastern cities" [sic] y que pasó la mayor parte del tiempo "with British naval officers whose ships were in port and with wealthy Federalists, who bitterly resented Jefferson's control of the government" (D. Smalley, en nota a su edición de F. Trollope, *Domestic manners, op. cit.*, p. 244 nota). Lo cual, por lo demás, no explica la peculiar actitud de Moore, ni su expresa referencia a la degeneración del hombre en América.

⁵⁰ Véase *supra*, p. 236. Sobre sus relaciones con Jefferson véase el *Catalogue*, ed. cit., vol. IV, pp. 211-214.

⁵¹ *Tableau*, x, § 2, en *Oeuvres complètes*, ed. cit., p. 680b: "pour profiter de tant de lumières dont on lui fait honneur".

⁵² También en las *Observations générales sur les Indiens et sauvages de l'Amérique Nord*, Volney recuerda el hecho, bien conocido por todos los viajeros, de que los

Sin embargo, si rechaza el pesimismo geofísico de las *Recherches*, y cita al padre Molina y a Humboldt,⁵³ y analiza objetivamente el suelo y el clima, los vientos y las lluvias de la América septentrional, no por ello se inclina Volney a las visiones aurorales de los libres ciudadanos de la nueva república. Por el contrario, a semejanza de Moore, denuncia ya en el comienzo de su libro "el error novelesco de los autores que llaman *pueblo nuevo* y *virgen* a una reunión de habitantes de la vieja Europa, alemanes, holandeses y sobre todo ingleses de los tres reinos".⁵⁴ A las jactancias de los americanos sobre su virtud nacional por excelencia, la juventud, replica con severidad dieciochesca, y coherente con la constante irrisión de Rousseau y sus ejemplares salvajes, que con ello América "confiesa mucho menos su debilidad actual, que sus proyectos de grandeza futura", y que su pueblo se merece, sí, ese epíteto de *joven*, pero sólo "por la inexperiencia y el atolondramiento con que se entrega a los placeres de la fortuna y a las seducciones de la adulación".⁵⁵

Sus progresos no se deben a la excelencia de las instituciones políticas —Volney se atrajo la "cólera" de John Adams por haber criticado muy severamente su defensa de la Constitución de los Estados Unidos—, y, en todo caso, los norteamericanos se han ido alejando cada vez más de los principios de la revolución. Su prosperidad se debe a circunstancias geopolíticas, a su posición insular, a la ausencia de vecinos poderosos, a la distancia de todo teatro de guerras. Más aún —prosigue Volney con perspicacia—, cada guerra europea les da a los Estados Unidos nuevas ventajas, y refuerza "la dirección natural y progresiva de su ambición hacia el archipiélago de las Antillas y el continente circunvecino".⁵⁶

La punta de la crítica se desplaza decididamente del continente al nuevo estado que en él había aparecido; de la esfera física a la socio-política.

En esos mismos años salía a la luz (1805) el libro de otro francés, un pequeño funcionario muy poco conocido y ciertamente menos leído entonces y ahora que el ilustre Volney, pero no privado de buen sentido

salvajes se depilan, "mais il est tout simple que le paradoxal docteur Paw se soit comparé de cette anomalie pour en étayer l'édifice de ses rêveries" (*Oeuvres complètes*, p. 713b); cf. ya Jefferson, *supra*, p. 238. Volney rechaza igualmente la tesis de De Pauw que atribuye la firmeza de los salvajes en los tormentos a una pretendida insensibilidad física: "certes, il faudrait qu'ils fussent plus insensibles que des huîtres et des arbres!" El verdadero motivo es su exaltación, sustancialmente idéntica al fanatismo de los mártires religiosos (*ibid.*, p. 723).

⁵³ *Ibid.*, p. 684a.

⁵⁴ *Tableau*... , Préface, ed. cit., p. 631: "... l'erreur romanesque des écrivains qui appellent *peuple neuf* et *vierge*, une réunion d'habitants de la vieille Europe, Allemands, Hollandais et surtout Anglais des trois royaumes".

⁵⁵ *Ibid.*: "... [l'Amérique] avoue bien moins sa faiblesse actuelle, que ses projets de grandeur future"; "... le pays est jeune! par l'inexpérience et l'emportement avec lesquels il se livre aux jouissances de la fortune et aux séductions de la flatterie". Cf. *supra*, p. 290, nota 120. Véase también Sainte-Beuve, *Causeries du lundi*, ed. cit., vol. VII, pp. 424-427; F. Baldensperger, *Le mouvement des idées dans l'émigration française, op. cit.*, vol. I, pp. 105-106, y G. Chinard, *L'homme contre la nature, op. cit.*, pp. 76-77, 115. Y, para ecos más tardíos, Miss Martineau, sobre la cual véase *infra*, pp. 448-450.

⁵⁶ *Tableau*... , Préface, ed. cit., pp. 631-632: "... la direction naturelle et progressive de leur ambition vers l'archipel des Antilles et le continent environnant". Volney recuerda también, para rechazarlas, las jactancias de los americanos fundadas en la vastedad de sus territorios: *ibid.*, p. 633.

y casi siempre diametralmente alejado del punto de vista del autor del *Tableau*. Como dice el título de su relato —nada breve, sino al contrario, arcaicamente prolijo: *Voyage dans les deux Louisianes et chez les Nations sauvages du Missouri, par les États-Unis, l'Ohio et les Provinces qui le bordent, en 1801, 1802 et 1803, avec un aperçu des mœurs, des usages, du caractère et des coutumes religieuses et civiles des Peuples de ces diverses contrées*—, Perrin du Lac se interesa más por los salvajes que por los colonos y ciudadanos de los Estados Unidos. Pero de las instituciones políticas norteamericanas pinta un cuadro de libertad, de orden, de consumada bienaventuranza. Esa joven república es en todo distinta de Europa y en todo superior a ella. Hasta en los usos y costumbres, sus ciudadanos “parecen tener como regla fundamental el no hacer nada como nosotros”.⁵⁷

Sin embargo, en una cosa por lo menos son como los europeos: en el exasperado orgullo nacional y en el embrionario, pero ya impetuoso imperialismo. Olvidados de las ayudas recibidas de Francia, “se creen los primeros guerreros del mundo, porque han forzado a algunas naciones salvajes a pedirles paz, o porque tienen en el Mediterráneo una flota (así es como llaman a su miserable escuadra) para asustar a los beyes de Túnez y de Argel”.⁵⁸ No es arriesgado suponer que muy pronto reclamarán sus “confines naturales”, en seguida arrojarán fuera del nuevo continente a españoles y franceses, y finalmente, después de una violenta revolución, aspirarán a ocupar “en la balanza política del mundo” el puesto que hasta ahora se les ha negado.⁵⁹

En pleno contraste con esta radiosa profecía nos ofrece Perrin du Lac su descripción de las condiciones físicas, psíquicas y sociales de los ciudadanos norteamericanos. Entregados a los placeres más vulgares, son indignos de las frescas gracias de sus jóvenes conterráneas, a las cuales el francés hace el cumplimiento de compararlas con sus propias compatriotas, encontrándolas menos seductoras quizá, pero más serias y sensatas. ¡Lástima que envejeczan tan pronto! ¡Lástima que antes de los veinte años estén ya ajadas, y que suelen perder los incisivos antes de los dieciocho! ¿A qué se debe esta precoz decadencia? “La mayor parte de los viajeros lo atribuyen al hábito que tienen de beber el té muy caliente”. Pero nuestro Perrin du Lac tiene una teoría personal que es aún más peregrina: “yo me inclino a creer que esta especie de enfermedad es consecuencia de la poca costumbre que tienen

⁵⁷ *Voyage...*, Paris, 1805, pp. ii-iv, 103: “ils paraissent avoir comme règle fondamentale de ne rien faire comme nous”.

⁵⁸ *Ibid.*, pp. 99-100: “ils se croient les premiers guerriers du monde, parce qu'ils ont forcé quelques nations sauvages à leur demander la paix, ou parce qu'ils ont dans la Méditerranée une flotte (c'est ainsi qu'ils nomment leur misérable escadre) qui en impose aux beyes de Tunis et d'Alger”. Otra ironía sobre la “formidable armée américaine”, *ibid.*, p. 151.

⁵⁹ *Ibid.*, pp. 438-442: la revolución hará derrumbarse su hermosa, pero frágil Constitución, y “le résultat le plus avantageux de cette lutte sera la séparation des états du Nord de ceux du Midi” (*ibid.*, p. 101). La ciudad de Washington será el teatro “des troubles qui doivent diviser ou déchirer les plus beaux pays du nouveau continent” (*ibid.*, p. 91). Otros temores contemporáneos por el expansionismo de los Estados Unidos, que, en caso de triunfar, significaría el fin de la civilización, pueden verse registrados por Echeverría, *op. cit.*, pp. 243-244, el cual recuerda asimismo (*ibid.*, p. 259) las críticas lanzadas a Perrin du Lac en el órgano de los *idéologues*, la americana *Décade Philosophique*.

de sonarse”. La culpa es del flujo nasal, y la prueba es que los incisivos superiores son los primeros en arruinarse y caer.⁶⁰ Un poco más de pulucelos, he ahí el verdadero remedio para la piorrea.

Entre los varones no existe ni el más pequeño germen de genialidad. Franklin y Washington son, quizá, los únicos que pueden llamarse grandes hombres. De Jefferson, que se había tomado el trabajo de combatir justamente esta acusación de la falta de genios en América,⁶¹ de Thomas Jefferson, tan admirado por Volney y Perrin du Lac tiene una pésima opinión: es un faccioso, un demagogo cerrado y desconfiado, maniático de la agricultura, mezquino y pusilánime. Ha escrito, sí, las *Notes on Virginia*, pero el escritor tiene tan pocos méritos como el presidente.⁶²

Las *Notes*, mera compilación de datos estadísticos —“un ouvrage sur la statistique de la Virginie”—, son casi el único texto citado por Perrin du Lac.⁶³ Pero no me parece dudoso que haya conocido a De Pauw y/o a alguno de sus repetidores o adversarios un hombre que escribía sobre la barba de los salvajes: “algunos autores han pretendido que la naturaleza les negó esta señal de virilidad, que caracteriza exteriormente al hombre de todos los países; pero es un error grosero”;⁶⁴ que no sólo negaba la existencia de cuadrúpedos feroces en América —el oso negro y el jaguar, o pantera, no son peligrosos en absoluto—, sino que llegaba a ponderar la bondad de la carne de esas inofensivas bestias; y que alababa, en cambio, la presencia en el Nuevo Mundo de

⁶⁰ *Ibid.*, pp. 30, 35, 104-108: “La plupart des voyageurs l'attribuent à l'habitude qu'ils ont de boire le thé très-chaud, mais je suis porté à croire que cette espèce de maladie est la suite du peu d'habitude qu'elles ont de se moucher”. El primer responsable de esta acusación contra el té es probablemente el ya recordado P. Kalm, *En resa til Norra Amerika*, *op. cit.*, vol. II, pp. 450-453 (traducido en *This was America*, ed. O. Handlin, Cambridge, Mass., 1949, p. 15), seguido por el abate Robin, *Nouveau voyage*, *op. cit.*, p. 39 (el cual advierte asimismo que el té reblandece la fibra, *ibid.*, pp. 15, 39-40), y por Volney, *Tableau*, ed. cit., pp. 668-669. Otros echaron la culpa al pan y a los *hot-cakes* (E. J. Dingwall, *The American woman*, *op. cit.*, p. 40).

⁶¹ Véase *supra*, p. 241.

⁶² *Voyage*, pp. 87-89: “... il n'a guère plus de mérite comme écrivain que comme président des États-Unis”; *ibid.*, pp. 438-439: “S'inquiétant peu de rendre son pays respectable aux yeux des nations étrangères, il voudrait le condamner à n'être qu'agriculteur, sans commerce ni consistance politique”. Jefferson resulta ser, en suma, un precursor del plan Morgenthau para Alemania... Por lo demás, cf. *infra*, excursus sobre los cuáqueros, el marqués y el girondino, pp. 557-558.

⁶³ Hay fugaces alusiones a Liancourt (*ibid.*, p. 95) y al naturalista François-André Michaux, cuyo *Voyage à l'Ouest des Monts Alleghanys...* etc. (Paris, 1804) era recomendado a Jefferson por John Vaughan (8 de julio de 1806), con esta vindicativa glosa: “Abbé Raynal would have (if alive) to reverse his stigma of Degeneracy...” (*Catalogue of the library of Th. Jefferson*, ed. cit., vol. IV, p. 210).

⁶⁴ *Ibid.*, pp. 345-346: “quelques écrivains ont prétendu que la nature leur avait refusé cette marque de virilité, qui caractérise extérieurement l'homme de tous les pays; mais c'est une erreur grossière”. Las otras defensas, del aliento puro, de los dientes robustos, de la agilidad, etc. de los salvajes son mera paráfrasis de Lahontan, *op. cit.*, p. 93: curiosa derivación, para un viajero que había observado a los salvajes de cerca. Por lo demás, varias otras “observaciones” de Perrin du Lac (por ejemplo, p. 184, sobre las costumbres nupciales de los salvajes: cf. Lahontan, *op. cit.*, p. 230) saben a aceite de lámpara mucho más que a agua de fuente. Y, de hecho, ahora que Perrin du Lac es acusado de haber copiado textualmente el manuscrito de cierto J. B. Trudeau, que había viajado por el Missouri: F. Grenier, “Un plagiaire illustre, F. Perrin du Lac”, *Revue d'Histoire de l'Amérique Française*, Montreal, vol. VII (1953-54), pp. 207-223.

todas las especies de salvajina que se encuentran en el Viejo, aunque admitiendo que presentan diferencias capaces de poner en aprietos a los naturalistas: "la más notable es su pequeñez".⁶⁵

5. KEATS: LA HUIDA DE LAS DRÍADAS

Mientras que Volney y Moore fueron objeto de animadísimas críticas norteamericanas, ninguna reacción suscitó al otro lado del Atlántico la fúnebre pintura que había ofrecido de la América septentrional un poeta poco más tardío y de mucho más altos vuelos que Moore, John Keats. No es que los americanos perdonaran benignamente un desahogo personal del melancólico, purísimo cantor del otoño y de la urna griega. No es que le estuvieran agradecidos por aquella famosa imagen suya —la primera fulguración lírica sugerida por el Nuevo Mundo— que transfigura la repentina revelación de la poesía de Homero en el estupor de Núñez de Balboa y de sus compañeros cuando, desde un pico de Darién, descubrieron la luz inmensa del Pacífico.

No: la razón es más trivial. Hasta estos últimos años, nadie se había dado cuenta de que esos versos de Keats (*Lines to Fanny*, 1819, publicadas por primera vez en 1848) describían justamente a América. Todos, inclusive los críticos más autorizados, hasta Colvin y Middleton Murry, dos especialistas en Keats, los creían una poética descripción de un páramo imaginario, una lúgubre, cenicienta fantasía sin relación alguna con la realidad geográfica. La misma exageración de los rasgos excluía la posibilidad de reconocer en tan feroz caricatura el territorio de la Unión norteamericana. Si por una parte esto confirma que los argumentos y las descripciones buffon-depauwianas cayeron en el olvido durante la segunda mitad del siglo XIX, por otra parte es indicio de que se hallaban de tal manera "en el aire" hacia comienzos del siglo, que suministraban todo un arsenal de motivos deprecatorios a quienquiera que, por una u otra razón, estuviese mal dispuesto para con el Nuevo Mundo.

Keats no llegó a pisar nunca el suelo de América. Y si alguna vez pensó en un viaje, sintió invariable repugnancia de marcharse a vivir allí por siempre, incluso cuando su hermano queridísimo y su cuñada se establecieron en los Estados Unidos: "No tengo el menor interés en ir a América. ¿Qué podría hacer allí? ¿En qué podría emplearme?"⁶⁶ Pero, desolado por la ausencia de sus queridos hermanos, angustiado por la suerte que correrían en tan remota comarca —¡Kentucky!—, Keats releía la *Historia de América* de Robertson,⁶⁷ y en su hirviente y

⁶⁵ *Voyage*, pp. 249-252: "[la différence] la plus remarquable est leur petitesse".

⁶⁶ Carta a George y Georgiana Keats, 17-27 de septiembre de 1819, en *The letters of John Keats*, ed. M. Buxton Forman, Oxford, 1948, p. 423: "it is quite out of my interest to come to America. What could I do there? How could I employ myself?" En cuanto a la veleidad de viajar, véase *ibid.*, pp. 194, 448.

⁶⁷ Copiosa documentación en Harold E. Briggs, "Keats, Robertson and «That most hateful land»", *Publications of the Modern Language Association of America*, vol. LIX (1944), pp. 184-199, el cual indicó, por vez primera, la fuente del poema de Keats. En 1949, el profesor Häusermann, de Ginebra, proporcionaba la misma interpretación a John Middleton Murry, que aún la desconocía (véase el *Times Literary Supplement*, November 18, 1949, p. 751), y que la acogió en la 4ª y última ed. de su *Keats*, New York, 1955, p. 50.

congojada imaginación pintaba todo un cuadro de espanto y de mudas amenazas para los suyos, "encarcelados" en ese odioso país, —"that most hateful land".

La naturaleza, la grande, infalible Naturaleza, por una vez parece haberse equivocado. América está mal hecha, y privada de toda poesía. Los tristes, pesados ríos de esa "monstruosa" región no albergan divinidades con la cabellera chorreante de algas; los vientos son helados azotes; las selvas, tupidas y ciegas, asustarían a una Dríada.

Si de la mitología pasamos a la historia natural, y de las ninfas de los bosques a los animales domésticos, escuchamos en los versos dolientes de Keats el eco de denuestos más familiares: las praderas de verbajos secos hacen enflaquecer al buey famélico que busca en ellas alimento; las flores son malas⁶⁸ y sin perfume; los pájaros no tienen la dulzura del canto...⁶⁹

Esta falta de pájaros melodiosos era, ya lo sabemos, una de las más típicas y comunes acusaciones arrojadas contra América. Pero para el poeta que escribía su obra maestra con la *Oda a un ruiseñor*, ese mutismo era un siniestro compendio de todos los silencios y de todas las repulsas:

*Thou was not born for death, immortal Bird!*⁷⁰

Donde calla esa mágica voz, reinan la muerte y la desesperación. Ahora bien, desde la primera estrofa, ¿cómo invoca Keats al ruiseñor?

*Thou, light-winged Dryad of the trees...*⁷¹

Ahí está: y las tenebrosas selvas de las *Lines to Fanny* asustarían a una Dríada: "would fright a Dryad". No es un eco accidental: es un verdadero leit-motiv.

Tanto es así, que una vez más reaparece el motivo, justamente en el exordio de *Lamia* (1820).⁷² El poeta evoca aquel tiempo mítico en que las Hadas no habían arrojado todavía de los bosques a las Ninfas y a los

⁶⁸ Los editores, como Buxton Forman (*The poetical works of John Keats*, Oxford, 1934, pp. 438-439), se maravillan del epíteto "bad" aplicado a las flores, y extrañamente sospechan que Keats escribió primeramente *buds* (capullos), y que luego se olvidó de tachar esta palabra... Otras ingeniosas explicaciones —demasiado ingeniosas tal vez— de las "bad flowers", en Briggs, art. cit., p. 192, nota 43. Se podría pensar asimismo en la declarada insensibilidad de Keats por la belleza de las flores exóticas (carta del 14 de febrero de 1820, en *Letters*, ed. cit., p. 465).

⁶⁹ "And no birds sing" es también el estribillo de la celeberrima *Belle Dame sans Merci*, escrita por Keats en el mismo período, y en la cual se encuentran quizá otros ecos de Robertson (véase Briggs, art. cit., pp. 195-197, y, en contra de esta sugerencia, "Ten days in the life of Keats", by a Correspondent, *Times Literary Supplement*, March 14, 1952). En una carta al *Times Literary Supplement* (November 25, 1949), A. D. Atkinson afirma que Keats conocía probablemente las obras de Buffon y los viajes de Cook (véase, por lo demás, *Letters*, ed. cit., p. 456), y que se encuentran huellas de esas lecturas en su poesía. Pero no hace falta ir a buscar más lejos: también esas características negativas de la fauna americana son recordadas por Robertson.

⁷⁰ ["¡No naciste tú para la muerte, oh Pájaro inmortal!"].

⁷¹ ["¡Oh alada, ligera Dríada de los árboles...!"].

⁷² En el mismo poema se advierten otras curiosas huellas de Robertson (R. Gittings, *John Keats: The living year*, London, 1954, pp. 171-172).

Sátiros, y en que el centelleante Oberon no había expulsado aún a las Dríadas y a los Faunos, —“*frighted away the Dryads and the Fauns*”. La huida de las Dríadas representa, pues, para Keats el ocaso de la naturaleza clásica, la corrupción de todas las cosas bellas, la muerte del eterno Pan. No hay sitio para las Dríadas en las horrendas selvas de América.

Y no es todo aún. La escena de ciertos versillos extemporáneos y juguetones, incluidos en una carta de Keats a su hermano y a su cuñada en América,⁷³ es al mismo tiempo el País de las Hadas y América —“*both Fairyland and America*”⁷⁴—, tal como la “*hateful land*” era al mismo tiempo América y una tierra embrujada. También allí los bosques son tristes y mudos:

*so lone and wild,
where even the Robin feels himself exil'd.*⁷⁵

También allí, ríos y arroyos corren oscuros y espantados, como las Dríadas:

*...the very brooks as if afraid
hurry along to some less magic shade.*⁷⁶

Y hay también un mulo parlante proveniente de Tahití, extraño cuadrúpedo que parece más bien salido de las páginas de la *History of America*,⁷⁷ y hasta verdaderos salvajes, malignos *Monkey-men* que viven sobre los árboles.

De los hombres, en cambio, ni una palabra en las *Lines to Fanny*: son víctimas, no partícipes de los “errores” de la naturaleza. Evidentemente Keats pensaba entonces en su hermano, en su cuñada, no en los pieles rojas ni en los ciudadanos de la joven república. Pero sobre los unos y los otros expresa en lugares diversos sus opiniones. Algún juicio incidental de Keats sobre los salvajes ha parecido más cercano al realismo de Robertson que a la idealización de Rousseau.⁷⁸ Y a los americanos del Norte se refiere, sin reserva y sin admiración, en una carta a su hermano, en la cual se burla de su amigo Dilke, que creía ingenuamente en la perfectibilidad godwiniana y que se imaginaba —pero no era el único, y nada menos que Berkeley había expresado el mismo augurio⁷⁹— “que América será el país que tome por su cuenta la inteligencia humana en el punto en que Inglaterra la ha dejado”.⁸⁰ No, en verdad no hay que hacerse ilusiones: América ha tenido grandes hombres, ciertamente, un Franklin, un Washington, pero, en definitiva, esos

⁷³ “When they were come into the Faery's Court”, en *Poetical works*, pp. 349-352, y en *Letters*, pp. 321-324.

⁷⁴ Gittings, *op. cit.*, p. 108.

⁷⁵ [“...tan solitarios y salvajes, donde hasta el petirrojo se siente desterrado”].

⁷⁶ [“...los arroyos mismos, como asustados, corren de prisa hacia una sombra menos mágica”].

⁷⁷ Gittings, *op. cit.*, p. 109.

⁷⁸ Cf. Briggs, art. cit., pp. 197-198.

⁷⁹ Véase *supra*, p. 125.

⁸⁰ Carta del 14-31 de octubre de 1818, en *Letters*, ed. cit., p. 235: “...that America will be the country to take up the human intellect where England leaves off”.

señores eran gente vulgar: el primero un cuáquero filosofante lleno de máximas triviales y mezquinas, el segundo un avaro que vendió hasta el caballo sobre el cual había hecho todas sus campañas. ¿Cómo podrían tener la señal de la verdadera grandeza? “La humanidad de los Estados Unidos no puede llegar nunca a lo sublime”.⁸¹ Traten los jóvenes esposos, George y Georgiana, de infundir un poco de “*Spirit*” en el “*Settlement*”, y Keats rogará —ruega, de hecho, en ágiles, festivos versos que son al mismo tiempo una nenia y un ensalmo— por que el niño que esperan pueda ser el primer poeta americano:

*Little child
o' the Western wild
a Poet now or never!*⁸²

Los esposos tuvieron el niño que esperaban, y luego otro, y otro, y otro más, ocho en total entre varones y hembras. Pero poeta, ninguno.

6. BYRON Y SHELLEY: LAS “RECHERCHES SUR LES GRECS” Y EL RADIANTE DESTINO DE LOS ESTADOS UNIDOS

Cuán personales y singulares sean estos desahogos de Keats, resulta claro si los ponemos en confrontación con el decidido filoamericanismo tanto de su queridísimo amigo Shelley como de su detractor Byron. En uno y en otro, desacordes en cuanto al juicio sobre la poesía de Keats, pero unidos en las lágrimas por su desastrado fin,⁸³ prevalece sobre cualquier otra consideración el entusiasmo por la libertad que los norteamericanos han conquistado y defendido victoriosamente: un motivo político y contingente, pero que se enmarca y se exalta en el antiguo espejismo de una marcha fatal de los destinos mundiales de Oriente a Occidente.⁸⁴

Lord Byron saludaba en George Washington al “*Cincinnatus of the West*”,⁸⁵ y en el ascenso de los Estados Unidos al papel de gran potencia colocaba su última esperanza para la libertad conculcada en Europa.⁸⁶ En apoyo del auspicio, acuden por una parte los grandes recuerdos clásicos, convocados para hacer más hermoso el último triunfo de América

⁸¹ *Ibid.*, loc. cit.: “The humanity of the United States can never reach the sublime”.

⁸² *Ibid.*, p. 237: [“Pequeño niño, para el salvaje Occidente un poeta, ahora o nunca”]. Cf. Gittings, *op. cit.*, pp. 19-21.

⁸³ Véase la carta de Byron a Shelley, Ravenna, 26 de abril de 1821, en *Works*, ed. Th. Moore, London, 1832-36, vol. V, pp. 144-145.

⁸⁴ Véase *supra*, pp. 118 ss.

⁸⁵ *Ode to Napoleon Buonaparte* (1814), ed. cit., vol. X, p. 15.

⁸⁶ *Childe Harold's pilgrimage* (1817), iv, 96; ed. cit., vol. XIII, p. 233; *Ode on Venice* (1818), *ibid.*, vol. XI, pp. 181-186. Cf., en contraste, la desconfianza del viejo Wordsworth, conservador y moralista: aunque no daba importancia (1833) a la vulgaridad de modales de los americanos, —“that comes of the pioneer state of things”—, lamentaba su afición al dinero y a la baja política. Peor aún, no tienen *gentlemen* y no cultivan la buena moral. Esto decía el venerable poeta al joven y entusiasta Emerson (véanse sus *English traits*, xi, en *Selected essays*, ed. Nelson, pp. 224-225); y algunos años después escribía dos sonetos contra los americanos degenerados descendientes de los *Pilgrim Fathers* y contra los pensilvanos olvidados de la moralidad de los cuáqueros (*Poetical works*, ed. Th. Hutchinson, London, 1895, p. 515).

y de su primer Presidente;⁸⁷ y, por otra parte, se oye en sordina un eco de las teorías naturalistas, con esa alusión, dos veces repetida, a los Estados Unidos como a una región —“one great clime”— cuya “vigorosa progenie” mantiene en alto el estandarte de la libertad sobre el remoto Atlántico (*Ode on Venice*).

Más explícito aún en la profecía augural era Byron pocos años después en un pasaje de su diario, transcrito por Thomas Moore, justamente el denigrador de los americanos, en su *Vida* del poeta. Tras de recordar con satisfacción el homenaje que había recibido de un joven norteamericano, Byron añade que acoge siempre con placer las visitas de ciudadanos de los Estados Unidos, ante todo porque respeta a ese pueblo que ha sabido conquistar su independencia con firmeza y sin excesos, y en seguida porque le parece entonces estar conversando con la posteridad misma: “Dentro de un siglo o dos, las nuevas Atlántidas, la inglesa y la española, serán señoras de las viejas naciones, según todas las probabilidades, tal como Grecia y Europa superaron a su madre Asia en los tiempos más viejos o primitivos, según suelen llamarlos”.⁸⁸ La historia no ha perdido la brújula: prosigue su camino de Este a Oeste.

No menos halagado quedó Byron cuando una escuadra norteamericana echó anclas en el puerto de Liorna, y el poeta recibió las invitaciones y los cumplimientos de los oficiales, y hasta las coqueterías de alguna dama, si bien le era muy fácil darse cuenta de que todas esas ceremonias y zalamerías se dirigían a su fama de anti-inglés más bien que a su gloria poética. Sin embargo, concluye, “prefiero recibir una inclinación de cabeza de un americano, que una tabaquera de un emperador”.⁸⁹ Byron recibió asimismo, del capitán norteamericano —el célebre Chauncey, que llevó la bandera de los Estados Unidos “to the shores of Tripoli”—, el ofrecimiento de un pasaje para el Nuevo Mundo; y el pintor Edward West, que le hizo un retrato por encargo de los oficiales norteamericanos, tuvo incluso la impresión de que el poeta estuvo a punto de aceptar la oferta.⁹⁰ Ciertamente que, precisamente por esos días, Byron trataba de obtener, de un amigo suyo, informes exactos sobre la situación reinante en la América del Sur —“I mean Bolivar's country”—, donde habría querido comprar un terreno y establecerse. Por más que le pida a ese amigo que sea absolutamente objetivo, es clara su esperanza de tener informes que lo alienten en su proyecto. Concluye, en efecto: “He leído algunas publicaciones sobre el asunto, pero me han

⁸⁷ *Don Juan* (1819-24), VIII, 5; ed. cit., vol. XVI, p. 214. Y cf. los últimos versos de la citada *Ode on Venice*.

⁸⁸ Pasaje de 1821, ed. cit., vol. V, pp. 200-201: “in a century or two the new English and Spanish Atlántides will be masters of the old countries, in all probability, as Greece and Europe overcame their mother Asia in the older or earlier ages, as they are called”.

⁸⁹ Cartas a Murray y a Moore, de mayo y junio de 1822; ed. cit., vol. V, pp. 335-337, 341-342: “I would rather... have a nod from an American, than a snuff-box from an emperor”.

⁹⁰ *Ibid.*, vol. V, p. 346; sobre el encargo, vol. V, pp. 336 y 341. Otros particulares, en *His very self and voice: Collected conversations of Lord Byron*, ed. E. J. Lovell, New York, 1954, pp. 290, 296-301, 321. Ya en 1815, decía Byron a Ticknor que tenía intenciones de visitar los Estados Unidos, pero su interlocutor norteamericano dudaba, fundadamente, de la seriedad de este propósito (*Life, letters and journals of G. Ticknor*, op. cit., vol. I, pp. 59, 68).

parecido productos violentos, vulgares y parciales”.⁹¹ ¿No serían las violentas y parciales *Recherches* de nuestro De Pauw...?

Una cosa es segura: que Byron conocía —y, como buen helenófilo, despreciaba— las terceras *Recherches* de De Pauw, las relativas a los pelagos, publicadas en 1787: un escrito mucho más ponderado y menos escandaloso que los precedentes, en el cual exaltaba De Pauw a los atenienses como creadores únicos de la civilización helénica y, por el contrario, trataba de bárbaros a los espartanos, los etolos, los tésalos y los arcades, denigrando con fruición las sanguinarias instituciones de aquel alfabeto de Licurgo, legislador sin genio ni originalidad, y demostrando que las mujeres espartanas eran viles y disolutas, y los hombres pendencieros, ciertamente, pero no valerosos.⁹²

Así, pues, su humor batallador y sarcástico no se había debilitado. No sólo lo vemos emprenderla con sus viejos enemigos: con Rousseau, “el razonador más inconsecuente que ha existido”,⁹³ con las sectas de místicos y de iluminados que pululan en pleno siglo XVIII,⁹⁴ con la estupidez congénita de los aristócratas españoles y portugueses⁹⁵ y con las cientísimas teorías relativas al enfriamiento del globo terráqueo y a la existencia de la Atlántida.⁹⁶ No sólo persiste en sus ingenuidades poéticas, como en el pasaje en que contrapone, a las exageradas descripciones del lujo de los atenienses, el hecho demasiado evidente de que en Atenas “las habitaciones de los particulares, comparadas con las princi-

⁹¹ Carta a Mr. Edward Ellice, 12 de junio de 1822; ed. cit., vol. V, pp. 342-343: “I have read some publications on the subject, but they seemed violent and vulgar party productions”. Más tarde —en vísperas ya de su muerte en Missolonghi (1824)—, aunque seguía admirando las instituciones norteamericanas, decía a Parry que los americanos, vanidosos y egocéntricos por falta de un glorioso pasado nacional, habían llevado consigo desde el Viejo Mundo “algunos de los peores vicios de la sociedad europea”, los cuales se habían agravado luego en el muelle clima del Sur melavista, y concluía: “I have and no love for America. It is not a country I should like to visit” (*His very self and voice*, op. cit., pp. 570-571).

⁹² *Recherches philosophiques sur les Grecs*, Berlin, 1788, vol. II, pp. 307-324, 326-327 (traducción inglesa: *Philosophical dissertations on the Greeks*, London, 1793). En la *Correspondance* de Grimm, Diderot, etc., al dar cuenta de estas *Recherches*, después de lamentar la tendencia de De Pauw a la paradoja y su absoluta falta de respeto, admite que el autor es ingenioso y erudito —“c'est peut-être, en fait d'érudition, le premier bel esprit du siècle” (vol. XV, p. 314)—, y concluye llamando a las terceras *Recherches* “un vrai libelle” contra los lacedemonios (*ibid.*, p. 317). También el joven Wilhelm von Humboldt las hacía objeto de atento estudio (R. Leroux, *Guillaume de Humboldt, La formation de sa pensée jusqu'en 1794*, Paris, 1932, p. 379). Ya en el artículo “Amérique” del *Supplément à l'Encyclopédie*, De Pauw había comparado la costumbre de los salvajes de matar sus niños monstruosos con el uso análogo y “bárbaro” de los espartanos (*loc. cit.*, p. 350b). Por lo demás, era casi instintivo el paralelo entre los más rudos de los antiguos griegos (como rudos eran también los escitas: cf. *supra*, p. 239, nota 451, y Horn, *op. cit.*, pp. 459-460) y los indios americanos. Volney, después de ver a los salvajes de América, encontraba aplicable a ellos todo cuanto Tucídides escribe de los espartanos, —hasta el punto de que “j'appellerois volontiers les Spartiates, les Iroquois de l'ancien monde” (*Leçons d'histoire*, VI, en *Oeuvres*, ed. cit., p. 593, nota 1; cf. también H. N. Smith, *op. cit.*, p. 294, nota 57). Melville compara a los lacedemonios con sus idolatrados indígenas de la Polinesia (*Typee*, XXIX, en *Romances*, ed. cit., p. 150). Otros ejemplos de 1705, 1766, 1810, 1820-57 en Pearce, *op. cit.*, pp. 43, 100, 170, 190-191.

⁹³ *Recherches sur les Grecs*, vol. II, p. 167: “le raisonneur le plus inconsequent qui ait jamais paru”. Cf. *supra*, p. 49.

⁹⁴ *Ibid.*, vol. II, p. 151.

⁹⁵ *Ibid.*, vol. I, p. 144.

⁹⁶ *Ibid.*, vol. I, p. 87: ¿alusiones a Buffon y a Carli?

pales casas de Londres y de París, no eran sino chozas".⁹⁷ Pero extiende sus críticas a Winckelmann y a Mably,⁹⁸ a las modas recientes⁹⁹ y a los antiguos blasones de Europa, "esos jeroglíficos góticos y bárbaros, que los príncipes de Europa llaman sus escudos de armas";¹⁰⁰ y hasta llega a tratar a los nobles corceles ingleses como había tratado a los cuadrúpedos americanos: "los ingleses han degradado muchísimo la especie de sus caballos a causa de las carreras de New-Market" —afirmación que escandalizará a Lord Byron¹⁰¹—, y a denigrar la Universidad de Oxford como había denigrado la de Lima: "en esos palacios tan suntuosos, que en Oxford reciben el nombre de escuelas, se puede apenas, con gastos inmensos, formar a un hombre mediocre en cien años".¹⁰²

Por lo demás, De Pauw no se olvida de las Américas ni de los salvajes americanos, ni modifica su juicio fundamental sobre estos "pueblos salvajes y embrutecidos"; pero finalmente pone de relieve ciertos rasgos que tienen en común con todos los pueblos primitivos, en particular su viva sensibilidad para la música, aun la más tosca. ¿No ha hablado Forster de ese tañedor de zampoña que con su instrumento provocó éxtasis increíbles entre los isleños del Mar del Sur? ¿Y no es un hecho sabido que un misionero de la América meridional obtiene muchísimo mejores resultados con su guitarra que con la teología?¹⁰³ En sentido opuesto obran los cantos de guerra, que excitan a los salvajes, no al valor, sino a la feroz venganza, tal como los cantos de Tirteo y de otros vates guerreros mantenían en los lacedemonios la atrocidad de las pasiones.¹⁰⁴

En sustancia, al esforzarse por rebajar a los espartanos al nivel de los salvajes, De Pauw no tiene más remedio que levantar un poquitín a los indígenas americanos hasta el nivel de los más rudos entre los griegos antiguos. Así, para demostrar que los espartanos podían ser astutos sin ser inteligentes, recoge de Robertson la observación de que hasta los salvajes más embrutecidos revelan a veces "una asombrosa sagacidad" cuando está en juego su existencia, —cosa que, por lo demás, hacen instintivamente ciertos animales.¹⁰⁵ Ejemplos y argumentos de

⁹⁷ *Ibid.*, vol. I, p. 281: "les habitations des particuliers, comparées aux principaux hôtels de Londres et de Paris, n'étaient que des chaumières". Cf. las descripciones del Cuzco, *supra*, p. 54.

⁹⁸ *Ibid.*, vol. I, pp. 89, 113, 365 nota; vol. II, pp. 163-164.

⁹⁹ Véase *supra*, pp. 78-79.

¹⁰⁰ *Ibid.*, vol. I, p. 363: "...ces hiéroglyphes Gothiques et barbares, que les Princes de l'Europe appellent leurs armoiries". Cf. una idea contraria en la respuesta de Phorkyas a la pregunta de las Corétides: "Was sind Wappen?" (*Faust*, II, 3). En cambio, el Vizconde de Chateaubriand se ríe de la manía heráldica de los parvenus norteamericanos: "ils étalent les blasons de chevalerie de l'ancien monde, ornés des serpents, des lézards et des perruches du monde nouveau" (*Mémoires d'Outre-Tombe*, ed. cit., vol. I, p. 353).

¹⁰¹ *Recherches...*, vol. I, p. 155: "les Anglais ont fort dégradé l'espèce de leurs chevaux par les courses de New-Market". Cf. Byron, nota al *Childe Harold's pilgrimage* (1811), en *Works*, ed. cit., vol. VIII, p. 123.

¹⁰² *Recherches...*, vol. I, p. xv: "en ces palais si somptueux, qu'on nomme à Oxford des écoles, on peut à peine, avec des dépenses immenses, former un homme mediocre en cent ans". Cf. *supra*, pp. 277-278.

¹⁰³ *Ibid.*, vol. II, p. 121; sobre Forster, véase *supra*, pp. 155-156.

¹⁰⁴ *Ibid.*, vol. II, p. 332.

¹⁰⁵ *Ibid.*, vol. II, p. 356. ¿Será por esto, tal vez, que el anti-depauwiano Caldas cita con aprobación las *Recherches sur les Grecs* (*Semanario*, ed. cit., pp. 152-153

este jaez, como también el tono mismo del escrito, no podían sino exasperar a Byron, cantor de la Grecia eterna, y que no tardaría en combatir, hasta la muerte, al lado de los helenos insurrectos contra los turcos.

En Shelley desaparece toda huella de polémica; pero la visión de la grandeza futura del Nuevo Mundo es aún más precisa y luminosa. No la encontramos en la *Oda al Viento de Occidente* —no obstante la sugestión del título—, ni en la *Oda a la alondra*, espíritu resonante de la alegría, diferente en todo del mágico ruiseñor de Keats, así como los cielos adonde se remonta y donde serenamente vuela son diferentes de los sombríos retiros desde los cuales derrama el ruiseñor su acongojante melodía; ni en la elegía a la muerte de Keats, el *Adonais*; sino intrusa en ese pesado poema que es *The Revolt of Islam* (1817).

También este canto tiene su punto de arranque en la exasperación helénica por el yugo de los turcos. La libertad que había que conquistar en Grecia tenía un seguro auspicio, para Shelley como para Byron, en la libertad conquistada en América. Existe allí, al otro lado de los océanos de Occidente, un pueblo joven y potente —"a people mighty in its youth"— que adora, si bien con ritos sumamente toscos, a la Libertad y a la Verdad. Inglaterra, madre gloriosa y lacerada, espera ahora una ayuda de su criatura liberada de las cadenas. Aquella nueva nación es como un aguilucho que vuela en la luz de la aurora mientras la tierra está envuelta aún en las tinieblas. El destino radioso de ese pueblo será un epitafio de gloria sobre el sepulcro de la Europa asesinada. Y se hará numeroso como los granos de arena, y crecerá velozmente, como el día que sucede a la noche, y todo el mundo, con todos sus pobladores, dormirá a su sombra.¹⁰⁶

Ni el más fanático sostenedor del *Manifest Destiny* podría desear nada mejor. Pero en el raptó profético hay un rasgo realista: el nuevo estado será un refugio y un asilo: allí se reunirán miríadas de hombres, expulsados de sus hogares por la ferocidad de soberbios y medrosos tiranos. Los decenios subsiguientes presenciaron, en efecto, el comienzo de la gran migración europea hacia la América del Norte, el florecimiento en los Estados Unidos de comunidades socialistas y de experimentos religiosos, anárquicos, económicos y, de rechazo, una radical renovación de la imagen de América en el corazón y en la mente de los atormentados hijos de la vieja Europa.

(nota)? Véase también su insólito juicio sobre los griegos y los turcos, *supra*, p. 283. Sobre la denigración depauwiana de los griegos modernos, véase Byron, *Works*, ed. cit., vol. VIII, p. 120, y T. Spencer, "Fair Greece sad relic", *Literary philhellenism from Shakespeare to Byron*, London, 1954, pp. 109-110, 224-225, 241, 288. No menos sorprendente es la cita que hace el sabio W. Rehm (*Griechentum und Goethezeit*, Bern, 1952, pp. 104, 402) de las *Recherches sur les Grecs* (ed. cit., vol. I, pp. 133 ss.) como precursoras del descubrimiento herderiano de un acento doliente en la poesía griega. Herder habla de la dulce, humanísima melancolía frente a la fugacidad de la vida y de la juventud. En cambio, las "affections mélancoliques" de De Pauw son la misantropía y la misoginia.

¹⁰⁶ *The Revolt of Islam*, XI, estr. 22-24; cf. Jones, *Ideas in America*, op. cit., p. 271. De los sueños americanos de Shelley escribía (1913) H. N. Brailsford: "how ironical the vision seems to us!" (*Shelley, Godwin and their circle*, London, s. f., p. 247). Pero después del plan Marshall y todas esas cosas, no sabemos ya en contra de quién va la ironía...

7. CHATEAUBRIAND: AMÉRICA, ESPLÉNDIDAMENTE PERNICIOSA

Chateaubriand es un caso más complejo. Es un hecho averiguado que estuvo en América, del 10 de julio al 10 de diciembre de 1791, pero todavía se discute si en esos cinco meses pudo viajar, como él quisiera hacernos creer, de Baltimore al Niágara, del Niágara al Mississippi y a los Natchez.¹⁰⁷ Sea como fuere, durante toda su vida siguió explotando el tema americano, desde el *Essai historique sur les révolutions* (1797) hasta *Atala* (1801) y *Les Natchez* (1801-26), y luego nuevamente en el *Voyage en Amérique* (1827) y en los *Mémoires d'Outre-Tombe* (Primera parte, libros VI a VIII), y en verdad, a través de comparaciones y reminiscencias, en todos sus escritos: con razón pasa por ser el divulgador, si no exactamente el inventor (tenía tras de sí por lo menos a Marmontel y a Bernardin de Saint-Pierre), del exotismo patético-religioso americano.

Tal es su gloria, y tales sus limitaciones. América es siempre para él un admirable *décor*, un coloridísimo telón de fondo para héroes y heroínas de un turbio e inquieto sentimentalismo; pero los temas esenciales de nuestra disputa le son completamente ajenos. Sus pieles rojas son elementos del paisaje, y sus paisajes, a menudo nocturnos y siempre de exquisito acabado literario, son meros y melódicos "estados de ánimo". Verdad que estaba familiarizado con las cartas de los jesuitas y los relatos de gran número de viajeros; que había leído a Buffon y se había entusiasmado con Raynal; que cita las *Lettere americane* de Carli y recomienda la "excelente" *Historia de América* de Robertson.¹⁰⁸ Pero tanto su fe juvenil en Rousseau¹⁰⁹ como la fe de la edad madura y más avanzada en un suntuoso y formal catolicismo lo mantienen alejado e inmune de todo argumento que parezca poner en duda la bondad de la Naturaleza o la del Supremo Hacedor. Para De Pauw tiene apenas una alusión, una despectiva alusión en nota, rechazando una opinión de las *Recherches philosophiques sur les Grecs* acerca de los *Mainotes* o *Maniotes*.¹¹⁰ Hasta los motivos más típicos de la disputa pierden virulencia en él. El acento deprecatorio que tenían, se desvanece en un suspiro, se esfuma en una arpeggiada o se extingue del todo en una observación de hecho.

¹⁰⁷ Véase J. Bédier, *Chateaubriand en Amérique, Vérité et fiction*, Paris, 1900; y en la edición Levaillant de los *Mémoires d'Outre-Tombe*, vol. I (Paris, 1949), pp. 593-610, una *mise à point* de los diversos problemas relativos a este viaje. Además: Alfonso Reyes, "Chateaubriand en América" en sus *Obras completas*, vol. III, México, 1956, pp. 426-432; y los estudios particularmente destructivos de Pierre Martino, "Le voyage de Chateaubriand en Amérique, Essai de mise à point, 1952", *Revue d'Histoire Littéraire de la France*, vol. LII (1952), pp. 149-164, y de H. Guillemain, "L'itinéraire américain de Chateaubriand", en *A vrai dire*, Paris, 1956, pp. 49-56.

¹⁰⁸ Véase especialmente el *Essai sur les révolutions*, en *Oeuvres complètes*, Paris, 1826, vol. I, pp. 29 nota (Buffon); y vol. II, pp. 229, 340 y *passim* en el *Génie* y en otros lugares), 30 nota (Carli), 31 nota (Robertson), 143 nota (Raynal); y 211 nota; vol. II, pp. 281, 332, 367). Sobre la influencia de Raynal, véase también A. Dollinger, *Les études historiques de Chateaubriand*, Paris, 1932, pp. 272-275; L. Villard, *La France et les États-Unis*, op. cit., pp. 318-319. Sobre la influencia (literaria) de Delisle de Sales y de Fabre d'Olivet, véase L. Cellier, "Chateaubriand et Fabre d'Olivet, Une source des *Martins*", *Revue d'Histoire Littéraire de la France*, vol. LII (1952), pp. 194-206.

¹⁰⁹ "J'étais alors, comme Rousseau, grand partisan de l'état sauvage" (*Essai*, ed. cit., vol. I, p. 299 nota; cf. vol. II, pp. 97, 416 ss.).

¹¹⁰ *Itinéraire de Paris à Jerusalem* (1811), ed. Paris, 1854, vol. I, p. 75 nota; cf., en efecto, *Recherches*, op. cit., vol. II, pp. 414 ss. ¿Huellas del anti-espartanismo de De Pauw en el *Itinéraire*, ed. cit., vol. II, pp. 255-256?

De las teorías sobre la degeneración de la fauna americana —jamás acogidas, y con razón, por un finalista antropocéntrico como el Vizconde, que, por añadidura, se ingeniaba en sacar argumentos ético-religiosos de la ley según la cual "el hombre disminuye ahí donde la bestia aumenta"¹¹¹— se escucha un eco deformado y casi grotesco a propósito de los insectos carnívoros de América. Estos insectos,

vistos en el microscopio, son animales formidables; eran tal vez esos dragones alados cuyas anatomías se están redescubriendo: habiendo disminuido en tamaño a medida que la materia disminuía en energía [¿quién sabe qué cosa querrá decir?], esas hidras, esos grifos y demás bestias parecen encontrarse hoy en el estado de insectos. Los gigantes antediluvianos son los hombres enanos de hoy.¹¹²

Nuestras vilísimas especies actuales son, pues, reducciones en dieciseisavo de poderosos prototipos, piltrafas orgánicas del mundo primitivo de los monstruos y de los titanes.

En cuanto a las aves canoras, si es verdad que los primeros viajeros no encontraron en América sino pocas a las que fuera grato escuchar, hoy se conocen varias especies de voz armoniosa, como la de las curruacas europeas.¹¹³ Las selvas americanas de Chateaubriand distan mucho de ser silenciosas: están llenas de murmullos y de trinos, de susurros y de estremecimientos, y penetradas de arcanas armonías moduladas sobre el estruendo lejano de gigantescas cataratas. "La forêt est toute harmonie." Las Driadas, lejos de huir espantadas, cantan allí sus coros eternos.¹¹⁴

¹¹¹ *Génie du christianisme*, ed. cit., vol. I, p. 149: "l'homme diminue où la bête augmente". Véase *infra*, pp. 325-326.

¹¹² *Mémoires d'Outre-Tombe*, Première partie, liv. VII, chap. 3 (ed. cit., vol. I, p. 293): "vus au microscope, sont des animaux formidables; ils étaient peut-être ces dragons ailés dont on retrouve les anatomies: diminués de taille à mesure que la matière diminuait d'énergie, ces hydres, griffons et autres, se trouveraient aujourd'hui à l'état d'insectes. Les géants antédiluviens sont les petits hommes d'aujourd'hui". Esta fantasía de Chateaubriand recuerda una chistosa anécdota que cuenta el jesuita José Francisco de Isla en la "Apología de Cernadas" (*Biblioteca de Autores Españoles*, vol. XV, p. 275a) sobre un gusanillo que visto en el microscopio parecía "monstruo" o "dragón horrendo". No sabemos si ese escrito del padre Isla se incluye en la traducción francesa del *Fray Gerundio* (*Histoire du fameux prédicateur fra Gerunde de Campazas*) que se publicó en París en 1822. El pasaje de Chateaubriand está fechado en abril-octubre de 1822.

¹¹³ *Voyage en Amérique* (1827), ed. cit., pp. 51-61, 108. Dios reservó a Europa los ruiseñores, "pour charmer des oreilles civilisées" (pasaje citado por Olschki, *Storia letteraria delle scoperte geografiche*, op. cit., p. 19, nota 17).

¹¹⁴ *Voyage en Amérique y Mélanges littéraires*, *ibid.*, pp. 78, 412. El objetivo Tocqueville observará que Chateaubriand pintó esas selvas "avec des couleurs fausses. Il semble avoir, en Amérique, traversé sans la voir cette forêt éternelle, humide, froide, morne, sombre et muette", etc. (carta del 14 de febrero de 1851, en *Oeuvres et correspondance inédites*, Paris, 1861, vol. II, p. 174; cf. *De la démocratie en Amérique*, ed. Paris, 1951, vol. I, p. 21; en los *Voyages en Sicile et aux États-Unis*, ed. cit., pp. 162, 169, 336-337, predomina la admiración, mezclada con un conternado malestar). En cuanto a las Driadas, es claro que se trata de un caso particular de la famosa polémica romántica sobre el valor poético de las antiguas divinidades y de la mitología, pagana o cristiana (Schiller, Monti, Wordsworth, Keats, Platen, Aleardi, etc.: cf. por ejemplo B. Zumbini, *Studi sul Leopardi*, Firenze, 1909, vol. I, pp. 264-280; y, sobre los intentos de insuflar en la naturaleza una nueva mitología, O. Walzel, "Nikolas Lenau", en *Vom Geistesleben des 18. und 19. Jahrhunderts*, Leipzig, 1911, pp. 333-342). Moore

El europeo se siente cautivado, sacudido, embriagado; el indígena se encuentra allí en su elemento natural. Salvajes y pieles rojas son para Chateaubriand convenientísimos héroes y, cuando hace falta, zalameros predicadores. Chactas es una última encarnación del sentencioso cacique antillano; y nos parece extrañamente anacrónico ahora que de las selvas americanas están a punto de salir los personajes de Fenimore Cooper.¹¹⁵ Pero al Vizconde no le satisfacen ya los viejos paralelos con los escitas y los rudos helvecios ni análogas prosopopeyas rousseaunianas,¹¹⁶ y, para incluirlos en los planes de la Divina Providencia, sigue adelante, con dudosa ortodoxia, hasta soñar una total palingénesis en América: "el Eterno reveló a su hijo bien amado sus designios sobre América: preparaba para el género humano, en esta parte del mundo, una renovación de la existencia";¹¹⁷ la recuperación gradual y efectiva de la primitiva "sublimidad" perdida con el pecado original, y sólo en potencia accesible al hombre en virtud de la Redención.¹¹⁸

Frente a este delirio teológico en verdad sublime, la realidad es, por desgracia, completamente desalentadora. No, los Estados Unidos no son el reino de Dios sobre la tierra. Ya en el *Essai* de 1797, a pesar de que habla con volubilidad de "empire américain" y al campo de batalla de Lexington le confiere el título de "terre philosophique", Chateaubriand insinúa una feroz sátira contra los cuáqueros —"y también, hasta cierto punto, contra todos los americanos", como escribirá treinta años más

lamentaba que "no classic dream" envolviere en una aura inmortal los paisajes americanos (*Poetical works*, ed. cit., p. 103b). La "poeticidad" de América resultaba anémica por la falta de ninfas y personificaciones alegóricas de los aspectos de la naturaleza. Los literatos hicieron cuanto estuvo en su mano por dotar a los ríos de los Estados Unidos, por ejemplo, de divinidades tutelares: cf. para el Delaware y sus "soberbios cuernos", G. Fantoni, *Poesie*, Bari, 1913, p. 22 (en realidad, esos cuernos pertenecían antes al Tamesis: sobre el curioso trasplante, véase Visconti, *op. cit.*, pp. 98-99); para el Mississippi con su frente adornada también "de deux croissants" y su barba "antique et limoneuse", Chateaubriand, *Atala*, Prólogo, etc. Y véase el lamento de Keats, *supra*, pp. 315-316. Sobre dos fases ulteriores de la insatisfacción por la falta en América de fáciles símbolos poéticos (esta vez no ya classicizantes, sino medievales) y la destrucción de mitos y leyendas operada por el descubrimiento de Colón, cf. *infra*, pp. 332-334 y 350 respectivamente; y véase también *infra*, p. 504.

¹¹⁵ También éstos, apenas hace falta decirlo, no poco "novelados". Reléase esa otra hermosa —sobrecogedoramente hermosa— página de Tocqueville sobre su primer encuentro con los pieles rojas, que comienza: "Je ne crois pas avoir jamais éprouvé un désappointement plus complet qu'à la vue de ces Indiens. J'étais plein de souvenirs de M. de Chateaubriand et de Cooper", etc. (*Quinze jours au désert*, 1831, en *Oeuvres et correspondance inédites*, ed. cit., vol. I, pp. 175-177, y ahora en los *Voyages en Sicile et aux États-Unis*, ed. cit., pp. 233, 343). Cooper mismo se defendió de la acusación "that he was a Chateaubriand dreaming of noble savages", etc. (Pearce, *op. cit.*, p. 211). Y un investigador más reciente declara: "ethnologically Chateaubriand's American works can not be taken seriously" (Herman F. C. ten Kate, "The Indian in literature", en el *Annual report of the Board of Regents of the Smithsonian Institution... for 1921*, Washington, 1922, pp. 513 y 527).

¹¹⁶ Por ejemplo en el *Essai historique sur les révolutions*, ed. cit., vol. I, pp. 285-286; sin embargo, en el mismo escrito Chateaubriand hace notar que los americanos no han progresado desde el descubrimiento, y que ya entonces se hallaban bastante alejados del puro estado de naturaleza (*ibid.*, vol. I, p. 26; cf. A. Maurois, *Chateaubriand*, París, 1938, p. 64).

¹¹⁷ *Les Natchez*, en *Oeuvres complètes*, ed. cit., vol. XIX, p. 117: "l'Éternel révélá à son fils bien-aimé ses desseins sur l'Amérique: il préparait au genre humain, dans cette partie du monde, une rénovation d'existence".

¹¹⁸ Para otras variaciones sobre este tema místico, cf. *infra*, pp. 327 y 364.

tarde, para excusarse de aquellas palabras.¹¹⁹ Las ciudades de los Estados Unidos son nuevas, frías, monótonas; las costumbres —si acaso se puede hablar de costumbres, pues "on y trouve des usages plutôt que des mœurs"— son frívolas, corrompidas, alejadísimas de la esperada austeridad republicana. "Veía así disiparse cada día mis quimeras, una tras otra, y esto me causaba profundo dolor."¹²⁰ En el Nuevo Mundo no existen monumentos ni tradiciones, pero al menos esta falta está compensada —Chateaubriand es un verdadero virtuoso de los equilibrios y *balancements* lógicos y estilísticos— por las selvas, que son antiguas, y por la libertad, que es eterna: hijas de la tierra las primeras, madre de la sociedad la segunda.¹²¹ En conclusión, hablando confiadamente con los americanos, con algún americano por lo menos, a quien podía abrir su corazón, el jovencito es explícito: "tengo cariño por vuestro país y por vuestro gobierno, pero no por vosotros".¹²² Volney y Moore dirán eso mismo sin tantos misterios, en prosa y en verso.

Cuarenta años más tarde, al volver a emprender el examen de los peligros que amenazan a los Estados Unidos, el viejo diplomático, aleccionado ya por la vida y por Tocqueville, analiza el espíritu sórdido, áspero y árido de los norteamericanos, investiga las causas del fenómeno, y se detiene en una, crudamente naturalista y de puro sabor depauwiano: "¿no será que los americanos sufren, sin saberlo, la ley de un clima en que la naturaleza vegetal parece haber medrado a expensas de la naturaleza viva, ley combatida por espíritus distinguidos, pero no descartada de manera absoluta por la refutación misma?"¹²³

Dan ganas de replicarle con otras preguntas: ¿No cree el señor Vizconde que también los vegetales tienen vida? ¿Y por qué un vegetal ha de ser más ruin y avaro que un animal? Pero parece más apropiado reflexionar sobre la vitalidad y tenacidad de ciertos antiguos y notorios errores.

Por lo demás, Chateaubriand ya los había acogido, dándoles otra entorse, en aquel pasaje del *Génie du christianisme* en que rechaza algunas objeciones a la tesis de que la moral no es concebible sin una vida ultraterrena. La penúltima objeción es la que pone de relieve la influencia del clima sobre los ánimos y "materializa" en esa forma el espíritu. Chateaubriand se siente tan fuerte en este punto que, con gesto de presbitigador o de juglar, llama la atención de sus lectores sobre el *tour de force* que va a seguir: "en vez de resolver una objeción, vamos a sacar

¹¹⁹ *Essai*, ed. cit., vol. I, pp. 210-213; *Voyage en Amérique*, ed. cit., p. 54: "...et même un peu contre tous les Américains".

¹²⁰ *Voyage*, ed. cit., p. 53: "Chaque jour voyait ainsi, l'une après l'autre, se dissiper mes chimères, et cela me faisait grand mal."

¹²¹ Cf. *ibid.*, pp. 59, 210.

¹²² *Essai*, vol. I, p. 212 nota: "j'aime votre pays et votre gouvernement, mais je ne vous aime point". Cf. G. Chinard, *L'exotisme américain dans l'œuvre de Chateaubriand*, *op. cit.*, pp. 95-96, y A. Bellessort, "L'enchantement en Amérique", en *Restes de la vieille Amérique*, París, 1923, pp. 113-149, especialmente 120-123.

¹²³ *Mémoires d'Outre-Tombe*, Première partie, liv. VIII, chap. 11 (ed. cit., vol. I, p. 354): "les Américains subiraient-ils, sans le savoir, la loi d'un climat où la nature végétale paraît avoir profité aux dépens de la nature vivante, loi combattue par des esprits distingués, mais non pas tout à fait mise hors d'examen par la réfutation même?"; cf. Mad. Stathers, *Chateaubriand et l'Amérique*, Grenoble, 1905, especialmente pp. 127-129. Sobre esta estrafalaria ley, véase *supra*, pp. 235-236.

de la cosa misma que se nos opone una prueba de la inmortalidad del alma".¹²⁴

En medio del atónico silencio del público, el apologista comienza con la observación de que la naturaleza es más "fuerte" en las latitudes extremas, en los trópicos y en las regiones árticas: animales, vegetales, ríos, montañas asumen allí formas gigantescas. Sólo el hombre constituye una excepción: sus facultades físicas y morales no se "dilatán" como las del elefante cerca del ecuador, ni como las de la ballena cerca del polo. El hombre, pues, está en una relación inversa con la naturaleza: se debilita más cuanto más robusta es la "creación animal" que lo rodea (los otros dos reinos son olvidados). ¡Contemplad en el Sur al habitante de la India, al peruano, al negro, y al esquimal y al lapón en el Norte! ¡Qué mezquinos, qué flacos en comparación con los elefantes y las ballenas! (En verdad, el pensamiento corre irreverente a los "pacifici Lapponi",

*ciascun preso già del sonno
perché ha l'epa troppo piena
già di grasso di balena).*¹²⁵

¿No basta? He aquí el golpe de gracia:

Hay más: América, donde la mezcla de los fangos y de las aguas da a la vegetación el vigor de una tierra primitiva [reaparecen, bajo la pluma del prestidigitador, la tierra y las plantas, y desaparecen ahora los animales], *América es perniciosa para las razas humanas*, si bien lo va siendo cada vez menos, a medida que se debilita el principio material.¹²⁷

En suma, el hombre posee algo que es antitético a la "naturaleza pasiva": "ahora bien, esta cosa es nuestra alma inmortal", el alma lánguida y afligida cuando la naturaleza es prepotente, y causa por ello la debilidad del cuerpo. Si el cuerpo estuviera solo, medraría al calor del sol; pero en cambio vemos cómo se le contagia el abatimiento del espíritu.¹²⁸ Las curas de sol no hacen bien al alma inmortal. La flaqueza mental y física de los pueblos del extremo mediodía y del extremo septentrión no es otra cosa que "una verdadera tristeza intelectual, producida por la posición del alma y por sus combates contra las fuerzas de la materia".¹²⁹ El alma se hace sentir mejor ahí donde la materia obra menos: de ese modo nos ha querido demostrar Dios, "casi matemáticamente", la inmortalidad de nuestra esencia.¹³⁰

¹²⁴ *Génie du christianisme* (1802), Première partie, liv. VI, chap. 3 (ed. cit., vol. I, pp. 148-149): "au lieu de résoudre une objection, nous allons tirer de la chose même qu'on nous oppose une preuve de l'immortalité de l'âme".

¹²⁵ *Ibid.*, loc. cit.: "l'homme... s'affaiblit en raison de l'accroissement de la création animale autour de lui".

¹²⁶ E. Ragazzoni, *Poesie*, Torino, 1927, p. 56: ["... todos cogidos ya del sueño, porque tienen la barriga demasiado llena de grasa de ballena"].

¹²⁷ *Génie*, loc. cit.: "il y a plus: l'Amérique, où le mélange des limons et des eaux donne à la végétation la vigueur d'une terre primitive, l'Amérique est pernicieuse aux races d'hommes, quoiqu'elle le devienne moins chaque jour, en raison de l'affaiblissement du principe matériel".

¹²⁸ *Ibid.*: "Le corps, qui, s'il eût été seul, eût profité sous les feux du soleil, est contrarié par l'abattement de l'esprit."

¹²⁹ *Ibid.*: "... une véritable tristesse intellectuelle, produite par la position de l'âme et par ses combats contre les forces de la matière".

¹³⁰ A propósito de estas pruebas, Lanson habla de "incomparable candeur" (*Histoire de la littérature française*, op. cit., p. 884).

El argumento es puerilmente sofisticado. Pero no es esto lo que nos interesa, sino la comprobación, más aún, la sorpresa de descubrir, más allá de esa antítesis de cuerpo y alma, y de fuerza y flaqueza de la materia, contrapuestas, cruzadas y balanceadas, un grueso residuo indigesto de nuestra polémica. De Pauw, expulsado de la entrada principal, se mete por la puerta de servicio. Rechazado de la visión exuberante y multicolor de la naturaleza americana, se presta a apuntalar un desmedrado corolarío metafísico. Pero la decadencia del americano se explica, no ya por causas físicas, sino, al contrario, por la lozanía opresora del ambiente natural. Así, pues, la ley de Chateaubriand reproduce por un lado la excepción buffoniana del hombre con respecto a los demás animales,¹³¹ y quizá también la más remota exaltación renacentista de la acción antifísica del hombre, y por el otro viene a coincidir con la fórmula de Volney, de Moore y del propio Chateaubriand en el *Essai*: "gente desventurada en una tierra soberbia". Pero, mientras que esa fórmula quería poner de relieve un pasmoso contraste, Chateaubriand convierte los dos términos en otros tantos aspectos necesarios y ligados de una misma realidad. En América los hombres son muelles y mezquinos *porque* la tierra es vigorosa y pródiga. A medida que lo va siendo menos, los hombres van levantando cabeza. Y aquí Chateaubriand vuelve a concordar con De Pauw, que veía¹³² detenerse la decadencia de los americanos y convertirse en lento progreso según se iban talando los bosques y saneando los pantanos.

El mismo contraste entre una naturaleza exuberante y una humanidad de desecho encuentra Chateaubriand en la América del Sur. Pero aquí la decadencia tiene un factor sobrenatural, no físico. Mientras no lleguen los jesuitas a comunicarle la Buena Nueva, el salvaje del Paraguay se halla totalmente privado de Gracia, y aplastado bajo el peso del pecado original. El paisaje alterna aspectos de sublime desolación con otros de mágica hermosura, pero

los indios que se encontraban en esas apartadas regiones no se parecían [al paisaje] sino por su lado espantoso. Raza indolente, estúpida y feroz, mostraba en toda su fealdad al hombre primitivo degradado por su caída. No hay nada que pruebe mejor la degeneración de la naturaleza humana, que la pequeñez del salvaje en la grandeza del desierto.¹³³

"Pequeño", pues, no porque la naturaleza sea demasiado "grande", sino porque un día Adán se comió una manzana. Los primeros principios de la geografía y de la etnografía del Paraguay se buscan bajo un árbol del Paraíso Terrenal.

¹³¹ Véase *supra*, pp. 140-141.

¹³² Cf. *supra*, pp. 82-83.

¹³³ *Génie*, Quatrième partie, liv. IV, chap. 4 (ed. cit., vol. II, p. 200): "les Indiens que l'on rencontra dans ces retraites ne leur ressembloient que par le côté affreux. Race indolente, stupide et féroce, elle montrait dans toute sa laideur l'homme primitif dégradé par sa chute. Rien ne prouve davantage la dégénération de la nature humaine que la petitesse du sauvage dans la grandeur du désert". Lo que aquí intenta Chateaubriand es exaltar mejor la obra de los misioneros jesuitas. Nótese los caracteres robertsonianos del indígena, y recuérdese que poco más adelante el Vizconde transcribe con encendidos elogios la página en que Robertson defiende la obra de los misioneros: *History of America*, op. cit., vol. II, pp. 350-351; *Génie*, ed. cit., vol. II, pp. 248-249; cf. también Stathers, op. cit., pp. 125, 137. Análoga derivación tiene el retrato (tan parecido) que de los salvajes hace Joseph de Maistre: cf. *infra*, pp. 358-360.

8. GOETHE: NI BASALTOS NI CASTILLOS EN AMÉRICA

Ese mismo año (1827) en que Chateaubriand entregaba a la imprenta la versión más completa, si no propiamente definitiva, de su *Voyage en Amérique*, Goethe condensaba sus ideas sobre el Nuevo Mundo en los doce versitos *Den Vereinigten Staaten*, uno de los textos más preñados y más comentados de esta nuestra retahíla.

En rigor, Goethe no interviene en la disputa: no denigra ciertamente a América ni tampoco polemiza con sus denigradores. Pero ¿cómo se podría dejarlo a un lado? ¿Cómo se puede dejar a un lado a Goethe al relatar la historia de cualquier tendencia o corriente de ideas que se haya afirmado o que haya serpeado sólo en Europa entre el final del siglo XVIII y los comienzos del XIX? Faltaría un punto de referencia, o una glosa esencial, o el reflejo luminoso de un espíritu que no tenía necesidad de colocarse *au dessus de la mêlée* para alcanzar una límpida y sin embargo conmovida serenidad. Después de tantos mezquinos altercados y tantos convencionales panegíricos, he aquí que se respira otro aire cuando resuenan en nuestro oído la alocución y el augurio de Goethe, dirigida la primera al continente, en singular, y expresado el segundo a los Estados Unidos, en plural:¹³⁴

*Amerika, du hast es besser
als unser Kontinent, das alte,
hast keine verfallene Schlösser
und keine Basalte.
Dich stört nicht im Innern,
zu lebendiger Zeit,
unmühtes Erinnern
und vergeblicher Streit.
Benutzt die Gegenwart mit Glück!
Und wenn nun eure Kinder dichten,
bewahre sie ein gut Geschick
vor Ritter-, Räuber- und Gespenstergeschichten.*¹³⁵

¿Cuál es la imagen del Nuevo Mundo que se nos muestra en este epigrama? América es una tierra afortunada. Su contraste con la vieja y doliente Europa es total. En el plano geológico, no tiene basaltos. Desde el punto de vista histórico, no tiene residuos feudales ni rencores seculares. Así, pues, su poesía podrá permanecer inmune a la "romantiquería" literaria. Los Estados Unidos viven en el presente, y están verdaderamen-

¹³⁴ El brusco cambio de número hace pasar de la visión física e histórica del Nuevo Mundo a la ético-literaria de sus pobladores, del pasado al presente y al futuro. También el tono cambia perceptiblemente, del solemne comienzo a la sonrisa juguetona del final.

¹³⁵ No será inoportuna aquí la traducción, dado que a menudo estos versos han sido parcialmente malentendidos (véase por ejemplo Thomas A. Riley, "Goethe and Parker Cleaveland", *Publications of the Modern Language Association of America*, vol. LVII, 1952, p. 350; Ch. A. Beard and Mary R. Beard, *The American spirit*, op. cit., pp. 147-148; F. Amoroso, *Lirica e gnomica dell'ultimo Goethe*, Bari, 1946, p. 210): "América, tú tienes mejor suerte que nuestro viejo continente: no tienes castillos ruinosos ni basaltos. No estás perturbada en lo íntimo, cuando es tiempo de vivir, por recuerdos inútiles ni por fútiles pleitos. ¡Servíos del presente muy enhorabuena! Y si algún día vuestros hijos hacen poesías, que una suerte benigna los guarde de las historias de caballeros, de bandidos y de fantasmas."

te unidos, —doble y válida garantía para que florezcan y prosperen en el porvenir.

Cada uno de los aspectos de esta rápida visión que transcurre desde la más remota prehistoria hasta el más remoto futuro exige y merece alguna palabra de comentario.

Los basaltos son rocas volcánicas de color oscuro. Para un mineralogista cualquiera no son sino piedras, que hay que observar y clasificar como todas las demás. Pero Goethe no era un mineralogista cualquiera. Los basaltos eran, para él, testimonios de un lejanísimo pasado revolucionario de la tierra, de aquel tiempo geológico en que la superficie del planeta estaba trastornada por erupciones y catástrofes. Los basaltos, pues, estaban asociados en la mente de Goethe con todo aquello que le inspiraba más horror: la confusión, la violencia, el ciego furor de las fuerzas desencadenadas. El hombre que prefería cometer una injusticia a soportar un desorden¹³⁶ experimentaba una instintiva repugnancia ante la idea de admitir que la divina legisladora, la Naturaleza, pudiera cometer o sufrir desórdenes. Por eso exclama la Geogonía en un poema de 1828:

*Ist doch Natur in ihrem weiten Reich
sich stets gemäss und folgerecht und gleich.*¹³⁷

Y hasta 1823, Goethe, firme y tranquilo sobre la incommovible base de los granitos, tendrá los volcanes por tardías y superficiales manifestaciones de la naturaleza ("oberflächliche Spätlingwirkung der Natur").¹³⁸

Allí donde encontraba basaltos y volcanes, pedruscos oscuros y conos eruptivos, inmediatamente imaginaba Goethe que la gente tenía que ser pendenciera y violenta, que su historia debía estar llena de contrastes y atormentada. Este determinismo mineralógico le permitía, desde luego, ligar harmónicamente la Naturaleza y la Historia, pero también lo ligaba a él, de manera irremisible, con aquellos viejos naturalistas que explicaban los sucesos de estos últimos siglos a base de las milenarias vicisitudes del globo terráqueo,¹³⁹ y en definitiva lo llevaba a subordinar el inagotable desenvolvimiento de la humanidad a factores geológicos fijos e inescrutables.

El granito era para él el soberano legítimo. Pero, como silba certamente una *Xenia* de 1827,

*Wie man die Könige verletzt,
wird der Granit nun abgesetzt.*

¹³⁶ "Es liegt nun einmal in meiner Natur; ich will lieber eine Ungerechtigkeit begehen als Unordnung ertragen" (*Belagerung von Mainz*, 25 de julio de 1793, en *Werke*, Berlin, 1873, vol. XXV, p. 161).

¹³⁷ ["Pues la naturaleza, en su ancho reino, es siempre concorde y consecuente consigo, siempre igual a sí misma."]

¹³⁸ P. Niggli, "Goethes Schriften zur Mineralogie und Geologie von 1812-1832", *Neue Zürcher Zeitung*, 7 (y 10) de octubre de 1950. El libro de Humboldt sobre los volcanes (1823) lo obligó a revisar sus convicciones; pero todavía en 1828 se enfurecía contra el plutonismo de Humboldt, y prefería estar con la minoría en contra de semejantes "absurdos" (*Gespräche*, Zürich, 1949, vol. II, p. 532). Cf. ya C. G. Carus, *Goethe, zu dessen näherem Verständniss* (1843), ed. Zürich, 1948, p. 127, sustancialmente repetido por Ph. Witkop, *Goethe*, Stuttgart-Berlin, 1931, pp. 225, 323-324; E. Cassirer, *Goethe und die geschichtliche Welt*, op. cit., pp. 33-34, etc., etc., y ahora en particular Wilhelm Emrich, *Die Symbolik von Faust II*, Bonn, 1957, pp. 286-289, 375-378.

¹³⁹ Véase por ejemplo *supra*, pp. 46 y 55.

Los plutonistas son verdaderos revolucionarios de los abismos:

*Plutos Gabel drohet schon
dem Urgrund Revolution.*

¿Y quién brota de la ruina? El basalto.

*Basalt, der schwarze Teufels-Mohr,
aus tiefster Hölle bricht hervor,*

taja rocas, piedras y arcillas, y pone al revés el orden natural de las cosas:

*Und so wäre denn die liebe Welt
geognostisch auch auf dem Kopf gestellt.¹⁴⁰*

Ya en su viaje a Italia, Goethe había sondeado estas recónditas relaciones. Más tarde, cuando se puso a estudiar, sobre todo en el tratado de Cleaveland (1816), la mineralogía de América —en sustancia, la de la América septentrional al Oriente del Mississippi—, se enteró de que allí no había basaltos ni volcanes. Al leer esto, quedó impresionado por semejante señal de estabilidad telúrica y por lo tanto de tranquilo y regular desarrollo.¹⁴¹ “Afortunado es ese continente [casi las palabras mismas del epigrama], puesto que está privado de fenómenos volcánicos, de tal modo que la geología del Nuevo Mundo ostenta un carácter mucho más sólido que la del Viejo, donde parece que no hay ya nada que esté bien firme”.¹⁴² Y, con aproximación mayor aún al texto que comentamos, se lee en un apunte de 1819: “Norteamericanos, dichosos por no tener basaltos. Ni antepasados, ni suelo clásico”.¹⁴³ El continente americano no es caracterizado ya, como había hecho Buffon, por su fauna, ni, como habían hecho otros, por su vegetación, sino por su estructura geológica.

¹⁴⁰ [“Así como se hiere a los reyes, así ahora se destrona al granito”; “el tridente de Plutón amenaza ya revolución contra el material básico”; “el basalto, moro diabólico, surge del más profundo infierno”; “... y así, nuestro amado mundo quedaría puesto de cabeza, incluso desde el punto de vista geognóstico”.]

¹⁴¹ Véase Riley, art. cit., pp. 350-374, especialmente 359-364 (para Italia) y 365-370 (para los Estados Unidos). Goethe recibió en 1818 el obsequio del libro de Parker Cleaveland, *An elementary treatise of mineralogy and geology*, Boston, 1816, que vino a ser su principal fuente de información sobre los minerales de los Estados Unidos. Cf. también P. Niggli, art. cit.; y, para las observaciones hechas en Italia, la memoria académica de G. Rovereto, *Wolfgang Goethe geologo in Italia*, Roma, 1942.

¹⁴² Citado por Beutler, op. cit., p. 419. El terremoto de Lisboa (1755) había dado al niño Goethe la primera violenta emoción de su vida (*Dichtung und Wahrheit*, I, 1; ed. Insel, 1922, pp. 35-36).

¹⁴³ Edición de Weimar, Abt. *Naturwissenschaftliche Schriften*, vol. XIII, p. 314 (citado por F. Strich, *Goethe und die Weltliteratur*, Bern, 1946, p. 186, y por Riley, art. cit., p. 367): “Nordamerikaner glücklich, keine Basalte zu haben. Keine Ahnen und keinen klassischen Boden”. Goethe encontraba que también las cristalizaciones de América eran “different, larger, on a greater scale” en comparación con las de los otros continentes (conversación con J. J. Cogswell, 27 de mayo de 1817, en *Gespräche*, ed. cit., vol. I, p. 870). Recuérdese la idea contraria del padre Gilij (*supra*, p. 207). Kürnberger, en cambio, lamentaba que el paisaje norteamericano fuera tan poco movido y pintoresco: “nirgends hat sie [die Alleghanen] der Vulkanismus kräftig gehoben und zerrissen” (*Der Amerikamüde*, op. cit., pp. 305-306). El romántico tardío ve monotonía donde Goethe admiraba una clásica y firme sencillez de estructura.

El presente y el futuro de América se apoyaban sobre sólidas bases. La línea de su progreso no presentaba interrupciones desde el principio del mundo. *Keine Basalte*. Pero no es esto todo. La ausencia de esas rocas ha salvaguardado asimismo a América de una reñidísima e inconcluyente disputa científica. Entre las ventajas de no poseer basaltos, no es la menor la de no tener que discutir acerca de su origen. Y justamente acerca de la formación de los basaltos había estallado en las últimas décadas del siglo XVIII la famosa disputa de los neptunistas y los plutonistas, firmes los primeros en reservar a las aguas la parte principal en la formación de las rocas volcánicas, mientras que los segundos estaban dedicados a asignar esa parte principal al fuego interno del planeta, y más especialmente a los volcanes. El gran geólogo Werner, maestro de Goethe, había sido uno de los más denodados sostenedores del neptunismo, y Goethe, adverso siempre a las explosiones y a los cataclismos, se adhirió sustancialmente a sus tesis.¹⁴⁴

Su interés por estos problemas se avivaba, justamente unos pocos meses antes de escribir los versos sobre los Estados Unidos, gracias a un escrito y unas muestras que le envió el profesor de geología Karl Cäsar von Leonhard, a quien se apresuraba a escribir para decirle que en su espíritu “se ha reavivado de nuevo el amor y el gusto por la estimable mineralogía”,¹⁴⁵ y para pedirle otras muestras de ciertas areniscas y del “basalto que las acompañaba”. En el *Faust*, el Doctor se inclina al neptunismo, mientras que Mefistófeles, ya se entiende, es un fogoso plutonista. Goethe está con el siervo de Dios, y hace hablar a sus adversarios por la boca del diablo.

Pero ya en esa escena, Fausto tiende a desinteresarse de la disputa —“Yo no pregunto de dónde ni por qué”—, pues lo que quiere es observar simplemente la naturaleza tal como es.¹⁴⁶ Goethe comenzaba a sentirse harto. Las actitudes unilaterales, lo mismo de los plutonistas que de los neptunistas, ya en 1824 le recordaban las luchas confesionales;¹⁴⁷ y por último (1828), cansado de decenios de “fútiles controversias”,¹⁴⁸ manifestaba idéntico fastidio por una y otra secta. En el segundo *Faust* la polémica de los neptunistas y plutonistas tiene un curioso eco retrospectivo.

¹⁴⁴ “Ich kann nicht aus meinem Neptunismus heraus” (conversación con Boissière, 2 de agosto de 1815, en *Gespräche*, ed. cit., vol. I, pp. 798-799); y también: “grandes déclamations contre les géologues qui s'avisent de tout expliquer par l'action du feu” (conversación con Soret, 26 de enero de 1823, *ibid.*, vol. II, p. 527). Véanse también las *Xenien* de la época, “Kaum wendet der edle Werner den Rücken” y “Keine Gluten, keine Meere”.

¹⁴⁵ Carta del 13 de febrero de 1827, en Fr. Soret, *Zehn Jahre bei Goethe*, ed. H. H. Houben, Leipzig, 1929, pp. 194-195: “Liebe und Lust an der werthen Mineralogie auf's neue belebt worden”. Cf. carta al mismo, del 18 de septiembre de 1819, *apud* Riley, art. cit., p. 369.

¹⁴⁶ *Faust*, Segunda parte, acto IV, al principio: “Ich frage nicht woher? und nicht warum?”; cf. E. Kühnemann, *Goethe*, Leipzig, 1930, vol. II, pp. 505-506.

¹⁴⁷ Conversación con Eckermann, 18 de mayo de 1824, en J. P. Eckermann, *Gespräche mit Goethe*, ed. Zürich, 1948, p. 555. Su rechazo de las dos tesis extremas está indicado ya por Bielschowski (*Goethe*, München, 1918, vol. II, pp. 442, 535) y subrayado por R. Magnus, *Goethe als Naturforscher*, Leipzig, 1906, pp. 275-282, quien ha utilizado parcialmente (véanse las pp. 260-261) a G. Linck, *Goethes Verhältniss zur Mineralogie und Geognosie*, Jena, 1906, y por K. Viëtor, *Goethe*, Bern, 1949, pp. 410-412.

¹⁴⁸ Así, con palabras que traducen el “vergeblicher Streit”, habla de la disputa A. Geikie en la *Encyclopædia Britannica*, 11th ed., *sub voce* “Geology” (vol. XI, p. 644b).

tivo en el altercado entre Tales y Anaxágoras, que el primero concluye con las palabras: "¿Qué es lo que se avanza con eso?... Con semejantes disputas sólo se pierde el tiempo".¹⁴⁰ Por los mismos días en que componía aquellos versos (hacia 1829), alguien le preguntaba qué cosa querían decir precisamente los términos "plutonista" y "neptunista", y Goethe le contestaba:

Oh, dad gracias a Dios de que no sepáis nada de eso; yo tampoco puedo decirlo. Podría uno volverse loco con sólo ponerse a explicarlo. De suyo, semejante nombre de partido no significa nada a la larga, y se disuelve en humo. Ni siquiera los que emplean esas palabras saben ya lo que quieren designar con ellas.¹⁵⁰

Exactamente: *unnützes Erinnern / und vergeblicher Streit*. Así, pues, en conclusión, ni huellas de convulsiones prehistóricas ni insulsos pleitos de pedantes tiene América. ¡Dichoso país!

Pero no es menos dichoso por la falta de ruinas feudales y de seculares rencores. Aquí confluyen dos profundas tendencias del espíritu de Goethe: por una parte su deficiencia de sentido histórico, que le hace juzgar inútiles y frívolas todas las luchas del pasado, los conflictos de los pueblos y el culto de las tradiciones,¹⁵¹ y por otra la aversión al romanticismo de peor cuño (lo romántico es lo "enfermizo", lo clásico es lo "sano"), con la boga pintoresca de la Edad Media y las historias de fantasmas. La ausencia de castillos en América simboliza justamente la singular novedad de ese país. Hijo de la Europa del Renacimiento, no ha conocido Edad Media. Las instituciones de los siglos oscuros le son totalmente extrañas (con excepción de algunos injertos en la América española, como la encomienda), y las expresiones arquitectónicas de esa época desentonarían en su paisaje, —como desentonan, de hecho, las catedrales "góticas", los palacios florentinos y los claustros franceses imitados o reconstruidos piedra sobre piedra a la orilla del río Hudson.

Pero el "castillo" sobre todo, con cuanto implica de sumisión del siervo al señor feudal, de parasitario y de heráldico, de amenaza guerrera, de recinto cerrado y fortificado, de "conspicuous waste" y de secreto, doméstico esplendor, impresionaba las imaginaciones americanas más que cualquier otro emblema de la vieja Europa. Zwangs-Uri, la Bastilla, la Torre de Londres eran ya símbolos para los europeos, y un símbolo

¹⁴⁰ *Faust*, Segunda parte, acto II, escena "Am obern Peneios": "Was wird dadurch nun weiter fortgesetzt?... Mit solchem Streit verliert man Zeit und Weile". Véase también la escena final, con el himno de Tales al agua; y los ulteriores y sutiles comentarios de Kühnemann, *op. cit.*, vol. II, pp. 438-441.

¹⁵⁰ Conversación con el crítico e historiador del arte Johann Heinrich Meyer, 6 de marzo de 1828, en *Gespräche*, ed. cit., vol. II, p. 532: "O danket Gott, dass ihr nichts davon wisst, ich kann es auch nicht sagen; man könnte schon wahnsinnig werden, es nur auseinanderzusetzen. Ohnehin bedeutet solch ein Parteiname späterhin nichts mehr, löst sich in Rauch auf; die Leute wissen schon jetzt nicht mehr, was sie damit bezeichnen wollen". En el acto II del segundo *Faust*, Seismos se jacta de haber creado, a fuerza de sacudidas, la variada belleza del mundo. He llamado "inconcluyente" a la disputa; pero tal vez debería haberla llamado "inconclusa". Se ha tenido una revivificación de ella con la clasificación de las rocas precisamente en plutónicas, neptónicas y volcánicas, propuesta (1939) y defendida por el geólogo inglés H. H. Read. Se esperan ahora las nuevas *Xenien*...

¹⁵¹ Véase B. Croce, *Goethe*, Bari, 1946, vol. II, pp. 205-207, en polémica con Meinecke.

llegará a ser la Roca Paulina en el canto de Carducci. Una historia del "castillo" en el Nuevo Mundo, y si sea un bien o un mal que los haya o no los haya, con espectros o sin espectros, reflejaría en todos sus matices la metamorfosis de los ideales de vida y de los gustos mundanos de la sociedad norteamericana. Y si del noble alcázar nos remontamos a la realidad de que era símbolo, encontraremos que con sus almenas y con sus fosos cristalizaba poéticamente la abastecida ciudadela de la historia y de la cultura europea. Era una imagen sintética, una pintoresca abreviatura. Por lo demás, ¿no había reunido Dante en un "nobile castello" a los grandes espíritus de la Antigüedad y del mundo árabe?

Es fácil, pues, comprender por qué fueron justamente los primeros grandes escritores norteamericanos quienes sintieron un hiato entre las convenciones literarias a que estaban ligados, y que les venían en su totalidad de Europa,¹⁵² y el tema o el ambiente "americano" de sus creaciones: entre la tradición en que habían sido educados y sobre la cual se había formado su gusto y el de su público, y el mundo que debían representar. Ecos de este típico contraste entre forma y contenido y sugerencias para resolverlo, ya sea adaptando el estilo al asunto, ya atribuyendo dignidad clásica a la materia, se escuchan en casi todos los autores más reflexivos. Longfellow no podía soportar los relatos de aventuras de la frontera (¡los primeros *Westerns!*), y exclamaba con risa sardónica: "Ah, the discomforts!" Hawthorne recordaba en 1860 "lo difícil que es escribir una novela sobre un país en que no hay sombra, ni antigüedad, ni misterio, ni delitos pintorescos y sombríos" (casi una paráfrasis de la *Xenia goetheana*).¹⁵³ Y Thoreau comparaba en 1862 el panorama del Rin con el del Mississippi; rico el primero en fortalezas seculares, en ruinas evocadoras de los Cruzados, en espíritu heroico y caballeresco, pero lleno el segundo de un hervor de vida que hacía pensar en el futuro más que en el pasado y el presente. "Vi —concluye el poeta con acentos que no le hubieran desagradado a Goethe— que éste era un Rin de índole diferente: que los cimientos de los castillos estaban aún por echarse... y sentí que ésta era la auténtica edad heroica".¹⁵⁴ Verdad es que un nostálgico del Viejo Mundo como Henry James, escribiendo precisamente sobre Hawthorne y sus problemas artísticos, repite en 1879 su lamento de que no se

¹⁵² Los norteamericanos no tenían tampoco baladas, canciones populares, ni un verdadero folklore, ni una épica primitiva: todo eso tenían que tomarlo de Europa. Véase Stanley Th. Williams, "Cosmopolitanism in American literature before 1880", en M. Denny and W. H. Gilman (eds.), *The American writer and the European tradition*, Minneapolis, 1950, p. 49; Cunliffe, *op. cit.*, pp. 47 (deploración inglesa de 1819) y 306 (y cf. *supra*, pp. 323-324). Se explica que Goethe temiera un "contagio" del romanticismo más barato.

¹⁵³ H. James, *Hawthorne*, London, 1879, p. 42: "...the difficulty of writing a romance about a country where there is no shadow, no antiquity, no mystery, no picturesque and gloomy wrong". Cf. Williams, art. cit., p. 46, y H. N. Smith, "Origins of a native American literary tradition", en M. Denny and W. H. Gilman (eds.), *The American writer...*, *op. cit.*, pp. 65-66. Pero Hawthorne deplora la ausencia de estas cosas: Goethe se había complacido en ella como en una feliz predisposición para el surgimiento de una poesía sana y clásica...

¹⁵⁴ H. D. Thoreau, *Walking* (1862), en *Walden and other writings*, ed. Brooks Atkinson, New York, 1937, pp. 612-613: "I saw that this was a Rhine stream of a different kind: that the foundations of castles were yet to be laid... and I felt that *this was the heroic age itself*" (es el autor quien subraya). Una visión del Rin y de sus castillos puede verse también en *Civil disobedience*, *ibid.*, p. 652.

encuentren en América castillos feudales ni ruinas cubiertas de hiedra, ni muchísimos otros "items of high civilization";¹⁵⁵ y no causa sorpresa que desde el Viejo Mundo le haga eco (1888) Matthew Arnold, juzgando la civilización norteamericana "sin interés" (*uninteresting*) porque le faltan, entre otras cosas, las catedrales, las iglesias parroquiales y los castillos de la Edad Media.¹⁵⁶ Pero hoy los norteamericanos se encuentran más bien en la línea de Goethe y de Thoreau, y suelen exaltar de buena gana las bellezas naturales de su vasto país como superiores a los monumentos y a los escombros de la Edad Media.¹⁵⁷ "Mejor es volverse directamente a la Naturaleza que darse fatigosamente quehacer con las escorias de los siglos pasados", —suena muy "americano", pero es justamente Goethe quien lo dijo.¹⁵⁸

El flechazo final contra las historias de caballeros, de bandidos y de espectros se relaciona, claro está, con la complacencia porque en América falte el escenario obligado de tales "romantiquerías", pero pertenece no menos evidentemente a la polémica literaria de la época: es el aguijón de la *Xenia*, colocado como *post-scriptum* a la parte lírica. Por lo demás, también en cuanto a los "basaltos", se ha visto que el término se refiere a la vez a un hecho (prehistórico) y a las diatribas (actuales) en torno a ese hecho. Y se ha visto asimismo que el peligro de una aparición de fantasmas en suelo americano existía efectivamente por la ausencia de otras influencias literarias neutralizadoras. La poesía norteamericana hubiera podido nacer espectral y romántica *by default*. También en los Estados Unidos había ya personas a quienes preocupaba el asunto; y precisamente en 1828¹⁵⁹ una comunicación a una confraternidad académica pronunciada por el joven F. H. Hedge, quien se hizo más conocido como teólogo y germanista, contenía estos versos:

*Let foreign climes their varied stories unfold:
and German horrors rise in dark array,
and German names more horrible than they.*

¹⁵⁵ H. James, *op. cit.*, p. 43; citado también por H. M. Jones, *The theory of American literature, op. cit.*, pp. 64, 121, 150, y por Williams, *art. cit.*, pp. 46-47. Cf. *infra*, p. 504.

¹⁵⁶ M. Arnold, "Civilization in the United States" (1888), en *Five uncollected essays*, ed. K. Allott, Liverpool, 1953, pp. 54-55, 102-103. Pero ya medio siglo antes, la británica Mrs. Trollope, aunque admirando las riberas del Ohio y del Monongahela, había lamentado que no estuviesen adornadas de castillos feudales y abadías góticas (*Domestic manners of the Americans*, 1832, IV y XVIII), mientras otra viajera europea, que estuvo en Norteamérica de 1849 a 1851, después de observar que no hay sobre el Hudson ni castillos ni ruinas, añadía: "Je ne regrette pas les ruines et les légendes du Rhin", y a orillas del Mississippi admiraba imponentes "castillos" naturales: "Les ruines du Rhin sont des misères comparativement à ces restes gigantesques", etc. (Frederika Bremer, *La vie de famille dans le Nouveau Monde*, 1853, ed. Paris, s. f., vol. I, p. 38; vol. II, p. 263; cf. también vol. I, p. 144, y, sobre la falta de cantos y de leyendas populares, *ibid.*, vol. I, pp. 66-67, 361; vol. III, pp. 256, 368).

¹⁵⁷ Ejemplo: "our mountain passes are as picturesque as feudal castles" (A. Nevins and H. S. Commager, *America, op. cit.*, p. vi). Otros ejemplos en "Castles and culture: America and the Gothic tradition", *Times Literary Supplement*, September 17, 1954 ("American writing today"), p. xlv.

¹⁵⁸ *Tag- und Jahreshefte*, 1812, en *Autobiographische Schriften*, Leipzig, 1910, vol. III, p. 521 (a propósito de Giordano Bruno; cf. Meinecke, *Die Entstehung des Historismus, op. cit.*, p. 551).

¹⁵⁹ El epigrama de Goethe se tradujo al inglés en 1831 (Riley, *art. cit.*, p. 350), pero los autores alemanes comenzaban a ser leídos en el original.

*Amazed we hear of Werke and Gedichte,
of Schlegel, Schleiermacher, Richter, Fichte,
and thou, great Goethe, whose illustrious name,
so oft mis-spelt and mis-pronounced by fame,
still puzzles English jaws and English teeth,
with Goty, Gurrte, Gewter, and Go-ethe.*¹⁶⁰

Versos éstos que Goethe habría leído también, ciertamente, con deleite y complacencia. En efecto, ¡con qué irritación no recuerda, al cabo de tantos decenios, aquellos juegos de palabras que Herder se había permitido hacer con su nombre: "der von Göttern Du stammst, von Goten oder von Kote, Goethe!"¹⁶¹

De todos modos, por una vengativa ironía de la historia, sucedía que precisamente esos rasgos denostados con tanta pasión por Goethe (y por Hedge con él), imprimían su huella en todas las cosas mejores que lograban escribir los nuevos poetas de los Estados Unidos; y encontramos así espectros y horrores al por mayor en Irving y en Poe (y hasta en James), nobles y abatidas pecadoras en Hawthorne, legendarias figuras de aventureros del mar y de bandidos en Melville y en los relatos del Far West,¹⁶² —toda la "materia romántica", en suma, reelaborada con entusiasmo, con brío y a menudo con una seriedad de acentos y un soplo poético que hubieran detenido la sonrisa en los labios del anciano Goethe.

En los versos goetheanos de 1827 hay todavía un elemento que merece subrayarse. América es una unidad política: no tiene escisiones internas ni viejas cuentas que saldar, y esto le asegura un destino más feliz. La confianza del viejo Goethe en el porvenir de los Estados Unidos, de esta nación tan poco cargada de historia, se acomoda en el marco de su pesimismo, o, mejor, de su nihilismo histórico.¹⁶³ Pero esa confianza es también parte de su religiosa devoción por los desarrollos armoniosos, sin desgarrones y sin contrastes. Mientras que Hegel, como veremos,¹⁶⁴ señala una *debilidad* de los Estados Unidos en su falta de tensiones internas y de conflictos de clase, Goethe, en cambio, descifra en ella una se-

¹⁶⁰ Citados por Williams, *art. cit.*, p. 55: ["Dejemos que los climas extranjeros desplieguen sus variadas historias, y que en negra hilera se levanten los horrores alemanes, y los nombres alemanes, más horribles todavía. Espantados oímos palabras como *Werke* y *Gedichte*, y nombres como Schlegel... etc.; y tú, oh gran Goethe, cuyo ilustre nombre, tan a menudo mal escrito y mal pronunciado por la fama, sigue poniendo en aprietos las quijadas y los dientes ingleses, con *Goty*... etc.].

¹⁶¹ *Dichtung und Wahrheit*, Segunda parte, libro X (ed. cit., p. 432): ["...tú, que descendes de los dioses, de los godos o del estiércol, Goethe..."].

¹⁶² Algunos han hecho remontar también los usos y ritos del Ku-Klux-Klan a los tribunales de la Santa Vehma representados por Goethe en su *Goetz von Berlichingen*: cf. Johannes Urzidil, *Das Glück der Gegenwart: Goethes Amerikabild*, Zürich, 1957, pp. 23-24.

¹⁶³ Es significativo que Alexander Herzen citara (1º de enero de 1868) los primeros ocho versos de la *Xenia* goetheana para saludar en América la tierra del porvenir, sin reliquias históricas ni mezquindades burguesas ni infecciones feudales, e igual por consiguiente a Rusia en posibilidades revolucionarias (Max M. Laserson, *The American impact on Russia —diplomatic and ideological— 1784-1917*, New York, 1950, pp. 231-232). Pero el tema de la ausencia de pleitos como mérito supremo de América se remonta por lo menos a los tiempos en que ésta comenzó a ser asilo y refugio de los europeos perseguidos. Baste recordar la citada poesía de Andrew Marvell (*supra*, p. 235, nota 434) sobre las paradisíacas Bermudas, "a grassy stage / safe from the storms' and prelates' rage".

¹⁶⁴ *Infra*, pp. 403-404.

gura *promesa* de ascenso. Justamente aquello que a Hegel le parece una deficiencia de *dialéctica*, él lo admira como plenitud y *harmonía*.

¿Qué más? El año mismo de los versos *Den Vereinigten Staaten*, Goethe explicaba a Eckermann que los Estados Unidos debían extenderse necesariamente más allá de las Montañas Rocosas, y luego hasta el Pacífico, y desarrollar por lo tanto un inmenso comercio con el Oriente, y asegurarse el istmo de Panamá, y abrir aquí un canal para buques de guerra y de carga de cualquier tonelaje, con incalculables consecuencias para todo el mundo civilizado y no civilizado.¹⁶⁵ La visión está tan bien razonada, que se destaca nítida como un vaticinio.

A su vez, el vaticinio se inflama en la férvida mente del poeta, acoge en sí otros augurios y otros sueños, arde en lo íntimo y vuelve a abrirse a una nueva visión. Esa Europa cubierta de rocas negras, de ruinas y de espectros, permanecía en el fondo del ánimo entristecido de Goethe.¹⁶⁶ Y justamente en esos años surgía y tomaba forma en su fantasía la inquieta, insolente y sorprendente figurita del *Homunculus*. El *Homunculus*, el hombre totalmente artificial, nacido en una redoma de una mezcla cristalizada, creatura sin historia y sin padres y sin antepasados, le habla a su primo Mefistófeles como la América del epigrama hubiera podido hablar al viejo continente:

*Du aus Norden,
im Nebelalter jung geworden,
im Wust von Rittertum und Pfäfferei,
wo wäre da dein Auge frei!*¹⁶⁷

Alrededor hay piedras ennegrecidas y enmohecidas, ojivas, y repelentes, grotescas volutas. ¡Vamos, fuera de aquí, lejos, a la noche de Walpurgis téssala! Mefistófeles, que poco antes, cuando había dicho que nada veía del sueño de Fausto, se había atraído la réplica "wo wäre da dein Auge frei!", se da cuenta ahora de que nunca ha oído mencionar esa danza y se hace motejar de sordo además de ciego: *wie wollt es auch zu euren Ohren kommen?* ("¿cómo podía llegar eso a vuestros oídos?"). A los oídos del diablo *vieux jeu* sólo son familiares los esqueletos y los muertos de las baladas románticas:

*Romantische Gespenster
kennt ihr nur allein...*

La caballería, las ruinas, los espectros, la baja literatura de moda: no falta nada. . . También a la ciencia de las escuelas, al buen Wagner, se le dice adiós. ¡Adiós y vámonos, pronto, a las riberas del Peneo, a los cam-

¹⁶⁵ Eckermann, *Gespräche mit Goethe*, 21 de febrero de 1827 (ed. cit., pp. 599-600). También a 1827 pertenece una propuesta de reelaborar la *Auswanderung nach den Vereinigten Staaten* de L. Gall (en *Schriften zur Literatur*, Leipzig, 1914, vol. II, pp. 319-322), escrito violentamente antiamericano, "the product of a disappointed immigrant" (Doll, art. cit., p. 508).

¹⁶⁶ Sobre la melancolía de Goethe en los días de la composición (junio de 1827), véase Riley, art. cit., pp. 356-357.

¹⁶⁷ ["Tú naciste en el Norte y fuiste joven en la edad de la niebla, entre el caos de la caballería y el poder de la clérigalla: ¿cómo podrían estar aquí despejados tus ojos?"]

pos de Farsalia! América y la Hélade sirven igualmente bien como robustas antítesis de la senil Europa medievalizante.

Y no se agotan con esto los fermentos secretos de la imaginación. El *Homunculus* es, o por lo menos se da aires de ser, superior a Mefistófeles, no obstante que es su creatura. Es el espíritu que ve claro y transparente el Presente (*die Gegenwart*) y representa así la vida activa y ardorosa en contraste con el intelectualismo: es un Fausto impaciente y sin contrastes íntimos.¹⁶⁸ Por un lado, pues, puede dar voz al mensaje del continente nuevo y sin conflictos históricos, del continente que simboliza precisamente "die Gegenwart".¹⁶⁹ Por otro, anticipa el último anhelo de Fausto, que sólo se aplacará arrancando al mar una nueva tierra, mitad paradisíaca, mitad artificial, en que millones de hombres puedan vivir libres y activos.

En el sueño y en el paisaje de Fausto muchas veces se han encontrado elementos que parecen inspirados en las empresas de los pioneros americanos,¹⁷⁰ y se sabe, por lo demás, que muchas sugerencias y muchos mensajes del Nuevo Mundo asediaban en estos últimos años la mente de Goethe, favoreciendo su prodigiosa creación de mitos y de plásticos símbolos. Fausto concluye su visión suprema de un pueblo libre sobre un suelo libre con las palabras: "Solch ein Gewimmel möcht' ich sehen",¹⁷¹ preñadas de la triste certidumbre de que *no* lo verá. Goethe, a los ochenta y siete años, profetiza que los Estados Unidos se extenderán del uno al otro océano, y suspira: "Das möchte ich erleben; aber ich werde es nicht".¹⁷²

Falta ver de qué manera llegó Goethe a esta imagen de América, tan rica en conceptos y tan resonante de profundos acordes poéticos. No llegó a ella a través de la polémica con Buffon o con De Pauw. A las leyes de generativas formuladas por el primero se oponía radicalmente toda su filosofía zoológica¹⁷³ y, más en general, su decidida repugnancia a histo-

¹⁶⁸ Eckermann, *Gespräche*, 16 de diciembre de 1829 (ed. cit., pp. 374-376); F. Gundolf, *Goethe*, Berlin, 1917, pp. 770-771.

¹⁶⁹ Véase J. Urzidil, *Das Glück der Gegenwart*, op. cit.

¹⁷⁰ Una anticipación de la tierra goetheana arrancada a las olas y cubierta de jardines, prados y aldeas, parece vislumbrarse ya en los versos de Barlow sobre "the glad coast... / won from the wave" que "presents a new-formed land, / yields richer fruits and spreads a kinder soil", y sobre las "free-born souls" que la habitan, etc. (*Vision of Columbus*, 1787, c. iv, texto transcrito por Brie, art. cit., p. 376, nota 36). Más en general, pueden verse: M. Kerbaker, *L'episodio di Bauci e Filemone nel "Fausto" del Goethe*, Napoli, 1903, p. 31 ("una tal quale tinta di Americanismo"); Strich, op. cit., p. 188; Beutler, op. cit., pp. 405, 449; Thomas Mann, *Goethe und die Demokratie*, Oxford, 1949, p. 21; Viëtor, op. cit., pp. 368-369; H. A. Korff, *Geist der Goethezeit*, vol. IV, Leipzig, 1953, pp. 647-648 (para la analogía sugerida por el final de los *Wanderjahre*, la liberadora "Auswanderung nach Amerika"), etc. Asimismo, observa W. Mommsen (*Die politischen Anschauungen Goethes*, Stuttgart, 1948, p. 214 nota) que en los *Paralipomena* (acto IV: Insel-Ausgabe, p. 551), Fausto alude a los "Vorzüge der Gesellschaft in ihren Anfängen" y quiere asociarse a los indígenas. En cambio, en el acto V del *Faust*, los indígenas son asesinados y la sociedad primitiva queda destruida. El conquistador reemplaza al colono. Pero ya antes el citado Kerbaker había visto en el episodio de Baucis y Filemón la parábola de la inocencia de quien vive conforme a la Naturaleza y es arrollado por la inexorable violencia del Progreso.

¹⁷¹ ["Yo quisiera ver esa muchedumbre pululante".]

¹⁷² Eckermann, *Gespräche*, 21 de febrero de 1827 (ed. cit., p. 600): ["Yo quisiera vivirlo, pero no podré".]

¹⁷³ Véase *supra*, p. 234.

ricizar la naturaleza. Del segundo, conoce y cita las obras más tardías, la que trata de los egipcios y los chinos¹⁷⁴ y la que trata de los griegos,¹⁷⁵ pero no la más famosa de todas, la que se ocupa de los americanos. En ésta, por lo demás, le hubieran desagradado ciertamente las explicaciones a base de cataclismos, terremotos y espantosas convulsiones del globo, como también el antineptunismo de la teoría de las rocas.¹⁷⁶ A la funesta imagen clásica de América como mundo anegado, y aun podrido, tenía que mantenerse impermeable el poeta que veía en la humedad, con Tales, la fuente de la vida y la plasmadora del mundo:

*Alles ist aus dem Wasser entsprungen!
Alles wird durch das Wasser erhalten!*¹⁷⁷

Pero su juicio total sobre De Pauw es singularmente benévolo. Durante una visita a Pempelfort, a su regreso de la campaña de Francia, Goethe se detiene con el pensamiento en aquel tiempo "maravilloso", alejado apenas por poco más de una generación, pero que es ya casi imposible representarse a lo vivo. Voltaire había libertado a la humanidad de los antiguos grillos de la superstición y abierto los espíritus a la duda. Y mientras él se esforzaba en demoler la autoridad del clero "y tenía a la vista sobre todo a Europa, De Pauw extendió su espíritu conquistador sobre más remotas regiones del mundo". Nuestro De Pauw, sobre quien tantos insultos han llovido, es proclamado por Goethe el Voltaire del mundo extra-europeo. . . "Ni a los chinos ni a los egipcios les quiso otorgar el honor que un secular prejuicio había acumulado sobre ellos."¹⁷⁸ Como canónigo de Xanten, cerca de Düsseldorf, mantuvo amistosas relaciones con Jacobi.¹⁷⁹ ¡Y a cuántos otros habría que recordar junto a esos tres!, añade Goethe, quien menciona sin embargo a tres más, a tres solamente, pero no mediocres ni oscuros: Hemsterhuis, Diderot y Rousseau.¹⁸⁰ De Pauw —sexto "fra cotanto senno"— está en verdad en buena compañía. . .

Así, pues, si Goethe no llega a hablar nunca de las *Recherches sur les Américains* es probablemente por una razón muy radical: cuando apa-

¹⁷⁴ *Kampagne in Frankreich*, Pempelfort, November 1792, en *Werke*, ed. Berlin, 1873, vol. XXV, p. 99.

¹⁷⁵ *Italienische Reise*, 28 de mayo de 1787 (ed. cit., vol. II, p. 60), confirmando que se puede aplicar a los mendigos lo que De Pauw escribe de los cínicos, o sea que, después de todo, dado el clima de Grecia, no llevaban en realidad una vida tan miserable. "II y a aujourd'hui à Naples —continúa De Pauw (*Recherches sur les Grecs*, ed. cit., vol. II, pp. 148-149)— des mendians qui refuseraient la viceroyauté de la Norvège, si on la leur offrait", etc. Goethe traduce prácticamente todo el pasaje; recordemos que el libro de De Pauw apareció precisamente en 1787.

¹⁷⁶ *Recherches sur les Américains*, ed. cit., vol. II, pp. 326-351 ("Sur les vicissitudes de notre globe"), especialmente p. 343; cf. *supra*, pp. 54-55.

¹⁷⁷ *Faust*, Segunda parte, acto II, escena "Felsbuchten des ägäischen Meers", hacia el final: ["¡Todo ha surgido del agua! ¡Todo se conserva por el agua!"]

¹⁷⁸ *Kampagne in Frankreich*, loc. cit.: "Wenn der Philosoph von Ferney seine ganze Bemühung dahin richtete, den Einfluss der Geistlichkeit zu mindern und zu schwächen, und hauptsächlich Europa im Auge behielt, so erstreckte de Pauw seinen Eroberungsgeist über fernere Welttheile; er wollte weder Chinesen noch Aegyptern die Ehre gönnen, die ein vieljähriges Vorurtheil auf sie gehäuft hatte".

¹⁷⁹ Véase *supra*, pp. 135-136, nota 292.

¹⁸⁰ *Kampagne in Frankreich*, loc. cit. Goethe leyó o releyó las segundas *Recherches* en 1813-15 (véase R. Michéa, *Le "Voyage en Italie" de Goethe*, Paris, 1945, p. 366, nota 34; cf. *ibid.*, pp. 19, 66, 372).

reció esta obra, y durante los años siguientes, los de más enardecidas polémicas, América se hallaba completamente fuera de sus horizontes mentales. Goethe joven ignora al Nuevo Mundo. Klopstock, ya viejo por entonces, lanza himnos a la revolución norteamericana. Klinger, sumamente joven, pone en América la escena de su *Sturm und Drang*. Goethe permanece frío e indiferente.¹⁸¹ Su adorada Lili le hace saber que está pronta a huir con él a América. Goethe no deja su tierra nativa.¹⁸² América está "endemoniadamente lejos". Todos sus suspiros se dirigen a Italia. E incluso cuando de Nápoles a Palermo navega en un excelente velero construido en América, su mirada no llega más allá de las playas del Mediterráneo: "Sicilia me muestra el camino de Asia y África."¹⁸³

En Braunschweig asiste (1784) a una pantomima de "Soldats revenus de l'Amérique déguisés en sauvages", tatuados y pintados, por lo visto, a la moda de los pieles rojas; y no los encuentra ni siquiera terribles o repugnantes, como parecieron "aux personnes du beau monde". Decididamente anti-rousseauiano y de ninguna manera "primitivista", en ese espectáculo Goethe ve solamente "los esfuerzos de la especie humana por volver a la clase de los animales". Los tatuajes no son otra cosa que una imitación de los pelos de los cuadrúpedos y de las pintadas plumas de los pájaros, frente a los cuales los pieles rojas se avergüenzan de andar desnudos, con esa insípida piel lisa que la Naturaleza ha dado al hombre. . . Y en cuanto a sus danzas y su mímica, "se acerca muchísimo a la de los monos".¹⁸⁴

América no le interesa, el indígena le fastidia y le disgusta. Casi se diría que el salvaje, tan a medio camino entre el hombre y la bestia, y hasta inclinado a degenerar —si acaso no ha decaído ya de la dignidad humana—, le transmite un escalofrío sordo, un secreto temor de inestabilidad. Goethe quisiera ridiculizarlo en las cartas a su amiga, pero el tono irritado traiciona su preocupación.

La crisis, o mejor, el comienzo de un lento pero completo cambio de actitud, ocurrió en 1789. Turbado y cada vez más inquieto por los acontecimientos atroces de la Revolución, el desenfreno de las pasiones populares y las relampagueantes amenazas de las masas organizadas, Goethe busca con ansia una nueva tierra en que el hombre pueda desarrollar libremente todas sus facultades. Las distintas partes del *Wilhelm Meister* reflejan las fases de esta búsqueda, la progresiva concentración de su anhelo, del genérico *Wandern* a la necesaria emigración (*Auswandern*), en la que sin embargo se siente todavía un deseo de fuga, hasta llegar por

¹⁸¹ "An allen diesen Ereignissen nahm ich jedoch nur insofern Teil, als sie die grössere Gesellschaft interessierten. Ich selbst und mein engerer Kreis befassten uns nicht mit Zeitungen und Neuigkeiten": *Dichtung und Wahrheit*, IV, libro 17 —[el libro de Lili—, ed. Insel, p. 750.

¹⁸² Conversación con Soret, 5 de mayo de 1830, en *Gespräche*, ed. cit., vol. II, p. 671 nota (y en Fr. Soret, *Zehn Jahre bei Goethe*, ed. cit., p. 389 nota).

¹⁸³ *Italienische Reise*, 26 de marzo de 1787 (ed. cit., vol. I, p. 229): "Sizilien deutet mir nach Asia und Afrika."

¹⁸⁴ Carta del 21 de agosto de 1784, en *Goethes Briefe an Charlotte von Stein*, ed. J. Fraenkel, Jena, 1908, vol. II, pp. 224-225: "...les efforts de l'espèce humaine pour rentrer dans la classe des animaux...; cela approche très près à celle des singes". Hay cierto sabor depauwiano en las expresiones de Goethe: las *Recherches* describen el carácter de los pieles rojas "en réduisant l'Américain sauvage à son instinct animal" (ed. cit., vol. I, p. 123), pero en cuanto a los tatuajes, De Pauw es mucho más realista (*ibid.*, vol. I, pp. 202-206).

último al ideal de una comunidad en América, que es a la vez fuga y conquista, evasión y palingénesis. Ya en los *Lehrjahre* (1795), América resplandece como patria embrionaria de una nueva humanidad; e inmediatamente adquiere los caracteres de Tierra Prometida, de mundo del porvenir, de asilo seguro contra los males que amenazan a los hombres y a los valores de una Europa demasiado agitada.¹⁸⁵

En los años sucesivos, esta fe está alimentada por ricas y sustanciosas lecturas, por la palabra y los escritos de Humboldt a su regreso del Nuevo Mundo (1804) y por las conversaciones con la larga serie de americanos que, de 1793 en adelante, vinieron a visitar a Goethe en Weimar, y entre los cuales se contaban muchos hombres de primerísimo orden: Trumbull (1797), Ticknor (1816), Bancroft (1819), Calvert (1825), y otra selecta falange de sabios y de hombres de estado.¹⁸⁶ En 1818, escribe a Voigt que se encuentra sumergido en una cantidad de escritos sobre los Estados Unidos: "vale la pena penetrar con la mirada en ese mundo creciente".¹⁸⁷ Y el año siguiente, 1819, el año en que germina la idea del epigrama, Goethe suspira ya: "si fuera veinte años más joven, me haría a la vela rumbo a la América del Norte".¹⁸⁸ Ese mismo año manda sus obras en obsequio a la Universidad de Harvard, para sentirse más cercano —según escribe en la dedicatoria— a "ese admirable país, que atrae sobre sí las miradas de todo el mundo con solemnes ordenamientos jurídicos que promueven un desarrollo al cual no se han fijado límites".¹⁸⁹

Finalmente, en 1826 el príncipe Bernardo de Weimar, brillante y valeroso hijo segundo del Gran Duque, regresaba de un largo viaje por los Estados Unidos, lleno de entusiasmo y de admiración por la joven república americana. En los versos con que Goethe saluda su regreso y en que transfiere y destila todo el optimismo del joven príncipe, más de una expresión suena como anticipo o como eco de aquellos versos de la última parte del *Faust* que pintan la febril actividad del viejísimo e indómito doctor:

*Da summt es wie ein Bienenschwarm,
man baut, man trägt herein.*¹⁹⁰

¹⁸⁵ Copiosa y precisa documentación en Beutler, *op. cit.*, pp. 396-408; cf. también Hirschowski, *op. cit.*, vol. II, pp. 542-544, y sobre el desarrollo del interés de Goethe por los Estados Unidos a partir de 1815, W. Mommsen, *op. cit.*, pp. 175-179, y Castle, *op. cit.*, pp. 184-185, 253-254, 406; sobre el carácter de América en el *Meister*, Mommsen, *op. cit.*, p. 275, y Viëtor, *op. cit.*, pp. 289-290, quien hace ver muy bien cómo el entusiasmo por América no supuso en Goethe ninguna *Europamüdigkeit*, sino que se ligó a su devoción por el Mundo Antiguo. Demasiado sumariamente afirma Riley, *art. cit.*, p. 364, que los Estados Unidos "came to mean to the older Goethe something of what Italy had meant to the younger man".

¹⁸⁶ Beutler, *op. cit.*, pp. 408-419. Estas visitas lisonjaban a Goethe como las de otros norteamericanos a Byron (véase *supra*, p. 318).

¹⁸⁷ "Es ist der Mühe wert in solch eine wachsende Welt hinein zu sehen" (citado en Riley, *art. cit.*, pp. 352-353).

¹⁸⁸ Conversación con Friedrich von Müller, 10 de mayo de 1819, en *Gespräche*, ed. cit., vol. II, p. 54; cf. conversación con Boisserée, 2 de agosto de 1815, *ibid.*, vol. I, p. 798 (y, en son de broma, conversación con Müller, 13 de julio de 1818, *ibid.*, vol. II, p. 6). Otros suspiros recoge Eckermann el 15 de febrero de 1824 (*Gespräche mit Goethe*, ed. cit., p. 84).

¹⁸⁹ Beutler, *op. cit.*, pp. 418-419.

¹⁹⁰ ["Hay allí un zumbido como un enjambre; todos construyen, todos llevan dentro."]

Y Baucis:

*Tags umsonst die Knechte lärmten,
Hack und Schaufel, Schlag um Schlag.*¹⁹¹

Y su Filemón:

*Kluger Herren kühne Knechte
gruben Gräben, dämmten ein.*¹⁹²

Goethe a Bernardo:

*Geregelt wird der Flüsse Lauf
durch kaum bewohntes Land.*¹⁹³

Y la ancianita atónita:

*Wo die Flämmchen nächtig schwärmten,
stand ein Damm den andern Tag...
Meerab flossen Feuergluten,
morgens war es ein Kanal.*¹⁹⁴

El *Wanderer* arrojado un día por la tempestad sobre las "dunas", encuentra ahora allí un jardín. "Als Garten blühts im Sand" en la América de donde vuelve el príncipe.

Y finalmente, a su ímpetu por incorporarse idealmente a los Estados Unidos:

*Er fühlt des edlen Landes Glück,
ihm eignet er sich an.*¹⁹⁵

responde la impaciencia de Fausto por ver una oleada de gentes ocupando la nueva y espléndida tierra arrebatada por él a las olas, y viviendo allí en plena libertad: libertad que no es un don del cielo, sino que se debe ganar, como la vida, con el trabajo de cada día. El canto masónico para el príncipe Bernardo termina con dos solemnes acordes sobre el mismo tema:

*Die Erde wird durch Liebe frei,
durch Taten wird sie gross.*¹⁹⁶

¹⁹¹ ["Los siervos se afanaban en vano durante el día con azada y pala, golpe tras golpe."]

¹⁹² ["Audaces siervos de señores perspicaces cavaron fosas, levantaron diques."]

¹⁹³ ["Se regula el curso de los ríos a través de una tierra casi deshabitada."]

¹⁹⁴ ["Ahí donde por la noche pululaban las llamas, se alzaba un dique al otro día...; las chispas de fuego corrían hacia el mar, y a la mañana siguiente era un canal."]

¹⁹⁵ ["Siente la dicha de la noble tierra, se entrega a ella."]

¹⁹⁶ ["La tierra se hace libre por el amor, y grande por las obras."] Otras comparaciones serían posibles, especialmente con las palabras de Fausto que exhorta al trabajo (*sic* en Urzidil, *op. cit.*, pp. 10-11), pero tal vez un poco *spitzfindig*. Recordemos solamente que la última obra de Fausto es un canal, un foso (*Graben*): y Bernardo se interesó particularmente por la vasta red de canales de los Estados Unidos (Beutler, *op. cit.*, p. 427). Su libro se publicó en 1828 en Weimar, y ese mismo año, en inglés, en Filadelfia (Doll, *art. cit.*, p. 515; Castle, *op. cit.*, pp. 207-208, 253). Todavía en 1830, Goethe le recordaba a un norteamericano el "enthusiastic attachment to America" del duque Bernardo (conversación con J. Burton Harrison, 25 de marzo de 1830, en *Gespräche*, ed. cit., vol. II, p. 681), no obstante ciertas desagradables experiencias que tuvo, y de las cuales se complace en dar cuenta la maligna Mrs. Trollope (*Domestic manners*, *op. cit.*, xxviii).

9. LENAU: LA TIERRA PROMETIDA SE CONVIERTE EN LA TIERRA MALDITA

No muy diversa de la de Goethe era la imagen que en esos mismos años se había formado Nikolas Lenau de América, de los Estados Unidos de América. Pero, más que con los poetas y los filósofos de su siglo, Lenau se vincula con los viajeros y naturalistas del siglo anterior, porque quiso ver personalmente el mundo americano, y volvió de él lleno de náusea y de angustia.

Presa siempre de un inquieto tormento, pero intensamente sincero en cada una de sus pasiones sucesivas, Lenau puede pasar por uno de los más convencidos apologistas o por uno de los más intransigentes denigradores de América, según que se lo considere antes o después de su llegada a los Estados Unidos. Temperamento esencialmente acético, reúne en sí los polos extremos de la polémica. No aporta a ella nuevos elementos de juicio; por el contrario, en sus palabras resuenan siempre los motivos del siglo XVIII. Pero, al revivirla sentimentalmente en el breve lapso de unos cuantos meses, demuestra una vez más que los entusiastas y los despreciadores se encuentran en el mismo plano científico; o, mejor dicho, no se encuentran en ningún plano científico, sino en ese otro plano, más alto o más bajo según se quiera, más candente o más celeste, en que el amor y la antipatía, el fastidio y el anhelo se enfrentan, se transcoloran y se convierten el uno en el otro.

Desilusionado y entristecido por la represión de los movimientos de libertad de 1830, y en particular por el rudo sofocamiento de la rebelión polaca (septiembre de 1831), Lenau vuelve idealmente las espaldas a la Europa de Metternich y del zar Nicolás. La idea de la transmigración a otro mundo se apodera repentinamente de él,¹⁹⁷ y en torno a ella "crystalizan" todos sus sueños. América es una llama divina, es la Libertad, la playa florida a la que no llegan los tiranos; es la patria, la verdadera patria del poeta:

*Du neue Welt, du freie Welt,
an deren blüthenreichem Strand
die Flut der Tyrannie zerschellt,
ich grüsse dich, mein Vaterland!*¹⁹⁸

El viaje será cómodo y seguro. Y luego, en América, tierra de la abundancia, no hay ni ladrones ni mendigos, y las bestias feroces son allí menos terribles que los perros hidrófobos en Europa. En el Mundo Nuevo serán escuchados todos sus deseos. No oír hablar nunca más de esa "condenada política", de esa "verdaderamente asquerosa política que se hace entre nosotros". Aprenderá en la escuela de las selvas vírgenes más que cuanto pueda enseñarle el sabio naturalista Schubert. Pero, sobre

¹⁹⁷ Una carta del 17 de febrero de 1832 habla de proyectos literarios para el verano (ed. Eduard Castle, Leipzig, 1910-1923, vol. III, p. 139); la siguiente, del 11 (?) de marzo de 1832, nos lo revela como decidido y entusiasta emigrante, impaciente por conocer "die amerikanischen Affen" y las márgenes boscosas del Missouri (*ibid.*, vol. III, p. 141). En cambio, según V. Errante (*Lenau*, Messina-Milano, 1935, p. 52), el propósito fue concebido ya en Viena (1824-30).

¹⁹⁸ *Abschied, Lied eines Auswandernden*, ed. cit., vol. I, pp. 121-122: ["Oh mundo nuevo, oh mundo libre, en cuya florida playa se estrella la marea de la tiranía. ¡Te saludo, patria mía!"]

todo, un nuevo mundo poético le abrirá las puertas de sus tesoros. Cinco años serán apenas bastantes para agotar esa "enorme provisión" de bellezas naturales. Su canto vive y palpita con la Naturaleza, "y en América la Naturaleza es más bella, más poderosa que en Europa"; su poesía se renovará y se levantará a nuevas alturas. Necesita a América para su formación: "Ich brauche Amerika zu meiner Ausbildung". Las fuerzas ocultas y semiconscientes de su espíritu serán despertadas y sacudidas por la gran voz tonante del Niágara: "¡qué hermoso es el simple nombre Niágara! ¡Niágara, Niágara!"¹⁹⁹

Y no sólo sus recursos líricos; también los económicos tendrán en el continente americano un notable beneficio: comprará mil yugadas de tierra, pondrá en ellas como arrendatario a ese excelente hombre que es su criado Philipp; como administrador, a cierto Ludwig Häberle, otro honradísimo y capacísimo emigrante que en su patria la hacía de carpintero; el contrato, naturalmente, será homologado por el Tribunal. Todo está ya previsto: "en tres o cuatro años el valor de mi hacienda se habrá sextuplicado, cuando menos" —no es cosa de risa, las cuentas son muy exactas—, y podrá entonces, sin hacer nada, vivir de sus rentas en Austria...²⁰⁰ ¿No parecen los cálculos de Perrette con su vasija de leche en la cabeza?... "Chacun songe en veillant; il n'est rien de plus doux".

En vano sus amigos, sus parientes, su misma queridísima hermana se esfuerzan en disuadirlo. En vano el gobierno desenmascara públicamente al empresario de la expedición a que se ha unido el poeta; en vano su fiel Kerner lo pone en guardia contra las seducciones de ese mismo empresario, un diablo peludo con una enorme barba "de cola prensil" y una inmensa barriga como bolsa arrugada. ¡Salvemos a Lenau —escribía a Mayer— "de la cola prensil de este fantasma americano!"²⁰¹ También aquel ingenioso amigo de Stuttgart que le canturrea al oído: "*Missouri, Missouri, ubi vos estis pecuniam perdituri*",²⁰² se afana inútilmente. La

¹⁹⁹ Cartas del 13 y del 16 de marzo de 1832, ed. cit., vol. III, pp. 142 y 145-146. Lenau había leído apenas el libro de Gottfried Duden, *Bericht über eine Reise nach den westlichen Staaten Nordamerikas*, Elberfeld, 1829 (*ibid.*, vol. VI, p. 226). Duden había "romantically described" la región del Missouri "as a wilderness paradise", convirtiéndola así en un centro de atracción para los emigrantes alemanes (H. Wish, *Society and thought in early America*, op. cit., pp. 326-327). Niebuhr se apresuraba a recomendar cálidamente el libro de Duden, sobre todo por lo que decía "über die Deutschen dort, und über die schlimmen Folgen des Beharrens in einer barbarischen Absonderung von der englischen Bildung" (carta del 14 de junio de 1829, en *Lebensnachrichten über Berthold Georg Niebuhr*, Hamburg, 1838, vol. III, p. 235). También Kürnberger (op. cit., p. 319) recuerda "Dudens Missouri und ähnliche Phantasiewerke über Amerika". Pero en 1837, Duden, arrepentido, publicó una *Selbstanklage wegen seines amerikanischen Reiseberichtes zur Warnung vor fernem leichtsinnigen Auswandern* (Castle, op. cit., pp. 209-210, 408).

²⁰⁰ Carta del 27 de julio de 1832 (desde Amsterdam, o sea ya de viaje), ed. cit., vol. III, pp. 184-185. El contrato puede leerse *ibid.*, vol. III, pp. 204-207. Sobre las amargas calamidades sucesivas de las tierras americanas de Lenau, véase Errante, op. cit., p. 118; ed. cit., vol. IV, p. 271; vol. V, pp. 73, 329, 389-390, 395, 425-426. Sobre las alegrías del regreso, que él calculaba entonces casi inmediato, cf. también varias cartas de la ed. Castle, vol. III, pp. 146, 151-152, 169-170, 191-192, etc.

²⁰¹ *Werke*, ed. cit., vol. III, pp. 143-144: "...aus dem Wickelschwanz dieses amerikanischen Gespenstes".

²⁰² (C. Schaeffer), en la ed. de Leipzig, Bibliographisches Institut, vol. I, pp. xxxvi, xlii: ["Missouri... donde perderéis vuestro dinero"]; cf. ed. Castle, vol. III, pp. 148, 153, y Errante, op. cit., pp. 53-55. Pocos años después (1848), un norteamericano aludirá a "Missouri, or 'Misery', as disappointed emigrants call 'The State'" (J. L. Peyton,

sociedad va de mal en peor. Su pasaporte está vencido. No importa. Después de dar a la imprenta su primera colección de poesías, como un último saludo al pasado y a Europa, Lenau zarpa hacia el porvenir, hacia el Nuevo Mundo. Se embarca en Holanda, y, no bien contempla el mar abierto, a lo lejos, desde las bocas mismas del Zuidersee, se siente persuadido de que se enamorará perdidamente de él; más aún, ya siente en sí un nuevo sople lírico.²⁰³

Baltimore, 8 de octubre de 1832 (desde hacía poco más de un año había buscado refugio aquí otro rebelde, Edgar Allan Poe: las trágicas trayectorias terrestres de los dos poetas se rozan sin tocarse). Vista desde el Nuevo Mundo. Se embarca en Holanda, y, no bien contempla el mar, bastan para chocar e irritar al joven alemán. Le ofrecen sidra, pero la sidra no le gusta: *cider* —ironiza— hace rima con *leider* ("por desgracia"). Vino no tienen, y tampoco tienen ruiseñores. Sobre este tema, de puro sabor dieciochesco,²⁰⁴ Lenau borda inmediatamente un lamento acerca de la infeliz naturaleza americana. Tiene razón el ruiseñor de no frecuentar a estos desdichados que no piensan más que en las ganancias. Hay un profundo significado en ese silencio. Es una especie de "maldición poética" (*ein poetischer Fluch*, tres veces repetido) que se abate sobre América. Haría falta la voz del Niágara para despertar a esta gente embrutecida, para recordarle que hay otros dioses fuera de los que se acunaban en la casa de moneda. Basta verlos una sola vez en la fonda para odiarlos por siempre. ¡Pronto, a ver el Niágara, y a regresar a casa en la primera ocasión!²⁰⁵ El espejismo de América, desvanecido tan pronto como el poeta ha tocado sus costas llenas de comerciantes, se reforma y se proyecta más lejos, en el iridiscente polvillo de agua que sube de las fragorosas cataratas. ¿Se dejará aferrar por el Niágara undoso?

No: pasa el invierno, los reumatismos atenacean a Lenau —ya enfermo de gota y de escorbuto, y descalabrado además por una caída del trineo—, y cada vez crece más su aversión hacia el ambiente y hacia los habitantes: rudo es el clima, rudos los hombres, y de una rudeza no alitativa y poderosa como la de los primitivos, sino muelle, mansa y por lo tanto doblemente repugnante.

Buffon tiene razón cuando dice que en América hombres y animales decaen de generación en generación. Yo no he visto aquí hasta ahora un perro valeroso, un caballo fogoso, un hombre lleno de pasión. La naturaleza es terriblemente lánguida [*matt*]. No hay ruiseñores; peor aún, no hay verdaderos pájaros canoros.

Over the Alleghanies, London, 1870, *apud* W. S. Tryon, *A mirror for Americans*, *op. cit.*, p. 596). Una idea de las hipérbolas con que se ponderaban las tierras vírgenes americanas se puede tener en la novela de F. Kürnberger, inspirada, según se dice, en la aventura americana de Lenau; en particular "die Üppigkeit des untern Missouri spottet allem Glauben" (*Der Amerikamüde*, *op. cit.*, p. 70).

²⁰³ Carta del 1º de agosto de 1832, ed. cit., vol. III, p. 187; y a la llegada: "das Meer ist mir zu Herze gegangen" (carta del 16 de octubre de 1832, *ibid.*, vol. III, p. 190).

²⁰⁴ Véase *supra*, pp. 146 ss.

²⁰⁵ Carta del 16 de octubre de 1832, ed. cit., vol. III, pp. 192-194. Y algunos meses después, ratificando la primera sentencia, escribe: "Die Bildung der Amerikaner ist eine merkantile, eine technische. Hier entfaltet sich der praktische Mensch in seiner furchtbarsten Nüchternheit" (cartas del 6 y del 8 de marzo de 1833; ed. cit., vol. III, p. 201, vol. VI, p. 7).

Y no los hay porque la Naturaleza no está nunca en América ni tan alegre ni tan triste que deba cantar. No tiene sentimientos, no tiene imaginación, y por consiguiente no puede dárselos a sus creaturas. Las líneas de los montes, las ondulaciones de los valles, todo es aquí monótono y privado de fantasía. Las mujeres norteamericanas no tienen ningún atractivo. Los hombres les hacen toda clase de reverencias y cortesías, pero también ciertos montañeses alemanes veneran a los cretinos. Y cuando cantan en sociedad —¡horror!—, esas señoras son peores que los pájaros: los sonidos que emiten parecen los que se obtienen estregando con un dedo mojado el borde de un vaso, —algo sencillamente espantoso, porque en cada nota resuena el terrible vacío de su espíritu.²⁰⁶

También los hombres de tronco europeo se encuentran en América reblandecidos, sin médula. Los alemanes que han vivido aquí algunos años han perdido toda energía, han perdido hasta el ardor de la nostalgia. La emigración hacia América es el fruto más amargo de la triste situación de Alemania. Lenau, en una espontánea y hermosísima reacción del sentimiento, teme perder también él la memoria y la añoranza de la patria. Hay que regresar, y lo antes posible.

En esta vasta piscina nebulosa [*Nebelbad*] que es América, se le cortan silenciosamente las venas al amor, y él se va desangrando poco a poco, sin darse cuenta. En verdad, no sé por qué tuve siempre tantas ganas de ver a América.²⁰⁷

El ciclo está completo: de "tierra prometida" que era, América cae de cabeza hasta ser la "tierra maldita". "Aquí hay aires traidores, muerte alevosa."²⁰⁸ Todo es incómodo y desagradable, los caminos, las camas, las escribanías, las plumas, la tinta: todo.²⁰⁹ Los radiosos Estados Unidos de la víspera se convierten, al regreso, en los "Estados Emporcados de

²⁰⁶ Cartas del 6 y del 8 de marzo de 1833, ed. cit., vol. III, pp. 200-201; vol. VI, pp. 6-7: "dass hier Menschen und Tiere von Geschlecht zu Geschlecht weiter herabkommen ist *manchem* Naturforscher bereits aufgefallen. Es ist buchstäblich wahr!" (el subrayado es mío). Pero, recordémoslo una vez más, Buffon no extiende al hombre su teoría de la degeneración. Sin embargo, todavía en la mencionada novela de Kürnberger, la degeneración de los europeos en América se considera como una verdad proverbial ("und da leugne noch einer die transatlantische Entartung der Rassen!", *op. cit.*, p. 385), aunque alguna vez se la ironiza (*ibid.*, p. 200) o se la extiende de los Estados Unidos a todo el mundo tropical (*ibid.*, pp. 260, 394, 414).

²⁰⁷ Cartas del 5 y del 8 de marzo de 1833, ed. cit., vol. III, pp. 196-197; vol. VI, pp. 7-8. Cf. también la carta del 6 de marzo de 1833, *ibid.*, vol. III, p. 203; y Chateaubriand: "Une conversion s'opéra dans mon esprit...; j'interrompis brusquement ma course, et je me dis: «Retourne en France»" (*Mémoires d'Outre-Tombe*, ed. cit., vol. I, p. 340); y también el conmovido relato de Kurt (en el *Vierundzwanzigste Februar* de Zacharias Werner), que dice cómo en la salvaje América escucha el llamado de los lagos suizos, de las cascadas, de los glaciares, de las campánulas alpinas, como un coro a varias voces que lo invita a regresar a la patria: "Komm! Komm!" (ed. Reclam, pp. 31-32). El *locus classicus* de este ansioso terror es naturalmente la *Odisea*, libro IX, donde Ulises encadena a sus dos llorosos compañeros y huye lejos de los Lotófagos para evitar que otros muerdan el dulce loto "y la patria se les caiga del corazón".

²⁰⁸ Carta del 5 de marzo de 1833, ed. cit., vol. III, p. 197: "Hier sind tückische Lüfte, schleichender Tod". Cf. "trauriger Boden" en la carta del 8 de marzo de 1833 (*ibid.*, vol. VI, p. 8), y las visiones depauwianas de Moorfeld-Lenau en Kürnberger: "aus allen Flusstälern, aus allen Niederungen, Sümpfen und Neubrücken ringt sich das Fieber los" (*op. cit.*, pp. 398, 405, 408).

²⁰⁹ Carta del 6 de marzo de 1833, ed. cit., vol. III, p. 203.

América" ("verschweinte, nicht vereinte amerikanische Staaten").²¹⁰ La patria de la libertad no es ya ni siquiera una patria: al americano no le interesa más que el dinero. "Aquello que nosotros llamamos patria, aquí es simplemente un seguro sobre el patrimonio."²¹¹ América es toda un engaño, "una tierra de engaño soñador".²¹² Es la verdadera tierra del crepúsculo de todas las cosas (*Untergang*), el Occidente de la humanidad. El Atlántico le sirve de cinturón aislante para impedir que lleguen a ella el espíritu y toda forma superior de vida.²¹³ La condena es total: la naturaleza y la sociedad, el ambiente y los hombres le repugnan con igual violencia al desilusionado "peregrino de amor".

En los poemas líricos inspirados por América reaparecen, menos explícitos —pero no menos seguros para nuestro oído, ya no sólo ejercitado, sino fastidiado—, los temas buffonianos. En la floresta primigenia, un aura de muerte envuelve y oprime a la vida; después de una lucha de milenios, la muerte ha vencido y los troncos putrefactos son como dedos esqueléticos que sofocan todo retoño vital; ni el murmurar o el verdear de las hojas ni el alegre canto de los pájaros animan ya la selva, símbolo sepulcral que todo lo sume en el arcano silencio y en las tinieblas.²¹⁴

La ausencia de los trinos y de los gorjeos, sobre todo, llena de melancolía al músico Lenau; o, mejor, expresa en una sencillísima metáfora toda su melancolía y todo su desaliento. Los pájaros son sus cantos mismos: "pues también se han ido los pájaros, mis canciones".²¹⁵ Lenau, que sin embargo se divertía en capturar pájaros vivos,²¹⁶ en poesía los adora, los exalta, los alegoriza y los transfigura como su hermano espiritual, el gran Leopardi: "el ruiseñor es una criatura profunda, un misterio cantante".²¹⁷ Es el emblema viviente de la divina libertad. La tierra se está muriendo de frío; sus extremidades, los polos, están ya heladas, y el ruiseñor ha abandonado los rosales de Irlanda. Su canto es el lamento por la patria perdida y el profético anuncio de la muerte que se avecina: "¡Oh

²¹⁰ Palabras dichas a Kerner: véase la ed. del Bibliogr. Institut, vol. I, p. xlii.

²¹¹ Y ni siquiera un buen seguro: ese "idiota" del presidente Jackson, con su lucha contra las *Spezialbanken*, arruinará el crédito y hará que se desencadene una crisis terrible (cartas del 6 y 8 de marzo de 1833, ed. cit., vol. III, p. 202; vol. VI, p. 7), —lo cual parece una extraña deformación de la batalla que Jackson emprendía a la sazón contra el (segundo) United States Bank y en apoyo de los bancos separados de cada uno de los estados. En todo caso, la crisis se desató, y bastante dura, en 1837.

²¹² *Der Urwald*, ed. cit., vol. I, p. 268: "ein Land voll träumerischen Trug".

²¹³ Cartas del 5 y del 8 de marzo de 1833, ed. cit., vol. III, p. 199; vol. VI, p. 6. A Errante, que no conoce los precedentes históricos del extremo antiamericanismo de Lenau, esto le parece "lancinante nevrazenia", angustia freudiana y síntoma de la futura demencia (*op. cit.*, pp. 112-116).

²¹⁴ *Der Urwald*, ed. cit., vol. I, pp. 268-270; vol. VI, pp. 329-330.

²¹⁵ *Ibid.*: "sind auch die Vögel, meine Lieder, fort". Cf. también los cantos de sus amigos Uhland, Kerner, etc. "wie schöne Vögel" en la selva virgen (carta del 13 de marzo de 1832, ed. cit., vol. III, p. 143). Y el ruego de que, si hay algo insípido (*abgeschmakt*) en sus versos americanos, se atribuya al clima de América (*ibid.*, vol. III, p. 199).

²¹⁶ Ed. del Bibliogr. Institut, vol. I, p. 241, nota a *Das Lied vom armen Finken*, escrito en 1834 o 1836; véase también la carta del 2 de abril de 1844, ed. Castle, vol. V, p. 167.

²¹⁷ Carta del 6 de junio de 1838, ed. cit., vol. IV, p. 288: "die Nachtigall ist ein profundes Geschöpf, ein singendes Mysterium". Para Leopardi, cf. por ejemplo el *Elogio degli uccelli*, hacia el final (su mayor perfección sobre todos los demás seres vivos).

destino de la Libertad, cuánto te pareces a la suerte del ruiseñor!"²¹⁸ *Kein Vogelsang* ("ningún canto de aves") es la primera pincelada con que Lenau pinta un valle desolado.²¹⁹ Y en la selva americana, literalmente, ni un pájaro cantaba, *kein Vogel sang*.²²⁰

En vísperas de su partida, el poeta entonaba un idilio sobre el canto de alondras y ruiseñores;²²¹ y, al oír el canto de un ruiseñor en su jaula, se despertaba en él el anhelo de vagar cada vez más lejos por el mundo.²²² A su regreso, después del largo viaje, ¿cómo se le muestra la patria? Primero con sus árboles, "como reverdecidos sueños de la juventud"; pero, en seguida, "amable y dulcemente doméstico, como nunca antes, sonó en mis oídos el canto de los pájaros".²²³ Así, pues, el mutismo de la selva americana no es tanto la causa, sino, en mucho mayor medida, el reflejo de su desilusión, de su repugnancia, del silencio espiritual que lo envuelve en el Nuevo Mundo, en ese mundo en que había soñado un fresco florecimiento de cantos y una fiesta de libres coros.

Los ecos de esta amargura los encontramos, mejor que en las poesías sobre el motivo tradicional del piel roja expulsado de sus tierras y lleno de noble resentimiento para con el blanco,²²⁴ en la impulsiva inversión del anhelo goetheano. ¡Feliz América —había dicho apenas Goethe—, que no tienes castillos derruidos ni inútiles recuerdos; y que la buena suerte te guarde de las historias de caballeros, de bandidos y de espectros! Desde las márgenes del Ohio, Lenau parece replicarle cantando *Die Heidelberger Ruine*.²²⁵ ¿Era ésta la nueva materia poética que había ido a buscar en América? Flores que retoñan sobre las antiguas ruinas, claro de luna sobre las casas pintadas de varios colores y, sobre los sucesos de los humanos, en lo alto, la fortaleza de otros tiempos,

.. die Ruine dort, der Zeit
steinern stilles Hohngelächter.²²⁶

²¹⁸ Carta del 16 de enero de 1832, ed. cit., vol. III, p. 134.

²¹⁹ *Die Marionetten* (1831-32), ed. cit., vol. I, p. 204; *Asyl*, *ibid.*, vol. I, p. 43, y *passim*.

²²⁰ *Der Urwald*, *ibid.*, vol. I, p. 268. Véase también Kürnberger, *op. cit.*, pp. 218 ("vogelsangloses Land"), 317, 343, 346 (pero dice que en Cuba hay ruiseñores flébilmente amorosos: *ibid.*, p. 258). ¿Hace falta una confirmación, y justamente de esos años, por parte de un observador objetivo? He aquí a Tocqueville en la selva americana: "Ici... la voix même des animaux ne se fait point entendre... tout est silencieux" (*Quinze jours dans le désert*, 1831, en *Voyages*, ed. cit., p. 370).

²²¹ *Reise-Empfindung* (1832), ed. cit., vol. I, pp. 5-6; cf. también *Frühlings Tod* (1832), *ibid.*, vol. I, p. 48; *Warnung und Wunsch* (1832-33), *ibid.*, vol. I, p. 137, etc.

²²² Carta del 16 de marzo de 1832, ed. cit., vol. II, p. 145; en el Rin ya lo aflige la falta absoluta de aves acuáticas (carta del 2 de julio de 1832, ed. cit., vol. III, pp. 173-174).

²²³ *Wandel der Sehnsucht* (1833), ed. cit., vol. I, p. 22. Es sintomático que en las poesías y cartas de los años subsiguientes al regreso, las alusiones a América sean raras y insignificantes (cf. por ejemplo ed. cit., vol. IV, p. 136; vol. V, pp. 73, 178, 349). El Nuevo Mundo está "réfoulé".

²²⁴ Por ejemplo, *Der Indianerzug*, *Die drei Indianer*, ed. cit., vol. I, pp. 108-113; igual juicio negativo en Walzel, *op. cit.*, p. 358, y en Errante, *op. cit.*, p. 144.

²²⁵ Ed. cit., vol. I, pp. 98-101 (cf. vol. III, p. 62; vol. V, p. 188). Véase también el célebre poema *Der Postillon* (*ibid.*, vol. I, pp. 105-107), escrito asimismo en América, y en el cual la nostalgia del paisaje de Suabia, con cementerio y todo, reaviva su poesía (Errante, *op. cit.*, p. 146). Es típico de Lenau, por lo demás, el componer sus poesías líricas lejos de los lugares que representan (*ibid.*, pp. 71-72, 335; ed. Castle, vol. VI, p. 232).

²²⁶ ["Allí la ruina, sonrisa sarcástica del tiempo, con su silencio de piedra."]

Cuando he aquí que sobre esa risa burlona se alza, vencíendola, un dulcísimo lamento, que convoca en falanges a las almas de los que han muerto: es el ruiseñor, la prodigiosa Filomela, a cuyas notas regresan las sombras a los lugares en que por tan breve tiempo fueron felices, y, privadas de voz, vuelcan en el canto del pajarillo todo su inexpresable amor a esa tierra. ¿No está claro? ¿No es el mismo Lenau que confía a la voz de la poesía su carga de nostalgias? Desde Lisbon sobre el Ohio hasta Heidelberg sobre el Neckar, ¿hay acaso menor distancia que de los muertos a los vivos?²²⁷

En la pureza de este anhelo hacia el Viejo Mundo, los poemas americanos de Lenau llegan a su tono más alto. Él mismo nos lo explica. En el desierto americano, sin amigos, sin naturaleza (!), sin alegrías, ha tenido que concentrarse en sí mismo y formar saludables propósitos para el futuro: "realmente se puede recomendar mucho a América como escuela de privación".²²⁸ Hay un acento de remordimiento más aún que de arrepentimiento:

*Als treulos ich das teure Land verliess,
wo mir, wie nirgend sonst, die Freude blühte,*²²⁹

y a veces casi un pique, un desafío. Nikolas Lenau, que en la selva virgen, "calzando immaculadas zapatillas de charol", empuña la segur con las manos metidas en guantes de piel blanca,²³⁰ no es una viñeta grotesca, sino un símbolo amargo de intransigente repulsa. Las imágenes líricas que lo asedian no son menos incompatibles con la realidad americana. En el corazón de los bosques, habiéndose quedado solo para velar en un *Blockhaus*, el poeta, después de beber otra botella de vino del Rin, se pone a leer en voz alta la romántica balada de su amigo Uhland, *Held Harald*. Los acentos de la fábula evocan el leve e irresistible enjambre de los elfos, y los compañeros del héroe se pierden todos tras las hadas. Fuera, estalla un furioso temporal, y en la selva—"die hohen Wälder der Republik", donde continúa el "wilder Wald" de Haroldo— los árboles arrancados de cuajo por el huracán gimen irritados con la voz de los vendidos defensores de la libertad alemana.²³¹ Cuanto más se adentra Lenau en América y en la naturaleza, tanto más se abraza en comunión estrecha con la histórica Europa.

Sin embargo, tampoco en esta comunión encontraba su paz. Ese poema se escribió algunos años después del regreso. Otro cambio de humor lo hacía volver muy cerca del espíritu de los días anteriores a la partida.

²²⁷ Errante, en cambio, considera postiza y falsa toda la parte del ruiseñor y de su "canto molesto" (*op. cit.*, p. 145). Pero aquí el ruiseñor es precisamente la poesía que comprende al pasado y lo hace revivir; en plena antítesis con el augurio goetheano, Lenau lo invita a cantar sobre la ruina feudal: "wohl verstehst du die Ruine".

²²⁸ Cartas del 5 y del 8 de marzo de 1833, ed. cit., vol. III, p. 197; vol. VI, p. 6: "als Schule der Entbehrung ist Amerika wirklich sehr zu empfehlen".

²²⁹ *Die Rose der Erinnerung*, ed. cit., vol. I, pp. 107-108: ["Abandoné, infiel, la cara tierra donde floreció para mí la alegría como en ningún otro sitio"].

²³⁰ Véase Errante, *op. cit.*, p. 111.

²³¹ *Das Blockhaus*, ed. cit., vol. I, pp. 273-275. Ya antes de su partida, Lenau se proponía declamar los poemas de sus amigos en las selvas americanas (ed. cit., vol. III, pp. 143, 146-147).

Y al *Blockhaus* añadía, a lápiz, un epígrafe en que resuena un eco del epigrama goetheano:

*Mag poetischer sein Europa's Kettengeklirre,
aber tröstlicher ist Amerika's Thalergeschwirre.*²³²

Lo añadía, y luego, titubeante, lo tachaba. No sabía resignarse, poeta incurable, a renunciar a sus espejismos, y no podía menos que destruirlos con sus manos.²³³

10. LEOPARDI: LA DECADENCIA, DE AMERICANA, SE HACE UNIVERSAL

Si en Lenau la polémica americana entra para calentar con reminiscencias y toques encendidos de color su tragedia personal, y al hacerse así más intensa se reduce en sus términos hasta casi desvanecerse, en Leopardi se disuelve en un problema más vasto y diversamente angustioso: el de la relación ideal entre vida civilizada y vida salvaje, que implica un juicio sobre el progreso y toda la historia del género humano.

Leopardi conoció ciertamente los argumentos de los denigradores del Nuevo Mundo: leyó la *Historia de América* de Robertson, las "tan famosas" *Lettere americane* de Carli, varios escritos de Buffon, de Raynal y de Ulloa. No carecía de curiosidad por las antiguas civilizaciones americanas (conoció la peruana sobre todo en Pedro Cieza de León, el Inca Garcilaso y Algarotti, y la mexicana en Solís),²³⁴ ni por las características psíquicas y somáticas de los habitantes del Nuevo Mundo: comenta, en efecto, su ocio y su indolencia, sus cabezas deformadas y uniformadas desde la infancia, la falta de barba y la alta estatura, en particular de los jefes pieles rojas y de los americanos de los estados del Oeste en comparación con los del Este.²³⁵ Y no podía serle desconocida o indiferente, a

²³² Ed. cit., vol. VI, p. 334: ["Será más poético el resonar de cadenas de Europa, pero es más consolador el tintinear de monedas de América."]

²³³ Otro gran liberal decepcionado de América, sin haber estado en su suelo, fue Heinrich Heine, que juzgaba monótona la vida y tiránica la democracia de los Estados Unidos (cf. Castle, *op. cit.*, pp. 408-409).

²³⁴ Para Robertson, véase G. Leopardi, *Opere*, ed. Gregoriana, p. 312; *Zibaldone*, ed. cit., vol. II, pp. 945, 951. Para Carli, *Opere*, ed. cit., p. 312; *Saggio sopra gli errori popolari degli antichi*, Firenze, 1859, pp. 190, 306. Para Ulloa, *Opere*, p. 312. Para Buffon y Raynal, *Zibaldone*, índice analítico, y, para el primero, *Saggio*, ed. cit., pp. 288 y 306, y *Pensieri*, LIV (*Opere*, p. 351) (pero sólo leyó, según parece, los pasajes reproducidos en una antología: cf. N. Serban, *Leopardi et la France*, Paris, 1913, p. 139). Para Cieza de León, *Opere*, p. 312, y *Zibaldone*, índice analítico. Para Garcilaso, Serban, *op. cit.*, pp. 91-94 y 470, y tal vez (*Historia de la Florida*) *Saggio*, ed. cit., p. 311. Para Algarotti, *Zibaldone*, vol. II, p. 792. Para Solís, *Zibaldone*, índice analítico.

²³⁵ Sobre el ocio habitual del "uomo silvestre" (¿eco de Robertson?), véase el *Elogio degli uccelli*, en *Opere*, ed. cit., p. 252. Sobre las cabezas, *Dialogo della Moda e della Morte*, loc. cit., p. 132; sobre la barba, *Zibaldone*, vol. II, p. 739; sobre los gigantes americanos, *Opere*, pp. 1152-1153 (en cuanto a la mayor estatura de los norteamericanos de los Estados occidentales, véase *supra*, p. 225). Leopardi sabe también "molto bene che in America non sono e non furono mai leoni" (*Zibaldone*, vol. II, p. 1098); y ha leído a Charlevoix (*Saggio*, ed. cit., p. 289; Serban, *op. cit.*, p. 463). De Pauw no figura en la biblioteca de Monaldo Leopardi, en la que hasta 1827 se alimentó la curiosidad y la doctrina de Giacomo: quizá porque esa rica colección de libros se formó casi íntegramente después de 1795 (Serban, *op. cit.*, pp. 16, 30 nota, 452), o sea en el período de eclipsis casi total de la fama de De Pauw.

él que con tanto arrobamiento exalta el canto de los pájaros, esa desdichada particularidad de la naturaleza americana que hace que en aquellas regiones las aves canten menos bien que en Europa.²³⁶ Finalmente, no ignoraba las teorías que explicaban cómo el clima iba mejorando con gran rapidez a causa del cultivo de los campos, el saneamiento de los terrenos y el establecimiento de centros habitados: "efecto que ha sido y sigue siendo notorio singularmente en América, donde, por así decir, dentro de un período abarcado por nuestra memoria, una civilización madura ha sucedido en parte a un estado bárbaro, y en parte a mera soledad".²³⁷ Pero América en sí misma, como mundo nuevo, como promesa o como caricatura de Europa, como esperanza del universo o presagio funesto de su ruina, no le interesaba en absoluto. Este continente, en verdad, no tenía para él mucha importancia intrínseca.

Del descubrimiento de esa "ignota immensa terra" —acontecimiento que Gómara y otros habían exaltado como el más importante de la historia universal después de la Encarnación— sólo sabe decirnos que ha empuerqueado el mundo, destruyendo todo un supramundo de hermosos sueños e imaginaciones —"sogni leggiadri", "belle immaginazioni"— y de ilusiones geográficas "sommamente poetiche", y de la presencia de América hace así una funesta amenaza para la poesía...²³⁸

Y de la empresa de Colón, que un Campanella, por ejemplo, había cantado como la inmensa conquista del Océano y el lanzamiento de un puente "fra due mondi a Cesare ed a Cristo", Leopardi hace decir al navegante mismo que, tenga o no buen éxito, habrá sido de algún provecho para él y para sus compañeros, si no por otra cosa, porque los habrá mantenido durante un poco tiempo libres del tedio —"liberi dalla noia"—, como si se tratara de un juego o frívolo pasatiempo cualquiera;²³⁹ palabras tan disonantes de cuanto se conoce sobre el carácter religioso y casi alucinado del genovés, que impulsaron a De Sanctis a hacer aquel sarcás-

²³⁶ "Dicono alcuni... che la voce degli uccelli è più gentile e più dolce, e il canto più modulato, nelle parti nostre, che in quelle dove gli uomini sono selvaggi e rozzi" (*Elogio degli uccelli, loc. cit.*, p. 249). En "alcuni" es identificado "l'ascoltatissimo Buffon" por G. Reichenbach, *Studi sulle Operette morali di Giacomo Leopardi*, Firenze, 1934, p. 121.

²³⁷ *Pensieri*, xxxix (post 1832: ed. Gregoriana, p. 342): "... il quale effetto è stato ed è palese singolarmente in America, dove, per così dire, a memoria nostra, una civiltà matura è succeduta parte a uno stato barbaro, e parte a mera solitudine". Cf. *supra*, p. 83.

²³⁸ *Ad Angelo Mai* (1820) y las notas relativas. Cf. F. Montefredini, *La vita e le opere di Giacomo Leopardi*, Milano, 1881, pp. 417-419. Esta posición acaba por concordar con la de la impenetrabilidad intrínseca de las Américas (cf. *supra*, pp. 323-324, nota 114). Ya Sainte-Beuve indicaba su afinidad con una página juvenil de Chateaubriand en el *Essai sur les révolutions (Chateaubriand et son groupe littéraire sous l'empire)*, ed. M. Allem, Paris, 1948, vol. I, p. 103 nota). Pero más sorprendente es la coincidencia del lamento leopardiano por la desaparición de los mitos ("Nostri sogni leggiadri ove son giti / dell'ignoto ricetta d'ignoti abitatori...?", etc., y en el canto *Alla Primavera delle Favole antiche*, 1822: "Già di candide ninfe i rivi albergo, / placido albergo e specchio furo i liquidi fonti...": Diana baja a lavarse allí, y hay agrestes Panes, etc.) con la acusación de Poe a la ciencia en un soneto de 1829-30: "Hast thou not dragged Diana from her car? / and driven the Hamadryad from the wood?... Hast thou not torn the Naiad from her flood, / the Elfin from the green grass...?", etc. (*Works*, ed. cit., vol. V, p. 62). Cf. también *infra*, p. 479, nota 271.

²³⁹ *Dialogo di C. Colombo e di P. Gutierrez*, ed. cit., pp. 245-246. Sobre el entusiasmo general —de Bembo, Guicciardini, Ramusio, Tasso, Botero, etc. (además del que manifiesta Campanella)—, véase Romeo, *op. cit.*, pp. 125-126.

tico comentario: "No es Colón, es Leopardi quien discurre así, y Leopardi no hubiera descubierto a América."²⁴⁰

Y de hecho, lejos de detenerse en América, la mirada de Leopardi revolotea ligeramente sobre las peculiaridades de este continente, demorándose en cambio en la idea del infeliz destino de toda la humanidad, destino en el cual las deficiencias y las debilidades propias de América quedan como reabsorbidas y pierden por lo tanto todo relieve específico. También la fundamental tesis depauwiana de la corrupción o degeneración de los salvajes es acogida sustancialmente por Leopardi, pero el poeta la extiende a todas las naciones del globo, de tal manera que América, en definitiva, queda liberada de aquella particular maldición suya. Y si el poeta no exime de su sarcasmo a la república norteamericana:

... l'altra riva
dell'Atlantico mar, fresca nutrice
di pura civiltà,²⁴¹

no hay razón para ver aquí sino un ejemplo particular de aquella genérica irrisión de las "magnifiche sorti e progressive" del mundo entero, a que Leopardi daba desahogo sobre la árida espalda del volcán exterminador, prueba tonante y fulminante de la miserable fragilidad y de las necias pretensiones del género humano.²⁴²

Ya en el *Dialogo tra due bestie* (1820) había imaginado extinguida del todo la raza humana, que por haberse alejado del estado natural ha perdido la nativa felicidad, decayendo no sólo en lo moral, sino también en lo físico: "hasta los hombres se habían mudado bastante... , porque en el principio eran mucho más fuertes y grandes y corpulentos y de más larga vida que después, cuando a fuerza de vicios se debilitaron y se achicaron", tal como se debilitaron y bastardearon las razas animales por ellos domesticadas.²⁴³ Esta tesis nos hace pensar en aquellos teólogos del siglo XVII que entre las consecuencias del pecado original habían puesto de relieve la decadencia física y la reducida longevidad del hombre,²⁴⁴ y trasladada a Leopardi —o lo mantiene, mejor dicho— muy cerca de esos rigurosos pesimistas, negadores de todo progreso y doctoralmente desespera-

²⁴⁰ F. De Sanctis, *Giacomo Leopardi*, ed. W. Binni, Bari, 1953, pp. 301-302: "Non è Colombo, è Leopardi che discorre così, e Leopardi non avrebbe scoperto l'America". Muy distinto es el juicio de Reichenbach, *op. cit.*, pp. 112-115, y el de L. Giusso, *Leopardi e le sue due ideologie*, Firenze, 1935, pp. 17, 19, 222, quien en el Colón leopardiano, temerario navegante con tal de huir del tedio, percibe incluso un héroe romántico y faustiano.

²⁴¹ ["... la otra ribera del Atlántico, fresca nodriza de pura civilización"].

²⁴² *Palinodia* (ca. 1834); y *La ginestra* (1836). Por otra parte, al fundador de la república norteamericana, George Washington, Leopardi rinde el homenaje singular de ponerlo al lado de Timoleón de Corinto y un poco por encima de Andrea Doria, como héroe no ávido de poder (*Paralipomeni*, III, en *Opere*, ed. cit., pp. 539-540): cf. S. Cassarà, *La politica di Giacomo Leopardi nei Paralipomeni della Batracomiomachia*, Palermo, 1886, pp. 415-418.

²⁴³ *Opere*, ed. cit., pp. 1145-1150: "anche gli uomini s'erano mutati assai... , perché da principio erano molto più forti e grandi e corputi e di più lunga vita che dopo, che a forza di vizi s'indebolirono e impiccolirono". Cf. Zibaldone, ed. cit., vol. I, p. 1302 (1821), donde Leopardi recuerda que los antiguos Padres de la Iglesia, y San Pablo, y aun los filósofos paganos habían observado "una degenerazione e corruzione dell'uomo, conosciuta e predicata anche nelle antichissime mitologie".

²⁴⁴ Véase *supra*, p. 56.

dos por la irreparable pérdida de la Gracia. Pero este tema teológico se enlaza curiosamente con aquel otro, completamente racionalista y naturalista, de la degeneración de las especies animales domesticadas,²⁴⁵ y, de manera más general, con el motivo rousseauniano del nefasto influjo de la civilización. "Hace cuarenta o cincuenta años —dice Timandro—, los filósofos solían murmurar de la especie humana, mientras que en este siglo hacen todo lo contrario."²⁴⁶ Pero Eleandro, portavoz del poeta, da la razón a los filósofos de 1774-84.²⁴⁷

En su afán de reducir a sistema la infelicidad del mundo, de demostrar cómo es necesaria y al mismo tiempo absurda la misérrima condición del hombre, Leopardi utiliza vorazmente cualquier argumento que le venga a las manos: sólo el calor de su desesperación consigue mantener unidos tan heterogéneos materiales lógicos. En la *Scommessa di Prometeo* (1824), el semidiós, que baja primeramente al país de Popayán, cerca del río Cauca, tierra húmeda sobremanera y por completo desierta, aunque antes estuvo evidentemente habitada, acaba por juzgar tan bárbaros y salvajes a los canibales del "mondo nuovo" como a las viudas hindúes que en el continente "più vecchio" se sacrifican sobre la pira fúnebre de su marido, mientras Momo subraya la lentitud y la accidentalidad de los progresos de los "civilizados" europeos, recordando que los otros géneros de creaturas, los animales, no tienen necesidad de progreso porque "desde el principio fueron perfectísimos cada uno en sí mismo", y que esa imperfectísima civilización humana es además sumamente precaria: no sólo puede caer en cualquier momento, sino que ya ha caído varias veces.

Aquí Leopardi no afirma todavía que los salvajes o los europeos hayan "decaído", si bien en cada relativa "perfección" ve incluida toda suerte de imperfecciones: y el londinense zoófilo, infanticida y suicida por *spleen*, refuerza al final del diálogo la duda sarcástica sobre el valor de nuestra civilización.²⁴⁸ Pero ya lo inclinaban a una interpretación decadentista de la historia universal la proyección sobre la vida del género humano de su propia vida, bruscamente arrastrada de los sueños y fantasías de la primera juventud a una precoz vejez,²⁴⁹ y más aún su firme y cien veces proclamada convicción de la superioridad de los antiguos sobre los modernos, del mundo clásico sobre el actual, demostrada, entre otras cosas, por la observación de que el hombre se va "empequeñeciendo sensiblemente", y explicada a menudo con la "mayor fuerza de la naturaleza, todavía no corrompida o menos corrompida"²⁵⁰ en tiempo de los griegos y romanos, o con la buena razón de que los antiguos, aunque no más longevos que los modernos, eran individuos "más llenos de vitali-

²⁴⁵ Véase *supra*, pp. 23-24.

²⁴⁶ *Dialogo di Timandro e di Eleandro* (1824), *loc. cit.*, p. 265: "Quaranta o cinquant'anni addietro, i filosofi solevano mormorare della specie umana; ma in questo secolo fanno tutto il contrario."

²⁴⁷ Típicamente rousseauniana —*ibid.*, p. 266; en el *Parini, ovvero Della gloria* (1824), *loc. cit.*, pp. 194-195, y en el *Zibaldone* (ed. cit., vol. I, p. 203; vol. II, p. 24; pero cf. *ibid.*, vol. II, pp. 1298, 1301)— es la aversión por las metrópolis corruptoras.

²⁴⁸ *Opere*, ed. cit., pp. 156-164, 312-313.

²⁴⁹ M. Losacco, *Indagini leopardiane*, Lanciano, 1937, pp. 18-19, quien cita a G. Barzellotti, "A. Schopenhauer e Giacomo Leopardi", en *Santi, solitari e filosofi*, Bologna, 1886; cf. *Pensieri*, cii (*loc. cit.*, p. 376).

²⁵⁰ *Zibaldone*, ed. cit., vol. I, pp. 299 (1820), 300-301 (1820): "... maggior forza della natura, per anche non corrotta o meno corrotta"; cf. *ibid.*, vol. I, p. 399 (1821).

dad... mejor adaptados a las funciones del cuerpo y físicamente más vigorosos".²⁵¹

Más coherente y resuelto en la negación de todo progreso es el poeta en varios pasajes del *Zibaldone*, que confluyen y desembocan en una áspera digresión de los *Paralipomeni della Batracomiomachia*. El punto de arranque es siempre, como en el *Dialogo tra due bestie*, la comparación entre el feliz o al menos ignorante estado de los animales (estado de naturaleza) y el estado corrompido e infeliz del hombre moderno.²⁵² Pero conviene releer las exposiciones del *Zibaldone*, más simples y dogmáticas, porque en los *Paralipomeni* la convención esópica, en virtud de la cual ranas y ratones son también hombres, y la sobreposición de velos irónicos y de sarcasmos no siempre eficaces, nublan un tanto la visión.

En el *Zibaldone*, Leopardi reconoce abiertamente las raíces religiosas de su actitud:

Uno de los dogmas principales del cristianismo es la degeneración del hombre a partir de un estado primitivo más perfecto y dichoso: y con este dogma está vinculado el de la Redención y, se puede decir, la religión cristiana en su totalidad. La enseñanza principal de mi sistema es precisamente dicha degeneración.²⁵³

Esta degeneración es máxima en cuanto el hombre se aleja de la naturaleza: las sociedades primitivas, o sea las de los salvajes, son también las más bárbaras y desnaturalizadas; para acercarse a la civilización, a "un estado que no sea completamente contrario a la naturaleza", el hombre tiene que remontar un camino larguísimo y penosísimo.²⁵⁴ También aquí, pues, el diagrama es el bíblico: una brusca caída seguida de una lenta y dudosa recuperación. El estado de inocencia es el estado salvaje puro. "La barbarie supone un principio de civilización, una civilización empezada, imperfecta; y no sólo lo supone, sino que lo incluye".²⁵⁵ Las tribus salvajes americanas son tan despiadadas y feroces porque tienen un principio de civilización, "porque han empezado a civilizarse; en una palabra, porque son bárbaras... Sus males provienen de un principio de civilización. Nada peor, ciertamente, que una civilización, o incoada, o más que madura, degenerada, corrompida".²⁵⁶

²⁵¹ *Ibid.*, vol. I, pp. 896-897 (1821): "... più pieni di vitalità... meglio adattati alle funzioni del corpo, e più potenti fisicamente". Sobre la tesis de que la historia es decadencia, cf. Giusso, *op. cit.*, pp. 123, 126.

²⁵² Véase también *infra*, p. 357, nota 267.

²⁵³ *Zibaldone*, ed. cit., vol. I, pp. 674-675 (1821): "Uno dei principali dogmi del Cristianesimo è la degenerazione dell'uomo da uno stato primitivo più perfetto e felice: e con questo dogma è legato quello della Redenzione e si può dir, tutta quanta la Religione Cristiana. Il principale insegnamento del mio sistema, è appunto la detta degenerazione". El pasaje continúa diciendo que la demostración de la felicidad originaria del hombre y de su infelicidad, tanto más grave cuanto más se aleja de la naturaleza, son otras tantas "prove dirette" de la verdad del cristianismo: cf. *ibid.*, vol. I, p. 337 (1820). Kerbaker (*Scritti inediti*, Roma, 1932) y Losacco (*op. cit.*, p. 305) admiten que el relato bíblico del pecado original es la "base teológica" del sistema leopardiano. Pero cf. *infra*, p. 355.

²⁵⁴ *Zibaldone*, vol. II, pp. 662-663 (1823).

²⁵⁵ *Ibid.*, vol. II, pp. 1013-1014 (1826): "La barbarie suppose un principio di civiltà, una civiltà incoata, imperfetta; anzi l'include."

²⁵⁶ *Ibid.*, *loc. cit.*: "... perché sono cominciate a incivilire, insomma perché sono barbare... I loro mali provengono da un principio di civiltà. Niente di peggio certa-

Pero ¿existe sobre la faz de la tierra una nación por completo salvaje, sin la más pequeña intrusión de tendencias civilizadas? Necesitaría ser un pueblo absolutamente sin sociedad, por mucho que ésta favorezca la civilización, la cual es también "un acercamiento a la Naturaleza". Sin sociedad, porque la sociedad, aun la más rudimentaria, es corrupción,—corrupción que, en efecto, se manifiesta ya en forma abierta en las primeras expresiones de sociedad organizada, en las ciudades. Y aquí se opera en el pensamiento de Leopardi una extraordinaria *contaminatio* de motivos bíblicos y rousseauianos. Para Jean-Jacques las ciudades, y especialmente las grandes ciudades, eran la aborrecida quintaesencia de la civilización política, del lujo burgués, del nefasto progreso de las artes y de las ciencias: eran la antítesis de la Naturaleza, la antítesis del Campo, la antítesis de la Virtud.²⁵⁷ Eran el resultado y el ápice de la decadencia del hombre en sociedad.

Pero no eran el Pecado Original. Para Leopardi, sí: los "impuros consorcios" de las ciudades—"gli impuri cittadini consorzi" (*Alla Primavera*)—fueron inventados por el fratricida Caín (*Inno ai Patriarchi*, 1822),²⁵⁸ y éste, no el manso Adán, "duce antico e padre dell'umana famiglia", fue quien introdujo el mal en el mundo. Para nuestra conciencia moral, diga la Biblia lo que quiera, el hurto de una fruta es muchísimo menos grave que un fratricidio. Así, pues, no la manzana de Eva, sino la sangre derramada por Caín es, para Leopardi, el primer principio de la condenación del género humano. Es ése el único y verdadero

antico
error che l'uman seme alla tiranna
*possa de' morbi e di sciagure offerse,*²⁵⁹

y se cometió después que Adán hubo abandonado la mansión paradisíaca

*di colpe ignara e di lugubri eventi.*²⁶⁰

(¡"Di colpe ignara" la sede de la primera culpa! ¡Y "di lugubri eventi", el jardín donde entró en el mundo la muerte física y espiritual!). Y cuando finalmente Jesucristo descendió a redimir a la humanidad, no vino a cancelar la culpa de los primeros padres, sino la del primer "riprovato", del primer "fondatore delle società", del matador de Abel. La ciu-

mente, che una civiltà, o incoata, o più che matura, degenerata, corrotta". Todo este esquema histórico proviene de una página de un libro con el que Leopardi estaba bastante familiarizado, el *Génie du christianisme*: "l'homme... par une loi de la Providence, plus il se civilise, plus il se rapproche de son premier état...; les arts parfaits sont la nature...; entre les siècles de nature et ceux de civilisation, il y en a d'autres que nous avons nommé siècles de barbarie", etc. (Troisième partie, livre V, chap. 2; ed. cit., vol. II, p. 90). Se trata en el fondo de una de las consabidas tentativas de conciliar la teología de la Biblia con la positividad de la historia humana, el pesimismo de la Caída con el optimismo del Progreso. Cf. también *supra*, p. 327 (un caso particular de esta tesis), e *infra*, pp. 359-360 (versión demaistriana de la misma), y J. Moras, *Ursprung und Entwicklung des Begriffs der Zivilisation in Frankreich (1756-1830)*, Hamburg, 1930, p. 65 y nota 96.

²⁵⁷ Cf. A. Gerbi, *La politica del Settecento*, op. cit., pp. 286-289.

²⁵⁸ Con cita del Génesis, IV, 17.

²⁵⁹ [... el antiguo error que puso al género humano bajo el tiránico poder de las enfermedades y las desgracias"].

²⁶⁰ ["ignorante de culpas y de lúgubres acontecimientos"].

dad es una invención de Caín: es "en cierto modo efecto e hija y consolación de la culpa", o sea "corruptora" por su naturaleza, y fuente de nuestros vicios y maldades: "sorgente della massima parte de' nostri vizi e scelleraggini".

Con esta *entorse* al mito y a la teología cristiana, Leopardi hacía de nuestra *corrupción* una consecuencia histórica del delito del fratricida, y no ya una mística herencia de la caída de Adán.²⁶¹ Como Leopardi mismo decía, mientras San Pablo y los Padres veían "una inmensa imperfección en el sistema y en el orden primitivo del hombre", y por lo tanto juzgaban "sustancialmente imperfecta, o sea compuesta de elementos contradictorios" la obra del Creador, él encuentra la imperfección en las "cualidades adquiridas" del hombre que "repugnan a las naturales", o en "cualidades naturales corrompidas, repugnantes entre sí, sólo en cuanto corrompidas". Mientras ellos "venían a poner al hombre casi fuera de la naturaleza", donde todo es perfecto, "yo vuelvo a ponerlo en ella, y digo que si está fuera de ella es sólo porque ha abandonado su ser primitivo".²⁶²

Al transferir a Caín el pecado de Adán, Leopardi creía, en definitiva, salvarse de la estridente contradicción de un Dios todo bondad que inmediatamente permite la Caída de sus creaturas, y encontrar una explicación más satisfactoria que la bíblica para el angustioso problema del origen del mal en el mundo. Humanizaba el tremendo misterio del Pecado Original, y podía así hacerse la ilusión de haber colocado su doctrina, rematadamente racionalista, sobre las más profundas bases espirituales del cristianismo. En realidad, la racionalización y laicización del Pecado Original se hallaban en armonía con las más fuertes tendencias del pensamiento moderno, y, de manera más especial, el hacer de él una culpa social-política se ajustaba a las preocupaciones dominantes del siglo XIX, acometido de dudas recurrentes sobre el valor de la civilización y de los ordenamientos estatales. Leopardi está tan penetrado y atormentado por esas dudas, que ni siquiera se da cuenta de su herejía.

Inevitablemente, esto lo llevaba por otro camino a liberar de la maldición del Pecado Original a América, o cuando menos a aquellos pueblos de América que no conocían las ciudades, la sociedad, la civilización. ¿Pero existen tales pueblos?... Sí, sí existen. Entre las naciones de todo el orbe, quizá sólo los californianos viven todavía conforme a la naturaleza, porque no tienen entre sí casi ninguna sociedad, ninguna lengua, y

²⁶¹ G. A. Levi, *Storia del pensiero di Giacomo Leopardi*. Torino, 1911, p. 58, citando oportunamente el *Zibaldone* (ed. cit., vol. I, pp. 203-204): "il primo autore delle città vale a dire della società, secondo la Scrittura, fu il primo riprovato, cioè Caino... e come il primo riprovato fu il primo fondatore della società, così il primo che definitivamente la combatté e maledisse fu il redentore della colpa, cioè Gesù Cristo" (cf. *ibid.*, vol. I, pp. 454-455). Sobre la identificación del pecado original con la civilización, y la sustitución de Adán por Caín —tesis que tiene profundas raíces en un pasaje crucial de San Agustín, *De civitate Dei*, lib. XIV, cap. 28-lib. XV, cap. 2—, véase también A. Aleardi, *Le prime storie*, op. cit., p. 14; Giusso, op. cit., pp. 132, 138, 174-175; A. Sorrentino, *Cultura e poesia di Giacomo Leopardi*, Città di Castello, 1928, p. 135. En cuanto a Rousseau y sus esfuerzos poco convencidos por diluir el pecado original a lo largo de la historia y hacerlo coincidir así con la "civilisation", véase por ejemplo H. Guillemin, "L'homme selon Rousseau", en *À vrai dire*, op. cit., pp. 39-40.

²⁶² *Zibaldone*, vol. I, pp. 1302-1303 (1821): "[Quelli] venivano a porre l'uomo quasi fuori della natura...; io ve lo ripongo, e dico ch'egli n'è fuori solamente perché ha abbandonato il suo essere primitivo".

por lo tanto "son salvajes y no son bárbaros".²⁶³ Son refractarios a la civilización, desconocen el vestido, ignoran el uso del fuego y todo lo comen crudo. Los piadosos californianos, últimos herederos del título venerable de "buen salvaje", después de los caciques antillanos y los ingenuos hurones. Los "californios": su imagen fantástica surge gigantesca desde el más remoto Occidente. . . Y he aquí que sobre las cavilosas argumentaciones se alza potente el canto del *Inno ai Patriarchi* (1822):

*Tal fra le vaste californie selve
nasce beata prole.*²⁶⁴

Pero ni siquiera esa feliz nación está a salvo del "criminal arrojo" de los europeos:

*I lidi e gli antri
e le quiete selve apre l'invitto
nostro furor; le violare genti
al peregrino affanno, agl'ignorati
desiri educa; e la fugace, ignuda
felicità per l'imo sole incalza.*²⁶⁵

Leopardi se sacude al punto del breve sueño de la vida natural para flagelar con renovada amargura a "nuestro" mundo que pretende ser civilizado. El himno a los patriarcas termina, tras la huella de Parini, con una invectiva contra la tiránica Europa que devasta a la inocente América y se envenena, loca, con sus mismas presas.

Pero Leopardi no se detiene siquiera en esta lenta reconquista, en esta convergencia en el infinito de la civilización con la naturaleza. En otro lugar afirma que la civilización es un producto tan poco conforme a la naturaleza, que existen "centenares de naciones salvajes y bárbaras de América, de África, de Asia, de Oceanía", que no sólo no han llegado todavía a la civilización, sino que "no han dado ningún paso para llegar a ella", ni llegarán nunca si no son constreñidas y violentadas por los pueblos civilizados.²⁶⁶ Más de la mitad del género humano carece de civilización. Por consiguiente, no se puede creer que ésta sea un fruto natural.

²⁶³ Zibaldone, vol. II, p. 665 (1823); cf. *ibid.*, vol. II, pp. 306, 376, 577, y la *Storia del genere umano*, en *Opere*, ed. cit., p. 118; las notas al *Inno ai Patriarchi*, *ibid.*, p. 111: "si tiene [¿de quién?] che i Californi sieno tra le nazioni conosciute, la più lontana dalla civiltà, e la più indocile alla medesima"; las pp. 968-969; el anuncio bibliográfico (el himno "contiene in sostanza un panegirico dei costumi della California"; *Opere*, ed. cit., pp. 970-971) y la difusa descripción de los californianos (sobre la base de noticias de "viaggiatori") en el esbozo en prosa del himno (*Puerili e abbozzi vari*, Bari, 1924, pp. 246-247), donde el peligro que los amenaza está personificado en los misioneros, y por lo tanto en la misma religiosidad cristiana (véase también Zumbini, *Studi*, op. cit., vol. II, pp. 21-22). Sobre las selvas americanas, con nuevas reminiscencias de Chateaubriand, de quien Leopardi tuvo a la mano por lo menos el *Génie du christianisme*, véase la citada ed. de *Puerili*, y F. Neri, *Il Leopardi e un "mauvais maître"*, Roma, 1915 (separata de la *Rivista d'Italia*).

²⁶⁴ ["Así, entre las vastas selvas de California, nace una progenie dichosa"].

²⁶⁵ ["Nuestro indómito furor penetra en las playas y en los antros y en las tranquilas selvas; a las violadas naciones les enseña afanes desconocidos, deseos antes ignorados; y hostiga a la Felicidad, fugitiva y desnuda, hasta allí donde el sol se hunde"].

²⁶⁶ Zibaldone, vol. II, p. 1099 (1827): "centinaia di nazioni selvagge e barbare dell'America, dell'Africa, dell'Asia, dell'Oceania... non han fatto alcun passo per arivarvi".

¿O se pretenderá decir —insinúa Leopardi con el consabido argumento *ex absurdo*— que la naturaleza fue "tan necia y falta de providencia, que erró su intento por más de la mitad?"²⁶⁷

A medida que pasan los años, la Naturaleza, de benigna que era, se hace enemiga o indiferente,²⁶⁸ y todo el "sistema" filosófico del poeta queda destrozado; o mejor, se resquebraja, se pulveriza un poco más con cada esfuerzo que hace Leopardi de utilizarlo para interpretar la vida y el universo.

Sus fundamentales incongruencias reaparecen confusas y embotadas por una vena de humorismo y de sátira en el cuarto canto de la *Batracomiomachia*, donde el poeta nos describe la degeneración de los salvajes. Salvajes es sólo una manera de decir, porque, según han descubierto últimamente los sabios,

*quei che selvaggi il volgo appella
non vita naturale e primitiva
menan, come fin qui furon creduti,
ma per corruzion sì difettiva,
da una perfetta civiltà caduti,
nella qual come in propria ed in nativa
i padri de' lor padri eran vissuti.*²⁶⁹

Sería absurdo pensar en la otra alternativa. La siempre benigna Naturaleza no puede haber impuesto a sus creaturas predilectas una vida tan dura y un camino tan largo como el que conduce de la selva a la civilización.

*Resta che il viver zotico e ferino
corruzion si creda e non natura.*²⁷⁰

y que el hombre nazca civilizado, y luego se precipite en el estado salvaje.

Pero todo esto, objeta y al mismo tiempo insiste Leopardi, no es sino un razonamiento apriorístico. La verdad, la desnuda verdad, es que la Naturaleza es malvada, una enemiga, un verdugo —"e capital carnefice e nemica"—, que se endereza a fines que no son ni nuestro bien ni nuestro mal, y trata a los hombres como a los animales; todas las especies zoológicas muestran hoy idéntica decadencia, todas son igualmente infelices.

²⁶⁷ Zibaldone, loc. cit.: "[La Natura sarebbe stata così sciocca e così mal providente, che abbia missed il suo intento per più della metà?"] Véase el excurso sobre "la impotencia de la Naturaleza", *infra*, pp. 539-544. En cuanto a la naturaleza (humana) echada a perder y debilitada por la vida civilizada, y otras oposiciones de civilización y naturaleza, véase Zibaldone, vol. I, pp. 99, 627. Apenas hace falta recordar la afirmación, tantas veces repetida, de que las bestias son más felices —o menos infelices— que el hombre (véase *supra*, p. 353). La "beata prole" de los californianos, a quienes "inopinato il giorno / dell'atra morte incombe", es hermana carnal de la "beata" grey que el pastor errante del Asia envidia porque desconoce la muerte y el tedio.

²⁶⁸ Sobre este trastrocamiento, véase todo el citado libro de Giusso, especialmente pp. 57 ss.

²⁶⁹ ["Aquellos a quienes el vulgo llama salvajes no llevan una vida natural y primitiva, como hasta hoy se ha creído, sino una existencia deplorablemente corrompida, en la cual cayeron de aquella perfecta civilización en que habían vivido, como en ambiente propio y nativo, los padres de sus padres."]

²⁷⁰ ["La única solución es creer que la vida salvaje y semejante a la de las fieras sea corrupción, y no naturaleza"].

Los hombres son como los ratones, y los ratones como los hombres. La misma existencia llena de zozobra y miedo del ratoncito, "corruzion si creda e non natura", repite textualmente Leopardi, quien la compara luego con la histórica diáspora de Israel, el pueblo que sufre mal su secular destierro,

*e di Solima il tempio e le campagne
di Palestina si rammenta e piagne.*²⁷¹

Toda defensa se derrumba frente a la irrupción del universal pesimismo leopardiano. Tan primitiva es la Europa del siglo XIX como el vetustísimo reino de los ratones. La miseria, la debilidad y el terror dominan lo mismo al género humano que a todo animal vivo, a "ogni animal che in aria o in terra è vivo".

Aquella "debilidad de América" que había nacido como una explicación eurocéntrica de la variedad infinita del mundo, como un esfuerzo de sistematizar con el pensamiento a esos remotos y singulares países, a esos curiosos animales, a esos indígenas tan extrañamente humanos, acaba por revolverse, henchida de muchas otras turbias aportaciones, sobre la misma desilusionada y amargada Europa, para minar sus residuos de orgullo, barrer sus siglos de fatigoso progreso, mancillar sus trofeos y sus conquistas, arrancarle las augustas insignias de la civilización, y poner sus hombres al nivel de los salvajes, y unos y otros al nivel de las croantes ranas y de los ridículos ratones.

Parturient montes... Y Roepán es coronado Rey, y empuña el cetro de oro con su esfera del mundo,

*perché credeva allor del mondo intero
la specie soricina aver l'impero.*²⁷²

11. JOSEPH DE MAISTRE: LA DEGENERACIÓN DEL SALVAJE AMERICANO

Cuando Leopardi nos describe al salvaje americano y no americano como un ejemplo viviente de la humanidad degenerada y corrompida, añade que el lector quedará pasmado de semejante tesis como de una gran novedad científica, de una conclusión "inusitada y extraña". Pero, aun prescindiendo de las interpretaciones más desastrosas del dogma bíblico de la Caída, aun pasando por alto las malévolas generalizaciones de De Pauw, no es difícil encontrar para la lóbrega pintura leopardiana al menos un precedente reciente y preciso: un juicio nacido justamente de la confluencia del pesimismo cristiano con el pesimismo naturalista, y formulado también como en actitud de desafío y desprecio de la opinión corriente.

Espíritu deliberadamente paradójico, Joseph de Maistre toma de nuestro De Pauw, en forma directa y a través de Robertson, los elemen-

²⁷¹ ["...y se acuerda del templo de Jerusalén y de los campos de Palestina, y ahora."]

²⁷² ["...porque la especie ratonil creía entonces tener el señorío del mundo entero."] *Paralipomeni della Batracomiomachia* (1830-37), c. IV (ed. Gregoriana, pp. 544-549). El comentario de Cassará, *op. cit.*, p. 435, es insuficiente. Sobre el de Zumbini, véase *infra*, nota 273.

tos de su teoría de la degeneración de los salvajes.²⁷³ Para él, como para Leopardi, la condición primitiva del hombre es una feliz perfección. Su estado de naturaleza es la civilización y la ciencia. En los orígenes de toda historia está la Edad de Oro. El estado de los salvajes, en cambio, no se puede comparar siquiera con el de la Edad de Hierro. Es la barbarie de "algunos pueblos degradados que luego van volviendo trabajosamente al estado de naturaleza, que es la civilización".²⁷⁴

Pero ¿cómo han resbalado hasta semejante abyección? Un caudillo de pueblo debe haber cometido un horrendo delito, uno de esos delitos que hoy no somos ya ni siquiera capaces de concebir (exactamente como el patriarcal Caín de Leopardi). "Este caudillo de pueblo... transmitió el anatema a su posteridad". Y como toda fuerza constante —especula De Maistre— tiene un coeficiente de aceleración ($g = 9.8?!$), esa degradación, "pesando sin cesar sobre los descendientes, los ha convertido finalmente

²⁷³ La dependencia de Leopardi respecto de Joseph de Maistre ha sido indicada por Zumbini, *Studi, op. cit.*, vol. II, pp. 249-253, pero este investigador opina que Leopardi reproduce la tesis de la degeneración de los salvajes en tono irónico, para atacar a De Maistre y defender contra él las ideas del siglo XVIII, en particular las del Barón d'Holbach: lo cual, si es cierto que puede parecer plausible en algún particular (ejemplo, la sátira del equilibrio de las potencias, admirado por De Maistre: *Soirées*, ed. cit., vol. II, pp. 29-30; *Paralipomeni*, II, 32-35), no veo cómo pueda conciliarse con tantos pasajes del *Zibaldone* (no publicado todavía cuando Zumbini escribió su estudio) y de otros escritos leopardianos, todos ellos concordantes en sostener la degeneración de la especie humana y en mofarse del Progreso (por lo demás, véase lo que dicen el propio Zumbini, *op. cit.*, vol. II, pp. 278-279, y P. Hazard, *Leopardi*, Paris, 1913, p. 195). Sin embargo, es verdad que en los *Paralipomeni* el encabalgamiento de las befas y de los sarcasmos acaba por poner al descubierto todas las incertidumbres y las contradicciones internas del sistema del burlador mismo. Otra posibilidad es que Leopardi haya tenido conocimiento de la tesis de De Maistre —cuyas obras, por otra parte, eran conocidísimas en Italia, y especialmente en los Estados del Papa, hacia los años de 1830— a través de Gioberti, gran amigo del poeta y constante admirador del político (cf. V. Gioberti, *Meditazioni filosofiche inedite*, Firenze, 1909, pp. 184-192, especialmente p. 191: "poterono gli uomini divenire selvatici", y pp. 231-232, 245, 388-392; G. A. Levi, *Giacomo Leopardi*, Messina, s.f., pp. 309-310; E. Gianturco, *Joseph de Maistre and Giambattista Vico*, New York, 1937, pp. 221-224). Incluso para la nota octava sobre el "imparar", que no sería otra cosa sino "del fanciullo racquistar con molte / cure il saper ch'a noi l'età sottrasse" (*Paralipomeni*, c. IV, ed. cit., p. 547), es fácil encontrar precedentes demaistrianos o lisa y llanamente saint-martinianos: "toutes nos découvertes ne sont en quelque sorte que des réminiscences", etc., se lee en el *Tableau naturel des rapports qui existent entre Dieu, l'homme et l'univers* (1782), en *Gnostiques de la Révolution*, ed. A. Tanner, Paris, 1946, vol. I, pp. 51-54. Nada encuentro sobre la proveniencia demaistriana de las expresiones de Leopardi en N. Serban, *op. cit.* (donde sólo se alude, pp. 22-23 y 478, a la posibilidad de que Leopardi haya leído las *Soirées* y las *Lettres à un gentilhomme russe sur l'Inquisition espagnole*), ni en F. Flora, *Leopardi e la letteratura francese*, Milano, 1947, ni en los estudios generales sobre el pensamiento leopardiano de G. A. Levi, de Paul Hazard, de Karl Vossler, de Giovanni Amelotti. Vagas indicaciones en Giusso, *op. cit.*, pp. 180 y 228-229; De Sanctis, *op. cit.*, p. 28, señala que en 1815 Leopardi no conocía a De Maistre.

²⁷⁴ *Soirées de Saint-Petersbourg* (escritas en 1809, publicadas en 1821), ed. cit., vol. I, pp. 77-78: "quelques peuplades dégradées et revenues ensuite péniblement à l'état de nature, qui est la civilisation" (véase *ibid.*, vol. II, p. 179). Cf. Leopardi, *supra*, p. 353, y Chateaubriand, *supra*, p. 327 (y también, para salvajes degenerados "naturalmente", no místicamente, Humboldt, *infra*, p. 383, nota 369). Sobre las dificultades de esta tesis y sus relaciones con el "erramento ferino" de Vico y de otros autores, véase F. Nicolini, *La religiosità di G. B. Vico*, Bari, 1949, pp. 90-92; sobre sus relaciones con doctrinas teosóficas más remotas, A. Omodeo, "Cattolicesimo e civiltà moderna nel secolo XIX", en *Critica*, vol. XXXIV (1936), pp. 115-116, y ahora en su libro *Un reazionario: il conte Giuseppe de Maistre*, Bari, 1939.

en esos seres que nosotros llamamos *salvajes*". De esta mezcolanza de teología y álgebra, de ética genética y de mecánica racional brota una gran verdad de etnografía: "aquello que Rousseau y sus semejantes llaman *estado de naturaleza* es el último grado de embrutecimiento".²⁷⁵

Si se ha creído lo contrario, ello se debe en parte a la caridad de los misioneros, que han idealizado al salvaje con el fin de protegerlo (pero tenían razón aquellos europeos que no querían reconocer por hombres a los indígenas encontrados en América), y en parte a la mala fe de los *philosophes*, que se sirvieron del salvaje para declamar contra el orden social. Pero ¡mirad, mirad al salvaje! El anatema está escrito, no sólo sobre su alma, sino también sobre su cuerpo: "es un niño deforme, robusto y feroz, en quien la llama de la inteligencia no despide ya sino un resplandor pálido e intermitente". No es previsor ni perfectible. Hasta nuestros vicios han degenerado en el salvaje, tal como las sustancias más abyectas y más repugnantes son todavía susceptibles de una ulterior degeneración. Es ladrón, cruel, y aun disoluto, pero de manera distinta de la nuestra, porque no tiene que vencer su naturaleza: "tiene el apetito del crimen, pero no el remordimiento".

Pero, veamos, ¿contra qué salvajes se ensaña así De Maistre? La respuesta está en la nota: "Robertson (*Historia de América*, tomo II, libro 4) ha descrito perfectamente el embrutecimiento del salvaje. Es un retrato tan verídico como espantoso."²⁷⁶

Tomemos otro texto:

Los salvajes de América no son del todo *hombres*, precisamente porque son *salvajes* —y aquí De Maistre hace pedazos la famosa bula del papa Paulo III, que reconocía en forma plena su humanidad—; por añadidura, son seres visiblemente degradados en lo físico y en lo moral; y, sobre este particular por lo menos, no veo que nadie haya contestado al ingenioso autor de las *Recherches philosophiques sur les Américains*.²⁷⁷

²⁷⁵ *Soirées*, ed. cit., vol. I, p. 80: "Ce chef de peuple... transmet l'anathème à sa postérité... [cette dégradation], pesant sans intervalle sur les descendants, en a fait à la fin ce que nous appelons des *sauvages*...; c'est le dernier degré d'abrutissement que Rousseau et ses pareils appellent l'état de nature".

²⁷⁶ *Ibid.*, vol. I, pp. 80-82: "c'est un enfant difforme, robuste et féroce, en qui la flamme de l'intelligence ne jette plus qu'une lueur pâle et intermittente...; il a l'appétit du crime, il n'en a point le remords... Robertson... a parfaitement décrit l'abrutissement du sauvage. C'est un portrait également vrai et hideux". También las *Lettere americane* son citadas *ibid.*, vol. I, p. 71 nota; vol. II, pp. 69, 118 y 287, y en *Du Pape*, París, 1918, p. 278, nota 1, y p. 281, notas 1 y 2 (otros elogios a Carli en las *Oeuvres inédites*, París, 1870, p. 339, nota 2). En el curso de la demostración de que la guerra es la condición natural del género humano y de que "le sang humain doit couler sans interruption sur le globe, ici ou là", De Maistre escribe de pasada esta frase lascaliana: "Découverte du Nouveau-Monde: c'est l'arrêt de mort de trois millions d'Indiens" (*Considérations sur la France*, 1796, ed. Lyon, 1873, pp. 33, 39). Poco más adelante (p. 41), la tesis buffoniana de que "une grande partie des animaux est destinée à mourir de mort violente" (cf. *supra*, pp. 10-11) se extiende con ostentosa ferocidad al hombre, y se comprueba con una ojeada a su historia. En cambio, para Raynal y su declamatoria filantropía no tenía más que desprecio (Sainte-Beuve, *Portraits littéraires*, París, 1862, vol. II, p. 399).

²⁷⁷ *Etude sur la souveraineté* (ca. 1794-96; revisado en 1815), en *Oeuvres inédites*, ed. cit., p. 333: "Les sauvages de l'Amérique ne sont pas tout à fait *hommes*, précisément parce qu'ils sont *sauvages*; ce sont de plus des êtres visiblement dégradés au physique et au moral; et, sur cet article au moins, je ne vois pas qu'on ait répondu à l'ingénieux auteur des *Recherches*..."

Rousseau pierde el tiempo cuando los pondera como prototipos ejemplares. Su apología cae por tierra a causa de sus contradicciones internas y de la manera como en ella se sobreponen diversos "estados de naturaleza" sucesivos. En todo caso, el salvaje está muy lejos del primero y auténtico "estado de naturaleza", empapado de inocencia y de virtud.

Todo hombre moral y sensible se siente asqueado por el embrutecimiento y la crueldad de esos salvajes de América cuya dichosa existencia se atreve a encomiar Rousseau; hordas de hombres embrutecidos que vagan por los desiertos... y que tienen todos los vicios, excepto aquellos cuyos materiales les faltan...

y de manera semejante continúa por muchas otras líneas: "¡Qué espantosos cuadros!"²⁷⁸

La verdad es que el salvaje constituye justamente el extremo opuesto del hombre primitivo. Queda por explicar, sin embargo, el profundo misterio de su existencia: "si se supiera qué cosa es un salvaje, y por qué existen los salvajes, tal vez entonces se sabría todo". Lo seguro es que el salvaje es "necesariamente posterior al hombre civilizado". ¿Se quieren pruebas de ello? Basta una ojeada al Nuevo Mundo. "Examinemos, por ejemplo, a América. Esta región ostenta todos los caracteres de una tierra nueva", —lo cual es un rasgo netamente buffoniano. "Ahora bien, como la civilización existe desde toda la antigüedad en el Viejo Mundo, de ello se sigue [*sic!*] que los salvajes que vivían en América en la época de su descubrimiento descendían de hombres civilizados"...²⁷⁹

De Maistre, sin embargo, no parece totalmente convencido de la fuerza de su demostración, porque en seguida trata de apuntalarla con uno de los consabidos argumentos *ex absurdo*: en efecto, si no se la acepta, habría que decir "que eran salvajes de padre a hijo desde la creación, lo cual sería extravagante". Extravagante, ¿por qué? Porque, según parece, el Todopoderoso no puede haber creado salvajes. El Génesis habla de una vida primitiva, pero no dice ni una palabra de los salvajes. La *Odisea*, que sigue a distancia a la Biblia, describe bárbaros, seres feroces, pero no salvajes embrutecidos. "Este estado nunca ha sido observado sino en América." El indígena americano es el prototipo único, el paradigma fundamental del salvaje. América, degeneración, brutal violencia, torpe y torva corrupción forman un solo complejo de ideas, el complejo del único y auténtico Salvaje. "Por lo menos, no existen pruebas de que haya existido en otros lugares."²⁸⁰

²⁷⁸ *Examen d'un écrit de J. J. Rousseau sur l'inégalité des conditions parmi les hommes*, en *Oeuvres inédites*, pp. 454-455: "Tout homme moral et sensible est révolté par l'abrutissement et la cruauté de ces sauvages d'Amérique dont Rousseau ose nous vanter l'existence heureuse; des hordes d'hommes abrutis errant dans les déserts... ayant tous les vices, excepté ceux dont les matériaux leur manquent... Quels tableaux effroyables!"

²⁷⁹ *Ibid.*, pp. 482-486: "Peut-être que si l'on savait ce que c'est qu'un sauvage, et pourquoi il y a des sauvages, on saurait tout...; [le sauvage est] nécessairement postérieur à l'homme civilisé. Examinons, par exemple, l'Amérique. Ce pays porte tous les caractères d'une terre nouvelle. Or, comme la civilisation est de toute antiquité dans l'ancien monde, il s'ensuit que les sauvages qui habitaient l'Amérique à l'époque de sa découverte descendaient d'hommes civilisés".

²⁸⁰ *Ibid.*, loc. cit.: "[Il faudrait dire] qu'ils étaient sauvages de père en fils depuis la création, ce qui serait extravagant... Cet état n'a jamais été observé qu'en Amérique. Du moins il n'y a point de preuve qu'il ait existé ailleurs."

Y así, después de una digresión en la que el autor busca y no encuentra en ninguna otra parte del mundo un estado primitivo de "animidad" —dondequiera los reinos de los dioses y de los héroes han precedido e iluminado a distancia de milenios los reinos de los hombres—, De Maistre vuelve a afirmar y a remachar sobre América la singular maldición. El estado salvaje es una verdadera "anomalía", es posterior al estado social, y "no ha existido, incontestablemente, más que en América".²⁸¹

En esta transfiguración mística de la específica condena depauwiana, América parece incluso liberada de la cadena del primer pecado, afligida solamente de aquellos "pecados originales de segundo orden" que en las *Soirées* sirven, en efecto, para justificar la existencia de los salvajes.²⁸² En otras palabras, en palabras lisas y llanas que nos dan el jugo de las nebulosas disertaciones demaistrianas, esto quiere decir que América está privada de aquellas antiquísimas tradiciones que suministran coherencia histórica a los pueblos de nuestra civilización: el Nuevo Mundo es pobre de mitos nacionales y de monumentos literarios, está fuera de la órbita de las grandes geogonías y religiones del Viejo Mundo. Es América, no es Europa, ni Asia.

En De Maistre es fortísimo el sentido de la dignidad del pasado, y aunque desprecia la historia hecha por los hombres, el autor de las *Soirées* está siempre pronto a doblar reverente los hinojos del espíritu ante las instituciones seculares, ante las verdades reveladas en remotísimos tiempos, ante la ciencia sublime y revelada de los santuarios: "el verdadero sistema del mundo fue perfectamente conocido en la más remota antigüedad".²⁸³ En donde no encuentra *antiquité*, el místico conservador no detiene siquiera la mirada. Frente a la América de los salvajes experimenta una especie de horror y de repulsión física. Frente a la de los colonos norteamericanos, escupe sentencias que nos hacen sonreír tanto más, cuanto más quieren ser apocalípticas e inflexibles.

²⁸¹ *Ibid.*: "il n'a existé incontestablement qu'en Amérique". Ya Saint-Martin, de quien Joseph de Maistre tomó muchas de las líneas generales de su sistema, había señalado en los salvajes americanos el grado extremo de envilecimiento y entorpecimiento del género humano (A. Franck, *La philosophie mystique en France à la fin du XVIII^e siècle*, Paris, 1866, p. 105).

²⁸² *Soirées*, ed. cit., vol. I, pp. 58-59 (también estas caídas secundarias y repetidas, mínimamente contradictorias al dogma del Pecado Original, parecen de proveniencia saint-martiniana o sea, en último análisis, cabalística y gnóstica: véase Franck, *op. cit.*, pp. 160-161, 172; Viatte, *op. cit.*, vol. II, p. 38). La idea de degeneración, con o sin pecado original, obsesiona al conde. Como causa principal de la Revolución francesa, señala (*Considérations sur la France*, ed. cit., p. 175) la degradación moral de la aristocracia francesa, y va a pescar en Bernardin de Saint-Pierre (*Études de la Nature*, X, ed. Firmin-Didot, Paris, s. f., pp. 199-200) un argumento para demostrar la degeneración de los nobles franceses con respecto a sus antepasados. Estos antepasados eran los "grands seigneurs de la cour de Louis XIV". En poco más de un siglo, "on voit à l'évidence que ces races ont dégénéré"! El mismo argumento, sacado evidentemente de la misma fuente (aunque no sea citada), utiliza Chateaubriand para demostrar la esterilización del genio francés bajo la influencia de la filosofía del siglo XVIII: "l'impitié, qui rend tout stérile, se manifeste aussi par l'appauvrissement de la nature physique. Jetez les yeux sur les générations qui succéderont au siècle de Louis XIV. Où sont ces hommes aux figures calmes et majestueuses...?", etc. (*Génie du christianisme*, Troisième partie, livre IV, chap. 5; ed. cit., vol. II, p. 87). Cf. también Whitman, *infra*, p. 490.

²⁸³ *Soirées*, ed. cit., vol. I, pp. 73-76: "le véritable système du monde fut parfaitement connu dans la plus haute antiquité".

Discute, por ejemplo, acerca de las posibilidades del sufragio universal; y a la simple mención de América, su tono se hace magistralmente desdeñoso: "nos citan a América; no conozco nada que me impaciente tanto como las alabanzas que se prodigan a este niño en pañales: dejadlo crecer".²⁸⁴ Un niño en pañales no puede servir ni siquiera de ejemplo. Verdad es que los americanos han utilizado las tradiciones democráticas de la vieja Inglaterra y las de los prófugos escapados de las guerras de religión, y que "sobre el plan de los tres poderes que habían recibido de sus antepasados, los americanos han edificado, y no han hecho *tabula rasa*, como los franceses", pero aquello que hay de nuevo en su constitución, aquello que proviene de las deliberaciones populares "es la cosa más frágil del mundo; es imposible reunir más síntomas de debilidad y de caducidad".²⁸⁵

Algo semejante, con menos genial intuición de los elementos tradicionales incorporados en la constitución norteamericana, habían dicho otros críticos de la joven república. Pero De Maistre va más allá; va, según su costumbre, más allá de esa raya que media entre lo sublime y lo ridículo. Desacordes en cuanto a la sede de su capital, los norteamericanos han decidido fabricarse una *ex novo*, erigirla sobre las márgenes de un gran río, bautizarla con el nombre de Washington; y ya toda Europa conoce el "plano regulador" de la nueva capital. Pero una capital construida *de toutes pièces* es algo que no puede entrar en la cabeza del conde tradicionalista à outrance. Dios mío, en rigor no es una empresa superior a las fuerzas humanas:

Es perfectamente posible edificar una ciudad. Sin embargo, interviene en este negocio demasiada deliberación, demasiada *humanidad*: y se podría apostar mil contra uno que la ciudad no se edificará, o que no se llamará *Washington*, o que el congreso no residirá allí.²⁸⁶

El conde perdió su apuesta. Pero, en el fondo de su arrogancia, ¿no hay como un eco del desprecio con que De Pauw había escrito sobre las capitales de otros americanos, diciendo que la soberbia ciudad del Cuzco no fue sino un montón de cabañitas bajas y ahumadas, y reduciendo la babilónica ciudad de México a un poblachón miserable, cuyo pretendido

²⁸⁴ *Considérations sur la France*, ed. cit., p. 56: "on nous cite l'Amérique; je ne connais rien de si impatientant que les louanges décernées à cet enfant au maillot: laissez-le grandir". Véase *ibid.*, p. 102; y cf. *infra*, p. 365.

²⁸⁵ *Ibid.*, p. 103: "sur le plan des trois pouvoirs qu'ils tenaient de leurs ancêtres, les Américains ont bâti, et n'ont point fait *table rase*, comme les Français"; "... c'est la chose du monde la plus fragile; on ne saurait réunir plus de symptômes de faiblesse et de caducité". Burlas contra Paine, *ibid.*, p. 82 nota. La misma tesis, o sea que la Revolución norteamericana "s'est réduite, pour ainsi dire, à transporter le pouvoir exécutif d'Angleterre en Amérique", con la ulterior ventaja, respecto de la francesa, de que "les Américains sont un peuple neuf, bon, religieux et surtout calme", lo cual, sin embargo, no impedirá graves sacudidas de su organismo político, se lee en el tercero de los *Fragments sur la France* (en *Oeuvres inédites*, ed. cit., pp. 39-40). De hecho, en su juventud, De Maistre había seguido con simpatía los sucesos de la Revolución norteamericana (Sainte-Beuve, *Portraits littéraires*, *op. cit.*, vol. II, p. 396; Paolo Treves, *Profeti del passato*, Firenze, 1952, p. 49).

²⁸⁶ *Considérations*, ed. cit., pp. 103-104: "on peut bien bâtir une ville: néanmoins, il y a trop de délibération, trop d'*humanité* dans cette affaire: et l'on pourrait gager mille contre un que la ville ne se bâtira pas, ou qu'elle ne s'appellera pas *Washington*, ou que le congrès n'y résidera pas".

palacio real era un chiribitil en que se agazapaban los emperadores aztecas.²⁸⁷ Los esplendores de una metrópoli no se hicieron para América.

Por grotescas que parezcan estas exageraciones, en el fondo son menos graves, menos doctrinariamente inhumanas que el envilecimiento del salvaje al rango de bestia feroz e innoble. Y sin embargo, no puede negarse que, aun al pronunciar esa condena sumarásimas, De Maistre se colocaba en realidad sobre un plano más elevado que el de los naturalistas y los viajeros. La cuestión de si los salvajes eran inocentes o degenerados quedaba sustraída así a las diatribas entre devotos de la Naturaleza y fanáticos del Progreso, y levantada al nivel de la Teología. El Pecado Original²⁸⁸ volvía a ser el elemento decisivo para pesar el valor y el destino del hombre. Por lo demás, ya en esos años muchos americanos del Norte, y de los más autorizados, trataban de anclar la dignidad histórico-cósmica, no ya del indígena rechazado y destruido, sino del ciudadano de los Estados Unidos, en una presunta —o por lo menos vigorosamente afirmada— exención del Pecado Original: tema que tratarían, con más o menos clara consciencia, casi todos los escritores importantes de la *American Renaissance*. El Nuevo Mundo se configuraba como el jardín del Edén, el Viejo como la tierra de los vicios, de los crímenes, de la degeneración por carencia de gracia. Puro de historia y exento de tradiciones, el americano se le representaba a Noah Webster (1825), por ejemplo, como hijo directo de Dios, como el nuevo Adán.²⁸⁹ Cándida herejía primitivista, que fácilmente se difuminaba en la fe impertérrita en un Progreso lineal, sin tragedias ni caídas.

De Maistre, en cambio, apegado al dogma católico, veía en toda la historia universal un cuadro de vanos altercados, de fatales matanzas y de irresistible decadencia a partir de un estado de originaria perfección. No creía en la Civilización, como De Pauw; ni en la Naturaleza, como Leopardi. Y así, con una lógica llena de paradoja, podía reconocer en el salvaje el más "evolucionado", y por ello el más "decaído" de los hombres. En los textos de los historiadores y en las noticias del día, buscaba y encontraba las confirmaciones experimentales de su tesis rigurosamente anti-histórica, coherentemente negadora de todo progreso.

12. BALLANCHE Y FABRE D'OLIVET: AMÉRICA RECHAZADA POR LOS TEÓSOFO

En formas muy parecidas, aunque por lo común menos abultadas, se presenta América en los escritos de los demás reaccionarios y místicos; se presenta de refilón o de escape, y sin que pueda decirse con seguridad

²⁸⁷ *Recherches, op. cit.*, vol. II, pp. 178, 202. La falta de ciudades capitales, o al menos de verdaderas metrópolis en los Estados Unidos alarmaba a Chastellux (1786), a quien le parecían demasiado marítimas y mercantiles las cinco poblaciones más importantes (Boston, Nueva York, Filadelfia, Baltimore, Charlestown); y el mismo defecto, advertido en Boston y en Filadelfia, preocupaba (1791) también a Brissot de Warville, el cual, sin embargo, perfectamente rousseauiano en su aborrecimiento de las grandes ciudades en general, acababa con una profecía concordante con la apuesta demaistriana: la feliz América no tendrá nunca enormes ciudades como Londres y París (Stark, *op. cit.*, pp. 79, 90, 93, 96, 100; y cf. *infra*, excursu sobre los caúqueros, el marqués y el gironino, pp. 557-558).

²⁸⁸ Véase *supra*, pp. 257-258 y 327.

²⁸⁹ Sobre este particular, se encontrarán citas y copiosos detalles en R. W. B.

si las motivaciones profundas de la condena se remontan a Joseph de Maistre, a su maestro Saint-Martin, a los maestros de este maestro, Martínez de Pasqually y Jakob Boehme, a más remotos e indistintos rabinos o teósofos, o si provienen, incluso, de doctrinas anteriores en muchos siglos al descubrimiento del continente. Es claro, en todo caso, que las fórmulas buffon-depauwianas mostraban, una vez más, una extraordinaria docilidad, prestándose a apuntalar apocalipsis, escatologías y visiones palingénéticas que hubieran hecho reír al autor de las *Recherches* y bostezar al de la *Histoire naturelle*. Pero todos aquellos alucinados "profetas del pasado" pretenden escribir bajo la directa inspiración de Dios, y, por consiguiente, les parece que traicionarían su vocación si se pusieran a citar con exactitud las fuentes profanas, sobre todo tratándose de fuentes comunísimas y recientes, accesibles a todo el mundo sin necesidad de ceremonias de iniciación.

Por lo demás, la exactitud histórica es la última de sus preocupaciones: "buffonianos" aun en esto, la inmensidad de las perspectivas que trazan los fascina hasta el grado de que tienen horror de definir las, fijando puntos de referencias cronológicamente averiguados. Las fechas son bolas de plomo en los alados tobillos de los Hados. La medida de las distancias geográficas es un fastidio insufrible, una inútil nimiedad para quien devora el espacio estando firme y se detiene inmóvil en el vuelo, como las flechas de Zenón de Elea.

América, continente con un año de nacimiento indiscutible, separado de Europa por tantas más cuantas millas marítimas, resulta la primera víctima de ese ímpetu sibilino y carismático. Con gesto indiferente, hasta el manso y plañidero Ballanche excluye de sus leyes evolutivas, formulas sobre el esquema de la bíblica Caída —y en consecuencia rechaza del vértice de la historia, que él coloca en la Humanidad socialmente redimida— a "las jóvenes Américas", porque están privadas de un pasado que indique los caminos del futuro. Esas pobres huerfanitas, de apenas trescientos años de edad, tendrán que esperar su Salvación, o al menos algún profeta de su Salvación, hasta el momento en que se hagan un poco mayorcitas, hasta que tengan, digamos, los tres mil años de historia que cuenta Europa.²⁹⁰

Pero la repetición más completa y explícita de la tesis de la inmadurez física de las Américas se lee en esa rapsodia esotérica, atravesada ciertamente de relámpagos de sentido histórico, pero corroída también por increíbles libertades críticas, que es la *Histoire philosophique du genre*

Lewis, *The American Adam: Innocence, tragedy and tradition in the nineteenth century*, Chicago, 1955, especialmente p. 72.

²⁹⁰ P. S. Ballanche, *L'homme sans nom* (1820), en *Oeuvres*, Paris, 1833, vol. III, p. 164 (cf. De Maistre, *supra*, p. 363); *Palingénésie sociale: Protégomènes* (1827), *ibid.*, vol. IV, pp. 25-26, 249-252; cf. también *ibid.*, vol. III, pp. 28 y 221, citado por R. Mauduit en su introducción a *Le vieillard et le jeune homme*, Paris, 1929, pp. 36-37, el cual recuerda que también Comte quería edificar sus razonamientos sólo sobre el "mundo occidental" (sin las Américas: cf. *infra*, pp. 425-426). Las influencias de los místicos y reaccionarios sobre los saint-simonianos y sobre Comte son, por lo demás, bastante conocidas. Pero no hace falta generalizar: un ferviente admirador de Ballanche, Michel Chevalier (véanse sus *Lettres sur l'Amérique du Nord*, Paris, 1836, vol. II, pp. 401-406) ve asegurado para América un excelso destino, porque dice que en ella mezclan sus aguas las dos grandes corrientes de la civilización, la de la civilización europea, que va de Este a Oeste, y la de la civilización del Extremo Oriente, que va de

*humain*²⁰¹ de Fabre d'Olivet, asiduo revelador de misterios, temerario lingüista, poeta dialectal y autor de tragedias y dramas históricos, novelista y musicólogo, intérprete libérrimo de la sabiduría oriental y, en suma, el mayor polígrafo del ocultismo "científico".

Y no sólo polígrafo: Fabre d'Olivet no era un teósofo de gabinete: quiso poner en práctica sus esotéricos conocimientos, y, desgraciadamente para él, los resultados no siempre fueron los más felices. Por haber curado a dos sordomudos "según el método de los antiguos sacerdotes egipcios" se atrajo cantidad de dolores de cabeza, incluso de orden policíaco. Cuando hizo ejecutar un oratorio suyo, compuesto según el sistema musical de los antiguos griegos, recuperado por él, se le demostró que se trataba simplemente del viejo modo plagal, que se conserva en el canto gregoriano. Y cuando (según se cuenta) trató de utilizar las facultades mediúmnicas de su amada consorte con objeto de ahondar sus conocimientos sobre el pitagorismo, parece que sólo consiguió arruinar su salud y escandalizar sus creencias religiosas, de tal manera que la mujer acabó por dejarlo plantado y obtuvo contra él una sentencia de separación. Pero existe una divina Providencia hasta para los herejes y los magos. Fabre encontraba algún consuelo en una celosa discípula y, más todavía, en una complacida actitud de perseguido y de mártir, en temerarios experimentos de necromancia y en la fundación de un efímero Culto Teodóxico Universal.²⁰²

En la redacción de la *Histoire philosophique*, la Providencia del improvisado historiógrafo son, en general, las grandes compilaciones del siglo XVIII, que él calca hasta en sus esquemas y en sus ideologías;²⁰³ y, en particular, por lo que se refiere a las Américas, la literatura de nuestra disputa, utilizada sin discernimiento: para la historia geológica y natural

Oeste a Este, una y otra sinuosas por efecto de otros dos empujes, semítico al Sur y jafético al Norte (*op. cit.*, vol. I, pp. iii-viii): un verdadero doble paralelepípedo de las fuerzas, las cuales, sin embargo, al encontrarse en América, no se anulan entre sí, sino que se suman... Lo más curioso es que Chevalier era precisamente un ingeniero, que estuvo en los Estados Unidos (1833-35) para estudiar los trabajos públicos y los primeros ferrocarriles (es hermosísimo su himno a la locomotora, que respira, jadea, resopla y avanza veloz, ni más ni menos que como un caballo de carreras...: *Lettres*, ed. cit., vol. I, p. 223), y que tiene una percepción exacta de las inmensas posibilidades técnicas e industriales de este país.

²⁰¹ La obra, que en su primera edición (1822) se intitulaba *De l'état social de l'homme, ou vues philosophiques sur l'histoire du genre humain*, tiene en la segunda (1824), absolutamente idéntica, el título citado en el texto y el subtítulo: *ou l'homme considéré sous ses rapports religieux et politiques dans l'état social, à toutes les époques et chez les différents peuples de la terre, etc. (sic)*. La insistencia en los términos *homme y social* revela los orígenes teosóficos (el hombre es Dios) de la obra y las tendencias político-humanitarias de la época. André Tanner (introd. a los *Gnostiques de la Révolution*, *op. cit.*, vol. I, pp. 39-40) alaba sus conceptos fundamentales por ser antitéticos al materialismo histórico (!), pero reconoce que para Fabre los "hechos" sirven a veces como pruebas "à l'appui de l'idée préconçue".

²⁰² Las viejas y breves biografías han sido completamente superadas por la monumental de León Cellier, *Fabre d'Olivet. Contribution à l'étude des aspects religieux du romantisme*, Paris, 1953: véanse, en particular, las pp. 163-182, 244-248 (sobre los sordomudos), 98-102 (sobre la música griega), 256-262 (sobre las relaciones conyugales). Sin embargo, no hay nada en ella acerca de las ideas de Fabre d'Olivet sobre América, ni siquiera en el largo análisis (pp. 263-293) de la *Histoire philosophique*.

²⁰³ Fabre d'Olivet creía en el Progreso lineal, en la Europa *éclairée* después de las edades oscuras, en el continuo "perfeccionamiento" de ciencias, artes y lenguajes (véase *La langue hébraïque restituée*, Paris, 1815-16, vol. I, p. 194; vol. II, p. 7).

del continente, Fabre d'Olivet se sirve de Buffon y tal vez de Carli; para sus habitantes, acude a De Pauw; para la historia de la conquista europea, a Raynal y a los más ruidosos repetidores de Las Casas y de la leyenda negra, —salpicando todo ello con copiosas alusiones al diluvio en las versiones laicas de Bacon y de Boulanger.

Sus citas, por lo demás, son preciosamente escasas; y si Buffon es recordado,²⁰⁴ no lo es nunca De Pauw.²⁰⁵ Pero ¿nos puede caber duda sobre la proveniencia de esta página?

El nuevo hemisferio... era un mundo bastante nuevo, en comparación con el viejo; más joven, más recién salido del seno de las aguas, y producía, en los tres reinos, sustancias o seres sobre los cuales la naturaleza imprimía visiblemente todos los rasgos de la juventud.²⁰⁶

Y hasta aquí todo parece hermoso y nuevo, macizo y fresco. Pero inmediatamente, sin una palabra de explicación, esa cualidad juvenil se parte en dos, y se convierte en atributo positivo de la naturaleza inanimada, pero negativo de la naturaleza viva.

Las formas generales y geológicas desplegaban allí una magnificencia notable; pero el principio vital, poco desarrollado, se hallaba aún en un estado de languidez. Se veían montañas más altas que en el otro hemisferio,²⁰⁷ ríos más grandes, lagos en mayor número y más vastos; y sin embargo el reino vegetal carecía de savia y de vigor.²⁰⁸ No se encontraba allí ninguna especie de animales que se pudiera comparar con la [*sic*] del mundo antiguo. Ni siquiera los leones y los tigres —o más bien los pumas y los jaguares, calificados con estos nombres— tenían la intrepidez de los de África, como tampoco su voracidad. El clima mismo no correspondía de ninguna manera al del otro hemisferio. Era respectivamente [?] más hú-

²⁰⁴ *Histoire philosophique*, 3ª ed., Paris, 1910, vol. I, pp. 289-290 nota; y cf. *Les Vers dorés de Pythagore expliqués*, Paris, 1813, pp. 397-398, y Cellier, *op. cit.*, pp. 76-77. Boulanger es recordado también varias veces en *La langue hébraïque*, *op. cit.* (por ejemplo, vol. I, pp. xxvii, xxix, xxxiv).

²⁰⁵ Sin embargo, Fabre d'Olivet había leído ciertamente por lo menos las *Recherches sur les Grecs*: las recuerda con ostentoso desprecio (pero revelando que conoce otras obras del mismo autor) a propósito de los críticos impertinentes de la Antigüedad: "plus loin je vois, pour comble de singularité, un faiseur de *Recherches* qui trouve... que le premier éditeur des poèmes d'Homère, le mâle législateur de Sparte, Lycurgue enfin, était un homme ignare et non lettré, ne sachant ni lire ni écrire", etc. (*Vers dorés*, p. 281, donde cita a "Pauw, *Recherches sur les Grecs*, t. II, p. 355"; cf., en efecto, *Recherches sur les Grecs*, ed. cit., vol. II, pp. 379-381, y *supra*, pp. 319-321).

²⁰⁶ *Histoire philosophique*, ed. cit., vol. II, p. 181: "Le nouvel hémisphère... était un Monde assez nouveau, relativement à l'ancien; plus jeune, plus récemment sorti du sein des eaux, produisant, dans les trois règnes, des substances ou des êtres sur lesquels la nature imprimait visiblement tous les traits de la jeunesse".

²⁰⁷ Eco de Delisle de Sales (cf. *supra*, pp. 101-102), otro autor bien conocido por Fabre d'Olivet (véase, por ejemplo, *Vers dorés*, *op. cit.*, pp. 36 nota, 117 nota, etc.), y que figura entre los suscriptores de *La langue hébraïque*. Cf. Viatte, *op. cit.*, vol. II, pp. 169-170, 181 y 187, y sobre todo Cellier, *op. cit.*, pp. 60-63, 78-81, 109-111, 119-120, 205, etc., según el cual la amistad de Delisle de Sales tuvo en la atormentada vida de Fabre d'Olivet "un grand rôle, plus grand qu'on ne l'a soupçonné jusqu'ici" (pp. 54-55).

²⁰⁸ Fabre d'Olivet se olvida de las selvas del Norte y de la Amazonia, quizá bajo la sugestión del sobadísimo lamento por la poca fertilidad de los terrenos y la escasez de frutos comestibles.

medo y más frío. Los vegetales flexibles y latescentes,²⁹⁹ los reptiles venenosos, los insectos importunos eran los únicos que se propagaban en abundancia, y con pasmosa rapidez.³⁰⁰

Pero ¿cómo y cuándo ocurrió esa "reciente" emersión? Fabre d'Olivet no sabe renunciar al mito ilustre de la Atlántida y, antes de hacerla surgir "del seno de las aguas", sumerge a América en el Océano. La zambulle hasta el pescuezo, para volverla a pescar húmeda y chorreante...

Es un hecho certísimo, "bien certain", que el continente hoy llamado América no es sino la isla Atlántida. Poblada por la raza roja, esta isla estaba a punto de conquistar el imperio del mundo, cuando sobrevino "une horrible catastrophe" o diluvio, causado, en el plano metafísico, por la absoluta perversión de los pueblos y su consiguiente abandono por parte de la Providencia. Pero, aun admitida esta causa primordial de carácter bíblico, queda la dificultad de explicar las causas secundarias y físicas: "il n'en reste pas moins de grandes difficultés touchant les causes secondaires et physiques".

Para resolverlas, Fabre d'Olivet no vacila en imaginar un brusco movimiento del globo terráqueo que, según él, levantó el polo boreal, tal vez con varias sacudidas repetidas, de tal manera que la tierra, enderezada a fuerza de empujones, volcó sus aguas hacia el polo austral, sumergiendo la Atlántida y dejando, en las partes bajas así anegadas, una serie de charcos pantanosos. Todos los rojos perecieron ahogados, todos excepto aquellos pocos que en los días del aluvión se encontraron sobre los montes más altos, en los Apalaches, las Cordilleras o los Tapayas,³⁰¹ y no fueron alcanzados por ese vastísimo remolino.

Pero toda esta historia persuade tan escasamente al propio Fabre d'Olivet, que juzga muy oportuno apuntalarla con otras autoridades: "Bacon creía, como yo, que América formó parte de la antigua Atlántida"; Boulanger, que "realizó grandes investigaciones sobre el particular", hace nacer la vida salvaje del terror del diluvio; y "muchos sabios, posteriormente, han extendido y comentado esas ideas".³⁰² En el fondo, sin embargo, se entrevé otro elemento pintoresco y no científico, a saber, la

²⁹⁹ *Stc*: ningún vocabulario registra la palabra. Si se deriva del latín *latesco*, puede significar que esos vegetales se escondían, se encogían (*latescere*), o bien que se dilataban exuberantes (*latescere*). ¿O se tratará de una simple errata por *lactescens*?... Los lapsus de los iniciados engendran problemas hermenéuticos insolubles.

³⁰⁰ *Op. cit.*, vol. II, pp. 181-182: "Les formes générales et géologiques y étaient une magnificence remarquable; mais le principe vital, peu développé, y languissait encore. On y voyait des montagnes plus hautes que dans l'autre hémisphère, des fleuves plus grands, des lacs plus nombreux et plus vastes; et cependant le règne végétal y manquait de sève et de vigueur. On n'y rencontrait aucune espèce d'animaux qu'on pût comparer à celle de l'ancien Monde. Les lions même et les tigres, ou plutôt les pumas et les jaguars qu'on a qualifiés de ces noms, n'avaient ni l'intrépidité de ceux d'Afrique, ni leur voracité. Le climat lui-même ne répondait nullement à celui de l'autre hémisphère. Il était respectivement plus humide et plus froid. Les végétaux flexibles et latescents, les reptiles venimeux, les insectes importuns s'y propageaient seuls en abondance, et avec une étonnante rapidité".

³⁰¹ Si valiera la pena discutir, cabría observar que los montes Apalaches llegan apenas a los 2,048 metros, y que el Tapajoz, en el Brasil, es un río, afluente del Amazonas.

³⁰² *Op. cit.*, vol. II, pp. 190-196: "Bacon croyait comme moi que l'Amérique avait fait partie de l'antique Atlantide...; Boulanger... a fait de grandes recherches à cet égard...; beaucoup de savants ont depuis étendu et commenté ces idées". Sobre

tradición esotérica de las cuatro razas, blanca, negra, roja y amarilla, que se disputaron entre sí, durante los milenios de la prehistoria, el dominio del mundo.³⁰³ —tradición que repite en su esquema formal y traduce en términos naturalistas la parábola bíblica de las cuatro monarquías.³⁰⁴ La raza blanca, según Fabre d'Olivet, aparece cuando la negra, "más antigua que ella, dominaba sobre la tierra y empuñaba el cetro de la ciencia y del poder", reinando sobre África y sobre la mayor parte de Asia, donde había sometido a los amarillos:

Algunos restos de la raza roja languidecían oscuramente sobre las cumbres de las montañas más altas de América, y sobrevivían a la horrible catástrofe que acababa de afligirlos; estos débiles restos eran desconocidos; la raza roja, a la cual habían pertenecido, había poseído hasta entonces el hemisferio occidental del globo.³⁰⁵

Después de la catástrofe, el continente permaneció casi estéril e incapaz de alimentar a una densa población. En efecto, cuando los europeos llegaron a América, no encontraron sino dos naciones "entièremment formées", los mexicanos y los peruanos: dos naciones infantiles, de las cuales nos dice Fabre d'Olivet, una vez, que su desarrollo, tal vez prometedor, fue aplastado en germen por la Voluntad europea, y otra vez, en cambio, que habían tenido —los peruanos cuando menos— "un desarrollo intelectual precoz", quizá por efecto de las enseñanzas de ciertos navegantes chinos que desembarcaron cerca de Panamá, pero "un desarrollo físico tardío y sofocado". Estos sabios raquíuticos sirven primero a Fabre d'Olivet como confirmación de la tesis cíclica según la cual las naciones decrepitas son parecidísimas a las infantiles,³⁰⁶ y luego son comparados con los frutos de invernadero, "brillantes a la vista; pero al gusto, flácidos e insípidos". El resultado es fácil de prever (facilísimo tres siglos después

Bacon, véase *supra*, pp. 56-58; sobre Boulanger (antipático a causa de su racionalismo a otros ocultistas, como Saint-Martin, el cual es citado frecuentemente y con reverencia por Fabre d'Olivet), véase también *supra*, p. 55.

³⁰³ Véase Papus (G. Encausse), *L'occultisme et le spiritualisme*, Paris, 1902, pp. 114-119, el cual resume esa tradición "d'après Fabre d'Olivet", que es para él "l'ange de ce courant d'érudition et de philosophie... l'un des hommes les plus savants qu'ait produits l'occultisme" (*ibid.*, p. 125).

³⁰⁴ Véase *supra*, pp. 119-120.

³⁰⁵ *Histoire philosophique*, vol. I, p. 67: "quelques débris de la Race rouge languissaient obscurément sur les sommets des plus hautes montagnes de l'Amérique, et survivaient à l'horrible catastrophe qui venait de les frapper: ces faibles débris étaient inconnus; la Race rouge, à laquelle ils avaient appartenu, avait naguère possédé l'hémisphère occidental du globe". La fuente inmediata de esta sucesión de razas parecen ser algunos artículos ("Animal", "Nature", "Quadrupède") del *Nouveau dictionnaire d'histoire naturelle* (1816) que Fabre d'Olivet cita con grandes elogios y en el cual se lee, entre otras cosas: "peut-être la race des Nègres... a-t-elle été jadis la reine de la terre, avant que la race blanche fut créée... Le Nègre, jadis roi des animaux, est tombé sous le joug de l'Européen; celui-ci courbera la tête à son tour devant une race plus puissante et plus intelligente?", etc. (*Vers dorés*, *op. cit.*, pp. 398-402). Sin embargo, a esta pregunta Fabre d'Olivet dará respuesta negativa (véase *infra*, p. 371). Véase también la página reproducida en Tanner, *Gnostiques de la Révolution*, *op. cit.*, vol. II, p. 247, y cf. *infra*, p. 423, la primacía racial que Schopenhauer atribuye a los negros.

³⁰⁶ Otro acercamiento, pero esta vez antitético, de vejez e infancia: con la trata de los negros en América, "un peuple décrépité vint partager l'infortune d'un peuple infant" (*op. cit.*, vol. II, p. 199; y *Gnostiques*, vol. II, pp. 257-258).

del hecho): como los peruanos, con toda su cultura literaria, no eran guerreros, tenía que ser fácil para un puñado de bandidos rapaces, astutos y feroces aniquilar a "ese pueblo demasiado ocupado en ideas que estaban por encima de sus alcances".³⁰⁷

Al lado de estos Incas de fantasía, físicamente lascasianos pero mentalmente herederos de una misteriosa sabiduría asiática, los simples indios hacen una tristísima figura: también ellos son pobres de fuerza muscular, pero a eso hay que agregar (o restar) que no tienen ninguna dote intelectual. Permanecieron en la infancia de su estado social, y "ninguna de sus facultades se hallaba enteramente desarrollada: eran tan débiles en lo físico como en lo moral".³⁰⁸ Incluso su color es de mala calidad. Eran de raza roja, sí, pero no de raza pura: inficionados por cruces y mezclas, conservaban en sus tradiciones el recuerdo del desastre de la Atlántida y de una migración de europeos, vía Islandia-Groenlandia-Labrador-Canadá-Luisiana-México:³⁰⁹ actualmente, trescientos años después del descubrimiento, están todavía más bastardeados y amestizados, de la misma manera que las especies animales y vegetales se presentan alteradas por las aportaciones y por la zootecnia europea. Con todo, su tipo nos es indeleblemente familiar: imberbes, "su complexión era húmeda y sin fuerza viril. Había hombres que tenían leche en las tetillas".³¹⁰ Sus mujeres eran infecundas y servían como de esclavas a los varones,³¹¹ los cuales, por lo demás, eran endebles, privados de ambición y de fuertes pasiones, infantiles, imprevisores. En todo el hemisferio no había un solo pastor: "no se conocía ningún animal al que se hubiera sometido al yugo de la domesticidad".³¹²

³⁰⁷ *Histoire philosophique*, vol. I, pp. 152-153; vol. II, pp. 182 ("un développement intellectuel précoce... [mais] un développement physique tardif et étouffé"), 197 ("... brillants à la vue; mais au goût, flasques et sans saveur"), 200 ("ce peuple trop occupé d'idées au dessus de sa portée"). Otros rasgos ferozmente anti-hispánicos y alusiones sacramentales a la "expiación" que tuvo que hacer toda la nación española por sus delitos: *op. cit.*, vol. I, p. 341 nota; vol. II, pp. 129-130, 179-180, 184, 187-189, 201 nota, 204. Sobre los mexicanos, cf. también vol. II, pp. 200-202; sobre los peruanos, vol. II, pp. 203-204. La monarquía de los primeros era imperial-feudal de tipo europeo; la de los segundos, teocrática de tipo oriental (*op. cit.*, vol. II, p. 383).

³⁰⁸ *Ibid.*, vol. II, p. 186: "aucune de leurs facultés n'était entièrement développée; ils étaient faibles au physique comme au moral". Cellier, *op. cit.*, p. 275, recoge otras burlas que lanza Fabre a los indios americanos idealizados por Rousseau (caribes, algonquines, ribereños del Mississipi).

³⁰⁹ *Ibid.*, vol. II, pp. 186-188, 200. También la idea de los sacrificios humanos, según él, les vino a los mexicanos de los europeos, a través de Islandia (*ibid.*, vol. I, p. 201).

³¹⁰ *Ibid.*, vol. II, p. 186 nota: "leur complexión était humide et sans force virile. On trouvait des hommes qui avaient du lait aux mamelles". De cualquiera hubiéramos podido esperar que refiriera con escándalo este particular, menos del órfico y pitagórico Fabre d'Olivet, que debiera haberse acordado de los pechos de su lejano predecesor Tiresias... Obsérvese, sin embargo, que en Fabre d'Olivet, como en Joseph de Maistre y en los demás ceñudos "profetas", los particulares escandalosos o eróticos de De Pauw se dejan decorosamente en la penumbra.

³¹¹ *Ibid.*, vol. II, p. 187 nota; cf. De Pauw, *Recherches*, vol. I, p. 54: "elles procréaient peu".

³¹² *Ibid.*: "on n'y connaissait aucun animal qu'on eût soumis au joug de la domesticité"; cf. De Pauw, *Recherches*, vol. I, p. 111: "les naturels de l'Amérique septentrionale n'avaient pas eu l'esprit de soumettre ces animaux, ni de les apprivoiser à paître...; les Bisons, que les Tartares ont amenés à la domesticité, étaient également restés sauvages chez les Américains", etc.

En cuanto a las naciones de tronco europeo que se han organizado ahora en todo el hemisferio, Fabre d'Olivet las contempla con mal disimulada antipatía: la América del Norte es protestante, la del Sur es jesuítica: es inevitable que tarde o temprano vengan a las manos: "entonces sí que medirán sus fuerzas Lutero y Loyola".³¹³ Ni una palabra, pues, del destino feliz del Occidente, y todavía menos de la traslación del poder político del Viejo Mundo al Nuevo. Lejos de eso, Fabre d'Olivet ve a Europa, a la secular Europa, ligada en una Santa Alianza, gobernada por un Pontífice Supremo, y marchando por la fuerza de las cosas —"par la seule force des choses"— a la conquista del Mundo.³¹⁴

Optimista en todo, desde el destino de Europa hasta la fortuna de su libro, Fabre d'Olivet estaba convencido de que hubiera sido difícil "exponer con mayor claridad, rapidez, y quizá amenidad, la historia del género humano desde hace doce mil años, según un sistema enteramente nuevo, en que se vinculan la física y la metafísica". Hasta a lectores superficiales, según cuenta, les ha parecido interesante su libro. Si los "contemporáneos" se niegan a recibir la verdad que él les presenta, y que es la única capaz de salvarlos de las espantosas calamidades que los amenazan, tanto peor para ellos: "la posteridad me vengará".³¹⁵

La ritual apelación a los pósteros no ha sido acogida aún. Pero ¿qué son ciento treinta años para el historiador de ciento veinte siglos? Entre sus contemporáneos, se sabe que lo visitó alguna vez Ballanche, que había leído sus obras y que (según un crítico asimismo contemporáneo) se sentía extrañamente atraído por sus ideas, aunque las veía "atrincheradas siempre tras una ciencia poco verificable, y guardadas por una actitud de desdén que no entrega jamás su última palabra".³¹⁶

Esto al menos se llama hablar claro. Para definir a "este filósofo que hubiera podido prescindir de ser charlatán", Sainte-Beuve no había aprendido aún a desleír sus venenos.³¹⁷

13. REACCIÓN DE LOS HOMBRES DE CIENCIA: BARTON Y HUMBOLDT

a) Benjamin Smith Barton y los sabios norteamericanos

Ahora bien, es un hecho que, para destruir la tesis de la inferioridad de América, aseverada y difundida por naturalistas e historiadores de amplísima fama, hacía falta muy otra cosa que la instintiva desconfianza de

³¹³ *Ibid.*, vol. II, p. 256: "c'est alors que Luther et Loyola mesureront leurs forces". Cf. Hegel, *infra*, p. 404.

³¹⁴ *Ibid.*, vol. II, p. 468: se sabe que este augurio o profecía, formulado en términos políticos entonces de actualidad, fue mal entendido y le valió a Fabre d'Olivet una fama de reaccionario teocrático que en realidad no le queda bien. En el mundo unido se hablará una sola lengua, que, según augura el autor, será el francés (*La langue hébraïque*, *op. cit.*, vol. I, p. 197).

³¹⁵ Carta del 15 de mayo de 1822 (en *Gnostiques*, *op. cit.*, vol. II, pp. 9-10): "il eût été difficile d'exposer avec plus de clarté, de rapidité, et peut-être d'agrément l'histoire du genre humain depuis douze mille ans, selon un système lié de physique et de métaphysique entièrement nouveau...; la postérité me vengera".

³¹⁶ "... toujours retranchées derrière une science peu vérifiable et gardées par une morgue qui ne livre jamais son dernier mot". Precisamente "charlatán" o tunante era juzgado Fabre d'Olivet ya por Volney, en el ambiente de Benjamin Constant y, más tarde, por Ernest Renan (Cellier, *op. cit.*, p. 242, nota 1).

³¹⁷ Sainte-Beuve, *Portraits contemporains* (1834), ed. Paris, 1855, vol. I, p. 324: "ce

un Sainte-Beuve, la extática ingenuidad de un Bernardin de Saint-Pierre, o, remontándonos de década en década, el capcioso empeño de algún padre jesuita. Hacía falta la palabra de la Ciencia. Pero lo bueno del caso es que esta palabra había sido pronunciada desde los comienzos del siglo, y sin embargo ni los poetas, ni los místicos, ni (como veremos muy pronto) el gran Hegel parecen haberse dado por entendidos.

Ya se ha visto delinarse en la América del Norte, orgullosa y rebelde, una vivaz reacción contra la especiosa condena buffoniana. Hasta en el desarrollo del West y en el incremento del comercio con el Extremo Oriente se descubrían razones para refutar la tesis del naturalista francés. Discípulo de Jefferson, el conocido hombre de estado y publicista Thomas Hart Benton, uno de los profetas del "destino manifiesto", remozaba (1818-19) la admirable ilusión de Cristóbal Colón e indicaba en los Estados Unidos el puente lanzado, no ya sólo hacia las riquezas de la India, sino a las de toda el Asia. Una vez llegados al Pacífico, y teniendo ante los ojos (es una manera de decir) el continente en que fueron creados Adán y Eva, los norteamericanos habrán completado la "circumambulación del globo". Asegurado así, "a despecho del inglés", el control del tráfico con Asia, se harán independientes de Europa, y no serán ya serviles copistas e imitadores, sellados por Buffon con un estigma de inferioridad biológica.³¹⁸

Con más serio empeño, geólogos, ornitólogos y etnógrafos iban recogiendo datos pacientemente, y haciendo observaciones que, sin ser abiertamente polémicas, antes al contrario, sobre todo por no estar formuladas en explícita antítesis a la tesis de la inferioridad telúrica americana, socavaban las bases de hecho de esa tesis. Los naturalistas del Nuevo Mundo encontraban estratos fósiles de indiscutible antigüedad, pájaros de canto tolerablemente melodioso,³¹⁹ indígenas susceptibles de ser contagiados por la civilización, —de aquella civilización, al menos, que se les presentaba en forma de bebidas embriagantes y de estrepitosas armas de fuego.

Cuando, en 1801, se encontraron cerca de Nueva York dos esqueletos fósiles de mamut, un hijo del descubridor llevó uno de ellos a Londres, y lo presentó en pública exposición a los atónitos europeos, describiéndolo asimismo en opúsculos propagandísticos como el "Great American Inco-pitum", un carnívoro americano de tamaño inmenso, jamás descrito antes —"a non-descript carnivorous Animal of immense size, found in America"—, y de estos opúsculos le hacía llegar copia al presidente de los

philosophe qui aurait pu se passer d'être charlatan". Cf. E. Faguet, *Politiques et moralistes du dix-neuvième siècle*, Paris, s. f., vol. II, p. 137.

³¹⁸ H. N. Smith, *Virgin land*, op. cit., pp. 22-26. Varias veces, en los primeros años del siglo, políticos, profesores y periodistas levantaron pedestales a Jefferson por su decisiva victoria contra los errores y las calumnias de Buffon (véanse ejemplos en Martin, op. cit., p. 26).

³¹⁹ Además de Jefferson (*Papers*, ed. cit., vol. VIII, p. 241), para quien el ruiseñor es un cantor de tercer orden en comparación con el *mocking-bird* y el tordo americano (cf. *supra*, p. 230, nota 415), véanse, por ejemplo, los testimonios de Gilbert Imlay, que exalta en 1792 la suavidad del canto de los pájaros de Kentucky (H. N. Smith, op. cit., p. 130) y del discípulo y amigo del famoso William Bartram (*Travels*, etc., Philadelphia, 1791; sobre el cual véase N. B. Fagin, *William Bartram, interpreter of the American landscape*, Baltimore, 1933, especialmente p. 96), Alexander Wilson, *American ornithology*, 1808-13, en polémica con Buffon (Moore art. cit., p. 326; Martin, op. cit., p. 195).

Estados Unidos, que era también un viejo amigo suyo, Thomas Jefferson.³²⁰

Como Jefferson, esos naturalistas y hombres de ciencia estaban movidos por un sentido de amor, de admiración y de curiosidad por su tierra y por todos sus productos. A los criollos ya nos hemos referido.³²¹ En las ex colonias británicas, la independencia política precedió al estudio metódico de las peculiaridades y de los recursos locales, de manera que este estudio pudo llevarse a cabo sin asumir ese acento de reivindicación y de panegírico que demasiado a menudo se observa en la literatura científica de la América hispánica entre finales del siglo XVIII y comienzos del XIX. Pero aun cuando son más fríos y objetivos, los naturalistas de los Estados Unidos parten de la convicción de que su "materia", los minerales, las plantas y los animales y las gentes de la América septentrional son tan dignos de estudio, tan importantes en sí y por sí como los de cualquier otra parte del mundo.

La idea de América como continente apenas surgido de las aguas y todavía mal desecado, "un pantanoso desierto habitado por cocodrilos y serpientes", era rechazada con indignación por el ilustre botánico de Filadelfia, Benjamin Smith Barton, que había estudiado en Europa (en Edimburgo y en Göttingen) y que llegó a ser, en 1802, presidente de la American Philosophical Society. El doctor Barton descendía a trabar polémica con Buffon, con De Pauw y con Robertson, se remontaba a las fuentes originales de la civilización indoamericana³²² y ya en las primeras páginas de sus *Fragments of the natural history of Pennsylvania* escribía:

No puedo menos de juzgar una suposición pueril, sin apoyo en las pruebas de la naturaleza, la idea de que, probablemente, una gran parte de América surgió del seno del océano más tarde que los demás continentes.³²³

³²⁰ Cf. *Catalogue of the library of Th. Jefferson*, op. cit., vol. I, pp. 475-476; Martin, op. cit., pp. 115 y 125, y *supra*, pp. 222-223. El enorme esqueleto fue expuesto luego en el Museo de Filadelfia, donde lo examinó atentamente Perrin du Lac (*Voyage dans les deux Louisianes*, op. cit., pp. 253-256), y donde, un cuarto de siglo más tarde, lo observó (1829), pero quedando "greatly disappointed in its appearance", la viajera Anne Royall (apud W. S. Tryon, *A mirror for Americans*, op. cit., pp. 62-63; cf. Martin, op. cit., pp. 119-120). En un museo de Cincinnati se exponían en 1833-34 unos "enormous organic remains" (*A mirror*, p. 553). Y en Columbia, South Carolina, Frederika Bremer observaba (1850) "des fragments de squelettes d'animaux gigantesques, le mégatherium et le mastodonte, trouvés ici" (op. cit., vol. I, p. 383; cf. también vol. II, p. 263).

³²¹ *Supra*, pp. 165-167.

³²² H. Bernstein, "Some Inter-American aspects of the Enlightenment", art. cit., p. 58, y *Origins of inter-American interest, 1700-1812*, op. cit., pp. 61-62. A Barton se dedicó la traducción (1808) de la historia chilena de Molina (*ibid.*, p. 64), y Jefferson, que poseía varios escritos suyos (*Catalogue of the library*, . . . , ed. cit., vol. I, pp. 318-319, 468-469; vol. III, p. 357; vol. IV, pp. 185-187, 219), le comunicó algunos apuntes sobre los vocabularios indígenas (véase la ed. Ford, vol. IV, p. 120; vol. IX, p. 177; *Life and writings*, ed. Modern Library, pp. 598-599, y Peden, en nota a su edición, p. 282, nota 13). Sobre Barton, cf. Smallwood, op. cit., pp. 289-293, etc.; Pearce, op. cit., pp. 77-78; Martin, op. cit., pp. 194-195, 247. (No hay que confundirlo con William Barton, que defendió en 1791 el clima, la salubridad y las virtuosas disposiciones de América contra Buffon y los demás denigradores europeos, y sobre el cual véase Chinard, "Eighteenth-century theories", art. cit., pp. 47-49; *L'homme contre la nature*, op. cit., pp. 61 ss.; y Martin, op. cit., pp. 200-202.)

³²³ *Op. cit.*, I, p. 4: "I cannot but deem it a puerile supposition, unsupported by the evidence of nature, that a great part of America has probably later emerged from the bosom of the ocean than the other continents".

En las *Notes on Virginia* (bien conocidas por Barton), ya había demolido Jefferson la hipótesis de un diluvio americano; y hasta había puesto en duda que existiera en toda la atmósfera la suficiente humedad para alimentar el diluvio universal de la Biblia; y había salvado al mismo tiempo la fe en el Viejo Testamento y la fe en América insinuando que un pequeño diluvio bien puede haber ocurrido allá, en las comarcas circunvecinas del Mediterráneo.³²⁴ De manera no muy distinta, el reverendo Timothy Dwight (1752-1817), para defender mejor el clima de los Estados Unidos, proteger su pasado contra el vituperio de una sumersión post-noáquida y limpiar a sus animales de la sospecha de degeneración, cubrió de gruesos sarcasmos a Buffon y a su crédulo secuaz De Pauw.³²⁵

Con análogo celo e igual decisión, Dewitt Clinton negó (1814) que la temperatura de América tuviese una influencia nociva sobre el cuerpo y sobre el espíritu del hombre, y exaltó la "raza" americana como una mezcla feliz de las mejores cepas europeas.³²⁶

El geógrafo Jedidiah Morse (1761-1826), al describir a los Estados Unidos, se proponía a su vez corregir los muchos errores cometidos por los europeos, los únicos que hasta entonces se habían ocupado de geografía americana, y se documentaba copiosamente en las *Notes jeffersonianas*. Y si, hablando de la América hispánica, repetía los juicios superficiales de De Pauw y Robertson, simpatizaba en cambio con los pieles rojas y daba de ellos un cuadro particularizado y exacto, que terminaba con una abierta polémica contra Buffon y De Pauw. Hacia el final de su vida (ca. 1824) fundó la American Society for Promoting the Civilization and General Improvement of the Indian Tribes in the United States.³²⁷

b) El entusiasmo de Humboldt por la América tropical

Pero Jefferson, Barton, Clinton y Morse escribían en América. Y en Europa (como preguntaba precisamente por entonces Sydney Smith), "¿quién lee un libro americano?"³²⁸ También en Europa, sin embargo, América

³²⁴ Martin, *op. cit.*, p. 128: "... in the country lying round the Mediterranean sea".

³²⁵ Martin, *op. cit.*, pp. 153, 158, 170, 194-196, 204.

³²⁶ Curti, *The roots, op. cit.*, pp. 66, 71; Beard, *The American spirit, op. cit.*, pp. 214 ss.

³²⁷ Véase M. Kraus, *A history of American history*, New York, 1937, pp. 151-155; H. Bernstein, *Origins, op. cit.*, p. 63; Pearce, *op. cit.*, pp. 60, 79, 96-97, 187. Y, para los demás ejemplos, Martin, *op. cit.*, pp. 192-196; en defensa de la longevidad de los americanos, véase *ibid.*, pp. 202-203.

³²⁸ "In the four quarters of the globe, who reads an American book or goes to an American play, or looks at an American picture or statue?" (Sydney Smith, en la *Edinburgh Review*, enero de 1820; frase citadísima y que llegó a ser casi proverbial; análogas expresiones había utilizado Smith en un artículo de la misma *Edinburgh Review*, en diciembre de 1818; véase Cunliffe, *op. cit.*, p. 44). Veinte años después, un editor norteamericano podía replicarle que muchísimos libros norteamericanos, 382 en diez años, habían sido reimpressos en Inglaterra (G. P. Putnam, "Literature in America", 1845, en B. Rascoe, *An American reader, op. cit.*, pp. 291-292). Al aparecer el *Uncle Tom's cabin*, con el estrepitoso éxito que todo el mundo sabe, otro norteamericano le replicaba burlescamente a Sydney Smith: "Who reads an American book, did you inquire, Mr. Smith? Why... who does not?" (Ch. F. Briggs, *Uncle Tomitudes*, 1853, *ibid.*, p. 383). Y en su ensayo sobre Hawthorne, Melville anunciaba que estaba próximo el día en que se preguntaría: "Who reads a book by an Englishman that is a modern?" (F. O. Matthiessen, *American renaissance, op. cit.*, p. 372, el cual siente

encontraba entonces un defensor, y de estatura mucho mayor que la del honrado médico de Pennsylvania. Alexander von Humboldt lo citaba, por lo demás, alabándolo como "agudo naturalista", y volvía a tomar por su cuenta (1806-07), y desde un punto de vista más elevado, la crítica de esa afirmación tan difundida, —tan excesivamente difundida:

Demasiado a menudo, escritores generalmente alabados, y alabados por muy justos títulos, han repetido que América es, en todos sentidos, un continente nuevo. Esa exuberante vegetación, la enorme extensión de sus ríos, la intranquilidad de poderosos volcanes, son prueba (dicen ellos) de que allá la tierra, siempre en sobresaltos, todavía no bien desecada, está más cercana que en el viejo continente al estado caótico primordial. Ya mucho tiempo antes de mi viaje, semejantes ideas me parecían tan anti-filosóficas como contrarias a las leyes físicas generalmente reconocidas. Imágenes fantásticas de juventud y de intranquilidad, de creciente aridez y de inercia [*Trägheit*] de la tierra senescente sólo pueden surgir en aquellos que por juego van en busca de contrastes entre los dos hemisferios, sin esforzarse por concebir con una sola mirada general la estructura del globo terrestre...

Tanto valdría decir que la Italia meridional es más "nueva" que la septentrional, porque allí son frecuentísimos los terremotos y las erupciones volcánicas:

La idea de que en una tierra más antigua tiene que reinar cierta paz en la naturaleza se funda en un mero juego de nuestra imaginación. No hay razón alguna para suponer que toda una parte de nuestro planeta sea más antigua o más nueva que otra.³²⁹

Goethe, confiado en la estabilidad no sólo geológica sino aun social de los países sin erupciones ni terremotos, se había dejado coger de ese juego de la imaginación. Humboldt, no. Hasta sus primitivas convicciones neptunistas se modifican al resplandor de los volcanes americanos. Lejos de exaltar, como Goethe, al Nuevo Mundo por ser pobre en basaltos y en tormentos sísmicos, Humboldt se complace en admirar en América la complejidad, la furia alterna y los retorcidos connubios de los fenómenos naturales. Lo que lo seduce no es la plácida paz de los estratos geológicos, sino la vida, la variedad imprevisible de la vida —incluso la vida telúrica—, el juego violento de las fuerzas elementales. Más que a la etérea serenidad del Universo, él es sensible al ímpetu y a los impulsos que lo mantienen en movimiento y en agitación y se unifican en una superior armonía de discordias.

todavía el escozor de la insolente *boutade* de Smith y recuerda que justamente en 1820-21, con Irving, Bryant y Cooper, nacía la literatura de la nueva nación americana, —cosa que acaba por dar la razón al inglés).

³²⁹ A. von Humboldt, *Ansichten der Natur, mit wissenschaftlichen Erläuterungen*, 1807, 3. Ausg., Stuttgart-Tübingen, 1849, vol. I, p. 16 (la frase sobre los cocodrilos y serpientes) y nota 19; *ibid.*, vol. I, pp. 167-171, donde se cita, además de Barton, el artículo "Über die Urvölker von Amerika" del propio Humboldt, en la *Neue Berlinische Monatsschrift*, vol. XV (1806), p. 190. La edición francesa (*Tableaux de la nature*, Paris, 1808) fue enviada por Humboldt en homenaje a Jefferson, que ya tenía una altísima opinión de él y, muy conmovido, le agradeció el obsequio (*Catalogue of the library*, ed. cit., vol. I, p. 305; cf. también vol. IV, pp. 290-292, e *infra*, p. 380, nota 352).

Así, pues, no sólo los denigradores de América descubrían y denunciaban en ella deficiencias incontrastables y contradictorias. También los admiradores, un Goethe y un Humboldt, encontraban y admiraban en el Nuevo Mundo aquello que en lo íntimo adoraban, el primero la calma soberana de la Naturaleza, el segundo su eterna creatividad, que escapa a las dicotomías y a los dilemas de los catadráticos.

El volcán Tunguragua, más que lava, lo que vomita es agua y fango: "He aquí —sonríe Humboldt con satisfacción— un volcán a través del cual la Naturaleza quiere reconciliar y unir a los neptunistas con los vulcanistas..."³³⁰ El tono es juguetón, pero ese volcán de carga líquida nos pone en camino hacia la superación de la controversia científica mucho mejor que el fastidio imparcial —y tanto más tardío— del viejo Goethe.³³¹

En la polémica entre neptunistas y plutonistas, como en la polémica sobre la edad geológica o la humedad de América, la objetividad empírica de la nueva ciencia natural, informada de espíritu crítico y de sentidos históricos, debía rechazar necesariamente todos aquellos esquemas temporales, aquellos juicios de valor, aquellos equilibrios y aquellos simétricos contrastes que tuviesen aunque sólo fuera una apariencia de sistematización apriorística. Pero más reacios aún a toda fatua condena tenían que ser el espíritu alerta y cordial de Humboldt, su anhelo de una visión orgánica del mundo y su ansia romántica de totalidad. "En América —podrá escribir Chateaubriand—, el ilustre Humboldt lo ha pintado todo y lo ha dicho todo."³³²

Precisamente para estudiarla a conciencia —no hay en él huella alguna de malsano exotismo—, Humboldt se había hecho a la vela (1799) rumbo a las regiones equinociales del Nuevo Mundo, la parte de América que se reputaba como la más malsana, los temidísimos trópicos en torno al Mar Caribe. Y desde el primer momento se había encontrado allí a las mil maravillas. Ninguna dificultad de aclimatación. Por el contrario, una inmediata y robusta sensación de hallarse por fin en un teatro inmenso,

³³⁰ Carta a F. X. von Zach, de Cumaná, 1º de septiembre de 1799, en *Alexander von Humboldt, eine wissenschaftliche Biographie*, hgg. von K. Bruhns, Leipzig, 1872 (en lo sucesivo citado como Bruhns), vol. I, p. 323: "Also ein Vulkan, durch welchen die Natur die Neptunisten mit den Vulkanisten aussöhnen und vereinigen will!" Sobre su neptunismo juvenil, véase *ibid.*, vol. I, pp. 238-239; vol. III, pp. 102, 108, 182-183. Su primer escrito, *Mineralogische Betrachtungen über einige Basalte am Rhein* (1790), debía demostrar "dass dieses Gestein neptunischen Ursprungs sei" (H. Klencke, *Alexander von Humboldt*, Leipzig, 1851, p. 29). Todavía a su regreso de América, Humboldt opinaba que sus viajes aportarían nuevas confirmaciones al sistema de Werner: carta a K. Freiesleben, de Burdeos, 1º de agosto de 1804, en Bruhns, *op. cit.*, vol. I, p. 397.

³³¹ Véase *supra*, pp. 329-330. Sobre el consiguiente conflicto de ideas entre Goethe y Humboldt, véanse los exhaustivos particulares que hay en Bruhns, vol. I, pp. 192-197; pero cf. asimismo Friedrich Muthmann, *Alexander von Humboldt und sein Naturbild im Spiegel der Goethezeit*, Zürich-Stuttgart, 1955, especialmente pp. 16-17, 63-64. También Jefferson, sustancialmente neptunista, profesaba un absoluto desinterés por los alegatos rivales de Vulcano y de Neptuno (Martin, *op. cit.*, pp. 45, 127-128). Bastante más tardía, pero todavía en el espíritu de Humboldt, es la ironía de un periodista norteamericano que encontró, en el alto valle del Mississippi, claros indicios de que en un tiempo esta región había estado sujeta a una poderosa acción volcánica y diluvial: "and neither the Neptunian or Vulcanian theory can advance a superior claim" (E. Flagg, *The Far-West*, New York, 1838, en W. S. Tryon, *A mirror, op. cit.*, pp. 571-572).

³³² *Voyage en Amérique*, ed. cit., p. 27: "En Amérique, l'illustre Humboldt a tout peint et tout dit."

extraordinariamente rico y luminoso y con las fuerzas de la mente tenas y exaltadas para estudiarlo y gozarlo en cada uno de sus aspectos. En sus descripciones torna a encenderse el entusiasmo de los primeros descubridores, tanto más sorprendente después de tres siglos de viajes y de exploraciones, y penetrado de mayor seriedad y de mayor gravedad a causa de la madurez científica a que había llegado la Europa de 1800. Sin cometer ninguna injusticia con los innumerables precursores, desde Oviedo hasta La Condamine, se puede decir que con Humboldt el pensamiento de Occidente completa por fin la pacífica conquista y anexa idealmente a su mundo, al único Cosmos, aquellas regiones que hasta entonces casi sólo habían sido objeto de curiosidad, de estupor o de mofa. Y a esa conquista se lanza Humboldt con una disposición de ánimo regocijada y abierta, con aquella leve euforia que todavía hoy experimenta cualquiera de nosotros cuando desde las apreturas y las innumerables voces ancestrales de nuestra civilización llega por primera vez a los mudos y deslumbradores horizontes de la América tropical, a los quemados desiertos costeros y a las túrgidas márgenes intactas de la gran selva continental. Uno se siente renacer. Y si en la pequeña y lejanísima Europa resuena justamente entonces el fragor y el gemido de una guerra, napoleónica o hitleriana, es fácil que el felicísimo prófugo descubra una tosca racionalidad, una perfección ingenua, una pasadera imitación del antiguo Edén en ese paisaje de bosques planos y tupidos, surcados por ríos inmensos, y de cumbres blancas y altísimas, a pico sobre las arenas del mar.

Las primeras impresiones de Humboldt —y las segundas— tienen en efecto un tono constante de exultación: "No puedo repetirme lo bastante —le escribe a su hermano— cuán feliz me siento en esta parte del mundo: me he acostumbrado ya de tal manera al clima, que siento como si nunca hubiera vivido en Europa."³³³ De noche, el cielo es todo un centelleo: "creo que justamente aquí es donde el cielo estrellado ofrece el espectáculo más hermoso y espléndido."³³⁴ De día, plantas y animales resplandecen con mil colores: los pájaros, los peces, hasta los cangrejos, azules y amarillos, concurren a la impresión de conjunto, constelan con acordes cromáticos el verde todopoderoso de la vegetación: "sólo aquí, en la Guayana, en esta parte tropical de Sudamérica, es realmente verde el mundo."³³⁵ Las montañas de México son las más hermosas del globo. El Chimborazo (en el Ecuador), la cima más grandiosa de la tierra.³³⁶ El sueño de toda su vida se ha hecho realidad, el mundo tropical es su elemento: "Die Tropenwelt ist mein Element." De salud se encuentra siempre estupendamente. La sociedad misma de los criollos le agrada cada

³³³ Carta a su hermano, de Cumaná, 17 de octubre de 1800, citada en Bruhns, *op. cit.*, vol. I, p. 332: "Ich kann Dir nicht genug wiederholen wie sehr glücklich ich mich fühle in diesem Theile der Welt, in welchem ich mich schon so an das Klima gewöhnt habe, dass es mir vorkommt als wenn ich gar nicht in Europa gewöhnt hätte."

³³⁴ Carta de Cumaná, 1º de septiembre de 1799, *ibid.*, vol. I, p. 322: "ich glaube, dass gerade hier der gestirnte Himmel das schönste und prächtigste Schauspiel gewährt."

³³⁵ Cartas a su hermano, de Cumaná, 16 de julio de 1799, y a Willdenow, de La Habana, 21 de febrero de 1801, en Bruhns, vol. I, pp. 319 y 343: "nur hier, hier in der Guayana, in dem tropischen Theile von Südamerika, ist die Welt recht eigentlich grün".

³³⁶ *Ibid.*, vol. II, p. 441.

día más.³³⁷ Y en una hermosísima señora mexicana encuentra incluso una segunda Madame de Staël, "eine amerikanische Frau von Staël".³³⁸

En el momento de regresar a Europa, se siente con el corazón oprimido: no logra desprenderse de "este maravilloso mundo de las Indias".³³⁹ Y todavía en su edad madura añorará los trópicos, el clima de las banananas y de las palmas, y en la vejez exigirá en sus habitaciones una temperatura "tropical", de más de veinte grados Réaumur.³⁴⁰

c) Sus críticas a Buffon y a De Pauw

Ahora bien, lo curioso es que su propósito al visitar a América había sido precisamente el de ahondar el problema buffoniano, el problema de las relaciones entre los seres vivos y el ambiente natural. Recogería plantas y fósiles, muy bien, haría observaciones astronómicas, analizaría químicamente el aire, sí, —todas estas cosas formaban parte de la "rutina" del viajero naturalista. "Sin embargo, nada de todo esto es el motivo fundamental de mi viaje. La convergencia de las fuerzas, la influencia de la creación inanimada sobre el mundo animado de los animales y de las plantas, toda esta armonía es lo que quiero penetrar constantemente con la mirada".³⁴¹

Pero ya aquí se ve que el problema era buffoniano sólo en la manera como se planteaba, porque ese acento sobre la *harmonía* y sobre la convergencia de las fuerzas lo pintan inmediatamente de colores románticos y filosóficos. Más bien que detenerse en comparaciones cuantitativas y cualitativas entre los dos hemisferios, Humboldt trata de comprender cada organismo y cada ambiente en sí y en sus relaciones con el universo. Y así, en más de una ocasión se encuentra con que debe polemizar contra alguna de las más conocidas afirmaciones del naturalista francés.

Buffon, por ejemplo, se ha equivocado de lleno al tratar al jaguar como una especie de tigre menor. El jaguar es una bestia mucho más formidable de lo que él se imagina. Humboldt, remontando la corriente del Apure, ha encontrado uno que era más corpulento que todos los tigres de Bengala vistos en las casas de fieras de Europa: "los indígenas mismos estaban admirados de su prodigiosa longitud".³⁴² Por otra parte, entre

los reptiles hay no sólo caimanes, sino verdaderos cocodrilos: Humboldt ha medido uno que tenía veintidós pies y tres pulgadas de largo.³⁴³

Esto por lo que se refiere a los animales feroces. En cuanto a los domésticos, Humboldt es no sólo igualmente explícito, sino que da un golpe más fuerte a la teoría buffoniana con sólo poner al descubierto sus raíces literarias³⁴⁴ y ciertas razones de su fortuna en Europa:

Superfluo sería refutar aquí las aventuradas afirmaciones de Monsieur de Buffon sobre la pretendida degeneración de los animales domésticos transportados al nuevo continente. Estas ideas se han propagado con gran facilidad porque, al mismo tiempo que halagaban la vanidad de los europeos, se relacionaban con hipótesis brillantes sobre el antiguo estado de nuestro planeta. Ahora que ya se examinan los hechos con cuidado,³⁴⁵ los físicos reconocen armonía ahí donde el elocuente escritor no descubría sino contrastes.³⁴⁶

Esto no quiere decir, naturalmente, que Humboldt se despreocupe de observar las alteraciones que un tipo animal determinado sufre bajo el influjo del ambiente. Monos de la misma especie se dejan domesticar y amaestrar con mayor facilidad en ciertos sitios que en otros. Los cocodrilos son aquí feroces, y allá unos infelices. Pero los animales domésticos llevados de Europa y que se han vuelto selváticos en América, se han multiplicado en número a pesar de los muchos peligros y amenazas que los rodean;³⁴⁷ y en los trópicos (aunque no sólo en los americanos), la minúscula y ágil lagartija de Europa se dilata en el cuerpo colosal, pesado y acorazado del cocodrilo; el gato doméstico se presenta en escala agigantada en los tigres, leones y jaguares.³⁴⁸ En otras palabras, la naturaleza de los trópicos es exuberante y las especies selváticas son más vigorosas y prolíficas que las domésticas, —dos tesis no nuevas, pero sí refrescadas por una experiencia directa; dos tesis no privadas de verdad, pero tampoco bien elaboradas, ya sea porque Humboldt se guardó de formular leyes generales de geografía zoológica y le faltaba sobre todo

³⁴³ Bruhns, vol. III, p. 294. Sobre cocodrilos y tigres corpulentos como los africanos, véase *ibid.*, vol. I, p. 323; agresivos y poderosos, *ibid.*, vol. I, pp. 328, 334, 340; y cf. *infra*, p. 384, como también el *Essai politique sur l'île de Cuba*, *op. cit.*, vol. I, pp. 345-353 (con mención de "la loi de Buffon, relative à la distribution des espèces entre les régions tropicales des deux continents").

³⁴⁴ Véase *supra*, pp. 19-20.

³⁴⁵ Aquel "cuidado" que tanto impacientaba a Buffon (véase *supra*, pp. 17-19).

³⁴⁶ A. de Humboldt, *Essai politique sur le royaume de la Nouvelle Espagne*, *ed. cit.*, vol. III, pp. 224-225: "Il seroit superflu de réfuter ici les assertions hasardées de M. de Buffon sur la prétendue dégénération des animaux domestiques introduits dans le nouveau continent. Ces idées se sont propagées facilement, parce qu'en flattant la vanité des Européens, elles se liaient à des hypothèses brillantes sur l'ancien état de notre planète. Depuis que l'on examine les faits avec soin, les physiiciens reconnaissent de l'harmonie où l'écrivain éloquent n'annonçoit que des contrastes". Como se ve, el acento recae todavía sobre la armonía que absorbe los contrastes (véase *supra*, pp. 375-376).

³⁴⁷ Tesis buffoniana en cuanto establece una superioridad de las especies selváticas sobre las domésticas (véase *supra*, pp. 23-24), anti-buffoniana en cuanto afirma la prolificidad de los animales americanos (cf. *infra*, p. 381). Años antes de partir al Nuevo Mundo, Humboldt meditaba en el hecho de que también las plantas cultivadas (que él comparaba con los animales domésticos) se hacen selváticas o silvestres en América (carta a Schiller, 6 de agosto de 1794, en Bruhns, vol. I, p. 204).

³⁴⁸ Bruhns, vol. III, pp. 273-276.

³³⁷ Carta al Barón von Forell, de Caracas, 3 de febrero de 1800, *ibid.*, vol. I, p. 329; cf. *ibid.*, vol. I, pp. 333, 341, 342. Sobre su salud, cf. *ibid.*, vol. I, pp. 341, 396-397, 398; vol. II, p. 440.

³³⁸ *Ibid.*, vol. I, p. 391.

³³⁹ Carta a Freiesleben, de Burdeos, 1º de agosto de 1804, *ibid.*, vol. I, p. 397.

³⁴⁰ *Ibid.*, vol. I, p. 426; vol. II, p. 476.

³⁴¹ Carta a von Moll, de La Coruña, 5 de junio de 1799, en Bruhns, vol. I, p. 274: "Das alles ist aber nicht Hauptzweck meiner Reise. Auf das Zusammenwirken der Kräfte, den Einfluss der unbelebten Schöpfung auf die belebte Thier- und Pflanzenwelt, auf diese Harmonie sollen stets meine Augen gerichtet sein!"

³⁴² Alejandro de Humboldt y Aimé Bonpland, *Viage a las regiones equinociales del nuevo continente*, etc., París, 1826, vol. II, p. 490. El enorme animalazo es recordado por un viajero inglés de la misma época, Edmond Temple, *Travels in various parts of Peru*, *op. cit.*, vol. I, p. 140. También el Príncipe de Broglie ve (1782) en Caracas un joven y corpulentísimo tigre enjaulado (*Deux Français aux Etats-Unis*, *op. cit.*, p. 144; cf. *ibid.*, p. 136, etc.). Sobre cierta confusión hecha por Humboldt entre los felinos sudamericanos, véase Bruhns, vol. III, pp. 290-291.

el conocimiento de la nueva zoología sistemática (Cuvier y Lamarck iniciaron sus descubrimientos mientras él se encontraba en América),³⁴⁹ ya porque estaba dominado por una rigurosa desconfianza hacia las teorías evolucionistas:

Todo cuanto se refiere al origen de las especies, a la hipótesis de una variedad que se hace constante, o de un tipo que se perpetúa, pertenece a problemas de zoonomía sobre los cuales es cuerdo no pronunciarse afirmativamente.³⁵⁰

Así, pues, su posición en la historia de la disputa es anómala. Desde muchos puntos de vista, su entusiasmo por las Américas es más científico que los vituperios corrientes en su época. Por otra parte, abandona indicaciones y sugerencias preciosas, y en definitiva permanece fuera de la línea dominante del pensamiento zoológico y ejerce sólo una influencia retardada y lateral sobre las discusiones en torno al Nuevo Mundo: su viaje duró de 1799 a 1804, pero la publicación de los escritos que divulgaron sus resultados se prolongó durante decenios, de 1808 a 1834 para el *opus magnum*, y, para el *Kosmos*, hasta el año 1858.

Con todo, no cabe duda de que Humboldt estaba perfectamente al corriente de toda la literatura de la polémica, comenzando con Buffón y De Pauw. Y aunque es verdad que, en su entusiasmo por la opima generosidad de la naturaleza tropical, acoge y repite ciertas típicas prosopopeyas depauwianas, como por ejemplo la de los indígenas copiosamente lactíferos,³⁵¹ reserva su admiración para los abogados de la normalidad fisiológica de las Américas y de los americanos. En particular, tiene en grandísima estima los escritos de Jefferson y de Clavigero, que defendieron a la América del Norte y a México;³⁵² conoce las *Lettere americane* de Carli³⁵³ y se sirve varias veces de un libro más reciente, el "excellent ouvrage" de Volney sobre los Estados Unidos.³⁵⁴ Ya se ha dicho que

³⁴⁹ Véase *supra*, pp. 299-300, y Bruhns, vol. III, pp. 271, 273.

³⁵⁰ *Essai*, ed. cit., vol. III, p. 246: "tout ce qui tient à l'origine des espèces, à l'hypothèse d'une variété devenue constante, ou d'un type qui se perpétue, appartient à des problèmes de zoonomie, sur lesquels il est sage de ne pas se prononcer affirmativement".

³⁵¹ Asegura, por ejemplo, que "in dieser Provinz Neuandalusien ein Mann lebt, der so viel Milch hat, dass er, da seine Frau ihr Kind nicht selbst stillen kann, dasselbe seit fünf Monaten ganz allein nährt. Seine Milch unterscheidet sich auch nicht im geringsten von Frauenmilch". Y, como para confirmar la credibilidad del hecho: "Die Bocke der Alten gaben auch Milch" (carta a von Zach, de Cumaná, 1º de septiembre de 1799, en Bruhns, vol. I, p. 323). Por lo demás, todavía en 1889-90, a propósito de la *couvade*, se citaron en las *Notes and Queries* "numerous instances of men suckling children" (R. Reynolds, *Beds*, op. cit., p. 41).

³⁵² En el *Essai politique*, ed. cit., vol. III, pp. 224-225 nota, Humboldt recuerda "l'excellent ouvrage" de Jefferson sobre la Virginia y la *Historia* del padre Clavigero. Para Jefferson, que lo invitó ceremoniosamente (1804) a Washington, y en cuya casa permaneció tres semanas (Bruhns, vol. I, pp. 393-394, 396, 398), véase también el *Essai*, vol. I, p. 82 ("ouvrage classique sur la Virginie") y p. 222 ("excellent *Essai sur la Virginie*"); vol. II, pp. 435-436 nota, 448; vol. III, p. 219, etc.; Doll, art. cit., p. 507 (Humboldt pone en contraste a los Estados Unidos con el espectáculo "melancólico" o "immoral" que ofrece Europa); y *supra*, p. 375, nota 329. Para Clavigero: *Essai*, vol. I, pp. 217, 318 ("observations judicieuses... dirigées contre Robertson et Pauw"), 321, 379; vol. II, pp. 113, 115, 165-166, 172, 177, 292, 350, 450; vol. III, pp. 55, 144, 191, 198, 213, 216, 221, 253, 300; vol. IV, pp. 305, 481, etc.; Bruhns, vol. I, p. 378, y vol. III, p. 220.

³⁵³ Bruhns, vol. III, p. 220.

³⁵⁴ *Essai*, vol. I, pp. 292, 383 ("tableau fidèle... des Indiens du Canada"), 388, 390, 399; vol. II, p. 448; vol. IV, pp. 490, 544.

reverencié siempre como maestro a George Forster, atento lector de De Pauw, y que estaba familiarizado con los escritos del doctor Barton,³⁵⁵ pero hay que añadir que leyó asimismo los de apologistas sudamericanos, como el padre Molina —a quien fue a buscar personalmente en su casa de Bolonia³⁵⁶—, Hipólito Unánue y Francisco José de Caldas.³⁵⁷ Ulloa, Robertson y Raynal son utilizados y discutidos con gran frecuencia. Más aún, alguna punta polémica, que en realidad debería tocarle a De Pauw, va dirigida por Humboldt contra Raynal, tal vez por la mayor difusión de su *Histoire philosophique*, tal vez por la consabida repugnancia de los escritores más graves a descender en liza contra un De Pauw. Así, declara Humboldt totalmente falsa ("dénuee de toute vérité") la afirmación de Raynal sobre la esterilidad de los animales domésticos en Portobello.³⁵⁸ Pero en otro pasaje, al criticar los cálculos de la producción de metales preciosos en América dados por Ulloa y por Raynal, Humboldt juzga exagerado el de Ulloa y el del "auteur célèbre des *Recherches philosophiques*".³⁵⁹

Por lo demás, no faltan los lugares en que De Pauw es tomado directamente como blanco, y combatido con los argumentos —familiares para Humboldt y para nosotros— que había sacado a relucir el padre Clavigero. Aunque no se lo mencione, es ciertamente De Pauw quien había sostenido la suma escasez de vegetales comestibles en América,³⁶⁰ y es a él a quien replica Humboldt:

América distaba muchísimo de ser tan pobre en plantas alimenticias como un falso espíritu de sistema ha hecho sostener a ciertos sabios, que no conocían el nuevo continente sino por las obras de Herrera y de Solís.³⁶¹

Un acento aún más clavigeriano se advierte en la defensa de los musculosos mineros mexicanos:

El aspecto de estos hombres laboriosos y robustos hubiera podido hacer cambiar de opinión a hombres como Raynal y como De Pauw, y a ese gran número de autores, por lo demás estimables, que se han complacido en declamar acerca de la degeneración de nuestra especie en la zona tórrida.³⁶²

³⁵⁵ *Ibid.*, vol. I, pp. 293, 375; vol. II, p. 448; y cf. *supra*, p. 155.

³⁵⁶ Pero sin encontrarlo, como deplora el jesuita, porque estaba en el campo: *Storia naturale*, op. cit., 2ª ed., p. 225.

³⁵⁷ Véase, para Molina, el *Essai*, vol. III, pp. 54, 114; para Unánue, muy alabado, vol. I, p. 350; vol. II, p. 48; para Caldas, la compilación de Bruhns, vol. I, p. 390; vol. II, p. 529. También es recordado el jesuita español Hervás y Panduro: *Essai*, vol. II, p. 448; vol. III, p. 195.

³⁵⁸ *Essai*, vol. I, p. 251. Raynal es citado en varios otros pasajes del *Essai*: vol. II, p. 400; vol. III, pp. 43, 201, 213, 219-220; vol. IV, pp. 182, 185, 227, 230-234, 265, 404, 466.

³⁵⁹ *Essai*, vol. IV, pp. 188-189. Se podría suponer una errata por "auteur de l'*Histoire philosophique*", si la crítica no conviniera exactamente a un pasaje de De Pauw, *Recherches sur les Américains*, op. cit., vol. I, p. 85.

³⁶⁰ Véase por ejemplo las *Recherches*, vol. I, pp. 108-110.

³⁶¹ *Essai*, vol. III, pp. 140-141: "L'Amérique n'était pas, à beaucoup près, si pauvre en plantes alimentaires qu'un faux esprit de système l'a fait avancer à des savans, qui ne connaissent le nouveau continent que par les ouvrages d'Herrera et de Solís". Tanto Herrera como Solís son citados por De Pauw en sus *Recherches sur les Américains*.

³⁶² *Essai*, vol. I, p. 362; vol. IV, p. 37: "L'aspect de ces hommes laborieux et robustes aurait pu faire changer d'opinion aux Raynal, aux Pauw, et à ce grand nombre d'auteurs; d'ailleurs estimables, qui se sont plu à déclamer sur la dégénération de notre espèce dans la zone torride". Cf. *supra*, p. 185.

En resumen, Humboldt ya no cree necesario refutar punto por punto el siniestro sistema de su mal afamado "compatriota". Su admirable *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España* es ya por sí una acabada refutación. Sobre la cultura de los americanos, por ejemplo, el sabio naturalista se expresa en términos que son incompatibles con el más ligero de los escarnios depauwianos.³⁶³ Pero, cada vez que se le presenta, no pierde la ocasión de marcar su absoluto desacuerdo lo mismo con respecto a Buffon que con respecto a De Pauw, y a menudo con un acento de broma cortés.

En otra obra suya muy conocida, Humboldt condena en bloque esas pseudo-teorías con más abierta ironía y acento polémico más directo:

Ciertos célebres escritores, más impresionados por los contrastes que por la armonía de la naturaleza,³⁶⁴ se habían complacido en pintar a toda América como un continente pantanoso, adverso a la multiplicación de los animales, y recién poblado por hordas tan poco civilizadas como los habitantes del Mar del Sur. En las *investigaciones históricas sobre los americanos*, un escepticismo absoluto había usurpado el lugar de la crítica sana...; parecía como si el deber de un filósofo fuera negar todo cuanto habían observado los misioneros.³⁶⁵

Hemos subrayado las palabras que transcriben casi literalmente el título del libro de De Pauw, con una alteración involuntaria, desde luego, pero característica del paso del siglo de las luces *filosóficas* al siglo de la *historia*.³⁶⁶ Para quitarnos toda duda, Humboldt lo cita, más adelante, junto a Raynal y a Robertson, deplorando que ninguno de ellos haya sabido apreciar la civilización a que habían llegado los aztecas: "estos autores consideran bárbaro todo estado del hombre que se aleja del tipo de cultura que ellos se han elaborado de acuerdo con sus ideas sistemáticas. Nosotros no podemos admitir esas tajantes distinciones entre naciones bárbaras y naciones civilizadas"³⁶⁷ —lo cual condice perfectamente con la actitud romántica hacia los pueblos primitivos y es una crítica válida,

³⁶³ Véase por ejemplo, *Essai*, vol. II, pp. 10-11 y 18, y los pasajes citados *supra*, pp. 377-378 (nota 337).

³⁶⁴ Parece observarse, aquí y en los pasajes citados *supra*, pp. 378 y 379, la influencia de Bernardin de Saint-Pierre. Se podría pensar que sus *Harmonies de la Nature*, con la simpatía universal que expresan, absorbieron y superaron, en la mente de Humboldt, las severas sentencias de Buffon y de De Pauw. Humboldt, en efecto, prefería las cordiales descripciones de Bernardin de Saint-Pierre a las de Buffon, deficiente en la percepción de las afinidades emotivas entre el naturalista y la naturaleza (*Kosmos*, ed. americana de 1868, vol. III, p. 8, citado por Jones, *Ideas in America*, op. cit., p. 290, y por Muthmann, op. cit., pp. 28-29).

³⁶⁵ A. von Humboldt, *Vues des Cordillères et monumens des peuples indigènes de l'Amérique*, Paris, s. f. [1816], vol. I, pp. 10-11: "Des écrivains célèbres, plus frappés des contrastes que de l'harmonie de la nature, s'étaient plu à dépeindre l'Amérique entière comme un pays marécageux, contraire à la multiplication des animaux, et nouvellement habité par des hordes aussi peu civilisées que les habitants de la mer du Sud. Dans les recherches historiques sur les Américains, un scepticisme absolu avait été substitué à une saine critique... il paraissait du devoir d'un philosophe de nier tout ce qui avait été observé par des missionnaires".

³⁶⁶ Ya en 1789, el padre Jolis había citado a De Pauw como "l'auteur d'elles Recherches Historiques". En una ocasión, De Pauw llama a su libro "Recherches sur l'Histoire Naturelle des Américains" (*Recherches philosophiques*, vol. II, p. 99).

³⁶⁷ *Vues des Cordillères*, op. cit., vol. II, p. 98: "ces auteurs regardent comme barbare tout état de l'homme qui s'éloigne du type de culture qu'ils se sont formé d'après

no sólo de los tres autores citados, sino de toda la historiografía del racionalismo.

Las mismas expresiones se encuentran en la más importante de sus obras, el *Kosmos*, que en esta parte se remonta sustancialmente a las lecciones de 1827-28. Humboldt niega allí de manera categórica la "desagradable suposición de razas humanas superiores e inferiores. Hay razas más educadas, de mayor instrucción, ennoblecidas por una cultura espiritual, pero no hay razas más nobles que otras",³⁶⁸ admitiendo sólo que en los trópicos existen "causas que en muchas regiones de esta feliz zona se oponen a la aparición local de una civilización superior".³⁶⁹ Verdad es que en el más tardío *Examen critique* (1836-39), Humboldt parece aceptar "la gran ley de la naturaleza, reconocida por Buffon en la disparidad de la creación animal que es propia de estas regiones (la América del Sur, y en general toda la porción tropical del Nuevo Mundo) y de África",³⁷⁰ y la considera aplicable, con salvedades —"sous de certaines restrictions"— al reino vegetal. Pero precisamente esta extensión a las plantas revela que ha entendido mal, o recordado mal, la tesis zoológica de Buffon. Buffon subraya la *diferencia* entre fauna sudamericana y fauna africana. Humboldt pone de relieve las analogías y *semejanzas* entre las dos floras, sudamericana y africana, y su absoluta diversidad de la flora europea, asiática y norteamericana.

También aquí, pues, se le escapa al naturalista del siglo XIX la raíz misma del problema que había preocupado al naturalista del XVIII. Las diferencias que se le planteaban a Buffon como problema eran diferencias entre los dos hemisferios, separados por tantos meridianos; las que investiga Humboldt son diferencias de temperatura, o sea de paralelos. Aquéllas hacían de América un caso particular, en completa antítesis respecto del Viejo Mundo. Éstas entran en una ley climática general, válida para todos los continentes, y que opera de modo uniforme desde los polos hasta el ecuador.

Pero si, por una parte (como se ha dicho y como aquí se confirma), Humboldt permanece al margen de la polémica; si, incluso desde el punto

leurs idées systématiques. Nous ne saurions admettre ces distinctions tranchantes en nations barbares et nations civilisées". Se puede reconocer también un acento herderiano en esta afirmación de la común humanidad. Humboldt cita a Herder en el *Essai politique*, vol. II, p. 161, etc., y Muthmann, op. cit., p. 47, subraya la identidad de sus puntos de vista sobre las razas, pero es más probable que esa tesis provenga del ensayo de Forster (1791) sobre las razas humanas ("Die Einteilung in gute und böse Völker entspringt einer Willkür", etc.), sobre el cual véase K. Kersten, op. cit., p. 232, y también pp. 281-282, 376.

³⁶⁸ *Kosmos*, ed. Stuttgart, 1845-62, vol. I, p. 14: "...die unerfreuliche Annahme von höheren und niederen Menschenrassen. Es gibt bildsamere, höher gebildet, durch geistige Kultur veredelte, aber keine edleren Volksstämme". Cf. Bruhns, vol. III, p. 221.

³⁶⁹ *Kosmos*, vol. I, p. 385: "...Ursachen, welche in vielen Theilen dieses glücklichen Erdstrichs dem localen Entstehen höherer Gesittung entgegenreten". En otro lugar —véase el pasaje citado por Febvre, op. cit., p. 55, nota 119—, Humboldt supone que la barbarie de los indígenas americanos se debe a los efectos de un largo embrutecimiento, acercándose así a las tesis "decadentistas": "la plupart des hordes que nous désignons sous le nom de sauvages descendent probablement de nations jadis plus avancées dans la culture".

³⁷⁰ *Examen critique*, vol. II, pp. 76-78: "...la grande loi de la nature, reconnue par Buffon dans la disparité de la Création animale qui est propre à ces régions (l'Amérique du Sud, et en général toute la partie tropicale du Nouveau-Monde) et à l'Afrique".

de vista cronológico, parecería quizá más en su sitio *antes* de casi todos los autores de este capítulo, por otra parte, desde un punto de vista más elevado, quedaría mejor colocado *después* del mismo Hegel. Humboldt, en efecto, ve perfectamente bien cuán arbitraria y anticuada era aquella filosofía de la naturaleza, que tiene su "perla" en la condena hegeliana de las Américas, y no vacila en ridiculizarla. Una de sus lecciones de 1827-28 comienza con una "protesta" o "puesta en guardia" (*Verwahrung*) contra Hegel, a cuya filosofía de la naturaleza "sin conocimientos y sin experiencias" se le reprocha un "esquematismo más rígido que el que impuso la Edad Media a la humanidad". Esa filosofía comunica la "embriagadora ilusión" de poseer firmemente la verdad, pero se resuelve en las "regocijadas y breves saturnales de una ciencia de la naturaleza meramente ideal", en un chistosísimo "baile de máscaras de filósofos enloquecidos".³⁷¹ Todavía en 1841, decidido a incluir en el *Kosmos* estos sarcasmos —"hay que tener el valor de imprimir lo que uno ha dicho y escrito desde hace treinta años"—, Humboldt coleccionaba algunos divertidos ejemplitos de estas románticas necedades definitivas y hermenéuticas, como el que nos ofrece la siguiente frase: "América es una forma femenina, larga, esbelta, húmeda, y helada en el paralelo 48. Los grados de latitud son los años: la mujer envejece a los 48".³⁷² El Canadá viene a ser la menopausia del continente...

Por lo demás, Humboldt acomete también personalmente al propio Hegel, cuando en su *Filosofía de la historia* encuentra tantas "afirmaciones abstractas y juicios completamente falsos" sobre las Américas (y sobre la India): al leer esas patrañas —escribe el naturalista a Varnhagen von Ense—, se siente oprimido y en un estado de desazón mental. Y para librarse de él, añade a la carta un *post-scriptum* irónico:

Yo he organizado muy mal mi vida, y pronto estaré completamente chocho. Renunciaría de buena gana a esa carne de vaca europea que Hegel nos quiere hacer pasar como muy superior a la vaca americana, y me gustaría vivir al lado de esos cocodrilos suyos, débiles e inofensivos, pero que desgraciadamente tienen 25 pies de longitud.³⁷³

En verdad, toda la filosofía hegeliana de la naturaleza tenía que parecerle grotesca a Humboldt; pero ninguna de sus partes tan grotesca como la relativa al Nuevo Mundo, que Humboldt conocía tan bien y que estaba ilustrando minuciosamente en una serie imponente de trabajos científicos. Nos falta ver, pues, bajo qué disfraz se presenta América en este

³⁷¹ Bruhns, vol. II, pp. 139-140, 147-149; R. Buchwald, *Goethezeit und Gegenwart*, Stuttgart, 1949, pp. 177-178.

³⁷² Carta a Varnhagen von Ense, 28 de abril de 1841, en *Lettres de Humboldt à Varnhagen von Ense (1827-1858)*, trad. C. F. Girard, Genève-Paris, 1860, pp. 63-64, y en *Correspondance de Alexandre de Humboldt avec Varnhagen von Ense*, trad. M. Sulzberger, Paris-Bruxelles, 1860, p. 125: "il faut avoir le courage d'imprimer ce que l'on a dit et écrit depuis trente ans"; "Amerika ist eine weibliche Form, lang, schlank, wässrig und im 48. Grad eiskalt. Die Breitengrade sind Jahre, die Frau wird alt mit 48". Humboldt no indica la fuente de esta perla, ni tampoco yo la sé. A juzgar por otra carta a Varnhagen von Ense (4 de mayo de 1841), parecería deberse a un secuaz del sovellingulano Henrik Steffens.

³⁷³ Carta a Varnhagen von Ense, 1.º de julio de 1837; trad. Girard, pp. 32-33; trad. Sulzberger, pp. 73-74. El pasaje hegeliano se transcribe *infra*, p. 396.

baile de máscaras; o, mejor dicho, cómo es expulsada del salón de la fiesta, porque su traje no es lo bastante hermoso.

14. HEGEL: AMÉRICA, INMADURA E IMPOTENTE

a) Juicio total, severo e impasible.

En la antítesis de Humboldt y de Hegel, la disputa del Nuevo Mundo llega al punto más alto y, al mismo tiempo, a la extrema distancia entre los dos polos. En los decenios subsiguientes, todos los entusiastas de América se apoyarán en las robustas afirmaciones del naturalista prusiano, todos los denigradores encontrarán algún sostén en las sentencias del filósofo de Suabia. No hay casi más desarrollos notables. Humboldt, al regresar de los trópicos y de los moribundos virreinos, fija para muchas generaciones la imagen de una América rica en vigor físico y pródiga en estupendos espectáculos. Hegel, impresionado por la visión de la rápida adolescencia de la república norteamericana y de las reiteradas y victoriosas explosiones revolucionarias de la América española, pero inseguro en cuanto a la manera de incluir el continente en sus triadas dialécticas de tendencia europeocéntrica, no niega a los pueblos de América el crisma glorioso de la juventud, a la que pertenece el Porvenir; pero remacha sobre la América física la condena de inmadurez.

La enorme máquina de su sistema no podía pasar por alto un "fenómeno" tan vistoso; sin embargo, el esfuerzo por racionalizarlo y resolver sus antítesis hace rechinar sus engranajes. Hegel no reconoce ninguna accidentalidad: ni en los diversos continentes, ni en las distintas zonas del continente americano, ni en las fases de su historia. La Razón tiene que resplandecer en todas las partes de la realidad y reducirla, por las buenas o por las malas, al cristalino rigor, a la tallada y pulida simetría de lo que es necesario, ha sido siempre necesario y no puede sufrir alteración alguna. En consecuencia, todo lo dialectiza y polariza, las partes del mundo, las diferencias de clima y de fauna, las hermosas plumas y las notas desafinadas de los pájaros de América, los múltiples destinos de sus pobladores, las civilizaciones precolombinas y las filiaciones religiosas contemporáneas. En virtud de este anhelo, poderoso aunque mecánico, por encontrar la explicación unitaria de la infinita diversidad del mundo, una ley que explique la naturaleza de los dos hemisferios, Hegel reanuda y continúa la tentativa de Buffon, pero llevando sus tesis a las consecuencias extremas, ya que las extiende del reino animal a toda la realidad americana.

Hegel va así, sin darse siquiera cuenta de ello, mucho más allá que el mismísimo De Pauw. Pero no pone en su juicio acritud alguna, ni, como veremos, da nuevo cebo a la investigación y a la discusión científica. Por un lado, pues, se encuentra en el vértice de la "polémica", y por el otro permanece completamente fuera de ella. A pesar de que sabe muchas cosas acerca de América, a pesar de que demuestra conocer las tesis corrientes y contrastantes, tampoco se puede decir que ataque jamás en su totalidad la cuestión de la "dignidad" o del "valor" del Nuevo Mundo, ni que se valga explícitamente de los argumentos con que hasta aquí nos hemos encontrado. Su camino es distinto, por más que las conclusiones

a que lleva acaben por reafirmar y agravar las más severas condenas de los denigradores de América. Tratemos ahora de seguir ese camino, sin empantanarnos en las sutilezas de los pasajes pseudo-lógicos ni perderlos en el empeño de interpretar las pequeñas divergencias de una obra a otra. En su conjunto, el concepto hegeliano de las Américas es coherente y no da muestras de haberse modificado de las primeras a las últimas versiones. Pero para entenderlo, hay que ver cómo se enmarca en el sistema.

b) Restauración de la filosofía de la naturaleza

América es, antes que nada, un hecho natural. Perteneció por lo tanto, en primera instancia, a la filosofía de la Naturaleza. Ahora bien, Hegel tiene de la Naturaleza un concepto sumamente vivo y dinámico, pero a la vez rigidamente anti-histórico, lo cual lo obliga a admitir que sufre de *défaillances* cada vez que el fenómeno aislado no se ajusta al sistema formado *ab aeterno*.

En su juventud, el acento recae, como es de esperarse, sobre la indómita vitalidad de la Naturaleza. Hegel defiende a Schelling contra Reinhold y, para demostrar la legitimidad de una filosofía de la Naturaleza y su perfecta compatibilidad con la religión y la ética, pone de relieve el nuevo punto de vista de la ciencia moderna de la Naturaleza, ese sentido de la espiritualidad de la Naturaleza que a los antiguos les faltaba, "ese instinto, profundamente grabado en la sensibilidad del mundo más avanzado, de atraer de nuevo hacia la Naturaleza la vida que había huido de ella".³⁷⁴ No sólo está completamente viva la Naturaleza, sino que coincide, en el fondo, con la vida misma, y por lo tanto es justo y legítimo el entusiasmo "con que todas las manifestaciones vitales de la Naturaleza en general, casi desconocidas y poco estimadas por los antiguos, han sido aceptadas por los modernos como otros tantos testimonios de la vida encerrada en la Naturaleza".³⁷⁵

Pero en su edad madura, alejándose de Schelling y hastiado de las místicas rapsodias de los románticos, Hegel comprobaba fríamente el descrédito en que había caído la pretendida ciencia filosófica de la Naturaleza:

Lo que en la época moderna se ha llamado filosofía de la Naturaleza consiste en su mayor parte en un fútil juego con analogías huera y exteriores que se pretende hacer pasar por resultados profundos. La contemplación filosófica de la Naturaleza ha caído por ello en bien merecido descrédito.³⁷⁶

³⁷⁴ *Ueber das Verhältniss der Naturphilosophie zur Philosophie ueberhaupt* (1802), en *Werke*, Berlin, 1845, vol. I, p. 309: "... jener dem Gefühl der spätern Welt tief eingepflanzte Instinct, das entflohenene Leben in die Natur zurückzurufen".

³⁷⁵ *Ibid.*, loc. cit.: "... mit welchem alle lebendigen Erscheinungen der allgemeinen Natur, welche von den Alten fast nicht gekannt und wenig geachtet waren, von den Neuern als soviel Zeugen des in der Natur verschlossenen Lebens aufgenommen wurden".

³⁷⁶ *Enzyklopädie der philosophischen Wissenschaften*, § 190 Zus. (*Werke*, Berlin, 1842-43, vol. VI, p. 358): "Was man in der neuern Zeit Naturphilosophie genannt hat, das besteht zum grossen Theil in einem nichtigen Spiel mit leeren, äusserlichen Analogien, welche gleichwohl als tiefe Resultate gelten sollen. Die philosophische Naturbetrachtung ist dadurch in verdienten Misskredit gerathen".

Así, pues, a lo que él se dispone es a una verdadera *restauratio* de la filosofía de la Naturaleza sobre nuevos fundamentos, sobre la base inmovible de la lógica pura. La filosofía de la Naturaleza será una lógica aplicada, "eine angewandte Logik". La esencia del silogismo consiste en la afirmación de que lo particular es el término medio que encierra en sí los extremos de lo general y de lo singular. Todas las cosas son "particulares", que conciertan un universal con un individual.³⁷⁷ Todo el mundo, el universo y todos sus fenómenos y todas sus creaturas, son silogismos realizados, lógica en acto. El pensamiento palpita en las cosas, y en todos los fenómenos, desde los más grandes hasta los más pequeños, salta la misma chispa, esa síntesis de lo universal y lo individual que es el ritmo mismo del Espíritu.

Una concepción tan vasta y tan viva, tan vibrante y sonora de ecos plotinianos y leibnizianos, llevaba necesariamente a una plena reabsorción de la Naturaleza en el Logos, a una generosa consagración filosófica de todos los hechos y de todas las creaturas, —y, por consiguiente, cerraba el camino a toda condena, a toda clasificación, a todo juicio comparativo de méritos entre este y aquel aspecto del globo, o más aún, entre los aspectos del Universo.

Pero la variedad infinita y la incoercible disparidad de los fenómenos naturales le impiden a Hegel atenerse a esa fórmula segura y omnivalente, y lo inducen, por un lado, a negar a la Naturaleza todo desenvolvimiento, a congelarla en una estaticidad de especies y de leyes invariables, como para poder atenerse mejor, y, por otro lado, a admitir que puede alguna vez equivocarse, fallar (lógico corolario de su abstracta personificación, pero absurdo si la Naturaleza es, por definición, pensamiento en acto y silogismo viviente), y "producir" así seres aberrantes con respecto al tipo, creaturas anormales o subnormales. Con el primer expediente, Hegel niega la posibilidad de alteraciones en el tiempo, con el segundo remedia la evidente desigualdad que existe aun en las manifestaciones simultáneas de esa única Naturaleza. El primero lo lleva a un decidido anti-evolucionismo, el segundo se expresa en la cruda acusación de "impotencia" lanzada a la Madre de todos los vivientes.

c) Anti-evolucionismo radical

El anti-evolucionismo de Hegel es radical: las especies son las que son y las que siempre han sido, y toda forma, toda ley, todo fenómeno natural se repite en el tiempo sin cambio alguno, en perfecta y estática uniformidad. La Naturaleza no tiene historia.³⁷⁸ La Naturaleza es la anti-historia. Y reaparece así, de manera subrepticia, en el sistema que más enérgicamente afirmaba la unidad, un dualismo incurable; en el sistema que anulaba las kantianas formas *a priori* de la sensibilidad, una antítesis violenta entre espacio y tiempo; en el sistema que se articulaba sobre la categoría del Devenir, una perpetua inmovilidad. Todas las aporías de

³⁷⁷ *Ibid.*, § 24, Zus. 2 (vol. VI, pp. 49-50).

³⁷⁸ Sobre la antítesis hegeliana de naturaleza e historia, véase Collingwood, *The idea of history*, op. cit., pp. 114-115; sobre su anti-evolucionismo, *ibid.*, pp. 128, 211. Sobre su indiferencia para con los desarrollos meramente temporales, véase también Jerome Rosenthal, "Attitudes of some modern rationalists to history", *Journal of the History of Ideas*, vol. IV (1943), p. 454.

la dialéctica hegeliana reafloren y sobrenadan, pútridas, en esta manera de considerar a la Naturaleza.

La Naturaleza, en efecto, no conoce una verdadera evolución, sino sólo el desarrollo del concepto, desarrollo que es claramente visible en el mundo orgánico: así la planta se desarrolla de la semilla, así el insecto alado del capullo; pero la crisálida y la mariposa son el mismo individuo: "es cierto que en los individuos el desarrollo es algo temporal, pero tratándose de la especie, la cosa es distinta".³⁷⁹ El individuo tiene un desarrollo, pertenece a la historia; la especie no, la especie no se mueve:

Es totalmente vano imaginar que las especies estén evolucionando poco a poco en el tiempo; las diferencias temporales no son de ningún interés para el pensamiento... Del animal acuático... no ha surgido el terrestre, este último no ha volado hacia el aire, ni tampoco el pájaro ha caído a la tierra.³⁸⁰

Las pretendidas explicaciones de la escala de los seres por medio de sus transformaciones están de moda, e incluso "se exacerban" bajo el estímulo de la filosofía natural corriente, pero en realidad no explican nada:³⁸¹ "el hombre no ha evolucionado a partir del animal, ni el animal a partir de la planta: cada uno es lo que es, de una vez por todas".³⁸² Cada animal está encerrado irremisiblemente en su rígido módulo: "cada uno de los animales pertenece a una especie determinada, y por lo tanto restringida y fija, y cuyos límites no es capaz de transponer".³⁸³

En la misma vena, mucho más que en polémica con la teoría de la generación espontánea, está la burlona mención —que hemos recordado ya al referirnos a Buffon³⁸⁴— de aquellas "representaciones nebulosas, y en el fondo de origen sensible, como las que hacen nacer del agua a los animales y a las plantas";³⁸⁵ burla que, entre otras cosas, le cierra el camino a Hegel para sacar funestas deducciones de la "humedad" del Nuevo

³⁷⁹ *Enzyklopädie*, § 249 Zus. (vol. VII, 1ª parte, p. 35): "bei den Individuen freilich ist die Entwicklung eine zeitliche, aber bei der Gattung ist diess anders". Cf. *ibid.*, § 161 Zus. (vol. VI, p. 317) y § 166 Zus. (vol. VI, p. 328).

³⁸⁰ "Es ist völlig leer, die Gattungen vorzustellen, als sich nach und nach in der Zeit evolvierend; der Zeitunterschied hat ganz und gar kein Interesse für den Gedanken... Aus dem Wasserthier ist... nicht ein Landthier hervorgegangen, dieses nicht in die Luft geflogen, noch der Vogel dann etwa wieder zur Erde gefallen".

³⁸¹ "Dieser quantitative Unterschied —escribe Hegel—... erklärt... doch nichts" (*Enz.*, § 249 Zus.; vol. VII, 1ª parte, p. 34). Pero en verdad esas diferencias no son de ninguna manera "cuantitativas". Hegel mismo, por otra parte, había afirmado que la Cantidad es más importante en la Naturaleza que en el Espíritu, si bien, "so zu sagen", esa Cantidad es más importante en la Naturaleza inorgánica que en la orgánica (*Enzyklopädie*, § 99 Zus.; vol. VI, pp. 199-200).

³⁸² *Enzyklopädie*, § 339 Zus. (vol. VII, 1ª parte, p. 440): "der Mensch hat sich nicht aus dem Thier herausgebildet, noch das Thier aus der Pflanze: jedes ist auf einmal ganz, was es ist". No existen, en rigor, ni siquiera especies intermedias: los mamíferos acuáticos, los anfibios, etc. son "nur Vermischungen und keine höhere umfassende Vermittlungen" (*Vorlesungen über die Aesthetik*, hgg. von H. G. Hotho, en *Werke*, Berlin, 1842-43, vol. X, 1ª parte, p. 187).

³⁸³ *Vorlesungen über die Aesthetik*, ed. cit., vol. X, 1ª parte, pp. 189-190: "jedes einzelne Thier gehört einer bestimmten und dadurch beschränkten und festen Art an, über deren Grenze es nicht hinauszuschreiten vermag". Cf. Goethe, *supra*, p. 234.

³⁸⁴ Véase *supra*, p. 12.

³⁸⁵ *Enzyklopädie*, § 249 (vol. VII, 1ª parte, p. 33); cf. sobre este pasaje las observaciones de B. Croce, en *Critica*, vol. XXXVII (1939), p. 144, nota 3.

Mundo, pero que no le impide escribir hermosísimas páginas sobre el mar pululante de vida, por falsa que sea la "antiquísima representación" de la vida que surge del mar.³⁸⁶

La misma repugnancia por las explicaciones genéricas reaparece, finalmente, en su rechazo de las teorías rivales del neptunismo y del vulcanismo, que intentaban reconstruir los remotísimos anales del globo y comprender el juego de fuerzas que había modelado su estructura a través de los milenios. Hegel admite que la tierra ha sufrido violentas revoluciones, pero se mofa de quienes encuentran interés en la sucesión de los estratos geológicos, o sostienen con especiosas doctrinas que los más profundos son los más antiguos, traduciendo así la contigüidad (*Nebeneinander*) en una hipotética sucesión (*Nacheinander*).³⁸⁷ El basalto será perfectamente, como sostienen los vulcanistas, de origen ígneo, pero esto sólo significa "que pertenece al principio ígneo, —y no que surgió por el fuego, como tampoco por el agua".³⁸⁸ Los principios mismos de la famosa polémica son inciertos y se difuminan el uno en el otro. Tanto los vulcanistas como los neptunistas tienen razón y se equivoan al mismo tiempo, porque ambas explicaciones son esenciales y se integran recíprocamente. Los volcanes son huracanes subterráneos, con acompañamiento de terremotos. Y, en forma paralela, las tormentas son volcanes que estallan en las nubes.³⁸⁹

d) La impotencia de la Naturaleza

Una Naturaleza tan privada de desarrollos y de interna dialéctica parecería que debiera ser un espejo de inmóvil perfección. El tiempo no puede añadirle nada ni mejorarla en nada. Ninguna de sus partes, ninguno de sus momentos es preferible al otro. De esta lógica consecuencia, que lo obligaría a adorar la invariable perfección de lo creado, Hegel huye al polo opuesto; y precisamente porque no sabe ver a la Naturaleza como historia, le atribuye una enigmática e intermitente "impotencia". Allí donde no logra ver reflejada en lo real la divina imagen de lo racional, el filósofo, en lugar de buscar una racionalidad más profunda o una racionalidad *in fieri*, fabrica la hipótesis de una deficiencia de la fuerza realizadora, —de la misma manera que los teólogos habían explicado con la pérdida de la Gracia las fallas del hombre, creatura de Dios.

La "impotencia de la naturaleza" es la traducción en términos fisiológicos del antiguo Pecado Original. Y así como éste había servido para explicar, no sólo la expulsión del hombre del Paraíso, sino también la decadencia de todo el mundo físico, la corrupción de los cielos, la desaparición de los gigantes y la universal pérdida de vigor de la Naturaleza, así la "impotencia" hegeliana, sin una sombra de justificación en cuanto castigo de una culpa cualquiera, acude a dar cuenta de todo aquello que

³⁸⁶ *Enzyklopädie*, § 341 Zus. (vol. VII, 1ª parte, pp. 459-462), en polémica contra la generación espontánea y con alusiones a la podredumbre relacionada con la vida; sobre el mar como estímulo para la aventura, etc., véase *Philosophie der Geschichte*, ed. Lasson, Leipzig, 1920, vol. I, pp. 187-189.

³⁸⁷ Véase por ejemplo *Enzyklopädie*, § 339 Zus. (vol. VII, 1ª parte, pp. 438-439).

³⁸⁸ *Ibid.*, § 340 Zus. (vol. VII, 1ª parte, p. 448): "...dass er dem Feuerprinzip angehört, —aber sowenig durch Feuer, als durch Wasser entstanden ist".

³⁸⁹ *Ibid.*, § 288 Zus. (vol. VII, 1ª parte, p. 182); véase también *ibid.*, § 339 Zus. (*loc. cit.*, p. 433). Cf. Humboldt, *supra*, p. 376.

en el Cosmos no anda como debería andar o no es como a nosotros nos parece que debería ser. Simplemente, "la impotencia de la naturaleza lleva inherente... el no representar de manera pura las formas lógicas".³⁹⁰ "Nicht rein"... La impureza de la representación consiste en esto: que en la esfera de la Naturaleza las determinaciones del concepto vienen de fuera, en forma abstracta y por lo tanto accidental. De aquí su aparente riqueza y variedad, que, viéndolo bien, no es otra cosa que arbitrariedad y desorden. De aquí la imposibilidad de "deducir" filosóficamente la pluma de Krug, las particularidades y las rarezas casuales de la Naturaleza. La impotencia de la Naturaleza señala un "límite" a la filosofía,³⁹¹ —lo cual quiere decir, en sustancia, que la impotencia no es de la Naturaleza, sino de la filosofía, que no logra penetrar más allá del límite.³⁹²

Así como el espíritu puede dejarse ir a vanas e incoherentes fantasías, así la Naturaleza se sale con sus caprichos multiplicando los géneros y las especies.³⁹³ No opera con firmeza y precisión, y por ello es imposible, muchas veces, encontrar empíricamente líneas seguras de demarcación entre sus creaturas. Toda clasificación contiene mucho de arbitrario. Y además, querer reducir la Naturaleza a un sistema cerrado, absoluto, es radicalmente imposible. Las especies animales son meras accidentalidades, y particularmente para las inferiores es preciso dejar a la Naturaleza el derecho del juego y del azar —"das Recht des Spiels und Zufalls"—, o sea de la determinación externa e imprevisible.³⁹⁴ Existen abortos entre los hombres, existen seres híbridos y monstruosos entre los animales, y sin embargo todos ellos son tan "naturales" como el imprecisable tipo del cual son aberraciones. Impotente para realizar las formas lógicas, la Naturaleza cae presa de la incoherencia y de la desarticulación. ¡Todo aquello que es material resulta de tal manera recalcitrante —"so widerspenstig"— a la unidad del concepto!³⁹⁵ Y el animal tiene todavía cierta unidad orgánica, porque sus vísceras y sus miembros no pueden existir separados los unos de los otros. ¡Pero del vegetal ni siquiera eso puede decirse! Sus partes son independientes. En consecuencia, el vegetal es todavía más impotente que el animal: "esta independencia de las partes es la impotencia de la planta".³⁹⁶ Así, pues, "impotente" quiere decir para Hegel no orgánico, incapaz de ser deducido, esencialmente

³⁹⁰ *Ibid.*, § 24 Zus. 2 (vol. VI, p. 50): "die Ohnmacht der Natur bringt es... mit sich, die logischen Formen nicht rein darzustellen". Y en la *Philosophie der Geschichte*, ed. cit., vol. I, p. 151: "Die Ohnmacht der Natur vermag ihre allgemeinen Klassen und Gattungen nicht gegen andere elementarische Momente und Wirksamkeiten festzuhalten". También su discípulo Carl Ludwig Michelet decía que en la realidad natural lo racional resultaba "durch die Form der Aeusserlichkeit mannigfach ver kümmert und entstellt" (*Werke*, vol. VII, 1ª parte, p. xvii).

³⁹¹ *Enzyklopädie*, § 250 (vol. VII, 1ª parte, pp. 36-37).

³⁹² Croce, *Saggio sullo Hegel*, op. cit., p. 117. Una ingeniosa defensa de la "Ohnmacht der Natur" ha intentado N. Hartmann, *Die Philosophie des deutschen Idealismus*, vol. II: *Hegel*, Berlin-Leipzig, 1929, pp. 286-288, 294: según él, esa "Ohnmacht" integra la "Macht [y la List] der Vernunft", y en cierto modo anticipa incluso la teoría estadística de las leyes naturales.

³⁹³ Hegel, *La scienza della logica*, trad. italiana de A. Moni, Bari, 1925, vol. III, p. 52.

³⁹⁴ *Enzyklopädie*, § 370 Zus. (vol. VII, 1ª parte, pp. 653, 670).

³⁹⁵ *Ibid.*, § 376 Zus. (*loc. cit.*, p. 696); cf. *ibid.*, §§ 250 y 270 Zus. (*loc. cit.*, pp. 38, 653, 663, 665-666).

³⁹⁶ *Ibid.*, § 345 Zus. (*loc. cit.*, p. 489): "diese Selbständigkeit der Theile ist die Ohnmacht der Pflanze".

accidental, privado de interna necesidad. Cuando quiera deducir los continentes y sus especies naturales y sus habitantes, Hegel podrá desembarazarse de toda dificultad e incongruencia tachando de "impotente" a cuanto se resista más vigorosamente a su prepotencia deductiva.

e) Deducción de los hemisferios y de los continentes

Frente a las cinco o seis partes del mundo, Hegel no pierde su arrogancia triádica, y con Europa, Asia y África construye un sistema de relaciones cósmicas, mitológicas y geofísicas no sólo bien cerrado y coherente, sino tan perfectamente racional, que en el centro de él se encuentra, como es justo, ¡Alemania! Tras lo cual afirma, en tono de complacida confirmación: "las partes del mundo no están, pues, divididas por casualidad o por razones de comodidad, sino que se trata de diferencias esenciales".³⁹⁷

Pero por encima de esta estructura orgánica, o más allá de ella, subsiste una antítesis más vasta, la que opone al Viejo y al Nuevo Mundo: y esta antítesis es en parte deducida, en parte negada como vacía y ficticia. Para deducirla, Hegel echa mano de las teorías de Treviranus, según el cual toda forma viviente es el resultado de fuerzas físicas siempre operantes, si bien Treviranus había aplicado esa tesis únicamente a las plantas y los animales:³⁹⁸ de ese modo, una plausible explicación naturalista de la fauna y de la flora queda extendida a las partes geográficas del mundo, e inmediatamente después también a las razas que las habitan y caracterizan. El hemisferio septentrional tiene una masa más compacta de tierra firme, mientras que el meridional es más recortado y predomina en él los océanos. Y se introduce así en la estructura del globo una polaridad que tiene infinitas consecuencias.

Pero ¿cómo ha surgido esta polaridad? ¿Y en qué relación se halla la antítesis entre Norte y Sur con la dicotomía del mundo en dos hemisferios, occidental y oriental? Hegel se remonta sin esfuerzo a la prehistoria y nos enumera las fuerzas que han determinado ese proceso de formación, "proceso pasado" mediante el cual construyes tus miembros el cuerpo terrestre. La Naturaleza ha dejado estas fuerzas más allá de la tierra —"jenseits der Erde"—, como factores independientes: son, en efecto, la posición de la tierra en el sistema solar, su vida solar, lunar y cometaria (cosa que no resulta particularmente diáfana, sobre todo si se recuerda que luego la única "lunar" resulta ser África, y Asia la única "cometaria", y que, por añadidura, la tierra es el elemento lunar y el mar el cometario),³⁹⁹ la inclinación sobre la eclíptica y el eje magnético. Con estos ejes y con su polarización —¡no confundir con la polaridad de Norte y Sur!— se encuentran "en muy estrecha relación la distribución de los mares y de las tierras, la extensión compacta de estas últimas en el Norte, su fragmentación y el estrechamiento en punta de las fracciones hacia

³⁹⁷ *Ibid.*, § 339 Zus. (*loc. cit.*, p. 442): "die Welttheile sind also nicht zufällig, der Bequemlichkeit wegen getheilt; sondern das sind wesentliche Unterschiede". Pasaje satirizado por Croce, *Saggio sullo Hegel*, op. cit., pp. 125-126; cf. § 393 Zus. (*loc. cit.*, pp. 65-66): "die Unterschiede der Welttheile... nicht zufällige, sondern nothwendige".

³⁹⁸ *Enzyklopädie*, § 393 (vol. VII, 2ª parte, p. 64). Sobre Treviranus, véase la *Encyclopædia Britannica*, 11th ed., *sub voce*. Hegel lo cita con bastante frecuencia (por ejemplo, vol. VII, 1ª parte, pp. 476, 478-480, 484-487, 515, 563, 571-572, 592-595, 612-613, 623-625, 627-628, 634, 638, 657-658, 663).

³⁹⁹ *Enzyklopädie*, § 340 Zus. (vol. VII, 1ª parte, p. 462).

el Sur [así tenemos la antítesis de los hemisferios septentrional y meridional, —y finalmente, pero de manera inesperada del todo—:] *la ulterior separación en un Mundo Viejo y uno Nuevo*.⁴⁰⁰

Admitida la cual, es cosa sencilla una deducción más: “la ulterior repartición de aquél [el Viejo Mundo] en partes distintas entre sí y frente al Nuevo Mundo por sus características físicas, orgánicas y antropológicas; partes a las que se agrega después otra más joven y más inmadura”;⁴⁰¹ y a través de esta alusión a Oceanía se barrunta por primera vez que el Nuevo Mundo es más joven y menos maduro que el viejo. . .

1) Mundo nuevo y mundo antiguo

Pero, una vez tocado el tema de la antítesis y de la relación dialéctica entre los dos mundos —dada en precario equilibrio sobre las tríadas del mundo antiguo—, Hegel no deja que se le escape, sino que, por el contrario, lo orquesta y borda a su alrededor toda una serie de variaciones, en muchas de las cuales reconoceremos los motivos más trillados de la polémica.

La principal división de la tierra es justamente ésta: en Mundo Viejo y Mundo Nuevo.⁴⁰² En todo son diferentes: el primero es curvo como una herradura alrededor del Mediterráneo, el segundo se alarga de Norte a Sur. El primero está perfectamente separado en tres partes bien articuladas, conectadas e integradas; el segundo, cortado mal, de modo incompleto, muestra únicamente, como si fuera un imán, la genérica diferencia de Norte y de Sur, con una apretada bisagra entre los dos extremos. En el Mundo Antiguo, las cadenas de montañas van en general de Occidente a Oriente, o bien de Sudoeste a Noreste; en América, en cambio, en esta contrafigura —“diese Widerlage”— del Mundo Antiguo, las cordilleras se alargan de Sur a Norte (¿recordáis a Raynal y a Herder?);⁴⁰³ y, para colmo de arbitrariedad y de rareza, los ríos americanos, y los sudamericanos de manera especial, ¡corren hacia el Oriente!

También esa distinción de “nuevo” y “antiguo” se establece como una oposición categórica. La fecha del descubrimiento es un hecho accidental (si bien América resulta nueva aun desde este punto de vista, dado que su existencia es “real” sólo a partir de entonces), y por lo tanto no nos interesa. Lo que importa es su carácter esencial, y en este sentido hay que decir que América tiene un aire más juvenil —“ein jüngerer Ansehen”— que el Viejo Mundo, el cual cuenta asimismo con una formación histórica más completa. Todo en América es nuevo, y por “nuevo” en-

⁴⁰⁰ *Ibid.*, § 339 (loc. cit., p. 431): “. . . in näherer Beziehung die Vertheilung des Meeres und des Landes, dessen zusammenhängende Ausbreitung im Norden, die Theilung und zugespitzte Verengerung der Theile gegen Süden, die weitere Absonderung in eine alte und eine neue Welt”.

⁴⁰¹ *Ibid.*, loc. cit.: “. . . die fernere Vertheilung von jener [alte Welt] in die durch ihren physicalischen, organischen und anthropologischen Charakter unter einander und gegen die neue Welt verschiedenen Welttheile, an welche sich ein jüngerer und unreifer anschliesst”.

⁴⁰² *Ibid.*, § 339 Zus. (loc. cit., pp. 441-442) y § 393 Zus. (vol. VII, 2ª parte, pp. 64-72), adonde pertenecen también los pasajes siguientes. Cf. asimismo A. Vera, *Philosophie de la Nature de Hegel*, Paris, 1864, vol. II, p. 376. Advuértase que en algún pasaje (por ejemplo, *Philosophie der Geschichte*, ed. Lasson, vol. I, p. 116) la antítesis entre “die antike und die neue Welt” se refiere obviamente al mundo antiguo y al moderno (cristiano).

⁴⁰³ Véase *supra*, pp. 43-44.

tiende aquí Hegel inmaduro y débil: la fauna es más endeble —“die Thierwelt ist schwächer”—, pero en compensación se encuentra allí una vegetación monstruosa. La civilización carecía en el Nuevo Mundo de los dos grandes instrumentos de progreso, el hierro y el caballo.⁴⁰⁴ Mientras que ningún continente del Viejo Mundo ha sido sometido nunca por otro, América entera ha sido sólo una presa de Europa. Sus pueblos indígenas están desapareciendo: el Mundo Antiguo vuelve a hacerse nuevo allí, se está rejuveneciendo allí: “die alte Welt gestaltet sich in demselben neu”. De la deplorada “novedad” geofísica, Hegel pasa sin matices de transición a la augural “juventud” socio-política. La ambigüedad de la palabra “nuevo” jamás se había utilizado con tanta maña y desenvoltura.

Pero Hegel no le ha exprimido aún todo el jugo. En la *Filosofía de la historia*, la indagación sobre el verdadero significado de la “novedad” del Mundo Nuevo da otro paso adelante. Esa novedad que en la *Enzyklopädie* era, no sólo accidental, sino sustancial, se enriquece ahora con otra determinación, pues se califica de “no sólo relativa, sino absoluta”. El Mundo Nuevo, en el que incluye Hegel a América y a Oceanía, se llama así, es verdad, porque ha sido descubierto *después*,⁴⁰⁵ pero es nuevo, no sólo con respecto al Mundo Antiguo, sino en sentido pleno y absoluto, por todo cuanto se refiere a sus cualidades físicas y políticas y espirituales. Con frases cuyo meollo irónico y polémico penetramos ahora perfectamente, Hegel prosigue: “No es su antigüedad geológica lo que nos interesa. Tampoco le quiero negar el honor de haber surgido del mar en el preciso momento de la creación del mundo.⁴⁰⁶ Pero es un hecho que el archipiélago que se extiende entre la América del Sur y Asia muestra una inmadurez física [*eine physische Unreife*]”. Físicamente inmaduras son casi todas esas islas, sutiles estratos de tierra con revestimiento de rocas coralinas que emergen de profundidades abismales. Y no menos inmadura es la Nueva Holanda, o sea Australia, con sus enormes (?) ríos que no han logrado aún cavarse un lecho.

Así, pues, el calificativo “inmaduro” es aplicado por Hegel más bien a Oceanía que a América. Buffon no conocía a Oceanía, y llamaba “inmadura” a América. *Inmaduro*, en un caso como en el otro, era lo no sistematizado todavía, lo no perfectamente conocido, o sea el continente cuyo conocimiento era *inmaduro*. Pero a América se le queda, intacto, el privilegio de la *impotencia*: “América siempre se ha mostrado y sigue mostrándose física y espiritualmente impotente”.⁴⁰⁷

⁴⁰⁴ El hierro y el caballo son los órganos absolutos con que se funda un dominio: su ausencia caracteriza la debilidad de las sociedades americanas (*Philosophie der Geschichte*, ed. cit., vol. I, pp. 193-194). Ya Montaigne (*Essais*, III, 6; ed. cit., pp. 875-876) había señalado en el caballo y el hierro los factores esenciales de la conquista europea de las Américas.

⁴⁰⁵ También esto es poco preciso: ¿después de qué? El Mundo Antiguo no fue descubierto nunca. Bastaba decir que América es el Mundo Nuevo porque fue descubierto, simplemente. Es el huevo de Colón, en todos sentidos. El Mundo Antiguo vino a ser tal en el momento en que se encontró otro, “nuevo”. Y no porque estuviera envejecido, ya que, por el contrario, entonces se mostraba capaz de nuevas y formidables empresas y conquistas.

⁴⁰⁶ Cf. Humboldt: “On ne saurait admettre que le nouveau Continent soit sorti des eaux plus tard que l'ancien” (*Vues des Cordillères*, op. cit., vol. I, p. 18); y Barton, *supra*, p. 373; y luego Emerson, *infra*, p. 468.

⁴⁰⁷ *Philosophie der Geschichte*, ed. cit., vol. I, pp. 189-191: “Physisch und geistig ohnmächtig hat sich Amerika immer gezeigt und zeigt sich noch so.”

g) *La impotencia de América en la fauna*

¿Dónde se revela esta impotencia? Hegel no piensa siquiera en una debilidad telúrica, y en la vegetación reconoce una vigorosa exuberancia. Quedan los animales, —y el hombre. En cuanto a las especies animales, ya sabemos que su mera existencia es un capricho, una debilidad de la Naturaleza.⁴⁰⁸ Querer ordenarlas en un sistema orgánico es pura necedad. El instinto solamente, y no la razón o la idea, ha puesto los géneros animales uno después de otro. “Pero una completa representación de series es antifilosófica y contra el concepto. La Naturaleza, en efecto, no coloca sus creaturas en escalas de ese tipo, sino en masas.”⁴⁰⁹ Las veinticuatro clases de Linneo son el sistema de Linneo, no de la Naturaleza (¡recordemos el anti-sistematicismo de Buffon y su particular aversión por Linneo!). Jussieu ha procedido mejor, ¡pero algo parecido había hecho ya Aristóteles con los animales!

Y Hegel, de hecho, vuelve a subrayar la importancia específica de las dimensiones de un animal o de una planta, —corolario de la tesis según la cual en la Naturaleza la cantidad es más importante que en el Espíritu—,⁴¹⁰ tesis que él trata de armonizar con la teoría de Kant y de Goethe sobre la orgánica armonía y los límites internos de todo animal: “Las diferentes especies de plantas y de animales tienen, tanto en conjunto como en cada una de sus partes, una medida determinada.”⁴¹¹ Pero inmediatamente después observa que las creaturas inferiores, las que están más cerca de la Naturaleza inorgánica, se distinguen de las superiores por su mayor indiferencia con respecto a las dimensiones: los helechos y las amonitas varían de tamaño dentro de límites mucho más amplios que los mamíferos y los seres más complejos.⁴¹² Según esto, la grandeza pierde significado, por mucho que aumente en importancia, a medida que la Naturaleza orgánica desciende para acercarse a la inorgánica.

Esta maraña de contradicciones demuestra que el problema de las dimensiones de los animales era algo tormentosamente sentido por Hegel, pero que no estaba resuelto, ni siquiera en la forma expeditiva en que Buffon lo había despachado. Y no estaba resuelto porque, más que las dimensiones de las especies zoológicas, lo que le preocupaba a Hegel era su diversidad y estabilidad, y la ley que las gobierna.

¿Cuál es esta ley? Está formulada en términos generalísimos, de tal manera que afecta también a América, sobre todo a la meridional, de donde había tomado Buffon sus ejemplos, pero no sólo a América. Para Hegel no existe sino un tipo perfecto de animal, que realiza cumplidamente el concepto de “animal”, y todas las variedades de bestias son sim-

⁴⁰⁸ Véase *supra*, pp. 390-391.

⁴⁰⁹ *Enzyklopädie*, § 281 Zus. (vol. VII, 1ª parte, pp. 156-157): “Die ganze Vorstellung von Reihen ist aber unphilosophisch und gegen den Begriff. Denn die Natur stellt ihre Gestalten nicht auf solche Leiter nach einander, sondern in Massen auf.”

⁴¹⁰ Véase *supra*, p. 388.

⁴¹¹ *Ibid.*, § 107 Zus. (vol. VI, pp. 216-217): “Die verschiedenen Gattungen der Pflanzen und Thiere haben sowohl im Ganzen als auch in ihren einzelnen Theilen ein gewisses Mass.” Cf. Goethe, *Metamorphose der Thiere* (1806), citado *supra*, p. 234.

⁴¹² *Ibid.*, § 107 Zus. (vol. VI, pp. 216-217); pero en la Naturaleza inorgánica la cantidad es más importante que en la orgánica: véase § 99 Zus. (vol. VI, pp. 199-200): “como es, pues, que en las creaturas más cercanas a la Naturaleza inorgánica la cantidad se hace menos importante y casi indiferente?”

ples modificaciones suyas.⁴¹³ En los animales superiores, estas modificaciones están de acuerdo con los elementos en que se desarrolla su vida; los inferiores, en cambio, tienen menos relación con los elementos y permanecen indiferentes a su gran diversidad. Así, pues, al contrario de Buffon y de Haldane,⁴¹⁴ Hegel parece juzgar más estables, menos expuestas a la influencia y al juego de los elementos, justamente las especies inferiores.

Pero esta regla general sufre la interferencia de una discriminación geográfica. A medida que se avanza hacia el Sur, donde los continentes se adelgazan y se recortan, también las especies animales se modifican, se diferencian, se hacen peculiares y típicas de esa parte del mundo.⁴¹⁵ Las puntas meridionales extremas de los continentes tienen especies sumamente distintas, mucho más distintas entre sí que las de las partes septentrionales de los mismos continentes. Las especies zoológicas son, por lo tanto, un reflejo, o mejor un paralelo, de esa diversificación de las partes del mundo, que a su vez es el resultado de arcanas fuerzas cósmicas.⁴¹⁶

Los continentes están más estrechamente unidos en el Norte; por ello mismo, la naturaleza vegetal y animal muestra allí una coherencia más estrecha. En cambio, en África y en América, a medida que avanzamos hacia el Sur, donde se fragmentan los continentes, también las especies animales [¿y las vegetales no?] van fragmentándose más y más en clases.⁴¹⁷

En su parte septentrional, la tierra tiene un pecho amplio, como decían los griegos, y se presta a ser teatro de la historia universal; en la meridional se subdivide y se desparrama en numerosísimas puntas y penínsulas, “wie Amerika, Asien, Afrika”: ahora bien, en esas sutiles ramificaciones se diversifican y particularizan, como se ha visto, también las creaturas naturales, mientras que la zona nórdica, donde se encuentra la mayor parte de las especies animales y vegetales, sigue siendo la más importante desde el punto de vista zoológico y botánico.⁴¹⁸

El efecto se debe al clima, —al clima que en el Sur, por lo visto, es más eficaz que en el Norte:

En efecto, en el Sur la fauna [¿y la flora no?] se particulariza más que en el Norte de acuerdo con las diferencias climáticas y geográficas: así, por ejemplo, el elefante asiático y el africano se distinguen esencialmente uno de otro, mientras que en América no existen elefantes [¡singular forma de *Partikularisierung* y de *Individualisierung*, este no existir!]; así también se distinguen los leones y tigres, etc.⁴¹⁹

⁴¹³ *Enzyklopädie*, §§ 352 Zus. y 370 Zus. (vol. VII, 1ª parte, pp. 558 y 653). Apenas hace falta recordar las especulaciones de Goethe sobre el *Urthier* y la *Urpflanze*.

⁴¹⁴ Véase *supra*, p. 23.

⁴¹⁵ *Enzyklopädie*, § 339 Zus. (vol. VII, 1ª parte, p. 441).

⁴¹⁶ Véase *supra*, p. 391.

⁴¹⁷ *Enzyklopädie*, § 370 Zus. (vol. VII, 1ª parte, pp. 654, 670): “weil im Norden die Welttheile mehr zusammenhängen, auch die vegetabilische und animalische Natur daselbst mehr verbunden ist; wogegen, je mehr es in Africa und Amerika zum Süden geht, wo sich die Welttheile theilen, auch die Thiergattungen desto mehr in Arten aus einander treten”.

⁴¹⁸ *Philosophie der Geschichte*, ed. Lasson, vol. I, p. 182.

⁴¹⁹ *Enzyklopädie*, § 370 Zus. (vol. VII, 1ª parte, pp. 654, 670): “weil sich im Süden die Thierwelt mehr nach klimatischen und Länder-Unterschieden partikularisiert, als

como conviene a animales superiores sujetos a la influencia de los elementos, sin que por ello se afirme, ni siquiera en forma implícita, una superioridad de esta variante sobre aquélla, de una fiera sobre la otra. Pero la *Filosofía de la historia* es más radical y consecuente. En América, la inferioridad que se observa entre los hombres tiene su contrapueba en los animales:

La fauna ostenta aquí leones, tigres, cocodrilos; pero éstos tienen sólo cierta semejanza con las creaturas del mundo antiguo, y son desde todos los puntos de vista más pequeños, más débiles, más mansos. Se asegura que la carne de los animales es aquí menos nutritiva que en el mundo antiguo; existen, en efecto, cantidades inmensas de bovinos, pero un pedazo de vaca europea es una verdadera golosina.⁴²⁰

Es aquí evidente el eco de tesis buffon-depauwianas, a pesar de que no resulta fácil precisar su proveniencia inmediata. Para los hombres existe la misma calamidad, si bien resulta curioso y casi paradójico que justamente el hombre, el animal de más elevada categoría, esté liberado del imperio del clima, desvinculado más que ningún otro del ambiente natural, y le esté concedido vivir bien en cualquier latitud, —no obstante que el esquimal y el indio de los trópicos son muy distintos de los habitantes de la zona templada...⁴²¹

h) El canto de los pájaros americanos

La inferioridad de las especies animales americanas es, pues, postulada por Hegel más bien que deducida: y postulada incidentalmente, más bien como un hecho notorio que como una singularidad notable de la Naturaleza. Sobre un solo caso particular de inferioridad se detiene Hegel, fervoroso amante de la música y del *bel canto*: sobre la voz desagradable atribuida a los pájaros americanos. El no pone en duda el hecho,⁴²² y la explicación que da es divertida.

im Norden; so sind der asiatische und afrikanische Elephant wesentlich von einander unterschieden, während Amerika keine hat; ebenso sind Löwen und Tigern u. s. f. unterschieden".

⁴²⁰ *Philosophie der Geschichte*, ed. cit., vol. I, p. 191; cf. la crítica de Humboldt, *supra*, p. 384, y J. Ortega y Gasset, "Hegel y América", *El espectador*, VII, en *Obras*, 3ª ed., Madrid, 1943, vol. I, p. 597.

⁴²¹ *Enzyklopädie*, § 370 Zus. (vol. VII, 1ª parte, p. 654) y § 392 (vol. VII, 2ª parte, p. 58); *Philosophie der Geschichte*, ed. cit., vol. I, p. 231. La excepción se remonta a Buffon (y había sido sostenida por Caldas; cf. *supra*, pp. 283-284). Pero en otro lugar (*Philosophie der Geschichte*, ed. cit., vol. I, pp. 180-183) Hegel reafirma la influencia del clima y niega que en la zona fría y en la tórrida, entre los japoneses o los africanos, pueda florecer la libertad o le sea posible al hombre levantarse sobre la lucha con las necesidades naturales hasta hacer de esas tierras un "Schauplatz der Weltgeschichte"; y de manera aún más pesimista vuelve a aseverar (*Vorlesungen über Aesthetik*, ed. cit., vol. X, 1ª parte, p. 187) que el animal depende absolutamente del suelo y del clima, y señala la posibilidad de que la miseria del ambiente le haga perder la flor de su belleza, empequeñecerse, enflaquecer y reflejar en su aspecto la indigencia y la mezquindad de la naturaleza ambiente. No alude, sin embargo, a las especies americanas.

⁴²² Si bien el zoólogo Johann Baptist von Spix y el botánico Carl Friedrich von Martius, en el relato del viaje realizado por ellos (1817-20) en el Brasil (*Reise nach Brasilien*, 3 vols., 1823-31, vol. I, p. 191) atestiguaron la existencia de pájaros canoros

El calor hace resplandecer los colores de las plantas: su individualidad (su *Selbst*), atraída por la luz, se derrama en la existencia como luz. Los animales tienen colores más oscuros; pero entre los pájaros, los más multicolores y admirables son los de los trópicos, que parecen casi plantas, cuya esencia propia se expresa, gracias a la luz y al calor de esos climas, en su envoltura vegetativa, el plumaje. Los pájaros del Norte no pueden competir en esto, "pero cantan mejor, como por ejemplo el ruiseñor y la alondra, que no existen entre los trópicos". El clima tropical consume la voz y la traduce en el esplendor metálico del color. El sonido se arruina en el calor. E incluso la voz, que sin embargo es algo más elevado que el sonido, sufre por su exposición al clima tórrido.⁴²³

Según esto, parece que la afonía de los pájaros tropicales es constitucional e incurable. Pero, en nota, Hegel hace una curiosa conjetura, que, en caso de resultar verdadera, destruiría su tesis. Dice, en efecto, que la escasa musicalidad de los pájaros americanos puede ser adquirida, y por lo tanto remediada: "cuando algún día ya no se escuchan en las selvas del Brasil los sonidos casi inarticulados de hombres degenerados, entonces muchos de los plumíferos cantores producirán también melodías más refinadas".⁴²⁴ De lo cual se deduce que esos pájaros americanos se echaron a perder la voz a fuerza de oír los aullidos horribles de los salvajes, imitándolos estúpidamente en lugar de cantar a su propia manera. Una vez exterminados o reducidos al silencio los indígenas, los pájaros comenzarán a entonar melodías más dulces (¿como el ruiseñor? ¿como la alondra...?).

También en este ejemplo, encontramos que un dato de hecho discutible, y aun abiertamente puesto en tela de juicio, sirve para ilustrar una relación conceptual arbitraria, la de calor, sonido y color. Y, aunque el ejemplo es americano, clásicamente americano, Hegel no saca de él nin-

en esas regiones (*Enzyklopädie*, § 303 Zus.; vol. VII, 1ª parte, pp. 225-226). El viaje de Spix y Martius se cita también *ibid.*, pp. 254, 451-452, 513-514. Vale la pena recordar que justamente Martius, en su disertación *Cómo debe escribirse la historia del Brasil* (1843, publicada en 1845 y reproducida íntegramente en la *Revista de Historia de América*, México, 1956, núm. 42, pp. 433-458), recomendaba (p. 446) que se excluyera de ella "una multitud de alegaciones extravagantes, de fatos inteiramente falsos (como por exemplo foram espalhados pela obra escandalosa de Mr. de Pauw)", —paréntesis que es, si no la única, sí una de las contadísimas protestas brasileñas contra el autor de las *Recherches*.

⁴²³ Sobre la relación de *Klang* y *Wärme*, véanse también los párrafos que siguen al 303; sobre la de *Klang* y *Stimme*, y sobre el canto de las aves, que no es manifestación de una necesidad, sino expresión sin deseo, inmediato goce de sí mismas, véanse también §§ 351 Zus., 365 Zus. y 370 Zus. (vol. VII, 1ª parte, pp. 554-555, 639, 667-668). Sobre la relación de las plumas pintadas con la luz, cf. § 361 Zus. (*loc. cit.*, pp. 610-611).

⁴²⁴ *Enzyklopädie*, § 303 Zus. (vol. VII, 1ª parte, pp. 225-226): "wenn einst die fast unarticulirten Töne entarteter Menschen durch die Wälder Brasiliens nicht mehr erschallen, auch viele der gefiederten Sänger verfeinerte Melodien hervorbringen werden". Pero, veamos, ¿está comprobado que los indios sean tan roncós y chillones? Un tenaz admirador suyo, L. A. Muratori, había ponderado, en cambio, el eufónico hablar de los indígenas del Paraguay, dando asimismo de ese hecho una curiosa explicación dietética: "hanno ottime voci, concorrendo a renderle tali, ed anche più armoniose che in altri paesi, le acque de' fiumi Parana ed Uruguay, siccome ancor noi osserviamo più melodiose quelle di parecchi abitanti nelle montagne, perchè non bevono se non acqua, purché acqua sana e pura" (*Il cristianesimo felice, op. cit.*, vol. I, p. 97; cf. *supra*, p. 147, nota 16).

gún corolario antiamericano: no interpreta ese mutismo como habían hecho los poetas, no ve en él una señal de tristeza o atonía de la naturaleza del Nuevo Mundo. Sólo en la alusión a los indígenas, de quienes los pájaros aprenden a desafinar y a chillar, se puede percibir un prejuicio antiamericano.

1) El salvaje como hombre de naturaleza

Veamos, pues, cómo llegó Hegel a ese juicio implícitamente negativo. El salvaje, que echa a perder la voz inocente de la Naturaleza, es definido por Hegel, al comienzo, precisamente como el Hombre de Naturaleza, como el primitivo rousseauiano cuya existencia transcurre en íntimo contacto con la Naturaleza, y en ella percibe el espíritu de Dios.⁴²⁵ Así como los organismos más elementales viven en más estrecha simbiosis con el ambiente, así los pueblos más primitivos, menos evolucionados en la libertad espiritual, se mantienen en más estrecha comunión con la Naturaleza ambiente y amenazante. Los animales duermen por instinto; los salvajes reposan de noche; sólo el Espíritu hace día de la noche.⁴²⁶

La aplicación de estas tesis a los pueblos "históricos" sigue totalmente el esquema de Rousseau. Los antiguos griegos y romanos estaban más cerca de la Naturaleza que las naciones modernas, los italianos y los españoles viven la vida de la Naturaleza mucho más que los alemanes y los nórdicos.⁴²⁷

Pero ya aquí se advierte la superación del presupuesto primitivista: no cabe duda de que, para Hegel, el alemán es un tipo humano superior al italiano y al español; así, pues, a medida que se aleja de la condición natural, el hombre va elevándose y perfeccionándose. El hombre de naturaleza es un ser todo sentimiento, pero si es todo y sólo sentimiento, el hombre no se distingue ya de la bestia. Si toda su religión tuviera que reducirse al sentimiento, más precisamente al sentimiento de su dependencia de un Poder Superior, entonces el mejor cristiano sería el perro.⁴²⁸ Ese salvaje que percibía tan bien la voz de Dios, resulta ahora que lo único que percibe es "his master's voice"...

El prototipo moderno del salvaje, el indígena americano, no puede esperar, pues, que se le vea con indulgente simpatía. Pero la condena que le toca es de una severidad muy particular precisamente porque habita el continente americano, ese continente que carece de una verdadera razón de ser. Las distintas razas están en estrecha correlación y dependencia

⁴²⁵ *Philosophische Propedeutik*, § 151 (ed. Karl Rosenkranz, *Werke*, vol. XVIII, p. 184); *Vorrede zu Hinrichs' Religionsphilosophie*, en *Werke*, vol. XVII, p. 295.

⁴²⁶ *Enzyklopädie*, § 361 Zus. (vol. VII, 1ª parte, p. 608) y § 392 (*ibid.*, 2ª parte, p. 58). La intimidad del animal con la naturaleza se advierte asimismo en su sensibilidad preventiva a los terremotos (*Philosophische Propedeutik*, § 151 ya citado; *Enzyklopädie*, § 392 Zus.; vol. VII, 2ª parte, pp. 62, 63-64); el salvaje, a su vez, tiene un sentido casi animalesco y a veces "ein Bewusstseyn von Dingen hat, die tausend Stunden entfernt geschehen" (*Vorlesungen über die Philosophie der Religion*, ed. Ph. K. Marheineke, Berlin, 1840, en *Werke*, vol. XI, p. 274).

⁴²⁷ *Enzyklopädie*, §§ 392 Zus. y 406 Zus. (vol. VII, 2ª parte, pp. 62-63 y 179).

⁴²⁸ "So wäre der Hund der beste Christ", *Vorrede*, *op. cit.* (vol. XVII, p. 295). Sobre la insulsa religión del salvaje, sobre su "inocencia" y mansedumbre accidental porque depende del clima—, véanse las *Vorlesungen über die Philosophie der Religion*, ed. cit., vol. XI, pp. 272-273. Sobre su incapacidad de atención, cf. también *Enzyklopädie*, § 448 Zus. (vol. VII, 2ª parte, p. 313).

con las partes del mundo: sus características están telúricamente condicionadas, y son tan necesarias como las de los continentes mismos.⁴²⁹ Es justo, pues, que existan en Europa, África y Asia la raza caucásica, la etiópica y la mongólica, pero a estas tres razas reconocidas, autorizadas, legítimas, Hegel agrega a regañadientes otras dos, la malaya y la americana, "que, sin embargo, constituyen un agregado de particularidades infinitamente diferenciadas, más bien que una raza nítidamente perfilada".⁴³⁰ Estas razas están mucho menos bien definidas —"weniger... scharf ausgezeichnet"— que las tres del Mundo Antiguo. Hasta el tinte de la piel es incierto: blancos, negros y amarillos, se sabe lo que son; pero la epidermis de los americanos es cobriza.

j) Los aborígenes americanos

¿Qué cosa cabe esperar de una gente tan mal coloreada, en una tierra deficiente e imprecisa? Nada bueno, ciertamente. Los aborígenes americanos son una raza débil en proceso de desaparición: "ein verschwindendes schwaches Geschlecht". Sus rudimentarias civilizaciones tenían que desaparecer necesariamente a la llegada de la incomparable civilización europea. Y así como su cultura era de calidad inferior, así quienes siguieron siendo salvajes, lo son en un grado supremo: son las muestras más acabadas de la falta de civilización. Sólo en América existen salvajes tan torpes e idiotas como los *Pescheräh* (o sea los fueguinos) y los esquimales. Últimamente se han dado a conocer algunas canciones de iroqueses, de esquimales y de otras poblaciones salvajes; pero no ensanchan ni una pulgada el círculo encantado de la poesía. Y en cuanto a heroísmo, no cabe siquiera hablar de semejante cosa: los caribes mismos, los valerosos caribes, se han extinguido bajo el efecto combinado del aguardiente y de las armas de fuego.

En el Sur, los americanos son todavía más cobardes. Los indígenas jamás se hubieran liberado del yugo español (fueron los criollos quienes se rebelaron). En el Paraguay eran como chiquillos incapaces —"unmündige Kinder"—, y los jesuitas los trataban en cuanto tales. En suma, es notorio que los americanos no se pueden sostener frente a los europeos: "die Amerikaner sind daher offenbar nicht im Stande, sich gegen die Europäer zu behaupten". A los europeos les tocará hacer florecer una nueva civilización en las tierras conquistadas.⁴³¹

El mismo cuadro pinta Hegel en su *Filosofía de la historia*. Tras de afirmar la impotencia física y espiritual de América, enfermedad congénita e incurable, la ilustra simplemente con ejemplos de la impotencia del americano:

En efecto, después de que los europeos desembarcaron en América, los indígenas han ido pereciendo poco a poco al soplo de la actividad europea. En los estados libres de Norteamérica todos los ciudadanos son hombres

⁴²⁹ Véase *supra*, pp. 391-392.

⁴³⁰ "...welche aber mehr ein Aggregat unendlich verschiedener Particularitäten als eine scharf unterschiedene Race bilden".

⁴³¹ *Enzyklopädie*, § 393 Zus. (vol. VII, 2ª parte, pp. 64-72); y sobre las canciones de los aborígenes (ya apreciadas por un Oviedo), cf. *Vorlesungen über Aesthetik*, ed. cit., vol. X, 3ª parte, p. 438. Sobre la rudimentaria religión de los esquimales, *Vorlesungen über die Philosophie der Religion*, ed. cit., vol. XI, pp. 286-287.

de ascendencia europea, con los cuales no pudieron mezclarse los antiguos habitantes, y fueron expulsados por ellos. A decir verdad, los aborígenes aprendieron de los europeos algunas artes, por ejemplo la de beber aguardiente, que tuvo sobre ellos [sobre los pieles rojas esta vez, mientras que antes sobre los caribes] un efecto deletéreo. En el Sur, los indígenas fueron tratados mucho más violentamente, y empleados en trabajos duros, para los cuales no bastaban sus fuerzas.

Resuena aquí el eco de Las Casas, reforzado quizá por el más reciente de De Pauw o alguno de sus secuaces.

Mansedumbre e inercia, humildad y rastrera sumisión frente al criollo, y más aún frente al europeo, son el carácter esencial de los americanos, y hará falta un buen lapso de tiempo para que el europeo consiga despertar en ellos un poco de dignidad [*Selbstgefühl*]. Los hemos visto, en Europa, privados de toda vida espiritual [*geistlos*] y escasamente capaces de educación. La inferioridad de estos individuos bajo todos los aspectos, inclusive el de la estatura, se reconoce fácilmente en todo,

exceptuando a los rudos, selváticos y poderosos patagones —¡una vez más los *Patacones!*—, pero no a los discípulos de los jesuitas, a quienes “en plena noche una campana tenía que recordarles aun sus deberes conyugales”.⁴³²

En estas sumarias condenas resuenan los acentos de realismo crudo y hasta cínico, como también de altanera arrogancia, que Hegel prodiga sobre otros pueblos vencidos y, en cuanto vencidos, juzgados y sentenciados por el “tribunal del mundo”: no se ve, en efecto, por qué la manzanita de los antillanos a arcabuzazos tenga que imputarse a una presunta inferioridad orgánica y espiritual de esos indios. Los juristas españoles del siglo XVI habían sido más humanos, porque al menos se habían planteado la pregunta de la legitimidad de esa guerra de exterminio y le habían buscado una justificación, ya sea exaltando los incomparables bienes espirituales llevados por los conquistadores, ya envileciendo a los indios al rango de seres subhumanos o incluso bestiales. Hegel, en cambio, parte del hecho histórico de la violenta conquista y de él saca argumentos para concluir que los aborígenes no valían nada y de todas maneras tenían que desaparecer.

Entre las consecuencias de la debilidad de los indígenas americanos, Hegel recuerda la trata de negros. Y es curioso observar con cuánta relativa simpatía considera a estos otros “primitivos”, que provienen sin embargo del Mundo Antiguo. Su color oscuro depende del clima, del calor y de la luz, —exactamente de aquellos mismos factores que a los pájaros les dan, en cambio, el centelleo de plumas brillantes y multicolores.⁴³³ Y a los negros transportados al continente americano se atribuye el descubrimiento del valor terapéutico de la corteza de la quina y el mérito de haber logrado establecer en Haití un estado modelado sobre principios cristianos: “einen Staat nach christlichen Principien gebildet”.⁴³⁴ Por

⁴³² *Philosophie der Geschichte*, ed. Brunstäd, p. 128; ed. Lasson, vol. I, p. 192.

⁴³³ “Auch das schwarze Haar [Haut?] des Negers hängt vom Klima, von der Wärme und dem Lichte ab” (*Enzyklopädie*, § 345 Zus.; vol. VII, 1ª parte, p. 489).

⁴³⁴ *Enzyklopädie*, § 393 Zus. (vol. VII, 2ª parte, p. 68); *Philosophie der Geschichte*, ed. Lasson, vol. I, p. 193. Mucho menos favorable es la caracterización de los negros en el pasaje en que Hegel se ocupa de África (*ibid.*, vol. I, pp. 215-218).

“infantil” que sea su espíritu, la dignidad histórica de la raza etiópica está salvada.

k) *La América actual: los “Volksgeister” y América*

El juicio sobre las formaciones políticas de la América actual encaja sobre dos conceptos: el de los *Volksgeister*, que dominan por turno y desaparecen irremisiblemente, y el de una antítesis radical entre la América del Norte y la del Sur. El primero de estos conceptos sanciona el eclipse definitivo de las civilizaciones precolombinas, mientras que el segundo desarrolla el contraste entre regiones septentrionales y meridionales que, según hemos visto, tiene mayor relieve, en la deducción de los continentes, que el contraste entre Oriente y Occidente.⁴³⁵ Las civilizaciones de México y del Perú eran meramente naturales: al acercarse el Espíritu, no podían menos que desaparecer.⁴³⁶ Es éste un caso particular de la ley que asigna a cada nación un momento de la Historia y luego la arroja fuera de la realidad, en la nada: ley tan rígidamente mecánica, que sorprende que haya sido acogida y aplicada con tanta tenacidad por una mente tan abierta y tan sensible a lo orgánico y a lo dinámico como la de Hegel, mientras que no nos maravilla que haya sido rechazada por Humboldt con “feroz desconfianza”;⁴³⁷ ley que cierra el paso a toda convivencia de naciones, a toda asimilación de civilización, a todo injerto y todo renacimiento, y que por consiguiente niega, en sustancia, el desarrollo histórico, en vez del cual parece que quiere establecer un desfile de esas figuras simbólicas que en los antiguos relojes de torre salen de una puertecita una tras otra cuando suena su hora, se contonean por unos instantes al sol y vuelven a entrar en la oscuridad por otra puertecita; ley, finalmente, que corresponde en el campo de la Historia al categórico anti-evolucionismo de la filosofía de la Naturaleza.

Ya en un escrito juvenil afirma Hegel la absoluta necesidad del puesto que le toca a cada pueblo y la unicidad de su “momento”, condicionado por la Historia de un lado, y de otro por la Geografía;⁴³⁸ y en la

⁴³⁵ También Hegel (véase *supra*, p. 128) sigue la teoría heliodrómica y hace marchar la historia de Este a Oeste. Sobre el limitado sentido de esta tesis suya, véase sin embargo B. Croce, *Discorsi di varia filosofia*, Bari, 1945, vol. I, pp. 141-143; H. Löwith, *Von Hegel zu Nietzsche*, Zürich, 1941, p. 45; A. Lasson, *Hegel als Geschichtsphilosoph*, Leipzig, 1920, p. 130. Con todo, queda un reflejo de ella en la elección del calificativo de “país del porvenir” para América, y en el embarazo con que Hegel, no obstante reconocer que Asia se encuentra al Oeste de América, se afana en sostener la tesis de que Europa es el Occidente absoluto, el centro y el culmen del Mundo Antiguo, y Asia, por consiguiente, el Oriente absoluto... (Véase también la encarnizada crítica a que Hegel somete la misticizante filosofía de la historia de Görres, juzgándola vacía y formalista, en la reseña de *Ueber die Grundlage, Gliederung und Zeitenfolge der Weltgeschichte, Drei Vorträge... von J. Görres*, Breslau, 1830: “so lässt sich ohne Gehalt lange fortsprechen”: *Werke*, vol. XVII, p. 268).

⁴³⁶ *Philosophie der Geschichte*, ed. Lasson, vol. I, pp. 184 (“Chile und Peru sind schmale Küstenstriche, sie haben keine Kultur”: véase *infra*, p. 404) y 190-191; *Enzyklopädie*, § 393 Zus. (vol. VII, 2ª parte, pp. 64-72), y *supra*, pp. 399-400. A la tesis hegeliana de la inmadurez de las Américas se remite Antonio Martínez Bello para negar la influencia de Hegel sobre el patriota y orador cubano Rafael Montoro (*Origen y meta del autonomismo. Exégesis de Montoro...*, La Habana, 1952, pp. 61, 89).

⁴³⁷ Carta a Varnhagen von Ense, 30 de mayo de 1837 (trad. C. F. Girard, p. 31; trad. M. Sulzberger, p. 72).

⁴³⁸ “So gehört, um das Allgemeinste zu nennen, das bestimmte Klima eines

Propedéutica la ley fatal se formula en todo su rigor: "No todos los pueblos cuentan en la historia universal. Cada cual tiene, según su principio, su propio punto y momento. Después, según parece, abandona la escena para siempre. Y este turno no le viene por mera casualidad".⁴³⁹ Cuando viene, el espíritu del mundo se refleja íntegramente en ese pueblo, sujeto a ese clima y ligado a ese período, pero se refleja de una manera completamente naturalista, como la totalidad de la vida se encuentra íntegra en el pólipo, en el ruiseñor y en el león: cada uno de los cuales está cerrado en sí mismo y es absolutamente él mismo, un individuo sin relación alguna con los demás, un escalón sobre el cual flota en el aire (*schwebt*) la idea de la totalidad.⁴⁴⁰ Los pueblos son, pues, como las especies naturales, múltiples encarnaciones del Logos, con la única diferencia —no diré ventaja— de que, mientras las especies animales coexisten como buenamente pueden, y no están condenadas a la extinción, las naciones se alternan sin descanso en el puesto delantero del género humano. La vinculación geográfica y antropológica de cada nación, entendida a la manera de Montesquieu, obliga con su naturalista e incoercible pluralidad a concluir que sólo una vez en la Historia puede ser un pueblo el portador del Espíritu, "el dominante".⁴⁴¹

De aquí se podrían argumentar, con idéntica facilidad, dos cosas: o que América tiene aún por gozar su momento de supremacía mundial, que el Porvenir le pertenece, o bien que, siendo su civilización meramente natural, no será nunca investida e invadida por el Espíritu. En cuanto a los indígenas, a quienes por añadidura considera extinguidos, o casi casi a punto de extinguirse, Hegel se atiene a la segunda alternativa. Pero en cuanto a América en general, parece inclinarse a la primera. Al hablar de la poesía épica, observa que las guerras cantadas por ella no deben ser guerras cualesquiera, sino que tienen que poseer un significado histórico universal, una "*universalhistorische Berechtigung*". Tales fueron las guerras de los griegos contra los troyanos narradas por Homero, y las del Cid contra los moros, de los cristianos contra los sarracenos (Tasso y Ariosto), de los portugueses contra los habitantes de la India (Camoens). Europa, la medida, la belleza individual, triunfan en esas guerras y en esos poemas sobre el fasto y la amorfa grandeza de Asia. ¿Cómo deberán ser, según eso, las epopeyas de mañana? No hablarán de guerras entre las

Volks, und seine Zeitperiode, in der Bildung des allgemeinen Geschlechts. der Nothwendigkeit an, und es fällt von der weitausebreiteten Kette derselben nur Ein Glied auf seine Gegenwart; welches, nach der erstern Seite aus der Geographie, nach der andern aus der Geschichte zu begreifen ist" (*Ueber die wissenschaftlichen Behandlungsarten des Naturrechts*, 1802-03, en *Werke*, vol. I, p. 403).

⁴³⁹ *Philosophische Propädeutik*, § 202 (*Werke*, vol. XVIII, p. 201): "Es zählen nicht alle Völker in der Weltgeschichte. Jedes hat nach seinem Princip seinen Punct, Moment. Dann tritt es, wie es scheint, für immer ab. Nicht zufällig kommt seine Reihe."

⁴⁴⁰ *Naturrecht*, op. cit., vol. I, p. 404.

⁴⁴¹ *Grundlinien der Philosophie des Rechts*, §§ 246-247. Sobre el concepto de totalidad orgánica de los pueblos y estados y sobre la "necesariadad" de sus características, con amplio reconocimiento de la "obra inmortal" de Montesquieu, véase *Naturrecht*, op. cit., vol. I, pp. 406-407. También en la *Enzyklopädie*, se declara que los caracteres de los pueblos son fijos como los de las razas: y, entre los corolarios, se repite que en los países cálidos es débil el sentido de la libertad (§ 393 Zus.; vol. VII, 2ª parte, pp. 73-74; cf. *supra*, pp. 33 ss., e *infra*, pp. 469-470; y una opinión contraria, *supra*, p. 282).

naciones europeas; todas estas naciones son limitadas, y por consiguiente ninguna de ellas, en rigor, "von sich aus", puede comenzar una guerra (!!). Las eventuales epopeyas del Porvenir podrán representar únicamente "la victoria de una futura racionalidad viviente americana sobre el encarcelamiento [europeo] en el medir y particularizar exagerados hasta el infinito..."; si hoy queremos ponernos más allá de Europa, no podemos ir sino a América: "Will man jetzt über Europa hinaus schicken, so kann es nur nach Amerika seyn."⁴⁴²

Reaparece así el sueño goetheano de una poesía virgen que nacerá al otro lado del Océano, con la ulterior determinación de que esa poesía exaltará épicamente el triunfo de la vida sobre el límite, de la razón sobre la historia, de América sobre Europa, tal como la poesía épica del pasado cantó las luchas de Europa por imponerse a Asia.

1) *Los Estados Unidos y la América del Sur*

Pero ¿a cuál de las naciones del Nuevo Mundo le tocará esta misión y este laurel? Excluidos los aborígenes, quedan las sociedades y las estirpes de tronco europeo. Frente a ellas, sin embargo, Hegel se encuentra en aprietos a causa de su repudio del continente americano. Sobre la contraposición de inmadurez y madurez física (Nuevo y Viejo Mundo) es difícil enchufar la de civilización meramente natural (física) y civilización espiritual. ¿Podrá guardar la civilización natural con la espiritual la misma relación que el continente inmaduro guarda con el maduro? Hegel no llega a decirlo *expressis verbis*, pero en el juicio que emite acerca de los Estados Unidos afirma algo muy parecido: que no han alcanzado todavía la madurez política, que no constituyen un estado sólido, porque tienen todavía enormes espacios en los cuales deben derramar oleadas de agricultores, de colonos, de inmigrantes. Este continuo reflujo y la ausencia de vecinos poderosos impiden que se formen en la joven nación esas tensiones internas, esos conflictos de clases, esas aglomeraciones urbanas e industriales que son el presupuesto de un estado orgánico. La América del Norte, en una palabra, es todavía demasiado natural, y por consiguiente muy poco "política" y espiritual; tiene demasiado espacio, y por lo tanto muy pocos problemas; demasiada "geografía", y en consecuencia muy poca "historia". Si en Europa hubiese existido aún la selva germánica, no habría ocurrido la Revolución francesa.⁴⁴³

⁴⁴² *Vorlesungen über die Aesthetik*, ed. cit., vol. X, 3ª parte, pp. 351, 354-355. Sobre la rematada no-epicidad del prosaico mundo contemporáneo, véase *ibid.*, p. 417.

⁴⁴³ *Philosophie der Geschichte*, ed. Lasson, vol. I, pp. 198-199. Comentando el pasaje citado en el texto, Ortega y Gasset cree poder formular, sin más, esta ley *hegeliana*: "la Historia o espiritualización del Universo es función de la densidad de población". También los europeos, al esparcirse por el continente americano, retroceden en su evolución espiritual y se vuelven semejantes a un pueblo primitivo: "Hegel y América", *loc. cit.*, vol. I, p. 602. Sobre las relaciones de historia y geografía, véase *El espectador*, iv, 1922 (*Obras*, ed. cit., vol. I, pp. 419 ss.), donde Ortega niega el determinismo geográfico, y "En el centenario de Hegel", 1931, en *Ideas y creencias (Obras)*, vol. II, p. 1695), donde admite en cambio que "la Historia... brota de la geografía", y cita su ensayo sobre "Hegel y América". Véase asimismo el aforismo sobre la tierra que influye "en el desarrollo de la historia" (*El espectador*, viii; ed. cit., vol. I, p. 747). Es clara la afinidad de esta tesis con la de la tropicalización del blanco y con las teorías de Turner acerca de la influencia decisiva de la "frontera" en la historia norteamericana (cf. igualmente *infra*, p. 476, nota 257).

Su verdadera historia está todavía por comenzar. Este continente en parte pertenecía ya al pasado cuando entró en contacto con los europeos, y en parte no está aún completo y listo (*fertig*). Sus indígenas han desaparecido prácticamente. Y Hegel ve con agudeza el carácter por completo "europeo" de la nueva civilización norteamericana —"lo que en América acontece, sale de Europa"; "América es un anexo que ha absorbido la superabundancia de Europa"⁴⁴⁴— y las posibilidades que esa civilización ofrece a las energías que no hallan desahogo en Europa.

Pero Norteamérica y Sudamérica están "separadas de la manera más tajante". Al Sur de Panamá, la franja de tierra que queda entre las montañas y el mar, donde se encuentran el Perú y Chile, es "más estrecha y ofrece menos ventajas que la de Norteamérica" (entre los Apalaches y el Atlántico).⁴⁴⁵ En toda la América del Sur, con excepción del Brasil, han surgido repúblicas; pero, si las confrontamos con la América del Norte, encontraremos "una antítesis sorprendente". En el Norte, orden y libertad; en el Sur, anarquía y militarismo. En el Norte, la Reforma; en el Sur, el catolicismo. El Norte fue "colonizado"; el Sur, "conquistado".

Hegel trae aquí una nueva polarización, no ya de madurez e inmadurez, de Naturaleza y Espíritu, sino una polarización entre las dos Américas, de recíproca confianza (*Zutrauen*) entre los industriales, fieles y liberales protestantes,⁴⁴⁶ y de violenta desconfianza entre los pendencieros y prepotentes católicos.⁴⁴⁷ Introduce así un elemento no sólo dinámico, sino explosivo, en el continente inerte e impotente, y llega a decir que quizá esta lucha entre las dos Américas sea el punto de mayor interés de la historia futura:

América es el país del Porvenir, donde se revelará, en los tiempos que tenemos por delante, y quizá en el conflicto entre la América del Norte y la del Sur, el centro de gravedad de la historia universal [*die weltgeschichtliche Wichtigkeit*];⁴⁴⁸ es el país que añoran todos cuantos han venido a sentir tedio por la histórica armería de la vieja Europa.

Pero, después de un comienzo tan prometedor, que parece apuntar a una revisión crítica de la tesis de la "juventud" de América y a un ahondamiento más decidido del epigrama goetheano,⁴⁴⁹ Hegel nos deja plantados

⁴⁴⁴ *Philosophie der Geschichte*, ed. cit., vol. I, pp. 194 ("was in Amerika geschieht, geht von Europa aus") y 200 ("Amerika ist ein Annexum, das den Ueberfluss von Europa aufgenommen hat"). Sobre América como situación de cosa incompleta e incapaz de completarse (*Nichtfertigsein und Nichtfertigwerden*), cf. *ibid.*, vol. I, p. 202. Pero Europa está excesivamente completa: es una "jaula" (citado por Gollwitzer, *op. cit.*, p. 440, nota 63a).

⁴⁴⁵ Cf. *supra*, p. 401, nota 436.

⁴⁴⁶ Pero de los comerciantes de los Estados Unidos escribe Hegel (*Philosophie der Geschichte*, ed. cit., vol. I, p. 197) que tienen la mala fama de estafar al prójimo bajo la alta protección del Derecho. . .

⁴⁴⁷ *Ibid.*, vol. I, pp. 195-196.

⁴⁴⁸ Ya Raynal había delineado con eficacia la antítesis natural, social y política entre la América del Norte y la del Sur (*Histoire philosophique*, livre XIII, ed. Genève, 1775, vol. II, pp. 530-531); y, al estallar la guerra entre Inglaterra y sus colonias, ya había aludido a los "latentes gérmenes de discordia" entre Norteamérica y Sudamérica como a un grave peligro para el equilibrio político de todo el mundo (*Histoire*, ed. Genève, 1780, 10 vols., vol. IX, pp. 364 ss., citado por Morandi, *L'idea dell'unità politica*, *op. cit.*, p. 25). Véase también Chateaubriand, *Voyage en Amérique* (1827), ed. cit., p. 211.

⁴⁴⁹ Cf. *supra*, pp. 402-403.

en seco. Como país del Porvenir, América no interesa ni al historiador, que sólo tiene que habérselas con el pasado y con el presente, ni al filósofo, que no se ocupa ni de aquello que sólo ha sido, ni de aquello que sólo será, sino únicamente de lo que es y es eterno, y con esto "tiene ya bastante que hacer"⁴⁵⁰ Y así, de manera más bien brusca, se despide Hegel "del Mundo Nuevo y de los sueños que con él se relacionan", y regresa a las aguas del Mediterráneo, mucho más familiares.⁴⁵¹

m) *Carácter del error de Hegel*

La soberbia arbitrariedad con que Hegel dispone del continente americano no es, pues, una excrecencia inevitable de su sistema. El sistema ha impreso a los errores su típica forma propia. La dialéctica, aplicada a datos empíricos, los ha hecho aparecer como corolarios lógicamente necesarios de la estructura del Universo. Pero la raíz de estos errores es más remota. Consiste en la sustancial falsedad, inclusive en el plano empírico —y sobre todo en él— de muchos datos de hecho que Hegel se esfuerza en deducir dialécticamente.⁴⁵² El error de Hegel es, por lo tanto, un error

⁴⁵⁰ *Philosophie der Geschichte*, ed. Lasson, vol. I, p. 200 (cf. *supra*, p. 19). El porvenir no es objeto de conocimiento (*Enzyklopädie*, §406 Zus.; vol. VII, 2ª parte, p. 180), y precisamente por eso Hegel se lavaba también las manos en cuanto al porvenir de los pueblos eslavos. Gollwitzer, *op. cit.*, pp. 263-264, tiene a este propósito algunas precisas observaciones, a las que sólo falta la perspectiva histórica aquí delineada. Sobre América y Rusia como "países del porvenir", véase también Löwith, *op. cit.*, p. 55, con citas de Napoleón, Tocqueville y Heine; Chevalier, *Lettres*, ed. cit., vol. I, p. 154; Chasles, *Etudes*, *op. cit.*, pp. 394, 419. Pero la profecía más curiosamente precisa es la formulada (1775) por el abate Roubaud, quien veía a Rusia consolidar su dominio desde el Cabo Norte hasta Kamchatka y más allá, y agregaba: "Placée à l'extrémité de la terre, la Russie deviendra le centre du commerce de l'Univers. Par l'Amérique lo sea, "liberando" anticolonialísticamente a indios y esclavos], elle peut changer le système politique de l'Europe" (*Histoire*, *op. cit.*, vol. XV, p. 537).

⁴⁵¹ Tampoco vuelve Hegel a abrir la cuestión en los pasajes en que caracteriza el descubrimiento de América (*Philosophie der Geschichte*, ed. cit., vol. II, pp. 856, 871), ni en la página en que recuerda aquellos antiguos cantos de Gales que presentan alusiones de "Wanderungen nach Amerika" (*Vorlesungen über Aesthetik*, ed. cit., vol. X, 3ª parte, p. 406); ni se ocupa del asunto al discutir varias otras particularidades de la geografía americana, con la cual demuestra estar familiarizado. Recuerda, por ejemplo, los aguaceros que caen en Chile por las tardes (*Enzyklopädie*, § 288 Zus.; vol. VII, 1ª parte, p. 183); los yacimientos de hierro del Brasil y de la Bahía de Baffin (*ibid.*, p. 185); los bosques, las conchas y los caracoles fósiles que se encuentran en América, particularmente en los Andes (*Enzyklopädie*, § 339 Zus.; *loc. cit.*, pp. 435-436); los huesos de mamut descubiertos por Humboldt en el Perú, en Quito y en México, y el esqueleto de un animal gigantesco encontrado por él en el Río de la Plata (donde jamás estuvo Humboldt) (*ibid.*, p. 436); las teorías sobre el origen de la sífilis y el carácter endémico de la fiebre amarilla en América (*Enzyklopädie*, § 371 Zus.; *loc. cit.*, p. 676); el "descensus lapidum in Europa et America" (*Dissertatio de orbitis planetarum*, 1801), etc. Hegel hace también agudas observaciones sobre la función unificadora de las aguas, fluviales y oceánicas, en virtud de la cual "Cadix stand mit Amerika in engerer Verbindung als mit Madrid", y "zwischen Amerika und Europa ist der Zusammenhang viel leichter als im Innern Asiens oder Amerikas", etc. (*Philosophie der Geschichte*, ed. Lasson, vol. I, pp. 186-187; el mismo concepto en una carta de Humboldt a Varnhagen von Ense, 17 de mayo de 1837).

⁴⁵² Dilthey ha observado que en la época de Hegel ya Lavoisier, Galvani, Volta, Brown habían revolucionado las ciencias naturales, pero Hegel se contentó con subordinar todo eso a la estructura de su sistema (*Hegel y el idealismo*, trad. española de Eugenio Imaz, México, 1944, p. 257); así, pues, su enseñanza resultó estéril en esta parte: "Allí donde reinaba un Alejandro de Humboldt. . . no había lugar para un tra-

de segundo grado, un error al cuadrado. Está equivocada la base de hechos de su razonamiento, y es impropia la forma lógica en que se presentan y razonan esos hechos. Hegel hubiera podido dialectizar igualmente bien, o igualmente mal, la tesis de la insuperable perfección de América y de la sórdida decrepitud del Viejo Mundo.

Entonces, ¿a qué se debió que eligiera la condena del Nuevo Mundo? La elección no fue, desde luego, deliberada y consciente. Pero a los ojos del filósofo que pensaba el desarrollo del Espíritu, o sea del Absoluto, en los términos históricamente condicionados del Oriente, de Grecia, de Roma y del cristianismo, el Mundo Antiguo tenía ciertamente más realidad, más consistencia, más vida, que las vastas y extrañas comarcas que vinieron a fines del siglo xv a turbar esa línea evolutiva tan orgánica y perfecta. Para admitir a América en su sistema, Hegel hubiera tenido que hacer pedazos su construcción histórico-dialéctica, y revelar así su fragilidad, su artificialidad, su rigidez e incapacidad de adaptarse a las nuevas realidades y de comprenderlas. América, con su enorme e innegable presencia, "naïve et péremptoire", hubiera descubierto y traicionado uno de los puntos flacos del sistema. Para entrar en el esquema de las triadas, las cinco partes del mundo debían reducirse a tres, quisieran o no, como a tres habían sido reducidos por Hegel los cinco sentidos, y a tres las cinco artes de la tradición.⁴⁵³

Así, pues, Hegel debe haber sentido verdadera satisfacción intelectual al toparse con la tesis de la debilidad de América. Con un gusto casi de represalia debe de haber adoptado una teoría que tan limpiamente le permitía deshacerse del incómodo obstáculo, más aún, que arrojaba este obstáculo fuera de la realidad, fuera de la historia, a la miserable condición de un gigantesco aborto.

n) Menor vigor de la tesis en Hegel que en Buffon

Pero, precisamente porque en Hegel esa teoría sirve para una finalidad de orden práctico, para enmascarar una deficiencia del sistema, y no para resolver un problema, tiene en él mucho menos frescura, mucho menos vigor que en Buffon. En el naturalista francés, la inferioridad biológica de América era una explicación, imperfecta, pero provocadora, de la diversidad de las especies en los distintos continentes. Era un esfuerzo de síntesis, un intento de reducir a un principio único la naturaleza viva de ambos mundos. Tan sincero y concreto era ese intento, que demostró su fecundidad, primero suscitando las polémicas y las reacciones que hemos repasado, y luego sugiriendo a Humboldt y a Darwin el punto de

tamiento tan retrasado de la naturaleza. Aquí estaba el talón de Aquiles de su sistema" (*ibid.*, p. 270). Un análisis más indulgente de la actitud de Hegel frente a las ciencias naturales, en N. Hartmann, *op. cit.*, vol. II, pp. 24-25.

⁴⁵³ En cambio, según Ortega y Gasset, el embarazo sistemático de Hegel, y su consiguiente condena de América, provienen de su concepción de la realidad como historia y de la historia como pasado. América, "que si es algo es algo futuro", al no tener historia no tiene siquiera realidad ("Hegel y América", art. cit., *Obras*, vol. I, pp. 594, 600). Tampoco quiere Ortega que se impute a Hegel la ignorancia de los hechos empíricos: por el contrario —escribe—, estaba muy bien informado; vio "agudamente" la "debilidad e inmadurez" de las especies típicas sudamericanas; y sus limitaciones son aquellas "que todo saber empírico padece" (*ibid.*, pp. 598-599; pero no las padecían, ya entonces, ni Clavigero, ni Jefferson, ni Humboldt, ni tantos otros naturalistas).

partida para algunas de las más importantes construcciones de la ciencia moderna de la Naturaleza. Tan estéril, en cambio, era la exclusión del filósofo alemán, que quedó como una mancha en su sistema, como un ejemplo típico y flagrante de error, y nadie ha vuelto a tomarla para discutirla seriamente. Algunos elementos empíricos, que le habían servido de puntal, serán utilizados todavía de cuando en cuando, ciertamente, para sostener esta o aquella tesis biológica o sociológica. Pero la tesis fundamental de la "debilidad de América", la tesis de la inmadurez de un hemisferio, murió en el instante mismo en que se la consagró como un aspecto necesario del Logos.

Las tesis de Buffon, tan audazmente sugestivas si se las interpretaba en tono evolucionista, de acuerdo con las vislumbres historicistas de su pensamiento, perdían toda vitalidad una vez enmarcadas en el rígido sistema anti-evolucionista de Hegel. Se apergaminaban, se fosilizaban. Y de aquella ambigua, pero fecunda alternativa que ofrecían de inmadurez y decadencia, recaían en las secas antítesis, en las estáticas confrontaciones de los primeros denigradores del Continente.

o) Historización y disolución de la tesis

Cuando, en los umbrales del siglo xix, el historicismo invadió las ciencias de la naturaleza convirtiéndolas, de ciencias de lo inmóvil y de las leyes uniformes, en ciencias de lo eternamente mudable y creativo,⁴⁵⁴ también este voluminoso objeto de la ciencia natural, el continente americano, tuvo que ser visto en otra perspectiva. Su edad no podía traducirse ya en términos cualitativos: si joven, inmaduro; si viejo, decadente. Tampoco podía parangonarse con el Mundo Antiguo, como si se tratara de dos entes estáticos, de dos cantidades mensurables y por lo tanto comparables la una sobre la vara de la otra.

En el flujo del devenir, todo fenómeno readquiría su autonomía, su dignidad propia. Si América resultaba degenerada, sólo podía llamarse tal en confrontación con *su pasado*. Si aparecía inmadura, esto sólo significaba que no había alcanzado aún *su destino*. Como dirá Zanella del mundo entero:

*Se schiavi, se lagrime
ancora rinserra
è giovin la terra.*⁴⁵⁵

En suma, aquella antítesis ficticia que oponía el Nuevo Mundo al Antiguo, la geografía de América a la de Europa, tenía por fuerza que desaparecer a medida que la geografía, como toda otra ciencia natural, era reabsorbida en la historia, a medida que las determinaciones espaciales, extrínsecas la una a la otra por definición, y propensas por ello a disponerse en díadas polares, se desvanecían en un concepto orgánico de la única e innúmera realidad, en el vívido cuadro humboldtiano del *Kosmos*.

⁴⁵⁴ Sobre la penetración del pensamiento histórico en las ciencias naturales (influencia de la biología, principios de evolucionismo), véase *supra*, pp. 376-377, y Collingwood, *The idea of Nature*, *op. cit.*, pp. 12-13, 133-136.

⁴⁵⁵ G. Zanella, *La conchiglia fossile*: ["Si esclavos, si lágrimas / todavía encierra, / es joven la tierra".]

p) *La cadena de las creaturas y la vieja metafísica*

Pero, desde un punto de vista más, el repudio hegeliano de América ilustra lo mucho de anticuado y frágil y científicamente muerto que quedaba en su pensamiento. Graves residuos de medievalismo se descubren fácilmente entre los materiales con que está construido el macizo sistema.

En los reinos de la Naturaleza, toda especie existe sólo en cuanto encarna un momento del Logos. Pero las especies americanas resultan encarnaciones deficientes, desechos o roncacos conatos del Logos. No es difícil descubrir en estas explicaciones entre ingenuas y pedantescas el *caput mortuum* de la vieja metafísica. Las formas de lo existente que Hegel se afana en deducir y desarrollar en cadena necesaria la una de la otra, son la transparente reencarnación de aquellas especies e ideas que, de Platón en adelante, el pensamiento de Occidente se había obstinado en ordenar en cadena ininterrumpida, necesariamente completa, desde el Dios supremo hasta la ínfima creatura. El Logos de Hegel recorre el camino al revés; pero, por grande y significativa que sea esta inversión del movimiento, no altera el típico esquema multiseccular.

La forma "temporalizada" (Lovejoy) de la cadena de las creaturas, imaginada en el siglo XVIII para poner de acuerdo el carácter estático y rígido de la eterna cadena con la nueva fe en el Progreso, sirvió de puente entre el sistema platónico y neoplatónico y la nueva dialéctica historicizante.

Hegel trata de dar vida y movimiento propio a la inerte cadena natural, de saturarla de espiritualidad activa. Pero el peso muerto de ese esquema adoptado abrumba, sofoca y paraliza los nuevos principios. Los continentes se niegan a ordenarse como categorías o antinomias. Los animales no se resignan a ser meras variantes del Animal, ejemplares modificados y deteriorados de un *totem* imaginario postulado por un profesor de filosofía. El estrepitoso fracaso del intento, con sus estridentes salidas de tono de Naturaleza "impotente", de tríadas cojas, de hechos y seres privados de Espíritu, hace evidente la inadaptableidad de una estructura mitológico-mística, como la de la escala infinita de los prototipos, para recibir los conceptos del pensamiento histórico, que ve el uno en el individuo, no en la especie o idea, y el infinito en el uno mismo concreto, no en su multiplicación al infinito, a lo largo de una gama graduada, perpetua, interminable.

Toda la Filosofía de la Naturaleza, por lo demás, se apoya en el concepto de "alteridad", de "ser otro", invención o fórmula de sabor netamente escolástico, y se desarrolla sobre líneas casi ingenuamente antropocéntricas.⁴⁵⁶ La Tierra es el teatro supremo del Espíritu. En esta visión precopernicana —o mejor, sustancialmente bíblica⁴⁵⁷— del Universo, bien se comprende que el Mundo Antiguo debía tener un relieve extraordinaria-

⁴⁵⁶ Cf. W. Dilthey, *op. cit.*, pp. 235-236. Fuertes huellas de wolfianismo fueron señaladas ya por Schelling, y son reconocidas por Dilthey, *ibid.*, pp. 246, 296. Sobre el carácter mecanicista que queda en la "naturaleza de Hegel", véase Collingwood, *The Idea of Nature*, *op. cit.*, p. 128. Pero la mejor crítica del concepto de la naturaleza como "alteridad" se lee en el propio Hegel, en el pasaje en que cándidamente ilustra la metafísica de los excrementos y los define "das abstracte Abstossen seiner von sich selbst" (*Enzyklopädie*, § 365; vol. VII, 1ª parte, pp. 632-634).

⁴⁵⁷ Dilthey, *op. cit.*, p. 263.

rio, y que América, Oceanía, todo el resto del globo se destiñera y perdiera casi la razón de ser. El nexo ideal del descubrimiento de América y del descubrimiento copernicano, nexo tan fuertemente advertido por Giordano Bruno, por ejemplo, tiene una confirmación en el doble desconocimiento hegeliano del Mundo Nuevo y de los mundos infinitos.

VIII. DESVANECIMIENTO Y ACTUALIDAD DE LA DISPUTA

1. DISLOCACIÓN DE LOS TÉRMINOS DE LA POLÉMICA DESPUÉS DE HEGEL

LAS CONTRADICCIONES internas y las radicales incertidumbres de las ideas hegelianas sobre América demuestran que los términos tradicionales de la disputa eran ya insuficientes para contener los problemas que sugería el Nuevo Mundo. Por un lado, las ciencias naturales se habían emancipado de los esquemas volumétricos y de las rigideces de las teorías climáticas; por otro, el desarrollo social y político de los Estados Unidos y la turbulenta vitalidad de los países hispanoamericanos hacían olvidar su recientísimo pasado colonial y no cuadraban en absoluto con las habituales caracterizaciones de los criollos, soñolientos y enervados, ni de los norteamericanos, decaídos en lo físico y bárbaramente incultos.

Hegel se encuentra así en medio de un dilema. Y, razonador concienzudo, cuanto más trata de darnos una imagen coherente de los dos mundos y de sus relaciones ideales, tanto más exaspera y confunde sus antinomias intrínsecas y recíprocas. América es impotente en lo físico y en lo moral, pero es también el Porvenir, o sea la "potencia" por definición. Europa es la perfección del Absoluto, es el Occidente insuperable por otro occidente más occidental aún (¡ni siquiera al Asia, que es el Oriente esencial, se le concede que se encuentre al occidente de América!), pero es también una vieja armería, una "jaula", una cárcel donde la gente se aburre y donde nadie podrá ya hacer resonar los vibrantes clarines de la epopeya.¹ La historia universal ha llegado a su vértice en el mundo germánico y reformado; pero su centro de gravedad, atraído por una nueva polaridad, la que existe entre el Norte y el Sur de América, se desplaza hacia el punto donde podrá saltar la chispa de otro fatal conflicto.

Así, después de Hegel la disputa no podía tener y no tuvo desarrollos interesantes; y este último capítulo tiene el carácter de un apéndice. El conocimiento del continente nuevo, y sobre todo el de los Estados Unidos y de las civilizaciones precolombinas, hacía continuos progresos, y los nombres de Michel Chevalier, de Tocqueville, de Prescott y de centenares y centenares de viajeros y arqueólogos fueron ilustres a uno y a otro lado del Atlántico; pero los temas específicos de la polémica suscitada por Buffon se pierden, y el nombre mismo de De Pauw cae en el olvido más completo. América, en cambio, como tierra y como pueblo, seguía estando siempre presente en la consciencia de Europa, y de cuando en cuando personificaba ideales políticos, técnicos, económicos, religiosos y genéricamente humanos surgidos del corazón de la tradición occidental; y también se prestaba ocasionalmente como blanco de la repugnancia europea por modos de vivir, por costumbres, por una engreída ignorancia y unas expeditas prácticas comerciales, comunes ciertamente en todo el mundo y en todos los tiempos, pero que a mediados del siglo XIX eran notables de manera particular al otro lado del Atlántico.

A su vez, América, y muy especialmente los Estados Unidos, trata-

¹ Cf. *supra*, pp. 402-403; Hegel, *Philosophie der Geschichte*, ed. Lasson, vol. I, pp. 225, 232-233, y Gollwitzer, *op. cit.*, pp. 262-265 y notas.

ron de legitimar su existencia, su reciente admisión en el mundo de las naciones, reivindicando para sí misiones peculiares y destinos manifiestos, funciones de asilo y de campo experimental, primacías físicas o espirituales y augurales privilegios de pureza ética o de virginidad literaria.

La crítica europea se desplaza así, rápidamente, de la naturaleza física del continente a las sociedades que en él se han formado. Cambia la mira, pero no siempre el método ni los argumentos. Por el contrario, el juicio sobre las nuevas naciones americanas y sobre su "civilización" toma a menudo el tono y el color de las diatribas sobre las bestias y sobre los indígenas. Los nuevos conceptos científicos demuestran su vigor barriendo fuera docenas de problemas mal planteados, y su fecundidad explicando con imparcial penetración los fenómenos y las creaturas de los cinco continentes y de otros sitios. Pero no eran aplicables —o, por lo menos, no lo resultaban todavía— a formaciones históricas como las naciones, la mentalidad de los pueblos, las instituciones políticas, las ideologías y los ideales que con tanta rapidez habían surgido y que fermentaban y bullían en las Américas. Sucedió de tal modo que, mientras su suelo y su cielo estaban ya redimidos por la Ciencia, sus habitantes y sus estados seguían midiéndose con el metro de comparaciones simplistas, de competencias de mérito, de confrontaciones polarizantes.

Típico, entre los admiradores de América, es el caso poco conocido de Augustin Thierry, que, atormentado por el problema de las razas, por la secular relación entre dominadores y dominados, transfigura a los Estados Unidos en una felicísima nación que no tiene conflictos de razas, de lengua, ni de religión; que se ha consagrado al culto de la libertad; y que es el asilo común de toda la humanidad, porque allí "los hombres no saben echar unos sobre otros sino miradas de fraternidad y de amor".² En resumen, América ha realizado los más nobles sueños de la vieja Europa. Los Estados Unidos pertenecen al mundo espiritual europeo; son el término próximo y providencialmente feliz de toda la desventuradísima historia del Mundo Antiguo.

Este acortamiento de la distancia focal entre los dos hemisferios estaba complicado, y al mismo tiempo agravado, por una paralela revisión crítica de la civilización europea, y aun del concepto mismo de civilización. Nacidas casi simultáneamente a la consciencia que Europa adquiría de sí propia, la idea y la palabra misma de *civilisation* entraban en el léxico y en el pensamiento de Occidente durante la segunda mitad del siglo XVIII, justamente cuando se hacía más cruda y evidente la antítesis entre la "sociedad" y la "naturaleza", entre Europa (civilizada por definición) y América (salvaje por antonomasia), entre el dogma optimista del Progreso y el recurrente terror de la Caída. Y ya hemos visto por cuántos hilos se ligaban las polémicas sobre el Nuevo Mundo con los esfuerzos por definir mejor y por ahondar el concepto de la naturaleza, la historia y el destino del Mundo Antiguo, y cuán a menudo la oposición entre los dos hemisferios venía a coincidir fatalmente con aquellas alter-

² Aug. Thierry, "Sur l'antipathie de race qui divise la nation française, à propos de l'ouvrage de M. Warden, intitulé Description statistique, historique et politique des États-Unis de l'Amérique Septentrionale" (1820), en *Dix ans d'études historiques*, Bruxelles, 1835, pp. 299-307: "les hommes ne savent jeter les uns sur les autres que des regards de fraternité et d'amour".

nativas de Porvenir y Pasado, de Espacio y Tiempo, que encerraban y encierran en sí los más fatigosos enigmas del destino humano.

La revisión de esos conceptos era forzosa en virtud de la crisis revolucionaria, sentida como ruptura con el pasado, como peligro de ruina total de la civilización, como expiación y palingénesis, como liberación de fuerzas todavía mal conocidas y turbiamente impetuosas:³ y se realizaba, con resultados no menos revolucionarios, tanto en el plano de las ciencias naturales⁴ como en el de la especulación, haciendo, justamente a través del análisis de los conceptos de civilización, cultura, progreso, evolución, primitivismo, que la antigua "filosofía de la historia" se disolviera en la sociología por una parte y en el historicismo integral por otra.

Pero todo este proceso, aunque de grandísimo interés para la historia ideal de los dos mundos, y aunque a menudo traiga los ecos de alguna de las diatribas o de las apologías que hemos examinado, se sale de nuestro tema. Aquí bastará recordar, y de manera muy sumaria, aquellos textos y aquellas tesis que llevan clara, hasta más allá de mediados del siglo XIX, la impronta de condenas y calumnias nacidas a mediados del XVIII.

2. FRIEDRICH VON SCHLEGEL: MISERIA ZOOLOGICA Y ANTROPOLÓGICA DE AMÉRICA

Contemporáneo de Hegel, pero, convertido a la reacción, todavía menos sensible que él al prestigio —aunque sólo fuera verbal— del Mundo Nuevo y de las naciones jóvenes, Friedrich von Schlegel, que sin embargo todavía en 1810 había definido a la América del Norte un "vivero" (*Pflanzschule*) de humanidad y de libertad europea, acababa (1828) por llamarla el "vivero" por excelencia de todos los principios destructores, una escuela de revolucionarismo para Francia y para el resto de Europa.⁵ La inversión de la actitud de Schlegel es un obvio corolario de sus crecientes simpatías por los reaccionarios y oscurantistas. Y, efectivamente, en perfecto y sincrónico paralelismo, se invertía su juicio sobre el futuro destino de los dos hemisferios.

En 1816, según un fragmento descubierto hace poco, Schlegel había vuelto a proponerse la duda augural de Berkeley y de Herder: devastada y destruida Europa, ¿no podría surgir una nueva era en América? En esta palingénesis podrían tomar parte también los alemanes, no con una de las consabidas colonias, sino con una migración selecta de sabios y científicos. El sueño académico (y un poquitín grotesco si conseguimos imaginar el desembarco solemne de todos aquellos *Herren Universitäts-professoren* en misión apostólica) se hace luego preciso y apremiante: ¡qué incalculables transformaciones no podrían producir en América treinta o cuarenta filósofos de la naturaleza alemanes, pero de los buenos (*von der guten Art*)! Y así tal vez se logrará una y otra cosa: la reconstrucción de Europa después de la catástrofe y la maduración de una civilización humanística en América.⁶

³ Véase L. Febvre, *op. cit.*, pp. 30-32, y, en general, todo el ensayo.

⁴ Véase *infra*, pp. 419 ss.

⁵ H. Gollwitzer, *Europabild und Europagedanke*, *op. cit.*, p. 254; Fr. von Schlegel, *The philosophy of history*, transl. by J. B. Robertson, London, 1873, p. 453.

⁶ Alois Dempf (ed.), "Friedrich Schlegel, Fragmente aus dem Nachlass", *Merkur, Deutsche Zeitschrift für Europäisches Denken*, Stuttgart, vol. X (1956), p. 1180.

De todos modos, Schlegel veía aún a América como asilo de una *élite* de la cultura europea, que allí podría florecer y fructificar de manera pasmosa. Pocos años después, la cura se cambiaba radicalmente: Europa no tenía ninguna necesidad de renacer en América, cuando podía ser rejuvenecida por la supremacía eslava personificada en Rusia.⁷ Y en las tardías lecciones de Viena sobre la *Filosofía de la historia* (1828) Schlegel repetía que Polinesia "no cuenta nada" en la historia, y que América tiene una historia sólo a partir de su descubrimiento, y una historia meramente pasiva, de "dependencia" o "anexo" de Europa hasta los últimos cincuenta años.

Desde el punto de vista físico, la Tierra se puede dividir horizontalmente, por así decir, en un hemisferio septentrional y otro meridional, o verticalmente, en un hemisferio occidental y otro oriental. En la primera división, nos encontramos con que el hemisferio meridional es netamente inferior al septentrional: es acuoso y desierto, y sobre él brillan menos estrellas y estas pocas son menos relucientes (su "inferioridad" se proyecta así en los espacios etéreos). El septentrional, en cambio, rico en tierra y en hombres, asiento legendario de los felices y virtuosos Hiperbóreos, es el polo positivo del globo.

Enderecemos ahora la línea divisoria, haciéndola no ya horizontal, sino vertical: y encontraremos, en perfecta y rodante simetría de valores, que el hemisferio occidental es netamente inferior al oriental: este último está formado predominantemente de tierra (excepto, es verdad, en su extremidad meridional, pero aquí una cadena de islas se alarga hasta el quinto continente, Oceanía, y lo convierte en una "dependencia" de Asia, —¡un suplemento de tierra nada desdeñable!—), mientras que en aquél predomina el agua, y no sólo en el Sur, sino también en el centro, de tal manera que el área de América, por grande que sea, no puede compararse con la de los demás continentes (*sic!*). Por otra parte, su población es escasísima: es igual, cuando mucho, a la de una sola nación europea, como Francia o Alemania.⁸ No nos atrevemos a pensar qué "imperfecta" tiene que resultar la parte meridional del hemisferio occidental. Schlegel no nos lo dice, pero es claro que debe ser ni más ni menos la "infima lacuna dell'universo".

En todo caso, América en su totalidad es un continente imperfecto, más simple y rudimentario en su forma que el Mundo Antiguo. Este se le asemejaba quizá un poquito cuando Europa estaba separada de Asia por una "fosa" que se extendía desde el Mar Blanco hasta el Caspio, y en cambio unida a África por un istmo que se encontraba en Gibraltar (Schlegel no vacila en rebanar y zurcir continentes y hemisferios). Pero, sea como fuere, América vino a quedar habitada por hombres y animales

⁷ Así en su revista *Konkordia* (1820-23), escrito citado por Gollwitzer, *op. cit.*, p. 252.

⁸ F. von Schlegel, *The philosophy of history*, *op. cit.*, pp. 80-81, 109-110. Efectivamente, el continente americano no tenía, hacia 1825, sino 34 millones y medio de habitantes (Rosenblat, *op. cit.*, pp. 36, 129-153). Siguen siendo dudosas para mí las fuentes de las ideas americanistas de Schlegel, ideas que Gollwitzer, *op. cit.*, pp. 251-254, enmarca en su trayectoria hacia la Restauración de tipo católico, e ilumina, a manera de contraste, con sus crecientes simpatías por la Rusia autocrática. A juzgar por sus repetidas alusiones a la Atlántida (*The philosophy of history*, p. 81; *The philosophy of life*, transl. by A. J. W. Morrison, New York, 1848, pp. 83-84), parece que Schlegel conoció las *Lettere americane* de Carli.

de calidad inferior. Muchas de las especies zoológicas más nobles y más hermosas faltaban aquí, mientras que algunas otras existían en formas degeneradas y de desagradable aspecto. "Escasa compensación" para tan graves deficiencias ofrecen los pocos animales autóctonos del Nuevo Mundo.

Los hombres, por su parte, están afligidos por una doble maldición: físicamente, son menos robustos y menos ágiles que los africanos, menos longevos y menos fecundos que los asiáticos; moralmente, están degenerados en la medida en que lo están todos los salvajes, y más aún. Una vez perdida la Gracia, no hay límite para la caída del hombre. Puede bajar hasta la animalidad pura y simple. Los indios americanos son los hombres que más se han aproximado a los brutos. Y, por más que recuerde las objetivas informaciones de Humboldt, Schlegel avanza impertérrito y va mucho más allá que un De Maistre y un Leopardi, pues asigna la última grada en la escala de la humanidad a los "monstruosos" patagones, a los semi-idiotas *Pescherüh* y a los horrendos caníbales neozelandeses.

Una vez más, Rousseau es blanco de acres censuras. Jean-Jacques se equivoca de medio a medio cuando identifica al salvaje con el hombre natural. Lo contrario es lo verdadero: natural es el vivir civilizado, mientras que los salvajes son las víctimas ejemplares de una segunda caída, quizá no repentina y total como la primera, sino lenta y progresiva: "las tribus que llamamos salvajes tienen el mismo origen que las naciones más nobles y civilizadas, y si descendieron a su actual condición de embrutecimiento y degeneración, esto ha sido gradualmente".⁹ La perfección del americano y la acabada vida histórica de América, que Hegel proyectaba en el más remoto Porvenir, son rechazadas por Schlegel hasta un inescrutable Pasado: una vez más, la antítesis verdadera no se refiere a la realidad de América, sino que está en los dos dogmas opuestos, el del Progreso y el del Pecado Original.

A América le queda, con todo, una primacía evidente: la de su exuberante vegetación. Y Schlegel no vacila en proclamar como una ley general, ni dudosa ni exagerada, que en el Viejo Mundo prevalece la fuerza animal, y en el Nuevo la vegetal...¹⁰ Pero esto, que él anuncia como un descubrimiento suyo, y casi como una paradoja de la naturaleza, era en realidad no sólo un lugar común, sino una reminiscencia de los más antiguos cronistas de las Indias. La exuberancia de la flora americana, desde los primeros tiempos del descubrimiento, había suscitado asombro, admiración y casi espanto. Oviedo había descrito la selva virgen con acentos prerrománticos. El padre Acosta había precisado que en el húmedo ambiente de las Indias no sólo los árboles selváticos son mucho más numerosos y variados que en el Mundo Antiguo, sino que también

⁹ *The philosophy of history*, pp. 92-93, 111; sobre los *Pescherüh*, véase también *supra*, p. 399. Cf. las expresiones análogas de Leopardi (*supra*, pp. 356-357) y de Joseph de Maistre (*supra*, pp. 359-362). Para reforzar su tesis de una caída gradual de toda la humanidad, Schlegel recurre a argumentos de rancia teología, recordando la longevidad de los patriarcas y la existencia, en tiempos antiguos, de animales y hombres gigantes (*ibid.*, pp. 101 ss.). De los patagones, gigantes y americanos, dice que son altos, sí, pero muy feos, y que parecen más altos cuando van a caballo, porque tienen las piernas cortas (¿como las mentiras?): *ibid.*, p. 105.

¹⁰ *The philosophy of history*, *op. cit.*, p. 110; cf. Hegel, *supra*, pp. 392-393.

las raíces y tubérculos son más lozanos que en Europa, donde en cambio son más sobresalientes los árboles frutales y las hortalizas.¹¹ Sin embargo, la sorpresa se renovaba de generación en generación. Y un contemporáneo de Schlegel, el naturalista William John Burchell, refería algunos años más tarde a Darwin que nada le había impresionado en el Brasil (donde había estado entre 1826 y 1829) como la magnificencia de la vegetación, en contraste con la del África del Sur (visitada por él en 1810-1815), y la simultánea ausencia de grandes cuadrúpedos,¹² —lo cual impulsaba a Darwin a calificar de prejuicio anticuado la idea de que “los animales corpulentos requieren una vegetación exuberante”.¹³ En la ingenua antítesis de fauna más robusta en el Viejo Mundo y flora más lozana en el Nuevo se hallaba en germen, pues, una profunda y fecunda verdad de geografía zoológica.

3. ZOÓLOGOS Y ANTROPÓLOGOS: EL GUANO Y LOS SALVAJES

En Schlegel había todavía una pretensión sistemática que justifica el que le consagremos algún momento de atención. Pero ciertamente no vale la pena recoger todas las repeticiones, accidentales o mecánicas, de tesis más o menos abiertamente buffon-depauwianas que se encuentran en escritores y viajeros y publicistas de toda laya y están privadas, por consiguiente, del menor significado o contenido conceptual. Así, pues, no perderemos tiempo con la inquieta Flora Tristán, que encontró duros los pollos de Arequipa (Perú) y vio la explicación de esa carne coriácea en la influencia del volcán Misti;¹⁴ ni con el prudente Cattaneo, que anota la falta en América de los animales “grandes y fuertes de Asia y de África”. “El león, el tigre, el cocodrilo están *representados* en América por especies menos poderosas: por el puma, por el jaguar, por el caimán. En lugar del camello, del caballo, de la oveja, América tuvo la llama, la alpaca y la vicuña”;¹⁵ ni tampoco con Cesare Correnti, a pesar de ser todavía más clara la proveniencia de sus ideas, cuando escribía acerca del continente americano: “las formas inferiores del organismo podían crecer allí con vigor demasiado pujante, e impedir, con su inagotable profusión, el desarrollo de las formas superiores”, de tal manera que los insectos, los reptiles y los macacos —¿también éstos, formas inferio-

¹¹ *Historia natural y moral*, IV, 18-19, 30; ed. cit., pp. 242-246, 267-270.

¹² Estos constituían su especialidad: con el nombre de Burchell, los zoólogos distinguen una variedad de rinocerontes y dos variedades de cebras.

¹³ Darwin, *Voyage of a naturalist round the world*, v; ed. cit., vol. I, p. 111.

¹⁴ *Pérégrinations d'une Paria (1833-34)*, 1838, vol. I, p. 8; ed. de Santiago, 1941, p. 116; ed. de Lima, 1946, p. 200.

¹⁵ *Corso di filosofia* (1852 y años sucesivos), en *Opere*, ed. Lemonnier, Firenze, 1881-92, vol. VII, p. 314: “Il leone, il tigre, il crocodilo sono rappresentati in America da specie meno possenti: dal puma, dal jaguaro, dall'alligatore. In luogo del camello, del cavallo, della pecora l'America ebbe il lama, l'alpaca e la vigogna.” En las líneas siguientes Cattaneo dice que las generaciones animales de Australia son todavía más débiles y extrañas, y en las páginas sucesivas (315-327) da una descripción, realista a la manera de Vico, de los salvajes americanos, fundándose en muchos autores antiguos (Oviedo, Pedro Mártir, etc.) y modernos (Robertson) y afirmando también él, contra Rousseau, que el estado natural del hombre es la civilización, y que “la vita selvaggia è veramente la puerizia del genere umano”.

res?— habían invadido lo mejor del campo de la vida, y los europeos no encontraron en América sino “leones calvos y bastardos, gatos-tigres esmirriados y camellos pigmeos”.¹⁶

Ni, por otra parte, daremos demasiada importancia a un divertido reivindicador de América en contra de Hegel, no obstante que su composición parezca indicar que la actitud antiamericana del filósofo había llegado a ser proverbial y se hablaba de ella como, medio siglo antes, de las “calumnias” de Buffon y De Pauw.

Poco después de 1840 comenzaron a llegar del Pacífico las primeras cargas de guano peruano, el prodigioso abono azoado que, con sus virtudes naturales, restauraba los exhaustos campos de la vieja Europa. Del continente imperfecto e inmaduro venía finalmente un producto mejor, más eficaz, más poderoso que cualquiera de sus competidores. Hegel recibía en plena cara un mentís de los pájaros del Pacífico. El chistoso poeta Scheffel, nativo de Suabia como Hegel, se apresuraba a pescar el humorismo de la situación, y concluía sus cuartetos *Guano* (ca. 1845) con las inverosímiles, pero zahirientes palabras del rústico cultivador de colza de Böbling (cerca de Stuttgart, donde nació el filósofo):

*Gott segn' euch, ihr trefflichen Vögel,
an der fernen Guanoküst,—
trotz meinem Landsmann, dem Hegel,
schafft ihr den gediegensten Mist!*¹⁷

¿Alude verdaderamente Scheffel a la tesis hegeliana de la impotencia de América? Los doctos comentadores de sus poemas no nos sacan de dudas.¹⁸ Pero el contexto y algún indicio accesorio nos permiten mantener nuestra interpretación.

La burlesca y maloliente réplica de los pájaros al filósofo —todos los pájaros son filósofos, “die Vögel sind all Philosophen”, dice un verso anterior de la misma poesía— es un paralelo de otra réplica que, en la composición inmediatamente precedente, el *Cometa* quisquilloso, maltratado por todos los astros, dirige a Humboldt, el anciano de fuerza indagadora —“der Greis von forschender Kraft”—, porque también él ha sido poco cortés, y en el *Kosmos* ha escrito que el cometa es más tenue que

¹⁶ Cesare Correnti, “Il Nuovo Mondo”, en *Il Nipote del Vesta-Verde*, vol. VII (1854), pp. 53-57, y en sus *Scritti scelti*, ed. T. Massarani, Roma, 1892, vol. II, pp. 357-362: “le forme inferiori dell'organismo potevano crescervi con troppo balda vigoria, e coll'inesauribile loro profusione impedirvi lo sviluppo delle forme superiori. . .; calvi e bastardi leoni, smilzi gatti-tigri, cammelli pigmei”. Estas ideas provienen probablemente de Herder (cf. *supra*, pp. 260-261), a quien se cita, junto con Humboldt, en la p. 359.

¹⁷ Josef Victor von Scheffel, *Werke*, hgg. von K. Siegen und M. Mendheim, ed. Bong, 1918, vol. II, pp. 180-181: [“¡Dios os bendiga, magníficos pájaros, en las lejanas Costas del Guano! Por mucho que le pese a mi compatriota Hegel, vosotros creáis los excrementos de mejor calidad”]. Una traducción castellana de todo el poema se publicó en el *Boletín de la Compañía Administrativa del Guano*, Lima, vol. XX (1944), pp. 113-114. El guano parece haber servido de argumento polémico también contra De Pauw (véase *supra*, p. 279, nota 81).

¹⁸ Además de Siegen y Mendheim, responsables de la citada ed. Bong, véase Adolf Hausrath, “Josef Victor von Scheffel und Anselm Feuerbach”, *Deutsche Rundschau*, LII (Juli-September 1887), pp. 97-122, especialmente p. 111, y E. Stemplinger, que incluye *Guano* en su selección de *Kulturhistorische Dichtung: Scheffel, Julius Braun, Lingg*, Leipzig, 1939, pp. 177-178, 262.

la espuma y que llena el máximo espacio con una masa mínima. Pero ¡esperen un poco esos bribonazos de astrónomos! No saben de qué cosa es capaz un cometa: si una vez los pesca, descargará sobre las lentes de sus telescopios una granizada de meteoritos... Los pájaros del Pacífico, a su vez, en bienaventurada soledad y con perfecta digestión

(*gesegnet ist ihre Verdauung
und flüssig wie ein Gedicht*),¹⁹

acabarán por obstruir el Océano con espectaculares montañas de guano.

Con la misma goliárdica irreverencia, Scheffel toma a chungu las disputas entre vulcanistas y neptunistas,²⁰ haciendo hablar al *Granito* que, harto ya de tanta corrosión operada por las aguas, se hace eruptivo, y al *Basalto*, que se enamora como "un Romeo geológico" de la joven-cita Arenaria, y trastorna los estratos terrestres, irrumpe furioso y todo lo destruye, —sin exceptuar a su dulce Arenaria.²¹

Pero ¿conocía Scheffel la peculiar actitud de Hegel con respecto a América? Es más que probable que sí la conociera, dado que durante el verano de 1845 (precisamente la época a que se atribuye la composición de *Guano*)²² siguió en Heidelberg un curso del profesor Eduard Röth de "exposición y crítica del sistema de Hegel" y durante el verano del año siguiente un curso sobre Shakespeare del hegeliano Karl Werder;²³ además, hay que tener en cuenta que, perdida la fe religiosa en su juventud, buscó un sucedáneo para ella en la filosofía hegeliana,²⁴ aunque nunca llegó —muy poco especulativo por temperamento, e inclinado como era al jugueteo y a la chungu— a sondear sus mayores profundidades.²⁵ Por otra parte, si pensamos que su maestro Röth no pertenecía a la escuela hegeliana,²⁶ y que sus tendencias de índole liberal, antiprusianas y filo-austríacas eran la antítesis de las ideas políticas de Hegel, estaremos cerca de comprender cómo Scheffel tenía que estar familiarizado con las teorías del filósofo, y al mismo tiempo privado de simpatía por su persona.

Entre los arroyuelos en que se pierde la gran corriente fluvial de la disputa después de Hegel hay, sin embargo, uno por lo menos que merece ser recordado porque a su vez acaba por desembocar en una de las

¹⁹ ["Bendita es su digestión, y flúida como un poema".]

²⁰ Sobre las cuales véase *supra*, pp. 331-332.

²¹ *Werke*, ed. cit., vol. II, pp. 171-172, 175-177. Sobre el basalto, véase también "Pumpus von Perusia", *ibid.*, vol. II, p. 189, vs. 9-12.

²² Véase la vida antepuesta a los *Werke*, ed. cit., vol. I, pp. lxxxiv y lxxxvii, y el prefacio a la colección *Gaudeamus*, *ibid.*, vol. II, p. 165; cf. también Hausrath, *loc. cit.*

²³ Vida citada, vol. I, pp. xiv, xix. En las *Säkkinger Episteln* (1850), Scheffel menciona también en son de burla, como primo de un *Erdmännlein*, o enanillo, al "gran" Johann Eduard Erdmann, profesor hegeliano de filosofía (*Werke*, ed. cit., vol. V, p. 47; vol. VI, p. 255). Röth, orientalista, persuadido de que el origen de nuestros conocimientos debe buscarse, no en la India o en China, sino en Egipto y en la Persia de Zoroastro, publicó una *Geschichte der Philosophie* (1846-58), de la cual dice Scheffel que influyó "damals mächtig auf die studierende Jugend" (*Kultur-historische Dichtung: Scheffel, Julius Braun, Lingg*, op. cit., p. 93). Pero la *Allgemeine Deutsche Biographie*, de donde tomo estas noticias, no precisa su posición filosófica.

²⁴ *Werke*, vol. I, p. xvii.

²⁵ *Ibid.*, vol. I, p. xiv.

²⁶ Hausrath, *loc. cit.*; y véase *supra*, nota 23.

principales corrientes del pensamiento científico del siglo XIX. Zoólogos y antropólogos volvieron a plantearse el problema de los indígenas y de las especies animales americanas a la luz de los nuevos conceptos de evolución y de selección natural; y, bajo la influencia del historicismo dominante —y en parte mal entendido—, confundieron a menudo lo "primitivo" en sentido cronológico con lo "primitivo" lógico: asignaron los caracteres de una extrema antigüedad a las especies más rudimentarias y a las tribus más incultas, y, viceversa, atribuyeron al más remoto pasado usanzas idealmente anteriores a las de nuestra civilización y formas zoológicas distintas de las que sobreviven.²⁷

Esta confusión permitió ver en los mamíferos sudamericanos de la época terciaria los últimos y tardíos ejemplares de una larguísima evolución, en el término de la cual se habían encontrado provistos de formidables corazas milenarias que, sin embargo, no sólo no los habían salvado de la extinción, sino que incluso la habían acelerado y hecho más completa;²⁸ y, lo que es más curioso aún, permitió a un sutil "biogeógrafo", citado, pero no nombrado por Ortega y Gasset, sostener que la debilidad y la inmadurez de las especies características de la América del Sur se debe justamente al hecho de que son "las primigenias" y las más arcaicas: "la especie más vieja es, como especie, y mientras pervive, infantil en relación con las más nuevas y complejas",²⁹ —ingenioso trastrocamiento con que se ofrecía a la vanidad del sudamericano un consuelo por la inferioridad biológica de su fauna encomiando la antigüedad de su prosapia: típica justificación de hidalgo viejo.

En cuanto a los indígenas, el problema se dilataba en la discusión sobre el carácter de los pueblos primitivos, y en especial sobre la cuestión de si eran degenerados, como sostenían tantos autores teologizantes y no teologizantes,³⁰ o si participaban en el movimiento ascendente y progresivo de la humanidad entera. Los antropólogos de la época victoriana (Lubbock, Tylor, Pitt-Rivers) consagraron no pocas páginas de sus tratados a rechazar la sospecha de degeneración,³¹ y también el meditabundo Droysen, frente a los materiales acumulados por Klemm (1843) sobre los pueblos primitivos, volvía a plantearse la cuestión de si el salvaje debe considerarse inmaduro o degenerado.³² En América, el evolucionista

²⁷ Véase E. De Martino, *Naturalismo e storicismo nell'etnologia*, Bari, 1941, pp. 77-82, 205-206 *et passim*.

²⁸ "Some Tertiary mammals, especially in South America, were immense and bizarre creatures; and one wonders how long a period of evolutionary history was needed for them thus to arm themselves" (E. W. Barnes, *Scientific theory and religion*, Cambridge, 1933, pp. 474-475, citado por Toynbee, *op. cit.*, vol. IV, p. 423).

²⁹ Ortega y Gasset, 1928, *op. cit.*, vol. I, pp. 600-601 (3ª ed., vol. I, p. 599), el cual alude quizá a J. J. von Uexküll, *Ideas para una concepción biológica del mundo* (1913), obra traducida al español por iniciativa del propio Ortega en 1922.

³⁰ Todavía en 1862, Robert Knox afirmaba (*The races of men*, London) que también los americanos de ascendencia europea mostraban señales de degeneración física y mental (*apud* Curti, *The roots*, op. cit., p. 66).

³¹ R. H. Lowie, *op. cit.*, p. 20, con citas. A comienzos de este siglo, Frederick Pollock añadía en nota a H. J. S. Maine, *Ancient law* (ed. London, 1906, p. 181): "it is perhaps needless at this day to refute the formerly current opinion that the customs of savages are the result of degradation from a more ancient state of innocence or civilization".

³² J. G. Droysen, *Historik*, München-Berlin, 1937, pp. 212-213. Klemm, uno de los fundadores de la etnología, era decididamente pesimista en cuanto a los indios del interior de la América meridional (Lowie, *op. cit.*, pp. 11-16).

Morgan se oponía abiertamente a la teoría de que los salvajes eran degenerados, pero la tesis de la "degradación" volvió a asumir una función bastante importante en el sistema de Elliot Smith, según el cual la civilización tuvo su nacimiento en Egipto y fue "diluyéndose", perdiéndose o degenerando a medida que se extendía lejos de su tierra de origen.³³

Estas teorías, evidentemente, se esforzaban asimismo por conciliar con el dogma dominante del Progreso universal las demasiado evidentes desviaciones o interrupciones de ese movimiento que se postulaba como uniforme; y reflejaban, en consecuencia, el malestar de un evolucionado racionalismo frente a los demasiados y demasiado flagrantes y sobresalientes ejemplos de incurable retraso o de vergonzosa decadencia. Verdad es que tales teorías, que se refieren en general a todos los pueblos primitivos, no contienen nada específicamente americano (o, mejor dicho, anti-americano). Pero no hay que olvidar que justamente los indígenas americanos habían sido los primeros que Europa había conocido y estudiado como tales, y que, por lo tanto, para todo el siglo XVIII, primitivo, americano y salvaje habían sido términos casi sinónimos.

Las teorías del siglo XIX representan, por consiguiente, la orquestación, en un plano antropológico y universal, de temas y problemas "americanos" propuestos, sobre todo en el plano sociológico y político, durante el siglo precedente. Pero a este enriquecimiento de sonoridad —para no salirnos de la metáfora— corresponde una atenuación y un desdibujamiento de la línea melódica. El progreso hacia la civilización, tema conductor de la filosofía de las luces, se convierte y se pierde en la evolución biológica. El problema del salvaje, problema histórico y filosófico, viene a ser el problema del hombre, entendido en sentido naturalista, como especie o raza.

4. DARWIN: LA FAUNA SUDAMERICANA Y LA EVOLUCIÓN DE LAS ESPECIES

Sin embargo, cuando las condenas físicas y metafísicas de América caían en el fecundo terreno de una mente crítica, original y constructiva, daban todavía frutos científicos de sorprendente frescura.

Tomemos el descubrimiento buffoniano de la inferioridad de las especies americanas. Cuando se encontraron en la América meridional restos fósiles de gigantes cuadrúpedos —y de especies muchísimo más numerosas que las que sobrevivieron—, pero claramente emparentados con los pequeños y escasos animales existentes en el mismo continente, Charles Darwin sometía (1833-34) a una aguda revisión la tesis de Buffon: "Hubiera podido decir, con mayor verosimilitud —anotaba en su diario de viaje—, que la fuerza creativa ha perdido su potencia en América, en lugar de decir que nunca tuvo gran vigor".³⁴ Pero ¿cómo desaparecieron

³³ Lowie, *op. cit.*, pp. 160-169.

³⁴ *Journal of researches into the natural history and geology of the countries visited during the voyage of H. M. S. Beagle round the world* (obra más conocida como *Voyage of a naturalist round the world*), 23 de diciembre de 1833, I, chap. VIII (ed. cit., vol. I, p. 222): "He might have said, with a greater resemblance of truth, that the creative force in America had lost its power, rather than it had never possessed great vigor".

tantas especies? Más aún, ¿cómo se extinguieron géneros enteros? Lo primero que a uno se le ocurre es una catástrofe. ¡Pero qué catástrofe excepcionalmente horrorosa...! Debió haber sido una convulsión radical de todo el globo. Y la geología no nos permite creer en tal cosa. Tampoco puede haber sido un cambio de clima: se sabe positivamente que los grandes cuadrúpedos vivieron en América *después* de la época glacial. Y no se puede pensar razonablemente en la acción destructora del hombre, ni en una extrema sequía. Si así hubiera sido, los animales *pequeños* hubieran quedado exterminados antes que los grandes.

Darwin concluye provisionalmente con un signo de interrogación, con un sugestivo *ignoramus*: nada sabemos de las condiciones de existencia de cada animal. Hay en la naturaleza frenos (*checks*) misteriosos que impiden la propagación ilimitada de las especies. Una misma especie abunda en determinada zona, y escasea en otra, parecidísima en cuanto a sus condiciones físicas. Causas generalmente imperceptibles determinan la abundancia o la escasez de una especie dada. Así, pues, no nos debemos maravillar de que las especies mueran, como mueren los individuos. Una acción constante y acumulativa, por ahora desconocida, pero cuyos resultados están a nuestra vista, puede producir el mismo efecto que un cataclismo u otro factor violento discurrido sin necesidad lógica.³⁵

El problema de Buffon, el problema de la fauna sudamericana, enderezaba a Darwin hacia la investigación fundamental de su vida científica. Apenas de regreso en su patria, en su primera libreta de apuntes sobre la "Mutabilidad de las Especies" Darwin calificaba (1837) las observaciones sobre los fósiles americanos y sobre los animales de las Galápagos como el origen de todas sus ideas: "the origin of all my views".³⁶ Y los ejemplos y las reflexiones del *Diario* reaparecen, casi totalmente, en su obra principal (1859), rectificadas sólo en un sentido: el naturalista excluye ahora aquella "degeneración" de animales *grandes a pequeños* que antes parecía admitir.³⁷

En el clima de optimismo y de progreso evolutivo propio de los nuevos tiempos, la teoría que en un primer momento había sido radicalizada hasta el punto de condenar todo el continente a una fatal decadencia y corrupción, se invertía y servía de pilastra a una grandiosa construcción sistemática, en la que todas las especies, de todas las partes del mundo, se desarrollaban hacia formas más y más perfectas.

5. SCHOPENHAUER: LOS ANIMALES Y LOS SALVAJES DE AMÉRICA COMO FORMAS DECADENTES O IMPERFECTAS

Pero en ese mismo año en que aparecía el *Origen de las especies* (1859), Arthur Schopenhauer, próximo ya a morir, agregaba todavía algunas páginas a su obra principal, cuya primera edición había aparecido más de

³⁵ *Voyage*, ed. cit., vol. I, pp. 222-226. Las primeras vislumbres de este orden de reflexiones se encuentran en el capítulo VII y llevan la fecha 5 de octubre de 1833 (*ibid.*, vol. I, pp. 166-169). La "pérdida de vigor" de la naturaleza en América y la primera conjetura de una catástrofe recuerdan el pesimismo de De Pauw.

³⁶ Véase *The origin of species* (1859), Introduction, ed. Modern Library, p. 11; y el artículo sobre Darwin en la *Encyclopædia Britannica*, 11th ed.

³⁷ *The origin of species*, chap. XI, ed. cit., pp. 273-274; chap. XII, *ibid.*, pp. 278 ss.

cuarenta años antes. En el capítulo añadido sobre la *Materia*, el viejo filósofo suministraba pruebas convincentes de estar desastrosamente en retardo sobre sus tiempos. Tomaba partido contra Pasteur y sus decisivos experimentos, y en favor de Pouchet y de la generación espontánea. Sobre el problema fundamental de Darwin, ya había sostenido teorías que sus mismos entusiastas discípulos han calificado de "bastante pueriles" y "mitológicas".³⁸ Ahora vuelve a pescar, no sabemos dónde, el "descubrimiento" de Buffon, y con él, como antes su archienemigo Hegel, recubre y enlucra una de las más visibles debilidades de su sistema.

La naturaleza es para él, como todo el mundo sabe, la objetivación de la voluntad de vivir. La voluntad de vivir es una y eterna. ¿Cómo se explica, pues, la variedad de las especies? Sólo por lo que se refiere a nuestro pequeño planeta, Schopenhauer se ve inducido a afirmar que "la voluntad de vivir ha recorrido tres veces la gama de su objetivación, en tres series independientes la una de la otra". En efecto, prosigue, a todos nos consta que el Mundo Antiguo, América y Australia tienen cada uno su serie particular de especies animales, una serie completamente distinta de las que tienen las otras dos zonas. Solamente los géneros son los mismos, de ordinario, puesto que estamos siempre en el mismo planeta.

Esta relación es particularmente evidente en la confrontación entre América y el Mundo Antiguo:

América nos presenta siempre el análogo inferior [*das schlechtere Analogon*] en cuanto a mamíferos, y, en compensación, el análogo superior en cuanto a pájaros y reptiles. Así, tiene sin duda la ventaja de poseer el cóndor, las guacamayas, los colibríes y los más grandes batracios y ofidios; pero, por ejemplo, en lugar del elefante no tiene sino el tapir, en lugar del león el puma, en lugar del tigre el jaguar, en lugar del camello la llama; y en lugar de los monos propiamente dichos, tiene sólo macacos.

De aquí concluye Schopenhauer que no es admisible que la Naturaleza haya podido crear al hombre en América. Sólo tres razas son primitivas: la caucásica, la etiópica y la mongólica, —las tres del Viejo Mundo. Los americanos son mongoles modificados por el clima.³⁹ En suma, la voluntad de vida, al objetivarse en el Hemisferio Occidental, se ha sentido muy serpentina y muy volátil, poco mamífera y absolutamente nada humana.

³⁸ Hans Herrig, *Schopenhauer und Darwin* (1872), en *Gesammelte Aufsätze über Schopenhauer*, ed. Grisebach, Leipzig (Reclam, 3187), pp. 42-72; véase especialmente la p. 52. No menos curiosas son sus lucubraciones etimológicas sobre "Coluber" y "Kolibri", sobre el nombre de la Atlántida, que él encuentra en la desinencia mexicana "atlan", y sobre el del monte Soraktes, de horaciana memoria ("ital. Sorate", hace notar Schopenhauer), que es lo mismo que el Sorata en el Perú... (*Parerga und Paralipomena*, cap. xxv, ed. Insel, vol. V, pp. 629-630). Aparte el hecho de que el marizo del Sorata pertenece a Bolivia, en este género de esfuerzos por relacionar la realidad física americana con los recuerdos de la geografía clásica era mucho más divertido el fanático mexicano fray Servando Teresa de Mier (sobre el cual véase *supra*, pp. 285-288), que, encontrándose frente al Vesubio, observaba complacido que los napolitanos lo llamaban *Montezuma* (Monte Somma)... (*Memorias*, op. cit., p. 282).

³⁹ A. Schopenhauer, *Die Welt*, Suplementos, cap. xxiv; ed. Insel, vol. II, pp. 1061-1063; trad. francesa de A. Burdeau, vol. III, París, 1896, pp. 124-126. Como antes Hegel, también Schopenhauer deja pronto a un lado a Australia, zona de fauna demasiado pobre para proseguir la analogía.

Con análogas mitologías explica Schopenhauer, en los *Parerga und Paralipomena*, la variedad de las especies animales y vegetales en las distintas regiones climáticas del globo. Con respecto a América, sólo deplora que no posea monos sin cola ni antropoides, en lo cual ve una confirmación más de su teoría acerca del origen del hombre. El hombre apareció sobre la tierra en la zona tropical del Viejo Mundo. La verdadera y única raza primigenia es, pues, la negra, o morena oscura. Los amarillos y los blancos, los mongoles y los caucásicos, son en realidad negros o etíopes, empalidecidos y desteñidos. Los americanos son chinos que emigraron al hemisferio occidental, y por ello no son tan oscuros como debieran.

Los salvajes de la selva brasileña, éstos sí, son pardinegros. En consecuencia, Schopenhauer parece casi inclinado a considerarlos como hombres primitivos y autóctonos, o por lo menos a dejar que sus lectores saquen esta conclusión de sus premisas cromáticas raciales. Pero una nota, de fuerte sabor depauwiano y demaistriano, les quita semejante privilegio también a los oscuros salvajes del Brasil:

Los salvajes no son hombres primitivos [*Urmenschen*], así como los perros selváticos de la América meridional no son protoperros [*Urhunde*],⁴⁰ sino que éstos son perros cimarrones, y aquéllos, hombres asalvajados, descendientes de hombres de una estirpe civilizada que se extravió y fue arrojada a aquellas comarcas, y que no fueron capaces de conservar su civilización.⁴¹

¡Ay! El blanco y el amarillo son corrupciones del negro: el color blanco del cutis es una degeneración antinatural ("die weisse Gesichtsfarbe eine Ausartung... unnatürlich", etc.). El salvaje negro es una degeneración del amarillo. El blanco es empujado a la civilización por su decadencia orgánica. El salvaje es arrojado fuera de la civilización cuando regresa al seno materno de la naturaleza tropical. En este círculo de maldiciones vemos el reflejo de los presupuestos anti-históricos de la filosofía de Schopenhauer. Su rigurosa exclusión de todo progreso lo impulsa a definir cada estirpe como la forma degenerativa de otra. La realidad es decadencia. Y las viejas tesis dieciochescas, filtrándose intactas a través de la revolución romántica, se prestan a dar alguna apariencia científica a las condenas del pesimismo cósmico.

Sin una vinculación directa con estos corolarios y variaciones buffonianas, pero en plena armonía con sus presupuestos se halla la feroz descripción que Schopenhauer hace de los Estados Unidos de América. La constitución política de esta república se funda sobre la pura y abstracta juridicidad: estaría perfectamente bien para creaturas diferentes

⁴⁰ Es irresistible el recuerdo de los versos de José Manuel Marroquín: "perra de canes decana, / y entre perras protoperra..." (nota del traductor).

⁴¹ *Parerga und Paralipomena*, II, *Vereinzelte, jedoch systematisch geordnete Gedanken über vielerlei Gegenstände*, cap. vi ("Zur Philosophie und Wissenschaft der Natur"), § 92, ed. Insel, vol. V, pp. 180-185; y *Die Welt*, Segunda parte, cap. 44 (ed. Insel, vol. II, p. 1344; trad. francesa citada, vol. III, pp. 358-359). Sobre los salvajes, que llevan una vida superior apenas en un escalón a la de los monos, véase también *Parerga und Paralipomena*, cap. xxvi, 333 (ed. cit., vol. V, p. 648). La constante simpatía de Schopenhauer por los esclavos negros de los Estados Unidos (véase también la ed. Insel, vol. III, pp. 253 nota y 625; vol. V, p. 228) y su profunda admiración por la filosofía de la India (los hindúes son para él "morenos oscuros", casi negros) tienen evidentes puntos de contacto con su teoría racial. Cf. Hegel, *supra*, pp. 400-401.

de los hombres, pues éstos son en su gran mayoría egoístas, prepotentes, mentirosos, malvados y bastante escasos de entendederas. Contemplad, en efecto, lo que ha resultado de ello: el país es materialmente próspero, pero su tono dominante es un vil utilitarismo, con su infaltable compañera, la ignorancia, que ha abierto el camino a la estúpida mojigatería anglicana, a la necia presunción y a la brutal vulgaridad unida a una bolicona veneración de las mujeres.

Y no se contenta Schopenhauer con estas genéricas pinceladas: recuerda la esclavitud y sus horrores, la discriminación contra los negros, la ley de Lynch, los asesinos a sueldo y muchas veces a salvo del castigo, los duelos de inaudita ferocidad, la burla descarada del derecho y de las leyes, el repudio de las deudas públicas, la escandalosa estafa política (*politische Eskrokerie*) de una provincia limítrofe y las consiguientes correrías de rapiña en la rica tierra del vecino, que luego quedan justificadas por las autoridades supremas con mentiras que todos conocen y que provocan la risa de todos (alusión a la guerra con México, 1846-48), la siempre creciente oclocracia y la deletérea influencia que los públicos atentados contra el derecho ejercen sobre la moralidad privada... ¡Y no hablemos de las "imitaciones" de la república norteamericana en México, en Guatemala, en Colombia y en el Perú!⁴² Toda América está podrida de hipócrita legalismo.

Son exageraciones, desde luego. Pero ¡cuántas veces se repetirán y se modularán luego estas exageraciones en los tonos más diversos! ¡Por cuántas sutiles ligaduras se unen a las sumarias sentencias sobre la naturaleza pútrida y nociva del continente! Y, podemos añadir, ¡qué atrasadas estaban ya con respecto al conocimiento objetivo del Nuevo Mundo y de sus veinte repúblicas!

6. LOS SAINTSIMONIANOS Y AUGUSTE COMTE

En los teócratas y en los primeros saintsimonianos, por ejemplo en Michel Chevalier, se abre paso, en efecto, un nuevo juicio sobre América, y de manera particular sobre los Estados Unidos, cuya imagen se agigantaba y tendía a dejar en la sombra las otras tierras y naciones del continente. América se caracteriza ahora por la aplicación de técnicas modernísimas a espacios ilimitados: la herencia de ciencias y de máquinas acumulada en Europa multiplica su fecundidad en una tierra tan vasta y aún tan vacía. No se habla ya para nada de mérito o de superioridad: se comprueba simplemente que los recursos intactos del Mundo Nuevo, explotados con la experiencia y la maquinaria del Mundo Viejo, aseguran a esos países un progreso continuo y formidable. La atención no se dirige ya exclusivamente a las instituciones políticas, que tanto habían interesado a un Volney o a un Tocqueville, sino a las relaciones de precios y de costos, a las estadísticas de los consumos del hierro, a la navegación sobre el Mississippi, a los canales y a las locomotoras, a las minas y a las plantaciones.

⁴² *Parerga und Paralipomena*, cap. IX, § 127, ed. Insel, vol. V, p. 274; cf. *ibid.*, cap. VIII, § 117, ed. cit., vol. V, p. 248 (los norteamericanos, descendientes de una colonia penal inglesa), y cap. XXI, § 252, ed. cit., vol. V, p. 528 (egoísmo reinante en la república mexicana).

Esta rápida asimilación de la revolución industrial hacía parecer más lento aún el proceso de absorción de la cultura y de los hábitos europeos: la tosquedad de los modales norteamericanos era descrita y caricaturizada por una Mrs. Trollope, por un Charles Dickens, por casi todos los viajeros *emunctae naris*. Pero su desprecio por la vida social de los Estados Unidos no se apoya ahora en leyes inflexibles de la naturaleza, ni se adorna ya con episodios degenerativos. Por el contrario, las rudas maneras y el impetuoso desarrollo económico se acomodan en un cuadro de prometedor barbarie, en un augurio reforzado por cien palabrotas. Así, pues, en cierto modo incluso esas críticas contribuían a inmunizar a América de fatales condenas y letales vituperios.

Sorprende, por lo tanto, que un autor que se encuentra en esta corriente de ideas, el discípulo directo de Saint-Simon, Auguste Comte, se separe de ella y pronuncie sobre América y sobre los Estados Unidos juicios de una aspereza demaistriana. Comte, en efecto, era un gran admirador del "ilustre" Joseph de Maistre y de su rigor teologizante, e injertaba sus teorías de filosofía de la historia nada menos que en el sistema de Bossuet. Su sistema, laico en las intenciones, es apretadamente bíblico-catolicizante en la estructura y en las referencias ideales. América, desde los salvajes hasta la república federal, desde los ateos hasta los protestantes, tenía que resultarle amarga o indiferente.

Más aún que en el *Cours*, las alusiones a la filosofía católica de la historia son frecuentes y explícitas en el *Système de politique positive* y en las otras obras de la ancianidad. Y particularmente curiosa es la carta de Comte a su apóstol americano John Metcalf, de Nueva York, para espolearlo a consolidar la alianza "espontánea" de católicos y positivistas contra los protestantes, y a mantener para ese fin un "contacto especial" con los jesuitas americanos, —rebautizados por Comte como "ignacianos", para librarlos "de un nombre tan vicioso en sí mismo como desacreditado en todas partes".⁴³

Como es sabido, ya en el *Cours* declara Comte abiertamente que su estudio no se extiende al género humano en su totalidad. Su interés se limita a las poblaciones más avanzadas, a la minoría selecta o vanguardia de la humanidad —"l'élite ou l'avant-garde de l'humanité"—, excluyendo con "une scrupuleuse persévérance" cualquier "digresión" sobre los centros de civilización que, por una razón u otra, se han detenido en una fase más imperfecta. En la práctica, según lo admite él mismo, esto quiere decir que se restringe a la raza blanca en la Europa occidental; quiere decir que deja a un lado las frívolas curiosidades de los eruditos sobre la India, sobre China, etc., para volver al esquema fundamental establecido por el "génie du grand Bossuet".⁴⁴

Pero ni siquiera queda comprendida toda la realidad histórica del

⁴³ *Système de politique positive*, en *Auguste Comte conservateur*, Paris, 1898, pp. 255-256, 277-278: "... d'un nom aussi vicieux en lui-même que généralement discrédité".

⁴⁴ *Cours de philosophie positive*, 2ª ed., Paris, 1864, vol. V, pp. 7-8. Comte impartió su *Cours* por vez primera en 1826, y tuvo a Humboldt entre sus oyentes (vol. I, p. 3). El primer volumen se escribió en 1830, el segundo en 1834-35, el tercero en 1835-37, el cuarto en 1838, el quinto en 1840-41 y el sexto en 1842. Bossuet es recordado y alabado en varios otros lugares: vol. V, pp. 31, 187-188, 306, 418 ("la plus puissante intelligence des temps modernes, après Descartes et Leibnitz"), 458-459; vol. VI, pp. 257-258, 260, etc. Al "illustre" De Maistre se remite Comte con bastante frecuencia: por ejemplo, vol. IV, pp. 34, 64, 135 nota, 138 nota (amplio reconocimiento), 352; vol. V, pp. 95, 149,

Occidente cristiano. Por principio de cuentas, Comte, más bossuetiano que Bossuet, la reduce y comprime a cinco grandes naciones, Francia, Inglaterra, Alemania, España e Italia;⁴⁵ y luego, ansioso de uniformidades sociológicas, arroja fuera, como insignificantes, "todos los acontecimientos excepcionales o todos los detalles demasiado minuciosos, tan puerilmente indagados por la curiosidad irracional de los ciegos compiladores de anécdotas estériles", y aspira como ideal a "la historia sin nombres de personas, o incluso sin nombres de pueblos",⁴⁶ puro mecanicismo de abstracciones conceptuales.

Por cuenta propia, finalmente, Comte procede a otros *retranchements* y, en mitad de su filosofía de la historia, se jacta: "Yo no he leído nunca, en ninguna lengua, ni a Vico, ni a Kant, ni a Herder, ni a Hegel, etc."; está persuadido, en efecto, de que esta negligencia voluntaria ha contribuido mucho a la pureza y armonía de su filosofía social.⁴⁷ Sin embargo, ahora que su filosofía está "irrevocablemente" formada, Comte, ya sin temores de impuros contagios, se propone una tarea nueva: aprender el alemán, en breve plazo y a su manera —"d'apprendre, prochainement, à ma manière, la langue allemande"—, para ver hasta qué grado están de acuerdo con él los sistemáticos alemanes.⁴⁸

Para una mente tan orgullosamente egocéntrica, y sólo por dignación lmitadamente europeocéntrica,⁴⁹ los problemas de las Américas tenían que estar cerrados con siete sellos. En cuanto al clima y a la diferencia de los animales, Comte permaneció pertinazmente atrasado con relación a Montesquieu y a Buffon (como en historiografía, por lo demás,

250, 256, 284-285, 306; vol. VI, pp. 129 nota, 348 nota, 401. Véase Hans Barth, "Die Theologie Joseph de Maistres als Urbild der Soziologie von Auguste Comte", *Neue Zürcher Zeitung*, 4. August 1956.

⁴⁵ Pero, a veces, los Estados Unidos se consideran como anexo o apéndice de Inglaterra (véase *infra*, p. 428).

⁴⁶ *Cours*, ed. cit., vol. V, pp. 12, 14; vol. VI, p. 534: "... tous les événements exceptionnels ou tous les détails trop minutieux, si puérilement recherchés par la curiosité irrationnelle des aveugles compilateurs d'anecdotes stériles"; "... l'histoire sans noms d'hommes, ou même sans noms de peuples". Cf., en cambio, el imparcial interés de Humboldt (*supra*, pp. 376-377). Faguét, *Politiques et moralistes*, op. cit., vol. II, pp. 336-337, ha captado muy bien el sofisticado absurdo de estos límites.

⁴⁷ *Cours*, vol. VI, pp. 34-35 nota: "Je n'ai jamais lu, en aucune langue, ni Vico, ni Kant, ni Herder, ni Hegel, etc.; ... cette négligence volontaire a beaucoup contribué à la pureté et à l'harmonie de ma philosophie sociale".

⁴⁸ *Cours*, loc. cit. Sobre su ignorancia de la filosofía alemana, véase R. Flint, *Historical philosophy in France*, etc., Edinburgh, 1893, pp. 582-583. Se sabe que, aun antes de terminar su *Cours*, Comte, seguro de disponer ya de materiales suficientes, decidió no leer más diarios, revistas, ni publicaciones científicas, sino sólo dos o tres poetas (entre ellos Dante) y la *Imitación de Cristo* (véase el magnífico artículo de John Morley en la *Encyclopaedia Britannica*, 11th ed.). Consecuente consigo mismo hasta en esto, se abstuvo incluso de releer sus propias obras (las redactaba con gran rapidez y sin hacer casi ninguna corrección). Es curioso el efecto que le produjo, cuando la releyó después de quince años (1842-1857), "la meilleure partie de la *Philosophie positive*", o sea los capítulos de filosofía de la historia: "outré leur sécheresse morale, qui m'a fait immédiatement lire un chant d'*Arioste*, pour me remonter, j'ai profondément senti leur infériorité mentale, par rapporte au vrai point de ma philosophie où le cœur m'a pleinement établi" (*A. Comte conservateur*, op. cit., p. 293).

⁴⁹ Los destinos del mundo deberían confiarse a un Comité Positivo Occidental de treinta miembros (8 franceses, 7 ingleses, 6 italianos, 5 alemanes, 4 españoles): "ce comité siégerait d'ailleurs naturellement à Paris" (*ibid.*, vol. VI, p. 544 nota). Sobre estas anacrónicas pretensiones de "hegemonía francesa en la Utopía venidera", véase R. Niebuhr, *The irony of American history*, op. cit., p. 59.

renuncia a las conquistas volterianas): dice que el primero exageró la influencia social, el segundo la influencia biológica del ambiente.⁵⁰ Las especies, animales y vegetales, son sustancialmente fijas e invariables, todas, inclusive las domesticadas en Europa y llevadas de allí a América. Buffon fue un gran hombre, pero habría hecho mejor si hubiera seguido la enseñanza y las rígidas clasificaciones de Linneo.⁵¹ Sobre los salvajes, a quienes considera un útil material comparativo para estudiar las fases de la historia de la sociedad,⁵² Comte repite los juicios globales de Robertson: voraces, escasamente eróticos, imprevisores, invenciblemente reacciones a todo trabajo regular, están privados de religión y su vida es profundamente triste.⁵³ En cuanto a la conquista de la independencia por parte de las provincias de la América hispánica, no va más allá de la respuesta sibilina, según la cual en esas luchas de liberación (favorecidas, como está averiguado, por la sagaz política de Londres) se manifestó "la antipatía natural de las poblaciones católicas para con una política protestante, o más bien británica".⁵⁴ Y por lo que se refiere a la Unión norteamericana, se hace eco de los funestos auspicios de De Maistre. La revolución norteamericana no ha traído al mundo ningún principio nuevo: en sustancia, no ha sido más que una "simple extensión" de las otras dos revoluciones protestantes: de la holandesa en los principios, de la inglesa en los resultados últimos. ¿Y a qué ha llevado?

A consagrar, más profundamente que en ningún otro lugar, la entera supremacía política de los metafísicos y de los legistas, en medio de una población en la que innumerables cultos incoherentes recaudan habitualmente, sin ningún verdadero destino social, un tributo muy superior al presupuesto actual de cualquier clero católico.⁵⁵

⁵⁰ *Cours*, ed. cit., vol. VI, pp. 237-238: el instinto de Montesquieu, de sujetar el curso político a las leyes naturales, era sano, pero su tentativa abortó por ser prematura (o sea, no existía aún la *philosophie positive*): vol. IV, pp. 178-185, 320-321; vol. VI, p. 264.

⁵¹ *Ibid.*, vol. III, pp. 395-396; sobre las teorías de Lamarck, véase *ibid.*, vol. III, pp. 430-432; vol. IV, pp. 276-277; sobre las modificaciones de los animales domésticos, véase también vol. III, pp. 581-582. Nótese que Comte, apologista en marcha atrás, reivindicó a Linneo frente a Buffon, y a Buffon frente a Cuvier (*ibid.*, vol. VI, pp. 381, 579).

⁵² Comte hace así explícito el elemento de sano historicismo que había en el interés dieciochesco por el salvaje: se sentía la exigencia de romper el límite demasiado exiguo de cinco o seis mil años de historia registrada, y al mismo tiempo de despejar la cronología bíblica; y se escrutaban en los pueblos sin historia las primeras vislumbres de una historia completa y orgánica de la humanidad, no descifrable en los textos y monumentos accesibles.

⁵³ *Ibid.*, vol. IV, pp. 318, 444-446, 505-506; vol. V, p. 27. Citas elogiosas de Robertson: vol. V, p. 158; vol. VI, p. 64.

⁵⁴ *Système de politique positive*, III (1853), en *A. Comte conservateur*, op. cit., p. 186: "l'antipathie naturelle des populations catholiques envers une politique protestante, ou plutôt britannique".

⁵⁵ *Cours*, ed. cit., vol. V, pp. 470-471: "A consacrer, plus profondément que partout ailleurs, l'entière suprématie politique des métaphysiciens et des légistes, chez une population où d'innombrables cultes incohérents prélèvent habituellement, sans aucune vraie destination sociale, un tribut fort supérieur au budget actuel d'aucun clergé catholique". Sobre la proliferación y la intolerancia de las sectas protestantes en los Estados Unidos, véase *ibid.*, vol. IV, pp. 51, 94; vol. V, p. 486; vol. VI, p. 344. El filocatolicismo de Comte lo lleva a ilustrar —como, por otra parte, ya había hecho Humboldt (Bruhns, op. cit., vol. II, p. 294)— la mayor humanidad del trato de los esclavos en la América hispano-católica en comparación con la América anglo-pro-

Por lo tanto, el porvenir de los Estados Unidos es oscuro. No obstante que disfruta de eminentes ventajas temporales, esta "colonia universal" está en realidad

mucho más alejada de una verdadera reorganización social que los pueblos de donde emana,⁵⁶ y de los cuales deberá recibir, en tiempo oportuno, esa regeneración final cuya iniciativa filosófica de ninguna manera puede partir de ella.⁵⁷

¿No parece que escuchamos de nuevo a los reaccionarios que aconsejaban a América esperar hasta ser un poco más crecida, y mientras tanto le negaban todo significado o mensaje espiritual? Pero Comte prosigue impertérrito y denuncia

las pueriles ilusiones relativas a la pretendida superioridad política de una sociedad en que los diversos elementos esenciales propios de la civilización moderna están aún tan imperfectamente desarrollados, con la única excepción de la actividad industrial.⁵⁸

Cuando mucho, los Estados Unidos pueden ser considerados, junto con Escocia e Irlanda, como un apéndice natural de Inglaterra: en efecto, su civilización,

esencialmente desprovista de originalidad, no ha sido, sobre todo hasta nuestro siglo, más que una simple expansión directa de la civilización inglesa, modificada por circunstancias locales y sociales.⁵⁹

El mismo concepto reaparece en las ya mencionadas instrucciones que Comte enviaba (1857) a su discípulo americano John Metcalf para acelerar la conversión al positivismo de los proletarios americanos. Es preciso, antes que ninguna otra cosa, separarlos cuidadosamente de todos los intrusos de Europa, por excelentes personas que sean: "de tous les intrus européens, sans en excepter les meilleurs". ¿Quedarán enton-

testante (vol. V, pp. 242, 287), si bien condena categóricamente el sistema colonial español, con sus carnicerías y opresiones (*ibid.*, vol. VI, pp. 129-132).

⁵⁶ ¿Leo de Volney? Véase *supra*, p. 311. Los Estados Unidos resultan ser, en sustancia, más "viejos" que las distintas naciones de donde han tomado su población.

⁵⁷ *Cours*, vol. V, p. 471: "...bien plus éloignée d'une véritable réorganisation sociale que les peuples d'où elle émane, et d'où elle devra recevoir, en temps opportun, cette régénération finale, dont l'initiative philosophique ne saurait lui appartenir nullement".

⁵⁸ *Ibid.*, *loc. cit.*: "...les puérides illusions relatives à la prétendue supériorité politique d'une société où les divers éléments essentiels propres à la civilisation moderne sont encore si imparfaitement développés, sauf la seule activité industrielle". En este lugar promete Comte desarrollar sus ideas "au chapitre suivant", cosa que no hace. En cuanto a la escasa o nula influencia de la Revolución norteamericana sobre la francesa, véase también vol. VI, pp. 283-284. Cabe recordar que, en su juventud, Comte fue disuadido de marcharse a los Estados Unidos por un amigo que lo puso en guardia contra el espíritu mercantil de esta nación: "Si Lagrange viniera a este país, no podría ganarse la vida sino como agrimensor" (J. Morley, en la *Encyclopaedia Britannica*, sub voce "Comte"). Tal fue, de hecho, el destino profesional de Thoreau.

⁵⁹ *Cours*, ed. cit., vol. VI, p. 60 nota: "...essentiellement dépourvue d'originalité, ne fut, surtout jusqu'à notre siècle, qu'une simple expansion directe de la civilisation anglaise, modifiée par des circonstances locales et sociales".

ces sólo los pieles rojas y sus descendientes? No: el apóstol deberá descubrir "en el seno de la población yanqui a los verdaderos descendientes de los dignos cooperadores del gran Cromwell, que prefirieron emigrar por millares a América antes que doblar la cerviz frente al rey de Inglaterra".⁶⁰ Sin embargo, es un hecho que el grueso de los puritanos emigró a América entre 1629 y 1640, o sea antes del protectorado de Cromwell. Por lo visto, la *élite* de los norteamericanos, para Comte, no está constituida por las Hijas de la Revolución, ni por los biznietos de los Pilgrim Fathers, sino por aquellos poquísimos presbiterianos que salieron de Inglaterra después de la Restauración. . .

Sea como fuere, exclusivamente entre esa *élite* deberá hacerse el reclutamiento. ¿Que es inerte y pasiva? No importa: "es moralmente imposible que esta noble raza haya abandonado nunca unas aspiraciones sociales a las que nadie renuncia sino una vez que se han satisfecho". A ella se debe el buen éxito de la guerra de independencia, pero posteriormente ya no ha tomado parte en la política de los Estados Unidos: "vuelta en seguida a su actividad puramente industrial, espera una doctrina sistemáticamente capaz de realizar el programa espontáneo de los cromwelianos".⁶¹ Por lo tanto, bastará presentarle el positivismo como la doctrina que espera, como la realización de sus aspiraciones políticas y religiosas, —y el juego está hecho. A la sombra de Cromwell, las ideas de Comte se infiltrarán entre los proletarios americanos.

Una sola duda nos queda: ¿y la alianza con los católicos? Las relaciones entre puritanos y jesuitas no han sido nunca muy cordiales que digamos. ¿Cómo podrán los positivistas servirse de unos y otros? ¿No es incluso más fácil —sólo por arriesgar una hipótesis extrema— que cromwelianos e ignacianos se unan para meter en cintura a los verbosos y sistemáticos apóstoles de la Religión Universal? La regeneración social del Nuevo Mundo correría un nuevo y gravísimo peligro. . .

7. EDGAR QUINET: LA INSULARIDAD DE AMÉRICA Y EL TRIUNFO DE LOS ÍNFIMOS

En su juventud, Edgar Quinet había traducido las *Ideen* de Herder. En su edad madura, durante los largos años del destierro, leyó a Schopenhauer y a Emerson y se nutrió de Darwin. Su última y grande obra, *La Création* (1870), es una introducción a la filosofía de la historia universal escrita en el estilo poético-profético de Herder, pero en el espíritu del evolucionismo; y, por la intrépida fe en las revelaciones de la ciencia más positiva, pertenece a la esfera lógica de los secuaces de Auguste Comte.

⁶⁰ A. Comte *conservateur*, *op. cit.*, pp. 304-305: "...[découvrir], au sein de la population yankee, les vrais descendants des dignes coopérateurs du grand Cromwell, qui préférèrent émigrer, par milliers, en Amérique, plutôt que de fléchir sous la royauté britannique".

⁶¹ *Ibid.*, *loc. cit.*: "il est moralement impossible que cette noble race ait jamais abandonné des aspirations sociales auxquelles on ne renonce que quand elles sont satisfaites...; retournée ensuite à son activité purement industrielle, elle attend une doctrine systématiquement capable de réaliser le programme spontané des cromwel-liens".

Quinet llegó a la persuasión de que Historia y Naturaleza se armonizan en un tejido único, y de que las leyes de la Naturaleza nos deben dar la clave de los secretos de la Historia. La geología ilustra los acontecimientos de estos últimos siglos. Nuestro destino se lee en el jurásico.

Estos anhelos unitarios y universales son siempre peligrosos para la modesta aprehensión de las diferencias que caen bajo nuestros ojos. Y más peligrosos todavía cuando surgen en un temperamento poético y místico, al cual suministran una base pseudoteórica, ficticiamente lógica, para los vuelos de una encendida y apasionada fantasía. Las características individuales de las distintas creaturas pierden entonces relieve y se "explican" y se "explanan" mediante grandes leyes, de una uniformidad demasiado perfecta.

En Quinet —nos limitamos, naturalmente, a sus ideas acerca de América—,⁶² esa ansia sintética lo lleva nada menos que a redescubrir los descubrimientos de Buffon.

La fauna de América pertenece al tipo que él llama "insular".⁶³ En las islas no pueden desarrollarse los grandes mamíferos terrestres. Ningún mamífero grande es autóctono de una isla. Y esto explica la inferioridad relativa de los animales de América. Cuando las islas se soldaron unas con otras, los pequeños marsupiales desdentados originarios de la Guayana y del Brasil crecieron hasta adquirir la estatura del megaterio, y se difundieron por todo el Continente.⁶⁴ En el terciario, los dos hemisferios estaban unidos, y el mamut y el mastodonte vagaban por ambos. Al dislocarse, esos animalazos, "que no eran autóctonos de América, separados del tronco materno, desaparecieron". Desaparecieron, añade Quinet, como "un árbol separado de sus raíces, o un río de su fuente".⁶⁵

Del mismo modo —ni más ni menos: "de la même manière"— se explica el extraordinario hecho ("ce fait si extraordinaire") de la pequeña estatura de los mamíferos americanos. La América del Sur, en efecto, fue durante un tiempo "una isla oblonga". Al levantarse los Andes, emergió una segunda y grande isla. Fue entonces cuando "la fauna sudamericana recibió el tipo insular", el tipo autóctono, el tipo que ha sobrevivido a la invasión de los grandes cuadrúpedos europeos y a su extinción después de la ruptura de los dos continentes.

No es esto todo. El tipo insular ha quedado impreso hasta en los hábitos, tan domésticos y sedentarios, de los mamíferos americanos. No

⁶² Sobre Quinet en general, véase el brillante estudio de Faguet, *Politiques et moralistes*, op. cit., vol. II, pp. 175-227 (sobre *La Création* en particular, pp. 206 ss.).

⁶³ *La Création* (en *Oeuvres complètes*, tomos XXII-XXIII), París, s. f., vol. I, p. 187. "Insular" corresponde a "jurásico" (*ibid.*, vol. I, pp. 142-148); pero "la faune et la flore tertiaires ont laissé tous leurs traits principaux dans la faune et la flore de l'Amérique actuelle" (*ibid.*, vol. I, p. 170). En definitiva, Quinet parece asignar a América una fauna jurásica y una flora terciaria, lo cual, traduciendo la terminología geológica en lenguaje corriente, equivale a la vieja antítesis de fauna pobre y flora exuberante. También su problema de la "fauna insular" tenía ya una larga historia (véase *infra*, excursus sobre la originalidad de Buffon, pp. 523-529).

⁶⁴ *ibid.*, vol. I, pp. 188-189, 277. Estas metáforas y paralelos zoo-geológicos, incluye el ejemplo de los gigantes desdentados de la pampa, tuvieron una curiosa y tardía revivificación en las *Meditaciones* de Keyserling (sobre las cuales véase *infra*, p. 516; *Südamerikanische Meditationen*, op. cit., p. 20, etc.).

⁶⁵ "[Ces grands animaux], qui n'étaient pas indigènes en Amérique, séparés de la souche mère, ont disparu... [comme] un arbre séparé de ses racines, ou un fleuve de sa source."

se observan en ellos "los instintos cosmopolitas, los hábitos de migración" propios de otros animales, como los tigres de Bengala, que llegan hasta Siberia. Los animales más corpulentos de América se contentan con vagar por las pampas, sin salir de los valles nativos: "sans quitter les bassins où ils sont nés". Siguen respetando los invisibles límites terrestres de las "islas" en que nacieron.

Por lo demás, insiste Quinet, las Américas son todavía hoy un sistema de islas. Puestas en medio de los Océanos, casi separadas en el centro por el istmo de Panamá, seccionadas por la columna vertebral de la Cordillera y por ríos gigantescos, forman en realidad un archipiélago: y el "tipo insular" se ha perpetuado en la fauna, de dimensiones reducidas y de tipos degenerados o arcaicos. Han desaparecido elefantes y camellos, grandes monos y jirafas, "en provecho de los reptiles, únicos que han conservado la grandeza y la fuerza, como por ejemplo las serpientes, las boas, los caimanes, los lagartos".⁶⁶ Las serpientes son, en efecto, la fauna propia de las islas, tal como los grandes mamíferos pertenecen a los grandes continentes y los mamíferos menores a los continentes "de menor extensión". En América, los cuadrúpedos se hacen más pequeños y pierden su fuerza, su leche, su lana, pero los reptiles y los insectos conservan unas dimensiones que recuerdan la era secundaria (o jurásica), cuando eran ellos los amos y señores de un mundo insular: "où les reptiles étaient les rois d'un monde insulaire".

El hombre constituye la excepción (como antes para Buffon), porque se mueve de una isla a otra, y, si un istmo se desploma, con sus naves repara, en beneficio propio, "las ruinas del Mundo".

Pero, después de tantas derivaciones buffonianas, sorprende que Quinet se imagine haber descubierto por primera vez el corolario de "que los cuadrúpedos mamíferos transportados a América en nuestros días tienen que hacerse más pequeños".⁶⁷ Semejante corolario se le impuso —escribe— por deducción pura, sin saber si tan extraño hecho ("ce fait étrange") estaba "realmente confirmado por la experiencia". Y cuando sabe que en efecto así sucede, nos lo comunica con un júbilo y un candor que provocan en nosotros una irreverente sonrisa:

La simple confirmación de este fenómeno me ha causado una viva alegría...; este fenómeno... se muestra ante mis ojos como el astro cuya existencia necesaria había establecido primeramente el astrónomo mediante sus cálculos, y que acaba por aparecer en realidad en la punta [*sic!*] de su telescopio. Ese día gocé realmente la alegría de la verdad presentida y confirmada. Tiene que ser importante para mí: es el 11 de octubre de 1867.⁶⁸

Albo signanda lapillo!

Alentado así por este primer éxito especulativo, Quinet va más allá, y profetiza que también los animales europeos introducidos en Australia,

⁶⁶ "[Les grands animaux ont disparu] au profit des reptiles qui seuls ont conservé la grandeur, la force, tels que les serpents, les boas, les caïmans, les alligators."

⁶⁷ "...que les quadrupèdes mammifères transportés aujourd'hui en Amérique doivent y devenir plus petits".

⁶⁸ "La simple confirmation de ce phénomène m'a causé une vive joie...; ce phénomène... se montre à mes yeux, comme l'astre dont l'astronome avait d'abord posé l'existence nécessaire par ses calculs, et qui finit par apparaître en réalité au bout de son télescope. Ce jour là j'ai réellement goûté la joie de la vérité pressentie et confirmée. Il doit compter pour moi: c'est le 11 octobre 1867."

por ejemplo las ovejas, disminuirán de estatura y de fuerza,⁶⁹ y en nota agrega recientísimas confirmaciones (1868) de Darwin, del doctor Roulin y de Andrew Murray. Sin embargo, en el texto, una página después de proclamar su descubrimiento, admite que "Buffon había señalado el achicamiento de los grandes cuadrúpedos en América";⁷⁰ sí, ¡pero no había sabido explicarlo! Había hablado de naturaleza descuidada por los hombres, siendo así que las grandes bestias existieron en América muchísimo antes que el hombre...⁷¹

El hombre, la más excelsa de las creaturas, es originario del Viejo Mundo: debe haber nacido donde se encuentran las mayores masas continentales. En las islas sólo prosperan animales inferiores. Por otra parte, un lógico corolario de las ideas de Quinet (y un pequeño consuelo para su fe republicana) es que la migración del "continente" a la "isla", la afluencia de los pueblos de todas las razas a América confieren a ésta "una fuerza de acrecentamiento, una fecundidad social que asombran al mundo". Cien millones de hombres son modelados aquí en un orden nuevo por la sola e inmensa Naturaleza.⁷²

De todas estas confrontaciones de faunas insulares y continentales, mediocres e imponentes, resulta que también Quinet, como Buffon, juzga los animales grandes preferibles a los pequeños. Sus razones parecen en verdad más bien de índole utilitaria (más lana, más carne, más leche), en consonancia con el espíritu mercantil de sus tiempos, y no, como las de Buffon, de índole estética, filosófica y jerárquica. Pero no podemos ni siquiera sospechar que el republicano Quinet haya querido establecer una desigualdad tan radical entre las creaturas. Sus simpatías instintivas van a los humildes y a los ínfimos. Falsos son aquellos sistemas "que no creen sino en la potencia de los gigantes. La primera lección que la naturaleza da al hombre es que lo infinitamente pequeño es igual, en potencia, a lo infinitamente grande". La Naturaleza no se apoya sobre colosos, sobre monstruos como el Leviatán o el Behemot, sino sobre imperceptibles micro-organismos. Las más débiles, las más indefensas creaturas han sobrevivido a todas las fuerzas enemigas y a todos los tiempos. Series de cataclismos cósmicos no han podido aniquilarlas; "tan cierto es que el [organismo] pequeño es igual al grande, que es por lo menos su antepasado y casi siempre le sobrevive".⁷³

⁶⁹ El ejemplo no podía ser más desdichado. Por entonces, la oveja se había aclimatado ya en Australia, y este país era uno de los principales productores de lana del mundo. Había allí, en 1851, 17.3 millones de ovejas, 20 millones en 1860, que, a despecho de las teorías de Quinet, se convirtieron en más de 100 millones en 1891. Después de una ruinoso sequía, volvieron a subir (1933) a más de 110 millones. La producción de lana por cabeza, que oscilaba inicialmente entre 3 1/2 y 4 libras, ha subido a 8 libras, y no son raros los vellones de 30 y de 40 libras.

⁷⁰ "Buffon avait constaté le rapetissement des grand quadrupèdes en Amérique." Véase *supra*, pp. 3-6, 24-25.

⁷¹ *La Création*, vol. I, pp. 268-280 (cf. el tono de orgullo y satisfacción del prefacio). Por lo demás, Quinet cree a América más antigua que el Viejo Mundo (*ibid.*, vol. I, p. 270).

⁷² *Ibid.*, vol. II, pp. 303-304 ("une force d'accroissement, une fécondité sociale qui donnent le monde"). La fervorosa simpatía de Quinet por todas las libres repúblicas americanas, del Norte y del Sur, inflama la elocuencia de su *pamphlet* antinapoleónico, *L'expédition du Mexique* (1862).

⁷³ *La Création*, vol. I, pp. 105-107; "... [les systèmes] qui ne croient qu'à la puis-

También Buffon, como se recordará,⁷⁴ había señalado la indestructibilidad de las especies inferiores, pero con cierto aristocrático disgusto por ese pulular invasor de las más viles creaturas. Edgar Quinet, demócrata y evolucionista, reconoce en cambio en las miríadas de protozoarios la base de toda la Naturaleza y la clave de sus misterios. Buffon, con la mirada fija en los dispersos indígenas, nos había descrito una América desierta y miserable. Quinet la ve levantarse a alturas inesperadas sobre la ola de millones de emigrantes. *La Création* nos ofrece así un nuevo ejemplo de la tenaz vitalidad y de la extraordinaria adaptabilidad, no ya de un protozoario cualquiera, sino de la vieja tesis de la debilidad americana.

8. CRÍTICAS BRITÁNICAS A LA SOCIEDAD NORTEAMERICANA: FRANCES WRIGHT, LA SEÑORA TROLLOPE Y SU HIJO

Ecos mucho menos nítidos, pero más tonantes y persistentes, de la ya vieja disputa, se escuchan hacia la mitad del siglo, y aún más tarde, en las sentencias de los ingleses sobre la nueva sociedad norteamericana y en las acongojadas o despechadas reacciones de los habitantes de los Estados Unidos. Los temas naturalistas y biológicos retroceden cada vez más al fondo de la escena, mientras adquieren cuerpo y relieve los sociales y políticos, la crítica al modo de vivir, a los prejuicios, a las jactancias específicas y a las taras constitucionales de la joven nación. Los europeos más reflexivos —hace notar con amargura (1810) un liberal norteamericano, Charles J. Ingersoll— admiten que la Revolución ha sido un acontecimiento glorioso y que los rebeldes desplegaron espléndidas dotes de energía y de heroísmo, pero presumen que luego, en treinta años de paz y de prosperidad, sus ímpetus se han aflojado: "se supone que el aumento de población, de recursos, de territorio, de poder, de información, de libertad, ha hecho degenerar a los americanos. ¿Es ésta la manera de proceder de la naturaleza?"⁷⁵ Y, mediante la interpretación *ex absurdo* de lo que hace y no hace la Naturaleza, Ingersoll llega a un robusto, orgulloso nacionalismo norteamericano.

sance des géants. La première leçon que la nature donne à l'homme, c'est que l'infiniment petit est égal, en puissance, à l'infiniment grand...; tant il est vrai que le petit est l'égal du grand, qu'il est au moins son ancêtre et lui survit presque toujours". La naturaleza no da importancia alguna a las dimensiones: *ibid.*, vol. I, p. 120. Todo un capítulo (vol. I, pp. 7-12) se dedica a la tesis "le grand expliqué par le petit": la imperceptible foraminífera posee el secreto de las orgullosas montañas, etc.

⁷⁴ Véase *supra*, pp. 10-11.

⁷⁵ Charles J. Ingersoll, *Inchiquin, the Jesuit's letters... containing a favourable view of the manners, literature, and state of society, of the United States*, New York, 1810, en W. S. Tryon, *A mirror for Americans*, op. cit., pp. 22-23, 785: "an expansion of population, of resources, of territory, of power, of information, of freedom, is supposed to have degenerated the Americans. Is this the course of nature?" En la curiosa ficción de Ingersoll, que atribuye su escrito a un jesuita desconocido, ¿no habrá un eco lejano de las enérgicas defensas de los jesuitas americanos contra las acusaciones de "degeneración" lanzadas por los europeos? Ingersoll conoce perfectamente las injuriosas teorías de Buffon y de Raynal y las punzantes críticas de los primeros viajeros ingleses, y se maravilla de que hayan sobrevivido a tantas refutaciones (véase Martin, op. cit., p. 202 y M. Curti, *Probing our past*, New York, 1954, p. 194). Durante demasiado tiempo, escribe, "the soil of this enviable country has been represented in Europe as parsimonious and abortive; the climate as froward and perni-

por ejemplo las ovejas, disminuirán de estatura y de fuerza,⁶⁹ y en nota agrega recientísimas confirmaciones (1868) de Darwin, del doctor Roulin y de Andrew Murray. Sin embargo, en el texto, una página después de proclamar su descubrimiento, admite que "Buffon había señalado el achicamiento de los grandes cuadrúpedos en América";⁷⁰ sí, ¡pero no había sabido explicarlo! Había hablado de naturaleza descuidada por los hombres, siendo así que las grandes bestias existieron en América muchísimo antes que el hombre...⁷¹

El hombre, la más excelsa de las creaturas, es originario del Viejo Mundo: debe haber nacido donde se encuentran las mayores masas continentales. En las islas sólo prosperan animales inferiores. Por otra parte, un lógico corolario de las ideas de Quinet (y un pequeño consuelo para su fe republicana) es que la migración del "continente" a la "isla", la afluencia de los pueblos de todas las razas a América confieren a ésta "una fuerza de acrecentamiento, una fecundidad social que asombran al mundo". Cien millones de hombres son modelados aquí en un orden nuevo por la sola e inmensa Naturaleza.⁷²

De todas estas confrontaciones de faunas insulares y continentales, mediocres e imponentes, resulta que también Quinet, como Buffon, juzga los animales grandes preferibles a los pequeños. Sus razones parecen en verdad más bien de índole utilitaria (más lana, más carne, más leche), en consonancia con el espíritu mercantil de sus tiempos, y no, como las de Buffon, de índole estética, filosófica y jerárquica. Pero no podemos ni siquiera sospechar que el republicano Quinet haya querido establecer una desigualdad tan radical entre las creaturas. Sus simpatías instintivas van a los humildes y a los ínfimos. Falsos son aquellos sistemas "que no creen sino en la potencia de los gigantes. La primera lección que la naturaleza da al hombre es que lo infinitamente pequeño es igual, en potencia, a lo infinitamente grande". La Naturaleza no se apoya sobre colosos, sobre monstruos como el Leviatán o el Behemot, sino sobre imperceptibles micro-organismos. Las más débiles, las más indefensas creaturas han sobrevivido a todas las fuerzas enemigas y a todos los tiempos. Series de cataclismos cósmicos no han podido aniquilarlas; "tan cierto es que el [organismo] pequeño es igual al grande, que es por lo menos su antepasado y casi siempre le sobrevive".⁷³

⁶⁹ El ejemplo no podía ser más desdichado. Por entonces, la oveja se había aclimatado ya en Australia, y este país era uno de los principales productores de lana del mundo. Había allí, en 1851, 17.3 millones de ovejas, 20 millones en 1860, que, a despecho de las teorías de Quinet, se convirtieron en más de 100 millones en 1891. Después de una ruinosa sequía, volvieron a subir (1933) a más de 110 millones. La producción de lana por cabeza, que oscilaba inicialmente entre 3 1/2 y 4 libras, ha subido a 8 libras, y no son raros los vellones de 30 y de 40 libras.

⁷⁰ "Buffon avait constaté le rapetissement des grand quadrupèdes en Amérique." Véase *supra*, pp. 3-6, 24-25.

⁷¹ *La Création*, vol. I, pp. 268-280 (cf. el tono de orgullo y satisfacción del prefacio). Por lo demás, Quinet cree a América más antigua que el Viejo Mundo (*ibid.*, vol. I, p. 270).

⁷² *Ibid.*, vol. II, pp. 303-304 ("une force d'accroissement, une fécondité sociale qui étonnent le monde"). La fervorosa simpatía de Quinet por todas las libres repúblicas americanas, del Norte y del Sur, inflama la elocuencia de su *pamphlet* antinapoleónico, *L'expédition du Mexique* (1862).

⁷³ *La Création*, vol. I, pp. 105-107; "... [les systèmes] qui ne croient qu'à la puis-

También Buffon, como se recordará,⁷⁴ había señalado la indestructibilidad de las especies inferiores, pero con cierto aristocrático disgusto por ese pulular invasor de las más viles creaturas. Edgar Quinet, demócrata y evolucionista, reconoce en cambio en las miríadas de protozoarios la base de toda la Naturaleza y la clave de sus misterios. Buffon, con la mirada fija en los dispersos indígenas, nos había descrito una América desierta y miserable. Quinet la ve levantarse a alturas inesperadas sobre la ola de millones de emigrantes. *La Création* nos ofrece así un nuevo ejemplo de la tenaz vitalidad y de la extraordinaria adaptabilidad, no ya de un protozoario cualquiera, sino de la vieja tesis de la debilidad americana.

8. CRÍTICAS BRITÁNICAS A LA SOCIEDAD NORTEAMERICANA: FRANCES WRIGHT, LA SEÑORA TROLLOPE Y SU HIJO

Ecos mucho menos nítidos, pero más tonantes y persistentes, de la ya vieja disputa, se escuchan hacia la mitad del siglo, y aún más tarde, en las sentencias de los ingleses sobre la nueva sociedad norteamericana y en las acongojadas o despechadas reacciones de los habitantes de los Estados Unidos. Los temas naturalistas y biológicos retroceden cada vez más al fondo de la escena, mientras adquieren cuerpo y relieve los sociales y políticos, la crítica al modo de vivir, a los prejuicios, a las jactancias específicas y a las taras constitucionales de la joven nación. Los europeos más reflexivos —hace notar con amargura (1810) un liberal norteamericano, Charles J. Ingersoll— admiten que la Revolución ha sido un acontecimiento glorioso y que los rebeldes desplegaron espléndidas dotes de energía y de heroísmo, pero presumen que luego, en treinta años de paz y de prosperidad, sus ímpetus se han aflojado: "se supone que el aumento de población, de recursos, de territorio, de poder, de información, de libertad, ha hecho degenerar a los americanos. ¿Es ésta la manera de proceder de la naturaleza?"⁷⁵ Y, mediante la interpretación *ex absurdo* de lo que hace y no hace la Naturaleza, Ingersoll llega a un robusto, orgulloso nacionalismo norteamericano.

sance des géants. La première leçon que la nature donne à l'homme, c'est que l'infiniment petit est égal, en puissance, à l'infiniment grand...; tant il est vrai que le petit est l'égal du grand, qu'il est au moins son ancêtre et lui survit presque toujours". La naturaleza no da importancia alguna a las dimensiones: *ibid.*, vol. I, p. 120. Todo un capítulo (vol. I, pp. 7-12) se dedica a la tesis "le grand expliqué par le petit": la imperceptible foraminífera posee el secreto de las orgulosas montañas, etc.

⁷⁴ Véase *supra*, pp. 10-11.

⁷⁵ Charles J. Ingersoll, *Inchiquin, the Jesuit's letters... containing a favourable view of the manners, literature, and state of society, of the United States*, New York, 1810, en W. S. Tryon, *A mirror for Americans, op. cit.*, pp. 22-23, 785: "an expansion of population, of resources, of territory, of power, of information, of freedom, is supposed to have degenerated the Americans. Is this the course of nature?" En la curiosa ficción de Ingersoll, que atribuye su escrito a un jesuita desconocido, ¿no habrá un eco lejano de las enérgicas defensas de los jesuitas americanos contra las acusaciones de "degeneración" lanzadas por los europeos? Ingersoll conoce perfectamente las injuriosas teorías de Buffon y de Raynal y las punzantes críticas de los primeros viajeros ingleses, y se maravilla de que hayan sobrevivido a tantas refutaciones (véase Martin, *op. cit.*, p. 202 y M. Curti, *Probing our past*, New York, 1954, p. 194). Durante demasiado tiempo, escribe, "the soil of this enviable country has been represented in Europe as parsimonious and abortive; the climate as froward and perni-

Con menos pasión y más ironía nos cuenta otro americano, Washington Irving, que hizo un viaje a Europa, entre otras cosas, para conocer aquí verdaderos grandes hombres, más "grandes hombres" que los que él había conocido a montones en los Estados Unidos: "en efecto, yo había leído en las obras de varios filósofos que todos los animales degeneraban en América, y el hombre entre ellos". Los genios europeos deben levantarse por encima de los americanos como las cimas de los Alpes sobre los altiplanos del Hudson. Vayamos, pues —pensó—, a visitar "esta tierra de prodigios... para ver la raza gigantesca de la cual he degenerado yo".⁷⁶

Por otra parte, en la orilla europea del Atlántico, la idea preconcebida de una inferioridad esencial del Nuevo Mundo no desaparece nunca del todo, ni siquiera cuando el europeo toma como blanco únicamente a los Estados Unidos, pasando por alto a la América hispánica, e incluso exonerando al Canadá de todo reproche. Nuevos elementos entran así en juego, sobreponiéndose a los elementos pluriseculares y formando con ellos, por más que resulten incongruentes y enmarañados, ácidas y virulentas amalgamas: el celo humanitario, el orgullo nacional, el rigor moralista y el culto de los modales correctos, propios de la era victoriana, encuentran fácil y sabrosísimo desahogo en la crítica de un país que legitima la esclavitud, tolera que se escupa en el suelo y en la alfombra, se ríe de la vieja Inglaterra, se complace en toda clase de violencias y en todo parece hacer alarde, perversamente, de su mala educación.

Además, para los escritores ingleses, esta república democrática e igualitaria tenía otro gravísimo inconveniente: el de no reconocer el *copyright* británico y de no pagar ni un céntimo por las reimpresiones piráticas de todo libro que tuviese éxito.⁷⁷

No es que faltaran escritores ingleses benévolamente dispuestos hacia América. Pero la corriente dominante era tan frecuentemente anti-americana, que arrastraba a demócratas y conservadores; y hasta de una apasionada admiradora de los Estados Unidos, como Frances Wright,

clous; the creatures as stunted, stupid, and debased below their species; the manners, principles, and government, as suited to this universal depravity. These absurdities appeared engraved with the stamp of knowledge and authority; their circulation was general and accredited" (*A mirror*, p. 28).

⁷⁶ Wash. Irving, "The Author's account of himself", en *The sketch-book* (1819), ed. Paris, 1846, pp. 2-3: "for I had read in the works of various philosophers, that all animals degenerated in America, and man among the number...; [let us visit] this land of wonders... and see the gigantic race from which I am degenerated". En este mismo lugar hay pullas contra los viajeros ingleses, insignificantes en su país, que sin embargo miran por encima del hombro a los habitantes de los Estados Unidos (cf. *infra*, p. 442, nota 113).

⁷⁷ Sobre la cuestión del *copyright*, que tanto mortificó a Dickens, cf. ya Basil Hall, *Voyage dans les Etats Unis de l'Amérique du Nord*, etc. (1829), traducción francesa, Bruxelles, 1835, vol. II, pp. 5-8; Th. Hamilton, *Men and manners in America*, Edimburgh, 1833, vol. I, p. 371; H. Martineau, *De la société américaine*, trad. B. Laroche, Bruxelles, 1838, vol. III, p. 198, y *Retrospect of western travel*, London, 1838, vol. II, pp. 10, 236; Fr. Marryat, *A diary in America*, Paris, 1839, vol. II, pp. 77-85; Florence Marryat, *Life and letters of Capt. Marryat*, Leipzig, 1872, pp. 165 ss.; H. Allen, *Israel, The life and times of Edgar Allan Poe*, New York, 1926, vol. II, pp. 497-503, 521-522; U. Pope-Hennessy, *Charles Dickens*, London, 1945, pp. 73-74, 159-161, 164-165, 167-168, 171, 174, 179-181. Añádase que, precisamente hacia el año 1840, gracias a los progresos técnicos, "prices for novels fell from two or three dollars to as little as

hacia el instrumento inconsciente, la ocasión irónica de la aventura americana de Frances Trollope, la más tristemente célebre viviseccionadora de la sociedad del otro lado del Atlántico.

En Frances Wright (nacida en 1795), el entusiasmo por los Estados Unidos, sus instituciones políticas y su modo de vivir había nacido de la convencional, pero no por ello frígida, adoración de la antigüedad clásica y —en la imagen tradicional— austeramente republicana. Mujer rica, de altivo, solemne, hermosísimo aspecto, grecorromana de figura y de educación —liberal por tradición familiar (su padre, amigo de Adam Smith y de Jeremy Bentham, había divulgado a Dundee y los *Rights of man* de Thomas Paine, y escritos políticos "franceses", o sea "subversivos"; y en Lafayette buscará la joven, fanáticamente, un segundo padre "adoptivo")—, a los dieciocho años escribía una apología de la filosofía epicúrea y a los veinte leía en italiano la *Storia della guerra della indipendenza degli Stati Uniti* de Carlo Botta (1809).

El efecto fue sorprendente. A nosotros, Botta nos puede parecer de una frigididad marmórea. Pero se diría que precisamente ese hielo conservó como en un frigorífico y transmitió intacta al alma ardiente de Frances Wright una experiencia heroica y revolucionaria que ella derretía y asimilaba hasta sentirla terriblemente suya, hasta el martirio y, por desgracia, hasta el más locuaz apostolado. Quizá justamente aquello que a Jefferson le parecía (como nos parece a nosotros) el principal defecto de Botta, el uso retórico de poner discursos reconstruidos o inventados en boca de los personajes, fascinó a la elocuente Miss Frances, que, según cuentan sus biógrafos,⁷⁸ para cerciorarse de que su ideal político neoclásico se había encarnado real y recientemente en esta tierra, consultaba el atlas y averiguaba si existía en serio ese mítico país de los Estados Unidos de América. Para tocarlo con la mano, atravesó el Océano en 1818; y, después de pasar un par de años en la nueva república, publicó (1821) sus *Views of society and manners in America*, el único libro que nos queda de ella, infatigable propagandista y conferenciante. Y, en realidad, no tenía necesidad de escribir otras obras una persona que se mantuvo orientada al ideal americano durante toda su vida, consagrada a causas humanitarias, como el abolicionismo, la redención de los negros, el voto femenino, la reforma de la institución matrimonial y de las relaciones entre los dos sexos, la difusión de las ideas socialistas de Robert Owen. En América trataba de atraerse al venerable Lafayette; hacia América guiaba —o arrastraba, mejor dicho— a su amiga Frances Trollope. En Nueva York y en Filadelfia hacía recitar una tragedia suya, al parecer de argumento schillerianamente tiranicídico (*Altorf*), que ningún teatro de Londres había querido representar; y andaba de una ciudad en otra espetando ciclos de oraculares sermones rebosantes de radicalismo,

fifty cents or even a quarter" (H. Wish, *Society and thought in early America*, op. cit., p. 453). La ley norteamericana no fue reformada hasta 1891, pero todavía hoy se afirma que su protección es insuficiente (véase el *New York Times*, "Topics", January 19, 1954, y el *Times* de Londres, October 23, 1954).

⁷⁸ Richard Garnett en el *Dictionary of National Biography*, sub voce; M. Sadleir, *Trollope, A commentary*, London, 1947, especialmente pp. 70-77; Una Pope-Hennessy, *Three English women in America*, London, 1929, pp. 28-32, 44-47 y *passim* hasta la p. 101.

que ella declamaba "con ademanes cortos y graves, tan graciosa en medio de su vehemencia" —como admite una sátira de la época⁷⁹—, y a veces en medio de "una guardia de corps de damas cuáqueras en el uniforme completo de su secta"; y en América, en Cincinnati, moría a fines de 1852. El ejercicio literario de Carlo Botta había suscitado a la más batalladora panegirista del joven estado norteamericano.

Su libro es fruto de un afán apologético tan cándido, que a ratos divierte, y a ratos conmueve. En el barco que la lleva a América, Miss Wright observa, complacida, la excelente pronunciación inglesa de los marineros americanos,⁸⁰ y al final de su viaje nos confiesa que, por repugnancia al esclavismo, no ha visitado ningún estado del Sur.⁸¹ No quiere ver, ni oír, nada que pueda turbar la imagen que se ha formado de ese nuevo y felicísimo mundo. Ella misma confesará más tarde que se había puesto sobre la nariz unos anteojos color de rosa.⁸² Y, en efecto, continuamente polemiza contra los malévolos viajeros, sobre todo ingleses, que han criticado o escarnecido a los Estados Unidos,⁸³ y, por lo demás, logra a menudo desenmascarar los prejuicios *tory* o el estrecho nacionalismo de esas críticas. De los más antiguos calumniadores, que habían denigrado la naturaleza física del Continente, no dice una sola palabra, y no parece siquiera tener noticia directa de ellos. Pero recuerda que ciertos hombres de ciencia han supuesto que América es menos antigua que el Viejo Mundo, y no vacila en atribuir semejante hipótesis a un naturalista americano; sin embargo, no tarda en comprender que sería tan absurdo poner en tela de juicio la antigüedad de América, como dudar de su bondad,⁸⁴ y como esta última duda es sencillamente imposible, pone punto final a la cuestión. Admite que la alondra no tiene rivales en América, pero enumera varios otros pájaros de canto deliciosamente melódico.⁸⁵ Refiere la anécdota de aquel viajero inglés que menospreciaba todas las cosas americanas —"la vaca, el carnero, el pescado, las aves de corral, todo era superior en su país"—, hasta que, habiendo estallado una tormenta, al formidante tronar de una centella, un americano, compañero de viaje, le pregunta gravemente: "¿También éstas, las tienen ustedes mejores en Inglaterra?"⁸⁶ Habla a menudo de pantanos y de zonas palúdicas,⁸⁷ pero los miasmas retroceden frente a los cultivos, y, en todo caso, los americanos son una raza magnífica: altos, robustos y longevos los

⁷⁹ U. Pope-Hennessy, *op. cit.*, p. 98: "with gesture small and staid / so pretty in her vehemence".

⁸⁰ *Voyage aux États Unis d'Amérique*, trad. J. T. Parisot, Paris, 1822, vol. I, p. 14.

⁸¹ *Ibid.*, vol. II, p. 334.

⁸² Pope-Hennessy, *op. cit.*, p. 31. El órgano de los *tories*, la *Westminster Review*, definió el libro nada menos que como una "prostitute rhapsody" (Bernard Fabian, *Alexis de Tocqueville's Amerikabild*, Heidelberg, 1957, p. 9, nota 14).

⁸³ Contra Fearon: vol. I, pp. 60-62, 104-105 nota, 169, 339-340; vol. II, pp. 218 nota, 266-269. Contra Ashe: vol. I, p. 169. Se salva, en parte, el capitán Basil Hall: vol. I, pp. 105-107, 242-243 nota; vol. II, pp. 6 nota, 218-219 nota. Contra los viajeros ingleses, en general: vol. I, pp. 29, 168-169, 287; vol. II, pp. 169-170 nota, 284-286, 309-310.

⁸⁴ *Ibid.*, vol. I, p. 215: "mais je vis bientôt qu'il ne fallait pas plus en mettre en question l'antiquité que la bonté". Conoce a Volney: vol. II, pp. 246-247.

⁸⁵ *Ibid.*, vol. II, pp. 243-244.

⁸⁶ *Ibid.*, vol. II, pp. 309-310.

⁸⁷ En el Sur: vol. I, pp. 84-85; en el Norte: vol. I, pp. 227-228; en el Oeste: vol. I, pp. 240, 294-295, 299; en el Canadá: vol. II, pp. 8-9.

hombres,⁸⁸ hermosas las muchachas, por lo menos hasta los 24 o 25 años, cuando comienzan a decaer⁸⁹ (justamente 23 o 24 tenía entonces la florida Frances); y en verdad —añade la cultísima Miss—, son todavía un tanto ignorantonas.⁹⁰ En cuanto a Washington, admite que la capital no existe aún, que es apenas un embrión y que harán falta quién sabe cuántos siglos (*sic!*) para que pueda asumir el aspecto de una metrópoli imperial. Pero ¿no es mejor que así sea? ¡Dios guarde a América y a su capital de perder demasiado pronto los adorables rasgos de la juventud!⁹¹

Sin embargo, más que por estos dispersos residuos polémicos, Frances Wright nos interesa por la precoz espontaneidad con que cree en la superior cultura de los Estados Unidos y en sus inevitables desarrollos. Al europeo que le decía: "Sí, sois ricos y prósperos, pero ¿dónde están vuestras ruinas, dónde vuestra poesía?", le replicó muy bien aquel americano que le mostró un soldado de la Revolución manejando cincinatescamente la azada: "He ahí nuestras ruinas", y un paisaje de pingües pastos, de rebaños, de alquerías y de granjas: "He ahí nuestra poesía".⁹² Las artes bellas vendrán luego. En el prefacio a su tragedia, Miss Wright, como si entreviera a O'Neill, anuncia que América resucitará un día el honor moribundo del drama ("will one day revive the sinking honour of the drama"). Pintores y arquitectos ya los hay, y de excelente calidad;⁹³ los escritores florecerán con la perduración de la paz.⁹⁴

No era tan optimista su infortunada amiga, secuz y víctima, Frances Trollope. Esta enérgica señora (madre del novelista Anthony), después de perder sus últimos ahorritos (1828-30) en el intento de montar en Cincinnati un bazar-ateneo, mezcla de círculo filológico, galería de arte, teatro, restaurante y almacén de modas,⁹⁵ se reafirmaba en su persuasión

⁸⁸ *Ibid.*, vol. I, p. 242.

⁸⁹ *Ibid.*, vol. I, p. 42.

⁹⁰ *Ibid.*, vol. I, p. 44.

⁹¹ *Ibid.*, vol. II, pp. 311-312, 323. Ecos bastante nítidos de un anti-urbanismo a lo Rousseau y a lo Jefferson.

⁹² *Ibid.*, vol. I, pp. 239-240.

⁹³ *Ibid.*, vol. I, p. 112. Su gusto neoclásico se revela en la aversión por el "gótico" y en la admiración por Canova (vol. I, pp. 176-177; vol. II, pp. 270-323).

⁹⁴ *Ibid.*, vol. II, pp. 59-84.

⁹⁵ Harían falta mayores particulares sobre esta extraña y extraordinaria iniciativa, sobre este violento intento de injertar "civilización" en la "frontera"; véase, sin embargo, Pope-Hennessy, *Three women, op. cit.*, pp. 82-87; M. Sadleir, *Trollope, op. cit.*, pp. 78-80; Eileen Bigland, *The indomitable Mrs. Trollope*, London, 1953, p. 96, y sobre todo Donald Smalley, en la importante introducción a su edición del libro de la Trollope, New York, 1949, pp. xl-li. El edificio era calificado por Miss Martineau de "the great deformity of the city" y se erigió, según ella, en un estilo gótico-greco-turco-egipcio (*Retrospect, op. cit.*, vol. II, p. 249); pero Hamilton, *op. cit.*, vol. II, p. 169, lo define como "greco-morisco-gótico-chino"; un amigo de Mrs. Trollope, Timothy Flint, lo llama "a queer, unique, crescented Turkish Babel", que no se puede ver sin soltar la carcajada (Smalley, *loc. cit.*, p. xlv); Marryat lo ve "composed of many varieties of architecture; but I think the order under which it must be classed is the preposterous" (*Diary, op. cit.*, vol. I, p. 168); finalmente, un moderno historiador del arte lo clasifica como "gótico-clásico-morisco-veneciano" (O. W. Larkin, *Art and life in America*, New York, 1949, p. 148). No tardó en ser bautizado "Trollope's folly" (Smalley, *loc. cit.*, pp. xlii y 69 nota) título con que luego se le siguió conociendo, y pasó por distintas manos, sin que jamás llegara nadie a ganar con él ni un céntimo. Marryat, *op. cit.*, vol. I, p. 169, que critica también las perspectivas comerciales de la quimérica empresa, refiere que el edificio es "now [ca. 1838] used as a dancing academy, and occasionally as an assembly room". En el curso de los años sirvió luego

de que los americanos y las americanas eran unos ignorantes palurdos, y escribía su informe sobre las "costumbres domésticas de los americanos" (*Domestic manners of the Americans*, 1832). Al título vagamente zoológico⁹⁶ corresponde la ironía del contenido. En conjunto, el país es hermoso, el aire límpido y el clima bueno, los astros brillantísimos y la vida animal y vegetal de una exuberante riqueza, pero la gente, salvo una pequeña minoría de "patricios" —"a small patrician band"—, la gente en general, ricos y pobres, en el Norte y en el Sur, sencillamente no se puede soportar. "No me agradan. No me gustan sus principios. No me gustan sus modales. No me gustan sus opiniones."⁹⁷ Y eso que Cincinnati, que debía convertirse luego en un importante centro tipográfico y editorial, era ya entonces una de las ciudades más cultas y progresistas del West y, en particular, una de aquellas en que más atención se prestaba a la educación superior de las niñas.⁹⁸

Desde el momento de su desembarco en Nueva Orleans (1827), la señora Trollope había tenido una impresión negativa, y al remontar (1828) la corriente del fangoso Mississippi, los pantanos, las miserables barracas de las márgenes, las fiebres, los cocodrilos (de los cuales cuenta historias que hacen erizarse los pelos) y el aspecto "indeciblemente siniestro" del río se sumaban a la chocante promiscuidad de la vida a bor-

como mesón, iglesia presbiteriana y hospital militar. El hijo de Mrs. Frances, Anthony Trollope, lo encontró (1861) ocupado por un "Physico-medical Institute" dirigido por un charlatán y por un consejo de médicas sufragistas (*North America*, Leipzig, 1862, vol. II, p. 239; *An autobiography*, Oxford, 1924, p. 7). Más tarde fue todavía sede de la Ohio Mechanics Society y de una "popular bawdyhouse", hasta que fue demolido, en 1881 (*Time*, August 20, 1945, p. 54).

⁹⁶ Pero tal vez inspirado en el del libro (filoamericano) de su amiga Frances Wright, *Views of society and manners in America during the years 1818-19-20*, London, 1821 (sobre el cual véase *supra*, pp. 435-437). Por lo demás, cuarenta años antes Bayard se había propuesto precisamente "peindre les mœurs des Américains et leurs habitudes domestiques" (*Voyage*, *op. cit.*, p. xiii).

⁹⁷ *Domestic manners of the Americans*, xxxiv (*Conclusions*), p. 404 de la ed. cit. de Smalley: "I do not like them. I do not like their principles. I do not like their manners. I do not like their opinions." Sobre sus prejuicios burgueses, moralistas, emobistas y nacionalistas, véase la biografía de Eileen Bigland, *op. cit.*, pp. 57, 83, 196 (la cual, sin embargo, la trata con simpatía). Por otra parte, tampoco le falta una punta de antisemitismo (*Domestic manners*, xii, ed. cit., p. 123), copiosamente desarrollada y teorizada en *Vienna and the Austrians*, London, 1837, vol. I, pp. 373-374; vol. II, pp. 5-7, 220-227. Es también curioso que esta "moralista" reproduzca, sin necesidad, un verso de la obscena *Guerre des dieux* de Parny (*Domestic manners*, xxvi, ed. cit., p. 274; cf. E. Parny, *Oeuvres complètes*, Bruxelles, 1824, vol. I, p. 34). Pero el libro nacido de sus desventuras económicas señaló el principio de su larga fortuna literaria. Entre sus tres docenas de novelas, todas ellas *three-deckers*, hay algunas que, por lo menos en tal o cual escena, se inspiran en su experiencia americana: a) *The refugee in America* (1832), "an artificial and stilted account of an English family in America, with much exaggerated sensibility and a priggish heroine" (Sadleir, *op. cit.*, p. 89; de esta misma heroína el norteamericano Smalley, *loc. cit.*, p. lxiv, dice que es "an American, an unspoiled, adaptable maiden", etc.); b) *The life and adventures of Jonathan Jefferson Whittlaw: or Scenes on the Mississippi* (1836: reimpresión en 1857 con el título *Lynch Law*), que se inicia con una medrosa descripción del enorme, tristísimo río, y pinta a Nueva Orleans como la metrópoli horrenda del Esclavismo y de la Fiebre: ed. Paris, 1836, pp. 1-2, 180-181; cf. Smalley, *loc. cit.*, pp. lxxviii-lxxviii; c) *The Barnabys in America* (1843; cf. Smalley, *loc. cit.*, p. lxxi); d) *The Old World and the New* (1849: cf. Smalley, *loc. cit.*, pp. lxxii-lxxiii), etc.: véase M. Sadleir, *op. cit.*, pp. 96, 102-103, 403-405.

⁹⁸ Véase L. B. Wright, *Culture on the moving frontier*, Bloomington, 1955, pp. 92-95, 104.

do, en un cuadro físico-moral decididamente repelente. Y luego, cuando la malaria la ataca y la postra, su horror llega al máximo ante la idea de que ella y los tres hijos pequeños que la acompañaban puedan verse condenados a terminar su existencia "en esa odiosa tierra que respiraba fiebre y muerte".⁹⁹

Así, pues, no le hacía falta sino un pequeñísimo estímulo ocasional para dar público desahogo a sus sentimientos, y este estímulo se lo suministraron los *Travels in North America in the years 1827 and 1828* del capitán Basil Hall, una relación tan fuertemente satírica —no obstante que el autor viajó con todo *comfort* y fue recibido por la mejor sociedad—, que provocó una violenta y duradera reacción de la prensa y de la opinión norteamericana.

Hall declara que, no obstante su mejor voluntad y la ayuda prestada espontáneamente por sus amigos norteamericanos, no ha podido descubrir en los Estados Unidos huella alguna de aquella superior inteligencia tan cacareada por sus escritores; y repite que se trata de un país viejo, por más que se crea joven, hijo de una Europa de la cual reniega. Peor aún, se trata de un país devastado en época remota por un diluvio glacial que bajó desde el Norte como un torrente y que lo arruinó y destruyó todo en su camino, arrancando de cuajo los bosques y dejando peladas las rocas, diseminando por todas partes informes peñascos y charcos de lagos en los surcos abiertos con ciega violencia, y formando por último con detritos y escombros, al llegar al mar, ese dique natural que es Long Island. . .

Aunque Hall se declara segurísimo de este cataclismo "depauwiano", su honradez basta para hacerle confesar su desilusión cuando no acierta a descubrir huella alguna de él en los montes Alleghanies, cubiertos, desgraciadamente, de tupidísimos bosques. No hay trazas del cataclismo, es verdad, pero debe haberlas: el buen inglés confía en que algún miembro de una de las muchas sociedades filosóficas que pululan en América se encargará de hacer puntuales indagaciones sobre el asunto.¹⁰⁰ No consta que ningún norteamericano haya recogido la ambigua invitación de un crítico tan mal dispuesto y, por lo demás, universalmente vituperado.

Todavía resonaban los acentos de indignación contra el indiscreto capitán jubilado, cuando Mrs. Trollope abandonó los Estados Unidos (julio de 1831). Tras de redactar el libro sobre la guía de sus diarios —completados por una larga gira a través de los estados de la costa atlántica—, la señora se apresuró a someter el manuscrito al capitán Hall, quien, entusiasmado por el inesperado refuerzo que recibía su tesis, combatida hasta en Inglaterra por críticos liberales, no tardó en conseguir su publicación.¹⁰¹

⁹⁹ "... in this hateful land that breathed fever and death". Véase Bigland, *op. cit.*, pp. 48, 56, 110-111. Pocos años después, Marryat describía con análogos acentos de horror el Mississippi, pútrida corriente de fango y de zarzas, fétida cloaca del continente (*Diary*, *op. cit.*, vol. I, p. 166; vol. II, pp. 91-92). Pero la historia de los cocodrilos, según Mark Twain, no fue otra cosa que una ingeniosa ocurrencia de un burión que se propuso tomarle el pelo a la Trollope (Smalley, *loc. cit.*, pp. 21-22 nota).

¹⁰⁰ *Op. cit.*, vol. I, pp. 198, 241, 265-268.

¹⁰¹ Bigland, *op. cit.*, pp. 118-119, 129, 133-134; versiones ligeramente distintas en Sadleir, *op. cit.*, pp. 86, 88-89, y en Smalley, *loc. cit.*, pp. lvii-lxi; cf. también B. Fabian, *op. cit.*, p. 9, nota 14. Hall, *tory* como la Trollope, es citado a menudo con muchos

Para los fines de nuestra crónica, interesa sobre todo su adhesión a ciertas características tesis biológicas, y en general al concepto de América como "cantidad y no calidad", o, mejor, cantidad de malas y pésimas cualidades. Los fenómenos naturales son allí grandiosos (como se ha recordado ya), pero, por ejemplo, a la abundancia de los productos comestibles no corresponde la bondad del más delicado de los alimentos, la fruta. En todo el mercado de Cincinnati no hay un solo durazno, ni un albaricoque, ni una pruna; las fresas son mezquinas; las frambuesas, todavía peores; las grosellas, incomibles; las uvas, ácidas; las manzanas, indignas de aparecer en una mesa inglesa; las peras, las cerezas, las ciruelas, detestables. Otro tanto hay que decir de las flores. ¿Vicio del suelo o defecto de quienes lo cultivan? ¡Vaya usted a averiguarlo! El hecho es que un señor, que parecía entender el asunto, le ha asegurado que en todo el estado de Ohio no hay ni flores ni frutas indígenas.¹⁰²

Pasemos a los hombres. Los indígenas son tal vez de origen egipcio,¹⁰³ —pero de éstos ha visto pocos. Los colonos de Kentucky son una raza espléndida, grandes y fuertes, pero de atroces costumbres, ladrones, amigos del trago y de proferir horribles palabrotas.¹⁰⁴ Por otra parte, si los americanos tienen, sin excepción, labios tan delgados y apretados, no se trata de un rasgo congénito de su fisonomía: se debe a la nauseabunda costumbre de mascar tabaco y escupir luego con fuerza el fétido jugo.¹⁰⁵ A las mujeres, también hermosísimas a menudo, les falta toda gracia: serán incluso las más espléndidas del mundo, pero ciertamente son las menos atractivas, y envejecen con ruinosa precocidad.¹⁰⁶

Después de dos años de vivir en Cincinnati —que, no hay que olvidarlo, a pesar de su "cultura" tenía todavía una sociedad mucho más caótica y en estado mayor de fermentación que las ciudades de la costa atlántica¹⁰⁷—, Mrs. Trollope queda encantada del aspecto de Washington y de Nueva York: rechaza las críticas hechas a la capital por no estar

elogios en las *Domestic manners*, y hubo quien lo creyera el verdadero autor de esta obra (Sadleir, *op. cit.*, p. 86; Smalley, *loc. cit.*, pp. 359-360 nota). En realidad, más que de tory, Hall toma actitudes de reaccionario y nacionalista: defiende largamente (*op. cit.*, vol. II, pp. 87-102) los castigos corporales y encomia la cerrada disciplina de la Iglesia británica (*ibid.*, vol. I, pp. 211-212); y, después de visitar las famosas manufacturas de Lowell, se complace de que no puedan competir con Manchester o Preston (*ibid.*, vol. I, p. 219).

¹⁰² *Domestic manners*, VII; ed. cit., p. 61.

¹⁰³ *Ibid.*, XXV; ed. cit., p. 272.

¹⁰⁴ *Ibid.*, III; ed. cit., pp. 17-18.

¹⁰⁵ *Ibid.*, XX; ed. cit., p. 234. Unas veinte veces —y nos quedamos cortos—, la Trollope denuncia el vicio norteamericano de escupir en todas partes, hasta en el teatro y en los salones del Parlamento (véase el índice de la ed. cit., donde por cierto faltan cuando menos otros tres lugares: pp. lvi, 260 nota y 330 nota).

¹⁰⁶ *Ibid.*, XII y XXV; ed. cit., pp. 117-118, 267; cf. Bremer, *op. cit.*, vol. I, p. 39; vol. II, pp. 331-332; vol. III, p. 253, etc.; Turner, *A history of courting*, *op. cit.*, pp. 188-189. Sobre la precoz senilidad imputada a las mujeres americanas, véanse ejemplos en Martin, *op. cit.*, p. 201.

¹⁰⁷ "C'est là —notaba un agudísimo observador contemporáneo— qu'il faut venir pour avoir une idée de cet état social si différent du nôtre; à Boston, à New York, à Philadelphie, dans toutes les grandes villes du littoral, il y a déjà une classe qui veut jouir de la fortune et non la faire. Dans l'Ohio... on ne sait point ce que c'est encore que des classes supérieures, le pêle-mêle est complet. La société tout entière est une manufacture!" (Tocqueville, *Voyage*, 1831, ed. cit., pp. 281-282; y cf. *ibid.*, pp. 284-285, 324). Esto era precisamente lo que desconcertaba y escandalizaba a Mrs. Frances Trollope.

aún terminada y prevé, atrevidamente, que Nueva York, algún día, se extenderá hasta cubrir toda la isla de Manhattan...¹⁰⁸

Pero la antipatía hacia las instituciones norteamericanas prevalece, y encuentra un fácil desahogo en la antítesis, varias veces explotada, entre las máximas de libertad y la existencia de la esclavitud —¡estos americanos, que con una mano agitan el gorro frigio y con la otra azotan a los pobres negros!¹⁰⁹—, hasta que la antítesis misma se extingue y a la vez se exaspera en el juicio trollopiano de que la esclavitud de los negros es, después de todo, menos deletérea para las costumbres que el igualitarismo de los blancos. Descendiendo a un caso particular, pero conspicuo, no menos estridente es la antítesis entre el "sofisma" del democrático Jefferson, según el cual "los hombres nacen libres e iguales" (sofisma que, como es sabido, se encuentra en la base de la Declaración de Independencia), y la vida disoluta, irreligiosa, tiránica del propio Jefferson. La señora Trollope renuncia a "criticar sus escritos", pero no pierde ocasión de vituperar sus principios y su carácter.¹¹⁰ En los Estados Unidos la libertad es hipocresía, la democracia, mentira; y, por lógico nexa, Thomas Jefferson, el apologeta de la tierra de América y uno de los Padres Fundadores, es el último de los bellacos.

Así, pues, no tiene nada de raro que en este punto la buena señora cite con entusiasta adhesión y aun transcriba treinta versos bien contados de aquella epístola al vizconde Forbes en la que Thomas Moore había resumido sus vituperios contra la república norteamericana y, en nota,

¹⁰⁸ *Domestic manners*, XIX y XXX; ed. cit., pp. 207, 267.

¹⁰⁹ *Ibid.*, XX; ed. cit., p. 222 (cf. *ibid.*, II y XXII; ed. cit., pp. 8-9, 14-15, 247, y el prefacio a la 5ª edición, *ibid.*, pp. 442-443). El mismo contraste, prueba flagrante de la hipocresía democrática, puede verse en Fanny Kemble (Pope-Hennessy, *Three English women*, *op. cit.*, p. 191; cf. *ibid.*, p. 296), en Hamilton, *op. cit.*, vol. II, pp. 142-143, en Kürnberger, *op. cit.*, p. 392, y en muchísimos otros lugares (véase G. D. Lillibridge, *Beacon of freedom: The impact of American democracy upon Great Britain, 1830-1870*, Philadelphia, 1955, pp. 111-113). Pero cf. ya el desprecio de Humboldt por esos colonos (venezolanos) que "con su Raynal en la mano maltratan a los esclavos" y, mientras "hablan con entusiasmo de la causa de la libertad", venden "los niños de los negros cuando tienen apenas pocos meses de vida": carta de Cumaná, 17 de octubre de 1800, en *Lettres américaines (1798-1807)*, Paris, s. f. [1904], p. 87, y en Bruhns, *op. cit.*, vol. I, p. 333.

¹¹⁰ *Domestic manners*, VII, XXII, XXIV, XXIX; ed. cit., pp. 71-73, 244, 263-264, 316-317 (¡aquí critica justamente los escritos!); *Life and adventures of J. J. Whitlaw*, *op. cit.*, p. 208; Bigland, *op. cit.*, p. 89. Cf. Perrin du Lac, *supra*, p. 313, Hamilton, *infra*, p. 447, y Marryat, *Diary*, *op. cit.*, vol. I, pp. 251-252; vol. II, p. 311. Sobre el probable origen británico (ca. 1800-02) de las más soeces acusaciones contra Jefferson, adoptadas con gusto por los enemigos del partido demócrata y del presidente Jackson, véase Smalley, *loc. cit.*, p. 72 nota (el texto del injurioso artículo del inglés James Thomson Callender se reproduce en el *Jefferson reader*, ed. F. C. Rosenberg, New York, 1953, pp. 109-111). Sobre los violentos ataques de los mojigatos, recelosos de las ideas científicas y antiescriturísticas de Jefferson, véase Martin, *op. cit.*, pp. 236-240; y cf. Frederika Bremer, *op. cit.*, vol. I, pp. 331-333; vol. III, p. 312. Todavía en 1857, esas insinuaciones —"calomniez, calomniez; il en restera toujours quelque chose"— influían siniestramente en un severo crítico de la Constitución norteamericana, como Macaulay (véase *What did Macaulay say about America? Text of four letters to Henry S. Randall*, ed. by H. M. Lydenberg, New York, 1935, pp. 15, 25, 27), y en el teórico de las razas puras, Gobineau —adverso, en consecuencia, tanto a los indígenas, mezcolanza de estirpes (*Essai sur l'inégalité des races humaines*, 4ª ed., Paris, s. f., vol. II, pp. 494, 505), como a los norteamericanos, conglomerado de emigrantes heterogéneos (*ibid.*, vol. II, pp. 535-536, 538)—, quien recuerda asimismo a los bastardos negros de Jefferson (*ibid.*, vol. II, p. 532).

contra su presidente de entonces, Thomas Jefferson.¹¹¹ Ciertamente se afana Mrs. Trollope en decir que no quiere espetar juicios sobre la estructura política del país; que ella es simplemente una mujer que quiere decirnos sus impresiones sobre la vida social; y que América será grande también en las artes, cuando se inspire en sí misma y deje de imitar a Europa.¹¹² Sin embargo, su acritud, su coherencia en la acritud, la estrechez de sus horizontes mentales y, como fruto de todo ello, la espontánea agudeza y acidez de sus intolerancias, inspiran esa sonriente ferocidad, esa imperturbable *suffisance*, esa británica *self-assurance* que, en efecto, fueron tan del gusto de sus compatriotas.

El éxito del libro fue en realidad inmediato y grandioso. Unas diez reimpressiones se agotaron en un año, e inmediatamente el volumen apareció en traducciones al francés (1833), al holandés (1833), al español (1834) y al alemán (1835). Y si en Norteamérica suscitaba un legítimo escándalo,¹¹³ en Europa le abría a esta escritora novel de cincuenta y cinco años los salones más intelectuales de París y de Viena, obtenía para ella la benévola consideración de todos los conservadores, incluyendo a hombres de la talla de Metternich y de Chateaubriand,¹¹⁴ era leído por

¹¹¹ *Domestic manners*, xxii; ed. cit., pp. 244-245; véase *supra*, p. 309. (En la epístola siguiente es donde Moore dice que Buffon y De Pauw son mucho más verídicos que Jefferson.)

¹¹² *Ibid.*, v y xx; ed. cit., pp. 43, 219-220 (y la hermosa profecía de las pp. 430-431); pero la lectura de las autóctonas novelas "americanas" de Cooper le provoca pesadillas atroces y horribles visiones, para librarse de las cuales sigue esta cura: a) una onza de calomel; b) novelas de delincuentes civilizados y sentimentales (Bulwer Lytton); c) novelas caballerescas (Walter Scott).

¹¹³ Sobre la reacción en los Estados Unidos, y sobre el uso del grito "Trollope!" para llamar al orden en los teatros a los espectadores mal educados, véanse los ejemplos recogidos por Smalley, *loc. cit.*, p. 134 nota, y G. P. Putnam, "Culture in America" (1845), en B. Rascoe, *An American reader, op. cit.*, pp. 293-294. Ya en 1835, Richard Cobden usaba el verbo "trollopizar" en el sentido de 'decir mal de los americanos', y "legs à la Trollope" quería decir piernas apoyadas groseramente sobre la mesa (W. S. Tryon, *A mirror for Americans, op. cit.*, p. 306; Nueva Orleans). Viceversa, un *reporter* de Nueva York visitaba la ciudad de Cincinnati inmediatamente después de la publicación del libro, y, tras ponderar la cultura y el refinamiento de sus habitantes, agregaba que "the picture of life and manners here by an exceedingly clever English caricaturist has about as much vrai-semblance as if the beaux and belles of Kamtschatka had sat for the portraits" (Ch. F. Hoffman, *A winter in the West*, New York, 1835, reproducido en Tryon, *A mirror for Americans, op. cit.*, p. 553). Véase también Fr. Trollope, *Vienna and the Austrians, op. cit.*, vol. II, p. 407 ("if I show myself in the Western World, I shall be promptly executed by Lynch Law"); Frederika Bremer, a quien se negó el embarco en un velero norteamericano porque se sospechaba que, en cuanto escritora europea, escribiría malignidades por el estilo de las de la Trollope o de Dickens (*op. cit.*, vol. I, pp. 266-267); Marryat, *op. cit.*, vol. I, pp. 169-170. Y cf. asimismo A. Trollope, *Autobiography*, ed. cit., pp. 21-27; Sadleir, *op. cit.*, pp. 101-103, 225; Pope-Hennessy, *Three English women, op. cit.*, p. 163; Bigland, *op. cit.*, p. 142; Smalley, *loc. cit.*, pp. viii-x; y Frederick William Shelton, *The Trollopeiad, or, Travelling gentlemen in America: A satire by Nil Admirari*, New York, 1837. Todavía en 1883 Mark Twain suprimía de su *Life on Mississippi* todos los pasajes que había puesto en defensa de la honradez, del candor y de la exactitud de "Dame Trollope" (Smalley, *loc. cit.*, p. v; cf. *ibid.*, p. xii).

¹¹⁴ Quien la cita como "Mrs. Trollope" en los *Mémoires d'Outre-Tombe*, ed. cit., vol. I, p. 345 (Beaumont la llamará "Trollope"). En su libro sobre Viena y los austríacos, América está prácticamente olvidada (alusiones ocasionales: *op. cit.*, vol. I, p. 171; vol. II, pp. 28-31, 140, 254). La sociedad de Viena es comparada solamente con la de otras grandes ciudades europeas, como Londres y París. La Trollope parece casi avergonzarse de haber pertenecido a la *société* de un lugar como Cincinnati. Al

el zar Nicolás I y por la emperatriz de todas las Rusias¹¹⁵ y llegaba a influir sobre escritores como Tocqueville y Stendhal.¹¹⁶

Algún eco de su libro se encuentra igualmente —y no podía ser menos— en los tres volúmenes que su hijo Anthony escribió acerca de los Estados Unidos después de visitarlos en los comienzos de la guerra de Secesión. Su objetivo, meditado durante muchos años, era corregir y al mis-

mismo tiempo, se acentúan sus tendencias reaccionarias, que la llevan hasta una curiosa apología de la amenidad del Spielberg, una prisión, sí, pero cuyos inquilinos están bien *soignés* y bien alimentados, gozan de aire y de ejercicio físico, etc. (*op. cit.*, vol. II, p. 202; *Le nie prigioni* de Silvio Pellico habían aparecido en 1832).

¹¹⁵ Fr. Bremer, *op. cit.*, vol. I, pp. 261-262.

¹¹⁶ Pero no sobre Michel Chevalier, quien señala agudamente en su británico aristocratismo las raíces de su malhumor (*Lettres, op. cit.*, vol. I, pp. 313, 315; vol. II, p. 17). Sobre la impresión que el libro de Mrs. Trollope produjo en Stendhal, incapaz de sufrir el materialismo americano, pero más intolerante todavía del *cant* británico —del cual encuentra un ejemplo sobresaliente en esta señora de nombre peligroso, y quizá por ello tanto más puritana (Mrs. Trollope = Madame la Traînée)—, véanse las notas marginales publicadas por René-Louis Doyon con el título "Stendhal: Notes sur l'Angleterre et l'Amérique", en *Table-Ronde*, núm. 72 (Décembre 1953), pp. 9-28. El libro de la Trollope, en la traducción francesa (París, 1833), fue anotado por Stendhal del 6 al 9 de septiembre de 1834 (y ya el 10 de septiembre, Stendhal rogaba a su amigo Colomb que le comprara el otro libro de la inglesa sobre las "Belgium manners": *Correspondance*, ed. Divan, vol. VIII, p. 348). Cuatro años antes, Stendhal había reseñado los *Travels in North America* del capitán Hall, juzgando a su autor como un reaccionario de ingenio, y a América como un país donde la gente se aburre mortalmente (*Mélanges de littérature*, ed. Divan, vol. III, pp. 315-328). En las notas a la Trollope, tres veces repite Stendhal la proporción "americanos : ingleses = ingleses : franceses" (pp. 18, 19, 24), con lo cual quería decir que los americanos tenían que parecerle a una vieja inglesa, a una apergamada moralista, tan privados de gracia y de espontaneidad como los ingleses mismos les parecían a los franceses. La fórmula matemática de Stendhal —que, por lo demás, Mrs. Trollope hubiera podido aceptar (cf. *Domestic manners*, xxviii; ed. cit., p. 305), y que Stendhal había establecido ya en la citada reseña del libro de Hall: "la gravité des Américains... choque les Anglais, comme la gravité des Anglais nous choque" (*loc. cit.*, p. 322)— correspondía exactamente al simultáneo juicio de Tocqueville (1840), tal vez inspirado también en el libro de la Trollope: "Les Anglais se sont fort égayés aux dépenses des manières américaines; et, ce qu'il y a de particulier, c'est que la plupart de ceux qui nous en ont fait un si plaisant tableau appartenaient aux classes moyennes d'Angleterre, auxquelles ce même tableau est fort applicable. De telle sorte que ces impitoyables détracteurs présentent d'ordinaire l'exemple de ce qu'ils blâment aux États Unis: ils ne s'aperçoivent pas qu'ils se raillent eux-mêmes", etc.: *De la démocratie en Amérique*, ed. cit., vol. II, p. 226, —otra observación que la Trollope hubiera suscrito: véase su nota (de 1839) en *Domestic manners*, ed. cit., p. 257 nota. El juicio de Tocqueville estaba ya implícito en un apunte de 1832: "l'Amérique présente l'image la plus parfaite en bien et en mal du caractère spécial de la race anglaise. L'Américain est l'Anglais livré à lui-même" (*Voyages en Sicile et aux États-Unis*, ed. cit., p. 203).

Pero Stendhal admite que Frances Trollope es una aguda observadora, y la vez que intenta "despacharla" con un solo *bon mot* —"un sot ultra avec de l'esprit" (p. 11; véase, *supra*, su análogo juicio sobre Hall)—, el epigrama le resulta ambiguo. Por otra parte, cuando la Trollope reproduce (*Domestic manners*, xxviii; ed. cit., p. 310) la sentencia de Talleyrand, "les Américains sont de fiers cochons et des cochons fiers", él anota sin más: *Bien*. Huellas de esta lectura suya (irritación por la demagogia y la vulgaridad americanas, por la fiebre del dólar, la falta de *esprit*, etc.) se encuentran (Doyon, art. cit., pp. 10, 27-28) en *Lucien Leuwen* (1833-36; ed. Divan, vol. I, pp. 3, 22, 58, 101-102, 113-119, 175; vol. II, p. 255; vol. III, p. 369, con cita de Talleyrand y Tocqueville y con mención de Cincinnati y del "aburrido" presidente Washington) y en los *Mémoires d'un touriste* (1838), ed. Y. Gandon, París, 1927, vol. I, pp. 3-4, 34-35; vol. II, p. 49; como también en los *Mélanges de littérature* (1836; ed. Divan, vol. III, pp. 441-442), en *La Chartreuse de Parme* (1839; ed. cit., vol. I, p. 212; vol. II, p. 355) y en las *Chroniques italiennes* (1833-39; ed. cit., vol. I, p. 3). Pero véanse ya,

mo tiempo completar el cuadro dejado por su madre.¹¹⁷ Casi todo lo que ésta ha dicho es verdadero, y valía la pena que se dijera. Pero era una mujer, se interesaba sólo por la vida social y doméstica, y (dice también él) no se ocupó de las instituciones políticas ni de sus consecuencias: él, en cambio, Anthony Trollope, es un hombre, e intentará hacerlo, aunque conoce sus limitaciones: haría falta un Tocqueville.¹¹⁸

A decir verdad, un Tocqueville ya lo había habido, y no hacía falta otro. Por lo menos, Trollope, que quiere escribir un libro ligero y divertir al gran público, no dice nada que pueda sustituirse a la *Démocratie en Amérique*. Sin embargo, paradójicamente, el resultado de sus indagaciones —turbado, además, por sus prejuicios acerca de la esclavitud y la secesión, y por el *animus* antibritánico de los estados del Norte, los únicos que llegó a visitar— viene a confirmar, en sus grandes líneas, el diagnóstico de su madre. Parece casi hacerse un eco de sus palabras¹¹⁹ cuando escribe: “No me agradan los americanos de las clases más bajas”, aunque luego añade: “pero los respeto”;¹²⁰ o bien: “No me gusta el Oeste... No tengo cariño por los habitantes del Oeste. Son secos, sucios

sobre el interés exclusivo de los norteamericanos por el dinero y sus juicios blasfematorios acerca de las artes, *Marginalia* (1814), ed. Divan, vol. I, p. 332; *Journal*, 1817, ed. Divan, vol. V, p. 303; *Du romantisme dans les beaux arts* (1819), en *Racine et Shakespeare*, ed. Divan, pp. 269-270; *De l'amour*, chap. I (ed. Lyon, 1922, vol. II, p. 50) y *Promenades dans Rome* (1828), ed. Divan, vol. III, pp. 278-281. Sobre la incapacidad de reír de la triste América puritana, todo el capítulo I de *De l'amour* (1822), y *Vie de Rossini* (1824), ed. cit., vol. I, p. 286; vol. II, pp. 20-21 (y cf. *ibid.*, vol. II, pp. 286-287); sobre la tiránica estupidez de la opinión pública en los Estados Unidos, *Le Rouge et le Noir* (1830), en el primer capítulo y en la nota de la última página (ed. Divan, vol. I, p. 9; vol. II, p. 499).

En los *Souvenirs d'égotisme* (1832), v, ed. Divan, p. 48, y varias veces en las novelas, se menciona a América como meta de evasión; y repetidamente Stendhal profetiza que los Estados Unidos, hacia 1900, serán la primera potencia del mundo; e insinúa que las repúblicas de la América del Sur restituirán la libertad a Europa (*Le Rouge et le Noir*, 1830; ed. cit., vol. II, pp. 112-113). Sobre los pieles rojas, sigue a Volney, citado con mucha frecuencia, y recordado, entre otras cosas, precisamente por la página en que rechaza las idealizaciones de Rousseau y las denigraciones de De Pauw (*Journal*, 1813, ed. cit., vol. V, p. 168; cf. *supra*, p. 310, nota 51; véase también *Histoire de la peinture en Italie*, 1817, ed. Divan, vol. II, pp. 11, 133-134 nota), donde se dice que los griegos no se encuentran hoy en las bibliotecas, sino entre los salvajes americanos sobre las márgenes del Wabash: el clima es “moins heureux”, pero allí están hoy los Aquiles y los Hércules. La descripción del salvaje en Volney —dice Stendhal— lo ha curado definitivamente de toda exaltada admiración por las virtudes militares, porque el valor de los salvajes es “le même que celui des Grecs d'Homère” (*Molière, Shakespeare, la comédie et le rire*, 1803-23, ed. Divan, p. 276).

¹¹⁷ Mrs. Trollope vivía aún, en Florencia, pero su razón se había apagado ya casi por completo. Cuando se le dijo que su hijo Anthony había emprendido un viaje a América: “Anthony! —exclamó—, who is Anthony and where, pray, is America?” (*Bigland*, *op. cit.*, p. 212). El estallido de la guerra civil hacía más difícil la investigación, pero era “an occasion on which a book might be popular” (*Autobiography*, ed. cit., p. 147), —ocasión que Trollope, siempre tan atento a las ganancias que le reportaban sus libros, no quería ciertamente dejar escapar. Sobre sus fuentes, véase la introducción de D. Smalley y B. A. Booth a su edición de *North America*, New York, 1951.

¹¹⁸ *North America*, ed. cit., vol. I, pp. 2-3; *Autobiography*, ed. cit., pp. 22, 30, 147.

¹¹⁹ Véase *supra*, p. 438.

¹²⁰ *North America*, ed. cit., vol. II, p. 89: “I do not like the Americans of the lower orders, but I respect them.”

y aburridos.”¹²¹ Así, no obstante que se entusiasma ante la espectacular belleza del Green River o del alto Mississippi, al que encuentra enormemente superior al Rin,¹²² tiembla de horror entre las márgenes pestilenciales del medio Mississippi¹²³ y desgarrar con gusto feroz la imagen convencional que los ingleses se formaban de las grandes selvas vírgenes, como mágicos bosques de las Ardennes:

Pero estas selvas no están hechas según ese modelo; no ofrecen ninguna seducción para el amante, ningún solaz para el hombre melancólico y meditabundo. El suelo tiene una profunda capa de fango, o está inundado de agua. Entre la tierra y el río no hay márgenes definidas. Cada árbol, por más que ostente las formas de la vida, tiene toda la apariencia de la muerte. Hasta para una mirada superficial, todo parece cargado de calenturas, de fiebres, de repentinos escalofríos, de malaria pestilencial.¹²⁴

Finalmente, sobre los malos modales de los americanos y más aún de las americanas, Trollope es despiadado.¹²⁵ Los primeros escupen, se jactan continuamente de “our glorious institutions, sir”, pero tienen leyes absurdas sobre los derechos de autor y maltratan brutalmente a los trabajadores.¹²⁶ Un americano, haciéndose eco inconsciente de las estocadas polémicas de Clavigero, le echa en cara a Inglaterra; no tanto el yacer bajo el yugo de una “sanguinaria tirana”, cuanto el no poseer ningún vegetal comestible. “No vegetables in England!” La acusación, fundada en la falta de la calabaza (*squash*), provoca en Trollope una chistosísima indignación; y es delicioso ver cómo vuelca sobre el cuitado toda una carre-

¹²¹ Carta a Kate Field, desde Cairo (“the dirtiest place in the world”), en Sadleir, *op. cit.*, p. 233: “I do not like the West... I do not love Westerners. They are dry, dirty and unamusing”. La naturaleza quería hacer de él, Trollope, un americano, y hubiera sido un buen americano: “yet I hold it higher to be a bad Englishman, as I am, than a good American, —as I am not” (*ibid.*, p. 236).

¹²² *North America*, ed. cit., vol. I, pp. 214-215; vol. II, p. 307; su madre había juzgado al Hudson superior al Rin y al Danubio (*Domestic manners*, ed. cit., pp. 402-403).

¹²³ “Fever and ague universally prevail. Men and women grow up with their lantern faces like spectres. The children are prematurely old; and the earth which is so fruitful is hideous in its fertility” (*North America*, vol. II, p. 286).

¹²⁴ *Ibid.*, vol. II, p. 295: “but these forests are not after that fashion; they offer no allurements to the lover, no solace to the melancholy man of thought. The ground is deep with mud, or overflowed with water. The soil and the river have no defined margins. Each tree, though full of the forms of life, has all the appearance of death. Even to the outward eye they seem to be laden with ague, fever, sudden chills, and pestilential malaria”. Cf. Tocqueville contra Chateaubriand, *supra*, p. 323, nota 114.

¹²⁵ Advuértase, sin embargo, que en sus novelas los personajes americanos están vistos de ordinario con simpatía (cf. Willard Thorp, *Trollope's America*, New York, The Grolier Club); que en Boston encuentra una *galaxy* de grandes hombres (*op. cit.*, vol. III, p. 68), y que de vez en cuando tiene curiosos “arrepentimientos” (por ejemplo, vol. III, p. 256). El mismo, por lo demás, declara que su libro es “tedious and confused” y sin valor informativo (*Autobiography*, ed. cit., pp. 149, 151), un “attempt... altogether successful” (*apud* Sadleir, *op. cit.*, p. 235).

¹²⁶ *North America*, vol. I, pp. 190-191, 316-317. La ley sobre el *copyright*, o, mejor dicho, la situación de hecho por la falta de toda ley protectora, es injusta para los ingleses y nociva para los americanos: *ibid.*, vol. III, pp. 242-247. No obstante sus cautelas, Trollope se encontró defraudado (*cheated*), ¡hasta en sus derechos de autor sobre *North America!* (Smalley y Booth, introd. cit., pp. xxiv-xxv). Más tarde (1868) Trollope se ocupó por encargo del Foreign Office de negociar un acuerdo anglo-americano sobre el *copyright*; y, al hablar de este asunto en la *Autobiography* (ed. cit., pp. 280-288; cf. Sadleir, *op. cit.*, pp. 282-283), pronuncia un juicio severo, pero más equilibrado, sobre la inmoralidad pública y privada de los americanos.

ta de verduras y hortalizas surtidas, veinte y tantas variedades de "vegetables", —y eso sin contar las berzas, que se dan todo el año, ni las patatas!¹²⁷ Las listas de productos o de "aportaciones" de este o aquel hemisferio son una de las manifestaciones más ingenuas, pero también más tenaces, en la historia de la polémica: una tardía curiosidad para 1862, si no fueran todavía tan corrientes en nuestros días.

Si a los hombres les echa en cara su vanagloria y su grosería, aun reconociendo su energía y su valor militar, en las mujeres alaba Trollope la respetabilidad, la instrucción, la inteligencia, la alegre prontitud, pero a cada paso deplora su tosquedad y su arrogancia: en ningún lugar del mundo se ha topado con seres humanos que tengan modales tan odiosos.¹²⁸ Finalmente, sobre los rostros de todos, varones y mujeres, ve las señales de una enfermedad constitucional, de una languidez morbosa y de una precoz senilidad: calamidades que se deben, según él, no al clima, sino a los caloríferos. "El aire caliente es el gran destructor de la belleza americana".¹²⁹ Lo cual, tomado a la letra (*hot-air* "aire caliente", pero también "charla excitada o jactanciosa"), es ciertísimo aún hoy, —y no sólo de las americanas...

9. OTRO CRÍTICO DE DERECHA: THOMAS HAMILTON

Muy parecido al de Mrs. Trollope, no sólo por su título, sino también por su espíritu conservador y cándidamente insular, es el larguísimo libro del capitán jubilado Thomas Hamilton, *Men and manners in America*, dos volúmenes de casi ochocientas páginas, publicados en 1833. Hamilton ha conocido personalmente (en Nueva York y en las cascadas del Niágara) y admira a la Trollope en cuanto ser humano y en cuanto escritora; ha leído el libro del capitán Basil Hall y los cantos de Thomas Moore.¹³⁰ El relato de su rápida pero extensísima gira, que lo llevó hasta Nueva Or-

¹²⁷ *North America*, vol. I, pp. 232-233; cf. *supra*, p. 182. Pero hubiera podido recordar que su madre había alabado la abundancia de las legumbres en Cincinnati, exaltado las gruesas y jugosas moras (*blackberries*) americanas (*Domestic manners*, ed. cit., p. 426) y lamentado que en Inglaterra no se conociesen los exquisitos *lima beans* (*ibid.*, p. 61)...

¹²⁸ *North America*, vol. I, pp. 301-302: "their manners... are to me more odious than those of any other human beings that I ever met elsewhere". Cf. también *ibid.*, vol. I, pp. 37-38. Anthony Trollope exime de sus críticas a un pequeño grupo que pertenece "to the aristocracy of the land" (su madre había hecho excepción para una "small patrician band": *Domestic manners*, ed. cit., p. 404). Algunas alabanzas se leen en el vol. I, pp. 251-252. En el Oeste, también las jóvenes son "hard, dry, and melancholy". Enérgicas y a menudo hermosas, son verdaderos petulantísimos tiranos de quienes es imposible enamorarse (*ibid.*, vol. I, pp. 213-214; vol. II, pp. 282-283).

¹²⁹ *Ibid.*, vol. I, p. 298: "Hot-air is the great destroyer of American beauty"; cf. *ibid.*, vol. I, p. 322. Dondequiera es excesiva la calefacción: "to this cause, I am convinced, is to be attributed their thin faces, their hale skins, their unenergetic temperaments... unenergetic as regards physical motion—, and their early old age" (*ibid.*, vol. I, p. 210). Lo mismo había lamentado, algunos años antes, la nórdica Frederika Bremer (*op. cit.*, vol. II, p. 361).

¹³⁰ Th. Hamilton, *Men and manners in America*, Edinburgh, s. f. [1833], vol. I, pp. 24 (Moore) y 167 (Hall); vol. II, pp. 169 ss. y 189 (Trollope). La Trollope, años más tarde (1839), estuvo en un tris de ahogarse en el lago de Windermere por haber querido ir en un barco de vela con el "intrépido" capitán Hamilton (Bigland, *op. cit.*, p. 196).

leáns, Charleston y Quebec, lo ha escrito para quitar argumentos a aquellos miembros del Parlamento británico que ponderaban las instituciones norteamericanas como ejemplos que debían seguir los ingleses.¹³¹

No es difícil imaginar lo que puede esperarse de este anti-Tocqueville *avant la lettre*. Y, en particular, no nos sorprende su feroz retrato de Jefferson, escritor superficial, temperamento dogmático y prosaico, carácter moralmente repugnante, y, lo que es todavía peor, acérrimo enemigo de los ingleses.¹³²

Pero también Hamilton quiere remontarse de los efectos a las causas, y cimentar su condena de la democrática sociedad norteamericana sobre razones físicas inconcusas. Si los *yankees*, aun siendo tan inteligentes, son tan desagradables;¹³³ si las jóvenes americanas, a menudo hermosísimas, se marchitan con tanta rapidez, si a los veintidós años son "matronas" y a los treinta están en plena ruina;¹³⁴ si hasta las perdices y los gallos de monte son estoposos e insípidos,¹³⁵ la culpa no es, o por lo menos no es toda, de los principios republicanos. La tristeza general de la sociedad de la Nueva Inglaterra puede atribuirse en gran parte a la herencia espiritual de los antipatiquísimos Pilgrim Fathers, y sólo en pequeña parte al clima.¹³⁶

Pero, cuando llega a las conclusiones, es precisamente al clima a lo que achaca Hamilton la notoria miseria física de los norteamericanos. Los extremos brinco de la temperatura, más las exhalaciones de los pantanos, más las bebidas alcohólicas, más el tabaco, son los verdaderos responsables del aspecto enfermizo y esmirriado de *toda* la población de los Estados Unidos. Sólo en la Maremma toscana y en la Campagna romana se ven desdichados como éstos. La fiebre domina como señora en todas partes. Los habitantes se muestran demacrados y débiles (¡una vez más, a tres siglos de Las Casas, reaparece este calificativo ambivalente!): ningún campesino ha encontrado Hamilton que tenga esos músculos llenos y bien torneados que se ven por todas partes en Inglaterra... Y además, no obstante que resulta evidentemente ridículo querer comparar un clima tan desastroso con el de Inglaterra, eso es justamente lo que hacen los norteamericanos, todos los norteamericanos, que se sienten ofendidos y humillados si el extranjero no se queda boquiabierto ante cada aspecto de la naturaleza de su país, si no pondera hasta los huracanes como céfiros, y el tórrido sol como dispensador de una dulce tibieza.¹³⁷

El nacionalismo telúrico sorprende al inglés, que no sabe explicárselo y lo atribuye a una genérica e insaciable vanidad, propia, según él, del carácter norteamericano.

¹³¹ *Men and manners*, vol. I, pp. iv y 238.

¹³² *Ibid.*, vol. I, pp. 46, 315-318, 357-358; cf. *supra*, pp. 441-442.

¹³³ *Ibid.*, vol. I, p. 225, con expresiones semejantes a las de Mrs. Trollope, citadas *supra*, p. 438. Por lo demás, Hamilton ve con seguro sentido profético el gran porvenir industrial de los Estados Unidos: *ibid.*, vol. I, pp. 298-300.

¹³⁴ *Ibid.*, vol. I, p. 32, 270; vol. II, p. 15: "an aggregate of straight lines and corners altogether ungraceful and inharmonious". Cf. *supra*, p. 440, y Dingwall, *op. cit.*, pp. 41, 76 nota.

¹³⁵ *Ibid.*, vol. I, p. 21 nota.

¹³⁶ *Ibid.*, vol. I, pp. 257-258.

¹³⁷ *Ibid.*, vol. II, pp. 371-377. Sobre Hamilton, y en general sobre las críticas de los conservadores británicos, véase Lillibridge, *op. cit.*, pp. 10, 29, 38, y el citado libro de Fabian, *passim*.

10. CRÍTICOS DE IZQUIERDA: LA SEÑORITA MARTINEAU Y EL CAPITÁN MARRYAT

Por lo demás, también otra contemporánea de la señora Trollope, una joven actriz, la más tarde famosa Fanny Kemble, encontraba (*Journal*, 1835) enervante el clima norteamericano. Se había dirigido a los Estados Unidos en 1832 con suma repugnancia y casi con desesperación, aborreciendo por anticipado un país sin antiguas catedrales ni ruinas augustas, y también ella se enfurecía inmediatamente contra las costumbres primitivas e incivilizadas y el beber excesivo.¹³⁸ Sin haber leído el libro de la Trollope, le daba la razón al sólo escuchar los vituperios que los norteamericanos lanzaban contra ella. Desde luego, si esa señora o el capitán Hall o el mayor Hamilton pusieran el pie de nuevo en los Estados Unidos, serían apedreados. "Yo misma —añade con cierta intrépida coquetería— vivo esperando cada día el martirio."¹³⁹

Y sin embargo su libro, antes de publicarse, se había sometido a la censura de una ferviente americanófila, la entonces famosísima como estudiosa de economía y de cuestiones del trabajo, Harriet Martineau, quien la persuadía a suprimir hasta treinta páginas.¹⁴⁰ Pero también la pobre Miss Martineau, sorda y privada de los sentidos del gusto y del olfato, e inaccesible por lo tanto a muchos de los aspectos más ingratos de la vida norteamericana, después de pasar dos años en los Estados Unidos (de septiembre de 1834 a agosto de 1836), protestaba escandalizada contra el esclavismo (*Society in America*, 1837; *Retrospect of western travel*, 1838, etc.) y contra la insostenible vulgaridad, en una república, de una aristocracia de sólo dinero, "an aristocracy of mere wealth".¹⁴¹

Privada de filial ternura, y más aún de femenina indulgencia por la Europa de su tiempo, la agria Miss Harriet Martineau se abstenía de exhibirla como modelo para los norteamericanos. Sin hacer comparaciones entre los dos mundos, se limitaba a medir la distancia que había entre la realidad y los sublimes ideales de los Estados Unidos, y encontraba que no era pequeña: "La civilización y la moralidad de los americanos están muy por debajo de sus principios."¹⁴² No menos fuerte es la divergencia entre las posibilidades económicas y las condiciones actuales de la población. La celosa reformadora está llena de admiración por los inmensos recursos naturales de los Estados Unidos, y llena de escándalo

¹³⁸ Sobre la Kemble, que sin embargo no tardó en reconocer la opulencia agrícola de los Estados Unidos, ofrecida por la Divina Providencia a los pobres "cansados del Viejo Mundo", véase Y. Ffrench, *Transatlantic exchanges*, op. cit., pp. 78-84; Aug. Craven, *La jeunesse de Fanny Kemble*, Paris, 1882, pp. 207-210, 234-237, 268-269; y Pope-Hennessy, *Three English women*, op. cit., pp. 113-208. La expresión "cansado de Europa", acuñada por Heine en 1828 (*Englische Fragmente*, x, *Wellington*, en sus *Werke*, ed. O. Walzel, vol. V, p. 155), empleada luego por Immermann y otros (cf. *ibid.*, vol. III, p. 475) y por el propio Heine (1851: *ibid.*, vol. III, p. 62), era corriente en Alemania, y en 1838 Ernst Willkomm publicaba *Die Europamüden*: cf. Gollwitzer, op. cit., p. 446, nota 150; G. G. Gervinus, *Einleitung in die Geschichte des 19. Jahrhunderts* (1853), ed. Leipzig, 1864, p. 175.

¹³⁹ Pope-Hennessy, *Three English women*, op. cit., pp. 144-145, 162-163.

¹⁴⁰ *Ibid.*, p. 178.

¹⁴¹ *De la société américaine*, ed. cit., vol. III, p. 26. Véase en William R. Seat, Jr., "Harriet Martineau in America", *Notes and Queries*, N.S., VI (1959), pp. 207-208, el itinerario exacto de Miss Martineau y la lista de las personas que visitó.

¹⁴² *De la société américaine*, vol. III, p. 275 (cf. también *ibid.*, vol. I, pp. 9 y 11; vol. III, p. 272).

por lo que la sociedad norteamericana ha sabido sacar de ellos. El paisaje no podría ser más ameno, ni los campos más fértiles,¹⁴³ pero el espíritu especulativo y la tosqueidad de los pioneros comprometen el bienestar que hubiera podido derivarse de esos espléndidos dones. ¿Cómo es esto? El país es nuevo y la república es nueva, sí, pero las gentes que la pueblan son viejas, tienen las ideas rancias de los países de donde han venido los inmigrantes.¹⁴⁴ Es ésta una crítica que ya hemos escuchado, de labios de Moore y de Volney,¹⁴⁵ pero que en Miss Harriet está templada por su constante y combativa fe en el progreso. Hasta los salvajes —que deberían calificarse de "jóvenes" si los refugiados europeos son "viejos"— son susceptibles de civilización.¹⁴⁶ Y el porvenir de la Unión es resplandeciente: los demócratas dicen que será un país agrícola, los federalistas (republicanos) que será un país industrial; pero la verdad es que los Estados Unidos están "predestinados a serlo todo": los grandes valles del centro suministrarán productos de la tierra a todo el mundo; los estados de la Nueva Inglaterra (y algunos otros) desarrollarán su industria y su comercio, ya tan prósperos.¹⁴⁷

Sin embargo, esas potencialidades se hallan todavía en embrión: si los campos están bien cultivados y sus cultivadores suelen ser ejemplos admirables de una nueva sociedad, las ciudades, en cambio, carecen de todo interés. Miss Martineau se excusa sencillamente de hablar de ellas: "si no he dicho nada de las ciudades, es porque la vida de las ciudades, en América, considerada desde un punto de vista *general*, no ofrece nada de *especial*" (*sic*).¹⁴⁸ La única ciudad para la cual hace una excepción, alabando sin reservas su belleza natural, su culta y agradable sociedad, sus buenas maneras y hasta su Museo, es Cincinnati, —en obvia polémica implícita con la Trollope.¹⁴⁹

Sobre un plano distinto, pero paralelo, la joven inglesa admira la casi universal belleza (natural) de las mujeres americanas; pero lamenta que éstas, a pesar de verse honradas con las más extremosas galanteorías, sean tratadas, en sustancia, de una manera que no condice con los principios democráticos, y peor aún que en ciertos países de Europa;¹⁵⁰ y que, a causa de sus pésimos hábitos higiénicos, sufran de mala salud y tengan en consecuencia una voz desapacible, a veces lastimera, a veces

¹⁴³ *Ibid.*, vol. I, pp. 240, 303.

¹⁴⁴ *Ibid.*, vol. III, p. 8. Sobre el tiránico conformismo de la opinión pública, véase también Pope-Hennessy, *Three English women*, op. cit., p. 293.

¹⁴⁵ Cf. *supra*, pp. 310-311.

¹⁴⁶ *Ibid.*, vol. I, pp. 374-375.

¹⁴⁷ *Ibid.*, vol. II, pp. 3-4, 181-182; cf. ya Mazzei, *supra*, p. 245; Miss Wright (1821), *Voyage*, op. cit., vol. II, pp. 161-162; y Richard Cobden (1835): "here will one day be the headquarters of agricultural and manufacturing industry" (citado en Lillibridge, op. cit., p. 96). Por su fe de radical en las instituciones norteamericanas, Miss Martineau se separa nitidamente de Mrs. Trollope —a quien era "frankly hostile" (Sadleir, op. cit., pp. 86-87, 90, 105; Pope-Hennessy, *Three English women*, op. cit., pp. 77-78, 80), y de la cual se burla por sus dificultades con las criadas (Smalley, ed. cit., pp. 53-54 nota)— y de Auguste Comte, de quien tradujo más tarde (1857) un resumen del *Cours*.

¹⁴⁸ *Ibid.*, vol. I, p. 384; el subrayado es mío.

¹⁴⁹ *Retrospect*, op. cit., vol. II, pp. 220, 222, 234-235, 254; y cf. *supra*, p. 438. Pero sobre muchos otros puntos específicos Miss Martineau estaba de acuerdo con Mrs. Trollope (Pope-Hennessy, *Three English women*, op. cit., pp. 299, 303).

¹⁵⁰ *De la société américaine*, vol. III, pp. 95 ss.

chillona. Esas magníficas creaturas que emiten notas tan desagradables, ¿no hacen pensar en las aves de espléndidas plumas y privadas del don del canto? Pero también esto mejorará con el tiempo: "vendrá un día, ciertamente", en que la voz de las americanas tendrá un timbre dulce, sonoro, argentino.¹⁵¹ Entonces —es de esperar— las americanas tendrán asimismo mayor cuidado de sus personas y serán menos dadas a la embriaguez;¹⁵² y los americanos, en caballerosa reciprocidad, se abstendrán de esa costumbre nauseabunda de expectorar con asidua perseverancia sobre los pavimentos de madera de las posadas, sobre los puentes de los barcos y sobre las alfombras del Capitolio.¹⁵³ Pero es claro, por desgracia, que tanto los unos como las otras, si no hacen un poco de ejercicio físico, no crecerán sanos y derechos. En América, por lo visto, todos andan encorvados, y las mujeres más que los hombres: los médicos dicen que entre los muchachos de ambos sexos "es difícil encontrar una espina dorsal perfectamente derecha".¹⁵⁴

Si bien Miss Martineau exalta, en contraste, los buenos hábitos gimnásticos de los ingleses y su afición a las excursiones a pie, la vigilante pedagoga no pierde otras ocasiones de propinar reprensiones también a sus compatriotas,¹⁵⁵ y particularmente a aquellos que, con su prejuicio anti-republicano, ofrecían un pretexto para las excesivas jactancias de los americanos: "entran en los Estados Unidos con la idea de que una repú-

blica es cosa vulgar, y algunos no se preocupan de ocultar sus pensamientos. Para un americano, nada hay tan venerable como una república".¹⁵⁶

En esos mismos años, el viejo Coleridge, aun reconociendo que los americanos odiaban fraternalmente a los ingleses, expresaba el mismo sentimiento: "¡Qué profundamente lamentable es el espíritu de hostilidad y de escarnio que algunos de los libros populares de viajes han mostrado al ocuparse de los americanos!"¹⁵⁷ Y su lamento hubiera podido repetirse en los años siguientes una y muchas veces, a propósito de los libros de las ya recordadas señoras y señoritas y a propósito del que escribió el valeroso capitán Frederick Marryat, quien —después de una estancia de dos años en los Estados Unidos para estudiar en este país "los efectos producidos en el carácter y el temperamento ingleses por un clima diferente, circunstancias diferentes y una forma diferente de gobierno"¹⁵⁸— publicó en 1839 un voluminoso *Diary in America, with remarks on its institutions*,¹⁵⁹ concluyendo, sobre argumentos sacados en parte de la reciente obra de Tocqueville (1835), que Inglaterra, no obstante su gobierno monárquico, era bastante más "republicana" que los Estados Unidos; que éstos, en rigor, no constituían siquiera una nación, sino un curioso caos; y que la desaparición del poco de aristocracia que existía aquí en el momento de la Independencia había ocasionado la corrupción moral tanto del gobierno como de la sociedad, haciendo que la República (con *R* mayúscula) se precipitara en una democracia.¹⁶⁰ En los tiempos

¹⁵¹ *Ibid.*, vol. III, pp. 65-66. También Mrs. Trollope lamenta que todos los americanos, hombres y mujeres, sean desentonados y canten sin conocer los elementos del arte (*Domestic manners*, xxviii; ed. cit., p. 299). La crítica reaparece en el libro de su hijo y en el de Frederika Bremer (*op. cit.*, vol. I, p. 345; vol. II, p. 246). Pero Miss Martineau, notoriamente sorda, ¿cómo podía advertir este defecto? ¿Y cómo podía sentirse tan atrozmente molesta por el tintineo de las campanillas de los trineos (*De la société américaine*, vol. III, p. 140; *Retrospect*, vol. III, p. 171), precisamente de esos riquieteos de plata (*Hear the sledges with the bells — Silver bells!*) que inspirarían (1848-49) la primera y alegrísima estrofa de una de las más bellas poesías de Edgar Poe?

¹⁵² Sobre la inevitable suciedad a bordo de los barcos de vapor, en los cuales las señoras, durante cuatro o cinco días seguidos, se lavaban únicamente la cara y las manos, véase *ibid.*, vol. III, p. 138; sobre su intemperancia en la bebida: vol. III, pp. 145-146 (refutada por Marryat, *Diary, op. cit.*, vol. II, pp. 120-121). También Perrin du Lac había observado: "on reproche généralement aux Américaines leur peu de propreté" (*op. cit.*, p. 108), recordando tal vez al americanófilo pero no muy delicado Bayard: "leur propreté [de las norteamericanas] est toute extérieure. Une fausse modestie leur interdit ces salutaires ablutions qui conservent la santé: les hommes, sans avoir la même excuse, imitent en cela les femmes" (*sic!*) (*Voyage, op. cit.*, p. 66). Cf. asimismo Talleyrand in *America, op. cit.*, p. 91; y *supra*, pp. 312-313.

¹⁵³ *De la société américaine*, vol. I, p. 360; vol. III, pp. 65-66; *Retrospect*, vol. I, pp. 38, 64; vol. III, p. 213; Pope-Hennessy, *Three English women*, p. 299. Punzantes comentarios de un norteamericano, Melville, sobre los escupitajos en el Senado: *Mardi* (1849), clviii, ed. cit., p. 660; y de otro norteamericano, J. M. Mackie, sobre las monumentales escupideras de la Casa Blanca (1856): W. S. Tryon (ed.), *A mirror for Americans, op. cit.*, p. 399 nota. Cf. también Fabian, *op. cit.*, p. 126, y *supra*, pp. 444-440 (nota 105), 445, etc.

¹⁵⁴ *De la société américaine*, vol. III, pp. 141-142. Por otra parte, todos ellos son pálidos y flacos, etc.; cf. *Retrospect*, vol. I, pp. 93, 166 (tísicos, desdentados, mortalidad infantil, etc.). La causa de estas desventuras, según declaran los propios norteamericanos, es "el malestar debido al clima" (*De la société américaine*, vol. III, pp. 141-142; *Retrospect*, vol. I, pp. 166-168, 195-196). Pero es de esperar que el clima mejore con el cultivo de las tierras (*ibid.*, vol. III, p. 196; cf. *supra*, pp. 83, 350).

¹⁵⁵ Sobre el espíritu de casta de los ingleses, cf. *De la société américaine*, vol. III, p. 25; sobre los abusos seculares, las instituciones inútiles o perjudiciales (la monarquía entre ellas), etc., *ibid.*, vol. III, pp. 46-47, etc.

¹⁵⁶ *De la société américaine*, vol. I, p. 155; vol. III, pp. 21-22; *Retrospect*, vol. I, pp. 54, 157: "they enter the United States with an idea that a republic is a vulgar thing: and some take no pains to conceal their thought. To an American nothing is more venerable than a republic". La radical Miss Martineau encuentra a sus compatriotas insolentes para con los norteamericanos, exactamente como el radical Bristol había encontrado a los franceses de su tiempo (cf. Echeverría, *op. cit.*, p. 137). Sobre el *self-contentment* como característica nacional de los norteamericanos, véase *De la société américaine*, vol. I, p. 150; vol. III, pp. 59, 274; *Retrospect*, vol. III, p. 293.

¹⁵⁷ *Table talk*, 1832 (véase *Transatlantic exchanges, op. cit.*, p. 78): "How deeply to be lamented is the spirit of hostility and sneering which some of the popular books of travel have shown in treating of the Americans!" Sobre la vasta impopularidad de Miss Martineau en los Estados Unidos, véase Pope-Hennessy, *Three English women, op. cit.*, p. 303; Van Wyck Brooks, *The life of Emerson*, New York, 1932, p. 66, y Dickens mismo, *apud* Pope-Hennessy, *Charles Dickens, op. cit.*, p. 161 (y también *ibid.*, p. 165). En Inglaterra, donde su libro era objeto de fervorosa propaganda por parte de los radicales (Lillibridge, *op. cit.*, p. 34), una gran dama liberal como Lady Holland la juzgaba "a highly vain person, restless when not before the public" (Earl of Ichester, *Chronicles of Holland House, 1820-1900*, London, 1937, p. 341), y hasta un espíritu afín, como John Stuart Mill, la encontraba insoportable; un aliado y amigo suyo, Charles Dickens, llegó a reñir y a romper toda relación con ella (cf. *Letters from Charles Dickens to A. Burdett-Coutts*, ed. E. Johnson, London, 1953, p. 292 nota); y Matthew Arnold, que sin embargo tenía mucha admiración por ella, acabó (1877) por llamarla absolutamente antipática: "what an unpleasant life and unpleasant nature!" (*The portable Matthew Arnold*, ed. L. Trilling, New York, 1949, p. 632).

¹⁵⁸ Florence Marryat, *Life and letters...*, *op. cit.*, pp. 189-191: "...the effects produced upon the English character and temperament by a different climate, different circumstances, and a different form of government". Cf. *ibid.*, p. 153.

¹⁵⁹ Tengo frente a mí la ed. de Paris (Baudry), 1839, en dos vols. in-8° de setecientas apretadas páginas. La edición original comprende seis volúmenes.

¹⁶⁰ *Op. cit.*, vol. I, pp. 9, 11; vol. II, p. 166. Tocqueville es citado muchas veces, especialmente en el segundo volumen, y siempre con plena adhesión. Marryat es, en sustancia, un *whig*, pero la aversión por la demagogia, más cierto "racismo", lo hacen adherirse a menudo a los juicios de un Hamilton y de una Trollope (cf. Lillibridge, *op. cit.*, pp. xiv, 21-22, 38-39).

actuales, concluye Marryat, "el nivel de moralidad es más bajo en América que en ninguna otra parte del mundo civilizado"¹⁶¹

Este pesimismo político y social tan profundo lo acerca a Miss Martineau, con la cual concuerda asimismo sobre algunos puntos particulares, como por ejemplo sobre la hermosura de las jóvenes americanas, "las más bonitas del mundo", y sobre su precoz decadencia a los treinta años,¹⁶² pero contra la cual arroja de ordinario críticas mordaces, poco caballerosas —"esa vieja estaba ciega además de sorda"¹⁶³— y poco menos agrias que las que suele lanzar contra la sociedad norteamericana.

Esta, a decir verdad, tiene a su disposición muchas meritorias cualidades y prodigiosos recursos naturales, pero está inclinada a la decadencia, ya visible en sus instituciones, por un factor constante y nefasto: el clima, el consabido clima funesto del continente americano, que hace sumamente malsanos a Illinois, Indiana y las partes occidentales de Ohio, de Kentucky y de Tennessee, pero que es particularmente nocivo en toda la costa atlántica, desde Maine hasta Baltimore, "la más insalubre de todas las regiones de América".¹⁶⁴

La raza es de magnífica calidad, la mejor del mundo: baste decir que es sustancialmente inglesa, con algunas benéficas adiciones de alemanes, franceses, irlandeses y otros nórdicos. Pero ¿ha mejorado o degenerado a partir del desembarco de esos preciosos reproductores? El capitán Marryat examina la cuestión con cuidado particularísimo, y decide severamente que "los americanos no son iguales a los ingleses, ni en cuanto a su fuerza ni en cuanto a su aspecto". Hay, entre ellos, hombres altos y robustos, pero incluso éstos están mal conformados, —"not well made", exactamente como los animales "mal tournés" de De Pauw. Si la señorita Martineau los encontraba encorvados, Marryat sacude la cabeza y observa "un defecto peculiar en el aspecto de los americanos, común a los dos sexos, que es la estrechez de los hombros, y es éste un defecto gravísimo"¹⁶⁵ Ahora bien, ¿de qué manera depende del clima todo eso? El capitán no sabe explicárselo, y deja que otros nos ofrezcan las aclaraciones pertinentes. Sin embargo, repite, es cierto, ciertísimo que

¹⁶¹ *Ibid.*, vol. II, p. 163: "the standard of morality is lower in America than in any other portion of the civilized globe".

¹⁶² Cf. *supra*, pp. 440, 446, etc., y *Diary*, *op. cit.*, vol. I, pp. 47, 102, 177, 325; vol. II, pp. 112-113 (el clima de los estados orientales hace que "when a female arrives at the age of thirty, its reign is, generally speaking, over").

¹⁶³ Fl. Marryat, *Life and letters*... *op. cit.*, p. 171; en el *Diary in America*, Miss Martineau es criticada más de treinta veces, a menudo a lo largo de varias páginas seguidas, entre otras cosas por su intransigente abolicionismo. Nótese que el padre de Marryat, Joseph Marryat, escribió en defensa de la trata de negros, que el hijo llevó un negrito en regalo al Duque de Sussex (*Life and letters*, p. 96), y que en su *Diary* se reafirma la inferioridad de la raza negra (vol. I, pp. 105-114). Véase especialmente la sarcástica réplica (*ibid.*, vol. II, pp. 306-316) a la reseña publicada por la *Edinburgh Review* sobre la primera parte del *Diary*, reseña que Marryat atribuye a Miss Martineau. "Este Solón con faldas" se representa allí en un círculo de damiselas norteamericanas, a quienes cuenta prolijamente los desasosiegos y las desesperaciones de sus muchos adoradores, y de qué manera ha sabido resistirlos, y sigue siendo hasta la fecha "Miss Martineau": hasta que se pone el sol, revolotean las luciérnagas y las ranas entonan a voz en cuello su concierto.

¹⁶⁴ *Diary in America*, ed. cit., vol. I, pp. 187, 325: "the most unhealthy of all parts of America".

¹⁶⁵ *Ibid.*, vol. I, p. 330: "...that the American people are not equal in strength or in form to the English"; "[I observe] one peculiar defect in the American figure

toda la culpa es del clima, de ese clima deletéreo para el cuerpo y para la mente, "enervating the one, and tending to demoralize the other"¹⁶⁶

Sin embargo, si el capitán Marryat fue tan vituperado por los norteamericanos de su tiempo¹⁶⁷ y todavía en nuestros días es recordado en los textos escolares de los Estados Unidos, no es por esa fatal visión de decadencia, sino por sus desenfadadísimos sarcasmos contra la hipocresía "puritana"¹⁶⁸ y la pruderie de rigor en la joven república. Fue él quien difundió en Europa la noticia de que *legs* ("piernas") era en los Estados Unidos una palabra inconveniente, que había que sustituir con *limbs* ("miembros"), como también la historieta de que en un colegio de niñas hasta los *limbs* de un piano se habían cubierto con decorosos calzoncitos que terminaban en fleco...¹⁶⁹ Anécdotas, si se quiere, pero anécdotas que, con su implícita sugerencia de inhibiciones sexuales y de afeminados temores, herían la opinión pública norteamericana más que cualquier otra calumnia, climática o política.

11. DICKENS: NATURALEZA Y SOCIEDAD IGUALMENTE PUTRESCENTES

Charles Dickens había leído ya los libros de Mrs. Trollope y de Miss Martineau, y de labios de la primera había escuchado asimismo ulteriores detalles acerca de los desagradables hábitos de los americanos, y había trabado ya amistad con el capitán Hall y con el capitán Marryat cuando partió a los Estados Unidos. Sin embargo, la violencia de su diatriba

common to both sexes, which is, narrowness of the shoulders, and it is a very great defect". En cuanto a este defecto, subrayado por Marryat, conviene que sepamos que él era "broad shouldered for his height" (Fl. Marryat, *Life and letters of captain Marryat*, *op. cit.*, p. 223).

¹⁶⁶ *Diary*, vol. I, p. 330; vol. II, p. 142 (el clima americano marchita la belleza y destruye el sistema nervioso). No hay para qué buscar las "fuentes" de tan divulgada teoría. Bástenos recordar que idénticos corolarios eran deducidos por Hamilton, escritor a cuya autoridad se remite Marryat con cierta frecuencia (*op. cit.*, vol. I, pp. 106 nota, 305-306, 337 nota; vol. II, pp. 65-68, 136, 147, 311).

¹⁶⁷ Ya durante su viaje por los Estados Unidos, la franqueza de palabras de Marryat y la desconfianza de los norteamericanos por ese otro escritor europeo que venía a "inspeccionarlos" y se negaba a emitir un juicio antes de haber visto todo el país y de regresar a Inglaterra, le crearon no pocas dificultades, que llegaron a un ahorcamiento en efígie y a una quema de sus novelas. "I am not in very great favour with the Yankees here on the borders... —escribía Marryat a su madre desde Detroit—, they are terribly afraid of me, and wish me away" (*Life and letters*, pp. 157-158, 170-171, 176; cf. *Diary*, vol. I, p. 5; *Letters from Ch. Dickens to A. Burdett-Coutts*, ed. cit., pp. 49, 139 nota, y véase *supra*, p. 442, nota 113).

¹⁶⁸ *Diary*, vol. I, pp. 92-94; dudas maliciosas sobre la pretendida castidad de los "Shakers": *ibid.*, vol. I, pp. 42-44.

¹⁶⁹ *Ibid.*, vol. I, pp. 203-204; cf. H. Wish, *Society and thought in early America*, *op. cit.*, pp. 286, 572-573. Bayard había observado ya (1791) que "les mots chemise, pied, cuisse et ventre sont également [como la palabra culotte] effacés du dictionnaire des dames" (*Voyage*, *op. cit.*, pp. 33-34). Mrs. Trollope recuerda que la palabra *corset* no se podía pronunciar en presencia de señoras (*Domestic manners*, XIII; ed. cit., p. 136; cf. *ibid.*, XIV y XXIX, ed. cit., pp. 159 y 326, y Marryat, *Diary in America*, *loc. cit.*). En el *Clockmaker* (1836) del canadiense Th. C. Haliburton, un aficionado al arte manda pintar un par de pantaloncitos y de botines con agujetas sobre las piernas indecentemente desnudas de un Niño Jesús (H. Widenmann, *Neuengland in der erzählenden Literatur Amerikas*, Halle, 1936, p. 112). Kürnberger (*Der Amerikamüde*, *op. cit.*, p. 105, etc.) trae páginas muy divertidas sobre los desnudos pictóricos y estatuarios "vestidos" y sobre el escándalo suscitado por el *walzer*. Pero nuestro tiempo,

—tanto en la relación de su viaje, *American notes for general circulation* (1842), redactada con la ayuda de Marryat, como en los nefastos “capítulos americanos” de *Martin Chuzzlewit* (1844)—, es tan sostenida y tan insistente, va de tal manera más allá de todo cuanto se había escrito contra el Nuevo Mundo desde De Pauw en adelante, que los biógrafos del novelista han investigado muy afanosamente los motivos personales de semejante acrimonia. Ahora bien, sea que Dickens haya sido estafado por los especuladores norteamericanos que habían lanzado la Cairo City and Canal Company;¹⁷⁰ sea que, como opina la mayoría de sus biógrafos,

más experto en psicoanálisis, ha descubierto en esos púdicos velos la señal de una obsesión sexual: “to conceal the piano-leg is, of course, to sexualise it” (G. R. Taylor, *Sex in history, op. cit.*, p. 215); “Victorian prudery was only a different form of sex-appeal” (Turner, *A history of courting, op. cit.*, p. 150).

¹⁷⁰ Véase Pope-Hennessy, *Ch. Dickens, op. cit.*, pp. 152, 173. En su gira americana (de enero a junio de 1842), al llegar a la confluencia del Ohio y el Mississippi, donde ya Smith (1784) había observado que “les terres sont si basses qu’elles sont toujours inondées et couvertes de roseaux” (*Voyage, ed. cit.*, vol. I, p. 183), y donde habría debido levantarse la ciudad de Cairo, Dickens encontraba un pantano horroroso, “a breeding-place of fever, ague, and death; vaunted in England as a mine of Golden Hope, and speculated in, on the faith of monstrous representations, to many people’s ruin” (*American notes, ed. London, 1907, p. 169*); y observaba que “such gross deceits” debían destruir forzosamente la confianza del extranjero y constituir un obstáculo para la inversión de capitales (*ibid.*, p. 243).

Un eco de las esperanzas que se habían tenido en el gran porvenir de Cairo se advierte leyendo en Drouin de Bercy, *op. cit.*, vol. I, p. 83 (copiado por Compagnoni, *Storia dell’America, Milano, 1820, vol. I, p. 19*), que el punto de confluencia del Ohio con el Mississippi “è ad uguale distanza da Pittsburg e dalla Nuova Orléans, due centri di gran commercio”. Pero una descripción realista (“the dullest, dreariest, most uninviting region imaginable... banks low and swampy, totally unfit for culture or habitation”, etc.) había dado cinco años antes de Dickens el americano E. Flagg (*The Far-West, New York, 1838, en W. S. Tryon, A mirror for Americans, op. cit.*, pp. 570-571). Más tarde, Frederika Bremer lo describía (1850) como un montón de ruinas: “elle était destinée à devenir une grande ville de commerce”, pero la malaria había expulsado del lugar a los habitantes (*op. cit.*, vol. II, p. 346), y Melville encontraba allí la sede de la “old-established firm of Fever & Ague”, además del Tifo, la Fiebre Amarilla, etc. (*The confidence-man, 1857, xxii, ed. London, 1948, pp. 160-161*); y su triste fama reaparece en la caricatura (1856) del “Western cockney” (un tipo que parece salido del *Martin Chuzzlewit*), el cual tiene una fortuna en tierras vírgenes, “and owns a few corner lots in Cairo, and other cities laid down in his maps. These he will sell cheap for cash” (J. M. Mackie, *From Cape Cod to Dixie and the tropics, New York, 1864, apud Tryon, A mirror, op. cit.*, p. 614). Los sarcasmos sobre estas ciudades existentes sólo en los planos y en la fraudulenta fantasía de los especuladores son frecuentes (un ejemplo de L. Oliphant, 1855, en Cunliffe, *op. cit.*, p. 157), y a veces parecen un eco grotesco de aquellos otros sarcasmos, asimismo frecuentes, que se enderezaban contra la proyectada y fantasmagórica metrópoli de la Unión, Washington (véase *supra*, pp. 363, 440-441, etc.).

Cairo es evidentemente el original sobre el cual, en la novela, se describe la colonia y la ciudad de Eden. Todo esto lo sabían en los Estados Unidos, e incluso en Inglaterra alguien había hecho ya la fácil identificación, cuando Anthony Trollope visitó (1862) el sitio, encontrándolo, en pleno invierno y ocupado por las tropas del Norte, todavía más desolado y horrendo de como lo había descrito Dickens (*North America, ed. cit.*, vol. II, pp. 284, 286; otras alusiones al *Martin Chuzzlewit, ibid.*, vol. III, p. 258; agría mención de Dickens, *ibid.*, vol. III, p. 238; sobre Cairo, cf. *supra*, p. 445, nota 121). Y véase por último Mark Twain, *Huckleberry Finn*, 1884, chap. xvi (ed. London, 1950, pp. 86, 88, 93). La región situada al Norte de Cairo fue, durante decenios, teatro de crueles asesinatos y de sangrientas venganzas (véase P. M. Angle, *Resort to violence, A chapter in American lawlessness, London, 1954*). Todavía en nuestros días, no obstante que es un importante nudo ferroviario y el puerto fluvial de una rica región, la ciudad tiene apenas poco más de 15,000 habitantes: “once a vast arena for swaggering river men, [Cairo] is to-day a tidy little city that is usually

estuviese simplemente despedido porque los editores norteamericanos no le pagaban un solo céntimo por concepto de derechos de autor y se enriquecían a costas suyas;¹⁷¹ sea, finalmente, que sus teatrales chalecos rojos y verdes, la libertad con que en la mesa se peinaba sus hermosísimos cabellos con los ricillos falsos, y los juicios demasiado abiertos acerca de algunas damas, le hayan enajenado muy pronto la simpatía de los norteamericanos, que esperaban en son de apoteosis al popularísimo autor de la *Old curiosity shop* (la heroína, la pequeña Nell, un “anillo de conjunción” entre la goetheana Mignon y Mary Pickford, había tocado el corazón de todos, desde los más ilustres letrados hasta los mineros del Colorado), —el hecho es que en esos dos libros de Dickens se encuentra un compendio muy poco revisado pero sí vigorosamente enriquecido de casi todos los vituperios arrojados sobre el continente americano. La circunstancia de que Dickens los concentre sobre los Estados Unidos no es un atenuante.

Un precedente, sin embargo, se le puede encontrar en Lenau.¹⁷² La aventura americana del joven Martin Chuzzlewit sigue la parábola del poeta alemán mucho más de cerca que la del novelista inglés que lo creó y le transmitió sus propias experiencias. Dickens partió hacia los Estados Unidos con una recientísima aureola de celebridad; partió para una gira triunfal, espléndidamente pagada (mujer con abrigo de pieles comprado expresamente, una fiel camarera, un amplio guardarropa enriquecido para la ocasión con nuevos alfileres, anillos y cadenas), y persuadido de que un escritor como él, preocupado por los problemas sociales —“engagé” se diría en nuestros tiempos—, se encontraría más a sus anchas entre los republicanos del Mundo Nuevo que entre los aristocráticos europeos.¹⁷³ Martin, en cambio, como Lenau, decide trasladarse a América en un momento de exasperación y de desesperación: al buen Tom que le pregunta, asustado, “¿Adónde piensas ir?”, le responde “No lo sé... Sí, ya sé. Me marcharé a América”.¹⁷⁴ E inmediatamente América se transfigura a sus ojos (como antes a los de Lenau) en la tierra predestinada de su indefectible fortuna, donde podrá finalmente desplegar su talento de arquitecto, llevar a cabo grandes cosas, y adonde, en con-

fast asleep behind its giant levees by midnight” (M. Schumach, “New life on the Mississippi”, *New York Times Book Review*, April 18, 1954, p. 15).

¹⁷¹ El autor de *Nineteen eighty-four*, George Orwell, después de observar justamente que los capítulos americanos del *Chuzzlewit* son “the only grossly unfair piece of satire in Dickens’s works, and the only occasion when he attacked a race or community as a whole”, añade: “no doubt the unpaid royalties were at the bottom of the trouble” (*New York Times Book Review*, May 15, 1949). Para O. Elton, *A survey of English literature, 1830-1880, London, 1948, vol. II, p. 210*, se trata de una “ghastly but specious caricature”. Y M. Sadleir juzga que esos capítulos están tomados simplemente de los apuntes de viaje de Mrs. Trollope (!) (*op. cit.*, pp. 73-74).

¹⁷² Véase *supra*, pp. 410 ss.

¹⁷³ Pope-Hennessy, *Ch. Dickens, op. cit.*, pp. 152, 155-156.

¹⁷⁴ *Martin Chuzzlewit*, Oxford edition, p. 264: “—Oh, where will you go? —I don’t know... Yes, I do. I’ll go to America”. La idea de *go abroad* es sugerida a Martin por su amigo John Westlock, quien pensaba encontrar en el extranjero la posibilidad que no tenía en su patria de ganarse el pan (*ibid.*, p. 251). Pero parece que su padre espiritual, Dickens, decidió mandarlo a América porque la venta de la novela, por entregas mensuales, estaba quedando muy por debajo de lo que se esperaba, y quizá también para desahogar el resentimiento causado en él por la pésima acogida que sus *American notes* habían tenido en los Estados Unidos (Edgar Johnson, *Charles Dickens, his tragedy and triumph*, London, 1953, vol. I, pp. 453-455).

secuencia, es preciso que se dirija lo más pronto posible, antes de que otro vaya y se le adelante.¹⁷⁵

No bien llega a los Estados Unidos, tiene un fuerte presentimiento de que su empresa está condenada al fracaso,¹⁷⁶ y en el anillo de diamantes obsequiado por su Mary ve un destello de lágrimas, no un rayo de esperanza. Como Lenau, intenta un experimento de colonización en el interior del país, fracasa estrepitosamente, víctima a la vez de grandilocuentes y desvergonzados embaucadores y de un clima pestilencial, cae enfermo, y, apenas curado, en cuanto puede hablar, reconoce que se ha embarcado en una empresa estúpida y que lo único que debe hacer es "abandonar esta colonia para siempre, y regresar a Inglaterra. ¡De cualquier manera! ¡Por cualesquier medios! Pero regresar allá, Mark".¹⁷⁷

Consigue regresar, en efecto, pero lo que no consigue es liberarse del horror de América. En el resto de la novela, cada vez que se mencionan los Estados Unidos, reaparece el motivo de las fiebres y de la barbarie. Hasta la jovial Mrs. Lupin, la próspera hospedera del "Blue Dragon", lamenta que Martin se haya marchado a un país en el que la gente va a la cárcel por haber ayudado a huir a un pobre negro: "¡Cómo pudo irse a América! ¡Por qué no habrá ido a uno de esos países en que los salvajes se comen honradamente unos a otros, y le dan a cada quien las mismas oportunidades!" Los yanquis son, pues, peores que los caníbales.¹⁷⁸ Y el optimista a toda prueba, Mark Tapley, debe admitir que hay algún mérito en mantenerse de buen humor en los Estados Unidos.¹⁷⁹

La pintura del ambiente no tiene ya sorpresas para nosotros; pero, desde Buffon en adelante, nadie la había ejecutado con tanto virtuosismo literario ni con tanta riqueza de colores. La humedad domina la escena: "no end to the water!"¹⁸⁰ Y a medida que Martin y su fiel Mark se van acercando a la colonia de Eden —sarcástica designación, y tanto más simbólica cuanto que Dickens hace decir a uno de sus personajes que Eden es un buen compendio de los Estados Unidos¹⁸¹—, crece más y más la monótona desolación del paisaje. A los dos les parece haber puesto el pie en los reinos espantosos de la Gigantesca Desesperación:

Una ciénaga llana, con troncos caídos aquí y allá; un pantano en el cual el crecimiento generoso de la tierra parecía haber sido arruinado y desbaratado, para que de sus cenizas en descomposición pudieran brotar

¹⁷⁵ *Ibid.*, pp. 280-285; cf. *supra*, p. 343.

¹⁷⁶ *Ibid.*, p. 358: "... a strong misgiving that his enterprise was doomed".

¹⁷⁷ *Ibid.*, p. 618: "... to quit this settlement for ever, and get back to England. Anyhow! by any means! Only to get back there, Mark". Cf. asimismo Lenau, *supra*, p. 345. Dickens mismo, en los Estados Unidos, tocaba todas las noches en el *harmónico Home, sweet home* "with great expression and a pleasant feeling of sadness" (Johnson, *op. cit.*, vol. I, p. 405), y podía observar, en el barco que lo trajo de regreso a Inglaterra, no pocos emigrantes que volvían al Viejo Mundo, desilusionados, famélicos, semidesnudos (*American notes*, ed. cit., pp. 220-221).

¹⁷⁸ *Martin Chuzzlewit*, ed. cit., pp. 762, 848: "How could he ever go to America! Why didn't he go to some of those countries where the savages eat each other fairly, and give an equal chance to every one!"

¹⁷⁹ *Ibid.*, p. 851.

¹⁸⁰ *Ibid.*, p. 345.

¹⁸¹ *Ibid.*, p. 609: "it's a reg'lar little United States in itself". Y poco más adelante (p. 626): "Is the Eden Land Corporation... an Institution of America?" Y una vez más hacia el final: "Neighbours in America! Neighbours in Eden!", etc. (p. 953).

cosas viles y horrendas; donde los árboles mismos tomaban el aspecto de enormes yerbajos, engendrados del cieno de donde habían brotado por el sol caliente que los quemaba; donde las enfermedades fatales, buscando a quien inficionar, aparecían de noche en formas caliginosas, y, escurriéndose por encima de las aguas, las rondaban como espectros hasta que llegaba el día; donde el mismo sol bendito, brillando sobre tantos emponzoñados elementos de corrupción y de peste, se convertía en un horror más. Tal era el reino de Esperanza a través del cual avanzaban.

Por fin se detuvieron. Habían llegado a Eden. Era como si las aguas del Diluvio se hubieran retirado de allí apenas una semana antes: de tal manera estaba sofocado por el fango y las malezas enmarañadas el repulso pantano que llevaba ese nombre.¹⁸²

Parece la *hateful land* de Keats. Pero, en Dickens, el acento recae sobre la descomposición de la materia orgánica, sobre los miasmas, sobre el viscoso lógamo, sobre los letales vapores, sobre las fiebres endémicas, con alusión demasiado transparente al estado paralelo de la sociedad.¹⁸³

Y aquí debemos hacernos una pregunta. ¿De dónde tomó Dickens estos elementos característicos del cuadro de una América degenerada y extenuada? La primera y obvia respuesta es que los tomó de la realidad misma. Ya en su primer viaje en tren, de Boston a Lowell, Dickens observaba desde la ventanilla kilómetros y kilómetros de terrenos talados y de troncos desmochados: algunos cortados de plano, otros semi-abatidos y cayéndose sobre los vecinos, pero

muchos otros troncos semi-ocultos en el pantano, otros desmoronados y deshechos en fofas astillas. El suelo mismo de esta tierra está formado de minúsculos fragmentos como éstos; cada charco de agua estancada tiene su costra de podredumbre vegetal; a uno y otro lado se ven ramas, y troncos, y raigones de árboles, en todas las fases posibles de la ruina, la descomposición y el descuido.¹⁸⁴

Y a medida que descende al Sur y se interna hacia el Ohio y el Missis-

¹⁸² *Ibid.*, p. 447: "A flat morass, bestrewn with fallen timber; a marsh on which the good growth of the earth seemed to have been wrecked and cast away, that from its decomposing ashes vile and ugly things might rise; where the very trees took the aspect of huge weeds, begotten of the slime from which they sprung, by the hot sun that burnt them up; where fatal maladies, seeking whom they might infect, came forth at night in misty shapes, and creeping out upon the water, haunted them like spectres until day; where even the blessed sun, shining down on festering elements of corruption and disease, became a horror; this was the realm of Hope through which they moved. At last they stopped. At Eden too. The waters of the Deluge might have left it but a week before: so choked with slime and matted growth was the hideous swamp which bore that name". Alrededor del lugar hay troncos podridos, perros y cerdos famélicos, niños semidesnudos y el fétido olor de la descomposición: *ibid.*, p. 451.

¹⁸³ Véanse por ejemplo las pp. 611, 621, 622; sobre la malaria ("Eden... the settlement a grave"), *ibid.*, pp. 608, 953.

¹⁸⁴ *American notes*, ed. cit., p. 62: "... many more logs half hidden in the swamp, others mouldered away to spongy chips. The very soil of the earth is made up of minute fragments such as these; each pool of stagnant water has its crust of vegetable rotteness; on every side there are the boughs, and trunks, and stumps of trees, in every possible stage of decay, decomposition, and neglect". Algún agradable paisaje se encuentra, sin embargo, de cuando en cuando; por ejemplo, pp. 141 (el valle del Susquehanna), 151 (el canal hacia Pittsburgh), 170 (crepúsculo sobre el Mississippi).

Mississippi, Dickens queda horrorizado con más y más frecuencia frente a paisajes de lúgubre desmoronamiento, de espectral soledad, de tétricos silencios.¹⁸⁵

En la confluencia de los dos ríos, donde hubiera debido levantarse la metrópoli Cairo —Cairo (no olvidemos la ecuación) = Eden = U. S. A.—, el horror llega a su punto culminante: “los sitios más desamparados por los que habíamos pasado eran, en comparación con éste, lugares llenos de interés”.¹⁸⁶ Todos los temas anteriores reaparecen a plena orquesta; pero uno nuevo los domina y los sumerge: el tema tradicional del profundísimo silencio: “no había cantos de pájaros en el aire”, reforzado esta vez por los acordes de una monótona, insípida inmovilidad: “ni tampoco gratos aromas, ni cambiantes luces y sombras producidas por nubes veloces”.¹⁸⁷

Después de tocar este diapasón, el horror resuena en largos rezonagos durante la navegación por el Mississippi, que corre en las páginas de Dickens como un fétido río semejante al Aqueronte, completamente irreconocible para quien lo recordara en la melodiosa descripción de Chateaubriand. Inmundo, monstruoso, intolerable, asqueroso, son algunos de los epítetos que Dickens propina a este inmenso río de pesadilla, a este “padre de las aguas” que, gracias al Cielo, no tiene hijos que se le asemejen. . .¹⁸⁸

Así, pues, lo que parece haber inspirado a Dickens es la visión directa del continente nuevo, y no la lectura de tal o cual texto clásico de anti-americanismo. En este caso, la contribución del novelista inglés sería original y aportaría un arroyuelo nuevo al “Mississippi” de nuestra polémica. Sin embargo, aunque es claro que Dickens no tiene ningún interés por los problemas de geografía y de biología, y menos aún por las teorías relativas al salvaje, a la génesis de los continentes o al camino de la civilización, algo ha absorbido de la vasta literatura en torno al asunto.

Hasta los autores que por primera vez describieron a las Américas las habían visto a través de anteojos literarios y de reminiscencias de viajes legendarios. . . No está excluido que Dickens haya conocido el popularísimo tratado de historia natural de Goldsmith;¹⁸⁹ y al final de un

¹⁸⁵ Por ejemplo, *American notes*, ed. cit., pp. 152, 158, 192 (fantásticas formas de los tocónes), 248 (insalubridad del clima), etc. Del pasaje de la p. 158 proviene la citada descripción del *Martin Chuzzlewit*, ed. cit., p. 451. Otros paralelos serían bastante fáciles; pero supongo que ya existe, en la interminable bibliografía dickensiana, un “cuadro de concordancias” o de “pasajes paralelos” en demostración precisa de esta “fuente” de la novela.

¹⁸⁶ *American notes*, p. 169: “the forlornest places we had passed, were, in comparison with it, full of interest”.

¹⁸⁷ *American notes*, loc. cit.: “no songs of birds were in the air; no pleasant scents, no moving lights and shadows from swift passing clouds”. El sonido que más lo impresiona, en las faldas de los Alleghanies y cerca de St. Louis, es el “almost incredible noise” de las ranas (*op. cit.*, pp. 145, 175, 181); cf. *supra*, p. 273, nota 48.

¹⁸⁸ *American notes*, pp. 170, 184-185.

¹⁸⁹ Sobre el cual véase *supra*, pp. 148-149. Naturalmente, Dickens estaba familiarizado con el *Vicar of Wakefield* (citado también en las *American notes*, p. 97); y en un *speech* pronunciado en Nueva York (1842) afirmó incluso que leía a Goldsmith, o a “su hermano carnal”, el norteamericano Washington Irving, por lo menos cinco tardes cada semana. . . (Pope-Hennessy, *Ch. Dickens*, *op. cit.*, p. 167). Dos veces reaparece en el *Martin Chuzzlewit* (ed. cit., pp. 265, 478) la expresión típica “animated nature”, y precisamente en el sentido goldsmithiano de “naturaleza viva”. Dickens recuerda asimismo (*ibid.*, p. 341) un parlamento de Jarvis, en el *Good-natured man* (acto IV:

capítulo, cuando Martin se encuentra por fin con un “American gentleman”, Dickens añade esta alusión, no demasiado misteriosa:

Un viajero de ilustre nombre, que pisó estas playas hace ya casi cuarenta años, y que sobre este suelo abrió los ojos —como tantos han hecho después de él— para ver los borrones y manchas que encubren sus altas pretensiones, y que él, en la brillantez de sus sueños lejanos, había perdido de vista, se dirigió quizá a hombres como ése cuando escribió las siguientes palabras. . .¹⁹⁰

Tras cual cita las palabras del “viajero”, que resultan estar en verso:

*Oh but for such, Columbia's days were done;
rank without ripeness, quickened without sun,
crude at the surface, rotten at the core,
her fruits would fall before her spring were o'er!*¹⁹¹

¿Quién era ese respetable viajero? Ningún otro que Thomas Moore, de quien hemos hablado ya dos veces recordando justamente la poesía a que pertenecen los versos citados por Dickens;¹⁹² el viejo Thomas Moore que, amistosamente relacionado con el joven Dickens, al regresar éste de los Estados Unidos prestó un oído benévolo a sus desahogos antiamericanos.¹⁹³ Los versos de Moore, es cierto, habían exaltado el vigor de la naturaleza americana, pero el vigor en todo, en la solemne magnificencia y en la letal tristeza. Al lado de los himnos al Niágara y a los lagos relucientes encontramos así la balada del *Lake of Dismal Swamp* y la canción del *Evil Spirit of the Woods*, todas saturadas de humedad, de miasmas y de fiebres.¹⁹⁴

De una materia tan contagiosa, muy bien puede haberle pasado algo a Dickens. Pero sobre todo coincide con el de Moore el juicio dickensiano acerca de la sociedad norteamericana: juicio, o mejor sarcástica invectiva, en que la *vis comica* del novelista da libre curso al enfado reprimido del viajero.

“I won't bear to hear anybody talk ill of him but myself”). En su biblioteca se encontraba la *Animated Nature*, como también todo Buffon, y la obra monumental de McKenney y Hall sobre las pieles rojas, e igualmente los escritos de casi todos los más recientes críticos de la sociedad norteamericana, Marryat, Miss Martineau, Mrs. Trollope, etc. (*Catalogue of the library of Charles Dickens*, etc., ed. J. H. Stonehouse, London, 1935, *sub vocibus*).

¹⁹⁰ *Martin Chuzzlewit*, ed. cit., p. 338: “it was perhaps to men like this. . . that a traveller of honoured name, who trode those shores now nearly forty years ago, and woke upon that soil, as many have done since, to blots and stains upon its high pretensions, which in the brightness of his distant dreams were lost to view, appealed in these words. . .”

¹⁹¹ “[Ay! Si no fuera por ellos, los días de Columbia estarían contados: rancios sin haber madurado, acelerado su proceso sin el sol, crudos en la superficie y podridos en el meollo, sus frutos caerían antes de haber pasado su primavera”].

¹⁹² Véase *supra*, p. 308, nota 41, y pp. 441-442.

¹⁹³ Pope-Hennessy, *op. cit.*, pp. 82, 178-179, 190. Dickens poseía todas sus obras poéticas (*Catalogue*, ed. cit., p. 82).

¹⁹⁴ Moore, *Poetical works*, ed. cit., pp. 89, 102; cf.: “o'er lake and marsh, through fevers and through fogs”, etc. (*ibid.*, pp. 101-102). Por lo demás, es claro que en estas composiciones, como en los versos escritos *On passing Deadman's Island* (*ibid.*, p. 107, 2), Moore rinde tributo a la moda romántico-funeral.

Consciente de su reputación de escritor especializado en el estudio de las clases más humildes y desventuradas, sabedor de lo que esperaban los americanos del autor de *Oliver Twist* y de lo que podía interesar a Miss Angela Burdett-Coutts, en los primeros capítulos de sus *American notes* Dickens no hace otra cosa que hablarnos de visitas a reformatorios y a cárceles celulares, a escuelas y universidades, a manicomios y a asilos para ciegos, a fábricas y hospitales.¹⁹⁵ Sin embargo, a medida que avanza hacia el Sur y el Oeste, y que se agrava su desilusión,¹⁹⁶ se va atenuando aquel celo de inspector de obras pías, doctas y represivas, y se va hinchando en cambio la vena satírica. Basta confrontar con la simpática descripción de Boston la grotesca pintura de Washington, esta estúpida ciudad donde casi nadie se alborotó¹⁹⁷ por la presencia del ilustre novelista. La capital federal le parece a Dickens un vasto y desdichadísimo suburbio, triste, semidesierto, malsano. Puede llamarse el cuartel general de los escupitajos tabacosos.¹⁹⁸ La llaman "the City of Magnificent Distances", pero más exacto sería calificarla de "the City of Magnificent Intentions", intenciones no realizadas, dejadas a medio hacer, abortadas. Washington es un proyecto abandonado. Y también Dickens, como antes Joseph de Maistre, Thomas Moore y Perrin du Lac, cae en la tentación de la profecía y asegura que no crecerá nunca: "es probable que se quede tal como ahora está".¹⁹⁹

¹⁹⁵ Como casi todos los demás viajeros, observa la general prosperidad de las clases obreras, la ausencia de pauperismo y de mendicidad, el excelente aspecto y la relativa cultura de los trabajadores y las trabajadoras (*op. cit.*, pp. 65, 67), como también la extremada cortesía de los modales, especialmente para con las señoras (*American notes*, pp. 55, 145; y Lord Ilchester, *op. cit.*, pp. 242-243). Para no ser menos, Dickens alaba repetidamente la belleza de las damas de Nueva York ("the ladies are singularly beautiful", *op. cit.*, p. 95) y, un poco más ambiguamente, de las de Boston: "The ladies are unquestionably very beautiful—in face: but there I am compelled to stop" (*ibid.*, p. 55).

¹⁹⁶ Cf. Pope-Hennessy, *Ch. Dickens*, *op. cit.*, pp. 165, 168, 179, 191; Johnson, *op. cit.*, vol. I, pp. 371, 382-383, 392-393, 404.

¹⁹⁷ Pope-Hennessy, *Ch. Dickens*, *op. cit.*, p. 170: "very little fuss was made..."

¹⁹⁸ "The head-quarters of tobacco-tinctured saliva" (*American notes*, ed. cit., p. 111). En las descripciones de los viajeros, los esputos de los norteamericanos ascienden casi al rango de un asqueroso rito nacional: véase ya el diario (1704-05) de Sarah Kemble Knight ("spitting a large deal of aromatic tincture": texto reproducido en Conliffe, *op. cit.*, p. 33); véase también *supra*, p. 440, y *American notes*, pp. 95-96, 111-112, 121-122, 147, 187; *Martin Chuzzlewit*, ed. cit., p. 629, etc.; B. Hall, *Voyage*, *op. cit.*, vol. II, p. 31; Th. Hamilton, *op. cit.*, vol. I, pp. 35, 133; vol. II, pp. 164-165, 190; F. Kürmberger, *Der Amerikaniade*, *op. cit.* (Frankfurt, 1855, pero la novela se desarrolla en 1832), pp. 70, 101, 108, 168, 233, 390, 460; Michel Chevalier, *Lettres*, *op. cit.*, vol. I, p. 117, y aquel joven irlandés que, viajando en vapor de Nueva York a Filadelfia, se encontraba entre una muchedumbre apiñada y maloliente, "all huddled together in glorious equality... and in the most independent manner spitting and smoking almost in each other's faces" (Thomas Cather, *Journal of a voyage to America in 1836*, London, 1955, p. 23). Asimismo, la suciedad general de los norteamericanos cuando viajan es denunciada como causa de muchas enfermedades (para Miss Martineau, véase *supra*, pp. 449-450; y Dickens, *American notes*, ed. cit., p. 156; Johnson, *op. cit.*, vol. I, p. 408).

¹⁹⁹ *American notes*, ed. cit., p. 116: "such as it is, it is likely to remain". Cf. la "premature ruin" de Thomas Moore (*Poetical works*, ed. cit., p. 100, nota 5); el juicio de la joven amiga de Dickens, Fanny Kemble (*apud* Una Pope-Hennessy, *Three English women*, *op. cit.*, pp. 161-162); Perrin du Lac (*Voyage dans les deux Louisianes*, ed. cit., 1805, p. 82): "le plan de cette ville serait superbe, s'il pouvait s'exécuter; mais tout porte à croire qu'il s'écoulera bien des siècles avant que ce but ait été atteint"; y la ironía del capitán Marryat: "Everybody knows that

En el *Martin Chuzzlewit* no queda huella alguna de las visitas a instituciones sociales. Ahí, los Estados Unidos se caracterizan por la consabida fórmula "geografía y no historia", o sea por un breve pasado, que no se remonta a épocas oscuras y sangrientas, y por vastos territorios baldíos.²⁰⁰ En Inglaterra tienen fama, asimismo, de ser una democracia igualitaria.²⁰¹ Pero bastaría el esclavismo para echar por tierra esa pretensión, el esclavismo sobre el cual vuelve a machacar continuamente Dickens el humanitario, Dickens el inglés, Dickens el economista político,²⁰² y sobre todo Dickens el orador sardónico: "son tan amantes de la Libertad en esta parte del globo, que la compran y la venden y se la llevan consigo al mercado. Tienen tal pasión por la Libertad, que no pueden menos de tomarse libertades con ella".²⁰³ Y no debe causar sorpresa que, en el momento de estallar la guerra de Secesión, Dickens provocara a Fanny Kemble (acérrima antiesclavista, entre otras cosas por la experiencia directa de una plantación que en Georgia poseía su marido) diciéndole que simpatizaba con los del Sur: lo hacía "en el sentido de que no creía en el amor de los del Norte por el negro, como tampoco que el horror de los del Norte por la esclavitud tuviera mucho que ver con la guerra".²⁰⁴ Los norteamericanos estaban en contra de la esclavitud, sí, pero de todos modos seguían siendo americanos. Y los americanos son gentes esencialmente intolerantes, llenas de sí mismas, presuntuosas y fanfarroñas, grotescamente engreídas por la excelencia de sus "institutions", conformistas, vanidosas y prontas a zaherir con ferocísimos acentos catonianos la corrupción de los europeos, la altanería de los reblandecidos británicos y a todo aquel que, de manera general, alimente la más peque-

Washington has a Capitol: but the misfortune is that the Capitol wants a city" (*Diary in America*, *op. cit.*, vol. I, p. 115). Y el recordado irlandés Thomas Cather: "Washington is the mere skeleton of a city. The original plan... will never... be filled up" (*op. cit.*, p. 33). Y Michel Chevalier: "Washington, avec son plan tracé pour un million d'habitants, n'en aura pas quarante mille d'ici à cinquante ans peut-être" (*Lettres*, *op. cit.*, vol. II, p. 197; en realidad, hacia 1885, Washington tenía más de doscientos mil habitantes). Y Miss Martineau, a pesar de su optimismo: "The city is a grand mistake. Its only attraction is its being the seat of government; and it is thought that it will not long continue to be so" (*Retrospect*, *op. cit.*, vol. I, pp. 266-267; cf. *ibid.*, vol. I, pp. 236-237; la futura capital podría ser Cincinnati: *ibid.*, vol. I, p. 267; vol. II, p. 240). Y todavía una generación más tarde, Anthony Trollope: "Washington is a ragged, unfinished collection of unbuilt broad streets, as to the completion of which there can now, I imagine, be but little hope" (*North America*, p. 305). Pero cf. *supra*, pp. 440-441.

²⁰⁰ *Martin Chuzzlewit*, pp. 340-341.

²⁰¹ *Ibid.*, p. 270.

²⁰² *American notes*, pp. 24, 113, 118-119, 126, 132-133, 136, 225-241; *Martin Chuzzlewit*, pp. 350-351, 431-432, 762.

²⁰³ *Martin Chuzzlewit*, p. 346: "they're so fond of Liberty in this part of the globe, that they buy her and sell her and carry her to market with 'em. They've such a passion for Liberty, that they can't help taking liberties with her". Véase también *ibid.*, p. 612: "he always introduced himself to strangers as a worshipper of Freedom; was the consistent advocate of Lynch law, slavery", etc.; y cf. ya Moore: "Oh Freedom, Freedom, how I hate thy cant!", como el de los americanos que "strut forth, as patriots, from their negro-marts, / and shout for rights, with rapine in their hearts" (*Poetical works*, ed. cit., p. 100, 1).

²⁰⁴ Pope-Hennessy, *Ch. Dickens*, *op. cit.*, p. 413: "...to the extent of not believing in the northern love of the black man nor that the northern horror of slavery had much to do with the war".

ña duda sobre la excelencia de tal o cual aspecto de la nación norteamericana.²⁰⁵

El juicio sintético de Martin Chuzzlewit se vincula, dándole casi un valor alegórico, con la visión de la tierra pútrida y hedionda: los norteamericanos se sustraen a los pequeños deberes sociales, de lo cual se ufanan luego como si eso fuera una preciosa característica nacional —“a beautiful national feature”—, y de ahí pasan a violar obligaciones más serias y fundamentales. Cuál será el paso ulterior, no puede saberse, pero de seguro será un desarrollo natural de un organismo que está podrido en la raíz.²⁰⁶

Rotten at the root: una vez más nos viene al recuerdo la náusea, el espanto y la reacción de Lenau. Así como el poeta alemán había ensuciado el nombre mismo de la nación norteamericana (los “Estados Emporcados”), así Dickens organiza, a bordo del velero en que regresa a su patria, la sarcástica y bufonesca asociación de los *United Vagabonds*, y se mofa de la bandera y del escudo de los Estados Unidos. La bandera estrellada tiene “la notable peculiaridad de burlarse de la brisa cada vez que la izan donde sopla el viento”;²⁰⁷ y la gran águila americana “está siempre aireándose en el alto cielo, en medio del éter más puro, y nunca, nunca, nunca se desploma hacia el suelo ni deja que sus alas se arrastren por el fango”.²⁰⁸

Los emblemas más sagrados se ponen en ridículo. La tierra, los hombres, las instituciones, los símbolos y los ideales son despachados en una sola cruel y apasionada condena sumaria. No sorprende que varias veces, en estos capítulos, recuerde o aluda Dickens al amarguísimo Swift. Y, desde luego, no hace falta examinar pormenorizadamente las muchas críticas menores.²⁰⁹ Tampoco nos asombraremos de la violenta

²⁰⁵ Sobre el conformismo y la intolerancia: *Martin Chuzzlewit*, ed. cit., pp. 337-338, 612; sobre el optimismo a toda prueba y lleno de fatuidad: *ibid.*, pp. 603, 609, 611, 615, 624; sobre las “institutions”, *ibid.*, pp. 613, 626, 629 (Miss Martineau había analizado el singularísimo “national contentment” de los norteamericanos: véase *supra*, pp. 450-451; y Tocqueville había escrito ya sobre ella una página definitiva: *De la démocratie en Amérique*, ed. cit., vol. II, p. 233); sobre el moralismo anti-europeo, *ibid.*, pp. 353-355, 611, 613, 615, 626-627. En las *American notes*, Dickens menciona ciertas baladronadas anti británicas (*op. cit.*, p. 196), pero juzga también con suma severidad a los ingleses residentes en los Estados Unidos (¿la tierra echa a perder a los hombres?): *op. cit.*, p. 111.

²⁰⁶ *Martin Chuzzlewit*, p. 629.

²⁰⁷ *Ibid.*, p. 634: “. . . the remarkable peculiarity of flouting the breeze whenever it was hoisted where the wind blew”. Véase también *ibid.*, p. 335.

²⁰⁸ *Ibid.*, p. 603: “. . . is always airing itself sky-high in purest aether, and never, no never, never tumbles down with dragged wings into the mud”. Mark Tapley, si tuviera que pintar el Águila americana, la haría como un Murciélago por su miopía, como un Gallito por su presunción, como una Urraca por su honradez, como un Payorreal por su vanidad, como un Avestruz por su capacidad de hundir la cabeza en el fango. “¡Y como un Fénix —replica Martin, contento porque pronto saldrá de América—, que resurge de las cenizas de sus errores y de sus vicios, y se remonta de nuevo al Cielo!” (*ibid.*, p. 639). Sobre la antipatía de Dickens por la rapaz águila norteamericana, véase Allen, *Israfil*, *op. cit.*, vol. II, p. 527. Cf. Melville y Hawthorne, *infra*, p. 473, nota 247.

²⁰⁹ Véase, sin embargo, sobre la adoración del dólar: *Martin Chuzzlewit*, pp. 334-335; sobre las quiebras bancarias: *American notes*, p. 96; *Martin Chuzzlewit*, p. 270; sobre la prensa agresiva y escandalosa: *American notes*, pp. 22, 86, 345; *Martin Chuzzlewit*, pp. 314-315; sobre el abuso de los títulos y la aburrida ceremoniosidad de las levées: *American notes*, pp. 124-126 (y Pope-Hennessy, *Ch. Dickens*, *op. cit.*, pp. 169,

reacción que los dos libros suscitaron, ni daremos demasiada importancia a las *recantations* de que Dickens los proveyó más tarde, con prólogos y epílogos que querían encerrarlos como un *sandwich* indigesto entre dos inocentes rebanadas de pan.

En la misma Inglaterra, a muchos les desagradó el acento, y casi la afectación, de altanera cuchufleta. Macaulay, disgustado por su tono vulgar y petulante —“vulgar and flippant”—, se negó a reseñar las *American notes*, un libro que lograba ser a un mismo tiempo frívolo y aburrido: “at once frivolous and dull”.²¹⁰ El buenísimo Longfellow, incapaz de decir nada desagradable a ninguna persona, huésped en casa de Dickens en un viaje que hizo a Londres, leyó de un tirón el volumen obsequiado por su amigo y anfitrión, y, meditando ya sus *Poems on slavery* (1842), que parecen haber recibido más de una inspiración de las indignadas peroraciones del inglés, lo felicitó ambiguamente diciéndole que sus *Notes* eran “jovial and good-natured”, aunque a veces “very severe”.²¹¹ Entre los demás amigos, Sydney Smith estaba entusiasmado con el *Martin Chuzzlewit*, pero le advertía: “Usted necesita arreglar el asunto con los americanos lo mejor que pueda”;²¹² y en efecto, como dijo Carlyle, la novela provocó un horroroso concierto de silbidos, como salidos de “una sola y universal botella de agua gaséosa”.²¹³ La mujer misma de Carlyle, la genial y briosa Jane, leía las *American notes* en el ejemplar enviado a su marido por el autor; al principio encontraba su *humour* alambicado, y las partes narrativas fastidiosas (*dull*), pero, al llegar al segundo de los dos volúmenes, se reconciliaba con el libro y lo juzgaba ameno e instructivo.²¹⁴ Cuando más tarde le presentaron a un bufonesco general norte-

189); *Martin Chuzzlewit*, pp. 333-334; sobre los cuáqueros: *American notes*, p. 96 (“the Quakers would have none of him”, Pope-Hennessy, *op. cit.*, p. 173); sobre los trascendentalistas, a quienes sin embargo hubiera debido respetar, como secuaces que eran de su admirado Carlyle: *American notes*, p. 56; *Martin Chuzzlewit*, pp. 634-635, etc. También se parodía sabrosamente el lenguaje norteamericano.

²¹⁰ G. Otto Trevelyan, *The life and letters of Lord Macaulay*, New York, 1875, vol. II, pp. 105-106, 109. Cf. también E. Johnson, *op. cit.*, vol. I, p. 442, quien recuerda, por otra parte, los previsibles cumplimientos que Dickens recibió de Mrs. Trollope y de Marryat.

²¹¹ *Ibid.*, p. 184; Parrington, *Main currents*, *op. cit.*, vol. II, p. 441. Los *Poems on slavery* se encontraban en la biblioteca de Dickens (*Catalogue*, ed. cit., p. 94) junto con varios opúsculos sobre la esclavitud y sobre el *copyright*, y las primeras obras de otros escritores norteamericanos, como Emerson, Melville y Thoreau (*Catalogue*, p. 87 y *sub vocibus*).

²¹² Pope-Hennessy, *Ch. Dickens*, *op. cit.*, p. 190: “You must settle it with the Americans as you can.”

²¹³ Pope-Hennessy, *loc. cit.*: “. . . all Yankee-doodledum to fizz like one universal sodawater bottle” (en 1867, Carlyle definía la literatura corriente como “a poor bottle of soda-water with the cork sprung”: *Shooting Niagara: and after?*, en *Critical and miscellaneous essays*, London, 1907, vol. VII, p. 221). “At one time —cuenta Emerson acerca de Carlyle— he had inquired and read a good deal about America”, y uno de sus libros favoritos, en su juventud, había sido la *History of America* de Robertson; ahora sabía que en los Estados Unidos los trabajadores comían carne, pero temía que su “principio” (político) fuese “mere rebellion” (1833: *English traits*, xi, en *Select-ed essays*, ed. cit., p. 222). Cuando Carlyle murió, Whitman escribió (1881) que el gran ensayista “didn’t at all admire our United States”, añadiendo para su capote, con insólita autocrítica, que quizá no pensó ni dijo “half as bad words about us as we deserve” (*Specimen days*, en *Poetry and prose*, ed. L. Untermeyer, New York, 1949, p. 679).

²¹⁴ Jane Welsh Carlyle, *Letters to her family, 1839-1863*, ed. L. Huxley, London, 1924, p. 35.

americano, la terrible Jane no sabía contenerse: "parecía una confriam-
ción viviente de las sátiras de Dickens sobre los *grandes hombres*
americanos, y varias veces me eché a reír en su misma cara".²¹⁵

En cuanto a los norteamericanos, Dickens sabía ya que las *American notes* no se recibirían con cariño, ni siquiera con favor.²¹⁶ Así, pues, nos maravilla que él se haya maravillado cuando, habiendo recargado la dosis con el *Martin Chuzzlewit*, la novela fue simbólicamente destruida en un escenario de Nueva York, donde la arrojaron en el caldero de las brujas en una parodia de *Macbeth*.²¹⁷ "Todavía veinticinco años después, en visperas de su segunda y aún más triunfal gira por los Estados Unidos, Dickens tenía algunas dudas en cuanto a la acogida que le aguardaba."²¹⁸

²¹⁵ Mrs. Carlyle, *Letters to her family*, ed. cit., p. 177: "he seemed then, as a living confirmation of Dickens' satires on the American great men and several times I burst out laughing in his face".

²¹⁶ *American notes*, ed. cit., p. 249, no obstante que había suprimido una introducción particularmente antiamericana (Johnson, op. cit., vol. I, pp. 433-434; Fabian, op. cit., p. 16, nota 51). Una respuesta inmediata (1843), publicada con el título de *Change for the American notes, by an American Lady*, es una crítica sostenida de la sociedad y de la nación inglesa (algunos *excerpta* en Y. Frensch, *Transatlantic exchanges*, op. cit., pp. 125-128; y cf. Chasles, op. cit., p. 329-330). Otro *pamphlet* de replica se atribuyó a Poe (H. Allen, *Israel*, op. cit., vol. I, p. xlii). Sobre las relaciones entre Poe y Dickens, véase el mismo Allen, op. cit., vol. II, pp. 522, 527-529, 615; Pope-Hennessy, op. cit., pp. 169-170. Otros sarcasmos (1845) en W. S. Tlyon (ed.), *A mirror for Americans*, op. cit., vol. I, p. 442; cf. también Fr. Bremer, op. cit., vol. I, pp. 19, 40, 189, 266, y Ph. Chasles, op. cit., pp. 331-332. El juicio de Emerson y de sus contemporáneos ha sido paratrazado sagazmente por Brooks: "All praise to Dickens for showing so many mischiefs at home that Parthen had not been able to remove. But what was the American notes? A lively rattle: too short, too narrow, too ignorant, too slight and too fabulous", etc. (*The life of Emerson*, New York, 1932, p. 177; cf. pp. 202, 206). El ensayo *Social aims* (en *Selected essays*, ed. cit., pp. 439 ss.) comienza así: "Much ill-natured criticism has been directed on American manners", pero continúa: "I do not think it is to be resent", y prosigue en tono compungido. En cuanto a Whitman, después de haber visitado personalmente el Oeste, tenía que admitir que "Dickens had not been so far wrong after all!" (H. S. Canby, *Walt Whitman, an American*, New York, 1943, p. 75; cf. también *supra*, p. 463, nota 213). Pero todavía Mark Twain "felt outraged when he read that Dickens denied that the steamboats were magnificent floating palaces" (Wish, *Society and thought in early America*, op. cit., p. 379): para algunos ejemplos (1827-29) del hiperbólico entusiasmo norteamericano por esos "sublimos", "majestuosos", "fantasmagóricos" barcos de vapor, véase H. N. Smith, op. cit., pp. 157-158; pero también Thackeray los había ridiculizado diciendo que estaban hechos de "cartón piedra", que constaban de un motor y diez mil dólares de perfiles de madera (Cuniffe, *The literature of the United States*, op. cit., p. 155; cf. también Chevalier, *Letters*, op. cit., vol. II, pp. 13-18). Henry James, en cambio, recuerda con aprobación la apasionada protesta de Dickens contra la cárcel celular de Filadelfia (*The American scene*, London, 1907, pp. 299-300).

²¹⁷ Pope-Hennessy, *Ch. Dickens*, op. cit., p. 190; *Letters from Ch. Dickens to A. Burdett-Coutts*, ed. cit., pp. 48-49 nota; cf. *supra*, p. 453, nota 167; otras indignadas expresiones antiamericanas en las citadas *Letters* de Dickens a Miss Burdett-Coutts, pp. 59 (1843) y 177 (1850).

²¹⁸ Pope-Hennessy, *Ch. Dickens*, op. cit., p. 421. También el cortes Hawthorne había recordado (1863) a su libro sobre Inglaterra, afectuosamente intitulado *Our Old Home*: "Not an Englishman of them all ever spared America for courtesys's sake or kindness" (citado por James, *Hawthorne*, op. cit., p. 151; Pope-Hennessy, p. 161; y Cuniffe, op. cit., p. 216). Pero hay que decir igualmente que ningún escritor ya citados, véanse las siguientes muestras: contra el capitán Basil Hall: An. (Richard Biddle), *Captain Hall in America, by an American*, Philadelphia, 1830 (y London, 1830); Anne Royall, *Mrs. Royall's Southern tour*, Washington, 1838. Contra

En 1837, Ralph Waldo Emerson, saturado de idealismo germánico, doctrina filtrada a través de Coleridge y de Carlyle y rebautizada con el nombre de "trascendentalismo" (el Transcendental Club acababa de fundarse apenas, en 1836), dirigía a sus compatriotas aquel discurso fichteano sobre la misión del sabio en los Estados Unidos, *The American scholar*, que ellos saludaban, para decirlo con las palabras de Oliver Wendell Holmes, como "our intellectual Declaration of Independence", aunque hoy, a nosotros, nos parece más bien una emulsión de oratoria misionarica, de académico pedagogismo y de fe en una predestinación naturalista. Sobre el destino del "sabio americano" brillan, augurales, las estrellas

12. REACCIÓN EN LOS ESTADOS UNIDOS: (a) EMERSON Y LA PÉRSICA CULTURA NORTeamericana

Pero los tiempos ya habían cambiado, las viejas polémicas estaban casi olvidadas y las nuevas se combatían sobre un plano más elevado. Las especulaciones inmobiliarias, los fraudes en perjuicio de los pioneros, la falta de pago por concepto de derechos de autor, los escupidos y los escarabajos no eran ya temas de actualidad. En gran parte por merito de algunos escritores norteamericanos, que se plantearon la cuestión de la dignidad y de la misión de su país, la discusión se trasladaba a los primeros principios y a más racionales prejuicios.

del Nuevo Mundo.²¹⁹ Se acerca el fin de su aprendizaje. De la tradición del mundo europeo no tiene ya nada que recibir. La naturaleza y su alma solitaria le dictarán una sabiduría más alta, un mensaje más universal. Los libros místicos, símbolo y encarnación de la doctrina heredada, son instrumentos peligrosos: "preferiré no ver nunca un libro que sentirme desviado por su atracción fuera de mi órbita personal, convirtiéndome, de sistema, en satélite". La misión del sabio, por consiguiente, no es la de estudiar y de enseñar, no: el sabio tiene que ser profeta y patiarca; debe alentar, excitar y guiar a los hombres, mostrándoles los "techos" en medio de las "aparcencias". No ignorará el pasado, pero hará de él una especie de oblonga caja de resonancia para sus vatíos. Acogerá y pronunciará todos los oráculos que el corazón humano, en los momentos críticos, en las horas solennes, ha expresado para comentar el mundo de las acciones, y escuchará y promulgará todos los verdicetos que la Razón emita sobre los hombres y los acontecimientos del día.²²⁰

El misticismo de Emerson, fuertemente coloreado por los mitos y por las máximas del antiquísimo Oriente, lo enclava en una visión radicalmente anti-histórica. Sus divinidades son el Alma (o Superalma, *Oversoul*), la Harmonía, la Naturaleza, la abstracción individualidad "representativa", o sea típica, —todo cuanto hay de menos histórico y menos concreto. La historia, dijo una vez, se reduce en el fondo a la biografía.²²¹ A la biografía de hombres representativos, manjares de ideas, esguemas de funciones, alegorías de las facultades espirituales. Europa, cargada de tradiciones, se desvanece así frente a América, módulo potencial del porvenir. La unión mística —o trascendental, si así se prefiriere— de América con el alma del Universo no tiene necesidad de sacerdotes, ni de secu-

²¹⁹ *The American scholar* (1837), en *Complete works*, Centenary Edition, vol. I, pp. 114, 414-416. Sobre algunos de sus predecesores —C. J. Ingersoll (1823; acerca de él, cf. *supra*, p. 433), W. E. Channing (1830; cf. Fabian, *op. cit.*, pp. 19, 58-79)—, véase Jones, *Ideas in America*, *op. cit.*, p. 276, nota 13; Cumhffe, *op. cit.*, pp. 44-45, y Lewis, *The American Adam*, *op. cit.*, p. 78; a ellos se pueden agregar el testimonio antiguo de Chastellux, *Voyages*, *op. cit.*, vol. II, p. 286, y otros más modernos como la *Defense of poetry* (1832) de Longfellow y las páginas de Theodore Dwight sobre *Nativism in literature and the arts* (1834) reproducidas en W. S. Tryon (ed.), *A mirror for Americans*, *op. cit.*, pp. 120-129. Miss Martineau hablaba inmediatamente del libro con profuso entusiasmo (*Retrospect*, *op. cit.*, vol. III, pp. 52-53, 229-240). Sobre su concordancia con las convicciones de Longfellow ("importance of native themes") y su influencia en Lowell, en Thoreau, véase Van Wyck Brooks, *The flower-king of New England*, New York, 1941, pp. 208-209, y Matthiessen, *op. cit.*, pp. 13 nota, 37, 191, 648, el cual dedica todavía (1941) su *magnum opus* a los ideales derivados del *American scholar* (*ibid.*, p. xvi). Boorstin, *op. cit.*, p. 194, nos advierte que el *American scholar* "still speaks to us". Y la Cornell University Press acaba de reimprimirlo (1955) por ser "remarkably pertinent to the scholar's position in to-day's world". Su tema fundamental, el de la existencia —o auspicio (pero infalible)— de una cultura americana original, independiente e históricamente válida resuena, en efecto, con grandísima frecuencia en nuestros días: véanse, entre otros, los numerosos escritos del filósofo mexicano Leopoldo Zea, en especial *América en la historia*, México, 1957.

²²⁰ Cf. Brooks, *The life of Emerson*, *op. cit.*, pp. 74-80; A. Schalk de la Favette, *Les premiers interpretes de la pensee americaine*, Paris, 1909, especialmente pp. 314-320, 330-335.

²²¹ Cf. Thoreau: "We do not learn much from learned books, but from true, sincere, human books, from frank and honest biographies" (*A week on the Concord and Merrimack Rivers*, 1849, en *Walden and other writings*, ed. cit., p. 351).

lares litúrgicas. El protestante Emerson prescinde de buena gana de todo cetero, de todo vínculo con el pasado, de toda mediación europea.

¿Cuál era, en el Transcendental Club, el problema dominante? Era todavía el problema, ya bastante viejo, del desequilibrio entre la virgen inmensidad del continente (geografía) y los modestos productos del genio norteamericano (historia). Ahí donde Goethe veía una feliz, inconsumada pureza, esos norteamericanos lloraban sobre su impotencia, sobre la falta de violentas pasiones y de tristes (pero entéricas) disputas: "¡No tener ni una gota de la fuerte sangre negra de los ingleses! ¡No tener dientes y garras, ni nervio y puñal!" (semi-parafrastrás, ciertamente involuntaria, de las *Ritter- und Käuobergeschichten*).²²² América es un país mediocre e inquieto, "una nación sin aristocracia". ¿Y sus grandes hombres? "¡Juiciosos y tímidos en su mayor parte, no tienen temperamento de fuego." Son inconcuyentes, superficiales, presuntuosos.²²³

Pero toscos y feroces habían sido también los ingleses, en un tiempo: y entre ellos han aparecido un Shakespeare, un Milton, un Carlyle. Quizá en la bruta insensibilidad de los norteamericanos se incuba el germen de su Genio futuro. Cuanto más sufre por la miserable situación presente, tanto más se llena de entusiasmo y de fe el "trascendentalista". Emerson por lo que un día será América. "Aun no hemos tenido un solo genio en América... Sin embargo, América es un poema ante nuestros ojos; su vasta geografía deslumbra la imaginación, y los versos no cesarán esperar demasiado tiempo."²²⁴ Es claro que este ideal trascendente no sólo a la ruda América de aquel entonces, sino también a la cultísima Europa. Emerson, que a pesar de todo admira infinitamente a Inglaterra —¡hasta el grado de decir, como cualquiera de los viajeros ingleses que recorrian los Estados Unidos, que los ingleses son más altos y robustos que los norteamericanos!—, encuentra también allí aquello precisamente que los europeos encuentran y encontrarán por regla general entre los yanquis, un exceso de espíritu mercantil, un interés demasiado exclusivo por las artes mecánicas y las técnicas utilitarias. Mas

²²² Y, en efecto, la reverencia de Emerson por los fieros sajones era de un culto y una inspiración "góticos", véase Samuel Kliger, "Emerson and the usable Anglo-Saxon past", *Journal of the History of Ideas*, vol. XVI (1955), pp. 476-493.

²²³ Brooks, *The life, op. cit.*, pp. 108, 194-199: "Not one drop of the strong black blood of the English race! No teeth and claws, no nerve and dagger!"; "... a country without an aristocracy"; "Staid and timid mostly — no fiery grain". Cf. también Brooks, *The flowering*, *op. cit.*, pp. 269-270; en cambio, el nacionalista Ingersoll habla negado orgullosamente (1810) que hubiese "more ferocity in the English than in the American character"; Tryon, *A mirror, op. cit.*, p. 27. Para Emerson, hasta los cuerpitos de los americanos están físicamente inacabados (*The life, op. cit.*, pp. 196, 208). Y véase también "Race", en los *English traits* (*Selected essays*, ed. cit., pp. 229, 241, 245), donde hay, al parecer, un recuerdo de las polémicas sobre la estatura de los americanos (véase *supra*, pp. 223-225).

²²⁴ *The poet*, en *Selected essays*, ed. cit., pp. 148-149: "We have yet had no genius in America... Yet America is a poem in our eyes; its ample geography dazzles the imagination, and it will not wait long for metres". Y también: "Massachusetts, Connecticut River and Boston Bay you think palfrey places, and the ear loves names of foreign and classic topography. But here we are; and, if we will tarry a little, we may come to learn that here is best" (*Herzism, ibid.*, p. 108). Curtius ve en los pasajes citados de *The poet* el anuncio, típico del nuevo genio americano, de una unión de la naturaleza con el espíritu, de una eterna Revelación con el trabajo cotidiano.

²²⁵ Bern, 1950, pp. 130, 133-135).

tarde, discutiendo acerca de la *Culture*, se lamentará: "Todos los americanos educados, tarde o temprano, van a Europa...? No podemos extraer nunca esa tenia de Europa del cerebro de nuestros compatriotas?"²²⁵ De año en año, cada vez con mayor convicción, Emerson descubre la señal de un alto Destino justamente en la desnudez y en la escueta grandeza de América. Ya en 1844, transmite con notable desenvoltura los signos telúricos en auspicios mesiánicos. Es de creer "que aquí existirán leyes e instituciones en una escala proporcionada a la majestad de la naturaleza. Los hombres que legislan para el área que se extiende entre los dos océanos sentirán que algo de la gravedad de la naturaleza se infiltrará en el código"²²⁶

Pero todo este discurso es típico, con su contraste de "joven" americano y viejos europeos, de ferrocarriles democráticos opuestos a la cultura medieval del Mundo Antiguo, del virgen suelo americano que se brinda como remedio a los "errores de una educación escolástica y tradicional", y del Comercio (con C mayúscula) que reduce a polvo las fuerzas del Despotismo, del Feudalismo y de la Autocracia. En la peroración, Emerson, como antes Paine, opone triunfalmente a Inglaterra, abrumada de tradiciones feudales, la frescura de la civilización norteamericana:

Nuestras casas y nuestras ciudades son como musgos y líquenes, tan leves y nuevas; pero la juventud es un defecto del que día a día nos iremos emmendando. También esta tierra es tan vieja como el Diluvio [subconsciente polémica contra las tesis de la inmadurez del Continente?], y no carece de ninguno de los ornamentos o privilegios que puede otorgar la naturaleza. Aquí las estrellas, aquí los bosques, aquí las colinas, aquí los animales, aquí los hombres abundan, y concurren las vastas tendencias de un nuevo orden... un estado social nuevo, y más excelente que ninguno de los que constan en la historia.²²⁷

Una vez más, hasta las "estrellas" son convocadas para garantizar el destino del Continente. La antiquísima astrología realitora en los sueños y en las predicas del utopista.

²²⁵ *Selected essays*; ed. cit., p. 382: "All educated Americans, first or last, go to Europe... Can we never extract this tapeworm of Europe from the brain of our countrymen?" Resuena aquí, a lo que parece, el orgulloso repudio de Jefferson (carta a J. Banister Jr., 15 de octubre de 1785, ed. Modern Library, pp. 385-388); sobre la futilidad de los viajes, cf. *Selected essays*, ed. cit., pp. 31-33. Análogas expresiones ("Forget Europe wholly", etc.) se encuentran en J. R. Lowell, *A fable for critics*, 1848, en B. Rascoe (ed.), *An American reader*, op. cit., p. 363.

²²⁶ *The young American*, 1844, en *Complete works*, ed. cit., vol. I, p. 370: "... that here shall laws and institutions exist on some scale of proportion to the majesty of nature. To men legislating for the area betwixt the two oceans, somewhat of the gravity of nature will infuse itself into the code".

²²⁷ *Ibid.*, p. 395: "Our houses and towns are like mosses and lichens, so slight and new; but youth is a fault of which we shall daily mend. This land too is old as the flood, and wants no ornament or privilege which nature could bestow. Here stars, here woods, here hills, here animals, here men abound, and the vast tendencies concur of a new and more excellent social state than history has recorded". Cf. Ch. and M. Beard, *The American spirit*, op. cit., p. 197, y *supra*, p. 226, nota 401. También Walt Whitman, en su discurso sobre Lincoln (1879), hablara de la "western star", el planeta Venus, que brilla "as if it told something, as if it held rapport indulgent with humanity, with us Americans" (citado en Mathiessen, op. cit., p. 619).

No tan segura es la garantía que ofrecen otros factores materiales mas próximos. A medida que envejece, Emerson repite cada vez con mayor debilidad los ecos de la metafísica germanica y en cambio, absorbe buclianas aplicaciones a la historia.²²⁸ Por más que siguió admirando y celebrando a Humboldt, quien había resuelto en armonía la antigua relación causal y determinista entre el ambiente y la creatura,²²⁹ Emerson llegó casi a permitir que el clima "controlara" al hombre, a menos que éste fuese un genio ético:

La civilización más elevada nunca ha tenido cartillo por las zonas crímenes. En los lugares en que cae la nieve, allí es donde suele haber libertad civil. Donde se dan los platamos, el sistema animal está abotargado e indolente a costa de las cualidades superiores, y el hombre es sensual y cruel. Pero esta escala no es invariable. Puede haber altos grados de sentimiento moral que tengan a raya las influencias desfavorables del clima, y algunos de nuestros más excelsos ejemplos de hombres y razas provienen de las regiones ecuatoriales.²³⁰

Y concluya, con una típica transacción lógica, que para el progreso civilizado "el clima templado constituye una influencia importante, aunque no absolutamente indispensable";²³¹ o bien, que "la expresión del carácter... es, en gran medida, cuestión del clima. En los climas templados existe un modo templado de hablar, en los climas tórridos un modo indiferente".²³² En cuanto a su América, en particular, el patriota Emerson encuentra que posee una afortunada mezcla de ventajas—"a happy blending of advantages"—, inclusive los ardores estivales del Ecuador, propio al genio y a los pepinos;²³³ pero, siempre triebante, más tarde lamenta

²²⁸ En su *History of civilization in England* (1857; trad. A. Baillet, París, 1911), vol. I, pp. 111-138), el coniano Buckle se esforzó en demostrar con razones históricas por qué tan gran parte de las Américas quedó en una sombra de civilización y sólo en México y en el Perú se formaron organismos sociales y políticos relativamente evolucionados. En América, como en las demás partes del mundo (excepto Europa, centro de su universo histórico), la Naturaleza pesa sobre el hombre, lo mantiene salvaje y miserable, exalta su "magnitud" y deprime su "razón". Y, por lo tanto, sirve más bien de obstáculo que de estímulo a la civilización.

²²⁹ Véase *supra*, p. 378.

²³⁰ "Civilization", en *Society and solitude* (1870), *Complete works*, ed. cit., vol. VII, pp. 25-26 (pero el ensayo citado es de 1861-62; véase *ibid.*, pp. 351-352): "The highest civility has never loved the hot zones. Wherever snow falls, there is usually freedom. Where the banana grows, the animal system is indolent and pampered at the cost of higher qualities, the man is sensual and cruel. But this scale is not invariable. High degrees of moral sentiment control the unfavorable influences of climate; and some of our grandest examples of men and races come from the equatorial regions". Cf. Ch. and M. Beard, *The American spirit*, op. cit., p. 191.

²³¹ "Civilization", loc. cit.: "temperate climate is an important influence, though not quite indispensable". Ya Kaynal habla exonerado el hombre de la degeneración tropical, porque el hombre tiene más "moral" (cf. *supra*, p. 43).

²³² *The superlative*, en *Complete works*, vol. X, p. 176: "the expression of character... is, in a great degree, a matter of climate. In the temperate climates there is a temperate speech, in torrid climates an ardent one".

²³³ *Journals*, 28 de junio de 1847, ed. cit., vol. VII, p. 294. Berkeley (*Alciphron*; or *the Minute philosopher*) habla comparado "the southern wits to cucumbers, which are commonly all good in their kind, but, at best, are insipid fruit; while the northern geniuses are like melons, of which not one in fifty is good, but when it is so, it has an exquisite relish"; y Hume aceptó esta observación (*Essays*, ed. cit., p. 215).

taba, si bien en tono juguetón, que en América no se supiesen reparar los estragos del clima ("the exhaustions of our climate"), mientras que el "mental power" de los literatos era restaurado por el vino en Inglaterra, por el *whisky* en Escocia, por la cerveza en Alemania, etc.²³⁴

Finalmente, durante la guerra de Secesión, su antiguo aborrecimiento de la esclavitud (idónea y conveniente, decían algunos, para el muelle clima del Sur)²³⁵ volvía a expresarse con acentos en que resuenan de extraña manera las antiguas teorías, tomadas de Montaigne y de Voltaire, pero ya criticadas por Hume: "Freedom... long she loved the Northern well; / now... she will not refuse to dwell / with the offspring of the Sun."²³⁶

La libertad, fiel amante del nevoso Septentrión, a duras penas se acomodara a vivir en los trópicos. No le gustan los plátanos ni los pepinos. En el Norte, al menos, cuando se sentía débil, se tonificaba con alguna buena copa.

13. (b) LOWELL Y MELVILLE: MBSIANISMO Y DESPERRACIÓN

Menos razonada que en Emerson, la fe mística en el destino privilegiado del Continente Nuevo, en su arcaica y mesiánica predestínación, ahora en los principales escritores norteamericanos de sus tiempos, excepto, naturalmente, en Edgar Poe. Algunos, como Thoreau y Whitman, pueden considerarse discípulos directos del sabio de Concord. Otros, como Lowell y Melville —rico el primero de juguetón *humour*, cuanto escaso de él era Emerson, y el segundo calvinistamente impenetrable al flúido lleno de optimismo del trascendentalista—, acuden igualmente a fuentes más remotas, o a experiencias más personales, pero confluyen en la misma corriente. En todos hay por lo menos algún acento polémico anti-europeo, y una divinización de la Naturaleza que a veces tiene matices de adoración, y a veces de terror. Hasta cuando exaltan la nueva sociedad de los Estados Unidos, nueva por ser reciente o incluso porque sólo mañana será realizada, se preocupan por "deducirla" del ambiente físico, y creen como en un artículo de fe en su armonía prestablecida con la inmensidad del continente, la virgen lozanía de las selvas y el impetuoso poder de los grandes ríos. Anclan sus ideales, a menudo inciertos o desalentados, en los incommovibles y altísimos amarraderos de una Naturaleza maravillosamente prodiga.

"Ovidad por completo a Europa", amonestaba (1848) James Russel

²³⁴ *Journals*, agosto de 1861, ed. cit., vol. IX, p. 333.

²³⁵ De la esclavitud decía curiosamente (1848) un temerario politicastor en Detroit: "think it the best thing for the nigger, the master, and the unhealthy climate of the South" (J. L. Peyton, *Over the Alleghenies and across the Prairies*, London, 1870, en W. S. Tryon, *A mirror for Americans*, op. cit., p. 596; cuando estálo la guerra de Secesión, Peyton sirvió lealmente a los confederados y se quedó luego en Inglaterra hasta el año 1876).

²³⁶ *Voluntaries*, octubre de 1863, ed. cit., vol. IX, p. 206; ["La Libertad... quiso bien durante mucho tiempo a los habitantes del Norte; ahora... no se negará a vivir en la cual menciono apenas el abolicionismo e invito a venerar el Aguilta americana, pero no el Favoreal americano, véase la relación de un oyente mal dispuesto, Anthony Trollope, *North America*, ed. cit., vol. II, pp. 7-8.

Lowell, "dejada que se mote": Dad gracias a Dios de que entre Europa y vosotros se extienda un ancho océano; y olvidados de toda tradición, sueltos de todo vínculo, enderezados como los pinos de vuestros bosques, constituid vuestros proyectos sobre la escala de todo un hemisferio, mantenednos fieles a vosotros mismos, a este siglo decimonono y a vuestros propios instintos americanos — así, ni más ni menos: "to your New-World instincts, completamente nuevo, con tal que tengáis bien abiertos los ojos a los primeros repiques del Futuro."²³⁷

Con el primer Melville (1846-47) renace, en un Occidente un poco más occidental, en los archipiélagos de la Polinesia, el mito del buen salvaje, sereno, afable, gentil y discreto, desconocedor de altercados, de delitos y de internos tormentos espirituales: el salvaje que es antropólogo y feliz hasta el momento en que lleguen los misioneros, franceses o ingleses, seguidos regularmente de rapaces mercaderes,²³⁸ y que alcanzará la viva forma del arte en el noble canibal Queequeg de *Moby Dick*.

Pero el anhelo hacia el primitivo como símbolo de inocencia y de espontánea bondad estaba retenado en Melville por la persuasión de la maldad original, de la innata depravación del hombre.²³⁹ La tensión del dilema se descargaba por completo sobre el "blanco" que venía a turbar la inocente pureza del "indígena". La presunción de la gente "civilizada" irritaba, por lo tanto, a Melville, rebosante de proféticas coleras y de salomónica desesperación, pero al mismo tiempo hijo espiritual de Jean Jacques,²⁴⁰ como la más vana de las hipocresías.

²³⁷ *A fable for critics*, loc. cit., pp. 363-364. Lowell "as an underprudent had issued eagerly to *The American scholar*" (Mathiessen, op. cit., p. 37). Más tarde habían burlado de la cultura norteamericana: *On a certain condemnation among foreigners* (de la cual tomaba pie Matthew Arnold para decir *A word about America*, 1882, en *Five uncollected essays*, ed. cit., pp. 1-22). Y, así como Francis Lieber había explicado (1834) la falta de una literatura norteamericana diciendo que una nación o un individuo "could not at the same time attend to arts and letters and to a thousand things more directly connected with the well-being of life" (Curti, *Probing our past*, op. cit., p. 144), así Lowell replica a la interrogación famosa de Sydney Smith (véase *supra*, p. 374, nota 328), por la cual se siente todavía escaldado y herido, que América tiene que entricarse antes, para poder luego cultivar las letras: "the arts have no chance in poor countries. The *Edinburgh Review* never would have thought of asking «Who reads a Russian book?», etc. (citado en Tryon, *A mirror*, op. cit., p. xiii): un buen ejemplo de *spectal pleading*, desartollado, aunque sin fines abogadiles, por Henry James (cf. *infra*, p. 503).

²³⁸ Mathiessen, op. cit., p. 376. Melville se dio cuenta, inmediatamente, de que "all the pretences of civilization might be no better grounded" que las de los misineros, y descubrió en consecuencia — él, decidido anti-esclavista — también de la propaganda de los abolicionistas (*ibid.*, p. 383). Otras justificaciones del salvaje *quá* *talis*, en Pearce, op. cit., p. 244.

²³⁹ "That Calvinistic sense of Innate Depravity and Original Sin, from whose visitations, in some shape or other, no deeply thinking mind is always and wholly free", escribió el mismo Melville a propósito de Hawthorne (*apud* Mathiessen, op. cit., p. 190; cf. *ibid.*, p. 243).

²⁴⁰ Partridge, vol. II, p. 264; Mathiessen, op. cit., p. 377.

463. Los "salvajes", dice Melville, no existen. Son paganos y bárbaros a quienes los sanguinarios agresores han enfreído hasta hacerlos selváticos (*Typee*, IV, en *Romances*, ed. cit., p. 27; cf. *ibid.*, XVII y XXV-XXVII, pp. 91-92 y 137-144; *Omoo*, XVII-XIX, loc. cit., pp. 291-298). El simpático Larry no hace otra cosa que cantar la vida "free and easy" de los pueblos en estado natural; y su "sentimental distaste for civilized society" lo impulsa a "some illiberal insinuations against civilization", que

Victoriosos en la rebelión, los norteamericanos han alzado una cresta jactanciosa, "a vanitful crest".²⁴⁴ Y libres, sí, pero sólo porque durante un tiempo han desafiado juvenilmente las potencias y las convenciones del pasado, están perdiendo ya con los años su libertad y amenazan la libertad ajena: "el que odiaba a los opresores se ha convertido a su vez en opresor".²⁴⁵ maltratado en el interior a los pobres esclavos negros y amañando a las naciones vecinas, y también a las menos vecinas, con un agresivo expansionismo digno de un zar cualquiera.²⁴⁶

A sus concudados, Melville les hace gritar palabras muy parecidas a las que Dickens ponía en labios de los ridiculizados norteamericanos del *Martin Chuzzlewit*:

"Ha visto usted alguna vez una tierra como esta? No es una grande y extensa república? Observe, por favor, qué altos somos [el viejo alarde de la estatura!]; ¡paíse no mas nuestros muslos! No somos un pueblo glorioso? Y ahora tiénte nuestras barbas [!los norteamericanos no son impuberes!]²⁴⁴

Las montañas de Inglaterra son imperceptibles gibosidades del terreno frente a las nuestras; sus ríos, miserables arroyuelos; sus imperios, aldeas; sus palmeras, matas.²⁴⁵ Y, como antes Dickens, Melville no tiene miramientos ni con el escudo ni con la bandera de los Estados Unidos: rojas como las fajas de la bandera son las fajas sangrientas que el látigo terminan con el estribillo: "Blas! Ameriky, I say!" (*Redburn*, 1849, XXI, loc. cit., p. 152); cf. las "unhansome notions" del hisado de *The confidence-man* "about free Ameriky, as he sarcastically called his country"; XIX, ed. cit., p. 124). Y Melville concluye: "We may have civilized bodies and yet barbarous souls" (*Redburn*, XVIII, loc. cit., p. 1648; cf. *infra*, p. 474, nota 253).

²⁴¹ *Mardi*, 1849, CXVI, loc. cit., p. 635.

²⁴² *Ibid.*, CXVI, loc. cit., p. 666: "he, who hated oppressors, is become an oppressor himself".

²⁴³ *Ibid.*, CXI, loc. cit., p. 669; CXIV, pp. 674, 676. Sobre la esclavitud y el separatismo del Sur, *ibid.*, CVII y CXXII, loc. cit., pp. 659 y 669-672. Sobre la inícia opresión de los píeles rojas, *ibid.*, CXIV, loc. cit., pp. 633-634, y *The confidence-man*, XXV-XXVII, loc. cit., pp. 173-189.

²⁴⁴ *Mardi*, CVIII, loc. cit., p. 659: "Saw ye ever such a land as this? Is it not a great and extensive republi? Pray, observe how tall we are; just feel of our thighs; are we not a glorious people? Here, feel of our beards."

²⁴⁵ Cf. los comentarios de Van Wyck Brooks, *The times of Melville and Whittman*, London, 1948, p. 120 nota, y Matthiessen, *op. cit.*, pp. 382-383. Véase también todo el ferroz y frenético discurso del diputado de Ohio, en *Mardi*, *ibid.*, pp. 661-662. Partridge (*op. cit.*, vol. II, p. 266) pone muy bien de relieve que las críticas melvillianas a la civilización norteamericana eran tan radicales ("he outran Thoreau in contempt for current material ideals"), que la América de su tiempo no llegó siquiera a enterarse: "It turned away and ignored him". Y de manera más genérica Wish, *Society and thought in early America*, *op. cit.*, p. 464: "his novels seemed too pessimistic for the optimistic 1850's". También de los personajes de *The confidence-man* (1856-57) se ha dicho que "[they] support Dickens' worst charges in *Martin Chuzzlewit*" (John Freeman, *Herman Melville*, London, 1926, citado por L. Mumford, *Herman Melville*, New York, 1929, p. 253, y cf. p. 281; pero Mumford rechaza esa afirmación). En realidad, no obstante la semejanza de una que otra escena, como la del vendedor de lotes en la proyectada ciudad de New Jerusalem (*The confidence-man*, IX, ed. cit., pp. 71-72; cf. *Martin Chuzzlewit*, ed. cit., pp. 423-424), Dickens hace la sátira de los norteamericanos, mientras que Melville rocea de sarcasmo a toda la humanidad. Al *Martin Chuzzlewit* y a Mrs. Trolope se remite confusamente también Roy Fuller, introducción a la citada edición de *The confidence-man*, p. xii.

deja en el lomo del esclavo,²⁴⁷ y esa pretendida agulla rapaz apenas se distingue de un buitre cubierto de sangre.²⁴⁷

Se trata siempre de desahogos intermitentes, no razonados. Pero se emmarcan perfectamente en su radical pesimismo frente a la sociedad civilizada, pesimismo nutrido por el espectáculo de un mundo en que reinan la esclavitud, la tiranía y la prepotencia, y que a su vez servía de refuerzo al sentido trágico que Melville tenía del terrible poder del Mal, —esa combativa obsesión que se encarnará en la cara de la ballena blanca, y que será la vida misma y la última ruina del capitán Ahab, in-trepido y maldito, triste héroe y condenado seguro.

Así, pues, Melville no podía sentirse muy feliz al leer los zalameros sermones de Emerson, no obstante que tenía por él una sincera y reverente admiración.²⁴⁸ Pero el ideal proyectado por Emerson en un tiempo "trascendental", o sea fuera del tiempo, seguía siendo siempre su espedjismo, su sueño imposible y necesario.

América, la libre Vivenza, la isla prodigiosa del *Mardi*, es una tierra bendita de Dios, es la patria de elección de los espíritus libres, el país de la juventud, de la primavera, del amor, "la tierra mejor y más feliz que hay bajo el sol".²⁴⁹ Y en su "primera obra verdaderamente madura",²⁵⁰ el *White Jacket* (1850), Melville entona el coral de la predicción del pueblo norteamericano: pueblo elegido, sacerdotat, "el Israel de nuestros tiempos", que, habiendo sacudido el yugo hace apenas setenta años, obediente al divino mandato, figura ya como el "pionero de la humanidad", como el arca de refugio para los "paganos políticos", los optimidos y los desterrados, fuerte por ser joven, sabio por ser inexperto, la vanguardia que abre un nuevo camino en el Nuevo Mundo que es suyo,

²⁴⁶ *Mardi*, CVIII, loc. cit., p. 659. Ya un americano por lo menos, Cooper, había encontrado fea la bandera con sus barras y estrellas, así como juzgaba insignificantes las bellezas del paisaje norteamericano en comparación con las de Italia y de Suiza (Castle, *op. cit.*, pp. 417-418).

²⁴⁷ *Mardi*, CXI, *ibid.*, p. 667. Tampoco a Hawthorne le gustaba el heráldico pararraco: "this unhappy fowl, she appears, by the fierceness of her beak and eye, and the general truculency of her attitude, to threaten mischief to the offensive community", etc. (*The scarlet letter*, 1850, "The custom-house", ed. cit., pp. 2-3).

²⁴⁸ Véase L. Mumford, *Herman Melville*, *op. cit.*, pp. 140-141; Matthiessen, *op. cit.*, pp. 181-182, 184-186, 472, nota 1. Sus expresiones de júbilo por el nacimiento de una auténtica literatura norteamericana, sin deudas para con Europa —"let us away with this leaven of literary flunkysim toward England"—, han sido comparadas por el mismo Matthiessen (*op. cit.*, p. 191) con el tono de *American scholar*. Pero en el amargo *Confidence-man* hay la sátira de un filósofo mistificante y sentencioso en el cual parece posible reconocer a Emerson (*op. cit.*, XXXVI-XXXVII, pp. 224-235).

²⁴⁹ *Mardi*, CIV, CXI, pp. 652-653, 667: "the best and happiest land under the sun". También en su obra maestra se ha visto una expresión de su entusiasmo por la vastedad de los Estados Unidos: "Melville reflected the physical size of his country in the vast conception of *Moby Dick*, giving the chapter on the ocean the title of 'The Praties'" (*Times Literary Supplement*, April 18, 1952; pero el capítulo LXXXIX, "The Pacific", se compara con las praderas en el capítulo CXI, "The Pacific"). Sobre la afinidad lírica entre Océano y Pradera, cf. Lewis, *The American Adam*, *op. cit.*, pp. 92, 99.

²⁵⁰ G. Baldini, *Melville, o le ambigua*, Milano-Napoli, 1952, p. 6; sobre su éxito de público, véase *ibid.*, pp. 215-216. Entre los admiradores del libro (y de casi todo Melville) se cuenta T. E. Lawrence, que hubiera querido escribir uno parecido sobre la aviación inglesa de 1920, mejor que sobre la marina norteamericana de 1820 (*Letters*, ed. Garnett, London, 1938, pp. 402, 458).

completamente suyo por derecho de nacimiento: "el resto de las naciones debe quedar muy pronto a nuestra zaga"²⁵¹

No se trata, pues, de una variación del tema "pesimos los pobladores, óptimo el país", porque Melville resuelve confiadamente en el futuro el áspero contraste que advierte en el presente. La ira contra la realidad política de la época se derrama, no se descarga en sarcasmos y en grotescas caricaturas, porque inmediatamente el poeta vuelve y clava la mirada en las luminosas visiones y perspectivas del Futuro: en el nuevo mundo que los bardos han prometido a la "nueva" estirpe de los americanos y al vínculo de sangre que unirá a los Estados Unidos y a Inglaterra, que atará el presente preñado de porvenir al pasado cargado de gloria, de tal modo que toda la tierra doblará la cabeza frente a ellos.²⁵²

Es este un sueño que se complace en soñar una y otra vez, y siempre sin indulgencia para la América que conoce y sin vacilaciones en cuanto a lo que será América un día. Cuando se dispone a narrar el famoso, casi legendario encuentro naval en que Paul Jones sobre el pequeño «Bonhomme Richard» obligó a rendirse al navío inglés «Serapis» (1778), se detiene durante algunos momentos para buscar en el signo profético:

Copartícipe, con Inglaterra, de una misma sangre, y sin embargo enemiga declarada suya en dos guerras—no totalmente dispuesta, en el fondo, a olvidar una vieja inquina—, intépida, sin principios, implacable, rapaz, dotada de una ambición sin límites, civilizada en lo externo pero salvaje en el corazón, América es, o puede serlo todavía, el Paul Jones de las naciones.²⁵³

²⁵¹ *White Jacket* (1850), xxxvii, loc. cit., p. 1199, al final de la digresión contra el látigo como castigo a bordo de los buques de guerra norteamericanos, y poco después de una elaborada antitesis entre el Pasado, enemigo de la humanidad, y el Futuro, que es su esperanza. El énfasis de la tirada se debe a la intención polémica de Melville, que quiere hacer resaltar la incongruencia de los castigos corporales en la marina de un país tan santamente predestinado. Por lo demás, también el lirismo de los augurios de *Mardi* es ocasional, y su objeto es servir de contrapeso a las conclusiones críticas contra todos los demás estados del mundo. Van Wyck Brooks (op. cit., pp. 121-123) cita el pasaje de *White Jacket* y otros semejantes de *Redburn* y los comentarios con las ideas de Emerson y de Whitman. Pero Matthiessen (op. cit., p. 444) limita el alcance del augurio de *Redburn* y le contrapone la amarga profecía del *Israel Potter* (véase *infra*, nota 253, el texto "Sharing the same blood...") sobre la América futura, predatoria y sin escrúpulos; cf. también *Moby Dick*, ed. Modern Library, pp. 63, 396.

²⁵² *Mardi*, cxlvi y cxlix, pp. 636 y 662-663. El inglés como lengua del nuevo Edén que ha de crearse en América: *Redburn*, xxxiii, loc. cit., p. 1572. Sobre la augusta majestad de un simple Presidente de los Estados Unidos: *White Jacket*, xl, loc. cit., p. 1207.

²⁵³ *Israel Potter* (1855), xix, loc. cit., p. 1430: "Sharing the same blood with England, and yet her proved foe in two wars—not wholly inclined at bottom to forget an old grudge—intrepid, unprincipled, reckless, predatory, with boundless ambition, Jones of nations" (véase la nota 240 en la p. 472). En el mismo libro se lee (vi-viii, loc. cit., pp. 1376-1399) una semejanza de Franklin hecha con cierta actitud. Sobre América colonizada por genes diversas, y por lo tanto heredera de todos los tiempos y cosmopolita, véase *Redburn*, xxxiii, loc. cit., pp. 1571-1572: "we are not a nation, so much as a world". Así, pues, América debe permanecer abierta a todos los inmigrantes, "for the whole world is the patrimony of the whole world" (*ibid.*, xviii, loc. cit., p. 1647).

En la luna de la batalla, Paul Jones, al inglés que lo veíairse a pique y lo intimidaba a rendirse, le respondió con la célebre, clásica frase: "Ann no he comenzado a pelear" ("I have not yet begun to fight"). Pero Melville no se detiene a transportar por furros heroicos, y al final comenta: "El hombre de esta batalla, podemos preguntarnos: ¿qué es lo que separa al hombre ilustrado del salvaje? ¿Es la civilización algo aparte, o simplemente una fase avanzada de la barbarie?"²⁵⁴

El tema de la noche o hipócrita civilización reaparece, resurge en *medio leporum*, irrumpe del corazón mismo del fábullo. Y cuando el viejo Melville habla (*Clarel*, 1876) de la "impiedad del Progreso" y de los cien mil corrompidos demagogos que sobre las vastas llanuras de América fundarán una inerte "China anglosajona", o sea una sociedad muerta en el momento de nacer, y sólo agitada por la prisa y por el ansia blasfema de novedades mecánicas,²⁵⁵ parece renunciar verdaderamente aun a la esperanza en la América del Porvenir, y unirse a los más despiadados jueces y flageladores del continente.

Pero tal vez sea más correcto interpretar sus juveniles auspicios triunfales como una reacción instintiva a las funebres profecías europeas: una agría baladronada polémica, semejante en todo, sobre el plano de moda de la filosofía de la historia, a los alegatos de los naturalistas que habían contrapuesto los sabrosos frutos del trópico a los descoloridos e importados con que tienen que contentarse los habitantes del miserable Viejo Mundo; y, en cambio, ver en su más tardía y desilustrada amargura el precio atradamente pagado por una infatigable demagoguía rousseauiana de una bienaventurada sencillez natural, soñado un tiempo entre los caníbales de la Polinesia. "Consérvate fiel a los sueños de tu juventud"—"Keep true to the dreams of thy youth"—, ¿no era éste su lema?

En Melville, como antes en Emerson, se vuelven a encontrar así, unos y exasperados de tan unidos—, los dos polos extrínsecos de América como un solo inmenso respirador de luz, y América como negación de toda luz. La disputa, antes transatlántica, se hace ahora interna, y por ello mismo mucho más incierta y tormentosa. Los argumentos adoptados *ex utraque parte* son ahora tan familiares, que se alternan, se entrelazan y luchan en la consciencia de todo americano que se haga a sí mismo la pregunta de lo que verdaderamente es y representa ahora internamente. Otras expresiones de odio a la guerra y de repugnancia por los ejércitos permanentes y las flotas navales, en *White Jacket*, xlix, loc. cit., pp. 1233-1234.

²⁵⁴ *Israel Potter*, loc. cit., p. 1438: "In view of this battle—one may ask—what separates the enlightened man from the savage? Is civilization a thing distinct, or is it an advanced stage of barbarism?" Otras expresiones de odio a la guerra y de repugnancia por los ejércitos permanentes y las flotas navales, en *White Jacket*, xlix, loc. cit., pp. 1233-1234.

²⁵⁵ Cf. Parrington, op. cit., vol. II, pp. 266-267; Mumford, op. cit., pp. 313-320; Matthiessen, op. cit., pp. 495-496; Baldwin, op. cit., pp. 174-175; H. N. Smith, op. cit., pp. 208-210. —y, para otras expresiones más antiguas (1853-55) de horror por el maquinismo, véase *The things of Melville and Whitman*, op. cit., pp. 189-190. Sarcasmos sobre la locomotora, "that old Dragon... that gigantic gad-fly of a Moloeh", "the chartered murderer! the death monopolizer!", en *Cock-a-doodle-oo!* (1853), *The complete stories of H. Melville*, ed. J. Leida, New York, 1949, p. 121, y en varios otros lugares. Se comprende que T. E. Lawrence, lector asiduo de Melville, juzgase el olvidadísimo *Clarel* "one of his finest works" (*The letters of T. E. Lawrence*, ed. cit., p. 458).

Whitman es un espíritu más llamado y altisonante, pero Henry Thoreau, el solitario, el sentimental, el franciscano Thoreau es mucho más áspero e incisivo. ¿América, tierra de la libertad? ¡Ea, que dispun- rate!, replica Thoreau, que piensa no sólo en la esclavitud de los negros, sino también y sobre todo en la de los blancos: "aunque concedamos que el americano se ha liberado de un tirano político, la verdad es que sigue siendo esclavo de un tirano económico y moral". El americano es esclavo del Rey Prejuicio, y no sabe valerse de la libertad política para conquistar la verdadera libertad, que es la moral: "¿De qué nos ufamamos? ¿De una libertad de ser esclavos, o de una libertad de ser libres?"²⁶³

Ni el gobierno de los Estados Unidos ni, por lo demás, ningún otro gobierno, valen nada. Y, por consiguiente, no viene al caso armar tanto alboroto hablando de la gloria y la bendición de Dios que consiste en ser americanos: "Yo quisiera recordarles a mis conciudadanos que pri- meramente tienen que ser hombres, y americanos sólo más tarde, en el momento oportuno"²⁶⁴

Terminados los quehaceres serios, si sobre tiempo, podemos entre- tenernos también con las quimeras nacionales. Esta disolución del espe- cífico americanismo en la común humanidad parece cerrar el paso a todo delirio sobre el destino más o menos manifiesto de la Unión o del con- tinente. Y todavía más refractaria a las presagiatas armonías entre admirables distancias y empresas memorables se nos muestra otra dote de Thoreau, que es incluso su verdadero núcleo espiritual: nos referi- mos a esa capacidad de perderse y volver a encontrarse todo en el más pequeño y limitado de los mundos, de hacer del estanque de Walden un universo inédito e inagotable, y del individuo Henry David Thoreau el compendio y el prototipo del único género auténticamente humano.

Típico es su desprecio de los viajes, y hasta de los medios de loco- moción. Nada hay en él de la curiosidad de Ulises, y si una dogmática adhesión a la sentencia de Horacio: "Caelum, non animam mutant qui trans mare curant"²⁶⁵ ¿Qué importa el West, qué importa el África? Los únicos viajes que cuentan son los que se hacen dentro de nosotros, abriendo nuevas rutas, no al comercio, sino al pensamiento. Las fuentes del Nilo, el Níger, el Misississippí, el paso del Noroeste, son fútiles metas; ¿qué interés tienen para la humanidad? ("are these the problems which most concern mankind?"). No vale la pena dar la vuelta al mundo para contar los gatos de Zanzibar.²⁶⁶

La vanidad emersoniama del viaje a Europa se extiende a todo el globo,—sin exceptuar a la misma América. Quien ama la propia tierra más que el espíritu, la tierra en que tendrá su tumba más que el espíritu que anima su arcilla, será un patriota, si queréis, pero tiene un gusano

²⁶³ *Life without principle* (obra póstuma, 1863), en H. D. Thoreau, *Walden and other writings*, ed. Brooks Atkinson, New York, 1937, pp. 727-728: "even if we grant that the American has freed himself of a political tyrant, he is still the slave of an economical and moral tyrant...; is it a freedom to be slaves, or a freedom to be free, of which we boast?"
²⁶⁴ *Slavery in Massachusetts* (1854), *ibid.*, p. 673: "I would remind my country- men that they are to be men first and American only at a late and convenient hour."
²⁶⁵ ["Cambian de cielo, no de espíritu, quienes corren al otro lado del mar."]
²⁶⁶ Véase *supra*, p. 52.

presenta su país en el mundo, de lo que significa su patria en la his- toria.²⁶⁶

No hay que olvidar, después de todo, que Melville había acariciado durante mucho tiempo el mito de la superioridad del Occidente geogra- fico, Far West²⁶⁷ e incluso archipiélagos del Pacífico; ni que la mons- truosa grandeza de *Moby Dick*, más aún que su tremenda blancura, lo fascina como habría fascinado a Buffon y al padre Molina.²⁶⁸ ni tampoco que debía serlo conocido cuando menos algún aspecto de nuestra póle- mica, puesto que estaba familiarizado, no sólo con los viajes de Cook²⁶⁹ y de Ulla, sino también con Buffon²⁶⁶ y con la *Antimated nature* de Goldsmith.²⁶¹

14. (c) THOREAU: EL PRIMITIVISMO REDESCUBIERTO

Thoreau y Whitman son de distinta madera. Tal vez, en el fondo, no es- tan menos atormentados que Melville, pero ciertamente dan muestras de una seguridad que raya en el dogmatismo, y de una confianza en sí mismos y en su propio "mensaje", que les permite decidir soberanamente quienes son los buenos y quienes los réprobos, donde está la luz y dónde las tinieblas, y por lo tanto los impulsa a hacer prosélitos y a prodigar intimaciones y excomuniones.

De origen bastante más humilde que Emerson y Melville, Thoreau y Whitman son mucho más "democráticos" que ellos, en el sentido de que sitúan en la más común humanidad el criterio de todo valor espiritual, y de que los aspectos económicos de la sociedad moderna les interesan y les preocupan hasta el punto de que quisieran enfocarlos en un amoroso abrazo de largo metraje (Whitman), o eudúctos suprimiendo las máqui- nas y aun la división del trabajo (Thoreau).²⁶²

²⁶⁶ Con fácil ironía dialéctica, se podría demostrar que, en el plano lógico, la tesis de la excelso superioridad de América coincide con la de su irremediable debilidad, puesto que ambas la sitúan fuera de la historia y del progreso, en la inercia de un limbo primitivo o bien en la insuperabilidad de lo que está ya acabado y perfecto.

²⁶⁷ Véase el himno al místico y cósmico West, en *Mardi*, cxviii, *loc. cit.*, p. 680. También en el *Israel Potter*, se leen estas palabras acerca de Ethan Allen: "his spirit was essentially Western; and herein is his peculiar Americanism; for the Western spirit is, or will yet be (for no other is, or can be), the true American one" (*Israel Potter*, xxii, *loc. cit.*, p. 1450: ¡cuarenta años antes de Turner!). Nótese, aquí y en el texto citado en la nota 253, la expresión "or may yet be", que abre las puertas del refugio del futuro. También en *Kelburn*, Melville dice poéticamente que la sonda de Colón, al focar fondo, hizo brotar del mar el sueño del Paraiso Terrenal: "not a Paradise then, or now; but to be made so, at God's good pleasure, and in the fullness and mellowness of time" (xxxiii, *loc. cit.*, p. 1572).

²⁶⁸ Véase *supra*, p. 196, nota 250.

²⁶⁹ *Typee*, xxiv-xxv, *loc. cit.*, pp. 126, 130-131; *Omoa*, xviii, xlix, lxxk, *ibid.*, pp. 227, 297, 321, 358.

I saw in *Typee*? (*Typee*, xxix, *loc. cit.*, p. 146). Cf. *Mardi*, xii, *ibid.*, p. 399.

²⁶¹ Véase *Moby Dick*, ed. Modern Library, pp. xvii, 264-265; y *Typee*, xi, ed. cit., p. 64; cf. Pitman, *op. cit.*, p. 95 nota. Parece que la conoca en ediciones reducidas o abreviadas (véase la ed. de *Moby Dick* comentada por Luther S. Mansfield y Howard P. Vincent, New York, 1952, pp. 584, 748). Goldsmith novelista y comediógrafo es re- cordado en *White Jacket* (1850), xii, *loc. cit.*, p. 1137.

²⁶² Véase Matthiessen, *op. cit.*, pp. 77-78, 374.

en el cerebro: "patriotism is a magnet in their heads".²⁶⁷ En un poblacho cualquiera se encuentra toda la historia y toda la geografía: "las características y los anhelos de distintas épocas y razas de hombres están siempre presentes, en épitome, en cualquier aldea".²⁶⁸

La vencedora de las distancias, la desmembrada heroína de los tiempos nuevos — hasta Carducci, hasta Höpfer —, la locomotora, se transforma así a los ojos de Thoreau en símbolo del nefasto progreso técnico, en un monstruo, sí, pero verdaderamente infernal, que devasta y asesina: vez que se haya disipado su humo y condensado su vapor, la gente caerá en la cuenta de que pocos son los que viajan, mientras todos los demás son aplastados: "a few are riding, but the rest are run over".²⁶⁹

Última señal de escasa atracción por la lejanía: en 1845, Thoreau se retira a los bosques para vivir en ellos una vida lo más simple y primitiva posible. No faltaban por entonces en los Estados Unidos las selvas vírgenes en que un Tarzán voluntario, un Robinson silvestre, un rousseau-niano practicante pudieran "rentrer dans la forêt" y vivir a sus anchas lejos de todo contacto humano. Thoreau construye su cabaña a la orilla del laguito de Walden, a un par de kilómetros de Concord, sobre un terreno prestado por el propietario (Emerson), con un hacha facilitada por otro vecino, y allí recibe periódicas reuniones de amigos, y casi todos los días se dirige a la ciudad, cosechando la vía férrea, para hacer allí sus encargos y conocer los últimos chismes.

Huye a los bosques a dos pasos de casa. Pero no es una chiquillada suya, ni un ensayo de *camping* residencial, sin vehículo motorizado y sin latas de conservas alimenticias, ni una antipación experimental de la *routine* de los *commuters*, practicada actualmente por tan gran parte de los habitantes de las principales metrópolis. No es ninguna de estas cosas, aunque tiene un poco de todas ellas. En Walden, Thoreau vuelve verdaderamente las espaldas a la civilización y experimenta con extraodinaria frescura el escalofrío y la delicia de sentirse cerca de la tierra, del agua, de los animales. No es un poeta, ni un naturalista, ni un poeta-naturalista quien nos habla desde las páginas del famoso libro, sino un delicado moralista, que se abandona a una sensuálísima inclinación a la virginitad de la naturaleza y de ella saca, y sobre ella modula, aunque

²⁶⁷ *Walden* (1854), *loc. cit.*, pp. 286-287; cf. "the tapeworm of Europe" en los cerebros americanos, según Emerson (*supra*, p. 468).
²⁶⁸ *A week on the Concord and Merrimack Rivers* (1849), *loc. cit.*, p. 315; "the characteristics and pursuits of various ages and races of men are always existing in every neighborhood". Así, podía escribir Thoreau con orgullo y compunción: "I have travelled much in Concord" (el pequeño condado donde vivió durante casi toda su vida), y con un sarcasmo reforzado por su desprecio del dinero, decir de los auténticos pioneros del extremo Oeste, los buscadores de oro que emigraban a California, que lo que hacían en realidad era acercarse tres mil millas al infierno (*Journal*, 1^o de febrero de 1852, ed. Boston, 1949, vol. III, p. 266).

²⁶⁹ Cita del *Journal*, edición de 1951, hecha por Joseph Wood Krutch en el *New York Times Book Review*, May 20, 1951; pero no he logrado encontrar el pasaje ni siquiera con ayuda del excelente índice analítico en los catorce volúmenes de la edición de 1906-1949; véase, sin embargo, *Journal*, Boston, 1949, vol. V, pp. 266-267 (1853), y también *Walden*, *loc. cit.*, pp. 105-111. Al final de su escrito *An excursion in Canada* (1853), Thoreau resume: "In short, the Canada which I saw was not merely a place for rallops to terminate in, and for criminals to run to" (B. Rascoe, *An American reader*, *op. cit.*, p. 483). Cf. Melville, *supra*, p. 475, nota 255.

sea con cierta insistencia viciosista, pretendidas lecciones prácticas, y alegres, complacidas, egocéntricas gúmmatas.

No es fácil, pues, definir la personalidad de Thoreau. Su bagaje de ideas es modesto, y casi completamente de segunda mano. Su acento original se amortigua cuando más trata de cristalizarlo en epigramas, en aforismos, en bíblicos versículos. Sus gestos son más grandes en las intenciones que en la realidad, son actos simbólicos, exorcismos, fórmulas rituales. El solitario de Walden ha sido comparado por un maligno crítico inglés con un ermitaño en Hyde Park. Cuando, en señal de protesta contra la esclavitud y la guerra mexicana, Thoreau se niega a pagar una pequeña contribución y hace que lo metan en la cárcel, se queda aquí una sola noche, los amigos pagan en su lugar, y su relato de la aventura termina con palabras que quisieran ser de *humour*, pero que chirrían en su alusión a Fellico y a su cárcel de diez años: "Esta es la historia total de *Mis prisiones*".²⁷⁰

Su actitud es romántica, pero su armazón mental, no obstante los vínculos con los trascendentalistas, se remonta a una época anterior, es sustancialmente dieciochesca, racionalista, rígida y anárquica. El anarquismo de Thoreau descende probablemente de su fundamental egocentrismo (característica que daba pie a Lowell para decir que Thoreau aceptaba hasta sus defectos y sus debilidades como virtudes y poderes peculiares), pero es completo, y no le falta ninguno de los atributos reglamentarios. Típicamente anárquica es su divinización de la Naturaleza, anárquico el humanitarismo abstracto, anárquica la huida de las ciudades y el anatema lanzado sobre las corruptísimas metrópolis, anárquico el culto de la amistad y la reverencia por los héroes, y en general por la "ejemplar" literatura del mundo grecorromano.²⁷¹ Incluso ciertos aspectos negativos, como la obliteración completa, en toda su obra, de la mujer, del amor, de los afectos familiares, la extremista interpretación

²⁷⁰ *Civil disobedience* (1849), *loc. cit.*, p. 654; "This is the whole history of *My Prisons*". Sin embargo, esa noche en la cárcel, y el opusculo que de ella nació, tuvieron una influencia verdaderamente digna de un experto hechicero. Gandhi toma de Thoreau temas y técnicas de su rebelión. Tolstói y algunos de los fundadores del Labour Party aprenden en su escuela. *Walden* fue obsequiado (1886) a Tolstói por la madre de la señora Heibig, "um einen ersten Anknüpfungspunkt zu finden" antes de ir a tratar conocimiento personal con él; el Conde lo tenía en el bolsillo y había marcado muchos pasajes y páginas enteras, cuando madre e hija fueron a visitarlo en julio de 1887 (Lilli Morant-Heibig, *Jugend am Abendrot, Kömische Erlebnungen*, Stuttgart, 1953, pp. 248-250). Pero, por lo visto, se habla olvidado totalmente de ese libro cuando Andrew W. White (*Autobiography*, 1905) fue a saludarlo en marzo de 1894, y habló con él de muchos escritores americanos: véase *Discovery of Europe*, *The story of American experience in the Old World*, ed. Ph. Rahv, Boston, 1947, pp. 359-383. El experimento de Walden fascinaría luego a escritores tan alejados el uno del otro como Sinclair Lewis y Marcel Proust.

²⁷¹ Sobre la amistad, véase la larga digresión de *A week on the Concord and Merrimack Rivers*, *loc. cit.*, pp. 371-396; sobre la familiaridad de Thoreau con los clásicos (hasta a Walden Pond llevó consigo una *Iliada*, por cierto el único objeto que le robaron de la cabaña, que él dejaba siempre con la puerta abierta), véase por ejemplo *Walden*, *loc. cit.*, pp. 91-93; Parrington, *op. cit.*, vol. II, p. 402, y todo el libro de E. Seybold, *Thoreau: The quest and the classics*, Yale, 1951 (y especialmente, para sus ideas políticas, pp. 16-17, 66, 85). Típica es también su leopardiana deploación por la falta de una mitología que anime y exprese la naturaleza (*Walden*, *loc. cit.*, p. 620); cf. *A week*, *loc. cit.*, pp. 338, 344 (fusión de naturaleza viva y de poesía en una lengua muerta), y la afirmación de que Pan no ha muerto (*ibid.*, citado en Parrington, *op. cit.*, vol. II, p. 404). Sobre los precedentes, cf. *supra*, p. 350, nota 238.

social del mensaje cristiano, el desprecio por la historia pasada y el inge-
niero radicalismo de los remedios ofrecidos a la sociedad presente, se acor-
modan muy bien en el marco de los sistemas y de las utopías del si-
glo XVII. Toda su filosofía política — se ha podido decir — está implícita
en la *Political Justice* de Godwin.²⁷²

Así, pues, desde cualquier punto que se lo considere, Thoreau parece
impermeable al nacionalismo, a la fascinación de la amplitud territorial,
a la antitesis de continentes, a la comparación volumétrica de los anima-
les. Tanto más sorprendente y significativo es, en consecuencia, el hecho
de que sea precisamente él quien vuelve a proponer con desacomunbrada
nitidez los temas del privilegio orgánico e histórico del Nuevo Mundo,
combatiendo a los denigradores de este privilegio en la persona de su
arquetipo, Buffon.

Ya en un escrito juvenil sobre las ventajas y desventajas de la in-
fluencia extranjera en las letras de los Estados Unidos (*Advantages and
disadvantages of foreign influence on American literature*, ca. 1836-37),
Thoreau deplora con acentos personalísimos que los poetas norteameri-
canos prefirieran hablar en sus obras de alondras y de ruiseñores sobre
los setos en vez de hablar de los nativos petirrojos y de las estacadas de
su país.²⁷³ Este genérico "indigenismo" se precisa y se desarrolla con los
años, a medida que va creciendo su familiaridad con la naturaleza ameri-
cana, y acaba por coincidir, en un ensayo póstumo y poco estudiado
(*Walking*, 1862, pero escrito en 1851), con una proclamación en tono ma-
yor de la antigua tesis de un fatal destino felicísimo del Occidente y de
una marcha irreversible de la historia según el curso (aparente) del astro
diurno.

El West tenía que ascender necesariamente a mito y a promesa en
la sociedad de la Nueva Inglaterra. Toda su existencia se hallaba tendida
de Oriente hacia Occidente. Al Este, los norteamericanos no tenían más
que el Atlántico y, al otro lado del mar, la vieja Europa de la cual se ha-
bían separado como el nadador se aleja de la orilla con una patada. Así,
pues, al Este veían, lejos, el pasado, y cerca, el límite físico de todo des-
arrollo. Al Occidente, por el contrario, se abría un continente sin fron-
teras: cadenas de fáciles montañas, anchos valles y llanuras, ríos y lagos
gigantescos, praderas recorridas por manadas de bisontes, desiertos ro-
cosos y otras montañas, más altas y ásperas, por una justa regla de
perspectiva, y luego otros valles, remotosísimos, pero centelleantes de paí-
tas de oro, — hasta el inmenso océano poblado de ballenas.

El movimiento obligatorio de esa sociedad en rápida expansión era,
pues, por fuerza geográfica, de Oriente a Occidente; y el West iba ascen-
diendo, por alguna buena razón, a los grados sucesivos de virgen republica
literaria,²⁷⁴ de bíblica Tierra Prometida, de prefiguración terrena de la
²⁷² Véase Parrington, *op. cit.*, vol. II, pp. 409-411.
²⁷³ Matthiessen, *op. cit.*, p. 82.
²⁷⁴ Un solo, típico vaticinio: "There, on the rolling
plains, will be formed a republic of letters, which, not governed, like that on our
seaboard, by the great literary powers of Europe, shall be free indeed", una república
adecuada a la vastedad del paisaje e independiente de todo influjo europeo. El señor
de las praderas (the *Lord of the prairie*, no el bisonte, entendámonos) recibirá el
homenaje de todas las artes. "He will be the American man, and beside him there
will be none else" (J. M. Mackie, *From Cape Cod to Dixie*, en W. S. Tryon, *A mirror*

terranen celestial, de nueva *civitas mundi* para los hombres libres y
hermanados, de emblemática y confuso de todas las fuerzas de
la historia y de la vida. En Thoreau, este proceso se admira abreviado y
concentrado.

Cuando el filósofo de los bosques sale de casa para dar un paseo,
institucionalmente se dirige al Oeste (o bien al Sudoeste, con alguna excur-
sionista ocasional hacia el Sud-sudoeste...): "hacia el Este sólo voy por
fuerza; pero hacia el Oeste voy por gusto". La ciudad está al Este, la
selva (*Wilderness*) al Oeste. "Debo caminar hacia Oregon, y no hacia
Europa".

El horizonte ya se ha ensanchado. Los puntos cardinales se proyec-
tan sobre los dos hemisferios. E inmediatamente también la experiencia
personal — o el capricho — se proyecta sobre la historia universal: "y en
esa dirección está avanzando la nación, y puedo decir que la humanidad
progresará de Este a Oeste".²⁷⁵ Así como el musulmán se postera en direc-
ción a la Meca, así Thoreau ora, pasea y profetiza con los ojos dirigidos
a las últimas luces del ocaso. En este punto, sin embargo, nace en él una
curtiosa duda, por el hecho de que recientemente ha ocurrido un movi-
miento de la historia hacia el Sudeste con la colonización de Australia.
Pero Thoreau se libera rápidamente de esa duda: se trata, claro es, de
un "retrograde movement". Australia está poblada por forzados y for-
tudos, y sus descendientes (como había dicho De Pauw de los americanos)
están ya degenerados. A juzgar por el carácter físico y moral de la pri-
mera generación — "judging from the moral and physical character of the
first generation of Australians" —, no se puede decir que el experimento
haya sido afortunado.

Al Oeste, pues! "Hacia el Este vamos para darnos cuenta de la his-
toria y para estudiar las obras de arte y de literatura, deshaciendo el
camino recorrido por la raza; hacia el Oeste, vamos al porvenir, con un
espíritu de empresa y de aventura."²⁷⁶ El Atlántico es un río lejano: basta
cruzarlo (de Este a Oeste, se entiende) para olvidar, — "to forget the old
World and its institutions"²⁷⁷

También los animales migratorios obedecen a un instinto oscuro como
for Americans, *op. cit.*, p. 613). Véase también el citado libro de H. N. Smith, *Virgin
land*; para Thoreau, especialmente pp. 77-78; para el West como "jardín del mundo"
(= Eden), pp. 123 ss. También para Fredericka Bremer el West era "le paradis traverse
par les grands fleuves, où se trouve l'arbre de la vie et de la mort", etc. (*op. cit.*,
vol. II, p. 158); pero, al volver de allí, expresa su desilusión (*ibid.*, vol. II, p. 381).
²⁷⁵ *Walking*, loc. cit., pp. 607-608; "eastward I go only by force; but westward I go
free... I must walk toward Oregon, and not toward Europe...; and that way the
nation is moving, and I may say that mankind progress from east to west".
²⁷⁶ *Ibid.*: "We go eastward to realize history and study the works of art and
literature, retracing the steps of the race; we go westward into the future, with a
spirit of enterprise and adventure". Cf.: "Literature speaks how much still to the
past, how little to the future; how much to the East, how little to the West" (*J. Th.*
Carlyle and his works, citado por Parrington, *op. cit.*, vol. II, p. 413). Pocos años
antes, "the Swiss-American scholar, Arnold Guyot, in his enormously popular Lowell
lectures of 1849, demonstrated that civilized man was born in Asia, reached his youth
in Europe, and his manhood in America" (Pearce, *op. cit.*, p. 158); cf. también H. N. Smith,
op. cit., pp. 41-43, y la exhortación de Hester Prynne, la heroína de la *Scarlet
letter*, a penetrar en la *Wilderness*: "There, thou art free!" (Hawthorne, *op. cit.*,
xvii; ed. cit., p. 161).
²⁷⁷ Cf. Lowell, *supra*, pp. 470-471.

Thoreau parece encontrar una ilusión apologetica cuando, tras de error dar y traducir la frase de Linneo: "Nescio quae facies laeta, glabra plantis Americanis"²⁸⁴ la aplica a los rostros de sus compatriotas: "Perchance there will appear to the traveler something, he knows not what, of laeta and glabra, of joyous and serene, in our very faces."²⁸⁵

¿Cuándo sucederá esto? Apenas hace falta preguntarlo. Sucederá cuando la civilización americana se haya adecuado a la luminosa profundidad de los cielos de América, al esplendor de sus estrellas. Si el inglés Francis Head ha dicho que la luna parece más grande en el cielo nada que en Europa, "probablemente el sol parece también más grande. Si los cielos de América parecen infinitamente más altos, y las estrellas más brillantes, yo espero que estos hechos sean simbólicos de la altura que podrá remontarse en algún tiempo la filosofía, la poesía y la religión de sus habitantes"²⁸⁶ Y aquí Thoreau cita (inexactamente) la profecía de Berkeley²⁸⁷ y, convertido en auténtico patriota —"a true patriot"—, pondera su país como preferible al Paraíso Terrenal.

Pero, inmediatamente después, el tema político-nacional es abandonado, y ese West, encarnación del Porvenir de los Estados Unidos, queda sublimado, y al mismo tiempo anemizado, al hacerse un sinónimo de la genérica Selvaticidad, de esa *Wildness* primitiva en la que está la salvación del mundo ("the preservation of the World"). Con una captría que a estas alturas no debe ya maravillarnos, la *Wildness*, que era el West y el Porvenir, reaparece ahora como extrema Antigüedad: los antepasados de los norteamericanos eran salvajes —"our ancestors were savages"—

num"; y cf. Seybold, *op. cit.*, pp. 77, 108, "Dismal Swamp" había llegado a ser una expresión proverbial; véase Walden, *loc. cit.*, p. 107; H. Melville, *Redburn* (1849), XI, en *Romances*, ed. cit., pp. 1501-1502; *Israel Potter* (1855), xxvii, *ibid.*, p. 1453; H. Beecher Stowe, *The Great Dismal Swamp* (1855). Ya en 1763, *Dismal*, sub-título, era "a local name of tracts of swampy land on the eastern seaboard of the U. S." (*Shorter Oxford English Dictionary*, sub voce). En 1784, Hugh Williamson escribía a Jefferson que bien poco se había hecho "in the Plans for improving the great Dismal" (*The papers*, ed. cit., vol. VII, p. 569), y Smith, aunque alude a los trabajos de saneamiento, traza de él un cuadro horribleto (*Voyage*, ed. cit., vol. II, pp. 52, 117-120). Swamp es un típico americanismo (*Shorter Oxford English Dictionary*, *supra*, sub voce, y Mencken, *The American Language*, *Supplement one*, pp. 496-497; *Supplement two*, p. 574). Cf. asimismo B. Hall, *Voyage*, *op. cit.*, vol. II, p. 103, y Frances Trollope, *Domestic manners*, xx, ed. cit., p. 228.

284 "Las plantas americanas muestran no sé qué aspecto alegre, sin vellos." [*Al viajero se le mostrará, por ventura, algo —no sabrá que— de laeta y glabra, de alegre y sereno, en nuestros mismos rostros.*"]

285 *Walking, loc. cit.*, pp. 611-612: "...probably the sun looks larger also. If the heavens of America appear infinitely higher, and the stars brighter. I trust that these facts are symbolical of the height to which the philosophy and poetry and religion of her inhabitants may one day soar". Cf. también *Journal*, ed. cit., vol. III, p. 268 (año 1852): "our intellects generally on a grander scale, like our thunder and lightning, our rivers, and mountains and forests"; para otras profecías "astroloógicas", véase *supra*, p. 468, nota 227. Pero hay que notar que el augurio de Goethe y de Hegel sobre el nacimiento de una poesía americana es remitido por Thoreau al fin de los tiempos: los valles del Ganges, del Nilo y del Rin han dado su mies de mitos poéticos; siempre esa obsesión de la grandeza! ¿por qué no hablar de los valles del Arno, del Avon, del Meno? ". Veamos ahora qué cosa darán el río de las Amazonas, el río de la Plata, el Orinoco, el San Lorenzo y el Mississippi: "Perchance, when, in the course of ages, American liberty has become a fiction of the past... the poets of the world will be inspired by American mythology" (*loc. cit.*, p. 620; y cf. *infra*, Whitman y sus críticos, p. 495, nota 342).

287 Véase *supra*, pp. 125-126.

el que empuja a Thoreau en sus paseos casuales. También el sol hace diameramente su peregrinación hacia el Oeste: "es el Gran Pionero Occidental a quien siguen las naciones"²⁷⁸ Y así hizo Colón, con el resultado que vemos a nuestro alrededor: "¿en qué parte del globo es posible encontrar una superficie de igual extensión a la que ocupa el grueso de nuestros estados, una zona tan fértil y tan rica y variada en sus productos, y al mismo tiempo tan habitable por los europeos?"²⁷⁹ Siguen las citas de rigor, tomadas de geógrafos y viajeros europeos, Michaux, Humboldt, Guyot, Francis Head, y por último, para ponerlos otra vez en plena atmósfera de la polémica, la estocada final contra Buffon: "esta declaración servirá por lo menos para contrarrestar lo que escribe Buffon sobre esta parte del mundo y sus productos"²⁸⁰

A esto siguen, como era de esperarse, corolarios y variaciones. La ausencia de bestias feroces no es un estigma de inferioridad, sino un privilegio de América: casi dondequiera se puede dormir sin miedo alguno en medio de sus bosques.²⁸¹ Los pantanos tienen su razón de ser: el mismísimo Dismal Swamp (el de la balada de Thomas Moore) es preferible a un artificioso jardín —naturalidad echada a perder por el hombre²⁸²— porque el pantano con su fango y su podredumbre es el regazo mismo de la Naturaleza: "Yo entro en una ciénaga como en un lugar sagrado, un *sancta sanctorum*"; no importa que uno se hunda hasta el cuello...²⁸³ Incluso para la vilipendiada impubertad de los americanos

account of this part of the world and its productions".

281 Lo cual no quita que Thoreau, consciente con su naturalismo, encuentre los animales selváticos muy superiores a los domésticos (*ibid.*, pp. 617, 621), y que también en otros lugares (*The natural history of Massachusetts*, 1842, en *Works*, ed. H. S. Canby, Boston, 1946, p. 649) escriba complacido que existen en ese estado cuarenta diversos cuadrúpedos, "and among these one is glad to hear of a few bears, wolves, lynxes, and wildcats". La afortunada falta en América de bestias feroces es un viejo motivo de los apologetas del continente (véase, por ejemplo, *supra*, pp. 313, 342; *infra*, p. 568). Ya en 1666, George Alsop escribía acerca de Maryland: "As for the Wolves, Bears, and Panthers of this country, they... do little hurt or injury worth noting, and that which they do is of so degenerate and low a nature (as in reference to the fierceness and heriocy vigour that dwell in the same kind of Beasts in other Countries)...", etc. (*Character of Maryland*, obra reeditada por N. D. Mereness, Cleveland, 1902, p. 37). Así como el indígena, envilecido por los blancos con objeto de protegerlo, había pasado con sus estigmas de inferioridad de mano en mano e insensivas apologetas a los denigradores, así las fieras americanas, hechas mansas e insensivas para suavizar la imagen del Nuevo Mundo, se convertían un siglo más tarde en ejemplares de la imagen del Viejo Mundo, obra reeditada por N. D. Mereness, Cleveland, 1902, p. 37).

278 *Walking, loc. cit.*, p. 611: "the Sun] is the Great Western Pioneer whom the nations follow".

279 *Ibid.*: "where on the globe can there be found an area of equal extent with that occupied by the bulk of our States, so fertile and so rich and varied in its productions, and at the same time so habitable by the Europeans, as this is?" Esta alusión a la perfecta habitabilidad de los Estados Unidos debe relacionarse con otra tesis de Thoreau: que en las latitudes meridionales el hombre degenera a la larga, y resalta una fácil presa para linajes más nórdicos (*A week...*, *loc. cit.*, p. 333; cf. *Walking, loc. cit.*, p. 613).

280 *Walking, loc. cit.*, p. 611: "this statement will do at least to set against Buffon's account of this part of the world and its productions".

281 Lo cual no quita que Thoreau, consciente con su naturalismo, encuentre los animales selváticos muy superiores a los domésticos (*ibid.*, pp. 617, 621), y que también en otros lugares (*The natural history of Massachusetts*, 1842, en *Works*, ed. H. S. Canby, Boston, 1946, p. 649) escriba complacido que existen en ese estado cuarenta diversos cuadrúpedos, "and among these one is glad to hear of a few bears, wolves, lynxes, and wildcats". La afortunada falta en América de bestias feroces es un viejo motivo de los apologetas del continente (véase, por ejemplo, *supra*, pp. 313, 342; *infra*, p. 568). Ya en 1666, George Alsop escribía acerca de Maryland: "As for the Wolves, Bears, and Panthers of this country, they... do little hurt or injury worth noting, and that which they do is of so degenerate and low a nature (as in reference to the fierceness and heriocy vigour that dwell in the same kind of Beasts in other Countries)...", etc. (*Character of Maryland*, obra reeditada por N. D. Mereness, Cleveland, 1902, p. 37). Así como el indígena, envilecido por los blancos con objeto de protegerlo, había pasado con sus estigmas de inferioridad de mano en mano e insensivas apologetas a los denigradores, así las fieras americanas, hechas mansas e insensivas para suavizar la imagen del Nuevo Mundo, se convertían un siglo más tarde en ejemplares de la imagen del Viejo Mundo, obra reeditada por N. D. Mereness, Cleveland, 1902, p. 37).

el que empuja a Thoreau en sus paseos casuales. También el sol hace diameramente su peregrinación hacia el Oeste: "es el Gran Pionero Occidental a quien siguen las naciones"²⁷⁸ Y así hizo Colón, con el resultado que vemos a nuestro alrededor: "¿en qué parte del globo es posible encontrar una superficie de igual extensión a la que ocupa el grueso de nuestros estados, una zona tan fértil y tan rica y variada en sus productos, y al mismo tiempo tan habitable por los europeos?"²⁷⁹ Siguen las citas de rigor, tomadas de geógrafos y viajeros europeos, Michaux, Humboldt, Guyot, Francis Head, y por último, para ponerlos otra vez en plena atmósfera de la polémica, la estocada final contra Buffon: "esta declaración servirá por lo menos para contrarrestar lo que escribe Buffon sobre esta parte del mundo y sus productos"²⁸⁰

A esto siguen, como era de esperarse, corolarios y variaciones. La ausencia de bestias feroces no es un estigma de inferioridad, sino un privilegio de América: casi dondequiera se puede dormir sin miedo alguno en medio de sus bosques.²⁸¹ Los pantanos tienen su razón de ser: el mismísimo Dismal Swamp (el de la balada de Thomas Moore) es preferible a un artificioso jardín —naturalidad echada a perder por el hombre²⁸²— porque el pantano con su fango y su podredumbre es el regazo mismo de la Naturaleza: "Yo entro en una ciénaga como en un lugar sagrado, un *sancta sanctorum*"; no importa que uno se hunda hasta el cuello...²⁸³ Incluso para la vilipendiada impubertad de los americanos

artura quitándole su autenticidad y su fuerza originaria.

282 *Walking*, pp. 616-618: "I enter a swamp as a sacred place, — a sanctum, sancto- de mejorar el ambiente (como había admitido, sin embargo, el mismo De Pauw), lo make it more and more tame and cheap" (*Ibid.*, p. 602). La obra del hombre, lejos de mejorar el ambiente (como había admitido, sin embargo, el mismo De Pauw), lo cutting down of the forest and of all large trees, simply deform the landscape, and the almost all man's improvements, so called, as the building of houses, and the pios vivos y pueblas irreversibles de su corrupción.

cuanto a la historia y optimista en cuanto al hombre, continúa hasta hoy recibir querrela de antiguos y modernos:

Algunos atreven nuestros oídos diciendo que los americanos, y de manera general los modernos, somos enanos intelectuales comparados con los antiguos, o incluso con los hombres de la época isabelina. Pero ¿que tiene que ver eso con nuestro asunto? Más vale perro vivo que león muerto, ¿Acaso va a ahorrarse un hombre porque pertenece a la raza de los pigmeos? No es mejor que trate de ser el pigmeo más grande posible? Que cada quien atienda a su propio negocio y se esfuerce en ser aquello para lo cual fue hecho.²⁹⁴

Con esta modestia, con este heroico anti-heroísmo, Thoreau consigue poner de acuerdo su veneración por los clásicos con la fe necesaria a un moderno, y especialmente a un americano, en el mundo en que le ha tocado vivir: vivir una vida de perro, sí, pero un perro vivo es siempre mejor que un león muerto.

15. (d) WHITMAN: EL ENFASIS ORACULAR DE LA DEMOCRACIA ARTÍSTICA

A primera vista, el americanismo de Whitman parece mucho más robusto y canoro. El bardo no se cansa de proclamar la grandeza de los Estados Unidos, de su naturaleza y de su sociedad, de sus campos, pero también y sobre todo de sus hormigueantes metrópolis; y en tiradas que lanzan a voz en cuello, engrandeciendo su Democracia, sus artes y oficios, el valor de sus combatientes en la guerra de Secesión, sus leyes sobre patentes, sus larguísimo trenes de mercancías y su bien surtida variedad de productos agrícolas, zootécnicos y minerales.²⁹⁵

Pero, no bien se examinan más atentamente los poemas de Whitman —o, mejor dicho, no bien logra uno sustraerse al torbellino de las imágenes y al ritmo marcial de las enumeraciones—, esa gloriosa seguridad se deforma y se estufa, la verbal inmensidad de los temas no enmascara ya la exigüidad del aliento lírico (por el contrario, la pone al desnudo), y hace falta cierta fatiga para repescar y reconocer, confusos y disueltos en un torrente de hinchada y satifecha oratoria, los viejos motivos apologeticos de la harmonía del Continente, de su oposición ideal al Viejo Mundo, de la harmonía prescrita, si no prestablecida, entre su naturaleza y su sociedad, y de su proyección entera en un futuro de ilimitadas perspectivas, inundado por la luz difusa del progreso técnico y esterilizado por el amor universal: un futuro iluminado con luces de *neon*, cromado y níquelado con todos los primores del arte.

Se comprende que Thoreau, aun admirando a Whitman, no acabe de sentirse convencido por él. Esa "sensualidad" de palabras, que suscitó

²⁹⁴ *Walden, loc. cit.*, p. 290: "Some are dimming in our ears that we Americans, and moderns generally, are intellectual dwarfs compared with the ancients, or even the Elizabethan men. But what is that to the purpose? A living dog is better than a dead lion. Shall a man go and hang himself because he belongs to the race of pygmies, and not be the biggest pygmy that he can? Let every one mind his own business, and endeavor to be what he was made". Cf. *ibid.*, p. 295, sus expresiones en menoscabo del Progreso.

²⁹⁵ *Song of the Exposition*, 8, en *Poetry and prose*, ed. Untermeyer, New York, 1949, pp. 227-229.

y tales fueron los fundadores de Roma y de todos los demás estados, y es esta la condición "natural" del hombre, su única vía de salud física y espiritual. De manera recíproca, los salvajes, los pieles rojas, son anti-civilizados por el tiempo, sabedores de todos los secretos de la naturaleza, pueden contemplar con lastima al pálido blanco ignorante y fatigado. La Civilización es decadencia y finalmente muerte. La Salvajez es la vida misma, es el impulso a ir más allá y más arriba; es, por lo tanto, no ya el Pasado, sino de nuevo el Porvenir: "La esperanza y el futuro están, para mí, no en los prados de césped, ni en los campos cultivados, ni en los pueblos y ciudades, sino en los inaccesibles y movedizos cenagales".²⁹⁶ La vida está en esas aguas estancadas. América no ha brotado recientemente de ellas, como decían De Pauw y sus secuaces. América está todavía por brotar.

En estas confusas rapsodias, los conceptos fundamentales se encabalgan y se eilden. La América sobre cuyo suelo se pasea Thoreau no es la que descubrieron Colón y Vesputio: "you may name it America, but it is not America". Es una tierra mitológica, es la divina Naturaleza de los antiguos y profetas.²⁹⁶ Pero esta Naturaleza, de tal manera animada, es la Vida misma, la vida elemental, en vano oprimida y coartada por las técnicas y por las artes de la llamada civilización. Por otra parte, sin embargo —parece escucharse el monólogo de Fausto, traductor incontentable del Verbo—, la Vida puede ser dura, dolorosa, mezquinator, cómo se puede hacer de ella la esencia misma de lo Creado? Thoreau contesta que la vida es acción y que no hay que injuriarla: "Por mezquina: este evangelio de actividad sin ilusiones, de trabajo simple y sereno, es quizá su mensaje más duradero, —y se ha incorporado, de hecho, a la cotidiana religión de los norteamericanos. En el Viejo Mundo, Thoreau encontraba escaso el fervor, cansada y libresca la cultura, frivola y refinada la sociedad. Mientras Emerson admiraba la "compostura" de los antiguos egipcios, Thoreau aborrecía su inmovilidad embalsamada y embreada, "la muerte de lo que nunca llegó a vivir".²⁹⁷ Y mientras Emerson envidiaba la sanguinea energía de los ingleses, a él le parecían flojos, demasticados, demastado civilizados, todos, Shakespeare incluso, sin contacto ya con la Naturaleza.²⁹⁸ En esta elástica *Weltanschauung*, pesimista en

²⁸⁸ Brooks, *The flowering*, op. cit., pp. 370-371; cf. *Walden, loc. cit.*, p. 31 *et passim*.

²⁸⁹ Véase Pearce, op. cit., pp. 147-150, 160.

²⁹⁰ *Ibid.*, loc. cit., p. 604.

²⁹¹ *Walden, loc. cit.*, p. 292: "However mean your life is, meet and live it; do not shun it and call it hard names". *Walden* "is a book in praise of life rather than of Nature" (*Parrington, op. cit.*, vol. II, p. 406). Sobre el *carpe diem* horaciano, entendidido por Thoreau como una invitación a la acción, véase Seybold, op. cit., p. 36.

²⁹² *A week*, loc. cit., p. 348: "the death of that which never lived". Sobre la futilidad de las Pirámides, tumbas de un ambicioso cualquiera a quien hubiera sido mejor ahogar en el Nilo y dar como pasto a los perros, véase *Walden, loc. cit.*, p. 52.

²⁹³ También Melville toma a risa el entusiasmo de Emerson por el antiguo Egipto y sus momias (*The confidence-man*, xxxvi, ed. cit., pp. 229-230).

²⁹⁴ *Walking, loc. cit.*, p. 619. Sobre la impresión de "vieja Europa" que le dejó el Canadá francés, véase *An excursion to Canada, loc. cit.*, p. 482.

tanto escándalo cuando salieron a la luz las *Leaves of grass* (1855), no hacía mella en un verdadero y refinado sensual como Thoreau: "bien puede resultar —escribía— que sea menos sensual de lo que parece".²⁹⁶ Y cuando Whitman, con su acostumbrada arrogancia, sentenció ante un grupo de amigos que él representaba a América, Thoreau —es él mismo quien lo cuenta, y se adivina su sonrisa— no se dejó impresionar en absoluto: "Yo me arriesgué a decir... que no tenía muy alta idea de América ni de la política, y otras cosas por el estilo, que para él deben haber sido una especie de baño de agua fría."²⁹⁷

Thoreau no era ciertamente un pensador, y se ha visto en qué líos se metía cada vez que intentaba desarrollar una intuición, dar estructura sistemática a los movimientos y a los fantasmas de su ánimo. Pero Whitman era menos capaz todavía de organizar sus pensamientos y de hacer frente a sus contradicciones. Por el contrario, se diría que, complaciéndose como Victor Hugo en el juego de las antítesis y de las polaridades cósmicas, pronto siempre a colocar sobre el mismo altar, en mística y recíproca compenetración, el cuerpo y el alma, el varón y la hembra, la juventud y la vejez, la riqueza y la pobreza, la victoria y la derrota, la expresión y el silencio, la vida y la muerte (todas estas cosas con mayúscula, ya se entiende);²⁹⁸ enemigo, por profesión democrática, de toda jerarquía, o casta, o distinción (lo cual se refleja de manera catastrófica incluso sobre su forma literaria, que con demasiada frecuencia degenera en meras listas o letanías), Whitman se abandona, extático, a las ideas más incompatibles, con tal que cada una de ellas reluzca y tinte por su cuenta.

En el plano espacial, Whitman es sustancialmente un cosmopolita. Aunque sea en nombre de América, de la cual se siente portavoz autorizado, lanza su *Salut au monde!*, donde ni siquiera el título francés carece de intención: todos deben atender y escucharlo cuando los pasa en rápida revista: "y saludo a todos los habitantes de la tierra".²⁹⁹ La verdadera, la peculiar grandeza de los mismos Estados Unidos no está en su unión, en su riqueza, potencia militar o naval, o genialidad en todos los aspectos, sino en el hecho de que fomentan la fraternidad sobre todo el globo, llenando de un espíritu de camaradería todas las naciones y toda la humanidad.³⁰⁰ Y a medida que pasan los años, los Estados Unidos de las primeras *Leaves of grass* se transmutan más y más en una patria ideal de los libres y de los buenos, en la más vasta y tibia y vaporosa de las utopías literarias.

En el plano temporal, Whitman acepta y respeta el pasado, todo el

²⁹⁶ Carta a Harrison Blake, 7 de diciembre de 1856, en *Poetry and prose*, ed. cit., pp. 965-966: "it may turn out to be less sensual than it appears".

²⁹⁷ *Ibid.*, loc. cit.: "I chanced to say... that I did not think much of America or of politics, and so on, which may have been somewhat of a damper to him". Otra sabrosa descripción del mismo encuentro de los dos, "each... planted fast in reserves, surveying the other curiously", *ibid.*, p. 968. A su vez, Whitman no podía sufrir la altiva indiferencia del individualista Thoreau por el hombre común y corriente, su "disdain for men (for Tom, Dick, and Harry): inability to appreciate the average" (citado en Matthiessen, *op. cit.*, p. 650; cf. *ibid.*, pp. 651-652, una lúcida comparación entre los dos; otro paralelo en Canby, *op. cit.*, pp. 148-155).

²⁹⁸ Véase, por ejemplo, *Great are the Myths*, loc. cit., pp. 483-485.

²⁹⁹ *Salut au monde!*, loc. cit., p. 182: "and I salute all the inhabitants of the earth".

³⁰⁰ *Independent American literature* (1847), loc. cit., p. 557.

pasado. Lejos de darse aires de primitivista y condenar los lentos siglos de la civilización, el poeta, aunque está íntegramente orientado hacia el porvenir y tiene "moderno" por sinónimo de "sacrosanto", repite innumerables veces (como Marx el elogio de la burguesía) su acción de gracias a los antepasados por los tesoros que nos han transmitido, y suelta un himno tras otro a la "infinita grandeza del pasado".³⁰¹ Pero aunque la tarea de la Democracia norteamericana consista en expresar "la incomparable grandiosidad de lo moderno", no debe olvidarse que contiene y lleva en sí misma todo el pasado, la herencia de toda la tierra.³⁰² Por consiguiente, no hay en él ni la sentimental admiración de los pieles rojas, ni el encarnizamiento contra este obstáculo a la marcha del progreso. Lejos de eso, se complace en llamar siempre a Nueva York y a Long Island con sus correspondientes topónimos indígenas, como si no hubiera solución de continuidad entre los aborígenes y los ciudadanos de las nuevas metrópolis. Quien veía a América como Porvenir sin nada de Pasado se veía constreñido a juzgar a los tercios salvajes como mero Pasado sin nada de Porvenir: antítesis e integración al mismo tiempo.³⁰³ Pero quien, como Whitman, suelta y aprieta en un solo proceso el Pasado, el Presente y el Porvenir, debe estar siempre pronto a abrazar lo mismo al orgulloso indígena que al pionero que lo expulsa y lo destruye, a aceptar lo mismo el nuevo mundo poético que está por brotar en América, que los mundos numerosísimos que se han acumulado y hacinado, como pirámides de balas graníticas en los patios de los castillos del Viejo Mundo. Los tesoros de la literatura inglesa son más preciosos para los americanos que los tesoros de los reyes.³⁰⁴ Y nadie, ciertamente, lo sabía mejor que Whitman, el cual, no obstante que rechaza los temas tradicionales de la poesía y esquivo afanosamente hasta la menor referencia o cita de otros autores, había absorbido bastantes cosas de autores ingleses, como Blake, Walter Scott, Carlyle, e igualmente de autores no ingleses, sobre todo franceses del siglo XIX, sin contar la Biblia y los poemas de Homero.³⁰⁵

³⁰¹ *Passage to India*, loc. cit., p. 379 (¿habrá suministrado Whitman el título a E. M. Forster?); véase también *With antecedents*, *ibid.*, pp. 256-257, y las citas y observaciones de Fl. Stovall (1932), *ibid.*, pp. 1132-1135.

³⁰² *Thou Mother with thy equal brood*, loc. cit., pp. 411-412; *To-day and thee*, *ibid.*, p. 451; el comienzo del primer prefacio a *Leaves of grass*, loc. cit., p. 487; y *Democratic vistas* (1871), *ibid.*, pp. 845-846. Más tarde, Whitman hacía remontar el verdadero origen de los Estados Unidos al fermento de la era isabelina (véase *A backward glance o'er travel'd roads*, 1888, loc. cit., p. 510 nota). En general, a medida que iba envejeciendo, Whitman reconocía con mayor generosidad la importancia de la tradición y de la historia: loc. cit., pp. 514, 546.

³⁰³ Véase Pearce, *op. cit.*, p. 135.

³⁰⁴ *Independent American literature*, loc. cit., p. 547. La deuda para con la literatura inglesa se ensancha en un escrito más tardío (*Poetry to-day in America*, 1881) a todas las literaturas de Europa y del Oriente (loc. cit., p. 560). Whitman se declara de acuerdo con Longfellow en el reconocimiento de que el Nuevo Mundo podrá ser "dignamente original" sólo una vez que se haya "well saturated with the originality of others" (*Death of Longfellow*, 1882, loc. cit., p. 797; cf. también *A backward glance*, *ibid.*, p. 513).

³⁰⁵ Las afinidades con Blake fueron observadas ya en 1868 por Swinburne (loc. cit., pp. 996-998). En cuanto a Scott, véase lo que el propio Whitman reconoce: *Specimen days* (1882), loc. cit., p. 749, y *A backward glance*, *ibid.*, pp. 514-515 (si bien Scott exhala un espíritu de casta: *ibid.*, p. 550). Con respecto a Carlyle, véanse las páginas escritas en ocasión de su muerte (*Specimen days*, *ibid.*, pp. 768-779; cf. también

En el plano filosófico, Whitman no conoce sino el Amor. El Amor es "la base de toda metafísica", el amor por el amigo, por el/la consorte, por los hijos y los padres, el amor de las ciudades y de los países entre sí.³⁰⁶ Pero lo que lo mueve no es el amor del prójimo o del menos prójimo, sino una especie de amor del amor, un envidioso deseo de amor que postula la universalidad de éste justamente en cuanto siente su ausencia:

*When I hear of the brotherhood of lover, how it was with them...
then I am pensive —I hastily walk away fill'd with the bitterest envy.*³⁰⁷

Su misma exaltación del sexo tiene un no sé qué de frío y de abstracto, —y, si no estamos alucinados, representa sobre todo una tardía (y naturalmente semi-inconsciente) protesta contra la tacha de impotencia atribuida a los americanos. Ninguna figura de amada, ni de amado —puesto que, si bien no es seguro que fuera homosexual, no puede negarse que era infantilmente andrógino, y cubría con tupidos velos el objeto de sus deseos—, aparece siquiera como sombra en su obra. En vano Walt Whitman se da aires de Adán redivivo en el nuevo Paraíso de Occidente, "lujurioso, fálico, con los potentes lomos originales... , bañando mis canciones en el Sexo", y califica estos mismos cantos de "progenie de mis lomos";³⁰⁸ en vano protesta, en su juventud, contra la sucia ley filistea que proscribía de la literatura todo lo que se refiere al sexo, a los deseos, a los movimientos libidinosos, a los órganos y a los actos,³⁰⁹ y alardea, en su edad más tardía, de que *Leaves of grass* "es ex-

ibid., pp. 40, 551). Las influencias francesas son menos seguras: parecen secundarias la de Rousseau (*loc. cit.*, pp. 57-58) y la de George Sand (*ibid.*, pp. 58, 755, 833 nota, 1204; Matthiessen, *op. cit.*, p. 557; Brooks, *The times of Melville and Whitman, op. cit.*, pp. 105-106; R. D. Faner, *Walt Whitman and Opera*, Philadelphia, 1951, pp. 45-48). Con Hugo, otro poeta extrovertido hasta el punto de que parece no tener nada dentro, muestra Whitman evidentes afinidades de temperamento y de ideología (humanitarismo, democracia, etc.), y ya en 1867 W. M. Rossetti comparaba las *Leaves of grass* con la *Légende des siècles* (*loc. cit.*, pp. 981-982). Pero Whitman también da pruebas de conocer (1881) algún escrito crítico de Sainte-Beuve y de Baudelaire (*loc. cit.*, p. 555), en quienes reconocía, o creía reconocer, sus ideas de 1855: Matthiessen, *op. cit.*, p. 543. Sobre la influencia de Volney, véase D. Goodale, "Some of Whitman's borrowings", *American Literature*, vol. X (1938), pp. 202-213, y Canby, *op. cit.*, p. 368. "Au vieux monde... qu'il connaît mal —concluye Chinard ("L'esprit national dans la poésie américaine", *Revue de Synthèse Historique*, vol. XXIX, 1919, p. 176)—, il n'a presque rien emprunté."

³⁰⁶ *The base of all metaphysics, loc. cit.*, pp. 165-166.

³⁰⁷ *When I peruse the conquer'd fame, loc. cit.*, p. 171: ["Cuando oigo hablar de la hermandad de los amantes, y de lo que pasó entre ellos..., me quedo pensativo y rápidamente me voy de allí, lleno de la más amarga envidia."] También es de notar que Whitman encuentra sus acentos más sensuales y candentes cuando expresa la emoción, típicamente femenina, de abandonarse a la música operística, y en particular al canto pleno de una soprano o contralto (¿afinidad con Stendhal?): Faner, *op. cit.*, *passim*, y especialmente p. 231.

³⁰⁸ *Ages and ages returning at intervals, loc. cit.*, p. 157: "lusty, phallic, with the potent original loins... bathing my songs in Sex"; "[my songs]..., offspring of my loins". Cf. *As Adam early in the morning, ibid.*, p. 159, y ese grito al impenetrable futuro: "I merely thee ejaculate!" (*Thou Mother, ibid.*, p. 413).

³⁰⁹ *To Emerson, August, 1856, loc. cit.*, p. 528; y, todavía con mayor energía, la reseña anónima de 1855, *loc. cit.*, pp. 534-535. Pero, después de 1860, Whitman dejó a un lado los temas sexuales y tachó en sus poesías algunos versos y pasajes particularmente crudos (K. Campbell, 1934, en *Poetry and prose*, ed. cit., pp. 1113-1114). Sobre

plícitamente el canto del Sexo y de la Amatividad, y aun de la Animalidad";³¹⁰ y en vano en cien pasajes, de todas las épocas, exalta el cuerpo, el cuerpo desnudo, y todos los atributos del cuerpo humano, y más precisamente del viril. Su nudismo es higiénico, físico, nudismo de baño de sol y no de *après-midis* faunescos.³¹¹ Esa especie de "new Priapic cult" que, según uno de sus exaltadores, se propuso instaurar Whitman,³¹² es un culto razonado e intelectual, frío a más no poder. Incluso cuando repite los argumentos de Diderot sobre la pureza y la inocencia de la Naturaleza en cada una de sus manifestaciones, reduce a lección escolar el turbio ímpetu del *philosophe*. Cuanto más desviste sus cuerpos, menos muestran la carne. Podría desollarlos sin que saliera sangre de ellos. Son esquemas de atletas, y de hecho, si bien se los considera, no están modelados sobre los ciudadanos de Manhattan y de Paumanok, sino sobre los legendarios patagones y sobre los altos y fuertes americanos de Franklin y de Jefferson.

Por lo demás, cuando Whitman, en un ataque de mal humor, quiere ridiculizar a los indígenas americanos de su tiempo (1870), se hace eco de los sarcasmos de un Pernety, por ejemplo, sobre los civilizados y adúlterados europeos.³¹³ Pero cuando —como ocurre por regla general— se extasia ante América, encuentra que sus habitantes son, sin excepción, "superb persons", una "splendid race" dotada de "perfect physique" y de "majestic faces"; todos ellos son "muscular", "athletic", "gymnastic". América entera es una "athletic Democracy".³¹⁴ Y en ese ambiente

su fundamental cuaquerismo, agudizado después de 1860, véase Matthiessen, *op. cit.*, pp. 534-540; Canby, *op. cit.*, pp. 31-36, 356-357; Brooks, *The times of Melville and Whitman, op. cit.*, pp. 94-95, 143.

³¹⁰ *A backward glance, loc. cit.*, pp. 518-519: "... is avowedly the song of Sex and Amativeness, and even Animality". "Amativeness", como "Adhesiveness", son términos de cariz frenológico: se sabe que la frenología de Gall fue difundida por Spurzheim (1832) en los Estados Unidos, tuvo aquí grandísima boga (véase también Frances Trollope, *Domestic manners*, VII, ed. cit., pp. 67-68; H. Martineau, *Retrospect, op. cit.*, vol. II, pp. 66, 91; vol. III, pp. 201-202, 281), y fue una de las obsesiones de Whitman.

³¹¹ Típico: *A sunbath-nakedness, loc. cit.*, pp. 694-696. También Brooks observa que "there was something austere... in Whitman's sexuality" (*op. cit.*, p. 140), pero L. L. Hazard se pasa quizá un poco de la raya cuando dice que los poemas más "atrevidos" de Whitman "are decorum itself" si se los compara con el Cantar de los Cantares o con los dramas de Shakespeare (*The frontier in American literature*, New York, 1941, p. 171).

³¹² John Burroughs (1896), en *Poetry and prose*, ed. cit., p. 1027.

³¹³ "Unhealthy forms, male, female, painted, padded, dyed, chignon'd, muddy complexions, bad blood, the capacity for good motherhood deceasing or deceas'd, shallow notions of beauty... , etc., dice Whitman (*Democratic vistas, loc. cit.*, p. 815). Y Pernety: "quant... aux idées relatives à ce que nous appelons agrément et beauté, chaque Nation les attache à diverses choses suivant le caprice, et le préjugé de l'éducation" (*Dissertation sur l'Amérique et les Américains*, ed. cit., p. 123). En cuanto a las críticas específicas contra modas y afeites, véase *supra*, pp. 78, 87, 88.

³¹⁴ *To foreign lands, loc. cit.*, p. 76; para las otras expresiones, véase por ejemplo *For you, o Democracy (loc. cit.*, p. 163), *Myself and mine (ibid.*, p. 254), *Thoughts (ibid.*, p. 438), *So long (ibid.*, pp. 445-446), etc. Varias veces se jacta Whitman de ser grande y vigoroso, de tener una "perfect health" y de no haber tomado jamás una purga... (*loc. cit.*, pp. 538, 540, 952, 967). Pero su verdadera naturaleza era femenina, e incluso su aspecto físico tenía algo mujerial (véase Mark Van Doren, "Walt Whitman, stranger", quien se apoya en el testimonio de John Burroughs, *loc. cit.*, p. 1151; Brooks, *op. cit.*, p. 141; Hugh L'Anson Fausset, *Walt Whitman poet of democracy*, New Haven, 1942, y Canby, *op. cit.*, pp. 14, 355, el cual, sin embargo, hace una sutil defensa

saludable hasta la gente en general se hace más hermosa,³¹⁵ mientras que las convulsiones políticas de Francia han disminuido la estatura de los franceses...

Así, ni más ni menos: a aquellos que creen que todos los franceses son minúsculos, de cinco pies o cinco y medio, Whitman les contesta primero que no es verdad, e inmediatamente después lo admite como un hecho: "la estatura de los habitantes de Francia, antes de la Revolución, era muy grande... La Revolución y las guerras de Napoleón empujaron el término medio de la talla humana, pero ésta volverá a ser lo que fue".³¹⁶ A un texto tan claro sólo cabe hacer una glosa: que a más de un siglo de De Pauw, estos europeos que se encogen y se estiran como un muñeco de goma resultan un poquitín anacrónicos; y que, por otra parte, precisamente mientras Whitman estaba escribiendo, en su América abierta a todos los pueblos comenzaba a irrumpir la marea de los inmigrantes rusos, polacos, italianos y judíos, todos ellos, por término medio, menos altos que los anglosajones, los alemanes y los escandinavos que formaban el grueso de la población norteamericana de entonces.

Pero Whitman no ve a su alrededor hombres esmirriados, feos o insuficientes. Los ciudadanos americanos son hermosos y robustos y de simpático aspecto. Si acaso, las mujeres dejan un poco que desear. ¿Queréis saber cuál es el punto flaco de los Estados Unidos? *Cherchez la femme*... Tras de haber anunciado tantas veces el advenimiento del Hombre en América, Whitman cae en la cuenta de que lo que verdaderamente falta es la Mujer:

*With all thy gifts America... what if one gift thou lackest? ...
The gift of perfect women fit for thee —what if that gift of gifts thou
lackest?*³¹⁷

Hasta de la literatura, de la nueva, saludable literatura, espera Whitman que asegure a sus Estados Unidos "una Raza Femenina fuerte y dulce, una raza de Madres perfectas".³¹⁸ ¿Y cómo deberán ser? El ideal viril del americano es fácil de delinear, pero el otro sexo requiere por lo menos "una base de sugerencia" ("but the other sex, in our land, requires at least a basis of suggestion"). Y Whitman se explica con algunos ejemplos tomados del natural: una criada capaz, limpia e independiente —y por añadidura de buena salud: "she has good health"—; la directora de una oficina mecánica, que sabe hacerse respetar de trabajadores y clien-

de la casi normalidad de Whitman, diciendo que éste fue sobre todo un "auto-sexual", un ególatra, *op. cit.*, pp. 182-206). La gran barba que llevaba —podremos decir recordando una de las acusaciones más típicas que se lanzaban contra los indígenas del Nuevo Mundo— debía servir para cubrir la leche de sus tetillas.

³¹⁵ "The people are getting handsomer", en *The Boston of to-day* (1881), *loc. cit.*, pp. 781-782.

³¹⁶ *Millet's pictures—Last items* (1881), *loc. cit.*, p. 784: "the bulk of the personnel of France, before the revolution, was large-sized... The revolution and Napoleon's wars dwarfed the standard of human size, but it will come up again". Para otra degeneración demasiado rápida de los franceses, antes de la Revolución, véase De Maistre, *supra*, p. 362, nota 282.

³¹⁷ *With all thy gifts* (1876), *loc. cit.*, p. 372: ["¿Y si con todos tus dones, América, te faltara un don? ¿Y si te faltara ese don de los dones: el don de una mujer perfecta, digna de ti?"]

³¹⁸ *Democratic vistas*, *loc. cit.*, pp. 816, 829-830: "a strong and sweet Female Race, a race of perfect Mothers".

tes —y que no ha perdido sus encantos femeninos, "the charms of womanly nature"—; la mujer de un obrero, dos niños, buena cocinera y lavandera, con inclinación a la música y a recibir gente —fisiológicamente dulce y sana ("physiologically sweet and sound") la certifica Whitman—, y finalmente una viejecita de ochenta años especializada en aplacar pendeencias, privada de educación, pero llena de "native dignity" y de un "peculiar personal magnetism":³¹⁹ he ahí unos cuantos prototipos de la americana de mañana.

Sin embargo, cuando nuestro Walt hace un viaje al West (1879), se agrava su desilusión: también allí los varones están bastante bien, pero el poeta dista de sentirse satisfecho al mirar a las mujeres de las Praederas.³²⁰ Ni en Kansas City ni en Denver tienen las americanas mucha originalidad de espíritu ni de cuerpo ("any high native originality of spirit or body"), mientras que los hombres están llenos de ella. Las señoras son elegantes, intelectuales, pero tienen cara de dispépticas y de muñecas. Hace falta otra cosa que haga juego con la "soberbia masculinidad" del Oeste y la complete...³²¹ Sólo en Boston el nuevo Diógenes en busca de perfectos ejemplares de feminidad encuentra finalmente muchas *hermosas señoras de cabellos grises* (es él quien subraya), las atentas oyentes de una conferencia suya, durante la cual se interrumpe varias veces para contemplarlas, "saludables y matronales y maternales, y maravillosamente encantadoras y hermosas".³²²

Se nos confirma así que lo que cautiva a Whitman es el ideal, vagamente helenizante, de una joven república formada de gallardos mozos y de ancianos venerables, un ideal que se alimenta por un lado del orgullo nacional, y por otro de las peculiares aficiones del poeta. Los hombres que viven en la perfecta república son amigos apasionados. En ella, el amor "adhesivo" prevalecerá sobre el tradicional amor "afectivo". La verdadera democracia "supone esa camaradería de amor... sin la cual será incompleta, vana e incapaz de perpetuarse".³²³ El fervoroso amor de Whitman por los americanos, por sus musculosos compatriotas, es para él, por lo tanto, la expresión lírica de un anhelo político absolutamente sano. ¿Convergencia de un ideal (polémico) con un instinto (desviado)...? Hasta un admirador de Whitman ha concedido que se equivocó de lleno "cuando intentó transferir su homosexualismo al carácter nacional".³²⁴ Y que lo haya intentado ingenuamente, no cabe duda:

³¹⁹ *Ibid.*, pp. 839-841.

³²⁰ *The woman of the West*, *loc. cit.*, pp. 751-752: "I am not so well satisfied with what I see of the woman of the prairie cities."

³²¹ *Ibid.*: "...to tally and complete the superb masculinity of the West".

³²² *The Boston of to-day* (1881), *loc. cit.*, pp. 781-782: "...healthy and wifely and motherly, and wonderfully charming and beautiful".

³²³ *Democratic vistas*, *loc. cit.*, p. 853 nota: "it infers such loving comradeship... without which it will be incomplete, in vain and incapable of perpetuating itself". Los individuos serán entonces "unprecedentedly emotional, muscular, heroic and refined"...

³²⁴ L. Untermeyer, en la introducción a la citada ed. de *Poetry and prose*, p. 55 (siguiendo a M. Van Doren, *ibid.*, pp. 1157-1158): "...when he tried to translate his homosexuality into national character". Es significativo el inmediato aplauso a las ideas y a la poesía de Whitman, lo mismo que su más tardío repudio, por parte de otro desatentado humanitario, Algernon Charles Swinburne ("To Walt Whitman in America", en *Songs before sunrise*, 1871; cf. L. Hazard, *op. cit.*, pp. 176-177; G. Lafourcade, *La jeunesse de Swinburne*, Paris, 1928, vol. I, pp. 202-203; vol. II, pp. 553-554).

*I will plant companionship thick as trees along all the rivers of America...
I will make inseparable cities...
by the love of comrades,
by the manly love of comrades...
O Democracy, to serve you ma femme!*³²⁵

Y todavía en su último canto:

*I announce adhesiveness,
I say it shall be limitless, unloosen'd,
I say you shall yet find the friend you were looking for.*³²⁶

Así, pues, la democracia de Whitman es una democracia *sui generis*; y, por más que él la identifique con América, no podría estar más alejada de la *Démocratie en Amérique* estudiada por Tocqueville.³²⁷ Hasta en el terreno institucional, es una democracia sin órganos de ningún género, y por lo tanto vagamente emparentada con la anárquica humanidad de Thoreau. Su justificación ideal está indicada por Whitman en una calidad por completo negativa: precisamente en esa ausencia de grandes hombres, de geniales personalidades, que tantas veces se le había echado en cara a América y que había suscitado, entre otras cosas, la *indignatio* y la réplica de un demócrata como Jefferson. "América no ha producido aún nada, ni desde el punto de vista moral ni desde el punto de vista artístico".³²⁸ Whitman les deja de buena gana a los demás países sus grandes hombres: "nuestros hombres ilustres no son de mucha consideración, y nunca lo han sido, pero el término medio del pueblo es inmenso, más allá de toda historia". Lo que cuenta, no son las encinas excelsas ni los pinos, sino las "hojas de hierba". Incluso en la literatura y en el arte, la superioridad americana es de masa: "no tendremos grandes individuos ni grandes dirigentes, sino una masa media muy grande, de una grandeza sin precedentes".³²⁹

³²⁵ *For you, o Democracy, loc. cit.*, p. 163: ["Yo plantaré el compañerismo con la misma densidad de los árboles a lo largo de los ríos de América... Yo haré ciudades inseparables... en virtud del amor de los camaradas, del amor viril de los camaradas... ¡Oh Democracia, para servirte a ti, ma femme!"] ¡La Democracia viene a ser la única *femme* entre tantos amorosos *comrades*!

³²⁶ *So long!*, *loc. cit.*, p. 445: ["Yo anuncio la adhesividad, y declaro que será siempre apretada y sin límites; yo os digo que tendréis que encontrar el amigo que buscabais."]

³²⁷ Más aún: Tocqueville había previsto (*De la démocratie en Amérique*, ed. cit., vol. II, pp. 71-72, 82-83) ciertos aspectos vacuos y sonoros de la poesía democrática de un Whitman (Matthiessen, *op. cit.*, pp. 533-534, 651) y de su proyección hacia el porvenir (*De la démocratie*... , vol. II, pp. 77-79; Matthiessen, pp. 543-544).

³²⁸ *Democratic vistas, loc. cit.*, p. 835: "America has yet morally and artistically originated nothing"; cf., en el mismo escrito, pp. 813-814.

³²⁹ "An interviewer's item" (17 de octubre de 1879), en *Specimen days, loc. cit.*, p. 751: "our leading men are not of much account and never have been, but the average of the people is immense, beyond all history...; we will not have great individuals or great leaders, but a great average bulk, unprecedentedly great" (en defensa de las "medias", contra Thoreau, cf. *supra*, p. 486, nota 297). Y, subrayando el aspecto físico y "solar" de esta "democracia", *ibid.*, pp. 803-804. Así, pues, Whitman se adhiere *in toto* a la teoría herderiana de la poesía como expresión del alma de un pueblo, "the result of a national spirit, and not the privilege of a polish'd and select few" (*A backward glance, loc. cit.*, p. 521); y se cree a un mismo tiempo democrático, americano, moderno y filosófico cuando combate y elimina "that old claim of the

Con estos entusiasmos estadísticos —y contradictorios en sus términos, puesto que una "media" no podrá ser nunca inmensa ni sublime— se armoniza el concepto absolutamente cuantitativo de la grandeza como superficie y muchedumbre. Cien millones de hombres, de hermosísimos hombres, es la perfecta Utopía de Walt Whitman, próxima a realizarse en sus Estados Unidos. Con su percepción plástica de las muchedumbres metropolitanas y del movimiento febril de los puertos, Whitman templea la inevitable exaltación del West, supera sin esfuerzo el conflicto de Rousseau y de Thoreau entre la Selva y el Estado y, una vez más, diluye en un indiscriminado panegírico las antítesis de desierto y de aglomeración urbana, de pioneros y de comerciantes. En el West ve individuos vigorosos —"strong native persons"— y una densidad creciente, si bien los habitantes, extrañamente "amigables" (*friendly*), son "amenazadores, irónicos, menospreciadores de los intrusos";³³⁰ y a los pioneros dedica uno de sus cantos más llenos de cadencias y de augurios.³³¹ Pero también el East tiene sus prodigios profanos, sus promesas inagotables. Y esto no sólo el remoto Oriente del Asia,³³² sino también el Oriente inmediato de la Unión, y sobre todo la ciudad de su corazón, Nueva York, la multánime, poderosa, amenazadora Manhattan, con sus torrentes de hombres más arrolladores que los del Niágara,³³³ la demostración más convincente del triunfo de la Democracia.³³⁴ Sus vastos ríos navegables, sus muelles, sus febriles mercados lo persuaden "de que no sólo la Naturaleza es grande en sus campos de libertad y a cielo abierto... sino que, en lo artificial, el trabajo del hombre es igualmente grande".³³⁵

Será tal vez por la relativa novedad del motivo literario, pero es un hecho que Whitman resulta muchísimo más eficaz cuando describe las ciudades, los ciudadanos y sus cien ocupaciones, el indistinto hormiguear de las calles, el entrelazarse y enredarse de innumerables y oscuros destinos, que cuando pinta los aspectos físicos del continente. Pero entre

exclusively curative power of first-class individual men, as leaders and rulers, by the claims, and general movement and result, of ideas" (*Carlyle from American points of view*, 1881-82, *loc. cit.*, p. 773 nota). Por otra parte, Whitman cree que, para llevar a efecto la democracia perfecta, hace falta incluso una "extreme business energy" y el "almost maniacal appetite for wealth prevalent in the United States": véase *Democratic vistas, loc. cit.*, p. 825 nota; y cf. Brooks, *op. cit.*, pp. 197-198.

³³⁰ *Our old feuillage, loc. cit.*, p. 203: "...threatening, ironical, scorning invaders". Cf. también *A promise to California, ibid.*, p. 172.

³³¹ *Pioneers! O pioneers!*, *loc. cit.*, pp. 248-251. El débil relieve del West y de los pioneros en Whitman (véase también *supra*, p. 487) ha sido notado por L. J. Hazard, *The frontier in American literature, op. cit.*, pp. 171-172 (por el contrario, Smith, *Virgin land, op. cit.*, pp. 44-48, reafirma la fe de Whitman en el West). Sobre la atracción compensatoria que el romántico South ejercía sobre él (y casi sólo sobre él entre los escritores del North), véase Canby, *op. cit.*, pp. 167-168, 207-208.

³³² *Hours for the soul* (1878), *loc. cit.*, p. 713.

³³³ *Rise O days from your fathomless deeps*, 2, *loc. cit.*, p. 294; cf. *Mannahatta, ibid.*, pp. 425-426.

³³⁴ "Manhattan from the Bay" y "Human and heroic New York" (1878), en *Specimen days, loc. cit.*, pp. 709-711; cf. también pp. 728-729.

³³⁵ *Democratic vistas, loc. cit.*, pp. 814-815: "...that not Nature alone is great in her fields of freedom and the open air... but in the artificial, the work of man too is equally great". Cf. el prefacio de 1855 a *Leaves of grass, ibid.*, p. 488 ("here at last is something in the doings of man that corresponds with the broadcast doing of the day and night").

éstos, no se olvida del funesto pantano, que en el siglo XVIII se había elevado a símbolo abreviado de todo el hemisferio. Al caer la tarde, canta el *mocking-bird* en el *Great Dismal Swamp*,³³⁶ y el poeta trata de expresar

la extraña fascinación de estas ciénagas mal conocidas y difíciles de transitar, infestadas de reptiles, y en las cuales resuenan el berrido del caimán, las tristes voces del buho nocturno y del gato montés, y el zumbido de la serpiente de cascabel.³³⁷

No nos faltan más que los insectos para completar el cuadro del pantano pintado por Buffon.

En su conjunto, sin embargo, la naturaleza americana es grande y saludable, heroica y seductora; y exige —y tendrá en el porvenir— una sociedad y una literatura no sólo no inferiores a ella, sino sublimes y perfectas, ya que serán su reflejo purísimo. En las tierras del Far West saluda Whitman la promesa de un nuevo Milenio, “la nueva sociedad que finalmente guardará proporción con la Naturaleza”.³³⁸ Y América entera es un poema (“these States are the amplest poem”)³³⁹ que aguarda a ser expresado, una materia lírica incandescente, lista para ser moldeada en epopeyas de dimensiones cósmicas, en cantos de una altura y de una intensidad sin límites y sin precedentes: “pensemos, como contraste, en el mezquino ambiente y en el área limitada de los poetas de Europa, en el pasado o en el presente, independientemente de la grandeza de su genio”.³⁴⁰ El genio del poeta por sí mismo no cuenta: lo que hace grande la poesía es su objeto, su contenido, la medida en que puede servir para uso de las masas de la Democracia: “for the use of the democratic masses”.³⁴¹ En comparación con la literatura americana que habrá de nacer, todo el resto resulta mezquino y ridículo: estará bien para esos minúsculos reinos e imperios de Europa en los que ha nacido, pero “el genio de toda literatura extranjera se nos muestra esquilmo y cercenado si lo comparamos con nuestro genio, y es, esencialmente, un insulto

³³⁶ *Our old feuillage*, loc. cit., p. 204.

³³⁷ *O Magnet-South*, loc. cit., p. 425: “the strange fascination of these half-known half-impassable swamps, infested by reptiles, resounding with the bellow of the alligator, the sad noises of the night-owl and the wild-cat, and the whirr of the rattlesnake”. Cf. Thoreau, *supra*, p. 482.

³³⁸ *Song of the redwood tree*, loc. cit., p. 233: “the new society at last proportionate to Nature”.

³³⁹ *By blue Ontario's shore*, 5, loc. cit., p. 330. Sobre la “geopoética” de Whitman (“he tried to produce poems in the physical image of America”) y su fama, mayor en Europa y en el Japón que en los Estados Unidos, véanse las agudas observaciones de Malcolm Cowley en *New York Times Book Review*, February 24, 1946.

³⁴⁰ *A backward glance* (1888), loc. cit., p. 511: “think, in comparison, of the petty environment and limited area of the poets of past or present Europe, no matter how great their genius”. El argumento (ya expuesto por Longfellow desde 1849, y, por lo demás, familiar a los trascendentalistas: véase Lewis, *The American Adam*, op. cit., pp. 79-80) se repite en otros cien pasajes. Basten unos pocos ejemplos: *Thou with thy equal brood*, 5-6, loc. cit., pp. 413-414; *The United States to Old World critics*, *ibid.*, p. 461; prefacio de 1855, *ibid.*, p. 489. En particular, se ofrece como fecundo tema poético la guerra de Secesión (*ibid.*, pp. 557, 669, 848), que efectivamente le inspiró a Whitman algunas de sus mejores páginas, como las que dedicó a la muerte de Lincoln.

³⁴¹ *Ibid.*; cf. *supra*, p. 492.

to para nuestros hábitos y para las estructuras orgánicas de Estos Estados”.³⁴²

Así escribía Whitman a Emerson en 1856; y no sin intención, porque lo que hacía, en sustancia, no era otra cosa que desarrollar con énfasis el tema fundamental del *American scholar*, que había llegado a ser y seguía siendo el canon y el primer principio de su poética.³⁴³ El repudio de la vieja poesía, romántica, sentimental, empalagosa, es constante.³⁴⁴ Hasta el glorioso Shakespeare “pertenece esencialmente al pasado sepultado”.³⁴⁵ De sus versos emana un aire mortífero: “¿qué obra de Shakespeare, representada en América, no es un insulto a América, un insulto que llega hasta el tuétano de sus huesos?”³⁴⁶ Esas tragedias vienen de un mundo feudal a apestar las puras auras de la república: “los grandes poemas [extranjeros], incluyendo a Shakespeare, son ponzoñosos para la idea del orgullo y dignidad del pueblo en general, que es la sangre vital de la democracia”.³⁴⁷ Nos parece escuchar de nuevo la pedagógica proscricción de los poetas de la República platónica.

¿Qué es, pues, Europa para Whitman? Es, en primer lugar, el pasado; y hasta aquí, muy bien, pues hemos visto³⁴⁸ que para el pasado tiene Whitman cierto filial respeto. Pero más precisamente, Europa es para él la anti-democracia: Europa significa casta, corte, feudo, cubil de rijosos monarcas y nido de amores y de afectos de ninguna manera “ad-

³⁴² *To Emerson* (1856), loc. cit., p. 525: “the genius of all foreign literature is clipped and cut small, compared to our genius, and is essentially insulting to our usages, and to the organic compacts of These States”. Cf. el prefacio de 1855, *ibid.*, p. 491: “of all nations the United States with veins full of poetical stuff most need poets and will doubtless have the greatest and use them the greatest”. Así, pues, daban muy bien en el blanco tanto el sarcasmo de Carlyle, que resumía así el mensaje de *Leaves of grass*: “I'm a big man because I live in such a big country!” (M. D. Conway, en *Poetry and prose*, ed. cit., p. 975; cf. Matthiessen, op. cit., p. 373), como la ironía de Sidney Lanier, que lo resumía en estas palabras: “because the Mississippi is long, therefore every American is God” (citado en Cunliffe, op. cit., p. 121). De manera análoga decía Lowell: si el Avon ha engendrado un Shakespeare, “what giant might we not look for from the mighty womb of Mississippi” (*ibid.*, p. 142).

³⁴³ Véase L. Untermeyer (quien utiliza aquí las investigaciones de Emory Holloway), prefacio de la citada ed., p. 56; Wish, *Society and thought in modern America*, op. cit., pp. 337-338; E. R. Curtius, op. cit., p. 134; Canby, op. cit., pp. 105, 108. Sobre Emerson como excelso poeta (y mencionado en una sola tirada junto a Job, Homero, Esquilo, Dante, Shakespeare y Tennyson...), véanse las pp. 457 y 782; reservas y dudas, calificadas por Untermeyer de “ingratas” y “poco honradas” (p. 873), en las pp. 886-888. Sobre su persona y su muerte, *ibid.*, pp. 792-794, 800. Whitman negó (1887) haber leído a Emerson antes de escribir *Leaves of grass* (loc. cit., pp. 957-958). Pero está fuera de duda la decisiva influencia del trascendentalista: cf. Brooks, *Life of Emerson*, op. cit., pp. 287-288; Canby, op. cit., p. 120.

³⁴⁴ *Song of the Exposition*, 2 y 7, loc. cit., pp. 222 y 226; *By blue Ontario's shore*, 5, loc. cit., pp. 329-330, 333; *Thou Mother with thy equal brood*, 3, *ibid.*, p. 412; *A backward glance*, *ibid.*, p. 521; *Art feature*, *ibid.*, p. 742; *The Prairies and great plains in poetry*, *ibid.*, p. 747; *Democratic vistas*, *ibid.*, pp. 847-848, etc.; y cf. Matthiessen, op. cit., pp. 534, 543.

³⁴⁵ *A backward glance*, *ibid.*, p. 513: “Shakespeare... belongs essentially to the buried past.”

³⁴⁶ *An English and an American poet* (1856), loc. cit., p. 542: “what play of Shakespeare, represented in America, is not an insult to America, to the marrow in its bones?”

³⁴⁷ *Democratic vistas*, loc. cit., p. 829: “the great [foreign] poems, Shakespeare included, are poisonous to the idea of the pride and dignity of the common people, the life-blood of democracy”. Cf. también *Poetry to-day in America*, *ibid.*, p. 550.

³⁴⁸ *Supra*, p. 487.

hesivos". Si en una visión del futuro inconcluso palidecen América y Europa de la misma manera y desaparecen en la sombra tras las espaldas del poeta,³⁴⁹ y si en un senil *embrassement* el poeta ve el Oriente y el Occidente "inseparablemente fundidos",³⁵⁰ con mayor frecuencia el Nuevo y el Viejo Mundo se contraponen como actualidad y pasado, vida y muerte, progreso y decadencia:

*See revolving the globe,
the ancestor-continents away group'd together,
the present and future continents north and south, with the isthmus
between.*³⁵¹

Europa es un viejo matadero dinástico, el teatro de los conciliábulos y de los regicidios, hediondo todavía a guerras y a patíbulos;³⁵² es un montón de ruinas feudales, de esqueletos regios, de disfraces destrozados, de tumbas sacerdotales, de palacios derrumbados y de catedrales que se vienen al suelo.³⁵³ Whitman la desprecia, la compadece, pero admira, coherentemente, cada vez que centellea, su indómito espíritu revolucionario;³⁵⁴ y en definitiva no la condena. América no puede vituperar al Viejo Mundo ni separarse realmente de él: "We do not blame thee elder World, nor really separate ourselves from thee". América es hija de ese Viejo Mundo, una hija que construirá algo mejor que lo construido por su padre:

*Mightier than Egypt's tombs,
fairer than Grecia's, Roma's temples,
prouder than Milan's statued, spired cathedral,
more picturesque than Rhenish castle-keeps,
we plan even now to raise, beyond them all,
thy great cathedral sacred industry, no tomb,
a keep for practical invention.*³⁵⁵

³⁴⁹ *Years of the modern, loc. cit.*, pp. 435-436.

³⁵⁰ "I see that this world of the West, as part of all, fuses inseparably with the East, and with all, as time does" (*Poetry to-day in America*, 1881, *loc. cit.*, p. 552).

³⁵¹ *Starting from Paumanok, loc. cit.*, p. 85: ["Mira cómo da vueltas el globo, mira allá lejos, dispuestos en un solo grupo, los continentes antepasados, y acá, al Norte y al Sur, los continentes del presente y del futuro, con el istmo en medio."] Pero a la nave de la democracia, una vez, también le confía Whitman una carga antiquísima y gloriosa, "venerable priestly Asia... / and royal feudal Europe" (*Thou Mother...*, *loc. cit.*, pp. 412-413). Es carga, y no lastre: de acuerdo con lo que se ha dicho aquí (*supra*, p. 487) sobre el respeto de Whitman por el pasado.

³⁵² *Song of the redwood tree*, 1, *loc. cit.*, p. 231.

³⁵³ *Spain (1873-74), loc. cit.*, p. 430. Cf. también la reseña de 1855, *ibid.*, p. 532; *A backward glance, ibid.*, p. 517; *A new army organization fit for America, ibid.*, p. 637 (Whitman cree que los ejércitos europeos son de origen y tipo feudal, y en general no distingue absolutamente "feudal" de "monárquico" o "regio"...).

³⁵⁴ Véase la poesía juvenil *Resurgemus!* (1848), escrita para glorificar las revoluciones de 1848 (en Canby, *op. cit.*, p. 80); *O star of France (1870-71), loc. cit.*, pp. 368-369; *To a foild European revolutionaire, ibid.*, pp. 351-352 —que tenía primeramente (véase Matthiessen, *op. cit.*, p. 554) el título, típico de la insaciabilidad "nomenclatoria" de Whitman, "Liberty poem for Asia, Africa, Europe, America, Australia, Cuba, and the Archipelagoes of the Sea": ¿cómo no recordar el *Hôtel de l'Univers et des Pays-Bas?*—; *Spain (1873-74), ibid.*, p. 430; y la "consolatoria" a la Irlanda rediviva en América: *Old Ireland, ibid.*, p. 348.

³⁵⁵ *Song of the Exposition*, 5, *loc. cit.*, p. 224: ["Más poderoso que los sepulcros de Egipto, más hermoso que los templos de Grecia y de Roma, más orgulloso que la catedral de Milán, tan llena de agujas y de estatuas, más pintoresco que los to-

Si los términos de comparación son convencionales y de tarjeta postal, el proyecto arquitectónico que los debe derrotar es de una ingenua y pesada insipidez: es un palacio grandísimo, el más grande que se ha visto nunca, hecho todo de hierro y de vidrio, pintado de muchos lindos colores, coronado por una fila de banderas y rodeado de un grupo de nuevos edificios, también vistosísimos y espléndidos, pero menos elevados: en una palabra, un pabellón de exposición, o mejor, según resulta de la descripción del interior del "palacio", una mezcla de feria internacional de muestras y de museo de la técnica, con modelos funcionando.

Las máquinas, en particular, conmueven a Whitman: no precisamente, como ocurría una generación antes, las locomotoras, sino más bien las máquinas agrícolas. Inventados en América, estos "crawling monsters" se multiplicaron inmediatamente y han demostrado ser mucho más eficaces que sus rivales europeos (1850-60): baten el heno, despepitan el algodón, trillan los cereales, apilan el arroz, y, ahorrando trabajo al hombre, le permiten conquistar las inmensas praderas.³⁵⁶

Sobre esas máquinas se diría que está modelada la poesía de Whitman, que se lanza de la misma manera a la conquista de un mundo. Muchos de sus cantos no son "hojas de hierba", sino "crawling monsters" que avanzan de invocación en invocación, de imagen en imagen, desarticulados, mecánicos y enredados, y hacen pensar, ora en una serie de viñetas litografiadas, ora en una rápida secuencia cinematográfica, ora en el catálogo de una subasta,³⁵⁷ ora en el programa de una estación de ópera,³⁵⁸ ora en las láminas a colores de una enciclopedia popular, con los "trajes de todo el mundo", los "animales salvajes y domésticos", las "banderas" y los "barcos antiguos v modernos", ora, cuando pasan en revista todas las artes y todos los oficios, en espurias letanías sindicales,

reones renanos, nosotros tenemos, oh sagrada industria, el proyecto de erigir tu gran catedral, dejando atrás todos esos monumentos: no una tumba, sino un alcázar destinado a los inventos prácticos."]

³⁵⁶ *The return of the heroes*, 8, *loc. cit.*, p. 345; y cf. Wish, *Society and thought in early America, op. cit.*, p. 371; Curti, *Probing our past, op. cit.*, pp. 253-254; y ahora Stewart Holbrook, *Machines of plenty: Pioneering in American agriculture*, New York, 1955. Pero no podía faltar un canto *To a locomotive in winter (loc. cit.*, pp. 423-424), a esa "fierce-throated beauty" algo entradita en años (simbólica representación, según ciertos críticos, de la señora Gilchrist, la ardiente inglesa que atravesó el océano e hizo hasta lo imposible porque el poeta se casara con ella: véase Canby, *op. cit.*, p. 6), ni el reconocimiento de la función civilizadora de las vías férreas (*Upon our own land*, 1879, *loc. cit.*, p. 754). Más curioso, sin embargo, es el elogio casi publicitario del *comfort* con que se viaja "in the luxurious palace-car", o sea en el vagón-cama (*In the sleeper*, 1879, *loc. cit.*, pp. 735-736). Cf., en cambio, las desagradables experiencias de Trollope (1861-62) en esa "thoroughly American institution of sleeping cars", *North America*, ed. cit., vol. I, pp. 177-179, 249.

³⁵⁷ Emerson, al recomendar el libro a Carlyle, y al llamarlo precisamente "a nondescript monster which yet had terrible eyes and buffalo strength", admitía que al inglés le podría parecer "only an auctioneer's inventory of a warehouse" (carta del 6 de mayo de 1856: *loc. cit.*, p. 964). Es verdad, replica un entusiasta apologeta de Whitman, pero el *auctioneer* ¡es el Padre Eterno! (R. M. Bucke, en *Poetry and prose*, ed. cit., p. 1024). Véanse *ibid.*, pp. 59 y 69, otras expresiones análogas.

³⁵⁸ *Proud music of the storm, loc. cit.*, p. 376 (para la fuente de inspiración, cf. *ibid.*, pp. 372, 600, 932-933, 967; Matthiessen, *op. cit.*, pp. 558 ss.; L. Pound, "Walt Whitman and Italian music", en *American Mercury*, VI, September, 1925, pp. 58-63). Faner, *op. cit.*, ha querido mostrar con extrema minucia, armada de cuadros estadísticos y de ejemplos musicales, lo mucho que debe Whitman a la ópera, especialmente italiana, tanto en la inspiración como en la estructura formal de su poesía.

Y cuando el vate, el Homero de Brooklyn se encuentra sin aliento, al final de una retahíla demasiado larga, sale de apuros como el cronista mundano temeroso de haber olvidado a alguna susceptible dama: "...and you each and every where whom I specify not, but include just the same!"³⁵⁹

Siempre tiene Whitman esa ansia de totalidad, y no se da cuenta de que no puede aferrarla juntando elemento con elemento. Si su inmensa vanidad le evita el tener que reconocer su justa medida de poeta de vena escasa e intermitente, impresionista y elegíaca (alejadísima, por lo tanto, del acento dominante de *self-appointed* aedo de América y del Universo), su fundamental buen sentido no le oculta la enorme distancia que existe entre su ideal Democracia y los Estados Unidos. Y cuando, con el final de la guerra de Secesión y la oleada de cínico afán de especulación que entonces se desató, el contraste se hace más crudo y estridente, Whitman no vacila en proclamar su desilusión en las amarguísimas *Democratic vistas* (1871).

Durante todo el decenio 1870-1880, la "dreadful decade" que presencié violentas crisis económicas, el purulento pulular de la corrupción pública, el surgimiento de los "dinosaurios" y la primera elevación de una casta prepotente y jactanciosa de multimillonarios sobre la "igualitaria" sociedad norteamericana, Whitman se aflige y suspira. La última señal de su pesadumbre y de su necesidad de apoyarse en una válida filosofía que le devuelva su seguridad cuando América, treinta años después de su mensaje, muestra estar más remota que nunca de realizarlo, se encuentra en su interpretación de Hegel. A decir verdad, parece que no llegó a conocerlo sino en el sumario de J. Gostick.³⁶⁰ Pero es típico, a la vez de su ligereza especulativa y de su candor mesiánico, que justamente en Hegel, el pensador que había pronunciado sobre las Américas la condena más total, descubra Whitman al filósofo más típicamente americano del Viejo Mundo; que en el conservador y prusiano Hegel salude a aquel que, con sus fórmulas, ha suministrado "una justificación esencial y culminante de la democracia del Nuevo Mundo en los reinos creadores del tiempo y del espacio".³⁶¹ En su entusiasmo, Whitman no vacila en conferirle una especie de ciudadanía honoraria del Nuevo Mundo. Carlyle, ése sí, es el filósofo europeo, como era de esperarse. Pero Hegel, ¡Hegel debía haber nacido en América! Hay en sus teorías ese *quid* "que sólo la vastedad, la multiplicidad y la vitalidad de América parecerían capaces de percibir... o incluso de producir. Me parece raro que esas ideas hayan nacido en Alemania, o simplemente en el Viejo Mundo".³⁶²

³⁵⁹ *Salut au monde!*, 11, *loc. cit.*, p. 183.

³⁶⁰ *Sic*, pero el nombre correcto es Joseph Gostick; sobre Gostick como fuente de Whitman, véase también Floyd Stovall, "Notes on Whitman's reading", *American Literature*, vol. XXVI (1954), pp. 348, 351, 353-354, 361. *Roaming in thought (After reading Hegel)*, *loc. cit.*, p. 282, no son sino cuatro versos sobre el Bien y el Mal en el Universo ("a singularly flatulent poetic reflection", los llama Lewis, *The American Adam*, *op. cit.*, p. 51).

³⁶¹ *Carlyle from American points of view* (1881-82), *loc. cit.*, p. 778 nota: "...an essential and crowning justification of New World democracy in the creative realms of time and space".

³⁶² *Ibid.*: "...which only the vastness, the multiplicity and the vitality of America would seem able to comprehend... or even originate. It is strange to me that they

¿Qué cosa encontraba Whitman en Hegel, que tan auténticamente americana le parecía? Sus explicaciones no son claras. Comienza preguntándose cómo es que Carlyle, que fue siempre hostil o indiferente con respecto a América, goce en el momento de su muerte de más vida y más influencia en los Estados Unidos que en Inglaterra: y cree encontrar la explicación del enigma con "un horóscopo mucho más profundo, el de Hegel".³⁶³ La cuestión fundamental, de todo lugar y de todo tiempo —dice—, es la de la relación o vínculo entre el Yo (radical, democrático), con sus capacidades intelectivas, emotivas, espirituales, y el no-Yo (conservador), el conjunto del universo, objetivo y material, y de sus leyes. Kant ha dejado sin resolver esa cuestión. Schelling ha tratado de hacer convertibles, y resolubles el uno en el otro, el hombre y el universo exterior, la mente y la naturaleza. Pero sólo Hegel ha hecho de este esbozo de respuesta un sistema metafísico coherente, un sistema que podrá ser mejorado, pero que "sea como fuere sigue fulgurando en nuestros días, en toda su integridad, iluminando el pensamiento del universo, y aclarando para la mente humana el misterio de este universo, con una seguridad científica más consoladora que ningún otro sistema".³⁶⁴

Hegel ha demostrado que toda la tierra y sus infinitos fenómenos y contradicciones no son sino manifestaciones y aspectos necesarios, eslabones o eslabones, del proceso interminable del pensamiento creador, que es esencialmente uno y arrastra consigo todo accidente, vicio, defecto o debilidad. En política, eso quiere decir que el mal, la opresión, la crueldad, la astuta injusticia a la larga *non praevalerunt*. En teología, que es más religioso y más filósofo el que acoge en sí todos los credos y acepta el mundo tal como es, que el que en la obra de la Providencia ve la oscuridad y la desesperación, y es en consecuencia, por piadoso y devoto que parezca, el más radical de los pecadores e infieles.

En este punto, Whitman siente la necesidad de justificarse: si ha expuesto con cierta libertad las ideas de Hegel —"in recounting Hegel a little freely here"—, ha sido para neutralizar la letra y el espíritu de Carlyle y las máximas de Darwin y de los evolucionistas. Es una verdadera lástima que a la metafísica alemana le falte ese aliento poético, ese calor profético, esa exaltación llena de relámpagos que se encuentran en la Biblia y en los grandes poetas de todos los países.³⁶⁵

were born in Germany, or in the old world at all". Hegel es recordado varias veces, casi siempre genéricamente como uno de los grandes filósofos: *Democratic vistas*, *loc. cit.*, pp. 845, 856 nota, etc.

³⁶³ *Ibid.*, pp. 771-772. En nota se insiste en la paradoja de que, si bien ni Hegel ni Carlyle se han ocupado nunca *ex professo* de los Estados Unidos, las obras principales de uno y otro podrían recopilarse y encuadernarse juntas con el título (en verdad, mucho más carlyliano que hegeliano): *Speculations for the use of North America, and Democracy there, with the relations of the same to Metaphysics, including lessons and warnings (encouragements, too, and of the vastest) from the Old World to the New*.

³⁶⁴ *Ibid.*, pp. 776-778: "...at any rate beams forth to-day, in its entirety, illuminating the thought of the universe, and satisfying the mystery thereof to the human mind, with a more consoling scientific assurance than any yet".

³⁶⁵ *Ibid.*, *loc. cit.* Poco diversa —si acaso, más superficial— es la interpretación de Hegel en otro pasaje (de la década 1870-80?) citado por Matthiessen, *op. cit.*, p. 525: "he [Whitman] declared that «only Hegel is fit for America», since in his system «the human soul stands in the centre, and all the universes minister to it»" (cf. también p. 624). Más vagos son Parrington, según el cual (*Main currents*, *op. cit.*, vol. III,

Así queda uno con la impresión de que sólo un poeta como él, Walt Whitman, podría infundir la necesaria vitalidad en los tecnicismos de la filosofía moderna. Y no me parece dudoso que Whitman quiere dejarnos justamente bajo esa impresión: ¿acaso no había invocado pocos años antes, para América y para el mundo, un grupo de vates, "a class of bards", épicos y apasionados como Isaías, Homero, Shakespeare, "pero coherentes con las fórmulas hegelianas, y coherentes con la ciencia moderna"?⁸⁶⁶

Una vez más, como cuando distribuía ceremoniosas reverencias al universo mundo, el barbudo cantor se nos presenta en el acto no precisamente sacerdotal de quien todo lo abarca y nada aprieta. La gran masa de gente mediocre a quien dirige su mensaje apostólico no lo entiende y le vuelve las espaldas para ocuparse de sus cosas.⁸⁶⁷ La réplica —implícita y explícita— a las injurias europeas, dilatándose en oráculo, se hace genérica y ambigua; la polémica llega a tal confusión, que el adversario se cambia por un aliado; y el vaticinio resulta vacío e insípido.

16. ÚLTIMA METAMORFOSIS DE LA POLÉMICA: INMIGRANTES Y EXPATRIADOS

Con esta última rapsódica andanada lanzada desde la costa americana, la historia de la polémica propiamente dicha puede considerarse concluida. La exaltación del Nuevo Mundo proseguirá de decenio en decenio, hasta el día de hoy, y siempre con un acento, incluso involuntario, de denigración o de conmisericordia por Europa y por el resto del mundo. Por su parte, muchos europeos, viajeros, novelistas, sociólogos, se complacerán en expresar los juicios más malévolos o despectivos sobre las Américas y

pp. 78-79) "Whitman... dwelt much with Hegel and the German idealists, and with their help he penetrated curiously to the core of things, discovering there an inner spiritual reality that is the abiding substance behind the external manifestation", y Myers, quien declara que Whitman ilumina "Hegel's notion of the escape from the State of isolation and «unhappy consciousness» by identification of self with reality" (1934; *Poetry and prose*, ed. cit., pp. 1141-1142). Nos podemos formar una idea de cómo entendían a Hegel los norteamericanos de hacia 1850-60 cuando leemos en J. Mackie (*From Cape Cod to Dixie*, apud W. S. Tryon, *A mirror for Americans*, op. cit., p. 609) esta frase: "the society of a Western hotel is in a constant flux. The universe, in the Hegelian philosophy, is not more fluid", y si recordamos que ya un *clergyman* episcopaliano, el reverendo Elisha Mulford, había "applied Hegel's political philosophy to the development of American civilization" (M. Curti, *Probing our past*, op. cit., p. 122 nota, quien cita dos cartas de Francis Lieber a Charles Sumner, Nueva York, 11 de septiembre de 1870 y 14 de abril de 1871, conservadas en la Huntington Collection). No menciona siquiera a Whitman, pero da una buena idea del juego, el entrelazamiento y la superposición de influencias heterogéneas en la América de finales del siglo XIX, el ensayo de David F. Bowers, "Hegel, Darwin, and the American tradition", en *Foreign influences in American life*, ed. D. F. Bowers, Princeton, 1944, pp. 146-171 (con bibliografía, pp. 235-254).

⁸⁶⁶ *Democratic vistas*, loc. cit., p. 859: "...but consistent with Hegelian formulas, and consistent with modern science". Sobre los difusos auspicios del advenimiento de un vate en América, véase Brooks, *The times of Melville and Whitman*, op. cit., p. 135.

⁸⁶⁷ Cf. M. Van Doren en *Poetry and prose*, ed. cit., pp. 1155-1157. Un bibliógrafo francés lo incluía sin más averiguaciones entre los escritores locos (Philomneste Junior [Gustave Brunet], *Les fous littéraires, Essai bibliographique*, etc., Bruxelles, 1880, pp. 195-196). Fue mucho mejor su fortuna en Italia: véase ahora G. Getto, "Pascoli e l'America", en *Carducci e Pascoli*, Bologna, 1957, pp. 161-164, y Glauco Cambon, "Walt Whitman in Italia", *Aut-Aut*, Milano, núm. 39 (mayo de 1957), pp. 244-263.

sobre las civilizaciones que allí florecen o han florecido. Pero se trata ya de supervivencias, y no de desarrollos, ni siquiera extremos, de la disputa.

Si el vicio lógico sigue siendo en el fondo el mismo, el espíritu que lo anima es por completo distinto. Los Estados Unidos, tras liberarse de la mancha de la esclavitud, se levantaban a un grado de potencia y de riqueza nunca antes visto en la historia de la humanidad; y hacia finales del siglo, iniciaban por un lado una vigorosa expansión en el Mar de las Antillas y en el Océano Pacífico, y por otro acogían oleadas y más oleadas de inmigrantes, italianos, judíos, eslavos, que venían a poblar las devoradoras metrópolis, las fábricas ardientes, los despiadados horizontes del West. A lo largo de las costas de la América del Sur, otros europeos, por lo general emigrados de las grandes penínsulas del Mediterráneo, consolidaban las cabezas de puente ya establecidas en esos sitios, que eran, sí, núcleos de elemental civilización, centros de cosecha de cereales, de café, de carnes y de pieles, de fibras textiles y de minerales, pero con una rarefacta y tímida cultura y una incierta y turbulenta estructura política, e incapaces por lo tanto de lanzarse a la conquista de la masa central del continente, de la pesada, gruesa, elemental naturaleza, inaccesible a toda penetración que no fuera correría en busca de caucho o de esencias raras.

Europa, a su vez, lejos de sentirse debilitada por sus migraciones, inconsciente aún del desequilibrio de fuerzas, cada vez más acentuado, ocupada en completar la conquista de África y en colonizar las antiguas tierras de Asia y las extensiones vírgenes de Oceanía, se ufanaba, no sin razón, del ritmo insólito de su progreso, y en las artes, en el pensamiento, en las ciencias reafirmaba y hacía centellear su secular primacía. Con renovada altanería podía así negarse a reconocer un destino privilegiado al hemisferio occidental, por visible y vertiginoso que fuese su ascenso, y olvidaba o abrogaba las abdicaciones implícitas en la tesis de una marcha de la historia en dirección de Este a Oeste.

Mientras el conocimiento recíproco crecía con las más frecuentes y rápidas comunicaciones de todo género, el juicio de conjunto, más difícil ahora incluso por esta mayor copia de datos precisos, tendía cada vez más a deformarse en un desahogo sentimental o en una alegórica auto-crítica. Europa, en particular, comenzó a criticar en América el mecanicismo, la "estandarización", el culto de la cantidad, la avidez y la arrogancia del capitalismo, que eran frutos directos o inmediatos de su civilización, de su revolución industrial y de sus ideologías políticas.⁸⁶⁸

⁸⁶⁸ Así, pues, bastará aquí una alusión, a caballo sobre el filo de una nota, a los memorables sarcasmos de un Niebuhr (para quien una república a la americana es "das Platteste und Widerlichste... was sich denken lässt!"; carta a Dora Hensler, Roma, 14 de octubre de 1820, en *Lebensnachrichten über B. G. Niebuhr*, op. cit., vol. II, p. 449; cf. también las cartas del 1º de julio de 1827 y del 14 de junio de 1829, *ibid.*, vol. III, pp. 191-192, 235); y de un Baudelaire sobre el mercantilismo de los americanos y sobre su fe en la omnipotencia de la industria (creen esos ingenios "qu'elle finira par manger le Diable": prefacio a su traducción de Poe, *Histoires extraordinaires*, 1856); de un Humboldt, a los ochenta y cinco años, sobre los Estados Unidos, comparados con un vórtice cartesiano que todo lo nivela en el tedio, y donde la libertad no es otra cosa que un mecanismo utilitario, privado de valor educativo (cartas a Varnhagen von Ense del 31 de julio de 1854 y del 28 de mayo de 1857; trad. cit. de Girard, pp. 212-213, 264; trad. de Sulzberger, pp. 366, 452); de un Hebbel, disgustado él también de la pseudo-libertad de los Estados Unidos y del verdadero

En América observaba, con escándalo, un caso extremo de los males que la afligían, encontrando así más fácil denunciarlos, e inmediatamente después, por un fácil sofisma, se los imputaba a la propia América y ponía en guardia a los europeos contra el peligro de su contagio. (De manera no muy distinta se había discutido durante siglos si la sífilis había sido regalada por Europa a América, o viceversa.)³⁶⁹

En la imagen de una América en la que esos males eran, o por lo menos parecían, tan prominentes, se dejaban cristalizar fácilmente todos los aspectos desagradables de la civilización europea: así como en un tiempo el Nuevo Mundo había resumido en un símbolo plástico los sueños y las esperanzas del Viejo, así ahora encarnaba sus legítimos temores, sus tormentos y sus repulsas. El "diálogo" volvía a ser una mera forma literaria de un sustancial y contrito "monólogo".

Por parte de los americanos, o al menos de los norteamericanos, la actitud es parecida. Se ha visto cómo, al restringirse la polémica de la antítesis de los dos hemisferios a la antítesis Inglaterra-Estados Unidos, los motivos físicos y biológicos retrocedían a la sombra o desaparecían lisa y llanamente, mientras tomaban acentuado relieve los políticos y sociales; e incluso éstos, dada la sustancial afinidad étnica de las dos naciones, se modelaban sobre las divergencias de gobierno y de estructura económica, —exasperadas, naturalmente, por el recuerdo de dos recientes conflictos armados y por la percepción de una presente y creciente competencia comercial, y prontas, por lo tanto, a servir de puntal simbólico de cualquier otra polaridad real o imaginaria.

Así, el choque ideal tenía lugar entre República y Monarquía, entre la Rebelión y la Legitimidad, entre la Libertad y el Orden, entre la selvática tosquedad de los modales y las amables convenciones del vivir civilizado, entre el ímpetu de abrir y aun desquiciar las puertas del Futuro y la reverente custodia del Pasado, la tenaz vigilancia de sus arcos y pergaminos. El conflicto no era ya "geográfico", sino, como se ha dicho varias veces, de "geografía" contra "historia", y por lo tanto, con rapidísima e inevitable transposición, de dos actitudes espirituales antinómicas y coesenciales. En definitiva, pues, era ya un conflicto de "historia" contra "historia", el choque que es el alma de toda historia. La herencia

"yugo" que sobre los hombres y las cosas impone en ese país la falta de poesía y de arrojo (carta del 29 de diciembre de 1855, en *Tagebücher*, ed. R. M. Werner, Berlin, s. f., vol. IV, p. 61, n. 5410; cf. unas palabras de 1862, *ibid.*, vol. IV, p. 234, n. 6017); y de un Burckhardt sobre los bárbaros norteamericanos, privados de sentido histórico, y a quienes, sin embargo, se les quedan pegados los desechos o sobras de la historia europea; sobre su nuevo tipo físico, de dudoso género y duración (*Weltgeschichtliche Betrachtungen*, 1868-70, ed. cit., pp. 9-10, 68-69), y sobre su total entrega al *business* (*ibid.*, 1873, ed. cit., p. 203; cf. también Gollwitzer, *op. cit.*, p. 403). Pero un teólogo norteamericano, no obstante haber investigado las estridentes ironías que nacen de la discordancia entre los principios ideales en que se norma la sociedad de los Estados Unidos y sus actos y hechos y directivas reales y prácticos, se ha lamentado: "Europe accuses us of errors of which the whole of modern bourgeois society is guilty and which we merely developed more consistently than European nations" (R. Niebuhr, *The irony of American history*, *op. cit.*, p. 50). Y la misma tesis es desarrollada por Lewis Mumford, "The America in Europe", en *Comprendre*, núms. 10-11 (Mai, 1954), pp. 161-164, con elocuencia tan ímpetuosa, que casi trastorna y anula la específica originalidad de la cultura norteamericana.

³⁶⁹ No hay que asombrarse, pues, si "der Vergleich zwischen Europa und Amerika" —como hace notar Gollwitzer, *op. cit.*, p. 443, nota 99— "gehört zu den Lieblingsgegenständen der Publizistik des 19. Jahrhunderts".

(europea) y la misión (americana) no se pueden escindir, y de hecho —también esto se ha visto (en Melville y en Whitman)— no se escinden. La crítica del presente y la fe en el porvenir se calientan, se encienden, se ponen al rojo blanco, la una en función de la otra. Y, en la consciencia de los americanos más entregados al pensamiento, la polémica se hace interna, íntima, y cuanto más candente, tanto más fecunda. El altercado secular se sedimenta en levadura de vida.

El ejemplo más alto y significativo de esta espiritualización de la antigua contienda se admira en el más ilustre de los "expatriados", Henry James: en su obra literaria, que con tanta frecuencia se inspira en las jameas y en las tentaciones del americano en Europa y más de una vez las levanta en una aura de lúcida y tormentosa poesía; y, de manera todavía más transparente, en sus obras críticas, preñadas como están de sustancia autobiográfica. Henry James, que pasó casi toda su vida en Europa (en América terminó sus estudios, durante el áspero decenio 1860-69), es el más europeo de los escritores norteamericanos; y, en sus novelas y en sus cuentos, la huella incisiva del tardío realismo de los franceses, el esteticismo *fin-de-siècle*, la refinada opulencia del estilo nos pueden hacer olvidar que los ha escrito un nativo de Nueva York. Pero cuando trata *ex professo* un tema americano, como el novelista Hawthorne (1879), o el espectáculo de los Estados Unidos (*The American scene*, 1907), o incluso las pocas cartas desde América de Rupert Brooke (1916), James llega a ser, o vuelve a ser, el más americano de los críticos "europeos". Las opuestas sollicitaciones simbolizadas en esos dos topónimos continentales dialogan en él naturalmente, y, sin violencia polémica, le dictan acentos alternados de nostalgia, de desilusión, de aburrida ironía, de inquieta esperanza.

El mismo nos lo confirma: cuando era joven, Europa le prometía impresiones más variadas y numerosas que las de su país natal. Una vez maduro, y familiarizado ya con las voces de Europa, América se le brindaba como un nuevo manantial de sorpresas y maravillas. "Nada más sencillo ni más lógico: muchos años antes, Europa había sido romántica porque era diferente de América; ahora era romántica América por ser distinta de Europa."³⁷⁰ La alternativa no era, pues, entre los dos hemisferios, sino entre la realidad y el anhelo, entre las dos almas que perpetuamente se renovaban en el pecho de Henry James.

En su estudio sobre Hawthorne, el último y más ilustre ejemplar del primitivismo literario americano,³⁷¹ el motivo fundamental es la pregunta, familiar para nosotros, de si es posible el nacimiento de un gran arte en los Estados Unidos. Las perspectivas son miserables: la flor del arte se abre sólo donde el terreno es profundo. Hace falta una buena cantidad de historia para producir un poco de literatura, y América, con tantas cosas que hacer, no ha tenido tiempo de dedicarse a la floricultura: "antes de producir escritores, se ha ocupado cuerdamente en proporcionarles algo sobre qué escribir".³⁷²

La naturaleza misma de América está singularmente privada de historia: tiene una marca arrogante de juvenilidad que borra toda otra huella de un pasado demasiado breve. Hasta el aire es nuevo y joven en

³⁷⁰ H. James, *The American scene*, London, 1907, pp. 365-366.

³⁷¹ H. James, *Hawthorne*, ed. cit., pp. 162-163.

³⁷² *Ibid.*, pp. 2-3; cf. *supra*, p. 471, nota 237.

América, y la vegetación parece no haber alcanzado aún la mayoría de edad.³⁷³ Por consiguiente, el paisaje americano es poco interesante, poco sugestivo, de ninguna manera romántico. Hawthorne mismo se había lamentado de ello (aproximadamente desde 1835-40, o sea antes de conocer a Europa, y de nuevo en 1860), y James refuerza y continúa su querrela, enunciando, con toque sarcástico, los muchos "items of high civilization" —los ya recordados "elementos de alta civilización"— que faltaban en América:

No hay un Estado en el sentido europeo de la palabra, y, desde luego, apenas cabe decir que haya un nombre nacional específico.³⁷⁴ No hay soberano, ni corte, ni lealtad hacia una persona, ni aristocracia, ni iglesia, ni clero, ni ejército, ni servicio diplomático, ni nobleza campestre, ni palacios, ni castillos, ni casas solariegas, ni viejas mansiones de campo, ni rectorías, ni quintas bardeadas ni ruinas cubiertas de hiedra; no hay catedrales, ni abadías, ni iglesias normandas, ni grandes Universidades ni escuelas públicas —no hay Oxford, ni Eton, ni Harrow; no hay literatura, ni novelas, ni museos, ni cuadros, ni sociedad política, ni clase deportiva— no hay Epsom ni Ascot...³⁷⁵

Por otra parte, en esa misma pintoresca Europa, Hawthorne se sentía agobiado por el peso de los siglos —"he was oppressed with the burden of antiquity in Europe"—³⁷⁶ y se reafirmaba en su radicalismo y en su cándida fe en el destino de América, en aquella su especialísima Providencia que debía asegurarle prosperidad, libres instituciones e ilimitados progresos *per omnia saecula saeculorum*.³⁷⁷

³⁷³ *Ibid.*, pp. 12-13.

³⁷⁴ Se oye resonar aquí una antigua deploración, expresada asimismo por Francis Lieber, cuando, encontrando el legítimo nombre de Columbia ya "ocupado", sugería para los Estados Unidos el término "normando" de Windland (!) (Curti, *Probing our past*, op. cit., pp. 143-144).

³⁷⁵ H. James, *Hawthorne*, p. 43: "No State, in the European sense of the word, and indeed barely a specific national name. No sovereign, no court, no personal loyalty, no aristocracy, no church, no clergy, no army, no diplomatic service, no country gentlemen, no palaces, no castles, nor manors, nor old countryhouses, nor parsonages, nor thatched cottages, nor ivied ruins; no cathedrals, nor abbeys, nor little Norman churches, no great Universities nor public schools —no Oxford, nor Eton, nor Harrow; no literature, no novels, no museums, no pictures, no political society, no sporting class —no Epsom nor Ascot!" Obsérvese que al comienzo se propone James hacer una comparación con Europa, pero luego el único término de contraste es Inglaterra. Sobre la falta de pintoresquismo y de belleza arquitectónica en Salem, véase ya el comienzo de la *Scarlet letter* de Hawthorne (ed. cit., p. 5). Su protagonista, el reverendo Dimmesdale, había llevado de las universidades inglesas "all the learning of the age into our wild forest-land" (*ibid.*, chap. III; ed. cit., p. 53). Cf. James, *Hawthorne*, p. 85, y *supra*, pp. 333-334, y, para una ulterior exégesis de las expresiones de James, Christof Wegelin, *The image of Europe in Henry James*, Dallas, 1958, pp. 46-47. En 1782, Crèvecoeur había señalado la ausencia de los mismos *items* (sobre poco más o menos), pero sacando una conclusión opuesta, a saber, que la sociedad americana era la más perfecta y racional (citado en Cunliffe, op. cit., p. 48), mientras William Cullen Bryant deducía (1825) favorables auspicios para la venidera poesía norteamericana justamente de la ausencia de mitos y de convenciones literarias; véase Lewis, *The American Adam*, op. cit., pp. 87-88, y cf. *supra*, p. 323, nota 114.

³⁷⁶ *Hawthorne*, p. 71. Sobre la actitud de Hawthorne ante la "histórica" Europa, a medio camino entre la reverencia de Washington Irving y la irrisión de Mark Twain, véase G. Möhle, *Das Europabild Mark Twains*, Berlin, 1940, pp. 93-96; sobre la de James, el citado volumen de Wegelin; y sobre la relación entre ambos, R. P. Blackmur, "The American literary expatriate", en D. F. Bowers (ed.), *Foreign influences in American life*, op. cit., pp. 129-132.

³⁷⁷ *Hawthorne*, p. 142.

De ahí a poco, la guerra civil daba una feroz sacudida a este pueril optimismo, —que, por lo demás, no casaba con la duda acerca de las posibilidades artísticas y literarias de los norteamericanos. Y, después de terminado el conflicto, que a James le parecía marcar toda una era en la historia de la mentalidad americana —"an era in the history of American mind"—³⁷⁸ no vacilaba en caracterizar la actitud de sus compatriotas como extremadamente quisquillosa, nacionalista y llena de desconfianza con respecto a Europa. Los norteamericanos creen que todas las demás naciones de la tierra han hecho una conjura para despreciarlos, y son penosamente conscientes de ser la más joven de las grandes naciones, de no pertenecer a la familia europea, de encontrarse en la periferia y no en el centro de la civilización, y de conservar en su estructura política algo de experimental. De ahí, de ese sentido de relatividad y de precariedad, su complejo de inferioridad con respecto a los ingleses y a los franceses; de ahí su nerviosismo y su provincialismo.³⁷⁹

Señal de este provincialismo es igualmente la exagerada reverencia por las artes y las letras, actividades cultivadas en América por seres de estirpe superior, por genios singulares y casi monstruosos, mientras que en Europa se crían naturalmente:³⁸⁰ con lo cual se cierra el círculo, y torna a presentarse la cuestión de qué poesía nacerá —si llega a nacer alguna— en el Nuevo Mundo.

En el relato de su viaje a los Estados Unidos, después de veinticinco años de ausencia, el acento se desplaza de la literatura a la sociedad. El problema del arte americano, si no cae precisamente en el olvido, si se ve a distancia y se resuelve en el del ambiente. Con temblor y con ansia, reflejados patéticamente en las túrgidas complejidades de sus frases, James observa, perplejo, las tendencias, las deformaciones y los peligros de la *American scene*. La "cantidad" prevalece decididamente sobre la "calidad".³⁸¹ En todas las cosas, en el paisaje, en las ciudades, en el vocabulario, impresiona la falta de "asociaciones" históricas y poéticas. Hasta las universidades son ambulantes: a nada se le permite "acumular" un poco de historia; peor aún, a nada se le permite acumular nada, fuera de los intereses sobre las cuentas corrientes.³⁸² Casi todos los rostros son de puros y crudos *businessmen*.³⁸³

Todavía James acaricia el sueño de inmensas posibilidades poéticas latentes en los espacios ilimitados y en la absoluta libertad de América:

El terreno está tan libre de preocupaciones, el aire tan puro de prejuicios y de dudas, que uno se pregunta por qué no deberían existir tantas probabilidades de un festivo tripudio estético [*revel!*] como las hay en el campo político y en el económico; por qué no podría desarrollarse, en condiciones sin precedentes, alguna grande e indómita aventura de las artes, sin toparse en su camino con ninguno de los viejos leones de la prescripción, de la proscripción, de la simple y celosa tradición.

³⁷⁸ *Ibid.*, pp. 142-144.

³⁷⁹ *Ibid.*, pp. 153-154.

³⁸⁰ *Ibid.*, pp. 29-31.

³⁸¹ *The American scene*, pp. 18-19.

³⁸² *Ibid.*, pp. 31, 143. Por excepción, "I saw the lucky legacy of the past, at Philadelphia, operate" (p. 291).

³⁸³ *Ibid.*, p. 64; cf. *ibid.*, pp. 236-237.

Pero el sueño no dura; e inmediatamente después James se pone a hablar de factores misteriosos que frustran esa feliz combinación de elementos; añade, con tardía compunción, que la simple grandeza no justifica ninguna complacencia y alude desconsoladamente a la vanidad de la mera extensión geográfica.³⁸⁴

Volvemos a caer así en la "cantidad", que no reemplaza, y mucho menos engendra la "calidad". Pero se pone también una base metafísica bajo los frecuentes ataques contra las manifestaciones del genio cuantitativo y mecánico, que van del rechazo de los orgullosos rascacielos, absurdos hacinamientos de pisos y de ventanas,³⁸⁵ a la exasperada alocución al tren Pullman que, corriendo a través de regiones despobladas y de naturaleza intacta, las arruina irreparablemente y convierte todas las cosas sanas y puras, una tras otra, en objetos crudos, enfermizos, asquerosos y desvergonzados —"to crudities, to invalidities, hideous and unashamed"—: pretende traer una nueva civilización y lo que hace es destruir la belleza y el encanto de la tierra virgen, primitiva, solitaria.³⁸⁶

El motivo se remonta por lo menos a Thoreau,³⁸⁷ por quien James profesa una reveladora admiración,³⁸⁸ pero se vincula en James con experiencias más ricas y con un pesimismo más macerado. Incluso esa desnudez histórica del paisaje americano, que todavía en el ensayo sobre Hawthorne se decoraba con el atributo de la "juvenilidad", adquiere ahora un carácter más grave y más sagrado (tanto más sagrado cuanto más flagrante es el sacrilegio de quien lo viola), y, con una transposición de la que no nos asombraremos ya en este punto extremo de nuestro relato, se convierte en máxima antigüedad, en absoluto primitivismo. La Florida le recuerda el Nilo, pero un Nilo prehistórico, anterior a las Pirámides y no ya sólo anterior a Cleopatra; California, una especie de pre-Italia, una Italia inconsciente e inexperta, con su *plancha* primitiva, en perfectas condiciones, libre todavía de la incisión de la Historia.³⁸⁹

Por otra parte —y sírvanos esto para ponernos en guardia contra las clasificaciones demasiado fáciles de una mente tan ágil y esquiva—, James dista mucho de ser un "primitivista". La Naturaleza desnuda e incontaminada podía *vera patere dea* a los ojos de Thoreau, pero no a los ojos de Henry James, que escribía al último de los verdaderos "primitivistas", su amigo Stevenson: "El hombre primitivo, tengo que confesarlo, no me interesa tanto como el civilizado."³⁹⁰ En el extremo opuesto de

³⁸⁴ *Ibid.*, pp. 445-447, 462-463.

³⁸⁵ *Ibid.*, pp. 76-78, 95-96; cf. Larkin, *op. cit.*, p. 324. Los rascacielos y su publicidad luminosa son llamados "the vertical business blocks and the lurid sky-clamour for more dollars" en la introducción a R. Brooke, *Letters from America*, New York, 1916, p. xxxii, quizá porque a Brooke le gustaban (*ibid.*, pp. 7-8).

³⁸⁶ *The American scene*, pp. 463-464.

³⁸⁷ Véase *supra*, p. 478.

³⁸⁸ *Hawthorne*, pp. 96-97; *The American scene*, p. 264.

³⁸⁹ *Ibid.*, p. 462.

³⁹⁰ Carta del verano de 1893, en *Henry James and Robert Louis Stevenson*, ed. by J. Adam Smith, London, 1948, p. 231: "Primitive man doesn't interest me, I confess, as much as civilized". El concepto y la forma recuerdan mucho al doctor Johnson (véase *supra*, p. 157), otro autor por quien James tenía altísima admiración (véase *ibid.*, p. 277). Un análisis mucho más detenido —pero en sustancia no divergente— de la actitud de Henry James se lee en el citado libro de Wegelin, a quien sólo cabe hacer el reproche de no ver (por más que recuerde también "nuestra" polémica, p. 20) que es imposible entender verdaderamente la "image of Europe" de James sin estudiar al mismo tiempo su correlativa "image of America".

la "escena americana", he ahí, en efecto, las metrópolis de la costa atlántica, invadidas y sumergidas por las oleadas inagotables, y aparentemente necesarias, de los inmigrantes, sobre todo italianos y judíos.³⁹¹ El fenómeno estaba entonces en su punto culminante, y, por más que James se mantenía a distancia de él y preocupado por lo que veía, no se le escapaba la contribución esencial que los inmigrantes traían a la dialéctica de la relación Europa-América.³⁹²

El mesianismo del *melting-pot*, el crisol de Dios en que se funden y se refinan todas las razas de Europa³⁹³ y del cual debería salir una nueva y perfecta humanidad, fue uno de los mitos nacionales de los Estados Unidos, por lo menos hasta las leyes restrictivas de la inmigración (1921-24):³⁹⁴ un mito que traducía en términos positivos —más aún, augurales— la antigua oposición de "espacio" y "tradiciones", por cuanto hacía prevalecer el ambiente sobre la herencia, el clima social sobre la raza, la geografía sobre la historia.³⁹⁵ Pero era un mito cruel, porque tendía a hacer olvidar lo penoso y costoso que era ese proceso de fusión, —costoso por sacrificar los valores propios de los pueblos arrojados en el crisol. Los primeros contactos entre pueblos diversos, de civilización igual o desigual, son de ordinario mortales para uno cuando menos de los elementos que se ponen en contacto. Los indios americanos lo aprendieron desde el primer momento en que llegaron los europeos. Pero, en todos los tiempos, en todas las partes del mundo, infinitas tragedias, físicas o espirituales, se padecieron en el curso de ese proceso que los antropólogos han cubierto con el eufemismo de *transculturation*. La asimilación de los inmigrantes europeos a los Estados Unidos pasó por una primera fase de exasperado acrecentamiento de las tensiones nacionales y raciales (que resultaban más ásperas por la presencia del negro, con los consiguientes complejos de inferioridad y reacciones defensivas que suscita en el blanco, el cual parecería estar aún, a veces, atávicamente afligido y humillado por las condenas depauwianas), para llegar a una segunda fase, más duradera, de animosidad del "naturalizado", o más a menudo de sus hijos, hacia la patria de origen y sus valores tradicionales.³⁹⁶

En lugar de constituir un vínculo entre las antiguas naciones europeas y la patria de adopción, los inmigrados se han mimetizado al nuevo ambiente, han exaltado con celo de neófitos sus máximas y sus motivos

³⁹¹ *Ibid.*, pp. 123-130; Cunliffe, *op. cit.*, pp. 193-194.

³⁹² América volvía a asumir así, entre otras cosas, aquella providencial función de válvula de escape para el exceso de población de Europa, que ya había tenido en los años de Malthus y de Goethe, como también después de la Restauración. El emigrante, que precisamente entonces había mudado su filiación de deportado, de aventurero y de prófugo (véase lo que Mrs. Montagu escribía en 1777 acerca de los norteamericanos) por la filiación de pionero y de portador de artes y técnicas civilizadas, recibía finalmente, y no sin contrastes, la del labrador (explotado, sí, pero también idealizado) y del hermano y compañero en la tarea de forjar los más altos destinos del país con una amalgama humana más rica.

³⁹³ Véase I. Zangwill, *The melting pot* (1910), citado en Wish, *Society and thought in modern America*, *op. cit.*, p. 217.

³⁹⁴ En 1924 se sofocaba prácticamente la inmigración del Viejo Mundo, y se concedía la ciudadanía norteamericana a los últimos pieles rojas. Los Estados Unidos se encerraban en sí mismos y se reconciliaban con su pasado autóctono.

³⁹⁵ André Siegfried, *Tableau des Etats-Unis*, Paris, 1954, pp. 33, 39.

³⁹⁶ Cf., por ejemplo, Spoerri, *op. cit.*, pp. 16, 34, 47 et *passim*. "Their children are another matter", etc. (H. James, *The American scene*, p. 120).

de vanagloria para ser "más americanos que los americanos", y han renegado y abjurado del Viejo Mundo, del cual, a decir verdad, no tenían sino malos recuerdos. La antítesis de los dos mundos descendía y se trasladaba de ese modo a la perpetua, saludable oposición de los hijos a los padres y a los abuelos: el comunísimo rencor de una generación hacia las que la han precedido se transfería y se reflejaba en el juicio de un continente sobre el otro. Y así como los refugiados puritanos se habían convertido en atormentadores de los cuáqueros y en ferocísimos *witch-hunters*, así los desterrados y los perseguidos de Europa no tardaban en hacerse perseguidores e intransigentes custodios de un rígido "americanismo".³⁹⁷ En el aislacionismo de un MacCormick como en el anticomunismo de un McCarthy no es difícil descubrir las huellas de un fortísimo prejuicio anti-europeo, antes que anti-británico o anti-ruso.

17. EL MUNDO JOVEN ES BASTANTE VIEJO

Una disgregación más radical aún de los términos mismos de la disputa se llevó a cabo con la llegada del historicismo a tierras de América, y con la consiguiente "transmutación de los valores" de lo Viejo y de lo Nuevo. Los habitantes del hemisferio occidental habían encontrado siempre un motivo de orgullo y de esperanza en el calificativo de Mundo Nuevo (incluso después de que la crítica buffon-depauwiana había traducido ese "nuevo" en "recién salido de las aguas").³⁹⁸ Pero cuando, al prevalecer en Europa el culto del pasado y de las tradiciones, la Antigüedad vino a parecer un atributo más glorioso que la Juventud, les resultó fácil a los americanos redescubrirse y jactarse de ser viejísimos, mucho más viejos, estables y seguros de sí que la inquieta y turbulenta Europa.

La reivindicación asumió diversas formas, desde la búsqueda —sobre todo en el Norte— de un principio autónomo y unitario de toda la historia americana,³⁹⁹ hasta la pretensión —sobre todo en la América hispá-

³⁹⁷ Lo cual era ya deplorado por Melville en 1849: cf. *supra*, p. 472, y Boorstin, *op. cit.*, p. 14. Sobre el caso particular de los católicos irlandeses, véase Wish, *Society and thought in early America*, *op. cit.*, pp. 315-317, y A. C. Jemolo, "Nemesi storiche", en *Il Ponte*, IX, 10 (Ottobre 1953), pp. 1358-1363.

³⁹⁸ Véase *supra*, pp. 255-258, 288-290.

³⁹⁹ Esta tendencia a una historiografía "américo-céntrica" (y no ya europeocéntrica) ha recibido refuerzo e integración por parte del "panamericanismo histórico", o sea la tesis que afirma la unidad de la historia de todas las Américas, superando las limitaciones nacionales y de derivación europea (América inglesa, española, portuguesa, francesa, etc.) y las aperturas a que se había visto constreñida la historiografía norteamericana en virtud de la teoría de la "frontera" (F. J. Turner, 1893), aplicada con minucia provinciana y pedantesca (esta teoría, a su vez, había surgido por reacción contra la historiografía europeocéntrica enseñada y cultivada hasta entonces en las universidades norteamericanas: véase H. H. Bellot, *American history and American historians*, London, 1952, pp. 17-24; y, con mayor penetración, H. N. Smith, *Virgin land*, *op. cit.*, pp. 250-260). Semejante tendencia cuenta con un antecedente muy preciso en el "panamericanismo antropológico", o sea en las teorías que reivindican la unidad originaria de las varias estirpes de indígenas (replanteamiento y transformación, en el siglo XIX, de las antiguas y prolifas discusiones sobre la proveniencia del hombre americano: véase *infra*, pp. 526-527) y que, por consiguiente, afirman la necesidad de un estudio comparativo y coordinado de las civilizaciones autóctonas (véase H. Bernstein, "Anthropology and early inter-American relations", en *Transactions of the New York Academy of Sciences*, Series II, vol. X,

nica— de tener un origen más venerable y más cuarteles de nobleza que ninguna de las naciones europeas.⁴⁰⁰ La denominación misma de Nuevo Mundo, que había consagrado el nacimiento y el auge de las jóvenes Repúblicas, acabó por considerarse una ofensa y una señal de europeocéntrica presunción por parte de los más tardíos reivindicadores del elemento indígena americano. El Mundo Nuevo —miradlo bien— es el Mundo Antiquísimo:

Mucho tiempo después de que Europa vibró, con los románticos, bajo el acicate de su antigüedad medieval, vibramos nosotros bajo la espuela de nuestra vieja edad, que nos confería el título de "el Mundo más Antiguo" en vez de Mundo Nuevo, puesto que tal novedad sólo existía para los europeos —evaluación externa— y no para nosotros ni para la realidad *per se* (para la historia *per se*), en cuyos dominios habíamos hecho nuestra entrada miles de años antes de que los españoles, los franceses, los ingleses y los holandeses establecieran sus comunidades respectivas. La aparición de ese sentimiento de orgullo autóctono coincidió con varios hechos que le sirvieron de corroboración...⁴⁰¹

Esos hechos son los siguientes: "el frustrado intento de Florentino Ameghino de convalidar la teoría del *homunculus patagonicus* u *homo pan-*

pan-...".
Nº 1, November 1947, pp. 2-17). Pero el primero que sostuvo la necesidad de estudiar la historia de los Estados Unidos sin perder de vista la historia hispanoamericana fue Herbert E. Bolton, *The epic of Greater America*, discurso pronunciado en Toronto, el 28 de diciembre de 1932, en la XLVII Sesión anual de la American Historical Association, donde resume el *Syllabus* (1928) de su curso de historia de las Américas; publicado en la *American Historical Review*, vol. XXXVIII (1933), pp. 448-474, y en traducción castellana, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, México, 1937 (cf. también sus *Wider horizons of American history*, 1939). Para la difusión de sus ideas, acogidas con entusiasmo en Hispanoamérica, véase E. O'Gorman en *Universidad de La Habana*, núm. 22 (enero-febrero de 1939); E. de Gandía, "El panamericanismo en la historia", *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, Buenos Aires, vol. XV (1941), pp. 383-393; actas de la LVI Sesión de la American Historical Association (Chicago, 29-31 de diciembre de 1941); *The Canadian Historical Review*, vol. XXIII (1942), pp. 125-156; E. O'Gorman en *Filosofía y Letras*, México, 1942, núm. 6, pp. 215-235; A. P. Whitaker, "La América Latina en la mentalidad del pueblo norteamericano (1815-1823)", *Revista de la Universidad Católica del Perú*, vol. IX (1941), p. 299, el cual hace remontar la solidaridad continental de los americanos a sus detractores europeos del siglo XVIII, etc. Pero véase una reciente *mise-au-point* en Phil. C. Brooks, "Do the Americas share a common history?", *Revista de Historia de América*, México, 1952, núm. 33, pp. 75-83 y los artículos publicados *ibid.*, 1952, núm. 34, pp. 469-489; cf. asimismo Clifton B. Kroeber, "La tradición de la historia latinoamericana en Estados Unidos: apreciación preliminar", *Rev. de Hist. de América*, 1953, núms. 35-36, pp. 21-58, especialmente 34-35, y Silvio Zavala, "Colaboración internacional en torno de la historia de América", *ibid.*, pp. 209-226.

⁴⁰⁰ Análoga tesis para los animales: cf. *supra*, p. 419.

⁴⁰¹ Luis Alberto Sánchez, "A new interpretation of the history of America", *The Hispanic American Historical Review*, vol. XXIII (1943), pp. 442-443: "A long time after Europe vibrated under the goad of its medieval antiquity with the romanticists, we vibrated under the spur of our ancientness, which conferred upon us the title of Oldest World instead of New World, since such newness existed only for the Europeans —an external evaluation— and not for us nor for reality *per se* (for history *per se*) into whose dominions we had made our actual entry thousands of years before the Spanish, French, English and Dutch established their respective communities. The appearance of that sentiment of autochthonous pride coincided with various corroborating facts..."

peanus",⁴⁰² la victoria de los Estados Unidos (Nuevo Mundo) contra España en 1898, la caída de Porfirio Díaz "con sus influencias extranjeras" y la revolución social mexicana, la conmemoración de los centenarios de la Independencia, y la pérdida de prestigio de Europa después de la primera Guerra Mundial. En ese preciso momento "nuestra antigua prosapia llevó a efecto la revigorización —tal vez sería apropiado decir la creación— de nuestra consciencia histórica".⁴⁰³ Y también, con fórmula más concisa y más amplia a la vez: "tanto o más viejos que asiáticos y europeos, a la luz de los más recientes descubrimientos arqueológicos, constituimos, a pesar de eso, un Mundo Nuevo, por nuestro estremo en la influencia universal, por nuestro hallazgo de nuestro destino".⁴⁰⁴

En realidad, esa "consciencia histórica", ese descubrimiento del propio destino se habían formado en actitud de antítesis y desafío a la "vieja" Europa. No causa asombro que ésta, pobrecilla, comenzase a no entender ya nada. Basta ver a qué acrobáticas agilidades se somete Ortega y Gasset para adaptarse a la corriente y trastocar sus posiciones.

En su ensayo de 1928, "Hegel y América", había escrito que América "si es algo, es futuro", justificando con ello el hecho de que el Nuevo Mundo fuera incomprensible para un filósofo completamente sumergido en el pasado, como Hegel. Luego, hacia el final del ensayo, había insinuado que, si Hegel reviviera, "vería en el alma americana un tipo de espiritualidad primitiva, un comienzo de algo original y no-europeo", con fuertes rasgos de "nueva y saludable barbarie",⁴⁰⁵ lo que equivalía a reafirmar que América es el país del Porvenir.

Pero la ambigüedad de ese término "primitivo", traducción a un plano antropológico de la no menos ambigua "infancia" del tiempo de la Emancipación, lo convierte en antítesis no sólo de la cansada civilización europea, como en el pasaje citado, sino también del progreso que es desarrollo y maduración de civilización, y permite así a Ortega, diez años más tarde, cambiar radicalmente su posición casi sin darse cuenta.

En efecto, en 1937 podía jactarse de que, hacia 1928, cuando triunfaba "el viejo lugar común de que América es el porvenir", él no se había dejado arrastrar por la moda:

Tuve entonces el coraje de oponerme a semejante desliz, sosteniendo que América, lejos de ser el porvenir, era, en realidad, un remoto pasado,

⁴⁰² *Ibid.*: "the frustrated attempt of F. A. to validate the theory of the *h. p.* or *h. p.*". En su libro *La antigüedad del hombre en el Plata* (1880), Ameghino quiso demostrar que en la Argentina, o poco lejos de allí, se encontraba la cuna del género humano. Pero los antropólogos no estuvieron ni están de acuerdo: "a critical scrutiny of American data led to the conclusion that man was not nearly so ancient in the New World as in the Old" (Lowie, *op. cit.*, pp. 86-87). Y nosotros no alcanzamos a ver cómo un "frustrated attempt" puede ser un "corroborating fact".

⁴⁰³ L. A. Sánchez, *loc. cit.*: "...our ancient lineage brought about the reinforcement —perhaps it would be appropriate to say, the creation— of our historic consciousness". Emerson (véase *supra*, p. 468) había sido más cauto al reivindicar para América una antigüedad remota como el Diluvio.

⁴⁰⁴ L. A. Sánchez, *¿Existe América Latina?*, México, 1945, p. 277. Pero él mismo había admitido con mayor prudencia (*ibid.*, p. 45) que esa distinción entre Nuevo Mundo y Mundo Antiguo es una distinción "que los no-europeos difícilmente entendemos y aceptamos".

⁴⁰⁵ *Obras*, ed. cit., vol. I, pp. 591-603.

porque era *primitivismo*. Y también, contra lo que se cree, lo era y lo es mucho más América del Norte que la América del Sur, la hispánica.⁴⁰⁶

Un primitivismo que *no* es el porvenir, resulta en realidad una condena más terrible que todas las de Buffon y De Pauw. Es un infantilismo orgánico, incurable. Lo señalamos, no para echárselo en cara a Ortega y Gasset, el cual ciertamente no juzga a América en esa forma tan catastrófica,⁴⁰⁷ sino para indicar los peligros a que expone el uso incauto de conceptos tan flúidos y mal definidos; y porque la afirmación final de que, "contra lo que se cree", la América del Norte es de un primitivismo mayor y de un pasado más remoto que la América hispánica, encuentra una curiosa confirmación-mentís en lo que escribe un historiador argentino, —esto es, un historiador de una de las naciones del Nuevo Mundo que más clamorosamente han alardeado siempre de ser "jóvenes". Enrique de Gandía, celoso de los valores históricos, acusa a la gran República norteamericana de ser joven, e implícitamente inmadura ("primitiva", sí, pero sin "pasado") en comparación con las "viejas" repúblicas hispanoamericanas... "Si comparamos la historia del Norte y del Sur llegamos a la conclusión, indiscutible, de que los países viejos son los españoles."⁴⁰⁸

Pero tampoco estas paradojas son verdaderamente originales. La pretensión de una mayor edad con respecto a la América anglosajona ha sido y sigue siendo comunísima entre los hispanoamericanos, ya sea que se consideren latinos y descendientes de Roma, conquistadora y civilizadora, a su tiempo, de la ruda Britania, ya que, como católicos, juzguen una herejía reciente la de los protestantes. Hace mucho tiempo, a comienzos del siglo pasado, fray Servando Teresa de Mier, apegado como el que más a los títulos históricos y devotísimo de las prerrogativas de los tiempos más remotos, por dudosa que fuera su autenticidad, había contrapuesto a los jóvenes Estados Unidos la antigua América española: "aquél era un pueblo nuevo... nosotros somos un pueblo viejo".⁴⁰⁹ Y después del mexicano y del argentino, he aquí a un colombiano, Carlos Lozano y Lozano, que repite: "nosotros somos más antiguos, mucho más antiguos que los norteamericanos".⁴¹⁰ ¿Hace falta decir que los americanos del Norte, tan pinchados, han sentido a su vez la necesidad de pro-

⁴⁰⁶ "Prólogo para franceses" (1937) a *La rebelión de las masas*, *loc. cit.*, vol. II, p. 1180, donde cita precisamente el ensayo "Hegel y América" y los artículos sobre los Estados Unidos publicados poco después. El mismo ensayo "Hegel y América" es citado poco adelante, con idéntico propósito, cuando Ortega escribe: "América es fuerte por su juventud... América tiene menos años que Rusia. Yo siempre, con miedo de exagerar, he sostenido que era un pueblo primitivo *camoufflado* por los últimos inventos. Ahora, Waldo Frank, en su *Redescubrimiento de América*, lo declara francamente. América no ha sufrido aún; es ilusorio pensar que pueda poscer las virtudes del mando" (*La rebelión de las masas*, *loc. cit.*, p. 1264). Otras variaciones sobre el americano, esta vez "exento de pasado" y gravitante "hacia el porvenir", en *Las Atlántidas* (1924), *loc. cit.*, vol. II, p. 926.

⁴⁰⁷ Por otra parte, hay en *El espectador* un aforismo en que, polemizando contra el citado libro de Waldo Frank, Ortega y Gasset dice a los apresurados americanos: "¡Jóvenes, todavía no!... En rigor... no habéis hecho aún nada. América no ha empezado aún su historia universal". Y cita una vez más su ensayo "Hegel y América" (*El espectador*, VIII, *loc. cit.*, vol. I, p. 736).

⁴⁰⁸ E. de Gandía, "El panamericanismo en la historia", art. cit., p. 387.

⁴⁰⁹ *Profecía sobre la revolución mexicana* (1823), en la *Antología*, ed. O'Gorman, *op. cit.*, p. 127.

⁴¹⁰ Citado en *Time*, December 29, 1947.

veerse de antepasados? Hoy están ansiosos de demostrar que también ellos tienen un glorioso pasado, floridas tradiciones, ¡y tanta, tanta historia! ⁴¹¹

En realidad, el Mundo Nuevo no podía y no puede estar "privado de historia". Nada puede estar privado de historia, de espíritu o de racionalidad. Lo que se quiere decir con esa acusación es que el Nuevo Mundo no se preocupa lo bastante de su propia historia, que está movido sobre todo de anhelos y de instintos prácticos: aspira a poner su sello sobre la naturaleza ambiente más bien que a concentrarse en sí mismo para mejor conocerse y conocerla. "Privado de historia" define, por consiguiente, no una impensable carencia de hecho, sino una actitud espiritual, una desarraigada y resignada inmersión en la naturaleza, una irreflexiva lucha contra la razón. Cuando ha querido tener una historia, América la ha encontrado, naturalmente, y no sólo antigua, sino antiquísima. Y cuando ha reflexionado sobre su historia, ha producido historiografía excelente. El slogan "geografía y no historia" es, pues, simplemente una fórmula de *Völkerpsychologie*. Y las reivindicaciones rivales de cada una de sus regiones a un pasado propio, más pasado que el de otras partes del continente, es la señal de una mayoría espiritual recién alcanzada, o por lo menos anhelada y entrevista.

18. OLVIDO Y SECRETA INMORTALIDAD DE DE PAUW

En esta competencia por radicarse en el pasado y por alardear de una personalidad histórica propia, es curioso que ningún americano haya ido a buscar argumentos —aunque fueran argumentos de escándalo— en aquellos autores del siglo XVIII que habían asignado al Nuevo Mundo una antigüedad suficiente por lo menos para hacerlo degenerar hasta el último escalón de la humanidad. La fortuna de De Pauw sufre ya en la segunda mitad del siglo XIX un eclipse casi completo, un eclipse que ha durado prácticamente hasta nuestros días, —y cuya prueba está, mejor aún que en la falta de referencias a sus *Recherches*, en la tosca imprecisión de las menciones que, por fugaces que sean, se han hecho de su obra o de su tesis. Ya en 1867, en Europa, comprobaba Dauban que "ahora no se leen los libros... de De Pauw" ⁴¹² (y eso que Dauban conocía sus méritos). En América, el sabio Amunátegui todavía recuerda y refuta sumariamente las ideas del *philosophe* sobre la nefasta influencia del clima y de la tierra americana. ⁴¹³ Pero ya estas páginas son citadas vagamente como un ataque al "filósofo Pawo" (*sic*) por García, ⁴¹⁴ y el biblió-

⁴¹¹ Véase, por ejemplo, la página excelente —y ya "histórica" a su vez— de Erich Marcks, "Historische und akademische Eindrücke aus Nordamerika" (1913), en *Männer und Zeiten*, Leipzig, 1916, vol. I, p. 415; y los artículos, más recientes, de Max Lerner, "Are we a people without history?", *The Virginia Quarterly Review*, vol. XXII, (1946), pp. 5-19, y de Clare Boothe Luce, *L'Europa e l'America*, Roma (Usis), s. f., p. 26. Pero tampoco han faltado críticos de los Estados Unidos —un Duhamel, por ejemplo— que los han acusado de ser seniles, no jóvenes, de haber envejecido precozmente, sin haber estado nunca maduros, por efecto del progreso material (Spoerri, *op. cit.*, p. 87).

⁴¹² C. A. Dauban en su ed. de las *Lettres de Mme. Roland*, *op. cit.*, vol. I, p. 423.

⁴¹³ *Los precursores de la independencia de Chile*, vol. III, Santiago, 1872, pp. 109-115.

⁴¹⁴ Agustín García, *La ciudad indiana*, 5ª ed., s. f., p. 74.

grafo chileno Barros Arana, tras mencionar a los principales confutadores de De Pauw, añade (1882) que su libro está para esas fechas completamente olvidado y que "sólo se le consulta por mera curiosidad". ⁴¹⁵ Claude Bernard cita a De Pauw, a propósito del curare, de segunda o tercera mano, acudiendo a una enciclopedia alemana. ⁴¹⁶ Uno de los últimos biógrafos de Jefferson, Saul K. Padover, no hace ni la menor alusión a su polémica contra Buffon. ⁴¹⁷ Y en una reciente reedición (México, 1944) de la *Historia antigua de México* del padre Clavigero se han suprimido del todo las largas *Disertaciones* polémicas del jesuita contra De Pauw y Buffon, disertaciones que, sin embargo, un Juan Bautista Muñoz admiraba más que la misma *Historia*. ⁴¹⁸ Cuando un reciente editor del *Federalist*, el profesor Max Beloff, se topa con el conocido flechazo de Hamilton contra el autor de la *Recherches philosophiques sur les Américains*, ⁴¹⁹ cree poder identificar esta obra con la *Histoire philosophique et politique* de Raynal (I). ⁴²⁰ Moras cita a De Pauw sólo para decirnos que, aunque ha examinado con atención —"genau durchgesehen"— sus *Recherches*, no ha encontrado en ellas la palabra "civilisation", ⁴²¹ ¡y ni siquiera advierte que todo ese libro es en el fondo un intento de ahondar el concepto de "civilización"!

Fay ha leído ciertamente a De Pauw y da sobre él noticias suficientes, pero cree que Buffon lo plagió. ⁴²² Edith Bernardin (1933) menciona de pasada "les livres de C. de Pauw, aujourd'hui bien oubliés". ⁴²³ Spell no reconoce el subtítulo de las en un tiempo famosísimas *Recherches*. ⁴²⁴ Pearce cree francés a su autor, ⁴²⁵ mientras que Stark parece creerlo alemán, y dice que tiene el "punto de vista del explorador que ha salido a resolver los enigmas de una esfera exótica de la vida"; ⁴²⁶ y en realidad no habría tenido que mencionar siquiera a De Pauw un libro que, como dice el subtítulo, se refiere a *The United States of 1776 in contemporary European philosophy*, puesto que las *Recherches* se publicaron en 1768. En un volumen de más de 400 páginas, consagrado a los "échanges et rencontres" entre Francia y los Estados Unidos, De Pauw es mencionado

⁴¹⁵ *Notas para una bibliografía...*, *op. cit.*, p. 503, núm. 399.

⁴¹⁶ Cl. Bernard, *Leçons sur les effets des substances toxiques et médicamenteuses*, Paris, 1883, p. 245.

⁴¹⁷ Lo cual sorprende, por cierto, a un reseñador del *Times Literary Supplement*, January 30, 1943.

⁴¹⁸ Fray Servando Teresa de Mier, "Manifiesto apologético", en *Escritos inéditos*, México, 1944, p. 148.

⁴¹⁹ Véase *supra*, p. 231.

⁴²⁰ Ed. Oxford (Basil Blackwell), 1948, pp. 53 nota y 478, nota 4.

⁴²¹ J. Moras, *Ursprung und Entwicklung des Begriffs der Zivilisation in Frankreich (1756-1830)*, *op. cit.*, p. 35, nota 58, y p. 52, nota 83. Sin embargo, como otros autores anteriores a él, De Pauw usa corrientemente "civiliser" y "se civiliser": por ejemplo, *Recherches*, *op. cit.*, vol. I, pp. 108, 110.

⁴²² Bernard Fay, *Civilisation américaine*, *op. cit.*, p. 55; *L'esprit révolutionnaire*, *op. cit.*, pp. 13-14, 331-332 et *passim*.

⁴²³ *Les idées religieuses de Mme. Roland*, *op. cit.*, p. 79 nota.

⁴²⁴ Véase *supra*, p. 174, nota 153.

⁴²⁵ R. H. Pearce, *The savages of America*, *op. cit.*, p. 78, quien cita los ataques de B. S. Barton contra De Pauw, "with his picture of beardless Indian males with milk in their breasts".

⁴²⁶ *America: Ideal and reality*, *op. cit.*, p. 15; "[He has the] point of view of the explorer who is out to solve the riddles of an exotic sphere of life".

una sola vez (no figura siquiera en la bibliografía).⁴²⁷ Hasta el último y eruditísimo investigador de las relaciones entre Europa y América durante el siglo XVIII pasa simplemente por alto a De Pauw, y se limita a recordar en un renglón y medio de nota que "se habló mucho en Europa (y hasta en América) sobre las gentes y los animales que degeneraban en las colonias" (*sic*).⁴²⁸

Creo que la justiciera posteridad muy contadas veces ha hecho tan poca justicia a un autor admirado por las inteligencias más altas de su generación, combatido por historiadores y publicistas de genio y de grandísima fama, leído y asimilado por filósofos, por hombres de ciencia y por poetas de vuelo seguro y sublime, y que todavía en nuestros días, después de haber sido durante decenios el símbolo compendioso de las "calumnias" europeas, el héroe epónimo y el chivo expiatorio de una áspera disputa ideal, obra como un ácido e invisible fermento en la opinión, en la ideología, en los lugares comunes de tan gran parte de la humanidad.

Al europeo que, tras haber cruzado el Océano, trata de familiarizarse con el ambiente intelectual americano, tal vez nada le impresiona tanto como la convicción frecuentísima —casi diría universal— de un destino peculiar, bueno o malo, que ha tocado en suerte al hemisferio occidental. América no es un continente como los demás. No valen para ella las leyes de la historia común al resto del género humano. O está agobiada por una maldición específica, o tiene sobre ella el crisma de una divina investidura.

Hasta aquellas antiguas acusaciones de reciente emersión de las aguas y de debilidades en la fauna son trastrocadas en títulos de excelencia por un González Prada, quien exalta a la América Anadiomene, que surge hermosísima de las ondas "ostentando su flora sin espinos y su fauna sin tigres".⁴²⁹ Y, más general, el lamento sobre el hemisferio brotado muy tarde de las olas, cuando los demás estaban ya desecados, resuena en el amargo suspiro sobre las repúblicas hispanoamericanas que llegaron "demasiado tarde a un mundo demasiado viejo",⁴³⁰ y rebosa

⁴²⁷ Textualmente: entre 1763 y 1776, "Buffon, Raynal et le grotesque [*sic*] de Pauw sont à peu près les seuls [...] à porter sur l'Amérique des jugements parfois [...] défavorables" (Villard, *op. cit.*, p. 225).

⁴²⁸ M. Kraus, *The Atlantic civilization: Eighteenth-century origins*, Published for the American Historical Association, Ithaca, N. Y., 1949, p. 218, nota 7. También son imprecisos Visconti, *op. cit.*, p. 44 y Eric W. Cochrane, "Il Gazzettino Americano di Livorno e l'America nella letteratura del Settecento", *Quaderni di Cultura e Storia Sociale*, III, 1 (gennaio 1954), p. 52. En cambio, son exactos —pero posteriores a los estudios de Church (1936) y al mío (1ª ed., 1943)— los trabajos citados de Chinard (1947) y de Martin (1952) y la rápida alusión de E. Sestan, "Il mito del «buon selvaggio» americano e l'Italia del Settecento" (1947), en *Europa settecentesca ed altri saggi*, Milano-Napoli, 1951, pp. 137-138. Curiosa es igualmente la reminiscencia de Indro Montanelli: "Non so chi abbia detto, con un'intonazione di disprezzo, che l'Argentina è il paese in cui il cammello è diventato un lama, il leone un puma, l'aquila un condor, e lo spagnolo un argentino" (*Corriere della Sera*, Milano, 26 luglio 1955).

⁴²⁹ "Discurso en el Teatro Olimpo" (1888), en *Páginas libres*, Lima, 1946, p. 46. Sobre el tigre (metafórico) como animal feroz y afortunadamente desconocido "en la fauna peruana", véase *ibid.*, p. 73, en otro escrito de 1888, intitulado "Perú y Chile".

⁴³⁰ La frase es de Musset (Rolla: "Je suis venu trop tard dans un monde trop vieux"), pero el sentimiento que expresa es muchísimo más antiguo: "to feel oneself born in «an age too late» was the great emotional aftermath of the Renaissance" (G.

en el sarcasmo sobre esas mismas repúblicas que tienen tras de sí un porvenir tan grande.

La paradoja inherente a ese alarde de gallarda juventud tan cansinamente remasticado de decenio en decenio ya había sido explotada (1893) con irónica crueldad por Oscar Wilde: "La juventud de América es la tradición más vieja que allí tienen. Se ha mantenido ya durante trescientos años. A juzgar por lo que dicen los americanos, se creería que están en su primera infancia. A juzgar por su civilización, están en la segunda."⁴³¹

Sin embargo, todavía en nuestros días, en estos tiempos calificados de áridos y prosaicos, el sueño de Berkeley, de Galiani, de Melville, reaflore en mil formas diversas para dar bríos a los americanos del Norte y del Sur. El ambiguo hechizo de la "novedad" del Nuevo Mundo hace decir a Roosevelt en 1942, que es necesario asegurar "la supervivencia de un hemisferio que es el más nuevo de todos";⁴³² y en la Conferencia de Chapultepec un diplomático invocó sobre los trabajos la protección de un especialísimo —pero no mejor identificado— "Dios de América".⁴³³

Williamson, "Mutability, decay and 17th-century melancholy", art. cit., p. 135; cf. *ibid.*, p. 148). El primero que la aplicó a América —si bien el concepto ya había sido expresado por Lowell: "O strange New World, that yet was never young", etc.— parece haber sido R. Poincaré en su prefacio a F. García Calderón, *Les démocraties latines de l'Amérique* (1911), ed. Paris, 1914, p. 3. Usada a menudo proverbialmente (véase un ejemplo en S. Maugham, *Of human bondage*, 1915, ed. Modern Library, p. 253), empleada por otros poetas como Francis Jammes ("Je suis venu trop tard dans un monde trop vieux", *De l'Angélus de l'aube à l'Angélus du soir*, 1898) y su secunaz Guido Gozzano ("sento / d'esser nato troppo tardi", *Torino*, 1911), fue adoptada y repetida por gran número de autores hispanoamericanos, entre los cuales basta citar a dos de la autoridad de Alfonso Reyes ("Notas sobre la inteligencia americana", 1936, en *Última Tule*, México, 1942, p. 143; cf. también *ibid.*, pp. 201, 219) y de Jorge Basadre ("¿Han existido históricamente influencias de origen americano en la cultura occidental?", en *Proceedings: VIII American Scientific Congress*, IX, Washington, 1943, p. 250; y *La promesa de la vida peruana*, Lima, 1943, p. 23). En la tesis de que América pasó bruscamente de la infancia a la vejez, sin haber conocido la edad madura (por ejemplo: "culturally America has become rotten before it was ripe", Frank Thistlewaite, *The great experiment*, Cambridge, 1955, p. x), reconoce Chinard los últimos ecos de las teorías de Buffon y de Hegel (*L'homme contre la nature*, *op. cit.*, p. 143).

⁴³¹ O. Wilde, *A woman of no importance*, acto I, en *Works*, London, s. f., p. 599: "The youth of America is their oldest tradition. It has been going on now for three hundred years. To hear them talk one would imagine they were in their first childhood. As far as civilization goes they are in the second". Otros sarcasmos sobre George Washington y América en *Intentions* (1891), *ibid.*, p. 1085.

⁴³² "...the survival of a hemisphere —the newest hemisphere of them all" (*sic*), citado por Beard, *The American spirit*, *op. cit.*, p. 569.

⁴³³ En cuanto a esta divinidad tribal, véase *El Comercio*, Lima, 22 de febrero de 1945. Curiosas "plegarias de un hombre del Nuevo Mundo", con la vieja herejía de América como continente creado por Dios para la Redención del género humano, se leen en *El erial* del argentino Constancio C. Vigil (traducción inglesa, sobre la 1ª ed. española: *Times Literary Supplement*, September 14, 1946). Pero —y esto demuestra una vez más cómo cada uno de los temas de la polémica suele representarse invertido y trastrocado, y que no se han agotado todavía sus posibilidades "contrapuntísticas"—, otro argentino, lejos de ver a América como redentora, la siente afligida por un segundo pecado original, completamente suyo (H. A. Murena, *El pecado original de América*, Buenos Aires, 1954, especialmente p. 164); con lo cual, por una parte, da al traste con las místicas geografías de Chateaubriand (véase *supra*, p. 324), y por otra adopta, sin saberlo, la tesis que asignaba a América el triste privilegio de un Diluvio particular o alguna otra maldición hecha *ex professo* para ella.

Sobre las huellas indistintas de De Pauw, Freud y más tarde Papini han juzgado un "aborto" la cultura americana.⁴³⁴ Y las tesis extremas de Buffon, revestidas de ropajes psicoanalíticos y decadentistas, vuelven a circular por obra del turbio Keyserling. La primera de sus *Südamerikanische Meditationen* no es otra cosa que un tejido de variaciones sobre el tema fundamental de Buffon. La América meridional es, según él, el continente del tercer día de la Creación, el día en que Dios hizo el mar y la tierra, las plantas, los árboles y las frutas. Pero al mismo tiempo, viene a ser el continente de la "sangre fría", de los reptiles, de los sapos, de las serpientes, —creaturas, todas éstas, que en verdad aparecieron el quinto día de la Creación. Sudamérica es el continente de las hierbas venenosas y de las plantas alimenticias, pero también de los cocodrilos, de las feroces hormigas, de la putrefacción y de la desenfundada sexualidad. Los flexibles esquemas naturalistas de Buffon se rellenan con imágenes del más barato romanticismo, y se tiñen con las sombrías tintas macabro-eróticas del género literario que se deriva del Marqués de Sade. La tesis de zoología comparada acaba en una verde discusión sobre la frígida y frenética sensualidad del sudamericano.⁴³⁵

19. REVISIÓN CIENTÍFICA DE LA CALUMNIA BUFFONIANA

En el plano científico, la tesis de que la tierra o el cielo de América hacen degenerar a hombres y animales no encuentra ya, como es natural, ningún defensor. Pero los argumentos particulares con que se había edificado ese error se someten a una revisión, en el curso de la cual se trata de precisar si no contenían alguna vislumbre de verdad. El genial Vidal de la Blache se esfuerza en explicar a qué se debe que las extremidades meridionales de los continentes estén relativamente despobladas, mientras que hay esquimales y lapones en la misma latitud Norte; cita la Tierra del Fuego y, en frente de ella, en la Antártida, la Tierra de Graham,

⁴³⁴ G. Papini, "Lo que la América no ha dado", *Revista de América*, junio de 1947. Papini la emprende sobre todo contra la América hispánica, con curiosos argumentos a la De Pauw: ¡Santa Rosa de Lima no vale lo que Santa Teresa de Avila ni lo que Santa Catalina de Siena! ¡El Inca Garcilaso no llega a las alturas del español Garcilaso de la Vega! América ha dilapidado los tesoros culturales que recibió de Europa, etc. Pero no menos curiosamente anacrónicas fueron las réplicas de los hispano-americanos prontos a recordar que son todavía jóvenes, y que sin embargo han tenido ya algunos grandes hombres, como por ejemplo un Caldas, elogiado por un Humboldt, y hasta herejes peligrosos, y más prontos aún a hacer alarde de las materias primas de su continente, caucho, cereales, ganado, productos para alimentar "a la decadente, corrompida y perturbada Europa". Su indignación llega a rozar con lo grotesco cuando, para demostrar la espontánea, desinteresada generosidad de América, escriben: "El propio Américo Vespucio... de no haber existido nuestro continente, habría sido apenas un iluso perdido en las encrucijadas de lo ignoto" (*La Prensa*, Lima, 17 y 30 de julio de 1947; el subrayado es mío)... Pero ¡caramba!, si América no existía, también Colón "che ce scopriva? Li mortacci sui!" (Cesare Pascarella, *La scoperta de l'America*, son. L).

⁴³⁵ H. Keyserling, *Südamerikanische Meditationen*, Stuttgart-Berlin, 1933 (2ª ed.), especialmente pp. 19, 21, 22 (intitulada "Iosgelöste Sinnlichkeit ist kalt", y particularmente sucia; pero el nexo es esencial), 24, 26, 31-32. Cf. también, *ibid.*, las típicas pp. 41-43 y la inevitable tristeza final: sobre toda la América del Sur "nun herrscht die Ur-Traurigkeit vollkommen unverfälscht" (p. 280). En la p. 285 encontramos también al Diablo, con quien se completa el trinomio que da título al conocido libro de Mario Praz.

y concluye: "El esfuerzo ha desmayado por falta de espacio; y la inferioridad relativa que se observa en los mamíferos del hemisferio austral parece haberse extendido a los hombres".⁴³⁶ Y hacia estos mismos años, o sea medio siglo después de Edgar Quinet, otro francés, viajero y marino, vuelve a descubrir una vez más el "descubrimiento" de Buffon y nos lo anuncia no sin una complacida solemnidad:

El examen de la fauna del Nuevo Mundo nos lleva a una comprobación muy curiosa: es, en casi todos sus ejemplares, una reducción de la del Viejo Continente: el puma y el jaguar, bautizados aquí con los nombres de "león" y de "tigre", son diminutivos del león y del tigre, como la llama y el tapir lo son del camello y del elefante... [siguen otros ejemplos]. *Que yo sepa, esta anomalía de la fauna americana nunca se ha mencionado...*⁴³⁷

Geógrafos tentacularmente intranquilos y prontos a transformarse en naturalistas y biólogos, y filósofos de la historia de tendencia racista —como el norteamericano Ellsworth Huntington— han desarrollado por su cuenta las antiguas teorías sobre la influencia del clima, trazando "relaciones necesarias" sutilísimas, sofisticadamente sutiles, entre temperatura y civilización. Y, según sabemos, también algunos historiadores de verdadero mérito, como Terán, han investigado en la América del Sur las fases y las consecuencias sociales y políticas de la "tropicalización del blanco". Hasta un espíritu delicado y sin prejuicios como Bernard Berenson llega a preguntarse si el clima de los Estados Unidos no será pernicioso para la raza blanca, como lo ha sido, probablemente, para los pieles rojas. En sus conciudadanos, el inquieto crítico percibe huellas de una rápida e irreprimible decadencia: "algunos de nuestros colonos más antiguos están representados ahora por descendientes demasiado a menudo tísicos, estrafalarios, o bien decadentes, *si es que no completamente degenerados*".⁴³⁸ Pero ¿a qué se debe que el clima de la América del Norte sea tan funesto? La respuesta es curiosa, o, mejor dicho, puede parecer curiosa a quien no recuerde que no hace sino calcar una explicación de Raynal y de Hegel: las montañas corren en América de Norte a Sur, y, faltando cordilleras transversales como en la Europa central, dejan abierto el paso a los soplos helados del Ártico y a los tórridos vapores del Caribe.⁴³⁹ La técnica moderna puede retardar la catástrofe, pero no impedir la. Será, pues, asunto de siglos, pero la profecía es segura: *América depopulata*.

⁴³⁶ P. Vidal de la Blache, *Principes de géographie humaine* (obra póstuma, escrita entre 1905 y 1917), Paris, 1922, p. 24: "L'effort a langui faute d'espace; et l'infériorité relative que l'on constate chez les mammifères de l'hémisphère austral semble s'être étendue aux hommes."

⁴³⁷ M. Rondet-Saint, *Randonnées transatlantiques*, Paris, 1921 (pero el pasaje aquí citado es de 1914), pp. 257-258: "L'examen de la faune du Nouveau-Monde amène à une constatation bien curieuse: elle est, en presque tous ses échantillons, une réduction de celle du Vieux Continent: le puma et le jaguar, que l'on baptise ici «léon» et «tigre» sont des diminutifs du lion et du tigre, comme le sont du chameau et de l'éléphant le lama et le tapir... *Je ne sache pas que cette anomalie de la faune américaine ait jamais été mentionnée*" (el subrayado es mío).

⁴³⁸ *Sketch for a self-portrait*, New York, 1949, pp. 66-67: "some of our oldest settlers are now represented by offspring too frequently consumptive, queer, or otherwise in decline —*if not quite degenerate*" (el subrayado es mío).

⁴³⁹ *Ibid.*; cf. *supra*, pp. 43, 392.

Menos conocida de nosotros es la revisión científica de la idea de que el clima americano hace degenerar rápidamente a hombres y animales provenientes de Europa, iniciada por el fisiólogo peruano Carlos Monge, el cual ha demostrado⁴⁴⁰ que, en su esfuerzo por aclimatarse al ambiente de alta montaña, el europeo o en todo caso algunos animales superiores sufren una disminución —por lo menos temporal— de su vitalidad y de su capacidad generativa. La misma difícil aclimatación y análogos fenómenos patológicos sufre el hombre de las alturas cuando baja a los llanos. Este último fenómeno no se le había escapado a nuestro De Pauw. En su réplica a Pernety recuerda que en 1732, de 16,000 salzburgueses que bajaron a Prusia, 4,000 murieron en el primer año, "como les sucede a los montañeses que se establecen de manera súbita en las llanuras".⁴⁴¹

Pero, no obstante que Monge cita de preferencia a los antiguos cronistas del Perú,⁴⁴² quienes le suministran vívidos ejemplos históricos de esterilidad y decadencia orgánica, su teoría es claramente aplicable, y aplicada por él mismo, a todas las regiones de alta montaña, en cualquier latitud que se encuentren (Alpes, Tibet, etc.). Así, pues, la antítesis no es ya entre Viejo y Nuevo Mundo, sino entre clima de llanura y clima de altiplanicie.

Los europeos descubrieron los primeros ejemplos impresionantes de esta enfermedad de la incipiente aclimatación —enfermedad a veces mortal, para el individuo o para la especie— al entrar en contacto por vez primera con las civilizaciones de las altiplanicies mexicanas y andinas. Más tarde, generalizando ingenuamente y teorizando arbitrariamente, transfirieron a todo el nuevo continente los sufrimientos y las taras de algunos de sus habitantes, humanos o animales. Pero el aleccionamiento implícito en la observación, y formulado de manera explícita en varias leyes españolas dictadas para proteger a los indios,⁴⁴³ se fue perdiendo con el fin de los virreinos, si bien fue reconocido de nuevo por San Martín y por otros generales de las guerras de independencia;⁴⁴⁴ y, como observa maravillado Carlos Monge,⁴⁴⁵ permaneció completamente desco-

⁴⁴⁰ Citamos por el resumen que de sus largas investigaciones ha dictado Monge bajo el título de *Influencia biológica del Altiplano en el individuo, la raza, las sociedades y la historia de América*, Lima, s.f. [1940]. Mayor copia de ejemplos y de citas se encontrará en los demás escritos de Monge, "Política sanitaria indígena y colonial en el Tahuantinsuyo", *Anales de la Facultad de Ciencias Médicas*, vol. XVII (1935), pp. 231-276, y "Aclimatación en los Andes. Confirmaciones históricas sobre la agresión climática en el desenvolvimiento de las sociedades de América", en los mismos *Anales*, vol. XXVIII (1945), pp. 307-383 (traducción inglesa, Baltimore, 1948).

⁴⁴¹ *Défense des Recherches philosophiques, op. cit.*, p. 238: "...comme cela arrive aux montagnards qui s'établissent subitement dans les plaines".

⁴⁴² Cieza de León, Garcilaso, padre Cobo, Acta de la fundación de Lima, etc.: *Influencia biológica*, pp. 25-28, 48-49; y en "Política sanitaria...": Miguel de Estete, Fernando Santillán, M. Cabello Balboa, Fernando Pizarro, Pero Sancho, P. Falcón, el Príncipe de Esquilache, Gómara, etc.

⁴⁴³ *Influencia*, pp. 59-60; "Política sanitaria", pp. 262-268.

⁴⁴⁴ C. Monge, "Aclimatación en los Andes: influencia biológica del Altiplano en las guerras de América", *Revista de Historia de América*, México, 1948, núm. 25, pp. 1-25.

⁴⁴⁵ "Cabe preguntar cómo es posible que se hayan ignorado en la vida republicana de Sud América, al extremo de conducir ejércitos a masacres climáticas" ("Política sanitaria", p. 262; cf. *ibid.*, pp. 236, 244, 271, etc.; y "Aclimatación en los Andes", *Anales*, p. 350).

nocido durante la época republicana. Parece verosímil que la reacción de las jóvenes repúblicas contra la calumnia de la inferioridad telúrica de América arrolló incluso aquellos elementos indiscutibles de hecho que habían servido para apuntalarla.

No sería la primera vez que, para combatir una idea equivocada, se ha lesionado la realidad de los hechos más evidentes. La búsqueda y la consecución de una certidumbre cualquiera cuesta más movimientos de asedio, más oblicuas maniobras que una astuta y tortuosa maquinación. Y aquí nos detenemos, preocupados y pensativos: nos preocupa este irritante y capilar enigma de la historia, por más que reconozcamos en él un simple caso particular de la dialéctica que sólo a través de la negación alcanza una superior positividad. Pero ¿acaso el sueño puede tener la misma sustancia que la realidad? ¿Por ventura no tiene la realidad otra manera de acrecentarse y de hacerse mejor conocida que sumergirse una y otra vez en el mito, en la leyenda, en las violentas alternativas y en las arbitrarias excogitaciones de la diatriba?

El ánimo permanece suspendido, y una sensación de frustración penetra a quien todavía se obstinaba en buscar alguna luz en el pasado. Sin embargo, a menos que un orgulloso turbante de vanidosa complacencia se haya caído sobre los ojos y los ciegue, nos parece que ni siquiera este largo desfile de autores habrá sido precisamente inútil si, mostrándonos las raíces remotísimas —en la Biblia y en Aristóteles— de una típica "calumnia" y sus modificaciones y modulaciones, bajo la influencia de prejuicios teológicos, de teorías historiográficas, de argumentaciones jurídicas, de investigaciones científicas y pseudocientíficas, de conatos de leyes naturales, de hipótesis biológicas, de curiosidades libertinas, de críticas y contracríticas sociales, de pasiones políticas y de transfiguraciones poéticas, nos enseña cuán compleja es la vida de una idea y cuán simples, cuán unilaterales, en comparación de ella, resultan las breves existencias de quienes la han sostenido o combatido; si de tantas encarnizadas disputas nos queda así más de un motivo de imparcial indulgencia para con todos los contendientes, y de inexorable severidad para con nosotros mismos, que nos arrojamos a juzgarlos; y si al menos recibimos de todo ello, junto con el amargor de la leccioncita, el premio de este último consuelo: que, así como del cascarón roto se asoma piando el polluelo, así también alguna pobre, minúscula, tímida verdad emerge, balbuceando, hasta de la lenta historia de un error marginal.

EXCURSOS

1. LA ORIGINALIDAD DE BUFFON

DICE BUFFON acerca de su "descubrimiento": "el hecho más grande, el más general, el más desconocido para todos los naturalistas antes de mí; este hecho es que los animales de las regiones meridionales del antiguo continente no se encuentran en el nuevo, y que, de manera recíproca, los de la América meridional no se encuentran en el antiguo continente".¹ En otra oportunidad, Buffon repite que "este hecho general, del cual nadie parece haberse dado cuenta siquiera", es tan importante que necesita ser corroborado con todas las pruebas posibles.² Y más tarde, satisfecho, dirá: "He demostrado esta verdad mediante un número tan grande de ejemplos, que será imposible ponerla en duda."³

Tanta insistencia en poner de relieve los méritos de su teoría se explica, ya por la extraordinaria vanidad del hombre —de la cual tenemos un acabadísimo monumento literario en el *Voyage à Montbard* de Hérault de Séchelles—, ya por la consciencia que tenía de estar derribando la opinión tradicional de las maravillas y portentos americanos. La Razón, el buen sentido, el criterio de relatividad reaccionaban contra las leyendas de gigantes y de prodigios. La fría y difusa luz del análisis eliminaba las sombras proyectadas por los primeros estupores. Mellin de Saint-Gelais ya sabía (1556) que todo en América era distinto,

*autre bestail, autres fruits et verdurees
et d'autres gens le terrain habité,*⁴

pero todo era más hermoso.

A finales del siglo, el andaluz Juan de Cárdenas, mexicano adoptivo y entusiasta, después de tratar una vez más en sus *Problemas y secretos maravillosos de las Indias* (1589; publicados en 1591) la rica problemática acerca de las propiedades y características de las nuevas tierras —por qué tienen los árboles las raíces sobre la tierra, de qué procede haber tantos volcanes y terremotos, por qué causa la miel de abejas es toda en general agria, por qué jamás rabian los animales, y los que de suyo son ponzoñosos no lo son tanto como en otras provincias del mundo, por qué causa por maravilla se hacen calvos los indios ni les nace la barba, por qué los indios sufren más bien del estómago que de los pulmones y la sífilis es endémica ("el propio temperamento y constelación de la tierra lo trae consigo"), y así otras muchas cuestiones—, se empeña en demostrar, anticipándose en un siglo y medio al padre Feijóo, que los

¹ Edición in-4^o de la Imprimerie Royale, vol. VII, p. 129, *Suppléments* (citado por P. Flourens, *op. cit.*, p. 143): "le plus grand fait, le plus général, le plus inconnu à tous les naturalistes avant moi; ce fait est que les animaux des parties méridionales de l'ancien continent ne se trouvent pas dans le nouveau, et que réciproquement ceux de l'Amérique méridionale, ne se trouvent point dans l'ancien continent".

² *Animaux de l'ancien continent*, en *Oeuvres complètes*, ed. cit., vol. XV, pp. 407-408: "ce fait général, dont il ne paraît pas qu'on se fût seulement douté..."

³ *Époques de la Nature*, 1779, en *Oeuvres complètes*, ed. cit., vol. V, p. 221: "J'ai démontré cette vérité par un si grand nombre d'exemples qu'on ne peut la révoquer en doute."

⁴ "Animales distintos, frutos y vegetales distintos, y tierra habitada por pueblos diferentes." |

españoles nacidos en las Indias son casi siempre "de ingenio vivo, trascendido y delicado", y superior en todo caso al de los españoles "cachupines" o "chapetones". Su límite o defecto es que, con todos sus talentos, les falta "el peso y asiento de la melancolía", de una düreriana melancolía, se diría, que se confunde con la acongojada y absorta reflexión —y son por lo tanto distraídos y poco perseverantes. Pero el acento es siempre positivo: "En las Indias todo es portentoso, todo es sorprendente, todo es distinto y en escala mayor que lo que existe en el Viejo Mundo."⁵

Medio siglo más tarde, el mismo éxtasis admirativo se expresaba prolijamente en los bordoncillos de una florida prosa castellana. Antonio de León Pinelo dedicaba todo el cuarto libro de su *Paraiso en el Nuevo Mundo* (1656) a los animales "peregrinos", a los árboles y "drogas" peregrinos, a los minerales peregrinos, inclusive el oro "y su abundancia peregrina en las Indias", y a la riqueza en oro, plata y perlas, producida por las Indias, "peregrina y portentosa".

Para Buffon, la naturaleza americana es "autre", sí, pero sin "merveille". Es distinta, pero en escala menor. Es "peregrina", ciertamente, pero de ninguna manera portentosa.

Hasta qué punto la tesis de Buffon sea efectivamente una novedad para la historia de las ciencias, es cosa cuyo esclarecimiento dejo a personas más competentes. Brunetière afirma de manera perentoria que entre 1757 y 1764, al estudiar los animales de las Américas, Buffon fundó "chemin faisant" la geografía zoológica.⁶

Pero así, como primera impresión, yo diría que Brunetière exagera. La geografía zoológica nace con Marco Polo, o quizá incluso con Julio Solino. Para limitarnos a las Américas, la geografía zoológica del Nuevo Mundo nace con las observaciones de Colón y, en forma orgánica y consistente, con el *Sumario* de Oviedo. En 1648, Jean de Laet publicaba (*Historia rerum naturalium Brasiliensium*) las observaciones zoológicas hechas en el Brasil por Guillermo Pison y Jorge Marcgrav, las cuales dejaban bien sentado "que los cuadrúpedos, los pájaros, las serpientes, los peces y los insectos de América, aunque evidentemente emparentados con los del Viejo Mundo, eran, sin embargo, distintos".⁷ Pero un siglo apenas después del descubrimiento, el padre Acosta, uno de los autores que fueron más conocidos en toda Europa, sabía perfectamente bien que la fauna de las Indias es muy diversa de la del Viejo Mundo, y se preguntaba, angustiado, si había que pensar que Dios continuó la creación después de los seis días del Génesis, y cómo pudieron entrar esos ani-

⁵ Citas tomadas de J. García Icazbalceta, *Bibliografía mexicana del siglo xvi*, ed. A. Millares Carlo, México, 1954, pp. 400-405, y de R. Iglesia, "La mexicanidad de don Carlos de Sigüenza y Góngora", en *El hombre Colón y otros ensayos*, México, 1944, p. 123.

⁶ *Manuel de l'histoire de la littérature française*, Paris, 1898, p. 375. Cf. ya Perrier, *op. cit.*, p. 63: "Buffon a mérité d'être considéré comme le fondateur de la géographie zoologique", y posteriormente Mornet (*Les sciences de la nature*, *op. cit.*, p. 45): "le problème qui permit à Buffon de créer la géographie zoologique", etcétera.

⁷ "Elles établissaient que les Quadrupèdes, les Oiseaux, les Serpents, les Poissons, les Insectes de l'Amérique, tout en étant évidemment apparentés à ceux de l'Ancien Monde, en sont cependant distincts". "Ce qui posait une question embarrassante au sujet de leurs origines", continúa Émile Guyénot, *Les sciences de la vie aux xvii^e et xviii^e siècles*, *op. cit.*, p. 58.

males en el arca de Noé, puesto que, si no entraron en ella, "no hay para qué recurrir al Arca de Noé", y si sí entraron, ¿cómo es que, cuando salieron con las demás bestias, no se quedó en el Viejo Mundo ni siquiera un ejemplar de los animales de América?

El padre Acosta se enreda en dudas e interrogaciones que lo han "tenido perplejo mucho tiempo". Pero no le cabe ninguna duda de que esos animales de América son absolutamente diversos:

Lo que digo de estos guanacos y pacos⁸ diré de mil diferencias de pájaros y aves y animales del monte que jamás han sido conocidas ni de nombre ni de figura, ni hay memoria de ellos en latinos ni griegos, ni en naciones ningunas de este mundo de acá. [Y quien pretenda] salvar la propagación de los animales de Indias y reducirlos a los de Europa, tomara carga que mal podrá salir con ella. Porque si hemos de juzgar de las especies de los animales por sus propiedades, son tan diversas que quererlas reducir a especies conocidas de Europa será llamar al huevo castaña.⁹

Esta duda acerca del origen de las especies americanas que tanto atormentaba al buen padre Acosta, y que también era recordada y parafraseada por Burton,¹⁰ es sustancialmente análoga a la que había preocupado a San Agustín a propósito de las islas y sus animales. Los tres hijos de Noé pudieron fácilmente poblar la tierra y las islas, pues no cabe duda que, al multiplicarse de nuevo el género humano, los hombres pudieron pasar en barcos a las islas.¹¹ ¿Pero los animales...? El santo obispo de Hipona deja a un lado los animales domésticos, que el hombre pudo transportar consigo en sus barcos, y también animales como las ranas, que "nascuntur ex terra". Quedan los animales feroces, los lobos y "huiusmodi cetera", que sólo se propagan por el apareamiento de macho y hembra ("sola commixtione maris et feminae"). Los que no estaban en el Arca, aunque estuvieran en islas, murieron ahogados. Los demás tienen que descender de los animales del Arca. ¿Y cómo llegaron a las islas? A nado, sí, si las islas estaban cerca de la tierra firme. En otro caso, es preciso pensar que los transportaron los hombres a las islas para crear allí "reservas de caza", —"venandi studio". Pero, por más que esto no sea del todo increíble, tampoco se puede negar decididamente que "pudieron ser transportados por obra de los ángeles, en virtud de una orden o licencia de Dios".¹²

⁸ El texto dice *patos*, pero evidentemente hay que leer *pacos*, o sea "alpacas".

⁹ *Historia natural y moral de las Indias*, IV, 36; ed. cit., pp. 325-326. Fueter (*Geschichte der neueren Historiographie*, *op. cit.*, p. 292) le reconoce al padre Acosta el mérito de los primeros "schüchterne Ansätze zu Vergleichungen" entre Europa y América. Sobre el padre Acosta, véase también la breve noticia de M. Menéndez Pelayo en *Estudios y discursos de crítica histórica y literaria*, ed. cit., vol. VII, pp. 137-139; y un buen artículo de E. Alvarez López, "La filosofía natural en el padre José de Acosta", *Revista de Indias*, Madrid, núm. 12 (1943), pp. 305-322.

¹⁰ *Anatomy of melancholy* (1621), ed. Dell and Jordan-Smith, New York, 1938, p. 415.

¹¹ *De civitate Dei*, XVI, 6: "homines quidem multiplicato genere humano ad insulas inhabitandas navigio transire potuisse, quis ambigat?"

¹² *De civitate Dei*, XVI, 7 (ed. E. Hoffmann, Vindobonae, 1900, vol. II, pp. 137-138): "...jussu Dei sive permisso etiam opere angelorum... potuisse transferri". En la última parte del capítulo, considerando el hecho de que en el Arca fueron acogidos ciertos animales que no hubieran podido regresar a las islas en que fueron creados (según el Génesis, I, 24), San Agustín ve en ello una prueba más de que el

Una vez descubierta América, y habiendo surgido el problema de su fauna, el padre Acosta trataba de resolverlo citando y discutiendo precisamente esta tesis agustiniana, para llegar a la conclusión de que debe existir una comunicación terrestre, o por lo menos un *breve* estrecho de mar entre el Viejo y el Nuevo Mundo.¹³

En el siglo XVIII, el padre Sánchez Labrador vuelve a plantearse el problema de San Agustín y del padre Acosta, refiriéndose explícitamente a América: "en esta parte del mundo se hallan especies no vistas en otras partes del mundo: ¿quién los condujo, y por qué caminos de tierra o de agua?"¹⁴ El enigma que abría el camino a indiscretas conjeturas acerca de la pluralidad de la creación y a peligrosas imaginaciones de especies preadamíticas, y por lo tanto a dudas sobre la cronología bíblica, y que, a causa de este valor disolvente, es recordado asimismo por Diderot,¹⁵ fue objeto de varios escritos de apologética. Recordemos el del padre Feijóo, *Solución del gran problema histórico sobre la población de la América*, etc., § 12 y siguientes, que niega la Atlántida y la intervención de los ángeles y la creación preadamítica, y sugiere en cambio una comunicación terrestre que pudo existir entre Asia y América (estrecho de Behring) y que luego se desplomó por algún cataclismo o por la erosión de las olas; y el del padre jesuita Francisco Xavier Alexo de Orrio, publicado en México en 1763 e intitulado también: *Solución del gran problema acerca de la población de las Américas, en que sobre el fundamento de los Libros Santos se descubre fácil camino a la transigración de los hombres del uno al otro Continente, y cómo pudieron pasar al Nuevo Mundo no solamente las bestias de servicio, sino también las fieras y nocivas; y con esta ocasión se satisface plenamente al delirio de los Pre-Adamitas, apoyado con esta difícil objeción hasta ahora no bien desatada*,¹⁶ y el del otro jesuita, Francisco Javier Clavigero, que reafirma la tesis del tránsito terrestre.¹⁷

Finalmente, también Humboldt parafrasea con cierta libertad el famoso pasaje de San Agustín en una página del *Kosmos*:

Area no fue ordenada por Dios para salvar y conservar las generaciones de los animales, sino que debe interpretarse alegóricamente como imagen de la Iglesia que acoge a todas las naciones; cf. *De civitate Dei*, XV, 26, donde el santo cita también sus escritos contra Fausto Maniqueo.

¹³ Véase la ed. de 1590, pp. 69-71 y 81 (textos citados por Alvarez López, art. cit., pp. 316-318).

¹⁴ Julio Rey Pastor, *La ciencia y la técnica en el descubrimiento de América*, Buenos Aires, 1942, p. 143. Análoga duda en Pernety, *Examen des Recherches philosophiques*, op. cit., vol. II, p. 219.

¹⁵ *Supplément au Voyage de Bougainville* (1772), ed. Pléiade, p. 755. Curiosas noticias sobre algunos precedentes de los siglos XVI y XVII en D. C. Allen, *The legend of Noah*, op. cit., pp. 130-132. La teoría buffoniana de la degeneración de los animales permitía reducir los prototipos, y de ese modo volvía a hacer creíble que el Arca de Noé hubiera podido contenerlos a todos (véase Mornet, *Les sciences de la nature*, op. cit., p. 40).

¹⁶ Opúsculo reproducido por Nicolás León, *Bibliografía mexicana del siglo XVIII*, Sección primera, México, 1902, pp. 379-409; la portada puede verse también en Alejo Díaz y Joaquín Gil, *América y el Viejo Mundo*, Buenos Aires, 1942, fig. 175. El origen de los indios americanos, y su eventual proveniencia de otras partes del mundo, tiene una bibliografía enorme, desde el siglo XVI hasta nuestros días: véanse algunos apuntes al respecto en S. Zavala, *América en el espíritu francés del siglo XVIII*, op. cit., pp. 155-157.

¹⁷ *Storia antica del Messico*, ed. cit., vol. IV, pp. 31-36.

Si no fueron los ángeles quienes transportaron los animales a islas remotas, ni tampoco habitantes de los continentes, aficionados a la caza, entonces esos animales deben haber brotado directamente de la tierra; si así es, tenemos por cierto que preguntarnos para qué objeto estuvieron reunidos esos animales de todo género en el Arca.¹⁸

Pero, para volver al padre Acosta, lo que importa notar es que él no considera de ninguna manera inferiores los animales de América, pues, por el contrario, de muchos de ellos dice que son "animales perfectos, y de no menor excelencia que esos otros conocidos".¹⁹

Por otra parte, Acosta, que figura en estos pasajes como un precursor de Buffon, y hasta como un crítico anticipado de su tesis de la inferioridad de la fauna americana, tiene acerca de esta misma fauna nociones bastante imprecisas; y, siguiendo a Oviedo y a otros cronistas, afirma con fiabilidad que en las Indias existen no pocos feroces carnívoros:

Hay en la América y Pirú muchas fieras, como son leones, aunque éstos no igualan en grandeza y braveza y en el mismo color rojo a los famosos leones de África; hay tigres muchos y muy crueles, aunque lo son más comúnmente con los indios que con los españoles; hay osos, aunque no tantos; hay jabalíes; hay zorras innumerables. De todos estos géneros de animales y de otros muchos que se dirán en su lugar abunda la tierra firme de Indias.²⁰

Pero —admite el honrado Acosta— esos leones americanos que él ha visto con sus ojos no son propiamente como los leones descritos en los textos: no "corresponden", ni en lo físico, ni en el temperamento. . . : "Hay leones, tigres, osos, jabalíes, zorras y otras fieras y animales silvestres. . . Los leones que por allá yo he visto no son bermejitos ni tienen aquellas vedijas con que los acostumbran pintar: son pardos, y no son tan bravos como los pintan."²¹ Pero Justo Lipsio, como se ha visto,²² ya puntualizaba que cada región tiene su fauna peculiar, y pedía que cada variedad se identificase con un nombre que fuera suyo propio, y no con toscas analogías.

¹⁸ *Kosmos*, ed. Cotta, 1845, vol. I, p. 489: "Haben die Engel die Thiere nicht auf abgelegene Inseln gebracht oder etwa jagdlustige Bewohner der Continente, so müssen sie aus der Erde unmittelbar entstanden sein: wobei freilich die Frage entsteht, zu welchem Zwecke allerlei Thiere in der Arche versammelt worden wären". En cuanto a las más recientes teorías científicas relativas a la presencia de especies animales en islas o en tierras separadas por brazos de mar, véase Ch. Darwin, *The origin of species*, chap. XIII, ed. cit., pp. 304 ss., y el artículo "Zoological distribution" de la *Encyclopædia Britannica*, 11th ed. Sobre la rareza de encontrar marsupiales únicamente en Oceanía y en América ("how these animals got from one continent to the other"), véase W. M. McGovern, *Jungle paths and Inca ruins*, New York-London, 1927, p. 79.

¹⁹ *Historia natural y moral de las Indias*, IV, 36.

²⁰ *Ibid.*, I, 21; ed. cit., pp. 80-81.

²¹ *Ibid.*, IV, 34; ed. cit., p. 321. Todavía antes de Acosta, Oviedo había llamado la atención sobre el escaso denuedo del león de América: "En Tierra Firme hay leones reales, ni más ni menos que los de África, pero son algo menores y no tan denodados, antes son cobardes y huyen; mas aquesto —añade curiosamente el gran cronista— es común a los leones, que no hacen mal si no los persiguen o acometen" (*Sumario de la natural historia de las Indias*, ed. cit., p. 150). Sobre los tigres, en cambio, "que los hay ferocísimos en Indias" y que son más "bravos y crueles" que los leones, véase Acosta, *Historia*, III, 15; IV, 34 (ed. cit., pp. 180, 322).

²² *Supra*, p. 26.

Otro de los más importantes descriptores antiguos de la naturaleza americana, el padre Bernabé Cobo,²³ es asimismo perfectamente consciente de las diversidades esenciales entre la fauna y la flora del Viejo y del Nuevo Mundo.

En general, también él admite que las Indias eran tan pobres en plantas y en animales como ricas en minerales y metales preciosos, en lo cual ve un arcano designio de la Providencia, que mediante el oro y la plata atrajo a los ávidos europeos a las Indias y los indujo a llevar a ellas animales domésticos y vegetales comestibles.²⁴ Dos siglos después, también Humboldt indicará en la tantas veces deplorada escasa población indígena del continente americano un factor providencial, que permitió su colonización en gran escala por obra de los europeos.²⁵ Por ingenuos que sean estos esfuerzos de encontrar lo racional, o el dedo de Dios, en lo real —y también en una realidad parcialmente artificial, como el despoblamiento de América—, hay que reconocer en ellos una ansia lógica, un afán de explicación, un tenaz optimismo cósmico.

Sin embargo, el acento principal de Cobo recae sobre las diferencias cualitativas y no sobre esa inferioridad cuantitativa. El primer capítulo del libro IV trata "de cómo se han de distinguir las plantas naturales deste Nuevo Mundo de las que se han traído a él, así de España como de otras regiones";²⁶ y en cuanto a los árboles en particular, observa el autor que "muy pocos son los árboles que cuando vinieron a esta tierra los españoles hallaron en ella semejantes en especie a los de España".²⁷

El capítulo 45 del libro IX, intitulado "De los géneros de animales perfectos que se hallaron en este Nuevo Mundo semejantes a los de España", comienza así: "No se halló en todo este Nuevo Mundo ninguna especie de los animales mansos y domésticos de Europa", con excepción de ciertos perrillos o gozques.²⁸

Una vez más, el león es objeto de especialísimas atenciones y cuidadosas comparaciones. El padre Cobo observa graciosamente:

Al que en todo el mundo se le da el principado entre los brutos animales es el León; mas si este título se le debe por su ferocidad y brío con que sujeta a los demás animales, no lo merecen los leones ordinarios desta

²³ Bastará una alusión somera al padre Cobo, porque su *Historia del Nuevo Mundo*, escrita en 1653, permaneció inédita hasta fines del siglo XIX. La primera parte fue publicada por la Sociedad de Bibliófilos Sevillanos, en edición anotada por Marcos Jiménez de la Espada (el vol. I lleva la fecha 1890; el II, 1891; el III, 1892, y el IV, 1893). Las otras dos partes de la obra, que tratan del Perú y de México en particular, parecen perdidas: véase R. Porras Barrenechea, "El P. Bernabé Cobo", en *Historia*, Lima, núm. 2 (1943), pp. 98-104.

²⁴ Libro X, cap. 43; ed. cit., vol. II, p. 441. El contraste que señala el padre Cobo entre el tercer reino de la naturaleza y los dos primeros anticipa ya las antítesis de reino animal y reino vegetal que serán comunes más tarde.

²⁵ *Examen critique de l'histoire de la géographie du Nouveau Continent*, vol. III, pp. 155-156, 226; *Cosmos*, ed. Madrid, 1874, vol. II, p. 293. Cobo habla de arcano (?) designio, Humboldt de "causes mystérieuses", pero benéficas.

²⁶ Ed. cit., vol. I, pp. 329-335.

²⁷ VI, 2; ed. cit., vol. II, p. 11. Análogas consideraciones para los peces (VII, 1; ed. cit., vol. II, pp. 128-129), para los pájaros (VIII, 1; ed. cit., vol. II, pp. 193 ss.), etc. De los hombres, el padre Cobo nos dice "que la América estaba poco poblada", y averigua "por qué causas" (XI, 1; ed. cit., vol. III, p. 5). La primera causa es, según él, la "falta de aguas" en algunos lugares; la segunda, "la demasía de aguas que otras tierras tienen" (vol. III, p. 7).

²⁸ Ed. cit., vol. II, p. 302.

tierra, por no tener aquella gentileza, valor y gallardía que los de África.²⁹

Con todo, si por lo que se refiere a las bestias feroces el padre Cobo anticipa en cierta medida a Buffon, en lo que respecta a las especies domésticas está muy lejos de él. En todo el primer capítulo del libro X discute, complacido, "de las causas por qué los animales y plantas que los españoles han traído a esta tierra se han aumentado y cundido tanto en ella".³⁰

Pero el punto en que el padre Cobo se mantiene a mayor distancia de Buffon, y parece precederlo en el tiempo, no por un siglo solamente (1650-1750), sino por varios, es aquel en que discute el problema que, como hemos visto, angustió al padre Acosta, a saber, cómo pudieron los animales de América entrar en el arca de Noé y salir de ella después del diluvio y regresar a sus regiones de origen. Después de una apretada polémica contra las otras explicaciones, el padre Cobo adopta como cierta la extrema y desesperada hipótesis de San Agustín, y nos informa que unos ángeles de Dios descendieron hasta donde estaban los animales, los guiaron al flotante jardín zoológico del Patriarca y luego volvieron a acompañarlos a sus lugares nativos.³¹ ¡Los *couriers* de la Agencia Cook no hacen un servicio más completo!

²⁹ IX, 70; ed. cit., vol. II, p. 337.

³⁰ Ed. cit., vol. II, pp. 341 ss.

³¹ XI, 13-14; ed. cit., vol. III, pp. 67-77.

2. LA TROPICALIZACIÓN DEL BLANCO

"TROPICALIZACIÓN del blanco" ha llamado Terán ese proceso degenerativo en virtud del cual los conquistadores españoles, bajo "la influencia telúrica y social de América",¹ sufrieron "un trastorno moral" y se hicieron crueles, feroces, inhumanos con los indígenas y entre ellos mismos. En su exposición del asunto, Terán da mucho más relieve a la influencia "social" que a la "telúrica". La crueldad del conquistador español aparece determinada, en su estudio, por el hecho de haberse encontrado en un ambiente mudo de toda civilización (por lo menos de toda civilización que le fuera accesible), en una sociedad indefensa contra la explotación, y aislada por inmensas distancias de toda otra parte del mundo, sin que pudiese salir de ella el eco de las muchas fechorías, ni llegar a ella una voz de censura o de eficaz protesta, ni establecerse una circulación de ideas y de influencias recíprocas.²

Por consiguiente, no se trata en rigor de un empeoramiento debido al nefasto influjo de América, de una degeneración como la que se quiso reconocer en especies animales o en tribus indígenas. Pero como el ambiente natural es recordado también por Terán, y su tesis tiene, a primera vista, una buena dosis de pesimista verdad, no podemos menos de mencionarla al recorrer las polimórficas "debilidades" de América, y discutirla de manera sumaria en su formulación más amplia y compleja.

En efecto, es preciso guardarse de las simplificaciones. A fines del siglo XVI, Carletti observaba incluso un mejoramiento moral entre los españoles emigrados al Nuevo Mundo. No se dan a la infamia del latrocinio, escribe el mercader florentino,

pues parece en cierto modo que ese cielo no la quiere, y se ve que hasta aquellos que en España fueron conocidos por hombres de mala vida, una vez llegados a las Indias mudan totalmente de condición, se hacen virtuosos y se esfuerzan en vivir humanamente, de tal manera que se puede decir de ellos que, al mudar de cielo, mudan de naturaleza.³

No obstante esta rara y optimista teoría, no queremos poner en duda la realidad de la "tropicalización", ni siquiera hacerla simplemente a un lado como una "teoría naturalista".⁴ Pero sería bueno quitar al fenómeno general esa calificación moral negativa, no para darle otra positiva, como

¹ Giovanni B. Terán, *La nascita dell'America spagnuola*, Bari, 1931, p. 68 (y cf. pp. 27, 55, etc.).

² España llama a sus virreyes y funcionarios a dar cuenta de su gestión. Y algunas veces, como la exasperada y esforzada de Las Casas, surgieron del desierto. Pero todavía a mediados del siglo XVIII Juan y Ulloa tenían que referir secretamente las cosas menos lisonjeras para el gobierno español que habían visto en América.

³ Fr. Carletti, *Ragionamenti* (ca. 1606; Carletti estuvo en las Indias en 1594-95), ed. Milano, 1926, p. 30: "...che pare in certo modo che quel cielo non la voglia, vedendosi che quegli eziandio che in Ispagna sono stati conosciuti per uomini di mala vita, arrivati nell'Indie si sono mutati totalmente di condizioni, e diventati virtuosissimi, ed hanno cercato di viver civilmente, a tale che si può dire per questi che mutando cielo mutin natura" (evidente alusión a Horacio, *Epistolas*, I, 11, v. 27).

⁴ G. Dorja, *Storia dell'America latina*, Milano, 1937, p. 23.

querría Carletti, sino para reservar la condena del juicio ético a los casos aislados que resulten verdaderamente reprobables.

En líneas generales, se puede reconocer a menudo en la tropicalización del blanco un elemento positivo, que los moralistas pasan por alto: la adaptación del blanco a esta naturaleza ecuatorial, tan ilimitadamente superior y casi ebria en comparación con la que él conoce y en la cual ha crecido. El blanco no se deja intimidar, no se "adapta" pasivamente a esa naturaleza, como el indígena, no permite que lo "controle" soberanamente, sino que, en una casi competencia de romántica locura, la emula y la desafía; y con enormes delitos, con un práctico *Sturm und Drang* de pasiones, con increíbles excesos y temerarias "empresas" y "hazañas", se yergue a su nivel de exuberante desenfreno. Formidable mimetismo moral, por cierto, en el cual la "sed de oro", la codicia, la misión cristiana y la gloria de los Reyes de España no son ya más que formas episódicas, pretextos accesorios, superestructuras fenoménicas y fenomenales de una afirmación típica del Occidente.

Desde los tiempos de Sepúlveda y de Solórzano se esbozó ya la teoría de la "tropicalización", pero como justificación, como atenuante de los criollos.⁵ Y en tiempos más recientes, el romántico Prescott ha llegado todavía más lejos, cuando descubre "un entusiasmo quijotesco", o sea propiamente no infrahumano, sino suprahumano, en las gestas del conquistador de tierras lejanas y maravillosas.⁶

Pero, no obstante estas desviaciones curialescas e idealizaciones literarias, la tesis había alcanzado ya cierto grado de impasibilidad científica en Montesquieu. Después de haber adoptado él también la "fuerza del clima" como *excusa* de los que habían permitido en las Indias españolas "una especie de concubinato" a los frailes y a los sacerdotes, en su obra principal hace del clima, como es sabido, uno de los elementos típicos de su sistema de explicación geográfica de las leyes y de las costumbres.⁷

Raynal, unos pocos decenios más tarde, adopta y desarrolla la teoría con referencia explícita a México y al Perú, y con palabras casi "terranianas":

Una vez pasado el ecuador, el hombre no es ni inglés, ni holandés, ni francés, ni español, ni portugués. Lo único que conserva de su patria son los principios y los prejuicios que autorizan o que excusan su conducta. Rastrero cuando es débil; violento cuando es fuerte; ansioso de adquirir, ansioso de disfrutar; capaz de todas las fechorías que puedan llevarlo rápidamente a sus fines. La sed de sangre vuelve a apoderarse de él. Es un tigre domesticado que regresa a la selva.⁸

⁵ Rufino Blanco Fombona, *Il conquistatore spagnolo del secolo xvi*, Torino, 1926, p. 260.

⁶ "The life of the adventurer in the New World was romance put in action. What wonder, then, if the Spaniard of that day, feeding his imaginations with dreams of enchantment at home, and with its realities abroad, should have displayed a Quixotic enthusiasm, — a romantic exaltation of character, not to be comprehended by the colder spirits of other lands" (W. H. Prescott, *The conquest of Mexico*, ed. cit., p. 292).

⁷ *Pensées inédites*, Bordeaux, 1899, vol. I, p. 188, con cita de Frezier, *Geographica*, p. 376. "On a permis aux moines et aux prêtres une espèce de concubinage. La force du climat." Cf. *Esprit des lois*, livre XIV.

⁸ *Histoire philosophique*, ed. cit., vol. V, pp. 2-3: "Passé l'équateur, l'homme n'est

Y sus frases resuenan inmediatamente en el fisiócrata Roubaud, primero con el mismo acento de horror y deploración, pero luego con un turbulento entusiasmo que hace pensar ya en los contemporáneos *Bandidos* de Schiller (1781). La primera alusión, relativa a los filibusteros, es una "variación" literal sobre la tirada de Raynal:

Estos filibusteros, feroces hasta el grado de chupar la sangre de sus prisioneros, habían nacido en naciones casi civilizadas, y eran gente bastante tranquila en sus países... Estos europeos trasplantados, convertidos en bandoleros por necesidad, más bárbaros que los mismos Bárbaros por el hábito de los peligros y de los crímenes... ¿por qué señales se los hubiera reconocido como ingleses, o franceses, u holandeses, etc.?... ¿Por sus costumbres? Eran semejantes a bestias feroces.⁹

Pero cuando, hacia el final de su obra, Roubaud se pone a tratar *ex professo* de bucaneros y piratas, el tono cambia. Sus costumbres —dice—, mezclándose en un "ferment violent", hicieron de ellos hombres "monstrueux ou prodigieux". Eran justos y despiadados, crudelísimos y generosos: "en el momento en que se encontraron juntos, se unieron a pesar de las diferencias y aun de las antipatías nacionales. En esos países remotos, eran compatriotas".¹⁰

Compatriotas en una ideal república de superhombres:

El ardor del clima, que había enervado a los antiguos usurpadores de América,¹¹ no hacía más que inflamar la sangre de estos hombres robustos y encender su valor. En la asamblea de estos valientes, su imaginación se

ni Anglais, ni Hollandais, ni Français, ni Espagnol, ni Portugais. Il ne conserve de sa patrie que les principes et les préjugés qui autorisent ou qui excusent sa conduite. Rampant quand il es faible; violent quand il est fort; pressé d'acquérir, pressé de jouir; capable de tous les forfaits qui le conduisent rapidement à ses fins. La soif du sang le reprend. C'est un tigre domestique qui rentre dans la forêt." Cf. también *ibid.*, pp. 172-174. Por otra parte, Raynal niega la degeneración del hombre en América (véase *supra*, p. 43, y Chinard, *L'Amérique et le rêve exotique*, *op. cit.*, p. 392). Lector asiduo de Raynal, Sénancour atribuye a influencia de los trópicos el hecho de que los emprendedores europeos se convirtieran en "ces hommes remuans et agités dont le reste du globe voit la folie avec un étonnement toujours nouveau" (*Rêveries sur la nature primitive de l'homme*, ed. J. Merlant, Paris, 1939-40, vol. I, p. 236, nota 11). También Encina habla de la tropicalización como de un fenómeno natural, con una sola calificación ético-social, la de acentuar la rivalidad y los roces entre criollos y españoles: "la influencia directa del clima y del suelo de América, especialmente en las comarcas tropicales, tenía que modificar, a la larga, el temperamento y el carácter español, aun no mediando el mestizaje" (Fr. A. Encina, "Gestación de la independencia", art. cit., p. 7).

⁹ Roubaud, *Histoire générale*, *op. cit.*, vol. XIII, pp. 5-6: "ces Filibustiers, féroces jusqu'à sucer le sang de leurs prisonniers, étaient nés dans des nations presque civilisées, assez douces dans leurs pays... Ces Européens transplantés, devenus brigands par nécessité, plus barbares que les Barbares mêmes par l'habitude des dangers et des crimes... à quels signes les aurait-on reconnus pour Anglais, ou Français, ou Hollandais, etc.?... à leurs mœurs? ils ressemblaient à des bêtes féroces".

¹⁰ *Op. cit.*, vol. XV, p. 218: "...dès qu'ils se rencontrèrent, ils s'unirent malgré les différences, et même les antipathies nationales. Dans ces pays éloignés ils étaient compatriotes". La obliteración de los caracteres nacionales, en Roubaud como en Raynal, viene a significar la pérdida de toda tradición y costumbre heredada, un evadirse de la historia en la naturaleza presocial.

¹¹ Tentativa de conciliación con la tesis del afeminamiento de los criollos. Y poco más adelante: "l'Europe recrute les filibustiers, comme l'Espagne avait recruté les premiers conquérants de l'Amérique" (*ibid.*, vol. XV, p. 223).

electrizaba recíprocamente, se exaltaba y se precipitaba más allá de los límites de la humanidad.¹²

Repito: ¿preside esa asamblea el pirata Morgan, o Karl Moor? Por cierto, no conseguimos pensar sin una íntima sonrisita que el fogoso orador es el abate Roubaud:

Todo aquel que, dotado de energía, no se aferra al presente ni tiene miedo del porvenir, puede ser un hombre extraordinario, si quiere serlo. Estos [los filibusteros] fueron los más extraordinarios de los hombres, porque sus sentimientos, desde ese punto de vista, iban hasta la locura.¹³

Loco, bestia feroz, semidiós, forajido —he ahí al hombre suelto y despojado de toda inhibición y de toda escoria del pasado en el crisol incandescente del Trópico.

Después, con varias modalidades, pero todas acordes en cuanto a la reafirmación del tigre en el ciudadano, han repetido la tesis Turner, refiriéndose a los *frontiersmen* del Middle West;¹⁴ Bowman, hablando de los habitantes de los valles orientales del Perú;¹⁵ y el apocalíptico aprista Orrego, extendiéndola a todos los europeos en toda América;¹⁶ mientras que insisten sobre todo en los aspectos positivos, civilizadores, de la lucha contra el clima, Huntington, citado con adhesión por Toynbee;¹⁷ y

¹² *Op. cit.*, vol. XV, p. 219: "le feu du climat, qui avait énérvé les anciens usurpateurs de l'Amérique, ne faisait qu'enflammer le sang de ces hommes robustes, et embraser leur courage. Dans l'assemblée de ces braves, leur imagination s'électrisait réciproquement, s'exaltait, et s'élançait au delà des bornes de l'humanité".

¹³ *Ibid.*, vol. XV, pp. 222-223: "Quiconque, avec de l'énergie, ne tient point au présent, et ne craint point l'avenir, peut être un homme extraordinaire, s'il veut l'être. Ceux-ci furent les plus extraordinaires des hommes, parce que leurs sentiments à cet égard allaient jusqu'à la folie".

¹⁴ "The wilderness masters the colonist... it strips off the garments of civilization", etc. (F. J. Turner, *The Frontier in American history*, New York, 1935, p. 4).

¹⁵ I. Bowman, *The Andes of southern Peru*, New York, 1916, pp. 28, 106-108. Y sobre el blanco "renegado" que se acimarrona y se identifica con los pieles rojas, véase Pearce, *op. cit.*, pp. 224-225. Abundante en pintorescos detalles, el estudio de Hans von Hentig, *Der Desperado, Ein Beitrag zur Psychologie des regressiven Menschen*, Berlin-Göttingen-Heidelberg, 1956, se refiere sólo al West norteamericano en los decenios que siguieron al *Gold Rush* de California (ca. 1850-1900). Aunque alude también a los factores climáticos y telúricos, Hentig insiste sobre todo en los sociales —o asociales—, económicos o de mera criminalidad. Naturalmente, no habla de "tropicalización", pero muchos de los excesos que recuerda, como las matanzas *ad libitum* de indios (ejemplos, pp. 15, 38, 221-222), encuentran un fácil paralelo en la historia de la conquista de otras regiones americanas más próximas al Ecuador. Siento mucho no haber visto estos dos libros: Raphael Cilento, *The white man in the tropics*, Melbourne, 1925, y Marston Bates, *Where winter never comes, A study of man and nature in the tropics*, New York, 1952.

¹⁶ "El ambiente telúrico americano obra sobre el europeo como un corrosivo disolvente, tanto en lo físico como en lo síquico y lo mental. El criollo latino-americano, producto de la colisión de las dos razas y de las dos culturas, es la degradación de ambas, hasta un grado increíble. Es la ganga humana que torna al caos", etc. (A. Orrego, *El pueblo continente, Ensayos para una interpretación de América latina*, Santiago de Chile, 1939, pp. 33-34.)

¹⁷ "In the process of adjusting themselves to a hard environment they [primitive men] advanced by enormous strides, leaving the tropical part of Mankind far in the rear" (Ellsworth Huntington, *Civilisation and climate*, 3ª ed., New Haven, 1924, pp. 405-406, citado por A. J. Toynbee, *A study of history*, vol. I, p. 292). Tan paso adelante es la adaptación del salvaje tropical al frío y a las nieblas del Norte, como la adaptación del europeo a la selva tropical.

Toynbee mismo, quien pone de relieve las "posibilidades" ofrecidas por los efectos corrosivos de la emigración ultramarina.¹⁸

La tropicalización del blanco es pues, en definitiva, un fenómeno político, no ético; una afirmación de vida, no de bien o de mal. Si en las Indias este fenómeno le pareció espantoso a Terán, ello se debe un poco a que casi siempre una cruda afirmación de vida, un mordisco, un estupro, una guerra, tienen aspectos repugnantes, y otro poco a que, con demasiada frecuencia, en el ánimo del conquistador tropicalizado no sólo se abría paso la Vida, sino junto con ella la prepotencia, la arrogancia, el instinto de arrollar al prójimo. Vencidos los hombres y la naturaleza, en los trópicos dos veces derrotados, el español tendía a considerarse a sí mismo, necesariamente, como el modelo de toda perfección —que es el principio más seguro de decadencia— y a imponer al país esa perfección suya, toda esa indiscutible perfección, con un rígido exclusivismo cultural y mercantil.

3. LOS SACRIFICIOS HUMANOS DE LOS MEXICANOS

EN LOS sacrificios —escribe Clavigero—, "yo confieso que la religión de los mexicanos era muy sanguinaria, que sus sacrificios eran crueles y su austeridad extremadamente bárbara; pero cada vez que me pongo a considerar lo que han hecho otras naciones del mundo, me confundo al reconocer la debilidad del entendimiento humano y los errores deplorables en que se precipita cuando no es guiado por la luz de la verdadera religión, y rindo infinitas gracias al Altísimo por haberme preservado de tantos males".¹ Y en otro lugar: "Punto es éste que con toda voluntad omitiríamos."²

Otro jesuita mexicano desterrado en Italia, el padre Pedro Márquez, también él fervoroso defensor de las antigüedades aztecas, también él ansioso de ver borradas "las feas pinturas, así de los antiguos como de los actuales americanos, vendidas sin justo examen por algunos escritores", defendió a los antiguos mexicanos de la imputación de sacrificar hombres diciendo que en realidad ofrecían pocos: "Si es verdadero el uso de aquellos gentiles de sacrificar hombres a sus dioses, tal uso... no fue ni tan continuo ni en aquel número exorbitante que exageraron algunos escritores", y esos pocos eran "habitualmente los esclavos de guerra y aquellos otros que fueran merecedores de la muerte"; y que "además, no sólo ofrecían víctimas humanas, sino que también sacrificaban conejos, codornices, tortolillas y otros animales", y asimismo incienso o *copalli* —como si el sacrificar también un conejo o una tortolilla disminuyera la crueldad del sacrificio humano.

Consciente quizá de la debilidad de tales argumentos, el padre Márquez recurre inmediatamente a la táctica del contraataque: también los romanos sacrificaban a Júpiter prisioneros de guerra.³

El embarazo es evidente también en Márquez. Sobre este punto, Las Casas había sido mucho más audaz que los dos mexicanos. Los sacrificios humanos, decía el obispo de Chiapa, demuestran un altísimo concepto de la Divinidad, a la cual ciertos pueblos sacrifican aquello que les es más querido: en muchos casos sus propios hijos. Erraban los aztecas al creer que sus dioses fuesen Dios o verdaderos Dioses, pero, al ofrecerles "la más excelente y más preciosa y más costosa y más amada de todos naturalmente, y más provechosa de las criaturas, mayormente si los que

¹ *Storia antica del Messico*, ed. cit., vol. IV, p. 295: "Io confesso che la Religione de' Messicani era troppo sanguinaria, che i loro sacrifici erano crudelissimi e le loro austerità oltremodo barbare; ma ogni volta che mi metto a considerare quello che hanno fatto le altre Nazioni del Mondo, mi confondo in riconoscendo l'imbecillità della mente umana, e gli errori deplorabili ne' quali si precipita, quando non è guidata dal lume della vera Religione, e rendo infinite grazie all'Altissimo d'avermi preservato da tanti mali."

² *Ibid.*, vol. II, p. 45: "questo è un argomento, che assai volentieri tralascieremo".

³ *Due antichi monumenti di architettura messicana*, Roma, 1804, pp. ii, 19-20 (la traducción que se da en el texto es la de Gabriel Méndez Plancarte en *Humanistas del siglo xviii*, op. cit., pp. 137-138). Los mismos motivos y réplicas se encuentran ya, naturalmente, en Clavigero, op. cit., vol. IV, pp. 295-299, el cual concluye "che i Messicani non altro hanno fatto, che batter le orme delle più celebri Nazioni dell'antico Continente".

¹⁸ "The very process of transmarine migration has a disintegrating effect upon the migrants' social heritage which offers an opportunity for new social creation...; transmarine migration is merely a possible stimulus" (A. J. Toynbee, op. cit., vol. III, p. 135; cf. *ibid.*, vol. II, pp. 84-100, donde se desarrolla, con ejemplos, la tesis del estímulo derivado generalmente de la emigración transoceánica). Pero en otro lugar (vol. V, p. 179) Toynbee cita a Turner a propósito del "barbarizing effect of the American frontier", —con inseguridad no poco frecuente en su obra monumental.

sacrificaban eran hijos...”, “tuvieron mejor y más noble concepto y estimación de sus dioses”, y, según las luces de su religión natural, “aquellas tales Repúblicas proveyeron más y mejor... a la salud, prosperidad y conservación y perpetuidad del bien público y común, que las que no lo hicieron o prohibieron que hombres no se sacrificasen”.⁴

Las Casas disculpa asimismo la antropofagia como una monstruosidad natural en la que no hay maldad esencial, como una enfermedad, o un exceso de hambre, o como una forma de consumir los cadáveres de los sacrificados: “en la Nueva España no la comían [la carne humana] tan de propósito, según tengo entendido, sino la de los que sacrificaban, como cosa sagrada, más por religión que por otra causa...”⁵ La distancia existente entre el humanitario obispo Las Casas, que explica estudiosamente el canibalismo, y el jesuita Clavigero, que de él aparta la mirada con horror, mide el progreso hecho por la conciencia europea en dos grandes siglos.

Vico, sobre una línea ideal distinta, resume en sí ese horror y esa necesidad de comprender y de explicar. Los sacrificios humanos se deben a “un fanatismo di superstizione” y son un “costume immanissimo”,⁶ pero no pueden tomarse como señal de mera maldad o ferocidad. Son un fenómeno universal, y propio, en consecuencia, de cierta fase del desarrollo de todas las civilizaciones.⁷ A ellos fueron dados los fenicios, que sacrificaban “i loro propri figlioli”; los cartagineses, que hacían otro tanto (“solitos suos sacrificare pueros”); los griegos, con Agamemnon que sacrifica a su hija Ifigenia; los romanos, los galos, los “Inghilesi” y los antiguos germanos de Tácito; y finalmente los americanos, desconocidos “fin a due secoli fa a tutto il resto del mondo”, los cuales no sólo sacrificaban hombres, como narra Oviedo, sino que “si cibavano di carni umane”.⁸ Estos pueblos, bárbaros de “superstiziosa e fiera gentilità”, tenían “virtù per sensi, mescolata di religione ed immanità”.⁹ Sus religiones eran sangrientas, pero esto no era sin un “designio de la Providencia, que por ese medio quería amansar a los hijos de los Polifemos y reducirlos a la humanidad de los Aristides y de los Sócrates, de los Helios y de los Escipiones Africanos”.¹⁰

Los sacrificios humanos, como confusamente había intuido Las Casas, son señal de religiosidad y por lo tanto elemento de progreso. El indisoluble contraste entre su horror y su providencialidad es sentido

⁴ *Apologética historia*, cap. CLXXXIII, fragmento reproducido en Las Casas, *Doctrina*, México, 1941, pp. 19-20. Exactamente del mismo argumento se echa mano en el estudio más reciente y autorizado de la civilización azteca (George C. Vaillant, *Aztecs of Mexico*, Garden City, 1941, pp. 204-205), donde se citan otros sistemas religiosos, nuestro concepto del martirio y el ejemplo de Jesucristo. Pero ya Sepúlveda juzgaba “impía y herética” esta audaz doctrina (S. Zavala, *La filosofía política en la conquista de América*, op. cit., p. 83).

⁵ *Apologética historia*, cap. ccl, en *Doctrina*, ed. cit., pp. 21-23.

⁶ *Scienza nuova*, ed. cit., pp. 395 y 392.

⁷ Pero no de la bíblica, exenta de sacrificios humanos, según trata de demostrar Vico, con apologética incoherencia, a pesar de Abraham y de Jefté (*Scienza nuova*, nota 4, ed. cit., pp. 390-391).

⁸ *Scienza nuova*, ed. cit., pp. 391-393.

⁹ *Ibid.*, p. 389.

¹⁰ *Ibid.*, pp. 134-135: “sanguinose religioni...”, “[ma non senza] consiglio della Provvidenza; ché tanto vi voleva per addimesticare i figliuoli dei Polifemi e ridurgli all’umanità degli Aristidi e de’ Socrati, de’ Leli e degli Scipioni Affricani”.

con tal fuerza por Vico, que varias veces, al discurrir acerca de ellos, acuden antítesis verbales bajo su pluma: la de los sacrificios fue una costumbre “impíamente piadosa”, fue “inhumanísima humanidad”.¹¹ Yerra, pues, Plutarco cuando se plantea el problema (precozmente racionalista y casi volteriano) de cuál sea menor mal: venerar tan impíamente a los dioses, o no creer absolutamente en ellos; y yerra porque con esa “feroz superstición... surgieron luminosísimas naciones, pero con el ateísmo no se fundó una sola en el mundo”.¹²

Es claro que la teoría de Vico es más humana, y al mismo tiempo más filosófica que los suspiros, los gemidos escandalizados y las triquiñuelas legalistas de los jesuitas mexicanos. Por otra parte, esa teoría tan amarga y serena está muy por encima de las lucubraciones apologéticas que en torno a los sacrificios humanos tejió De Maistre cerca de un siglo más tarde.

En su *Éclaircissement sur les sacrifices* (o *Traité sur les sacrifices*), publicado en 1821, Joseph de Maistre ilustra la universalidad de la creencia en la eficacia de los sacrificios humanos, en la virtud de la sangre derramada y en la capacidad expiatoria de la víctima; creencia que se vincula con aquella otra, igualmente misteriosa y amarga, de la corrupción original de la carne y de la sangre. De Maistre recuerda con horror los enormes sacrificios de los mexicanos, pero se inclina con reverencia ante la misma idea sublimada en el dogma de la Eucaristía.¹³ Y del paralelo, encendido por su inclinación a la paradoja feroz (teoría de la guerra, del verdugo, etc.), saca un argumento de apologética católica: “allí donde no se conozca y se sirva al verdadero Dios en virtud de una revelación expresa, el hombre inmolará siempre al hombre, y a menudo lo devorará”.¹⁴

La defensa de los sacrificios mexicanos mediante el ejemplo de otros sacrificios más grandes continúa hasta nuestros días, y sirve con frecuencia a la polémica política. Ya Cattaneo comparaba los sacrificios aztecas con la horca de Radetzky y con la pena de muerte en general.¹⁵ Un reciente etnólogo, en polémica con Montandon, que veía en los enormes sacrificios humanos de los amerindios una prueba de “aberración espiritual”, le replica con palabras casi volterianas: “las matanzas rituales de los aztecas parecen ciertamente mezquinas al lado de las carni-

¹¹ *Ibid.*, pp. 390, 394.

¹² *Ibid.*, p. 395: “[con quella] fiera superstizione... sursero luminosissime nazioni, ma con l’ateísmo non se ne fondò al mondo niuna”. Cf. Croce, *La filosofia di Giambattista Vico*, Bari, 1922, pp. 91 ss.

¹³ *Op. cit.*, impreso junto con *Les soirées de Saint-Petersbourg*, ed. cit., vol. II, pp. 286-287, 323. La frase parece un eco de la de De Pauw, citada *supra*, p. 92. El patriota mexicano fray Servando Teresa de Mier contraponía a los sacrificios aztecas los sacrificios propiciatorios de los mismos antiguos españoles, y las feroces “fritangas” de la Inquisición de España (*Historia de la revolución de Nueva España*, op. cit., vol. II, pp. 723-724, 731). También las religiones patrias modernas nos muestran una mística de la sangre sacrificada, en la exaltación de los “caídos” y en la creencia en las virtudes redentoras de su holocausto (véase, por ejemplo, Curti, *The roots*, op. cit., p. 171).

¹⁴ *Op. cit.*, vol. II, p. 296: “partout où le vrai Dieu ne sera pas connu et servi, en vertu d’une révélation expresse, l’homme immolera toujours l’homme, et souvent le dévorera”.

¹⁵ “Gli antichi Messicani”, en *Opere*, ed. cit., vol. III, p. 430.

cerías al por mayor de las guerras europeas".¹⁶ Keyserling encuentra los sacrificios humanos de los mexicanos muy superiores, desde el punto de vista espiritual, a las hecatombes de la Cheka soviética, puesto que en el culto sanguinario de los aztecas se manifestaba el éxtasis de la carne: "äusserte sich die Ekstase des Fleisches".¹⁷ Pero en una recentísima revista mexicana de izquierda son preferidos a las matanzas realizadas por los reaccionarios: "Sin tan ciertas motivaciones religiosas... es infinitamente mayor el número de las víctimas... que han inmolado Hitler y Franco."¹⁸

4. LA IMPOTENCIA DE LA NATURALEZA

EL ARGUMENTO de la impotencia de la Naturaleza, implícito en una réplica incidental de De Pauw, y acogido sistemáticamente en su sentido más profundo por Hegel, se ha esgrimido tantas veces en las polémicas en torno a América; que tal vez no esté fuera de lugar recordar que ese argumento, como ciertas tesis sobreentendidas por Buffon, es de remoto origen aristotélico.

Todos los cuerpos terrestres, enseña el Estagirita, son combinaciones accidentales e inestables de los cuatro elementos. A diferencia de los cuerpos celestes que se mueven perfectamente en círculos, las cosas y las criaturas terrestres están sujetas a las leyes del movimiento rectilíneo, a la ley de gravedad que las atrae hacia abajo y al centro. La tierra es el centro del cosmos, pero es al mismo tiempo su punto más bajo. Apesgada por la materia, la tierra está "condenada casi a una indignidad física".¹ Es la "infima lacuna dell'Universo".² "Nosotros estamos acá en la liez del mundo."³

Las formas eternas no logran realizarse íntegramente en un magma tan sordo y resistente. A las causas finales que se esfuerzan por imprimirse en la materia, resisten tenazmente las causas mecánicas que rigen la materia misma. Y de esa lucha, semejante a la del artista que trata de plasmar la materia según su idea, nacen todos los aspectos caóticos de una Naturaleza sin ley ni propósito, "do todas las cosas se truecan con breves mudanzas".⁴ En el orden de las cosas naturales se encuentra a cada paso el *accidente*; y del accidente no hay ciencia.⁵ La Naturaleza es impotente para realizar cumplidamente los altos designios del Espíritu.

A pesar de estar en íntima contradicción con los principios más vitales de su filosofía, según los cuales no hay materia sin forma, ni potencia sin acto, esa dualidad —y, por consiguiente, esa a menudo imperfecta fusión de forma y materia— permanecía en Aristóteles como una oscura representación mitológica, un símbolo del drama que hay en las cosas, una huella de la incomprendibilidad de lo contingente y de lo defectuoso en un mundo que es absoluto espíritu, de la incurable antinomia entre el Eterno Principio y la miseria de todo aquello que pasa y muere. Como el dios Mahadöh de la balada goetheana, el Dios de Aristóteles

¹ G. de Ruggiero, *La filosofía greca*, Bari, 1921, vol. II, p. 38 (el autor pone de manifiesto, *ibid.*, p. 68, las raíces platónicas de este concepto negativo de la materia). Ya David G. Ritchie, después de notar que la infinita y libre variedad de la Naturaleza es considerada por Hegel "not the glory, but the defect and impotency of Nature", recordaba (1891) que este concepto de la contingencia y debilidad de la naturaleza "is a survival in Hegel of the Platonic and Aristotelian conception of matter" (*Darwin and Hegel*, London, 1893, p. 57).

² Dante, *Paradiso*, XXXIII, 22-23.

³ Fernán Pérez de Oliva (1494-1533), *Diálogo de la dignidad del hombre*, ed. Buenos Aires, 1943, p. 36.

⁴ Pérez de Oliva, *loc. cit.*

⁵ *Metafísica*, VI [E.] 2, 1026-1027. Cf. W. Windelband, *A history of philosophy*, transl. by J. H. Tufts, New York, 1896, pp. 144-147. Sobre la resistencia o "recalcitrance of matter" (o sea de la Naturaleza) en Aristóteles y en los neoplatónicos, véase R. G. Collingwood, *The idea of Nature*, *op. cit.*, pp. 72, 92, 125.

¹⁶ Lowie, *The history of ethnological theory*, *op. cit.*, p. 186: "the ritual killings of the Aztec seem paltry indeed beside wholesale massacres of European warfare".

¹⁷ *Südamerikanische Meditationen*, *op. cit.*, p. 289.

¹⁸ Rafael Sánchez Ventura, "Flores y jardines del México antiguo y del moderno", en *Cuadernos Americanos*, año II (1943), núm. 1, p. 137.

*Er bequemt sich, hier zu wohnen,
lässt sich alles selbst geschehen.⁶*

En la filosofía cristiana, con su nuevo y alto concepto de un Dios Creador, ese dualismo se transfiere a la Naturaleza, alegórica ficción interpuesta entre el Omnipotente y las creaturas. La Naturaleza es perfecta en cuanto que es obra de Dios. La Naturaleza es incapaz de repetir el milagro de la creación dando forma perfecta a la variedad de las cosas reales. A través de muchas oscilaciones, según que se acentuaba uno u otro aspecto de esa ambigua Naturaleza, y a lo largo de toda la escala de los seres, en la que están gradualmente dosificadas la perfección y la imperfección, la omnipotencia y la impotencia, el concepto medieval de la Naturaleza se caracteriza justamente por su capacidad de absorber y tolerar en sí esas opuestas exigencias, de ser al mismo tiempo rayo de Dios y oscura matriz de las especies y de las cosas de este ínfimo planeta.

En la *Divina Commedia* es el mismo Santo Tomás quien explica e ilustra a Dante⁷ esta potencia-impotencia de la Naturaleza. Las cosas eternas y las contingentes son, en igual forma, reflejos —“splendor”— de la Idea divina, que va descendiendo de acto en acto hasta llegar a la última potencia —“discende all'ultima potenza / giù d'atto in atto”— creando todos los objetos del mundo material, en una cadena de seres cada vez más alejados de Dios. Pero su materia y la virtud de los cielos que la modelan no son siempre iguales. Así, pues, la Idea divina resplandece en ellos unas veces más, otras veces menos.

*Ond'elli avvien ch'un medesimo legno,
secondo specie, meglio e peggio frutta;
e voi nascete con diverso ingegno.⁸*

O, como dice en otro lugar el poeta,

*La circular natura, ch'è suggello
alla cera mortal, fa ben sua arte,
ma non distingue l'un dall'altro ostello.⁹*

y de la misma simiente produce un Esaú y un Jacob, y de un padre vilísimo hace nacer a un Rómulo, fundador de la Urbe.¹⁰

Si la materia fuera siempre perfecta, y la virtud formativa de los cielos siempre suprema, toda cosa creada sería un reflejo exactísimo de la Idea divina. Pero

*forma non s'accorda
molte fiate all'intenzion dell'arte,
perch'a risponder la materia è sorda.¹¹*

⁶ [“Se acomoda a vivir aquí, y permite que todo le suceda a él mismo”.]

⁷ *Paradiso*, XIII, 52-87.

⁸ [“De donde se sigue que una misma especie de árbol dé frutos mejores o peores; y vosotros mismos nacéis con diverso ingenio”.]

⁹ [“La naturaleza circular de los cielos, que es el sello de la cera mortal, hace bien su oficio, pero no distingue una morada de otra”].

¹⁰ *Paradiso*, VIII, 127-133; cf. *Purgatorio*, XXVIII, 112-114.

¹¹ *Paradiso*, I, 127-129: [“Muchas veces las formas no se ajustan a la intención del arte, porque la materia es sorda y no responde”].

La Naturaleza procede como un artífice, como un artista que conoce bien su técnica, pero cuyo pulso no es bien firme. La ejecución no siempre corresponde al concepto. Así, pues, la Naturaleza puede revelarse impotente, incapaz de imprimir en la cera toda la “luz del sello”; y la vemos, como se ha dicho,

*similmente operando all'artista
ch'ha l'abito dell'arte e man che trema.¹²*

Sólo aquello que sale directamente de la mano de Dios, de esa Mano que no *tiembla*, de ese Verbo para el cual nada es *sordo*, es invariablemente perfecto:

*così fu fatta già la terra degna
di tutta l'animal perfezione.¹³*

Pero los animales son productos de la Naturaleza y, como las plantas, pueden resultar más o menos bien.

Toda esta explicación dictada por Santo Tomás, y de clara derivación aristotélica hasta en las metáforas de la cera y del artista, representa la forma cristiana del antiguo esfuerzo por conciliar la infalibilidad divina con las múltiples imperfecciones de todo lo existente. A la Naturaleza, ejecutora de las órdenes del Creador, le puede “tremar la mano”: puede no salirle bien aquello que otras veces ha conseguido o que más tarde conseguirá.

Cuando, con el Renacimiento, la Naturaleza ascendió al rango supremo, a paradigma de racionalidad y perfección, y fue honrada y estudiada por sí misma, y finalmente hipostatada como Dios, la *impotencia* o la *negligencia* de la Naturaleza hubiera tenido que desaparecer. Pero el dualismo, por refutado y suprimido que estuviera, resurgiría continuamente del seno de la unidad física que se postulaba y se proclamaba como absoluta. Sólo que, en lugar de investir genéricamente todo lo creado, hacía valer su principio crítico frente a esta o aquella sección del universo. En lugar de diluirse, por así decir, de manera uniforme sobre la escala infinita de los seres, que comienza con Dios y baja cada vez más hasta llegar al último granito de arena, se concentraba sobre las imponentes adquisiciones recientes de la geografía y de la física, y se expresaba en forma característica en la dualidad de Mundo Antiguo y Mundo Nuevo, maduro el uno e inmaduro el otro, o el uno perfecto y el otro imperfecto, el uno creación del poder completamente desplegado de la Naturaleza, y el otro infeliz aborto de su impotencia, o bien, en época más tardía, trastrocadas las posiciones, el uno hirviente de juventud y preñado de porvenir, y el otro ya estéril y encaminado a la última impotencia de la muerte.

En realidad, al concebir la Tierra como una unidad compuesta de dos partes, una madura y perfecta y la otra deficiente y degenerada, se la transformaba en una creatura mixta, como todas las demás, hecha de partes divinas y de partes corpóreas, de espíritu y materia. Al disol-

¹² *Paradiso*, XIII, 77-78: [“obrando de manera semejante al artista que tiene el dominio del arte, pero mano que tiembla”].

¹³ *Paradiso*, XIII, 82-83: [“Así la tierra fue hecha digna, en un primer momento, de toda la perfección animal”].

verse la antigua concepción jerárquica del Cosmos, cada uno de sus elementos, incluso ese grueso elemento que es nuestro planeta, se hacía Cosmos, y debía contener en sí los opuestos principios del Universo.¹⁴

En esta polaridad, que se perfila no bien se inicia el conocimiento crítico de las nuevas regiones, y que era ciertamente un paso necesario para ese conocimiento —el cual, a su vez, contribuía a hacer que se conocieran mejor las regiones ya conocidas—, en esta polaridad cargada de pasiones y de esperanzas se traducía aquella misma aporía que se había ofrecido al pensamiento medieval frente a la serie de todas las creaturas, hijas de Dios y sin embargo tan imperfectas, por lo menos una respecto de la otra. Las diferencias, antes de ser entendidas como aspectos necesarios de la totalidad, e incluso cuando eran postuladas en principio como tales, se disponían como grados de mayor o menor perfección, o bien, lisa y llanamente, como antinómicas oposiciones de perfección e imperfección, de realidad e impotencia.

Por lo demás, el proceso era bastante lento y contrastado. Sólo en el siglo XVIII llegará a la clara consciencia de sí, a la nitidez de la fórmula y de la "ley" de naturaleza. Los primeros descriptores de las Américas están dominados todavía por el entusiasmo, un entusiasmo que no les permite ver en las diferencias americanas ninguna inferioridad con respecto al Mundo Antiguo, sino que, por el contrario, les ofusca a menudo la visión de esas diferencias y los induce a asimilar la naturaleza americana a la del otro hemisferio.

Así, pues, su acento recae siempre sobre la fecundidad y el vigor de las Américas, y por consiguiente sobre la universal potencia de la Naturaleza. Las Casas no admite que en lo creado pueda haber huellas de negligencia (como dirá en cambio Raynal): a quienes hacían de los americanos unos seres bárbaros, insociables e irracionales, les replica triunfalmente que es absurdo imaginar que la Divina Providencia "en la creación de tan innumerable número de ánimas racionales se hubiera descuidado, dejando errar la naturaleza humana".¹⁵ Oviedo, que sin embargo tiene una visión tan aguzada de las peculiaridades naturales americanas, no se deja ir a las antítesis genéricas, y desahoga su admiración en un himno perpetuo a la Naturaleza y a la inagotable variedad de sus fenómenos. Jamás se le hubiera ocurrido que existan límites para su potencia, o que pueda equivocarse. Oviedo, casi panteísta si lo comparamos con los filósofos escolásticos, adora en la Naturaleza la manifestación más completa e imponente de Dios, adora a Dios en la Naturaleza. Y el padre Acosta encontraba todo tan perfecto en la obra física del Señor, que se indignaba contra la idea sacrílega de que se la pudiese mejorar, y

¹⁴ Para una formulación más general de esta tesis, véase el artículo de A. Koyré, "Galileo and Plato", *Journal of the History of Ideas*, vol. IV (1943), p. 404. La concepción de la Tierra como un organismo vivo, y afligido incluso de enfermedades y plagas, ya familiar a Kepler, a Giordano Bruno y a Shakespeare, fue desarrollada ampliamente en el siglo XVII.

¹⁵ *Apologética historia*, en la *Colección de documentos inéditos para la historia de España*, vol. LXVI, pp. 237-238, citada por S. Zavala, "Las Casas ante la doctrina de la servidumbre natural", art. cit., p. 54, nota 1. Véase también, del mismo autor, *La filosofía política en la conquista de América*, op. cit., pp. 81, 91, 98, donde alude, a las dificultades con que tropezó la filosofía cristiana cuando tuvo que conciliar la omnipotencia de Dios Creador con las imperfecciones y las deficiencias de lo creado y de las creaturas.

amenazaba con el castigo del Cielo a los que querían abrir el istmo de Panamá.

Cuando se entablan en forma sistemática las polémicas en torno a las Américas, cuando florecen las críticas sobre una parte tan prominente de lo creado, entonces, y sólo entonces, es cuando reaflore inmediatamente el concepto o el argumento de la impotencia de la Naturaleza. Verdad es que a menudo los autores lo repiten sin acordarse casi de sus orígenes metafísicos, y que algunos de ellos —Raynal y De Pauw, por ejemplo— lo emplean ingenuamente, como un modo de decir corriente.¹⁶ Pero el mismo metafísico Hegel, por otra parte, Hegel, que en sus momentos de más robusto realismo repetirá que el ideal, después de todo, no es tan "impotente" que sólo le esté el *deber ser*, sin que luego le ocurra *ser* en efecto, se servirá de la fácil metáfora en sus momentos de embrazo sistemático. Se servirá de ese "delicioso hallazgo", pero no hallado por él, de la impotencia de la Naturaleza, "de la debilidad, del deliquio, de los desvanecimientos de ésta, en la áspera tarea de actualizar la racionalidad del Concepto".¹⁷ Hará incluso algo más y algo peor con respecto a las especies animales y vegetales y con respecto a América: afirmará en cuanto a las primeras que "los múltiples géneros o especies naturales no se deben estimar en absoluto como algo superior a los *caprichosos* hallazgos del espíritu en sus representaciones";¹⁸ y en cuanto a la segunda, a América, calificará su Naturaleza de imperfecta por incapacidad del Espíritu, y extenderá ese mismo epíteto de impotente, en el sentido propio de "falta de fuerza", a sus civilizaciones primitivas, que no supieron resistir a los europeos.

A título de curiosidad, recordemos finalmente que el mismísimo argumento formal de De Pauw vuelve a aparecer en un polemista norteamericano de mediados del siglo XIX, el cual, para demostrar la madurez y originalidad del americano, tipo humano verdaderamente nuevo y no mero inmigrante europeo, escribía: "¿Por qué habría de emprender Europa un viaje de tres mil millas para seguir siendo Europa...? Parecería

¹⁶ Véase también Leopardi, *supra*, p. 357. Igualmente corriente y hasta proverbial era la tesis opuesta, de la omnipotencia de la Naturaleza. Baste un solo ejemplo: en polémica con las teorías biológicas de Robinet, Delisle de Sales escribía: "La Nature ne fait rien d'ébauché; pourquoi lui prêter nos petits essais, nos moules et notre impuissance?" (*De la philosophie de la Nature*, op. cit., vol. IV, p. 161; pero cf. *ibid.*, vol. V, pp. 44-45, a propósito de creaturas "ébauchées" cerca de los polos y en la zona tórrida), —lo cual vale asimismo contra la tesis de una América "ébauchée" (Galiani).

¹⁷ B. Croce, *Saggio sullo Hegel*, op. cit., p. 117: "...la deliziosa trovata... della debolezza, del deliquio, degli svenimenti di questa, nell'aspro compito di attuare la razionalità del concetto". Para Hegel, "the forms of nature... are, so to speak, Utopian forms, at once demanding realization and yet having in them something which makes realization impossible" (Collingwood, *The idea of Nature*, op. cit., p. 125). Se comprende, pues, la adhesión de Hegel a la clasificación aristotélica de los animales (*supra*, p. 394).

¹⁸ Hegel, *La scienza della logica*, trad. italiana de A. Moni, Bari, 1925, vol. III, p. 52, donde la "impotenza della natura" se define como "non poter tener fermo e presentare il rigore del concetto e... perdersi in questa inconcettuale e cieca molteplicità" (véase *supra*, pp. 386-387, y cf. lo *accidental* de Aristóteles, de lo cual no hay ciencia). También Whitehead, tan "aristotélico" en su metafísica, se ve inducido a admitir que no siempre son observadas las leyes naturales y que el universo físico presenta "instances of failure" y de desorden (Collingwood, *ibid.*, pp. 168, 170).

una especie de *pobreza* en la Naturaleza, si fuera incapaz de variar".¹⁰ Para De Pauw, la Naturaleza habría sido impotente si no hubiera terminado de hacer al hombre americano, que es tan diferente del europeo, y que por lo tanto debe haber degenerado de la perfección a que lo llevó la Naturaleza. Para Lowell, la Naturaleza habría sido impotente si no hubiera acertado a hacer del americano un individuo diferente del europeo, y por lo tanto igual a éste en dignidad. Para el europeo, la Naturaleza era impotente si no conseguía hacer europeos. Para el americano, la Naturaleza era impotente si no conseguía hacer americanos...

5. LOS CUAQUEROS, EL MARQUÉS Y EL GIRONDINO

AL CUÁQUERO, como antes al hurón, le había tocado en suerte elevarse a la dignidad de mito y paradigma de una humanidad pura, simple, tolerante y benévola, y por añadidura animada de un ejemplar espíritu religioso y de una infatigable laboriosidad. El "amigo" sumaba a las nativas virtudes del salvaje las virtudes más asimilables del buen cristiano y del diligente ciudadano: y con su fe, mística, sí, pero filantrópica, sin teología ni clero ni liturgia ni sacramentos, encontraba gracia aun a los ojos de los filósofos y deístas menos rousseaunianos.

En cambio, al burlón realismo de ciertos italianos, como Mazzei y otros que ya hemos recordado¹ —actitud que se ligaba con igual facilidad a una religiosidad más muelle de cuño católico y a una incredulidad más acerba y razonada—, el cuáquero seguía siendo singularmente ingrato y malquisto. Su ostentosa virtud olfa a hipocresía y a menudo era tachada de jesuítica. Ese protestante, ese rigorista, ese predicador de moral acababa por parecerse demasiado al "cura" lugareño, cuando no simplemente a una versión barata del Tartufo.

Así, pues, la polémica sobre el cuáquero merecería algún estudio más detenido, prescindiendo del hecho de que el "amigo" de Filadelfia fue el primer ejemplar de las modernas civilizaciones americanas a quien se idealizó o ridiculizó en Europa. El mismo Voltaire, que se había modificado de los cuáqueros ingleses (*Lettres anglaises*), está lleno de respeto por los cuáqueros americanos (*Questions sur l'Encyclopédie*). Pero bastará por ahora recordar que precisamente en el juicio sobre los cuáqueros se separaban y se combatían el uno al otro dos convencidos apologetas de los Estados Unidos, Mazzei y Brissot de Warville: tan sobrio e irreligioso el primero como cándido, entusiasta y sermoneador el segundo.

Jean-Pierre Brissot, el futuro girondino, el amigo de los Roland y de Clavière,² había mostrado desde su juventud ese temperamento superficial y generoso, esa impávida incoherencia y esa testaruda puntilliosidad polémica que debían atraerle tantas calamidades, y la última ruina, a él y a sus secuaces girondinos. Hasta Madame Roland, no obstante que le tenía simpatía y era a su vez no poco incoherente, encontraba en él "una especie de ligereza de espíritu y de carácter" que la mortificaba.³ La vida de este hijo de un rico hostelero de provincia, inquieto autodi-

¹ *Supra*, p. 117, nota 221.

² Clavière firmó junto con él el escrito *De la France et des États-Unis, ou de l'importance de la révolution de l'Amérique pour le bonheur de la France* (1787), le pagó los gastos de su viaje a América, colaboró en el relato de ese viaje: *Nouveau voyage dans les États-Unis de l'Amérique septentrionale fait en 1788*, Paris, 1791, donde era elogiado copiosamente, y recibió de Brissot la cartera de las Finanzas en el primer ministerio girondino (marzo de 1792). En el mismo ministerio, Roland (citado con muchas reverencias en el *Nouveau voyage*, ed. cit., vol. III, pp. 77 nota, 167-171, 184, etc.) tuvo la cartera del Interior, igualmente por designación de Brissot. Sobre el filoamericanismo de Madame Roland, expresado precisamente a Brissot, véase *supra*, p. 134, nota 288.

³ *Mémoires*, ed. cit., vol. I, p. 197: "...une sorte de légèreté d'esprit et de caractère".

¹⁰ James Russell Lowell y otros, artículo del *Atlantic Monthly*, 1858, citado por Ch. and M. Beard, *The American spirit, op. cit.*, p. 215: "Why should Europe go three thousand miles off to be Europe still... It would seem like a poverty in Nature, were she unable to vary."

dacto y afortunado publicista en la capital, o más bien en dos capitales, París y Londres, que pasa de una infatuación a otra, de la reforma del derecho penal a la emancipación de los negros, de la abolición de la propiedad privada a los proyectos de canales interoceánicos, del fomento del comercio franco-americano a la guerra revolucionaria como regeneradora de las naciones y como cruzada por la libertad; que, después de haber sido encarcelado en la Bastilla, recibe en homenaje las llaves de la fortaleza destruida por la furia del pueblo, y que, después de haber trabado amistad con el doctor Guillotin, deja la cabeza en la máquina inventada por este filántropo, es toda una serie de caprichosas coincidencias y de catastróficos roces con hombres y cosas más grandes que él.

Marat lo tuvo como compañero de estudios y de investigaciones científicas, lo mimó con afectos casi femeninos —“ya sabes, amigo queridísimo, qué lugar ocupas en mi corazón”—, pero no aceptó su propuesta de colaborar en una traducción del *Paraiso perdido* y más tarde lo atacó con su acostumbrada virulencia, si bien con alguna loyolesca “pesadumbre” por tener que denunciar a un hombre cuyos primeros escritos, “si no lo habían colocado entre los escritores distinguidos, sí lo habían revelado como un patriota”.⁴

La Revolución lo contó entre sus más cálidos y decididos agitadores. A principios de 1791, es casi profético su grito de alarma: “¡Aquí viene la aristocracia burguesa, que será la más difícil de desarraigar!”⁵ Pero muy pronto se vio superado y arrollado por el ímpetu oratorio y por la energía política de los enemigos que asiduamente se había atraído. André Chénier lo vituperó en público y en varias ocasiones.⁶ Camille Desmoulins, que lo había tenido como testigo en sus bodas con la tierna y orgullosa Lucille (1790), lo tomó por blanco predilecto (1792)⁷ y acuñó el verbo *brissoter*, que el *Grand Larousse* explica todavía como sinónimo de “voler, filouter”.⁸ Danton mismo lo zahería con la juguetona admonición: “Brissot, vous êtes un brissotin”, mientras que amigos y adversarios decían, a una voz, que era el menos brissotino de todos los brissotinos posibles.⁹

Brissot en persona nos cuenta cómo y por qué emprendió la defensa de los cuaqueros, y de qué manera esta defensa le granjeó luego jubiloosas acogidas en Norteamérica, acogidas que le hicieron adoptar a los Estados Unidos como una nueva patria, en la cual ciertamente habría

⁴ J. P. Marat, *Pamphlets*, Paris, 1911, p. 187, nota 1: “[ses premiers ouvrages] ne l'avaient pas fait placer dans la classe des écrivains distingués; mais ils l'avaient fait regarder comme un patriote”. Las expansiones afectuosas (“vous savez, mon très cher, la place que vous occupez dans mon cœur”) se leen en una carta de 1782, reproducida en los *Mémoires* de Brissot, ed. F. de Montrol, Bruxelles, 1830, vol. I, pp. 352-354, y en la *Correspondance* de J. P. Marat, ed. Paris, 1908, pp. 8-10.

⁵ *Nouveau voyage*, ed. cit., vol. I, p. xv: “Voilà l'aristocratie bourgeoise, elle sera la plus difficile à déraciner.” Un resumen (hostil) de sus ideas (juveniles, 1780) sobre el hurto y la propiedad (de las cuales reniega en sus *Mémoires*, ed. cit., vol. I, pp. 114-115, calificándolas de paradoja académica y ejercicio escolástico, y que Proudhon negó haber conocido) puede verse en A. Sudre, *Histoire du communisme*, Bruxelles, 1849, pp. 222-239; véase también Stark, *op. cit.*, pp. 82-90.

⁶ *Oeuvres*, ed. Pléiade, pp. 280-281, 350-351, 685, 689-690.

⁷ Jean-Pierre Brissot *démasqué*, 1792; *Histoire des Brissotins*, 1793.

⁸ Cf. C. Desmoulins, *Le vieux cordelier*, ed. A. Mathiez et H. Calvet, Paris, 1936, p. 191, nota 2, et *passim*.

⁹ A. Aulard, *Histoire politique de la Révolution française*, Paris, 1901, p. 405.

acabado por establecerse si la Revolución que estalló en Francia no lo hubiera retenido en la patria vieja. Todo está concatenado, y no hay peligro de que Brissot se esfuerce por atenuar la importancia de cualquiera de las cosas que él haya hecho o dicho. Su periódico, por ejemplo, el *Courrier de l'Europe*, “contribuyó más de lo que se piensa al buen éxito de la guerra de América, y por consiguiente a la Revolución francesa”.¹⁰ Vale como *res gesta*, pero también como *historia rerum gestarum*. Su autor insinúa modestamente que es quizá “el único monumento que deberá consultarse un día para conocer la historia de la revolución de América”.¹¹

Con esta despierta consciencia de su papel histórico, era natural que Brissot leyerá con desdén e irritación los frívolos *Voyages* del académico Marqués de Chastellux *dans l'Amérique septentrionale dans les années 1780, 1781 et 1782*,¹² y que observara con verdadero escándalo el éxito que obtenían por su tono ligero, burlón y templadamente “filosófico”.

Chastellux era un noble y un literato protegido por Voltaire, amigo de Gibbon,¹³ pero ante todo un militar, un oficial superior a las órdenes de Rochambeau. El relato de su viaje está en forma de diario, y escrito en ese tono de superior *badinage* que un hombre de mundo no pierde ni siquiera en los confines del globo, —ni siquiera cuando va a parar en un mesón tan miserable y desprovisto, que en un solo y ruín cacharro de estaño se servían los patrones, los huéspedes y sus criados: “No me atrevo a decir para qué uso nos lo propusieron todavía, cuando nos retiramos para acostarnos”.¹⁴

Pero poco después, en una posada de Richmond, Chastellux encuentra excelente alojamiento, comida a profusión servida magníficamente, y

¹⁰ *Mémoires*, ed. cit., vol. III, p. 276: “[le *Courrier*] a contribué plus qu'on ne pense au succès de la guerre d'Amérique, et par suite à la révolution française”.

¹¹ *Ibid.*, vol. III, pp. 280-281: “. . . le seul monument qu'on devra un jour consulter pour connaître l'histoire de la révolution de l'Amérique”.

¹² Cito por la edición de Paris, 1788. Una primera edición parcial, y de sólo veinticuatro ejemplares, se había impreso lujosamente a bordo de la nave en que Chastellux se hallaba embarcado, en el puerto de Newport (versión parcialmente reproducida en el *Journal de Lecture* de Gotha, editado por Grimm); otra, apócrifa e incompleta, apareció en Cassel en 1785; una tercera edición, íntegra y reconocida por el autor, en París en 1786 (y luego en traducción inglesa, Londres, 1787; veo citada asimismo una edición alemana, Francfort y Leipzig, 1786). Ya el 3 de octubre de 1782, el Conde de Ségur escribía a su mujer, en Francia, que había sido recibido por Washington: “si tu veux le connaître, relis le portrait qu'en a fait le chevalier de Chastellux dans son journal, et ce sera tout comme si tu l'avais vu” (*Deux Français aux Etats-Unis. . .*, *op. cit.*, p. 168; cf. *Voyages*, ed. cit., vol. I, pp. 11 nota y 121-125). La frivolidad de los detalles contados en el libro (ed. de 1786) era ya criticada por Grimm, Diderot, etc., *Correspondance*, vol. XIV, p. 380, y deplorada por Jefferson, el cual, exhortando a Chastellux a ofrecer al público la relación impresa sólo en pocos ejemplares, le sugería amistosamente (24 de diciembre de 1784) que suprimiera las insolencias sobre varias damas (*Papers*, ed. cit., vol. VI, pp. 550-551; vol. VII, pp. 580-583, 584-586; cf. también vol. VIII, pp. 467-470, 471-472, y *Catalogue of the library*, cit., vol. IV, pp. 201-203). Todavía en 1797 el revolucionario Bayard (entusiasta admirador de Brissot, cuyo moralismo y anti-urbanismo adopta: *Voyage*, *op. cit.*, pp. xvii-xviii, 199) le echa en cara a Chastellux su ligereza y su *suffisance* (*ibid.*, pp. xv, 37-38). Pero Franklin, que tenía que saber cómo estaban las cosas, alababa la “handsome likeness” que Chastellux había dado de los Estados Unidos (Echeverría, *op. cit.*, p. 120).

¹³ Edward Gibbon, *The Letters*, ed. J. E. Norton, London, 1956, vol. II, p. 264.

¹⁴ *Voyages*, ed. cit., vol. II, p. 60: “Je n'ose dire pour quel usage on nous le proposa encore, lorsque nous allâmes nous coucher.”

precios honradísimos. Y a los italianos nos complacerá saber que ese ejemplar posadero era un napolitano, apellidado Formicalo, que había trabajado primero en Rusia, y luego como *maître d'hôtel* de Lord Dummore, a quien siguió hasta Virginia. Poseía una buena casa, muebles, esclavos, y todo hacía pensar que acabaría por convertirse en personaje importante en su nueva patria; "sin embargo, se acuerda todavía de la antigua con mucho gusto",¹⁵ y se muestra agradecido a Chastellux, que le habla sólo en italiano.

Rico en agradables historietas y en figuritas esbozadas al desgaire, como en los márgenes del folio, de soldados y taberneros, carpinteros y leguleyos, el diario no se demora en reflexiones de índole general. Incluso la nítida viñeta de Chastellux y Jefferson que, hasta hora avanzada de la noche, bebiendo con sus amigos grandes copas de *punch*, se exaltan recitándose a porfía fragmentos de Ossian, y hacen que les lleven el volumen de este poeta, que colocan reverentes al lado del *bowl* humeante,¹⁶ no es más que eso, una "viñeta".

Las deducciones filosóficas están convenientemente recogidas al final, en una larga carta "à M. Madisson, Professeur de Philosophie à l'Université de Williamsburg", con quien Chastellux había charlado largo y tendido sobre los presumibles progresos de las ciencias y de las artes en América.¹⁷ En verdad, durante esta gira por tierras de América, dos únicas preocupaciones llenan la mente del brillante general mayor: cómo hacer la guerra y cómo hacer el amor. A cada paso, cuando está en camino, nos informa sobre el estado de las fortificaciones, sobre las ventajas tácticas y estratégicas de una posición, sobre las posibilidades de tránsito para tropas montadas, sobre los mejores puestos para emplazar baterías —y lleva a cabo un reconocimiento cuidadosísimo de los campos de las recientes batallas.¹⁸ Pero cuando se hace tarde, se detiene; y entonces, después de darnos cuenta de cómo ha cenado, nos refiere, para decirlo vulgarmente, "cómo andamos de mujeres".

Su mirada se posa con galantería sobre las mujeres de los huéspedes y las hijas de los hosteleros, y con particular predilección se detiene en

¹⁵ *Ibid.*, vol. II, pp. 121-122: "cependant il se souvient encore de l'ancienne avec plaisir". Sobre el cariño de Chastellux por Nápoles, donde estuvo en 1773, véase B. Croce, *Bibliografía vichiana*, Milano-Nápoli, 1947, p. 353; y, además, su *Félicité publique*, Bouillon, 1776, vol. II, pp. 180-181 nota.

¹⁶ *Voyages*, ed. cit., vol. II, pp. 36-37; y cf. *Catalogue of the library of Th. Jefferson*, vol. IV, pp. 464-466.

¹⁷ *Ibid.*, vol. II, pp. 261-302. Sobre "M. Madisson, Professeur de Mathématiques très instruit", que es evidentemente James Madison, uno de los padres de la Constitución y cuarto presidente de los Estados Unidos, véase también vol. II, p. 42, y Chinard, *L'homme contre la nature*, op. cit., pp. 110-111. Jefferson aconsejaba (1784) a Chastellux que hiciera traducir esa carta "on the probable influence of the revolution on our manners and laws, a work which I have read with great pleasure and wish it could be given to my countrymen" (*Papers*, vol. VII, p. 581). También el libro de Chastellux sobre la *Félicité publique* (sobre el cual véase más adelante) concluye con "un chapitre de pure théorie" (vol. I, p. xvi; vol. II, pp. 266-322).

¹⁸ No había llevado consigo ningún libro de historia natural, sino sólo los necesarios "pour la connaissance politique et militaire du continent où j'allais faire la guerre" (op. cit., vol. II, p. 324) y obsequiaba al abate Robin, quien nos la describe con admirada minucia, una enorme oruga de temerosísimo aspecto (Robin, op. cit., p. 114). En Rhode Island hizo construir una fortaleza, Fort Chastellux (Varnum, *Un philosophe cosmopolite du xviii^e siècle, le Chevalier de Chastellux*, Paris, 1936, p. 156, nota 34).

la fresca ingenuidad de las más jóvenes, alegre por encontrar en esas pequeñas republicanas la gracia ambigua de las niñas de Greuze. Una muchachita de doce años no es ya una niña, no es todavía una jovencita: "es más bien un ángel bajo las ropas de una muchacha".¹⁹ Nadie sabe por qué razones —no climáticas, ciertamente— es tan apresurada y prematura la madurez física en Inglaterra y en América: "de donde resulta que en las jóvenes, incluso en las muchachas de 12 a 13 años, la redondez de las formas se encuentra reunida con la frescura del cutis"...²⁰

Sus descripciones no van más allá: y, a decir verdad, Chastellux no parece haber cambiado gran cosa de como nos lo había descrito diez años antes Madame d'Épinay: "tan buen muchacho", que no puede hacer mal a nadie, "que tiene ingenio, gracia, y figura bastante apuesta", pero al mismo tiempo "cierta necedad y simpleza".²¹ En efecto, de tan bien educado que era, no nos habla nunca de sus *bonnes fortunes*, ni tampoco, a pesar de que ha frecuentado algún mesón dudoso o de mala catadura, menciona nunca el *bundling*.²² Pero si recordamos con qué esmero hace notar "la extremada libertad que reina en este país entre las personas de diferente sexo, mientras no se han casado",²³ encontraremos por lo menos una pauta de coquetería en la insistencia con que nos asegura que nadie debe pensar mal de sus observaciones, ojeadas y comentarios, ya que su avanzada edad lo pone por encima de toda sospecha. ¿Era, pues, de tan extrema vejez? En 1781, el caballero de Chastellux tenía cuarenta y siete años —y era soltero.

¹⁹ *Voyages*, vol. II, p. 222: "...c'est plutôt un ange sous les habits d'une jeune fille". Sobre la excesiva galantería de los oficiales de Rochambeau, véase ya el abate Robin, op. cit., p. 31. Más tarde Chastellux compondrá una galante fábula en verso con el expresivo título de *Les trois grâces du Nouveau-Monde* (en la *Correspondance* de Grimm, Diderot, etc., vol. XIII, pp. 247-249, y en Varnum, op. cit., pp. 141-142).

²⁰ *Voyages*, vol. II, pp. 97-98: "...d'où il résulte que dans les jeunes personnes, même dans les filles de 12 à 13 ans, la rondeur des formes se trouve réunie à la fraîcheur du teint". Placenteramente engañado por su sensualidad, Chastellux extiende a las norteamericanas la tesis corriente de la precoz madurez de los criollos: y acepta asimismo la tesis complementaria o compensatoria, la de su precoz senilidad y mortalidad: "la longévité n'est pas commune" en los Estados Unidos (vol. II, p. 86; cf. también Duc de Liancourt, *Journal*, op. cit., p. 42). Sobre este punto le replicaría Mazzei, *Recherches*, op. cit., vol. IV, pp. 199-200.

²¹ Carta a Galiani, 7 de noviembre de 1770, en *La signora d'Épinay e l'abate Galiani*, op. cit., pp. 115-116: "un si bon enfant... ayant de l'esprit, de la grâce et une assez belle figure... [mais aussi] de la nigauderie et de la bonhomie". Madame d'Épinay se burla de la manía de Chastellux por los *calembours* y las frialdades (*ibid.*, pp. 21, 138; cf. también Julie de Lespinasse, *Lettres*, ed. G. Isambert, Paris, 1876, vol. I, p. 214; Marmontel, *Mémoires*, op. cit., vol. II, p. 91; Marquis de Ségur, *Julie de Lespinasse*, ed. Nelson, p. 199; Varnum, op. cit., pp. 23, 27, 133). Sainte-Beuve, *Causeries du lundi*, vol. XI, pp. 484-485, cuenta una divertida anécdota sobre la inconsistencia y la falta de nervio de Chastellux (pero tenía delante, el pobrecillo, a Madame de Staël!). Por otra parte, Mrs. Montagu, la reina de los *bas-bleus*, lo proclamaba (1776) "ye most Pleasing of all ye beaux esprits" (*Mrs. Montagu... from 1762 to 1800*, ed. R. Blunt, London, 1923, vol. I, pp. 322, 330).

²² Por el contrario, desmiente al abate Robin, que lo daba por comunísimo: Varnum, op. cit., pp. 187-188; cf. *supra*, p. 253, nota 516. Véase también Reynolds, *Beds*, op. cit., p. 203: "Chastellux never even mentioned the subject", mientras que sí lo toca en una nota su traductor inglés (1787, vol. I, p. 154).

²³ *Op. cit.*, vol. I, pp. 136-137: "l'extrême liberté qui règne dans ce pays-ci entre les personnes de différent sexe, tant qu'elles ne sont pas mariées". Sobre sus numerosas amantes, en Francia, y sobre su matrimonio, a los 53 años, con una irlandesa sumamente joven, véase por ejemplo la *Correspondance* de Grimm, etc., vol. XV,

Nueve años antes había publicado su obra más ambiciosa, que atraía sobre él, ya simpáticamente conocido de Voltaire, la calurosa admiración y la abierta benevolencia del Patriarca y, con la ayuda electoral de Made-moiselle de Lespinasse, el codiciado sillón de la Academia (¡el *fauteuil* que había sido de Montesquieu!); la obra por la cual todavía hoy se le recuerda con mayor frecuencia: esos dos tomos que llevan el título candidamente eudemonístico *De la félicité publique*,²⁴ que proponen como fin del arte político el asegurar "la mayor felicidad del mayor número de individuos" —"le plus grand bonheur du plus grand nombre d'individus"— y son, por lo tanto, un preludio de la inclusión jeffersoniana de la búsqueda de la felicidad —"pursuit of happiness"— entre los derechos innatos e inalienables del hombre y del ciudadano.²⁵

El título, inconscientemente muratoriano,²⁶ se prestaba demasiado a la ironía, y muchos, desalentados por las casi ochocientas páginas de texto, se detuvieron en el título. En París —donde, según Laharpe, el libro no era muy leído— no tardó en decirse:

A Chastellux, la place académique!
Qu'a-t-il donc fait? Un livre bien conçu.
Vous l'appetez? Félicité publique!
Le public est heureux, car il n'en a rien su.²⁷

p. 219. El Duque de Liancourt encuentra en los Estados Unidos (1795) dos hermanas Dickinson que habían conocido a Chastellux, pero que, "comme plusieurs de nos dames de Paris... ne lui pardonnaient point d'avoir épousé une demoiselle qu'il aimait, parce qu'autrefois il avait aimé une vieille dame qui l'aimait encore un peu" (*Journal*, op. cit., pp. 90-91).

²⁴ *De la félicité publique, ou Considérations sur le sort des hommes dans les différentes époques de l'histoire*. La primera edición es de Amsterdam, 1772 (¿reimpresión en 1774?); cito por la "nouvelle édition", corregida y aumentada, de Bouillon, 1776 (reimpresión con breves notas inéditas de Voltaire, París, 1822). Sobre la primera edición se hicieron traducciones al inglés (1774) y al alemán (1780), y algunos capítulos se publicaron también en italiano (Napoli, 1782). Sobre las relaciones de Chastellux con Vico y su teoría del progreso, véase V. Cuoco, *Scritti vari*, Bari, 1924, vol. I, pp. 67, 304, 312; B. Croce, *Conversazioni critiche*, 5ª serie, Bari, 1939, pp. 321-329; *Bibliografía vichiana*, op. cit., pp. 352-353 (con otras referencias); L. Lavergne, *Les économistes français au xviii^e siècle*, París, 1870, pp. 279-330; J. Delvaile, *Essai sur l'histoire de l'idée de progrès jusqu'à la fin du xviii^e siècle*, París, 1910, pp. 419-423 (cita los altísimos elogios de Voltaire); J. B. Bury, *The idea of progress*, London, 1924, pp. 186-191. Un rápido resumen de sus obras, inclusive los *Voyages*, puede verse en Stark, op. cit., pp. 58-79. Aunque Lavergne dice que su libro está "trop oublié de nos jours" (1870; op. cit., p. 285) y Fanny Varnum asegura que Chastellux "ne mérite pas l'oubli dans lequel il est tombé" (op. cit., p. 6), y aunque Croce (1939; op. cit., p. 326) repite que está "ora dimenticato", la verdad es que la bibliografía sobre Chastellux no es tan escasa (véase Varnum, op. cit., pp. 237-257).

²⁵ Op. cit., vol. II, pp. 82, 93. Sobre el concepto jeffersoniano, véase sin embargo Wish, *Society and thought in early America*, op. cit., p. 197; Villard, op. cit., pp. 240-241; H. M. Jones, *The pursuit of happiness*, Cambridge, Mass., 1952, pp. 13-17, 61-98, el cual cita a Josiah Quincy, Jr., por haber definido (1774) el fin de la sociedad como "the greatest happiness of the greatest number" (op. cit., pp. 4 y 6-7). Sobre la vanidad de esta *pursuit*, incluso cuando es un éxito —y especialmente entonces—, véase Niebuhr, op. cit., pp. 37-55.

²⁶ La coincidencia no va mucho más allá de la portada. El tratado *Della pubblica felicità* (1749) de L. A. Muratori es una especie de utopía cristianizante, aunque concede ya atención a los aspectos prácticos de la sociedad; el *De la félicité publique* es una historia universal desde un punto de vista decididamente materialista-utilitario.

²⁷ ["...] A Chastellux un sillón en la Academia! ¿Pues qué ha hecho? —Un libro muy profundo. —¿Cómo se titula? —*La felicidad pública*. —¡Feliz el público, que no ha sabido nada del asunto!"].

En la *Correspondance* de Grimm y Diderot, la *Félicité publique* es juzgada una "obra estimable, a la que no se puede reprochar otra cosa que el defecto bastante tangible de que no se deja leer".²⁸ El viejo Garat escribía (1820) que "este libro de la *Felicidad pública*... no ha podido hacer, hasta la fecha, más que la de Voltaire", hiperbólico alabador, en efecto, y eficaz protector de su adorante y hosanante discípulo.²⁹ Y al abate Galiani, la "idea" (o sea el asunto, el título) del libro le parecía hermosísima y originalísima, pero confesaba a Madame d'Épinay que aún no lo había leído.³⁰

Sin embargo, el contenido, aunque prolijo y singularmente pobre de aquel ingenio por el cual Chastellux era solicitado en los salones de París, dista mucho de ser insípido. Es impreciso el concepto de "felicidad pública", e inanes resultan los esfuerzos del autor por medirla y así poder hacer comparaciones entre un país y otro, entre una época y las anteriores y sucesivas —sus criterios se reducen finalmente al aumento de la población y a los progresos de la agricultura, conforme al canon fisiocrático—, pero no se puede negar que el libro, además de ser una llamante profesión de fe en el poder benéfico de la Razón y en la gracia eficaz del Progreso, representa un esfuerzo de ensanchar los horizontes historiográficos para incluir en ellos, naturalmente sobre las huellas de las obras maestras de Voltaire, el estudio de las condiciones económicas y sociales y de las opiniones y de los sentimientos de las clases más humildes y con menos voz y voto. No era muy distinto el propósito que en esos mismos años movía a Adam Smith a indagar, con tan diferentes resultados científicos, "la naturaleza y las causas de la riqueza de las naciones" (1776); y sobre los problemas rozados por Chastellux no tardarían en afanarse hombres como el reverendo Malthus (1798), Jeremy Bentham y, en tiempos más cercanos a nosotros, los teóricos del "welfare".³¹

²⁸ *Correspondance*, ed. cit., vol. XV, p. 102: "ouvrage estimable, à qui l'on ne peut reprocher que le tort bien réel de ne pas se faire lire". También del libro sobre la poesía y la música (véase *infra*, p. 555, nota 51) se dice que no ha causado "sensación", a causa de su frialdad (*ibid.*, vol. VII, p. 44; y Diderot, *apud* Varnum, op. cit., p. 43).

²⁹ Varnum, op. cit., p. 124: "ce livre de la *Félicité publique*... n'a pu faire encore que celle de Voltaire". Cf. en efecto (*ibid.*) la opinión de Voltaire sobre el autor de la *Félicité publique*: "il fait la mienne". Véanse ejemplos de elogios a Voltaire en *De la félicité publique*, ed. cit., vol. II, pp. 56, 73, 85, 183-184. En cuanto a los elogios constantes de Voltaire, que se atrevía a poner a Chastellux por encima de Montaigne y de Montesquieu, véase Varnum, op. cit., pp. 30-31, 43-44, 74, 94-95, 116, 120-125, 127-128.

³⁰ Carta del 15 de mayo de 1773, en *Correspondance*, ed. cit., vol. II, pp. 204-205. En las cartas de Galiani y de Madame d'Épinay se encuentran muchas otras alusiones a Chastellux: véanse, por ejemplo, la crítica que ella hace a la *Félicité publique* (*Gli ultimi anni della Signora d'Épinay*, op. cit., pp. 10-12), y el deseo expresado por Galiani de conocer la opinión de Chastellux sobre sus *Dialogues* (*Correspondance*, ed. cit., vol. I, pp. 70-71).

³¹ Bentham, que leyó con gusto —¡el por lo menos!— el tratado *De la félicité publique* y trabó relaciones con su autor (E. Halévy, *La formation du radicalisme philosophique*, op. cit., vol. I, pp. 25, 289), calificaba sin embargo de poéticas fantasías las gloriosas certidumbres de Chastellux y ponía la felicidad perfecta en la misma categoría que la piedra filosofal y el elixir universal (Bury, *The idea of progress*, op. cit., p. 230). Con todo, las ideas económicas de Chastellux, en particular las relativas a la deuda pública y a la influencia de los gastos estatales sobre la ocupación (op. cit., vol. II, pp. 323-355), en caso de ser originales, merecerían la caritativa atención de algún "keynesiano".

La armazón ideológica de la *Félicité publique* se encuentra íntegramente en el *Essai sur les mœurs*: "en esta obra inmortal es donde hay que buscar el germen de todas las verdades que nosotros nos limitamos a desarrollar".³² Lo que Chastellux pone de personal es una crudeza de contrastes sobre la cual funda una esperanza más firme y universal. En todas las épocas y en todos los climas los hombres han sido más infelices que en la Europa del siglo XVIII. La historia nos ofrece un cuadro de terribles sufrimientos incluso en los siglos de Pericles y de Augusto, como también después del advenimiento del cristianismo,³³ hasta llegar al Renacimiento. Nos hallamos, pues, en los albores de una palingénesis. Poco es lo que hay que admirar en nuestros antepasados. Pero nos podemos consolar con nuestros amables contemporáneos. Y grandes cosas es lícito esperar de nuestros nietos.³⁴ Entonces, "tout va très bien, Monsieur le Marquis?" No exactamente, pero *ça ira*. Ya un contemporáneo escribía: "Si Jean-Jacques fue el filósofo Tant-Pis, el señor Chastellux insiste en querer ser el filósofo Tant-Mieux".³⁵ Y, en efecto, tras echar una ojeada circular a las diversas naciones de Europa, Chastellux concluye: "no diré que todo está bien, pero sí que todo va mejor. Hay un progreso; el mundo da esperanzas".³⁶ ¿Nos sonreiremos?... ¿O nos lisonjaremos una vez más, repitiendo en sordina el gran tema zanelliano:

*Se schiavi, se lacrime
ancora rinserra,
è giovin la terra?*³⁷

Entre las señales más ciertas de la inminente *instauratio* de un orden mejor se cuentan la insurrección y la nueva condición de las trece colonias norteamericanas. También aquí, el presente es todo resplandores que rasgan las tinieblas espesas de la antigüedad, de la ignorancia y del despotismo. También el continente americano ha tenido una historia infelicitísima. En el pasado geológico ha estado sumergido bajo los océa-

³² *De la félicité publique*, vol. II, p. 184 nota: "c'est dans cet ouvrage immortel qu'il faut chercher le germe de toutes les vérités que nous ne faisons que développer".

³³ La irreligión de Chastellux no es agresiva, pero sí radical. Invitado a colaborar en el *Supplément à l'Encyclopédie* con un artículo sobre su especialidad, el "Bonheur public", se encontraba con que el censor suprimía su colaboración "parce que le nom de Dieu ne s'y trouvait pas une seule fois" (Quérard, *sub voce*; Varnum, *op. cit.*, p. 116).

³⁴ Chastellux admira, por ejemplo, a Federico II (*op. cit.*, vol. I, p. 137) mucho más que a Alejandro Magno (vol. I, pp. 176-178, 238-239; vol. II, p. 134). Y es tan feroz como lo será De Pauw contra las pretendidas virtudes de los espartanos (vol. I, pp. 53-61). Sobre los chinos se encuentra en aprietos, entre la inclinación a denigrarlos como el pueblo menos susceptible de progreso (se han quedado en una "enfance raisonnable") y la constante sinofilia de Voltaire (cf. *supra*, pp. 134-138); y sale del aprieto dispensándose "d'entrer dans plus de détails à l'égard d'un peuple sur lequel plusieurs écrits modernes, tels que le voyage d'Anson et les observations de M. Pavgh [singular grafía de nuestro De Pauw] ont jeté tant de nuages qu'il est encore très difficile au moment présent de le juger d'une manière solide et impartiale" (*op. cit.*, vol. I, p. xxii nota). Si leyó las primeras *Recherches*, el acre pesimismo y la insistencia de De Pauw en los procesos degenerativos debieron chocar como blasfemias.

³⁵ *Correspondance* de Grimm, Diderot, etc., vol. XV, p. 103.

³⁶ *De la félicité publique*, vol. II, pp. 82, 131: "je ne dirai pas, tout est bien, mais tout est mieux. Il y a un progrès; le monde donne des espérances".

³⁷ [Véase *supra*, p. 407.]

nos que lo han hendido en dos y le han arrancado las Antillas. Su flora se ha desarrollado, pero —y con esta fácil antítesis Chastellux se aproxima a las tesis más arriesgadas de Buffon— la fauna ha sufrido "une lente dégradation dans les espèces".³⁸ Los salvajes, y sobre todo los salvajes, viven miserablemente, emigrando en masa para conseguir de qué alimentarse. Muchos de ellos son todavía "casi unos brutos", y no hay visos de que los fueguinos y los patagones puedan salir algún día de ese estado humillante. Pero el filósofo impacientado les vuelve las espaldas: "nada nos obliga a fijar nuestras miradas sobre tan tristes objetos, y lo único de que debemos ocuparnos es de los progresos de la especie perfeccionada".³⁹ El salvaje no es un hombre. Si lo fuera, se habría civilizado al menos un poquito. Pero entonces no sería ya "el salvaje"...

Los europeos, a su vez, han destruido a los desventurados indígenas. El hambre execranda del oro, que es siempre lo opuesto de la "véritable économie", fue el móvil de esas cruentas conquistas. ¿Llevaron por lo menos el cristianismo? En la América meridional, los bautizados son todavía, de hecho, unos idólatras.⁴⁰ Pero esto es el tiempo pasado. Hoy, también América participa en los progresos de la libertad y de la razón. Solón y Licurgo pueden ir a esconderse en algún rincón cuando entran en escena un John Locke y un William Penn.⁴¹ Y todo verdadero filósofo deberá hacer votos por que la guerra entre Inglaterra y las colonias termine de manera "que América siga poblándose y perfeccionándose, pues la razón, la legislación y la felicidad que de ellas resulta, nunca podrán adquirir demasiada extensión en este mundo en que todo está trabado".⁴²

Con estas favorables disposiciones, apenas templadas por su edad más madura, Chastellux atravesaba en 1780 el Atlántico y realizaba tres largas giras por los Estados Unidos. Su juicio general no ha cambiado. Fiel secuaz del excelso Buffon, "l'homme le plus illustre de notre siècle"—y por añadidura viejo amigo del naturalista⁴³—, Chastellux acoge sus

³⁸ *De la félicité publique*, vol. I, p. 174.

³⁹ *Ibid.*, vol. I, p. 232; vol. II, pp. 270, 286-287: "rien ne nous oblige à fixer nos regards sur de si tristes objets, et c'est uniquement des progrès de l'espèce perfectionnée que nous devons nous occuper" (el subrayado es mío). ¿"Progrès de l'espèce perfectionnée"? No hace falta esperar a Leopardi, con sus sarcasmos sobre el "aureo seculo" (*Palinodia*) y sus "magnífiche sorti e progressive" (*La ginestra*). Un contemporáneo de Chastellux, el cáustico Chamfort, idealizador de los salvajes por odio a la sociedad, simpatizador de los cuaqueros por polémica contra la clérigalla, henchido de vitriolos y de epigramáticos rencores, ponía en la portada de su colección de máximas, retratitos y anécdotas este título sarcástico: *Produits de la civilisation perfectionnée*.

⁴⁰ *Op. cit.*, vol. I, pp. 47, 232; vol. II, p. 101. España, a su vez, según el consabido principio de justicia distributiva, se debilitaba "à mesure qu'elle devenait riche" (*ibid.*).

⁴¹ *Op. cit.*, vol. II, p. 137; cf. Lavergne, *op. cit.*, p. 292.

⁴² *Op. cit.*, vol. II, p. 236: "...que l'Amérique continue à se peupler et à se perfectionner; car la raison, la législation et le bonheur qui en résulte, ne sauraient acquérir trop de surface sur ce globe où tout se tient".

⁴³ *Ibid.*, vol. II, p. 330; cf. Varnum, *op. cit.*, pp. 17-18, 32, 180, 201. Buffon había recibido a Chastellux en la Academia cubriéndolo de los rituales elogios (*Correspondance* de Grimm, Diderot, etc., vol. XI, pp. 66-70; Lavergne, *op. cit.*, p. 302; Varnum, *op. cit.*, p. 132); y hay quien dice que Jefferson conoció a Buffon (1787) gracias a una presentación de Chastellux (Villard, *op. cit.*, p. 334; pero cf. *supra*, p. 242). La ciencia de la naturaleza —dice Chastellux— ha salido en su integridad de la cabeza de Buffon, como Minerva de la de Júpiter, etc. (*De la félicité publique*, ed. cit., vol. II, p. 124 nota; cf. Lavergne, *op. cit.*, pp. 319-320).

teorías geológicas y, siguiéndolo fielmente, repite que América es una parte del mundo brotada de las aguas hace poco tiempo.⁴⁴ La tierra es en general poco fértil, y particularmente estéril en la Virginia.⁴⁵ El clima, en las regiones calientes, inclina a la pereza; y los indígenas, por lo menos aquellos que Chastellux ha observado, son horrorosos (*hideux*), estúpidos muy a menudo, y tanto más crueles cuanto más atropellados se ven por los blancos. Una de las consecuencias de la paz —profetiza con seguridad Chastellux— será su total destrucción y su expulsión absoluta de la región que se extiende entre el mar y los grandes lagos.⁴⁶ Sobre los animales americanos, y sobre la relativa facilidad con que pueden domesticarse, el marqués charla largamente con Jefferson, quien precisamente hacia ese tiempo redactaba sus *Notes on Virginia*.⁴⁷ Y en el parque de Jefferson observa con particular curiosidad algunos ejemplares de ciervo americano (*elk*), la única bestia selvática de estas comarcas que él no consigue relacionar con ninguna especie europea. Sus cuernos son cortos, de un pie y medio cuando mucho, pero —añade en nota— le han asegurado⁴⁸ que cuando el alce es viejo, le crecen cuernos tan largos como los del ciervo.⁴⁹

Pero su escaso interés por estos problemas se revela mejor en las páginas en que se ocupa de la tan discutida falta de aves canoras en América. Chastellux no se molesta en explicar esta singularidad, ni se aflige por el mutismo de las inmensas selvas; al contrario, se pone a bromear ligeramente sobre el hecho de que "le rossignol ne chante pas en Amérique". Los grandes músicos, como se sabe, frecuentan las cortes de los déspotas, y no los foros republicanos. (Ya se había dicho de un canoro castrado:

⁴⁴ *Voyages*, vol. I, pp. 41-42; vol. II, p. 309; Buffon hizo grandes elogios del *Voyage*: Varnum, *op. cit.*, pp. 180, 182.

⁴⁵ *Op. cit.*, vol. II, p. 144; sobre este punto, Mazzei replicó a Chastellux (*Recherches*, *op. cit.*, vol. IV, pp. 193-194) explicando que los virginianos llaman "poor land" cualquier terreno no apto para el cultivo del tabaco.

⁴⁶ *Op. cit.*, vol. I, pp. 338-339; vol. II, p. 154; y cf. Varnum, *op. cit.*, p. 189. Muy poco tiempo después, en 1789, Henry Knox, ministro de la Guerra, a quien competían, por lo tanto, las relaciones con los indios, comprobaba su extinción en las partes más civilizadas de la república, y anunciaba que "in a short period, the idea of an Indian on this side the Mississippi will only be found in the page of the historian" (citado por Pearce, *op. cit.*, p. 56; cf. p. 69). Para con los blancos (cf. también *supra*, pp. 548-549), Chastellux tiene una actitud de indulgente superioridad: del astrónomo Rittenhausen (exaltado por Jefferson; cf. *supra*, p. 241) habla como de un hombre dotado de talento natural para la mecánica y la relojería; sabe también su poco de astronomía, pero "ce n'est pas un Mathématicien de l'ordre des Euler et des d'Alembert" (*op. cit.*, vol. I, pp. 193-194). Por lo demás, agrega con espíritu un tanto depauperado, el almanaque es casi el único libro de astronomía que se estudia en Filadelfia...

⁴⁷ Chastellux recuerda que Jefferson compuso en 1781 "un excellent Mémoire... dont il a fait imprimer l'année passée [1785?] quelques exemplaires, sous le titre modeste de *Notes sur la Virginie*, ou plutôt sans aucun titre, car cet ouvrage n'a pas été rendu public". Pero un literato bien conocido ha podido hacer uso de esas notas, y está a punto de publicar unas *Observations sur la Virginie*, cuya lectura recomienda Chastellux (*op. cit.*, vol. II, p. 304 nota; cf. Varnum, *op. cit.*, p. 175). Las *Observations* no son otra cosa que la versión francesa de las *Notes*, hecha por el conocidísimo Morellet (el cual escribió también contra Brissot, en defensa de Chastellux, una réplica que permaneció inédita: Varnum, *op. cit.*, pp. 20, 183).

⁴⁸ ¿No habrá sido el mismo Jefferson? Cf. *supra*, pp. 242-243.

⁴⁹ *Voyages*, vol. II, pp. 39-41; sobre el conejo americano, distinto del europeo, véase *ibid.*, vol. II, pp. 78-79.

A lato a i regi
ei sederà cantando
fastoso d'aurei fregi).⁵⁰

Así, pues, no hay razón para que en la libre América se encuentren "ni le gracieux *Millico*, ni le pathétique *Tenducci*". El que sí se encuentra, y está bien, es "le bouffon *Caribaldi*"⁵¹ —sólo Dios sabe por qué el barítono le queda bien a una república, y los sopranos no: ¿tal vez porque no ha sufrido la emasculación que, parinianamente, postra la dignidad humana?—, y éste parece ser el *mocking-bird*, que, sin embargo, a decir verdad, no canta: "no tiene canto, y por consiguiente carece de sentimiento propio", pero por la tarde imita a la perfección lo que ha oído durante el día.⁵² Cualidad en verdad papagayesca, más adecuada — se diría— a las chismosas antecámaras de un monarca absoluto que a los debates de un Senado libre.

Dotado de este gusto ligero y jocoso, se comprende que Chastellux no se interese gran cosa por los cuáqueros: una vez alude de pasada a su avidez de lucro;⁵³ y, después de referirnos una cordial y casi afectuosa conversación con uno de ellos, Bénézet, minúsculo viejecillo de aire modesto, pero inflamado de amor por el género humano, y en suma persona respetable —"c'est, il n'en faut pas douter, un être respectable"—, dedica un par de paginitas a la tristonista "secta", que es, según él, hipócrita, vil y desvergonzadamente trapistista, y asiste a una *meeting* en el cual

⁵⁰ G. Parini, *La Musica* (escrita hacia 1769, pero publicada sólo en 1791: ["Al lado de los reyes se sentará cantando, ostentando áureos adornos."])

⁵¹ Estos nombres no nos dicen nada hoy, pero eran entonces celeberrimos. *Millico* es el compositor y soprano pullés Giuseppe Millico (1739- ?), admiradísimo por Gluck y por Mademoiselle de Lespinasse (buena amiga de Chastellux): "jamais, non, jamais on n'a réuni la perfection du chant avec tant de sensibilité et d'expression. Quelles larmes il fait verser! quel trouble il porte dans l'âme! J'étais bouleversée; jamais rien ne m'a laissé une impression plus profonde, plus sensible, plus déchirante même; mais j'aurais voulu l'entendre jusqu'à en mourir. Oh, que cette mort eût été préférable à la vie!" (carta del 29 de agosto de 1774 al conde de Guibert, en *Lettres de Mademoiselle de Lespinasse*, ed. cit., vol. I, pp. 123, 217-218). Del "celebre sopranista" sienés G. F. *Tenducci* (1736-1800 según la *Enciclopedia Italiana*) nos cuenta Giacomo Casanova que una tarde llevó a sus cinco hermosas hannoveresas a oírlo al Covent Garden y se quedó muy sorprendido, pero no por su *bel canto*, sino por el hecho de que, aunque castrado, tenía mujer y dos hijos, —cosa que parece haberle sido posible gracias a una generosa peculiaridad anatómica de la cual habla Casanova en sus *Mémoires*, ed. Garnier, vol. VII, p. 43 (sobre estos dos sopranos, véase también el *Dictionary of music and musicians* de Robert Grove). Sobre Gioacchino *Caribaldi* (1743- ?), que cantó en casa de otra amiga de Chastellux, Madame d'Épinay, ésta escribía a Galiani: "ah quel chanteur que ce Caribaldi! Je l'ai entendu deux fois chez moi: en vérité, la tête m'en tourne" (*Gli ultimi anni de la Signora d'Épinay*, *op. cit.*, pp. 221, 291). La pasión de Chastellux por la música y el canto es conocida y está bien documentada (véase su *Essai sur l'union de la poésie et de la musique*, 1765; y, sobre la "union d'un Pergolèse et d'un Metastase", también *De la félicité publique*, ed. cit., vol. II, p. 126; Varnum, *op. cit.*, pp. 35-48, 66-67, 152). Jefferson, que poseía la *Félicité publique*, dedicó a Chastellux sus *Thoughts on English prosody* (*Catalogue of the library*, ed. cit., vol. III, p. 33).

⁵² *Voyages*, vol. I, pp. 132-133: "il n'a point de chant, et par conséquent point de sentiment qui lui soit propre". Chastellux no lo oyó entonces, pero más tarde (*ibid.*, vol. II, pp. 6-8) se deleitó con su canto. Sobre otros pájaros canoros, cf. *ibid.*, vol. II, p. 18, y especialmente vol. II, p. 79, sobre el tordo, "le rossignol de l'Amérique".

⁵³ *Ibid.*, vol. I, p. 155. Expresiones anti-cuáqueras se encuentran ya en el primer *Voyage*, de 1781.

—¡hecho pasmoso e increíble!— una mujer habla a la comunidad,⁵⁴ luego un hombre se pone a disertar sobre iluminaciones místicas y finalmente un cuáquero viejo desembucha (*débite*) una oración o discurso de lo más pedestre.⁵⁵

Y esto es todo. Salvo alguna mala palabra incidental,⁵⁶ Chastellux no se ocupa más de los cuáqueros, ni varones ni hembras. Mucho más largamente nos habla, por ejemplo, de los Hermanos Moravos y de los negros.⁵⁷ Pero esas pocas frases le bastaban a Brissot. Le ofrecían el asidero —o, por mejor decir, el pretexto— para atacar el afortunado relato del marqués (y, al mismo tiempo, a su noble autor, a la Académie cuyo miembro era, y las ideas templadas que expresaba) con su *Examen critique* —o *Réfutation*, como lo llamará más tarde— del viaje de Chastellux: una obrita que, hasta la víspera de su suplicio, consideraba Brissot entre las mejores que habían salido de su infatigable pluma.⁵⁸

Desde entonces, los cuáqueros son sus benjamines, la flor de la gente de bien, las víctimas de la insolencia de un libertino. Después de cinco años y de su viaje a América (y después del nuevo ataque de Mazzei), el retrato se enriquece con frescos y espléndidos colores. Los cuáqueros son virtuosos y por ello son felices, son filantrópicos y activos, igualitarios, bien educados, pulcros y racionalistas.⁵⁹ Por obra de ellos, y en primer lugar del apóstol Bénézet, la esclavitud de los negros no tardará en ser abolida en todo el continente.⁶⁰ No es verdad tampoco que los cuáqueros sean melancólicos. Esto lo dicen los franceses, para los cuales es triste quien no anda chorreando hilaridad. Los cuáqueros tienen

⁵⁴ Veinte años antes, cuando Boswell le contó que, en un *meeting* de cuáqueros, había escuchado predicar a una mujer, el doctor Johnson le había dado la famosa respuesta: "Sir, a woman's preaching is like a dog's walking on his hind legs. It is not done well; but you are surprised to find it done at all" (31 de julio de 1763; *Life of S. Johnson*, ed. cit., I, pp. 286-287). También Johnson, como Chastellux, decía "that he liked individuals among the Quakers, but not the sect" (22 de marzo de 1776: *ibid.*, vol. I, p. 624; y cf. la conversación del 28 de abril de 1784, *ibid.*, vol. II, p. 463). Una de las láminas que ilustran las máximas singularidades del Nuevo Mundo, en la *Storia dell'America* de Giuseppe Compagnoni (Milano, 1821-23, 29 vols.), representa a una "Quakeressa che predica" entre dos compungidos —¿o dormidos?— correligionarios (vol. XXV, pp. 102-103).

⁵⁵ *Voyages*, vol. I, pp. 240, 244-246. Otro noble escritor, y por añadidura católico, Chateaubriand, satirizará a los cuáqueros americanos y se burlará de su pretendido desinterés (*Essai sur les révolutions*, 1797; cf. *supra*, pp. 324-325).

⁵⁶ Cf. *ibid.*, vol. I, pp. 278, 280; vol. II, pp. 140-141.

⁵⁷ Sobre los primeros, véase *op. cit.*, vol. II, pp. 250-259; sobre los segundos, vol. II, pp. 145-151, con juiciosas consideraciones; ya en la *Félicité publique*, vol. I, pp. 87-88 nota, Chastellux había ridiculizado la tesis de Aristóteles sobre la servidumbre natural (cf. *supra*, pp. 63 ss.).

⁵⁸ *Mémoires* de Brissot, ed. cit., vol. I, p. 46; vol. III, pp. 211-212. El título completo del *pamphlet* es, en efecto: *Examen critique des Voyages dans l'Amérique septentrionale de M. le Marquis de Châtellux ou Lettre à M. le Marquis de Châtellux dans laquelle on réfute principalement ses opinions sur les Quakers, sur les Nègres, sur le Peuple et sur l'homme*, etc. Sobre este librito, que no he visto, cf. Varnum, *op. cit.*, pp. 180-183; Stark, *op. cit.*, pp. 80-81; Villard, *op. cit.*, pp. 330-331; *Catalogue of the library of Th. Jefferson*, ed. cit., vol. IV, p. 219.

⁵⁹ *Nouveau voyage*, *op. cit.*, vol. I, pp. xxv, 103, 117-118, 239-240, 272-276, 295; vol. III, pp. 443-444, y sobre todo vol. II, pp. 167-249, en directa polémica con Mazzei y Chastellux en las pp. 190-211. Garat dirá que la más alta ambición de Brissot era la de "être le Penn de l'Europe... convertir le genre humain en une communauté de quakers, et faire de Paris une nouvelle Philadelphie" (*Larousse*).

⁶⁰ *Ibid.*, vol. I, p. 443.

la serenidad del sabio, que no ríe por una simpleza. No andan de lo quillos, eso es todo.

Así, pues, quien los calumnia no puede ser sino un malvado o un necio. Mazzei es el portavoz de los plantadores esclavistas, Chastellux es un ignorante presumido. Brissot dedica todo un capítulo a sopesar los juicios de uno y otro, para ver cuál de ellos ha sido más injusto y malévolo con esa respetable secta.⁶¹ Y de Chastellux afirma, con error de hecho, pero percibiendo muy bien su lado flaco, que en América no llegó a ver nunca un cuáquero ("il... n'en entendit et n'en vit aucun") y que para seguir la moda, "y para agradar a las mujeres bonitas, hace chistes sobre la gracia interior. ¿Qué crédito se puede conceder a semejante viajero?"⁶²

Pero el tema de los cuáqueros es sólo uno de los aspectos en que el *roturier* da un mentís al marqués. Siente casi como un puntillo de honra la urgencia de contradecirlo, si no propiamente en todo, sí acerca de cada una de las cuestiones fundamentales. El mismo título de *Nouveau voyage* parece como que quiere superar y anular el *Voyage* del académico. El discípulo de Rousseau se enfrenta impávido al secuaz de Voltaire. Las escaramuzas, pues, no nos llegan nuevas, pero presentan alguna curiosidad, como confirmación de la universalidad de esa antítesis radical y de la facilidad con que América era implicada —o mejor, utilizada— en una disputa esencialmente europea.

Si Chastellux se muestra satisfecho, relativamente por lo menos, de las "magníficas y progresivas suertes" de la Europa de sus tiempos, Brissot no ve en ella sino decadencia: "casi dondequiera, en Europa, los pueblos y las ciudades caen en ruinas, muy lejos de progresar".⁶³ Mientras el volteriano está lleno de entusiasmo por la vida y el lujo de las metrópolis, y escéptico en cuanto a las rústicas virtudes de los patanes, Brissot, recordando a Jean-Jacques (y en este punto, más que en ningún otro, girondino *avant la lettre*), se alegra de que en América no existan en absoluto "esas capitales, excrescencias monstruosas que, no siendo más que un producto de degradación, manchan y degradan todo lo que encierran en sí".⁶⁴ No existen y no existirán nunca: "il n'y aura jamais, en Amérique, de grandes villes". La población se multiplicará, sí, pero permanecerá dispersa "et cependant se communiquant depuis le New-Hamp-

⁶¹ *Ibid.*, vol. II, pp. 190-211, 215 nota, 237 nota. Mazzei alaba, con reservas, los *Voyages* de Chastellux (*Recherches*, *op. cit.*, vol. IV, pp. 185-204), y en particular afirma: "ses observations sur la manière de vivre des habitants sont fort exactes; on lui doit la même justice pour tout ce qu'il dit des Quakers" (*ibid.*, pp. 185-186; el subrayado es mío).

⁶² *Nouveau voyage*, vol. II, p. 193: "c'est... pour plaire aux jolies femmes qu'il plaisante sur la grâce intérieure. Quelle foi peut-on donner à un pareil voyageur?" Brissot, en cambio, admite que no ha asistido a ningún *meeting* (*Nouveau voyage*, vol. II, p. 227).

⁶³ *Ibid.*, vol. I, p. 238: "presque partout, en Europe, les villages et les villes tombent en ruine, plutôt que d'augmenter". Cf. Galliani, *supra*, pp. 116-117.

⁶⁴ *Ibid.*, vol. III, p. 435: "...ces capitales, excroissances monstrueuses, qui n'étant qu'un produit de dégradation, souillent et dégradent tout ce qu'elles renferment". Cf. también vol. I, p. 214 (menos miseria y menos fraudes en los campos que en la ciudad); *Mémoires*, *op. cit.*, vol. I, p. 248 *et passim*. En la misma línea están su admiración por Bernardín de Saint-Pierre (véase *Nouveau voyage*, vol. I, pp. 308-309; *Mémoires*, vol. III, p. 132) y su antipatía por Beaumarchais y por su "farce scandaleuse" (*ibid.*, vol. III, p. 17 nota).

shire jusqu'à Quito",⁶⁵ formando una especie de inmensa ciudad-jardín en la que se mantendrán intactas las primitivas virtudes de los agricultores. Aun cuando haya 200 millones de hombres en América, todos podrían ser propietarios, todos serían libres e independientes.⁶⁶

Este "idealismo agrario" se hallaba perfectamente de acuerdo con las máximas políticas de los padres fundadores, que, rebosantes de admiración por las dotes intactas de los cultivadores de la tierra, como también por aquellas teorías de los fisiócratas que más fácilmente se traducían en alegorías de la riqueza del suelo y en panegíricos del campesino, querían que la nueva república se fundara sobre la agricultura; y podían así oponerse con la misma energía, tanto al indígena, vilipendiado por ser un cazador errabundo,⁶⁷ como al inglés entregado al comercio y a la navegación. Se sentían herederos de Abel, y no de Caín; de Jacob, y no de Esaú; no de Nemrod, sino de Cincinato, en cuyo nombre fundaron una orden de caballería; y en la cima de tanta pureza ética, compungidos y agradecidos, recibían de Dios la investidura para exterminar a los pieles rojas y para echar al mar las mercancías británicas. Se comprende, pues, que Jefferson leyera con entusiasmo la demostración brissotiana de que los Estados Unidos serían "más virtuosos, más libres y más felices dedicados a la agricultura, que como arrieros o manufactureros",⁶⁸ y felicitará copiosamente al autor.

También tenía que agradecerle al autor de las *Notes on Virginia* otro arranque polémico de Brissot. Si Chastellux había aludido⁶⁹ a la precoz senilidad y a la brevedad de la vida de los americanos, he aquí a Brissot que protesta y que demuestra, con gran profusión de cuadros estadísti-

⁶⁵ *Ibid.*, vol. II, pp. 437-438; cf. la profecía no menos audaz de Joseph de Maistre, *supra*, p. 363. Hasta Filadelfia le parece a Brissot afligida por ciertos comienzos de libertinaje, ¡pero esto lo han llevado los marinos extranjeros! (*ibid.*, vol. I, pp. 294-295). Lo mismo había opinado antes de Filadelfia el abate Robin (véase el *Nouveau voyage* de éste, *op. cit.*, p. 94, y cf. Varnum, *op. cit.*, p. 186); y, pocos años después, análoga será la impresión de Bayard (*Voyage, op. cit.*, pp. 243-247), el cual, sin embargo, insiste más bien en la mala fe comercial.

⁶⁶ *Ibid.*, vol. I, p. xv.

⁶⁷ Cf. Pearce, *op. cit.*, pp. 66-67, 220, 235, quien indica en el Génesis y en Vattel (*ibid.*, pp. 70-71) las autoridades para establecer una supremacía natural de las sociedades agrícolas sobre las venatorias. También para Franklin, la agricultura era el único modo honrado de ganar dinero (véase Jones, *The pursuit of happiness, op. cit.*, pp. 91 nota y 151). La línea del razonamiento sigue la idea aristotélica de la supremacía natural de los libres sobre los brutos esclavos (sobre la cual véase *supra*, p. 63). Para el subyugamiento de los indios americanos del Norte y del Sur se movilizaron así las más altas autoridades espirituales del Occidente europeo, la Biblia y la antigüedad clásica, cuando bastaban, de hecho, las armas, las técnicas y las bebidas alcohólicas. Pero el escrúpulo de justificar racionalmente las conquistas, no obstante que inducía a un abuso de textos verdaderamente sagrados, en el fondo honraba a esos concienciosos y atormentados portadores de civilización. En comparación de ese escrúpulo, el "white man's burden" es una tesis tosca, bárbara e hipócrita.

⁶⁸ Carta del 16 de agosto de 1786: "[the U. S. would be] more virtuous, more free, and more happy, employed in agriculture, than as carriers or manufacturers". Jefferson poseía casi todas las obras de Brissot: véase el *Catalogue of the library*, ed. cit., vol. I, p. 128; vol. II, pp. 56, 59-60; vol. III, pp. 26-27, 57-58, 72, 81-82, 85, 97, 213-214, 454, y especialmente 463. "Those who labour in the earth —sentenciaba Jefferson— are the chosen people of God if ever He had a chosen people" (*Writings*, vol. II, p. 229) citado por Niebuhr, *op. cit.*, p. 27; cf. *supra*, p. 313, nota 62, y, sobre los precedentes del agrarismo jeffersoniano, H. N. Smith, *op. cit.*, pp. 125-128, 203).

⁶⁹ Véase *supra*, p. 549, nota 20.

cos y actuariales, que los americanos son, si acaso hay diferencia, más longevos que los europeos. Esta idea de la elevadísima mortalidad de los americanos y de la notoria vejez de las americanas que han pasado de los veinticinco años es, pues, otro prejuicio que hay que destruir, aunque lo haya difundido el abate Robin.⁷⁰ Por lo demás, "creo que el señor Paw había soltado estos cuentos antes de él".⁷¹

Brissot coincide con el marqués en la costumbre de escrutar atentamente las formas, el buen semblante y los encantos femeninos de las americanas; pero, más austero que él aun en esto, deja a un lado a las demasiado jóvenes y consagra su admiración a las más maduras, incluso a las setentonas: "he observado con cuidado a las mujeres de treinta a cincuenta años: en su mayor parte tienen buenas carnes, buena salud, e incluso atractivos. . .; he visto brillar esta misma salud en mujeres de sesenta a setenta años".⁷² En cambio, cuando se ve en presencia de damas menos venerables, está pronto a criticar su elegancia y más aún sus dengues, sus remilgos, su coquetería. Invitado a cenar por el virginiano Griffin, presidente del Congreso, se siente turbado al encontrar

siete u ocho damas, todas ellas ataviadas con grandes sombreros, con plumas, etc. Observé, con pena, muchas pretensiones en algunas de estas mujeres. . . Dos de ellas tenían el seno bastante descubierto. Me escandalizó el ver semejante indecencia en unas republicanas.⁷³

Hermosísima escena, —¿pero no la hemos visto ya? . . .

*Couvrez ce sein que je ne saurais voir:
par de pareils objets les âmes sont blessées
et cela fait venir des coupables pensées.*⁷⁴

Pero si unas veces nuestro buen Brissot se tapa los ojos y se rubo-

⁷⁰ Cándido masón, por lo demás admirador de los cuaqueros, autor de un *Nouveau voyage dans l'Amérique septentrionale en l'année 1781*, que hemos citado varias veces en el presente libro; acerca de él, véase Fay, *L'esprit révolutionnaire, op. cit.*, pp. 120-121 ("il reprend les vieux contes de l'abbé de Pauw et de Raynal", etc.) y 165; *Bibliographie critique, op. cit.*, p. 53; Varnum, *op. cit.*, pp. 185-188.

⁷¹ *Nouveau voyage*, vol. II, p. 140: "M. Paw avait, je crois, débité ces contes avant lui". De Pauw no vuelve a ser citado. ¡Que también Brissot prefiera ignorarlo! El clima de los Estados Unidos le parece muy semejante al de París: *op. cit.*, vol. I, pp. 30, 374; vol. III, p. 122.

⁷² *Ibid.*, loc. cit.: "j'ai observé avec soin les femmes entre trente et cinquante ans: la plupart ont de l'embonpoint, une bonne santé, des agréments même. . .; j'ai vu cette même santé briller chez des femmes de soixante à soixante-dix ans". Cf. también *Mémoires*, vol. II, p. 237.

⁷³ *Nouveau voyage*, vol. I, pp. 247-248: ". . .sept à huit dames, toutes parées avec des grands chapeaux, des plumes, etc. Je remarquai, avec peine, beaucoup de prétentions dans quelques unes de ces femmes. . . Deux d'entr'elles avoient le sein fort découvert. Je fus scandalisé de cette indécence dans des républicaines". Véase también *ibid.*, vol. II, pp. 81-82.

⁷⁴ Molière, *Tartuffe*, III, 2: ["Cubrid ese seno, que no lo puedo ver; con semejantes objetos se lastima el alma, y vienen a la cabeza pensamientos pecaminosos."] Análogo escándalo en Bayard (*Voyage, op. cit.*, p. 266): "J'ai appris, depuis la publication de mon Voyage, que les femmes portaient des diamans". Mala señal: muy pronto esas inocentes republicanas traficarán con sus gracias "pour avoir le sot plaisir d'orner leurs bras de quelques pierreries, dont l'éclat n'égalé pas celui d'une chandelle".

riza, otras, en cambio, es él quien descubre el pastel. Su celo polémico y apoloético tenía que impulsarlo por fuerza, en algún caso, a pasarse un poco de la raya. Es lo que le sucede cuando toma la defensa de cierta señorita de quien Chastellux había hecho este malicioso retratito:

Me presentaron a un personaje bastante ridículo, pero que no deja de desempeñar un papel en la ciudad; es una Miss V..., célebre por su coquetería, su ingenio y su perversidad: tiene treinta años, y no parece estar pronta a casarse. Mientras tanto se pinta de rojo, de blanco, de azul y de todos los colores posibles, se arregla y se atavía en forma extraordinaria y, buena *whig* en todo, no pone límites a su libertad.⁷⁵

Este último rasgo, en particular, le hace perder los estribos a Brissot, el cual olvida la discreción observada por el marqués, y grita al público que todo es una calumnia, y que la graciosa Miss Vining, de Wilmington, aunque haya sido tal vez un poco coqueta, ha tenido siempre una conducta irreprochable. ¡Los mismos cuáqueros lo reconocen! Y menos que nadie debía calumniarla un francés, puesto que Miss Vining, "jolie, aimable, affable, spirituelle", "ha demostrado siempre mucha parcialidad por la nación francesa" y ha abierto su casa a todos los oficiales de la legión de Lauzun. El mismo Chastellux "no ha recibido de Miss Vining más que gentilezas. Que se pintara de rojo o de blanco, ¿qué le importaba?" El paladín Brissot, en una palabra, está dispuesto a meter la mano en el fuego por la muchacha, que es un modelo de pudibunda reserva. Las pullas de Chastellux —¡no se las habrá contado él mismo, esperemos!— la han lastimado.⁷⁶

⁷⁵ *Voyages, op. cit.*, vol. I, pp. 269-270: "Je fus présenté à un personnage assez ridicule, mais qui ne laisse pas de jouer un rôle dans la ville; c'est une Miss V..., célèbre par sa coquetterie, son esprit & sa méchanceté: elle a trente ans, & ne parait pas prête à se marier. En attendant elle met du rouge, du blanc, du bleu, & de toutes les couleurs possibles, se coiffe & s'habille extraordinairement, & bonne Whig en tout point, elle ne met point de bornes à sa liberté". En la primera edición, destinada a unos cuantos amigos, el nombre de la Miss aparecía impreso con todas sus letras. Aceptando una sugerencia de Jefferson —o anticipándose a ella, mejor dicho—, Chastellux atenuó en la edición destinada al público varias otras "strictures on some... ladies" (cf. *Papers*, ed. cit., vol. VII, pp. 580-583, 584-586; *supra*, p. 547, nota 12, y Varnum, *op. cit.*, pp. 146-149). Pero todavía cuarenta años más tarde había quien tomaba la defensa de las jóvenes americanas contra el impertinente marqués: la bella y fogosa Frances Wright, no obstante que admira al "respectable auteur de la *Félicité publique*", no acierta a reconocerlo en el aristócrata chocarrero que "se laisse aller à médire des femmes qui se livrèrent à leur innocente gaïté en sa présence, et à tourner en ridicule celles qui lui avaient imposé par leur réserve". Ella, sin embargo, no llega a suscribir el juicio de Brissot sobre el libro de Chastellux (*Voyage, op. cit.*, vol. II, pp. 219-220 nota).

⁷⁶ *Nouveau voyage*, ed. cit., vol. I, pp. 253-254: "Elle a toujours montré beaucoup de partialité pour la nation française...; [Chastellux] n'a reçu de Miss Vining que des politesses. Qu'elle mit du rouge ou du blanc, que lui importait?" Brissot, sin embargo, no dice cuál es la culpa más grave de Chastellux: colgarle treinta años a una señorita que tenía siete u ocho menos: "Miss Vining... who at 25 was the belle of Philadelphia in 1783, spoke French fluently and with elegance, a fact which «made her a general favorite with the French officers» who wrote to Paris about her, and excited the curiosity of Marie Antoinette" (H. M. Jones, *America and French culture, 1750-1848*, *op. cit.*, p. 194, quien cita en nota: "R. W. Griswold, *The Republican Court, or American society in the days of Washington*, New York, 1855, p. 85 (?). She corresponded with many distinguished men, and Lafayette was attached to her"). Alguna maligna alusión a Miss Vining hay en el Duc de Liancourt, *Journal, op. cit.*, p. 64, y tal vez también p. 98.

Con la misma optimista seguridad, Brissot sostiene que los salvajes son susceptibles de educación y de civilización,⁷⁷ y aduce la servidumbre comercial impuesta por los ingleses para justificar ciertos hábitos quizá demasiado "primitivos" de los habitantes de Virginia, como el de sonarse la nariz con los dedos —"he visto esta costumbre en americanos muy bien educados"— o el de utilizar para ese fin un pañuelo de seda, que luego sirve también de corbata, de servilleta, etc.⁷⁸

Si alguno, recordando una observación de Chastellux,⁷⁹ se inclina a poner demasiadas otras cosas en la promiscuidad de ese textual "etcétera" y arruga las narices ante tan crudo espectáculo de la civilización de los colonos, deberá desengañarse leyendo la comparación que traza Brissot de las letrinas norteamericanas y europeas, con ventaja absoluta para las primeras. "¿Habéis observado —comienza doctoralmente—, en nuestros campos, el lugar adonde hombres y mujeres van a satisfacer sus necesidades?" Y nos lo describe, y, por si alguno quiere objetar que en el campo, después de todo, no se pueden tener tantas exigencias, vuelve a la carga con su muletilla: "¿Habéis observado ese mismo lugar en casa de nuestros delicados parisienses, y aun en casa de los grandes señores, que se imaginan que la limpieza puede sustituirse con el lujo?"⁸⁰ (¡Hasta la suciedad de los retretes sirve para su polémica contra las grandes ciudades y los grandes señores!). En América, en cambio, por todas partes, hasta en lo más tupido de los bosques, se encuentra en el jardín de cada casa, pero a treinta o cuarenta pasos de la habitación, "una cabaña limpiísima, y hasta adornada muchas veces, destinada a esa operación";⁸¹ y en ella hay siempre, por una exquisita "attention paternelle", un asiento más bajo para los niños. En la competencia de los lugares cómodos, América derrota por muy amplio margen a Europa. Y con su victoria consagra y exalta sus primeros ideales (respetados hoy más que nunca), la Técnica y la Higiene, los *gadgets* y el *comfort*.

En cambio, por lo que se refiere a las bellas artes y a los cultivos útiles, Brissot vuelve a la más austera severidad, a un rigorismo peor que espartano. Chastellux, como se ha visto,⁸² era un entusiasta aficionado al canto y a la música. A Brissot le parece sospechoso incluso que en Europa se cultive con tanto empeño la música, que se difunda el gusto de ese arte, que entre en el *curriculum* educativo. "¿Ocurre otro tanto en América?" No, por fortuna. "Yo creo que este talento no hace medrar ningún otro, como no sean los demás talentos frívolos con los cuales va asociado." El estudio de la música impide simplemente cualquier otro estudio: "la música arrastra a estudiarla sin cesar, a ver

⁷⁷ *Nouveau voyage*, vol. I, pp. 107-108.

⁷⁸ *Ibid.*, vol. II, p. 275.

⁷⁹ Véase *supra*, p. 547.

⁸⁰ *Nouveau voyage*, vol. I, pp. 162-163: "Avez-vous observé, dans nos campagnes, l'endroit où hommes et femmes vont satisfaire leurs besoins?... Avez-vous observé ce même endroit chez nos délicats Parisiens, chez les grands seigneurs même, qui s'imaginent suppléer à la propreté par le luxe?"

⁸¹ *Ibid.*: "une cabane très-propre, souvent même ornée, destinée à cette opération". También el barco que lo llevó de Newport a Nueva York tenía a popa "deux enfoncements très commodes, pour servir de lieux privés" (*ibid.*, vol. I, p. 221). Otra historia maloliente: vol. I, p. 277.

⁸² *Supra*, p. 555, nota 51.

siempre más allá de lo que se sabe [¡no sabía Brissot qué acertada observación era ésta!], ¿y qué bien puede hacer a los hombres una cosa tan extraña a las ciencias útiles, y que llena el tiempo más propio para el estudio?" Hasta aquí estamos en la condena platónica de la poesía; pero en la conclusión resuena el eco del anatema rousseauiano de los teatros. "¿Por ventura también en América hay necesidad de espectáculos?"⁸³

Por desgracia, en Boston se ha introducido la funesta afición a la música. "En algunas casas ricas [¡siempre son los 'ricos' los que meten los vicios!] se oye tocar el piano." Las muchachas lo tocan bastante mal, es verdad —pero ¡tanto mejor! "¡Quiera el Cielo que las bostonianas no tengan, como nuestras francesas, la enfermedad de la perfección en la música! Esta perfección nunca se adquiere sino a expensas de las virtudes domésticas."⁸⁴ Las notas desafinadas les están bien a las Vestales.

En la misma línea está la polémica contra el cultivo de la vid: de la vid que Mazzei había aclimatado en la Virginia y en la que también Jefferson ponía tantas esperanzas; pero planta que el hombre cultiva para obtener vino, que es en primer lugar una bebida peligrosa, y que en segundo lugar puede y podrá exportarse de Francia a los Estados Unidos, a precios de insuperable competencia. Escuchen, pues, los norteamericanos el consejo de los mejores observadores, aprovechen la experiencia ajena, y no planten vides: "eviten con el mayor cuidado el cultivo de la vid. En todos los países en que existe, la vid produce una muchedumbre de desgraciados a cambio de unos cuantos hombres ricos". La vid es anti-igualitaria, no tiene nada de democrático ni de republicano. "La funesta influencia de la viña se extiende, en los países vinicultores, a aquellos que no la cultivan": en efecto, la baratura del vino impulsa a la embriaguez e intoxica y embrutece a todas las clases sociales, pero sobre todo a aquellas que buscan en la bebida el olvido de su miseria. El único modo de moderar el uso del vino es hacerlo más caro: "rationing by the purse", como se dice ahora. En efecto, una república libre no puede desear que sus ciudadanos se emborrachen con demasiada faci-

⁸³ *Nouveau voyage*, vol. I, p. 31: "En est-il de même en Amérique?" "Je crois que ce talent n'en favorise aucun, si ce n'est les autres talents frivoles auxquels il s'associe...; la musique entraîne à l'étudier sans cesse, à voir toujours au delà de ce qu'on sait; et quel bien peut faire aux hommes une chose aussi étrangère aux sciences utiles, et qui remplit le temps le plus propre à l'étude?... A-t-on aussi besoin en Amérique de spectacles?" Brissot se complace de que en Filadelfia, por obra de los cuáqueros, se haya conjurado el peligro de los teatros (*ibid.*, vol. II, p. 227; cf. vol. III, p. 176, etc.). Sobre algunas reacciones que suscitó el catonismo de Brissot entre los jóvenes norteamericanos, véase L. Villard, *op. cit.*, p. 256.

⁸⁴ *Nouveau voyage*, vol. I, pp. 112-113: "On entend dans quelques maisons riches le forte-piano... Fasse le Ciel que les Bostoniennes n'aient pas, comme nos Françaises, la maladie de la perfection dans la musique! On ne l'acquiert jamais qu'aux dépens des vertus domestiques". Cf. H. M. Jones, *America and French culture*, *op. cit.*, p. 335. Su secuaz Bayard admitía, en cambio, que entre las americanas había quienes tenían hermosa voz, pero agregaba que todas carecían de expresión y que submodaban hasta en sus más encendidas canciones de amor (*Voyage*, *op. cit.*, pp. 90-92). Verdad es que Bayard admiraba asimismo el gorjeo de los pájaros americanos (*ibid.*, pp. 13, 16, 29, 163), mientras que acogía la tesis de que las frutas europeas degeneran en América y se arriesgaba a añadir que, si se pudiera generalizar esta observación, "on en concluerait que les assertions de Buffon, contre lesquelles M. Jefferson s'est élevé avec chaleur, dans ses notes sur la Virginie, ont plus de réalité que ne le pense le philosophe Américain" (*ibid.*, pp. 121-122).

lidad. "Lo que se desprende de todas estas observaciones es que los americanos libres deben proscribir el cultivo de la vid."⁸⁵

¿Qué cosa deberán cultivar entonces? Está claro: ¡papas! "La papa, he ahí el alimento del hombre que quiere ser libre y que sabe serlo."⁸⁶ Esta "planta de la libertad" crece en todas partes y no exige sino pocos cuidados: al campesino le queda así más tiempo para frecuentar las asambleas públicas.⁸⁷

Con estos conceptos político-agronómicos, se comprende que Brissot no tenga ni comprensión ni simpatía por Mazzei, el cual resulta mucho más rústico y sencillo. Lo conoció en París, y nos cuenta una conversación, que parece auténtica, durante la cual el toscano le aconsejó bondadosamente atenuar el tono de sus críticas para no atraerse demasiadas enemistades.⁸⁸ Y esto sólo basta para que el orgulloso Brissot defina a Mazzei un hipócrita, un vil, un calumniador de los amigos —o sea de los cuáqueros.⁸⁹ Pero, como suele ocurrir, el furor lo ciega. Si Mazzei observa de pasada que probablemente el manicomio de Filadelfia no fue el primero que se fundó en América, y que, en todo caso, no vale la pena andar averiguando semejantes curiosidades,⁹⁰ o sea que se desentiende de la cuestión de prioridad, Brissot malinterpreta o tuerce sus palabras, y sarcásticamente recuerda su propia visita a ese hospital "que el humano señor Mazzei no considera más que como una curiosidad, que no vale la pena de ser vista"...⁹¹

Y así se hace la polémica —perdón, así se hacía a fines del siglo XVIII.

⁸⁵ *Nouveau voyage*, vol. III, pp. 129-134: "Ils écartèrent, avec le plus grand soin, la culture de la vigne. Elle a fait, dans tous les pays où elle existe, une foule de malheureux, pour quelques hommes riches... La funeste influence de la vigne s'étend, dans les pays vignobles, sur ceux qui ne la cultivent pas... De toutes ces observations, il résulte que les Américains libres doivent proscrire la culture de la vigne". Brissot reconoce, por lo demás, que los campesinos abusan algunas veces del vino y del aguardiente para aumentar las calorías de su misérrima dieta (lo cual se decía en 1790: "suppléer au défaut de nourritures substantielles"): "donnez-leur de la viande et des pommes de terre, et ils se passeront aisément de vin" (*ibid.*, vol. III, p. 136). Sobre la introducción de la vid en la América septentrional, por obra de viñadores franceses, véase L. Villard, *op. cit.*, pp. 47-66. Sobre las excelentes perspectivas de la vid en Virginia, véase F. Mazzei, *Recherches*, *op. cit.*, vol. III, pp. 95-96, 101-102. Jefferson, a su vez, escribía a Brissot que la embriaguez no estaba tan difundida en los Estados Unidos como él creía (16 de agosto de 1786, en *Catalogue of the library*, ed. cit., vol. III, p. 464).

⁸⁶ *Nouveau voyage*, vol. I, p. xv nota: "La pomme de terre, voilà l'aliment de l'homme qui veut, qui sait être libre."

⁸⁷ *Ibid.*, vol. III, p. 135 nota. Otro ejemplo verbal de cándido utilitarismo es el elogio que hace de Franklin (a quien conoció "chez Marat": *Mémoires*, *op. cit.*, vol. I, pp. 249-254) por "ses dissertations si philosophiques sur le moyen d'empêcher les cheminées de fumer" (*Nouveau voyage*, vol. I, p. 323).

⁸⁸ *Nouveau voyage*, vol. II, pp. 190-192 nota.

⁸⁹ *Ibid.*, vol. II, p. 239.

⁹⁰ *Recherches*, *op. cit.*, vol. IV, p. 101: "de telles curiosités n'attachent pas assez qu'on se donne la peine de les vérifier".

⁹¹ *Nouveau voyage*, vol. I, p. 306: "...[cet hôpital] que l'humain M. Mazzei ne regarde que comme une curiosité, qui ne vaut pas la peine d'être vue". Casi con las mismas palabras habla del asunto en sus *Mémoires*, *op. cit.*, vol. II, p. 62; también *Nouveau voyage*, vol. I, p. 324 nota (alusión probable).

6. UN RETRASADO Y UN SECUAZ SUYO: DROUIN DE BERCY Y GIUSEPPE COMPAGNONI

I

RETRASADOS, respecto de la filosofía, del pensamiento histórico y de las ciencias naturales, están muchos de los autores que hasta ahora hemos pasado en revista. La polémica misma, en su planteamiento, o sea la cuestión de si es "mejor" el Mundo Antiguo o el Mundo Nuevo, es un fósil lógico intruso en el tardío siglo XVIII europeo. Así, pues, para calificar de "retrasado" a uno de tantos autores que participaron en la disputa, debemos tener un buen motivo específico. El motivo es éste: Drouin de Bercy discute y ataca las tesis de De Pauw en 1818 como si De Pauw no estuviera muerto y enterrado desde hacía casi veinte años; más aún, como si las *Recherches sur les Américains*, publicadas medio siglo antes, fueran un *vient de paraître* al que no hay que dejar sin una respuesta inmediata.

No es que Drouin de Bercy desconozca a los muchos críticos de De Pauw: los conoce a todos, incluso a los menores y más ignorados, como por ejemplo el abate Frizi, "el docto y sensato abate Frizi, que no se dejó intimidar por los delirios del señor Paw", y que "señaló varios de sus dislates",¹ y de todos ellos se sirve, indiscriminadamente, con el método escolástico de oponer autoridad a autoridad, o con el judicialario de aplastar a un testigo con dos testigos, y a dos testigos con cuatro. En las casi novecientas páginas de su obra no hay trazas del menor esfuerzo por ver si existe acaso algo de verdad en las denigraciones antiamericanas, ni por comprender, si efectivamente eran un error total, cómo había nacido este error y qué significado tenía: de esa manera, la refutación no se convierte nunca en crítica, y el blanco de la polémica, De Pauw, resulta sumergido tan de pies a cabeza en la falsedad, que el lector no entiende qué gusto hay en combatir tanto y por tanto tiempo a un adversario notoriamente inepto e inocuo.

Así, pues, la obstinación de Drouin de Bercy parece inexplicable, y, aun prescindiendo de la cuestión cronológica, se vuelve contra sus propósitos, pues imprime a sus argumentos el fastidio de un acento mecánico y mezquino. No obstante que está documentadísimo y saturado de lecturas y de citas, Drouin de Bercy da a menudo la impresión de los polemistas hispanoamericanos, de los cuales hemos hablado en nuestro capítulo sexto: se advierte en él la misma intransigencia, la misma tozuda negativa a penetrar en la mente del adversario, la misma complacencia en las posibilidades de utilizar la discusión para lanzarse al panegírico de las Américas y a la sátira de la pequeña, atormentada y malditísima Europa. Así como Clavigero defiende contra De Pauw y exalta contra todos a su México, y Molina a Chile, y Valle a la América Central, así

¹ *L'Europe et l'Amérique comparées*, Paris, 1818, vol. II, p. 91: "le docte et judicieux abbé Frizi, qui ne s'est pas laissé imposer par les rêveries de M. Paw, a noté plusieurs de ses méprises".

Drouin de Bercy, "colono y propietario en Santo Domingo",² puede llamarse el paladín de las Antillas Mayores en primer lugar, y luego de todo el continente americano.

Desde esa isla suya, la misma en que Oviedo, apostado como en un observatorio, había recogido durante decenios las relaciones y las deposiciones de cuantos aventureros pasaban de un continente a otro, Drouin de Bercy se siente en condiciones de "comparar" —como dice el título de su libro— a la cercana América y a la lejana Europa y de pronunciar una sentencia llena de condena en la causa de difamación incoada por la primera contra la segunda.

Después de pasar, como dice, trece años en los diversos climas de América, y después de leer a los cronistas, a los viajeros, a los hombres de ciencia, a los historiadores y a los apologistas del continente —más de setenta autores encuentro citados en sus páginas—, Drouin, persuadido de que América, lejos de ser inferior, es en todo y por todo superior a Europa, se lanza, a la cabeza de tan densa falange de autoridades, contra el solitario, extraviado, abandonado De Pauw. Una vez más, la apología del Nuevo Mundo tiene su punto de arranque en una polémica individual contra el autor de las *Recherches*; más aún, se prolonga y se alimenta, por centenares y centenares de páginas, a través de un continuo cuerpo a cuerpo con ese insolente escritor.³ Su malicia, repelida continuamente, sirve de tejido conectivo al panegírico del "propietario" antillano. Ya en las páginas de prefacio, Drouin recuerda que algunos autores han hablado mal de esta o aquella parte de las Américas, pero que De Pauw ha creído señalarse denigrando el continente *in toto e in omnibus partibus*. En él se suman y se condensan los pecados de todos los demás calumniadores: un chivo expiatorio prefabricado y completo, y que tal quiso ser.

La confrontación-requisitoria procede metódicamente. Drouin de Bercy compara los dos hemisferios primero desde el punto de vista del clima y de la naturaleza, y luego por lo que se refiere al suelo y a sus productos útiles y nocivos. Sigue el inevitable paralelo de los animales, y por último la defensa de los indígenas, tanto en el cuerpo como en el espíritu. La

² "Colon et Propriétaire à Saint-Domingue" se proclama en la portada, y añade: "Lieutenant Colonel d'État Major provisoire dans l'Armée française, lors de l'expédition sous le général Leclerc" (la expedición de 1802, mandada por Napoleón para sofocar la rebelión de los negros, capitaneados por Toussaint Louverture). Ni uno ni otro calificativo permiten añadir ningún lustre a su oscuro nombre (que también ha permanecido tal para Church, art. cit., pp. 204-205). Sobre los "propietari francesi, che possedono abitazioni e schiavi" en Santo Domingo, escribía precisamente hacia esos años el comerciante milanés Carlo Mantegazza (*Viaggio a S. Domingo nell'anno 1802*, Milano, 1803, p. 84) que, "non perdendo nella Colonia alcuno dei difetti della Metropoli, non acquistano neppure alcuna delle virtù coloniali, ed in poco tempo il loro orgoglio si spinge sì oltre, che divengono ridicoli e barbari". De sus oficiales de estado mayor, el valeroso Leclerc tenía una opinión tan desesperanzada que, previendo próximo su fin, suplicaba al Primer Cónsul que enviase a alguien capaz de sucederlo, porque "no hay aquí nadie que esté en condiciones de tomar mi puesto" (T. L. Stoddard, *The French Revolution in San Domingo*, Boston-New York, 1914, p. 340). Otras obras de Drouin: *De Saint-Domingue, de ses guerres, de ses révolutions, de ses ressources et des moyens à prendre pour rétablir la paix et l'industrie*, Paris, 1814; *Histoire civile et commerciale de la Jamaïque*, etc., Paris, 1818.

³ Drouin dice, es verdad, que De Pauw ha copiado acriticamente a Buffon (vol. II, p. 30), pero no descarga sus rayos sobre este último, no obstante que lo recuerda varias veces —una de ellas incluso para rebatir la afirmación de De Pauw y otros

recapitulación de las "ventajas de América sobre Europa" culmina en un dítirambo a la primera y en una correlativa pintura de la infelicidad y barbarie de la segunda, afligida por calamidades innumerables, entre las cuales menciona Drouin, a granel, los impuestos,⁴ las necesidades de los sabios, los infanticidios, los procesos por impotencia del marido, los espías, las desigualdades sociales y los crímenes causados por la miseria.

La comparación en el tiempo arroja varios puntos buenos en favor de América: aunque Drouin, sin milenarias tradiciones de que echar mano, nos deja en duda en cuanto al hemisferio que tiene mayor antigüedad "histórica", no vacila en afirmar que "América es el territorio más antiguo del globo",⁵ y que con sus productos facilita la civilización de sus pobladores, de esos inocentes indígenas, tan dulces y bondadosos, que deberían llamarse "civilizados" en comparación de los "salvajes" españoles.⁶ En la intencionada inversión de la antítesis corriente aflora la idea de una "civilización" americana, completamente indígena, estrechamente vinculada al ambiente y turbada o interrumpida en su curso por el desembarco de hordas de salvajes barbudos y tonantes.

Otros puntos en favor de América provienen de la comparación en el espacio: "el Nuevo Mundo es un poco [*sic*] más grande que Europa".⁷ Tiene un clima mejor, tiene montañas más altas,⁸ y hasta sus volcanes son en todo preferibles a los europeos. No es que sean más poderosos y violentos, oh, no —"el señor Paw no podrá decir que América esté más atormentada que Europa por los volcanes"—, sino que son más hermosos —contemplad el Cotopaxi, por ejemplo—, y contribuyen a la ventilación del aire. El "gentile terremoto" del popular poemita italiano tiene un precursor en esas serviciales fumarolas. En efecto, en América, "por una rareza sin ejemplo, la naturaleza ha permitido que los volcanes vomiten aire en lugar de fuego", de tal manera que esparcen un fresco delicioso en el tórrido calor de los trópicos.⁹ Donde alientan esos cráteres eruptivos, ¿qué necesidad hay de *air-conditioners*?

La misma ingenua admiración expresa Drouin frente a los fenómenos y las curiosidades naturales, los prodigios y las maravillas de América: en América hay grutas más espaciosas, ecos más sorprendentes, minas infinitamente más ricas, lagos y ríos que hacen de ella "la mejor regada" de todas las partes del mundo (última transformación de la antigua

autores sobre la fría humedad de la tierra americana (*ibid.*, vol. I, p. 374). De Robertson, en cambio, que respaldó con su autoridad muchos de los juicios de De Pauw, insinúa que ha negado cantidad de hechos indiscutibles "pour faire sa cour à M. Paw" (vol. II, pp. 390, 393).

⁴ El europeo paga al fisco "les fenêtres de son logement, les rayons de soleil qui percent à travers sa chambre" (según el conocido impuesto francés sobre "puertas y ventanas", instituido precisamente en el año XII), "les électuaires destinés à l'entretien de ses dents", ¡y hasta la sepultura! (vol. II, p. 440).

⁵ *L'Europe et l'Amérique comparées*, vol. I, p. 29: "l'Amérique est le terrain le plus ancien du globe". Poco antes (vol. I, p. 18) había citado a Barton y a Humboldt y su refutación de la tesis de que América surgió de las aguas más tarde que el Viejo Mundo (véase *supra*, pp. 373, 375); cf. también vol. II, p. 56.

⁶ *Ibid.*, vol. I, pp. 15-16; vol. II, pp. 296, 446.

⁷ *Ibid.*, vol. I, pp. 31-37: "le Nouveau Monde est un peu plus grand que l'Europe".

⁸ Véase *supra*, p. 101. Drouin de Bercy no parece conocer a Delisle de Sales.

⁹ *Ibid.*, vol. I, pp. 47-48: "M. Paw ne pourra pas dire que l'Amérique est plus tourmentée que l'Europe par les volcans...; en Amérique, par une bizarrerie sans exemple, la nature a permis que les volcans vomissent de l'air au lieu de feu".

acusación de extremada humedad: de "mohosa" y podrida que era, América se hace "bien regada" y florida), cataratas, salinas, puentes naturales; y vientos mejores, golfos más frecuentes, más amplios y más profundos que en Europa. Los pasos de un mar a otro son *nueve* en América contra *tres* en Europa (¡qué diferencia de puntos buenos!). Y donde no hay paso, ¡hay que ver qué joya de istmo! "Europa no puede ufanarse de ofrecer, como América en Panamá, un istmo que no tiene igual en el mundo entero."¹⁰ Y, desde luego, ni en Europa ni en ninguna parte del mundo existe otra fuente como la que se encuentra al sur de Coquimbo (en Chile), que mana una sola vez al mes "por una abertura semejante a cierta parte del cuerpo femenino, imitando sus derrames periódicos".¹¹ Hasta las luciérnagas de América son de prodigiosa luminosidad. Dios las mandó para que los americanos no se quedasen a oscuras. Ni más ni menos: "esa predilección del Creador por el Nuevo Mundo explica que haya querido que todo, hasta los insectos, fuera útil a los habitantes de tan dichoso clima".¹²

Gracias a la misma benévola protección, América, en cuanto a calamidades, es una morada de las más tranquilas. Del refrigerio ofrecido por sus volcanes ya se ha hablado. Los terremotos y los desplomes de tierra son mucho menos frecuentes que en Europa, donde el Etna, por ejemplo, después de tragarse a Nicolosi, amenazó con la misma suerte a "la petite ville" de Catania. ¿Y qué cosa dirá "el señor Paw" cuando Drouin le presente la lista de los terremotos padecidos por Inglaterra, más de cuarenta desde 951 de nuestra era en adelante? Dígase lo mismo en cuanto a los hielos, los aludes, las inundaciones y las sequías, las pestes y las carestías, las plagas de langosta, las epidemias, las guerras y las invasiones: desde todos los puntos de vista Europa vale mucho menos que el Nuevo Mundo.¹³ Europa se va deshaciendo y desecando; y hasta hay peligro de que quede destruida por una tupida lluvia de bólidos y aerolitos.¹⁴

Esperemos que no suceda eso, pero la atmósfera misma es pestífera. Se habla demasiado de los pantanos americanos. Claro que hay pantanos, como el *Dismal Swamp* y otros, pero no son malsanos en absoluto. En Europa, en cambio, ¿cree De Pauw que sea saludable el aire de Roma o de Mantua? ¿o el de las funestas regiones carboníferas? ¿Y qué son los terrenos estériles del Nuevo Mundo en comparación de los desiertos arenosos de Asia, de las estepas de la Europa oriental, de las zonas incultas e incultivables de la misma Francia? El rédito de las tierras europeas

¹⁰ *Ibid.*, vol. I, p. 141: "L'Europe ne peut se flatter d'offrir, comme l'Amérique à Panama, un isthme tel qu'il n'en existe pas dans le monde entier." Véase *ibid.*, vol. I, pp. 55-64 (grutas), 64-65 (ecos), 65-69 (minas), 69 (puentes naturales), 71 y 104 (lagos y ríos), 106 (cataratas), 131 (golfos), 142 (pasos), 145 (vientos).

¹¹ *Ibid.*, vol. I, p. 51: "... par une ouverture semblable à cette partie de la femme dont elle imite les écoulements périodiques". Drouin cita aquí el *Voyageur Français*: este detalle hubiera podido servirle a aquel alemán que juzgaba a América esencialmente femenina (véase *supra*, p. 384).

¹² *Ibid.*, vol. I, p. 186: "c'est par suite de cette prédilection du Créateur pour le Nouveau-Monde, qu'il a voulu que tout, jusqu'aux insectes, fût utile aux habitants de ce fortuné climat". Es evidente el recuerdo de la Naturaleza benigna y providencial de Bernardin de Saint-Pierre (citado en el vol. I, pp. 137, 183-184; vol. II, p. 285).

¹³ *Ibid.*, vol. I, p. 156: "l'Europe vaut encore moins que le Nouveau Monde".

¹⁴ *Ibid.*, vol. I, pp. 188-189.

es nulo con frecuencia, y como máximo llega al 3 %: en América, oscila entre el 5 y el 6 ½ %. . . Los productos americanos, en efecto, son del más alto mérito, no sólo los trasplantados, como la vid y las frutas, sino también los propios de los trópicos; como el café, el caucho, el tabaco, el azúcar. Europa, en rigor, no tiene siquiera productos propios: sus frutas y sus flores vienen de Asia. "¿De qué puede ufanarse Europa?" De nada, naturalmente. Para rebajar a Europa frente a América, Drouin de Bercy la humilla asimismo frente a Asia, rompiendo así la tradicional dicotomía de los dos mundos y de los dos hemisferios, pero abriendo el paso a una nueva rivalidad, entre América y Asia, florecidas ambas de bayas y de corolas autóctonas.¹⁵

Cuando se pone a discutir sobre la fauna, Drouin desplaza todavía más su posición defensiva y contraofensiva. Niega, sí, que los animales americanos sean más mezquinos o decadentes —las ostras, por ejemplo, son "cuatro veces más gruesas que las de Europa"—,¹⁶ pero, obsesionado siempre por su antropocéntrico utilitarismo, está dispuesto a reconocer que faltan en América fieras carnívoras y temibles. Admite, pues, el hecho, pero para descubrir en él una nueva "excelencia" de América: De Pauw, en vez de criticar al Creador, debiera haberle dado gracias porque puso en el Nuevo Mundo animales domesticables y no, como los del Mundo Antiguo, indomablemente feroces: darle gracias porque destruyó en América los elefantes, los rinocerontes y los hipopótamos, dejándolos sustituidos (*remplacés*) con tapires, pecaris y osos hormigueros.¹⁷ Esto en la tierra, pues en las aguas americanas, como es sabido, no hay remolinos ni monstruos marinos, y los tiburones no hacen ningún mal a los nadadores: hasta llegan a tocarlos alguna vez, pero nunca los atacan.¹⁸

Los hombres son, pues, los benjamines del Señor, y los tres reinos de la naturaleza, en América, están hechos para acrecentar su bienestar y su felicidad. El continente estaba pobladísimo en el momento del descubrimiento, y sus habitantes eran prolíficos y maravillosamente sanos. La sífilis es una enfermedad europea, fruto de la inveterada lujuria y de inmundos contactos: veintidós autores, desde Moisés y David hasta los tiempos modernos, son citados para librar a las Américas de la sospecha

¹⁵ Pero en otro pasaje reafirma la superioridad climática de América sobre Asia: en efecto, el europeo, estéril en la India, es fecundísimo en el Nuevo Mundo (*op. cit.*, vol. I, pp. 165-166).

¹⁶ *Ibid.*, vol. II, p. 58: "[les huîtres]... quatre fois plus grosses que celles de l'Europe". Pero las ostras son moluscos; y los denigradores de América siempre habían admitido —más aún, subrayado— el hecho de que los animales inferiores, reptiles, insectos, etc., eran frecuentísimos en el nuevo hemisferio, y a menudo de dimensiones monstruosas. Drouin toma a risa la historia de las ranas que mugen como bueyes (véase *supra*, p. 273, nota 48); pero dice que en Pennsylvania oyó un "crapaud volant... dont le cri approchait du beuglement d'un veau" (*ibid.*, vol. I, pp. 381-382): ¡buey o becerro, para un batracio es siempre una buena voz! Con igual incoherencia, Drouin pondera la admirable multiplicación de los animales domésticos, pero de los famosos camellos, que según De Pauw se habían hecho estériles en América (véase *supra*, p. 53), lo único que sabe decirnos es que vinieron dos a Santo Domingo y fueron comidos por los soldados franceses en 1803.

¹⁷ *Op. cit.*, vol. II, p. 68. Cf., por lo demás, *supra*, pp. 313-314 (Perrin du Lac), 342 (Lenaú) y 482 (Thoreau). Sin embargo, pocas páginas antes (vol. II, p. 58), Drouin había acusado a De Pauw de "calumniar" los valerosos y feroces felinos americanos...

¹⁸ *Ibid.*, vol. I, p. 126: "ils les touchent même, sans jamais les attaquer".

de contagio.¹⁹ La pretendida impubertad de los salvajes es una cuestión de topografía pilífera. ¡Vea De Pauw cuántos cabellos tienen en la cabeza! Tantos como las mujeres en Europa.²⁰ La traída y llevada cobardía de los americanos está desmentida por la heroica resistencia de los indígenas y asimismo por las recientes rebeliones de los colonos, tanto del Norte como del Sur. Y en cuanto a los primeros, ¿cómo puede De Pauw acusarlos de apocamiento y de indolencia? Mire simplemente a esos famosos pueblos antiguos, los persas, los griegos, los romanos, los egipcios: ¿qué cosa son hoy? "Son hoy el pueblo más muelle, más frívolo y más cobarde."²¹ Con análogos *tu quoque*, Drouin exalta las dotes mentales de los americanos: si son bárbaros porque no conocen el hierro, también los espartanos eran bárbaros; si son salvajes porque no saben dibujar, entonces también los chinos y los japoneses lo son, "porque todavía no saben dibujar correctamente".²²

En su entusiasmo, Drouin toca alguna vez, por casualidad, una tecla nueva, descubre una que otra inédita excelencia de América, como en el pasaje en que insiste en el valor literario *intrínseco* del Continente, enumerando las novelas y las tragedias y las composiciones musicales que ha inspirado, desde la *Alzira* hasta *Atala*; o como cuando trastrueca y elimina la cuestión tradicional de los beneficios y de los daños que, según muchos, ha recibido Europa del descubrimiento, sosteniendo que América ha perdido ciertamente mucho en ser descubierta por los europeos:²³ también los inmigrantes que a ella vienen en tan gran número son una calamidad; al librarse Europa de esos elementos inestables —"inquiets et remuants"—, paga con mala moneda los tangibles y sonantes tesoros de las minas americanas.²⁴

Pero hasta estos chispazos paradójicos se pierden en la gris vaciedad de los dos volúmenes, a los cuales se puede reconocer una sola verdadera originalidad: la de unir, a un conocimiento minucioso de todos los particulares de la polémica, una absoluta insensibilidad por sus temas generales y por sus problemas de fondo. Progreso y decadencia, primitivismo y degeneración, marcha de la historia hacia Occidente, función de la civilización, relaciones de la vida animal con el ambiente físico, son conceptos y motivos que ni siquiera rozan la mente de Drouin. Tan empobrecida resulta en él la disputa que, a pesar de que lo único que hace es polemizar contra De Pauw, no le habríamos consagrado ni siquiera

¹⁹ *Ibid.*, vol. II, pp. 85-123 (los veintidós autores, pp. 96-97). Drouin toca también la escabrosa cuestión de los artificios de las indias para remediar cierta deficiencia de sus consortes (sobre lo cual véase *supra*, p. 219, nota 378); vol. II, pp. 107-109.

²⁰ Argumento de doble filo, como es obvio; pero Drouin lo emplea con todo candor: vol. II, pp. 138-140.

²¹ *Ibid.*, vol. II, p. 370: "Ils sont aujourd'hui le peuple le plus mou, le plus frivole et le plus lâche." Otro argumento de ambiguo alcance, puesto que parece admitir la antes negada cobardía actual de los indígenas americanos.

²² *Ibid.*, vol. II, p. 376: "... parce qu'ils ne savent pas encore dessiner correctement". De Pauw (*Recherches philosophiques sur les Egyptiens et les Chinois, op. cit.*, vol. I, p. 217) recuerda "le dessein ridicule et l'affreux barbouillage des Chinois". A nuestro gusto, afinado sobre la pintura china y japonesa, suena casi paradójica la otra afirmación: "on ne trouve point en Asie de Peintres, qui sachent bien rendre le feuillage des arbres" (*ibid.*, vol. I, p. 220).

²³ *Op. cit.*, vol. II, pp. 136, 141-142.

²⁴ *Ibid.*, vol. II, pp. 427-429: el esquema del trueque, hombres por metales, era un lugar común en los autores españoles de la época de los virreinos.

esta mención si no fuera una fuente importante, más aún, si no fuera, por lo que se refiere al juicio global de valor, la fuente más importante de la *Storia dell'America* de Giuseppe Compagnoni.

II

Como "inventore del Tricolore", o incluso "autor de la Bandera Italiana",²⁵ Giuseppe Compagnoni tiene su casilla —nicho sería decir demasiado— en la hagiografía del Risorgimento italiano. En los opúsculos celebrativos y en la toponomástica ciudadana, su nombre se identifica y casi se arroja con la bandera nacional.

Pero, aun dejando a un lado la circunstancia de que el "tricolore" existía ya antes de que Compagnoni, en el Congreso de Reggio, el 7 de enero de 1797, propusiera su adopción como enseña de la República Cispadana, de donde pasó a la Cisalpina,²⁶ e incluso pasando por alto la más amplia cuestión de si basta proponer un emblema para merecer la inmortalidad (aunque sea la limitada inmortalidad de los textos escolares y de los letreros de las calles), Compagnoni tiene otros méritos y otros títulos para no permanecer en la oscuridad y en el olvido como Drouin de Bercy.

No es ciertamente un gran hombre: ni por lo que hizo ni por lo que escribió. Autodidacto ora en una disciplina, ora en otra, según los mudables acontecimientos, ejerció la honrada profesión de polígrafo, como se dijo en un tiempo, o de periodista, según el uso actual, y su producción literaria es más notable por la variedad de los asuntos que por la novedad de las ideas o la nobleza de la forma. Despabilado, ameno y ligero hasta el desaliño, tolerablemente chistoso, se diría que conservó la urbana facilidad de sus maestros jesuitas,²⁷ aun después de dejar la orden y colgar los hábitos, pasando incluso, según la buena regla, a las filas de los más avanzados librepensadores y *sans-culottes*.

Antes de la Revolución, Compagnoni fue redactor y director de varios periódicos, en Bolonia y en Venecia, secretario en Ferrara y en Turín, anotador y traductor del *De re rustica* de Catón, autor de un poema sobre la *Fiera di Sinigaglia*, de apologías en verso, de almanaques

²⁵ Véase M. Rossi, *Giuseppe Compagnoni, autore de la Bandiera Italiana*, Lugo, 1941. "Inventore" es llamado por Luigi Rava, C. Casadio y otros.

²⁶ C. Spellanzon, *Storia del Risorgimento e dell'unità d'Italia*, vol. I, Milano, 1933, p. 148; G. Piccinini, *Giuseppe Compagnoni e il Tricolore*, Reggio E., 1943, pp. 8-10. Sobre los precedentes del "tricolore", en polémica con Vittorio Fiorini ("Le origini del tricolore italiano", *Nuova Antologia*, 16 gennaio, 16 febbraio 1897), pero con pleno reconocimiento de la fe que mostró Compagnoni en el triunfo de la Bandera, véase también Nicola Ferorelli, "La vera origine del tricolore italiano", *Rassegna Storica del Risorgimento*, vol. XII (1925), pp. 654-680 (sobre Compagnoni, especialmente p. 679, nota 1). Advértase, sin embargo, que ni siquiera en sus *Memorie autobiografiche* (ed. A. Ottolini, Milano, 1927), donde pone de relieve cada uno de sus méritos y distinciones, hace Compagnoni la más leve alusión a la adopción de la bandera tricolor.

²⁷ Lisa y llanamente "ex-gesuita" lo llama E. Masi, *La vita, i tempi, gli amici di Francesco Albergati*, Bologna, 1878, p. 407. Pero la orden, como se sabe, fue suprimida en 1773. Los biógrafos más antiguos dicen que Compagnoni, ordenado sacerdote en 1778, no fue aceptado por los canónigos de Lugo y encontró cerrado el claustro cuando quiso hacerse menor conventual. Permaneció, pues, como sacerdote secular, y se condecoró con el título de abate.

para las damas, de opúsculos de actualidad y de correspondencias noveladas. Todavía en 1791 se daba el título de "abate" en la portada de aquellas *Lettere piacevoli, se piaceranno*, escritas junto con Francesco Albergati Capacelli, que fueron criticadas con fría ferocidad por otro jesuita, el anciano Saverio Bettinelli,²⁸ y que contenían, entre otras cosas, un paralelo entre los griegos y los hebreos (ventajoso en todo para los segundos) definido por él mismo como "paradoja", pero que en realidad vacila entre la "ocurrencia" periodística y la ejercitación académica, y que, en todo caso, queda muy lejos de aquella verdadera paradoja, pero sostenida por una ácida erudición, con que De Pauw, tres años antes, había agredido la imagen convencional de los antiguos helenos.²⁹

Todavía entre 1795 y 1797 publicaba un poema sobre la *Grotta di Vilenizza*, una *Chimica per le donne*, desenfadado compendio —en el estilo de Algarotti— embutido con un poco de física, de geología, de mineralogía, de fisiología, de medicina y de meteorología, y aquel *Mercurio d'Italia* en el cual hizo Foscolo sus primeras armas. Pero, habiéndose lanzado ya a la vida política, los varios cargos que desempeñó en rápida sucesión —de secretario de gobierno, diputado, profesor de "derecho constitucional democrático" en Ferrara y finalmente, cuando el Directorio mandó expulsar de la Asamblea Legislativa a los ochenta elementos más radicales (Compagnoni entre ellos), magistrado del Tribunal Supremo en Milán— lo apartaron de la literatura, aunque no de sus actividades "periodísticas" (fundó y redactó en parte el *Monitore Cisalpino*, 1798);³⁰ y también le quedó tiempo para publicar otras "paradojas", como la que trata de la injusticia, nocividad e inmoralidad del principio mismo de progresividad de los impuestos,³¹ y aquella propuesta, exquisitamente "ilustrada", de instituir la poligamia para acrecentar la población, y porque, en todo caso, la monogamia, dondequiera que se ha instituido, se ha visto desmentida por los hechos —"dappertutto fu smentita dal fatto" (1798)—, hasta que los austro-rusos lo hicieron huir a París.

Y aquí volvió a tomar inmediatamente la pluma. Redactó junto con Vincenzo Dandolo la mayor parte de *Les hommes nouveaux*³² y dio a la

²⁸ E. Masi, *op. cit.*, pp. 431-433.

²⁹ Compagnoni y Albergati, *Lettere piacevoli*, etc., Modena, 1791, pp. 167-194 (reeditadas el año siguiente en Venecia, en un opúsculo de 36 páginas, que ofrece un texto más auténtico). Sobre la fortuna de esta obrita, véase la *Vita letteraria del cavaliere Giuseppe Compagnoni scritta da lui medesimo*, Milano, 1834, p. 24, y las citadas *Memorie autobiografiche*, pp. 127-128. Aunque Compagnoni exalta la poesía de los antiguos hebreos, no veo en él ninguna huella de la famosa obra de Herder, *Vom Geiste der ebräischen Poesie*, 1782-83.

³⁰ Se encontrará una selección de artículos de esta revista en L. Rava, "Giuseppe Compagnoni e il suo *Monitore Cisalpino* (1798) col *Vocabolario del nuovo linguaggio democratico*", *Rassegna Storica del Risorgimento*, vol. XIV (1927), núm. 3, y en separata, Aquila, 1927.

³¹ *La tassa progressiva, Riflessioni del cittadino G. C.*, Ferrara, 1797, donde hay perlas proféticas como ésta: "l'industria s'arresta; la pubblica ricchezza si costipa; l'istesso genio speculativo si paralizza" (p. 16). El ensayo se reproduce en L. Rava, *Il primo Parlamento elettivo in Italia, il Parlamento della Repubblica Cispadana a Bologna, aprile-maggio 1797*, Bologna, 1915, pp. 32-37; cf. también L. Rava, *La Costituzione della Repubblica Cispadana del 1797*, Bologna, 1917. Como "uno dei più operosi e loquaci membri di quell'assemblea" califica a Compagnoni T. Casini, "I deputati al Congresso Cispadano, 1796-97", *Rivista Storica del Risorgimento Italiano*, vol. II (1897), pp. 138-210, especialmente pp. 138 nota y 164-165.

³² *Memorie autobiografiche*, *op. cit.*, pp. 255-256; F. Luzzatto, "Vincenzo Dandolo, Giuseppe Compagnoni e *Les hommes nouveaux*", *Nuova Rivista Storica*, vol. XXI

imprensa sus *Veglie del Tasso*, otro *pastiche* según el género de sus ya publicadas cartas de Safo y de Cagliostro, que debían tener tan singular y duradera fortuna.³³ De regreso en Italia después de Marengo, durante todo el período napoleónico desempeñó importantes cargos académicos y gubernamentales, hasta llegar a ser (1810) consejero de Estado, pero la Restauración lo obligó a retirarse por segunda vez de los negocios públicos y, de rechazo, a entregarse por completo a los trabajos literarios. Para vivir, el viejo ex funcionario, sospechoso por sus ideas a los nuevos dueños de la situación, se redujo a escribir artículos, a traducir y a resumir textos de historia, a redactar catecismos, gramáticas y manuales escolares, tratados de moral doméstica y profesional.³⁴ Vida miserable, pero decorosa, que le granjeó la admiración, la simpatía y la amistad de los hombres de espíritu liberal: baste recordar a dos de los más grandes: Stendhal, que, alabando la excelente traducción de Destutt de Tracy hecha por Compagnoni, lo llama "hombre de letras digno, no de traducir, sino de componer obras originales",³⁵ y Giacomo Leopardi, que lo enumera entre los "uomini di valore", escribe a su tío Antici que ha trabado una estrecha amistad —"fatto molt'amicizia"— con Compagnoni y, en sus cartas a los Stella, padre e hijo, le envía con mucha frecuencia cariñosos saludos.³⁶

En efecto, hacía ya algunos años que Compagnoni trabajaba para el editor Stella. Este se había puesto a publicar, en una serie de pequeños volúmenes mensuales, la traducción italiana de la *Historia universal* de Ségur; pero en cierto momento, Ségur, enfermo y agobiado por sus quehaceres políticos, había retardado el ritmo de redacción de su obra, y el editor milanés, que tenía compromisos ineludibles con sus "asociados"

(1937), pp. 39-50. Véase también, para ciertas (dudosas) anticipaciones del concepto de pena como defensa social y de las oportunidades de considerar al delincuente más bien que el delito, el artículo del mismo F. Luzzatto, "Precursori della scuola criminale positiva: Giuseppe Compagnoni", en *Scuola Positiva — Rivista di Diritto e Processo Penale*, nuova serie, vol. XV (Milano, 1925), núms. 1-2.

³³ Hubo quien las pusiera en verso y quien les pusiera música! Tuvieron varias ediciones e imitaciones italianas; se tradujeron al francés, desde la primera edición, y además al alemán, al polaco, al ruso, y quizá también al inglés, según dice Compagnoni (*Memorie autobiografiche*, pp. 261-262), el cual, insaciable, agrega que habrían ganado en una traducción española. Antes de su muerte, Cabanyes publicó (1832) una versión libre al castellano, y poco después de ella, el inglés William Keegan las traducía al latín (Nápoles, 1835).

³⁴ Véase *Degli uffici della famiglia, Dialoghi VIII*, Milano, 1826, y *Lettere a tre giovani sulla morale pubblica*, Milano, 1829, donde Compagnoni enumera los deberes del ciudadano, del empleado público, del contribuyente, de los sabios, de los jóvenes para con los Viejos, de los vivos para con los Muertos y para con los Pósteros, de los abogados y de los litigantes, de los médicos y de los pacientes, etc., condenando asimismo (p. 177) la defensa de la galantería contenida en sus juveniles *Lettere piacevoli* (véase en efecto la ed. citada, p. 78). Anónima, pero, según Compagnoni, notable "per la sua singolarità", apareció la obra de título vagamente leopardizante, *Vita ed imprese di Bibi uomo del suo tempo* (véase la ed. de D. Diamilla Müller, *Biografie autografe ed inedite di illustri italiani di questo secolo*, Torino, 1853, p. 112), obra incompleta según E. De Tipaldo, *Biografia degli Italiani illustri*, etc., vol. II, Venezia, 1835, pp. 181-189.

³⁵ H. Stendhal, *Des périls de la langue italienne* (1818), en apéndice a *Racine et Shakespeare*, ed. Divan, p. 257 nota: "...homme de lettres digne non pas de traduire, mais de composer des ouvrages originaux".

³⁶ G. Leopardi, *Le lettere*, ed. F. Flora, Milano, 1949, pp. 555, 569, 571, 578, 583, 592, 619, 629, 678, 911. Sin embargo, ignorando que ciertas críticas a Giordani, publicadas (1825) en el *Nuovo Ricoglitore*, eran de Compagnoni, Leopardi escribía que "dimo-

(abonados o suscriptores, diremos nosotros), al llegar al volumen XXV, con el cual terminaba la *Historia del Bajo Imperio*, se veía constreñido a sustituir con alguna otra cosa la *Historia de Francia* que debería ir a continuación, pero que Ségur todavía no tenía terminada.

Mientras tanto, para tapar la falla, y —según dice— de acuerdo con Ségur, Stella decidió ofrecer al público una *Historia de América*, dando este encargo a un escritor italiano innominado, "que por su escrúpulo, por su claro estilo y su sana filosofía" daba esperanzas de un trabajo no inferior al celeberrimo del Conde y Par de Francia.³⁷ Era éste nuestro Compagnoni, quien debe de haberse alegrado de emprender un trabajo que lo tendría ocupado por meses y más meses; pues, en efecto, no parece haber titubeado frente al compromiso de entregar cada treinta días un volumen de doscientas páginas, aproximadamente, sobre un tema que hasta entonces —y tenía sesenta y seis años— no le había interesado nunca ni poco ni mucho.³⁸ En estas circunstancias, no puede causar sorpresa que Compagnoni se sirviera casi exclusivamente de fuentes secundarias y terciarias, y que, en particular, para escribir el primer volumen, para tomar el arranque, explotara y copiara sin miramientos un libro publicado hacía poco y en consecuencia conocido por muy contadas personas, proveniente de París y de un aspecto muy serio y autorizado: *L'Europe et l'Amérique comparées*, de Monsieur Drouin de Bercy.

strano una profonda ignoranza di lingua e di stile". Se pueden citar juicios igualmente adversos de Tommaseo (véase *infra*, p. 587, nota 113; "tremendo acciabbatore" lo llamó en sus *Memorie poetiche*, 1838, ed. G. Salvadori, Firenze, 1916, p. 221; por lo demás, Compagnoni se llamó a sí mismo "un furioso scarabocchiatore" en su *Vita letteraria*, *op. cit.*, p. 18), y de Monti, contra cuyo *Sermone sulla mitologia* había compuesto, bajo el seudónimo de "Giuseppe Belloni", una *Antimitologia* (véanse las *Discussioni e polemiche sul Romanticismo*, ed. E. Bellorini, Bari, 1943, vol. II, pp. 364-368); poco después, para lamentar la pobreza de su estro, Monti escribía a Trivulzio (30 de agosto de 1826) que de su lira brotaban ya sonidos "si rozzi e miseri / che più poveri versi non faria / Tommaseo, Mangiagalli e Compagnoni" (Monti, *Opere*, ed. Ricciardiana, p. 1240). También le es hostil C. Cantù, *Monti e l'età che fu sua*, Milano, 1879, pp. 114 nota, 298 nota.

³⁷ "L'Editore a chi legge", páginas no numeradas al comienzo del primer volumen (XXVI de la *Storia universale*) de la anónima *Storia dell'America, in continuazione del Compendio della Storia universale del sig. Conte di Ségur*, Milano, 1820 (a partir del vol. VI la fecha es 1821, y los vols. XVII-XXVIII son de 1822; en 1823 apareció el vol. XXIX, que contiene el índice). He visto sólo esta edición, que tuvo casi 1700 "associati", según la lista que aparece en el vol. XXIX (dos mil según el último volumen de la *Storia universale*, 180° de la serie, Milano, 1830, p. 30); pero el editor Stella ya se lamentaba en 1823 de una "ristampa con violato diritto eseguitasi in altra città d'Italia" (*op. cit.*, vol. XXIX, p. 10), y C. Morandi, "Giuseppe Compagnoni e la Storia dell'America", *Annali della R. Scuola Normale Superiore di Pisa, Lettere, Storia e Filosofia*, 2ª serie, vol. VIII (1939), fasc. 3, pp. 252-261, informa que "vi furono successive edizioni milanesi ed anche una napoletana in 19 volumi: Napoli, Iride, 1842-45" (p. 254, nota 3). Por otra parte, parece que la mole de la obra fue objeto de críticas ("alcuni l'hanno trovata troppo estesa": Compagnoni, *Vita letteraria*, *op. cit.*, p. 42) y preocupó un poco a los suscriptores y al editor, el cual se excusa y justifica en el vol. XXIX, pp. 5-9, promete que no lo volverá a hacer ("storie... di lunghezza simile... non ne darò più"), y, para facilitar su venta, la dividió "in quattordici storie particolari, ciascuna delle quali sta da sé, e vendesi anche separatamente" (G. Belloni [G. Compagnoni], *Storia dei Tartari*, Milano, 1825, vol. I, p. 12 nota).

³⁸ A pesar de que Compagnoni asegura que en su juventud y en los contados ocios de su vida pública leyó cosas sobre América (*Storia dell'America*, vol. XXVIII, p. 254), ésta está casi totalmente ausente de su copiosa producción literaria. Parece que en 1777 quería dedicar a Franklin un pequeño volumen de versos sobre Wash-

A decir verdad, él lo cita por su nombre, o mejor dicho por la mitad de su nombre, una sola vez, y a propósito de una cuestión muy particular.³⁹ Pero en un par de pasajes distintos se refiere veladamente al "escritor a quien hemos seguido especialmente en este cuadro de América"⁴⁰ y al "moderno escritor a quien muy a menudo hemos seguido en esta Introducción".⁴¹ Por lo demás, basta una rápida confrontación para encontrar gran cantidad de paralelismos y de no fortuitas coincidencias⁴² y para persuadirnos de que Compagnoni ha "seguido" verdaderamente a Drouin, más aún que en los detalles de hecho, en el entusiasmo indiscriminado por todo cuanto es americano y en su ingenua aceptación de virtudes sorprendentes y de fenómenos prodigiosos, que nos traslada a una aura pre-buffoniana.⁴³

No obstante, hábil literato como era, y concienzudo compilador de una obra amenamente instructiva y de tono popular, Compagnoni consigue transformar el fanatismo continental de Drouin de Bercy en un comprensible entusiasmo por la hermosura del tema que se ha puesto a desarrollar; abandona por completo la polémica contra Europa (salvo las consabidas parrafadas moralistas contra la avidez y la ferocidad

ington (véase Visconti, *op. cit.*, pp. 109-110, 113, 120). Pero el manuscrito de su *Washington*, "poema nuovo per forma e per soggetto", se extravió: véase E. De Tiplado, *Biografia degli Italiani illustri, op. cit.*, vol. II, p. 187 (por cierto, ese "poema nuovo" y la "specie di poema nuovo di forma come di argomento, intitolato il Wosleyron", de que habla en sus *Memorie autobiografiche*, ed. cit., p. 192, son evidentemente la misma cosa). Fugaces alusiones a la Revolución norteamericana se leen en su *Prospetto politico dell'anno 1790*, Venezia, 1791, pp. 11 y 30. En el Congreso de Módena recordó, a propósito de los jurados, la Constitución norteamericana y las de otros países (17 de febrero de 1797: en C. Zaghi, *Gli Atti del Terzo Congresso Cispadano di Modena*, Modena, 1935, p. 200). En el poemita sobre la gruta de Vilenizza describe los tugurios de Corgnale "qual presso il lido degli argenti fiumi / ove America al polo alza la fronte, / dell'industre castor sorgon le case": *apud* L. Rava, *Giuseppe Compagnoni da Lugo, inventore del Tricolore italiano e il suo poemetto "La grotta di Vilenizza" (1795)*, Roma, 1926, p. 24. Y en la *Chimica per le donne* se encuentran unas cuantas alusiones a fenómenos naturales de las Américas (Venezia, 1797, vol. I, p. 183; vol. II, pp. 27, 29, 192, 201).

³⁹ "Giustamente poi ha concluso il sig. Bercy, scrittore più recente ancora [antes ha estado hablando de Humboldt], che per lo meno le lingue americane sono differenti tra esse come la lingua greca è differente dalla tedesca, e la francese dalla polacca" (*Storia dell'America*, vol. II, p. 173; cf. también vol. I, p. 109). El pasaje citado por Compagnoni, y repetido en el vol. XIII, p. 153, se encuentra efectivamente en Drouin, *op. cit.*, vol. II, pp. 320-321. Sobre las lenguas de los salvajes americanos, y con cita de sí mismo, véase también G. Compagnoni, *Dell'arte della parola*, etc., Milano, 1827, pp. 21-22; y sobre los jeroglíficos mexicanos y los quipus peruanos, con cita del Inca Garcilaso, *ibid.*, pp. 54-55.

⁴⁰ *Storia dell'America*, vol. II, pp. 210-212: "lo scrittore che abbiamo specialmente seguito in questo quadro dell'America" (tras lo cual reproduce un largo pasaje traducido de *L'Europe et l'Amérique comparées*, vol. II, p. 425).

⁴¹ *Ibid.*, vol. II, pp. 111-113: "il moderno scrittore, che abbiamo assai spesso seguito in questa Introduzione" (y sigue asimismo un largo pasaje traducido de Drouin, vol. I, pp. 267-268).

⁴² Compárese, por ejemplo, *Storia dell'America*, vol. I, pp. 83-85 y 87-88 respectivamente con *L'Europe et l'Amérique comparées*, vol. I, pp. 159-161 y 166; la lista de los autores que tratan de la sífilis (Compagnoni, vol. I, pp. 127-137; Drouin, vol. II, pp. 96-97), etc. ¿Será también Drouin, por ventura, ese "ingenioso scrittore" que ha descrito "un mattino delle Antille nel tempo delle forti ruggiade"? (vol. XX, pp. 17-19).

⁴³ Por cierto que no me parece que en la *Storia dell'America* llegue a mencionarse una sola vez a Buffon.

europaea, que pertenecen a la ideología del humanitarismo), y, naturalmente, elimina casi sin excepción los fastidiosos y anacrónicos ataques contra De Pauw.

De este último, Compagnoni sabe únicamente lo que ha leído en Drouin, y se libra de él con un solo golpe: "no perderemos nosotros nuestro tiempo rebatiendo las calumnias que con deliberado ánimo, hace cincuenta años, publicó contra los americanos el señor Paw, justamente refutado por muchos excelentes escritores mejor instruidos".⁴⁴ En cambio, de estos refutadores conoce Compagnoni un buen número, si no por otra cosa, por haberlos encontrado dispuestos ya en orden de batalla en los dos volúmenes de Drouin, pero no utiliza y ni siquiera menciona a los que escribieron meras refutaciones, como Pernety (llamado "Prenetty" por Drouin) o Frisi, y tampoco a Jefferson, mientras que se sirve a manos llenas de aquellos que, aun habiendo tomado en las *Recherches* su impulso polémico, presentaron contribuciones positivas al conocimiento de las Américas, como Clavigero,⁴⁵ Molina,⁴⁶ Gilij,⁴⁷ y sobre todo el gran Humboldt.⁴⁸ Alguna duda nos queda en cuanto a Carli, cuyas *Lettere americane* ciertamente tenían que serle conocidas, puesto que en la *Chimica per le donne* había recordado su teoría de la Atlántida,⁴⁹ y que además había sido mencionado varias veces por su mentor americano, Drouin de Bercy, incluso en asuntos rozados por él mismo,⁵⁰ pero del cual, quizá por la ya señalada razón de que Carli hace polémica y propaganda más bien que describir y referir, o quizá por antipatía política, no hace mención alguna en la *Storia dell'America*.⁵¹ Su fuente principal para la historia peruana es el Inca Garcilaso, nostálgico idealizador del

⁴⁴ *Storia dell'America*, vol. I, p. 94: "non perderemo noi il nostro tempo ribatendo le calunnie che con deliberato animo, cinquant'anni addietro, pubblicò contro gli Americani il sig. Paw, giustamente da molti meglio istrutti valentissimi scrittori confutato"; De Pauw vuelve a ser recordado una sola vez, poco más adelante (vol. I, p. 98), como testigo de la sobriedad de los indios.

⁴⁵ Las primeras veces (por ejemplo, *Storia dell'America*, vol. I, p. 87), Clavigero es citado de segunda mano (cf. Drouin, *op. cit.*, vol. I, p. 164); pero luego, cuando comienza a ocuparse de México, Compagnoni recurre directamente a este autor, "che nella esposizione di tutte queste cose abbiamo seguito, come il più pratico delle cose del Messico, di cui egli era nativo, e che vi ha passata la più parte di vita sua" (*op. cit.*, vol. VI, p. 92; cf. *ibid.*, vol. II, pp. 30, 87, 197; vol. VI, pp. 93, 115, 147, 153, 158; vol. VII, pp. 70, 73, 75, 115, 119).

⁴⁶ Cf. *ibid.*, vol. II, pp. 74, 80, 136; vol. XII, pp. 36, 44 (identificación de los chilenos con los patagones).

⁴⁷ Cf. *ibid.*, vol. XVII, p. 150; vol. XVIII, pp. 121, 199 (Compagnoni lo llama siempre "Gigli").

⁴⁸ Cf. *ibid.*, vol. I, pp. 9, 15, 48, 80, 86, 95-96, 99-100, 102; vol. II, pp. 54, 129-130, 132, 141, 173; vol. XVII, p. 126; vol. XXIII, p. 157. Simplificando, dice Morandi (art. cit., p. 257) que el haber utilizado a Humboldt constituye "la vera forza del Compagnoni di fronte agli scrittori del Settecento, ciò che gli ha consentito di rendere meno rigidi, se non di spezzare, i precedenti schemi". Pero Humboldt es citado ya con mucha frecuencia en el primer volumen de Drouin; y, por otra parte, como luego veremos, Compagnoni no ha sacado gran fuerza de esta lectura.

⁴⁹ *La chimica per le donne, op. cit.*, vol. II, pp. 18-19: "se voi leggete Buffon, Bailly, Carli, udirete le rivoluzioni meravigliose sofferte nei passati tempi dal mare".

⁵⁰ *L'Europe et l'Amérique comparées*, vol. II, pp. 107-108 (sobre la delicada práctica a que se alude en este excursus, *supra*, p. 569, nota 19), 154 (en defensa de las Amazonas), 173 (sobre los peruanos), 189, 191.

⁵¹ Morandi cita un pasaje de la *Storia dell'America* (vol. XXVIII, p. 262) confrontándolo con otro de las *Lettere americane* (ed. cit., vol. I, p. 5), pero no saca conclusiones, y hace bien.

imperio incaico en la misma medida en que lo era Carli, el cual, por lo demás, estaba siempre dispuesto a jurar por las palabras del nobilísimo mestizo.⁵²

Ya de esta utilización de los autores resulta claro el desplazamiento del interés de Compagnoni. Está mucho menos empeñado en vindicar los ultrajes infligidos a América que en describirla parte por parte, con exhaustiva minucia y con solícita simpatía. Cuanto más se aleja de las generalidades, tanto más se hace narrador, si no propiamente historiador, y, cuanto menos polemista, tanto más compilador.

Sobre las máximas titubeantes seguidas al escribir la *Storia dell'America*, Compagnoni, que no obstante se jactaba de haber sido en ese caso "non... compilatore, ma storico originale",⁵³ nos informa en la carta que sirve de prefacio a su *Storia dell'Impero Russo* (Milán, 1824): "La historia es propiamente narración". Sin embargo, "a mí no me ha gustado nunca la árida narración, y compadezco a los historiadores que se han contentado con ella."⁵⁴ El historiador no puede refrenar "el sentido" que los acontecimientos causan sobre su ánimo. Por otro lado, debe templar este sentido, y no adelantarse con sus comentarios al entendimiento del lector,⁵⁵ porque esto parecería arrogancia o engendraría fastidio. Verdad es que los progresos de la filosofía han llevado ahora a tratar la historia "darei quasi, scientificamente", a hacer de ella "un egregio amasijo con la moral y con la política", creando así "un género de historia filosófica, o, si se quiere, política, completamente desconocido para los siglos anteriores".⁵⁶ Pero éste es un trabajo reservado a las fuerzas de muy pocos, y no es el que se requiere ni para continuar la historia de Ségur ni para dar satisfacción al editor Stella y a sus "asociados".⁵⁷

Los méritos de que hace alarde son, en una palabra, los característicos del divulgador y sobre todo del compilador: que no pretende decirnos nada nuevo, que no quiere, literalmente, "descubrir a América", sino tratar completamente el asunto, recoger de todas partes informaciones y noticias, "ejemplos" morales y curiosidades científicas y disponerlo todo en buen orden, para poder llenar hasta en sus ángulos más remotos el cuadro que se ha propuesto (o que le han impuesto) pintar tan deta-

⁵² Véase *supra*, p. 218. Garcilaso, y su fuente Blas Valera, son citados en la *Storia dell'America*, vol. VIII, pp. 24, 62, 70-74, 148; vol. IX, pp. 10-12, 20, 24-25, 28, 32, 34-35, 38, 44, 77, 120, 217, 232; vol. X, pp. 115-116, 128, 155, 160-161, 165, 178, 180; vol. XII, p. 29. Drouin lo cita una media docena de veces. Para los Estados Unidos, Compagnoni sigue sobre todo a Botta, otro autor completamente ajeno a la polémica, recordado como "un illustre italiano" que "ha scritti con molta diligenza" los detalles de la guerra de independencia norteamericana (*op. cit.*, vol. XXVI, p. 219; cf. también vol. XXVII, pp. 20, 22).

⁵³ *Storia dei Tartari*, Milano, 1825, vol. I, p. 13; cf. *infra*, p. 577.

⁵⁴ *Storia dell'Impero Russo*, vol. I, pp. 8-11: "È la storia propriamente narrazione; (però) ... l'arida narrazione a me non è mai piaciuta: e compatisco gli Storici i quali se ne sono contentati".

⁵⁵ *Ibid.*: "Lo storico... dee temperare questo senso, e non correre innanzi alla mente di chi legge".

⁵⁶ *Ibid.*: "un egregio impasto colla morale e colla politica... un genere di storia filosofica, o politica che vogliam dirla, ignoto affatto ai secoli precedenti".

⁵⁷ Estos, evidentemente, querían que el autor los divirtiera; y, para suministrarles una amena lectura, Compagnoni, fundándose en el ejemplo de Diodoro Sículo (de quien había traducido la *Biblioteca histórica*), insertaba en su *opus* americano "certi casi e certe particolarità che scrittori, giustamente reputati, non paiono aver creduto convenienti alla gravità della storia" (*op. cit.*, vol. XXVIII, pp. 268-269).

lladamente. Compagnoni nos cuenta con viva conmoción las "angustias" por él sufridas en el empeño de allegar las fuentes, especialmente extranjeras, y el trabajo que le costó completar las investigaciones sobre cada uno de los temas particulares: "las mencionadas dificultades se me agolpaban alrededor, y no pocas veces las vi pulular y multiplicarse, y traerme luego a más vivo y doloroso arrepentimiento, al hacerme ver con demasiada claridad el gran peligro en que me encontraba de quedarme a mucha distancia del punto adonde me era forzoso llegar".⁵⁸ Pero con igual calor nos expresa tanto su satisfacción por haber dado cima a la obra —a la cual, poco antes de morir, llamará todavía la "más importante" de las que escribió, y también la más "original", mientras que las historias de los rusos y los tártaros, de los turcos y los austríacos serán calificadas por él mismo de "compilaciones"⁵⁹— cuanto la orgullosa complacencia por haber sido el primero que dio al público toda la historia de toda América, sin traicionar un tema tan alto —"sì alto soggetto".⁶⁰ Y los editores, los reseñadores y los biógrafos, admirados y abrumados, repitieron ese alarde, reconocieron esa primacía.

Ahora bien, aquí, como a propósito del "tricolore", podría uno cavilar: estaría por ver si es un título de mérito para un historiador el haberse enfrentado a un tema inmenso obligándose así a tratarlo de la manera más superficial (silba a nuestros oídos el refrán de que quien mucho abarca poco aprieta); y asimismo sería el caso de discutir la validez objetiva de esa primacía, puesto que Oviedo, a mediados del siglo XVI, había expuesto la historia y la geografía de todas las tierras americanas hasta entonces conocidas. Compagnoni se limita a rechazar la pretensión de Robertson, el cual —dice— en la llamada *History of America*, sólo se ha ocupado, o casi sólo, de la empresa de Cristóbal Colón y de las civilizaciones y conquistas de México y del Perú, que son las partes más conocidas y más fáciles de la historia del continente.⁶¹

Pero, si miramos un poco más a fondo, prescindiendo de las cuestiones de extensión geográfica o de volumen o de dificultades vencidas, deberemos reconocer a la prolija compilación de Compagnoni un mérito singular e intrínseco: el de hacer la historia de América poniéndose en el terreno mismo de los americanos, y no en el punto de vista europeo. La totalidad geográfica de que hace alarde es un corolario de esta adhesión a la historia del continente. Una vez tomado como asunto, "di poema degnissimo e di storia", América en sí y por sí (Séгур y sus colaboradores pensaban en las demás partes del universo mundo), todas sus regiones venían a ser igualmente interesantes, igualmente necesarias para completar el cuadro. En este sentido, pues, Compagnoni es en verdad el

⁵⁸ Carta a Petronilla Reina nata Gorini, en *Storia dell'America*, vol. XXVIII, pp. 258-260: "le difficoltà accennate mi si affollavano in torno; né di rado le vidi ripullulare e moltiplicarsi, e trarmi poi a più vivo e doloroso pentimento, troppo chiaramente veggendo com'era in gran pericolo di starmi assai indietro dal punto a cui era pur forza che giungessi".

⁵⁹ Véase su breve autobiografía de 1830 en D. Diamilla Müller (ed.), *Biografie autografe ed inedite di illustri Italiani di questo secolo*, *op. cit.*, pp. 109-114; cf. *supra*, p. 576.

⁶⁰ Y continúa: "Quanto di più nobile, di più importante, ed eziandio di più curioso può trovarsi sparso in mille libri intorno all'America, qui si ha più o meno convenientemente o esposto, o indicato" (*op. cit.*, vol. XXVIII, pp. 258-260).

⁶¹ *Ibid.*, vol. XXVIII, pp. 256-257.

precursor del "panamericanismo historiográfico" sobre el cual se ha hablado y escrito tanto en los últimos años.⁶²

Tanto es así, que varias veces da muestras el autor de tener clara conciencia de su originalidad, de su "americocentrismo". Comentando las empresas increíbles y verdaderas de los filibusteros, observa que, "así como el cielo, las aguas y las tierras de esa vasta parte del globo" nos presentan nuevas maravillas, así los "hombres que han concurrido a los innumerables acontecimientos de que América ha sido teatro" nos ofrecen ejemplos que no tienen paralelo en la historia del Mundo Antiguo. Compagnoni no distingue aquí entre indígenas e invasores, y atribuye al suelo americano esta prodigiosa virtud —o sea que avala el "mesianismo telúrico" de tantos escritores americanos. Pero inmediatamente prosigue, reafirmando su actitud:

No queremos disimular que las cosas ocurridas en América no sólo han recibido su impulso de Europa, sino que también han repercutido sobre ella, al igual que sobre las otras dos partes del Antiguo Continente. Pero en América han tenido su centro; y parece como si el aire del Nuevo Mundo hubiera dado un particular espíritu a todas las cosas del Antiguo que con él se han puesto en contacto,

sin excluir las crueles pasiones ni los portentosos delitos de conquistadores y filibusteros.⁶³

Con esto, por otra parte, nos da Compagnoni un esbozo de la tesis de la "tropicalización del blanco" y presenta la historia de América, no sólo como una serie de multicolores retablos populares llenos de exóticos prodigios, sino como la extrema realización de las exuberantes energías europeas. Su interés, sin embargo, pesa siempre del lado de los indígenas, y varias veces nos advierte que sus hechos y costumbres "deben tener con todo derecho el primer lugar en esta Historia, en la cual los hechos de los europeos, si bien se considera, son sólo de orden secundario y accesorio".⁶⁴

Esta simpatía hacia los indígenas está reforzada por la hostilidad hacia los españoles, alimentada a su vez en ideales humanitarios e irreligiosos. Se sabe que siempre y en todas partes los hombres se han degollado cruelmente unos a otros, con rabia de leones africanos: "pero los mexicanos ¿qué les habían hecho a los españoles?"⁶⁵ Y no se diga —vuelve Compagnoni a la carga en otro lugar, contradiciendo la tesis de

⁶² Véase *supra*, pp. 508-509.

⁶³ *Storia dell'America*, vol. XX, pp. 161-164: "Non vogliamo dissimulare che le cose seguite in America ed hanno avuto impulso dall'Europa, e sopra essa, non meno che sopra le altre due parti dell'antico Continente hanno riverberato. Ma nell'America hanno avuto il loro centro [el subrayado es mío]; e pare che l'aria di quel nuovo Mondo abbia dato un particolare spirito a tutto ciò che dell'Antico si è posto in contatto con quello". El pasaje se reprodujo en una reseña del *Ricoglitore* (quaderno LXV, 15 giugno 1822), reimpressa totalmente en la *Storia dell'America*, XXI, pp. 273-276.

⁶⁴ *Op. cit.*, vol. XXV, p. 227: "...debbono a pien diritto avere il primo luogo in questa Storia, nella quale i fatti degli Europei, se ben si considera, non sono che di un ordine secondario ed accessorio". Ya en Drouin hay algún indicio de esta actitud (véase *supra*, p. 566).

⁶⁵ *Ibid.*, vol. V, pp. 198-199: "ma che fatto avevano i Messicani agli Spagnuoli?" Y en otro lugar, a propósito de las matanzas de indios: "qual giudizio degli Europei può pronunciar la ragione?" ¿Qué diría el noble Colón? (*ibid.*, vol. XXVI, p. 120).

la tropicalización— que el clima puede explicar o excusar las crueldades que la historia echa justamente en cara a los ibéricos. "En las llanuras de Laponia", de haber encontrado aquí minas, y de haber podido derrotar a los indígenas, los portugueses y los españoles "habrían impuesto a los lapones el mismo gobierno que impusieron a los americanos. Si en esto hubiera intervenido una influencia del clima, habría sido la del clima en que habían nacido. Todo fue obra de una perversidad moral que habían contraído por sus antiguos hábitos".⁶⁶

La raza y no el clima, la historia y no la geografía son, pues, los verdaderos responsables de esos excesos; entre los cuales, sin embargo, Compagnoni parece establecer cierta escala de gravedad: y, si muestra una relativa comprensión por las heroicas aventuras de los primeros invasores, no tiene sino candente desprecio por los más tardíos explotadores. El audaz Gonzalo Pizarro está visto con simpatía, pero su vencedor, el astuto Pedro de la Gasca, es tratado de tramposo.⁶⁷ Francisco de Toledo es denostado mucho más que Francisco Pizarro, el déspota más que el conquistador.⁶⁸

La hostilidad hacia los españoles y la frialdad para con la religión católica del viejo jacobino (que, por lo demás, no dejará de convertirse y morir reconciliado con la Iglesia) predisponen, pues, a Compagnoni a una idealización de los indígenas, incluso paganos, incluso idólatras, que se vincula con el primitivismo de Rousseau. Para con los jesuitas y los misioneros tiene prejuicios no menores que los de De Pauw. De las mujeres guaraníes, educadas por los buenos padres, refiere que se entregan a cualquier hombre, de cualquier edad: no hay ejemplo de que una india "de más de ocho años haya rechazado jamás propuesta de hombre".⁶⁹ Alaba copiosamente a Pombal por haber expulsado a los jesuitas,⁷⁰ y acusa a éstos de haber calumniado el territorio de California para disfrutar de él solitos, alardeando de vivir allí por puro celo misionero;⁷¹ estos pinchazos no son raros.

⁶⁶ *Ibid.*, vol. XIV, p. 198: "Nelle pianure della Laponia... avrebbero fatto lo stesso governo de' Laponi che si fece degli Americani. Se in ciò entrasse influenza di clima, sarebbe stata quella del clima in cui erano nati. Tutto fu opera di una perversità morale che contratta aveano per le loro antiche abitudini". Los crímenes eran del tiempo más que de los hombres, excusa en otro lugar Compagnoni (vol. XI, p. 47).

⁶⁷ Todavía diez años más tarde, Compagnoni decía de un comandante francés que vino a la Cisalpina "colle precauzioni, colle quali s'introdusse una volta Gasca nel Perù; ma senza le fraudi e senza la fredda crudeltà di quel Commissario spagnuolo" (*Memorie sulla vita e sui fatti di Giuseppe Luosi mirandolano*, etc., Milano, 1831, p. 23).

⁶⁸ ¿Reflejo de la constante admiración de Compagnoni por Napoleón? En el testamento escrito en Santa Helena el 21 de abril de 1821, Napoleón se hacía ilusiones de que sus herederos podrían pedir el informe de la liquidación de sus bienes en Italia al príncipe Eugenio y a "l'intendant de la couronne, Compagnoni" (*Las Cases, Mémorial de Sainte-Hélène*, ed. J. Prévost, Paris, 1935, vol. II, p. 838). Pero Compagnoni nunca había sido intendente de la corona, y justamente para esas fechas estaba escribiendo sobre chilenos y patagones. Parece que Napoleón quería referirse a Costabili, conservador de los bienes de la corona (T. Dandolo, prefacio a la *Biblioteca de Focio*, traducida por Compagnoni, Milano, 1836, vol. I, p. vii).

⁶⁹ *Storia dell'America*, vol. XII, p. 182. Las "propuestas", por lo demás, no debían de ser muy frecuentes, si los guaraníes tenían que ser despertados a media noche por una campana que los invitaba a cumplir sus deberes maritales: *ibid.*, vol. XIII, p. 147. Cf. Hegel, *supra*, p. 400.

⁷⁰ *Op. cit.*, vol. XVII, pp. 78-85.

⁷¹ *Ibid.*, vol. XXII, pp. 97-98, 100, 113. Sobre los misioneros, aliados de los aventu-

Pero por la religión de los indígenas tiene una benévola curiosidad que degenera en polémica indulgencia. Excusa los sacrificios humanos con el consabido argumento de que todos los pueblos los han practicado, pues han creído aplacar a sus Númenes sacrificándoles lo más precioso que hay, la vida (¡ajena!).⁷² Explica las deformaciones craneanas (calificadas una vez de "uso stravagantissimo") diciendo que son un rito o ceremonial bélico, y, mejor aún, alegando su casi universal difusión entre las más remotas tribus.⁷³ Y justifica y defiende hasta el uso de las flechas envenenadas.⁷⁴ Así, entre el padre Gumilla, que rebaja a los bárbaros americanos, el científico La Condamine, que los juzga insensibles e incapaces de civilización, y el benigno padre Gilij, que reconoce su fundamental humanidad, nuestro Compagnoni declara que comparte la opinión de este último, y de hecho va inclusive un poco más allá cuando concluye: "El Salvaje está, pues, más cerca que ningún otro de aquello que llamamos felicidad".⁷⁵

De aquí arranca también su única polémica, enderezada, no contra naturalistas o "filósofos", sino contra el historiador de América que había denigrado a los salvajes, o sea, naturalmente, Robertson.⁷⁶ No obstante que Compagnoni es grandísimo admirador de las instituciones políticas de las recientes repúblicas americanas —al grado de que, en general, su historia parece avanzar con mecánica prontitud de la barbarie y de la crueldad a una luminosa sabiduría de ordenamientos civilizados—, justamente gracias al estudio de los indígenas es la historia de América "más hermosa, más importante y más instructiva que todas las historias antiguas y modernas" del Viejo Continente.⁷⁷ Robertson, "sirviéndose, como él mismo declara, de los estudios de un sabio amigo suyo,⁷⁸ ha adornado su *History of America* con un bonito cuadro que representa

reos en la Nueva Granada, véase *ibid.*, vol. XIX, pp. 190-193. En cambio, Compagnoni está lleno de simpatía para protestantes como los cuáqueros (vol. XXV, pp. 103-105, 138-148, 202-203) y los Hermanos Moravos (vol. XXII, pp. 40-58; cf. *Lettere a tre giovani*, op. cit., p. 129).

⁷² *Ibid.*, vol. VII, pp. 95-105.

⁷³ *Ibid.*, vol. I, p. 199; vol. IX, pp. 179, 214; vol. XVI, p. 55; vol. XXIII, pp. 80, 91, 190.

⁷⁴ *Ibid.*, vol. XVIII, pp. 172-174.

⁷⁵ *Ibid.*, vol. XVIII, p. 122: "Il Selvaggio adunque è più vicino d'ogni altro a quella che diciamo felicità" (es evidente la reminiscencia del pasaje del padre Gilij citado *supra*, pp. 212-213). Los únicos indígenas a quienes Compagnoni trata propiamente mal son los miserables habitantes del extremo Norte: los groenlandeses, de quienes cuenta prácticas sucias y malolientes (*ibid.*, vol. XXII, pp. 84, 195); los chipewai, entre los cuales una doncella, para ser agradable, debe tener "sopra ogni altra cosa poi le mammelle pendenti" (vol. XXII, p. 219); y los inmundos salvajes de Alaska, cuyas casas son "una vera fogna" (vol. XXIII, p. 45). Finalmente, Compagnoni se excusa de haber hablado tanto de tan tristes y desoladas poblaciones, ¡pero al fin y al cabo son hombres! (vol. XXIII, pp. 6-9).

⁷⁶ Véase también *supra*, p. 577.

⁷⁷ *Op. cit.*, vol. XXVIII, p. 261: "...più vaga, e più importante e più istruttiva di tutte le storie antiche e moderne del nostro Continente".

⁷⁸ En su prefacio, Robertson dice que debe valiosas informaciones sobre los indios al Caballero de Pinto, ministro portugués en la corte de Londres, quien había vivido varios años en el Mato Grosso ("I have often followed him as one of my best instructed guides"), a Bougainville, a Godin y a varios otros misioneros y viajeros (*op. cit.*, vol. I, pp. xiii-xiv), y cita luego, en las notas al texto, muchísimos autores, más o menos sabios. Drouin había visto en Robertson un secuaz de De Pauw (*supra*, pp. 565-566, nota 3).

las naciones salvajes"⁷⁹ y que es la parte más famosa de su obra. Pero Robertson es un simplificador y un "sistemático", mientras que él, Giuseppe Compagnoni, presenta "los hechos como son", en su inmensa variedad. En esta forma, aclarando el modo de vivir de los primitivos, y en otros respectos (que también desearía uno ver aclarados), la historia de América "sirve de clave para la inteligencia de la Historia de las primeras naciones del Antiguo Continente, e ilumina las oscuras huellas que nos quedan de los bárbaros antepasados nuestros".⁸⁰ El motivo comparatista no era nuevo, pero no esperábamos verlo desempolvado por Compagnoni, que tanto había insistido en la dignidad autóctona de la historia de América. Por fin, ¿tiene un interés propio esta historia, o vale en cuanto nos ayuda a comprender la de Europa?

No es ésta, por lo demás, la única vacilación que muestra Compagnoni en sus juicios: impulsado por la necesidad de avanzar incesantemente en su narración, de mandar a la imprenta un tomito tras otro, no se preocupa lo bastante de asegurar la coherencia interna de sus ideas; y, si a menudo trata inclusive de dar una explicación racional de hechos sorprendentes y discute, en el plano del sentido común, relatos e informes increíbles,⁸¹ muchísimo más a menudo ni siquiera se da cuenta de la incertidumbre que deja en el ánimo de los lectores. En particular, cuando se acerca a los temas de "nuestra" polémica, ayuno como está de los densos problemas de geofísica, de lógica y de historiografía que se encerraban en la disputa, Compagnoni ensarta de manera muy superficial las opiniones más contradictorias. Raynal, por ejemplo, es ridiculizado porque cree a los jesuitas y sigue "los risueños fantasmas de su imaginación"⁸² pero es cubierto de elogios por su zalamera filantropía,⁸³ y luego es refutado a propósito de un cataclismo volcánico en la Guayana.⁸⁴ En cuanto a los animales, Compagnoni llega casi a acusar de mala fe al ilustre Buffon: "quienes han pensado que el suelo de América no es capaz de tener animales de la corpulencia de los que se encuentran en el Antiguo Continente, han disimulado ciertamente las pruebas que se tienen de lo contrario...; y, por otra parte, si se habla de grandes animales subsistentes, es innegable que en cuanto a ellos América está excelentemente en relación con el Continente Antiguo".⁸⁵ Pero luego admite, con

⁷⁹ *Storia dell'America*, vol. XXVIII, pp. 264-265: "Robertson... giovandosi, com'egli asserisce, degli studi di un dotto suo amico, ha ornato la *History of America* di un bel quadro rappresentante le nazioni selvaggie".

⁸⁰ *Ibid.*, loc. cit.: "...serve di chiave per la intelligenza della Storia delle prime nazioni dell'antico Continente, ed illumina le oscure traccie che ci restano de' barbari nostri Maggiori".

⁸¹ Da crédito, por lo demás, a la existencia de Amazonas (*op. cit.*, vol. I, pp. 118-126; pocos años después, otro italiano, Francesco Predari, publicaba *Le Amazzoni rivendicate alla storia*, Milano, 1839, donde, entre otras cosas, recrimina a De Pauw, p. xxii, por haber negado su existencia) y de gigantes patagones (vol. I, pp. 95, 117-118, 139; vol. II, pp. 7, 36; vol. XII, pp. 45-47, 59-66) y no patagones (vol. II, pp. 53-55; vol. IX, p. 217; vol. XXIII, p. 75). Sobre sus inciertas máximas historiográficas véase también *supra*, pp. 576-577.

⁸² *Op. cit.*, vol. XXIII, p. 114: "i ridenti fantasmi della sua immaginazione".

⁸³ Véase, por ejemplo, vol. XXI, p. 197; vol. XXVI, pp. 118-119.

⁸⁴ *Ibid.*, vol. XVIII, pp. 6-9.

⁸⁵ *Ibid.*, vol. II, pp. 53, 55: "coloro i quali hanno pensato, che il suolo d'America non sia capace d'animali della grandezza di quelli che trovansi sull'antico Continente, hanno certamente dissimulato le prove che s'hanno del contrario...; che se parlasi

Clavigero, que "en México no había originariamente mucha cantidad de especies animales".⁸⁶ Sobre la clásica cuestión de si el descubrimiento de América fue un bien o un mal para el Viejo Mundo, Compagnoni renuncia a decirnos su opinión.⁸⁷

Pero especialmente confusas son sus ideas sobre las cualidades fisiológicas de los indígenas. Su instintiva propensión a encontrarlos buenos, felices e interesantes lo lleva a exaltar asimismo el clima⁸⁸ en que viven y vegetan hasta la edad más avanzada: "si existe un país en que sean muchos los hombres y las mujeres cuya vida se prolonga felizmente hasta los cien años y más, este país es América".⁸⁹ Por otra parte, su escrúpulo en referir todas las particularidades pintorescas lo arrastra a hacer de los americanos un retrato muy parecido al que hacían sus denigradores: impúberes y muy mediocrementemente dotados de todo atributo viril los hombres; lascivas, nunca satisfechas, fácilmente paridoras pero escasamente fecundas las mujeres. La naturaleza ha sido pródiga con las indias americanas en cuanto se refiere a "la construcción de los órganos de su sexo, los cuales en los [*sic*: el casto Giuseppe Compagnoni se hace un lío] de los hombres se presentan con una mediocridad completamente proporcionada".⁹⁰ Podemos quedar en duda sobre si de eso depende la extremada facilidad de los partos de las indígenas,⁹¹ pero por lo menos es verosímil que precisamente esa generosa particularidad las haya inducido a buscar un remedio artificial a la poquedad de sus machos y a entusiasmarse, en cambio, por el sobresaliente vigor de los españoles. En

poi di grossi animali sussistenti, certo è che l'America rispetto ad essi sta ottimamente in proporzione col Continente antico". Sobre la no degeneración de los animales domésticos llevados desde Europa, véase *ibid.*, vol. II, pp. 104, 106-107.

⁸⁶ *Ibid.*, vol. II, p. 87: "nel Messico originalmente non vi avea molta quantità di specie d'animali".

⁸⁷ *Ibid.*, vol. II, p. 203 (cf. Drouin, *supra*, p. 569). También en sus más ponderados escritos políticos hay huellas de su ingenuidad, que era el aspecto malo de la franqueza de que a menudo hace alarde de su ingenio y del buen corazón y cordialidad de modales que alababan sus contemporáneos: véase Carlo Morandi, "La politica estera della Repubblica Italiana e il Compagnoni", en *Problemi storici italiani ed europei del XVIII e XIX secolo*, Milano, 1937, pp. 93-99, donde se resumen las *Considerazioni sulle relazioni politico-diplomatiche della Repubblica Italiana*, presentadas (1802) por Compagnoni a Melzi. Hay ingenuas expresiones de nacionalista y delirante entusiasmo por la eterna primacía del genio de los italianos en la *Orazione sulla Pace [di Lunéville]*, Milano, 1800, pp. 8-9.

⁸⁸ En igualdad de paralelos, la América septentrional es más fría que Europa y que Asia (*op. cit.*, vol. I, p. 72), pero a medida que se extiendan los cultivos, "i climi degli Stati Uniti... verranno alla condizione de' nostri paesi di più benigna temperatura", —vieja observación (véase *supra*, p. 83) que Compagnoni toma de Drouin (*L'Europe et l'Amérique comparées*, vol. I, pp. 179-180), el cual citaba a "Bonnet, *Tableau*" (o sea J. E. Bonnet, *Tableau des Etats-Unis de l'Amérique au commencement du XIX^e siècle*, Paris, 1816; sobre otras obras de Bonnet, cf. Quérard, *sub voce*; Fay, *Bibliographie critique*, pp. 41, 88; *L'esprit révolutionnaire*, *op. cit.*, p. 299).

⁸⁹ *Storia dell'America*, vol. I, p. 88: "se v'ha paese in cui molti sieno gli uomini e le donne che durano felicemente la vita fino ai cent'anni e più, questo paese è l'America". Cf. *ibid.*, vol. VI, pp. 61-62 (México); vol. XIII, p. 156 (Paraguay); vol. XXVIII, p. 180 (Estados Unidos). Cf. también *infra*, p. 586, nota 107.

⁹⁰ *Ibid.*, vol. I, p. 116: "...la costruzione degli organi del loro sesso, i quali in quelli degli uomini assicuransi di una mediocrità affatto sproporzionata".

⁹¹ *Ibid.*, vol. I, p. 116; vol. II, p. 20; vol. X, p. 126; vol. XIII, pp. 104, 157; vol. XVIII, p. 143; vol. XIX, p. 68. En Chile es cosa común el parto de gemelos: vol. XII, p. 36. Por excepción, parece que no son fáciles los partos de las canadienses: vol. XXIV, pp. 167-168.

realidad, Compagnoni, contradiciéndose a pocas páginas de distancia, niega con equívocos y rebuscados circunloquios la primera consecuencia, a saber, que las americanas hayan tenido "la costumbre de recurrir ya sea a filtros irritantes, ya a la acción mordiente de insectos, como deplorable suplemento de una cosa en la cual, ciertamente por la sola extravagancia de incompetentes comparaciones, se ha calumniado a la naturaleza acusándola de avara con los hombres de América".⁹² Pero, para discutir la segunda, se desliza a consideraciones todavía más escabrosas: las indias guaraníes tienen

seno abundante, manos y pies pequeños, amplias las nalgas... como asimismo con los demás americanos, en las partes que los distinguen, ha sido la naturaleza sumamente parca en las dimensiones de los varones y exuberante en la de las hembras: de donde se ha sacado argumento para suponer que por eso las mujeres americanas, impulsadas por un furor interno, se aficionaron tanto a los españoles⁹³ que luego, gracias a ellas, fue más fácil para éstos la conquista del país; y eso sin tomar en cuenta otra particularidad que generalmente se reconoce en ellas, que es la de la escasez de sus depuraciones mensuales: hecho que disminuye bastante la fuerza de la alegada suposición [?], porque, por lo demás, es sumamente incierto que la desproporción de que se habla esté relacionada por fuerza con una irritación capaz de producir tan grande efervescencia.⁹⁴

Y a ello se opone asimismo el hecho de la "poca fecundidad de las americanas, sobre todo en comparación de las españolas", con otras lúbricas consideraciones e impuras especulaciones.⁹⁵

Sin embargo, un hecho que sigue siendo indiscutible es el de la agresividad erótica de las indias. Compagnoni, tan escolástico y circunspecto

⁹² *Ibid.*, vol. I, pp. 126-127: "...l'abito di ricorrere sia ai filtri irritanti, sia all'azione corrodente d'insetti, per un miserando supplemento di cosa di cui, certamente per sola stranezza d'incompetenti confronti, si è calunniata la natura come avara cogli uomini d'America". Añade que desde el principio se observaron "proporzionati generalmente nei rispetti loro i due sessi" y que no puede acusarse de "sfibratezza" a unos hombres que se permitían el lujo de la poligamia... Cf. también vol. I, p. 146, y *supra*, p. 569, nota 19.

⁹³ "Eh, er bianco, già, laggiù, ce fa furore!" (C. Pascarella, *La scoperta de l'America*, son. XXXVI).

⁹⁴ *Storia dell'America*, vol. XII, pp. 171-172: "...seno abbondante, mani e piedi piccoli, ampie le natiche... come del pari degli altri Americani nelle parti che li distinguono, moderatissima è stata la natura nelle dimensioni de' maschi, esuberante in quella delle femmine; d'onde si è tratto argomento di supporre, che per ciò le donne americane spinte da interno furore, tanto si affezionassero agli Spagnuoli che per esse fu poi a questi più agevole la conquista del paese; senza intanto far conto di un'altra particolarità in esse generalmente riconosciuta, che è quella della scarsezza delle loro purgazioni mensili: fatto che di assai diminuisce la forza dell'allegata supposizione; perciocché del resto è assai incerto, che la sproporzione della quale si parla, sia necessariamente congiunta con una irritazione atta a produrre sì grande efferescenza".

⁹⁵ *Ibid.*, loc. cit.: "la poca figliuolanza delle Americane rispetto massimamente alle Spagnuole". Sobre la imposibilidad de atribuir al clima la escasa fecundidad de las indias, puesto que las españolas son fecundísimas, cf. *ibid.*, vol. XIII, p. 156. Compagnoni cree más bien que si son poco fecundas es por la áspera vida que llevan: *ibid.*, vol. I, p. 115. Pero inmediatamente después nos da otra explicación, fundada en el escaso erotismo de los americanos: para satisfacer el "bisogno fisico" deben encontrarse dos individuos "insieme pressati egualmente dal medesimo". Pero, "se tale è la naturale costituzione degli Americani, che temperato assai sia in essi questo

de ordinario, se esfuerza incluso en hacerse chistoso al hablarnos de aquellas dos muchachas tupías, alegres y joviales —¡hay hasta una lámina para que las conozcamos mejor!—, que nunca querían dormir solas, y se irritaban “cuando alguien quería oponerse a ello... de manera que en el conjunto de estas cosas se ve claramente que aquellas doncellitas tienen ciertas costumbres un tanto extrañas, y toda la ignorancia salvaje, pero índole felicísima, y mucha disposición para la afabilidad”.⁹⁶

Frente a estas muchachas tan voluntariosas y tan afables, ¿cómo se las arreglan los americanos? Bastante mal. El autor pone de relieve la total impubertad de casi todos ellos, lo cual es ya en sí muy mal agüero.⁹⁷ Pero si uno se propone buscar pelos en el salvaje, los encuentra, aquí y allá, y Compagnoni no deja de llamar la atención sobre los pocos indios que se distinguen en eso, señalándonos triunfalmente cualquier mechoncito que se muestre al sol: los guaraníes tienen poco vello, pero un poco sí lo tienen; algunos mexicanos y los habitantes de la extrema Alaska (aseguran ciertos viajeros) gastan bigote; y los chilenos, lampiños, son sin embargo robustos y peludísimos en el pubis...⁹⁸

En conjunto, sin embargo, nuestro historiador reconoce por lo menos que “los americanos de la zona tórrida tienen poquísima barba, y muchos pueden mostrarse totalmente imberbes, quizá porque desde muy temprano, como sus pelos son pocos y malos, suelen arrancárselos de raíz”.⁹⁹ lo reconoce, e inmediatamente se esfuerza en justificar esta falta, como si fuera un indicio seguro de radical inferioridad. Recuerda, con Humboldt, que cuando se afeitan “la barba les crece”, y prosigue impertérrito:

Pero ninguno de aquellos que tanto se han complacido en exagerar esta falta o escasez de barba de los americanos, ha hecho una consideración que sin embargo debía hacerse,¹⁰⁰ y es ésta: que los americanos tienen una cabellera sumamente abundante, de modo que, dotados de tal cabellera, si tuviesen asimismo espesa la barba, serían en este respecto

fisico bisogno, forza è presumere, che nelle domestiche loro unioni molti accoppiamenti succedano senza la conveniente disposizione nella donna, per la quale sola essa può farsi atta a concepire [!]. Il che bastantemente spiega la scarsa fecondità delle medesime” (*ibid.*, vol. I, p. 117). ¿O no se explica más bien por la embarazosa prisa de Compagnoni?

⁹⁶ *Ibid.*, vol. XIII, pp. 47-48: “[si irritavano] se alcuno volesse opporvisi... nel complesso delle quali cose apertamente vedesi avere elleno codeste donzellette certi costumi alquanto strani, e tutta la ignoranza selvaggia: ma indole felicissima, e molta disposizione alla gentilezza”. Las Mbaya, por su parte, “tra tutte le Indiane esse sono compiacentissime” (*ibid.*, vol. XIII, p. 86). Pero las más atractivas de todas las indias son las virginianas, que tienen “la particolarità... di un seno piccolo, rotondo e sì saldo, che anche in vecchiezza non veggonsi mai colle mammelle pendenti” (*ibid.*, vol. XXV, p. 58).

⁹⁷ Véase, para los haitianos, *op. cit.*, vol. III, p. 121; para los mexicanos, vol. VI, p. 60; para los peruanos, vol. IX, p. 105; para los patagones, vol. XII, p. 65; para los guana, vol. XIII, pp. 65, 161; para los bogotanos, vol. XIX, p. 68; para los caribes, vol. XX, p. 24; para los iroqueses, vol. XXIII, p. 191, etc.

⁹⁸ *Ibid.*, vol. I, p. 104; vol. XII, pp. 37, 171.

⁹⁹ *Ibid.*, vol. I, p. 104: “. . . gli Americani della zona torrida hanno pochissima barba, e molti possono comparire imberbi affatto, forse perché di buon'ora, avendo pochi e radi peli, usano sradicarli”.

¹⁰⁰ ¿Ninguno?... Drouin de Bercy, *op. cit.*, vol. II, pp. 138-140; cf. *supra*, p. 569.

distintos por exceso de los pueblos de Europa; considerados con ella [?] tales como son, no se los puede juzgar, razonablemente, distintos por defecto.¹⁰¹

No sufren menoscabo en el honor del rostro, porque lo que aquí pierden lo recobran con usura en el cuero cabelludo. Y Compagnoni, en efecto, concluye y remacha su demostración con esta “singolare avvertenza”: que tampoco las mujeres europeas tienen en el mentón la abundancia de pelos que ostentan los varones, precisamente porque ellas están mucho mejor dotadas en cuanto a cabellera;¹⁰² y así el desmañado Compagnoni destruye toda su defensa y confirma, sin quererlo, la tesis de los calumniadores que en la impubertad de los indios veían un estigma de feminidad...

No muy distinta es la imagen que nos da poco más adelante, donde quiere convencernos de que el americano no es más débil, sino más “temperato” que el habitante del Viejo Mundo, y que, habiéndole dado la Naturaleza pocas necesidades y un temperamento no demasiado cálido y “pocos deseos, y tranquilos, y susceptibles de apagarse fácilmente”, está “predispuesto, más que ningún otro, a ser feliz”.¹⁰³ Pero cuando quiere exaltar a los criollos, a cuya lozana complexión contribuye favorablemente el clima de América, nos los describe hermosos y bien conformados —vigorosos los hombres y fascinantes las mujeres, en el Norte “altas y airosas, con pecho elevado y firme”, en el Perú (según dice un abate) esbeltas y ligeras, de tal manera que parecen “arrojarse en brazos del amor a cada movimiento que hacen”;¹⁰⁴ en suma, no dan señales de encontrar la felicidad en la limitación de los apetitos.

De las principales ciudades fundadas por los europeos nos pinta un cuadro pasmoso e hiperbólico: en Lima, “la reina de la América austral”, descubre hasta “un hermoso río” que “da lugar a las resacas del mar”;¹⁰⁵ en Washington, ciudad de la que tantos viajeros se habían mofado, encuentra todos los esplendores de una metrópoli.¹⁰⁶ Pero incluso sobre los americanos de ascendencia europea, sobre estos estupendos ejemplos de humanidad perfeccionada por el clima y por las más sabias instituciones políticas, Compagnoni no se abstiene de rociar un poco del veneno que sus críticos habían destilado y divulgado: y, después de lanzar admirables profecías sobre el porvenir de los Estados Unidos, recuerda que

¹⁰¹ *Storia dell'America*, vol. I, pp. 104-105: “Ma nessuno di coloro che tanto si sono compiaciuti di esagerare questa o mancanza o tenuità di barba degli Americani, ha fatto una considerazione che pur dovea farsi, ed è, che gli Americani abbondano grandemente di capellatura: così che, mentre con tale capelliera, se avessero anche folta barba, sarebbero rispetto ai popoli d'Europa per questa parte differenti in eccesso; riguardati con essa quali sono, non possono ragionevolmente aversi per differenti in difetto”.

¹⁰² *Loc. cit.*: “le donne nostre non hanno la copia di peli sul mento, che abbiamo noi, se non perché più di noi hanno capelluta la testa”.

¹⁰³ *Ibid.*, vol. I, pp. 145-146: “[avendo] pochi desideri, e placidi e tali da appagarsi facilmente... [è] meglio d'ogni altro avviato ad esser felice”.

¹⁰⁴ *Ibid.*, vol. I, pp. 102-103: “[nel Nord sono] grandi e slanciate, con petto alto e ben fermo...; [al Perú sembrano] ad ogni lor movimento gittarsi nelle braccia dell'amore”. Sobre los criollos, mestizos, mulatos, etc., cf. también vol. XII, pp. 185-187.

¹⁰⁵ *Ibid.*, vol. VIII, pp. 210-211; vol. XI, p. 187. El Rímac es poco más que un arroyuelo (y cuando está lleno, un pequeño torrente), sobre el cual no puede navegar ni siquiera un botecito.

¹⁰⁶ *Ibid.*, vol. XXVIII, pp. 58-60; cf. *supra*, p. 460, etc.

están asolados por la fiebre amarilla y por el escorbuto, y que "las más hermosas y frescas muchachas, de los quince a los veinte años, si no han perdido todos los dientes, por lo menos los tienen picados".¹⁰⁷

Esos mismos Estados Unidos, ¿llegarán a ser en verdad la más poderosa nación del continente y del mundo? Compagnoni parece creerlo así cuando nos dice grandiosamente que constituirán "sin excepción el más vasto imperio que se haya creado sobre la tierra, no por el azar o por la fuerza, sino por la industria",¹⁰⁸ y cuando calcula por extrapolación, apenas con un leve error por exceso, su progreso demográfico: "al final de este siglo, los Estados Unidos no tendrán menos de ciento doce millones de habitantes...; en 1925, la población total podrá ser de doscientos veinticuatro millones de hombres".¹⁰⁹ Pero, con su acostumbrada e incoherente superposición de calificaciones y de auspicios, en otro lugar Compagnoni reserva esa futura primacía al Brasil: al Brasil, que para convertirse en el estado más poderoso del mundo, y servir de contrapeso a los Estados Unidos "con muchísimo mayores ventajas", no necesita de

¹⁰⁷ *Ibid.*, vol. XXVIII, p. 181: "le più belle e fresche ragazze dai quindici ai vent'anni, se non hanno perduto tutti i denti, per lo meno li hanno guasti". Cf. *supra*, p. 312 (Perrin du Lac). Compagnoni, que había tomado de Clavigero la convicción de que los mexicanos no sufren de catarro alguno ("scarse l'escrezioni pituarie delle loro teste, e sputavano di rado", vol. VI, p. 61), y de los cronistas la optimista persuasión de que las mujeres públicas del Perú, las pamparunas, no transmitan "alcuna malattia" (vol. X, p. 130; sobre el origen no americano de la sífilis, cf. vol. I, pp. 127-137), adopta, o, mejor dicho, traduce de Drouin de Bercy (*L'Europe et l'Amérique*, vol. I, pp. 159-161, 166) una buena perorata en la que se afirma que no hay en América ni bizcos, ni jorobados, ni ciegos, ni mudos (*Storia dell'America*, vol. I, pp. 83-85, 87-88), cosa que repite luego particularmente para los mexicanos (vol. VI, p. 61), para los paraguayos (vol. XIII, pp. 156-157), para los orinoqueses (vol. XVIII, p. 125), para los virginianos (vol. XXV, p. 58), etc. En Europa, en cambio, ¡qué lazareto! ¡Hay más de cuatrocientas horrosas enfermedades! Y, hubiera podido agregar citándose a sí mismo (*Orazione sulla Pace [di Lunéville]*, *op. cit.*, p. 7), ¡cuántos sucios mendigos! Las ciudades italianas están infestadas por un "sciame di miseri, ai quali con vituperio della pubblica decenza si è permesso fin qui di far mercimonio della stessa schifosissima loro luridezza".

¹⁰⁸ *Op. cit.*, vol. XXV, p. 7: "...[saranno] senza eccezione il più vasto imperio che non il caso e la forza, ma l'industria abbia creato sulla terra".

¹⁰⁹ *Ibid.*, vol. XXVIII, pp. 160-161: "in capo al secolo gli Stati Uniti non avranno meno di centododici milioni d'abitanti...; nel 1925 l'intera popolazione potrà essere di dugento ventiquattro milioni d'uomini"; y unas páginas más adelante (p. 188), dice que serán tan populosos como China... (Otro cómputo, que arroja "irreparabilmente" la cifra de 136 millones para 1915, y de 272 millones para 1940, hará en 1846 Cesare Balbo, *Lettere di politica e letteratura*, Firenze, 1855, p. 346). Pero en Compagnoni no hay casi ningún barrunto del formidable empuje que la industria tomará en los Estados Unidos. Del istmo de Panamá, ya tan admirado por Drouin de Bercy (véase *supra*, p. 567, y cf. *Storia dell'America*, vol. II, p. 125), dice que es y será siempre imposible abrir en él un canal (*ibid.*, vol. I, pp. 57-58). De Pennsylvania, no obstante que ya se conocían sus riquezas carboníferas, cuenta que "non ha di cose minerali che una sorgente di petrolio: esso è eccellente pei reumatismi" (!) (*ibid.*, vol. II, p. 151). Ve bien, en cambio, algunos de los reflejos económicos que tendrá sobre Europa la independencia de las naciones hispanoamericanas: en primer lugar, moderará o interrumpirá el flujo de metales preciosos, y luego, con la progresiva autonomía económica de las nuevas repúblicas, "la massa delle cose che possono cercare dall'Europa, a grado a grado andrà diminuendo; e quella crescerà per lo contrario delle cose, che l'America può somministrare all'Europa" (vol. XXIII, p. 158). De seguir así, Europa podría "un giorno soffrire l'umiliazione di divenire una colonia d'America dopo aver tenuta l'America per colonia sua" (*ibid.*, vol. II, pp. 210-212, siguiendo a Drouin, *op. cit.*, vol. II, p. 425). Por lo demás, la idea del empobrecimiento que podría sobrevenir en Europa a causa de la independencia de las colonias hispano-

otra cosa que de una buena administración: y parece ya a punto de obtenerla, puesto que las grandes revoluciones ocurridas en la América latina (y de las cuales no se ocupa Compagnoni)¹¹⁰ tienden seguramente "a dar a las partes más clásicas del Nuevo Mundo una configuración moral de carácter mucho más acusado" que la de las Trece Colonias.¹¹¹

Más aún que la prolijidad de ciertas secciones, más que el formar parte de la demasiado vasta compilación de Ségur y secuaces,¹¹² más que la modestia tipográfica de la edición, fueron precisamente esas incertidumbres e incoherencias directivas las que le quitaron a la obra —aunque no privada, según se habrá visto, de algún arranque feliz— el mordiente que asegura el buen éxito. No obstante que llegó a reimprimirse, esta *Storia* a la que Compagnoni había confiado su fama permaneció sin ninguna influencia, sin ecos, sin que jamás fuera recordada por nadie, excepto por el autor mismo y por algún íntimo amigo suyo. Con fútil orgullo replicaba Compagnoni a ciertos críticos: "Yo espero del tiempo un juicio más equitativo, y sé que no me engaño". El joven Cushing comentaba elogiosamente la obra (1829) en la *Antologia* de Vieusseux,¹¹³ y

americanas, productoras de metales preciosos, era corriente hacia esos años: véanse las palabras de C. F. von Schmidt-Phiseldeck (1821) resumidas por Gollwitzer, *op. cit.*, p. 244.

¹¹⁰ Aunque, por otra parte, su historia está extraordinariamente al día, y trata de descubrimientos geográficos y de cataclismos ocurridos en 1820 (cf. vol. XXIII, pp. 29-30, 37). Ya Cushing observaba, con aprobación, que Compagnoni había suspendido su historia de los países hispanoamericanos en vísperas de las revoluciones de independencia, por falta de materiales accesibles (*Antologia* de Vieusseux, Firenze, vol. XXXIV, núm. 101, maggio 1829, pp. 83-84; cf. *Storia dell'America*, vol. XXVIII, pp. 267-268).

¹¹¹ *Ibid.*, vol. XVII, pp. 111-112, 135.

¹¹² Para el mismo *Compendio della Storia universale* de Ségur y continuadores, Compagnoni escribió luego, y publicó con su nombre, una *Storia di Casa d'Austria* (6 vols., Milano, 1823; compendiada de la de William Coxe), una *Storia dell'Impero Ottomano* (6 vols., Milano, 1823) y una *Storia dell'Impero Russo* (6 vols., Milano, 1824), o sea "de' tre Imperii onde si onora l'Europa" (*Storia del Impero Russo*, vol. I, p. 5), y bajo el seudónimo de "Giuseppe Belloni, antico militare italiano", una *Storia dei Tartari* (7 vols., Milano, 1825).

¹¹³ Tras explícita petición del director de la revista, quien prefirió solicitar la reseña a un estudioso americano, como Cushing, "il quale nella *Rivista dell'America Settentrionale* aveva dimostrato singolare amore e non comune intelligenza delle italiane lettere" (en 1824 había publicado allí un ensayo sobre el *Decamerone*). Cushing (1800-1879), político de tendencias democráticas, cuya vida pública estuvo caracterizada por una "marked inconsistency" (*Encyclopædia Britannica, sub voce*), dice que una "attenta lettura di tutta l'opera" le permite asignarle "un alto grado di eccellenza"; le reconoce el mérito de ser "l'unica veramente completa e regolare... che siavi in qualsivoglia lingua"; comprende que el autor, dadas las finalidades de divulgación, haya incluido curiosas singularidades y accidentes amenos (cf. *supra*, p. 576, nota 57), y lo felicita por la especial atención que ha prestado a los indígenas (*loc. cit.*, pp. 76-85; cf. *Storia universale*, vol. CLXXX, pp. 219, 225-226). Nótese que en el mismo fascículo de la *Antologia* están reseñadas —o despedazadas, mejor dicho— por un crítico que se firma "K. X. Y." (el cual, como se sabe, no es otro que Nicolò Tommaseo) otras dos obras de Compagnoni, la *Storia dell'Impero Ottomano* (pp. 134-137), de la cual se reproduce un pasaje subrayando sus disparates de estilo y de pensamiento, y el tratado *Dell'arte della parola* (pp. 143-144) que, como toca a Tommaseo más de cerca, lo mueve a concluir ferozmente: "Il carattere più singolare degli scritti del cav. Compagnoni, è l'intrepidezza", —"intrepidezza" que, en vista del contexto, suena como sinónimo de "descaro". (En efecto, en su *Dizionario dei sinonimi*, núms. 1767 y 3449, Tommaseo tiene el cuidado de explicarnos que "l'intrepidezza può essere senza forza vera, quando viene da stupidità, o da audacia pazza, o da furor disperato...;

parece que ya en 1823 hablaba de ella una que otra revista norteamericana, como también se cuenta que apareció una traducción en los Estados Unidos, impresa "con lujo tipográfico".¹¹⁴ Pero aun en caso de que estas noticias resultaran exactas, no se puede negar el hecho de que la obra máxima del buen Giuseppe Compagnoni fue olvidada muy pronto, y completamente. Tenía que pasar más de un siglo antes de que Morandi la redescubriera y llamara sobre ella la atención de sus alumnos de la Scuola Normale de Pisa (1939) y la del olvidadizo exhumador de ciertas *Viejas polémicas sobre el Nuevo Mundo*. Así, frente a la hilera de los veintinueve tomitos del editor Stella se experimenta verdaderamente una impresión muy parecida a la que el mismo excelente Stella experimentó la mañana del 30 de diciembre de 1833 cuando, después de recibir la noticia de la muerte de Compagnoni, se dirigió a la Catedral, como él nos cuenta, para unirse "al numeroso séquito fúnebre que sin duda se había congregado, en las exequias de hombre tan benemérito, para representar a la patria agradecida".¹¹⁵ En la quintuple, altísima, sobrecogedora nave del Duomo de Milán no había nadie. "¡Encontré desierta la iglesia!... Un humilde ataúd yacía inadvertido frente a una capilla".¹¹⁶

BIBLIOGRAFIA E INDICES

intrepido diciamo colui che sostiene senza rossore il biasimo o l'infamia meritata...; ci può essere un'intrepidezza sciocca o rea...; il dicitore balordo, il ciarlatano, il reo convinto si mostrano talvolta più intrepidi dell'innocente", etc.).

¹¹⁴ Carta de T. Dandolo a Luigi Stella (1834), puesta como prefacio a la traducción hecha por Compagnoni de la *Biblioteca de Focio* (Milano, Silvestri, 1836), vol. I, p. viii. Ninguna confirmación he encontrado, ni siquiera en el reciente y copioso volumen de H. R. Marraro, *Relazioni fra l'Italia e gli Stati Uniti*, Roma, 1954.

¹¹⁵ Carta citada, p. xvi: "...al numeroso funebre convoglio che senza dubbio, nelle esequie d'uomo si benemerito, si sarebbe adunato a rappresentare la patria riconoscente".

¹¹⁶ *Ibid.*: "Trovai deserta la chiesa!... Un umile feretro giaceva inosservato innanzi una cappella."

BIBLIOGRAFÍA

I. TEXTOS DE LA POLÉMICA, EN ORDEN CRONOLÓGICO APROXIMADO

1. PEDRO MÁRTIR DE ANGLERÍA, *Décadas del Nuevo Mundo*. Vertidas del latín a la lengua castellana por el Dr. D. Joaquín Torres Asensio.—Editorial Bajel, Buenos Aires, 1944.
2. *Historia general y natural de las Indias, islas y tierra firme del Mar Océano, por el capitán Gonzalo FERNÁNDEZ DE OVIEDO y Valdés, primer cronista del Nuevo Mundo*. Publicala la Real Academia de la Historia, cotejada con el códice original, enriquecida con las enmiendas y adiciones del autor, e ilustrada con la Vida y el Juicio de las obras del mismo por D. José Amador de los Ríos.—Imprenta de la Real Academia de la Historia, Madrid, 1851-1855; 3 partes en 4 vols.
3. Gonzalo Fernández de Oviedo, *Sumario de la natural historia de las Indias* [1526]. Edición, introducción y notas de José Miranda.—Fondo de Cultura Económica, México-Buenos Aires, 1950 (*Biblioteca americana*, vol. 13).
4. Fray BARTOLOMÉ DE LAS CASAS, *Doctrina*. Prólogo y selección de Agustín Yáñez.—Ediciones de la Universidad Nacional Autónoma, México, 1941 (*Biblioteca del estudiante universitario*, vol. 22).—V. núms. 421-424 y 558.
5. Juan Ginés de SEPÚLVEDA, *Tratado sobre las justas causas de la guerra contra los indios*. Con una advertencia de Marcelino Menéndez y Pelayo y un estudio por Manuel García-Pelayo.—Fondo de Cultura Económica, México, 1941. [1ª ed. de esta traducción, Madrid, 1892; el original latino, *Democrates alter*, apareció en 1547.]
6. Jean BODIN, *La méthode de l'histoire*. Traduite pour la première fois et présentée par Pierre Mesnard.—Société d'édition "Les Belles Lettres", Paris, 1941 (*Publications de la Faculté des Lettres d'Alger*). [El original, *Methodus ad facilem historiarum cognitionem*, apareció en 1566.]
7. Michel de MONTAIGNE, *Essais*. Texte établi et annoté par Albert Thibaudet.—Nouvelle Revue Française, Paris, 1937 (*Bibliothèque de la Pléiade*).
8. Torquato TASSO, *Gerusalemme liberata*. A cura di Luigi Bonfigli.—G. Laterza & figli, Bari, 1930 (*Scrittori d'Italia*, vol. 130).
9. *Historia natural y moral de las Indias, en que se tratan las cosas notables del cielo, y elementos, metales, plantas y animales dellas, y los ritos y ceremonias, leyes y gobierno y guerras de los indios*. Compuesta por el padre Joseph de ACOSTA, religioso de la Compañía de Jesús. [3ª ed.]—En casa de Alonso Martín, Madrid, 1608. [La 1ª ed. es de Sevilla, 1590.]
10. José de Acosta, *Historia natural y moral de las Indias*. Estudio preliminar de Edmundo O'Gorman.—Fondo de Cultura Económica, México, 1940.—V. núm. 305.
11. Francis BACON, *Essays, or Counsels civil and moral, with other writings*.—George Newnes Ltd., London, 1902. [En la cubierta: *Bacon's Works*.]
12. GARCILASO DE LA VEGA, el Inca, *Comentarios reales de los Incas*. Edición al cuidado de Angel Rosenblat.—Emecé editores, Buenos Aires, 1943; 2 vols.

13. *Política indiana compuesta por el señor don Juan de SOLÓRZANO Y PEREYRA... Dividida en seis libros, en los que, con gran distinción y estudio, se trata y resuelve todo lo relativo al descubrimiento, descripción, adquisición y retención de las mismas Indias y su gobierno particular, así cerca de las personas de los indios y sus servicios, tributos, diezmos y encomiendas, como de lo espiritual y eclesiástico cerca de su doctrina... con inserción y declaración de las muchas cédulas reales que para esto se han despachado.*—Imprenta Real de la Gazeta, Madrid, 1776. [El original latino, *De Indiarum jure*, data de 1629-39; la traducción española, hecha por el propio Solórzano, se publicó en Madrid, 1648.]
14. *Historia del Nuevo Mundo*, por el P. Bernabé COBO. Publicada por primera vez con notas y otras ilustraciones de D. Marcos Jiménez de la Espada.—Imprenta de E. Rasco, Sevilla, 1890-1893; 4 vols. (*Publicaciones de la Sociedad de Bibliófilos Andaluces*). [Obra escrita en 1653.]
15. Georgi Horni [Georg HORN] *Arca Noae; sive Historia imperiorum et regnorum à condito orbe ad nostra tempora.*—Ex Officina Hackiana, Lugduni Batavorum et Roterdami, 1666.
16. *A miscellany, containing several tracts on various subjects, by the Bishop of Cloyne* [George BERKELEY].—Printed for J. and R. Tonson, London, 1752.
17. Louis-Armand, baron de LAHONTAN, *Dialogues curieux entre l'auteur et un sauvage de bon sens qui a voyagé, et Mémoires de l'Amérique septentrionale.* Publiés par Gilbert Chinard.—The Johns Hopkins Press, Baltimore; A. Margraff, Paris, 1931.
18. Giambattista VICO, *La scienza nuova*, giusta l'edizione del 1744, con le varianti dell'edizione del 1730, e di due redazioni intermedie inedite, a cura di Fausto Nicolini.—G. Laterza & figli, Bari, 1911-1916; 2 vols. (*Scrittori d'Italia*, vols. 112-113).—V. núms. 353, 359, 458, 484, 486 y 487.
19. *Théologie des insectes, ou Démonstration des perfections de Dieu dans tout ce qui concerne les insectes.* Traduit de l'allemand de Mr. [Friedrich Christian] LESSER, avec des remarques de Mr. P. Lyonnet.—Jean Swart, La Haye, 1742; 2 vols. [Edición original: *Insecto-theologia*, Francofurti et Lipsiae, 1738.]
20. *Oeuvres morales de* [Luc de Clapiers, marquis de] VAUVENARGUES.—E. Plon et Cie., Paris, 1874; 3 vols.
21. *Obras escogidas del padre fray Benito Jerónimo FEIJÓO y Montenegro.* Con una noticia de su vida y juicio crítico de sus escritos por don Vicente de la Fuente.—M. Rivadeneyra, Madrid, 1863 (*Biblioteca de autores españoles*, vol. LVI).
22. *Relación histórica del viage a la América meridional hecho de orden de Su Magestad para medir algunos grados de meridiano terrestre y venir por ellos en conocimiento de la verdadera figura y magnitud de la tierra, con otras observaciones astronómicas y físicas*, por don Jorge JUAN y don Antonio de ULLOA.—Antonio Marín, Madrid, 1748; 4 vols.
23. *Noticias secretas de América sobre el estado naval, militar y político de los reynos del Perú y provincias de Quito, costas de Nueva Granada y Chile, gobierno y régimen particular de los pueblos de indios, cruel opresión y extorsiones de sus corregidores y curas, abusos escandalosos introducidos entre estos habitantes por los misioneros, causas de su origen y motivos de su continuación por el espacio de tres siglos.* Escritas fielmente según las instrucciones del excelentísimo señor Marqués de la Ensenada, primer secretario de Estado, y presentadas en informe secreto a Su Magestad Católica el señor don Fernando VI por don Jorge Juan y don Antonio de Ulloa... Sacadas a luz para el verdadero conocimiento del gobierno de los españoles en la América meridional por don Víctor Barry.—Imprenta de R. Taylor, Londres, 1826; 2 vols. [Escritas hacia 1750.]
24. *Noticias americanas. Entretenimientos fisico-históricos sobre la América meridional y la septentrional oriental. Comparación general de los territorios, climas y producciones en las tres especies, vegetal, animal y mineral. Con una relación particular de los indios de aquellos países, sus costumbres y usos, de las petrificaciones de cuerpos marinos, y de las antigüedades. Con un discurso sobre el idioma, y conjeturas sobre el modo con que pasaron los primeros pobladores.* Su autor el Exc. Sr. D. Antonio de Ulloa.—Imprenta Real, Madrid, 1792. [1ª ed., Madrid, 1772.]
25. Juan José de EGUIARA Y EGUREN, *Prólogos a la Biblioteca mexicana.* Nota preliminar por Federico Gómez de Orozco. Versión española anotada, con un estudio biográfico y la bibliografía del autor, por Agustín Millares Carlo.—Fondo de Cultura Económica, México, 1944 (*Biblioteca americana de obras latinas*). [1ª ed.: *Bibliotheca mexicana*, tomus primus, Mexici, 1755.]
26. David HUME, *Essays moral, political and literary.*—Henry Frowde, London, Edinburgh, etc., 1904 (*The World's Classics*, issued by the Oxford University Press, XXXIII, 1).
27. *The letters of David Hume*, edited by J. Y. T. Greig.—The Clarendon Press, Oxford, 1932; 2 vols.
28. David Hume, *New letters*, edited by Raymond Klibansky and Ernest C. Mossner.—Thomas Nelson & Sons, Oxford, 1954.—V. núm. 480.
29. *En resa til Norra Amerika*, på Kongl. Swenska Wetenskaps Academiens befallning, och publici kostnad, förrättad af Pehr KALM.—L. Salvii kostnad, Stockholm, 1753-1761; 3 vols.
30. *Il cristianesimo felice nelle missioni de' Padri della Compagnia di Gesù nel Paraguai*, descritto da Lodovico Antonio MURATORI.—Presso Giambattista Pasquali, Venezia, 1752.
31. Francesco ALGAROTTI, *Saggio sopra l'imperio degl'Incas*, vols. II-III de sus *Opere.*—Marco Coltellini, Livorno, 1763-1765; 8 vols. [1ª ed. del *Saggio*, 1753.]
32. Denis DIDEROT, *Pensées philosophiques.* En: *Oeuvres philosophiques* [en la cubierta, *Mélanges philosophiques*].—Librairie de la Bibliothèque Nationale, Paris, 1888. [1ª ed., 1746.]
33. [Diderot], *Pensées sur l'interprétation de la nature.*—S. l., 1754.
34. Denis Diderot, *Oeuvres.* Texte établi et annoté par André Billy.—Gallimard, Paris, 1946 (*Bibliothèque de la Pléiade*).
35. *Correspondance littéraire, philosophique et critique par GRIMM, DIDEROT, RAYNAL, MEISTER, etc.*, revue sur les textes originaux, comprenant outre ce qui a été publié à diverses époques les fragments supprimés en 1813 par la censure, les parties inédites conservées à la Bibliothèque Ducale de Gotha et à l'Arsenal à Paris, notices, notes, table générale par Maurice Tourneux.—Garnier frères, Paris, 1877-1882; 16 vols.
36. Jean-Jacques ROUSSEAU, *Discours sur l'origine et les fondemens de l'inégalité parmi les hommes.* With an introduction by F. C. Green.—The University Press, Cambridge, 1944. [1ª impresión, 1941; el *Discours* se publicó por vez primera en 1754.]—V. núm. 526.

37. *Collection complète des œuvres de Mr. de VOLTAIRE*. Nouvelle édition, revue, corrigée et considérablement augmentée.—Londres, 1770-1779. [No hay pie de imprenta, y la indicación "A Londres"—quizá apócrifa— falta en los primeros volúmenes. De esta edición se han utilizado sobre todo los vols. I-VI, que contienen el *Essai sur les mœurs* (el "Discours préliminaire" ocupa 256 páginas del vol. I) y XL-XLVII, que contienen las *Questions sur l'Encyclopédie*.]
38. *Oeuvres complètes de Voltaire*. Nouvelle édition, avec notices, préfaces, variantes, table analytique, les notes de tous les commentateurs et des notes nouvelles, conforme pour le texte à l'édition de Beuchot, enrichie des découvertes les plus récentes et mise au courant des travaux qui ont paru jusqu'à ce jour, par Louis Moland.—Garnier frères, Paris, 1877-1885; 52 vols. [De esta edición se han utilizado sobre todo los vols. XVII-XX (*Dictionnaire philosophique*), XXVII-XXIX (*Mélanges: Des singularités de la nature, Fragment sur l'Histoire générale*, etc.) y XLIX (*Correspondance*).]
39. *Candide*. En: Voltaire, *Romans et contes*. Texte établi et annoté par René Groos.—Gallimard, Paris, 1932 (*Bibliothèque de la Pléiade*).—V. núm. 326.
40. *Oeuvres complètes de BUFFON*.—Baudoin frères [y luego Déclange frères], Paris, 1827-1828; 32 vols.
41. *Morceaux choisis de Buffon*. Recueil de ce que ce grand naturaliste offre de plus remarquable sous le rapport de la pensée et du style; contenant aussi l'analyse des formes extérieures, des mœurs, caractère et habitudes des principaux animaux décrits par cet écrivain.—Dabo-Butschert, Paris, 1829.
42. *Correspondance inédite de Buffon, à laquelle ont été réunies les lettres publiées jusqu'à ce jour*. Recueillie et annotée par M. Henri Nadault de Buffon.—L. Hachette et Cie., Paris, 1860.
43. [Jean-Marie] Hérault de Séchelles, *Voyage à Montbard*. Avec une préface et des notes par F.-A. Aulard.—Librairie des Bibliophiles (Jouaust), Paris, 1890 (*Les Chef-d'œuvres inconnus*). [1^{re} ed., 1785.]—V. núm. 405.
44. *The life of Samuel JOHNSON, LL. D., by James BOSWELL, esq.*—J. M. Dent & Co., London; E. P. Dutton & Co., New York, s. f. [1906]; 2 vols. (*Everyman's library, Biography*, 1-2).
45. *Boswell's Journal of a tour to the Hebrides with Samuel Johnson, LL. D.*, how first published from the original manuscript. Prepared for the press, with preface and notes, by Frederick A. Pottle and Charles H. Bennett.—The Viking Press, New York, 1936.
46. *Boswell's London journal*, now first published from the original manuscript. Prepared for the press, with introduction and notes, by Frederick A. Pottle.—McGraw-Hill Book Co., New York, 1951 (*Yale edition of the private papers of James Boswell*, vol. I).
47. *Boswell in Holland, 1763-1764, including his correspondence with Belle de Zuylen (Zélide)*. Edited by Frederick A. Pottle.—McGraw-Hill Book Co., New York, 1952 (*Yale edition of the private papers of James Boswell*, vol. II).
48. *Boswell on the Grand Tour: Germany and Switzerland, 1764*. Edited by Frederick A. Pottle.—McGraw-Hill Book Co., New York, 1953 (*Yale edition of the private papers of James Boswell*, vol. IV).
49. *Histoire philosophique et politique des établissements des Européens dans les deux Indes*, par G.-T. RAYNAL. Nouvelle édition, corrigée et augmentée

- d'après les manuscrits autographes de l'auteur; précédée d'une Notice biographique et de Considérations sur les écrits de Raynal, par M. A. Jay, et terminée par un volume [en realidad son dos] contenant la situation actuelle des colonies, par M. Peuchet.—Amable, Coste et Comp., Paris, 1820-1821; 12 vols. + atlas.
50. *Recherches philosophiques sur les Américains, ou Mémoires intéressants pour servir à l'histoire de l'espèce humaine*, par Mr. de P.*** [l'abbé Corneille DE PAUW].—G. J. Decker, Imp. du Roi, Berlin, 1768-1769; 2 vols.
51. *Défense des Recherches philosophiques sur les Américains*, par Mr. de P.***—S. p. i., Berlin, 1770.
52. [La misma obra].—S. p. i., Berlin, 1771.
53. [Corneille de Pauw], "Amérique". En: *Supplément à l'Encyclopédie, ou Dictionnaire raisonné des sciences, des arts et des métiers*. Mis en ordre et publié par M.***—M. M. Rey, Amsterdam, 1776-1777, vol. I, pp. 343-354.
54. *Recherches philosophiques sur les Egyptiens et les Chinois*. En: *Oeuvres philosophiques de Pauw*.—Chez J.-F. Bastien, Paris, l'an III [1794-1795], vols. IV-V. [1^{re} ed. de estas *Recherches*, Amsterdam-Leide, 1773.]
55. *Recherches philosophiques sur les Grecs*, par M. de Pauw.—G. J. Decker & fils, Berlin, 1788; 2 vols.—V. núms. 326 y 379.
56. *Histoire d'un voyage aux Iles Malouines, fait en 1763 & 1764, avec des observations sur le détroit de Magellan et sur les Patagons*, par Dom PERNETY [Antoine-Joseph Pernety]. Nouvelle édition, refondue & augmentée d'un Discours préliminaire [par Delisle de Sales], de remarques sur l'histoire naturelle, &c.—Chez Saillant & Nyon, Paris, 1770; 2 vols.
57. *Dissertation sur l'Amérique et les Américains, contre les Recherches philosophiques de Mr. de P.****, par Dom Pernety.—G. J. Decker, Berlin, 1770. [Suele ir encuadrada con las *Recherches* o la *Défense* de De Pauw.]
58. *Examen des Recherches philosophiques sur l'Amérique et les Américains et de la Défense de cet ouvrage*, par Dom Pernety.—G. J. Decker, Berlin, 1771; 2 vols.
59. *De l'Amérique et des Américains, ou Observations curieuses du philosophe LA DOUCHEUR, qui a parcouru cet hémisphère pendant la dernière guerre, en faisant le noble métier de tuer des hommes sans les manger*.—S. Pitra, Berlin, 1771. [Al parecer, el autor es Zaccaria de' Pazzi de BONNEVILLE.]
60. [Marie Anne Lepage du Boccage], *La Colombiade*. En: *Recueil des œuvres de MADAME DU BOCCAGE, des Académies de Padoue, Bologne, Rome, Lyon et Rouen*; augmenté de l'imitation en vers du Poème d'Abel.—Frères Perisse, Lyon, 1770, vol. III.
61. *La Colombiade de Madame du Boccage*, tradotta da diversi. Prefazione di Paolo FRISI.—Mavelli, Milano, 1771.
62. *Histoire générale de l'Asie, de l'Afrique et de l'Amérique*, par M. l'abbé [Pierre-Joseph-André] ROUBAUD.—Chez Des Ventes de la Doué, Paris, 1770-1775; 15 vols.—V. núm. 389.
63. *Les Incas, ou La destruction de l'empire du Pérou*, par M. MARMONTEL.—S. p. i., Paris, 1810; 2 vols. [Obra escrita en 1770.]
64. *Mémoires de Marmontel, secrétaire perpétuel de l'Académie française*. [Publiés par] Jean-Maurice Tourneux. Précédés d'une introduction par M. F. Barrière.—Firmin-Didot et Cie., Paris, 1891 (*Bibliothèque des mémoires relatifs à l'histoire de France pendant le dix-huitième siècle*, vol. V).

65. [Jean-Baptiste Claude Isoard DELISLE DE SALES], *De la philosophie de la Nature, ou Traité de morale pour le genre humain, tiré de la philosophie et fondé sur la nature*.—Arkstée & Merkus, Amsterdam, 1770 (vols. I-III) y 1774 (vols. IV-VI).
66. *Histoire philosophique du monde primitif, par l'auteur de la Philosophie de la Nature*. Quatrième édition.—Barrois aîné, Paris, 1793-1795; 7 vols. + atlas. [1^{re} ed., 1780.]
—V. núm. 56.
67. Fausto Nicolini, *Amici e corrispondenti francesi dell'abate GALIANI. Notizie, lettere, documenti*.—Banco di Napoli, Napoli, 1954 (*Biblioteca del "Bollettino dell'Archivio Storico"*, vol. I).
68. L'abbé Ferdinand Galiani, *Correspondance avec MADAME D'ÉPINAY, Madame Necker, Madame Geoffrin, etc.*, entièrement rétablie d'après les autographes, augmentée de tous les passages suprimés et d'un grand nombre de lettres inédites, avec une étude sur la vie et les œuvres de Galiani, par Lucien Perey et Gaston Maugras. Deuxième édition.—C. Lévy, Paris, 1881; 2 vols.
69. *La Signora d'Épinay e l'abate Galiani, Lettere inedite (1769-1772)*. Con introduzione e note di Fausto Nicolini.—Laterza & figli, Bari, 1929 (*Biblioteca di cultura moderna*, vol. 169).
70. *Gli ultimi anni della Signora d'Épinay. Lettere inedite all'abate Galiani (1773-1782)*. A cura di Fausto Nicolini.—G. Laterza & figli, Bari, 1933 (*Biblioteca di cultura moderna*, vol. 242).
—V. núms. 484 y 485.
71. [Jacques-Vincent DELACROIX], *Mémoires d'un Américain, avec une description de la Prusse et de l'isle de Saint-Domingue, par l'auteur des Lettres d'Affi à Zurac, & de celles d'un philosophe sensible*.—Lausanne et Paris, 1771; 2 vols.
72. *Lettres en partie inédites de MADAME ROLAND (Mademoiselle Phlipon) aux demoiselles Cannel*. Suivies des lettres de Madame Roland à Bosc, Servan, Lanthenas, Robespierre, etc., et de documents inédits. Avec une introduction et des notes par Charles-Aimé Dauban.—H. Plon, Paris, 1867; 2 vols.
73. *Lettres de Madame Roland*, publiées par Claude Perroud, recteur honoraire, avec la collaboration de Mme. Marthe Conor. Nouvelle série, 1767-1780.—Imprimerie Nationale, Paris, 1913-1915; 2 vols. (*Collection de documents inédits sur l'histoire de France, publiée par les soins du Ministre de l'Instruction publique*, IV^e série, 73).
74. Jeanne Marie Phlipon Roland, *Mémoires écrits durant la captivité*. Nouvelle édition par M. L. Faugère.—Lahure, Paris, 1864; 2 vols.
75. *Mémoires de Madame Roland*. Nouvelle édition critique, contenant des fragments inédits et les lettres de la prison. Publiés par Claude Perroud, recteur de l'Académie de Toulouse.—Plon-Nourrit et Cie., Paris, 1905; 2 vols.
—V. núm. 320.
76. CONCOLORCORVO [Calixto Bustamante Carlos Inca], *El lazarillo de ciegos caminantes desde Buenos Aires hasta Lima*. Nota preliminar de V[entura] G[arcía] C[alderón].—Desclée, de Brouwer, Paris, 1938 (*Biblioteca de cultura peruana*, vol. 6). [1^{re} ed., Gijón, 1773.]
77. Oliver GOLDSMITH, *A history of the earth, and animated nature*.—A. Fullarton & Co., London-Edinburgh, s. f.; 2 vols. [1^{re} ed., London, 1774.]
—V. núms. 454, 459, 460, 474, 499 y 518.
78. *The Voyages of captain James Cook round the world*. Selected from his

- Journals and edited by Christopher Lloyd.—Chanticleer Press, New York; Cresset Press, London, 1949 (*Cresset library*).
79. *A voyage round the world in His Britannic Majesty's Sloop «Resolution», commanded by Capt. James Cook, during the years 1772, 3, 4, and 5*. By George FORSTER.—B. White, London, 1777; 2 vols.
—V. núm. 441.
80. *The letters of Horace WALPOLE, fourth earl of Oxford*, edited by Peter Cunningham.—John Grant, Edinburgh, 1906; 9 vols.
81. *Sketches of the history of man*, by Henry Home, LORD KAMES. Third edition, considerably improved.—James Williams, Dublin, 1779; 2 vols. [1^{re} ed., Edinburgh, 1774.]
82. HAMANN's *Briefwechsel*, herausgegeben von W. Ziesemer und A. Henkel.—Insel-Verlag, Leipzig, 1955-1957; 7 vols.
83. Io[hannis] Frid[erici] BLUMENBACHII. . . *De generis humani varietate nativa liber*.—Apud viduam Abr. Vandenhoeck, Goettingae, 1775.
84. Eberh[ardi] Aug[ustii] Guilielm[i] ZIMMERMANN, *Specimen zoologiae geographicae, quadrupedum domicilia et migrationes sistens*.—Apud Theod. Haak et socios, Lugduni Batavorum, 1777.
85. *The history of America*, by William ROBERTSON.—W. Strahan, London, 1777-1778; 2 vols.
—V. núms. 335 y 432.
86. *Riflessioni imparziali sopra l'umanità degli Spagnuoli nell'Indie, contro i pretesi filosofi e politici, per servire di lume alle storie dei signori Raynal e Robertson*, dal Sig. abate D. Giovanni NUIX.—F. Pezzana, Venezia, 1780.
87. *Reflexiones imparciales sobre la humanidad de los españoles en las Indias, contra los pretendidos filósofos y políticos, para ilustrar las historias de M. M. Raynal y Robertson*. Escritas en italiano por el abate don Juan Nuix, y traducidas con algunas notas por don Pedro Varela y Ulloa.—Joaquín Ibarra, Madrid, 1782.
88. *Storia antica del Messico, cavata da' migliori storici spagnuoli, e da' manoscritti e dalle pitture antiche degl'Indiani*. Divisa in dieci libri, e corredata di carte geografiche e di varie figure, e *Dissertazioni* sulla terra, sugli animali e sugli abitatori del Messico. Opera dell'abate D. Francesco Saverio CLAVIGERO.—Per Gregorio Biasini, all'insegna di Pallade, Cesena, 1780 (vols. I-III) y 1781 (vol. IV).
89. Francisco Javier Clavigero, *Historia antigua de México*. Traducción de José Joaquín de Mora [publicada por primera vez en Londres, 1826]. Prefacio de Julio Le Riverend Brusone. Estudio biográfico de Rafael García Granados.—Editorial Delfín, México, 1944; 2 vols.
90. Francisco Javier Clavigero, *Historia antigua de México*. Primera edición del original escrito en castellano por el autor. Introducción de Mariano Cuevas.—Editorial Porrúa, México, 1945; 4 vols. (*Colección de escritores mexicanos*, 7-10).
91. *Saggio sulla storia naturale del Chili*, del signor abate Giovanni Ignazio MOLINA.—Stamperia di S. Tommaso d'Aquino, Bologna, 1782.
92. *Saggio sulla storia naturale del Chili* di Gio: Ignazio Molina. Seconda edizione, accresciuta e arricchita di una nuova carta geografica e del ritratto dell'autore.—Tipografia de' fratelli Masi e Comp., Bologna, 1810.
93. *Saggio sulla storia civile del Chili* del signor abate Giovanni Ignazio Molina.—Stamperia di S. Tommaso d'Aquino, Bologna, 1787.

94. *Memorie di storia naturale lette in Bologna nelle adunanze dell'Istituto* dall'abate Gioan-Ignazio Molina.—Tipografia Marsigli, Bologna, 1821; 2 vols.
95. *Compendio della storia geografica, naturale e civile del regno del Chile*.—Bologna, 1776. [Obra dudosa, atribuida a Felipe Gómez de Vidaurre.]
96. *Saggio di storia americana; o sia, Storia naturale, civile e sacra de' regni e delle provincie spagnuole di Terra-ferma nell'America meridionale*, descritta dall'abate Filippo Salvatore GILLI.—L. Perego erede Salvioni, Roma, 1780-1784; 4 vols.
97. Gian Rinaldo CARLI, *Delle Lettere americane*.—Cosmopoli [Firenze], 1780; 2 vols.
98. *Trecentosessantasei lettere di Gian Rinaldo Carli, capodistriano*, cavate dagli originali e annotate [da Baccio Ziliotto].—S. l. n. a. [Trieste, 1909].—V. núms. 332 y 383.
99. *Saggio sulla storia naturale della provincia del Gran Chaco, e sulle pratiche, e su' costumi dei popoli che l'abitano, insieme con tre giornali di altrettanti viaggi fatti alle interne contrade di que' Barbari*, dall'abate Giuseppe JOLIS. Tomo primo [único publicado].—Lodovico Genestri, Faenza, 1789.
100. Josephi Emmanuelis PERAMAS *De vita et moribus sex sacerdotum Paraguaycorum*.—Ex typ. Archii, Faventiae, 1791.
101. Josephi Emmanuelis Peramas *De vita et moribus tredecim virorum Paraguaycorum*.—Ex typis Archii, Faventiae, 1793. [Versión española de la introducción de esta obra: *La República de Platón y los guaraníes*, traducción y notas de Juan Cortés del Pino, prólogo de Guillermo Furlong, Emecé Editores, Buenos Aires, 1946.]
102. Joannis Aloysii MANEIRI Veracrucensis *De vitis aliquot Mexicanorum, aliorumque qui sive virtute, sive litteris Mexici imprimis floruerunt*.—Ex Typ. Laelii a Vulpe, Bononiae, 1791-1792; 3 vols.
103. *Essais historiques et politiques sur les Anglo-Américains*, par M. [Michel-René] HILLIARD D'AUBERTHUIL.—Bruxelles, 1781-1782; 2 vols. [Hay una edición ampliada, París, 1783.]
104. *Deux Français aux Etats-Unis et dans la Nouvelle Espagne en 1782*. Journal de voyage du prince de BROGLIE [Charles-Louis-Victor] et Lettres du comte de SÉGUR [Louis-Philippe]. Communiqués avec un avant-propos et des notes par le duc de Broglie.—Imprimerie Lahure, Paris, 1903 (*Mélanges publiés par la Société des Bibliophiles Français*).
105. William BLAKE, *America*. En: *Poetry and prose*, edited by Geoffrey Keynes.—The Nonesuch Press, Bloomsbury, 1932.
106. Thomas PAINE, *Representative selections*. With introduction, bibliography, and notes, by Henry Hayden Clark.—American Book Company, New York, 1944 (*American writers series*).
107. *The Works of Thomas JEFFERSON*. Collected and edited by Paul Leicester Ford.—G. P. Putnam's Sons, New York and London, 1904-1905; 12 vols.
108. *The life and selected writings of Thomas Jefferson*. Edited, with an introduction, by Adrienne Koch and William Peden.—The Modern Library, New York, 1944.
109. *Notes on Virginia*. En: *Works* (núm. 107), vol. III, pp. 349-517. [1ª ed., París, 1782 (en realidad, 1784).]
110. Thomas Jefferson, *Notes on the State of Virginia*. Edited with an introduction and notes by William Peden.—University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1955 (*Publications [of the] Institute of Early American History and Culture*).

111. *The papers of Thomas Jefferson*. Julian P. Boyd, editor; Lyman H. Butterfield and Mina R. Bryan, associate editors.—Princeton University Press, Princeton, N. J., 1950—. Vol. I, 1760-1776; vol. II, Jan. 1777 to 18 June 1779; vol. III, 18 June 1779 to 30 Sept. 1780; vol. IV, 1 Oct. 1780 to 24 Feb. 1781; vol. V, 25 Feb. 1781 to 20 May 1781; vol. VI, 21 May 1781 to 1 March 1784; vol. VII, 2 March 1784 to 25 Feb. 1785; vol. VIII, 25 Feb. to 31 Oct. 1785; vol. IX, 1 Nov. 1785 to 22 June 1786; vol. X, 22 June to 31 Dec. 1786; vol. XI, 1 Jan. to 6 Aug. 1787; vol. XII, 7 Aug. 1787 to 31 March 1788; vol. XIII, March to 7 Oct. 1788. [La obra constará de 52 vols.].
112. *Catalogue of the library of Thomas Jefferson*, compiled with annotations by E. Millicent Sowerby.—The Library of Congress, Washington, 1952-1955; 4 vols. [No se ha publicado el vol V.]—V. núms. 378 y 463.
113. Richard Cecil Garlick, Jr., *Philip MAZZEI, friend of Jefferson: His life and letters*.—The Johns Hopkins Press, Baltimore; Oxford University Press, London, 1933 (*The Johns Hopkins Studies in Romance Literatures and Languages*, Extra vol. VII).
114. *Recherches historiques et politiques sur les Etats-Unis de l'Amérique septentrionale, où l'on traite des établissemens des treize colonies, de leurs rapports & de leurs dissensions avec la Grande-Bretagne, de leurs gouvernemens avant & après la révolution, &c.* Par un citoyen de Virginie [Filippo Mazzei]. Avec quatre lettres d'un bourgeois de New-Heaven [Condorcet] sur l'unité de la législation.—A Colle, et se trouve à Paris, chez Froullé, 1788; 4 vols.
115. *Philip Mazzei, Virginia's agent in Europe. The story of his mission as related in his own dispatches and other documents*. Edited by Howard Riosario Marraro.—The New York Public Library, New York, 1935 (Reprinted from the *Bulletin of the New York Public Library*, March-April, June-July, 1934).
116. *Memorie della vita e delle peregrinazioni del fiorentino Filippo Mazzei, con documenti storici sulle sue missioni politiche come agente degli Stati Uniti d'America, e del re Stanislao di Polonia*.—Tipografia della Svizzera Italiana, Lugano, 1845-1846; 2 vols.
117. *Memoirs of the life and peregrinations of the Florentine, Philip Mazzei, 1730-1816*. Translated by Howard R. Marraro.—Columbia University Press, New York, 1942.
118. *Lettere di Filippo Mazzei alla corte di Polonia (1788-1792)*. A cura di Raffaele Ciampini. Vol. I [único publicado]: Luglio 1788 - marzo 1790.—Nicola Zanichelli, Bologna, 1937 (*Fonti per la storia d'Italia*, pubblicate dall'Istituto Italiano per l'Età Moderna e Contemporanea, vol. 2).
119. *Viaggio negli Stati Uniti dell'America settentrionale fatto negli anni 1785, 1786 e 1787 da Luigi CASTIGLIONI. Con alcune osservazioni sui vegetabili più utili di quel paese*.—Stamperia di G. Marelli, Milano, 1790; 2 vols.
120. *Briefe zur Beförderung der Humanität*, herausgegeben von Johann Gottfried von HERDER.—Frankfurt und Leipzig, 1793-1798; 10 fascículos con paginación independiente.
121. Herder, *Idées sur la philosophie de l'histoire de l'humanité*. Trad. par Émile Tandel.—Paris, 1874.
122. *Herders Sämtliche Werke*, herausgegeben von Bernhard [Ludwig] Suphan.—Weidmann, Berlin, 1877-1913; 33 vols.—V. núm. 513.
123. [John ADAMS], *A defence of the Constitutions of government of the United States of America, against the attack of M. Turgot, in his letter to Dr. Price, dated the twenty-second day of March, 1778*. En: *The Works of John*

Adams, second president of the United States. With a Life of the author, notes and illustrations, by his grandson Charles Francis Adams.—Little, Brown and Company, Boston, 1850-1856, vol. IV. [1^o ed. de la *Defence*, London, 1787.]

124. *Letters of Mrs. [Abigail] Adams, the wife of John Adams*. With an introductory memoir by her grandson, Charles Francis Adams.—C. C. Little and J. Brown, Boston, 1840.

125. [José Manuel DÁVALOS], *De morbis nonnullis Limae grassantibus ipsorumque therapeia*.—Apud Joannem-Franciscum Picot, Monspelii, 1787.

126. *Selections from les Recherches philosophiques sur les Américains of M. Pauw*, by Mr. W... [Daniel WEBB].—Bath, 1789.

127. *Selections from M. Pauw, with additions*, by Daniel Webb, esq.—Bath, 1795.

128. *Americologia; ossia, Osservazioni storiche e fisiologiche sopra gli Americani, con un breve ragguaglio delle ultime scoperte fatte dai Russi nel Mar Pacifico*. Compendio di curiose notizie interessanti e scientifiche, dato in luce da Antonio FONTICELLI. Dedicato alla Società Patria.—Eredi di A. Scalonico, Genova, 1790.

129. *Nouveau voyage dans l'Amérique septentrionale, en l'année 1781; et Campagne de l'armée de M. le comte de Rochambeau*. Par M. l'abbé [Claude C.] ROBIN.—A Philadelphia, et se trouve à Paris, chez Moutard, imprimeur-libraire de la Reine, de Madame, & de Madame la Comtesse d'Artois, rue des Mathurins, Hôtel de Cluni, 1782.

130. *Voyage dans les États-Unis de l'Amérique, fait en 1784 par J. [Ferdinand] D. SMITH*. Contenant une description de sa situation présente, de sa population, agriculture, commerce, coutumes et mœurs de ses habitans, des nations indiennes, et des principales villes et rivières, avec quelques anecdotes sur plusieurs membres du Congrès et officiers généraux de l'armée américaine. Traduit de l'anglais par M. de B... [Barantin de Montchall].—Buisson, Paris, 1791; 2 vols.

131. *De la félicité publique, ou Considérations sur le sort des hommes dans les différentes époques de l'histoire*, par M. le Marquis [François-Jean] de CHASTELLUX. Nouvelle édition, corrigée & augmentée par l'auteur.—Imprimerie de la Société typographique, Bouillon, 1776; 2 vols. [1^o ed., Amsterdam, 1772.]

132. *Voyages de M. le Marquis de Chastellux dans l'Amérique septentrionale, dans les années 1780, 1781 & 1782*. Deuxième édition.—Proult, imprimeur du Roi, Paris, 1788-1791; 2 vols.
—V. núm. 545.

133. *Nouveau voyage dans les États-Unis de l'Amérique septentrionale, fait en 1788* par [Jacques] [Pierre] BRISSOT [DE WARVILLE].—Buisson, Paris, 1791; 3 vols.

134. *Mémoires de Brissot... sur ses contemporains et la Révolution française*. Publiés par son fils, avec des notes et des éclaircissements historiques par M. F. de Montrol.—Bruxelles, 1830.

135. [François Alexandre Frédéric de la Rochefoucauld], DUC DE LIANCOURT, *Journal de voyage en Amérique et d'un séjour à Philadelphie, 1 octobre 1794 - 18 avril 1795; avec des lettres et des notes sur la conspiration de Pichegru*. Publié avec une introduction et des notes par Jean Marchand.—E. Droz, Paris-Baltimore, 1940 (Institut Français de Washington, *Historical documents*, cahier XII).

136. *Lettres de Mademoiselle [Julie] de LESPINASSE, suivies de ses autres œuvres et de lettres de Madame du Deffand, de Turgot, de Bernardin de Saint-Pierre*, revues sur les éditions originales, augmentées des variantes, de nombreuses notes, d'un appendice comprenant les écrits de d'Alembert, de Guibert, de Voltaire, de Frédéric II, sur Mademoiselle de Lespinasse, par Gustave Isambert.—Charpentier et Cie., Paris, 1876.

137. André CHÉNIER, *Oeuvres complètes*. Texte établi et annoté par Gérard Walter.—Nouvelle Revue Française, Paris, 1940 (*Bibliothèque de la Pléiade*).

138. *Historia del Nuevo-Mundo*. Escribala D. Juan Bautista MUÑOZ. Tomo primero [único publicado].—Viuda de Ibarra, Madrid, 1793.

139. TALLEYRAND in America as a financial promoter, 1794-96. *Unpublished letters and memoirs*, translated and edited by Hans Huth and Wilma J. Pugh.—United States Government Printing Office, Washington, 1942 (*Annual report of the American Historical Association for the year 1941*, vol. II).

140. *Correspondance diplomatique de Talleyrand. La mission de Talleyrand à Londres en 1792. Correspondance inédite de Talleyrand avec le Département des affaires étrangères, le général Biron, etc. Ses lettres d'Amérique à Lord Lansdowne*. Avec une introduction et notes par G. Pallain.—E. Plon, Nourrit et Cie., Paris, 1889.
—V. núm. 313.

141. [Jacques-Henri BERNARDIN DE SAINT-PIERRE], *Harmonies de la Nature* [1796]. En: *Oeuvres posthumes de Bernardin de Saint-Pierre*.—Firmin Didot, Paris, 1833.

142. *Voyage dans l'intérieur des États-Unis, à Bath, Winchester, dans la vallée de Shenandoah, etc., etc., pendant l'été de 1791*. Deuxième édition, augmentée de descriptions et d'anecdotes sur la vie militaire et politique de Georges VWashington. Par Ferdinand M[arie] BAYARD.—Batilliot frères, Paris, an vi^o [1798]. [1^o ed., Paris, 1797.]

143. *Voyage aux États-Unis de l'Amérique, 1793-1798*, by [Médéric-Louis-Elie] MOREAU DE SAINT-MÉRY. Edited with an introduction and notes by Stewart L. Mims.—Yale University Press, New Haven, 1913 (*Yale historical publications. Manuscripts and edited texts*, vol. II).

144. *Carta crítica sobre la Historia de América del señor don Juan Bautista Muñoz, escrita de Roma por el P. Francisco ITURRI*.—Impresa en la Oficina del Gobierno, Madrid, 1798.

145. *Escritos de don Manuel de SALAS y documentos relativos a él y a su familia*. Obra publicada por la Universidad de Chile.—Imprenta Cervantes, Santiago de Chile, 1910-1914; 3 vols.
—V. núm. 310.

146. *Due antichi monumenti di architettura messicana, illustrati da D. Pietro MARQUEZ*. Dedicati alla molto nobile, illustre ed imperiale città di Messico.—Presso il Salomoni, Roma, 1804.

147. *Cartas mejicanas escritas por D. Benito María de Moxó en 1805*. Dadas a luz a impulsos del... P. Fr. Andrés Herrero.—Tipografía Pellas, Génova, s. f. [1837/38].

148. *Cartas mejicanas escritas por D. Benito María de Moxó, año de 1805*. Segunda edición, corregida y enmendada.—Tipografía de Luis Pellas, Génova, s. f.
—V. núm. 542.

149. *Obras científicas y literarias del Doctor D. [José] Hipólito UNÁNUE*.—Tipografía La Academia, de Serra Hnos. y Russell, Barcelona, 1914; 3 vols.
150. *Obras de [Francisco José de] CALDAS*, recopiladas y publicadas por Eduardo Posada.—Imprenta Nacional, Bogotá, 1912 (*Biblioteca de historia nacional*, vol. IX).
151. *Semanario de la Nueva Granada. Miscelánea de ciencias, literatura, artes e industria, publicada por una sociedad de patriotas granadinos bajo la dirección de Francisco José de Caldas*. Nueva edición, corregida, aumentada con varios opúsculos inéditos de Francisco José de Caldas.—Lasserre, Paris, 1849. [Publicación original: Bogotá, 1808-1810.]
152. *KANT's Gesammelte Schriften*, herausgegeben von der Königlich Preussischen Akademie der Wissenschaften.—G. Reimer, Berlin; W. de Gruyter & Co., Berlin und Leipzig, 1900-1942; 22 vols.
153. *Immanuel Kant's Werke*. In Gemeinschaft mit Hermann Cohen, Artur Buchenau, Otto Bueck, Albert Görland, B. Kellermann, herausgegeben von Ernst Cassirer.—Bruno Cassirer, Berlin, 1912-1922; 10 vols. + un suplemento.
154. *Immanuel Kant's Menschenkunde oder philosophische Anthropologie*, nach handschriftlichen Vorlesungen herausgegeben von Fr. Chr. Starke.—Die Expedition des europäischen Aufsehers, Leipzig, 1831.
155. *Kritik der Urteilskraft*. En: *Immanuel Kant's Sämtliche Werke*.—Insel-Verlag, Leipzig, 1921, 6. Band.
156. *Briefwechsel von Immanuel Kant*, herausgegeben von H. E. Fischer.—Georg Müller, München, 1912-1913; 3 vols. (*Bibliothek der Philosophen*, Bd. 1, 6, 7).—V. núms. 303 y 304.
157. *Poems relating to America* [1806]. En: *The poetical works of Thomas MOORE, complete*.—Longman, Green, London, 1865.—V. núm. 179.
158. [Constantin-François VOLNEY], *Tableau du climat et du sol des États Unis*. En: *Oeuvres complètes de Volney, etc.*, précédées d'une notice [par Adolphe Bossange] sur la vie et les écrits de l'auteur.—Firmin Didot frères, Paris, 1846. [1^o ed. del *Tableau*, Paris, 1803.]
159. *Voyage dans les deux Louisianes et chez les nations sauvages du Missouri, par les États-Unis, l'Ohio et les provinces qui le bordent, en 1801, 1802 et 1803; avec un aperçu des mœurs, des usages, du caractère et des coutumes religieuses et civiles des peuples de ces diverses contrées*. Par M. [F.-M.] PIRREIN DU LAC.—Capelle et Renand, Paris, 1805.
160. *Historia de la revolución de Nueva España, antiguamente Anáhuac, o Verdadero origen y causas de ella, con la relación de sus progresos hasta el presente año de 1813...* Escribirla Dn. José Guerra [fray Servando TERESA DE MIER].—Imprenta de G. Glindon, Londres, 1813; 2 vols.
161. *Memorias de fray Servando Teresa de Mier, del convento de Santo Domingo de México*. Prólogo de don Alfonso Reyes.—Editorial América, Madrid, s. f. [1917?]. (*Biblioteca Ayacucho*, vol. XVII).
162. *Servando Teresa de Mier, Escritos y memorias*. Prólogo y selección de Edmundo O'Gorman.—Universidad Nacional Autónoma, México, 1945 (*Biblioteca del estudiante universitario*, vol. 56).
163. *Escritos inéditos de fray Servando Teresa de Mier*. Introducción, notas y ordenación de textos por José María Miquel i Vergés y Hugo Díaz-Thomé.—Centro de Estudios Históricos, El Colegio de México, México, 1944.
164. *L'Europe et l'Amérique comparées*, par M. DROUIN DE BERCY.—Chez Rosa, à Paris, 1818.

165. Giuseppe COMPAGNONI, *Prospetto politico dell'anno 1790*.—Graziosi, Venezia, 1791.
166. Giuseppe Compagnoni, *La chimica per le donne*.—Dalla Tipografia di A. Curti, Venezia, 1797.
167. Giuseppe Compagnoni, *Orazione sulla pace [di Lunéville], per ordine del Governo Cisalpino*.—Stamperia Italiana e Francese, Milano, anno x [1800].
168. [Giuseppe Compagnoni], *Storia dell'America, in continuazione del Compendio della storia universale del Sig. Conte di Ségur*.—Fusi, Stella e Compagni, Milano, 1820-1823; 28 vols. + un Indice general (*Compendio della storia universale antica e moderna*, vols. XXVI-LIHI).
169. *Storia dei Tartari, compilata dal sig. Giuseppe Belloni* [Giuseppe Compagnoni], *antico militare italiano, e pubblicata in continuazione al Compendio della storia universale del sig. Conte di Ségur*.—Ant. Fort. Stella e figli, Milano, 1825; 7 vols. (*Compendio della storia universale antica e moderna*, vols. CXV-CXXI).
170. Giuseppe Compagnoni, *Dell'arte della parola considerata nei varii modi della sua espressione, sia che si legga, sia che in qualunque maniera si reciti. Lettere ad E. R., giovinetto di 14 anni*.—Stella (tip. Manini), Milano, 1827.
171. Giuseppe Compagnoni, *Lettere a tre giovani sulla morale pubblica*.—Sonzogno, Milano, 1829.
172. [Giuseppe Compagnoni], *Vita ed imprese di Bibi uomo del suo tempo*. En: Demetrio Diamilla Müller, *Biografie autografe ed inedite di illustri italiani di questo secolo*.—Pomba, Torino, 1853.
173. *Vita letteraria del cavaliere Giuseppe Compagnoni, scritta da lui medesimo*.—Stella (tip. Bravetta), Milano, 1834.
174. *Memorie autobiografiche di Giuseppe Compagnoni*, edite per la prima volta a cura di Angelo Ottolini.—Treves, Milano, 1927.
175. Giuseppe Compagnoni e Francesco Albergati Capacelli, *Lettere piacevoli, se piaceranno*. Tomo primo, e forse ultimo [en efecto, fue el único publicado].—Società Tipografica, Modena, 1791.—V. núm. 475.
176. *The sketch-book of Geoffrey Crayon, esq.* [Washington IRVING].—Baudry's European Library, Paris, 1846. [1^o ed., 1819.]
177. *The poetical works of John KEATS*, edited with an introduction and textual notes by H. Buxton Forman.—Oxford University Press, London, 1934.
178. *The letters of John Keats*, edited by Maurice Buxton Forman. Third edition, with revisions and additional letters.—Oxford University Press, London and New York, 1948.—V. núm. 335.
179. *The works of LORD BYRON, with his letters and journals, and his life by Thomas Moore esq.*—J. Murray, London, 1832-1836; 17 vols.
180. *His very self and voice: Collected conversations of Lord Byron*. Edited with an introduction and notes by Ernest J. Lovell, Jr.—Macmillan, New York, 1954.
181. *Oeuvres complètes de CHATEAUBRIAND*.—Fain, Paris, 1826; 30 vols. [Se citan por esta edición el *Essai historique sur les révolutions* (1797), vols. I-II, y *Les Natchez* (1801-1826), vols. XIX-XX.]
182. *Génie du christianisme* [1802], par le Vicomte de Chateaubriand. Nouvelle édition, avec notice préliminaire et des notes.—Berche et Tralin, Paris, 1877; 2 vols.
183. *Itinéraire de Paris à Jérusalem* [1811], par M. le Vicomte de Chateaubriand. Précédé de *Notes sur la Grèce* et suivi des *Voyages en Italie et en France*.—Firmin Didot, Paris, 1854; 2 vols.

184. Chateaubriand, *Mémoires d'Outre-Tombe*. Édition du Centenaire, intégrale et critique, en partie inédite, établie par Maurice Levailant. Deuxième édition, revue et corrigée.—Flammarion, Paris, 1949-1950; 4 vols., encuadernados editorialmente en 2.
185. *Voyages en Amérique, en Italie, au Mont-Blanc. Mélanges littéraires*, par Chateaubriand. Nouvelle édition revue avec soin sur les éditions originales.—Garnier frères, Paris, 1859.—V. núms. 375 y 529.
186. *Goethe's Italienische Reise*. Mit Zeichnungen und Bildnissen Goethes. Wohlfeile Ausgabe im Auftrag des Goethe-Nationalmuseums besorgt von Hans Timotheus Kroeber.—Insel-Verlag, Leipzig, 1913; 2 vols.
187. *Belagerung von Mainz. Kampagne in Frankreich*. En: *Goethe's Werke*, mit erläuternden Einleitungen [von Ernst Hermann], Bd. XXV (*Reisen*) und XXVI (*Skizzen, Fragmente und Uebersetzungen*).—G. Grote, Berlin, 1873.
188. *Goethes Aufsätze zur Kultur-, Theater- und Literaturgeschichte, Maximen, Reflexionen* [en la cubierta: *Schriften zur Literatur*].—Insel-Verlag, Leipzig, 1913-1914; 2 vols. [Editado el primero por Max Hecker, y el segundo por Fritz Bergemann y Max Hecker; pertenecen a la Grossherzog-Wilhelm-Ernst-Ausgabe, 16 vols., a los cuales se añadió otro más en la reedición de 1925.]
189. Goethe, *Dichtung und Wahrheit*, herausgegeben von Kurt Jahn.—Insel-Verlag, Leipzig, 1922.
190. *Goethes Autobiographische Schriften*, herausgegeben von Kurt Jahn.—Insel-Verlag, Leipzig, 1910. [Es el vol. III de la Grossherzog-Wilhelm-Ernst-Ausgabe.]
191. *Goethes Briefe an Charlotte von Stein*, herausgegeben von Jonas Fränkel. Kritische Gesamtausgabe.—Eugen Diederichs, Jena, 1908; 3 vols.
192. *Goethes Gespräche*. Einführung und Textüberwachung von Wolfgang Pfeiffer-Belli.—Artemis-Verlag, Zürich, 1949; 2 vols. (*Gedenkausgabe*, herausgegeben von Ernst Beutler, Bd. XXII-XXIII).
193. Johann Peter Eckermanns *Gespräche mit Goethe in den letzten Jahren seines Lebens*. Einführung und Textüberwachung von Ernst Beutler.—Artemis-Verlag, Zürich, 1948 (*Gedenkausgabe*, Bd. XXIV).
194. Frédéric-Jacob Soret, *Zehn Jahre bei Goethe. Erinnerungen an Weimars klassische Zeit, 1822-1832*. Aus Sorets handschriftlichem Nachlass, seinen Tagebüchern und seinem Briefwechsel zum erstenmal zusammengestellt, übersetzt und erläutert von H. H. Houben.—F. A. Brockhaus, Leipzig, 1929.—V. núms. 325, 327, 345, 357, 473, 508, 530, 541 y 547.
195. Georges CUVIER, *Discours sur les révolutions du globe*, avec des notes et un appendice d'après les travaux récents de MM. de Humboldt, Flourens, Lyell, Lindley, etc. rédigés par le Dr. Hofer.—Firmin Didot frères, fils et Cie., Paris, 1867. [1^{re} ed., 1825.]
196. Nikolaus LENAU, *Sämtliche Werke und Briefe*. Kritische Gesamtausgabe, herausgegeben von Eduard Castle.—Insel-Verlag, Leipzig, 1910-1923; 6 vols.—V. núm. 393.
197. *Opere di Giacomo LEOPARDI: Canti. Operette morali. Pensieri. Bruto Minore e Teofrasto. Volgarizzamenti. Martirio de' Santi Padri. Paralipomeni della Barracomiomachia. Saggi giovanili ed altri scritti non compresi nelle Opere. Carte napoletane con giunte inedite o poco note*. Testo riscontrato con le migliori stampe o cogli autografi, a cura di Riccardo Bacchelli e Gino Scarpa.—Officina Tipografica Gregoriana, Milano, 1935.
198. *Puerili e abbozzi vari di Giacomo Leopardi*, a cura di Alessandro Donati.—G. Laterza & figli, Bari, 1924 (*Scrittori d'Italia*, vol. 91).
199. *Saggio sopra gli errori popolari degli antichi*, pubblicato per cura di Prospero Viani. Quinta impressione.—Le Monnier, Firenze, 1859. [Es el vol. IV de las *Opere complete*, que llegaron en la ed. de 1899-1925 a 16 vols.]
200. *Zibaldone di pensieri*.—A. Mondadori, Milano, 1937-1938; 2 vols. (*Tutte le opere di Giacomo Leopardi, a cura di Francesco Flora*, vols. I-II).—V. núms. 344, 382, 415, 519 y 561.
201. Joseph DE MAISTRE, *Considérations sur la France*.—Pélagaud et Roblot, Lyon-Paris, 1873. [Obra escrita en 1796.]
202. *Soirées de Saint-Petersbourg, ou Entretiens sur le gouvernement temporel de la Providence, suivies d'un Traité sur les sacrifices*, par le comte Joseph de Maistre.—Garnier frères, Paris, s. f. [1929?]. (*Classiques Garnier*).
203. *Oeuvres inédites du comte Joseph de Maistre (Mélanges)*, publiées par le comte Charles de Maistre.—Vaton frères, Paris, 1870.
204. *Oeuvres de Pierre Simon BALLANCHE*.—Bureau de l'Encyclopédie des connaissances utiles, Paris, 1833; 6 vols.
205. *Les Vers dorés de Pythagore, expliqués et traduits pour la première fois en vers eumolpiques français. Précédés d'un Discours sur l'essence et la forme de la poésie chez les principaux peuples de la terre, adressé à la classe de la langue et de la littérature française, et à celle d'histoire et de littérature ancienne de l'Institut impérial de France*: par [Antoine] FABRE-D'OLIVET.—Treuttel et Würtz, Paris, 1813.
206. *La langue hébraïque restituée, et le véritable sens des mots hébreux rétabli et prouvé par leur analyse radicale...* par Fabre d'Olivet.—Chez l'auteur, à Paris, 1815-1816; 2 vols.
207. *Histoire philosophique du genre humain; ou, L'homme considéré sous ses rapports religieux et politiques dans l'état social, à toutes les époques et chez les différents peuples de la terre*, par Fabre d'Olivet. Précédée d'une dissertation introductive sur les motifs et l'objet de cet ouvrage. Nouvelle [troisième] édition, augmentée d'une bio-bibliographie par Sédin.—Bibliothèque Chacornac, Paris, 1910; 2 vols. [1^{re} ed., *De l'état social de l'homme*, 1822; 2^e ed., *Histoire philosophique*, 1824.]—V. núms. 347 y 532.
208. *Essai politique sur le royaume de la Nouvelle-Espagne*, par Alexandre de HUMBOLDT.—F. Schöell, Paris, 1811; 5 vols.
209. *Essai politique sur l'île de Cuba*, par Alexandre de Humboldt. Avec une carte et un supplément qui renferme des considérations sur la population, la richesse territoriale et le commerce de l'archipel des Antilles et de Colombia.—J. Smith, Paris, 1826; 2 vols.
210. *Ansichten der Natur, mit wissenschaftlichen Erläuterungen*, von Alexander von Humboldt. 3 verb. und verm. Ausgabe.—J. G. Cotta, Stuttgart und Tübingen, 1849; 2 vols.
211. *Examen critique de l'Histoire de la géographie du nouveau continent, et des progrès de l'astronomie nautique aux quinzième et seizième siècles*, par Alexandre de Humboldt.—Gide, Paris, 1835-1839; 5 vols.
212. *Kosmos. Entwurf einer physischen Weltbeschreibung* von Alexander von Humboldt.—J. G. Cotta, Stuttgart und Tübingen, 1845-1862; 5 vols.
213. *Cosmos*, por el barón Alejandro de Humboldt. Traducción española de Bernardo Giner y José de Fuentes.—Gaspar y Roig, Madrid, 1874-1875; 4 vols.
214. *Lettres américaines d'Alexandre de Humboldt (1798-1807)*, précédées d'une notice de J.-C. Delamétherie et suivies d'un choix de documents en partie inédits. Publiées avec une introduction et des notes par le Dr E. T. Hamy.—E. Guilmoto, Paris, s. f. [1904].
215. *Correspondance de Alexandre de Humboldt avec Varnhagen von Ense*.

- Traduction de l'allemand par Max Sulzberger.—Bohné, Paris; Fr. van Meenen et Cie., Bruxelles, 1860.
216. *Lettres de Alexandre de Humboldt à Varnhagen von Ense (1827-1858)*, accompagnées d'extraits du journal de Varnhagen et de lettres diverses. Trad. française de C.-F. Girard.—L. Held, Genève; Hachette, Paris, 1860.
217. *Vues des Cordillères, et monumens des peuples indigènes de l'Amérique*, par Al. de Humboldt.—Libr. Crecque-Latine-Allemande, Paris, s. f. [1816].
218. *Viaje a las regiones equinocciales del nuevo continente, hecho en 1799 hasta 1804*, por Alejandro de Humboldt y Aimé Bonpland. Continuación indispensable al *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España*.—En casa de Rosa, París, 1826; 5 vols.
219. *Alexander von Humboldt. Eine wissenschaftliche Biographie*, im Verein mit R. Avé-Lallemant, J. V. Carus [u. a.], bearbeitet und herausgegeben von Karl Bruhns.—F. A. Brockhaus, Leipzig, 1872; 3 vols. [Bd. I: *Seine Jugend und ersten Mannesjahre; sein Reiseleben in Amerika und Asien*, von Julius Löwenberg.] —V. núm. 482.
220. *Georg Wilhelm Friedrich HEGEL's Werke*. Vollständige Ausgabe durch einen Verein von Freunden des Verewigten; d. Philipp Marheineke, d. Johannes Karl Hartwig Schulze; d. Eduard Gans, d. Leopold Dorotheus von Henning, d. Heinrich Gustav Hotho, d. Karl Ludwig Michelet, d. Friedrich Christoph Förster, d. Ludwig Boumann, d. Karl Rosenkranz.—Duncker und Humblot, Berlin, 1832-1845. [Se citan según esta edición las siguientes obras: *Ueber das Verhältniss der Naturphilosophie zur Philosophie überhaupt* (1802) y *Ueber die wissenschaftlichen Behandlungsarten des Naturrechts* (1802-1803), vol. I; *Enzyklopädie der philosophischen Wissenschaften im Grundrisse*, vols. VI-VII; *Vorlesungen über die Aesthetik*, vol. X; *Vorlesungen über die Philosophie der Religion*, vol. XI; *Wie der gemeine Menschenverstand die Philosophie nehme*, vol. XVI; *Vorrede zu Hinrichs' Religionsphilosophie*, vol. XVII; y *Philosophische Propädeutik*, vol. XVIII.]
221. *Hegels Phänomenologie des Geistes*, herausgegeben von Georg Lasson. Durchgesehene und um Namen- und Sachregister vermehrte zweite Auflage.—Felix Meiner, Leipzig, 1921 (*Philosophische Bibliothek*, Bd. 114).
222. *Hegels Vorlesungen über die Philosophie der Geschichte*. Mit einer Einleitung und Anmerkungen herausgegeben von F. Brunstäd.—Philipp Reclam, Leipzig, s. f. [ca. 1907]. (*Universal-Bibliothek*, 4881-4885a).
223. *Hegels Vorlesungen über die Philosophie der Weltgeschichte*, herausgegeben von Georg Lasson.—Felix Meiner, Leipzig, 1920; 2 vols.
224. Hegel, *La scienza della logica*. A cura di Arturo Moni.—Laterza & figli, Bari, 1925; 3 vols. (*Classici della filosofia moderna*, 25). —V. núms. 362 y 385.
225. *Dix ans d'études historiques*, par Augustin THIERRY.—Méline, Bruxelles, 1835.
226. *Voyage aux Etats Unis d'Amérique, ou Observations sur la société, les mœurs, les usages et le gouvernement de ce pays, recueillies en 1818, 1819 et 1820 par Miss [Frances] WRIGHT*. Traduit de l'anglais, sur la deuxième édition, par J. T. Parisot.—Béchet aîné, Paris, 1822; 2 vols.
227. *Obras de José Cecilio del VALLE*, compiladas por José del Valle y Jorge del Valle Matheu.—Tip. Sánchez & de Guise, Guatemala, 1929-30; 2 vols. —V. núm. 494.
228. *Suplemento a las Cartas americanas*, por don Manuel de VIDAURRE.—Lima, 1827.
229. *The philosophy of history in a course of lectures delivered at Vienna by*

- Frederick von SCHLEGEL. Translated from the German, with a Memoir of the author, by James Burton Robertson, esq. Seventh edition, revised.—Bell & Daldy, London, 1873 (*Bohn's Standard library*).
230. *The philosophy of life, and Philosophy of language, in a course of lectures*, by Frederick von Schlegel. Translated from the German by the Rev. A. J. W. Morrison.—Harper & Brothers, New York, 1848.
231. Schlegel, "Fragmente aus dem Nachlass", [herausgegeben von] Alois Dempf.—*Merkur, Deutsche Zeitschrift für europäisches Denken*, Stuttgart, vol. X (1956), pp. 1175-1181.
232. *Lebensnachrichten über Barthold Georg NIEBUHR, aus Briefen desselben und aus Erinnerungen seiner nächsten Freunde*.—Perthes, Hamburg, 1838-1839; 3 vols.
233. *Voyage dans les Etats Unis de l'Amérique du Nord, et dans le Haut et le Bas-Canada*, par le capitaine Basil HALL, officier de la Marine royale, chargé par le gouvernement anglais de missions secrètes dans ces Etats. Introduction par Philarète Chasles.—H. Dumont, Bruxelles, 1835; 2 vols.
234. Mrs. FRANCES TROLLOPE, *Domestic manners of the Americans*. Edited, with a history of Mrs. Trollope's adventures in America, by Donald Smalley.—Alfred A. Knopf, New York, 1949. [1st ed., 1832.]
235. *The life and adventures of Jonathan Jefferson Whitlaw; or, Scenes on the Mississippi*, by Frances Trollope.—Baudry's European Library, Paris, 1836.
236. *Vienna and the Austrians. With some account of a journey through Swabia, Bavaria, the Tyrol, and the Salzburg*, by Frances Trollope.—R. Bentley, London, 1837; 2 vols. —V. núms. 328 y 501.
237. *Men and manners in America, by the author of "Cyril Thornton", etc.* [Thomas HAMILTON].—W. Blackwood, Edinburgh, s. f. [1833]; 2 vols.
238. *Travels in various parts of Peru, including a year's residence in Potosi*, by Edmund TEMPLE.—Philadelphia, 1833; 2 vols.
239. René-Louis Doyon, "STENDHAL: Notes sur l'Angleterre et l'Amérique" [1834].—*La Table-Ronde*, Paris, No. 72 (décembre 1953), pp. 9-28.
240. Thomas CATHER, *Journal of a voyage to America in 1836*.—Rodalé Press, London, 1955 (*Miniature book*).
241. *Lettres sur l'Amérique du Nord*, par Michel CHEVALIER. Avec une carte des États-Unis d'Amérique.—C. Gosselin et Cie., Paris, 1836; 2 vols.
242. Edmund FLAGG, *The Far-West; or, A tour beyond the mountains, embracing outlines of western life and scenery, sketches of the prairies, rivers, ancient mounds, early settlements of the French, etc.* En: *A mirror for Americans* (núm. 537). [1st ed., New York, 1838.]
243. *The complete works of Ralph Waldo EMERSON*. With a biographical introduction by Edward Waldo Emerson. Centenary edition.—Houghton, Mifflin and Company, Boston and New York, 1903-1904; 12 vols.
244. *Selected essays of Ralph Waldo Emerson*. Introduction by J. B.—Thomas Nelson & Sons, London-Edinburgh-Dublin-New York, s. f.
245. *Journals of Ralph Waldo Emerson*, with annotations. Edited by Edward Waldo Emerson, and Waldo Emerson Forbes.—Houghton, Mifflin and Company, Boston and New York, 1909-1914; 10 vols. —V. núm. 337.

246. *De la société américaine*, par Harriet MARTINEAU. Traduit par Benjamin Laroche.—Société Belge de Librairie, Bruxelles, 1838; 3 vols. [Edición original: *Society in America*, London, 1837.]
247. *Retrospect of western travel*, by Harriet Martineau.—Saunders and Otley, London, 1838; 2 vols.
—V. núm. 501.
248. *A diary in America, with remarks on its institutions*, by Frederick MARRYAT.—Baudry, Paris, 1839; 2 vols.
249. *Life and letters of captain Marryat*, by Florence Marryat.—Tauchnitz, Leipzig, 1872 (*Tauchnitz edition*, vol. 1276).
250. *Life, letters and journals of George TICKNOR*.—Houghton Mifflin Company, Boston and New York, 1909.
251. William Hickling PRESCOTT, *History of the conquest of Mexico, and History of the conquest of Peru*.—The Modern Library, New York, 1936.
252. Charles DICKENS, *American notes and Pictures from Italy*.—J. M. Dent & Co., London; E. P. Dutton & Co., New York, 1907 (*Everyman's library*). [1^o ed., *American notes for general circulation*, London, 1842.]
253. Charles Dickens, *The life and adventures of Martin Chuzzlewit*.—Chapman & Hall, and Humphrey Milford, London, s. f. (*The Oxford India paper Dickens*, in 17 vols.).
254. *Letters from Charles Dickens to Angela Burdett-Coutts, 1841-1865*. Selected and edited from the collection in the Pierpont-Morgan Library, with a critical and biographical introduction by Edgar Johnson.—Jonathan Cape, Ltd., London, 1953.
—V. núms. 435 y 500.
255. *Joseph Viktor von SCHEFFEL's Werke*, herausgegeben von K. Siegen und M. Mendheim.—Bong, Stuttgart, 1918; 6 vols.
256. *Journal of researches into the natural history and geology of the countries visited during the voyage of H. M. S. «Beagle» round the world, under the command of Capt. Fitz Roy, R. N.*, by Charles DARWIN [*Voyage of a naturalist round the world*]. New edition.—D. Appleton and Company, New York, 1871.
257. *The origin of species by means of natural selection; or, The preservation of favored races in the struggle for life and The descent of man and selection in relation to sex*, by Charles Darwin.—The Modern Library, New York, s. f. [1936]. [1^o ed., London, 1859.]
258. Arthur SCHOPENHAUER, *Sämtliche Werke in fünf Bänden*. Grossherzog-Wilhelm-Ernst-Ausgabe. Herausgeber, Eduard Grisebach und Hans Henning.—Insel-Verlag, Leipzig, 1916. [Vols. I-II, *Die Welt als Wille und Vorstellung*; vol. III, *Kleinere Schriften*; vols. IV-V, *Parerga und Paralipomena*.]
259. Arthur Schopenhauer, *Le monde comme volonté et comme représentation*. Traduit en français par A. Burdeau.—Félix Alcan, Paris, 1894-1898; 3 vols. [vol. I, 3^e éd.; vols. II-III, 2^e éd.] (*Bibliothèque de philosophie contemporaine*).
260. [James Russell LOWELL], *A fable for critics; or, better, A glance at a few of our literary progenies from the tub of Diogenes; that is, a series of jokes, by a wonderful quiz*. En: *An American reader* (núm. 504). [1^o ed., 1848.]

261. Alexis de TOCQUEVILLE, *De la démocratie en Amérique*. Introduction par Harold J. Laski.—Gallimard, Paris, 1951; 2 vols. (*Oeuvres complètes, édition définitive publiée sous la direction de J.-P. Mayer*, vols. I-II).
262. *Oeuvres et correspondance inédites d'Alexis de Tocqueville*, publiées et précédées d'une notice par Gustave de Beaumont, membre de l'Institut.—Michel Lévy frères, Paris, 1861; 2 vols.
263. Alexis de Tocqueville, *Voyages en Sicile et aux États-Unis*. Texte établi, annoté et préparé par J.-P. Mayer.—Gallimard, Paris, 1957 (*Oeuvres complètes...*, vol. V, Première partie).
—V. núm. 394.
264. Philarète CHASLES, *Études sur la littérature et les mœurs des Anglo-Américains au dix-neuvième siècle*.—Amyot, Paris, 1851.
265. Auguste COMTE, *Cours de philosophie positive*. Deuxième édition, avec un préface par Ed. Littré.—Corbeil, Créteil, Paris, 1864; 6 vols.
266. Auguste Comte méconnu. Auguste Comte, conservateur. *Extraits de son œuvre finale (1851-1857)*. Préface de L[éon] K[un].—H. Le Soudier, Paris, 1898.
267. *Opere edite ed inedite di Carlo CATTANEO*, raccolte e ordinate per cura di Agostino Bertani.—Successori Le Monnier, Firenze, 1881-1892; 7 vols.
268. *La vie de famille dans le Nouveau Monde [1853]. Lettres écrites pendant un séjour de deux années dans l'Amérique du Sud et à Cuba par Mme. Frederika BREMER*. Traduit du suédois par Mademoiselle R. de Puguët..., avec approbation de l'auteur.—Librairie de l'Association pour la propagation et la publication de bons livres, Paris, s. f. [ca. 1855]; 3 vols.
269. *Bosquejo histórico de la fundación (y progresos) de la insigne Universidad Mayor de San Marcos de Lima y matrícula de los SS. que componen su muy ilustre Claustro en 6 de setiembre de 1854*, por... José Dávila CONDEMARÍN.—Lima, 1854.
270. Ferdinand KÜRNBERGER, *Der Amerikamüde. Amerikanisches Kulturbild*.—Die Brücke, Berlin-Leipzig-Dresden, s. f. [ca. 1925; 1^o ed., Frankfurt, 1855].
271. *Le prime storie*. Canto di Aleardo ALEARDI. 2^o ed.—Libreria alla Minerva, Verona, 1858.
272. *North America*, by ANTHONY TROLLOPE.—Bernhard Tauchnitz, Leipzig, 1862; 3 vols. (*Tauchnitz collection of British authors*, 606-608).
273. Anthony Trollope, *North America*. Edited with introduction, notes and new materials by Donald Smalley and Bradford Allen Booth.—Alfred A. Knopf, New York, 1951.
274. *An autobiography*, by Anthony Trollope. With an introduction by Michael Sadleir.—Oxford University Press, London, 1924.
—V. núm. 514.
275. John Milton MACKIE, *From Cape Cod to Dixie and the tropics*. En: *A mirror for Americans* (núm. 537). [1^o ed., New York, 1864.]
276. *La Création*. En: *Oeuvres complètes d'Edgar QUINET*, vols. XXII-XXIII.—Paris, s. f.
277. Claude BERNARD, *Introduction à l'étude de la médecine expérimentale*.—Paris, 1865.
278. Claude Bernard, *Leçons sur les phénomènes de la vie communs aux animaux et aux végétaux*.—J. B. Baillière et fils, Paris, 1878-1879; 2 vols.

279. Claude Bernard, *Leçons sur les effets des substances toxiques et médicamenteuses*.—J. B. Baillière, Paris; P. Jacob, Orléans, 1883.
280. *The Works of Edgar Allan Poe in eight volumes*.—J. Schiells & Co., London; J. B. Lippincott Co., Philadelphia, 1895.
—V. núm. 319.
281. Nathaniel HAWTHORNE, *The scarlet letter*.—Books Inc., New York, s. f. (*The world's popular classics*).
—V. núm. 292.
282. *Romances of Herman MELVILLE: Typee, Omoo, Mardi, Moby Dick, White Jacket, Israel Potter, Redburn*.—Tudor Publishing Co., New York, 1931.
283. *The complete stories of Herman Melville*. Edited, with an introduction and notes, by Jay Leida.—Random House, New York, 1949.
284. *Moby Dick; or, The Whale*, by Herman Melville. Illustrated by Rockwell Kent.—The Modern Library, New York, 1944.
285. Herman Melville, *Moby Dick*. Edited by Luther S. Mansfield and Howard P. Vincent.—Farrar, Strauss, & Young, New York, 1952 (*Complete works*).
286. Herman Melville, *The confidence-man*. With an introduction by Roy Fuller.—United Book Guild, New York; John Lehmann, London, 1948 (*Chiltern library*, 19).
—V. núms. 314, 338 y 481.
287. *Walden and other writings of Henry David THOREAU*. Edited, with an introduction, by Brooks Atkinson.—The Modern Library, New York, 1937.
288. *The natural history of Massachusetts*. En: *The Works of Henry David Thoreau*, selected and edited by Henry Seidel Canby.—Houghton, Mifflin Company, Boston, 1946 (*Cambridge edition of the poets*). [1ª ed., 1842.]
289. *Journal of Henry David Thoreau*, edited by Bradford Torrey and Francis H. Allen, with a foreword by Henry Seidel Canby.—Houghton, Mifflin Company, Boston, 1949.
—V. núm. 521.
290. Walt WHITMAN, *Poetry and prose*. With a biographical introduction and a basic selection of early and recent critical commentary, edited by Louis Untermeyer.—Simon & Schuster, Inc., New York, 1949 (*Inner sanctum library of living literature*).
—V. núms. 338, 341 y 399.
291. John Lewis PEYTON, *Over the Alleghanies, and across the Prairies. Personal recollections of the Far West, one and twenty years ago*. En: *A mirror for Americans* (núm. 537). [1ª ed., London, 1870.]
292. *Hawthorne*, by Henry JAMES, junr.—Macmillan and Co., London, 1879.
293. *The American scene*, by Henry James.—Chapman and Hall, Ltd., London, 1907.
—V. núm. 552.
294. *The portable Matthew ARNOLD*, edited with an introduction by Lionel Trilling.—The Viking Press, New York, 1949 (*The Viking portable library*, 45).
295. Matthew Arnold, *Five uncollected essays*, edited by Kenneth Allott.—University Press, Liverpool, 1953.
296. Hermann von KEYSERLING, *Südamerikanische Meditationen*. 2. Aufl.—Deutsche Verlagsanstalt, Stuttgart-Berlin, 1933.
297. *Obras de José ORTEGA Y GASSET*. Tercera edición, corregida y aumentada.—Espasa-Calpe, Madrid, 1943; 2 vols.

298. John Burdon Sanderson HALDANE, *Possible worlds and other essays*.—Chatto & Windus, London, 1932. [1ª ed., 1927.]
299. Carlos MONGE, "Política sanitaria indiana y colonial en el Tahuantinsuyo".—*Anales de la Facultad de Ciencias Médicas*, Lima, vol. XVII (1935), pp. 231-276.
300. ——"Influencia biológica del Altiplano en el individuo, la raza, las sociedades y la historia de América".—Editorial Minerva, Lima, s. f. [1940].
301. ——"Aclimatación en los Andes. Confirmaciones históricas sobre la agresión climática en el desenvolvimiento de las sociedades de América".—*Anales de la Facultad de Ciencias Médicas*, Lima, vol. XXVIII (1945), pp. 307-383.
302. ——"Aclimatación en los Andes. Influencia biológica del Altiplano en las guerras de América".—*Revista de Historia de América*, México, 1948, núm. 25, pp. 1-25.

II. BIBLIOGRAFÍA SOBRE LA POLÉMICA Y OTRAS OBRAS CITADAS *

303. Adickes, Erich, *Kant als Naturforscher*.—W. de Gruyter & Co., Berlin, 1924-1925; 2 vols.
304. ——"Kants Ansichten über Geschichte und Bau der Erde".—Mohr, Tübingen, 1911.
305. Alvarez López, E., "La filosofía natural en el P. José de Acosta".—*Revista de Indias*, Madrid, vol. IV (1943), pp. 305-322.
306. Allen, Don Cameron, "Donne among the giants".—*Modern Language Notes*, Baltimore, vol. LXI (1946), pp. 257-260.
307. ——"The degeneration of man and Renaissance pessimism".—*Studies in Philology*, Chapel Hill, N. C., vol. XXXV (1938), pp. 202-227.
308. ——"The legend of Noah. Renaissance rationalism in art, science, and letters".—University of Illinois Press, Urbana, Ill., 1949.
309. Allen Hervey, *Israfel: The life and times of Edgar Allan Poe*.—George H. Doran Company, New York, 1926.
American reader (An): v. núm. 504.
American writer (The): v. núm. 381.
310. Amunátegui, Miguel Luis, *Don Manuel de Salas*. Edición oficial.—Imprenta Nacional, Santiago de Chile, 1895.
311. ——"Los precursores de la independencia de Chile. Memoria histórica presentada a la Universidad de Chile en cumplimiento del artículo 28 de la ley de 19 de noviembre de 1842".—Imprenta de J. Núñez, Santiago de Chile, 1870-1872; 3 vols.
312. Baldensperger, Fernand, *Le mouvement des idées dans l'émigration française (1789-1815)*.—Plon-Nourrit et Cie., Paris, 1924.
313. ——"Le séjour de Talleyrand aux États-Unis", *Revue de Paris*, vol. XXXI (1924), pp. 364-387.
314. Baldini, Gabriele, *Melville, o le ambiguità*.—R. Ricciardi, Milano-Napoli, 1952.

* Se recogen aquí únicamente los títulos citados varias veces en el presente libro.

315. Barros Arana, Diego, *Notas para una bibliografía de obras anónimas y seudónimas sobre la historia, la geografía y la literatura de América* [1882]. En: *Obras completas*, vol. VI.—Imprenta Cervantes, Santiago de Chile, 1909.
316. Batllori, Miguel, S. I., *El abate Viscardo. Historia y mito de la intervención de los jesuitas en la independencia de Hispanoamérica*.—Instituto Panamericano de Geografía e Historia, Caracas, 1953. [Libro impreso en Roma.]
317. ——"L'interesse americanista nell'Italia del Settecento. Il contributo spagnolo e portoghese".—*Quaderni Ibero-Americani*, Torino, 1952, núm. 12, pp. 166-171.
318. Baudin, Louis, *L'empire socialiste des Inka*.—Institut d'Ethnologie, Paris, 1928 (Université de Paris, *Travaux et mémoires de l'Institut d'Ethnologie*, vol. V).
319. Beard, Charles A., and Mary R. Beard, *The American spirit. A study of the idea of civilization in the United States*.—The Macmillan Company, New York, 1942 (*The rise of American civilization*, vol. IV).
320. Bernardin, Edith, *Les idées religieuses de Madame Roland*.—Société d'édition "Les Belles Lettres", Paris, 1933 (*Publications de la Faculté des Lettres de Strasbourg*, Deuxième série, vol. 11).
321. Bernheimer, R., *Wild men in the Middle Ages: A study in art, sentiment, and demonology*.—Harvard University Press, Cambridge, Mass., 1952.
322. Bernstein, Harry, "Anthropology and early inter-American relations".—*Transactions of the New York Academy of Sciences*, Second series, vol. X, No. 1 (November, 1947), pp. 2-17.
323. ——"Origins of inter-American interest, 1700-1812".—University of Pennsylvania Press, Philadelphia, 1945.
324. ——"Some inter-American aspects of the Enlightenment". En: *Latin America and the Enlightenment*, edited by Arthur P. Whitaker.—D. Appleton-Century Co., New York and London, 1942 (*The Appleton-Century historical essays*), pp. 53-70.
325. Beutler, Ernst, *Essays um Goethe*.—Dieterich, Leipzig, 1941 (*Sammlung Dieterich*, 101).
—V. núm. 193.
326. Beyerhaus, Gisbert, "Abbé de Pauw und Friedrich der Grosse, eine Abrechnung mit Voltaire".—*Historische Zeitschrift*, München, vol. CXXXIV (1926), pp. 465-493.
327. Bielschowsky, Albert, *Goethe, sein Leben und seine Werke*.—C. H. Beck, München, 1918.
328. Bigland, Eileen, *The indomitable Mrs. Trollope*.—James Barrie Publishers, London, 1953.
329. Boas, George, *The happy beast in French thought of the seventeenth century*.—The Johns Hopkins Press, Baltimore, 1933 (*Contributions to the history of primitivism*).
—V. núm. 456.
330. Bolton, Herbert Eugene, "The epic of Greater America".—*American Historical Review*, New York, vol. XXXVIII (1933), pp. 448-474. [*La epopeya de la máxima América*. Versión del inglés por Carmen Alessio Robles.—Instituto Panamericano de Geografía e Historia, México, 1937.]

331. Boorstin, Daniel J., *The genius of American politics*.—University of Chicago Press, Chicago, 1953 (*Chicago University Charles R. Walgreen foundation lectures*).
332. Bossi, Luigi, *Elogio storico del conte commendatore Gian Rinaldo Carli*.—Stamperia C. Palese, Venezia, 1797.
333. Bowers, David F., *Foreign influences in American life. Essays and critical bibliographies*, edited for the Princeton program of study in American civilization by...—Princeton University Press, Princeton, N. J., 1944 (*Princeton Studies in American civilization*).
334. Brie, Friedrich, "Die Anfänge des Amerikanismus".—*Historisches Jahrbuch*, Köln, vol. LIX (1939), pp. 352-387.
335. Briggs, Harold E., "Keats, Robertson and «that most hateful land»".—*PMLA, Publications of the Modern Language Association of America*, Baltimore, vol. LIX (1944), pp. 184-199.
336. Brooks, Van Wyck, *The flowering of New England, 1815-1865*. With an introduction by M. A. DeWolfe Howe and illustrations by R. J. Holden.—Printed for the members of the Limited Editions Club at the Merrymount Press, Boston, 1941.
337. ——"The life of Emerson".—E. P. Dutton & Co., New York, 1932.
338. ——"The times of Melville and Whitman".—J. M. Dent & Sons, London, 1948.
Bruhns, Karl: v. núm. 219.
339. Burckhardt, Jacob, *Weltgeschichtliche Betrachtungen*, mit Nachwort herausgegeben von Rudolf Marx.—A. Kröner, Leipzig, 1935.
340. Bury, John Bagnell, *The idea of progress: An inquiry into its origin and growth*.—Macmillan and Co., London, 1924.
341. Canby, Henry Seidel, *Walt Whitman, an American. A study in biography*.—Houghton Mifflin Company, Boston and New York, 1943.
—V. núms. 288 y 289.
342. Carbia, Rómulo D., *Historia de la leyenda negra hispano-americana*.—Ediciones Orientación Española, Buenos Aires, 1943.
343. ——"La Crónica oficial de las Indias occidentales. Estudio histórico y crítico acerca de la historiografía mayor de Hispanoamérica en los siglos xvi a xviii, con una introducción sobre la crónica oficial en Castilla".—La Plata, 1934 (*Biblioteca Humanidades*, vol. XIV).
344. Cassarà, Salvatore, *La politica di Giacomo Leopardi nei "Paralipomeni"*. *Esposizione e note*.—Giannone e Lamantia, Palermo, 1886.
345. Cassirer, Ernst, *Goethe und die geschichtliche Welt. Drei Aufsätze*.—Bruno Cassirer, Berlin, 1932.
—V. núm. 153.
346. Castle, Eduard, *Des grosse Unbekannte. Das Leben von Charles Sealsfield*.—Wulf Stratowa Verlag, Wien, 1952.
—V. núm. 196.
347. Cellier, Léon, *Fabre d'Olivet. Contribution à l'étude des aspects religieux du romantisme*.—Nizet, Paris, 1953.
Ciampini, Raffaele: v. núm. 118.
348. Collingwood, Robin George, *The idea of History*.—Clarendon Press, Oxford, 1946.

349. — *The idea of Nature*.—Clarendon Press, Oxford, 1945.
350. — *The new Leviatan; or, Man, society, civilization and barbarism*.—Clarendon Press, Oxford, 1942.
- Commager, Henry Steele: v. núm. 483.
351. Cordier, Henri, *Histoire générale de la Chine et de ses relations avec les pays étrangers depuis les temps les plus anciens jusqu'à la chute de la dynastie mandschoue*.—P. Geuthner, Paris, 1920; 4 vols.
352. Croce, Benedetto, *Aneddoti di varia letteratura*.—R. Ricciardi, Napoli, 1942.
353. — *Bibliografia vichiana*, accresciuta e rielaborata da Fausto Nicolini.—R. Ricciardi, Milano-Napoli, 1947-1948; 2 vols.
354. — *Conversazioni critiche*. Serie V.—G. Laterza & figli, Bari, 1939 (*Scritti di storia letteraria e politica*, vol. XXXII).
355. — *Discorsi di varia filosofia*.—G. Laterza & figli, Bari, 1945; 2 vols. (*Saggi filosofici*, XI-XII).
356. — *Estetica come scienza dell'espressione e linguistica generale*. Quinta edizione riveduta.—G. Laterza & figli, Bari, 1922. (*Filosofia dello spirito*, I).
357. — *Goethe*. Con una scelta delle liriche nuovamente tradotte. Quarta edizione ampliata.—G. Laterza & figli, Bari, 1946 (*Scritti di storia letteraria e politica*, XII).
358. — *Il carattere della filosofia moderna*.—G. Laterza & figli, Bari, 1941 (*Saggi filosofici*, X).
359. — *La filosofia di Giambattista Vico*. Seconda edizione, riveduta.—G. Laterza & figli, Bari, 1922 (*Saggi filosofici*, II).
360. — *La letteratura del Settecento. Note critiche*.—G. Laterza & figli, Bari, 1949 (*Scritti di storia letteraria e politica*, XXXVII).
361. — *Problemi di estetica e contributi alla storia dell'estetica italiana*. Seconda edizione, riveduta.—G. Laterza & figli, Bari, 1923 (*Saggi filosofici*, I).
362. — *Saggio sullo Hegel, seguito da altri scritti di storia della filosofia*.—G. Laterza & figli, Bari, 1913 (*Saggi filosofici*, III).
363. — *Ultimi saggi*.—G. Laterza & figli, Bari, 1935 (*Saggi filosofici*, VII).
364. — *Uomini e cose della vecchia Italia*. Serie prima.—G. Laterza & figli, Bari, 1927 (*Scritti di storia letteraria e politica*, XX).
365. — *Varietà di storia letteraria e civile*. Serie prima.—G. Laterza & figli, Bari, 1935 (*Scritti di storia letteraria e politica*, XXIX).
366. Cunliffe, Marcus, *The literature of the United States*.—Oxford University Press, London, 1954.
367. Curti, Merle, *Probing our past*.—Harper & Brothers, New York, 1954.
368. — *The roots of American loyalty*.—Columbia University Press, New York, 1946.
369. Curtius, Ernst Robert, *Kritische Essays zur europäischen Literatur*.—A. Francke Verlag, Bern, 1950.
370. Chabod, F., "L'idea di Europa".—*Rassegna d'Italia*, vol. II (1947), fasc. 4 (aprile), pp. 3-17; fasc. 5 (maggio), pp. 25-37.
371. Chinard, Gilbert, "Eighteenth-century theories on America as a human habitat".—*Proceedings of the American Philosophical Society*, Philadelphia, vol. XCI (1947), pp. 27-57.
372. — *L'Amérique et le rêve exotique dans la littérature française au xviii^e et au xviii^e siècle*.—Hachette et Cie., Paris, 1913.
373. — "L'esprit national dans la poésie américaine".—*Revue de Synthèse Historique*, Paris, vol. XXIX (1919), pp. 161-179.

374. — *L'exotisme américain dans la littérature française au xvi^e siècle d'après Rabelais, Ronsard, Montaigne, etc.*—Hachette et Cie., Paris, 1911.
375. — *L'exotisme américain dans l'œuvre de Chateaubriand*.—Hachette et Cie., Paris, 1918 (*Semicentennial publications of the University of California*, 1868-1918).
376. — *L'homme contre la nature. Essais d'histoire de l'Amérique*.—Hermann, Paris, 1949 (*Actualités scientifiques et industrielles*, 1070).
377. — *Les réfugiés huguenots en Amérique*. Avec une introduction sur "Le mirage américain".—Société d'édition "Les Belles Lettres", Paris, 1925.
378. — *Thomas Jefferson, the apostle of Americanism*.—Little, Brown & Company, Boston, 1944.
- V. núms. 17 y 388.
379. Church, Henry Ward, "Corneille de Pauw and the controversy over his *Recherches philosophiques sur les Américains*".—PMLA, *Publications of the Modern Language Association of America*, Baltimore, vol. LI (1936), pp. 178-206.
380. Daudin, Henri, *De Linné à Jussieu. Méthodes de la classification et idée de série en botanique et en zoologie (1740-1790)*.—F. Alcan, Paris, 1926 (*Études d'histoire des sciences naturelles*, vol. I).
- Dempf, Alois: v. núm. 231.
381. Denny, Margaret, and William H. Gilman (eds.), *The American writer and the European tradition*. Published for the University of Rochester.—University of Minnesota Press, Minneapolis, 1950.
382. De Sanctis, Francesco, *Giacomo Leopardi*. A cura di Walter Binni.—G. Laterza & figli, Bari, 1953 (*Opere*, vol. VIII).
383. De Stefano, Francesco, *Gian Rinaldo Carli (1720-1795). Contributo alla storia delle origini del Risorgimento italiano*.—Società Tipografica Modenese, Modena, 1942 (*Collezione storica del Risorgimento italiano*, Serie prima, vol. XXX).
384. De Tipaldo, Emilio, *Biografia degli Italiani illustri nelle scienze, lettere ed arti del secolo xviii, e de' contemporanei*. Compilata da letterati italiani d'ogni provincia, e pubblicata per cura del professore...—Tipografia di Alvisopoli, Venezia, 1834-1835; 10 vols.
385. Dilthey, Wilhelm, *Hegel y el idealismo*. Versión y epílogo de Eugenio Imaz.—Fondo de Cultura Económica, México, 1944.
386. Dingwall, Eric John, *The American woman. A historical study*.—Gerald Duckworth & Co., London, 1956.
387. Doll, Eugene Edgar, "American history as interpreted by German historians from 1770 to 1815".—*Transactions of the American Philosophical Society*, Philadelphia, New series, vol. XXXVIII (1948), part 5.
- Doyon, René-Louis: v. núm. 239.
388. Echeverría, Durand, *Mirage in the West: A history of the French image of American society to 1815*. Foreword by Gilbert Chinard.—Princeton University Press, Princeton, N. J., 1957.
389. — "Roubaud and the theory of American degeneration".—*French-American Review*, vol. III (1950), pp. 24-33.
390. Elton, Oliver, *A survey of English literature, 1730-1780*.—Edward Arnold & Co., London, 1928; 2 vols.

391. —A survey of English literature, 1830-1880.—Edward Arnold & Co., London, 1920 [reprinted 1948]; 2 vols.
392. Encina, Francisco Antonio, "Gestación de la Independencia".—*Revista Chilena de Historia y Geografía*, Santiago de Chile, vol. LXXXIX (1940), pp. 5-56.
393. Errante, Vincenzo, *Lenau. Storia di un martire della poesia*.—R. Università di Milano, Facoltà di Lettere e Filosofia (G. Principato, Messina-Milano), 1935.
394. Fabian, Bernard, *Alexis de Tocquevilles Amerikabild. Genetische Untersuchungen über Zusammenhänge mit der Zeitgenössischen, insbesondere der englischen Amerika-Interpretation*.—Carl Winter, Heidelberg, 1957 (*Beihefte zum Jahrbuch für Amerikastudien*, 1. Heft).
395. Faguet, Émile, *Dix-huitième siècle. Études littéraires*. Treizième édition.—Lecène, Oudin et Cie., Paris, 1894 (*Nouvelle bibliothèque littéraire*).
396. —*Politiques et moralistes du dix-neuvième siècle*. Seizième édition.—Boivin et Cie., Paris, s. f. [ca. 1930]; 3 vols. (*Nouvelle bibliothèque littéraire*).
397. Fairchild, Hoxie Neale, *The noble savage: A study in romantic naturalism*.—Columbia University Press, New York, 1928.
398. Falco, Giorgio, *La polemica sul Medio Evo*.—Fedetto & C., Torino, 1933 (*Biblioteca della Società Storica Subalpina*, Nuova serie, vol. CXLIII).
399. Faner, Robert Dunn, *Walt Whitman and Opera*.—University of Pennsylvania Press, Philadelphia, 1951.
- Faugère, M. L.: v. núm. 74.
400. Fay, Bernard, *Bibliographie critique des ouvrages français relatifs aux États-Unis (1770-1800)*.—E. Champion, Paris, 1925 (*Bibliothèque de la Revue de Littérature Comparée*, VII, Deuxième partie).
401. —*Civilisation américaine*.—Sagittaire, Paris, 1939.
402. —*L'esprit révolutionnaire en France et aux États-Unis à la fin du dix-huitième siècle*.—E. Champion, Paris, 1925 (*Bibliothèque de la Revue de Littérature Comparée*, VII).
403. Febvre, Lucien, *Civilisation: le mot et l'idée*. Exposé par... Émile Tonnellat, Marcel Mauss, Alfredo Niceforo et Louis Weber.—Alcan, Paris, 1930 (*Première Semaine internationale de Synthèse*, Deuxième fascicule).
404. French, Yvonne (ed.), *Transatlantic exchanges. Cross-currents of Anglo-American opinion in the nineteenth century*.—Sidgwick & Jackson, Ltd., London, 1951.
405. Flourens, Pierre, *Buffon: Histoire de ses travaux et de ses idées*. Deuxième édition.—Libr. éd. Paulin, Paris, 1850.
406. Fueter, Eduard, *Geschichte der neueren Historiographie*. Dritte, um einen Nachtrag vermehrte Auflage, besorgt von Dietrich Gerhard und Paul Sattler.—R. Oldenbourg, München und Berlin, 1936 (*Handbuch der mittelalterlichen und neueren Geschichte*, Abt. 1).
407. Gandía, Enrique de, "El panamericanismo en la historia".—*Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, Buenos Aires, vol. ZV (1941), pp. 383-393.
408. —*Historia crítica de los mitos de la conquista americana*.—J. Roldán y Compañía, Madrid, 1929.
- Garlick, Richard Cecil, Jr.: v. núm. 113.

409. Gerbi, Antonello, "Diego de León Pinelo contra Justo Lipsio".—*Fénix*, Lima, 1945-1946, núms. 2 y 3.
410. —*Il peccato di Adamo ed Eva. Storia della ipotesi di Beverland*.—La Cultura, Milano, 1933.
411. —*La politica del Romanticismo. Le origini*.—G. Laterza & figli, Bari, 1932 (*Biblioteca di cultura moderna*, 220).
412. —*La politica del Settecento. Storia di un'idea*.—G. Laterza & figli, Bari, 1928 (*Biblioteca di cultura moderna*, 158).
413. —*Viejas polémicas sobre el Nuevo Mundo. En el umbral de una conciencia americana*. 3ª ed.—Banco de Crédito del Perú, Lima, 1946. [1ª ed., Lima, 1943 (suplemento al núm. 1 de la revista *Historia*); 2ª ed., Lima, 1944.]
414. Gervinus, Georg Gottfried, *Geschichte des neunzehnten Jahrhunderts seit den Wiener Verträgen*.—Wilhelm Engelmann, Leipzig, 1855-1866; 8 vols. [Vol. III (1858): *Die Revolution der romanischen Staaten in Südeuropa und America*.]
415. Giusso, Lorenzo, *Leopardi e le sue due ideologie*.—G. C. Sansoni, Firenze, 1935.
416. Gollwitzer, Heinz, *Europabild und Europagedanke*.—C. H. Beck, München, 1951.
417. Greene, John C., "The American debate on the Negro's place in nature, 1780-1815".—*Journal of the History of Ideas*, New York, vol. XV (1954), pp. 384-396.
418. Guillemin, Henri, *À vrai dire*. 6ª éd.—Gallimard, Paris, 1956.
419. Guyénot, Émile, *L'évolution de la pensée scientifique. Les sciences de la vie aux XVII^e et XVIII^e siècles. L'idée d'évolution*.—Albin Michel, Paris, 1941 (*L'évolution de l'humanité*, Troisième section, vol. LXVIII).
420. Halévy, Élie, *La formation du radicalisme philosophique*. Vol. I: *La jeunesse de Bentham*; vol. II: *L'évolution de la doctrine utilitaire de 1789 à 1815*; vol. III: *Le radicalisme philosophique*.—F. Alcan, Paris, 1901-1904.
421. Hanke, Lewis, "Bartolomé de las Casas: An essay in hagiography and historiography".—*The Hispanic American Historical Review*, Durham, N. C., vol. XXXIII (1953), pp. 136-151.
422. —*Bartolomé de las Casas, pensador político, historiador, antropólogo*. Traducción de Antonio Hernández Travieso. Prólogo de Fernando Ortiz.—La Habana, 1949 (*Sociedad Económica de Amigos del País, Ediciones de su biblioteca pública*, vol. V).
423. —"Pope Paul III and the American Indians".—*The Harvard Theological Review*, Cambridge, Mass., vol. XXX (1937), pp. 65-102.
424. —"The requerimiento and its interpreters".—*Revista de Historia de América*, México, 1938, núm. 1, pp. 25-34.
425. Harris, Victor Irvin, *All coherence gone*.—University of Chicago Press, Chicago, 1949.
426. Hartmann, Nicolai, *Die Philosophie des deutschen Idealismus*. 2. Band: *Hegel*.—W. de Gruyter & Co., Berlin und Leipzig, 1929 (*Geschichte der Philosophie*, VIII).
427. Hauser, Henri, *La modernité du XVI^e siècle*.—F. Alcan, Paris, 1930 (*Bibliothèque de la Revue Historique*).
428. Hazard, Lucy Lockwood, *The frontier in American literature*.—Barnes & Noble, New York, 1941.

429. Hazard, Paul, *La pensée européenne au xviii^e siècle, de Montesquieu à Lessing*.—Boivin, Paris, 1946; 3 vols.
430. Henríquez Ureña, Pedro, *Literary currents in Hispanic America*.—Harvard University Press, Cambridge, Mass., 1941 (*The Charles Eliot Norton lectures, 1940-1941*). [*Las corrientes literarias en la América hispánica*. Traducción de Joaquín Díez-Canedo.—Fondo de Cultura Económica, México-Buenos Aires, 1949 (*Biblioteca americana*, vol. 9).]
431. Höffner, Joseph, *Christentum und Menschenwürde. Das Anliegen der spanischen Kolonialethik im goldenen Zeitalter*.—Paulinus-Verlag, Trier, 1947.
432. Humphreys, Robin A., *William Robertson and his "History of America"*.—The Hispanic and Luso-Brazilian Councils, London, 1954 (*Diamante*, II).
433. Ilchester, The Earl of, *Chronicles of Holland House, 1820-1900*.—J. Murray, London, 1937.
434. Jameson, John Franklin, *The American revolution considered as a social movement*.—Princeton University Press, Princeton, N. J., 1940.
435. Johnson, Edgar, *Charles Dickens: his tragedy and triumph*.—Victor Gollancz Ltd., London, 1953; 2 vols.
—V. núm. 254.
436. Jones, Howard Mumford, *America and French culture, 1750-1848*.—The University of North Carolina Press, Chapel Hill, N. C.; Oxford University Press, London, 1927.
437. ——— *Ideas in America*.—Harvard University Press, Cambridge, Mass., 1944.
438. ——— *The pursuit of happiness*.—Harvard University Press, Cambridge, Mass., 1952 (*Michigan University William W. Cook foundation lectures*).
439. ——— *Theory of American literature*.—Cornell University Press, Ithaca, N. Y., 1948 (*Cornell University Messenger lectures on the evolution of civilization*, 1947).
440. Kennedy, John Hopkins, *Jesuit and savage in New France*.—Yale University Press, New Haven, 1950 (*Yale historical publications*).
441. Kersten, Kurt, *Der Weltumsegler: Johann Georg Adam Forster, 1754-1794*.—A. Francke Verlag, Bern, 1957.
442. King, Henry Stafford, *Echoes of the American revolution in German literature*.—University of California Press, Berkeley, Calif., 1929 (*University of California Publications in Modern Philology*, XIV, No. 2).
443. Knight, William Angus, *Lord Monboddo and some of his contemporaries*.—J. Murray, London, 1900.
444. Kratz, Guglielmo, S. I., "Gesuiti italiani nelle missioni spagnuole al tempo dell'espulsione (1767-1768)".—*Archivum Historicum Societatis Iesu*, Roma, vol. XI (1942), pp. 27-68.
445. Kraus, Michael, *A history of American history*.—Farrar & Rinehart, Inc., New York, 1937.
446. ——— *The Atlantic civilization: Eighteenth-century origins*.—Published for the American Historical Association by Cornell University Press, Ithaca, N. Y., 1949.
447. Lanson, Gustave, *Histoire de la littérature française*. Troisième édition.—Hachette, Paris, 1895.

448. Larkin, Oliver Waterman, *Art and life in America*.—Rinehart and Company, New York, 1949.
Lasson, Georg: v. núms. 221 y 223.
449. Lavergne, Léonce de, *Les économistes français au dix-huitième siècle*.—Guillaumin et Cie., Paris, 1870 (*Economistes et publicistes contemporains*).
450. Lawrence, Thomas Edward, *The letters of...*, edited by David Garnett.—J. Cape, London and Toronto, 1938.
Le Riverend Brusone, Julio: v. núm. 89.
451. Lewis, Richard Warrington Baldwin, *The American Adam: Innocence, tragedy and tradition in the nineteenth century*.—The University of Chicago Press, Chicago, 1955.
452. Lillibridge, George D., *Beacon of freedom: The impact of American democracy upon Great Britain, 1830-1870*.—University of Pennsylvania Press, Philadelphia, 1955.
453. Lovejoy, Arthur Oncken, *Essays in the history of ideas*.—The Johns Hopkins Press, Baltimore, 1948.
454. ——— "Goldsmith and the Chain of Being".—*Journal of the History of Ideas*, New York, vol. VII (1946), pp. 91-98. [Cf. núm. 459.]
455. ——— *The great Chain of Being. A study of the history of an idea*.—Harvard University Press, Cambridge, Mass., 1942.
456. ——— and George Boas, *Primitivism and related ideas in antiquity*, with supplementary essays by W. F. Albright and P.-E. Dumont.—The Johns Hopkins Press, Baltimore, 1935 (*Johns Hopkins University Documentary history of primitivism and related ideas*, vol. I).
Lovell, Ernest J.: v. núm. 180.
Löwenberg, Julius: v. núm. 219.
457. Lowie, Robert Harry, *The history of ethnological theory*.—Farrar & Rinehart, Inc., New York, 1937.
458. Löwith, Karl, *Von Hegel zu Nietzsche*.—Europa Verlag, Zürich-New York, 1941.
459. Lynskey, Winifred, "Goldsmith and the Chain of Being".—*Journal of the History of Ideas*, New York, vol. VI (1945), pp. 363-374. [Cf. núm. 454.]
460. ——— "The scientific sources of Goldsmith's *Animated nature*".—*Studies in Philology*, Chapel Hill, N. C., vol. XL (1943), pp. 33-57.
Lloyd, Christopher: v. núm. 78.
461. Madariaga, Salvador de, *Cuadro histórico de las Indias. Introducción a Bolívar*.—Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1950.
462. Marraro, Howard Rosario, *Relazioni fra l'Italia e gli Stati Uniti*. A cura della Scuola di Storia del Risorgimento dell'Università di Roma nella ricorrenza del bicentenario della Columbia University, tenace propagatrice della cultura italiana negli Stati Uniti, 1754-1954.—Edizioni dell'Ateneo, Roma, 1954 (*Quaderni del Risorgimento*, 6).
—V. núms. 115 y 117.
463. Martin, Edwin Thomas, *Thomas Jefferson: scientist*.—Henry Schuman Inc., Publishers, New York, 1952.

464. Matthiessen, Francis Otto, *American renaissance. Art and expression in the age of Emerson and Whitman*.—Oxford University Press, London-New York, 1941.
Maugras, Gaston: v. núm. 68.
465. Meinecke, Friedrich, *Die Entstehung des Historismus*.—R. Oldenbourg, München und Berlin, 1936; 2 vols.
466. Mencken, Henry Louis, *The American language, Supplement one*.—A. A. Knopf, New York, 1945.
467. ———, *The American language, Supplement two*.—A. A. Knopf, New York, 1948.
468. Méndez Plancarte, Gabriel (ed.), *Humanistas del siglo xviii*. Introducción y selección de...—Ediciones de la Universidad Nacional Autónoma, México, 1941 (*Biblioteca del estudiante universitario*, vol. 24).
469. Mendiburu, Manuel de, *Diccionario histórico-biográfico del Perú, formado y redactado por...* Segunda edición, con adiciones y notas bibliográficas, publicada por Evaristo San Cristóbal. Estudio biográfico del general Mendiburu por el Dr. D. José de la Riva-Agüero y Osma.—Imprenta "Enrique Palacios", Lima, 1931-1934; 11 vols.
470. Menéndez Pelayo, Marcelino, *Estudios y discursos de crítica histórica y literaria*. Edición preparada por D. Enrique Sánchez Reyes.—Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Santander, 1942; 7 vols. (*Obras completas*. VI-XII).
471. ———, *Historia de los heterodoxos españoles*.—Editorial Emecé, Buenos Aires, 1945; 8 vols. (*Biblioteca Emecé de obras universales*).
472. Mesnard, Pierre, *L'essor de la philosophie politique au seizième siècle*.—Boivin et Cie., Paris, 1936.
—V. núm. 6.
Mirror for Americans (A): v. núm. 537.
473. Mommsen, Wilhelm, *Die politischen Anschauungen Goethes*.—Deutsche Verlags-Anstalt, Stuttgart, 1948.
474. Moore, John Robert, "Goldsmith's degenerate song-birds: An eighteenth-century fallacy in ornithology".—*Isis*, Cambridge, Mass., vol. XXXIV (1942-1943), pp. 324-327 [Part IV, No. 96].
475. Morandi, Carlo, "Giuseppe Compagnoni e la storia dell'America".—*Annali della R. Scuola Normale Superiore di Pisa: Lettere, Storia e Filosofia*, Serie seconda, vol. VIII, fasc. 3 (1939), pp. 252-261.
476. ———, *L'idea dell'unità politica d'Europa nel xix e xx secolo*.—Marzorati, Milano, 1948.
477. ———, *Problemi storici italiani ed europei del xviii e xix secolo*.—Istituto di Studi di Politica Internazionale, Milano, 1937.
478. Moras, Joachim, *Ursprung und Entwicklung des Begriffs der Zivilisation in Frankreich (1756-1830)*.—Seminar für Romanische Sprachen und Kultur, Hamburg, 1930 (*Hamburger Studien zu Volkstum und Kultur der Romanen*, VI).
479. Mornet, Daniel, *Les sciences de la nature en France au xviii^e siècle. Un chapitre de l'histoire des idées*.—Armand Colin, Paris, 1911.
480. Mossner, Ernest Campbell, *The life of David Hume*.—University of Texas Press, Austin, 1954.
481. Mumford, Lewis, *Herman Melville*.—The Literary Guild of America, New York, 1929.
482. Muthmann, Friedrich, *Alexander von Humboldt und sein Naturbild im Spiegel der Goethezeit*.—Artemis-Verlag, Zürich-Stuttgart, 1955.
483. Nevins, Allan, and Henry Steele Commager, *America: The story of a free people*.—The Clarendon Press, Oxford, 1943.
484. Nicolini, Fausto, *Giambattista Vico e Ferdinando Galiani*.—Estratto dal *Giornale Storico della Letteratura Italiana*, Torino, vol. LXXI (1918). [Reproducido en el *Bollettino dell'Archivio Storico del Banco di Napoli*, No. 4 (31 dic. 1951), pp. 49-123.]
485. ———, *Intorno a Ferdinando Galiani, a proposito d'una pubblicazione recente*.—Ermanno Loescher, Torino, 1908. [Estratto dal *Giornale Storico della Letteratura Italiana*, vol. LII, pp. 1-55.]
486. ———, *La giovinezza di Giambattista Vico (1668-1700). Saggio biografico*. Seconda edizione, riveduta.—G. Laterza & figli, Bari, 1932 (*Biblioteca di cultura moderna*, 216).
487. ———, *La religiosità di Giambattista Vico. Quattro saggi*.—G. Laterza & figli, Bari, 1949 (*Biblioteca di cultura moderna*, 467).
—V. núms. 18, 67, 69, 70 y 353.
488. Niebuhr, Reinhold, *The irony of American history*.—Charles Scribner's Sons, New York; James Nisbet & Co., London, 1952.
489. Nordenskiöld, Erik, *The history of biology. A survey*. Translated from the Swedish by Leonard Bucknall Eyre.—Tudor Publishing Co., New York, 1936.
490. O'Gorman, Edmundo, *Fundamentos de la historia de América*.—Imprenta Universitaria, México, 1942.
491. ———, "Sobre la naturaleza bestial del indio americano".—*Filosofía y Letras*, México, vol. I (1941), pp. 141-158 y 305-315.
—V. núms. 10 y 162.
Ortiz, Fernando: v. núm. 422.
492. Olschki, Leonardo, *Storia letteraria delle scoperte geografiche. Studi e ricerche*.—L. S. Olschki, Firenze, 1937.
493. Palmer, Robert R., *Catholics and unbelievers in eighteenth-century France*.—Princeton University Press, Princeton, N. J., 1939.
Pallain, G.: v. núm. 140.
494. Parker, Fr. D., "José Cecilio del Valle: scholar and patriot".—*The Hispanic American Historical Review*, Durham, N. C., vol. XXXII (1952), pp. 516-539.
495. Parrington, Vernon Louis, *Main currents in American thought: An interpretation of American literature from the beginnings to 1920*.—Harcourt, Brace and Company, New York, 1930.
496. Pearce, Roy Harvey, *The savages of America: A study of the Indian and the idea of civilization*.—The Johns Hopkins Press, Baltimore, 1953.
Peden, William: v. núms. 108 y 110.
Perey, Lucien: v. núm. 68.

97. Pérez-Marchand, Monelisa Lina, *Dos etapas ideológicas del siglo xviii en México a través de los papeles de la Inquisición*.—El Colegio de México, México, 1945.
98. Perrier, Edmond, *La philosophie zoologique avant Darwin*.—Germer Baillière, Paris, 1884 (*Bibliothèque scientifique internationale*, vol. 45).
Perroud, Claude: v. núms. 73 y 75.
99. Pitman, James Hall, *Goldsmith's "Animated nature": A study of Goldsmith*.—Yale University Press, New Haven, 1924 (*Yale Studies in English*, LXVI).
100. Pope-Hennessy, Una, *Charles Dickens, 1812-1870*.—Chatto & Windus, London, 1945.
101. ——— *Three English women in America*.—E. Benn Ltd., London, 1929. [Frances Trollope, Fanny Kemble y Harriet Martineau.]
102. Porras Barrenechea, Raúl, *Las relaciones primitivas de la conquista del Perú*.—Les Presses Modernes, Paris, 1937 (*Cuadernos de historia del Perú*, 2).
103. Quérard, Joseph-Marie, *La France littéraire, ou Dictionnaire bibliographique des savants, historiens et gens de lettres de la France, ainsi que des littérateurs étrangers qui ont écrit en français, plus particulièrement pendant les xviii^e et xix^e siècles*.—Firmin Didot, Paris, 1827-1864; 12 vols.
104. Rascoc, Burton (ed.), *An American reader. A centennial collection of American writings published since 1838 of unique value as entertainment, as a reflection of their times, as history, and as integral parts of the national past*. Selected from the publications of the house of Putnam, 1838-1938. Edited, with an introduction, by...—G. P. Putnam's Sons, New York, 1938.
105. Reyes, Alfonso, *Obras completas*, vol. III.—Fondo de Cultura Económica, México, 1956 (Col. *Letras mexicanas*).
106. ——— *Ultima Tule*.—Imprenta Universitaria, México, 1942.
—V. núm. 161.
107. Reynolds, Reginald, *Beds. With many noteworthy instances of lying on, under, or about them*.—Doubleday and Company, New York and London, 1952.
108. Riley, Thomas A., "Goethe and Parker Cleaveland".—*PMLA, Publications of the Modern Language Association of America*, Baltimore, vol. LVII (1952), pp. 350-374.
109. Robertson, William Spence, *La vida de Miranda*. Traducción del original de Julio E. Payró.—Academia Nacional de la Historia, Buenos Aires, 1938.
110. Romeo, Rosario, *Le scoperte americane nella coscienza italiana del Cinquecento*.—R. Ricciardi, Milano-Napoli, 1954.
111. Rosa, Gabriele, *Storia generale delle storie*. Segunda edición, riveduta e corretta.—Ulrico Hoepli, Milano, 1873.
112. Rosenblat, Angel, *La población indígena de América desde 1492 hasta la actualidad*.—Institución Cultural Española, Buenos Aires, 1945.
—V. núm. 12.
113. Rouché, M., *La philosophie de l'histoire de Herder*.—Société d'édition "Les Belles Lettres", Paris, 1940 (*Publications de la Faculté des Lettres de l'Université de Strasbourg*, 93).
514. Sadleir, Michael, *Trollope: A commentary*.—Constable & Company Ltd., London, 1947.
—V. núm. 274.
515. Saint-Priest, Alexis de, *Histoire de la chute des jésuites au xviii^e siècle (1750-1782)*.—Librairie d'Amyot, Paris, 1844.
516. Sainte-Beuve, Charles Augustin, *Causeries du lundi*, vols. II, IV, VII, X, XI, XIV.—Garnier frères, Paris, s. f.
517. ——— *Portraits littéraires*. Nouvelle édition, revue et corrigée.—Garnier frères, Paris, 1862-1864; 3 vols.
518. Sells, Arthur Lytton, *Les sources françaises de Goldsmith*.—E. Champion, Paris, 1924 (*Bibliothèque de la Revue de Littérature Comparée*, vol. XII).
519. Serban, Nicolas, *Leopardi et la France. Essai de littérature comparée*.—E. Champion, Paris, 1913.
520. Sestan, Ernesto, *Europa settecentesca ed altri saggi*.—R. Ricciardi, Milano-Napoli, 1951.
521. Seybold, Ethel, *Thoreau: The quest and the classics*.—Yale University Press, New Haven, 1951 (*Yale Studies in English*, 116).
Smalley, Donald: v. núms. 234 y 273.
522. Smallwood, William Martin, *Natural history and the American mind*. In collaboration with Mabel Sarah Coon Smallwood.—Columbia University Press, New York, 1941 (*Columbia Studies in American culture*, 8).
523. Smith, Henry Nash, "Origins of a native American literary tradition". En: *The American writer and the European tradition* (núm. 381).
524. ——— *Virgin land: The American West as symbol and myth*.—Harvard University Press, Cambridge, Mass., 1950.
525. Sommervogel, Carlos, S. I., *Bibliothèque de la Compagnie de Jésus*. Nouvelle édition.—Oscar Schepens, Bruxelles; Alphonse Picard et fils, Paris, 1890-1932; 11 vols.
Sowerby, E. Millicent: v. núm. 112.
526. Spell, Jefferson R., *Rousseau in the Spanish world before 1833. A study in Franco-Spanish literary relations*.—The University of Texas Press, Austin, 1938.
527. Spierri, William Theodor, *The Old World and the New. A synopsis of current European views on American civilization*.—M. Niehan, Zürich und Leipzig, 1937 (*Schweizer Anglistische Arbeiten*, III).
528. Stark, Werner, *America: ideal and reality. The United States of 1776 in contemporary European philosophy*.—Kegan Paul, London, 1947 (*International library of sociology and social reconstruction*).
529. Stathers, Madison, *Chateaubriand et l'Amérique*.—Allier frères, Grenoble, 1905.
530. Strich, Fritz, *Goethe und die Weltliteratur*.—A. Francke Verlag, Bern, 1946.
531. Sumner, Ch., *Prophetic voices concerning America. A monograph*.—Lee and Shepard, Boston-New York, 1874.

532. Tanner, André (ed.), *Gnostiques de la Révolution*. Vol. I: *Claude de Saint-Martin*; vol. II: *Fabre d'Olivet*. Choix de textes [et Introduction au 1^{er} vol.] par...—Egloff, Paris [en realidad, Fribourg], 1946; 2 vols. (*Le Cri de la France*, collection dirigée par Pierre Courthion, vols. XXVII-XXVIII).
533. Taylor, Gordon Rattray, *Sex in history*.—Thames & Hudson, London, 1953 (*Past in the present series*).
534. Teggart, Frederick John, *Theory and processes of history*.—University of California Press, Berkeley and Los Angeles, 1941.
535. *Tier und Umwelt in Südamerika*.—Conrad Behre, Hamburg, 1940 (*Ibero-Amerikanische Studien des Ibero-Amerikanischen Instituts Hamburg*).
536. Toynbee, Arnold Joseph, *A study of history*.—Oxford University Press, London, 1935 (vols. I-III), 1939 (vols. IV-VI).
Transatlantic exchanges: v. núm. 404.
537. Tryon, Warren S. (ed.), *A mirror for Americans. Life and manners in the United States, 1790-1870, as recorded by American travelers*.—University of Chicago Press, Chicago, 1952; 3 vols.
538. Turner, Ernest Sackville, *A history of courting*.—Michael Joseph Ltd., London, 1954.
539. Turner, Frederick Jackson, *The Frontier in American history*.—H. Holland Company, New York, 1935.
540. Tuveson, Ernest Lee, *Millennium and Utopia. A study in the background of the idea of progress*.—University of California Press, Los Angeles, 1949. Untermyer, Louis: v. núm. 290.
541. Urzidil, Johannes, *Das Glück der Gegenwart. Goethes Amerikabild*.—Artemis-Verlag, Zürich, 1957 (*Goethes-Schriften im Artemis-Verlag*, 6. Heft).
542. Vargas Ugarte, Rubén, S. I., *Don Benito María de Moxó y de Francolí, arzobispo de Charcas*.—Imprenta de la Universidad, Buenos Aires (Facultad de Filosofía y Letras), 1931 (*Publicaciones del Instituto de Investigaciones Históricas*, LVI).
543. —, *Jesuitas peruanos desterrados a Italia*.—La Prensa, Lima, 1934.
544. —, *La "Carta a los españoles americanos" de don Juan Pablo Vizcardo y Guzmán*.—Editorial del C. I. M. P., Lima, 1955.
545. Varnum, Fanny, *Un philosophe cosmopolite du xviii^e siècle, le Chevalier de Chastellux*.—Librairie Rodstein, Paris, 1936.
546. Viatte, Auguste, *Les sources occultes du romantisme. Illuminisme, théosophie, 1770-1820*.—Honoré Champion, Paris, 1928; 2 vols. (*Bibliothèque de la Revue de Littérature Comparée*, XLVI-XLVII).
547. Viëtor, Karl, *Goethe: Dichtung, Wissenschaft, Weltbild*.—A. Francke Verlag, Bern, 1949.
548. Villard, Léonie, *La France et les États Unis. Échanges et rencontres (1524-1800)*.—Les Éditions de Lyon, Lyon, 1952.
549. Violo, A., *Relazioni tra l'Italia e gli Stati Uniti durante il Settecento*.—Roma, 1950-1951. [Tesis inédita.]
550. Visconti, Dante, *Le origini degli Stati Uniti d'America e l'Italia*.—Padova, 1940 (*Pubblicazioni del Centro Italiano di Studi Americani*, Roma, Serie seconda, vol. I).

551. Walzel, Oskar, *Vom Geistesleben des 18. und 19. Jahrhunderts*.—Insel-Verlag, Leipzig, 1911.
552. Wegelin, Christof, *The image of Europe in Henry James*.—Southern Methodist University Press, Dallas, Texas, 1958.
553. Williams, Stanley Thomas, "Cosmopolitanism in American literature before 1880". En: *The American writer* (núm. 381).
554. Williamson, G., "Mutability, decay and seventeenth-century melancholy".—*ELH, A Journal of English Literary History*, vol. II (1935), pp. 121-150.
555. Wish, Harvey, *Society and thought in America*. Vol. I: *Society and thought in early America: A social and intellectual history of the American people through 1865*; vol. II: *Society and thought in modern America*.—Longmans, Green and Company, New York, 1950, 1952.
556. Zavala, Silvio, *América en el espíritu francés del siglo xviii*.—El Colegio Nacional, México, 1949 (*Biblioteca de El Colegio Nacional*, 11).
557. —, *La filosofía política en la conquista de América*.—Fondo de Cultura Económica, México-Buenos Aires, 1947 (Colección *Tierra firme*, vol. 27).
558. —, "Las Casas ante la doctrina de la servidumbre natural".—*Revista de la Universidad de Buenos Aires*, Tercera época, vol. II (1944), pp. 45-58.
559. —, *Las instituciones jurídicas en la conquista de América*.—Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, Centro de estudios históricos, Sección hispanoamericana, Madrid, 1935.
560. —, *Servidumbre natural y libertad cristiana según los tratadistas españoles de los siglos xvi y xvii*.—Peuser, Buenos Aires, 1944 (*Publicaciones del Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad de Buenos Aires*, LXXXVII).
Ziliotto, Baccio: v. núm. 98.
561. Zumbini, Bonaventura, *Studi sul Leopardi*. Seconda edizione.—Barbera, Firenze, 1909; 2 vols. [1^a ed., 1902-1904.]

BIBLIOGRAFÍA NEGATIVA

HE PENSADO que sería útil una lista de los libros y artículos que no he visto, pero de los cuales, fundado en referencias o en indicaciones de repertorios bibliográficos, creo que contienen materiales útiles para enriquecer y desarrollar en alguna parte la historia de la polémica. Puede ocurrir muy bien que algunos de estos trabajos resulten inútiles, o repitan lo dicho por otros o incluso sean del todo ajenos al asunto. Pero una confesión de ignorancia está en la raíz de todo programa de investigaciones.

Sobre el juicio general que los europeos han pronunciado acerca de las Américas:

- Abdy, E. S., *Journal of a residence and tour in the United States of North America, from April, 1833, to October, 1834*, London, 1835;
- Adams, E. D., "The point of view of the British traveller in America", *Political Science Quarterly*, June, 1914;
- Athearn, Robert G., *Westward the Briton*, London, 1953;
- Baudin, L., "L'empire des Incas d'après quelques écrivains français des XVII^e, XVIII^e et XIX^e siècles", *Revue de l'Amérique Latine*, vol. XXI (1921), pp. 22-29;
- Berger, Max, *The British traveller in America, 1836-1860*, New York, 1943 (Columbia University Studies in History, Economics and Public Law, No. 502);
- Brodergen, Arvid, "Themes in the interpretation of America by prominent visitors from abroad", *Annals of the American Academy of Political and Social Science*, vol. CCXCV (1954), pp. 21-32;
- Brooks, John Graham, *As others see us: A study of progress in the United States*, New York, 1908;
- Cawley, R. R., *Unpathed waters: Studies in the influence of the voyagers on Elizabethan literature*, Princeton, 1940;
- Cook, Will, M., *French travellers in the United States, 1840-1870*, Brown University (Providence, Rhode Island), 1936;
- Gillespie, J. E., *The influence of oversea expansion on England to 1900*, New York, 1920;
- Heilman, Robert B., *America in English fiction, 1760-1800*, Baton Rouge, 1937;
- Heindel, Richard H., *American influences abroad*, New York, 1949;
- Hubbard, Geneviève G., *French travelers in America, 1775-1840: A study of their observations*, Washington, D. C., 1936;
- Jones, Howard M., "The image of the New World", *Elizabethan studies and other essays in honor of G. F. Reynolds*, Boulder, Colorado, 1945;
- Kuhn, Helmut, "Amerika—Vision und Wirklichkeit", *Anglia*, vol. LXXIII (1955), pp. 467-483.
- Lillibridge, G. D., "American images in Great Britain, 1820-40", Unpublished master's thesis, University of Wisconsin, 1948;
- Mackay, Alexander, *The western world*, 1850;
- Mahieu, Robert G., *Les enquêteurs français aux États-Unis de 1830 à 1837*, Paris, 1934;
- Masterson, J. R., "Records of travel in North America 1700-1776", *Harvard University Summaries of Theses*, 1936, Cambridge, Mass., 1938;
- Matthews, M. McLeod, *Notes and comments made by British travellers and observers upon American English*, Harvard Dissertation, 1936;

- Mesick, Jane Louise, *The English traveler in America, 1785-1835*, New York, 1922 (Columbia University Studies in English and Comparative Literature);
- Miller, Ralph Norman, *The historians discover America: A study of American historical writing in the eighteenth century*, Unpublished dissertation, Northwestern University, 1946;
- Monaghan, Frank, *French travellers in the United States, 1765-1932, A bibliography*, New York, 1933;
- Nevins, Allen, *American social history as recorded by British travellers*, London, 1923; 2ª ed., revisada: *America through British eyes*, London, 1948;
- O'Gorman, Edmundo, *La idea del descubrimiento de América*, México, 1951;
- Parrington, Vernon Louis, Jr., *American dreams*, Providence, Rhode Island, ca. 1950;
- Pope-Hennessy, Una (ed.), *The aristocratic journey: being the outspoken letters of Mrs. Basil Hall*, New York-London, 1931;
- Rein, A., "Über die Bedeutung der überseeischen Ausdehnung für das europäische Staatensystem", *Historische Zeitschrift*, vol. CXXXVII (1927), pp. 44-71;
- Rein, A., *Das Problem der europäischen Expansion in der Geschichtsschreibung*, Hamburg, 1929;
- Rein, A., *Die europäische Ausbreitung über die Erde*, Potsdam, 1931;
- Reyes, Alfonso, "América desde Europa", *Marginalia*, Primera serie, México, 1952, pp. 101-105;
- Rodrigue, Elizabeth M., *Les voyageurs français aux États-Unis pendant la première moitié du XIX^e siècle*, Ratcliffe, 1946;
- Sherman, Stuart, *The emotional discovery of America*, American Academy of Arts and Letters, Academy Publication No. 54, 1926;
- Sherill, Charles H., *French memories of eighteenth-century America*, New York, 1915;
- Silva, J., *Viajeros franceses en México*, México, 1946;
- Tuckermann, Henry T., *America and her commentators: with a critical sketch of travel in the United States*, New York, 1864;
- Villaverde, Juan, "América en el pensamiento de Vico", *Philosophia*, Universidad de Cuyo (Argentina), vol. II (1945), núms. 2-3.
- Ware, Mrs., "English travellers of rank in America", *The North American Review*, vol. LXXIV (1852), pp. 197 ss.
- Wheeler, Paul M., *America through British eyes: A study of the attitude of the "Edinburgh Review" toward the United States of America from 1802 to 1861*, Rock Hill, South Carolina, 1935;
- Wittke, Carl, "The American theme in continental literature", *The Mississippi Valley Historical Review*, New Orleans, vol. XXVIII (1941, June), pp. 3-26.

Y, más específicamente, en cuanto a los juicios provocados por el indio americano, toda la florida bibliografía sobre el estado de naturaleza y sobre el "buen salvaje", de la cual recordaremos:

- Barba, P. A., "The American Indian in German fiction", *German-American Annals*, New series, vol. XI;
- Bissell, Benjamin, *The American Indian in English literature of the eighteenth century*, New Haven, 1925;
- Clerc, Charley, "Le voyage de Jean de Léry et la découverte du «bon sauvage»", *Revue de l'Institut de Sociologie, Fondation Solvay*, Bruxelles, 1927, pp. 305-328.
- Foreman, Carolyn Thomas, *Indians abroad, 1493-1938*, Norman, Oklahoma;
- Gallotti, Jean, "Le bon sauvage avant Jean-Jacques Rousseau", *Le Monde Français*, vol. IV (1946), pp. 380-392;

- Healey, George R., "The French jesuits and the idea of the noble savage", *William and Mary Quarterly*, Third series, vol. XV (1958), pp. 143-167;
- Myers, J. L., *The influence of anthropology on the course of political science*, London, 1914;
- Ogden, H. V. S., "The state of nature and the decline of Lockian political theory in England, 1760-1800", *American Historical Review*, vol. XLVI (1940), pp. 21-44;
- Pearce, Roy Harvey, "The eighteenth-century Scottish primitivists: Some reconsiderations", *ELH, A Journal of English Literary History*, vol. XII (1945), pp. 203-220;
- Van Tieghem, P., "L'homme primitif et ses vertus dans le préromantisme européen", *Bulletin de la Société d'Histoire Moderne*, 1922;
- Weber, Paul C., *The American Indian in imaginative German literature in the first half of the nineteenth century*, New York, 1926.

Y sobre el indio visto por los mismos americanos:

- Driver, David Miller, *The Indian in Brazilian literature*, New York, Hispanic Institute;
- Keiser, Albert, *The Indian in American literature*, New York, 1933;
- Villoro, Luis, *Los grandes momentos del indigenismo en México*, El Colegio de México, México, 1950.

Sobre la influencia de las ideas europeas en las Américas:

- Barbagelata, Hugo D., *L'influence des idées françaises dans la révolution et dans l'évolution de l'Amérique espagnole*, Paris, 1917;
- Baron, S. W., *People and Americans: A memoir of transatlantic tourists*, London, 1953;
- Effelberger, Hans, "Amerikanische Geschichtsauffassung (Geschichtsphilosophie)", *Die Neueren Sprachen*, vol. XLVI (1938), pp. 51-61.
- Fischer, Walter, "Über einigen Beziehungen der Literaturgeschichte der Vereinigten Staaten zur amerikanischen Kulturgeschichte", *Die Neueren Sprachen*, 1923, pp. 38-57.
- Hatfield, J. T., *German culture in the United States*, Evanston, Illinois, 1936;
- Henriquez Urefia, Pedro, *Historia de la cultura en la América hispánica*, México, 1947;
- Jantz, H. S., "German thought and literature in New England 1620-1820", *Journal of English and Germanic Philology*, Urbana, Illinois, vol. XLI;
- Jones, Howard Mumford, "Importation of French literature in New York City, 1750-1800", *Studies in Philology*, vol. XXVIII (1931), pp. 235-251.
- Jones, Howard Mumford, "Importation of French books in Philadelphia, 1750-1800", *Modern Philology*, vol. XXXII (1934), pp. 157-177;
- Spiller, Robert E., *The American in England during the first half century of Independence*, New York, 1926;
- Vossler, O., *Die amerikanischen Revolutionsideale in ihrem Verhältniss zu den europäischen, untersucht an Thomas Jefferson*, 1929;
- Zea, Lolpoldo, *América como conciencia*, México, 1953.

I

BUFFON Y LA INFERIORIDAD DE LAS ESPECIES ANIMALES EN AMÉRICA

Sobre los precedentes inmediatos de las tesis buffonianas y sobre estas tesis mismas:

- Collier, K. B., *Cosmogonies of our fathers: Some theories of the seventeenth and eighteenth centuries*, New York, 1934;
- Cunningham, D. J., "Anthropology in the seventeenth century", *Journal of the Royal Anthropological Institute of Great Britain and Ireland*, vol. XXXVIII (1908), pp. 14-23;
- Febvre, Lucien, "Un chapitre d'histoire de l'esprit humain: les sciences naturelles de Linné à Lamarck et à Georges Cuvier", *Revue de Synthèse Historique*, vol. XLIII (1927);
- Hervé, Georges, "Les débuts de l'ethnographie au XVIII^e siècle (1701-1765)", *Revue de l'École d'Anthropologie de Paris*, vol. XIX (1909), pp. 345-366, 381-401;
- Lovejoy, A. O., "Buffon and the problem of species", *Popular Science Monthly*, 1911;
- Roule, Louis, *L'histoire de la nature vivante d'après l'œuvre des grands naturalistes français*, Paris, 1924;
- Thienemann, A., "Die Stufenfolge der Dinge, der Versuch eines natürlichen Systems der Naturkörper aus dem 18. Jahrhundert", *Zoologische Annalen*, vol. III (1910), pp. 185-275;
- Tinker, Chauncey B., *Nature's simple plan: A phase of radical thought in the mid-eighteenth century*, Princeton, N. J., 1932;
- Whitney, Lois, *Primitivism and the idea of progress in English popular literature of the eighteenth century*, Baltimore, 1934.

II

ALGUNOS HOMBRES DE LA ILUSTRACIÓN

Sobre la teoría de los climas:

- Bates, Marston, *Where winter never comes: A study of man and nature in the tropics*, New York, 1952;
- Cilento, Raphael, *The white man in the tropics*, Melbourne, 1925;
- Garosci, A., *Jean Bodin. Politica e diritto nel Rinascimento francese*, Milano, 1934, pp. 146-162;
- Heiberg, J. L., "Théories antiques sur l'influence morale du climat", *Scientia*, vol. XXVII (1920), pp. 453-464;
- Missenard, André, *L'homme et le climat*, Paris, 1937;
- Tooley, M. J., "Bodin and the mediaeval theory of climate", *Speculum*, vol. XXVIII (1953), pp. 64-83.

Sobre Voltaire:

- Baldensperger, F., "Voltaire et les affaires sud-américaines", *Revue de Littérature Comparée*, vol. XI (1931);
- De Salvo, Alfonso, "Voltaire and Spain", *Hispania*, vol. VII (1924), pp. 69-110, 156-164.

Sobre Raynal:

- Dallas, D. Irvine, "The Abbé Raynal and British humanitarianism", *The Journal of Modern History*, vol. III (1931), núm. 4;
- Feugère, A., *Un précurseur de la Révolution française: Raynal*, Angoulême, 1922;
- Liedtke, Kurt, *Die Darstellung Amerikas durch den Abbé Raynal und damit verbundene Zeitprobleme*, Diss. Erlangen, 1954;
- Wolpe, H., *Raynal et sa machine de guerre. L' "Histoire des deux Indes" et ses perfectionnements*, Stanford University Press, Stanford, California, 1957.

III

DE PAUW: LA INFERIORIDAD DEL HOMBRE AMERICANO

La biografía de De Pauw está todavía por escribirse. Buen número de fuentes están indicadas en los estudios de G. Beyerhaus y de H. W. Church. Pero ninguno de los dos ha utilizado, por ejemplo, los *mémoires* de Thiébauld, que contienen curiosos pormenores sobre la llamada de Pernety a Berlín, la cual parece haber ocurrido por equivocación (Dieudonné Thiébauld, *Mes souvenirs de vingt ans de séjour à Berlin, ou Frédéric le Grand*, vol. V, Paris, 1804, pp. 86-101; y, en la edición reducida, Paris, 1860, vol. II, pp. 295-303), y un vivaz retrato de De Pauw, que me parece digno de ser copiado, aunque sólo sea para romper la monotonía de estas listas:

Quintus [el coronel Guichard], quoique d'origine française, n'aimoit pas les François: il en disoit tout le mal qu'il pouvoit imaginer et les desservoit en ce qui dépendoit de lui. Un jour, que je trouvai chez lui l'abbé de Paw, il y eut une sorte de lutte entre ces deux hommes, pour savoir lequel traiteroit le plus mal notre nation. Quintus nous considéra sous le rapport politique; et parcourant tous les siècles passés, depuis les émigrations gauloises et les vèpres siciliennes, jusqu'à présent, il prétendit que toujours et par-tout, nous avions commencé par séduire, et fini par nous faire détester. Je lui fis quelques objections auxquelles il eut l'air de ne pas s'arrêter. L'abbé de Paw réduisit notre littérature à quelques colifichets, et avança que si le dernier écolier de philosophie, dans le plus mince collège d'Allemagne, n'étoit pas en état de faire une meilleure distribution de nos connoissances, que celle de d'Alembert dans le discours préliminaire de l'Encyclopédie, on le jetteroit par les fenêtres. A ce propos, je me retournai vers Favra, et je lui dis: "Capitaine, pensez-vous que je doive répondre? —Non, me dit-il en riant. Ils sont dans le délire; ne répondez rien".

Cet abbé de Paw, qui venoit alors de publier son ouvrage sur l'Amérique et les Américains, avoit été tant prôné par Quintus et quelques autres, que Frédéric avoit conçu l'idée de l'avoir auprès de lui. De Paw vint et resta quelques mois tant à Berlin qu'à Potsdam; mais il étoit tranchant et dur; il décidoit péremptoirement; en un mot, il avoit à un très-haut degré, cet air de morgue et de suffisance qui n'a été que trop ordinaire à nos philosophes modernes, et qui ensuite, adopté trop généralement par la jeunesse, a détruit l'aménité et l'honnêteté qui caractérisoient nos mœurs. Or, Frédéric tenoit à cette aménité dans ses conversations, de sorte qu'ayant quelque temps éprouvé combien de Paw avoit les formes âpres et raboteuses, il comprit que cet homme ne lui convenoit pas, et le négligea; d'où ce dernier sentit à son tour, qu'il feroit bien de se retirer, et partit.

Son ouvrage sur l'Amérique lui avoit d'ailleurs attiré quelques mortifications, Dom Pernety, bibliothécaire du roi à Berlín, en avoit publié une réfutation longue et bien ennuyeuse, mais qui accumuloit beaucoup de preuves incontestables de la fausseté du principe fondamentalement avancé par le chanoine de la Gueldre. Un officier français qui avoit été autrefois aide-de-camp du maréchal de Saxe, et qui étoit à Spandaw pour le reste de ses jours, le réfuta également, par une brochure où l'on trouva ce mot heureux que tout le monde recueillit: "Chapitre Premier: comme quoi, pour être autorisé à dire qu'une chose a dégénéré, il faut préalablement prouver qu'elle a été meilleure".

Or, l'abbé de Paw n'étoit pas plus homme à souffrir la contradiction,

qu'à se corriger; d'où l'on peut juger avec quel dédain et quelle indignation il devoit fuir devant la plaisanterie.

Quintus perdit ainsi une colonne sur laquelle il avoit compté. Il ne lui resta plus que son propre mérite. (*Op. cit.*, vol. V, pp. 390-392; ed. reducida, vol. II, pp. 416-417: los dos textos ofrecen ligeras divergencias; la alusión final es al *philosophe* La Douceur, a quien Thiébauld identifica, evidentemente, con Zaccaria de Pazzi de Bonneville: véase *supra*, pp. 93-97.)

Sobre la esclavitud "natural" de los indios y las disputas en torno a ese tema:

- Carro, Venancio D., *La teología y los teólogos-juristas españoles ante la conquista de América*, Madrid, 1944;
Wish, Harvey, "Aristotle, Plato, and the Mason-Dixon line", *Journal of the History of Ideas*, vol. X (1949), pp. 254-266.

IV

LAS PRIMERAS POLÉMICAS EUROPEAS EN TORNO A DE PAUW

Es aquí donde una exploración metódica daría probablemente mayores resultados. Entre los más antiguos refutadores de De Pauw he encontrado citados a un abate Croizier, al padre Lorenzo Hervás y Panduro (*Historia de la vida del hombre*) y al padre François Para du Phanjas (*Principes de la saine philosophie*, Paris, 1774, vol. I); entre los admiradores, a Sébastien Mercier (*Tableau de Paris*).

En cuanto a reseñas, o por lo menos menciones de las *Recherches*, habría que ver estos periódicos:

- Journal historique et littéraire*, Luxembourg, décembre 1770 (p. 394), septembre 1773 (p. 159), février 1784 (p. 176);
Allgemeine Deutsche Bibliothek, Berlin, Bd. 12 (1770), St. 1, pp. 114-139 (sobre la traducción alemana de las *Recherches*, Berlin, 1769);
Lettre d'un Anonyme à l'Auteur de la Gazette littéraire de Berlin, feuille 296 et seqq. (ca. 1770);
Allgemeine Deutsche Bibliothek, Berlin, Bd. 22 (1774), St. 1, pp. 366-382;
Journal des Sçavans, tome LXXIII, vol. 1 (mai 1774), pp. 63-127; vol. 2, pp. 361-389;
Histoire de l'Académie Royale des Inscriptions et Belles-Lettres, vol. XL (1780), sección *Mémoires* (24 de enero de 1775, 10 de julio y 19 de noviembre de 1776).

Y, a juzgar por el título o por el nombre del autor, o por alguna referencia, sospecho que se encontraría algo en:

- [Anónimo], *Essai sur l'histoire naturelle d'Amérique*, 1777;
[Anónimo], *Voyage en Amérique*, Londres-Paris, 1786;
Bougainville, *Voyage autour du monde en 1766, 67, 68 et 69*, Neuchâtel, 1772;
Crôme, A. F. W., *Ueber die Grösse, Clima und Fruchtbarkeit des nordamerikanischen Freystaats*, Dessau und Leipzig, 1783.

Un tardío secuaz de De Pauw, en el sentido de que declara degenerado al hombre americano, parece ser el famoso médico Robert Knox, autor de *The races of man*, Edinburgh, 1849; London, 1862.

Con la tesis de que la historia marcha de Oriente a Occidente, el campo de investigación se ensancha, por supuesto, desmesuradamente; aunque nos limitemos al corolario del feliz destino del Nuevo Mundo, los textos pululan. Recuerdo, a mero título de ejemplo:

- Benz, Ernst, *Ost und West in der christlichen Geschichtsschreibung. Die Welt als Geschichte*, Bd. I, 1935, pp. 488-513;
Crocker, Lester G., "Linguet's prognostication for the American colonies", *The French-American Review*, Washington, vol. II (1949), pp. 45-52.

Sobre Madame Roland:

La edición Perroud de las cartas de la madurez (2 vols., Paris, 1900-1903), los artículos del mismo en la *Révolution Française* (1896-1899) y, también aquí, entre muchísimos libros y artículos, por lo menos los siguientes:

- Bader, C., *Mme. Roland, d'après des lettres et des manuscrits inédits*, 1892;
Dobson, Austin, *Four Frenchwomen*, 1890;
Gidney, L. M., *L'influence des Etats-Unis d'Amérique sur Brissot, Condorcet et Mme. Roland*, Paris, 1930.

V

LA SEGUNDA FASE DE LA DISPUTA

No he llegado a ver estos dos textos:

- Webb, Daniel, *Sequel to the Selections from Pauw, in notes* [agregada a veces a las *Selections*, ed. de 1795];
Webb, Daniel, *A general history of the Americans, of their customs, manners, and colours. An history of the Patagonians, of the Blaffards, and White Negroes. History of Peru. An history of the manners, customs, &c. of the Chinese and Egyptians, selected from M. Pauw*, Rochdale, 1806.

De varios años a esta parte, las ideas de los jesuitas americanos han sido objeto de renovada curiosidad, especialmente en México:

- González y González, Luis, "El optimismo nacionalista como factor de la independencia de México", *Estudios de historiografía americana*, El Colegio de México, México, 1948;
Hernández Luna, Juan, "El pensamiento racionalista francés en el siglo XVIII mexicano", *Filosofía y Letras*, México, vol. XII (1947), pp. 233-250;
Navarro, Bernabé, "Los jesuitas y la Independencia", *Abside*, México, vol. XVI (1952), pp. 43-62.

Y, naturalmente, en el centro de esta atención surge el padre Clavigero, estudiado por Ramón Iglesia, por Rubén García, por Luis González Obregón y por:

- Castañón, R. J., "Francisco Javier Clavigero", *Boletín Bibliográfico de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público*, México, núm. 33;
Millares Carlo, Agustín, "Sobre una traducción de la *Historia de Méjico* de Clavigero", *Filosofía y Letras*, México, vol. IX (1945), pp. 97-100;
Rico González, V., *Historiadores mexicanos del siglo XVIII*, México, 1949, pp. 11-75;
Ronan, Charles, S. I., *Francisco Javier Mariano Clavigero: A study in Mexican historiography*, tesis doctoral de la Universidad de Texas.

El padre Molina ha sido menos afortunado, pero también sobre él hay trabajos recientes:

Díaz Arrieta, H., "La literatura chilena durante el siglo XVIII", *Boletín de la Academia Chilena de la Historia* (?), 1953, núm. 49, pp. 43-56;
Espinosa, Juan de, *El abate Molina*, Santiago de Chile, 1946.

Del padre Velasco ya he dicho que no he podido ver su obra principal:

Velasco, Juan de, *Historia del reino de Quito, 1841-1844*.

En 1788-89 debía publicarla A. V. Brandín (sobre el cual véase *infra*, p. 636); Ternaux-Compans dio cabida en su colección (vols. XVIII y XIX, París, 1840) únicamente a la segunda parte, en traducción francesa; la edición completa se publicó en Quito; el primer volumen se ha reeditado allí mismo, en 1940, al cuidado de R. Reyes.

Sobre el padre Gilij:

Giraldo Jaramillo, G., "Notas biográficas sobre el padre Filippo Salvatore Gilij y su *Saggio di storia americana*", en el libro *Presencia de América en el pensamiento europeo*, Bogotá, 1954.

Sobre las primera reacciones norteamericanas, tal vez se pudiera encontrar algo en:

Clark, Harry H., "The influence of science on American ideas, 1775 to 1809", *Wisconsin Academy of Science and Letters, Transactions*, vol. XXXV (1944);

Chinard, G., "The American Philosophical Society and the world of science, 1768-1800", *Proceedings of the American Philosophical Society*, vol. LXXVII (1943), pp. 1-11;

y sobre la génesis y la difusión de las ideas de Jefferson deberían suministrar alguna luz:

Browne, Charles A., "Thomas Jefferson and the scientific trends of his time", *Chronica Botanica*, Waltham, Mass., vol. VIII (1944), pp. 363-423;

Clark, Austin H., "Thomas Jefferson and science", *Washington Academy of Sciences Journal*, vol. XXXIII (1943), pp. 193-203;

Chinard, G., "An American philosopher in the world of nations", *Virginia Quarterly Review*, vol. XIX (1943), pp. 189-203;

Chinard, G., "Jefferson among the philosophers", *Ethics*, vol. LIII (1943), pp. 255-268;

Chinard, G., "Jefferson's influence abroad", *The Mississippi Valley Historical Review*, New Orleans, vol. XXX (1943), pp. 171-186;

Henline, Ruth, "A study of *Notes on the State of Virginia* as an evidence of Jefferson's reaction against the theories of French naturalists", *The Virginia Magazine of History and Biography*, vol. LV (1947), pp. 233-246;

Kinball, Marie, *Jefferson: The scene of Europe, 1784 to 1789*, New York, 1950;

Seeber, Edmund D., "Critical views on Logan's Speech", *Journal of American Folklore*, vol. LX (1947), pp. 130-146;

Shapley, Harlow, "Notes on Thomas Jefferson as a natural philosopher", *Proceedings of the American Philosophical Society*, vol. LXXXVII (1943), pp. 234-237;

pero casi todos estos trabajos están citados y probablemente absorbidos en el citado volumen de E. T. Martin (1952).

Sobre las ideas de Mazzei:

Marraro, Howard R. (ed.), "Philip Mazzei on American political, social and economic problems", *The Journal of Southern History*, Baton Rouge, vol. XV (1949), pp. 354-378.

Finalmente, sobre la génesis y la difusión de las ideas de Herder habría que ver:

Grundmann, *Die geographischen und völkerkundlichen Quellen und Anschauungen in Herder's Ideen*, Berlin, 1900;

Learned, M. D., "Herder in America", *German-American Annals*, vol. II (1904), pp. 536 ss.;

Sauter, E., *Herder und Buffon*, Rixheim, 1910;

Tronchon, H., *La fortune intellectuelle d'Herder en France. Bibliographie critique*, Paris, 1920.

Sobre las cuestiones y autores de que se habla en el excursus sobre los cuáqueros, el marqués y el girondino, el cual se refiere a este capítulo, podrían verse también los siguientes libros:

Ellery, E., *Brissot*, Cambridge, Mass., 1915;

Philips, Edith, *The good quaker in French legend*, Philadelphia, 1932;

Sciot, Lucien, *Le marquis de Chastellux (1734-1788)*, Paris, 1902.

VI

LA REACCIÓN CONTRA DE PAUW EN LA AMÉRICA ESPAÑOLA

Es ciertamente en esta sección donde serían de esperarse los descubrimientos más curiosos. Pero el material bibliográfico se encuentra sobremanera disperso, y, por regla general, las reacciones contra las calumnias europeas se leen, no en obras de historia natural o de filosofía (que, por lo demás, casi no existen), sino en libros de política, de medicina o de recuerdos autobiográficos. Y, por lo que se refiere a la América portuguesa, ¿será posible que ningún escritor brasileño haya llegado a tomar partido en pro o en contra de Buffon? Debe ser sencillamente culpa o desgracia mía el no haber conseguido encontrarlo.

Para la "prehistoria" de estas disputas, o sea los inicios de una consciencia geográfica latinoamericana, me gustaría ver:

Lopetegui, L., *El padre José de Acosta S. I. y las misiones*, Madrid, 1942.

En cuanto a los diversos autores, sobre algunos de los cuales, como Mier y Valle, existe una bibliografía nutrida, si bien casi exclusivamente biográfica, me limito a una que otra indicación esporádica:

Sobre Unánue:

Paz, Soldán, C. E., *Himnos a Hipólito Unánue*, Lima, 1955;

Salazar Bondy, Augusto, "Hipólito Unánue en la polémica sobre América", *Documenta*, Lima, vol. II (1949-50), núm. 1, pp. 395-413.

Sobre Iturri:

Furlong, Guillermo, S. I., "El santafecino Francisco Iturri y el ecuatoriano Antonio de Alcedo", *Historia*, Buenos Aires, 1957, núm. 8, pp. 87-92;

Onís, J. de (ed.), "The letter of Francisco Iturri, S. J. (1789): Its importance for Hispanic American historiography", *The Americas*, Washington, vol. VIII (1951-52), pp. 85-90.

Sobre Moxó:

Razquín Fabregat, F., "El Dr. D. Benito de Moxó y de Francolí, último arzobispo de Charcas", *Iberda*, Lérida, vol. III (1945), pp. 7-50.

Las ideas de un secuaz de Unánue, a quien dedica su libro, podrían ser interesantes, pero no he encontrado:

Brandín, Abel Victorino, *De la influencia de los diferentes climas del universo sobre el hombre, y en particular de la influencia de los climas de la América meridional*, Lima, 1826.

De Caldas se ocupan:

Bateman, A. D., "Francisco José de Caldas", *Hojas de Cultura Popular Colombiana*, Bogotá, 1955, núm. 50;

Bubach, E., "El influjo del ambiente en don Francisco de Caldas y su trascendencia", *Revista de la Universidad del Cauca*, Popayán, 1955, núm. 22, pp. 63-76;

Murillo, L. M., "La patria, la sabiduría y el sacrificio de Francisco José de Caldas", *Boletín de Historia y Antigüedades*, Bogotá, vol. XXXVII (1950), pp. 421-431.

Y en cuanto al padre Mier, habría que ver por lo menos lo que escribe sobre él Alfonso Reyes en su *Reloj de sol*, y los artículos de *The Hispanic American Historical Review*, 1932, y de *Cuadernos Americanos*, septiembre-octubre de 1943, además de la antología editada por Edmundo O'Gorman (1945).

Sobre Valle parecen prometer algo:

Guandique, J. S., "José Cecilio del Valle, precursor de la sociología centroamericana", *Estudios Centroamericanos*, San Salvador, vol. II (1947), pp. 11-16;

Parker, Franklin Dallas, *José Cecilio del Valle and the establishment of the Central American Confederation*, Publicaciones de la Universidad de Honduras, Tegucigalpa, ca. 1953.

Peraza, J. Antonio, *Luz y espíritu de don José Cecilio del Valle*, San José de Costa Rica, 1954;

Pérez Cadalso, Eliseo, *José Cecilio del Valle, apóstol de América*, Tegucigalpa, 1954;

Picado, T., "Valle y el sistema americano", *Novedades*, Managua, 4 de marzo de 1950;

Reina Valenzuela, J., *José Cecilio del Valle y las ciencias naturales*, Tegucigalpa, 1946;

Reina Valenzuela, J., "Actualidad de José Cecilio del Valle", *La Pajarita de Papel*, Tegucigalpa, vol. II, núms. 7-8.

VII

HEGEL Y SUS CONTEMPORÁNEOS

Entre los escritos, verdaderamente innumerables, que se refieren a los autores de este capítulo, señalaré sólo aquellos de los cuales tengo la impresión de que tocan por lo menos algún punto de los tratados por mí.

Sobre las repercusiones de la Revolución norteamericana en Italia:

Goggio, E., "Italy and the American war of independence", *The Romanic Review*, 1929;

Procacci, G., *La storiografia italiana sulla Rivoluzione americana nel corso del Risorgimento* (comunicazione al XXII Congresso Nazionale di Storia del Risorgimento Italiano, Firenze, 9-12 settembre 1953).

Sobre las repercusiones (literarias) en Alemania, hay una docena de artículos enumerados por

King, H. S., *op. cit.*, pp. v-vi, quien los ha utilizado casi todos en su modesta reseña.

Sobre Kant:

Adickes, E., *Untersuchungen zu Kants Physischer Geographie*, 1911;

Laing, B. M., "Kant and natural science", *Philosophy*, vol. XIX (1944), pp. 216-232.

Sobre Volney y otros emigrados franceses en los Estados Unidos:

Carré, Henri, *Les émigrés français en Amérique, 1789-1793*, Paris, 1898;

Child, Frances S., *French refugee life in the United States, 1790-1800*, Baltimore, 1940 (tesis de Columbia University);

Chinard, G., *Volney et l'Amérique*, Paris, 1924.

Habrá que ver asimismo la nueva edición de la obra fundamental de

Moreau de Saint-Méry, M.-L., *Description topographique, physique, civile, politique et historique de la partie française de l'Isle de Saint-Domingue (1797)*, publiée par Blanche Maurel et Etienne Taillemite, Société de l'Histoire des Colonies Françaises et Librairie Larose, Paris, 1958 (3 vols.).

Sobre el interés de Goethe por América y, recíprocamente, el interés de América por Goethe, hay un manojo de estudios que en gran parte supongo estarán absorbidos o superados por los más recientes que he podido ver:

Grüningen, J. P. von, "Goethe in American periodicals, 1860-1900", *PMLA, Publications of the Modern Language Association of America*, vol. L;

Klenze, C. von, "Das amerikanische Goethebild", *Mitteilungen der deutschen Akademie*, 1933, pp. 184-210;

Mackall, L. L., "Briefwechsel zwischen Goethe und Amerikanern", *Goethe Jahrbuch*, vol. XXI (1904);

Mühlberger, Josef, "Goethe und Amerika", *Welt und Wort*, 1949;

Schönemann, F., "Goethe in Amerika", *Zeitschrift für französischen und englischen Unterricht*, vol. XXXI (1932);

Schreiber, Carl F., "Goethe und Amerika", *Jahrbuch der Goethe-Gesellschaft*, vol. XV (1929), pp. 233 ss.

Wadepuhl, Walter, "Goethe und Amerika", *Deutsche-amerikanische Geschichtsblätter*, 22-23, Chicago, 1924.

Wadepuhl, Walter, "Amerika, du hast es besser", *The Germanic Review*, vol. VII (1932);

Wadepuhl, Walter, *Goethe's interest in the New World*, Jena, 1934;

White, Horatio S., "Goethe und Amerika", *Goethe Jahrbuch*, vol. V (1884);

Wukadinovic, Spiridon, *Goethes Novelle, der Schauplatz, Coopersche Einfluss*, Halle, 1909.

Sobre Lenau, mis deficiencias son ciertamente más graves. No he visto ni varios escritos que estudian de manera expresa la relación de Lenau con América, como:

- Baker, *Lenau and young Germany in America*, Baltimore, 1897 (tesis);
 Blankenagel, J. C., "Deeds to Lenau's property in Ohio", *The Germanic Review*, vol. II;
 Knortz, Karl, *Die christliche kommunistische Kolonie der Rappisten in Pennsylvania und neue Mitteilungen über Lenaus Aufenthalt unter den Rappisten*, Leipzig, 1892;
 Mulfinger, G. A., "Lenau in America", *Americana-Germanica*, vol. I (1897), núms. 2 y 3.
 Roustan, L., "Le séjour de Lenau en Amérique", *Revue de Littérature Comparée*, vol. VIII;

ni otros, probablemente útiles para comprender mejor sus actitudes, como:

- Klenze, C. von, *The treatment of nature in the works of Lenau*, Chicago, 1902;
 Korr, A., *Lenau's Stellung zur Naturphilosophie*, Münster, 1932;

ni, finalmente, otros que se ocupan de la novela de Kürnberger, inspirada (según se dice) en la experiencia americana de Lenau:

- Kohlschmidt, W., "Kürnberger's Lenauroman *Der Amerikamüde*", *Zeitschrift für deutsche Bildung*, vol. XIX;
 Meyer, Hildegard, *Nord-Amerika im Urteil des deutschen Schrifttums bis zur Mitte des 19. Jahrhunderts. Eine Untersuchung über Kürnbergers "Amerikamüden" mit einer Bibliographie*, Hamburg, 1929 (*Übersee-Geschichte*, III);
 Mulfinger, G. A., *Kürnberger's Roman "Der Amerikamüde"*, Philadelphia, 1903.

Y esto no es todo. La literatura sobre la emigración alemana en América es muy abultada y ofrecería seguramente interesantes temas de investigación (véase por ejemplo, para el período 1815-1850, H. Gollwitzer, *op. cit.*, pp. 335-337; y cf. M. Curti, *Probing our past*, *op. cit.*, pp. 209-211). Más en general, reconozco haber descuidado un poco los reflejos del Nuevo Mundo en la literatura alemana. No he visto:

- Barba, P. A., "Emigration to America reflected in German fiction", *German-American Annals*, vol. XII;
 Breffka, C., *Amerika in der deutschen Literatur*, Köln, 1917;
 Broymson, Clarence W., "An Austrian diplomat in America, 1840", *American Historical Review*, vol. XLI (1936), pp. 503 ss.
 Goebel, J., "Amerika in der deutschen Dichtung", *Forschungen zur deutschen Philologie, Festgabe für R. Hildebrand*, 1894, pp. 102-127;
 Goebel, J., "Amerika in der Phantasie deutscher Dichter", *Jahrbuch der Deutsch-amerikanischen Gesellschaft*, Illinois, 1924-25;
 Grundt, J., *Die Aristokratie in Amerika*;
 Jones, Howard Mumford, "The colonial impulse. An analysis of the «promotion» literature of colonization", *Proceedings of the American Philosophical Society*, vol. XC (1946), pp. 131-161;
 Julius, Nicolaus Heinrich, *Verzeichnis einer während 40 Jahren in Europa und Amerika zusammengebrachten Bibliothek*, Berlin, 1850;
 Kapp, Friedrich, "Zur deutschen wissenschaftlichen Literatur über die Vereinigten Staaten von Amerika", *Historische Zeitschrift*, vol. XXXI (1874), ca. pp. 241 ss.
 Kohn, Maximilian, "Amerika im Spiegel deutscher Dichtung", *Zeitgeist*, 1905, núm. 32.

Ni tampoco, sobre los inmigrantes en los Estados Unidos:

- Curti, M., and K. Birr, "The immigrant and the American image in Europe, 1860-1914", *The Mississippi Valley Historical Review*, New Orleans, vol. XXXVII (1950), pp. 203-230;
 Thwaites, Reuben G. (ed.), *Early western travels, 1784-1846*, Cleveland, 1904-1907.

Y poquísimo he visto de otros autores alemanes que, como Kürnberger, han tratado temas americanos. Sobre Karl Postl, más conocido con el seudónimo de Charles Sealsfield, parecen tener algún interés los siguientes libros:

- Dallman, W. P., *The spirit of America as interpreted in the works of Sealsfield*, St. Louis, 1937 (tesis);
 Djordjewitsch, M., *Sealsfield's Auffassung des Amerikanertums und seine literarhistorische Stellung*, 1931;

y otras indicaciones se sacan fácilmente del recientísimo y monumental libro de E. Castle, *Der grosse Unbekannte*, *op. cit.*

Sobre May, habría que ver cuando menos:

- May, Klara, *Mit Karl May durch Amerika*, 1932;

y sobre Gerstäcker:

- O'Donnell, G. H. R., "Gerstäcker in America, 1837-43", *PMLA, Publications of the Modern Language Association of America*, vol. XLII;
 Prael, A. J., "America in the works of Gerstäcker", *The Modern Language Quarterly*, Seattle, Wash., vol. IV.

Algunos pormenores sobre Leopardi podrían encontrarse en:

- Pagnotti, T., *Il canto terzo dei "Paralipomeni della Batracomiomachia" di Giacomo Leopardi*, Spoleto, 1901;
 Porena, M., "Un settennio di letture di Giacomo Leopardi", *Rivista d'Italia*, vol. II (1922), núm. 1.

Pero, desde luego, más provechoso sería estudiar de cerca las reacciones de los hombres de ciencia norteamericanos que escribían hacia 1800, leyendo por ejemplo:

- Barton, Benjamin Smith, *Observations on some parts of natural history*, London, 1787;
 Clinton, DeWitt, *Introductory discourse*, New York, 1814;
 Smith, Samuel Stanhope, *An essay on the causes of the variety of complexion and figure in the human species*, New Brunswick, N. Y., 1810;
 Williamson, Hugh, *Observations on the climate in different parts of America*, New York, 1811.

De Humboldt me falta ver un artículo cuyo título es prometedor:

- Humboldt, A. von, "Über die Urvölker von Amerika", *Neue Berlinische Monatschrift*, vol. XV (1806).

Sobre Hegel, no he visto un viejo libro:

Barth, P., *Geschichtsphilosophie Hegels und der Hegelianer*, 1890;

ni un reciente estudio:

O'Gorman, Edmundo: *Hegel y el moderno panamericanismo*.

Pero ¿vale la pena, a propósito de Hegel, mencionar sólo un par entre las innumerables omisiones?

VIII

DESVANECIMIENTO Y ACTUALIDAD DE LA DISPUTA

También este campo es ilimitado. Lo único que puedo hacer es enumerar algunos "complementos" útiles o necesarios de la bibliografía citada.

Sobre Scheffel:

Burkle, Herm., *Joseph Viktor von Scheffel als Politiker*, 1925;
Krieger, Bogd., *Scheffel als Student*, 1926.

Sobre Hall:

Chinard, Gilbert, "Alexis de Tocqueville et le capitaine Basil Hall", *Bulletin de l'Institut Français de Washington*, núm. 15 (décembre 1946), pp. 9-18.

Sobre Stendhal:

Brussaly, Manuel, *The political ideas of Stendhal*, New York, 1933.

Sobre los Trollope, madre e hijo, la copiosa bibliografía citada en la ed. Smalley de las *Domestic manners*, op. cit., pp. 444-453 y en la ed. Smalley-Booth de *North America*, op. cit.; y además:

Griffin, R. A., "Mrs. Trollope and the Queen City", *The Mississippi Valley Historical Review*, New Orleans, vol. XXXVII (1950), pp. 289-302;

Harlow, A., *The serene Cincinnatians*, en la serie *Society in America*, New York, 1950;

Thorp, Willard, and Henry S. Drinker, *Trollope's America and the lawyers of Anthony Trollope*, New York.

Y sobre Miss Martineau:

Wheatley, Vera, *The life and work of Harriet Martineau*, London, 1957.

Sobre la actitud de los literatos norteamericanos hacia Europa:

Pfeffer, Karl Heinz, "England im Urteil der amerikanischen Literatur vor dem Bürgerkrieg", *Palaestra*, Leipzig, vol. CLXXVII (1931).

Sobre Melville me gustaría ver:

Merton, M. Sealts, Jr., "Melville's reading: A check-list of books owned and borrowed", *Harvard Library Bulletin*, vol. III (1949), pp. 268 ss.;

sobre Thoreau:

Keiser, Albert, "Thoreau's manuscript on the Indians", *Journal of English and Germanic Philology*, vol. XXVII (1928), pp. 183-199;

y sobre Whitman:

[Anónimo], "Walt Whitman and the Germans", *German American Annals*, 1906;
Boatright, Mody C., "Whitman and Hegel", *University of Texas Studies in English*, 1929, núm. 9;

Falk, R. P., "Walt Whitman and German thought", *Journal of English and Germanic Philology*, vol. XL (1941), pp. 315-330.

Fulghum, W. B., Jr., "Whitman's debt to Joseph Gostwick", *American Literature*, vol. XII (January, 1941), pp. 491-497;

Schyberg, Frederik, *Walt Whitman*, Köbenhavn, 1933;

y la biografía "definitiva" de

Allen, Gay Wilson, *The solitary singer: A critical biography of Walt Whitman*, New York, 1955.

En cuanto a los Excursos, se trata de digresiones, y toda digresión puede engendrar otras infinitas. No vale, pues, la pena alargar estas listas con apuntes demasiado indeterminados. Sólo lamento no haber visto una réplica al libro de Chastellux:

[Simcoe, J. G., General], *Remarks on the Travels of the Marquis de Chastellux in North America*, London (G. & T. Wilkie), 1787.

Las últimas manifestaciones de depauwismo y de anti-depauwismo podrían ilustrarse y documentarse con centenares, con millares de recortes de periódicos y de extractos de revistas. Sólo mencionaré, puesto que he hablado de Papini, la réplica del humanista colombiano

Sanín Cano, Baldomero, "Giovanni Papini y la cultura latinoamericana", *Revista de La Habana*, vol. V (1947), pp. 403-410.

Pero el tema de las relaciones ideales entre los dos mundos no ha estado nunca tan vivo como en nuestros días. Recordaré sólo algunas de las más recientes discusiones:

Baron, S. W., *People and Americans: A memoir of transatlantic tourists*, London, 1953;

Baron, S. W., *What Europe thinks of America*, ed. J. Burnham, New York, 1953;

además de algunos diálogos internacionales, como el de Brunswick entre historiadores alemanes y norteamericanos, en mayo de 1952 (*New York Times*, June 26, 1952); el de la Sociedad Europea de Cultura, sobre las relaciones entre la civilización americana y la europea (véase la revista *Comprendre*, núms. 10-11, mai 1954, pp. 103-179), donde por lo menos uno de los autorizados interlocutores, Lewis Hanke, recordó la tesis dieciochesca de la degeneración de los europeos en América; el coloquio desarrollado bajo los auspicios de la Unesco en Ginebra, septiembre de 1954, según se puede ver por el volumen de

Actas (edición española, *El Viejo y el Nuevo Mundo, Sus relaciones culturales y espirituales*, París, 1956); y el Seminario sobre la historia de las ideas en América celebrado en San Juan de Puerto Rico, diciembre de 1956, —en todos los cuales reaflozaron fragmentos de temas depauwianos y ecos de antiguas réplicas, llevados por la corriente o revueltos por los remolinos polémicos de más recientes, pero no menos fatuas jactancias, recíprocos miedos y contritas interrogaciones.

INDICE ANALÍTICO

Este índice no incluye la bibliografía. Sólo los nombres propios figuran con mayúscula; las cifras entre paréntesis indican páginas en donde los conceptos no se mencionan textualmente; las que aparecen en cursiva remiten a las páginas en que se toca con mayor amplitud el tema. La separación del concepto "Estados Unidos" del de "América" es por necesidad aproximada; convendrá consultar ambos, como desde luego en el caso de "indígena" o "piel roja". Como se trata de la historia de una polémica, todo atributo lleva implícito su opuesto; por ejemplo, bajo el concepto "indígena débil" se encontrarán referencias donde se niega la debilidad del indígena y se le presenta, en cambio, como fuerte y robusto.

- Abel, 354, 558
 Abeniacar, Y., 221 *n*
 aborto, 390, 406, 516
 —en América, 104 *n*, 253
 —los americanos como, 260
 —en Londres, 156 *n*, 157
 Abraham, 536 *n*
 Acomb, Frances, 247 *n*
 Acosta, José de, IX, XI, 4 *n*, 7, 15, 25, 26, 28, 43 *n*, 53 *n*, 54 *n*, 66, 76, 98 *n*, 121 *n*, 123 *n*, 128 *n*, 161, 182 *n*, 184, 185 *n*, 187, 195 *n*, 205 *n*, 207, 256 *n*, 270 *n*, 293 *n*, 415, 524-6, 527, 529, 542
 Adam Smith, J., 506 *n*
 Adams, Abigail, 229
 —Ch. Jr., 229 *n*
 —Ephraim Douglas, 310 *n*
 —John, 87 *n*, 116 *n*, 229, 245, 246 *n*, 248 *n*, 311
 —Thomas, 245
 Adán, 1 *n*, 9 *n*, 61, 160, 209, 257, 289, 327, 354, 364, 365 *n*, 372, 488
 —testamento de, 119
 Adanson, Michel, 29 *n*
 Adario (pers.), 79 *n*
 Addison, Joseph, 158
 Adickes, E., 43 *n*, 301-3 *n*
 África, 29, 36, 40, 299, 383, 391, 414, 416
 —fauna: 235 *n*, 383; degenerada; 303 *n*
 —del Sur, 416
 —raza negra, 14 *n*, 95, 100, 184, 283 *n*, 369 *y n*, 396 *n*, 399, 400-1, 415, 423
 Agamemnon (pers.), 536
 agua:
 —y tráfico, 405 *n*
 —y vida, 12-3, 338, 388-9, 484
 aguacate, 182
 águila americana, 462, 470 *n*, 473
 agustinos:
 —del Perú, 166
 Ahab (pers.), 473
 Alaska, 580 *n*, 584
 albaricoques, 195, 207, 440
 Albergati Capacelli, Francisco, 571
 alce, 242-3, 554
 Alcedo Herrera, Antonio de, 280
 Alcibiades, 105
 Alcocer, Mariano J., 285 *n*
 Aleardi, Aleardo, 128-9, 323 *n*, 355 *n*
 Alejandro VI, 119
 Alejandro Magno, 148, 552 *n*
 Alemania, 391
 —complicada en la polémica, 79, 80 *n*
 Algarotti, Francisco, 96 *n*, 99 *n*, 218, 349, 571
 algodón, 77, 257, 299, 497
 algonquines, 370 *n*
 Alleghanies, Montes, 330 *n*, 439, 458 *n*
 Allem, Maurice, 350 *n*
 Allen, Don Cameron, 9 *n*, 22 *n*, 26 *n*, 56 *n*, 58 *n*, 76 *n*, 128 *n*, 526 *n*
 —Hervey, 434 *n*
 Allott, K., 334 *n*
 Almagro, Diego de, 195 *n*
 almanaques, 190, 554 *n*
 alondra, 321, 347, 397, 436, 480
 alpaca, 4, 25, 195, 281, 416, 525
 Alpes, 101, 282, 434, 518
 Alsacia, 49 *n*
 Alsop, George, 482 *n*
 Altamira, Rafael, 215 *n*
 Alvarez López, E., 525 *n*
 Amador de los Ríos, José, XI *n*
 Amat, Manuel de, 198 *n*
 amazonas, 215 *n*, 575 *n*
 Amazonia, 139, 140, 226 *n*
 —río de las Amazonas, 368 *n*, 483 *n*
 Ameghino, Florentino, 509
 Amelotti, Giovanni, 359 *n*
 América:
 —animales de: domésticos degenerados, 4-5, 79, 81, 161, 416, 431, 434, 581; flacos, 393-6; menos numerosos, 4, 182, 183-4, 237 *n*; menos voluminosos, 3,

- 51-2, 207-8, 230, 416-7, 420-1, 431, 581; salvajes, 51, 182, 183; no temibles, 145-6, 313, 342, 482, 514, 568; según Buffon, 3-31; Robertson, 145-6; Schopenhauer, 422
- clima de, 91, 234-6, 374; cálida, 68-9; húmeda y fría, 7, 13, 37, 40, 46, 54-5, 145, 180, 195 n, 206, 367-8, 414, 566, 582 n; húmeda y tibia, 257
- como extensión, 145, 226, 311 n, 414, 467, 492-3, 566; no desaguada, 388, 454 n, 456-7; juventud geológica, 43-5, 94, 289-290, 375, 392-3; recientemente emergida, 13, 56-8, 102, 161, 180, 206, 361, 366, 373-5, 393, 514, 554
- como tema poético, 307, 314, 342-3, 467, 494, 495, 505-6, 569; falta de poesía, 344-6, 437, 448, 467, 483; tierra de futuros poetas, 317, 328, 402-3, 437, 467, 494, 500, 503-5
- dualidad de, 211
- efectos del descubrimiento, 36-7, 143, 404 n, 582; complemento dialéctico de Europa, 148, 348, 411, 412-3, 495-6, 507, 510, 541-2; corrompida por Europa, 355-6
- entusiasmo geográfico, 281, 292-3, 467; exaltación de, 523-4; orgullo psicológico, 289; orgullo telúrico, 270, 372-3, 577-8
- escasez de alimentos, 5, 41, 81, 96 n, 173, 190 n, 192 n, 206, 293, 303, 367 n, 381, 433 n, 553; escasez de habitantes, 5, 41, 57, 84, 86, 90, 96, 139, 188, 211-2, 230 n, 302, 369, 414, 433, 516, 528, 568; raza roja, 14 n, 368, 369, 399, 423
- femenil, 384
- importancia económica, 84, 291, 294 n
- impotencia, 393, 542
- infantilismo político, 365, 511; profecías de independencia, 59
- inmadurez, 407; entre los isabelinos, 3; física y cultural, 38, 393
- novedad de, 94, 101, 167, 255-7, 288-90, 375, 391-3, 508; juventud histórica, 58, 108, 255-7, 263, 267, 290, 302, 392, 468; deplorada, 290 n, 311, 508-12; pasado histórico, 166, 437, 508-12; antigüedad, 215, 270, 432 n, 508-12; precozmente vieja, 514-5
- profecías de grandeza cultural, 40, 82, 83, 84, 91, 105, 108, 114-7, 262, 264, 281 n, 288, 289, 316, 365 n; de América del Norte, 83, 256; de América del Sur, 264; según Berkeley, 125-6; Raynal, 118; Walpole, 157
- refugio de la hez europea, 309, 311, 319 n, 449, 569; asilo de libertad, 317, 321, 340, 342, 412, 413, 432 n; paraíso diabólico, 291, 308-10, 326-7, 438, 474
- América Central, 292, 564
- América del Sur:
- clima, 235-6
- fauna, 4 n, 8 n, 30, 140-1 n, 235 n, 383, 394, 419, 430, 517, 523
- futuro conflicto con Norteamérica, 371, 401, 404, 411
- hombres de, 150, 238, 318, 327, 419
- American Lady, 364 n
- americanos. Véase indígenas
- amonitas, 394
- Amoroso, F., 328 n
- Amsterdam, 244, 343 n
- Amunátegui, Miguel Luis, 198 n, 266 n, 512
- anarquismo, 479, 486, 492
- Anaxágoras, 332
- Andes, 26, 44, 57-8, 101, 145 n, 281, 405 n, 430, 518 n
- Andreu, Pedro Juan, 200
- Andrónica (pers.), 122
- Angle, P. M., 454 n
- Anglería, Pedro Mártir de, 60 n, 86, 88, 189, 205, 235 n, 265 n, 416 n
- animales:
- domésticos en decadencia, 79, 81, 89, 91, 132, 146 n, 161, 175, 194 n, 197, 207, 208, 248, 255, 276, 283-4 n, 344, 352, 379, 381, 568
- domésticos y salvajes, 24, 89, 379, 482 n, 528
- estabilidad de sus dimensiones, 234, 394
- grandes, preferidos a los pequeños, 145, 23, 233-7, 244 n
- su volumen en la zoología moderna, 23, 420-1
- animales de pelo, 4 n, 24 n, 77
- Anson, George, 552 n
- Antici, Carlo, 572
- Antigüedad clásica:
- superior al mundo moderno, 352
- Antillas, 64, 132 n, 311, 324, 356, 400, 553, 565, 574 n
- Isla Española, 70
- antuerpia, 286
- Apalaches, Montes, 78, 102, 368, 404
- aportaciones:
- teoría de las, trascontinentales, 78 n, 260 n, 293, 446, 501-2, 516 n, 569
- Apure (río), 378
- Aquiles (pers.), 444 n
- árabes, 131 n, 270, 333, 402
- Aranda, 115 n
- Araucania, 192, 193
- árboles:
- en América, 528
- sin raíz, 37, 251
- Arbuthnot, John, 38
- Ardennes, 445
- Arenaria (pers.), 418
- Arequipa, 416
- Argel, 312
- Argens, Jean Baptiste, Marqués de, 190 n
- Argenson, René Louis, Marqués de, 116 n

- Argental, Charles Augustin, Conde de, 137
- Argentina, 169, 288, 509 n
- Ariosto, Ludovico, 122 n, 278 n, 402, 426 n
- Aristóteles, x, 9, 36, 69, 159, 162, 394, 519, 539-41, 556 n
- invariabilidad y alteración, 21-2
- y los climas, 33-4
- y la servidumbre natural, 63-6, 558 n
- Arno, 483 n
- Arnold, Matthew, 334, 451 n, 471 n
- Arquellada y Mendoza, D. J. de, 193 n
- arroz, 497
- Arteta, Juan, 215 n
- Ashe, 436 n
- Asia, 29, 40, 391, 395, 401 n, 411, 414, 416, 481 n, 496 n, 568
- fieras de, 26 n
- pueblos de, 33
- raza amarilla, 14 n, 369
- asirios, 120 n
- Aslop, Richard, 193 n
- asno, 4, 24, 208, 211
- Aspasia, 105
- astrología, 69, 278, 414, 465, 468, 483
- ridiculización de la, por Bodino, 35
- Atacama, 195
- Atahualpa, 99 n, 110 n, 220
- Atala (pers.), 307 n
- Atenas, 60, 319
- colonia egipcia, 136 n
- Atkinson, A. D., 315 n
- Atkinson, Brooks, 333 n, 477 n
- Atlántida, 56, 216 n, 221 n, 318 n, 319, 368, 370, 414 n, 422 n, 526, 575
- Attakakullakulla, 301
- Auburtin, F., 289 n
- Augusto, César, 60, 157, 552
- Aulard, Alphonse, 546 n
- auquénidos, 53 n
- Australia, 101, 393, 416 n, 422, 431, 481
- indígenas de, 113 n
- Austria, 343, 577
- avellanas, 207
- Avendaño, L., 265 n
- Avenel, Georges, 43 n
- aves, 182-3, 251. Véase también pájaros
- avestruz, 16, 26, 183, 195, 266 n, 462 n
- Aviñón, iluminados de, 75
- Avon, 483 n, 495 n
- Ayangue, Simón. Véase Terralla y Landá, E.
- Ayarza, José Ponceano de, 264 n
- azahar, flores de, 183 n
- Azara, Félix de, 285 n
- aztecas, 46, 177 n, 364
- arqueología, 176, 217
- crueldad de los, 176 n, 535-8
- no fueron bárbaros, según Humboldt, 383
- y paganos antiguos, 186-7, 189-90
- azúcar, 77, 81, 110, 258, 299, 568
- Baccalaureus (pers.), 289
- Bacon, Francis, 27, 38, 46 n, 56-8, 179 n, 367, 368
- Baffin, Bahía de, 102, 405 n
- Baillie, L., 55 n
- Baillot, A., 469 n
- Bailly, Jean Silvain, 222, 575 n
- Baker, Henry, 17 n
- Baldensperger, Fernand, 66 n, 299 n, 311 n
- Balaam, 255
- Balbo, Cesare, 586 n
- Baldini, Gabriele, 473 n, 475 n
- Báltico, Mar, 102 n
- Baltimore, 322, 344, 364 n, 452
- Ballanche, Pierre Simon, 364-5, 371
- ballena, 22, 149, 196, 326, 473, 450
- Ballesteros Beretta, A., 268 n
- Bancroft, George, 340
- Bangkok, 273
- Bannister, J., junior, 468 n
- Baquijano, José, 265
- barba:
- ausencia verdadera de, 482, 585
- defensa de la, 113
- europea, censurada, 78
- de los indígenas, reivindicada, 87, 219, 235, 284, 313
- de los norteamericanos, reivindicada, 472, 490
- Barbé-Marbois, François, 232, 253 n
- Barker, Ernest, 34 n
- Barlow, Joel, 229, 337 n
- Barlow, L. H., 177 n
- Barnes, E. W., 419 n
- Barreda Laos, F., 277 n
- Barrère, Pierre, 147
- Barros Arana, D., 282 n, 513
- Barth, Hans, 426 n
- Bartolozzi, Francesco, 174 n
- Barton, Benjamin Smith, 373, 381, 393 n, 513 n, 566 n
- Barton, William, 373 n, 375 n
- Bartram, William, 372 n
- Barzellotti, Giacomo, 352 n
- Basadre, Jorge, vii, 515 n
- basaltos, 328-32, 375, 389, 418
- Bastard, Thomas, 291 n
- Bastilla, la, 332, 546
- Bates, Marston, 533 n
- Batliori, M., 170 n, 171 n, 172 n, 173 n, 174 n, 214, 215 n
- Baucis (pers.), 337 n, 341
- Baudelaire, Charles, 488 n, 501 n
- Baudin, Louis, 49 n, 219 n
- Baudry des Lozières, L. N., 66 n
- Bayard, Ferdinand M., 239 n, 438 n, 450 n, 453 n, 547 n, 558 n, 559 n, 562 n
- Bayle, Pierre, 61, 167
- Bazzoni, Augusto, 115 n
- Beard, Charles S. Mary, 224 n, 226 n, 328 n, 374 n, 468 n, 469 n, 515 n, 544 n
- Beauharnais, Eugenio de, 579 n

Beauharnais, Josefina de, 254 n
 Beaumarchais, Pierre Augustin de, 557 n
 Beaumont, Gustave de, 465 n
 Bédier, Joseph, 322 n
 Beecher-Stowe, Harriet, 483 n
 Behring, estrecho de, 175, 526
 Belaúnde, Víctor Andrés, 72 n
 Beloff, Max, 513
 Bellamy, H. S., 59 n, 77 n
 Bellesort, André, 325 n
 Belloni, Guiseppe. Véase Compagnoni, Guiseppe
 Bellot, H. Hale, 508 n
 Bembo, Pietro, 350 n
 Benegas, Micael, 293 n
 Bénézet, Antoine, 555, 556
 Bentham, Jeremy, 49 n, 291 n, 435, 551
 Bentivoglio, Guido, 38
 Benton, Thomas Hart, 372
 Berenson, Bernard, 517
 Berkeley, George, 38, 124-6, 127, 157, 262, 316, 413, 469 n, 483, 515
 Bermudas, 235 n, 308
 Bernard, Claude, 9, 13 n, 23, 204 n, 513
 Bernardin, Edith, 132 n, 144 n, 513
 Bernardin de Saint Pierre, J. A., 256, 260, 277 n, 282, 284 n, 293 n, 322, 362 n, 372, 382 n, 557 n, 567 n
 Bernheimer, Richard, 67-8 n, 239 n
 Bernstein, Harry, 116 n, 144 n, 176 n, 223 n, 267 n, 288 n, 373 n, 374 n, 508 n
 Beroso, 553
 Berthier, 253 n
 berza, 446
 Besançon, academia de, 133
 Betanzos, Domingo de, 60, 70
 Bettinelli, Saverio, 571
 Beutler, Ernst, 307 n, 336 n, 337 n, 340 n
 Beverland, Adriano, 59
 Beyerhaus, Giobert, 49 n, 50 n, 136 n, 137 n, 138 n
 Bianchi, Isidoro, 98 n, 219 n, 222
 Biblia, 11, 28, 408, 427 n, 487, 499, 519, 525, 526, 528 n
 Biddle, Richard, 464 n
 Bielschowsky, Albert, 331 n, 340 n
 Bigland, Eileen, 437 n, 438-41 n, 442 n, 444 n, 446 n
 Binni, Walter, 351 n
 bisonte, 95, 153, 370 n
 Blake, Harrison, 486 n
 Blake, William, 110, 307, 587
 Blanco Pombo, Rufino, 531 n
 Bloch, Marc, 120 n
 Blumenbach, 304, 306
 Blunt, Reginald, 159 n, 549 n
 Boas, George, 6 n, 22 n, 62 n, 66 n, 239 n
 Böbling, 417
 Boccage, Marie Anne Lepage du, 96 n, 98, 147
 Boccaccio, Giovanni, 587 n
 bocío, 88

Bodin, Jean, 34-7, 38, 39 n, 40, 120, 122 n, 128 n, 143
 Bogotá, 204, 205, 214, 281
 Boisserée, Sulpiz, 331 n, 340 n
 Bolívar, Simón, 288, 294, 318
 Bolivia, 59 n, 422 n
 Bolonia, 177 n, 570
 —jesuitas en, 171, 192-3 n
 Bolton, Herbert E., 509 n
 Bonnet, Charles, 10 n, 11 n, 17 n, 20, 23, 55, 149 n
 Bonnet, J. E., 582 n
 Bonneville, Zaccaria de Pazzi, 73, 93-7, 129, 179 n, 190, 203 n, 269 n
 Bonpland, Aimé, 378 n
 Bonstetten, Karl Viktor von, 39 n
 Boorstin, Daniel L., 123 n, 226 n, 232 n, 366 n, 508 n
 Booth, B. A., 444 n
 Borgese, Giuseppe Antonio, 147 n
 Borgoña, vino de, 83
 Bosc, Louis Augustin Guillaume, 134 n
 Bossi, Luigi, 221 n, 222 n, 226 n
 Bossuet, Jacques Bénigne de, 15, 39, 129, 133, 425
 Boston, 157, 273 n, 364 n, 445 n, 457, 460, 467 n, 491, 562
 Boswell, James, 74, 149, 157, 158-9, 161 n, 556 n
 Botero, Giovanni, 34 n, 37, 350 n
 Botta, Carlo, 250 n, 435, 436, 576 n
 Bougainville, Louis Antoine de, 75, 117, 118 n, 154 n, 161, 196 n, 580 n
 Bougeant, Guillaume Hyacinthe, 17 n
 Bouguer, Pierre, 153 n, 301 n
 Bouhours, Dominique, 38
 Bouilly, V. Domingo, 129 n
 Boulanger, Nicolas-Antoine, 55, 102 n, 241 n, 367, 368
 Bourdaloue, Louis, 133 n
 Bowers, David J., 500 n
 Bowman, Isaiah, 533
 Boyd, Julian P., 148 n
 Brackenridge, Hugh Henry, 61 n
 bradipo. Véase "unau"
 brahmanes, 239 n
 Brailsford, Henry-Noel, 321 n
 branquíferos, 18
 Brasil, 3, 53 n, 79, 85 n, 93 n, 147, 297, 308 n, 396 n, 397, 404, 405 n, 416, 423, 430, 524
 —jesuitas en, 214 n
 —porvenir del, 586-7
 Bravo del Castillo, 265
 Braunschweig, 339
 Bremer, Frederika, 334 n, 373 n, 440 n, 441 n, 442 n, 443 n, 446 n, 450 n, 454 n, 464 n, 481 n
 Brie, F., 125 n, 157 n, 228 n, 229 n, 230 n, 240 n, 337 n
 Briggs, Charles F., 374 n
 Briggs, Harold E., 314 n, 315 n
 Brissot de Warville, Pierre, 10 n, 51 n,

93 n, 101 n, 134 n, 174 n, 236 n, 248 n, 250 n, 252 n, 299 n, 309 n, 364 n, 451 n, 545-63
 Bristed, John, 224 n
 Broglie, Charles Louis Victor, 228 n, 378 n
 Brooke, Rupert, 503, 506 n
 Brooklyn, 498
 Brooks, Philip C., 509 n
 Brooks, van Wyck, 226 n, 451 n, 464 n, 466 n, 467 n, 472 n, 474 n, 475 n, 484 n, 488 n, 489 n, 493 n, 495 n, 500 n
 Brown, John, 405 n
 Browne, C. A., 243 n
 Browne, Thomas, 16, 124 n
 Bruhns, Karl, 155 n, 376-81 n, 427 n, 441 n
 Brunet, Gustave, 500 n
 Brunetière, Ferdinand, 524
 Bruno, Giordano, 12 n, 334 n, 409, 542 n
 Brunstad, F., 19 n, 400 n
 Bryant, William Cullen, 375 n, 504 n
 Buchwald, Reinhard, 384 n
 Bucke, Richard M., 497 n
 Buckle, Henry Thomas, 469 n
 buen salvaje, mito del, 206
 —contribución de los jesuitas, 60, 170
 Buenos Aires, 288 n
 buey, 4, 42, 95, 132, 208, 210, 211, 235 n, 248, 267
 —carne mala de, 53, 56 n, 315, 384, 396
 —conserva los cuernos, 197
 búfalo, 42, 480
 Buffalo Bill, 225
 Buffenoir, Hippolyte, 133 n
 Buffon, Jean Louis Leclerc, VII, IX-X, 63, 130, 144, 147 n, 150, 155, 156 n, 157, 174 n, 198, 199, 200-2, 215, 222, 224, 251, 252, 255, 256, 257, 261 n, 266, 269, 274, 276, 278, 292, 299, 300 n, 302 n, 305, 308, 309 n, 319 n, 322, 330, 337, 344, 346, 349, 350 n, 360 n, 365, 367, 372, 374, 411, 417, 425, 433 n, 442 n, 456, 459 n, 476, 480, 513, 514 n, 515 n, 517, 524, 553, 554, 562 n, 565 n, 574, 575 n, 581
 —y Mme du Boccage, 98 n
 —y Bodin, 36
 —y Boulanger, 55
 —y Caldas, 281, 284
 —y Clavigero, 177-84
 —y Chastellux, 553-4
 —y Darwin, 420-1
 —y de Pauw, 49-52, 54, 58-9, 511
 —y los gigantes, 76
 —y Gilij, 205-6, 213
 —y Goldsmith, 148 n
 —y Hegel, 385, 388, 394-5, 406-7
 —y Herder, 260-1 n
 —y Humboldt, 370-80, 382 n, 383, 406; sus ideas sobre los animales americanos, 3-31, 42 n
 —y Jefferson, 232-44
 —y Jolis, 200-1
 —y Kames, 160-1

—y Keats, 315 n
 —y Keyserling, 623
 —y los latinoamericanos, 263, 284-5 n
 —y Marmontel, 47
 —y Mazzei, 248-9
 —y Mier, 284 n
 —y Molina, 193-6
 —su nueva posición, 139-41
 —originalidad de, 523-9
 —y los pájaros áfonos, 147
 —y Pernety, 77-9, 88
 —y Quinnet, 429-33
 —y Raynal, 43-4
 —y Schopenhauer, 422
 —y Thoreau, 482
 —y Voltaire, 39-40
 buho, 494
 buitres, 473
 Bülow, Dietrich von, 309 n
 "bundling", 252-3, 254 n, 549
 Bunge, M., 289 n
 Burchell, William John, 416
 Burckhardt, Jacob, 129 n, 502 n
 Burdeau, A., 422 n
 Burdeos, 270, 376 n, 378 n
 Burdett-Coutts, Angela, 460, 464 n
 Bürgel (Turingia), 75
 Burke, Edmund, 192 n, 227 n, 228
 Burnet, Thomas, 124, 135 n, 235 n
 Burroughs, John, 489 n
 Burton, Robert, 525
 Bury, John Baptist, 117 n, 550 n, 551 n
 Butte, W., 126 n
 Buxton Forman, Maurice, 314 n, 315 n
 Byron, George, 126 n, 317-21, 340 n
 Byron, John, 50 n, 103

caballo, 4, 24, 38, 43 n, 79, 89, 153 n, 208, 211, 248, 255, 301 n, 320, 344, 393, 416
 Cabanyes, Manuel de, 572 n
 Cabello Balboa, M., 518 n
 cabra, 4, 5, 79
 cacao, 77, 164, 187, 192, 216
 Cacambo (pers.), 190
 cadena de los seres, 20, 300, 408, 540, 541
 Cádiz, 405 n
 —Cortes de, 287
 café, 77, 81, 164, 299, 568
 Cagliostro, Giuseppe Balsamo, Conde de, 572
 Caillet-Bois, Ricardo R., 169 n
 caimán, 51, 379, 416, 431, 494
 Caín, 354-5, 359, 558
 Cairo, III., 445 n, 454, 458
 calabaza, 12, 210, 257
 Calamus (*rectius*: Calanus), 239 n
 Calancha, Antonio de la, 166, 280 n, 518 n
 Calanus. Véase Calamus
 Caldas, Francisco José de, 57 n, 274 n, 280-5, 292, 320 n, 381, 396 n, 516 n
 Calibán (pers.), 67
 California, 188 n, 264, 279 n, 356, 478 n, 506, 579

- indígenas de, 113, 356
 Callegari, C. V., 177 n
 Callender, James Thompson, 441 n
 calmuco, 95, 184, 301
 Calvert, George Henry, 340
 calvinismo. Véase protestantismo
 Calvo, Julián, 223 n
 Calzones-de-Cuero (pers.), 225
 Cambon, Glauco, 500 n
 camello, 4, 42, 52, 153 n, 183, 270, 281, 416, 431, 517, 568 n
 Campagna romana, 447
 Campanella, Tommaso, 37, 122 n, 350
 Campbell, John W., 244 n
 Campbell, K., 488 n
 campesinos:
 —europeos, 97, 213
 Campomanes, Pedro Rodríguez de, 268
 Canadá, 62 n, 115, 139, 253 n, 297, 308, 370, 380 n, 434, 478 n, 483, 484 n
 —mujeres de, 579 n
 Canarias, 36, 53 n
 Canby, Henry Seidel, 464 n, 482 n, 486 n, 488 n, 489 n, 493 n, 495 n, 497 n
 cangrejo, 377
 canibalismo, 41, 92, 97, 156, 163 n, 170, 188, 206, 213, 248, 259, 274, 352, 415, 456, 471, 535-6
 —preferido al homicidio como tal, 93 n, 97, 162, 189, 190-1
 Cannel, Henriette, 130-3
 Canning, George, 102 n
 Canova, 437 n
 Cantú, César, 573 n
 Cafiete, García Hurtado de Mendoza, Marqués de, 71
 Capéran, Louis, 186 n
 Capillas, Las, 46 n
 Capodistria, 217 n
 Caracas, 378 n
 Caracciolo, Domenico, 114 n
 caracoles, 405 n
 Carbia, Rómulo D., 91 n, 173 n, 198 n, 267-9 n
 Cardano, Gerolamo, 35
 Cárdenas, Juan de, 167 n, 523
 Carducci, Giosué, 333, 478, 500 n
 Caribaldi, Gioacchino, 555
 caribes, 140, 303 n, 370 n, 376, 399, 584 n
 —trabajos en madera de los, 78
 Carle, M., 74 n
 Carletti, Francesco, 10 n, 530
 Carli, Gian Rinaldo, vii, 73, 86 n, 100 n, 101 n, 106, 178, 179 n, 194, 199, 214-21, 222, 251, 269 n, 276, 279, 284 n, 285-8, 290, 299 n, 319 n, 322, 349, 360 n, 367, 380, 414 n, 575, 576
 Carlomagno, 121
 Carlos III de Borbón, 171, 176 n, 205
 Carlos V, 114, 115 n, 122
 Carlyle, Jane Welsh, 463 n, 464 n
 Carlyle, Thomas, 363, 365, 367, 387, 395 n, 398, 499
 Carmichael, William, 240 n
 Carnéades, 95
 carneros, 5, 436
 carnívoros, 14
 Caro, Elme, 235 n
 Caro, P., 148 n
 Carolina del Sur, 161, 169
 Carro, V. D., 65 n
 Cartagena, 42, 83 n, 204
 cartagineses, 157, 536
 Cartier, Jacques, 119
 Cartwright, John, 116 n
 Carus, Carl Gustav, 329 n
 Casadio, C., 570 n
 Casanova, Giacomo, 555 n
 Casas, fray Bartolomé de las, 61-6, 70, 86, 88 n, 97, 104 n, 123 n, 151 n, 156, 158 n, 172, 174 n, 185 n, 189 n, 205, 212, 228, 239 n, 259 n, 269, 292, 360 n, 367, 400, 447, 530 n, 535-6, 542
 Casaubon, Isaac, 112
 Casini, Tommaso, 571 n
 Caso, Antonio, 126 n
 Cassará, S., 351 n, 358 n
 Cassidy, Hopalong, 225
 Cassirer, Ernst, 29 n, 302 n, 329 n
 castañas, 207
 Castellanos, Juan de, 280 n
 Castiglioni, Luigi, 117 n, 224 n, 233 n, 250-254, 273 n
 Castilla, 173 n
 castillos:
 —ausencia de, en América, 332-4, 347, 496-7
 Castle, Eduard, 11 n, 177 n, 340 n, 342 n, 343-9 n, 465 n, 473 n
 castor, 574 n
 Catalina II de Rusia, 171 n
 Catalina de Siena, Santa, 516 n
 Cataluña, 173 n, 271, 275 n
 Catania, 567
 Catarapa, 219
 Cather, Thomas, 460 n, 461 n
 Catón, Marco Porcio, 461, 570
 Cattaneo, Carlo, 416, 537
 Cauca, río, 352
 caucho, 568
 cebolla, 184 n
 cebra, 416 n
 cedro, 16
 celtas, 99
 Cellier, León, 322 n, 366 n, 367 n, 370 n, 371 n
 centzontle, 182, 189, 194 n, 208 n
 cerdo, 5, 40 n, 42, 89, 104 n, 132, 208, 248, 265
 cerezas, 195, 440
 Cervantes, Miguel de, 96
 cerveza, 470
 —bebida de de Pauw, 219
 César, Cayo Julio, 60
 Cesena, 176
 Ciampini, R. 232 n, 244 n, 247 n, 250 n

- Cicerón, Marco Tulio, 34, 38
 Cid (pers.), 402
 ciervo, 5, 146, 183, 196, 207, 209, 210, 554
 —americano. Véase alce
 Cieza de León, Pedro, 61, 212 n, 349, 518 n
 Cilent, Raphael, 533 n
 Cincinnati, 373 n, 437, 440, 442 n, 443 n, 446 n
 Cincinnato, Tito Quinzio, 317, 558
 circuncisión, 131 n, 179
 ciruelas, 440
 Cisneros, C. B., 266 n
 civilización, concepto de:
 —en De Pauw, 513; en Leopardi, 351-8; en el siglo XVIII, 412; en Thoreau, 484; en Vauvenargues, 83
 Clarissa (pers.), 100
 Clark, Harry Hayden, 227 n
 Clark, R. T., Jr., 62 n, 259 n
 Claviere, Étienne, 545 n
 Clavigero, Francisco Xavier, 17 n, 41 n, 42 n, 66, 73, 112, 144 n, 147 n, 168, 174 n, 175, 176-92, 195 n, 199, 204, 205, 211, 215, 220, 221 n, 233 n, 237 n, 240 n, 251 n, 268, 272, 273 n, 288, 293 n, 302 n, 380, 381, 406 n, 445, 513, 526, 535, 564, 575, 582, 586 n
 Cleaveland, Parker, 328 n, 330 n
 Clemenceau-Jacquemarie, Madeleine, 131 n
 Cleopatra, 506
 clima, 82, 248, 249, 259 n
 —de América del Norte, 226, 251, 311, 447
 —y cultivos, 83, 350, 450 n
 —de Chile, 32, 266
 —y esclavitud, 68-70, 276, 282 n, 296 n, 402 n, 482 n
 —y fecundidad, 583 n
 —e inmortalidad del alma, 325
 —e instituciones, 27, 401-22, 470
 climas, teoría de los:
 —en la Antigüedad, 33-4
 —en Berenson, 517
 —en Bodin, 34-7, 128 n
 —en Emerson, 469-70
 —en Gilij, 207
 —en Hegel, 395, 401-2
 —en Huntington, 127 n, 517
 —en Tanco y Caldas, 281-5
 —de Tasso a Hume, 37-9
 —en Unánue, 275-6
 —en Voltaire, 30
 —rebatida, 308
 Clinton, Dewitt, 374
 Cloots, Anacharsis, 43 n
 Clough, Arthur Hugh, 126 n
 Cobden, Richard, 442 n, 449 n
 Cobo, Bernabé, ix, 53 n, 292 n, 518 n, 528-9
 cobre, 187
 coca, 86 n
 coco, nueces de, 192
 cocodrilo, 57, 276, 373, 379, 384, 396, 416, 438, 516
 cochinilla, 77
 Cochrane, Eric W., 514 n
 Cogswell, Joseph Green, 330 n
 Coleridge, Samuel, 451, 465
 colibrí, 422
 Colle, 246 n
 Collingwood, Robin George, 21 n, 31 n, 39 n, 251 n, 289 n, 407 n, 408 n, 539 n, 543 n
 Colomb, Romain, 443 n
 Colombia, 204, 281-2, 284, 292, 424, 580 n
 Colón, Cristóbal, vii, 37, 59, 85, 91 n, 111, 114, 118, 146, 163, 324 n, 351, 372, 393 n, 476 n, 482, 484, 516 n, 524, 578 n
 Colón, Fernando, 269
 colonialismo:
 —condenado, 52, 60, 297
 —defendido por Galiani y Fichte, 114
 colonias, 298-9
 —comercio en las metrópolis, 258
 —relaciones con la metrópoli, 116-7, 136-7, 307-8
 Colorado, 455
 Colton, Calvin, 465 n
 Columbia, río, 53 n
 Colvin, Sidney, 314
 cometas, 99, 308, 391, 417-8
 Commager, Henry Steele, 229 n, 334 n
 Compagnoni, Giuseppe, 454 n, 556 n, 570-88
 Comte, Auguste, 300 n, 365 n, 424-9, 449 n, 469 n
 Concepción, 192 n
 Concolorcorvo, Calixto Bustamante Carlos Inca, 167 n, 169
 Concord, N. H., 470, 478
 Condamine, Charles-Marie de la, 86, 95 n, 96 n, 105 n, 153 n, 161, 205, 212, 222, 269 n, 299 n, 301 n, 377, 580
 Condillac, Bonnot de Mably de, Étienne, 100
 cóndor, 40 n, 146, 422
 Condorcet, Antoine-Nicolas de, 47, 137 n, 246-7
 conejo, 179, 535, 554 n
 Confucio, 103
 Connecticut, 241, 247 n, 253, 467 n
 Constant, Benjamin, 371 n
 Constantinopla, 244
 Conway, M. D., 227 n, 495 n
 Cook, Agencia, 529
 Cook, E. C., 223 n
 Cook, James, 154-5, 229 n, 301 n, 315 n, 476
 Cooper, Duff, 299 n
 Cooper, Fenimore, 225, 324, 375 n, 442 n, 473 n
 Copérnico, 21, 408
 "copyright", 434, 445 n, 455, 463 n, 465
 Coquimbo, 567
 Coram, Robert, 224 n

- Corbató, H., 168 n, 172 n
 Córcega, 169
 Cordier, Henri, 135 n, 162 n
 Corgnale, 574 n
 Corner, G. W., 243 n
 Correal, François, 220 n
 Correnti, Cesare, 416, 417 n
 corriente:
 —del Golfo, 145 n
 —de Humboldt, 99, 145 n
 Cortés, Hernán, 85, 110 n, 114, 115 n, 122, 172 n, 177, 189
 Coruña, La, 378 n
 corzo, 5, 24
 cosaco: comido por un húsar, 190-1
 Costabili, Gianbattista, 579 n
 Cotopaxi, 566
 Cowley, Abraham, 124, 126 n
 Cowley, Malcolm, 289 n, 494 n
 coyote, 182 n
 Coxe, William, 587 n
 Craven, Mme Auguste, 448 n
 creacionismo, 9-10
 Crèvecoeur, Hector Saint-John de, 504 n
 eriollos, 59, 90, 127, 164-70, 184, 270-1, 282 n, 288, 303 n, 399, 411, 419 n, 531, 533 n
 —afónicos, 161
 —doctrina de los, 87-8, 168, 214
 —dotes intelectuales de los, 166, 169, 222-3, 264, 266-7, 268 n, 377, 382
 —orgullo telúrico, 165, 192 n, 198
 —rehusan solidaridad con los indígenas, 270-1
 —todos son iguales, 197; belleza de los, 585; fecundos, 584 n; longevos, 88, 167-168, 214, 235 n, 549 n; precozmente seniles, 259 n, 549 n
 cristianización:
 —de América, 119-20, 122-4, 228, 285, 356 n, 400, 553
 —lujo de sus iglesias, 213
 Croce, Benedetto, IX, 12 n, 18 n, 19 n, 39 n, 158 n, 162 n, 185 n, 244 n, 289 n, 308 n, 332 n, 388 n, 390 n, 391 n, 401 n, 536 n, 543, 548 n, 550 n
 Croizier, abate, 279
 Cromwell, Oliver, 429
 Crothers, Samuel M., 11 n
 cruz, 121
 Cruz y Bahamonde, N. de la, 193 n
 cruzamiento:
 —en los animales significa decadencia, 95
 —técnica del, en los vegetales, 249
 cuáqueros: 252, 254, 317, 463 n, 489 n, 508
 según Compagnoni, 580 n; Chastellux y Brissot, 545-63; Chateaubriand, 324; Galliani, 116-7; Mazzei, 248
 Cuba, 347 n
 cuchillo, 149
 cuernos:
 —del alce, 243, 554

- de los bueyes, en Chile, 197, 210
 —de las divinidades fluviales, 324 n
 cuervo, 149, 190
 Cullen, Charles, 176 n
 cultivo del campo: mejora el clima, 13-4, 83, 91, 292 n, 350, 582 n
 Cumaná, 376 n, 377 n, 441 n
 Cunningham, Peter, 157 n
 Cunliffe, Marcus, 71 n, 232 n, 333 n, 374 n, 454 n, 464 n, 466 n, 495 n, 504 n, 507 n
 Cuoco, Vincenzo, 550 n
 Curti, Meale, 116 n, 192 n, 226 n, 228 n, 232 n, 374 n, 419 n, 433 n, 465 n, 471 n, 497 n, 500 n, 504 n, 537 n
 Curtius, Ernst Robert, 467 n, 495 n
 Cushing, Caleb, 587
 Cuvier, Georges, 23, 55, 299-300, 380, 427 n, 476 n
 Cuzco, 46 n, 54, 64 n, 215 n, 320 n, 363

- Chabod, Federico, 29 n, 144 n
 Chacón y Calvo, J. M., 168 n
 Chactas (pers.), 307 n, 324
 Chamfort, Sebastian Roch Nicolas, 553 n
 Channing, William Ellery, 466 n
 chapetones, 164
 Charcas, 271 n
 Chardin, Jean, 38, 40
 Charleston, 161 n, 447
 Charlestown, 161 n, 364 n
 Charlevoix, Pierre François Xavier de, 60, 98 n, 147 n, 161, 349 n
 Charron, Pierre, 37
 Charles, Philarète, 225 n, 405 n, 464 n, 465 n
 Chastellux, François Jean, marqués de, 227 n, 231 n, 233 n, 236 n, 239 n, 240 n, 241 n, 242 n, 299 n, 364 n, 466 n, 545-63
 Chateaubriand, François-René de, 22 n, 147 n, 273 n, 283 n, 307, 320 n, 322-7, 328, 345 n, 350 n, 356 n, 359 n, 376, 404 n, 442, 445 n, 458, 515 n, 556 n
 Châtelet, Gabrielle Émilie, 40
 Chauncey, Isaac, 318
 Chénier, André, 192, 225 n, 307, 546
 Chevalier, Michel, 126 n, 365-6 n, 405 n, 411, 424, 443 n, 460 n, 461 n, 464 n, 465 n
 chicozapote, 182
 Chile, 79, 175, 192-8, 401, 404, 405 n, 564, 567, 582 n
 —artes y técnicas, 197 n
 —bordados de, 78
 —clima privilegiado de, 43, 98-9, 145 n, 192-3, 301 n
 —robustez de sus habitantes, 141, 301 n, 584
 Chimborazo, 101, 377
 China, 418 n, 425, 586 n
 —colonia egipcia, 103, 135-8, 259
 Chinard, Gilbert, 67 n, 78 n, 83 n, 90 n, 138 n, 170 n, 190 n, 224 n, 229 n, 235 n, 244 n, 373 n, 488 n, 514 n, 515 n, 532 n, 548

- chinos, 11, 55 n, 92, 102 n, 105, 552 n
 —en América, 369, 423
 —ignoran la pintura, 81 n, 569
 —todos son iguales, 94 n
 chipewai, 580 n
 chirimoya, 182
 Choiseul, Étienne François, duque de, 116 n, 118
 Chuquet, Arthur, 155 n
 Chquisaca, 271-2
 Church, Henry Ward, 43 n, 49 n, 73 n, 82 n, 90 n, 91 n, 93 n, 138 n, 273 n, 514 n, 565 n
 Churchill, Winston Spencer, 126 n
 Chuzzlewit, Martin (pers.), 455, 459, 462
 Dacier, Anne, 38
 D'Alembert, J. Le Rond, 90 n, 115, 554 n
 dama europea: sus costumbres raras, 53 n, 78, 87, 489
 D'Ancona, Alessandro, 122 n, 246 n
 Dandolo, Tullio, 579 n, 588 n
 Dandolo, Vincenzo, 571
 Daniel, 119, 120 n, 121 n
 Daniel, Samuel, 3
 danta, 211
 Dante, 21 n, 22, 120, 283 n, 333, 426 n, 495 n, 539 n, 540
 Danton, Georges Jacques, 546
 Danubio, 445 n
 Darién, 314
 Darwin, Charles, 15 n, 30, 75 n, 229 n, 235 n, 406, 416, 420-1, 429, 432, 499, 500 n, 527 n
 Dauban, Charles Aimé, 130-4 n, 512
 Daudin, Henri, 4 n, 10 n, 16 n, 18 n, 20 n, 23 n, 25 n, 29 n, 30 n, 147 n
 Dávalos, José Manuel, 223 n, 264-5, 275, 279
 David, 568
 David, Gérard, 68 n
 Dávila Condemarin, José, 194 n, 198 n, 278-80
 decadencia cósmica, 11, 52 n, 56, 76 n, 127
 De Castro, Josué, 41 n
 Deffontaine, P., 43 n
 Defoe, Daniel, 49
 deformación craneana, 53, 163, 303, 349, 580
 De Gandia, Enrique, 75 n, 509 n, 511
 De Guignes, Joseph, 135-6
 Delacroix, Jacques Vincent, 86-7 n
 De la Fuente, D. V., 123 n
 De la Maza, Francisco, 286 n
 Delaware, 324 n
 Delisle de Sales, Jean Claude Izouard, 9 n, 17 n, 49 n, 53 n, 73, 78-9 n, 100-6, 107, 135 n, 241 n, 322 n, 367 n, 543 n, 566 n
 Dell, Floyd, 525 n
 Delvaile, Jules, 550 n
 De Maillet, Benoît, 12, 101 n
 De Maistre, Joseph, 61, 92 n, 123 n, 221,

- 258 n, 282 n, 327 n, 358-64, 370 n, 415, 423, 425, 426 n, 427, 460, 490 n, 537, 558 n
 De Martino, E., 419 n
 De Millo, José Rodrigo, 214 n
 Demóstenes, 109, 238
 Dempf, Alois, 413 n
 Denny, Margaret, 225 n, 333 n
 Denver, 491
 De Pauw, Cornelio, IX, 10 n, 37, 41 n, 42 n, 49-72, 106-11, 155, 156, 157, 168, 170, 171, 192 n, 193 n, 198, 199, 200-3, 214, 215 n, 222, 229, 230, 233 n, 241 n, 251, 252, 255, 257, 265, 267, 269-71, 276-7, 279-80, 282, 290, 292-3, 299 n, 302 n, 304, 305, 306, 308, 309 n, 322, 327, 345 n, 349 n, 358 n, 363, 364, 367, 370 n, 373-4, 382, 396, 397 n, 400, 417, 421 n, 423, 442 n, 444 n, 452, 454, 481, 482 n, 484, 498, 507, 513, 514 n, 516, 518, 539, 543, 554 n, 559, 575, 579, 580 n, 581 n
 —acerca de los chinos, 135-8, 569 n
 —acerca de los griegos, 319-20, 322, 552 n, 571
 —acusado de venalidad, 194, 279
 —se evita el citar lo, 59, 172 n, 174, 240 n, 260, 313, 367, 381, 559 n
 —y la Inquisición, 174
 —y los latinoamericanos, 263
 —obras de, esperadas, 89-90, 249-50
 —obscuridad de, 179
 —olvidado, 349 n, 411, 512-4
 —rareza de las *Recherches*, 113 n
 —supuestos viajes de, 102 n
 —utiliza a Oviedo, 37
 —utilizado por los españoles, 86, 174, 285-6
 —y Bacon, 58
 —y Bonneville, 93-7
 —y Caldas, 284-5
 —y Carli, 214-21
 —y Clavigero, 177-89
 —y Delisle de Sales, 100-6
 —y de Maistre, 358, 360-2, 537 n
 —y Drouin de Bercy, 564-70
 —y Fonticelli, 163
 —y Franklin, 221-2
 —y Frisi, 98-100
 —y Galiani, 112-3
 —y Goethe, 337-9
 —y Goldsmith, 149-50 n
 —y Hegel, 385
 —y Herder, 137, 258-9, 260-1
 —y Humboldt, 380-3
 —y Jefferson, 239
 —y Kant, 300-1
 —y Marmontel, 47
 —y Mazzei, 248-9
 —y Mier, 292-5
 —y Molina, 193-5
 —y Moxó, 272-4
 —y Nuix, 171-4
 —y Pernetty, 74-89
 —y Mademoiselle Philpon, 129-34

y Raynal, 43 n, 46 n
 y Revillagigedo, 175
 y Robertson, 144-6, 150-2
 y Volney, 310
 y Voltaire, 42 n, 134-8
 y Webb, 162-3
 de Ruggero, Guido, 538 n
 de Sanctis, Francesco, 350, 359 n
 Descartes, Renato, 105, 179 n, 425 n, 501 n
 Desdémona (pers.), 132
 Desmoulins, Camille, 546
 Desmoulins, Lucille du Plessy, 546
 desnudez: de las americanas, 87
 De Stefano, Francesco, 221 n, 222 n
 Destutt de Tracy, Antoine Louis, 572
 De Tipaldo, Emilio, 572 n, 574 n
 Detroit, 453 n, 470 n
 De Vries, Hugo, 55
 Dewey, John, 21 n
 diamantes, 164
 —blandos, 92
 Diamilla Müller, Demetrio, 572 n, 577 n
 Díaz-Thomé, Hugo, 269 n
 Dickens, Charles, 425, 434 n, 442 n, 451 n, 453-65, 472
 Dickinson, John, 109
 Dickinson, hermana, 550 n
 Diderot, Denis, 18, 19, 28, 29 n, 37 n, 50 n, 77, 81 n, 90 n, 100, 107 n, 135 n, 154, 250 n, 319 n, 338, 489, 526, 547 n, 550 n, 551, 552 n, 553 n
 Díez-Canedo, Joaquín, 223 n
 Dilke, Charles Wentworth, 316
 Dillon, A., 45 n
 Dilthey, Wilhelm, 405 n, 408 n
 diluvio, 300 n, 367
 Dimmersdale (pers.), 228, 504 n
 Dindymus, 239 n
 Dingwall, E. J., 253 n, 313 n, 447 n
 dinosaurios, 15
 Diocleciano, 121
 Diodoro Sículo, 576 n
 "Dismal Swamp", 454-5 n, 459, 482, 494, 567
 Dobritzshoffer, Martin, 201 n
 Doll, Eugene Edgar, 125 n, 126 n, 141 n, 155 n, 205 n, 231 n, 297 n, 309 n, 336 n, 341 n, 380 n
 Dollinger, A., 322 n
 dominicos, 60, 69, 188 n
 —en el Perú, 166
 Donne, John, 3, 22 n, 291 n
 Doria, Andrea, 351 n
 Doria, Gino, 530 n
 Doumic, René, 130 n
 Dove, John, 56 n
 Doyon, René-Louis, 443 n
 Dracon, 288 n
 dragones, 323
 driadas, 315, 323, 350 n
 drogas, 258, 265
 —afrodisíacas, 130, 219 n, 569 n, 575 n, 582

—terapéuticas, 293 n
 dromedario, 4, 270, 281
 Drouin de Bercy, 88 n, 100 n, 454 n, 564-570, 573-5, 578, 580 n, 582 n, 584 n, 586 n
 Droysen, Johann Gustav, 419
 Droz, Jacques, 155 n
 Drumond, William de Hawthornden, 22 n
 Du Bos, Jean Baptiste, 38, 40
 Du Bourg, 109 n
 Duden, Gottfried, 343 n
 Duhamel, Georges, 512 n
 Dumbo (pers.), 183 n
 Dumont, Georg-Mar. Butel, 273 n
 Du Moulin, Pierre, 22 n
 Dundee, 435
 Dunmore, John Murray, Lord, 238, 548
 Dupont de Nemours, Pierre Samuel, 246, 297
 Dupuis, Charles François, 136 n
 duraznos, 195, 207, 440
 Düsseldorf, 338
 Dwight, Theodore, 466 n
 Dwight, Timothy, 225 n, 374
 Earle, Edward Mead, 231 n
 Ebeling, Cristoph Daniel, 126 n
 Ecuador, 175, 198, 377
 Eckermann, Johann Peter, 235 n, 331 n, 336, 337 n, 340 n
 Echeverría, Durand, 107 n, 109 n, 111 n, 194 n, 241 n, 247 n, 253 n, 297 n, 451
 Echeverría y Veytia, Mariano Fernández, 178 n
 Edad Media, 128, 332, 384, 540-1
 Eden, E. U. A., 454 n, 456, 458, 481 n
 Edimburgo, 373
 Edwards, John, 56 n, 125
 Egidio Romano, 69 n
 egipcios, 55 n, 92
 —y chinos, 135-7
 —modernos, degenerados, 95, 569
 —modifican su clima, 83 n
 —según Sócrates, 33
 Egipto, 46 n, 127 n, 259, 418 n, 420
 —"asiaticidad" de, 137 n
 —cura de sordomudos en, 366
 —escultura de, 152 n
 —expedición de, 298
 —pirámides de, 484 n, 496, 506
 —según Emerson, 484
 —según Thoreau, 484
 Eguiara y Eguren, Juan José de, 69 n, 77, 167 n, 169, 280 n
 Einaudi, Luigi, 289 n
 "élan" (alce), 5 n, 40 n
 Eleandro (pers.), 352
 elefante, 3, 10, 11, 14, 15, 16, 19, 20, 22, 26, 31, 36 n, 40 n, 104, 146 n, 233 n, 242 n, 261 n, 299, 325, 395, 422, 431, 517
 —vituperado, 568
 "elk". Véase alce
 Ellice, Edward, 319 n

Elton, Oliver, 158 n, 162 n, 455 n
 emancipación latinoamericana, 171 n, 288-290, 297, 427, 518, 587
 —sus reflejos en la economía, 586 n
 emblemas:
 —bandera, 462, 472, 570
 —costumbres, 332-3
 —escudo, 320, 462, 470 n, 503-4
 —título nacional, 345, 503-4
 embriaguez:
 —de las indígenas americanas, 154 n; de los indígenas americanos, 187, 372, 400, 575 n
 —de los norteamericanos, 225 n, 440, 447, 448, 450 n, 562, 563 n
 Emerson, Ralph Waldo, 16 n, 44 n, 317 n, 393 n, 429, 463 n, 464 n, 465-70, 473, 474 n, 475, 476, 478, 484, 495, 497 n, 510
 emigración:
 —de Europa en América, 80, 86, 118, 247, 321, 339-40, 343, 345, 370, 456 n, 474 n, 490, 500-2, 507, 534, 569
 —durante la Revolución francesa, 66 n, 254, 297-8
 —mito del "melting pot", 507
 Emilio (pers.), 289
 Emrich, Wilhelm, 329 n
 Encausse, G. Véase Papus
 encina, 81
 Encina, Fr. A., 198 n, 532 n
 encomienda, 62, 332
 Ennemoser, Joseph, 126 n
 Engel, Joh. Jacob, 304 n
 Epicteto, 95
 Epicuro, 9 n
 Épinay, Louise Florence, Madame d', 19, 107 n, 111 n, 112, 114, 116 n, 117 n, 129, 549, 551, 555 n
 Erdmann, Johann Eduard, 418 n
 Errante, Vincenzo, 342-3 n, 346 n, 347 n, 348 n
 Esaú, 540, 558
 Escalígero, Julio César, 112
 Escipión Africano, 536
 escitas, 33, 36, 62 n, 239 n, 319 n, 324
 esclavitud:
 —en América, 29 n, 240 n, 248, 423 n, 427 n, 434, 438 n, 441, 444, 448, 452 n, 456, 461, 463, 465, 470, 471 n, 472, 473, 477, 546
 —justificación económica de la, 299, 470 n
 —natural, según Aristóteles, 63-6, 556 n, 558 n; y clima, 68-70, 282 n, 319 n
 —de los negros, 400, 424, 556
 escoceses, 158, 253 n, 428
 Escolapio, 33, 277
 escorpiones, 148
 eslavos, 405 n
 esmaltes, de los indios americanos, 92 n
 Esmirna, 244
 Esopo, 238, 853

España, 510; caballos de, 89, 95; ovejas, 95
 —Academia de la Historia, 267, 268, 269 n
 —Archivo General de Indias, 268
 —franquista, 173 n
 —habitantes de, ferocidades cometidas en América, 45-6, 47, 52, 53 n, 71, 78, 80, 86, 92, 104, 124, 151 n, 156, 172-4, 176 n, 259, 370, 400, 428 n, 530-4, 566, 578; ferocidades cometidas en España, 537 n; defendidos por Galiani, 115; ignorantes, 96, 168; de ingenio elegante, 61, 64, 77; opuestos a De Pauw, 164; paladines de la fe, 119; vigor erótico de los, 582-3
 —misión política de, 121-2; debilitada, 553 n
 espartanos, 220, 301, 319-20, 322 n, 367 n, 552 n, 569
 especie:
 —capricho de la naturaleza, 390, 394, 539 n, 543
 —concepto de, 30-1, 106, 207; según Darwin, 420-1; según Schopenhauer, 421-2
 —constante, según Buffon, 20; según Comte, 427; según Hegel, 387-9, 394, 408
 —variaciones en el tiempo, 299, 387-9, 419, 421
 esputos, 434, 440, 445, 450, 460, 465, 586 n
 Esquilache, Fr. de Borja, príncipe de, 518 n
 Esquilo, 495 n
 esquimales, 86 n, 206, 396, 399, 516
 —tienen barba, 41 n
 estabilidad:
 —e inestabilidad, 23-4
 —superior a la variación, 21
 Estados Unidos de Norteamérica, 127 n, 351, 582 n, 588
 —el amor en los, 252-5, 298, 449, 453 n, 488-9; mujeres hermosas, pero precozmente viejas, 312, 437, 447, 452, 547, 559, 586; criticadas por Whitman, 491; por Frances Wright, 437; faltas de atractivos, 345, 440, 446, 449-50, 460 n
 —auspicios de grandeza, 227, 229 n, 312, 321, 372, 443 n, 447 n, 465-6, 476; destino de los, 229, 241 n, 321, 335, 372, 403-4, 470-1, 473-4, 486-7, 504, 586; futuras luchas intestinas, 363 n; su futura ruina, 227-8, 310; imperialismo, 424, 472, 474, 501; norteños contra surianos, 312 n, 444, 461, 470, 485, 494 n, 498, 505; porvenir industrial, 245, 366 n, 424-5, 447 n, 448-9, 497; quiebras bancarias, 346 n, 462 n; ventajas que obtienen de las guerras europeas, 311
 —ciudadanía, 222, 444 n, 477, 495, 507 n, 508; su carácter, 325, 374, 411, 423-4, 433, 437-8, 440, 443 n, 445, 447, 449-50, 460 n, 461, 498, 505; carácter de la ciudad, 449; habitantes muy hermosos, 436-7,

- 449, 490-1, 585; estridencia de su voz, 225 *n*, 345, 562 *n*; lenguaje, 463 *n*, 474 *n*; población, 586; precocidad de sus habitantes, 169; precozmente envejecidos, 230, 254, 440, 445 *n*, 446, 512 *n*, 549 *n*, 558, 586
- decadencia de los, en 1776, 451-2, 473, 517; arquitectura mediocre, 248, 332, 437-8 *n*; ausencia de poesía popular, 333; falta de genios en, 313-4, 434, 467, 492; habitantes mal educados, 450, 460 *n*; plutolatría en los, 299, 317 *n*, 344, 346, 404 *n*, 424, 443 *n*, 448, 462 *n*, 493 *n*, 498
- infantilismo político, 363, 403, 423-4, 427, 501 *n*; se exalta su infancia, 226-7; sus rasgos europeos, 404, 411, 426 *n*, 428, 452, 487 *n*, 501-2; se le recomienda no imitar a Europa, 226 *n*, 333-4, 442, 466, 467, 470-1, 473 *n*, 477, 481 *n*
- orgullo psicológico, 223, 224, 229, 491; orgullo militar, 312, 473-4; orgullo político, 450-1; orgullo telúrico, 166, 192 *n*, 223, 225-7, 437, 447, 467, 470, 473 *n*, 483 *n*, 492-3, 507 *n*
- severamente juzgados por: Baudelaire, 501 *n*; Burckhardt, 502 *n*; Hebbel, 501 *n*; Heine, 349 *n*; Humboldt, 501 *n*; Niebuhr, 229 *n*, 501 *n*; Schopenhauer, 423-4; Stendhal, 443 *n*
- Estados Unidos (oriente de) (Nueva Inglaterra), 225, 226 *n*, 252, 253 *n*, 440 *n*, 447, 449, 452, 493
- Estados Unidos (occidente de), 225, 444, 446 *n*, 464 *n*, 493
- Estados Unidos (suroccidente de), 297
- Estados Unidos (sur de), 493 *n*
- Estala, Pedro de, 287
- Estanislao, rey de Polonia, 250
- estatura:
- disminución de la, 76 *n*, 126-7 *n*, 161, 351, 362 *n*, 490
- de los norteamericanos, 77 *n*, 223-5, 349, 450, 452, 467 *n*, 489-90
- Estéfano (pers.), 67
- Estete, Miguel de, 518 *n*
- Estrabón, 34
- Estrasburgo, 49 *n*
- estrellas:
- augurales, 465, 468, 483
- escasas en el hemisferio sur, 414
- fijas, 21, 22
- Etiopía, 36
- Etna, 567
- etnografía, 156
- Euler, Leonhard, 554 *n*
- Europa:
- acusada de infantilismo, 227, 358; de decadencia, 117, 123-4, 125, 154, 157, 256, 262, 267, 288, 413, 557
- como antedemocracia, 496
- contra Asia, 403, 568
- colonia de América, 586 *n*
- como cristiandad, 123 *n*
- europeocentrismo, 28-9, 39, 73, 88, 143, 181, 262, 294, 371, 425, 501-2, 509, 557
- sin fieras, 26 *n*
- según Hegel, 391
- montañas, 43
- raza blanca, 14 *n*, 38
- represalias americanas, 181-2, 189-92, 216, 227-8, 269, 270, 401 *n*, 494-5, 564, 565-6, 567-9, 574, 586 *n*; restauración en, 294, 342, 414 *n*, 507 *n*, 572; salvajes en, 67-8
- “Europamüdigkeit”, 340 *n*, 404, 448 *n*
- Eustace, John Chetwode, 125 *n*
- Eva, 354
- evolucionismo, 30, 380, 387-9, 407, 419, 429, 433, 499
- excrementos, 408 *n*, 417, 561
- exotismo, 376
- en Chateaubriand, 322
- en Marmontel, 47
- Ezequiel, 121
- Fabian, Bernard, 436 *n*, 439 *n*, 447 *n*, 450 *n*, 451 *n*, 464 *n*, 465 *n*
- Fabre, Jean, 250 *n*
- Fabre d'Olivet, Antoine, 322 *n*, 366-71
- Faenza, 198
- Fagin, N. Brillyon, 372 *n*
- Faguet, Emile, 14 *n*, 372 *n*, 426 *n*, 430 *n*
- Fairchild, Hoxie Neale, 62 *n*, 74 *n*, 150 *n*
- Falco, Giorgio, 120 *n*, 128 *n*
- Falcón, P., 518 *n*
- Faner, R. D., 488 *n*, 497 *n*
- Fantoni, Giovanni, 324 *n*
- Farnabio, Tomaso, 34 *n*
- Farsalia, 337
- Faugère, M. L., 134 *n*
- Fausset, Hugh L'Anson, 489 *n*
- Fausto (pers.), 331, 336, 337, 341, 484
- Fausto Maniqueo, 526 *n*
- Fay, Bernard, 117 *n*, 140 *n*, 223 *n*, 224 *n*, 229 *n*, 230 *n*, 240 *n*, 247 *n*, 248 *n*, 253 *n*, 254 *n*, 299 *n*, 513, 559 *n*, 582 *n*
- Fearon, 436 *n*
- Febvre, Lucien, 300 *n*, 383 *n*, 413 *n*
- fecundidad:
- diferencial del género humano, 11
- propia de los seres ínfimos, 10-1, 360 *n*, 432-3
- Federico II de Prusia, 75, 137-8, 171 *n*, 552 *n*
- Feijóo, Benito Jerónimo, 109, 123, 167-9, 179 *n*, 266, 285 *n*, 526
- Fénelon, Salignac de la Motte, François, 133, 136-7
- fenicios:
- según Sócrates, 33
- según Vico, 536
- fénix, 462 *n*
- Ferguson, Wallace K., 128 *n*
- fermentación, 9
- Fernández, Agustín Pomposo, 290
- Fernández de Oviedo, Gonzalo, 7, 16 *n*, 25, 26, 37, 40 *n*, 59, 64, 83, 86, 110 *n*, 151, 174 *n*, 187, 199, 205 *n*, 206, 211, 237 *n*, 251 *n*, 273 *n*, 377, 399 *n*, 415, 416 *n*, 524, 527, 536, 542, 565, 577
- Ferorelli, Nicola, 570 *n*
- Ferrante, Don (pers.), 105
- Ferrar, Nicholas, 124 *n*
- Ferrara, 570
- ferrocarriles, 366 *n*, 468, 475 *n*, 478, 485, 497, 506
- fertilizantes:
- naturales, 417
- químicos, 159, 195 *n*
- Feuillée, Louis, 195 *n*
- Ffrench, G., 464 *n*
- Fichte, Johann Gottlieb, 115 *n*, 335, 465
- Fidji, 154
- Field, Kate, 445 *n*
- Filadelfia, 99, 105, 236, 254, 364 *n*, 373, 545, 554 *n*, 556 *n*, 558 *n*, 560 *n*, 562 *n*
- cárcel, 464 *n*
- manicomio, 563
- Philosophical Society, 251 *n*, 293 *n*, 373
- Filangieri, Gaetano, 280 *n*
- Filemón (pers.), 337 *n*, 341
- filibusteros, 578
- Fink, Zera S., 34 *n*
- Fiorini, Vittorio, 570 *n*
- fisco, 566 *n*, 572
- Fischer, H. E., 304 *n*
- fisiocracia, 551, 558
- Flagg, Edmund, 376 *n*, 454 *n*
- flechas, 41
- envenenadas, 97, 580
- Flécher, Esprit, 133 *n*
- Flint, Robert, 129 *n*, 426 *n*
- Flint, Timothy, 437 *n*
- flora, es débil en América, 367
- sus relaciones con la fauna, 235-6, 325, 383, 390, 393, 416, 430 *n*, 553
- Flora, Francesco, 359 *n*, 572 *n*
- Florencia, 444 *n*
- Florida, 115, 264, 506
- habitantes de, 140
- Floridablanca, 115 *n*
- Flourens, Pierre, 3 *n*, 4 *n*, 14 *n*, 25 *n*, 29 *n*, 523 *n*
- foca, 194
- Focio, 579 *n*, 588 *n*
- Fontainebleau, 191
- Fontenelle, Bernard de, 38, 40, 167, 190 *n*
- Fonticelli, Antonio, 163-4
- Forbes, vizconde, 309 *n*, 441
- Forbes, Duncan, 128 *n*
- Ford, Paul Leicester, 224 *n*, 231 *n*, 373 *n*
- Forell, barón von, 378 *n*
- Formicalo, 548
- Formosa, 184
- Forster, Edward Morgan, 487 *n*
- Forster, Georg, 53 *n*, 155-6, 273, 320, 381, 383 *n*
- Foscolo, Ugo, 571
- fósiles:
- animales, 15 *n*, 76 *n*, 104, 109, 181, 236 *n*, 243-4, 299-300, 372, 405 *n*, 421
- conchas, 273, 405 *n*
- Fourcroy, Antoine François, 300
- Fraenkel, Jonas, 339 *n*
- frambuesa, 440
- franciscanos, 188 *n*
- Francisco I de Francia, 119
- Francisco II de Francia, 79 *n*
- Franck, Adolphe, 362 *n*
- Franco, Francisco, 538
- Francovich, G., 169 *n*
- Frank, Waldo, 511 *n*
- Franklin, Benjamin, 105, 107 *n*, 109, 116 *n*, 159, 179 *n*, 221-5, 229, 236, 241, 245, 247, 248 *n*, 250 *n*, 252, 267, 307, 310, 313, 474 *n*, 489, 547 *n*, 558 *n*, 563 *n*, 573 *n*
- vituperado, 316-7
- Frazier, James, 12, 189 *n*
- Freeman, John, 472 *n*
- Freisleben, Karl, 376 *n*, 378 *n*
- Freneaut, Philip, 229
- fresas, 440
- Freud, Sigmund, 49, 346 *n*, 516
- Frey des Landres, J., 78 *n*
- Frezier, Amédée François, 89, 98 *n*, 195 *n*, 531 *n*
- Frisi, Anton Francesco, 98 *n*
- Frisi, Paolo, 73, 96 *n*, 97-100, 112, 216, 564, 575
- frontera norteamericana, 174 *n*, 224 *n*, 225, 333, 337, 403 *n*, 437 *n*, 493, 508 *n*, 533
- fruta:
- en América, 26, 175, 440, 568
- con hueso, 195
- Fuchs, Harold, 120 *n*
- fueguinos, 399, 415, 516, 553
- Fueter, Eduard, 128 *n*, 144 *n*, 525 *n*
- Fullarton, 10 *n*, 15 *n*
- Fuller, Ray, 472 *n*
- Furlong, Guillermo, 76 *n*, 201 *n*, 202 *n*, 203 *n*
- Furt, Jorge M., 268 *n*
- “gachupines”, 164
- Gage, Thomas, 104 *n*
- Galápagos, islas, 421
- Galeno, 35
- Gales, 405 *n*
- Galiani, Ferdinando, VII, 107, 111-8, 122, 126, 127, 129, 157, 267 *n*, 515, 543 *n*, 549 *n*, 551, 555 *n*, 557 *n*
- y los gigantes, 76
- Gall, Franz Joseph, 489 *n*
- Gall, Ludwig, 336 *n*
- gallina, 416
- gallos, 38, 462 *n*
- de monte, 447
- Galvani, Luigi, 405 *n*
- Gamba, Bartolomeo, 221 *n*

Gamerra, Giovanni de, 219 *n*
 gamo, 4 *n*, 24
 Gandhi, Mahatma, 479 *n*
 Gandon, Yves, 443 *n*
 Ganges, 483 *n*
 Garasse, François, 62 *n*
 Garat, Dominique Joseph, 551, 556 *n*
 García, Agustín, 512
 García, R. E., 266 *n*
 García Calderón, Francisco, 515 *n*
 García Calderón, Ventura, 147 *n*
 García Icazbalceta, Joaquín, 177, 524 *n*
 García Pelayo, Manuel, 64 *n*
 Garcilaso de la Vega, 516 *n*
 Garcilaso de la Vega, el Inca, 4 *n*, 53, 79 *n*, 98 *n*, 99, 104, 128 *n*, 161, 167, 212, 218, 267, 272, 273 *n*, 280 *n*, 293 *n*, 349, 516 *n*, 518 *n*, 574, 575-6
 Garlick, R. C., 244 *n*, 245-6 *n*, 248 *n*, 250 *n*
 Garnett, David, 473 *n*
 Gasca, Pedro de la, 579
 gato, 24, 42, 113 *n*, 255, 379
 —salvaje, 482 *n*, 494
 Gatti, Angelo, 112
 Gaudin, Lois L., 90 *n*
 Geikie, Archibald, 331 *n*
 Gelli, Giambattista, 22 *n*
 generación espontánea, 9-13, 389 *n*, 422, 525
 genios:
 —en América, 240-1, 553
 —falta de, en América, 313, 317, 467, 516 *n*
 Genovesi, Antonio, 117 *n*
 Genty, abate L., 74 *n*
 geografía:
 —América como, 36, 228
 —curiosidad frívola, 52, 477
 —historia y, 113-4, 165, 197, 228, 261, 401, 403, 407, 461, 466, 502, 507, 579
 geografía zoológica, 28-30, 82, 379, 524-5
 geología, 207 *n*, 235 *n*, 236 *n*, 267 *n*, 300, 328-32, 366, 367, 372, 376, 389, 418, 421, 430, 552, 554
 geopolítica, 127, 294 *n*
 Georgia, 148
 Gerbi, Antonello, VII, 96 *n*, 122 *n*, 137 *n*, 167 *n*, 257-8, 291 *n*, 354 *n*, 514 *n*
 germanos, 138, 185 *n*, 536
 Gervinus, George Gottfried, 126 *n*, 171 *n*, 286 *n*, 448 *n*
 Getto, G., 500 *n*
 Gianturco, Elio, 359 *n*
 Gibbon, Edward, 116 *n*, 117 *n*, 150 *n*, 260, 547 *n*
 Gibraltar, 414
 gigantes, 113, 140, 225, 281, 389, 415 *n*, 581 *n*
 —antediluvianos, 323
 —bíblicos, 8, 415 *n*
 —y Dante, 22
 —patagones, 50, 75-7, 79 *n*, 80, 87 *n*, 89,

100, 104, 130, 148, 151 *n*, 215, 415 *n*, 581 *n*
 Gigli, Filippo Luigi, 204 *n*
 Gigli, Gerolamo, (545)
 Giglio, F. S. Véase Gilij
 Gil, Joaquín, 526 *n*
 Gilchrist, Anne Burrows, 497 *n*
 Gilij, Filippo Salvatore, 193 *n*, 196 *n*, 198 *n*, 199 *n*, 204-14, 330 *n*, 575, 580
 Gill-Mark, G., 98 *n*
 Gilles, Pierre, 22 *n*
 Gilman, Caroline, 465 *n*
 Gioberti, Vincenzo, 359 *n*
 Gioia, Melchiorre, 39 *n*
 Giordani, Pietro, 572 *n*
 Girard, C. F., 384 *n*
 Girtanner, Christoph, 302 *n*
 Gittings, Robert, 315 *n*, 316 *n*, 317 *n*
 Giuliani, Alessandro, 112 *n*
 Giusso, Lorenzo, 351 *n*, 353 *n*, 355 *n*, 359 *n*
 Glabro, Radulfo, 121 *n*, 125 *n*
 Gluck, Chr. W., 555 *n*
 Gobineau, 441 *n*
 Godard, P. B. (pseud. de Condorcet), 247 *n*
 Gode-von Aesch, A. G. F., 20 *n*
 Godin, Louis, 265, 277, 279, 280 *n*, 580 *n*
 "godos", 140, 164
 Godoy, Manuel de, 274, 275
 Godwin, William, 316, 480
 Goethe, Wolfgang, 29 *n*, 71, 136 *n*, 171 *n*, 207 *n*, 255, 289, 307, 328-41, 375, 388 *n*, 394, 395 *n*, 403, 455, 467, 483 *n*, 507 *n*, 539
 —y los animales, 234
 Goldsmith, Oliver, 10 *n*, 15 *n*, 24 *n*, 148-54, 183 *n*, 458, 476
 Golfo Pérsico, 102 *n*
 Goliath, 225
 Gollwitzer, Heinz, 126 *n*, 129 *n*, 404 *n*, 405 *n*, 411 *n*, 413 *n*, 414 *n*, 448 *n*, 502 *n*, 587 *n*
 golondrinas: se sumergen en el fondo de los lagos, 148-9
 Gómara, López de, 58, 82, 128 *n*, 211, 219 *n*, 238 *n*, 273 *n*, 350, 518 *n*
 Goncourt, Edmond y Jules de, 98 *n*
 González, Diego, 200
 González Casanova, Pablo, 70 *n*
 González Prada, Manuel, 514
 Goodale, D., 488 *n*
 Goodman, Godfrey, 11, 22 *n*, 82 *n*
 Gorostiza, Roque, 200
 Görres, Jakob Joseph, 128 *n*, 401 *n*
 Gostwick, Joseph, 498
 gótico, 320, 332-4
 Göttingen, 297 *n*, 373
 Gottmann, Jean, 127 *n*
 Gozzano, Guido, 515 *n*
 Graffigny, Mme de, Françoise, 99 *n*
 Graham, Tierra de, 516
 Graham, William, 161
 granadas, 182

Grande, Ettore, 273 *n*
 Grandes Lagos, 102, 145, 480 *n*
 granito, 329, 418
 Graves, Robert, 147 *n*
 Gravisi, Gerolamo, 217
 Gray, Thomas, 158
 Green, F. C., 7 *n*
 Green, Ph. Leonard, 294 *n*
 Green River, 445
 Greene, Asa, 465 *n*
 Greene, John C., 160 *n*, 240 *n*
 Gregoire, abate Henri, 117 *n*
 Gregorio, licenciado, 60, 64
 Greig, J. G. T., 115 *n*, 159 *n*
 Grenier, F., 313 *n*
 Greppi, Emanuele, 112 *n*
 Greuze, Jean Baptiste, 549
 griegos, 34, 187, 225, 318-21, 336-7, 352, 398, 402, 496
 —afinidad con los pieles rojas, 444 *n*
 —antropófagos, 188; cínicos, 338 *n*; inmorales, 187-8; sacrificios humanos, 536
 —discípulos de los egipcios, 136
 —opuestos a los bárbaros, 64, 121
 —según Aristóteles, 33, 282 *n*; Compagnoni, 571; Galiani, 114; de Pauw, 92, 157 *n*; Sócrates, 33
 griegos modernos: vilipendiados, 283, 320, 321
 Griffin, Cyrus, 559
 Griffin, Ch. L., 226 *n*
 Griffiths, J. Gwyn, 120 *n*
 Grimm, Frédéric-Melchior, barón von, 100 *n*, 107 *n*, 111 *n*, 115 *n*, 135 *n*, 250 *n*, 319 *n*, 547 *n*, 549 *n*, 551, 552 *n*, 553 *n*
 Grisebach, August H. R., 422 *n*
 Griswold, R. W., 560 *n*
 Grocio, Hugo, 34 *n*, 58 *n*
 Groenlandia, 102 *n*, 370, 580 *n*
 grosella, 440
 Grundmann, 261 *n*
 Gruvel, 193 *n*
 guaná, 584 *n*
 guanaco, 525
 guanay, 114
 guano, 279 *n*, 417
 guaraníes, 202, 203 *n*, 579, 583, 584
 guarapo, 265 *n*
 Guatemala, 168, 292, 294 *n*, 424
 Guayana, 139, 140, 297, 377, 430, 581
 Guayaquil, 215 *n*
 Guedeville, 80 *n*
 Guerra, José. Véase Mier, Fray Servando Teresa de
 guerra:
 —en América, 518 *n*, 548
 —imposible en Europa, 402-3
 —incruenta sino científica, 291
 —natural en el hombre, 359
 Guevara, Ramón de, 267
 Guibert, Jacques Antoine Hippolyte, conde de, 555 *n*
 Guicciardini, Francesco, 34, 350 *n*
 Guillemin, A., 322 *n*, 355 *n*
 Guilotin, Joseph Ignace, 546
 Guizot, 111 *n*
 Gumilla, Joseph, 161, 204 *n*, 212, 580
 Gundolf, Friedrich, 337 *n*
 gusano de seda, 245, 250
 gusanos, 9, 11, 12, 191
 Guyénot, E., 9 *n*, 20 *n*, 29 *n*
 Guyot, Arnold, 482
 Häberle, Ludwig, 343
 Hadley, Bedford K., 286 *n*
 Hahn, Friedrich Gustav, 45 *n*
 Haití, 146, 400, 584 *n*
 Hakewill, George, 22 *n*, 23 *n*, 120 *n*
 Haldane, John Burdon Sanderson, 23, 235 *n*, 303 *n*, 395
 Halévy, Élie, 158 *n*, 291 *n*, 551 *n*
 Haliburton, Thomas Chandler, 465 *n*
 Hall, Basil, 434 *n*, 436 *n*, 439, 443 *n*, 446, 448, 453, 460 *n*, 464 *n*
 Hall, Francis, 225
 Hall, James, 459 *n*
 Hamann, Johann Georg, 112, 154, 260 *n*
 Hamilton, Alexander, 231, 513
 Hamilton, Thomas, 434 *n*, 437 *n*, 441 *n*, 446-7, 448, 451 *n*, 453 *n*, 460 *n*
 Hancock, John, 307
 Handlin, O., 313 *n*
 Hanke, Lewis, 61 *n*, 63 *n*, 65 *n*, 69 *n*, 173 *n*, 174 *n*, 185 *n*
 Haring, Clarence H., 176 *n*
 Haroldo (pers.), 348
 harpías, 114
 Harris, Victor, 9 *n*, 11 *n*, 22 *n*, 56 *n*, 76 *n*, 82 *n*
 Harrison, J. Burton, 341 *n*
 Hartmann, Nicolai, 390 *n*, 406 *n*
 Harvard, Universidad de, 90, 99, 237 *n*, 243, 340
 Harvey, Paul, 3 *n*
 Hauser, Henri, 36 *n*, 44 *n*
 Häusermann, Hans Walter, 314 *n*
 Hausrath, Adolf, 417 *n*, 418 *n*
 Hawkesworth, John, 154-5, 156 *n*
 Hawley, Zerach, 253 *n*
 Hawthorne, Nathaniel, 226 *n*, 228 *n*, 335, 464 *n*, 471 *n*, 473 *n*, 481 *n*, 503, 504, 506 *n*
 Hazard, Lucy Lockwood, 489 *n*, 491 *n*, 493 *n*
 Hazard, Paul, 9 *n*, 10 *n*, 18 *n*, 29 *n*, 170 *n*, 359 *n*
 Head, Francis, 482, 483
 Head, George, 259 *n*
 Hebbel, Friedrich, 501 *n*
 hebreos, 131 *n*, 358, 571
 —antisemitismo, 173 *n*, 438 *n*
 —defendidos por Delisle de Sales, 106; por Vico, 536 *n*
 —en Egipto, 46 *n*
 —patriarcas, 259
 hechos:

—e hipótesis, 81, 85, 101, 223, 366 n
 Hedge, Frederick Henry, 334, 335
 Heeren, Arnold Hermann Ludwig, 136 n
 Hegel, G. W. F., vii, ix, xi, 51, 129 n,
 137 n, 289 n, 306, 335, 371 n, 372, 384-
 409, 411, 413, 415, 422 n, 423 n, 426, 483 n,
 500 n, 515 n, 517, 539, 543, 579 n
 —contra los acontecimientos poco im-
 portantes, 19
 —contra Krug, 19
 —niega que los animales nazcan del
 agua, 13
 —sobre el movimiento de la historia,
 128, 137 n
 —y Ortega, 510-1; y Scheffel, 416-8; y
 Whitman, 498-9
 Heidelberg, 347, 418
 Heim, Arnold, 147 n
 Heine, Heinrich, 251 n, 349 n, 405 n, 448 n
 Heiser, M. F., 223 n
 helechos, 394
 Hellmich, W., 281 n
 Helvétius, Claude Adrien, 100, 291 n
 Hemsterhuis, Frans, 338
 Henríquez Ureña, Pedro, 223 n, 226 n,
 256 n
 Hensler, Dora, 501 n
 Hentig, Hans von, 533 n
 Hérault de Sechelles, Jean Marie, 18 n,
 21 n, 27 n, 523
 Herbert, George, 123, 124 n
 Hércules (pers.), 33, 444 n
 Herder, Johann Gottfried, 38 n, 43 n,
 73, 136 n, 137, 154, 258-62, 293 n, 297,
 321 n, 335, 383 n, 392, 413, 417 n, 426,
 429, 492 n, 571 n
 Hermanos Moravos, 556, 580 n
 Hernández Luna, Juan, 126 n
 Heródoto, 34 n
 Herrera, Antonio de, ix, 60 n, 98 n, 129 n,
 269, 381
 Herrera, J. de, 265
 Herrero, Fr. Andrés, 271 n
 Herrig, Hans, 422 n
 Hervás y Panduro, Lorenzo, 285 n, 381 n
 Herzen, Alejandro, 335 n
 Hesiodo, 119, 120 n
 Hettner, Hermann Julius Theodor, 155 n
 hierro, 91 n, 108, 186, 393, 405 n, 569
 —se reblanede en América, 54, 89 n,
 195, 294
 higuera, 145
 Hilliard d'Auberteuil, Michel René, 224 n,
 230, 246 n
 hiperbóreos, 414
 Hipócrates, 33
 hipopótamo, 4, 15, 20, 80, 104, 194, 568
 Hirzel, Hans Kaspar, 78 n
 hisopo, 16
 historia, según Compagnoni, 576, 581
 Hitler, Adolf, 377, 538
 Hoerbiger, Hanns, 59 n
 Hoffman, Charles Fenno, 442 n

Hoffman, Heinrich, 525 n
 Höffner, Joseph, 61 n, 64 n, 66 n, 69 n
 Hogendorp, G. K. van, 233 n, 240 n, 242 n
 Holanda, 89, 138, 191, 214 n, 282, 344
 Holbach, Paul Henri Thierry, barón de,
 100, 112, 113 n, 359 n
 Holbrock, Stewart, 497 n
 Holland, Lady, 451 n
 Holloway, Emory, 495 n
 Holmes, Oliver Wendell, 465
 hombre selvático (véase también indí-
 gena):
 —en América, 316
 —en Europa, 67-8
 hombres lactíferos, 96, 105, 107, 175, 184,
 273, 370, 380, 490 n, 513 n
 Homero, 74, 126, 136, 245, 314, (345 n),
 (361), 367 n, 402, 444 n, (479 n), 487,
 495 n, 498, 500
 Homunculus (pers.), 337
 Honduras, 291 n
 Honegger, Arthur, 478
 Horacio, 118 n, 164 n, 276, 422 n, 477,
 484 n
 Horcasitas. Véase Revillagigedo
 Horicon Lake, 273 n
 hormiga, 16 n, 36 n, 516
 Horn, George, 127-8, 135 n, 241 n, 319 n
 Hornot, Antoine, 74 n
 hotentotes, 184
 Hotho, Heinrich Gustav, 388 n
 Houben, H. H., 331 n
 Huayna Capac, 126 n
 Hudnut, William H., III, 160 n
 Hudson, río, 332, 434, 445 n
 Huet, Daniel, 135 n
 Hugo, Victor, 8, 486
 Huizinga, Johan, 128 n
 Humboldt, Alexander von, 37, 72 n, 93 n,
 126 n, 129 n, 144, 155, 156, 173 n, 204 n,
 221, 223 n, 274 n, 276, 280-1, 290, 292, 293,
 303 n, 306, 311, 329 n, 340, 359 n, 374-85,
 389 n, 393 n, 396 n, 401, 405 n, 406 n, 407,
 415, 417, 425 n, 426 n, 427 n, 441 n, 469,
 482, 501 n, 516 n, 526, 528, 566 n, 574 n,
 575, 584
 Humboldt, Wilhelm von, 155 n, 319 n,
 377
 Hume, David, 16, 38, 83, 116 n, 159, 160 n,
 161, 282 n, 469 n, 470
 —inferioridad de los habitantes del tró-
 pico, 33-9
 Húmedos, Academia de los, 12
 Humphreys, Robin A., 151 n, 179 n, 268 n
 hunos, 301
 Huntington, Ellsworth, 127 n, 517, 533
 hurones, indios, 140, 162, 225, 356, 545
 Hutchinson, Thomas, 317 n
 Huth, Hans, 224 n, 298 n
 Huxley, Leonard, 463 n
 Ibáñez, Bernardo, 270
 idealismo agrario:

—en Brissot, 557-8
 —en Jefferson, 313, 557-8
 Ifigenia (pers.), 536
 Iglesia, Estados de la, 169, 204, 359 n
 Iglesia, Ramón, 524 n
 igualitarismo, supuestamente primitivo,
 97
 iguana, 273
 Ichester, Earl of, 451 n, 460 n
 Illinois, 96, 452
 Inlay, Gilbert, 372 n
 Immermann, 448 n
 imperio, sucesión del, 120, 128, 369
 incas, 46, 47, 54, 96 n, 99, 187, 192, 212,
 370
 —apología de los, 216-21, 259, 269
 —artes, 152 n; caminos, 79 n, 277 n; or-
 febrería, 78
 —Estado de los, 121, 126, 130, 139-40,
 198
 India, 11, 36, 283, 352, 372, 384, 418 n,
 423 n, 425
 —Bengala, 378, 431
 Indiana, 452
 Indias Orientales, 36
 indígena:
 —abstinente, 45-6, 585; feroz, 353; in-
 constante, 37; sobrio, 273, 585; vil, 80,
 173, 400; voraz, 427
 —apático, 5, 41, 46, 52, 55, 71, 83, 145, 161,
 212, 260, 274 n, 284, 302, 309, 311 n, 569;
 degenerado, 51-2, 66, 82, 184, 327, 351,
 357, 358-9, 360-1, 383 n, 415, 419, 423;
 animal melancólico, 152, 427; sus ins-
 tintos animalescos, 398 n; como niño:
 según Cattaneo, 416 n; según Comte,
 427; según Hegel, 399; según Moxó,
 274 n; según Robertson, 150-4; no sien-
 te amor, 6, 7, 8, 44-7, 87, 130, 133-4,
 151, 153, 161, 175, 187, 212-3, 238, 302,
 399, 488, 579 n, 582; adecuados a sus
 mujeres, 78, 583; longevo, 91 n, 104,
 195, 582; no tiene larga vida, 415; es
 de pequeña estatura, 46, 51, 400; débil
 y bestial, 60-3, 88, 90, 104, 122, 150,
 172-3, 185 n, 360, 364, 370, 399, 400, 415,
 416 n; mozo robusto, 66, 184, 272, 381;
 perezoso, 206, 248, 274 n, 349, 370, 427;
 siervo por naturaleza, 63-7
 —sus orígenes, 526 n; comparado con
 griegos y romanos, 239 n, 320, 444 n,
 569; inutilidad de las leyes protectoras
 de los, 70-2, 205, 518; su desaparición
 progresiva, 393, 399, 402, 404, 554; per-
 fectible, 185, 459, 561, 585; su felicidad,
 46-7, 74, 75, 585
 —según Bodino, 36; como ranas, 286,
 287
 —todos son iguales, 197, 212, 259-60; im-
 púber, 6, 53, 68, 86 n, 105, 113, 131, 151,
 161, 184, 213, 219, 248, 569, 584; imberbe,
 311 n, 349, 370, 513 n; según Raynal,

44, 153, 175, 219; según Voltaire, 41;
 precocemente calvo, 273
 infancia:
 —los americanos como niños, 154, 399,
 416 n, 427
 —rehabilitada, 255-7, 260
 infieles, conversión y salvación de los,
 186
 infusorios, 9, 18
 Ingersoll, Charles J., 433, 466 n, 467 n
 Inglaterra, 297, 428, 443 n, 447; según
 Galiani, 115-6
 —su actitud en la polémica, 154, 161-2,
 308, 450-1, 464-5 n, 502
 —y los jesuitas, 171; literatura, 487;
Labour Party, 479 n
 —pequeña, 226; montañas enanas, 472;
 abundante en terremotos, 567
 —rica en insectos, 156; falta de genios
 y decadente, 241, 289 n, 294 n, 484-5;
 pobre en legumbres, 445; mujeres feas,
 229
 inmigración. Véase emigración
 Inocencio III, 36, 121 n
 Inquisición:
 —de España, 174, 267, 537 n
 —de Lima, 174 n, 203, 223 n
 —de México, 168, 174 n, 223 n
 —en Milán, 220
 insectos, 10 n, 11, 12-3, 14, 16, 18, 23, 193,
 261
 —afrodisíacos, 219 n
 —carnívoros, 323
 —son muchos y grandes en América, 7,
 8-9, 51, 77, 89, 132, 146, 156, 268, 368,
 567
 Insel, 304 n
 Iriarte, Tomás de, 277 n
 Irlanda, 308, 346, 428, 496 n
 iroqueses, 140, 162, 319 n, 399, 584 n
 Irving, Washington, 253 n, 335, 375 n, 434,
 458 n, 465 n, 504 n
 Isabel de Castilla, 37, 114
 isabelinos, 3, 485, 487 n
 Isafas, 56 n, 121, 500
 Isambert, Gustave, 549 n
 Isham, Samuel, 226 n
 Isidoro de Sevilla, 120
 Isla, José Francisco de, 323 n
 Islam, 118, 122, 259, 481
 Islandia, 370
 Italia, 339 n, 572
 —y California, 506
 —jesuitas en, 171, 215 n
 —meridional, terremotos en, 375
 —rica en insectos, 95, 193; en toros, 211;
 consumo de carne en, 211
 italianos, 185 n
 —genio de los, 582 n
 Iturbide, Agustín de, 290
 Iturri, Francisco, 183 n, 198 n, 267-71,
 285 n, 287, 293 n
 Izouard, J. B. C. Véase Delisle de Sales

- Jabalí, 104 n, 196, 207, 209, 210, 527
 Jablonski, W., 235 n
 Jackson, Andrew, 346 n, 441 n
 Jacob, 540, 558
 Jacobi, Friedrich Heinrich, 12 n, 136 n, 155 n, 338
 Jagemann, E., 193 n
 jaguar, 25, 93, 95, 146, 242, 313, 367, 378, 379, 416, 422, 517
 James, Henry, 333, 464 n, 471 n, 503-6, 507 n
 Jameson, J. Franklin, 5 n, 243 n
 Jammes, Francis, 515 n
 japoneses, ignoran la pintura, 81-2 n, 569
 Jasón, 301
 Jefferson, Thomas, VII, 26, 29 n, 87 n, 112, 144 n, 146 n, 148 n, 159 n, 176 n, 193 n, 221 n, 222, 224 n, 229-44, 245-6, 248, 251, 254 n, 269 n, 276, 286 n, 288 n, 299 n, 305 n, 308, 310 n, 313 n, 372, 373-5, 376 n, 406 n, 435, 437 n, 441 n, 468 n, 483 n, 489, 492, 513, 547 n, 548, 550, 554, 555 n, 556 n, 558 n, 560 n, 562, 563 n, 575
 y Brissot, 558
 y Humboldt, 374 n, 380
 sobre el clima, 83 n
 vituperado, 313, 441, 447
 Jelté, 536 n
 Jemolo, Arturo Carlo, 508 n
 Jenofonte, 157
 Jerjes, 220
 jeroglíficos:
 europeos, 320
 mexicanos, 228, 274 n, 574 n
 Jerónimo, San, 120
 Jerusalén, 358
 jesuitas: 49, 164, 221, 371, 372, 399, 400, 425, 429, 570, 579, 581
 expulsados, 73, 168-72, 263, 267
 hispanófilos, 171-4, 264, 269
 misioneros, 327; españoles, 170 n; americanos, 175, 264, 433 n; en Perú, 166, 204, 214
 patriotismo americano de los, 170-1, 264, 268
 y los pieles rojas, 60, 170, 301, 322
 Jiménez de la Espada, Marcos, 64 n, 528 n
 jirafa, 4, 15, 104, 183 n, 431
 Job, 495 n
 Jodelle, Etienne, 78 n, 256 n
 Johnson, Edgar, 451 n, 455 n, 456 n, 460 n, 463 n, 464 n
 Johnson, Samuel, 50 n, 74, 149, 150, 157, 158, 506 n, 556 n
 Johnstone, Paul H., 78 n
 Jolis, José, 199-202, 382 n
 Jones, Howard Mumford, 21 n, 226 n, 241 n, 250 n, 321 n, 334 n, 382 n, 466 n, 550 n, 558 n, 560 n, 562 n
 Jones, Paul, 474-5
 Jones, William, 125 n, 382 n
 Jordán, Juan Bautista, 271 n
- Jordan-Smith, Paul, 525 n
 José II, emperador, 220
 Joubert de la Rue, J., 190 n
 "Jouvence, Fontaine de", 12
 Juan, Jorge, 10, 99, 149, 153 n, 166 n, 169 n, 211 n, 280, 530 n
 Juan Fernández, Islas de, 50, 196, 267
 Juan Nepomuceno, San, 177 n
 Juana de Arco, 191
 Juárez, Gaspar, 268 n
 Juderías, Julián, 173 n
 Jussieu, Bernard, 394
- Kalm, Pehr, 231 n, 259 n, 313 n
 Kamchatka, 442 n
 Kames, Henry Home, Lord, 158-62, 253 n
 Kansas City, 491
 Kant, Immanuel, 43 n, 118 n, 136 n, 191, 193 n, 235 n, 273 n, 300-6, 387, 394, 426, 499
 Keats, George, 314 n, 315 n
 Keats, Georgiana, 314 n, 317
 Keats, John, 162, 314-7, 321, 323 n, 324 n, 457
 Keegan, William, 572 n
 Kemble, Fanny, 441 n, 448, 460 n, 461
 Kemble Knight, Sarah, 460 n
 Kempis, Tomás de, 426 n
 Kennedy, J. H., 60 n, 67 n, 119 n, 170 n, 239 n
 Kentucky, 232, 314, 372 n, 440, 452
 Keplero, Juan, 542 n
 Kerbaker, Michele, 337 n, 353 n
 Kerner, Andreas Justinus, 343, 346 n
 Kersten, Kurt, 155 n, 383 n
 Keynes, Geoffrey, 150 n
 Keynes, John Maynard, 551 n
 Keyserling, Hermann von, 59 n, 430 n, 516, 538
 King, H. S., 126 n, 155 n, 262 n, 302 n
 Kinloch, Francis, 241 n
 Kinsey, Alfred Charles, 252, 254 n
 Kint, F. Th., 303 n
 Kircher, Atanasio, 9, 13, 56 n, 135 n
 Klemm, Friedrich Gustav, 419
 Klencke, Hermann, 376 n
 Klibansky, Raymond, 159 n
 Klinger, Friedrich Maximilian, 339
 Klopstock, Friedrich Gottlieb, 49 n, 339
 Knight, William, 125 n, 127 n, 136 n, 160 n
 Knox, Henry, 554 n
 Knox, Robert, 419 n
 Kohn, Hans, 116 n
 Korff, H. A., 259 n, 337 n
 Koyré, A., 542 n
 Kratz, G., 204 n, 205 n, 212 n
 Kraus, Michael, 125 n, 169 n, 224 n, 226 n, 243 n, 273 n, 374 n, 514 n
 Krieg, H., 4 n
 Kroeber, Clifton B., 509 n
 Krug, Wilhelm Traugot, 19, 390
 Krutch, Joseph Wood, 158 n, 478 n
 Kühnemann, Eugen, 331 n, 332 n

Kürnberger, Ferdinand, 225 n, 330 n, 343-5 n, 347 n, 441 n, 453 n, 460 n
 Kurt (pers.), 345 n

- Labrador, 370
 Labrousse, Ernest, 10 n
 La Bruyère, Jean de, 291 n
 Lacombe, Bernard de, 299 n
 Lacour-Gayet, Georges, 299 n
 La Douceur. *Véase* Bonneville
 Laët, Jean de, 524
 Lafayette, 435
 Lafayette, marquesa de, 246, 560 n
 Lafitau, Joseph François, 39, 60, 123, 152, 285 n
 La Fontaine, Jean de, 14, 146 n, (343)
 Lafoucade, Georges, 491 n
 lagartija, 320 n, 379
 Lagrange, Joseph Louis, 428 n
 Laharpe, Jean François, 287, 550
 La Habana, 377 n
 —Universidad de, 168
 Lahontan, Louis Armand, barón de, 78 n, 79 n, 87 n, 99, 120 n, 170 n, 184 n, 190 n, 212 n, 224 n, 253 n, 313 n
 Laing, B. M., 303 n
 Lamarck, Jean Baptiste, 18, 300 n, 380, 427 n
 Lambarri, Francisco Javier, 287
 La Mettrie, J. Olfroy de, 17, 100
 "Iami", 196 n
 lana, 432
 —de vicuña, 281
 Landau, Rom, 241 n
 Lanier, Sidney, 495 n
 Lansdowne, William Petty, marqués de, 208 n, 298 n, 299 n
 Lanson, Gustave, 14 n, 326 n
 La Piana, Angelina, 176 n
 Laponia, 85 n, 326, 516
 —habitantes de, 184, 396, 579
 La Popelinière, Lancelot, 36 n, 44 n
 Lapp, J. C., 256 n
 Larkin, Oliver W., 437 n, 506 n
 Laroche, B., 434 n
 La Rochefoucauld, Louis-Alexandre, duque de, 233 n, 246
 Larousse, 111 n
 Larrinaga, José Pastor, 265 n
 Larry (pers.), 471 n
 Lasaulx, Ernest von, 129 n
 Las Cases, Em. Aug., 579 n
 Laserson, Max, 335 n
 Lasson, Georg, 19 n, 389 n, 400 n, 401 n, 403 n, 405 n, 411 n
 Lastres, Juan B., 264 n, 265 n
 latitud:
 —en Bodin, 35
 Lauri, Marco, 122
 Lausel, Juan, 174 n
 Lauzun, Armand Louis de Gontaut, duque de, 560
 Lavalle, José Antonio de, 265 n
- Lavergne, Léonce de, 107 n, 550 n, 553 n
 Lavoisier, Antoine Laurent, 405 n
 Lawrence, Thomas Edward, 473 n, 475 n
 Leblond, Jean Baptiste, 74 n
 Leclerc, Ch. V. E., 565 n
 Lecomte, Louis, 285 n
 Lecuanda, José Ignacio, 147 n
 Leewenhöck, Antonio, 13 n
 Le Febure de Villebrune, J. B., 218 n
 Lehmann, J. H. J., 304 n
 Leibniz, Gottfried Wilhelm, 27, 387, 425 n
 Leida, J., 475 n
 Leiste, Christian, 141 n
 Lelio, Gayo, 536
 Lemosín:
 —caballos del, 89
 Lenau, Nicolaus, 11, 147 n, 323 n, 342-9, 455-6, 462, 568 n
 lengua griega, 162
 lenguas americanas, 187, 195, 205 n, 212, 373 n, 574 n
 —eufonía de las, 397 n
 Lentulo, Lucio Cornelio, 34 n
 León Pinelo, Antonio de, 280, 524
 León Pinelo, Diego de, 122 n, 167 n
 Leonard, David, 116 n
 Leonard, Irving A., 223 n, 267 n
 leones, 3, 10, 16, 19, 20, 25, 26, 30, 79, 94, 161, 179, 203, 210, 243, 261 n, 276 n, 283, 303, 349 n, 379, 396, 402, 416, 422, 517
 —viles y sin melena, 42, 88, 147, 193, 367, 417, 527, 528-9
 leones marinos, 196
 Leonhard, Karl Cäsar von, 331
 Leopardi, Giacomo, 10 n, 39 n, 76 n, 147 n, 212 n, 225 n, 271, 346, 349-59, 364, 415, 479 n, 543 n, 553 n, 572
 Leopardi, Monaldo, 349 n
 Le Play, Frédéric, 289 n
 Le Riverend Brusone, J., 178 n, 182 n, 187 n, 272 n
 Lerminier, Eugène, 117 n
 Lerner, Max, 512 n
 Leroux, R., 319 n
 Le Roy, 9
 Leroy, André, 299 n
 Léry, Jean de, 256 n
 lesbianismo, 254
 Lespinasse, Julie de, 549 n, 550, 555 n
 Lesser, F. C., 10 n, 17 n
 Lessing, Gotthold Ephraim, 158 n
 Levailant, Maurice, 307 n, 322 n
 Levene, Ricardo, 119 n, 277 n
 Levi, Alessandro, 254 n
 Levi, Giulio Augusto, 355 n, 359 n
 Lewis, R. W. B., 364-5 n, 466 n, 473 n, 494 n, 498 n, 504 n
 Lewis, Sinclair, 479 n
 Lexington, 324
 Liancourt, Francois Alex. Fréd. de la Rochefoucauld, duque de, 298 n, 313 n, 549 n, 550 n, 560 n
 libre albedrío, 160 n, 283

- libros:
 —en América, 223, 250 n, 374-5 n, 434-5 n
 Licurgo, 158 n, 301, 319, 367 n, 553
 Lieber, Francis, 471 n, 500 n, 504 n
 Liebig, Justus, 159 n
 Lignac, de, 219 n
 Lillibridge, G. D., 441 n, 447 n, 449 n, 451 n
 Lima, VII, 53, 157, 168, 215 n, 271 n, 275, 518 n
 —clima de, 264-6, 275-6
 —Universidad de, 90, 167 n, 214, 265, 277-80, 285 n, 320
 "lima beans", 446 n
 limones, 182
 Linck, G., 331 n
 Lincoln, Abraham, 468 n, 494 n
 Linneo, Carl, 16 n, 17, 18, 23 n, 29, 105, 147 n, 193 n, 207, 300 n, 304-6, 394, 427, 483
 Liorna, 318
 Lipsio, Justo, 26, 122-3, 167 n, 527
 Lisboa, terremoto de, 330
 Lisbon, Ohio, 348
 Littré, Emile, 13 n
 Livio, Tito, 34, 60
 lobos, 4, 146, 149, 482 n, 525
 lobos marinos, 194
 Locke, John, 31 n, 553
 Logan, jefe, 538
 Londres, 244, 580 n
 —ciudad húmeda, 236
 —Covent Garden, 555 n; Hyde Park, 479; San Pablo, 157; Torre de, 332
 Long Island, 487
 Longfellow, Henry Wadsworth, 333, 463, 466 n, 487 n, 494 n
 López de Tovar, Gregorio, 60
 Losacco, Michele, 352 n, 353 n
 lotófagos, 345 n
 Louisiana, 131, 132, 232 n, 264, 297, 370
 Lovejoy, Arthur O., 6 n, 20 n, 21 n, 28 n, 30 n, 55 n, 66 n, 74 n, 148 n, 235 n, 239 n, 256 n, 261 n, 408
 Lovell, Ernest L., jr., 318 n
 Lowell, Mass., 457
 Lowell, James Russell, 466 n, 468 n, 470-1, 481 n, 495 n, 515 n, 544 n
 Löwenberg, Julius, 155 n, 204 n
 Lowie, Robert H., 45 n, 419 n, 510 n, 538 n
 Löwith, Karl, 401 n, 405 n
 Loyola, Ignacio de, 371
 Lozano y Lozano, Carlos, 511
 Lubbock, John, 419
 Luçano, Marco Anneo, 34
 Luce, Clare Boothe, 512 n
 Luciano, 189, 190 n
 luciérnagas, 452 n, 567
 Lucrecio, Tito Caro, 52, 163, 256
 Luis XIV, 362 n
 luna, 293 n, 391, 483
 Lupin, Mrs. (pers.), 456
 Lurcat, Jean, 67-8
 Lutero, Martín, 56, 122, 371
 Luzzato, Fabio, 571 n, 572 n
 Lydenberg, H. M., 441 n
 Lynch, ley de, 424, 438 n, 461 n
 Lynskey, Winifred, 10 n, 20 n, 148 n
 Lyon, Academia de, 247 n
 "Lyonnaise", 93
 Lytton, Edward Bulwer, 442 n
 llama, 4, 15, 44 n, 89 n, 153 n, 266, 281, 416, 422, 517
 Llano Zapata, José Eusebio de, 167 n, 277
 llanos, 226 n
 Llorente, Mariano, 173 n
 Lloyd, Christopher, 155 n
 lluvia: 10, 12
 —en América, 7, 37
 Mably, abate Gabriel, 230 n, 245, 247, 320
 macaco, 183 n, 422
 Macaulay, 157 n, 441, 463
 MacCormick, Robert, 508
 Machiavelli, Niccolò, 34, 87, 288 n, 294 n
 —maquiavelismo, 115
 Mackie, John Milton, 450 n, 454 n, 480 n, 500 n
 Madariaga, Salvador de, 72 n, 123 n, 165 n, 171 n, 176 n, 280 n
 maderas preciosas, 77
 Madison, James, 240 n, 245, 246, 288, 548
 Madrid, 405 n
 Magdalena, río, 204
 Magnus, R., 331 n
 Mahadöh (pers.), 539
 Maimon, Salomon, 304
 Maine, 224 n, 452
 Maine, Henry James Sumner, 419 n
 "Mainotes", 322
 Mairan, Jean Jacques Dortous de, 135 n
 mafz, 182, 192
 Malaspina, Alessandro, 278 n
 Mâle, Emile, 257 n
 Malesherbes, Chrétien Guillaume Lamignon de, 29 n
 Malthus, Thomas Robert, 507 n, 551
 Malvinas, islas, 75, 80 n, 94, 106
 mamut, 15, 233, 236, 242 n, 243, 244 n, 372, 405 n, 430
 Mancini, J., 283 n
 mandioca, 257
 Maneiro, Juan Luis, 168 n, 176 n, 177 n, 178 n
 Mangiagalli, Ambrogio, 573 n
 mango, 192
 Manhattan, 441, 489, 493
 Manini, Lorenzo, 222 n
 Mann, Horace, 157
 Mann, Thomas, 337 n
 Mansfield, Luther L., 239 n, 476 n
 Mantegazza, Carlo, 565 n
 Mantua, 567
 manzanas, 207, 440
 Manzoni, Alessandro, 105 n
 maories, 154
 máquinas:
 —agrícolas, 497
 —alimentan al Diablo, 501 n
 Mar Blanco, 414
 Mar Caspio, 102 n, 414
 Marañón, 53, 95
 Marat, Jean Paul, 546, 563 n
 Marcgrav, Jorge, 524
 Marchand, Jean, 298 n
 Marecks, Erich, 512 n
 Maremma, 85 n, 447
 Marengo, 572
 Marheineke, Philip Konrad, 398 n
 María Antonieta, reina de Francia, 560 n
 María Teresa, emperatriz de Austria, 220
 Mariana, 172 n
 Marina, doña, 45 n
 mariposas, 11
 Marlowe, 288 n
 Marmontel, Jean François, 4 n, 25 n, 42, 47, 49, 73, 90 n, 172, 174 n, 179, 198, 212, 218, 245, 246 n, 286 n, 322, 549 n
 Marquesas, islas, 191
 Márquez, Pedro, 535
 Marraro, Howard R., 244 n, 247 n, 588 n
 Marryat, Florence, 434 n, 451 n, 452 n
 Marryat, Frederick, 254 n, 434 n, 437 n, 439 n, 441 n, 442 n, 451-3, 459 n, 460 n, 463 n, 465 n
 Marryat, Joseph, 452 n
 Marshall, Plan, 321 n
 marsupiales, 430, 527 n
 Martin, Edwin T., 83 n, 146 n, 159 n, 224 n, 233 n, 235 n, 236 n, 238 n, 243 n, 244 n, 293 n, 373 n, 374 n, 376 n, 433 n, 441 n, 514 n
 Martineau, Harriet, 245 n, 311 n, 434 n, 437 n, 448-51, 452, 453, 459 n, 460 n, 461 n, 466 n, 489 n
 Martínez Bello, Antonio, 401 n
 Martínez de Pasqualy, 365
 Martinica, 86 n, 254 n
 Martino, Piero, 322 n
 Martius, Karl Friedrich von, 396 n, 397 n
 Marvell, Andrew, 235 n, 335 n
 Marx, Karl, 487
 Marx, Rudolf, 129 n
 Mascheroni, Lorenzo, 42 n
 Masi, Ernesto, 570-1 n
 Mason, William, 158 n
 masonería, 222 n, 341, 559 n
 Massachusetts, 254 n, 467 n
 Massarani, T., 417 n
 Massillon, Jean Baptiste, 133 n
 mastodonte, 236 n, 244, 300, 430
 mate, yerba, 203 n
 matemáticas:
 —en América, 241, 277-8, 290-1
 Mátate, San:
 —Evangelio de, 121
 Mateos, F., 122 n, 215 n
 Mather, Cotton, 16 n, 71
 Mathiez, Albert, 49 n, 546 n
 Matto Grosso, 580 n
 Matthias, L. L., 253 n
 Matthiessen, F. O., 226 n, 374 n, 466 n, 468 n, 471 n, 472 n, 473 n, 474 n, 475 n, 476 n, 480 n, 486 n, 488 n, 489 n, 492 n, 495 n, 496 n, 497 n, 499 n
 Maty, Matteo, 50, 51 n
 Mauduit, Roger, 365 n
 Maugham, Somerset, 515 n
 Maugras, Gaston, 20 n, 112 n
 Maupassant, Guy de, 153 n
 Maupertuis, Pierre Louis Moreau de, 28
 Maurois, André, 324 n
 Maverick, Lewis A., 93 n
 Mayans, Gregorio, 270 n
 Maye, Corneille de, 103 n
 Mayer, 343
 Mazzei, Filippo, 89 n, 117 n, 230 n, 232 n, 233 n, 239 n, 244-9, 299 n, 449 n, 545, 549 n, 554 n, 556, 557, 562, 563
 Mbaya, 584 n
 McCarthy, Joe, 508
 McGovern, W. M., 527 n
 McKenney, Thomas, 459 n
 Medina, José Toribio, 264 n, 265 n
 Mediodía (Italia), 11
 —y los terremotos, 375
 Mefistófeles (pers.), 71, 331, 336
 megalonyx, 243, 244 n
 megaterios, 15
 Meinecke, Friedrich, 38 n, 144 n, 258 n, 259 n, 261 n, 332 n, 334 n
 Meiners, Christoph, 141 n
 Meléndez, fr. Juan de, 166
 melones, 469 n
 Melville, Herman, 149 n, 239 n, 282 n, 289 n, 319 n, 335, 374 n, 450 n, 454 n, 463 n, 465 n, 466 n, 470-6, 478 n, 483 n, 484 n, 503, 508 n, 515
 Melzi d'Eril, Francesco, 582 n
 Mello Franco, A. A. de, 78 n
 Mencken, Henry Louis, 67 n, 253 n, 483 n
 Méndez Plancarte, Gabriel, 179 n, 188 n, 535 n
 Mendheim, M., 417 n
 Mendiburu, Manuel de, 198 n, 264 n
 Mendoza, D., 284 n
 Mendoza, Pedro de, 269 n
 Menéndez y Pelayo, Marcelino, 64, 168 n, 171 n, 173 n, 267 n, 275 n, 525 n
 Meno, 483 n
 Mercier, R., 38 n
 Mereness, N. D., 482 n
 Merlant, J., 532 n
 Mesa, Bernardo de, 64 n, 69
 Mesnard, Pierre, 34 n, 35 n
 mestizos, 304 n, 585 n
 —cultura de los, 88
 —degenerados, 184

libros:

—en América, 223, 250 n, 374-5 n, 434-5 n
 Licurgo, 158 n, 301, 319, 367 n, 553
 Lieber, Francis, 471 n, 500 n, 504 n
 Liebig, Justus, 159 n
 Lignac, de, 219 n
 Lillibridge, G. D., 441 n, 447 n, 449 n, 451 n
 Lima, VII, 53, 157, 168, 215 n, 271 n, 275, 518 n
 —clima de, 264-6, 275-6
 —Universidad de, 90, 167 n, 214, 265, 277-80, 285 n, 320
 "lima beans", 446 n
 limones, 182
 Linck, G., 331 n
 Lincoln, Abraham, 468 n, 494 n
 Linneo, Carl, 16 n, 17, 18, 23 n, 29, 105, 147 n, 193 n, 207, 300 n, 304-6, 394, 427, 483
 Liorna, 318
 Lipsio, Justo, 26, 122-3, 167 n, 527
 Lisboa, terremoto de, 330
 Lisbon, Ohio, 348
 Littré, Emile, 13 n
 Livio, Tito, 34, 60
 lobos, 4, 146, 149, 482 n, 525
 lobos marinos, 194
 Locke, John, 31 n, 553
 Logan, jefe, 538
 Londres, 244, 580 n
 —ciudad húmeda, 236
 —Covent Garden, 555 n; Hyde Park, 479; San Pablo, 157; Torre de, 332
 Long Island, 487
 Longfellow, Henry Wadsworth, 333, 463, 466 n, 487 n, 494 n
 López de Tovar, Gregorio, 60
 Losacco, Michele, 352 n, 353 n
 lotófagos, 345 n
 Louisiana, 131, 132, 232 n, 264, 297, 370
 Lovejoy, Arthur O., 6 n, 20 n, 21 n, 28 n, 30 n, 55 n, 66 n, 74 n, 148 n, 235 n, 239 n, 256 n, 261 n, 408
 Lovell, Ernest L., jr., 318 n
 Lowell, Mass., 457
 Lowell, James Russell, 466 n, 468 n, 470-1, 481 n, 495 n, 515 n, 544 n
 Löwenberg, Julius, 155 n, 204 n
 Lowie, Robert H., 45 n, 419 n, 510 n, 538 n
 Löwith, Karl, 401 n, 405 n
 Loyola, Ignacio de, 371
 Lozano y Lozano, Carlos, 511
 Lubbock, John, 419
 Lucano, Marco Anneo, 34
 Luce, Clare Boothe, 512 n
 Luciano, 189, 190 n
 luciérnagas, 452 n, 567
 Lucrecio, Tito Caro, 52, 163, 256
 Luis XIV, 362 n
 luna, 293 n, 391, 483
 Lupin, Mrs. (pers.), 456

Lurcat, Jean, 67-8
 Lutero, Martín, 56, 122, 371
 Luzzato, Fabio, 571 n, 572 n
 Lydenberg, H. M., 441 n
 Lynch, ley de, 424, 438 n, 461 n
 Lynskey, Winifred, 10 n, 20 n, 148 n
 Lyon, Academia de, 247 n
 "Lyonnaise", 93
 Lytton, Edward Bulwer, 442 n
 llama, 4, 15, 44 n, 89 n, 153 n, 266, 281, 416, 422, 517
 Llano Zapata, José Eusebio de, 167 n, 277
 llanos, 226 n
 Llorente, Mariano, 173 n
 Lloyd, Christopher, 155 n
 lluvia: 10, 12
 —en América, 7, 37
 Mably, abate Gabriel, 230 n, 245, 247, 320
 macaco, 183 n, 422
 Macaulay, 157 n, 441, 463
 MacCormick, Robert, 508
 Machiavelli, Niccolò, 34, 87, 288 n, 294 n
 —maquiavelismo, 115
 Mackie, John Milton, 450 n, 454 n, 480 n, 500 n
 Madariaga, Salvador de, 72 n, 123 n, 165 n, 171 n, 176 n, 280 n
 maderas preciosas, 77
 Madison, James, 240 n, 245, 246, 288, 548
 Madrid, 405 n
 Magdalena, río, 204
 Magnus, R., 331 n
 Mahadöh (pers.), 539
 Maimon, Salomon, 304
 Maine, 224 n, 452
 Maine, Henry James Sumner, 419 n
 "Mainotes", 322
 Mairan, Jean Jacques Dortous de, 135 n
 maíz, 182, 192
 Malaspina, Alessandro, 278 n
 Mâle, Emile, 257 n
 Malesherbes, Chrétien Guillaume Lamoignon de, 29 n
 Malthus, Thomas Robert, 507 n, 551
 Malvinas, islas, 75, 80 n, 94, 106
 mamut, 15, 233, 236, 242 n, 243, 244 n, 372, 405 n, 430
 Mancini, J., 283 n
 mandioca, 257
 Maneiro, Juan Luis, 168 n, 176 n, 177 n, 178 n
 Mangiagalli, Ambrogio, 573 n
 mango, 192
 Manhattan, 441, 489, 493
 Manini, Lorenzo, 222 n
 Mann, Horace, 157
 Mann, Thomas, 337 n
 Mansfield, Luther L., 239 n, 476 n
 Mantegazza, Carlo, 565 n
 Mantua, 567

manzanas, 207, 440
 Manzoni, Alessandro, 105 n
 maories, 154
 máquinas:
 —agrícolas, 497
 —alimentan al Diablo, 501 n
 Mar Blanco, 414
 Mar Caspio, 102 n, 414
 Marañón, 53, 95
 Marat, Jean Paul, 546, 563 n
 Marcgrav, Jorge, 524
 Marchand, Jean, 298 n
 Marecks, Erich, 512 n
 Maremma, 85 n, 447
 Marengo, 572
 Marheineke, Philip Konrad, 398 n
 María Antonieta, reina de Francia, 560 n
 María Teresa, emperatriz de Austria, 220
 Mariana, 172 n
 Marina, doña, 45 n
 mariposas, 11
 Marlowe, 288 n
 Marmontel, Jean François, 4 n, 25 n, 42, 47, 49, 73, 90 n, 172, 174 n, 179, 198, 212, 218, 245, 246 n, 286 n, 322, 549 n
 Marquesas, islas, 191
 Márquez, Pedro, 535
 Marraro, Howard R., 244 n, 247 n, 588 n
 Marryat, Florence, 434 n, 451 n, 452 n
 Marryat, Frederick, 254 n, 434 n, 437 n, 439 n, 441 n, 442 n, 451-3, 459 n, 460 n, 463 n, 465 n
 Marryat, Joseph, 452 n
 Marshall, Plan, 321 n
 marsupiales, 430, 527 n
 Martin, Edwin T., 83 n, 146 n, 159 n, 224 n, 233 n, 235 n, 236 n, 238 n, 243 n, 244 n, 293 n, 373 n, 374 n, 376 n, 433 n, 441 n, 514 n
 Martineau, Harriet, 245 n, 311 n, 434 n, 437 n, 448-51, 452, 453, 459 n, 460 n, 461 n, 466 n, 489 n
 Martínez Bello, Antonio, 401 n
 Martínez de Pasqualy, 365
 Martinica, 86 n, 254 n
 Martino, Piero, 322 n
 Martius, Karl Friedrich von, 396 n, 397 n
 Marvell, Andrew, 235 n, 335 n
 Marx, Karl, 487
 Marx, Rudolf, 129 n
 Mascheroni, Lorenzo, 42 n
 Masi, Ernesto, 570-1 n
 Mason, William, 158 n
 masonería, 222 n, 341, 559 n
 Massachusetts, 254 n, 467 n
 Massarani, T., 417 n
 Massillon, Jean Baptiste, 133 n
 mastodonte, 236 n, 244, 300, 430
 mate, yerba, 203 n
 matemáticas:
 —en América, 241, 277-8, 290-1
 Mateo, San:

—Evangelio de, 121
 Mateos, F., 122 n, 215 n
 Mather, Cotton, 16 n, 71
 Mathiez, Albert, 49 n, 546 n
 Matto Grosso, 580 n
 Matthias, L. L., 253 n
 Matthiessen, F. O., 226 n, 374 n, 466 n, 468 n, 471 n, 472 n, 473 n, 474 n, 475 n, 476 n, 480 n, 486 n, 488 n, 489 n, 492 n, 495 n, 496 n, 497 n, 499 n
 Maty, Matteo, 50, 51 n
 Mauduit, Roger, 365 n
 Maugham, Somerset, 515 n
 Maugras, Gaston, 20 n, 112 n
 Maupassant, Guy de, 153 n
 Maupertuis, Pierre Louis Moreau de, 28
 Maurois, André, 324 n
 Maverick, Lewis A., 93 n
 Mayans, Gregorio, 270 n
 Maye, Corneille de, 103 n
 Mayer, 343
 Mazzei, Filippo, 89 n, 117 n, 230 n, 232 n, 233 n, 239 n, 244-9, 299 n, 449 n, 545, 549 n, 554 n, 556, 557, 562, 563
 Mbaya, 584 n
 McCarthy, Joe, 508
 McGovern, W. M., 527 n
 McKenney, Thomas, 459 n
 Medina, José Toribio, 264 n, 265 n
 Mediodía (Italia), 11
 —y los terremotos, 375
 Mefistófeles (pers.), 71, 331, 336
 megalonyx, 243, 244 n
 megaterios, 15
 Meinecke, Friedrich, 38 n, 144 n, 258 n, 259 n, 261 n, 332 n, 334 n
 Meiners, Christoph, 141 n
 Meléndez, fr. Juan de, 166
 melones, 469 n
 Melville, Herman, 149 n, 239 n, 282 n, 289 n, 319 n, 335, 374 n, 450 n, 454 n, 463 n, 465 n, 466 n, 470-6, 478 n, 483 n, 484 n, 503, 508 n, 515
 Melzi d'Eril, Francesco, 582 n
 Mello Franco, A. A. de, 78 n
 Mencken, Henry Louis, 67 n, 253 n, 483 n
 Méndez Plancarte, Gabriel, 179 n, 188 n, 535 n
 Mendheim, M., 417 n
 Mendiburu, Manuel de, 198 n, 264 n
 Mendoza, D., 284 n
 Mendoza, Pedro de, 269 n
 Menéndez y Pelayo, Marcelino, 64, 168 n, 171 n, 173 n, 267 n, 275 n, 525 n
 Meno, 483 n
 Mercier, R., 38 n
 Mereness, N. D., 482 n
 Merlant, J., 532 n
 Mesa, Bernardo de, 64 n, 69
 Mesnard, Pierre, 34 n, 35 n
 mestizos, 304 n, 585 n
 —cultura de los, 88
 —degenerados, 184

- longevos, 88
 Metastasio, Pietro, 277, 555 n
 Metcalf, John, 425, 428
 metrópoli:
 —condenada, 352 n, 354-5, 363, 479, 507, 557
 —exaltada, 485, 493
 Meiternich, Clemens von, 442
 mexicanos:
 —aliento puro, 184, 586 n
 —se debilitan con el baño, 169
 —las mujeres se depilan, 283 n
 México: 13, 39 n, 42, 46, 54 n, 65, 96 n, 102, 108, 139, 140, 157, 160, 171, 175, 181, 192, 281, 302 n, 370, 380, 401, 405 n, 422 n, 469 n, 510, 528 n, 531, 575 n, 577, 578, 582 n, 584 n
 —ciudad de, 168, 169, 175, 214, 271 n, 272, 363; Universidad de, 290
 —defensa de, 98-9, 141, 274, 287, 564
 —dotes intelectuales de sus habitantes, 105, 152 n, 169, 186, 188, 382; bestialidad de sus habitantes, 66; tienen bigote, 584; jesuitas patriotas, 172 n
 —Golfo de, 102; Consulado de, 287; Guerra de, 424; Conferencia de Chapultepec, 515
 —monarquía de, 121, 126, 130, 180, 188, 198, 217, 259, 269, 369; calendario, 79 n, 187; obras de arte, 152 n, 187; sacrificios humanos, 188, 535-8; tejidos de plumas, 78
 Meyer, Johann Heinrich, 332 n
 microscopio, 16, 17, 323
 Michaud, Louis Gabriel, 103 n
 Michaux, François-André, 313 n, 482
 Michéa, René, 338 n
 Michelet, Carl Ludwig, 289 n, 390 n
 Michelet, Jules, 12 n
 Michoacán, 71
 Middleton Murry, John, 314
 Mier, Servando Teresa de, 184 n, 265 n, 269, 271, 285-8, 422 n, 511, 513 n, 537 n
 Migne, Jacques Paul, 121 n
 Mignon (pers.), 455
 Miguel de Santiago, 88
 Milán, 217 n, 220, 251 n, 496, 571, 588
 Mill, John Stuart, 451 n
 Millares Carlo, Agustín, 168 n, 169 n, 524 n
 Miller, Ch. R. D., 222 n
 Millico, Giuseppe, 555
 Milton, John, 34 n, 56 n, 158, 467, (546)
 Mims, St. L., 254 n
 minas americanas:
 —decadencia de las, 206
 —inagotables, 195 n, 281, 566
 Mindoro, 184
 mingos, 238
 Miquel i Vergés, J. M., 269 n
 Mira, Giovanni, 250 n
 Miranda, Francisco de, 171, 176 n
 Miranda, José, 177 n
 Mirbt, Carl, 121 n
 misioneros: 153, 187, 188 n, 320, 360, 382, 579, 580 n
 —acusados por: Leopardi, 356 n; Melville, 471
 —elogiados por: Robertson, 327 n
 Mississipi, 191, 232, 307, 322, 324 n, 330, 333, 376 n, 424, 438, 445, 454 n, 457 n, 458, 477, 480 n, 483 n, 495 n, 554 n
 —barcos de vapor, 464 n
 Missolonghi, 319 n
 Missouri, 74 n, 342 n, 343 n
 Misti, volcán, 416
 mitología:
 —clásica y realidad americana, 114, 241, 479 n
 Mittler, Max, 119 n
 "mock-bird", 149, 230 n, 251, 372 n, 494, 555
 Moctezuma, 45 n, 99, 126 n, 148, 189, 219
 Módena, 177 n, 574 n
 Moisés, 102 n, 568
 Moland, Louis Ed. Dieudonné, 135 n
 Molenær, Samuel Paul, 69 n
 Molière, Jean Baptiste Poquelin, (7), 559 n
 Molina, Juan Ignacio, 10 n, 26, 43 n, 106, 175, 179 n, 183 n, 192-8, 199, 204, 205, 208 n, 209, 210, 212, 221, 237 n, 251 n, 257, 273 n, 286 n, 288, 293 n, 311, 373 n, 381, 476, 564, 575
 Moll, Von, 378 n
 Molucas, 36
 Mommsen, Wilhelm, 337 n, 340 n
 Momo (pers.), 352
 Monboddo, James Burnett, Lord, 74 n, 125 n, 127 n, 136 n, 158, 160
 Monge, Carlos, 518-9
 Moni, Arturo, 390 n, 543 n
 Monod, Th., 9 n
 Monongahela, 334 n
 monos, 4, 41, 148, 257, 342 n, 379, 422, 423 n, 431
 Monroe, James, 240 n, 245, 294, 295 n, 297
 monstruos, 235 n, 276, 323, 568
 Mont Saint Michel, 270
 Montagu, Elizabeth, 159, 160 n, 507 n, 549
 Montaigne, Michel de, 24, 37, 58, 67 n, 117, 122, 170, 174 n, 189, 190, 238 n, 255-256, 257, 260, 393 n, 551 n
 Montalvo, Francisco Antonio de, 166, 167 n, 280 n
 Montanelli, Indro, 514 n
 montañas:
 —altura y edad de las, 101, 145, 215, 367
 —en América, 517, 566; bellísimas, 377, 472
 —clima de las, 518
 —dirección de las, 43, 392, 517
 —y foraminíferas, 433 n
 —generan hombres, 102 n
 —inhóspitas, 261
 —y libertad, 282
 Montañas Rocosas, 336
 Montandon, Georges Alexis, 537
 Monte Blanco, 101
 Monteforte Toledo, Mario, 223 n
 Montefredini, Francesco, 185 n, 350 n
 Montesanto, 204
 Monte Somma, 422 n
 Montesquieu, Charles Sécondat de, 27, 29 n, 38, 39, 50 n, 68, 81 n, 93 n, 162, (190), 261, 282, 285 n, 402, 425, 470, 531, 550, 551 n
 —y Buffon, 27-8
 Montevideo, 89
 Monti, Vincenzo, 228 n, 323 n, 573 n
 Montoro, Rafael, 401 n
 Montpellier, Universidad de, 264
 Montrol, F. de, 101 n, 546 n
 Moor, Karl, 533
 Moore, John Robert, 146 n, 147 n, 149 n, 372 n
 Moore, Thomas, 162, 308-10, 311, 314, 317 n, 318, 323 n, 325, 327, 441, 446, 449, 459-60, 461 n, 482
 Moorfeld (pers.), 345 n
 "Moose" (o Mouse-deer). Véase alce
 moralismo:
 —del Nuevo Mundo, 192, 228-9, 380 n, 453, 461, 558 n
 Morandi, Carlo, 29 n, 123 n, 247 n, 404 n, 573 n, 575 n, 582 n, 588
 Morani-Helbig, Lili, 479 n
 moras, 446 n
 Moras, J., 354 n, 513
 Moreau de Saint-Méry, Méderic-Louis-Elie, 252 n, 254
 Morelet, abate André, 115 n, 144 n, 231 n, 245, 246, 554 n
 Moreno, José Ignacio, 280 n
 Moreno, Mariano, 288
 Morgan, pirata, 533
 Morgan, Lewis Henry, 420
 Morgenthau, Henry, jr., 313 n
 Morínigo, Marcos A., 167 n
 Morley, John, 426 n, 428 n
 Mornet, Daniel, 17 n, 29 n, 56 n, 524 n, 526 n
 Morrison, A. J. W., 414 n
 Morse, Jedidiah, 374
 mosca, 9, 16, 19, 31, 40
 moscovitas, 220
 mosquitos, 9, 11
 Mossner, Ernest Campbell, 159 n, 161 n
 Mousnier, Roland, 10 n
 Moxó, Benito María de, 155 n, 174 n, 271-275, 276 n, 285 n
 Mozart, Wolfgang Amadeus, (67)
 mujer indígena:
 —animal de trabajo, 45, 80, 153, 370
 —fáciles partos de la, 224, 582
 —poco fecunda, 238, 370, 415
 —se reivindica su belleza, 87, 90 n, 132, 281; lasciva, 96, 130-1, 213 n, 219 n, 582-584; con los españoles, 45 n, 68, 80, 86 n, 579, 582; velluda, 219, 240
 mulatos, 303 n, 585 n
 —en Perú, 264-5 n
 Mulford, Elisha, 500 n
 Müller, Friedrich von, 340 n
 Müller, Johannes von, 126 n
 mulo, 316
 Mumford, Lewis, 472 n, 473 n, 475 n, 502 n
 Muñoz, Juan Bautista, 267-70, 284 n, 285 n, 287, 292, 513
 Muratori, Ludovico Antonio, 76 n, 146 n, 186, 199 n, 212 n, 287 n, 397 n, 550 n
 murciélagos, 148, 261 n, 462 n
 Murena, H. A., 515 n
 Muro Orejón, A., 268 n
 Murray, Andrew, 432
 Murray, John, 318 n
 música:
 —en América, 320, 488 n, 497 n, 561-2; canto pésimo, 345
 —de los griegos antiguos, 366
 Musset, Alfred de, 514 n
 Muthmann, Friedrich, 376 n, 382 n, 383 n
 Mutis, José Celestino, 280
 Myers, Henry A., 500 n
 Nabucodonosor, 120 n, 121 n
 nacionalismo:
 —hispanoamericano, 226 n
 —paisajístico, 226 n
 Nadault de Buffon, H., 17 n
 Napoleón I, 49 n, 232 n, 254 n, 264, 297, 377, 405 n, 490, 565 n, 579 n
 Nápoles, 422 n
 —Chastellux en, 548
 —holgazanes, 338 n; mozos de cuerda, 185 n
 —paraíso habitado por diablos, 308
 narvales, 149 n
 Natchez, 322
 naturaleza:
 —contra civilización, 469 n
 —descuido de la, 44, 356, 387
 —filosofía de la, 384, 386-7, 408
 —e historia, 261, 386, 387-9
 —importancia de la, 51, 236, 389-91, 539, 544
 —como regularidad, 44, 387; incapaz de desórdenes, 329
 Navarro, B., 178 n
 Navaz, Miguel, 200
 Neckar, 348
 Needham, Joseph, 9
 negros, 40 n, 95, 264-5 n, 273, 302, 556
 —en América, 369 n, 400, 452 n, 507
 —asquerosos, 184; borrachos, 225 n
 —según de Pauw, 92; defendidos por Jefferson, 240 n; por Schopenhauer, 423
 Nell, Little (pers.), 455
 Nemrod, 558
 neozelandeses, 155 n, 156, 259, 415
 neptunismo, 329, 376, 389, 418

Neri, Ferdinando, 356 n
 Nevins, Allen, 229 n, 334 n
 New Hampshire, 557-8
 New Haven, 247 n
 New-Market, 320
 Newport, 547 n, 561 n
 Newton, Isaac, 27, 157, 239, 241
 Niágara, cataratas del, 298, 307, 322, 343, 344, 446, 459, 493
 Nicaragua, 292 n
 —Canal de, 292 n
 Nicolás I de Rusia, 443
 Nicolini, Fausto, 10 n, 18 n, 20 n, 76 n, 107 n, 114 n, 117 n, 359 n
 Nicolosi, 567
 Niebuhr, Berthold Georg, 343 n, 501 n
 Niebuhr, Reinhold, 229 n, 426 n, 550 n, 558 n
 Níger, río, 477
 Niggli, Paul, 329 n, 330 n
 Nilo, río, 477, 483 n, 484 n, 506
 nitratos, 195 n
 Noé, 9 n, 57, 181, 525, 529
 nombres:
 —europeos a cosas americanas, 25-7, 82, 196, 209-10, 236, 237 n, 527
 Nordenskiöld, Erik, 9 n, 29 n, 55 n, 300 n, 304 n
 Normandía, 89
 normandos, 121 n
 Noroeste, Paso del, 477
 Norte: 235 n, 391, 395
 —bosques del, 37 n
 —habitantes del, 301-2, 482 n; según Aristóteles, 33; Bodin, 35; Chateaubriand, 326; Hume, 33, 38-9; Lucano, 34; Montesquieu, 68; los románticos, 39 n, 398; Sócrates, 33; Tanco, 282-3
 Norton, J. E., 547 n
 Novalis (Friedrich von Hardenberg), 123 n
 nueces, 207
 Nueva Granada. Véase Colombia
 Nueva Guinea, 52
 Nueva Orleans, 438, 442 n, 446-7, 454 n
 Nueva York, 157, 364 n, 372, 425, 440, 441, 446, 458 n, 460 n, 464, 487, 493, 503, 561 n
 Nuevas leyes, 61, 70
 Nuix, Giovanni, 86 n, 171-4, 205 n, 270-1, 272, 273 n
 Núñez de Balboa, Vasco, 314
 Oberon (pers.), 316
 Occidente:
 —América como: 117, 261-2, 346, 476, 480-482, 483; negado por Bodin, 35-6
 —Europa como: 401 n, 411
 —feliz destino de, 117-29, 143, 317, 365 n, 371
 —marcha hacia, 224 n, 480
 Oceanía, 154, 289 n, 300, 392, 393, 409, 414, 526 n

Océano Atlántico, 346, 350, 404, 480, 481
 Océano Pacífico, 175, 196, 314, 335, 372, 417, 473 n, 476, 480, 501
 O'Gorman, Edmundo, ix n, 62 n, 65 n, 123 n, 178 n, 286 n, 509 n, 511 n
 Ohio, 146 n, 232, 253 n, 334 n, 348, 440, 454 n, 457, 472 n
 Olavide, Pablo de, 265, 280 n
 Oliphant, Laurence, 454 n
 Oliva, Anello, 166
 Olive, M., 298
 Oliveira Lima, M. de, 223 n
 Oliver, Andrew, 99
 olivo, 245, 250
 Olschki, Leonardo, 37 n, 146 n, 323 n
 Omodeo, Adolfo, 359 n
 Onís, J. de, 269 n
 Ontario, 241
 onza, 283, 482 n
opuntia (nopal o chumbera), 270
 orangután, 49 n, 160, 304
 Orbigny, Alcide Dessalines d', 280
 Oregón, 481
 orejones, 41, 190
 Orellana, Francisco, 215 n
 Oriente, 120-2, 261, 365 n, 466, 493
 —Extremo, 365 n, 372
 "orignac", 40 n, 211, 242
 Orinoco, 204, 208, 210 n, 211, 212, 213, 483 n, 586 n
 oro:
 —americano, 77, 81, 110, 124, 166, 279 n, 294, 528; culpable, 228
 —en Chile, 43 n
 —incorruptible, 21
 Orosio, Paulo, 120
 Orrego, Antenor, 533
 Orrio, Francisco Xavier Alexo de, 526
 Orta Nadal, Ricardo, 203 n
 Ortega y Gasset, José, ix, 396 n, 403 n, 406 n, 419, 510, 511
 Ortiz, Fernando, 69 n
 Ortiz, Tomás, 60, 212
 Orvieto, 204
 Orwell, George, 455 n
 Osborn, Fairfield, 14 n
 Osborn, H. F., 243 n
 oso hormiguero, 209, 243, 568
 osos, 26, 79, 146, 196, 207, 209, 236, 313, 482 n, 527
 Ossian, 99, 158, 548
 Ossory, Anne Liddell, condesa de, 158 n
 ostras, 16 n, 568
 Otelo (pers.), 132
 Otón, 60
 Ottolini, Angelo, 570 n
 ovejas, 4, 5, 25, 42, 53 n, 79, 248, 416, 432
 Ovidio, Publio Nasón, 119
 Owen, Robert, 435
 Oxford:
 —Universidad de, 320, 504

Pablo, San, 351 n, 355
 Pachacámac, 46 n
 "pacos". Véase alpaca
 Padover, Saul K., 513
 paganismo:
 —clásico y americano, 186-7, 188, 301, 319 n, 535-7
 Page, John, 231 n
 Paine, Thomas, 134 n, 226-8, 229, 286 n, 307, 363 n, 468
 pájaros, 16, 18, 208, 237 n, 417, 422
 —americanos de bellísimo canto, 182-3, 189 n, 194 n, 200, 229, 257, 303, 323, 372, 436
 —americanos multicolores, 146, 148, 251, 257, 303, 377, 397, 400
 —americanos no canoros, 146-50, 209-10, 251, 315, 344-5, 346, 350, 397, 450, 554
 Palafox y Mendoza, Juan de, 70, 71
 Palata, Melchor Navarra y Rocafull, duque de la, 277
 Palatinado, 162
 Palestina, 358 n
 Pallain, G., 298 n, 299 n
 Palm, E. W., 147 n
 Palmer, Robert R., 81 n, 100 n
 pampa, 226 n, 431
 Pan, 316, 350 n, 479 n
 Panamá, 83 n, 140, 292, 369, 404
 —Istmo de, 28 n, 336, 496, 543, 567 n, 586 n
 panamericanismo, 294
 —historiográfico, 508-9, 577
 pantera, 161, 242, 313
 papagayo, 208, 320 n, 422
 Papageno (pers.), 67
 papas, 257, 265, 446, 563
 Papini, Giovanni, 516
 papúes, 52, 154 n
 Papus (G. Encausse), 369 n
 Pará du Phanjas, Francesco, 214 n
 Paraguay: 214 n, 327, 399, 582 n, 586 n
 —jesuitas en, 170, 269, 327, 399
 —tigres de, 79; toros de, 211
 paralelismo:
 —entre los dos mundos, 43; negado, 51
 pararrayos, 99, 222 n
 Parini, Giuseppe, 65, 209 n, 216 n, 356
 París, 222, 250, 426 n, 442, 571
 —nueva Filadelfia, 556 n
 Parisot, J. T., 436 n
 Parker, Fr. D., 291 n, 294 n
 Parma, 254 n
 Parny, Evariste Désiré, 438 n
 Parrington, Vernon Louis, 116 n, 463 n, 471 n, 472 n, 475 n, 479 n, 480 n, 481 n, 484 n, 499 n
 Parry, L. H., 60 n
 Parry, William, 319 n
 Pascarella, Cesare, 516 n, 583 n
 Pascóli, 500 n
 Pasteur, Louis, 9, 422
 pastos, 5 n, 41

patagones, 50, 75-7, 79 n, 80, 87 n, 89, 100, 103, 104, 108 n, 126, 148, 151 n, 195 n, 215, 224, 259, 303, 304 n, 400, 415, 489, 553, 575 n, 584 n
 Paulding, James K., 465 n
 paulistas, 92
 Paulo III, 274, 360
 Paumanok, 489
 pavo real, 462 n, 470 n
 Pavón, 193 n
 Paz Soldán, Carlos Emilio, 276 n
 Pearce, Roy Harvey, 61 n, 62 n, 71 n, 144 n, 174 n, 224 n, 225 n, 230 n, 238 n, 239 n, 319 n, 324 n, 325 n, 373 n, 471 n, 481 n, 484 n, 487 n, 513, 533 n, 554 n, 558 n
 pecado original, 11, 56, 59, 61, 95, 170, 258, 327, 351, 355 n, 362, 364, 412, 415, 537
 —e impotencia de la Naturaleza, 389
 —imputado a la civilización, 471; a Caín, 354-6
 —redimido en América, 324, 476 n, 480-1, 515 n
 pecaris, 568
 Peden, W., 231 n, 232 n, 238 n, 240 n, 244 n, 373 n
 pederastia, 96, 187, 192, 488, 491
 Pedro Leopoldo, gran duque de Toscana, 220
 Pelletier, 288
 Pellico, Silvio, 443 n
 Pempelfort, 338
 Peneo, 336
 Penn, William, 248, 553, 556 n
 Pennsylvania, 99, 236 n, 247, 254, 317 n, 568 n, 586 n
 pepino, 470
 Peralta y Barnuevo, Pedro, 265, 267, 280
 Peramas, José Manuel, 200 n, 202-3
 peras, 207, 440
 perdices, 447
 Perey, Lucien, 20 n, 112 n
 Pérez Bustamante, C., 173 n
 Pérez-Marchand, Mona Lisa Lina, 168 n, 174 n
 Pérez de Oliva, Fernán, 539 n
 Perfeccionistas, 253 n
 Pergolesi, Giovanni Battista, 555 n
 Pericles, 552
 Pernety, Antoine Joseph, vii, 73, 74-89, 101 n, 104 n, 106, 109 n, 113 n, 129, 135, 138, 140 n, 154 n, 155, 175, 178 n, 179 n, 194 n, 196 n, 198, 199, 216, 242 n, 249 n, 269 n, 279, 288 n, 299 n, 305 n, 489, 518, 526 n, 575
 Perrette (pers.), 343
 Perricholi, Micaela Villegas, la, 198
 Perrier, Edmond, 15 n, 29 n, 524 n
 Perrin du Lac, F.-M., 224 n, 312-4, 373 n, 441 n, 450 n, 460, 568 n, 586 n
 perros, 4, 42, 79, 255, 276, 344, 423, 528
 —bulldog, 38

- cristianos perfectos, 398
 —dejan de ladrar, 53, 132, 184, 195, 202, 231
 —de guerra, 174
 Perroud, Claude, 130-4 n
 persas:
 —antiguos, 220, 418 n, 569
 Perú, 3 n, 13, 39 n, 42, 44, 46, 49 n, 53 n, 58 n, 65, 71, 79, 81, 86 n, 96 n, 108, 157, 160, 171, 183, 265, 279 n, 281, 288, 401, 404, 405 n, 422 n, 424, 469 n, 518, 528 n, 531, 533 n, 575 n, 577
 —Alto, 168 n
 —habitantes de: civilizados, 78, 105; defensa de, 98-9, 140, 141, 185-6 n, 275-8; impúberes, 53, 584 n; mujeres fascinatoras, 585; no cantan, 147 n; pamparunas, 586 n; precozmente cultos, 369; torpes, 99 n, 153, 169, 301 n, 302 n; vigorosos, 76; viles, 80, 369
 —montañas, 95, 99, 139, 422 n; aguardiente, 265 n; hierro, 89 n
 —pájaros, 147, 417
 Peschel, Oscar, 304 n
 petróleo, 586 n
 "petting", 254 n
 petirrojos, 316, 480
 Peyton, John L., 343 n, 370 n
 Philomneste Junior (seud. de Gustave Brunet), 500 n
 Philon, Manon. Véase Roland, Mme
 Phorkyas (pers.), 320 n
 Physiologus, 22 n
 Piattoli, Scipione, 246 n
 Piccinini, G., 570 n
 Pickford, Mary, 455
 Picón Salas, Mariano, 172 n, 285 n
 pieles rojas, 53 n, 148, 224-5, 238-40, 241, 253 n, 303, 307, 308 n, 316, 322, 324, 339, 347, 349, 380 n, 429, 444 n, 459 n, 472 n, 507 n, 533 n
 —aliento puro de los, 184 n, 313 n
 —antiguísimos, 484; origen egipcio de los, 440; suprimidos, 399, 417, 558
 —elocuencia de los, 60, 78 n, 79 n, 185, 238-9
 —juzgados como animales, 61; no perfectibles, 70-1
 —según los jesuitas, 60, 67 n; Robertson, 144; Whitman, 487; elogiados por Castiglioni, 251-2; por Morse, 374
 Pigafetta, Antonio, 76, 103
 Pignatelli, Giuseppe, 199 n
 Piles, Roger de, 82 n
 Pincherle, Alberto, 65 n
 pingüinos, 114
 pino de Chile, 195 n
 Pinto, Caballero de, 580 n
 Pío V, 62
 Pío XII, 17 n
 piojo, 11
 "pirámide de los números", 11 n
 Pirro, 220
 Pisa, 244, 268 n, 588
 Pison, Guillermo, 524
 pitagorismo, 366, 370 n
 Pitman, James Hall, 10 n, 18 n, 24 n, 25 n, 148 n, 149 n, 150 n, 183 n, 476 n
 Pitobie, 245
 Pitt, William, 171
 Pitt-Rivers, Augustus, 419
 Pittsburgh, 454 n, 457 n
 Piura, 266
 Pizarro, Fernando, 518 n
 Pizarro, Francisco, 47, 115 n, 579
 Pizarro, Gonzalo, 579
 plata:
 —americana, 29 n
 plátano, 26 n, 182, 192
 Platen, August von, 323 n
 Platón, 21, 33, 34 n, 36, 58, 118, 202, 292, 408, 495, 539 n, 542 n, 562
 Plinio el Viejo, 6 n, 9, 16, 22, 52 n, 188, 284 n
 Plotino, 387
 plumas:
 —del salvaje, 57, 67
 Plutarco, 34 n, 537
 plutonismo. Véase volcanes
 Poe, Edgar Allan, 67, 344, 350 n, 450 n, 464 n, 470, 501 n
 Poggio a Cajano, 249
 Poincaré, R., 515 n
 Poitou, 89
 Poivre, Pierre, 93
 Polibio, 34, 35, 119, 122
 Polinesia, 155, 319 n, (320), 414, 471, 475
 pólipo, 402
 Pollock, Frederick, 419 n
 Polo, Marco, 524
 Polonia, 250, 282, 342
 Pombal, Sebastiano Giuseppe, marqués de, 579
 Pompeyo, 34 n, 60
 Popayán, 352
 Pope-Hennessy, Una, 434 n, 436 n, 437 n, 441 n, 443 n, 448 n, 449 n, 450 n, 451 n, 454 n, 458 n, 459 n, 460 n, 461 n, 462 n, 463 n, 464 n, 465 n
 Porcacchi, Tommaso, 219 n
 Porras Barrenechea, Raúl, 76 n, 278 n, 528 n
 Porres, Martín de, 123 n
 Portobello, 10, 83 n, 381
 portugueses, 83, 402, 580 n
 Posada, Eduardo, 281 n
 positivismo, 427 n, 428, 429, 469
 Posselt, Ernest Ludwig, 126 n
 Postl, Karl Anton, 177 n
 Potemkine, príncipe Grigori Alexandrovic, 176 n
 Pouchet, François Archimède, 422
 Pound, L., 497 n
 Pouppo, 256 n
 Power, Henry, 16
 Praz, Mario, 516 n

- preadamitas, 95, 179 n, 526
 Predari, Francesco, 581 n
 preformación, 9
 Prescott, William Hickling, 176, 177 n, 411, 531
 Prévost, Antoine François, abate, 86 n
 Prévost, Jean, 579 n
 Price, Richard, 116 n
 primates, 14
 primitivismo, 261-2, 419, 427 n, 471, 511, 579
 —ausente en: Aristóteles, 66; Bodin, 36; Hegel, 398-9; Herder, 259; James, 506-507; Marmontel, 47; Pernety, 86
 Prior, John, 158
 problemas demográficos, 93 n, 220, 403 n, 507 n, 571
 Procacci, Giuliano, 245 n
 Proctor, 34 n
 progreso, 408, 412, 449, 475, 485 n, 487
 —en América, 290-1
 —concepto de, 22 n, 152, 258, 261-2, 419, 485, 550 n; negado por Leopardi, 352-358
 —y degeneración, 82, 83, 186
 proletariado, 11, 507 n
 Prometeo, 352
 prostitución, 254
 protestantismo, 123-5, 404, 425, 427, 429, 467, 470, 471 n, 511
 protozoarios, 14
 Proudhon, Pierre Joseph, 546 n
 Proust, Marcel, 479 n
 pruna, 440
 Prynne, Hester (pers.), 481 n
 Ptolomeo, 35, 69
 puelches, 195 n
 Puente, Juan de la, 69
 puercoespín, 210
 Pugh, Wilma J., 224 n, 298 n
 puma, 3, 19, 25, 30, (42), (79), 88, 95, 146, 367, 416, 517
 puritanismo, 228, 453
 puritanos, 123, 225, 252, 317 n, 362, 429, 444 n, 447, 508
 —y la naturaleza americana, 226 n
 —y los pieles rojas, 71
 Putnam, George Palmer, 374 n, 442 n
 pütrefacción, 8-11, 345 n, 346, 389 n, 516
 —en América, 293, 456-7, 482, 484
 Quebec, 447
 Queequeg (pers.), 471
 Quéraud, Joseph-Marie, 87 n, 552 n, 582 n
 Quevedo, Juan de, 64 n
 Quijote, don (pers.), 85, 531
 Quincy, Josiah, jr., 550 n
 Quinet, Edgar, 429-33, 517
 "quipus":
 —peruanos, 574 n
 Quito, 46 n, 261, 280, 405 n, 558
 —provincia de, 215 n
 —reino de, 175
 racismo, 11, 39 n, 451 n, 517
 Radetzky, Johann Joseph Wengel, mariscal, 537
 Radicati di Primeglio, Carlo, 221 n
 Radulfo Glabro, 121 n, 125 n
 Ragazzoni, Ernesto, 326 n
 Rahv, Philip, 479 n
 Ralli, Augustus, 158 n
 Rambach, J. J., 109
 Ramusio, Giambattista, 219 n, 350 n
 ranas, 7, 10, 13, 286, 287, 353, 358, 422, 525
 —mugientes, 273, 458 n, 568 n
 Ranke, Leopold von, 157 n, 206
 Rascoe, Burton, 253 n, 374 n
 ratón, 14, 234, 261 n, 353 n
 Rava, Luigi, 570 n, 571 n, 574 n
 Raynal, Guillaume Thomas François, 42-7, 54 n, 59 n, 77, 106, 110 n, 114, 118, 132 n, 133 n, 149, 153 n, 171, 172, 174 n, 178 n, 189 n, 194 n, 198, 205, 214 n, 215 n, 217 n, 218, 222, 223, 224, 228 n, 229, 230 n, 238 n, 240, 241, 245, 247, 248, 252, 254 n, 258, 269, 276 n, 284 n, 286 n, 287, 293 n, 299 n, 309 n, 313 n, 322, 349, 360 n, 367, 381, 382, 392, 404 n, 433 n, 441 n, 469 n, 513, 514 n, 517, 531, 532, 542, 543, 559 n, 581
 raza humana, 399, 420, 431, 432, 510 n
 —y clima, 113, 160, 165, 197, 283, 422, 481 n, 579
 —conflicto de, 412; decadencia de la, 351, 359-60, 415 n
 —roja, 14 n, 368, 369, 399, 423
 —teoría poligenética, 160, 368, 423; monogenética, 261; se niegan las distinciones, 382
 —unidad de la, 14 n
 Read, H. H., 332 n
 Réaumur, René Antoine, 52, 147 n, 284
 Redi, Francisco, 9, 13, 110 n
 Reggio, Emilia, 570
 Rehm, Walther, 321 n
 Reichenbach, Giulio, 350 n
 Reid, Thomas, 159
 Reimarus, Hermann, 261 n
 Reina Gorini, Petronilla, 577 n
 Reinhold, Karl Leonhard, 386
 religión:
 —y antropofagia, 189 n
 —de los Estados Unidos de Norteamérica, 298, 427-9
 —de los indígenas americanos, 52 n, 580
 Renan, Ernest, 371 n
 René Moreno, G., 275 n
 reno, 4 n, 236
 reptiles, 77, 89, 379
 —abundancia en América, 7, 8, 13, 51, 104, 132, 146, 148, 149, 208, 276, 279, 292, 368, 422, 431, 494, 516
 restos fósiles, 233, 236 n, 405 n
 Revillagigedo, Francisco de Güemes y Horcasitas, 175, 176

Revillagigedo, Juan Vicente, conde de, 175-6; su hermano Antonio María, 176 n
 Revolución norteamericana, 59 n, 118, 227, 307, 363, 433, 569
 —aplaudida por: Brissot, 547; Byron, 317; Compagnoni, 574 n; Chastellux, 553; De Maistre, 363 n; Kant, 302 n; Klopstock, 339; Shelley, 317
 —auspiciada por Mme Roland, 134
 —deplorada por Comte, 427
 —estímulo a Robertson, 144 n
 —frialdad de Buffon, 30 n
 —prevista por Galiani, 115-7
 Rey Pastor, Julio, 526 n
 Reyes, Alfonso, 27, 286 n, 322 n, 515 n
 Reynolds, Reginald, 253 n, 380 n, 549 n
 Rhode Island, 248, 548 n
 Rimac, 585 n
 Ricard, Robert, 70 n
 Ricardo, David, 291
 Ricart, Domingo, 124 n
 Ricci, Matteo, 285 n
 Rice, Howard C., 243 n, 244 n
 Richard, A., 3 n
 Richardson, Samuel, 100
 Richmond, Va., 547
 Richter, Jean-Paul, 335
 Rifkin, Lester H., 63 n
 Riley, Thomas A., 328 n, 330 n, 331 n, 334, 336 n, 340 n
 Rilli, Jacopo, 12 n
 Rin, 333, 347 n, 348, 445, 483 n, 497 n
 —hijas del, 12
 Rinaldo (pers.), 121
 rinoceronte, 4, 20, 40 n, 104, 416 n, 568
 Río de la Plata, 79, 405 n, 483 n
 Ritchie, David G., 539 n
 Rittenhouse, David, 241, 554 n
 Robertson, J. B., 413 n
 Robertson, John M., 160 n
 Robertson, William, 73, 92, 112, 123 n, 144-54, 158 n, 166 n, 171, 172-3, 178, 194 n, 198, 199, 205, 206, 210 n, 212, 217, 222, 230 n, 237 n, 239, 251 n, 260, 267-70, 272, 274 n, 282 n, 286 n, 287, 299 n, 313, 315 n, 316, 320, 322, 326 n, 349, 358, 360, 373, 374, 380 n, 381, 382, 416 n, 427 n, 463 n, 566 n, 577, 580, 581
 —y Clavigero, 178 n, 189 n
 —en España, 267-8
 Robertson, William Spence, 171 n, 176 n, 260 n
 Robespierre, Maximilien, 254 n, 297
 Robin, Charles César, 231 n, 239 n, 251 n, 253 n, 313 n, 548 n, 549 n, 558 n, 559
 Robinet, Jean Baptiste René, 20, 100, 543 n
 robinia americana, 251 n
 Robinson, Jeremy, 278 n
 Roca Paulina, 333
 Rochambeau, J. B. D., conde de, 229 n, 549 n

Rodríguez Beteta, Virgilio, 291 n
 Rodríguez de Mendoza, Toribio, 278
 Rojas, A., 291 n
 Roland, Jean Marie, 131 n, 133 n, 545
 Roland, Madame, 129-34, 545
 Roma, 176 n, 211, 567; antigua, 60, 484, 496, 511, 540; antiguos romanos, 99 n, 187, 220, 352, 398, 536; imperio de, 120 n, 121 n; vituperado, 294 n
 romanticismo, 332, 516
 —acerca de la mitología, 323 n
 —del blanco en América, 530-1
 —filosofía natural, 386
 —el paisaje americano pobre de, 226 n, 315, 324 n, 330 n, 333-4, 504, 506
 —y los pueblos primitivos, 127, 144 n, 154, 255, 258-9, 398
 Romeo (pers.), 418
 Romeo, Rosario, 34 n, 35 n, 60 n, 61 n, 239 n, 308 n, 350 n
 Romero, C. A., 53 n
 Romero, Emilio, 27 n
 Romier, Lucien, 289 n
 Rómulo, 540
 Rondeau, José, 274
 Rondet-Saint, Maurice, 517 n
 Ronsard, Pierre, 170, 256 n
 Roosevelt, Franklin Delano, 515
 Roosval, J., 68 n
 Roquette, M. de la, 144 n
 Rorario, Girolamo, 22 n
 Rosa, Gabriele, 177 n, 192 n, 193 n
 Rosa de Lima, Santa, 516 n
 Rosa, Ramón, 291 n, 292 n
 Rosenberg, F. C., 441 n
 Rosenblat, Angel, 53 n, 165 n, 193 n, 264 n, 414 n
 Rosenkranz, Karl, 398 n
 Rosenthal, Jerome, 387 n
 Rossetti, William M., 488 n
 Rossi, M., 570 n
 Rosso, G., 163 n
 Rostovtzeff, Michele, 121 n
 Rota, Ettore, 219 n
 Roth, Eduard, 418
 Roth, Friedrich, 112 n, 136 n
 rotíferos, 12
 Roubaud, 106-11, 130 n, 135 n, 405 n, 532
 Rouché, M., 38 n, 117 n, 259 n, 260 n
 Roulin, François Désiré, 432
 Rousseau, Jean Jacques, 7 n, 24, 29 n, 47, 49, 74 n, 75 n, 76, 81, 88, 100, 105 n, 113, 115 n, 117, 133, 135, 144, 151, 170, 175 n, 186, 198, 205, 216, 237 n, 255, 256, 258, 262, 285-6 n, 288, 289, 301, 311, 316, 319, 322, 324, 338, 352, 354, 355 n, 360, 361, 364 n, 370 n, 398, 416 n, 437 n, 444 n, 471, 475, 478, 488 n, 493, 552, 557, 562, 579
 Rovereto, G., 330 n
 Rowbotham, Arnold, 285 n
 Royall, Anne, 373 n, 464 n
 Ruggiero, Guido de, 539 n

ruiseñor, 146, 148, 182, 189 n, 194 n, 208, 230, 315, 321, 323 n, 344, 346-8, 372 n, 397, 402, 480, 554
 Ruiz, botánico, 193 n
 Ruiz Guíñazu, Enrique, 288 n
 Ruiz Moreno, Anibal, 214 n
 Rush, Benjamín, 236 n, 243 n, 244 n
 Rusia, 294 n, 414 n, 538, 548, 577
 —y América, 335 n, 405 n, 511 n
 Saboya, 282
 sacrificios humanos, 188, 274, 319 n, 370 n, 535-8, 580
 Sade, Donatien Alphonse François, marqués de, 516
 Sadleir, Michael, 437 n, 438-40 n, 442 n, 445 n, 449 n, 455 n
 Safo, 572
 Saint-Gelais, Mellin de, 523
 Saint Louis, Mo., 458 n
 Saint Martin, Louis Claude de, 362 n, 365, 369 n
 Saint Pierre, Bernardin de, 257 n
 Saint-Priest, Alexis de, 170 n, 171 n
 Saint-Sauveur, Jacques Grasset, 74 n
 Saint-Simon, Claude Henry de, 424-5
 Sainte-Beuve, Charles Augustin, 16 n, 18 n, 19 n, 27 n, 55 n, 134 n, 299 n, 311 n, 350 n, 360 n, 363 n, 371, 488 n, 549 n
 Sainte-Lette, M. de, 131-2
 Sajonia, Mauricio de, 93
 Salas, José Perfecto de, 278 n
 Salas, Manuel de, 266-7
 Salazar, José María de, 265 n, 281 n, 284 n
 Salmasio, Claude, 112
 Salomón, 69 n, 471
 Salustio, 34 n
 Salvadori, Giulio, 573 n
 samnitas, 34
 San Agustín, 10, 52 n, 57 n, 76 n, 120, 355 n, 525, 526, 529
 Sánchez, Luis Alberto, 509 n
 Sánchez Labrador, José, 214 n, 526
 Sánchez Valverde, Antonio, 288 n
 Sánchez Ventura, Rafael, 538 n
 Sancho, Pero, 518 n
 Sand, George, 488 n
 San Lorenzo, río, 483 n
 San Martín, José de, 518
 San Miguel, Fr. A. de, 71, 72 n
 San Petersburgo, 244
 sánserito, 125 n
 San Severo, Raimondo di Sangro, príncipe de, 287 n
 Sansón, 45, 68
 Santa Helena, isla de, 579 n
 Santillán, Fernando, 518 n
 Santo Domingo, xi, 86 n, 132, 269 n, 565, 568 n
 sapos, 7, 10, 261 n, 516
 Sarmiento, padre, 109
 sarracenos, 402
 Saurat, Denis, 77 n

Sauter, E., 260 n
 Say, Jean Baptiste, 291
 Scott, Walter, 442 n, 487
 Schachner, 244 n
 Schaeffer, C., 343 n
 Schalk de la Faverie, A., 299 n, 466 n
 Schazmann, P. E., 291 n
 Scheffel, Joseph Viktor von, 417-8
 Schelling, Friedrich Wilhelm Joseph, 129 n, 384 n, 386, 408 n, 499
 Scherer, Jean Benoît, 136 n
 Schiller, Friedrich, 49 n, 323 n, 379 n, 532
 Schlaifer, R. O., 63 n
 Schlegel, August Wilhelm, 126 n
 —Friedrich, 413-6
 —hermanos, 335
 Schleiermacher, Friedrich, 335
 Schlözer, August Ludwig, 205 n
 Schmidt-Phiseldeck, C. F. von, 126 n, 587 n
 Schönemann, Lili, 339
 Schopenhauer, Arthur, 352 n, 369 n, 421-4, 429
 Schubert, Theodor Friedrich, 342
 Schumach, M., 455 n
 Seat, William R., jr., 448 n
 "seat of Empire", 116 n, 125 n, 318, 324, 371
 —pasar a Guatemala, 294 n
 Sedgwick, Catherine, 465 n
 Seeber, E. D., 239 n
 Ségur, Louis Philippe, conde de, 228 n, 547 n, 572, 576, 577, 587 n
 Ségur, marqués P. de, 549 n
 Seismos (pers.), 332 n
 Selkirk, Alexander, 49
 Sells, Arthur Lytton, 148-9 n
 selva, 83 n, 225, 226, 325, 327, 356 n, 367 n, 415, 416, 478
 —abatida, 456-7, 482
 —armoniosa, 323
 —doliente, 348
 —pútrida, 445
 —silenciosa, 346, 347
 Sénancour, 532 n
 Sepúlveda, Juan Ginés de, 61, 64-5, 66 n, 69, 174, 267, 531, 536 n
 Serban, Nicolas, 349 n, 359 n
 serpientes: (véase también reptiles)
 —americanas, 320 n, 373, 422, 431, 494, 516
 Sestán, Ernesto, 221 n, 514 n
 Sèvres, porcelana de, 298
 Seybold, E., 479 n, 483 n, 484 n
 Shafer, Robert J., 166 n
 "Shakers", 453 n
 Shakespeare, William, 67, (132), 241, 321 n, 418, 467, 484, 489 n, 495, 500, 542 n
 Shaw, George Bernard, 191
 Shaw, Mrs., 230 n
 Shelley, Percy Bysshe, 126 n, 317, 321
 Shelton, Frederick William, 442 n
 Sheridan, Richard, 147 n

- Short, William, 245
Siberia, 146 n, 431
Sicilia, 339
Siegen, K., 417 n
Siegfried, André, 507 n
sifilis:
—en América, 87, 97, 255, 258, 266
—origen de la, 56, 151 n, 156, 188, 260 n,
405 n, 502, 574 n, 586 n
Sigüenza y Góngora, Carlos de, 167 n
Simard, Th., 39 n
sirenas, 114
sistemáticos, 29, 205, 207, 293 n
Smalley, Donald, 310 n, 437-42 n, 444 n,
449 n
Smallwood, W. M., 16 n, 243 n, 373 n
Smith, Adam, 93 n, 116 n, 125 n, 158, 159,
291, 435, 551
Smith, Elliot, 420
Smith, H. N., 83 n, 125 n, 225 n, 319 n,
333 n, 372 n, 464 n, 475 n, 481 n, 483 n,
493 n, 508 n, 558 n
Smith, J. F. D., 131 n, 273 n
Smith, Samuel S., 160 n, 226 n
Smith, Sydney, 232, 374, 463, 471 n
Sociedad, archipiélago de la, 155
Sócrates, 33, 78 n, 136 n, 536
sol, 120-9, 391, 482, 483
soldados europeos, crueldad de los, 78
Solino, Caio Giulio, 524
Solís, Antonio de, 98 n, 349, 381 n
Soloaga, Dr., 268 n
Solón, 452 n, 553
Solórzano y Pereyra, Juan de, 71, 72, 165,
205, 531
Solovine, Maurice, 17 n
Sommervogel, Carlo, 173 n, 177 n, 204 n,
205 n, 209 n, 268 n
Soraktes, 422 n
Sorata, 422 n
Soret, Frédéric, 331 n, 339 n
Sorrentino, Andrea, 355 n
Sowerby, E. Millicent, 29 n
Spallanzani, Lazzaro, 10 n
Spangenberg, H., 120 n
Spell, J. R., 115 n, 175 n, 218 n, 288 n, 513
Spellanzon, Cesare, 570 n
Spencer, Thomas, 321 n
Spini, Giorgio, 9 n
Spix, Johann Baptist, 397 n
Spoerri, William T., 239 n, 507 n, 512 n
Spoleto, 204
Spurzheim, Johann Kaspar, 489 n
Staël, Germaine Necker, Mme. de, 39 n,
298, 378, 549 n
Stark, W., 10 n, 364 n, 513, 546 n, 550 n,
556 n
Starke, Fr. Ch., 302 n
Stathers, Mad., 325 n, 327 n, 364 n
Stella, Luigi, 572, 573, 576, 588
Stemplinger, Eduard, 417 n
Stendhal (Henry Beyle), 443
Stern, Alfred, 155 n

- Stevenson, Robert Louis, 506
Stiles, Ezra, 233 n
Stoddard, Thomas Lothrop, 565 n
Stonehouse, J. H., 459 n
Stovall, Floyd, 487 n, 498 n
Strich, Fritz, 330 n, 337 n
Stuart, Archibald, 242 n, 243 n
"Sturm und Drang", 255, 306
Stuttgart, 343, 417
Suard, J.-B. Antoine, 144 n
Suárez, 172 n
Sudre, Alfred, 546 n
Suiza, 345 n
—habitantes robustos, 185 n, 324
Sulzberger, Max, 384 n
Sumner, Charles, 3 n, 59 n, 116 n, 117 n,
123 n, 125 n, 126 n, 157 n, 229 n, 500 n
Suphan, Bernhard Ludwig, 137 n, 260 n
Susquehanna, 457 n
Sussex, Augusto Federico, duque de,
452 n
Swedenborg, Emanuel, 75
Swift, Jonathan, 462
Swinburne, Algernon Charles, 487 n

tabaco, 92 n, 110, 440, 447, 554 n, 568
Taboada y Lemos, Francisco Gil de,
278
"tacajou", 104 n
Tácito, 138, 536
Tahití, (117-8), 154, 155, 316
Tales de Mileto, 12, 332, 338
Talleyrand, Charles Maurice de, 224 n,
254, 297-9, 443 n
Támesis, 324 n
Tanco, Diego Martín, 282-3
Tandel, Emile, 43 n, 137 n
Tanner, André, 359 n, 366 n, 369 n
Tanucci, Bernardo, 115 n, 116 n, 117 n
Tapajoz, río, 368 n
tapices, neo-góticos, 67
—gobelinos, 53 n, 89 n
tapir, 3, 14, 15, 80 n, 422, 517, 568
Tapley, Marck (pers.), 456, 462 n
"tarring and feathering", 67
Tartaria, 43, 102 n, 117 n, 122 n, 184, 191,
370 n, 577
Tartufo (pers.), 545
Tarzán (pers.), 478
Tasso, Torquato, 37, 76, (121), 277, 350 n,
402, 572
tatuajes, 95, 163-4, 339
Taube, Friedrich Wilhelm von, 125 n
Taylor, G. Rattray, 68 n, 254 n, 454 n
té, hace caer los dientes, 312
Teggart, Fred J., 28 n, 33 n, 34 n, 35 n, 38
Temple, Edmond, 183 n, 378 n
Temple, William, 38
Tenducci, G. F., 555
Tenerife, Pico de, 145
Ten Kate, Herman F. C., 324 n
Tennessee, 452
Tennyson, Alfred, 495 n

- teoría heliodrómica, 127-9, 401 n, 480, 501
Terán, Juan Bautista, 289 n, 517, 530, 534
Teresa de Avila, Santa, 516 n
termómetro, 284
Terralla y Landa, Esteban, 266
terremoto, 330, 398 n, 567
Tertuliano, 34 n, 62 n
Thackeray, William Makepeace, 464 n
thenca, 194 n
Thevet, André, 256 n
Thierry, Augustin, 412
Thistlewaite, Frank, 515 n
Thomson, Charles, 232 n
Thompson, William T., 465 n
Thoreau, Henry David, 333, 334, 428 n,
463 n, 466 n, 470, 472 n, 476-85, 492, 494 n,
506, 568 n
Thorp, Willard, 445 n
Thyssen, J., 62 n
Tiahuanaco, 59 n
Tíbet, 518
tiburones, 568
Ticknor, George, 243 n, 318 n
tierra, organismo vivo, 542 n
Tierra Firme, 204, 211
Tierra del Fuego, 87 n, 104, 114, 155, (264)
tigre, 11, 16, 20, 25, 26 n, 34, 89, 94, 96 n,
148, 161, 171, 179, 182 n, 201-2, 203, 210,
243, 367, 378, 379, 396, 416, 422, 431, 514,
517, 527
—en el hombre, 531, 533
Timandro (pers.), 352
Timoleón, 351 n
Tiresias (pers.), 370 n
tirolese:
—enfermos de bocio, 88
Tirteo, 320
tlaxcaltecas, 140, 217
Toqueville, Alexis de, 239 n, 323 n, 324 n,
325, 347 n, 405 n, 411, 424, 436 n, 439 n,
440 n, 443 n, 444, 447, 451, 462 n, 465 n,
492
Toledo, Francisco de, 579
Tolstoi, León, 479 n
Tomás de Aquino, Santo, 64, 69, 541
Tommaseo, Nicolò, 221, 573 n, 587 n
tordo, 230 n, 372 n, 555 n
toro, 16, 24, 79, 211, 255
Toronto, 509 n
Torquemada, A. de, 286 n
Torre Revello, José, 174 n, 268 n, 269 n
Tourneux, Jean Maurice, 47 n, 135 n,
250 n
Toussaint Louverture, François Domini-
que, 565 n
Townsend, Joseph, 159 n
Toynbee, Arnold Joseph, 33 n, 96 n, 119,
419 n, 533-4
tracios, 33
trascendentalismo, 463 n, 465-8, 470, 473,
479, 494 n
Trento, Concilio de, 122
Trevelyan, G. Otto, 463 n

- Treves, Paolo, 363 n
Treves, Piero, 120 n
Treviranus, Gottfried Reinhold, 391
trigo, 182, 255, 272, 497
Trilling, Lionel, 451 n
Tripoli, 318
Tristán, Flora, 416
Trivulzio, Gian Giacomo, 573 n
Trollope, Anthony, 437, 438 n, 442 n, 444-
446, 454 n, 461 n, 463 n, 470 n, 497 n
Trollope, Frances, 126 n, 225 n, 310 n,
334 n, 341 n, 425, 435, 437-46, 447 n, 449,
450 n, 451 n, 453, 459 n, 472 n, 483 n, 489 n
tropicalización:
—del blanco, 37, 38, 140 n, 161, 226 n,
345 n, 403 n, 419 n, 517, 530-4, 578
—negada, 43, 469, 568
trópicos, 59 n, 326, 543 n
—habitantes de los, 303, 469; según Cal-
das, 281; según Hume, 33; según Montes-
quiieu, 68; según Robertson, 151
—húmedos y frescos, 145, 235 n, 566; se
exalta a los, 292-3, 376-7, 379-81, 383;
según Tanco, 282
troyanos, 225, 402
Trudeau, J. B., 313 n
Trumbull, John, 340
Tryon, Warren S., 169 n, 224 n, 225 n,
253 n, 373 n, 376 n, 465 n
Tucídides, 157, 319 n
Tucker, Josiah, 116 n
Tucumán, 214 n
Tufts, James H., 539 n
Túnez, 312
Tunguragua, 376
Túpac Amaru, 171
tupés, 584
tupinambas, 260
turcos, 283, 321, 577
Turenne, Henri de La Tour d'Auvergne,
mariscal de, 162
Turgeon, F. K., 98 n
Turgot, Michel Étienne, 116 n, 247
Turín, 203 n, 289 n, 570
Turner, E. S., 252 n, 253 n, 254 n, 440 n
Turner, Frederick Jackson, 403 n, 454 n,
476 n, 508 n, 533
tuscarora, 308 n
Tuveson, Ernest Lee, 17 n, 56 n, 125 n,
135 n, 136 n
Twain, Mark, 225, 439 n, 442 n, 454 n,
464 n, 504 n
Tylor, Edward Burnett, 419

Uexküll, J. von, 419 n
Uhland, Ludwig, 346 n, 348
Ulises (pers.), 345 n, 477
Ulloa, Antonio de, 10, 86, 88 n, 98 n, 99,
149, 153 n, 161, 166 n, 169 n, 172 n, 195 n,
197, 205, 211 n, 212, 218, 239-40, 260,
269 n, 276 n, 301 n, 349, 381, 476, 530 n
Unánue, Hipólito, 37 n, 264 n, 265 n, 275-
278, 279, 280, 284 n, 286 n, 293 n, 381

- "unau", 183, 261 n
 ungulados, 14
 unicornio, 11
 Unold, J., 302 n
 Untermeyer, Louis, 463 n, 485 n, 491 n, 495 n
 urraca, 462 n
 Urzidil, Johannes, 335 n, 336 n, 337 n, 341 n
 uva, 440
- vaca, 153 n, 210, 436
 Vaillant, George C., 536 n
 Valdés, José Manuel, 264 n, 265 n
 Valdés, Juan de, 124 n
 Valdzán, H., 264 n, 265 n
 Valera, Blas, 576 n
 Valera, Pedro, 172 n
 Vallat, G., 310 n
 Valle, José Cecilio del, 274 n, 290-5, 564
 Valle, Rafael Heliodoro, 291 n
 Valturius, Rob., 34 n
 Valverde, Vicente de, 64 n, 215 n, 218 n, 220, 286
 Vancouver, 154
 Van Doren, Carl, 224 n
 Van Doren, Mark, 489 n, 491 n, 500 n
 Vanière, Jacques, 280 n
 Vanini, Giulio Cesare, 9
 Varallanos, J., 71 n
 Vargas Ugarte, Rubén, 147 n, 176 n, 214, 215 n, 264 n, 271-2, 273 n, 274 n, 278 n
 Varinos, Gabriel Fernández de Villalobos, marqués de, 122
 Varnhagen von Ense, Karl, August, 129 n, 384, 401 n, 405 n, 501 n
 Varnum, Fanny, 549 n, 550 n, 551 n, 553 n, 554 n, 556 n, 558 n, 559 n, 560 n
 Varsovia, 244, 250
 Vartamian, A., 17 n
 Vasari, Giorgio, 34 n
 Vattel, Emerich von, 558 n
 Vaughan, John, 313 n
 Vauvenargues, Luc, marqués de, 83
 Vázquez, Genaro V., 70 n
 Vega, Félix Lope de, 167
 Vega, Marcos, 215 n
 Vegecio, 34 n
 Velasco, Juan de, 175, 198, 279
 Velásquez de Cárdenas y León, Joaquín, 167 n
 Venecia, 570
 —jesuitas en, 172
 —República de, 282
 Venezuela, 204, 213, 284 n, 288, 441 n
 Ventura, Gioacchino, 123 n
 Venturi, Franco, 55 n
 Venus, planeta, 468 n
 Vera, Augusto, 392 n
 Vergara y Vergara, J. M., 283 n
 Vermont, 243 n
 Verner, Coolie, 240 n
 Verri, Pietro, 98 n, 99 n, 100 n, 112
- Verro, Sebastiano, 127 n
 Vespucio, Américo, 75, 85, 93 n, 146-7, 163, 174 n, 213, 218-9 n, 238 n, 484, 516 n
 Vesubio, 422 n
 Viatte, Auguste, 74 n, 362 n, 367 n
 víboras, 9
 Vico, Gianbattista, 10, 12, 18, 76, 97, 114, 126, 136, 359 n, 416 n, 426, 536-7, 550 n
 vicuña, 86 n, 195, 266 n, 281, 416
 vid, 95, 145, 255
 —en América, 95, 245, 562, 568
 vida:
 —y agua, 12
 —y podredumbre, 9, 389 n, 482
 Vidal de la Blache, Pierre, 516
 Vidari, Giovanni, 303 n
 Vidaurre, Felipe, 193 n
 Vidaurre, Manuel de, 263, 289
 Viena, 342 n, 414, 442
 Viëtor, Karl, 331 n, 337 n, 340 n
 Vieusseux, Gianpietro, 587
 Vigil, Constancio C., 515 n
 Vigny, Alfred de, 45
 Vilenizza, gruta de, 574 n
 Villard, Léonie, 47 n, 141 n, 228 n, 231 n, 322 n, 514 n, 550 n, 553 n, 556 n, 562 n, 563 n
 Vincent, Howard P., 239 n, 476 n
 Vining, Miss, 560
 vino, 83, 470, 562
 Violo, A., 117 n, 244 n, 251 n
 Virgilio, (98), 157
 Virginia, 24, 62 n, 161 n, 232, 233, 235 n, 238, 240 n, 243, 244, 245, 246, 247, 248, 250 n, 252 n, 380 n, 548, 554, 562, 563 n, 584 n, 586 n
 Visconti, Dante, 117 n, 222 n, 225 n, 244 n, 248 n, 251 n, 324 n, 514 n, 574 n
 Vitoria, Francisco de, 61
 Vitruvio, 34 n
 Vizcardo, Juan Pablo, 170 n, 171 n, 173 n, 193 n, 214 n, 215 n
 Vogt, William, 11 n
 Voigt, Christian Gottlob, 340
 volcanes, 300 n, 351, 375-6; en América, 196 n, 261, 566, 581
 —vulcanismo, 328-32, 376, 389, 418
 "Volksgeist", sucesión de, 124, 129, 401-3
 Volney, Constantín François, 83 n, 192 n, 225, 235 n, 236 n, 307 n, 310-1, 313 n, 314, 319 n, 325, 327, 371 n, 380, 424, 436 n, 444 n, 449, 488 n
 Volta, Alessandro, 405 n
 Voltaire (François Marie Arouet), 38, 49 n, 52 n, 66, 99 n, 100, 101, 103, 111 n, 112 n, 118 n, 134-8, 144, 152, 159, 162 n, 167, 190, 191, 192 n, 217 n, 239 n, 241, 258, 260, 263, 287, 338, 427, 470, 537, 545, 547, 550, 551, 552 n, 557, (569)
 —y las paradojas americanas, 40-2, 76
 Vossio, Isaac, 104
 Vossler, Karl, 359 n

- Wabash, 444 n
 Wagner, doctor (pers.), 336
 Walden, 477, 478-9
 Walker, Thomas, 237 n
 Walpole, Horace, 157-8
 Walsh, Robert, 465 n
 Walzel, Oskar, 251 n, 323 n, 347 n, 448 n
 Warburton, William, 81 n
 Washington, D. C., 312, 380 n, 440, 585
 —Capitolio, 450, 461 n
 —Casa Blanca, 450 n
 —se niega que sea posible, 363, 437, 454 n, 460, 461 n
 Washington, George, 134, 241, 245, 252, 297, 307, 313, 317, 351 n, 547 n, 573-4 n
 —vituperado, 316-7, 443 n, 515 n
 Webb, Daniel, 162-3
 Webster, Noah, 226 n, 242 n, 364
 Wegelin, Christoph, 504 n, 506 n
 Weimar, 340
 Weimar, Bernardo de, 340-1
 Weisinger, H., 34 n
 Werder, Karl, 418
 Werner, Abraham Gottlob, 331, 376 n
 Werner, Richard Marie, 502 n
 Werner, Zacharias, 228 n, 345 n
 West, Edward, 318
 "whisky", 470
 Whitaker, Arthur P., 267 n, 509 n
 White, Andrew W., 479 n
 Whitehead, Alfred North, 543 n
 Whitman, Walt, 362 n, 463 n, 464 n, 468 n, 470, 474 n, 476, 485-500, 503
 Widenmann, Helen, 453 n
 Wiener, Ph. P., 303 n
 Wilde, Oscar, 515
 Wilmington, 560
 Wilson, Alejandro (climatólogo), 293 n
 Wilson, Alexander (ornitólogo), 372 n
 Willard, Joseph, 237 n
 Willdenow, 377 n
 Williams, Samuel, 224 n
 Williams, Stanley Thomas, 333 n, 334 n, 335 n
 Williamson, Chilton, 291 n
 Williamson, G., 22 n, 120 n, 122 n, 514-5 n
 Williamson, Hugh, 293 n, 483 n
- Willkomm, Ernst, 448 n
 Winckelmann, Johann Joachim, 136 n, 320
 Windelband, Wilhelm, 539 n
 Windermere, lago de, 446 n
 Winthrop, John, 99
 Wish, Harvey, 53 n, 229 n, 253 n, 343 n, 435 n, 453 n, 464 n, 472 n, 495 n, 497 n, 507 n, 508 n, 550 n
 Witkop, Philip, 329 n
 Witkowski, Georg, 158 n
 Wolff, Christian, 408 n
 Wordsworth, William, 317 n, 323 n
 Wright, Frances, 433-7, 438 n, 449 n, 465 n, 560 n
 Wright, L. B., 438 n
 Wright, Thomas Goddard, 223 n
- Xanten, 49 n, 203, 338
- Yale, Universidad de, 225 n
 yuca, 265
 Yucatán, 89 n
- Zach, von, 376 n, 380 n
 Zagli, Carlo, 574 n
 Zanella, Giacomo, 407 n, 552
 Zangwill, Israel, 507 n
 Zanzibar, 477
 Zárate, Agustín de, 94 n
 Zavala, Lorenzo de, 286 n
 Zavala, Silvio, 36 n, 41 n, 45 n, 60 n, 62 n, 65 n, 69 n, 74 n, 96 n, 123 n, 143 n, 144 n, 147 n, 170 n, 247 n, 509 n, 526 n, 536 n, 542 n
 Zea, Leopoldo, 466 n
 Zenón de Elea, 365
 Ziliotto, B., 86 n, 216 n, 218 n, 219 n
 Zimmermann, E. A. W., 304-6
 Zoología, 299-300, 419
 Zoroastro, 418 n
 zorra, 5, 208, 236, 527
 Zuidersee, 344
 Zumbini, Bonaventura, 323 n, 356 n, 358 n, 359 n
 Zúñiga, N., 199 n
 Zwangs-Uri, 332

INDICE GENERAL

<i>Advertencia.</i>	VII
<i>Prólogo.</i>	IX
<i>Prefacio a la edición mexicana.</i>	XIII

I. BUFFON: LA INFERIORIDAD DE LAS ESPECIES ANIMALES EN AMÉRICA

1. Inexistencia de grandes animales selváticos	3
2. Decadencia de los animales domésticos	4
3. Hostilidad de la naturaleza	5
4. Impotencia del salvaje	6
5. Frígida humedad del ambiente	7
6. La podredumbre y la generación, el agua y la vida	9
7. Novedad histórica de las Américas	13
8. Las especies grandes, más perfectas y estables que las pequeñas	14
9. Aversión a las minucias y a los animales minúsculos	15
10. Criterios cuantitativos y escrúpulos literarios	19
11. Lo estable, superior a lo mudable: Aristóteles	20
12. Volumen y perfección en la Zoología moderna	23
13. Inestabilidad y decadencia de las especies domésticas	23
14. Reflejos sobre el Nuevo Mundo	24
15. "Los nombres habían confundido las cosas"	25
16. Conclusiones:	
a) Buffon y Montesquieu	27
b) La geografía zoológica: Europa y América	28
c) El nuevo concepto de especie	30

II. ALGUNOS HOMBRES DE LA ILUSTRACIÓN

1. Hume: inferioridad de los habitantes de los trópicos	33
2. La teoría de los climas en Bodin	34
3. La teoría de los climas, de Tasso a Hume	37
4. Voltaire: el indio imberbe y el león cobarde	39
5. Raynal: la América impúber y los americanos decrepitos	42
6. Marmontel: defensa de los miserables y débiles americanos	47

III. DE PAUW: LA INFERIORIDAD DEL HOMBRE AMERICANO

1. Fe en el progreso y en la sociedad	49
2. Los americanos son degenerados	50
3. Exageraciones antiamericanas	53
4. Causas de la catástrofe	54
5. Bacon: América, continente inundado	56
6. El indio bestial y el indio débil	60

- | | |
|--|----|
| 7. El indio, siervo por naturaleza: Aristóteles, Las Casas y Sepúlveda | 63 |
| 8. El clima y la servidumbre natural | 68 |
| 9. La inutilidad de las leyes protectoras de los indios | 70 |

IV. LAS PRIMERAS POLÉMICAS EUROPEAS EN TORNO A DE PAUW

- | | |
|---|-----|
| 1. Reacciones inmediatas y efectos retardados | 73 |
| 2. Pernety y los gigantes americanos | 74 |
| 3. Pernety contra Buffon: su contraofensiva antieuropea | 77 |
| 4. La réplica de De Pauw a Pernety: Degeneración y progreso | 79 |
| 5. La contrarréplica de Pernety: "Repetita minime juvant" | 84 |
| 6. De Pauw no cambia de opinión | 89 |
| 7. El filósofo La Douceur y los indios norteamericanos | 93 |
| 8. Paolo Frisi contra las tesis físico-climáticas de De Pauw | 97 |
| 9. Un admirador-adversario de De Pauw: Delisle de Sales | 100 |
| 10. El abate Roubaud: la fisiocracia y América | 106 |
| 11. Galiani: del continente "esbozado" al mundo del porvenir | 111 |
| 12. El feliz destino de Occidente | 118 |
| 13. Mademoiselle Phlipon y su amiga de colegio | 129 |
| 14. Voltaire, Federico de Prusia y las segundas <i>Recherches</i> de De Pauw | 134 |
| 15. Nueva posición de Buffon: la América inmadura, pero el americano fuerte y hermoso | 139 |

V. LA SEGUNDA FASE DE LA DISPUTA

- | | |
|--|-----|
| 1. Ampliación y enaltecimiento de la polémica | 143 |
| 2. Robertson: grandeza y decadencia de la naturaleza americana | 144 |
| 3. Goldsmith y los pájaros no canoros | 146 |
| 4. Robertson y los indígenas americanos | 150 |
| 5. Los navegantes de Polinesia: James Cook y George Forster. Horace Walpole y Lord Kames | 154 |
| 6. Dos entusiastas de De Pauw: Daniel Webb y Antonio Fonticelli | 161 |
| 7. El secular antagonismo de españoles y criollos | 164 |
| 8. El orgullo de los criollos | 165 |
| 9. El criollo reivindicado: Garcilaso y Feijóo | 167 |
| 10. La expulsión de los jesuitas | 168 |
| 11. Los jesuitas españoles: el padre Nuix utiliza a De Pauw | 171 |
| 12. El primer opugnador americano de De Pauw | 175 |
| 13. Los jesuitas americanos: el padre Clavigero | 176 |
| a) Motivo fundamental, la refutación de De Pauw | 177 |
| b) Represalias polémicas antieuropeas | 181 |
| c) Apología del indio mexicano | 184 |
| d) Vicios morales, religión y antropofagia | 187 |
| e) Precedentes de su técnica polémica | 189 |
| 14. La <i>Historia natural de Chile</i> del padre Molina | 192 |
| a) Rehabilitación de la naturaleza chilena | 193 |
| b) Respetuosa discusión con Buffon | 195 |

- | | |
|---|-----|
| 15. Los padres Velasco, Jolis y Peramas: Quito, El Chaco y el Río de la Plata | 198 |
| 16. El padre Gilij: Orinoco y Tierra Firme | 204 |
| 17. Las <i>Cartas americanas</i> de Carli | 214 |
| 18. Franklin y la estatura de los norteamericanos | 221 |
| 19. Paine: la augural grandeza de la naturaleza americana | 225 |
| 20. Las <i>Notes on Virginia</i> de Thomas Jefferson | 231 |
| a) El mamut y la humedad de América | 233 |
| b) Comparación volumétrica de los animales | 236 |
| c) El indio y el piel roja | 238 |
| d) El blanco en América | 240 |
| e) Buffon, la pantera y el alce | 242 |
| 21. Filippo Mazzei: la experiencia contra las utopías y los vituperios | 244 |
| 22. El botánico Castiglioni y el libertinaje de los colonos norteamericanos | 250 |
| 23. La juventud de las Américas reivindicada | 255 |
| 24. Herder y el problema de América | 258 |

VI. LA REACCIÓN CONTRA DE PAUW EN LA AMÉRICA ESPAÑOLA

- | | |
|---|-----|
| 1. Caracteres de la reacción hispanoamericana contra las calumnias europeas | 263 |
| 2. Dávalos y el clima del Perú | 264 |
| 3. Salas y la feliz tierra chilena | 266 |
| 4. Iturri y la <i>Historia</i> de Muñoz | 267 |
| 5. Moxó: México defendido por un español | 271 |
| 6. Unánue: el clima de Lima y la doctrina de sus colegiales | 275 |
| 7. Dávila Condemarin: una tardía defensa de la Universidad de San Marcos | 278 |
| 8. Caldas: el frío de la Nueva Granada | 281 |
| 9. Fray Servando Teresa de Mier y De Pauw en las Cortes de Cádiz | 285 |
| 10. Otras reacciones hispanoamericanas: la juventud del Nuevo Mundo | 288 |
| 11. El hondureño José Cecilio del Valle y la misión de América | 290 |

VII. HEGEL Y SUS CONTEMPORÁNEOS

- | | |
|---|-----|
| 1. Alejamiento político de las Américas y disolución de sus problemas zoológicos | 297 |
| 2. Kant y sus fuentes científicas: cambio de opinión sobre el americano | 300 |
| 3. Thomas Moore: los americanos, tristes habitantes de un magnífico país | 306 |
| 4. Volney y Perrin du Lac: críticas a los norteamericanos | 310 |
| 5. Keats: la huida de las Dríadas | 314 |
| 6. Byron y Shelley: las <i>Recherches sur les Grecs</i> y el radiante destino de los Estados Unidos | 317 |

7. Chateaubriand: América, espléndidamente perniciosa . . .	322
8. Goethe: ni basaltos ni castillos en América . . .	328
9. Lenau: la Tierra Prometida se convierte en la Tierra Maldita . . .	342
10. Leopardi: la decadencia, de americana, se hace universal . . .	349
11. Joseph de Maistre: la degeneración del salvaje americano . . .	358
12. Ballanche y Fabre d'Olivet: América rechazada por los teósofos . . .	364
13. Reacción de los hombres de ciencia: Barton y Humboldt . . .	371
a) Benjamin Smith Barton y los sabios norteamericanos . . .	371
b) El entusiasmo de Humboldt por la América tropical . . .	374
c) Sus críticas a Buffon y a De Pauw . . .	378
14. Hegel: América, inmadura e impotente . . .	385
a) Juicio total, severo e impasible . . .	385
b) Restauración de la filosofía de la naturaleza . . .	386
c) Anti-evolucionismo radical . . .	387
d) La impotencia de la Naturaleza . . .	389
e) Deducción de los hemisferios y de los continentes . . .	391
f) Mundo nuevo y mundo antiguo . . .	392
g) La impotencia de América en la fauna . . .	394
h) El canto de los pájaros americanos . . .	396
i) El salvaje como hombre de naturaleza . . .	398
j) Los aborígenes americanos . . .	399
k) La América actual: los "Volksgesister" y América . . .	401
l) Los Estados Unidos y la América del Sur . . .	403
m) Carácter del error de Hegel . . .	405
n) Menor vigor de la tesis en Hegel que en Buffon . . .	406
o) Historización y disolución de la tesis . . .	407
p) La cadena de las creaturas y la vieja metafísica . . .	408

VIII. DESVANECIMIENTO Y ACTUALIDAD DE LA DISPUTA

1. Dislocación de los términos de la polémica después de Hegel . . .	411
2. Friedrich von Schlegel: miseria zoológica y antropológica de América . . .	413
3. Zoológicos y antropólogos: el guano y los salvajes . . .	416
4. Darwin: la fauna sudamericana y la evolución de las especies . . .	420
5. Schopenhauer: los animales y los salvajes de América como formas decadentes o imperfectas . . .	421
6. Los saintsimonianos y Auguste Comte . . .	424
7. Edgar Quinet: la insularidad de América y el triunfo de los infimos . . .	429
8. Críticas británicas a la sociedad norteamericana: Frances Wright, la señora Trollope y su hijo . . .	433
9. Otro crítico de derecha: Thomas Hamilton . . .	446
10. Críticos de izquierda: la señorita Martineau y el capitán Marryat . . .	448
11. Dickens: naturaleza y sociedad igualmente putrescentes . . .	453
12. Reacción en los Estados Unidos: a) Emerson y la fresca cultura norteamericana . . .	465
13. b) Lowell y Melville: mesianismo y desesperación . . .	470
14. c) Thoreau: el primitivismo redescubierto . . .	476

15. d) Whitman: el énfasis oracular en la Democracia atlética . . .	485
16. Última metamorfosis de la polémica: inmigrantes y espatriados . . .	500
17. El mundo joven es bastante viejo . . .	508
18. Olvido y secreta inmortalidad de De Pauw . . .	512
19. Revisión científica de la calumnia buffoniana . . .	516

EXCURSOS

1. La originalidad de Buffon . . .	523
2. La tropicalización del blanco . . .	530
3. Los sacrificios humanos de los mexicanos . . .	534
4. La impotencia de la Naturaleza . . .	539
5. Los cuáqueros, el marqués y el girondino . . .	545
6. Un retrasado y un secuaz suyo: Drouin de Bercy y Giuseppe Compagnoni . . .	564

BIBLIOGRAFÍA E ÍNDICES

Bibliografía . . .	591
I. Textos de la polémica, en orden cronológico aproximado . . .	591
II. Bibliografía sobre la polémica y otras obras citadas . . .	611
Bibliografía negativa . . .	627
Índice analítico . . .	643

ALGUNAS ERRATAS ADVERTIDAS

Página	línea	dice	debe decir
101, nota 145	6	y Carli	y Carli
225, notas	2	pieles ojas	pieles rojas
423, notas	última	400-401,	400-401.
426, nota 48	12	rapporte	rapport
427	10	reacciones	reacios
450, nota 153	última	164 440	440
452, nota 162	primera	pp. 47, 102	pp. 47, 76, 102

Este libro se acabó de imprimir el día 26 de julio de 1960 en los talleres de Gráfica Panamericana, S. de R. L., Parroquia 911, México 12, D. F. Se imprimieron 4 000 ejemplares y en su composición se utilizaron tipos Aster de 9:10, 8:9 y 7:8 pts. Cuidaron la edición *Carlos Villegas* y *Antonio Alatorre*.